Séneca

Estudio introductorio de
JUAN MANUEL DÍAZ TORRES

CONSOLACIONES - DIÁLOGOS
APOCOLOCINTOSIS
EPÍSTOLAS MORALES A LUCILIO



El pensamiento de Lucio Anneo Séneca (4 a. C. - 65), el máximo representante del estoicismo romano, invita a sobrellevar la vida sin temor. Séneca sostuvo que una vida lograda es aquella que se asienta sobre la razón iluminada por la verdad; que es, indefectiblemente, una vida tranquila, estable, libre, pacífica y magnánima. Mantuvo que los males sólo lo son para la persona que no puede sobrellevarlos bien, y que el hombre bueno se curte sufriendo lo que para otros sería un mal, se entrena venciendo las adversidades y se perfecciona subyugándolas, preparando su espíritu en recio combate con ellas. Un hombre así sabe ofrecerse al destino. Las heridas del alma, y más aún las que un alma brinda a ser nuevamente desgarradas, son la prueba de su valor.

Incluye las obras: *Consolaciones - Diálogos - Apocolocintosis - Epístolas Morales a Lucilio.*



Lucio Anneo Séneca

Séneca

Consolaciones, Diálogos, Apocolocintosis y Epístolas morales a Lucilio

Biblioteca Grandes Pensadores Gredos - 3

ePub r1.0
Titivillus 24.12.16

Título original: *Consolationes - Dialogorum - Apocolocyntosis - Epistulae morales ad Lucilium*
Lucio Anneo Séneca, 50
Traducción: Juan Mariné Isidro & Ismael Roca Meliá
Traducción y notas de *Consolaciones, Diálogos* y *Apocolocintosis*: Juan Mariné Isidro
Traducción y notas de *Epístolas morales a Lucilio*: Ismael Roca Meliá
Estudio introductorio: Juan Manuel Díaz Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

SÉNECA

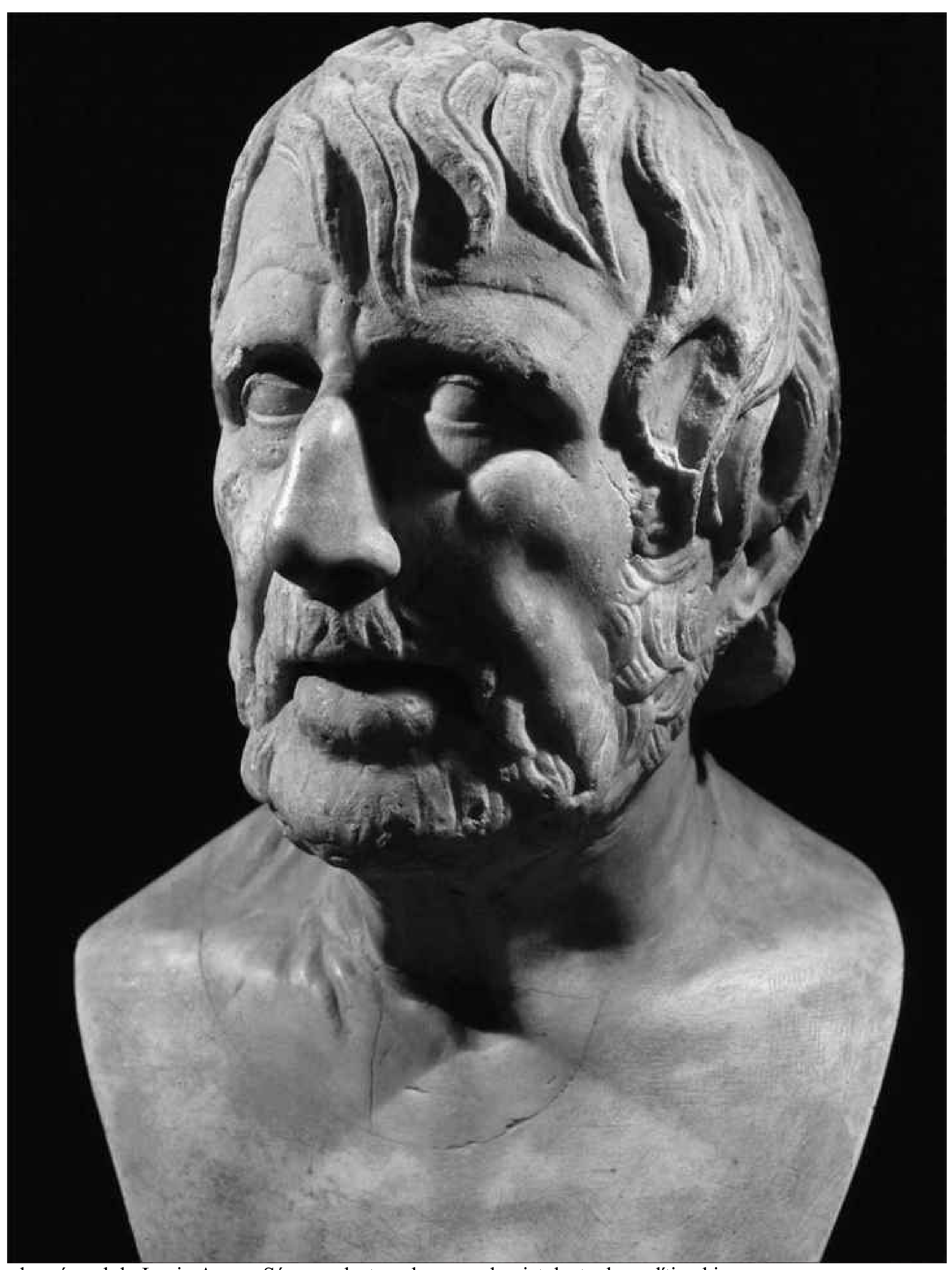
SÉNECA

CONSOLACIONES
DIÁLOGOS
APOCOLOCINTOSIS
EPÍSTOLAS MORALES A LUCILIO

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por

JUAN MANUEL DÍAZ TORRES


Busto de mármol de Lucio Anneo Séneca, destacado pensador, intelectual y político hispanorromano, que se conserva en el Museo Arqueológico de Nápoles.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por

JUAN MANUEL DÍAZ TORRES

LUCIO ANNEO SÉNECA, EL FILÓSOFO DE LA SERENIDAD

Tanto la vida como la obra de Séneca muestran hoy un excepcional vigor. Su vida, tan tempestuosa como serena y tan compleja como simple, sigue irradiando amor por lo más excelso y afán de sacrificio por lo que de verdad merece la pena. Esfuerzo y firmeza, valentía y honor, claridad y decisión, brío y autodominio, milicia y fe, aunque también misericordia y piedad, comprensión de la debilidad y consuelo ante el infortunio, son notas asociadas a la vida y a la imagen del que fuera el filósofo más relevante de todos los estoicos.

Por lo que se refiere a sus escritos, destaca el ímpetu de perfeccionamiento moral que infunden a quien se acerca a ellos con ánimo de mejora, con verdadero espíritu filosófico y amor por la verdad. En efecto, los *Diálogos*, las *Consolaciones* y las *Epístolas morales a Lucilio* [*Epíst.*] forman un conjunto ardoroso de reflexiones y de consejos que nunca dejan indiferente ni a la razón del entendimiento ni a las razones de los sentimientos.

Por ello, la filosofía de Séneca no quedó encerrada en sí misma. El ansiado asentamiento de la dignidad humana sobre la naturaleza racional se instalaba en una época en la que se había dejado de creer en los dioses y aún no había llegado la creencia en Dios. Pero dicho emplazamiento no la hace menos fecunda, sino todo lo contrario. Las dificultades aparentemente insalvables en las que Séneca vivió, y por las que también fue obligado a dar la propia vida, se han hecho presentes en todo momento histórico posterior como loable esfuerzo del hombre por superar lo azaroso y alcanzar la altura que le es debida.

La pervivencia de Séneca, la huella de su filosofía en el pensamiento posterior, ha sido dilatada y profunda. Sus influjos se perciben con notoria claridad desde las obras de los autores cristianos antiguos o de los primeros siglos. Se constata la influencia filosófica en Lactancio y en Tertuliano tanto como en san Jerónimo, mientras que la literaria se deja ver en Prudencio y en san Martín de Braga.

Siguió un paréntesis de más de siete siglos en el que las doctrinas de Séneca quedaron eclipsadas ante la pujanza permanente del platonismo y la renovada del aristotelismo. Hubo que esperar al Renacimiento para que su pensamiento recobrara el vigor, como protocristiano o humanista puro; entonces lo hizo de la mano de Francesco Petrarca y Giovanni Boccaccio y, posteriormente, por obra de Juan Luis Vives, Michel de Montaigne, René Descartes, Pierre Corneille, Jean Racine, Jean de La Bruyère, Francisco de Quevedo, Baltasar Gracián, Denis Diderot, Ángel Ganivet, Marcelino Menéndez Pelayo y José María Pemán, entre otros de una lista casi interminable. La

influencia del pensamiento de Séneca también puede hallarse en Arthur Schopenhauer, Edmund Husserl y María Zambrano, al menos como motivo para la reflexión sobre temas históricos o propiamente filosóficos.

Como escribió esta última en *El pensamiento vivo de Séneca*, merece la pena acercarse a la figura seductora del filósofo, ya que penetrar en su imagen

> […] es sorprender al mismo tiempo la fe antigua a la que se vuelve de la aventura de la razón y sorprender lo que hace la razón cuando quiere suplir a la religión, cuando se convierte en medicinal y consoladora, penetrada de caridad. Será también sorprender un poco a una especie de sabio, de intelectual diríamos hoy, que se ve a la cabecera del hombre desahuciado, cuando a solas ha renunciado a todo, a todo lo que puede renunciar una razón, una filosofía, a todo menos a aquello que empezó siendo su punto de partida en Grecia: resignarnos a aceptar nuestra condición humana.

VIDA

Los orígenes y la familia

Lucio Anneo Séneca tenía sesenta y cuatro años cuando se arrebató la vida. Corría el año 75 de nuestra era, y tuvo que ser el emperador Nerón quien ordenase cercenar la existencia temporal de quien había sido su propio preceptor y, más tarde, el hombre más importante del Imperio después del mismo Nerón. Séneca había alcanzado ante Nerón la condición de amigo autorizado, favorito o íntimo consejero en lo privado, y de asesor oficial en lo público. Esta circunstancia, unida a la gran sensatez y a la rectitud moral de Séneca, vino a determinar su muerte.

Las vidas de Séneca y de Nerón convergieron durante quince años. Sin embargo, todo este tiempo no había sido suficiente para conseguir de Séneca el acatamiento servil que Nerón exigía a quienes deseaban seguir a su lado. Séneca, que siempre actuó con lealtad hacia Nerón, a quien había tenido por educando reflexivo y persona desapasionada, intentó mantenerse recto, al margen de todo servilismo, ante los oscuros avatares de una política marcada por las inveteradas desavenencias entre el Senado y los césares.

De origen cordobés y alta cuna, Séneca nació en la Hispania del siglo I, y fue uno de los primeros ciudadanos romanos de provincias que alcanzó el honor de ser cónsul. Los ascendientes de Séneca por parte paterna y materna procedían del valle del Guadalquivir y de Córdoba, ciudad romana desde hacía un siglo y medio, y donde residía el gobernador. Dicha zona de Hispania estaba habitada por nativos con ciudadanía romana y matrimonios constituidos entre oriundos e itálicos; entre sus

pobladores se contaban también los descendientes de soldados y de libertos, así como los inmigrantes itálicos en busca de las riquezas mineras de Linares, antaño Cástulo. Queda claro que entre los ancestros de Séneca debió haber una rica diversidad de orígenes y una variada extracción social.

Marco Anneo Séneca, padre de Séneca, ha pasado a la posteridad con los sobrenombres de Séneca el Viejo o el Rétor. Nació en el año 55 a. C. y fue un ilustre ciudadano romano perteneciente a la nobleza ecuestre. Apasionado por la cultura en general, y en concreto por la retórica y la oratoria, viajaba con frecuencia a la ciudad de Roma. Bien formado intelectualmente, llegó a escribir un trabajo sobre la historia de su época, estudio que se ha perdido. También realizó otros estudios sobre controversias y suasorias, en forma de guías educativas dedicadas a sus hijos, en los que exponía fórmulas, procedimientos y argumentos para la discusión y la persuasión. Su pasión por las bellas letras, y en especial por el arte de la oratoria le abrió las puertas de la distinción social, de la nobleza gobernante y de la carrera pública, que siempre quiso virtuosa. Su propia valía personal, unida a la disponibilidad de un gran poder económico y también al disfrute de amistades influyentes, le permitió introducirse en la clase gobernante romana.

Helvia, la madre de Séneca, era bastante más joven que su marido y procedía de un ilustre linaje de la Bética. El matrimonio se celebró cuando ella tenía catorce años y, al igual que su esposo, era una iniciada en el cultivo de las bellas letras. Tuvieron tres hijos. El mayor de ellos, Lucio Anneo Novato, tomaría posteriormente el nombre de Junio Galión al ser adoptado por un amigo de su padre, que era también un conocido retórico. El segundo fue Lucio Anneo Séneca, el filósofo, y Lucio Anneo Mela, padre del poeta épico Lucano, fue el tercero.

Novato, el mayor de los tres hermanos, fue muy estimado por su pragmático padre. Le atribuía más inteligencia que al segundo de sus hijos, Séneca, más inclinado a la filosofía. Séneca el Viejo detestaba la filosofía por su inutilidad para los asuntos de la administración pública y su poca eficacia por lo que respecta al éxito político. En aquella época, la retórica era considerada una actividad sublime y una herramienta intelectual muy valorada que, además, favorecía el ascenso en la escala pública. Pues bien, Séneca el Viejo, que vivió hasta el año 39, quiso que sus hijos hicieran carrera pública aunque nunca a costa de una vida virtuosa o, cuanto menos, de la honestidad, lo cual no resultaba nada sencillo en medio de una estructura gubernamental como la de la época que nos ocupa. Así, Galión, Séneca y Mela fueron enviados a Roma por su padre para que aprendieran de aquellos a los que se atribuía la excelencia de la oratoria magisterial. Allí tuvieron ocasión de escuchar a los mejores oradores y de estudiar con los mejores maestros.

Galión llegó a ser senador y procónsul de Acaya en el año 52, durante el mandato del emperador Claudio. Tuvo a Pablo de Tarso (san Pablo) bajo su tribunal por actuar contra la ley, y falló a favor de él. Por el parentesco y por la gran proximidad emocional con Séneca, Galión se vio arrastrado por la caída del filósofo: tras la muerte de éste se suicidó en el año 65, durante el mandato de Nerón y a consecuencia de la purga neroniana. Por su parte, Mela, el más joven de los hermanos, llegó a ser un alto funcionario que optó por no sobrepasar el orden ecuestre, para atender los negocios de sus ascendientes. Mela también siguió a Séneca en su muerte, pues se suicidó ese mismo año, víctima de idénticas acusaciones. Incluso Lucano, poeta, senador y comensal del emperador Nerón, hijo de Mela y sobrino de Séneca, fue sacrificado el mismo año en esta espiral de frenesí.

Roma: formación y vida activa

Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón fueron los emperadores que marcaron la vida del Imperio durante la época en que le tocó vivir a Séneca. Tiberio, que había nacido en el año 42 a. C., fue adoptado y designado sucesor por Augusto cuando éste perdió a sus nietos Gayo y Lucio; fue emperador desde la muerte de Augusto (14 d. C.) hasta el año 37. Por su parte, Calígula, emperador desde el año 37 de nuestra era, fue adoptado por Tiberio como sucesor. Calígula fue una persona mentalmente inestable: extravagante en exceso, despótico y cruel. Tras su asesinato, en el año 41, le sucedió Claudio, su tío, hasta el 54. Claudio, débil de cuerpo y endeble de espíritu, fue esposo de Mesalina primero y de Agripina después, y adoptó al hijo del matrimonio anterior de ésta, Nerón, a quien nombró sucesor, privando a Británico, hijo de su primer matrimonio, de tal honor.

Se sabe que Séneca viajó a Roma cuando era muy joven, hacia el final del reinado de Augusto. Estaba muy familiarizado con las obras de Cicerón y de Virgilio, e influido por ellas. En Roma conoció las doctrinas de Pitágoras y de Sextio a través de Soción de Alejandría, y hasta los dieciocho años estuvo bajo la influencia directa del cínico Papirio Fabiano. Pero el influjo de Átalo, griego y estoico, muy admirado por el padre de Séneca, fue mucho más intenso. Acudía con extraordinaria inquietud y docilidad a recibir las enseñanzas del austero Átalo, movido sólo por la búsqueda de lo honesto y de lo justo.

Átalo fue considerado por Séneca un filósofo sublime, por encima de todos, casi más que un rey, pues no podía ser menos quien tenía la facultad de censurar a los reyes. Cuando aquél ensalzaba y recomendaba la pobreza, a la vez que mostraba lo superfluo

y molesto que resultaba lo que no era necesario, Séneca advertía la grandeza de tal virtud. Y cuando Átalo estigmatizaba los placeres, el joven Séneca acababa deseando la sobriedad como norma de vida. Así pues, a los veinte años, Séneca quedó definitivamente convertido a la filosofía estoica, que cuidó y profesó durante quince años más, hasta su entrada en la carrera pública, en la que tuvo que conciliar una con otra. Como él mismo manifestó, había aprendido de sus maestros a vivir, y no tanto a discutir. De hecho, Séneca se reconoce en sus escritos como un joven que anheló siempre cultivar su espíritu mucho más que nutrir su inteligencia.

En la Roma que cien años antes había conocido a Cicerón en su esplendor intelectual, Séneca respondía a la idea de plenitud humana. Ser literato, filósofo y además senador representaba la síntesis ideal a la que cualquier mortal romano podía aspirar en aquella época. Su dedicación a la política del más alto nivel le permitió convertirse en heredero y representante de una tradición romana gloriosa y acrecentar su fortuna económica hasta cotas insospechadas. Su disciplinada, espiritual, lujosa, influyente y respetada forma de vivir conforme a su modo estoico de pensar le granjeó el laurel de la filosofía y el privilegio de su digna muerte. Además, su conocida producción literaria le hacía valedor, frente a lo griego, de lo genuinamente romano.

En aquellos tiempos no era fácil compaginar la vida política activa con las ansias de perfeccionamiento moral. Responder a la exigente y realzada figura del filósofo y dedicarse a una aventura política entretejida habitualmente por los hilos de la maledicencia, la lisonja y la inhabilitación más dramática suponía granjearse fama de hipócrita en la realidad social. Séneca pudo experimentarlo e incluso sufrirlo en su nada precoz pero exitosa carrera pública. Sin embargo, su fecunda capacidad para lo diverso hizo que pudiese armonizar la actividad filosófica y el modo de vida espiritual con la vida política, de apariencias, poder y prebendas, con total honestidad y al margen de las acostumbradas, consentidas y sostenidas corruptelas.

Vinculado estrechamente a la familia imperante y refractario a la oposición senatorial de la casi totalidad de los estoicos, Séneca siempre se mantuvo fiel a su convicciones monárquicas. Y si bien fue leal al compromiso político adquirido, también lo fue a su pensamiento, ámbito en el que nunca realizó concesión alguna ni se halló en él, estrictamente, doblez censurable. Su ascenso tardío pero fulgurante se debe en parte a sus propias virtudes, aun cuando no resulte nada desdeñable su explícita amistad y profunda admiración por el cónsul Crispo Pasieno, a quien Séneca tenía por el mayor experto en la distinción y en la curación de los vicios.

Como consecuencia de su siempre delicada salud, Séneca, aquejado desde joven por una bronquitis crónica que terminó derivando en tuberculosis pulmonar, buscó un clima mejor y vivió unos años con su tía Helvia, esposa de Gayo Galerio, prefecto de

Egipto. Séneca llegó a tierras egipcias en el año 25, y allí permaneció seis años e inició su labor de escritor. Regresó a Roma en el año 31, acompañado por Helvia y Gayo Galerio, que murió durante la travesía. A su llegada a la ciudad imperial —Sejano, el favorito de Tiberio, había muerto—, inició su ascenso político y funcionarial, su gran carrera política, que le llevó a ser cuestor hacia el año 33 y edil unos cuatro años después. Le esperaba aún su puesto definitivo en el Senado.

Destierro y plenitud

Con el trasfondo del complejo y tortuoso mundo de celos, envidias y traiciones de la familia imperial, sería el emperador Claudio, instigado por su primera esposa, Mesalina, quien pronto truncó —aunque sólo de forma provisional— la prometedora carrera pública de Séneca. El odio de Mesalina hacia Julia Livila, sobrina de Claudio y hermana de un Calígula que no dudaba en recelar de la brillantez de Séneca, propició la desgracia del filósofo. Acusado de haber mantenido relaciones adúlteras con Julia Livila, Séneca fue condenado a sufrir destierro en Córcega desde el año 41 hasta la boda de Claudio con Agripina, su segunda esposa, en el año 49. Tras ocho años de exilio —una pena que legalmente podría haber sido de muerte, por ser Livila miembro de la familia imperial, si no hubiese sido conmutada por Claudio—, Séneca regresó a Roma a los cuarenta y nueve años.

Agripina, esposa del emperador Claudio, obtuvo la gracia del perdón para Séneca cuatro años antes de la muerte de éste. Veía en él un magnífico consejero potencial, un maestro de prestigio y una celebridad reconocida. En él buscaba un poderoso cómplice que con seguridad odiaba a Claudio, y también un magnífico preceptor para educar a Nerón, su propio hijo e hijo adoptivo de Claudio. Pero hay más. Agripina, al perdonar oficialmente a Séneca, ansiaba ganarse no sólo el reconocimiento y la gratitud populares, sino también asegurarse de que el futuro emperador, el sucesor de Claudio, fuese Nerón y no el joven Británico, hijo del matrimonio anterior de Claudio con Mesalina.

Con estos precedentes, un Séneca ya célebre retornó a Roma cubierto de gloria, amparado por una Agripina que preparó su nombramiento como pretor de manera inmediata, y dispuesto a vivir definitivamente como filósofo pleno y rico hacendado. Ambas pretensiones se verían cumplidas, si bien Séneca sería humillado a consecuencia de la segunda.

Nerón, tan presuntuoso como original, accedió al trono a los diecisiete años. Corría el año 54, el de la muerte de Claudio, y Británico, excluido del trono, murió

envenenado al mes del ascenso de su hermanastro. El nuevo emperador, que había tenido a Séneca como preceptor desde el año 49, cuando contaba doce años, disfrutó siempre de la confianza del filósofo, pero nunca de su adulación. La lealtad de Séneca se basaba en su convencimiento de que Nerón sabría poner fin al trágico ciclo político en que se hallaba Roma.

Con Nerón como emperador, Séneca reunió una de las mayores fortunas de la época, cifrada en más de setenta millones de denarios, un capital que podía constituir entre una quinta y una décima parte de la recaudación total del Estado romano. Esta fortuna dio origen a muchas críticas: resultaba fácil satirizar sobre alguien que pretendía una vida plena y feliz, asentada en el desinterés más puro, y al mismo tiempo llevaba una existencia descomunalmente rica en términos patrimoniales. Pero las críticas no afectaron en exceso a Séneca, ya que su promoción a tan elevada función pública como la senatorial suponía un notable enriquecimiento gracias a los regalos irrecusables provenientes del mismo César o a herencias de amigos en posición igualmente noble. Cabe afirmar, pues, que la riqueza y la moral estoica nunca se vieron enfrentadas en la persona de Séneca.

En el año 58, Séneca no sólo se hallaba en el cenit de su celebridad, sino que también había alcanzado el momento álgido de su capacidad de influencia tanto pública como privada sobre Nerón. A todo ello hay que añadir que su riqueza presentaba ya cotas insospechadas. Esta circunstancia era digna de admiración por parte de la inmensa mayoría de sus desiguales inferiores, pero generó un recio movimiento de recelo, crítica y sátira, no siempre soterrado, entre los miembros del reducido grupo de familias aristocráticas que lo consideraban un farsante —por el hecho de amalgamar tesis estoicas con la posesión y el disfrute de riquezas materiales—, un codicioso —por su extraordinaria fortuna— y un adulador del emperador; por tanto, un mal ejemplo moral y un enemigo que convenía derribar.

Ese mismo año, Séneca reaccionó contra tales acusaciones con su breve tratado *Sobre la vida feliz*. En él muestra conocer la distancia entre la propiedad material de riquezas y el aferramiento moral a ellas, o entre su tenencia y su consideración como fin último de la vida. Sostiene que la pobreza no garantiza nada por sí misma, porque la enfermedad que supone el vicio radica en el alma y no en la mucha o escasa posesión de las cosas. Está convencido de que el austero desprendimiento hace que la posesión de riquezas no degenere en vicio del alma. La pobreza material, considerada en sí misma, no es virtud, como tampoco lo es la riqueza. Se puede vivir contrariado en la pobreza, o vivir en ella de buen grado. El afán excesivo de bienes materiales, el deseo vehemente y desordenado de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas es defecto del alma, y se instala en ella con independencia de lo que pueda poseerse o adquirirse.

Séneca, al igual que los epicúreos, apreciaba la pobreza, pero a diferencia de éstos no consideraba pertinente la ostentación de la indigencia con el fin de dotarse de mayor credibilidad. Además, sostuvo que la decisión libremente tomada de vivir en la pobreza era un acto virtuoso, lo cual está muy alejado de una vida circunstancialmente forzada a la pobreza, en la que ésta ha de aceptarse por necesidad. Cabe recordar que «desdeñar» significa «tratar con desdén», esto es, con la indiferencia y el desapego que denotan menosprecio; por tanto, el menosprecio no supone en absoluto abandono, sino sólo alejamiento o falta de interés desmedido. En definitiva, Séneca defendía que es de gran mérito permanecer pobre entre las riquezas, no corrompiéndose entre ellas; que la calidad del hombre no radica en lo que tiene sino en su manera real de ser, en su forma de vivir, es decir, en su conformidad con la naturaleza y en su desprecio interior de la fortuna, sea ésta capital o encadenamiento fortuito de sucesos que procura algún bien o algún mal.

Confianza y frustración

Para Séneca, el advenimiento de Nerón como nuevo emperador trajo nuevas esperanzas. Para el filósofo fue un tiempo de ilusionada aunque tensa expectación, pues dada la personalidad y la formación del joven Nerón, parecía advertirse la cercanía de un período político y social de mejora. Y no tardaría mucho en expresarlo. Así, en el año 56, escribió un tratado político dirigido al propio emperador y titulado *Ad Neronem Caesarem de clementia.* En *Sobre la clemencia* expuso no sólo su absoluta confianza en Nerón —lo cual, viniendo de una autoridad como Séneca, suponía apuntalar aún más la legitimidad del nuevo emperador—, sino que además presentó la manera de rectificar la inercia de errores que provenía del pasado y cómo proceder a un saneamiento del cesarismo, que Séneca nunca creyó injusto en sí mismo.

En el tratado adopta la forma de consejo público, pidiendo la práctica de la clemencia a un Nerón al que aún consideraba capaz de controlar el potencial de poder despótico de que gozaba como emperador, y de ser lo suficientemente sensato para comprender la complejidad política y ética de tal forma de proceder. De modo simultáneo, Séneca expone en *Sobre la clemencia* lo razonable de la moderación al aplicar la justicia, a la vez que solicita a Nerón la erradicación de la tiranía mediante la práctica de la atenuación de los rigores del castigo de los súbditos; por último, presentaba al propio Nerón como un príncipe justo, capaz de practicar la clemencia, con la altura intelectual y moral necesarias para iniciar una nueva y diferente singladura, más recta y más ecuánime, del cesarismo.

Al escribir a Nerón sobre la clemencia, Séneca distingue entre esta virtud y la misericordia: si bien ésta supone, en general, la inclinación del ánimo a compadecerse de las miserias ajenas, la virtud de la clemencia es —como se ha indicado— moderación al aplicar la justicia. Según Séneca, los varones mejor formados y justos deberían ejercer la clemencia y la mansedumbre, evitando la misericordia, al ser ésta un vicio del ánimo débil que sucumbe ante los males ajenos, por lo que resulta común incluso entre los malvados.

Séneca se cuida mucho de señalar que la clemencia va unida a la razón. No así la misericordia, que no toma en consideración la causa sino sólo el infortunio. La conclusión que cabría obtener de todo ello es coherente: si la misericordia es, en el fondo, tristeza o dolor del ánimo ocasionados por la presencia de las miserias de otro o por unos males ajenos que imagina inmerecidos, aquélla no debe alcanzar al sabio, ni tampoco al emperador.

Estas precisiones sobre el marco general en el que se inscribe el magisterio de Séneca sobre la clemencia ayudan a comprender mejor algunos de sus consejos y consideraciones. Séneca le recuerda a Nerón cinco verdades de capital importancia para su labor de gobierno. En primer lugar, que es uno mismo el que se perdona cuando perdona a otros, y que el más reacio para otorgar perdón suele ser quien con más frecuencia necesita implorarlo. En segundo lugar, que debería contener la mano al proceder a derramar sangre, pues tal medida suele provocar una herida excesivamente profunda. Por lo que se refiere a la tercera, que los vicios son enfermedades del alma que exigen tratamiento suave y médicos cordiales. En cuarto lugar, que es conveniente juzgar inocente a una ciudad para que llegue a serlo, y que es peligroso demostrarle en cuánta mayoría están los malvados. Por último, que la verdadera felicidad no consiste en el ejercicio despótico del poder, sino en asegurar la suerte de muchos y merecer la corona cívica por el ejercicio de la clemencia.

A Séneca le quedaban sólo nueve años para ver frustradas sus expectativas, para comprobar que nada había cambiado ni iba a cambiar, que no se había tomado un rumbo nuevo: justo el tiempo que le quedaba de vida. Así, cuatro años antes de su muerte, un Séneca casi sexagenario y toda Roma conocieron el fin del período de cinco años de felicidad que Nerón les había otorgado; se preparaba el advenimiento de un matricidio, el asesinato de Agripina, que marcaría un antes y un después.

En efecto, corría el año 59 cuando un frenético Nerón convocó de urgencia a Séneca y a Burro, a la sazón prefecto pretorial y buen amigo del filósofo. El emperador, que entonces contaba veintiún años, quería informarles de tres asuntos de máxima importancia. Primero, que había fracasado en su intento de acabar con la vida de su madre, Agripina. Segundo, que el intento de asesinato obedecía a que le habían llegado

noticias, para él creíbles, de que Agripina preparaba una sublevación popular a la vez que tramaba su asesinato; la guardia pretoriana, el Senado, los sirvientes e incluso amplios sectores del pueblo estarían siendo dirigidos hacia tales objetivos por la hábil Agripina. La tercera de las razones que motivaba la reunión era que debía evitarse a toda costa y para siempre la más que previsible venganza de una Agripina enfurecida, y si se pretendía que tal amenaza dejara definitivamente de serlo, no quedaba más opción que el asesinato.

Nerón no pudo contar con la anuencia práctica de Burro. El prefecto pretorial evitó inmiscuir a la guardia pretoriana en tales acontecimientos basándose en que se trataba de arrebatar la vida a una princesa de sangre, cosa que dicha guardia nunca admitiría. A pesar de tal oposición, Agripina fue degollada, y al apesadumbrado Burro le correspondió el amargo cometido de encarnar la versión oficial y justificar los hechos ante la guardia pretoriana. Burro moriría en el año 62. Por su parte, Séneca apareció como la voz del joven Nerón, lo que suponía convertirse en expresión de legitimación política y de acreditación moral, pues al haber redactado el discurso imperial en el que se justificaba la muerte de Agripina, Séneca entraba en connivencia con el luctuoso suceso.

Se acerca el final

A partir de aquí se abrió un único escenario con dos actores que tomaron direcciones opuestas: un Nerón cada vez más altivo, neurótico y déspota, y un Séneca que, desalentado y cada vez menos comprometido interiormente, intentaba batirse en retirada con gran discreción. El filósofo, que nunca podría olvidar lo acontecido a Agripina y tampoco dejar de observar el rumbo tiránico de Nerón, no abandonó de forma inmediata sus funciones, y tampoco se convirtió en la figura opositora que podría combatir al emperador. Guardó silencio e inició la marcha hacia el «exilio interior».

Al cumplir sesenta años, Séneca, acogiéndose a las normas que lo permitían, abandonó el cargo de senador, aunque no podía dimitir de sus obligaciones de amigo de Nerón sin una causa razonable y sin la aprobación expresa de éste. Hubiera sido un acto osado pero suicida decirle al emperador que el motivo de la petición de su relevo al frente de tales obligaciones eran sus consideraciones sobre el matricidio y el ejercicio de su poder; y por las peculiaridades de tal vínculo, una renuncia a él entrañaría siempre el abandono y el alejamiento, aparte de la acusación soterrada contra el emperador.

A pesar de ello, y tras su cese como senador, Séneca lo intentó en junio del año 62

esgrimiendo su deseo de consagrarse por entero y con tranquilidad inalterable a la reflexión filosófica, a un retiro fecundo; pero Nerón desestimó la petición. En efecto, en esta fecha Séneca escribió la epístola moral número 73 de las dirigidas a Lucilio. Con la intención de solicitar a Nerón ser relevado de su cargo, en ella intentó mostrar su nula peligrosidad personal y lo inocuo que debía resultar su retiro para el emperador. Séneca sostuvo en la citada epístola que los filósofos, lejos de ser insumisos y desdeñosos con las autoridades, saben agradecer a los gobernantes la dádiva que supone el beneficio de un retiro tranquilo.

Tras el incendio de Roma del año 64, un Séneca comprometido en el plano formal, pero con el ánimo de quien anhela el retiro y la soledad más absolutos, intentó llevar una vida apartada de todo reconocimiento y lujo. Ahondar en la sabiduría, llenarse de ésta vaciándose de todo otro compromiso, es justamente lo que expresa en sus *Epístolas morales a Lucilio*, escritas entre el comienzo del verano del año 62 y los últimos días de noviembre del año 64. Séneca quería dejar de ser fiel seguidor de Nerón y al mismo tiempo precisar que ello no le convertiría en adversario o enemigo declarado del emperador; quiso decir la verdad sin que ésta provocara una reacción negativa. Séneca buscaba calma, disponer de tiempo y de una quietud que no se viese alterada por los cargos públicos. Necesitaba prepararse por dentro, disponerse de manera íntima, regresar al hontanar de sí mismo.

A principios del verano del año 64 ya era pública la noticia del suicidio del senador Silano, que tras ser acusado de sedición contra Nerón se había abierto las venas. Séneca, en esa época, escribió la epístola 70. En ella, anticipando y defendiendo su más que probable sacrificio, expuso las causas que pueden justificar el suicidio, alabando más la calidad de la vida que su duración. Si la cuestión era morir bien, debía plantearse cómo se podía morir bien tras haber evitado el riesgo de vivir mal. Morir bien exigiría erradicar del ánimo la necedad del temor a la muerte y, por tanto, de morir por causa de dicho temor. Asimismo, la muerte rápida sería preferible a la lenta, y más agradable la muerte apacible que la dolorosa. Se anticipaba así algo importante: que la cicuta era preferible al verdugo, ya que aquélla no sólo asegura mayor dignidad, sino también el derecho a la sepultura y el respeto de las últimas voluntades, que evitaba la confiscación de bienes.

El año 65 fue definitivo. A Nerón le llegó el rumor de una grave conspiración contra su persona, integrada por oficiales de la guardia, nobles y senadores. El conocimiento de las intenciones y de las acciones que preparaban su inminente asesinato desató la furia del emperador, que hasta ese momento se había mostrado déspota y ávido de confiscaciones, pero no brutal en exceso. Séneca no estuvo involucrado en la conjura, encabezada por Pisón, sino que se mantuvo al margen, pero

el emperador no lo vio así. La inminente represión le señalaría como culpable destacado entre los culpables y le convertiría en víctima inocente.

Tácito relata los acontecimientos. El nombre de Séneca apareció durante los interrogatorios a los que fueron sometidos los conjurados. Lo interrogaron al caer la tarde. Se hallaba en su casa de campo, a poco más de seis kilómetros de Roma. Séneca cenaba rodeado de sus amigos y en compañía de su esposa, Pompeya Paulina, con la que había contraído matrimonio tras regresar de su destierro en Córcega, cuando ella era muy joven. Con serenidad exquisita, seguro de sí, negó al tribuno su implicación en el complot. Pero su distante templanza iba a ser interpretada como arrogancia, y ello contribuiría a su final.

El tribuno testimonió ante Nerón no haber observado en Séneca ningún signo de temor, y que ninguna señal de tristeza apareció en sus palabras ni se expresó en su semblante. Entonces, un Nerón convencido de la culpabilidad de su antiguo preceptor decidió poner en conocimiento de Séneca la orden de acabar con su vida. Al recibirla, sin signo alguno de turbación, en perfecta calma, Séneca pidió permiso para redactar su testamento, lo que no le fue concedido por el oficial ante el temor de que injuriara en él a Nerón o le negara a éste los legados habituales. Ante tal negativa, y privado de la posibilidad de hacer ciertas correcciones testamentarias a fin de legar algunos de sus bienes a sus amigos, declaró en voz alta que les dejaba al menos el único bien que le restaba, el más hermoso de todos: su propia manera de vivir y sus enseñanzas; en definitiva, el bien más valioso: la imagen de su vida.

Si sus amigos —que lloraban ante tal espectáculo— eran capaces de conservar su recuerdo, hallarían en la fama de la virtud la recompensa de su inquebrantable y devota amistad. Séneca les aconsejó firmeza y que se comportasen conforme a sus lecciones de prudencia y sus principios. Tras tales exhortaciones y con la serenidad que sólo un sabio sabe exhibir, Séneca, debilitado por la edad, disminuido por la enfermedad que nunca le abandonó y excesivamente delgado por la abstinencia voluntaria, abrazó con ternura a su esposa y la exhortó a moderar su sufrimiento en intensidad y en tiempo, a fin de que en la consagración a la virtud pudiera encontrar el consuelo necesario ante tanto dolor. En respuesta a su marido, Paulina aseguró que también ella estaba decidida a morir, y pidió reiteradamente que le diesen muerte. Séneca respetó la decisión de Paulina, pues oponerse hubiera supuesto resistirse a su gloria, al honor de morir, a su generoso y valiente ejemplo y, además, abandonarla a los más que previsibles oprobios posteriores.

Después, ambos se abrieron las venas de los brazos al mismo tiempo. La sangre de Séneca fluía tan lentamente que se abrió también las venas de muslos y pantorrillas. Fatigado por el padecimiento de dolores espantosos y temiendo que su sufrimiento

abatiese el valor de su esposa o que el de ella le hiciese flaquear a él, persuadió a Paulina para que abandonase la estancia y se retirase a otro aposento. En pleno uso de sus facultades, con toda la elocuencia y el talento que atesoraba, Séneca hizo venir a sus secretarios para dictarles un texto, que se ha perdido.

Viendo Séneca que la lentitud con que se desangraba prolongaba el dolor de la agonía, rogó a Estacio Anneo, médico y amigo fiel, que le trajera el veneno que ya tenía preparado. Bebió la cicuta, pero el efecto esperado no se produjo: sus miembros estaban fríos y el veneno no se esparcía por su cuerpo. Ordenó entonces que le introdujesen en un baño caliente. Por fin, el vapor lo ahogó y puso fin a su vida.

Nerón, que sobrevivió tres años a Séneca antes de cumplir los treinta, de ser derrocado y hallar la muerte tras hacerse atravesar el cuello por la hoja de un puñal, volvió a actuar. Sin albergar resentimiento alguno contra Paulina y temiendo hacer más odiosa su propia crueldad y hacerse más impopular por ello, ordenó impedir la muerte de aquélla haciendo que sus libertos y esclavos detuvieran la hemorragia y le vendaran las heridas de los brazos. El mismo Tácito señala que nunca se supo si ella fue consciente de todo esto, si bien entre el pueblo no faltó el rumor malicioso de quienes creyeron que Paulina ambicionó la gloria de acompañar a su marido en la muerte, pero posteriormente, ante mejores perspectivas, cedió y se dejó vencer por la dulzura de la vida. Lo cierto es que la esposa de Séneca vivió algunos años más, en los que conservó viva la memoria de su marido. Tácito añade que los restos mortales de Séneca fueron incinerados sin ceremonia alguna, tal como había ordenado al disponer sus últimos momentos.

OBRA

Lucio Anneo Séneca pervive en sus escritos, que fueron numerosos. Su producción literaria la integran, además de algunos epigramas, sus nueve tragedias, de las que se ignora dónde y cuándo fueron compuestas: *Hércules loco (Hercules furens), Las troyanas (Troades), Las fenicias (Phoenissae), Medea (Medea), Edipo (Oedipus), Fedra (Phaedra), Agamenón (Agamemnon), Tiestes (Thyestes)* y *Hércules en el Eta (Hercules Oetaeus).* A ello hay que añadir el mordaz escrito contra el fallecido emperador Claudio, sátira conocida con el título de *Apocolocintosis (Apokolokynthosis)*, del año 54.

La obra filosófica de Séneca que ha llegado hasta nosotros, generalmente escritos breves de carácter moral y en forma dialogada o epistolar, comprende, además de las seductoras y directas *Epístolas morales a Lucilio (Epistulae morales ad Lucilium)*,

escritas durante sus tres últimos años de vida, del año 62 al 64, las *Cuestiones naturales (Naturalium quaestionum libri septem ad Lucilium)*, escritas entre el año 62 y el 63, así como las *Consolaciones* y las conversaciones sobre diversos temas conocidas como *Diálogos*.

Su producción filosófica vertida en forma de consolaciones y diálogos comprende las siguientes obras: *Consolación a Marcia (Ad Marciam de Consolatione)*, escrita entre los años 37 y 41; *Sobre la ira (Ad Novatum de Ira)*, escrita el año 41; *Consolación a su madre Helvia (Ad Helviam matrem de consolatione)*, escrita entre los años 41 y 42; *Consolación a Polibio (Ad Polybium de consolatione)*, escrita entre los años 42 y 43; *Sobre la brevedad de la vida (Ad Paulinum de brevitate vitae)*, escrita entre los años 48 y 49; *Sobre la tranquilidad del espíritu (Ad Serenum de tranquillitate animi)*, escrita entre los años 53 y 54; *Sobre la firmeza del sabio (Ad Serenum de constantia sapientis)*, escrita entre los años 55 y 56; *Sobre la clemencia (Ad Neronem Caesarem de clementia)*, escrita entre los años 55 y 56; *Sobre la vida feliz (Ad Gallionem de vita beata)*, escrita entre los años 58 y 59; *Sobre los beneficios (Ad Aebutium liberalem de beneficiis)*, escrita entre los años 59 y 62; *Sobre el ocio (Ad Serenum de otio)*, escrita en el año 62, y *Sobre la providencia (Ad Lucilium de providentia)*, escrita en el año 63.

La «consolación» es un género creado por los filósofos griegos y posteriormente adaptado por los romanos. El propósito de la consolación era transformar el estado interior de abatimiento de las personas que se habían visto sacudidas por el infortunio mediante la exposición reflexiva, intimista en ocasiones y siempre persuasiva, de ejemplos moralizantes, normas de conducta y principios morales elevados que debían servir de remedio. Así, entre los propósitos de este género se contaba serenar el ánimo de quienes sienten aflicción, infelicidad o tristeza; atenuar el disgusto de los que padecen sufrimiento, fracaso o desdicha, y conseguir la resignación de los que, desolados, padecen desgracia grave.

Enfermedad, muerte y destierro, en el seno de una fortuna o destino circundante tan próximo como imprevisible y caprichoso, serían pues los principales temas sobre los que giraban las consolaciones y su afán de sensatez confortadora, de moderación de la pena y de serenidad frente a lo ineluctable. De manera más específica, puede afirmarse que las consolaciones de Séneca a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio no son escritos especulativos, ni metafísicos, ni tampoco sistemáticos y dogmáticos, sino que más bien muestran su espíritu pragmático y moralizador.

PENSAMIENTO

El estoicismo de Séneca

Mucho se ha escrito sobre el particular estoicismo de Séneca. Como los estoicos, fue defensor del cosmopolitismo y fustigador de las pasiones por ser éstas indicio de una razón disminuida, pero sus preocupaciones e intereses no se ajustan al molde estoico en sentido estricto. Su autonomía le permitió verter más luz sobre aquello que consideraba de mayor importancia —la ética, la búsqueda de la virtud y, sobre todas las cosas, la práctica de la libertad—, dejando en penumbra aspectos que, como la filosofía de la naturaleza, la dialéctica o la gramática, eran cuestiones estoicas de menor rango para él. La física, las causas, el hado o el panteísmo no tienen cabida en Séneca.

La filosofía de Séneca posee un indudable espíritu estoico, aunque su propia consistencia y su característico dinamismo rompen con todo anquilosamiento estoico. Basado en la búsqueda de la conciliación sincrética de las grandes verdades dispersas en sistemas teoréticos distintos y sin admitir adscripción servil a ninguna doctrina de escuela o secta, Séneca pone impedimentos insalvables a su integración sin más en el esquema intelectual del estoicismo.

Séneca siempre quiso mantener un pensamiento libre e independiente. Su asistematismo general, sus llamativas contradicciones y sus notorias imprecisiones se deben a que quiso elaborar su propia filosofía sin someterse a ninguna autoridad reconocida, fuera o no estoica. Incluso afirma sentirse acostumbrado a pasar al campamento enemigo como explorador y no como tránsfuga, en clara referencia al pensamiento de Epicuro. En general, Séneca sostiene que las mejores cosas de Catón de Útica o de Lelio el Sabio, Sócrates, Platón, Aristóteles, Epicuro, Zenón de Citio, Crisipo, Cleantes, Panecio y Posidonio pertenecen al patrimonio común, por lo que es importante considerar qué se dice y no quién lo dice. Ninguno de ellos ha de ser considerado dueño de nuestra mente, sino sólo gloriosos guías de nuestro entendimiento y voluntad. La verdad, no acaparada por nadie, está permanentemente a disposición de todos.

Séneca sostuvo ser deudor de sus predecesores, aunque su seguimiento no le esclavizaba en absoluto. Heredero de la Stoa antigua, de Zenón y de Crisipo, Séneca se abre a los bienes externos y a la realidad sociopolítica en su conjunto, rompiendo la áspera polarización de razón y virtud clausurada en la interioridad del hombre, pero sin desprenderse nunca de la centralidad de la vida virtuosa. Heredero también del estoicismo de Panecio y de Posidonio —es decir, de la Stoa media o grecorromana—, Séneca acepta la apertura de ésta por lo que se refiere a la ampliación de las dimensiones nucleares del hombre, que ahora se abre al mundo como a una realidad propia. La virtud comienza a adquirir rango político y el bien común a situarse como

bien primordial.

Además, Séneca sabe que la realidad política en la que se halla inmerso ha cambiado con respecto a la que vivieron sus antecesores estoicos. También es consciente de que no es posible buscar cobijo en el sujeto y proceder a negar el mundo, a la manera de los epicúreos. Por ello, la filosofía de Séneca es una muestra tanto de hallazgos o innovaciones como de asentimientos, modificaciones o renuncias de tesis y concepciones antecedentes. Tan seguro está de su planteamiento vital y filosófico que, en referencia a los maestros del pensamiento o grandes filósofos, destaca que en ellos hay lagunas o carencias que no supieron o no quisieron afrontar. No deja, por ello, de otorgarles gran crédito, aunque afirma que sólo pudieron legarnos vías por descubrir, pero no verdades definitivas. Seguir las huellas de los antiguos, tomando el camino ya trillado, no supone renunciar a buscar, a seguir y a potenciar otros distintos.

En efecto, Séneca piensa que los grandes pensadores legan ciertas verdades como un patrimonio que sus sucesores han de incrementar para que pasen a la posteridad. Y como considera que es vergonzoso repetir la doctrina de otro sin aportar nada nuevo, sostiene que dicho patrimonio espiritual no debe ser fijado nunca, pues entonces se convertiría en letra muerta; por el contrario, los herederos del pensamiento han de engrandecerlo y aplicarlo en las nuevas e incesantes circunstancias que se vayan sucediendo. Dilapidan la herencia recibida quienes la inmovilizan. De donde se sigue que Séneca niegue nobleza de espíritu a quienes, tutelados, se limitan a ejercitar su memoria sobre pensamientos ajenos.

Séneca, pues, emprende su itinerario particular con un equipaje incontenible en los estrictos márgenes del estoicismo anterior, pero con el aroma inconfundible de éste. La oposición al placer y a las riquezas de los cínicos, a los excesos hedonistas de los cirenaicos y a la antropología platónica, están tan presentes como la ética aristotélica y la epicúrea, muchas veces para polemizar y avanzar así en la confrontación. Mantener la entereza ante el infortunio, coronar todo acto humano con la joya de la libertad, hallar y cultivar la riqueza que sólo radica en la interioridad, hacer de la virtud el camino hacia la felicidad, moderar los deseos, tomar conciencia de la espiritualidad del alma, confiar en los dioses, cultivar la humanidad compartida y la solidaridad de los hombres entre sí, procurar el bien común como una necesidad que se deriva de la naturaleza social del ser humano y la preparación para la muerte son, pues, los ejes de todo el pensamiento de Séneca, compartidos en esencia por la deriva religiosa de Epicteto y de Marco Aurelio.

Pedagogía y mejoramiento

Hacia el fin último

Por lo general, se entiende que educar supone dirigir a alguien hacia el desarrollo de sus facultades intelectuales; también, que dicha instrucción abarca no sólo el aspecto cognitivo, sino también la dimensión moral y volitiva o caracterial de la persona que precisa o requiere tal instrucción. La relación intencionalmente educativa busca encaminar a la persona hacia una optimización de sus propios recursos espirituales, y también puede tener como cometido inducir al sujeto a quien se dirige a su propio perfeccionamiento como tal.

Así, el cambio promovido por la educación puede ser de orden cuantitativo o cualitativo. El primero se da cuando sólo se proporcionan conocimientos sobre algún aspecto de la realidad o enseñanzas concretas de una doctrina determinada, mientras que el segundo, de orden cualitativo, surge cuando con tal conocimiento o enseñanzas se busca o intenta provocar en el destinatario un cambio interior de visión del mundo o de concepción de la moralidad.

Cuando Séneca indaga los motivos de la persistencia de la insensatez en el hombre, llega a la conclusión de que se debe a la falta de ímpetu para rechazarla y a la poca o nula confianza en las verdades mostradas por los sabios. En otras palabras, lo que provoca tal pertinacia es tanto el insuficiente esfuerzo por alcanzar la virtud como el escaso o nulo aprovechamiento de las verdades conocidas. Fijémonos bien en que en esta respuesta se supera la fase del mero conocimiento de las cosas que convienen al alma. En efecto, ni el conocimiento de la naturaleza de la sensatez ni la comprensión de las verdades de orden moral garantizan la mejora del alma.

En Séneca, vivir no es la suma del cultivo del entendimiento y de una limitada duración vital, dos fenómenos que se dan de forma simultánea. Según su pensamiento, vivir no se desdobla en pensar y en durar, sino que es el esfuerzo perfeccionador que se nutre de un elemento interior —la voluntad guiada por el entendimiento— y de otro exterior —las verdades que impregnan el alma— que se unen de manera indisoluble a fin de que el vivir sea uno solo, sin discrepancia, en pensamiento y en obra.

En los procesos educativos concretos resulta relevante que el receptor sea niño, joven o adulto para adaptar métodos y contenidos, pero no es así en lo que se refiere a la esencia misma de la educación, ya que ésta puede dirigirse a cualquier persona en cualquier momento de su vida. Si el mejoramiento personal no es exclusivo de edad o período alguno, tampoco lo es la educación. De ahí que la dirección de almas —o de conciencias— y la pedagogía compartan mucho más que una fina arista.

Este preámbulo sobre la educación ayuda a comprender que toda la obra moral de Séneca, que es la que más cuidó, en la que se destacó y por la que ha pasado a la posteridad, tiene una finalidad profundamente perfeccionadora de la persona humana.

Séneca no expone un sistema jerarquizado y completo de conceptos e ideas con la finalidad de describir el mundo en su realidad, ni intenta sistematizar un programa moral tomando como base una ontología determinada y nítida que pueda proporcionarle un sustento antropológico perfectamente acabado: es un estoico que, apoyándose en el sistema especulativo de la secta, busca insistir más en los aspectos prácticos de la moralidad. De ahí que, lejos de un estoicismo primitivo profundamente teorético como el que caracterizaba el pensamiento de Zenón, Cleantes y Crisipo, Séneca busca con intensa pasión convencer y prescribir.

En sus obras morales se muestra honesto y quiere ser útil para quien pudiera necesitarlo, y de ahí su intención de educar y reeducar moralmente con la mira siempre puesta en la elevación moral de la persona. Tal intencionalidad, nunca disimulada, fue vertida no en razonamientos complejos y áridos, sino en sentencias tan eficaces como seductoras, en exhortaciones ágiles y brillantes, y en argumentos o razonamientos edificantes y de fácil comprensión que, además de ser persuasivos y vigorosos, debían resultar alentadores y realizables. Ello es lo que impulsó a Marcelino Menéndez Pelayo a afirmar, en su *Historia de las ideas estéticas en España*, que Séneca destaca más por las bellas y nobles sentencias que por el plan, el método, el rigor y la consecuencia.

Esfuerzo y perseverancia

Séneca no desconoce las limitaciones propias del ser humano, ni tampoco las concretas de cada individuo. Sabe muy bien que ninguna sabiduría puede suprimir los defectos naturales del cuerpo o del espíritu, y que a lo único a que puede aspirar aquélla es a moderar lo que es ineludible por ser congénito. La educación, pues, mitiga, pero no tiene el poder de corregir de un modo absoluto.

Con todo, cualquier cuerpo cobra belleza por efecto de la sabiduría, de la hermosura del alma, y su deformidad nunca puede mancillar el alma. Séneca sabe también que en los hombres existen limitaciones insalvables, y no precisamente debidas a su corporalidad. En efecto, la mayor sordera la presenta quien no está dispuesto a escuchar, quien se niega a tomar conciencia de algo, y de ahí que sólo deban recibir lecciones quienes estén dispuestos a atender. En este sentido, Séneca sostiene que no debe hacerse como Diógenes y los demás cínicos, que amonestaban a cuantos podían. Y es que Séneca creía que la sabiduría debe dirigirse sólo a quienes ha de aprovechar.

Para Séneca, el castigo de la mala acción se halla menos en el miedo a ser sancionado por la norma jurídica que en la conciencia misma; es la misma naturaleza racional del ser humano la que le hace rechazar la mala acción criminal. De ahí que disienta de Epicuro cuando éste afirma que no hay nada justo por naturaleza y que los crímenes han de evitarse sólo porque no se puede evitar el temor que ocasionan.

Por tanto, sólo quienes aún no han visto afectada por completo su conciencia moral presentan indicios claros de curación espiritual. La conciencia de la culpa es el principio de la salud del alma, y de ahí que Séneca ponga de manifiesto que poco interesa ese estado espiritual a quienes se vanaglorian de sus vicios y cuentan sus defectos como virtudes, porque quien ignora con malicia su falta no desea ser corregido.

Séneca afirma que el hecho de avergonzarse ante la comisión de faltas morales es buena señal, por lo que este pudor debe fomentarse a fin de prolongar la expectativa. Sin embargo, no priva de esperanza a quienes se obstinan en permanecer esclavos de sus pasiones y de la fortuna: está convencido de que la virtud puede aprenderse, y de que una vez conseguida no puede perderse, si bien ello supone desaprender las pasiones, los temores, las supersticiones; en definitiva, el vicio. También cree que el trabajo persistente y el cuidado atento y diligente consiguen cambiar a quienes se resisten, que sólo están provisionalmente infectados pero no echados a perder de modo definitivo.

Séneca había experimentado que el camino de la virtud es duro y áspero. Así lo intenta transmitir, sin necesidad de soslayarlo, sin ocultar ningún obstáculo y sin intentar dejarlo expedito, si bien insistiendo en que la sabiduría es luz frente a las demás cosas de la vida humana que atan a los hombres.

El mal se halla dentro de cada uno y no procede del exterior; radica en la misma interioridad y su desconocimiento o desprecio es causa de la enfermedad del alma y un obstáculo para alcanzar la virtud. Séneca sabe que ni la tristeza ni la ansiedad del espíritu se desvanecen por que el cuerpo se traslade a otro lugar.

Tras reconocer el mal, la sabiduría sólo se alcanza con tenso y persistente esfuerzo. Séneca niega, pues, que se alcance por azar. Consciente de que la vía del esforzado ascenso moral no sólo se opone a lo más bajo sino que, por encima de cualquier otra actividad humana, descuella, aventaja y distingue, expresa lo difícil que resulta no sólo aprestarse para recorrer la distancia que nos separa de la cumbre de la dignidad, sino también alcanzarla. La medicina que procura la salud puede ser amarga pero cura, deleitando cuando consigue el fin al que se destina.

En efecto, Séneca insta a preguntarse si uno quiere vivir indignamente en un mercado —o sea, en un lugar habitado por quienes al margen de todo esfuerzo llevan una vida encogida, de seguridad deshonrosa, sin provecho ni sustancia— o, por el contrario, desea vivir donde se vive de verdad la auténtica vida humana, en un campamento, como soldados. Estos últimos, guerreros impasibles, conocen su propósito, perseveran en su avance contra el infortunio y, a través de él, viven superando debilidades, afrontando riesgos, soportando peligros y fortaleciéndose tras

cada embate de la adversidad. Los ociosos estériles, sin embargo, incapaces de reflexionar con miras a poner orden en sí mismos y en sus cosas, son arrastrados al igual que los despojos en el río, porque quien no es capaz de sacar partido de sí mismo, quien vegeta, se adelanta a su propia muerte y convierte su morada en sepulcro.

Séneca proclama más feliz a quien, por estar bien dispuesto, no ha tenido problema alguno consigo mismo, pero considera que ha alcanzado mayores merecimientos quien se encaminó con esfuerzo hacia la sabiduría sobreponiéndose a la mezquindad de su propia forma de ser. De ahí que asevere que el proficiente —o aspirante a sabio— que sobrelleve una privación voluntaria en el dormir y en el comer durante varios días debe, en todo caso, alegrarse por hacerlo sin disgusto, pero nunca envanecerse por el simple hecho de hacerlo, pues lejos de estar realizando proeza alguna, se limita a hacer lo que cotidianamente hacen quienes viven en la más pura indigencia material.

Y si hay quienes necesitan ayuda para progresar, también hay que saber a quién acudir, a quién pedir auxilio. Séneca recomienda, en primer lugar, dirigirse a los antiguos, a quienes ya no están entre nosotros; y en segundo, invita a acudir a los coetáneos, pero a los mejores entre ellos, que son los que aleccionan con su vida y muestran lo que debe hacerse con sus propias obras. Séneca pone así de relieve, al igual que lo había hecho Epicuro, la importancia tanto del testimonio de los más avezados en la virtud como del ejemplo que dan. El alma requiere ejemplos o modelos concretos que sean dignos de seguimiento, a fin de tenerlos presentes siempre como protectores, colaboradores o correctores; pues los defectos no pueden corregirse si no es conforme a un determinado patrón. Por tanto, para evitar la desolación interior y el decaimiento, resulta muy beneficioso tener a quien dirigir la mirada y a quien se juzgue que está presente en los pensamientos propios, y realizar cuanto se tenga que hacer como si tal persona nos contemplase.

Muerte e inmortalidad

Muerte, miedo y preparación

El tema de la muerte en la obra de Séneca no sólo es relevante, sino esencial, medular, puesto que la anticipación imaginativa de la misma supone serios impedimentos o inconvenientes graves para la mejora moral de la persona. Cada instante vital pone de manifiesto lo quebradizo que es cada ser humano, la experiencia más cotidiana nos revela la profunda vulnerabilidad de nuestro ser. Es ahí, en cada instante de vida, donde comienza a gestarse la toma en consideración de la limitación y de la muerte.

Séneca sabe que son muchas más las cosas que nos atemorizan que las que nos

atormentan, de lo que se desprende que sufrimos más a menudo por lo que imaginamos que por lo que en realidad sucede. Por eso se debe rehuir todo temor y aceptar lo inevitable, pues tal es la clave de la serenidad. No hay necesidad de ser desventurado antes de tiempo; no hay que aumentar el dolor, anticiparlo o imaginarlo. Por eso lanza duras críticas a la sorpresa que causan los asaltos por parte de los diversos males y al apocamiento que producen en el ánimo. Además, sabe que los males imaginados y ficticios que causan gran turbación son muy perniciosos porque, al ser producto de la incertidumbre, carecen de medida exacta. De nada sirve adelantarse con la imaginación al propio dolor, haciendo presente lo que de momento no es o no ha llegado, lo que puede no llegar o llegar de otro modo; el dolor que brota de la imaginación no sólo no puede detener mal alguno que pueda llegar, sino que se añade como mal actual. Además, los males, cuando llegan, son inevitables. Sufrir imaginándolos es, pues, un defecto.

«Aprender a morir» es de una importancia primordial en la vida de cada persona. El aprendizaje para la muerte no resulta nada superfluo, pues aunque se muera sólo una vez, la ocasión es tan relevante que debe llevar a cada uno a meditar sobre ella, esto es, a aprender de forma continua la enseñanza acerca de la cual nunca podemos estar seguros de haberla aprendido definitivamente. Meditar sobre la muerte supone meditar sobre la libertad, pues quien aprende a morir se libera de las ataduras mundanas que arruinan el alma. El amor a la vida es un sentimiento estimable, pero ha de ser rectamente limitado y puesto al servicio de exigencias superiores.

Los motivos de aflicción que Séneca halla en toda alteración grave de la salud espiritual son tres: el miedo a la muerte, el dolor corporal y la interrupción de los placeres. El remedio que prescribe para poner fin a la enfermedad del alma —y, por tanto, a sus síntomas en la vida cotidiana— es el desprecio de la muerte. Ahora bien, aprender a morir exige hacer presente día a día el momento del encuentro con la muerte; para no temerla nunca es preciso acostumbrarse a pensar siempre en ella. Tal educación está muy lejos de ser un ejercicio permanente de persuasiones o de demostraciones con hechos o con palabras. Los diálogos, las charlas, los debates o la recitación reflexiva de máximas sobre la muerte son importantes, pero carecen del poder efectivo para desvelar la auténtica fortaleza del alma.

El autoengaño y la simulación son algo cotidiano. Por experiencia sabemos que la timidez real de una persona no es obstáculo para mostrar osadía verbal, y que ambas, timidez y osadía, se dan la mano en no pocas ocasiones y la segunda obra como disfraz de la primera. La calidad del alma, según Séneca, no es algo que pueda ser simplemente enunciado; es algo que debe ser probado, lo cual supone, frente a la muerte, estar dispuesto a entregar el alma sin que el juicio sobre su aprovechamiento

pueda asustar. Toda frivolidad, toda vaciedad, todo fingimiento, todo ardid y toda bastardía del alma se desgajan trágicamente de ella ante el rompiente de la verdad que supone lo insoslayable de la muerte.

Séneca insiste repetidamente en algo que él considera sumamente saludable: saber aguardar la muerte en todo momento y en cualquier lugar, al margen de toda ansiedad y sin impaciencia alguna. La actualización incesante de la realidad de la muerte en el presente de cada uno permite ir abandonando, de forma progresiva pero acelerada, la excesiva preocupación por la vida. Es imposible tener una vida tranquila si se piensa demasiado en prolongarla, si se anhela vivir durante mucho tiempo. Nada hay más insensato que asombrarse de que un día acontezca lo que puede acontecer todos los días.

En efecto, Séneca cree que la mayor imperfección de una vida radica en permanecer inacabada y, por ello, reservarse quehaceres vitales para el futuro. Ahora bien, sólo quien cotidianamente sabe despedirse de su vida deja de sentir la necesidad del tiempo, de la cual brotan el temor y el ansia del futuro que tanto consumen al espíritu. No son los años ni los días los que consiguen que hayamos vivido lo suficiente: el alma sólo consigue la suficiencia en sí misma. Así pues, no es al ansia de vivir a lo que hay que conceder un papel rector en la vida, sino que, por el contrario, debe aprenderse que nada importa en qué momento se sufra lo que en algún momento, antes o después, se ha de sufrir; que lo verdaderamente importante no es vivir mucho tiempo, sino vivir bien.

Séneca expresa en varios lugares su desprecio respecto de la duración del tiempo vital. Así, en la epístola 32 a Lucilio le exhorta a pensar en lo hermosa que es la empresa de consumar la vida antes de que llegue la muerte. De ahí que Séneca desee para Lucilio el dominio de sí mismo, que su espíritu se mantenga firme y permanezca seguro, que encuentre la satisfacción en sí mismo y que, tras reconocer y poseer los bienes verdaderos, no tenga necesidad de ver prolongada la existencia.

Y es que el ser humano, que suele despreciar la vida por motivos fútiles, que la dilapida en instantes y en períodos anodinos, y que la desmenuza en la persecución de medios sin eficacia, tiene miedo a morir. Suele oscilar, infeliz y mezquino, entre el miedo a las penas de la vida y el miedo a la muerte, agitándose entre un no querer vivir así y un no saber morir. Según Séneca, el hombre ha de disponerse para la muerte antes que para la vida, pues ésta nos viene dada y suficientemente abastecida, así como también viene dada nuestra permanente insatisfacción ante ella. Procurarse una vida digna abandonando toda preocupación por la vida misma es, por tanto, uno de los mandatos más característicos y notables del pensamiento de Séneca, pues si la tranquilidad presente es tan inestable como fugaz, es temerario confiarse uno a lo que tan poca solidez presenta y tan pronto se pierde. Además, la inevitable muerte no puede

ser imaginada como un gran mal, puesto que en caso de ser un mal sería el último, y además cuando se alcanza o se consuma no se queda, no se perpetúa.

Lo único que en el fondo debe temerse es sentir temor ante la muerte. De hecho, gracias a ella nada debería ser temido por el ser humano. Lo terrible que parece haber en la muerte es el temor que inspira, temor que brota de la imaginación. Nada hay en su verdadero rostro que pueda atemorizarnos; el espanto que causa la muerte se debe, en realidad, a toda la serie de artificios con que ha sido desfigurada por una aprensión falsa, por un juicio carente de todo fundamento. Solemos temer al pensamiento de la muerte, ya que ella en sí misma no causa dolor, porque la muerte, como tal, no se siente. Ahora bien, dado que sólo tendemos a considerar el aspecto terrible de la muerte, y que ello es lo que causa el miedo en las impresionables almas de los humanos, se impone una preparación específica que robustezca sus ánimos ante tal temor. En este sentido, Séneca estima que aunque la muerte considerada en sí misma sea una cosa indiferente, el ser humano ha de ejercitarse con intensidad en el desprecio a la muerte, un desprecio que le otorga protección suficiente contra los daños de la imaginación y contra toda otra clase de perjuicios.

El ser humano es consciente de que la vida le es dada con una limitación infranqueable, hacia la que se dirige a cada instante; no hay ningún segundo que quede sustraído a su acción, y de ahí que siempre nos encontremos a igual distancia de ella. La muerte es, pues, segura, y esperarla con seguridad hace que temerla sea una insensatez. Y puesto que nada tiene de glorioso el acto que uno realiza forzado y buscando escapatorias, el mayor mérito corresponde a quien va a la muerte sin odio a la vida, aceptándola con alegría y sin atraerla hacia sí. El mismo Séneca se esforzó en que cada día fuese para él como la vida entera. Considerar cada día como el último de la vida le garantizaba no aferrarse a él; sentirse cada día emplazado por la muerte le hacía estar en permanente disposición a salir de este mundo, a dejar la vida. De ahí que sugiriese que cada día nuevo debía ser recibido con júbilo, por ser un don que no debe esperarse.

Según Séneca, ante la muerte sólo puede plantearse un dilema: o nos libera o nos destruye; o es un tránsito o es un final. Si nos libera, nos desembaraza de la carga del cuerpo y sólo nos queda el componente más noble, el alma; por el contrario, si la muerte nos destruye, si es un final absoluto, entonces nos arrebata por igual tanto los bienes como los males y no nos deja nada, lo que equivale a no haber comenzado jamás. Ante tal dilema Séneca cree que la muerte es liberadora, pero añade algo más: quien ha logrado despreciarla deja atrás el temor que la muerte le infundía y sustituye tal molestia paralizante y negativa por una espera serena de ella; quien ha aprendido a padecer el dolor y a esperar la muerte no aguarda ansiosamente a que la muerte ponga

fin a su dolor ni siente dolor ante la muerte: sencillamente, ni sufre por morir ni huye del dolor.

Pero estar preparado para la muerte exige que los proyectos se limiten en el tiempo hasta el extremo del día a día. Así, quien llega a no sentir aflicción ante la muerte aunque le agrade la vida, sabe que aquélla no puede arrojarle fuera de ésta; quien ha alcanzado la sabiduría necesaria no realiza nada forzado, y como no es voluntad del sabio aferrarse a la vida, éste impide que la muerte obre contra su voluntad. En el fondo, es él quien escapa a la necesidad porque, aceptando lo que esté por venir, desea lo que la muerte ha de imponerle.

En este sentido, Séneca afirma que morir con dignidad es morir de buen grado, pues todo lo que necesariamente ha de acontecer no constituye una necesidad para el que lo acepta gustoso; sólo es una necesidad para quien se resiste. Quien es capaz de recibir de buen grado las órdenes consigue escapar a la exigencia más penosa de la servidumbre, la de hacer lo que no quisiera. Así pues, no es desgraciado quien hace lo que le mandan, sino quien lo hace en contra de su voluntad. De ahí que Séneca proponga disponer el alma en orden a querer todo cuanto cualquier situación le exija. La fortuna tiene poder omnímodo sobre el que se desvive por vivir, pero ninguno sobre quien no se aferra a la vida ni tampoco teme a la muerte.

Séneca enseña que el acto de morir con entereza es glorioso. En el fondo, para Séneca nada hay glorioso si no está en relación con las cosas indiferentes o neutras, es decir, con las que no son ni buenas ni malas. Así, ni la enfermedad, ni el dolor, ni la pobreza, ni el destierro, ni la muerte son de suyo gloriosas, pero sin ellas tampoco se alcanza gloria alguna. Enfermedad, fuerza, dolor, hermosura, poder, pobreza, riqueza, destierro, honores y muerte no son honestas ni gloriosas en sí mismas, sino que es la virtud lo que las acaba transfigurando. Tales cosas, indiferentes, están a disposición de todos, y la diferencia viene marcada por si son la virtud o la maldad las que las emplean; la virtud o la maldad son lo que las hace buenas o malas. Así, la muerte sólo puede resultar honesta por la eficacia de la virtud. De ahí que poco o ningún progreso conocerá el alma si continúa creyendo que las cosas que nos asustan en mayor o en menor grado son malas.

Lo cierto es que la muerte no destruye por completo al ser humano, pero la vida sí se escapa poco a poco, proceso que se acelera cuanto más se rehúye la muerte, pues el bien de la vida, lejos de hallarse en su duración, se cifra en su aprovechamiento. No vive mucho quien sólo ha vivido mucho tiempo; es muy frecuente lo contrario. De ahí que Séneca sostenga lo saludable que resulta tener presente que la muerte en todas partes está igualmente cercana, que en cualquier situación la distancia entre la vida y la muerte es mínima. Recordarse uno a sí mismo que puede no despertar nunca más tras

irse a dormir, que es posible que no se duerma nunca más cuando se está despierto, que puede no regresar nunca más cuando haya salido de un lugar y que puede no salir nunca más cuando haya regresado, supone perfeccionar la razón y, por tanto, mejorar la vida. Así es como puede vivirse con plenitud ante la permanente inminencia de la muerte.

Relacionados con el tratamiento de la muerte están los temas del suicidio y de la inmortalidad del alma, relevantes en el pensamiento de Séneca aunque sin alcanzar la importancia del de la muerte. En efecto, el lugar moral que Séneca reserva a la preparación para la muerte hace que el suicidio y la inmortalidad ocupen un puesto periférico respecto de aquél. Ninguno de estos dos temas, ninguna de estas dos realidades, puede rivalizar en extensión o intensidad con la realidad de la muerte, lo cual es lógico si se tiene en cuenta que el acto de quitarse voluntariamente la vida supone enfrentarse a la muerte, y que la inmortalidad del alma sólo puede ser verificada por la persona tras la separación de cuerpo y alma. Ni el suicidio ni la inmortalidad representan en la filosofía de Séneca núcleos temáticos vertebradores del mejoramiento de la vida presente, pero ello no impide que ocupen un sitio importante en su pensamiento y en su propia vida.

Por lo que se refiere al suicidio, Séneca estima que es muy importante para la vida presente saber si es la propia vida lo que uno prolonga o si, por el contrario, es la propia muerte lo que se dilata. Así, se pregunta qué necesidad hay de no provocar la salida de un alma agotada en un cuerpo que es incapaz de sus funciones. Séneca cree que es un insensato quien, viviendo mal, pretende alargar su vida un poco más cada día, y llega a declarar que no abandonaría la vejez si se conservara íntegro para sí mismo, sin perturbación o desquiciamiento de su inteligencia. Escapar de la ruina vital mediante el suicidio es para Séneca no sólo lícito, sino obligatorio en términos morales. Sólo a condición de que la enfermedad fuese curable y no resultase perjudicial para el alma, se debería permanecer unido al cuerpo y no proceder a reclamar la propia muerte. Como otro límite al suicidio esgrime, además, la utilidad a los seres queridos.

Lo que Séneca de ninguna forma considera admisible es arrebatarse la vida a causa del sufrimiento, pues morir de tal modo supone ser vencido. El dolor nunca podría ser causa justificativa del suicidio, aunque sí los obstáculos insalvables que para la vida feliz se puedan derivar de él. Así las cosas, vivir para sufrir es necedad; darse un tipo determinado de muerte por temor a ella es insensatez, y decidir la propia muerte a causa del sufrimiento es debilidad e indolencia. Séneca considera que vivir con rectitud es un bien, pero no cree que sea un bien el simple hecho de vivir. Ello le lleva a sostener que el sabio debe despreocuparse por la duración de la vida a fin de dedicarse sólo a acrecentar su calidad.

Así, la cuestión no ha de ser morir antes o después, sino morir bien o mal. Recibir

la muerte o darse muerte tampoco ha de ser relevante para quien no considera la muerte como una gran pérdida y, por ello, no se acobarda ante su llegada. Por tanto, quien ha sabido arrebatar a la fortuna el poder que ejerce sobre quien se aferra a la vida debe vivir no mientras pueda sino mientras deba hacerlo; y debe hacerlo mientras pueda evitar el riesgo de vivir mal.

El alma y la inmortalidad

Por lo que se refiere a la inmortalidad, el pensamiento de Séneca presenta aspectos controvertidos incluso para los estudiosos actuales. El hecho de no poder rastrear en él huella alguna del pensamiento cristiano no es obstáculo para pensar que, contando con las aportaciones más esclarecedoras de Platón y de Aristóteles sobre la causalidad, Dios y la inmortalidad del alma, pudo haber salvado determinadas limitaciones del pensamiento filosófico griego y romano.

La inmortalidad puede presentarse bajo dos ropajes distintos. El primero y el más notable es el de la cualidad de inmortal que se atribuye al alma de los seres humanos; el segundo, de miras limitadas, metafórico y más psicosociológico que metafísico, hace referencia a la duración indefinida de algo en la memoria de los hombres. Y si bien Séneca se refirió a la inmortalidad en ambos sentidos, debemos restringirla a su primera acepción, que es precisamente a la que él se dedicó con más provecho.

En Séneca hay textos lo suficientemente notables para afirmar que vislumbró la naturaleza espiritual del alma humana, que él consideraba realidad grande y noble orientada y abierta hacia el infinito. Así, llega a afirmar que si el alma sobrevive al cuerpo no puede resultar aniquilada de ningún modo, pues ninguna inmortalidad lo es con reservas, ni lo que es eterno puede sufrir menoscabo alguno.

Dicho condicional parece desvanecerse con el establecimiento por parte del mismo Séneca de cierta semejanza entre el alma, la llama y el aire. Enseña que así como la llama se dispersa en torno al cuerpo que la oprime evitando ser ahogada, así el alma no puede ser apresada por el cuerpo ni dañada en su naturaleza por éste, pues su sutileza le permite abrirse camino a través de cosas que la oprimen. Como el rayo que encuentra la salida por una estrecha abertura tras haber invadido con sus fulgurosas sacudidas un amplio espacio, así el alma, mucho más sutil que el mismo fuego, escapa a través del cuerpo, que sólo la contiene de forma temporal.

Como tal, el alma humana no está dispuesta a admitir más límites que los que tiene en común con la divinidad. Por ello, ni su patria es la patria temporal, ni su existencia es caduca. La patria propia del alma es la patria celestial, esto es, el cielo, la totalidad sobrenatural en la que mora lo divino y en la que se inscribe el universo entero. Y por lo que se refiere a la inmortalidad, Séneca afirma que, llegado el momento de la

separación entre su alma y su cuerpo, del fin de la mezcla de lo humano y lo divino, dejará en la tierra la envoltura pesada y terrenal que es el cuerpo. Despojada de todo lo corpóreo y, como tal, perecedero, el alma procederá a restituirse plenamente en el seno de la divinidad con una vida mejor e imperecedera, y el último día en el tiempo es el que da paso a la eternidad.

Tal como el mismo Séneca escribe, ese día al que se suele temer como el último, al que suele concebirse como una amenaza que impulsa al temor, no es otro que el del nacimiento para la eternidad, el del instante en el que el alma empieza a contemplar por siempre la luz divina en su propia sede. También aquí su doctrina se distancia de las enseñanzas de Epicuro, pues si bien ambos coinciden en que se debe aprender a morir, Séneca no cree que la muerte sea un final definitivo, un final que destruye a la persona humana de manera absoluta. En efecto, el alma ha sido modelada por la naturaleza para querer lo mismo que los dioses, de donde se sigue que, si escapa a la acción envilecedora de los vicios, alcanza la capacidad para remontar el vuelo y elevarse hasta Dios.

Estrechamente conectado con el tema de la inmortalidad real del alma o de la supervivencia personal está el de la reencarnación. Sabemos que Séneca recibió la influencia pitagórica y que, fruto de ella, sus escritos presentan elementos importantes que inducen a pensar que creía en la transformación incesante. Así, llega a sostener que quienes ven interrumpida su vida por la muerte retornan al lugar que les es propio, lugar del que han salido y del que de nuevo habrán de salir. Así, Séneca afirma que por encima de la aparente destrucción en conflagraciones universales que se repiten con periodicidad, se da una colosal y perpetua mutación renovadora de carácter, también, universal.

La filosofía, la sabiduría y el sabio

La diferencia entre la sabiduría y la filosofía

Al igual que los filósofos griegos y romanos que le precedieron, Séneca acepta la diferencia que media entre sabiduría y filosofía. Así, siendo la sabiduría el bien consumado de la mente humana, la filosofía es el anhelo amoroso de tal bien, esto es, de la sabiduría misma, sumo bien y fin último. La filosofía, pues, como medio para alcanzar tal bien, tiene como único cometido poner al descubierto la verdad sobre las cosas divinas y humanas; de donde se deduce que no se puede proceder a separar la filosofía de la religiosidad, de la piedad, de la justicia ni de ninguna otra virtud.

La sabiduría es accesible a todos. La filosofía no rechaza a nadie, ni a nadie elige;

brilla igualmente para todos, aunque el número de quienes alcanzan la perfección resulte exiguo. La filosofía proporciona salud al alma. Sin esta actividad interior el alma enferma y se resiente el cuerpo, pues lejos de transformar sus energías en vigor, las disipa en frenesí. Si bien una vida feliz es imposible sin la sabiduría perfecta, una vida soportable es imposible sin la sabiduría incoada. Porque la virtud es una actitud del alma y no puede limitarse a ser un mero conocimiento teórico.

Con respecto a la sabiduría, ciencia de las cosas humanas y divinas, Séneca la concibe como maestra de las almas. Lejos de rebajarla al mero conocimiento y aplicación de instrumentos útiles para las necesidades humanas, la sitúa en la sede más noble a la que puede aspirar el hombre. La sabiduría, que no construye artificios bélicos sino que impulsa la paz y exhorta a la concordia, y a la que se subordinan las demás artes, despeja el camino hacia la felicidad y conduce al logro de la misma. En este contexto, la sabiduría consiste en saber lo que se quiere; en querer siempre las mismas cosas, en razón de su honestidad; y en tercer lugar, en no querer siempre las mismas cosas, en razón de su deshonestidad. De ahí que Séneca afirme que nada debe ser confiado a uno mismo si no puede ser confiado incluso al enemigo.

El cultivo de la filosofía, sagrada y venerable según Séneca, no sólo ha de impedir el debilitamiento y la extinción del impulso del alma hacia la virtud sino que, además, debe conservar y afianzar dicho impulso hasta que se convierta en hábito. Pues la disipación del alma no es descanso ni sana relajación, sino rebajamiento moral y disolución de su fuerza y eficacia. Son numerosas las llamadas que Séneca hace a la dedicación a la actividad filosófica. No podía ser, ciertamente, de otro modo, dado que es situada por el filósofo como el medio que posibilita el acceso a la sabiduría y, como consecuencia, a la vida plenamente buena y feliz. De ahí que solicite de modo vibrante alejar todos los obstáculos y consagrarse por entero a la salud del alma, para lo cual hace falta dejar de estar atareado, adueñarse del propio tiempo y ponerlo a disposición de la filosofía, consagrándose por entero a ella.

Venerar la filosofía y concentrar en ella toda la atención asegura cobrar una gran distancia frente a quienes no lo hacen y reducirla respecto de la divinidad. Séneca sostiene que el sabio no puede considerarse inferior a Dios por el hecho de que sus virtudes se circunscriban a un tiempo más reducido que las de la divinidad.

El sabio que ha muerto más viejo no es más dichoso que el que ha muerto más joven, viendo el ejercicio de su virtud reducida a unos pocos años. Así, también, la virtud no es superior porque dure más. Por tanto, según Séneca, Dios no aventaja al sabio en felicidad por más que le aventaje en años. En otras palabras, quien consigue alcanzar la sabiduría tiene cierta semejanza con Dios, pues si bien éste dispone de todas las edades, el sabio dispone de sí mismo, de su vida; aunque a diferencia de

Dios, que no teme por privilegio de su naturaleza, el sabio no teme gracias a su esfuerzo, lo que supone para él una ventaja sobre Dios. En definitiva, Séneca alaba la noble condición del sabio, que aúna en sí la flaqueza del hombre y la firmeza de Dios.

Por otra parte, afirma que no pueden considerarse bienes ni la sensualidad, ni el lujo en los festines, ni las riquezas, ni nada de todos aquellos placeres que apresan al hombre y le seducen con vil deleite. En caso de ser bienes, el hombre sería más feliz que Dios, dado que tales supuestos bienes no le resultan necesarios a éste, ni los disfruta, ni le cautivan. Extraordinario es, pues, el poder de la filosofía para reprimir todos los embates de la fortuna. Nada subordinado a ella puede dañarla; segura y protegida, ampara a quienes inspira y desarma a quienes la deshonran. El alma que ha sabido renunciar a lo que tiene por bienes externos se sitúa en un lugar infranqueable, pues la fortuna no posee poder alguno sobre quien por ella no se deja atrapar.

La teoría de la moderación de las pasiones por parte de la razón de la que ya hablara Aristóteles resulta inaceptable para Séneca, pues el hecho mismo de tener que moderarlas supone haber aceptado su previa instalación y fortificación en el alma, lo cual es indicio de debilidad de la razón. Y Séneca no acepta el hecho de que una razón debilitada pueda hacer frente a las pasiones ya enraizadas.

Por lo que se refiere a la filosofía de su tiempo, Séneca señala que ha experimentado cierto menoscabo tras haberse corrompido en espectáculos transformistas de verbosidad, dialéctica y sutileza. De tal descrédito puede recuperarse, a condición de restaurarla como filosofía y de alejarla de los hábiles traficantes que comercian con anémicos despojos de apariencia filosófica. En efecto, Séneca destaca la cantidad de doctrina desprovista de utilidad que contienen los filósofos. Afirma que muchos de los así llamados, y que dan muestras de saber hablar más cuidadosamente que de enseñar a vivir, se ocuparon de distinciones superfluas, llegando incluso a rivalizar en ámbitos que no les son propios.

De ahí que solicite encarecidamente arrojar todas estas enseñanzas en el complejo inútil de los estudios liberales, los cuales o no transmiten un saber aprovechable para el alma o quitan la esperanza de todo saber. En efecto, escuchar y leer a los filósofos debe ser aprovechado, según Séneca, para alcanzar la felicidad, para aprender preceptos útiles y máximas espléndidas y estimulantes que más tarde se traduzcan en actos, en obras, y no para aprender metáforas más o menos ingeniosas o atrevidas ni para detenerse en la utilización de meras palabras, arcaicas o nuevas. Lo que el filósofo ha de evitar, en todo caso, es hacer las veces del filólogo o del gramático.

No deja de señalar Séneca que su propósito, como el de todo aquel que anhela la virtud, no debe ser discutir sobre sutilezas, pues ello rebaja la majestad de la filosofía a estas angosturas. El camino de la filosofía no es el de la curiosidad baldía y

desmedida, ni el de los entretenimientos vacuos, ni el de los sofismas ingeniosos. Tampoco el de las preguntas, argumentaciones o sugerencias capciosas, ni el de los vagabundeos afectadamente refinados que atienden más a los términos de la exposición que al asunto en sí.

Lejos de todo ello, la filosofía transita por un camino abierto y directo a la felicidad que sólo la virtud proporciona. Según Séneca, la filosofía no acepta otro bien que la honestidad, esto es, que lo justo, lo razonable, lo recto y lo decoroso, ni puede ser motivo de donación o de compraventa, pues no se puede ganar con las dádivas de los hombres o de la fortuna ni tiene precio por el que pueda pujarse. La filosofía, para él, no es una actividad agradable al público, por lo que se ha de estar seguro de que si se llama «filosofía» a algo que llegue a hacerse con el agrado del vulgo se ha de estar seguro de que es cualquier cosa menos filosofía. De ahí que ponga de relieve tanto la necedad del orador que se alegra tras haber recibido aplausos y elogios de un público que, por ignorante, él mismo no puede elogiar, como la incompostura que supone alardear de frívolo entusiasmo ante lo que merece ser reverenciado con sumo respeto.

Séneca se refiere en numerosas ocasiones a la inconveniencia que supone dedicar mucho esfuerzo a las palabras. No afirma con ello que las enseñanzas filosóficas deban caracterizarse por la escasez semántica y la aridez retórica; no lo piensa en absoluto, pues los temas elevados precisan en ocasiones de elocuencia natural y de ciertas finuras del ingenio que enaltezcan la belleza y bondad de los asuntos importantes. Lo que en realidad quiere evitar es que el alma se deleite más en la forma, en lo ornamental, que en el fondo; que se pierda en lo superfluo y frívolo un tiempo que es escaso. No debe ocurrir que la elocuencia se baste a sí misma y no se ponga al servicio de la enseñanza, brillando más que alumbrando; en otras palabras, que se diga por el placer de decir y se escuche por la mera satisfacción de hacerlo, con un discurso que soslaye el asunto para darse a conocer más a sí mismo.

Lo que debe evitarse, en definitiva, es que quien enseña el camino de la sabiduría y quien se acerca a la filosofía para aprender lo hagan desde la delectación, pues allí donde se trata de la virtud y del alma las palabras no deben buscar deleite sino provecho. En efecto, quien se acerca con el alma enferma al galeno que puede curarle no desea hallar en él a un especialista en elocuencia. Si además éste reuniese en su persona el conocimiento preciso tanto del mal como del remedio, y también gracia en las formas y bondad en el trato, tanto mejor; pero no son éstas cualidades que curen por virtud propia.

No olvida Séneca la importancia negativa que tiene la agitación causada por una búsqueda incesante y sin final. Considera este desequilibrio una enfermedad del alma, pues es justamente uno de los estados que se opone al equilibrio espiritual; pues un

espíritu equilibrado es aquel que puede mantenerse firme y morar en sí. Cuando lo aplica a la lectura y al estudio, insiste en que la avidez por consultar muchos autores y muchas clases de obras es un indicativo de tal inestabilidad. Como es natural, considera conveniente nutrirse intelectualmente de algunos grandes escritores a fin de obtener buenos frutos para el alma; pero insta a recordar que «no está en ningún lugar quien está en todas partes» (*Epíst*., 1, 2, 2). El cuerpo que expulsa el alimento tan pronto como lo ingiere no puede asimilarlo; el cambio frecuente de remedios impide la curación; no llega a cicatrizar una herida en la que se ensayan múltiples medicamentos, y no arraiga la planta que es sometida a un incesante traslado de sitio.

Quien carezca de objetivos y de perseverancia, quien tenga contradicciones entre acciones y propósitos, o reincida en defectos pasados, espera aprender pero no entretenerse. Quien necesita las enseñanzas del sabio, quien acude a la escuela de un filósofo, busca corregirse y avanzar, no divertirse. En el filósofo hallará cauterización y dieta, extirpación y privación, orden interior y autorregulación, enseñanza y vida. Pues no basta el aprendizaje si su calidad y valía no son sometidas a duras pruebas; tampoco la memoria si sólo es continente atiborrado de experiencias y de conocimientos. Lo único que vale es el saber que se plasma en obras. Pues no alcanza la felicidad quien tiene el saber, sino quien lo realiza.

Los impulsos primeros de los principiantes para todo noble ideal necesitan de alguien que los estimule, de un maestro que enseñe no a discutir sino a vivir, y que sepa transmitir la absoluta superioridad del cultivo del espíritu sobre el cultivo de la inteligencia. No aprovechan lo que deben quienes frecuentan a un filósofo, quienes acuden a su testimonio y palabra, para escuchar y no para aprender, para deleitarse y no para adoptar alguna norma de vida con que perfeccionar sus costumbres o despojarse de algún vicio.

Tampoco aprovechan lo suficiente los que acuden a su presencia no para recoger ideas fértiles, sino para buscar palabras inútiles y estériles; ni quienes se exaltan o enardecen con facilidad pero se ven enseguida traicionados por una constitutiva veleidad que les hace ceder ante los obstáculos puestos por su propio ánimo o la mayoría de las personas que les rodean. En tal sentido, Séneca afirma que, si bien debe tolerarse en alguna ocasión a los jóvenes que exterioricen cierto entusiasmo ante la oratoria filosófica, la juventud debe saber que son las ideas las que deben conmover y no el estilo de las palabras, pues siempre resulta perjudicial la elocuencia que, lejos de despertar interés por el tema, lo hace por ella misma.

La filosofía se funda, pues, en las obras, no en las palabras; modela el espíritu, ordena la vida, gobierna las acciones, enseña lo que debe hacerse y lo que es preciso omitir. La filosofía no se emplea para eliminar el hastío que produce el ocio inactivo.

Sin ella, que nos exhorta a obedecer de buen grado a Dios y a soportar con entereza al azar que da la fortuna, sobrevienen el temor y la inseguridad.

Séneca piensa que la divinidad no es altanera ni envidiosa, sino que, de forma hospitalaria, alarga la mano a quienes se empeñan en ascender; aunque también sostiene que ningún alma es virtuosa sin Dios, quien desciende a los hombres penetrando en su interior. En el mismo sentido, en sus textos se hallan una serie de consideraciones acerca de la naturaleza del alma humana y de los recursos que la elevan a una altura divina. Para dar alcance a la virtud perfecta se requieren esfuerzo constante, sabiduría, equilibrio y una vida conforme consigo misma. Tal es el supremo bien que permite al hombre dejar de ser suplicante para llegar a ser compañero de los dioses.

Unidad de pensamiento y vida. El sabio

Séneca declara su desprecio hacia quienes, haciéndose llamar «filósofos», viven de modo distinto a como enseñan que se debe vivir, y que no pocas veces obran en contradicción con lo que dicen. Por ello, repiten las sentencias que otros pronunciaron sin llegar jamás a hacerlas suyas. Para Séneca, tales usurpadores son modelos de una disciplina inútil que se agitan de acá para allá, esclavos de todos los vicios que fustigan. Le resulta inconcebible que un filósofo presente algún tipo de doblez o fingimiento. Quien se dedica al asunto del alma no puede albergar otro propósito que no sea ajustar su vida y sus palabras.

En efecto, su cometido no puede ser otro que expresar lo que siente y sentir lo que expresa, mostrando su unidad y coherencia en todo momento. Pues quien habla, escribe y vive es una misma persona que ha de lograr que su forma de hablar concuerde con la vida que lleva. La filosofía, pues, ha de ser asumida por la persona entera, y el progreso personal se demuestra no por lo que se dice o se escribe, sino por la firmeza del alma y por la disminución de los deseos.

Séneca llama a demostrar las palabras con los hechos. Se traiciona el filósofo cuando trata de ganar el asentimiento de la concurrencia, o cuando pretende recrear los oídos de jóvenes y desocupados con elegantes disertaciones. Lejos de todo ello, la filosofía enseña a obrar y no a decir, reclamando que cada cual viva conforme a la ley que se impuso, que la propia vida no esté en desacuerdo con las palabras de uno y exigiendo que sea única la impronta de todos los actos personales, para así poder llegar al estado en que la vida de uno mismo esté de acuerdo consigo misma.

La figura y el ideal del sabio nos ayudarán a perfilar las cuestiones sobre la filosofía y la sabiduría. En efecto, el sabio sabe vivir, porque es el único que sabe vivir para sí. No es sabio quien ha emprendido la huida ante los problemas y los hombres, ni quien ensalza lo que elige y teme lo que rechaza; tampoco quien ha fracasado en sus

ambiciones y se ha visto relegado contra su voluntad. El sabio no se oculta, y mucho menos por miedo; no vive para el placer ni para el descanso. Ciertamente, no es sabio quien no vive para nadie.

El sabio es poseedor de un alma noble, y es propio de un alma así preferir la moderación y menospreciar lo grandioso y la desmesura. Y es que el comedimiento resulta reconfortante siempre, a diferencia de la intemperancia, cuyo exceso y desbordamiento siempre causan perjuicio a quien es poseído por ella. El sabio no usa la filosofía para hacer ostentación; la practica al margen de toda insolencia y obstinación, y se cuida de levantar recelo alguno por causa de su vida. El sabio no utiliza la filosofía para desdeñar las costumbres de la mayoría, ni tampoco la esgrime para ensañarse con los vicios de los demás, sino que la ha empleado para liberarse de los suyos. Tampoco se preocupa por agradar, pues quien ama la virtud, sólo con malas artes podría alcanzar el favor popular, lo cual le impediría ser lo que es.

Séneca sostiene, pues, que el camino hacia la virtud va más allá de hacerse aceptar o rechazar por el vulgo. Lo que importa verdaderamente es la opinión que uno tiene de sí mismo y no la que otros tienen de uno. De ahí que se deba vivir de tal manera que se dé preferencia a la propia decisión por encima de la del pueblo; que se tomen en consideración las opiniones sin que importe su número; que se rechacen la popularidad y los honores; que se viva sin temor a los dioses y a los hombres, y, en definitiva, que se superen los males o que se les ponga fin.

Según el pensamiento de Séneca, el sabio es alguien que ha investigado la verdad y la naturaleza, percibiendo en ello el orden y en éste lo divino. Por tanto, es alguien que ha aprendido a conocer el valor de cada cosa. El sabio, que ha rechazado vanidades, que incluso ha renunciado a las cosas lícitas si constituían para él obstáculo o impedimento, y que ha sabido encaminarse hacia la rectitud del alma, enseña y muestra con su propia vida que no debe haber sometimiento a los placeres, y que nunca debe subordinarse el juicio, la decisión o el afecto a las opiniones falsas.

Quien ha alcanzado la sabiduría elogia los bienes que siempre han de complacer y sabe que el que considera bienes otras cosas cae en poder de la fortuna, lo que le lleva a someterse a una voluntad ajena. Por ello, el sabio declara que es más feliz quien no ansía nada, quien halla la felicidad dentro de sí y reduce todo bien a lo honesto, y afirma que quien es dueño de sí mismo más poderoso es. Por ello, ninguna posesión juzga más propia y suya que aquella de la que toma parte conjuntamente con toda la humanidad. El sabio es coherente e igual a sí mismo en todas partes y camina siempre por la misma ruta, aunque no lo haga siempre al mismo paso.

La verdadera libertad, la más absoluta, consiste en la sabiduría, en someterse a la razón. Quien así procede somete todas las demás cosas, conoce los proyectos que debe

acometer y la forma de hacerlo, y jamás resulta sorprendido por los avatares de la fortuna. Para Séneca resulta extremadamente vergonzoso no el que uno vaya a su propio ritmo en el camino hacia la virtud, sino permitir que la fortuna coja desprevenida al alma y la sacuda con aquello para lo que ella misma debía estar preparada, pues si la aptitud, la potencia o la ocasión para ser o existir algo se realiza de manera cotidiana, resulta de necios pensar que la fortuna pueda ocultarnos algo.

Asimismo, para él, la virtud se halla ubicada en la razón, que es la parte más noble de nuestro ser. La virtud consiste en un juicio verdadero y estable, juicio que debe iluminar toda idea y motivar el impulso de la voluntad. Y, a diferencia de lo que ocurre con los bienes del cuerpo, que ni son todos bienes por entero ni tienen todos el mismo valor ni entidad, todas las cosas en conexión con la virtud son bienes de forma absoluta, por lo que todos son bienes iguales entre sí.

Pues bien, el sabio vive conforme a la naturaleza, que es la actividad providencial de Dios. Al igual que la naturaleza, el sabio ambiciona poco y nunca se extravía. Sabe que la codicia y la vanidad de ningún modo tocan fondo, y que una perpetua insatisfacción produce infiernos interiores sin fin. Del sabio puede decirse que jamás se pierde, pues ha encontrado el camino. A diferencia del extravío, que no tiene fin, quien va por buen camino encuentra un final. Pues lo que se quiere, si puede detenerse en algún punto, responde a un deseo natural; si no lo hace, si lo que se consigue tras haberlo deseado parece insignificante siempre, si el propio querer parece siempre a medio camino, entonces lo que se quiere no es fruto del deseo natural ni, por tanto, honesto.

Quien, como Séneca, considera deshonestos tanto el azoramiento como la inquietud y la desgana en cualquier actividad, sólo puede pensar que la honestidad supone tanta seguridad y prontitud como intrepidez y disponibilidad para el combate. De ahí que Séneca afirme que ni la pérdida de los hijos ni la de los amigos puedan causarle aflicción alguna al sabio, que vive en perpetua calma. Quien ha aprendido a no temer por su vida más de lo que se duele por esas pérdidas no se abate por el duelo y la añoranza, sino que sabe soportar la muerte de sus seres queridos con la misma entereza con que aguarda la suya.

Aunque el sabio pueda llegar a experimentar algún amago de turbación o de desgarro emocional, por encima del asalto de dichas alteraciones persistirá en él la convicción de que ninguna de tales sensaciones es un mal, ni merece que frente a ellas pierda aliento y fuerzas un alma virtuosa y, por ello, sana. Ante la cuestión de si el sabio experimenta miedo ante aquello que le causa dolor corporal, Séneca responde que puede padecer dolor, pues no hay virtud que suprima la facultad de sentir, pero nunca miedo.

Por lo demás, el sabio estoico sabe superar las molestias que siente, bastándose a sí mismo para vivir felizmente. Sin necesitar amigo alguno, desea sin embargo tener una amistad desinteresada, esto es, no oportunista ni utilitaria. Pues tal persona quiere ejercitar la amistad con la finalidad de que tan gran virtud no quede inactiva. Anhela, pues, un amigo para, si es preciso, sacrificarse por él, morir por él o poder acompañarle al destierro. En otras palabras, si bien el sabio precisa amigos, no lo hace para vivir felizmente, pues a falta de amigos se contenta consigo mismo, se concentra en sí mismo, vive para sí, pudiéndolo hacer porque lleva todos sus bienes consigo, y tales bienes son la justicia, el valor, la prudencia y el desapego. Quien sabe complacerse en tales bienes queda libre del hastío, y el sabio, en su soledad gozosa, resulta inmune a la desolación interior.

Para vivir, el sabio necesita de muchos recursos, pero para vivir felizmente sólo tiene necesidad de ser él mismo un alma sana, noble y que desdeñe los giros de la fortuna. Al contrario que el necio, que no tiene necesidad de nada pero carece de todo, el sabio tiene necesidad de muchas cosas sin carecer de nada, pues para él nada hay que sea estrictamente necesario. Por ello, el necio, quejumbroso, soporta su mala fortuna y solloza en su falsa resignación, a diferencia del sabio que, siempre combativo, reta con decisión a la fortuna cuando no la desestima con esa indiferencia y desapego que denotan menosprecio.

El sabio sabe cómo someter los males, dominando y mitigando tanto el dolor y la pobreza como la infamia, la cárcel o el destierro. Las contrariedades de la vida no le perjudican, pues lejos de impedir su actividad de ayudarse y ayudar a todos, le ponen a prueba y le permiten demostrar su eficacia ante sí y ante los demás. El sabio está siempre preparado para cualquier contingencia, de modo que sabe regular los bienes y vencer los males tras administrarlos y servirse de ellos. De ahí que Séneca, recordando que el filósofo cínico Demetrio calificó de «mar muerto» la vida tranquila de quien no acusa embate alguno de la fortuna, afirme en la epístola 67 a Lucilio que:

> […] no contar con motivación alguna que te mantenga despierto, que te estimule, cuyos presagios y acometidas pongan a prueba la firmeza de tu alma, sino abandonarse a una quietud inalterable, eso no es sosiego, antes bien flojedad. (*Epíst*., VII, 67, 14.)

Como se ha dicho, el alma libre de error y de vicio, que goza de perfecta salud, se basta a sí misma, confía en sí misma y sabe que todos los favores que se otorgan carecen de importancia para la vida feliz. La perfección del alma virtuosa impide que pueda carecer de algo o que algo pueda arrebatárselo. En efecto, es imperfecto el ser que todavía puede aumentar o acrecentarse en algo, mientras que aquel que puede sufrir menoscabo no es perpetuo. Por tanto, sólo aquel cuya alegría es estable y permanente

puede gozarse en su propio bien, mientras que todo lo que se adhiere a la fortuna es fluctuante y temporal. La virtud no tiene necesidad alguna porque nada le falta. Así, también el que vive conforme a ella goza con lo que tiene a mano y no codicia lo que echa en falta porque, pareciéndole suficiente incluso lo que es pequeño, en el fondo nada echa de menos.

Para Séneca, la felicidad consiste en tener una razón perfecta, pues sólo ésta no doblega el ánimo, se enfrenta a la fortuna y siempre se mantiene segura de sí misma. Es feliz, pues, quien no puede sufrir menoscabo, quien en la cima no tiene necesidad de apoyo alguno que no sea él mismo. La felicidad consiste, pues, en el sosiego y la tranquilidad perennes que sólo otorga la grandeza de alma, esto es, la perseverancia en seguir el recto juicio. Lo principal de la virtud es que llega a la plenitud de los bienes eternos sin necesidad del futuro y sin necesidad de echar la vista atrás. El tiempo, siempre fugaz, está en nuestras manos sólo cuando lo usamos debidamente, es decir si lo dedicamos con suma eficacia y ardor a la enmienda del alma.

Para Séneca, la diferencia entre quien ha alcanzado la sabiduría y quien va aprovechando algo y avanza con su propio ritmo es la que existe entre la persona sana y la que, por causa de padecimiento físico y corporal, se halla bajo atención médica y mejora lentamente. Sin embargo, el autor de los *Diálogos* pone fin a la analogía cuando afirma que el «proficiente», o aspirante a la sabiduría, como paciente que es, corre siempre el riesgo de empeorar de la dolencia, mientras que el sabio no puede recaer y ni siquiera caer en modo alguno, pues el alma que sana lo hace de una vez, de manera total y para siempre.

Séneca intenta poner de manifiesto que cualquier vicio que se tenga es causa de enfermedad del alma entera, mientras que cuando se ha vencido tal enfermedad, nunca más sobreviene. De ahí que quienes han realizado los mayores progresos en la sabiduría y están cerca de la perfección todavía sientan las pasiones, ocasionales y leves, si bien se hallan exentos de las enfermedades que son los vicios inveterados.

La principal clave del retiro activo o fecundo del sabio es que, lejos de ser muestra de indolencia, tal retiro resulta siempre fructífero, no sólo para quien lo vive sino también para todos los demás, y tanto en el presente como para la posteridad. El sabio sabe domeñar al cuerpo, dándole sólo lo necesario para que no domine al espíritu; sabe, además, que sólo el sometimiento a la filosofía le hace libre, y que lo que se adecua a su deseo le debilita. Asimismo, vive desconfiando de la buena fortuna. Pero a todo ello hay que añadir que el retiro del sabio exige que evite todas aquellas aficiones que complacen al vulgo. En efecto, se ha de perseverar en el esfuerzo de hacerse cada día mejor, de mejorar el alma. Ahora bien, el progreso espiritual está reñido con la búsqueda de la admiración.

Si alguien se persuade de ser un hombre bueno es que está muy lejos de serlo. De ahí que, en el camino del mejoramiento, la ostentación debe ser evitada; ningún alarde ha de atraer hacia sí el odio o la codicia de los demás. De donde se sigue que no hay que hacer alarde alguno de la vida retirada, y es una nefasta forma de exhibición ocultarse en exceso y alejarse demasiado del trato humano. El único camino tendrá que ser el de la discreción, el de la distinción interior sin distinción exterior. Al respecto, Séneca recomienda seguir una vida mejor que la del vulgo, pero no la contraria, a fin de no ahuyentar a nadie y de no incentivar una mera imitación de lo exteriorizado. Conforme a esta doctrina, cuando uno esté retirado debe buscar hablar consigo mismo para detectar y analizar las propias debilidades, y en la propia intimidad juzgarse mal, pues así se acostumbra uno no sólo a decir la verdad sino también a escucharla. En el fondo, se trata de evitar conocerse a sí mismo a través de lo que la gente diga de uno, para entablar una continua reflexión a solas, un soliloquio permanente, íntimo y crítico.

El sabio no ha de desear verse admirado. Este deseo supondría una imperfección, ya que sería un signo de carencia de perfección. Séneca, pues, aconseja no sólo ocultarse en el retiro sino también ocultar el propio retiro. Por lo que respecta al retiro, ocio fecundo o estado contemplativo del sabio, hay que decir que cuando éste se dedica a someter a examen los asuntos divinos y humanos es cuando está más ocupado. Queda claro que, en lo que se refiere a hacer que el retiro propio pase inadvertido ante los demás, Séneca subraya que vanagloriarse del retiro es inútil ostentación, por lo que tal opción de vida o decisión personal deberá hacerse pasar ante los demás como necesaria en atención a la salud, como fruto de la debilidad o incluso de la desidia, pero nunca darle el lucido título de estudio de la sabiduría o aspiración a la tranquilidad. A fin de progresar en la virtud, la multitud debe ser evitada, pues el contacto con ella resulta hostil para el filósofo. La asistencia a un espectáculo multitudinario es aún peor, pues la multitud estimula el vicio, con gran acompañamiento, en el alma que quiere mejorar. No se trata aquí ni de imitar ni de odiar al vulgo, sino de recogerse en el interior cuando y cuanto a uno le sea posible. Tratar con los que le han de hacer mejor será suficiente; acoger a quienes uno pueda mejorar, adecuado. Y como con todos no se puede tratar provechosamente, bastaría con uno solo.

Si bien coincide con Epicuro por lo que se refiere al retiro y a la independencia del sabio, Séneca se distancia de aquél cuando admite la licitud del sabio para dedicarse a los asuntos públicos. Y, contra los cínicos, Séneca sostiene que la vía de la sabiduría exige ser sociable y afable en el trato, y que la tortura del propio cuerpo va contra una vida conforme a la naturaleza, así como desdeñar el aseo, buscar el desaliño o servirse de alimentos impropios. Pues si bien el apetito de cosas refinadas supone

voluptuosidad, es desatinado rehuir las que son corrientes y asequibles. Moderando la vida y siguiendo las buenas costumbres se facilita que todos aprueben la vida del sabio y, en su caso, del proficiente. El filósofo, pues, ha de ser distinto sólo por dentro.

Cada hombre está llamado a la plenitud, que no es otra cosa que cumplir con el fin que le es propio como hombre. Vivir conforme a su naturaleza es lo que la razón exige de él. Por ello la razón ha de ser impulsada hacia su perfección, haciéndola crecer todo lo posible. Quien necesita ir a la búsqueda del placer no puede experimentar gozo. El intemperante, el débil o el injusto no pueden gozar por más que saboreen todos los placeres. Uno sólo puede considerarse feliz cuando todo gozo nazca para uno desde su mismo interior, desde el sentimiento íntimo de la posesión de las virtudes, y se sabe que ello llega cuando, tras contemplar las cosas que los hombres codician y guardan, no se encuentre nada en ellas que se desee conseguir.

Obras de esta edición

Consolación a Marcia

Esta obra fue destinada a Marcia, matrona, para que abandonara el largo luto por la muerte prematura de su prometedor hijo Metilio acaecida tres años atrás. Marcia, madre de dos mujeres y dos varones ya fallecidos, era hija del historiador Aulo Cremucio Cordo. La muerte de éste, instigada por Sejano, fue decretada por el emperador Tiberio a causa de la incomodidad política que sus ideas republicanas le generaban. El padre de Marcia, que optó por morir de hambre, sería rehabilitado posteriormente por Calígula.

Numerosas investigaciones consideran a Marcia destinataria fingida de la consolación. En opinión de algunos investigadores, los motivos reales habrían sido, tras el cambio de tiempos y de emperador, alcanzar mayor notoriedad, granjearse la amistad de Calígula y distanciarse de las actitudes y acciones políticas del entorno próximo al ya fallecido emperador Tiberio, a quien responsabiliza de haber llevado a la muerte al historiador Cordo.

En la *Consolación a Marcia*, ésta es esbozada como una mujer cuya fortaleza de espíritu le ha permitido superar las duras pruebas a las que la vida la ha sometido. De ahí que Séneca quiera detener su llanto, que considera anclado a una rutina que parece incesante, y poner fin a su dolor por Metilio, al que Marcia ha permitido ocupar el lugar que correspondía al noble recuerdo de su segundo hijo muerto, que a su vez tuvo dos hijas. Séneca enseña en esta consolación que se debe vivir con el recuerdo del ser querido, sin convertirlo en algo penoso ni tampoco convertirse uno mismo en alguien

atormentado y consumido. Se ha de valorar al hijo perdido, que vivió intacto y puro, por sus cualidades y no por el tiempo que vivió. Ello es, en definitiva, lo que Séneca recomienda hacer a Marcia, que llora en exceso y de forma inconveniente a su hijo Metilio. No ha de alargarse, pues, la tristeza melancólica, que el ser humano suele dilatar de manera antinatural sólo por convenciones sociales. Debe uno moderarse en el dolor, dominarlo, pues de nada sirve ya, porque el dolor nada nos devuelve. No hay que agravar la propia desgracia ahuyentando la serenidad.

Consolación a su madre Helvia

Séneca dedicó esta obra a su madre con el propósito de atenuar el sufrimiento que su destierro a Córcega —acusado de adulterio con Julia Livila y, como consecuencia de ello, pobre, deshonrado y menospreciado— había provocado en ella. Ésta debía poner fin a su desconsuelo si quería evitar la indignidad que supondría que la muerte fuese la única que tuviese el poder de poner fin a su pena.

Mucho se ha escrito acerca de las auténticas razones que llevaron al filósofo a escribir esta consolación. Entre ellas destacan las de hacer más tolerable su destierro, seguir haciéndose presente para no caer en el olvido o conseguir su rehabilitación para poder regresar a Roma.

Con la finalidad de acabar con su dolor, el filósofo revive y enumera los asuntos más dolientes que su madre debió encajar. El recuerdo de todas estas desgracias debía conseguir que una vencedora de tantas desdichas como Helvia, que derrama lágrimas sin moderación pero no debe hacerlo sin límite, se avergonzara de la posibilidad de ceder al quebranto sin fin de su espíritu ante la última de ellas, esto es, el destierro de su hijo, el propio Séneca, que éste considera la prueba más dura.

Para tranquilizarla y proceder a la cura del sufrimiento materno, Séneca comunica a su madre no padecer nada por lo que pueda llamarse desdichado, pues la naturaleza ha dispuesto que la vida buena y dichosa no requiera grandes preparativos ni medios excepcionales.

Séneca analiza qué amarguras ocasiona en sí mismo el cambio de lugar al que llamamos destierro. Concluye que en cualquier lugar físico se está a idéntica distancia de lo mejor y de lo más excelso, que se muestra resplandeciente en todas partes. Por tanto, todo lo mejor que tiene el ser humano es una propiedad suya que no puede serle arrancada desde el exterior o arrebatada por los semejantes. De ahí que el cambio de lugar no suponga —ni deba hacerlo— un cambio en el espíritu.

Consolación a Polibio

Esta consolación pretende confortar a Polibio por la muerte de su hermano, de quien no

se cita el nombre. Destacado liberto de Claudio, Polibio era asesor de su corte y encargado de los suplicatorios y memoriales dirigidos al emperador.

Como ha sido apuntado por algunos estudiosos, resulta creíble que Séneca albergara otro propósito con esta consolación. Así, desde su destierro en Córcega solicita, como mínimo, el perdón que le permitiría su regreso a la añorada Roma. De ahí que al dirigir su escrito a Claudio, de quien alaba su clemencia, se deshaga en alabanzas afectadas hacia el César tales como la de llamarle «consuelo común de todos los hombres» o «la más grande y brillante divinidad».

Séneca comienza la *Consolación a Polibio* destacando la naturaleza perecedera de toda cosa contingente, destinada a descomponerse y sucumbir, conforme a la inexorable ley de la naturaleza. La muerte de un ser querido no es más que una anticipación de lo que necesariamente está también por llegar a quien, vivo aún, llora su pérdida. Por eso, quien fallece no nos abandona sino que nos precede.

El filósofo, además, le recuerda a Polibio que siendo su dolor inútil, más lo es prolongarlo. Séneca demanda de Polibio sensatez, no insensibilidad; solicita de él la actitud de una mente sensible, no la de una mente perturbada. Es previsible que todo ser humano pase por numerosas penalidades a lo largo de su vida, por lo que Séneca recomienda moderarse en las lágrimas. La segura frecuencia de lo doliente en nuestras vidas nos exige contener en cada caso la reacción emotiva desorbitada; esto es, una aflicción desmedida, un llanto sin fin.

Polibio no sólo debería ser ejemplo para sus otros hermanos vivos, sometidos a la misma adversidad, lo que le exige dar testimonio de la entereza que alivia y de la fortaleza que consuela; debería serlo también para su propia esposa e hijo. Por otra parte, Séneca también le recuerda que debe estar a la altura de su capacidad, de su formación y de su rango público. En especial su elevado servicio al César (Claudio), gracia extremadamente exigente tanto en lo público como en lo personal y privado, ha de impedir a Polibio abandonarse al dolor.

Sobre la providencia

El destinatario de *Sobre la providencia* es Lucilio, el mismo al que Séneca dirige las *Cuestiones naturales* y las *Epístolas morales*.

De lo que se trata en *Sobre la providencia* es de saber el motivo por el que, a pesar de estar presidido el mundo por la divina providencia, los hombres de bien se ven afectados por contrariedades y desgracias. Es innegable que al hombre bueno no siempre le es favorable la suerte, y que muchas veces se ve retardado o impedido en el logro de un deseo o de algo que juzgaba conveniente, y todo ello podría motivar su aflicción. Ahora bien, al tratarse de contrariedades o desgracias, lo cierto es que no son

males; al contrario, son reveses provechosos, pues gracias a ellos el hombre bueno —y por tanto fuerte y feliz— es puesto a prueba en numerosas ocasiones con la finalidad de robustecerle y prepararle para sí.

Los males son, efectivamente, males para quien los sobrelleva mal. De ahí que las contrariedades —y, en general, las circunstancias adversas—, lejos de causar trastorno alguno al hombre virtuoso, son sometidas por éste, que consigue así asumirlas e integrarlas en su vida. Una gran desgracia es una coyuntura para probarse y dar prueba; un suceso infeliz y lamentable es una oportunidad para el arrojo. Lo propio de un hombre bueno es ofrecerse al destino.

La virtud es de tal naturaleza que ha de superar duras pruebas que la fuercen a demostrar su poder y su grandeza. La reciedumbre no se conquista con molicie, ni con pereza, ni con la tranquila infelicidad que provoca el no verse en peligro ni tener adversarios de altura; tampoco con cobardía, gimoteos y llanto. De ahí que la virtud languidece cuando no halla oponentes trabajosos cuya dureza y dificultad provocan en ella una digna resistencia. En el fondo, lo que importa no es lo que el hombre bueno soporta sino de qué manera lo hace, es decir, de qué modo afronta el espíritu las contrariedades y los perjuicios.

Sobre la firmeza del sabio

Séneca dirigió *Sobre la firmeza del sabio* a Anneo Sereno, el mismo a quien destinó otras dos de sus obras, concretamente *Sobre la tranquilidad del espíritu* y *Sobre el ocio*, si bien debe señalarse que cabe dudar de que Sereno fuera el destinatario de esta última.

Séneca defiende en este escrito que el sabio, por serlo, está a salvo de todo daño moral exterior. Inexpugnable, resguardado de lo fortuito, no le lastiman los golpes que le llegan, por muchos e intensos que sean. Por otra parte, quien aspira a la sabiduría debe esperar y sobrellevar los embates del destino, resistiendo para avanzar y avanzando para fortalecerse; en definitiva, debe soportarlos como oportunidades que son para el ascenso que transfigura su propia interioridad.

El sabio es alguien que se apoya en la razón y que avanza con espíritu divino entre los infortunios. No es alguien que calcule lo que puede hacer, ni tampoco alguien que ponga límites a lo intolerable que pueda padecer. Para el sabio estoico no hay ultrajes tolerables y otros intolerables. Sobre su persona, sencillamente, no puede haber ultrajes. Mientras que los sabios no estoicos actúan con melifluidad y según lo que les dejan hacer, el sabio estoico hace con valentía lo que debe, lo mejor y lo más rápido, resulte agradable o no. De ahí que, despejado y paciente, nunca tenga necesidad, entre otras cosas, de dramatizar con respecto a los enojosos intentos de oprobio de sus bajos,

incapaces y banales oponentes y detractores.

El sabio lleva todo lo suyo —que es lo más valioso— consigo; esto es, en su misma interioridad. Por ello, ni puede crecer más ni puede menguar. El que está en posesión de la virtud, el espíritu recto e incólume cimentado en el bien, resulta inasequible tanto a las ofensas como a los ultrajes, pues lo circunstancial y cambiante no afecta a lo esencial y estable.

Sobre la ira

Séneca dirigió el tratado *Sobre la ira* a su hermano mayor Lucio Anneo Novato. Éste, que por adopción cambiaría el nombre por el de Junio Galión, sería también el destinatario del diálogo *Sobre la vida feliz*.

En este tratado, Séneca plantea el problema de cómo dominar la ira, que él considera el sentimiento más abominable y vehemente de todos. En efecto, la ira excluye cualquier resquicio de serenidad interior, arrojando al ser humano a despreocuparse de sí mismo para entregarse por entero al deseo de venganza. Apartada de todo decoro, racionalidad y sensatez, la pasión humana de la ira, causa de tanto daño, se presenta como un sentimiento tan patente en quien la experimenta como degradante para quien, de forma grotesca y desagradable, la exhibe en su rostro, a través de sus síntomas o manifestaciones externas. A lo que debe añadirse que, en caso de oponérsele la verdad, sacrifica ésta en aras de su propia excitación.

La ira es un vicio voluntario del espíritu y, por tanto, una pasión eludible y refrenable. Su acometida puede ser apaciguada y vencida por el conocimiento de su perniciosa naturaleza, así como por medio de la calma y de la dilación en la reacción. A diferencia de la fortaleza o de la justicia, la ira no es un bien; y no lo es porque, a diferencia de lo que ocurre con las virtudes citadas, con su acrecentamiento no se hace un bien sino todo lo contrario, se hace un mal y convierte en detestable a quien se deja dominar por ella. Así, por ejemplo, nadie en su sano juicio pediría aumentar la ira de quien ama, o de quien tiene muy cerca y podría recibir sus efectos.

Por tanto, además de no ser razonable ni honesta, la ira, tan precipitada y caprichosa como pueril, cruel, obstinada e impresionable, no se ajusta a la naturaleza del hombre ni resulta necesaria ni útil a la razón en ningún sentido y bajo ninguna circunstancia.

Sobre la vida feliz

El motivo del diálogo es definir la felicidad y aclarar los medios que conducen a ella, el fin anhelado por los hombres. La vida feliz es una vida conforme a la naturaleza; es estable siempre y, además, perenne; se halla en la cercanía de uno mismo y se resiste a

mostrar su parte más hermosa. Descubrirla exige sabiduría, una virtud que se desvanece si uno se aparta de la naturaleza. La vida feliz es la que se fundamenta y afianza en un inconmovible juicio recto y certero de la razón, siempre a la luz de la verdad. Proporciona, pues, libertad plena, indiferencia ante la suerte, tranquilidad inquebrantable, paz, armonía interior, magnanimidad y mansedumbre.

La virtud y el placer no pueden identificarse ni tampoco reunirse en una misma cosa. El goce bueno que resulta de la virtud nace de ésta como de su hontanar, se deriva de ella, sin contribuir en nada a la virtud misma. Aspirar a la virtud es algo valioso. No haber culminado la vía de la sabiduría no es negativo, ni un fracaso; significa que se está en proceso de mejoramiento moral, que se hacen esfuerzos por ser virtuoso, lo cual supone que se ha mejorado con respecto a un estado y momento anteriores.

Para quien está en el camino de la virtud, ni las riquezas materiales son motivo de envanecimiento ni la pobreza causa del desprecio de sí mismo. Quienes odian la virtud o no la practican son los únicos que, en estado de convulsa agitación, se atreven, en primer lugar, a negar que la conciencia que el hombre tiene de sus propias limitaciones es lo que hace de él un ser llamado a mirar a lo alto para mejorar; y, en segundo, a mostrar antipatía y aversión hacia quien, con sosiego y orden, se esfuerza en la práctica de la virtud.

Sobre el ocio

Se admite, no sin reservas, que el destinatario de *Sobre el ocio* es Anneo Sereno, a quien Séneca ya había dedicado *Sobre la tranquilidad del espíritu* y *Sobre la firmeza del sabio*.

En este diálogo, el autor sostiene la conveniencia de llevar una vida retirada, de ocio activo, pues sólo ella puede asegurar a los mejores hombres mantener firme y constante su rumbo vital sin tener que verse interrumpidos e inquietados por las innumerables y cambiantes distracciones con que la vida social intenta seducirles.

El ocio, como entrega a la contemplación de la verdad, no es una práctica que necesite testigos, y es innegable que la vida contemplativa es tan provechosa como lícita. Tanto la vida activa como la vida contemplativa están en conformidad con la naturaleza. Lo que no es conforme a ella es la separación de acción y contemplación. La actividad por la actividad misma, al margen de la virtud, es algo imperfecto y censurable; de igual forma lo es una virtud abocada a un ocio sin actividad, una virtud rebajada que nunca muestra lo que ha aprendido, que jamás lleva a la realidad sus avances.

Lo importante y exigido de cada hombre es que sirva para el provecho de los demás hombres, sean todos, muchos o algunos. Como mínimo, cada hombre ha de servirse a sí

mismo. La decisión que instala al sabio en el ocio no lo sitúa en la indolencia, por lo que no queda eximido de hacer lo que debe, que consiste en legar cosas útiles para la posteridad del género humano.

Sobre la tranquilidad del espíritu

El destinatario de *Sobre la tranquilidad del espíritu* es Anneo Sereno. En sus páginas Séneca sostiene que es laudable la búsqueda de la tranquilidad, la pretensión de sosiego al margen de nerviosismos o ambición por no dejarse agitar por los comportamientos o las opiniones de los demás, sean favorables o no. La tranquilidad, o disposición inmutable del espíritu, es cosa excelente, admirable y sublime, a cuya búsqueda siempre debe propenderse y cuyo restablecimiento siempre debe ambicionarse.

El vicio que se opone a la tranquilidad, si bien se manifiesta bajo diversos rostros, tiene siempre como consecuencia provocar el descontento consigo mismo. La inestabilidad de quienes vacilan largamente, ya sea por falta de moderación, de sobriedad o de continencia, induce a disgustarse con uno mismo. Quien no puede dominar unos deseos que, al mismo tiempo, no puede satisfacer, vive una existencia frustrada, llena de envidia y de enojo, colmada de tedio y profundamente desdichada.

Diversos son los medios existentes para alcanzar la tranquilidad, aunque, como norma general, no debe prestarse demasiada atención a la fortuna, ni maravillarse uno ante las riquezas; tampoco hay que aferrarse por entero a aquello de lo que uno pueda ser desposeído, y mucho menos estar desprevenido ante los zarpazos del azar. También es conveniente la práctica de la resignación, de la conformidad valiente ante las adversidades, por la cual uno sabe adaptarse a la propia condición y circunstancias.

Sobre la brevedad de la vida

Séneca destinó el diálogo *Sobre la brevedad de la vida* a Paulino, si bien no se han despejado las dudas acerca de si se trata de su suegro Paulino Pompeyo, padre de Paulina Pompeya, la esposa de Séneca, o del hijo de aquél y, por tanto, hermano de Paulina y cuñado del filósofo.

Este diálogo comienza constatando que a la mayor parte de los hombres, sean ilustres o pertenezcan al vulgo, les parece que el tiempo de la vida es un tiempo muy breve, por lo que resulta escaso. Sin embargo, lo verdadero es justamente lo contrario. El tiempo de la vida es suficientemente largo para la realización de los cometidos más altos.

El hombre eminente en términos morales sabe vivir, porque no extravía su tiempo ni permite que se lo hurten. Su tiempo, libre de todo estorbo, hace que su vida sea

suficiente: ni corta ni larga. Atento siempre, recuerda su pasado sin atribularse, sabe vivir sin dejarse zarandear y se conduce sin fatiga alguna. Previsor, aunque dejando que la suerte disponga lo que quiera, no desperdicia el hoy, no desea con ansia el mañana y no teme al incierto porvenir.

Apocolocintosis

Este texto, de corta extensión y carácter satírico, fue redactado en el año 54, tras la muerte por envenenamiento del emperador Claudio, acaecida el 13 de octubre de ese mismo año.

Llevado por el odio hacia Claudio y con claro afán de desahogo, Séneca escribe esta «apoteosis de un tonto», un libelo que tiene por objeto criticar al finado hasta cebarse con él. De ahí que en el escrito se hallen tanto la sutileza de una burla cargada de refinamiento como la crueldad de una acusación feroz y de una censura extremadamente mordaz.

Tras un prólogo engañoso, en el que Séneca promete escribir una obra rigurosa y seria de historia, pasa directamente a describir los episodios más grotescos que rodearon la muerte del emperador Claudio. Tras la muerte en la tierra, Claudio asciende al cielo a fin de conseguir la glorificación, pero su candidatura es rechazada.

La negativa divina ante tal pretensión acaba con la expulsión celestial de Claudio y con su traslado al infierno, lugar en el que sí es aceptado tras su juicio y condena. En su tránsito desde el cielo al averno, Claudio vislumbra su propio funeral en la tierra y sólo entonces comprende, tonto como es, que ya está muerto. Incluso cuando se encuentra en el lugar del castigo eterno, Claudio es despreciado, degradado y ridiculizado. Sin merecer siquiera un castigo digno, acaba siendo esclavo y hazmerreír que pasa de mano en mano para no dejar nunca más de ser servidor de un liberto por toda la eternidad.

Epístolas morales a Lucilio

Constituyen una colección unitaria compuesta por veintidós libros que reúnen ciento veinticinco epístolas. Escritas por Séneca entre el verano del año 62 y finales del mes de noviembre del año 64, y dirigidas al parecer al procurador romano Lucilio, revelan la intención del filósofo de divulgar ampliamente no sólo su pensamiento, sino también sus inquietudes.

Ordenadas cronológicamente, conforme fueron escritas, las *Epístolas* dan la impresión de mantener una conversación con el confidente ausente. Sin embargo, están construidas como un monólogo en el que no falta el papel de Lucilio en la figura del objetor simulado.

De estilo sentencioso y vivaz, en ellas se enseña cómo ha de vivirse, y se vierten,

fundamentalmente, las doctrinas morales, ontológicas, lógico-dialécticas y teológicas propias del estoicismo, junto a sugerencias generales, vivencias personales de Séneca y otras contingencias de carácter cultural y cotidiano.

La selección de epístolas que se presenta pretende recoger lo esencial del pensamiento de Séneca contenido en esta obra. Los temas nucleares de tal selección giran en torno a la necesidad de emplear bien el tiempo de nuestra vida buscando la rectitud (*Epíst*., 1, 4, 101); de vivir teniendo a la vista la inminencia de la muerte (*Epíst*., 61), y de soportar los infortunios sin temer a la muerte ni a ningún otro mal; pues el solo temor es ya un obstáculo grave y perturbador que imposibilita el camino hacia la felicidad (*Epíst*., 4, 13, 24, 26, 36, 74, 78, 107).

Así, dado que la cantidad de tiempo vivido no guarda proporción con el valor de la vida, la duración de ésta es suficiente si se aprovecha para hacerla plena (*Epíst*., 49, 93), si bien hay causas que pueden justificar el hecho de arrebatarse la vida (*Epíst*., 70). Como lo importante es la rectitud del alma y la virtud es el bien supremo, tanto los bienes exteriores como los deseos deben ser menospreciados (*Epíst*., 5, 17, 31, 60, 71, 80, 85, 95). Ser plenamente dueño de uno mismo produce serenidad, posesión de sí en la que consiste la libertad (*Epíst*., 32, 42).

Sabio es quien se ha despojado de la servidumbre de las pasiones: de ahí su felicidad plena, su estabilidad en el gozo perfecto, su apertura a la amistad desinteresada y la utilidad de sus enseñanzas (*Epíst*., 8, 9, 59, 92). La vida plenamente humana exige vivir bien, para lo que se requiere disciplina y firmeza frente a lo pasajero y secundario (*Epíst*., 44, 50, 96, 98), buena conciencia y disposición interior, discreción y meditación retirada (*Epíst*., 28, 43, 68). De ahí la importancia y la necesidad de tomar no sólo un guía o modelo de vida ejemplar (*Epíst*., 11, 42), sino de conocer el valor de la razón —y por ende de la filosofía— para alcanzar la felicidad (*Epíst*., 16, 21, 124).

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

La tradición textual ha dado la denominación de *Diálogos* a la compilación de algunas obras en prosa de Séneca. Una denominación transmitida y perpetuada por el Códice Ambrosiano C 90 inf., de finales del siglo XI, que se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán bajo el título *L. Annaei Senecae Dialogorum Libri Duodecim*.

De manera estricta, las obras contenidas bajo tal denominación no son diálogos, sino soliloquios en los que, ocasionalmente, Séneca introduce un interlocutor fingido o adversario.

Bajo el título *Diálogos* el códice mencionado incluye las siguientes obras: *Sobre la providencia; Sobre la firmeza del sabio; Sobre la ira; Consolación a Marcia; Sobre la vida feliz; Sobre el ocio; Sobre la tranquilidad del espíritu; Sobre la brevedad de la vida; Consolación a Polibio* y, por último, *Consolación a su madre Helvia*. Sin embargo, no incluye otras obras tales como las *Cuestiones naturales, Sobre la clemencia, Sobre los beneficios* y las *Epístolas morales a Lucilio*. El hecho de recibir este título no se debe a la afinidad literaria de la colección, ni a la extensión de las obras agrupadas, ni tampoco a las características formales de tales tratados. De hecho, la ordenación de tales obras no corresponde a criterios temáticos ni tampoco cronológicos; tal selección y orden ni siquiera se basa en los destinatarios. Resulta, pues, una colección meramente convencional.

En la presente edición se ha optado por mantener lo dispuesto en el códice tanto en la agrupación de las obras como en su orden interno, excepción hecha de las tres *Consolaciones*, que, por razón de su particular composición, se agrupan bajo ese epígrafe.

CRONOLOGÍA

4 d. C. Fecha probable del nacimiento de Lucio Anneo Séneca.
14 Séneca se halla en Roma cuando muere el emperador Augusto y Tiberio sube al trono.
19 Séneca se hace estoico.
25 Por motivos de salud, Séneca emprende viaje hacia Egipto.
31 Regreso a Roma tras su estancia en Egipto.
33 Obtención de la cuestura.
37 Séneca es nombrado edil en el año que muere Tiberio y comienza el reinado de Calígula. En este momento escribe la *Consolación a Marcia*.
39 Muerte de Séneca el Viejo, padre del filósofo.
41 Séneca escribe *Sobre la ira* y comienza la *Consolación a su madre Helvia*. Es el año del asesinato del emperador Calígula, y del acceso al poder de Claudio. Séneca es desterrado a la isla de Córcega.
42 Comienza a escribir la *Consolación a Polibio*.
48 Inicia *Sobre la brevedad de la vida*.
49 Agripina, recién casada con Claudio, obtiene el indulto de Séneca. Final del exilio de Séneca en Córcega. Es nombrado pretor y preceptor de Nerón, de apenas doce años.
52 Galión, hermano mayor de Séneca, llega a ser senador y procónsul de Acaya.
53 Escribe *Sobre la tranquilidad del espíritu*.
54 Séneca escribe la *Apocolocintosis*. Es el año de la muerte de Claudio y de Británico, hermanastro de Nerón. Comienzo del reinado de Nerón, que tiene diecisiete años.
55 Escribe *Sobre la firmeza del sabio* y *Sobre la clemencia*.
58 Momento álgido de su capacidad de influencia, tanto pública como privada, sobre Nerón. Escribe *Sobre la vida feliz*.
59 Comienza a escribir *Sobre los beneficios*. Tras el asesinato de Agripina, Séneca hace la primera tentativa de retiro.
61 Se retira del Senado (a los sesenta años). Solicita su definitivo y completo retiro político.
62 Séneca termina de escribir *Sobre los beneficios*. Comienza a escribir las *Epístolas morales a Lucilio*. Escribe *Sobre el ocio*. Comienza a escribir las *Cuestiones naturales*.

63 Concluye *Naturalium quaestionum libri septem ad Lucilium*. Escribe *Sobre la providencia*.

64 Termina sus *Epístolas morales a Lucilio*. Suicidio de Silano. Incendio de Roma.

65 Conjura de Pisón. Muerte de Séneca, a los sesenta y cuatro años. Este mismo año mueren sus hermanos Galión y Mela, y el hijo de éste, Lucano.

GLOSARIO

ALMA (*anima*)

Partícula divina, parte del soplo vital o espíritu sobrehumano inmersa en el hombre. Al igual que todo lo real, el alma es corpórea, pero está compuesta de una materia sutilísima y se distingue del cuerpo. Tras la muerte, el alma se separa del cuerpo y retorna al cielo, de donde procede.

DIOS (*deus*)

Principio activo del mundo, razón o providencia que todo lo penetra y en todo está presente. Es la mente del universo, alma universal inmanente de la cual todas las cosas han surgido.

FELICIDAD (*felicitas*)

Consiste en la práctica de la virtud, y ésta radica en la sabiduría. Si bien la práctica de la virtud produce deleite, éste ha de ser tomado siempre como consecuencia y nunca como fin en sí mismo. De igual forma, hay que recordar que el placer y el gozo se contraponen, pues el primero es sensación agradable, fruto directo de las pasiones, mientras que el segundo es delectación espiritual, que se asocia a la vida virtuosa.

FILOSOFÍA (*philosophia*)

Ciencia de las cosas divinas y humanas, los estoicos la dividen en tres partes: Física, Lógica y Ética, de las que la última es la principal. De forma específica, en Séneca la filosofía no es mero conocimiento de realidades, sino que es la actividad teorética que enseña a vivir bien, esto es, a vivir conforme a la naturaleza. La filosofía, que es un bien universal que debe extenderse a todos, ha de servir para la vida, con vistas a lograr su perfeccionamiento.

NATURALEZA (*natura*)

Es el orden bueno y perfecto y rigurosamente regido que el Logos o la Razón divina han establecido en el mundo. La naturaleza es la ordenación necesaria e inexorable de todas las cosas hacia lo mejor, hacia un fin de perfección. Tal Razón divina, Dios, Providencia divina, Destino o Razón universal es subsistente y eterna. La naturaleza, que exige al hombre realizarse como tal en conformidad con ella, es principio que pone orden en todas las cosas y en todas está presente. Entendida de este modo, nada hay en la naturaleza que sea malo o desordenado.

PASIONES (*passionis*)

Enfermedades del alma, las pasiones constituyen un desorden de la razón y, por tanto, son desviaciones de la rectitud. Caracterizadas por ser movimientos contrarios a la naturaleza, son siempre perturbaciones procedentes de erróneas representaciones y causantes de opiniones equivocadas, de actos desacertados y de juicios falsos. De ahí que sea preciso extirparlas en su totalidad y de raíz, y no sólo dominarlas hasta someterlas a la razón.

Las pasiones, que siempre llevan aparejado sufrimiento, se manifiestan en forma de placer que se refiere a un bien actual, de dolor o abatimiento referidos a un mal presente, de deseo desordenado de un bien futuro y de temor ante un mal previsible.

PROFICIENTE (*proficiens*)

Aspirante a alcanzar la sabiduría. El proficiente, por su afán de mejora, se halla en un estado interior intermedio, aunque no equidistante, entre el ignorante y el sabio. En general, proficiente es la persona que sigue aprovechando algo. Frente a la división estricta entre hombres sabios y hombres necios del estoicismo antiguo, Séneca introduce la categoría intermedia del proficiente, que corresponde al aspirante a la sabiduría, a quien ha dejado de ser necio por su aspiración electiva al estado perfecto y se deja guiar en su itinerario por un sabio en el papel de preceptor.

El proficiente, a diferencia del sabio que, por serlo, ya ha sido confirmado en la imperturbabilidad, debe soportar todavía las arremetidas de la fortuna como sus oportunidades para mejorar, sin que sus vacilaciones puedan traducirse fácilmente en ningún tipo de deserción.

RAZÓN (*ratio*)

Parte divina en el hombre, común a éstos y a los dioses, que es garantía de seguridad y de estabilidad. El hombre, mediante la razón, ha de adecuarse a la naturaleza a fin de alcanzarse y respetarse.

SABIDURÍA (*sapientia*)

Participación del logos divino que posee el alma perfecta. Por ser participada, ningún hombre puede llegar a poseer la sabiduría de un modo pleno.

SABIO (*sapidus*)

Es quien tiene la razón recta, fruto de un alma perfecta. Dicho de otra forma, el sabio es quien ha logrado vivir definitivamente en conformidad perfecta con la Naturaleza o la Razón y, por tanto, también consigo mismo. Quien ha alcanzado la perfección humana

nunca se deja dominar por la ira, ni por el odio ni tampoco por la envidia. Impasible ante la enfermedad, ante el dolor, ante las riquezas materiales, ante las injurias, ante las alabanzas y ante la muerte, se basta a sí mismo con serenidad imperturbable. Aun pudiendo experimentar las pasiones y el dolor, pues es sensible y no puede vivir sin el cuerpo, no vive para el cuerpo; de donde se sigue que sabe sobreponerse a las pasiones y al dolor mediante el sometimiento de éstos a la razón y su posterior erradicación. El sabio, que a nada se apega y por nada se altera, nunca se deja impresionar, pues traspasa las apariencias hasta llegar al fondo de las cosas.

SERENIDAD (*serenitas*)

Cualidad del sabio que le exime de padecimiento insoportable para él; es condición indispensable para lograr la felicidad y la libertad. La impasibilidad no debe ser entendida como incapacidad de sentir o de padecer; tampoco como dejadez, indolencia o falta de vigor, sino como desdeño activo, imperturbabilidad vivaz, tranquilidad estable o autodominio gozoso que se deriva de la supresión de las pasiones. De ahí que la serenidad sea virtud de espíritus fuertes en actitud triunfante.

STOA POIKILÉ

Pórtico de Peisianactos, primera sede de la escuela estoica en Atenas, cerca del ágora, en la que Zenón impartía sus enseñanzas. Tal expresión significa pórtico pintado. De ahí procede el nombre de la escuela, «Stoa», «Estoa» o «Escuela del Pórtico», siendo Polignoto la persona que ejercitó el arte de la pintura sobre tal pórtico. El estoicismo es una escuela filosófica helenística fundada en Atenas por Zenón de Citio hacia el año 300 a. C. Se trata de una síntesis filosófica original, griega y romana, que utiliza o se inspira en doctrinas heracliteanas, cínicas, platónicas y aristotélicas entre otras. Por su diversidad y amplitud en el tiempo, el estoicismo puede ser considerado también como un conjunto de doctrinas filosóficas de la antigüedad grecorromana que tienen en común una concepción del mundo y ponen especial énfasis en los temas éticos. El estoicismo propone acatar el orden universal y vivir en conformidad con la naturaleza mediante la vigorosa y serena indiferencia con respecto a lo externo, a los vaivenes de la fortuna y a todo lo que no depende de uno mismo. La meta de la posesión de sí mismo es el pleno autodominio y la felicidad virtuosa. El estoicismo antiguo o primer estoicismo tuvo como representantes más destacados a Cleantes, segundo escolarca, y a Crisipo, tercer escolarca tras el maestro Zenón. Tras este período, toma el relevo el estoicismo medio. Esta etapa ecléctica del estoicismo se desarrolló entre los siglos II y I a. C., con influencias del platonismo, del aristotelismo, del epicureismo, del escepticismo y del pitagorismo. Con clara tendencia al panteísmo, al sincretismo en lo doctrinal y al

universalismo en lo intelectual, se ocupó más de cuestiones morales acentuando su moderación respecto del estoicismo antiguo. Sus figuras principales son los griegos Panecio de Rodas y Posidonio, así como el romano Catón de Útica. Por último, se encuentra el estoicismo nuevo, también llamado tardío, que se desarrolló entre los siglos I y III d. C. Con influencia de los cínicos y de epicúreos, y con predominio de los temas con marcado carácter moral, espiritualista y hasta trascendente, fue expuesto más en forma de regla para la acción que como sistema doctrinal. Su principal representante es Séneca, si bien resulta relevante en esta etapa la aportación de Epicteto y de Marco Aurelio.

VIRTUD (*virtus*)

Único, verdadero y supremo bien, deseable por sí mismo, que consiste en vivir conforme a la naturaleza y a la razón. La virtud, que lleva aparejada la felicidad plena, es una unidad que no admite grados por ser indivisible. Así, no es posible poseer unas virtudes y no otras. La virtud es una sola y sólo puede poseerse entera, de donde se sigue que una vez adquirida ya no se puede perder. El bien, la virtud, se distingue de las pasiones y vicios, que son el mal por ser movimientos contrarios a la naturaleza y, por tanto, a la razón. También se distingue entre el bien que es la virtud y las cosas indiferentes, pues mientras que la virtud constituye el fin de las acciones, las cosas indiferentes nunca deben ser tomadas como fines en sí mismos. Indiferentes son, así, la vida, la riqueza, el placer, la salud o la reputación tanto como la muerte, la pobreza, el dolor, la enfermedad o el desprestigio. Lo indiferente, que nunca debe constituir el fin de las acciones, puede ser, a su vez, preferible, útil o conveniente; o todo lo contrario, no preferible, inútil o inconveniente.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

EDICIONES CRÍTICAS

Annaei Senecae opera quae supersunt [ed. de L. F. Hasse], Leipzig, Teubner, 1852-1853, vols. I-III.

Annaei Senecae ad Lucilium Epistulae Morales [ed. de L. D. Reynolds], Oxford, University Press, 1965, 2 vols.

TRADUCCIONES

Diálogos (Consolaciones a Marcia, a su Madre Helvia y a Polibio), Apocolocintosis [trad. de Juan Mariné Isidro], Madrid, Gredos, 1996.

Diálogos (Sobre la providencia. Sobre la firmeza del sabio. Sobre la ira. Sobre la vida feliz. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del espíritu. Sobre la brevedad de la vida) [trad. de Juan Mariné Isidro], Madrid, Gredos, 2000.

Epístolas morales a Lucilio I (Libros I-IX, Epístolas 1-80) [trad. de Ismael Roca Meliá], Madrid, Gredos, 1986.

Epístolas morales a Lucilio II (*Libros X-XX y XII [frs.], Epístolas 81-125*) [trad. de Ismael Roca Meliá], Madrid, Gredos, 1989.

Medea [trad. de Valentín García Yebra], Madrid, Gredos, 1982.

Naturales quaestiones [trad. de Carmen Codoñer], Madrid, CSIC, 1979.

Sobre la clemencia [trad. de Carmen Codoñer], Madrid, Tecnos, 1988.

Tragedias I (Hércules loco. Las troyanas. Las fenicias. Medea) [trad. de Jesús Luque Moreno], Madrid, Gredos, 1979.

Tragedias II (Fedra. Edipo. Agamenón. Tiestes. Hércules en el Eta. Octavia) [trad. de Jesús Luque Moreno], Madrid, Gredos, 1979.

OBRAS SOBRE SÉNECA

ANDRÉ, J. M., *La philosophie à Rome*, París, Presses Universitaires de France, 1977.

ELORDUY, E., *El estoicismo*, Madrid, Gredos, 1972.

GARCÍA BORRÓN, J. C., *Séneca y los estoicos: Una contribución al estudio del senequismo*, Barcelona, CSIC, 1956.

GRIFFIN, M., *Seneca: A Philosopher in Politics*, Oxford, Clarendon Press, 1976.
GRIMAL, P., *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, Les Belles Lettres, 1978.
—, *Sénèque, sa vie, son oeuvre, avec un exposé de sa philosophie*, París, Presses Universitaires de France, 1948.
INWOOD, B., *Reading Seneca: Stoic Philosophy at Rome*, Oxford, Clarendon Press, 2005.
MALASPINA, E., (ED.), *Bibliografia senecana del XX secolo*, Bolonia, Patron, 2005.
MOTTO, A. L., J. R. CLARK, *Essays on Seneca*, Frankfurt-Nueva York, P. Lang, 1993.
SCARPAT, G., *Il pensiero religioso di Seneca e l'ambiente ebraico e cristiano*, Brescia, Paideia, 1977.
VEYNE, P., *Sénèque*, París, Robert Laffont, 1993.
YELA, J. F., *Séneca*, Barcelona, 1947.
ZAMBRANO, M., *El pensamiento vivo de Séneca*, 2.ª ed., Madrid, Cátedra, 1992.

CONSOLACIONES

Traducción y notas de
JUAN MARINÉ ISIDRO

NOTA DE TRADUCCIÓN

El texto sobre el que se basa la presente traducción es el establecido por L. D. Reynolds en su edición de los doce *Diálogos [L. Annaei Senecae Dialogorum libri duodecim]*, Oxford, 1977, y reeditada posteriormente en 1983 y 1985. Pero en algunas ocasiones, y casi todas en *Consolación a Marcia*, se han preferido otras lecturas, presentes en los manuscritos o fruto de las conjeturas de alguno de los estudiosos que ha tenido el texto de Séneca.

CONSOLACIÓN A MARCIA

Si no te supiera, Marcia, tan alejada de la debilidad del carácter femenino 1
como de sus demás defectos,[1] y que tus costumbres se tienen como un ejemplo antiguo, no me atrevería a enfrentarme a tu dolor, en el que incluso los hombres de buen grado se estancan y languidecen, ni habría esperado, en una ocasión tan desaconsejable, ante un juez tan desfavorable, frente a una acusación tan desagradable, poder conseguir que absolvieras a tu suerte. Me dieron seguridad tu fortaleza de espíritu, ya puesta a prueba, y tu valor, que demostraste en una dura experiencia.

No es ningún secreto cómo te portaste con tu padre, al que quisiste no 2
menos que a tus hijos, salvo que no deseabas que les sobreviviera. Y no sé si lo llegaste a desear, pues un gran afecto se permite algunas licencias contrarias a las buenas costumbres. Demoraste todo lo que fuiste capaz la muerte de tu padre, Aulo Cremucio Cordo. Cuando se te hizo evidente que, asediado por los secuaces de Sejano, sólo le quedaba esa forma de escapar a la esclavitud, no aprobaste su decisión sino que la acataste, derrotada, y derramaste lágrimas en público y reprimiste gemidos, sin duda, pero no los disimulaste bajo un rostro risueño; y esto en aquella época en que era signo de gran piedad no hacer nada impío.

De hecho, en cuanto el cambio de los tiempos te ha dado la menor 3
oportunidad, has puesto de nuevo a disposición de los hombres el talento de tu padre, que había sido condenado, y lo has rescatado de la muerte auténtica y has devuelto al recuerdo de las gentes los libros que aquel valerosísimo varón había escrito con su sangre. Has prestado un inmenso servicio a la ciencia romana: en su mayoría habían sido pasto de las llamas; inmenso a la posteridad, a la que la verdad de los hechos, que tan cara costó a su autor, llegará incontaminada; inmenso a él mismo, cuyo recuerdo se mantiene y se mantendrá mientras se valore el conocimiento de lo romano, mientras haya alguien que quiera volver a los hechos de sus antepasados, alguien que quiera saber qué es un varón romano, qué uno insumiso cuando ya todas las cabezas estaban rendidas y uncidas al yugo de Sejano, qué es un hombre
independiente por su forma de ser, por sus ideas, por sus obras. Un enorme 4
perjuicio, por Hércules, habría sufrido ya la República si no hubieras sacado a la luz al que estaba condenado al olvido por dos excelentes cualidades, el

don de palabra y la independencia: ahora se ve leído, está en su plenitud, no
teme en absoluto el paso del tiempo, pues se ve acogido en manos de los
hombres, en sus corazones; en cambio, de sus verdugos, incluso sus crímenes,
lo único por lo que se han ganado el recuerdo, serán pronto pasados en
silencio.

Esta grandeza de tu espíritu me ha impedido tener en consideración tu 5
sexo, tu rostro, del que se enseñorea una tristeza ininterrumpida por tantos
años, desde que lo ensombreció por vez primera. Y advierte hasta qué punto
no quiero yo cogerte a traición ni fabricar un fraude contra tus sentimientos:
he traído de nuevo al recuerdo desgracias pasadas y, para que te dieras
cuenta de que también va a curarse el golpe de ahora, te he mostrado la
cicatriz de una herida igual de profunda.

Así pues, que otros se anden con miramientos y lisonjas: yo he
determinado batirme con tu aflicción, y a tus ojos agotados y cansados que, a
decir verdad, derraman lágrimas ya más por rutina que por añoranza, les
pondré freno sólo con que te prestes a los remedios, si es posible, y si no,
incluso mal de tu grado, por más que retengas y te aferres a tu dolor, que te 6
has hecho perdurar en lugar de tu hijo. Pues ¿cuándo va a cesar? Todo se ha
intentado en vano: las reiteradas recomendaciones de tus amigos, los
ejemplos de varones insignes y parientes tuyos, tu afición a los estudios,
virtud que heredaste de tu padre, atraviesan tus oídos sordos con un consuelo
ineficaz y que apenas sirve para una distracción fugaz. Incluso el remedio
natural del tiempo, que arregla aun las peores tribulaciones, ha perdido su
fuerza sólo contigo. Ya han transcurrido tres años y entre tanto no ha cedido 7
un ápice de su primer impulso: el luto se renueva y reafirma día a día, ya ha
adquirido derechos con su permanencia y se ha prolongado hasta el punto de
que le parece vergonzoso concluir. Al igual que todos los vicios quedan
profundamente enraizados si no se reprimen en cuanto se insinúan, así estas
penas y desdichas, ensañándose consigo mismas, acaban alimentándose de la
propia amargura, y el dolor se convierte en malsano placer del espíritu
desventurado. Así pues, yo habría deseado encargarme de tu curación en los
primeros momentos; con una medicina más suave se habría tenido que 8
debilitar una virulencia que aún estaba incubándose: con más empeño hay que
luchar contra los males ya arraigados. En efecto, también la curación de las
heridas es sencilla mientras la sangre está aún fresca; cuando, al gangrenarse,
han derivado en una úlcera maligna, entonces se cauterizan, se abren hasta el
fondo y acogen los dedos de los que las escudriñan. Ahora ya no puedo tratar

con cortesías ni delicadezas un dolor tan endurecido: hay que amputarlo.[2]

Sé que todos los que pretenden aconsejar a alguien empiezan por las **2**
normas y terminan con los ejemplos. Conviene a veces cambiar esta
costumbre, pues con cada uno hay que obrar de manera distinta: a unos los
convencen los razonamientos, a otros, que se quedan fascinados ante hechos
espectaculares, hay que presentarles unos nombres ilustres y una autoridad tal
que no les dejen libre el espíritu. A ti te pondré delante de los ojos dos 2
ejemplos preclaros de tu mismo sexo y época: el de una mujer que se dejó
arrastrar por el dolor y el de otra que, aun alcanzada por un infortunio
similar, pero por una pérdida más grave, no permitió, con todo, que sus
desgracias la dominaran mucho tiempo, sino que prontamente restableció su
espíritu a su estado normal. Octavia y Livia, la una hermana de Augusto, la
segunda su mujer, perdieron un hijo en plena juventud, cuando cada una tenía 3
fundadas esperanzas de que llegaran a príncipes: Octavia a Marcelo,[3] en
quien su tío y a la vez suegro empezaba a apoyarse, a descargar en él el peso
del poder, un joven de espíritu despierto y gran talento, pero de una
sobriedad y moderación no poco admirables, considerando tanto su edad
como sus riquezas, trabajador, desafecto a los placeres, capaz de soportar
todo lo que su tío hubiera querido imponerle y, por así decirlo, edificar sobre
él: había escogido atinadamente unos cimientos que no cederían bajo peso 4
alguno. Ella durante toda su vida no dejó de llorar y lamentarse, y no admitió
palabra alguna que le ofreciera algún consuelo, ni siquiera permitió que la
distrajeran; pendiente de una sola cosa y completamente obsesionada, estuvo
toda su vida como en un funeral: no digo que no se atreviera a rehacerse, sino
que rehusó ser ayudada y consideró una segunda pérdida el privarse de las 5
lágrimas. No quiso tener ningún retrato de su hijo amadísimo ni que se lo
mencionaran. Aborrecía a todas las madres y sobre todo dirigía su furor
contra Livia, puesto que le parecía que había pasado al hijo de ésta la ventura
que se había prometido para sí. Se habituó completamente a las tinieblas y a
la soledad, sin atender siquiera a su hermano, rechazó unos poemas escritos
en honor de Marcelo[4] y otras honras a sus obras, y cerró sus oídos a todo
consuelo. Tras alejarse de sus tareas propias y desdeñar hasta la buena
estrella, que tanto resplandecía entonces, del poder de su hermano, se
enterró en vida y no se dejó ver más. En una ocasión en que estaban sentados
con ella sus hijos y nietos no se quitó el vestido de luto, no sin agravio de
todos los suyos, pues teniéndolos vivos aparentaba estar sola en la vida.

Livia había perdido a su hijo Druso,[5] destinado a ser un gran príncipe y **3**
ya un gran general: había penetrado hasta el interior de la Germania y los
romanos habían plantado su enseña allí donde apenas se tenían noticias de
que hubiera romanos. Había muerto en campaña, mientras sus propios
enemigos lo honraban durante su enfermedad con un respetuoso armisticio,
sin atreverse a desear lo que más les convenía. A esta muerte, que él había
afrontado en defensa del Estado, se sumaba la inmensa pena de los
ciudadanos y las provincias, y de Italia entera, a través de la cual había
discurrido, entre municipios y colonias volcados sobre su triste deber, el
cortejo fúnebre, tal cual un triunfo, hasta la Ciudad. A su madre no le había
sido posible alcanzar los últimos besos de su hijo ni las palabras imborrables 2
de su aliento postrero. Largo trecho fue acompañando los restos de su Druso,
molesta con tantas piras que ardían por toda Italia, como si otras tantas veces
lo perdiera; pero, en cuanto lo dejó en su tumba, a la vez lo enterró a él y a su
dolor, y no se dolió más de lo que era correcto o justo considerando que
César seguía con vida. En fin, no dejó de mencionar el nombre de su Druso,
de evocarlo en todo lugar, privado o público, de hablar gustosamente sobre
él, de oír sobre él: vivió con el recuerdo, que no puede conservar ni
frecuentar nadie que se lo haya hecho penoso.

Decide pues cuál de los dos ejemplos consideras más adecuado. Si 3
quieres seguir el primero, te borrarás del número de los vivos, ignorarás a
los hijos de otros, pero también a los tuyos e incluso al mismo que añoras;
aparecerás ante las madres como un presagio funesto, rechazarás las
diversiones decentes y admitidas como poco convenientes a tu suerte; te
verás encadenada a una luz que aborrecerás y te ensañarás con tu propia vida,
acusándola de no arrebatarte y concluir lo antes posible; y lo que es más
vergonzoso y extraño a tu espíritu, tenido en mejor consideración: mostrarás
que no quieres vivir pero no eres capaz de morir.

Si te acoges a este ejemplo más prudente, más apacible, de la otra noble 4
mujer, no vivirás en medio de sufrimientos ni te consumirás atormentándote.
¡Pues sí que es locura castigarse uno mismo por su desventura y agravarse sus
desgracias! También en estas circunstancias demostrarás la rectitud y
moderación de tus costumbres que has observado siempre en tu vida: pues
incluso para el dolor hay un límite. Y al muchacho mismo, tan merecedor de
causarte alegría siempre que se le nombre o recuerde, lo pondrás en posición
más favorable si, tal como solía en vida, se presenta ante su madre risueño y
con gozo.

Y no te voy a inducir a normas tan estrictas que te aconseje sobrellevar lo 4
humano de manera sobrehumana y quiera secar los ojos de una madre el día
mismo del funeral. No, sino que me someteré contigo a un arbitraje: la
cuestión que vamos a dirimir es si el dolor debe ser profundo o interminable.
No me cabe duda de que el ejemplo de Julia Augusta,[6] a quien trataste 2
íntimamente, te complace más: ella te invita a seguir su decisión. Ella, en el
primer acceso, cuando las desdichas se muestran más impetuosas y
desgobernadas, se dejó consolar por Areo,[7] filósofo de su marido, y
reconoció que esta acción le fue de gran provecho: más que el pueblo
romano, al que no quería entristecer con su tristeza, más que Augusto, quien,
con la desaparición de uno de sus dos puntales, se tambaleaba y no era
cuestión de hacerlo caer con el dolor de los suyos; más que su hijo Tiberio,
cuyo afecto conseguía que en aquel funeral tan amargo y deplorable para
todos ella sintiera que no le faltaba nada más que el número.

Así fue, pienso yo, el planteamiento de Areo, así el comienzo de sus 3
conversaciones con esa mujer celosísima guardiana de su reputación: «Hasta
este día, Julia, al menos en cuanto sepa yo, compañero asiduo de tu marido,
que conozco no sólo lo que se deja traslucir en público sino también todas las
más íntimas inquietudes de vuestros espíritus, te esforzaste para que no
hubiera nada que alguien te pudiera reprochar; y no lo cumpliste sólo en
cosas de importancia, sino en las más triviales, no fueras a hacer algo que
luego quisieras que te perdonara la fama, el más independiente juez de 4
príncipes. Y nada hay que considere yo más hermoso que quienes están
situados en el más alto rango concedan el perdón en muchas ocasiones y no lo
pidan en ninguna. Así pues, también en esta circunstancia debes mantener tu
costumbre, no vayas a empezar algo que luego quieras haber hecho de otro
modo o de ninguno.

»Te solicito y suplico, además, que no te muestres huraña e intratable con 5
tus amigos; pues nada hay que te impida advertir que todos ellos no saben
cómo comportarse, si deben o no hablar de Druso en tu presencia, no sea que
el olvido de tan notable joven resulte ofensivo para él, o su mención para ti. 2
Cuando nos apartamos de ti y nos reunimos, comentamos sus actos y sus
palabras con la admiración a que se hizo acreedor; en tu presencia guardamos
sobre él un profundo silencio. Así te privas de tu mayor satisfacción, las
alabanzas a tu hijo, que, estoy seguro, prolongarías hasta el fin de los
tiempos, si tuvieras posibilidad, aun a costa de tu vida. Por tanto, tolera o, 3
mejor dicho, provoca conversaciones que traten de él y presta atento oído al

nombre o al recuerdo de tu hijo; y no lo lleves a mal, según la costumbre de
otros que en un infortunio similar consideran que escuchar palabras de
consuelo forma parte de su desgracia. Ahora te has inclinado completamente 4
al otro lado y contemplas tu suerte por el peor, sin acordarte de otros
mejores. No te vuelves a mirar la convivencia con tu hijo y vuestros gozosos
encuentros, ni sus tiernas caricias de niño, ni sus progresos en los estudios: te
aferras al aspecto final de los hechos; como si no fuera bastante espantoso en
sí, le añades todo lo que puedes. No anheles, te lo suplico, la gloria más
depravada: la de parecer la más desventurada. Al mismo tiempo piensa que
no tiene mérito mostrarse valiente en la prosperidad, cuando la vida 5
transcurre con rumbo favorable: tampoco una mar calmada y un viento
complaciente demuestran la habilidad del timonel, es preciso que sobrevenga
alguna contrariedad para poner a prueba su ánimo. Por consiguiente, no te
abatas, antes bien asienta firmemente tus pies y aguanta toda la carga que te
ha caído encima, por más aterrada que estés con el estruendo primero. Con
nada se le hace mayor desplante a la suerte que con un espíritu ecuánime».
Tras esto le hizo ver al hijo sano y salvo, le hizo ver a los nietos del que
había perdido.[8]

Fue tu problema, Marcia, el que allí se trató, Areo estuvo sentado a tu **6**
lado. Cambia un personaje: te consoló a ti. Pero supón, Marcia, que te ha
sido arrebatado más de lo que una madre alguna vez haya perdido: no te
halago ni rebajo el quebranto que has sufrido. Si los hados se dejan derrotar 2
por las lágrimas, derramémoslas; que se pase entre lamentos entero el día,
que la noche sin sueño la tristeza la consuma; que las manos se lancen sobre
el pecho desgarrado e incluso ataquen el rostro y que esta aflicción tan
provechosa se ejercite con todo tipo de crueldades. Pero si ningún llanto
resucita a los muertos, si el destino inmutable y fijado para siempre no se
altera ante la angustia y la muerte retiene todo lo que se ha llevado, que
concluya el dolor que de nada sirve. Dominémonos, por tanto, y que no nos
saque de quicio esa violencia. Deshonrado está el piloto de un barco a quien 3
el oleaje arrebata el gobernalle, que descuida las velas tremolantes al viento
y abandona su nave a la tormenta; en cambio, es de alabar aun en el naufragio
aquel al que la mar ha sepultado mientras se aferraba al timón
obstinadamente.

«De todos modos la añoranza de los seres queridos es natural.» ¿Quién lo **7**
niega, mientras que es mesurada? En efecto, con el alejamiento, no sólo con
la pérdida, de los seres más queridos se produce una dentellada ineludible,

un encogimiento aun de los más firmes espíritus. Pero lo que la imaginación
le ha añadido es más de lo que la naturaleza ha ordenado. Mira qué violentas 2
son las añoranzas de los animales y, sin embargo, qué efímeras: el mugido de
las vacas se oye un día o dos y no duran más esos correteos sin rumbo ni
razón de las yeguas: las fieras, cuando ya han rastreado las huellas de sus
crías y recorrido completamente los bosques, cuando ya han vuelto varias
veces a sus guaridas saqueadas, apagan su rabia en corto tiempo; los pájaros,
aunque han estado haciendo un terrible estrépito alrededor de sus nidos
vacíos, al momento reemprenden, ya calmados, sus vuelos. Ningún animal
padece una larga añoranza de su cría, excepto el hombre, que colabora con su
dolor y sufre no en la medida de sus sentimientos sino en la de sus
convenciones.

Y para que veas que no es natural consumirse en lamentos, en primer 3
lugar la misma pérdida hiere más a las mujeres que a los hombres, más a los
bárbaros que a los de nación pacífica y sabia, más a los incultos que a los
cultos. Ahora bien, lo que ha recibido su fuerza de la naturaleza la mantiene
invariable en todos los individuos: está claro que no es natural lo que 4
cambia. El fuego quemará a personas de todas las edades, a ciudadanos de
todas las poblaciones, tanto hombres como mujeres; el hierro manifestará su
poder para cortar en cualquier cuerpo. ¿Por qué? Porque sus fuerzas se las
dio la naturaleza, que no ha determinado nada respecto a las personas. Cada
cual es sensible en distinto grado a la pobreza, el luto o la ambición, en la
medida en que le influye la costumbre y lo dejan débil e indefenso sus
miedosos prejuicios sobre cosas nada temibles.

En segundo lugar, lo que es natural no mengua con el paso del tiempo: un **8**
largo plazo acaba con el dolor; aun el más empecinado, el que resurge cada
día y se rebulle contra los remedios, a pesar de todo lo mitiga el tiempo, tan 2
efectivo para apaciguar su violencia. Sin duda persiste aún en ti, Marcia, una
inmensa tristeza y ya parece que ha encallecido: no desenfrenada como fue al
principio sino terca y obstinada; sin embargo, también ésta la vida te la irá
borrando poco a poco: siempre que te dediques a otra cosa se distraerá tu 3
espíritu. Ahora te vigilas a ti misma, pero hay mucha diferencia entre
permitirte estar afligida y obligarte a ello. ¡Cuánto más adecuado a la
corrección de tus costumbres es que pongas fin al luto, antes que estarlo
esperando, y que no aguardes el día en que a pesar tuyo desaparezca el dolor!
Renuncia tú a él.

«¿De dónde nos viene entonces tanto empeño en llorar a los nuestros, si **9**

no sucede por imposición de la naturaleza?» De que no nos figuramos ninguna desgracia antes de que nos suceda, al contrario, como si sólo nosotros estuviéramos exentos y emprendiéramos un viaje más sosegado que los demás, no permitimos que los infortunios ajenos nos adviertan que son
comunes a todos. Pasan ante nuestra casa tantos entierros: no pensamos en la 2
muerte; tantos funerales de niños: nosotros tenemos en mente la toga de nuestros hijos, su servicio militar, su sucesión a la herencia paterna;[9] se ofrece a nuestros ojos el repentino empobrecimiento de tantos ricos y a nosotros no nos pasa por las mientes que también nuestras riquezas están igualmente en peligro. Así pues, es inevitable que nos derrumbemos enseguida: nos vemos golpeados como de improviso; los sucesos previstos de mucho antes nos acometen más débilmente. ¿Quieres tú darte cuenta de que
estás expuesto[10] a todos los golpes y de que los dardos que han traspasado a 3
otros zumbaron a tu alrededor? Igual que si atacaras a medio armar una muralla o una posición tomada por muchos enemigos y de difícil ascenso, aguarda el golpe y piensa que las piedras que pasan volando sobre tu cabeza mezcladas con flechas y lanzas han sido arrojadas contra tu cuerpo. Cada vez que caiga uno a tu lado o a tu espalda, exclama: «No me engañarás, fortuna, ni me sorprenderás confiado o descuidado. Sé qué andas maquinando: has golpeado a otro, sí, pero me buscabas a mí».

¿Quién ha contemplado alguna vez sus bienes con ojos de mortal? ¿Quién 4
de nosotros se ha atrevido alguna vez a pensar en el exilio, la pobreza o el luto? ¿Quién, si le aconsejan pensar, no lo rechazará como un agüero siniestro y no deseará que caiga sobre la cabeza de sus enemigos o del propio
consejero inoportuno? «No creí que llegara a suceder.» ¿Crees tú que no va a 5
sucederte algo que sabes que puede pasar, que ves que les ha ocurrido a muchos? ¡Excelente, ese verso que merecía no provenir del escenario!:

A cualquiera puede acontecerle lo que a uno puede.[11]

Éste ha perdido a sus hijos: también tú puedes perderlos; aquél ha sido condenado: también tu inocencia está expuesta a ese golpe. Éste es el error que nos engaña y debilita, cuando sufrimos lo que nunca hemos supuesto que podríamos sufrir. Quita fuerza a sus desgracias presentes quien ha previsto que llegarían.

Sea lo que sea, Marcia, lo que por casualidad brilla a nuestro alrededor, **10**
hijos, dignidades, riquezas, amplios atrios y vestíbulos rebosantes de la

multitud de clientes que no hemos podido recibir, «un nombre» ilustre, una
esposa noble o bella, y lo demás expuesto a una suerte incierta y variable,
son pompas que otros nos han dejado: nada de esto se da de regalo. La escena
se embellece con objetos prestados y retornables a sus dueños: unos se
devolverán el primer día, otros el segundo, pocos permanecerán hasta el 2
final. Así pues, no hay por qué envanecerse, como si estuviéramos situados
entre posesiones nuestras: las hemos recibido en depósito. Nuestro es el
usufructo, por un tiempo que regula el autor de la donación; nos conviene
tener a punto lo que nos dieron hasta una fecha imprecisa y devolverlo sin
quejas cuando nos citen: es de pésimo deudor organizar un escándalo a su 3
acreedor. Luego a todos los nuestros, tanto los que por razón de su nacimiento
deseamos que nos sobrevivan, como los que tienen el justísimo deseo de
precedernos, debemos amarlos tal como si no se nos hubiera prometido nada
sobre su perpetuidad, mejor dicho, nada sobre su longevidad. A menudo hay
que recordar al espíritu que ame las cosas tal como si fueran a desaparecer,
mejor dicho, como ya desapareciendo. Todo cuanto la suerte te ha dado
poséelo como algo carente de garantía. Apoderaos al vuelo de las 4
satisfacciones que os proporcionen los hijos, dejad que a su vez disfruten de
vosotros y apurad sin tardanza todas las alegrías: nada hay prometido sobre
la noche de hoy; aun he dado un plazo demasiado largo: nada sobre la hora
presente. Hay que apresurarse, nos van pisando los talones: pronto se
separará esta compañía, pronto estos vínculos se desharán levantando gran
revuelo. Todo es pura rapiña: vosotros, desdichados, no sabéis vivir en plena
fuga.

Si te dueles por la muerte de tu hijo, la culpa es del día en que nació: en 5
efecto, la muerte le fue anunciada al nacer. Con esta condición te fue
otorgado, este destino le iba detrás en cuanto salió de tu vientre. Venimos a 6
caer bajo el imperio de la suerte, por demás férreo e invencible, para
soportar a su capricho cosas merecidas e inmerecidas. Abusará de nuestros
cuerpos sin tasa, insolentemente y sin piedad: a unos abrasará con los fuegos
que les aplique, por castigo o por remedio; a otros cargará de cadenas (se lo
podrá hacer unas veces a un extranjero, otras a un ciudadano); a otros
arrojará desnudos por mares desconocidos y, después de que hayan luchado
contra las olas, ni siquiera los echará sobre un banco de arena o una playa,
sino que los sepultará en el estómago de algún monstruo desmesurado; a
otros, consumidos por diversos tipos de enfermedades, los mantendrá largo
tiempo suspensos entre la vida y la muerte. Como ama veleidosa y antojadiza

e indiferente con sus esclavos, se equivocará tanto en los castigos como en las recompensas.

¿Qué necesidad hay de llorar cada parte? La vida entera es digna de 11
llanto: te asaltarán nuevos inconvenientes antes de haber solucionado los anteriores. Por tanto, debéis moderaros sobre todo vosotras, que sufrís sin moderación, y distribuir entre los muchos dolores <la fuerza> del corazón humano.

¿A qué viene entonces este olvido de su condición,[12] que es la de todos? Has nacido mortal, has parido mortales. Tú, un cuerpo enfermizo y deleznable, presa constante de achaques, ¿esperaste con una materia tan endeble engendrar algo resistente y perdurable? Tu hijo ha muerto, esto es, ha
llegado corriendo a la meta a la que se precipitan aquellos que consideras 2
más afortunados que tu prole. Allí se dirige con paso distinto toda esa muchedumbre que pleitea en el foro, <aplaude> en el teatro y reza en los templos: una única ceniza igualará tanto lo que estimas como lo que desprecias.

Esto, ya se sabe, <aconseja> aquel <dicho> atribuido al oráculo pítico: 3
«Conócete».[13] ¿Qué es el hombre? Un recipiente quebradizo a cualquier golpe y a cualquier sacudida. No hay necesidad de un violento temporal para destrozarte: en cuanto te des un golpe, te desharás. ¿Qué es el hombre? Un cuerpo endeble y frágil, desvalido, indefenso por su misma naturaleza, necesitado de la ayuda ajena, abandonado a todas las insolencias de la suerte, cuando ha fortalecido bien sus brazos, alimento de cualquier fiera, víctima de cualquiera; fabricado con materiales flojos y deleznables, elegante en sus rasgos externos; nada resistente al frío, al calor, a la fatiga y, en cambio, destinado a caer en la consunción por la misma inactividad y ocio; temeroso de su alimento, unas veces por falta de él <perece, otras por exceso> estalla; precisa una vigilancia ansiosa y atenta, su aliento es precario e inestable, le sobresalta un susto repentino o bien oír de pronto un ruido desagradable;
motivo constante de preocupación para sí mismo, defectuoso e inútil. ¿Y en 4
este ser nos extraña su muerte, que es cuestión de un mero hipido? ¿Acaso derribarlo es, pues, tarea de mucho empeño? Para él el olor y el sabor, el cansancio y el insomnio, la bebida y la comida, y todo aquello sin lo que no puede vivir, son mortíferos; adondequiera que vaya, al punto es consciente de su propia debilidad, pues no soporta todos los climas, pierde la salud por la novedad de las aguas y por el soplo de una brisa desacostumbrada, por ligerísimos accidentes y molestias; enfermizo, achacoso, inicia su vida con

lágrimas; y mientras ¡qué tremendos altercados provoca este animal tan despreciado, a qué fantasías se entrega sin acordarse de su condición! En su 5
mente revuelve proyectos inmortales, sin término, y toma disposiciones para nietos y biznietos, mientras la muerte le sorprende haciendo planes a largo plazo y lo que llama vejez se le reduce a un período de muy pocos años.

Tu dolor, si tiene al menos algún motivo, ¿toma en cuenta su propio **12**
perjuicio o el del que murió? ¿Te conmueve, en la pérdida de tu hijo, no haber alcanzado de él ninguna satisfacción o el haber podido, si hubiera 2
vivido más, obtenerlas mayores? Si afirmas que no obtuviste ninguna, harás más soportable tu pérdida: los hombres, en efecto, añoran menos aquello de lo que no han obtenido ninguna alegría ni deleite. Si reconoces que obtuviste grandes satisfacciones, conviene que no te quejes de lo que te han quitado, sino que estés agradecida de lo que te tocó en suerte. Pues de su crianza misma surgieron las recompensas bastante considerables de tus esfuerzos, a no ser, quizá, que quienes con el mayor afán alimentan perritos y pájaros y otros frívolos pasatiempos, disfruten de una cierta satisfacción con la vista, el tacto y las tiernas caricias de los irracionales y, en cambio, para los que alimentan hijos no sea la propia crianza la recompensa de la crianza. Por lo tanto, aunque su actividad no te haya beneficiado en nada, su cuidado no te haya protegido en nada, su sensatez no te haya bien aconsejado en nada, el mero hecho de haberlo tenido, de haberlo amado, es la recompensa. «Pero 3
pudo ser más duradera, más grande.» Sin embargo, te han tratado mejor que si no te hubiese correspondido en absoluto, ya que, si se plantea la alternativa de si es preferible ser dichoso no mucho tiempo o nunca, es mejor que nuestros bienes sean perecederos antes que no nos corresponda ninguno. ¿Acaso preferirías haber tenido un degenerado que tan sólo ocupara la plaza y el título de hijo, a uno de tanto carácter como fue el tuyo, un joven pronto sensato, pronto afectuoso, pronto marido, pronto padre, pronto cumplidor de todas sus tareas, pronto sacerdote,[14] como si lo adelantara todo? A casi nadie le corresponden grandes bienes y a la vez duraderos: no se mantiene ni alcanza el final más que la felicidad moderada; los dioses inmortales, que no estaban dispuestos a dártelo por mucho tiempo, te dieron inmediatamente un hijo tal como <apenas> puede conseguirse tras mucho tiempo.

Y tampoco puedes alegar que los dioses te escogieran para que te fuera 4
imposible disfrutar de tu hijo: pasea tus ojos por toda la multitud de conocidos y desconocidos, por todas partes se te presentará gente que ha padecido cosas peores. Las sufrieron los generales insignes, las sufrieron los

príncipes; ni siquiera a los dioses dejaron salvos las leyendas, con el fin, creo yo, de que fuera un alivio en nuestros funerales el hecho de que incluso lo divino sucumbe. Mira, digo, a todos a tu alrededor: no podrás citar ninguna familia tan desdichada que no halle consuelo en otra más desdichada aún. No tengo, por Hércules, una opinión tan mala de tus costumbres para creer que 5
puedas sufrir mejor tu infortunio si te presento una enorme cantidad de gente de luto: una muchedumbre de desdichados es un género odioso de consuelo. De todos modos, te contaré de algunos, no ya para que sepas que esto suele suceder a los hombres (pues es ridículo reunir ejemplos de nuestra mortalidad), sino para que sepas que hubo muchos que mitigaron sus pesadumbres sobrellevándolas con calma.

Empezaré por el más afortunado. Lucio Sila[15] perdió un hijo y este 6
hecho no refrenó su maldad ni su violentísima saña contra extranjeros y ciudadanos, ni hizo que pareciera que había adoptado sin razón el apodo que tomó tras perder a su hijo, sin temer el rencor de los hombres, en cuya desgracia se sustentaba aquella exagerada prosperidad, ni la malquerencia de los dioses, para quienes era una acusación un Sila tan afortunado. Pero quede entre las cosas pendientes de juicio cómo fue Sila (incluso sus enemigos reconocerán que tomó las armas a tiempo y a tiempo las depuso); subsistirá el hecho de que se trata: no es la desgracia mayor la que alcanza incluso a los más afortunados.

Que no admire tanto Grecia a aquel padre que, al anunciarle en medio de **13**
un sacrificio la muerte de su hijo, simplemente hizo callar al flautista y se quitó la corona de la cabeza, el resto lo terminó siguiendo el rito:[16] lo mismo hizo el pontífice Pulvilo,[17] a quien le anunciaron la muerte de su hijo cuando asía la jamba de la puerta y consagraba el Capitolio. Fingió que no lo había oído y pronunció las solemnes palabras de la fórmula pontifical, sin que gemido alguno interrumpiera el rezo ni el nombre de su hijo el ritual 2
propiciatorio de Júpiter. ¿Crees que se debía fijar un límite a ese duelo cuyo primer día y primer ímpetu no distrajeron al padre de los altares públicos y de la venturosa dedicación? Por Hércules que fue digno de esa consagración memorable, digno del excelso sacerdocio quien no desistió de venerar a los dioses aun airados. Sin embargo, cuando regresó a casa dejó rebosar sus ojos y asimismo profirió algunas palabras lastimeras; pero, tras cumplir con lo que era costumbre hacer en honor de los muertos, recompuso su expresión del Capitolio.

Paulo,[18] por los días de su notabilísimo triunfo, en el que llevó a Perseo 3
encadenado delante del carro, dio dos hijos en adopción y enterró los <dos>
que se había reservado. ¿Cómo crees que serían los que retuvo, cuando entre
los que cedió estaba Escipión? No sin emoción contempló el pueblo romano
el carro vacío de Paulo. A pesar de todo pronunció su discurso y dio gracias
a los dioses porque vio realizado su deseo: había suplicado, en efecto, que, si
había que sacrificar algo a la envidia a causa de su inmensa victoria, el pago
se hiciera en detrimento suyo antes que del pueblo. ¿Ves con qué grandeza de
ánimo lo sufrió?: dio gracias por su pérdida. ¿Y a quién podía afectar más
tamaño revés? Perdió sus consuelos al mismo tiempo que sus apoyos. Con
todo, no le cupo a Perseo ver triste a Paulo.

¿A cuenta de qué voy ahora a guiarte a través de incontables ejemplos de **14**
grandes varones y a buscar a los desdichados, como si no fuera más difícil
hallar a los dichosos? ¿Cuántas, en efecto, y cuáles familias se han mantenido
hasta el final con todos sus componentes, sin que haya habido en ellas ninguna
perturbación? Toma un año cualquiera y menciona sus magistrados: por
ejemplo, Lucio Bíbulo y Gayo César; verás, en unos colegas incompatibles,
una suerte pareja.[19] A Lucio Bíbulo, varón más honrado que valiente, le 2
mataron dos hijos a un tiempo,[20] tras haber sido sometidos además a ultrajes
por parte de la soldadesca egipcia, de manera que la pérdida no era menos
deplorable que el causante de ella. No obstante, Bíbulo, que durante todo el
año de su cargo se había refugiado en su casa de la malquerencia de su
colega, al día siguiente de anunciársele la doble muerte acudió a sus tareas
habituales de gobernador. ¿Quién puede dedicar menos de un solo día a dos
hijos suyos? Tan pronto concluyó el luto por sus vástagos regresó a sus tareas
quien había deplorado durante un año su consulado.

Gayo César, cuando recorría Bretaña y ni siquiera con el Océano podía 3
apagar su buena estrella, oyó que había muerto su hija,[21] llevándose consigo
el destino del Estado: saltaba a la vista que Gneo Pompeyo ya no iba a
tolerar de buena gana que hubiese otro grande[22] en la República y se
disponía a poner límite a unos progresos que le parecían perjudiciales a
pesar de que se incrementaran en beneficio de todos. César, sin embargo,
reasumió al tercer día sus deberes de general y derrotó el dolor tan
rápidamente como solía hacerlo con todo.

¿A qué relatarte los funerales de otros Césares? Me parece que algunas **15**
veces los maltrata la suerte precisamente para que también en este aspecto

sean útiles al género humano, al mostrarle que ni siquiera ellos, que pueden decirse engendrados por dioses y engendradores de dioses,[23] disponen de su suerte del mismo modo que tampoco de la ajena. El divino Augusto, tras 2
haber perdido hijos y nietos y quedar agotada la multitud de los Césares, apuntaló con la adopción su casa deshabitada:[24] no obstante, lo sobrellevó con tanta entereza como le correspondía, al estar en juego sus intereses e importarle por encima de todo que nadie estuviese quejoso de los dioses. 3
Tiberio César perdió al hijo que había engendrado y también al que había adoptado;[25] sin embargo, hizo personalmente en la tribuna pública el elogio de su hijo y estuvo de pie a la vista de todos mientras enterraban el cuerpo, con sólo un velo que se interponía para evitar a los ojos del pontífice[26] la vista del cadáver, y no inclinó su cabeza durante el llanto del pueblo romano; dio ocasión a Sejano, que estaba a su lado, de comprobar con cuánta resignación podía perder a los suyos.

¿Ves qué grande es el número de varones nobilísimos a quienes este 4
infortunio que todo lo arrasa no pasó por alto, después de que en ellos se habían acumulado tantos bienes del espíritu, tantas distinciones públicas y privadas? Pero esta tormenta se abate, sin duda, sobre el mundo entero y todo lo devasta sin distinción y lo trata como suyo. Haz que cada uno eche cuentas: a nadie le ha tocado nacer impunemente.

Ya sé qué me vas a decir: «Te has olvidado de que consuelas a una mujer, **16**
me pones ejemplos de varones». ¿Pero quién ha dicho que la naturaleza haya actuado malintencionadamente con los temperamentos femeninos y haya reducido sus cualidades a un estrecho límite?[27] Créeme, ellas tienen el mismo vigor que los hombres, la misma capacidad para las empresas elevadas, cuando quieren; del mismo modo soportan, si se han acostumbrado, el dolor y la fatiga. ¿En qué ciudad, dioses bondadosos, decimos esto? En aquella en que Lucrecia y Bruto[28] derribaron al rey que subyugaba a los 2
romanos; la libertad se la debemos a Bruto, Bruto a Lucrecia; en aquella en que a Clelia,[29] que desafió tanto al enemigo como al río, por poco la incluimos entre los varones, en vista de su notable arrojo: instalada en su estatua ecuestre en la vía Sacra, un paraje frecuentadísimo, Clelia reprocha a nuestros jóvenes, encaramados a la litera, que entren de tal guisa en la ciudad en que incluso a las mujeres hemos premiado con un caballo. Ahora bien, si 3
quieres que te cuente ejemplos de mujeres que hayan sufrido con entereza la pérdida de los suyos, no iré buscándolos de puerta en puerta. Sólo de una

familia te presentaré dos Cornelias: la primera, la hija de Escipión y madre
de los Gracos.[30] A sus doce hijos los contempló ella en otros tantos
funerales; le fue sencillo con los demás, que no afectaron a la Ciudad ni al
nacer ni al morir: a Tiberio y a Gayo, a quienes incluso el que les niegue su
hombría de bien les reconocerá su grandeza, los vio asesinados y además
insepultos. Sin embargo, a los que la consolaban y la llamaban desdichada,
les dijo: «Nunca diré que no soy feliz, puesto que he engendrado a los
Gracos». Cornea, la esposa de Livio Druso, había perdido a un nobilísimo 4
joven[31] de brillante talento que seguía los pasos de los Gracos, quedando
así inconclusos numerosos proyectos de ley, al caer asesinado dentro de su
propio hogar a manos de un homicida desconocido. Sin embargo, se mantuvo
firme ante la muerte cruel y además impune de su hijo con tanta grandeza de
ánimo como él se había mantenido firme por sus leyes. ¿Te congraciarás por 5
fin, Marcia, con la suerte, si los dardos que lanzó contra los Escipiones y las
madres e hijas de los Escipiones, con los que apuntó a los Césares, no los
mantuvo tampoco lejos de ti?

La vida está colmada y amenazada de diversos infortunios, de los que a
nadie alcanza una paz prolongada, apenas si una tregua. Tú, Marcia, habías
criado cuatro hijos. Dicen que no cae en vano ningún dardo que se ha
disparado contra una columna apiñada: ¿es extraño que un tropel tan
numeroso no haya podido pasar sin malquerencia o perjuicio? «Pero la suerte 6
fue más injusta, puesto que no sólo me arrebató hijos sino que los
seleccionó.» Pero no califiques nunca de injusticia el reparto por igual con
uno más poderoso: te dejó dos hijas y los nietos que te han dado; e incluso al
que más lloras, olvidándote del primero, no te lo quitó del todo: de él tienes
dos hijas, grandes cargas si lo llevas a mal, grandes consuelos, si a bien. El 7
campesino, si han quedado derribados los árboles que arrancó de raíz el
viento o quebró un torbellino lanzado en súbita embestida, mima la
descendencia que haya quedado de ellos y sin tardanza distribuye semillas y
plantones en sustitución de los árboles que perdió, y al momento (pues el
tiempo es tan rápido y ligero para las ganancias como para los perjuicios)
crecen más lozanos que los perdidos. Pon ahora estas dos hijas de tu Metilio
en su lugar, llena su sitio vacante y mitiga un único dolor con un doble
consuelo. Así es, ciertamente, la naturaleza de los mortales: nada gusta más
que lo que se ha perdido; somos demasiado injustos con lo que nos queda,
por la añoranza de lo que nos han arrebatado. Pero, si te paras a considerar
hasta qué extremo te ha respetado la suerte, aun cuando se ensañaba,

advertirás que posees algo más que meros consuelos: mira tus muchos nietos, tus dos hijas. Di, Marcia, también esto: «Me molestaría si cada cual tuviera una suerte acorde con sus costumbres y las desgracias no persiguieran nunca a los honrados: pero veo que malvados y honrados sin discriminación se ven zarandeados de idéntica manera».

«Sin embargo, es duro perder al muchacho que has criado, que ya era **17**
salvaguardia y honra de su madre y de su padre.» ¿Quién niega que es duro? Pero es humano. Para esto fuiste engendrado, para perder, para perecer, para tener esperanza y temores, inquietar a otros y a ti mismo, para tener miedo a la muerte y a la vez desearla y, lo peor de todo, no saber nunca en qué situación te hallas.

Si alguien le dijera a uno que quiere viajar a Siracusa: «Primero entérate 2
de todos los inconvenientes y de todas las satisfacciones de tu inminente viaje, y luego hazte a la mar. Éstas son las cosas que podrás admirar: en primer lugar, verás, separada de Italia por un estrecho brazo de mar, la propia isla, que, según consta, estuvo antaño unida al continente; de improviso irrumpió en él el mar y

arrancó el flanco hesperio del siciliano.[32]

»Luego verás (pues te será posible sortear de cerca ese voracísimo remolino del mar) la legendaria Caribdis[33] calmada, mientras se ve libre del austro, pero que, en cuanto sopla un poco más fuerte, engulle las naves con su inmensa y profunda garganta. Verás la fuente Aretusa[34] tan celebrada en los
poemas, con su estanque límpido y transparente hasta el fondo, y derramando 3
un agua fresquísima, ya sea que la encuentra allí en su primer nacimiento, ya sea que un río, que había penetrado en la tierra, regresa a la superficie tras pasar bajo tantos mares y preservado de mezcla con un agua peor. Verás el puerto más abrigado de cuantos ha dispuesto la naturaleza para proteger las
flotas, o ha perfeccionado la mano del hombre, tan resguardado que no hay 4
lugar ni siquiera para la furia de las más violentas tempestades. Verás dónde se quebrantó el poderío de Atenas, dónde aquella cárcel natural, agrandada con la excavación de la roca hasta una profundidad sin fin,[35] había encerrado a tantos miles de prisioneros; la propia ciudad, inmensa, y su término, más extenso que los territorios juntos de muchas ciudades; sus templados inviernos y ningún día en que no se muestre el sol. Pero cuando ya
conozcas todo esto, un agobiante y malsano estío echará a perder las ventajas 5

del clima invernal. Allí estará el tirano Dionisio,[36] azote de la libertad, la
justicia y las leyes, ávido de poder, incluso después de Platón, y de vida,
incluso después de su exilio: quemará a unos, flagelará a otros, y hará
decapitar a otros por una falta leve; reclamará para su placer a hombres y
mujeres y entre los rebaños repugnantes al servicio de los excesos regios
será cuestión de poca monta unirse con dos a la vez. Ya has oído qué puede
atraerte y qué espantarte: por consiguiente, hazte a la mar o quédate». Si, 6
después de esta advertencia, dijera alguien que quería entrar en Siracusa,
¿podría presentar una queja suficientemente fundada contra nadie más que
contra sí mismo, pues no habría ido a parar allí por casualidad, sino que
habría acudido prevenido y a sabiendas?

A todos nosotros nos dice la naturaleza: «A nadie engaño. Si tú engendras
hijos, podrás tenerlos bien formados y tenerlos deformes. Quizá te nacerán
muchos: cualquiera de ellos podrá resultar para su patria tanto un salvador 7
como un traidor. No tienes por qué desconfiar de que vayan a alcanzar tal
consideración que nadie ose agraviarte, por temor a ellos; sin embargo,
imagina que van a ser de una vileza tal que ellos mismos sean un agravio para
ti. Nada impide que ellos te presten los últimos auxilios y que tus hijos te
hagan el elogio fúnebre; pero estate preparado para ser tú quien lo ponga en
la pira, sea niño, joven o anciano: nada, en efecto, tienen que ver en esto los
años, puesto que no deja de ser prematuro todo funeral al que asiste el
padre». Si después de proponerte estas condiciones engendras hijos, eximes
de toda aversión a los dioses, que no te prometieron nada seguro.

Venga pues, aplica esta comparación al inicio de la vida. Te he explicado, **18**
cuando meditabas si visitarías Siracusa, todo lo que te podía gustar y lo que
te podía molestar; imagina que acudo a aconsejarte en tu nacimiento: «Vas a 2
entrar a una ciudad compartida por dioses y hombres, que todo lo abarca,
vinculada por leyes inmutables y eternas, que hace girar a los cuerpos
celestes en sus inagotables obligaciones. Verás allí brillar incontables
estrellas, verás que un solo astro lo llena todo, el sol, que señala la duración
del día y de la noche con su carrera diaria y distribuye, aún con mayor
exactitud, la de veranos e inviernos con la anual. Verás la sucesión nocturna
de la luna, que de los encuentros con su hermano toma prestada una luz
delicada y apacible, a veces escondida, a veces dominando las tierras con su
rostro al completo, variable en sus crecidas y menguas, siempre distinta a la 3
siguiente. Verás cinco astros[37] que llevan trayectorias distintas y que se
afanan en dirección contraria a la carrera del firmamento: de sus más ligeros

movimientos dependen los destinos de los pueblos y por tanto las cosas más
grandes y las más pequeñas toman forma según un astro se haya presentado
favorable o desfavorable. Admirarás las nubes amontonadas y las aguas al
caer y los sesgados rayos y el estruendo del cielo. Cuando, satisfecho del
espectáculo celeste, bajes los ojos a la tierra, te atraerá un aspecto de las 4
cosas diferente y diferentemente admirable: aquí una dilatada llanura de
campos que se extienden hasta el infinito, allí las cimas elevadas hasta el
cielo de los montes que se alzan con sus altas y nevadas cumbres; los
descensos de los arroyos, y los ríos que se vierten a oriente y occidente
desde una sola fuente, y las arboledas que balancean los extremos de las
copas, y tanta cantidad de bosques con sus animales y el discordante
concierto de los pájaros; los variados emplazamientos de las ciudades y las 5
razas aisladas por las dificultades de sus territorios, de las cuales unas se
retiran a unos montes elevados y otras se rodean [temerosas, de orillas, lagos,
valles]; la mies favorecida por los cuidados y los arbustos sin cuidador de su
feracidad, y el manso fluir de los riachuelos por los prados, y las bahías
agradables y las costas que se repliegan en un puerto; las islas desparramadas
en gran número por la inmensidad, que dan con su presencia variedad a los
mares. ¿Qué decirte del brillo de las piedras y las gemas, y del oro que corre 6
entre las arenas de los impetuosos torrentes, y de las antorchas llameantes
que se elevan al cielo en medio de las tierras e incluso en medio del mar, y
del Océano, cinturón de las tierras, que con sus tres repliegues rompe la
continuidad de los pueblos[38] y que se agita con una libertad ilimitada? Verás
aquí nadar sobre las aguas encrespadas y revueltas, sin que haya viento, 7
animales de tamaño superior a los terrestres, lentos unos, que se mueven
según las instrucciones de otros,[39] ágiles otros, más veloces que unos
remeros lanzados a la carrera, otros que se tragan las olas y las expelen con
grave riesgo de los que cerca navegan; verás aquí naves a la busca de tierras
que no conocen. No verás nada que no haya intentado la osadía del hombre y
serás espectador y también parte principal de los aventureros; estudiarás y
enseñarás distintas artes, unas para facilitar la vida, otras para hermosearla,
otras para regirla. Pero allí habrá mil plagas del cuerpo, del espíritu, y 8
guerras y robos y ponzoñas y naufragios y destemplanza del clima y del
cuerpo, y amargas añoranzas de los seres más queridos, y muerte, sin saber si
será llevadera o con penas y sufrimientos. Reflexiona y sopesa bien qué
quieres: para llegar a lo de antes tienes que pasar por esto». Contestarás que
quieres vivir. ¿Y cómo no? Es más, no rechazarás, creo, algo de lo que

lamentas que te quiten un poco. Vive, entonces, tal como es conveniente. —Nadie nos consultó —dices—. Respecto a nosotros fueron consultados nuestros padres, quienes, aun sabiendo la condición impuesta a la vida, nos engendraron a ella.

Pero —y así entro ya en los consuelos—, veamos primero qué hay que 19
curar y luego cómo. Al desolado le conmueve la añoranza del que amó. Ésta parece en sí misma tolerable; pues no lloramos a los ausentes o a los que se van a ausentar mientras viven, por más que nos veamos privados, al mismo tiempo que de su vista, de todo trato con ellos. Luego son nuestras ideas las que nos atormentan y cualquier desgracia adquiere la importancia que le hemos atribuido. Tenemos la solución en nuestras manos: pensemos que están ausentes y engañémonos a nosotros mismos; los hemos dejado ir, mejor dicho, los hemos enviado por delante con intención de irles luego detrás.

También le conmueve al desolado esto: «No habrá quien me defienda, 2
quien me vengue de alguna humillación». Por emplear un consuelo muy poco recomendable, pero auténtico: en nuestra tierra la privación de los hijos proporciona más consideración que quita, y a la vejez la soledad, que solía aniquilarla, la eleva a un punto tal de prestigio que algunos llegan a fingir odio a sus hijos y a renegar de sus vástagos, a provocar la privación con su propia mano.

Sé qué vas a decirme: «No me conmueven mis perjuicios; ciertamente no 3
es digno de consuelo quien lleva a mal que se le haya muerto un hijo como si de un esclavo se tratara, quien se permite ver en su hijo cualquier cosa menos al hijo mismo». Pues entonces ¿qué te conmueve, Marcia? ¿Que haya muerto tu hijo o que no haya vivido más tiempo? Si es que haya muerto, debiste estar
siempre doliéndote por él: siempre, en efecto, supiste que iba a morir. Piensa 4
que un difunto no se ve afectado por ninguna desgracia, que lo que nos hace espantosos los infiernos es leyenda, que a los muertos no les amenaza ninguna oscuridad ni cárcel ni corrientes que abrasan con su fuego ni el río del Olvido, ni tribunales y condenados, ni más tiranos en esa libertad tan amplia: [40] estas cosas son bromas de los poetas, que nos han inquietado con espantos infundados. La muerte es la liberación de todos los dolores y el
límite más allá del cual no pasan nuestras desgracias, la que nos restituye al 5
reposo en que estábamos antes de nacer. Si alguien se compadece de los muertos, que se compadezca también de los que no han nacido. La muerte no es ni un bien ni un mal; en efecto, puede ser un bien o un mal aquello que es algo; en cambio, lo que en sí mismo no es nada y todo lo reduce a nada, no

nos abandona a ninguna clase de suerte. Lo malo y lo bueno, en efecto, se
desarrolla alrededor de alguna materia: la suerte no puede retener lo que la
naturaleza dejó ir, ni puede ser desdichado quien no es nadie. Tu hijo ha
traspasado las fronteras dentro de las que sólo hay esclavitud, lo ha acogido 6
una paz profunda y duradera: no le asaltan el miedo a la pobreza ni la
preocupación por las riquezas ni los aguijones de la lujuria que debilita los
ánimos mediante el placer, no le afecta la envidia de la dicha ajena, no le
agobia la que pudiera provocar la suya; tampoco ningún escándalo hiere sus
castos oídos. No tiene a la vista ninguna calamidad pública ni particular;
despreocupándose del porvenir, no depende de los acontecimientos, que
siempre retribuyen mayores incertidumbres. Por fin permanece en un lugar
del que nada puede expulsarlo, en que nada puede atemorizarlo.

¡Qué ignorantes de sus propias desgracias aquellos para quienes la **20**
muerte no merece ser alabada ni deseada como el mejor hallazgo de la
naturaleza, bien sea que culmina la dicha, bien que aleja los quebrantos, bien
que pone término al hastío y al cansancio del anciano, bien que se lleva en
flor una vida juvenil, mientras se esperan cosas aún mejores, bien que
reclama a la infancia antes de otros pasos más decisivos: final para todos,
remedio para muchos, deseo para unos cuantos, por nadie más agradecida que
por aquellos a quienes acude antes de ser invocada! Ella suprime la
esclavitud a despecho del amo, ella alza las cadenas de los cautivos, ella 2
saca de la cárcel a quienes un poder despótico había prohibido salir, ella
enseña a los desterrados, que tienen siempre el espíritu y los ojos vueltos a
su patria, que no tiene ninguna importancia bajo quiénes uno ha de yacer; ella,
cuando la suerte ha repartido mal los bienes comunes y a los nacidos con los
mismos derechos los pone a unos bajo el poder de otros, lo iguala todo;
después de ella es cuando nadie hace nada por orden de otro, en ella es en
donde nadie advierte su baja condición; ella es la que no ha dejado de ser
accesible a nadie; ella es, Marcia, la que anheló tu padre; ella es, digo, la que
hace que nacer no sea un tormento, la que hace que no me abata ante las
amenazas de los infortunios, que pueda mantener mi espíritu a salvo y dueño 3
de sí: tengo a qué apelar. Aquí veo cruces, no de una clase sola sino
fabricadas de distinta manera para cada uno: algunos cuelgan a sus víctimas
cabeza abajo, otros hacen pasar un palo por su entrepierna, otros les hacen
extender sus brazos en el patíbulo; veo los potros, veo los azotes, aparatos
correspondientes a cada miembro, incluso a cada articulación: pero también
veo la muerte. Hay aquí enemigos sanguinarios, ciudadanos insolentes: pero

también veo la muerte. No es penoso ser esclavo cuando, en caso de estar hastiado de la sumisión, es posible alcanzar la libertad con sólo dar un paso. Te aprecio, vida, gracias a la muerte.

Piensa qué ventajas tiene una muerte a tiempo, cuánto perjudicó a muchos 4
el haber vivido demasiado. Si a Gneo Pompeyo,[41] honra y sostén del Estado, se lo hubiera llevado una enfermedad en Nápoles, habría muerto como jefe incuestionable del pueblo romano. Ahora bien, la adición de un tiempo escaso lo precipitó de su elevada posición. Vio que las legiones eran exterminadas ante sus ojos y que de aquel combate en que el Senado formó la primera línea sólo salió con vida (¡qué desventurados supervivientes son éstos!) el general; vio al verdugo egipcio y ofreció a un sirviente su cuerpo, inviolable para sus vencedores: aunque hubiera salido indemne, habría arrastrado el remordimiento por su salvación: ¿qué había, pues, más vergonzoso que vivir Pompeyo por gracia de un rey?

Si Marco Cicerón, en la época en que esquivó las dagas de Catilina que 5
se dirigieron contra él al igual que contra la patria, hubiese muerto tras librar del peligro a la República, como su salvador, si, en suma, se hubiese ido después del funeral de su hija, aún entonces habría podido morir feliz.[42] No habría visto los puñales desenvainados sobre las cabezas de los ciudadanos ni distribuidos entre los asesinos los bienes de los asesinados, de modo que morían a costa suya, ni la subasta que ponía a la venta los despojos de los cónsules, ni los asesinatos contratados a expensas del Estado, ni los robos, las guerras, las rapiñas, tanta cantidad de Catilinas.

Si a Marco Catón[43] lo hubiese engullido el mar cuando regresaba de 6
Chipre de gestionar la herencia real, incluso con el dinero mismo que llevaba, soldada para una guerra civil, ¿no le habría estado bien merecido? Sin duda alguna se habría llevado consigo esta verdad: nadie podía atreverse a obrar mal en presencia de Catón; en cambio, la adición de unos poquísimos años obligó a ese hombre, nacido no sólo para defender su libertad sino también la del pueblo, a huir de César y seguir los pasos de Pompeyo.

Luego a tu hijo no le ha reportado ningún mal su muerte prematura: le ha evitado incluso el padecimiento de todos los males.

«Sin embargo, murió demasiado pronto y a destiempo.» En primer lugar, **21**
supón que le hubiera quedado más: calcula cuánto es el máximo que puede perdurar un hombre. ¿Cuánto es? Engendrados para un tiempo cortísimo, obligados a ceder rápidamente la plaza al siguiente, contemplamos este

albergue provisional. Estoy hablando de nuestras vidas, que es cosa sabida
que se desarrollan a increíble velocidad. Cuenta los siglos de las ciudades:
verás qué poco tiempo llevan alzadas incluso las que se envanecen de su
antigüedad. Todo lo humano es fugaz y perecedero, ocupante de una ínfima
porción del tiempo sin fin. Esta tierra con sus ciudades y países, sus ríos y el
cerco del mar,[44] la consideramos como un punto si la comparamos con el 2
universo: nuestra vida ocupa menos espacio que un punto si se confronta con
todo el tiempo, cuya dimensión es mayor que la del mundo, en vista de que
éste se mide repetidas veces dentro del espacio de aquél. ¿Qué importa
entonces prolongar algo cuyo aumento, sea del tamaño que sea, no distará
mucho de nada? Únicamente de una forma es mucho lo que vivimos: si es 3
suficiente. Ya puedes citarme varones longevos y de ancianidad transmitida
en la tradición, y echarme la cuenta de los ciento diez años de cada uno:
cuando pongas tu atención en todo el tiempo se quedará en nada la diferencia
entre la vida más corta y la más prolongada, si consideras cuánto vivió uno
cualquiera y lo comparas con cuánto dejó de vivir. Por ende, tu hijo murió en 4
su sazón; vivió, en efecto, cuanto debía vivir, no le quedaba ya nada más. No
es para los hombres única la vejez, como tampoco para los animales: a
algunos los agota en catorce años y para ellos es una edad avanzadísima esta
que para el hombre sería la primera. A cada uno se le ha otorgado una distinta
capacidad para vivir. Nadie muere demasiado pronto, porque no iba a vivir 5
más de lo que vivió. Para cada uno hay marcada una linde: siempre
permanecerá donde fue colocada y no la moverán más adelante ni el empeño
ni el favor. Tómalo así: tú perdiste a tu hijo según lo que estaba previsto;
tuvo lo suyo y

alcanzó la meta del tiempo otorgado.[45]

Así pues, no hay razón para que te apesadumbres diciéndote: «Pudo vivir 6
más». Su vida no quedó truncada, ni el azar se ha entremetido nunca con los
años. Se entrega lo que se prometió a cada uno: los hados andan su camino y
no añaden nada ni quitan a lo prometido una vez. Inútiles son los deseos y los
afanes: cada cual tendrá lo que su primer día le asignó. Desde aquel en que
vio la luz por vez primera, emprendió el viaje hacia la muerte y se acercó
más a su destino, y los mismos días que se añadían a su adolescencia se 7
restaban a su vida. Todos nos movemos en este error de no creer, si no es
cuando somos ancianos y caducos, que nos dirigimos ya hacia la muerte,
cuando lo cierto es que nos llevan a ella la infancia y la juventud, cualquier

edad. Los hados realizan su tarea: nos privan de la conciencia de nuestra muerte y ésta, para sorprendernos con más facilidad, se esconde bajo el nombre mismo de la vida; la niñez se lleva la infancia, la pubertad la niñez y el viejo hace desaparecer al joven que fue. Los progresos mismos, si los contabilizas bien, son pérdidas.

Te quejas, Marcia, de que tu hijo no haya vivido tanto como habría **22**
podido. ¿Y cómo sabes si le hubiera convenido vivir más o si con su muerte se buscó su bien? ¿Puedes hoy en día encontrar a alguien cuyos asuntos estén tan bien establecidos y afianzados que no deba temer nada mientras transcurre el tiempo? Los bienes humanos se tambalean y desaparecen, y no hay en nuestra vida una época tan expuesta y delicada como la que más nos gusta y por esto la muerte es de desear incluso para los más dichosos, porque en tan gran mudanza y confusión de todo nada hay seguro si no es lo que ya ha
pasado. ¿Quién te garantiza que el cuerpo de tu hijo, espléndido y mantenido 2
con la mayor observancia del pudor en medio de las miradas de esta disoluta ciudad, hubiera podido evitar tantas enfermedades hasta el punto de hacer llegar intacto a su vejez el esplendor de su hermosura? Piensa en las mil taras del espíritu: tampoco las personas de temperamento recto han conservado hasta su vejez las esperanzas que sobre ellas habían hecho concebir en su adolescencia, sino que, por lo general, se han malogrado: o bien una lujuria tardía y por ello más repugnante las ha atacado y se ha puesto a mancillar unos espléndidos comienzos, o bien se han entregado por entero a la taberna y al estómago y su mayor preocupación ha sido qué van a comer, qué van a
beber. Añade los incendios, los derrumbamientos, los naufragios y las 3
incisiones de los médicos, que les examinan los huesos a personas vivas e introducen toda la mano en sus entrañas y curan con un dolor fuera de lo común sus partes pudendas; y después de esto, el destierro —tu hijo no fue más inocente que Rutilio—,[46] la cárcel —no fue más sabio que Sócrates—, el pecho traspasado por una herida voluntaria —no fue más virtuoso que Catón—. Cuando hayas examinado bien todo esto, te darás cuenta de que se les da un trato inmejorable a aquellos a quienes la naturaleza, puesto que tenían pendiente este pago a la vida, puso rápidamente a buen recaudo. Nada hay tan engañoso como la vida del hombre, nada tan traicionero: nadie, por Hércules, la hubiera aceptado si no fuera que se otorga a quienes la desconocen. Así pues, si la dicha mayor es no nacer, la más parecida, creo yo, es ser devueltos rápidamente a nuestro primitivo estado tras cumplir con una vida corta.

Acuérdate de aquella época penosísima para ti, en que Sejano entregó a tu 4
padre a su cliente Satrio Segundo, como regalo.[47] Estaba irritado contra él
por tal o cual palabra dicha con excesiva franqueza, ya que no había podido
soportar sin decir nada que Sejano no sólo fuera impuesto sobre nuestras
cabezas, sino que se subiera él. Le decretaban una estatua que habría que
erigir en el teatro de Pompeyo, que César estaba reconstruyendo tras el
incendio que lo había devastado; Cordo exclamó que entonces sí que
desaparecía de verdad el teatro. ¿Pues qué? ¿No le iba a hacer estallar que 5
Sejano se alzara sobre las cenizas de Gneo Pompeyo[48] y que un soldado
desleal quedara inmortalizado en el monumento del más grande general? Se
suscribe la acusación y los perros rabiosos que Sejano, para tenerlos dóciles
sólo con él y feroces con todos, alimentaba con sangre humana, empiezan a
ladrar alrededor del hombre y a amenazarle con sus acometidas.

¿Qué podía hacer? Si quería vivir, debía suplicar a Sejano, si morir, a su 6
hija, ambos inflexibles: decidió engañar a la hija. Así pues, tras tomar un
baño para perder más fuerzas, se metió en su habitación como si fuera a
comer y luego que hizo salir a los esclavos, tiró algunos restos por la
ventana, para aparentar que había comido; después se abstuvo de cenar, como
si ya hubiese comido bastante en su habitación. Lo mismo hizo también al
segundo día y al tercero; el cuarto lo acusaba por la debilidad misma de su
cuerpo. Así que, abrazándote, te dijo: «Hija queridísima, en toda mi vida
sólo te he ocultado esto: he emprendido el camino de la muerte y casi lo
tengo medio recorrido ya: ni debes ni puedes hacerme volver». Y así mandó
impedir del todo el paso a la luz y se recluyó en las tinieblas. Al conocerse 7
su decisión, era motivo de satisfacción general que la presa se quitara de las
fauces de esos lobos voraces. Sus acusadores, instigados por Sejano, acuden
al tribunal de los cónsules, se quejan de que Cordo se moría para que ellos
tuvieran que interrumpir lo que habían empezado: hasta tal punto les parecía
que Cordo se les iba de las manos. Una importante cuestión estaba en debate:
si iban a perder (el derecho) a la muerte del acusado; mientras se discute,
mientras los acusadores comparecen de nuevo, él ya había sentenciado a su
favor. ¿No ves, Marcia, qué tremendas vicisitudes nos acometen de
improviso en épocas de iniquidad? ¿Lloras porque a uno de los tuyos le fue
preciso morir? ¡Si por poco no le fue posible!

Además de que todo lo por venir es incierto y sólo un poco más cierto **23**
para lo peor, el viaje hasta los dioses es comodísimo para los espíritus que
se han alejado pronto del trato con los hombres: en efecto, arrastran el

mínimo de escoria y de lastre. Liberados antes de haberse endurecido e
impregnado a fondo de los defectos terrenales, vuelan más ligeros de regreso
a su origen y con mayor facilidad se desprenden de lo que tengan gastado y
raído. Y nunca a los grandes temperamentos les es grato demorarse en el 2
cuerpo: porfían por salir y precipitarse fuera, soportan penosamente estas
estrecheces, pues están habituados a deambular por encima de todo y a
despreciar desde su altura los asuntos humanos. De ahí lo que proclama
Platón: el espíritu del sabio está totalmente inclinado a la muerte: esto quiere,
esto medita, por este anhelo se ve arrastrado constantemente, pues tiende al
más allá.[49]

¿Y entonces? Tú, Marcia, cuando veías en ese joven una cordura propia 3
de un anciano, un espíritu vencedor de toda clase de placeres, irreprochable,
carente de vicios, que apetecía riquezas sin codicia, cargos sin ambición y
placeres sin desenfreno, ¿creías que podía corresponderte mucho tiempo sano
y salvo? Todo lo que ha alcanzado su culminación está cerca de su fin: la
virtud perfecta se aparta y se sustrae a las miradas, y no esperan al último
instante las cosas que llegaron a su sazón en los comienzos. El fuego, cuanto
más resplandeciente brilla, más pronto se apaga; es más duradero el que se ha 4
iniciado en una materia inactiva y poco adecuada, y produce, envuelto en
humo, una llama mezquina, pues le estorba la misma causa que
avariciosamente lo alimenta. Así los ingenios, cuanto más brillantes, más
fugaces son; pues cuando no hay lugar para el progreso, está próxima la
decadencia. Fabiano[50] refiere un suceso que alcanzaron a ver nuestros
padres: hubo un niño en Roma de estatura propia de un hombre enorme, pero 5
murió pronto y toda persona sensata predijo que moriría en poco tiempo; no
podía, en efecto, alcanzar la edad que ya había anticipado. Así es: la madurez
excesiva es señal de ruina inminente: el final se acerca cuando los progresos
han concluido.

Empieza a valorar a tu hijo por sus cualidades, no por sus años: vivió el **24**
tiempo suficiente. Huérfano bien pronto, estuvo hasta los catorce años al
cargo de sus tutores, siempre bajo la tutela de su madre. Aunque tenía sus
propios penates[51] no quiso abandonar los tuyos y prolongó la convivencia
con su madre, cuando los hijos a duras penas la toleran con el padre. Él, un
joven nacido para el campamento por su talla, su buena planta y su notable 2
fuerza física, rechazó la carrera militar para no separarse de ti. Calcula,
Marcia, qué pocas veces ven a sus hijos las que viven en casas distintas;

piensa que para las madres todos los años que tienen a sus hijos en el ejército
son desperdiciados y se pasan con ansiedad: te darás cuenta de que fue muy
amplio este tiempo del que tú nada perdiste. Nunca se alejó de tu vista: bajo
tu mirada realizó los estudios adecuados a su talento sobresaliente y capaz de
emular a su abuelo si no se lo hubiera impedido la modestia, que hunde en el 3
silencio los progresos de tantos. Él, un joven de singular belleza en medio de
tan enorme tropel de mujeres seductoras de hombres, no se prestó a los
planes de ninguna y, cuando la desvergüenza de algunas llegó hasta la
provocación, se avergonzó como si fuera él el culpable por haberles gustado.
Con esta integridad moral consiguió, aún muchacho, ser considerado digno
del sacerdocio, contando, claro está, con el apoyo de su madre; pero ni
siquiera una madre habría valido si no fuera en favor de un buen candidato. 4
Contemplando sus cualidades, lleva a tu hijo como en tu regazo. Ahora él está
más libre para ti, ahora no tiene nada que lo reclame: nunca será para ti
motivo de ansiedad, nunca de aflicción. Lo único que en un hijo tan bueno
podías lamentar,[52] lo has lamentado ya; el resto está libre de infortunios y
lleno de satisfacciones, sólo con que sepas disfrutar de tu hijo, sólo con que
comprendas qué ha habido más valioso en él.

De tu hijo nada más ha desaparecido una sombra y una imagen no muy 5
fiel; en cambio, él mismo es ahora eterno y de mejor condición, pues ha sido
despojado de las cargas extrañas a él y dejado a sí mismo. Esto que ves que
nos envuelve, huesos, nervios y piel por encima, y el rostro y las útiles manos
y lo demás que nos recubre, son ataduras y tinieblas para el espíritu, lo
aplastan, lo ahogan, lo emponzoñan, lo desvían de la verdad tan propia de él,
precipitándolo a la mentira. Para él toda su lucha es contra esta pesada carne,
para no dejarse arrastrar y quedar encallado; porfía por llegar al lugar de
donde bajó. Allí le aguarda un eterno reposo, viendo las cosas sencillas y
diáfanas, en vez de revueltas y oscuras.

Por consiguiente, no hay razón para que corras a la tumba de tu hijo: allí **25**
está lo peor de él y lo que más le estorbaba, huesos y cenizas, partes suyas no
más que los vestidos y otras coberturas del cuerpo. Él ha escapado íntegro,
sin dejar en la tierra nada de sí mismo, y todo él se ha ido; se ha detenido un
instante por encima de nosotros mientras se limpia y sacude los defectos que
llevaba adheridos, y toda la suciedad de su vida mortal, se ha elevado luego
a las alturas y ahora corre entre los espíritus bienaventurados. Lo ha acogido
la asamblea honorable de los Escipiones y Catones y, entre los 2
menospreciadores de la vida y libres gracias a la muerte, tu padre, Marcia. Él

toma a su cargo al nieto (aunque allí todos son parientes), que goza de una luz nueva, y le enseña los cursos de los cercanos astros; conocedor de todo no por suposiciones sino por realidades, lo inicia de buen grado en los misterios de la naturaleza y, tal como el forastero agradece al que lo guía en ciudades desconocidas, así tu hijo a su intérprete y además pariente, cuando le pregunta por las causas de los fenómenos celestes. Él le <recomienda> dirigir su mirada hasta las profundidades de la tierra: es grato, en efecto, contemplar desde lo alto lo que se ha dejado atrás. Por tanto, Marcia,
compórtate como expuesta que estás a las miradas de tu padre y de tu hijo, no 3
los que conociste, sino mucho más sublimes y en lo más alto situados. Avergüénzate de <pensar> nada vil o banal, y de llorar a los tuyos, cuando han cambiado a mejor. <Adueñándose> de la eternidad, se han dispersado por los espacios libres y amplios: no los aíslan los mares interpuestos, ni la altura de las montañas o los valles infranqueables o los bajíos de las Sirtes traicioneras:[53] todo lo recorren a pie llano, ágiles, sin esfuerzo y ligeros, pasando unos a través de otros y mezclados con los astros.

Así pues, supón que desde esa ciudadela celeste tu padre, Marcia, que **26**
tenía tanta autoridad sobre ti como tú sobre tu hijo, te dice, no con la inspiración con que deploró las guerras civiles, con que para siempre proscribió él a los autores de las proscripciones, sino con una tanto más
elevada cuanto más excelso es él mismo: «¿Por qué, hija mía, te posee una 2
angustia tan prolongada? ¿Por qué vives en una ignorancia de la verdad tan enorme que consideras que se ha obrado injustamente con tu hijo porque se ha retirado, dejando intacta la situación familiar, al lado de sus antepasados, también él intacto? ¿No sabes con qué violentos temporales lo deshace todo la suerte, cómo a nadie se le ha ofrecido favorable y benévola sino a quienes han tenido con ella el menor trato posible? ¿Te tendré que nombrar a los reyes que hubieran sido sobremanera dichosos si la muerte los hubiera sustraído a tiempo a las desgracias que les amenazaban, o a los generales romanos cuya grandeza no disminuirá nada si acortas algo su vida, o a los
muy insignes y célebres varones que se hicieron fuertes sólo para acabar 3
ofreciendo el cuello al golpe de la espada de algún soldado? Fíjate en tu padre y en tu abuelo: éste quedó a merced de un homicida otro que él; yo a nadie permití hacer nada conmigo y privándome del alimento demostré que había escrito mis obras con la grandeza de ánimo con que vivía. ¿Por qué en nuestra familia se llora tantísimo tiempo a quien muere con tantísima dicha? Nos reunimos todos y, como en absoluto nos rodea una noche profunda,

vemos que no hay entre vosotros nada deseable, según creéis, nada excelso,
nada deslumbrante, sino que todo es despreciable, pesado, angustioso, y
apenas capta una ínfima porción de nuestra luz. ¿A qué decir que aquí las 4
armas no enloquecen en ataques recíprocos ni las flotas aniquilan a las flotas,
ni se urden o se plantean parricidios, ni los foros retumban con las querellas
todo el día sin cesar, que nada hay incierto, sino unas intenciones manifiestas,
unos sentimientos francos, una vida en público y ante todos, una visión de 5
todo el tiempo pasado y de los venideros? Antes disfrutaba yo poniendo por
escrito los sucesos de un solo siglo, ocurridos en el último rincón del mundo
y entre poquísima gente: ahora me es posible ver tantos siglos, el
encadenamiento y la sucesión de tantas edades, todos los años que han sido;
me es posible ver con antelación los reinos que van a surgir, los que van a
hundirse, los derrumbamientos de grandes ciudades y los nuevos recorridos 6
del mar. Pues —si es que el destino de todos puede serte consuelo de tu
nostalgia— nada permanecerá donde está ahora, todo lo derribará y llevará
consigo la vejez. Y no jugará sólo con los hombres (¿qué es pues esta
pequeña porción para el poder de la suerte?), sino con los lugares, las
comarcas y los continentes. Arrasará montañas enteras y en otra parte
empujará a lo alto nuevos riscos; resecará los mares, desviará los ríos y, una
vez que rompa las comunicaciones entre los pueblos, deshará la sociedad y la
unión del género humano; en otra parte hará desaparecer ciudades por unas
grietas inmensas, las sacudirá con terremotos, y enviará desde las
profundidades emanaciones nauseabundas y cubrirá de inundaciones todo el
mundo habitado y matará a todos los seres vivos cuando la tierra quede
sumergida, y con inmensos incendios abrasará y quemará todo lo perecedero.
Y cuando llegue el tiempo en que el mundo se extinga para renovarse, todo se
exterminará con sus propias fuerzas, los astros chocarán con los astros y,
cuando toda la materia esté en llamas, todo lo que ahora brilla en buen orden
arderá en un solo fuego. También nosotros, espíritus dichosos y agraciados
con la eternidad, cuando le parezca bien a la divinidad reconstruir todo esto, 7
durante el derrumbamiento universal, como una porción minúscula añadida a
la desmesurada catástrofe, nos convertiremos en los elementos primeros».[54]

¡Dichoso tu hijo, Marcia, que ya sabe esto!

CONSOLACIÓN A SU MADRE HELVIA

A menudo, madre excelente, he sentido el impulso de consolarte, a menudo lo **1**
he reprimido. Muchas razones me inducían a atreverme: en primer lugar, me
parecía que podría librarme del peso de todas mis contrariedades cuando,
aunque no hubiera podido contener tus lágrimas, las hubiera al menos, entre
tanto, enjugado; después, no dudaba que tendría más autoridad a la hora de
animarte si antes me hubiera rehecho yo; además, temía que un golpe de
suerte superado por mí superara a alguno de los míos. Así pues, como podía,
intentaba arrastrarme, tapándome la desgarradura con la mano, para vendar
vuestras heridas. En cambio, había otras para retrasar mi proyecto: sabía que 2
no debía enfrentar tu dolor mientras se desencadenara con su primera
violencia, no fuera a ser que los propios consuelos lo avivaran y encendieran,
pues también en la enfermedad no hay nada más perjudicial que un
medicamento intempestivo; estaba por tanto a la espera de que quebrantara él
mismo sus fuerzas y, una vez que el paso del tiempo lo hubiera aplacado para
poder resistir los remedios, consintiera en ser palpado y sometido a
tratamiento. Además, cuando ojeaba todos los tratados de los más
esclarecidos ingenios, escritos con el propósito de mitigar y moderar los
duelos, no encontraba ejemplo de uno que hubiera consolado a los suyos
cuando él mismo era llorado por ellos; estaba así dudoso ante esta situación
insólita y me daba miedo de que resultara no una consolación sino una
inflamación. ¿Y cómo no, si hacían falta palabras nunca dichas y no sacadas 3
de las exhortaciones normales y corrientes, para un hombre que, por consolar
a los suyos, alzaba la cabeza de su propia pira? Al contrario, es inevitable
que la intensidad de todo dolor que sobrepasa el límite impida la elección de
las palabras, puesto que a menudo priva incluso de la propia habla. Como
pueda, lo intentaré, no por confianza en mi talento, sino porque puedo ser una 4
suerte de consuelo eficacísimo yo mismo, el que ahora consuela. A quien no
le negarías nada, seguramente no le irás a negar ahora, espero, por más que
toda aflicción sea persistente, tu consentimiento a que se fije por mi parte un
límite a tu añoranza.

Advierte qué grandes esperanzas me he hecho de tu complacencia: no **2**
dudo que voy a tener sobre ti más dominio que tu dolor, que es lo que tiene
mayor dominio sobre los desdichados. Así pues, para no enfrentarme

enseguida con él, previamente lo secundaré y lanzaré sobre él materia que lo
avive: todo lo extraeré y volveré a abrir lo que ya está cicatrizado. Alguien 2
dirá: «¿Qué manera de consolar es ésta, revivir desgracias ya borradas y
poner al espíritu ante la visión de todas sus tribulaciones, cuando apenas
soporta la de una sola?». Pues piense ese que todo lo que es maligno hasta el
punto de recrudecerse, contra los remedios las más de las veces se cura con
otros contrarios. Así pues, le aplicaré todos los duelos, todos sus dolores:
esto va a ser no medicar con miramientos, sino cauterizar y amputar. ¿Qué
voy a conseguir? Que un espíritu vencedor de tantas desdichas se avergüence
de aguantar mal un solo golpe en un cuerpo tan marcado de cicatrices.[55] Así 3
pues, que lloren largo tiempo y giman aquellos cuyos corazones melindrosos
ha enervado una prolongada prosperidad y que se derrumban por la sacudida
de los más ligeros contratiempos; aquellos, en cambio, cuyos años han
transcurrido enteramente en medio de quebrantos, que soporten también lo
más penoso con firme e inquebrantable serenidad. Una única ventaja tiene la
desventura constante: a los que atormenta siempre, al final los acaba
curtiendo.

La suerte no te concedió ningún momento libre de los más penosos 4
duelos, ni siquiera exceptuó el día de tu nacimiento: perdiste a tu madre en
cuanto naciste, mejor dicho, mientras nacías, y fuiste en cierto modo
abandonada a la vida. Creciste con una madrastra, a la que de cierto obligaste
a convertirse en madre con toda la obediencia y el afecto como se pueden
hallar en una hija; de todos modos, a nadie le ha dejado de salir cara una
madrastra, incluso bondadosa.

A un tío materno,[56] el hombre más cariñoso, excelente y valeroso, lo
perdiste cuando aguardabas su llegada; y, para que la suerte no mitigara su
saña con dilaciones, a los treinta días enterraste a tu queridísimo esposo,[57]
del que eras madre de tres hijos. Estando de luto te notificaron este luto, con
todos tus hijos ausentes, además, como si tus desgracias se hubieran
acumulado adrede para esa ocasión, a fin de que no hubiera donde pudiera
recostarse tu dolor. Paso por alto tantos peligros, tantos temores que 5
soportaste cuando sin pausa arremetían contra ti; hace bien poco, en el mismo
seno del que habías hecho salir a tres nietos acogiste los restos de tres nietos.
[58] A los veinte días de haber enterrado tú a mi hijo,[59] muerto entre tus
brazos y tus caricias, te enteraste de que te había sido arrebatado yo. Esto te
faltaba aún, llevar luto por los vivos.

Este último golpe, lo reconozco, es el más duro de cuantos alguna vez se
han abatido sobre tu cuerpo: no ha desgarrado superficialmente la piel, ha 3
atravesado el pecho y las entrañas mismas. Pero, al igual que los bisoños
levemente heridos gritan sin embargo y sienten más horror de las manos de
los médicos que de la espada, y en cambio los veteranos, aun traspasados de
lado a lado, permiten pacientemente y sin gemidos que les limpien las heridas
como si no se tratara de sus cuerpos, así debes tú ahora prestarte
valerosamente al tratamiento. Los lamentos, los gritos y demás con que 2
habitualmente se alborota el dolor de las mujeres, recházalos de plano: has
desaprovechado, en efecto, tus numerosas desgracias si aún no has aprendido
a ser desdichada. ¿No te parece que te he tratado sin remilgos? Nada te he
ocultado de tus desgracias, sino que las he puesto todas amontonadas ante ti.

Lo he hecho con un propósito ambicioso: he decidido, en efecto, derrotar 4
tu dolor, no confinarlo. Y lo derrotaré, creo, si en primer lugar te hago ver
que no padezco nada por lo que pueda ser llamado yo desdichado, y menos
aún por lo que haga desdichados también a los que me tocan de cerca; y
segundo, si paso a tu caso y te demuestro que en absoluto es penosa tu suerte,
que depende completamente de la mía.[60]

Empezaré lo primero por esto que tu amor está impaciente por oír: no me 2
ocurre nada malo. Si puedo, te haré evidente que las circunstancias mismas
que piensas que me agobian no son insoportables; y si esto es imposible de
creer, al menos yo estaré satisfecho conmigo mismo, puesto que seré feliz en
unas circunstancias que suelen hacer desdichados a los demás. No hay razón 3
para que te fíes de otros en lo que a mí toca: yo mismo, para que no te veas
inquietada en absoluto por suposiciones infundadas, te aclaro que no soy
desdichado. Añadiré, para que estés más segura, que ni siquiera puedo llegar
a ser desdichado.

Hemos sido engendrados en condiciones favorables mientras no nos 5
apartemos de ellas. La naturaleza ha hecho que para vivir bien no haya
necesidad de grandes preparativos: cada cual puede hacerse feliz a sí mismo.
La importancia de las circunstancias externas es poca y tal que no tiene gran
influencia en ninguno de los dos sentidos: ni las favorables encumbran al
sabio ni las adversas lo abaten. En efecto, siempre se ha esforzado por
depender lo más posible de sí mismo, por esperar de sí mismo todas las 2
satisfacciones. ¿Qué, pues? ¿Estoy diciendo que soy un sabio? En absoluto;
pues si realmente pudiera afirmarlo, no sólo negaría ser un desdichado, sino
que proclamaría que soy el más afortunado de todos y que he sido trasladado

a la vecindad con el dios. En realidad, cosa que es bastante para mitigar todos los pesares, me he puesto en manos de los sabios y, no estando aún repuesto para socorrerme a mí mismo, me he refugiado en campamento ajeno, esto es, el de los que sin dificultad se defienden a sí mismos y a los suyos.[61] 3
Ellos me han aconsejado estar constantemente en pie, como haciendo de centinela, y avistar todas las intentonas de la suerte, todos los ataques, mucho antes de que arremetan. Es penosa para quienes es imprevista; fácilmente la resiste quien siempre la aguarda. Pues también la llegada del enemigo arrolla a los que ha cogido desprevenidos; en cambio, quienes se han preparado antes de la guerra para la guerra venidera, bien dispuestos y aprestados, aguantan fácilmente la primera embestida, que es la más violenta.

Nunca me fié yo de la suerte, incluso cuando parecía proponerme la paz. 4
Todas las cosas que iba acumulando tan bondadosamente sobre mí, dinero, cargos, influencia, las puse en un lugar del que pudiera ella recuperarlas sin molestarme a mí. Mantuve una gran distancia entre ellas y yo; por lo tanto, me las ha quitado, no arrancado. A nadie ha aplastado la suerte adversa sino al que engañó mostrándosele favorable. Los que se han encariñado con los
regalos de ella como suyos para siempre, los que por ellos han querido ser 5
admirados, quedan postrados y afligidos cuando los engañosos y tornadizos deleites dejan plantados a sus espíritus frívolos e infantiles, por completo desconocedores del placer estable; en cambio, el que no se ha inflado en circunstancias prósperas tampoco se encoge cuando cambian. Frente a ambas situaciones mantiene incólume su espíritu, de entereza ya puesta a prueba,
pues en la ventura misma ha aprendido qué poder tenía contra la desventura. 6
Así pues, yo consideré siempre que en aquellas cosas que todos desean no hay ningún verdadero bien, las hallé entonces hueras y maquilladas con afeites aparentes y engañosos, sin tener en su interior nada que correspondiera a su aspecto; ahora, en las que llaman desgracias no hallo nada tan terrible y riguroso como presagiaba la opinión de la gente. La palabra misma, sin duda, en virtud de una cierta convicción y acuerdo ya suena a nuestros oídos bastante desagradable y al oírla nos golpea como algo funesto y abominable: así lo dictamina el pueblo, pero las sentencias del pueblo en gran parte las derogan los sabios.

Dejando a un lado, entonces, el juicio de la mayoría, a la que arrastra la **6**
apariencia externa de las cosas, como quiera que la consideren, veamos qué es el destierro. Por supuesto, un cambio de lugar. Que no parezca que le resto importancia y escamoteo lo que contiene de malo: a este cambio de lugar le

sigue una serie de contrariedades: la pobreza, la deshonra, el menosprecio.
Contra éstas argumentaré más tarde; por el momento quiero considerar
primero qué amarguras aporta el cambio de lugar en sí mismo.
«Estar lejos de la patria es intolerable.» Pues bien, contempla esta 2
aglomeración para la que apenas bastan las casas de una ciudad inmensa: la
mayor parte de esa muchedumbre está lejos de su patria. Han acudido en
masa desde sus municipios y colonias, del orbe entero, en suma. A unos les
ha empujado la ambición, a otros las exigencias de una misión oficial, a otros
la encomienda de alguna embajada, a otros el desenfreno, que busca un lugar
conveniente y copioso en vicios, a otros la afición a los estudios liberales, a
otros los espectáculos; a algunos les ha atraído la amistad, a otros el ingenio,
que encontró amplio campo para mostrar sus cualidades; algunos han traído
una belleza en venta, otros una elocuencia en venta. Ninguna clase de 3
hombres deja de acudir a una ciudad que concede gran valor tanto a sus
virtudes como a sus vicios. Haz llamar a todos ésos por su nombre y pregunta
de qué tierra es cada uno: verás que son mayoría los que, tras abandonar su
país, han venido a la ciudad más grande y hermosa, ciertamente, pero no suya. 4
Después márchate de esta urbe que casi puede decirse perteneciente a todos,
recorre todas las ciudades: ninguna deja de tener una gran proporción de
gente forastera. No te detengas en aquellas cuya amena situación y favorable
entorno seducen a los demás; examina los parajes desiertos y las islas
inhóspitas, Escíato y Serifo, Gíaro y Cosura:[62] no hallarás ningún destierro
en el que no viva alguien por propio deseo. ¿Qué se puede hallar tan desnudo,
tan escarpado por todas partes como esta roca? ¿Qué más yermo en cuanto a 5
los recursos? ¿Qué más agreste en cuanto a los hombres? ¿Qué más horrible
en cuanto a la situación misma? ¿Qué más extremado en cuanto al clima?[63] Y
sin embargo hay aquí más forasteros que naturales del país. Luego el cambio
de lugares no es en sí penoso, hasta el punto de que incluso este lugar ha
separado a algunos de su patria. Encuentro autores que afirman que hay en 6
nuestro espíritu un cierto prurito natural por cambiar la residencia y trasladar
el domicilio; en efecto, al hombre le ha sido dada una mente vivaz e
incansable: en ningún lado se detiene, se dispersa y desparrama sus
pensamientos sobre todo lo conocido y lo desconocido, errática, renuente al
descanso y satisfecha con las novedades. De lo cual no te extrañarás si tienes 7
en cuenta su origen primero: no está formada de una sustancia terrena y
pesada, proviene del espíritu celeste; ahora bien, la naturaleza de los
fenómenos celestes siempre está en movimiento, huye y se precipita en

velocísima carrera. Contempla los astros que iluminan el firmamento:
ninguno de ellos está inmóvil. <El sol> se desliza constantemente y cambia un
lugar por otro y, aunque gira junto con el universo, se mueve no obstante en
dirección contraria al propio firmamento,[64] discurre por todas las partes de
los signos, nunca se para: son permanentes su avance y su andar de acá para
allá. Todos están siempre girando y trasladándose tal como dispusieron la ley 8
y la exigencia de la naturaleza, se dirigen de acá para allá; cuando hayan
completado sus órbitas durante un determinado número de años se irán de
nuevo por donde habían venido. Ve ahora tú y piensa que el espíritu humano,
formado con los mismos elementos de que está constituido lo divino, lleva a
mal el traslado y la mudanza, siendo así que la naturaleza divina se complace
o incluso se sustenta en un cambio constante y apresurado.

Pues bien, pasa ahora de lo celeste a lo humano: verás que pueblos y **7**
naciones en masa han cambiado su lugar de residencia. ¿Qué significan en
medio de países bárbaros las ciudades griegas? ¿Y entre indios y persas la
lengua macedónica?[65] La Escitia y toda aquella extensión de pueblos
salvajes e ingobernables ostentan poblaciones aqueas establecidas en las
costas del Ponto:[66] ni la crudeza de un invierno permanente, ni el
temperamento de sus hombres, temible al igual que su clima, los detuvieron a
la hora de trasladar sus casas. En Asia hay una multitud de atenienses;[67] 2
Mileto ha diseminado por todas partes población suficiente para setenta y
cinco ciudades; todo el flanco de Italia que baña el mar Inferior fue la Magna
Grecia.[68] Asia reclama como suyos a los etruscos;[69] los tirios habitan
África, Hispania los cartagineses;[70] los griegos se introdujeron en la Galia,
en Grecia los galos;[71] los Pirineos no impidieron el paso de los germanos. 3
[72] Por parajes inaccesibles y desconocidos se ha desenvuelto la movilidad
de los hombres. Arrastraron consigo a sus hijos y mujeres y a sus padres
impedidos por la vejez. Unos, tras verse zarandeados en un largo errabundeo,
no escogieron el lugar con buen criterio, sino que ocuparon el más cercano, a
causa del cansancio; otros se ganaron con las armas el derecho sobre la tierra
ajena; a algunos pueblos se los tragó el mar cuando se dirigían a tierras
desconocidas, otros se asentaron allí donde los arrojó la más completa 4
penuria. Y la razón de abandonar su patria y buscar otra no fue la misma para
todos: a unos la destrucción de sus ciudades los empujó, escapando de las
armas enemigas, a los dominios de otros, al verse despojados de los suyos; a
otros los alejó una revuelta civil; a otros la excesiva aglomeración de gente

sobrante los obligó a marcharse a fin de disminuir la población; a otros los expulsaron las epidemias o unos agrietamientos frecuentes de la tierra o algún defecto insoportable de un suelo estéril; a algunos los sedujo la fama de una 5
región feraz y exageradamente alabada. Distintas razones hicieron salir de su patria a unos y a otros: en todo caso, es evidente que nada ha permanecido en el mismo lugar en que fue engendrado. El ir y venir del género humano es constante; algo se muda cada día en un mundo tan vasto: se echan nuevos cimientos de ciudades, surgen nuevos nombres de pueblos en tanto que los anteriores han desaparecido o se han anexionado a otro más poderoso. Ahora bien, todas estas emigraciones de pueblos ¿qué otra cosa son sino destierros 6
en masa? ¿A qué hacerte dar tantos rodeos? ¿Qué interés tiene enumerar a Anténor, fundador de Padua,[73] y a Evandro, que emplazó a orillas del Tíber el reino de los árcades?[74] ¿A Diomedes y a los demás, vencidos lo mismo que vencedores, a quienes la guerra de Troya dispersó por tierras de otros? [75] El imperio romano, es bien sabido, contempla como su fundador a un 7
desterrado a quien, fugitivo de su patria sometida, llevando consigo unos pocos despojos, la necesidad y el miedo al vencedor trajeron hasta Italia, en su busca de tierras lejanas. Este pueblo, después, ¡cuántas colonias ha enviado a cada provincia! Dondequiera que el romano ha vencido, allí reside. Daban sus nombres de buen grado para estos cambios de lugar y el anciano abandonaba sus altares y seguía a los colonos allende el mar.

Realmente el asunto no requiere enumerar más casos: añadiré uno, sin 8
embargo, que tengo bien a la vista: esta isla misma ya ha cambiado a menudo de habitantes. Pasando por alto los hechos más antiguos que el paso del tiempo ha velado, los griegos que ahora habitan Marsella, tras abandonar la Fócide,[76] se asentaron primero en esta isla; no está claro qué los ahuyentó de ella, si el rigor del clima o la proximidad de la prepotente Italia o la naturaleza de un mar sin puertos; pues es evidente que no contó entre los motivos la fiereza de los habitantes, porque entonces precisamente se mezclaron con los feroces y toscos pueblos de la Galia. Después pasaron a ella los ligures, pasaron también los hispanos, lo que es evidente por la 9
semejanza de las costumbres: tienen los mismos tocados y el mismo tipo de calzado que los cántabros, incluso algunas palabras, pues en conjunto su lengua, por el trato con griegos y ligures, se ha alejado de la materna. Después fueron traídas dos colonias de ciudadanos romanos, una por Mario y la otra por Sila:[77] ¡tantas veces ha cambiado la población de esta roca

yerma y erizada de espinas! En suma, apenas encontrarás una tierra que 10
todavía la habiten los nativos; todo está revuelto y mezclado. El uno ha
sustituido al otro: éste ha deseado lo que a aquél aburrió; aquél ha sido
arrojado de donde él había expulsado a otro. Así plugo al hado, que no se
mantenga siempre en el mismo lugar la suerte de cosa alguna.

Contra el cambio de lugares en sí, excluyendo las demás contrariedades **8**
que son inherentes al destierro, Varrón, el más erudito de los romanos,[78]
cree que es suficiente este remedio: dondequiera que vamos hemos de
disfrutar de una misma naturaleza; Marco Bruto[79] cree suficiente que les sea
posible a quienes van al destierro llevarse consigo sus virtudes. Incluso si 2
estos argumentos por separado los juzga alguien poco eficaces para consolar
al desterrado, reconocerá que ambos en unión tienen mucha más fuerza. ¡Qué
poquito es, en efecto, lo que hemos perdido! Las dos cosas que son las más
excelentes nos seguirán adondequiera que nos traslademos: la naturaleza
universal y la virtud particular. Así, puedes creerme, quedó determinado por 3
quienquiera que haya sido el configurador del universo, bien sea él un dios
omnipotente, bien una inteligencia incorpórea creadora de obras inmensas,
bien un soplo esparcido por todo lo más grande y lo más pequeño con igual
intensidad, bien el hado y la invariable sucesión de causas vinculadas unas
con otras;[80] así, digo, quedó determinado que no cayera bajo el dominio de
otro sino lo más prescindible. Todo lo mejor que hay para el hombre está más 4
allá del poder humano: no se puede dar ni quitar. Este mundo, mayor y mejor
provisto que ninguna otra cosa creada por la naturaleza, y el espíritu,
espectador y admirador del mundo del que es la parte más espléndida, son
propiedad nuestra perpetua y van a durar con nosotros tanto tiempo como
nosotros duremos. Así pues, dirijámonos con paso firme adondequiera que
las circunstancias nos lleven, alegres y confiados, recorramos las tierras que 5
sean; dentro del mundo no se <puede> encontrar ningún destierro <pues nada
de lo que> está <dentro del mundo> es ajeno al hombre.[81] Desde cualquier
sitio la mirada se alza al cielo a igual distancia, por intervalos similares todo
lo divino está separado de todo lo humano. Por consiguiente, mientras mis 6
ojos no se vean apartados del espectáculo que nunca les cansa, mientras me
sea posible contemplar el sol y la luna, seguir con la vista los demás astros,
investigar sus ortos y ocasos, los intervalos y los motivos de que se muevan
más rápido o más despacio, observar tantas estrellas que resplandecen por la
noche, unas fijas y otras que se alejan no mucho trecho sino que describen

círculos sobre sus propias huellas, algunas que estallan de repente, otras que deslumbran la vista con el fuego que esparcen, como si estuvieran cayendo o que pasan volando largo trecho con su potente luz; mientras esto me acompañe y, en la medida en que le está permitido al hombre, me entremezcle con los fenómenos celestes, mientras tenga siempre mi espíritu en lo más alto propenso a la observación de cosas que le son afines,[82] ¿qué me importa el suelo que pise?

«Pero esta tierra no es rica en árboles frutales o frondosos, no está regada 9
por cauces de ríos grandes ni navegables; no produce nada que deseen otras gentes, apenas bastante fértil para el mantenimiento de los que la habitan; aquí no se extrae el valioso mármol, no se explotan filones de oro ni de
plata.» Es mezquino el espíritu al que gustan las cosas terrenas: hay que 2
guiarlo hacia aquellas que en todas partes se muestran igual, en todas partes resplandecen igual. Y hay que pensar que las primeras estorban los bienes verdaderos, mediante falsedades y creencias sin fundamento. Cuanto más largas dispongan sus galerías cubiertas, cuanto más arriba levanten sus torres, cuanto más ampliamente agranden sus fincas, cuanto más hondo excaven sus subterráneos para el verano, cuanto más grande sea la carga con que eleven
los tejados de sus cenadores, tanto más será lo que les oculte el cielo. El azar 3
te ha arrojado a una región en la que una cabaña es el más suntuoso cobijo: en verdad que eres de espíritu menguado y que mezquinamente se consuela si lo soportas valerosamente sólo porque conoces la cabaña de Rómulo.[83] Di más bien así: «¿No es cierto que esta humilde choza da acogida a la virtud? Entonces será más bella que cualquier templo cuando en ella se haga ver la justicia, la moderación, la prudencia, la piedad, el buen sentido para distribuir con equidad los quehaceres, el conocimiento de lo humano y lo divino. No es estrecho ningún lugar en que cabe este tropel de virtudes tan grandes, no es penoso ningún destierro al que es posible ir con esta compañía».

Bruto, en el libro que escribió sobre la virtud,[84] cuenta que vio a 4
Marcelo[85] desterrado en Mitilene y, al menos en la medida en que a los hombres se lo permite su naturaleza, viviendo con la mayor felicidad y nunca más aficionado a las buenas artes que en aquella época. Y así añade que más
le pareció marchar al destierro él, que iba a regresar sin el otro, que dejar a 5
éste en el destierro. ¡Marcelo, más afortunado en la época en que su destierro pareció bien a Bruto que cuando a la República su consulado! ¡Qué grande

fue el hombre que hizo que alguien se considerara desterrado porque se
alejaba de un desterrado! ¡Qué gran hombre, el que causó la admiración de un
personaje admirable incluso para su Catón![86] El mismo Bruto cuenta que 6
Gayo César pasó de largo por Mitilene porque no aguantaba ver caído en
desgracia a ese hombre. Es verdad que con peticiones oficiales el Senado le
consiguió el permiso para regresar, tan inquieto y afligido que aquel día todos
parecían tener los sentimientos de Bruto, y pedir no por Marcelo sino por
ellos mismos, no fueran a estar desterrados si estaban sin él; pero logró
mucho más el día en que Bruto no pudo dejarlo como desterrado ni César
verlo. En efecto, se ganó el testimonio de ambos: a Bruto le dolió regresar sin
él, a César le avergonzó. ¿Dudas acaso que aquel hombre excelente, para 7
sobrellevar pacientemente el destierro, se haya dado ánimos así a menudo?:
«Que estés lejos de la patria no es ninguna desdicha. Estás tan impregnado de
estudios filosóficos que sabes que el sabio tiene su patria en cualquier lugar.
Y además, este que te ha expulsado ¿no estuvo él mismo lejos de la patria
durante diez años seguidos?[87] Para acrecentar el imperio, sin duda, pero lo
cierto es que estuvo lejos. Ve ahora cómo se lo lleva África llena de
amenazas por la guerra que resurge, se lo lleva Hispania, que está 8
restaurando el partido quebrantado y maltratado, se lo lleva el desleal Egipto,
[88] el mundo entero, en fin, que está atento a la oportunidad ofrecida por la
convulsión del imperio. ¿A qué problema hará frente primero? ¿A qué partido
se opondrá? Por todas las tierras lo arrastrarán sus victorias. A él, que lo
ensalcen y veneren las naciones: tú vive contento con la admiración de
Bruto».

Marcelo, entonces, soportó bien su destierro y nada cambió en su espíritu **10**
el cambio de lugar, por más que lo siguiera la pobreza. Que en ésta no hay
nada malo lo entiende cualquiera que no haya dado aún en la locura de la
avaricia y el lujo, que todo lo vuelven del revés. ¡Qué poco es, en efecto, lo
que es necesario para el mantenimiento del hombre! ¿Y a quién le puede
faltar eso siempre que tenga alguna virtud? En lo que a mí respecta,
concretamente, entiendo que no he perdido riquezas sino preocupaciones. Las 2
exigencias del cuerpo son reducidas: quiere mantener lejos el frío y calmar
con alimentos el hambre y la sed; lo que se desea de más es trabajo para los
vicios, no para las necesidades. No es preciso escudriñar entero el abismo ni
abrumar el estómago con una matanza de animales, ni desenterrar ostras en
una playa desconocida del último mar. ¡Que dioses y diosas destruyan a esos

cuyos lujos traspasan las fronteras de un imperio tan envidiado! Más allá del 3
Fasis[89] quieren que se cace para proveer su pretenciosa cocina y no les
avergüenza obtener aves de los partos, de quienes aún no hemos tenido
venganza.[90] De todas partes acarrean cualquier cosa para su glotonería, que
aborrece las ya conocidas; lo que su estómago, estropeado por las
exquisiteces, apenas admite, se les trae desde el confín del océano; vomitan
para comer, comen para vomitar, y ni siquiera se dignan digerir los manjares
que buscan por todo el mundo. Si uno desprecia estas cosas, ¿en qué le
perjudica la pobreza? Y si uno las desea, también le es provechosa la
pobreza, pues, a pesar suyo, recobra la salud y, aunque ni siquiera por
obligación acepta los remedios, ciertamente entre tanto, mientras no puede
quererlas, es semejante al que no las quiere.

Gayo César,[91] a quien me parece que la naturaleza engendró para 4
mostrar de qué eran capaces unos vicios extremados en medio de una suerte
extremada, se cenó diez millones de sestercios en un solo día y aunque en
ello se vio ayudado por la imaginación de todos, a duras penas encontró la
manera de transformar en una sola cena el tributo de tres provincias. ¡Qué 5
dignos de lástima aquellos cuyo apetito no se estimula más que ante costosos
manjares! Además, no los hace costosos un sabor exquisito o algún otro
atractivo para el paladar, sino la escasez y la dificultad para conseguirlos.
Por otra parte, si deciden recobrar su sano juicio, ¿qué necesidad hay de
tantos recursos al servicio del estómago, de tanto comercio, de asolar los
bosques, de escudriñar el abismo? Por todas partes están los alimentos que la
naturaleza dispuso en cualquier lugar; pero los pasan por alto, como ciegos, y
recorren todos los países, atraviesan los mares y, aunque pueden aplacar su
hambre con escaso gasto, la excitan con mucho. Dan ganas de decirles: «¿Por 6
qué fletáis barcos? ¿Por qué armáis vuestras manos contra las bestias y contra
los hombres también? ¿Por qué corréis de un lado a otro con tanta agitación?
¿Por qué acumuláis riquezas sobre riquezas? ¿No queréis pensar qué
pequeños son vuestros cuerpos? ¿No es locura y extravío mental insuperable
desear mucho cuando abarca uno tan poco? Así pues, por más que acrecentéis
vuestros patrimonios y extendáis vuestras posesiones, nunca ensancharéis
vuestros cuerpos. Cuando os hayan ido bien los negocios y las campañas
militares os hayan procurado mucho, cuando se hayan amontonado los
manjares rastreados por todas partes, no tendréis donde almacenar vuestras
provisiones. ¿Por qué acaparáis tantas cosas? Está claro que nuestros

antepasados, cuyo valor sustenta aún ahora nuestros vicios, eran unos 7
desventurados que se procuraban el alimento con sus propias manos, que tenían la tierra por lecho, cuyas casas aún no refulgían con el oro, cuyos templos aún no resplandecían con las piedras preciosas; pues entonces se prestaba piadosamente juramento por unos dioses de arcilla: pero quienes los habían invocado, con tal de no defraudarles, volvían a enfrentarse al enemigo dispuestos a morir.[92] Está claro que nuestro dictador,[93] que atendió a los
legados samnitas mientras daba vueltas en el fuego a su humildísima comida 8
con su propia mano, aquella con la que ya había golpeado a menudo al enemigo y había restituido la corona de laurel en el regazo de Júpiter Capitolino, vivía menos feliz que vivió en nuestra época Apicio,[94] quien en la ciudad de la que una vez se ordenó salir a los filósofos como corruptores de la juventud, envenenó, dedicándose al arte culinario, a su generación con
su ciencia. Vale la pena conocer su final. Cuando había dilapidado en su 9
cocina cien millones de sestercios, cuando había engullido tantas donaciones de príncipes y las inmensas rentas del Capitolio en sucesivos festines, abrumado por las deudas revisó entonces por primera vez sus cuentas, pues se vio obligado; calculó que le quedarían diez millones de sestercios y, como
si fuera a vivir con la más extrema estrechez si vivía con diez millones de 10
sestercios, puso fin a su vida con veneno. ¡Cuánta ansia de lujo poseía a ese al que parecieron una miseria diez millones de sestercios! Ahora ve y piensa que lo que hace al caso es la moderación en el dinero, no en el deseo. Uno ha habido que se espantó ante diez millones de sestercios y lo que otros buscan con vehemencia él lo rehuyó con veneno. No obstante, para aquel hombre de mente tan depravada su última bebida fue la más saludable: entonces sí que comía y bebía venenos, cuando no sólo disfrutaba sino que presumía de sus desaforados banquetes, cuando hacía ostentación de sus vicios, cuando atraía
a los ciudadanos a sus excesos, cuando incitaba a los jóvenes, maleables por 11
sí mismos aun sin malos ejemplos, a imitarlo. Cosas así suceden a los que no ajustan sus riquezas a la razón, cuyos límites son precisos, sino a una conducta licenciosa, cuyo capricho es inmenso e incontenible. Para la codicia nada es bastante, para la naturaleza incluso un poco es bastante. Luego la pobreza no acarrea ninguna contrariedad a los desterrados: en efecto, ningún destierro es tan mísero que no sea fértil de sobra para alimentar a un hombre.

»De todos modos el desterrado tiene que echar de menos sus vestidos y **11**
su casa.» Esto también lo echará de menos sólo para su uso: no le faltarán ni un techo ni con qué cubrirse, pues el cuerpo se protege con tan poco como se

alimenta; la naturaleza no le hizo complicado al hombre nada de lo que le iba
haciendo necesario. Pero echa de menos la púrpura impregnada de abundante 2
múrice,[95] bordada en oro y adornada con colores y artificios variados: ése
no es pobre por culpa de la suerte, sino por la suya propia. Incluso si le
devuelves lo que ha perdido, no conseguirás nada, pues cuando esté
rehabilitado le faltarán de sus deseos más cosas que cuando desterrado de sus 3
posesiones. Pero echa de menos la vajilla resplandeciente de vasos de oro y
la plata ennoblecida por los nombres antiguos de sus artífices, el bronce
valioso por la extravagancia de unos cuantos[96] y el tropel de esclavos capaz
de hacer estrecha la casa por amplia que sea, los animales de tiro ya ahítos y
obligados a engordar, y los mármoles de todas partes: por más que estas
cosas se acumulen, nunca saciarán su insaciable deseo, al igual que ningún
líquido bastará para satisfacer a uno cuya necesidad no proviene de la falta
sino del ardor de sus entrañas abrasadas: pues no es eso sed sino
enfermedad. Y esto no sucede sólo con el dinero o los alimentos; la misma 4
condición hay en toda necesidad que no nace simplemente de la falta sino del
vicio: lo que acumules para ella no supondrá el fin de su avidez sino un paso
más. Así pues, quien se mantiene dentro de los límites naturales no notará la
pobreza; a quien sobrepasa los límites naturales lo perseguirá la pobreza en
medio incluso de la opulencia más absoluta. Para lo necesario hasta los
destierros bastan, para lo superfluo ni tan siquiera los reinos. El espíritu es el
que nos hace ricos: él nos sigue a los destierros y en la más rigurosa soledad, 5
en cuanto encuentra lo suficiente para sustentar el cuerpo, disfruta en
abundancia de sus propios bienes: el dinero no toca en nada al espíritu, no
más que a los dioses inmortales. Todo esto que ensalzan los temperamentos 6
toscos y excesivamente apegados a sus cuerpos, los mármoles, el oro, la plata
y los tableros de mesa grandes y bruñidos,[97] son lastres terrenales que un
espíritu íntegro y consciente de su condición no puede estimar, él que es
ligero y despejado y, cuando quiera que se vea libre, dispuesto a elevarse a
lo más alto; entre tanto, en la medida en que le es posible a través del
obstáculo de los miembros y de esta pesada carga que lo rodea, recorre las
regiones divinas con el pensamiento veloz y alado. Por esto nunca puede
padecer destierro, libre como es y pariente de los dioses, comparable al 7
universo entero y a la eternidad. En efecto, su pensamiento vaga por todo el
cielo, se proyecta a cualquier tiempo pasado y por venir. Este pobre cuerpo,
guardia y cadena del espíritu, se ve zarandeado aquí y allí; en él se ensañan

las torturas, los pillajes, las enfermedades; el espíritu es ciertamente inviolable, eterno y no se le puede poner encima la mano.

Porque no creas que, a fin de rebajar las contrariedades de la pobreza, **12**
que nadie siente como penosa sino quien así la considera, me valgo sólo de enseñanzas de los sabios, fíjate primero en cuánto mayor es la proporción de pobres a los que en absoluto notarás más apenados ni más preocupados que
los ricos; es más, no sé si están tanto más felices cuanto en menos cosas se 2
distrae su espíritu. Pasemos a los pudientes: ¡qué numerosas son las ocasiones en que son semejantes a los pobres! El equipaje de los que se ponen en camino se ha restringido y siempre que la urgencia del viaje exige premura se renuncia al tropel de acompañantes. Los que están en el ejército
¿qué parte de sus bienes llevan consigo, cuando la disciplina militar excluye 3
todo lo superfluo? Y no sólo las condiciones del momento o las estrecheces del lugar los igualan a los pobres: eligen algunos días, cuando ya les ha atrapado el hastío de las riquezas, para comer en el suelo y usar platos de arcilla, rechazando el oro y la plata. ¡Insensatos! Eso que de vez en cuando desean lo temen siempre. ¡Oh, qué ofuscación de las mentes, qué ignorancia de la verdad <ciega a quienes> atormenta <el miedo a una pobreza> que
simulan por gusto! Por mi parte, siempre que me vuelvo a mirar los ejemplos 4
del pasado, me avergüenza emplear consuelos para la pobreza puesto que el lujo de estos tiempos ha degenerado hasta tal punto que el dinero para el viaje de los desterrados es superior al patrimonio de los próceres de antaño. Es bien sabido que Homero tuvo un esclavo, Platón tres, ninguno Zenón, con quien comenzó la doctrina austera y viril de los estoicos. ¿Podrá alguien
entonces afirmar que vivieron miserablemente sin que por ello él parezca a 5
todos el más miserable? Menenio Agripa,[98] que fue mediador en la reconciliación oficial entre los patricios y la plebe, fue enterrado gracias al dinero reunido en colecta. Atilio Régulo,[99] cuando estaba desbaratando a los cartagineses en África, escribió al Senado que su jornalero se había marchado y abandonado su finca: el Senado decretó que fuera cultivada a expensas del Estado, mientras Régulo estuviera ausente. ¿Tan gravoso le fue
carecer de un esclavo, como para que el pueblo romano fuera su aparcero? 6
Las hijas de Escipión[100] recibieron su dote del erario, porque su padre no les había dejado nada: era justo, por Hércules, que el pueblo romano pagara una vez tributo a Escipión, puesto que tantas otras se lo exigía a Cartago. ¡Dichosos los maridos de las muchachas para quienes el pueblo romano hizo

las veces de suegro! ¿Consideras más felices a esos cuyas hijas, actrices de pantomima,[101] se casan con un millón de sestercios, que a Escipión, cuyas hijas recibieron del Senado, su tutor, un as libral[102] en dote? ¿Puede alguien menospreciar la pobreza, de la que hay precedentes tan notorios? ¿Puede el
desterrado irritarse porque le falta algo, cuando a Escipión le faltó la dote, a 7
Régulo el jornalero, a Menenio el funeral, cuando a todos ellos les fue compensado lo que les faltaba con mayor honra precisamente porque les había faltado? Con estos abogados, pues, la pobreza no sólo resulta segura sino también beneficiosa.

Se puede replicar: «¿Por qué hábilmente separas estos hechos que de uno **13**
en uno se pueden soportar, pero juntos no? El cambio de lugar es tolerable si sólo cambias el lugar; la pobreza es tolerable si no la acompaña la deshonra,
que aun por sí sola suele agobiar al espíritu». Contra éste, quien sea que 2
venga a atemorizarme acumulando desgracias, habrá que emplear estas palabras: «Si para enfrentarte a una parte cualquiera de tu suerte tienes fortaleza suficiente, lo mismo te sucederá con todas. Una vez que el valor ha fortalecido el espíritu, lo hace invulnerable por todos lados. Si te ha abandonado la codicia, la plaga más violenta del género humano, la ambición no te supondrá un obstáculo; si contemplas tu día último no como un castigo sino como una ley natural, en tu corazón, del que habrás expulsado el miedo a
la muerte, no osará entrar ningún otro temor; si piensas que el apetito sexual 3
le ha sido dado al hombre no para su placer sino para propagar la especie, como no te habrá corrompido esta oculta perdición clavada en las entrañas mismas, cualquier otro deseo pasará por tu lado sin tocarte. La razón derriba los vicios no uno a uno, sino todos al mismo tiempo: de un golpe se obtiene la
victoria sobre el conjunto».[103] ¿Crees tú que la deshonra puede inquietar a 4
un sabio que todo lo ha fundado en sí mismo, que se ha alejado de las opiniones del pueblo? Peor incluso que la deshonra es una muerte deshonrosa: Sócrates, sin embargo, con el mismo rostro con que en otras ocasiones había puesto en su sitio él solo a los treinta tiranos,[104] entró en la cárcel, para redimir de la deshonra al lugar mismo, pues no podía parecer
cárcel aquel en que estaba Sócrates. ¿Quién hay hasta tal punto ciego para 5
discernir la verdad que crea que fue una deshonra la doble derrota de Marco Catón en sus aspiraciones a la pretura y al consulado?[105] Deshonra fue la de
la pretura y el consulado, que ganaban honor gracias a Catón. Nadie es 6
menospreciado por otro si antes no se ha menospreciado él mismo. Bajo y vil

es el espíritu vulnerable a esta afrenta; por el contrario, el que se levanta contra los más crueles infortunios y abate las desgracias que aplastan a otros, lleva sus pesares como distintivos, ya que estamos hechos de tal manera que
nada provoca en nosotros una admiración tan viva como un hombre 7
valerosamente desdichado. En Atenas era conducido Aristides[106] al suplicio: todos cuantos le salían al paso bajaban los ojos y se lamentaban como si se castigara no a un hombre justo sino a la justicia misma. Uno hubo, sin embargo, que fue capaz de escupirle en la cara. Podía incomodarse porque sabía que nadie de boca pura se atrevería a eso; en cambio, él se limpió la cara y con una sonrisa le dijo al magistrado que lo acompañaba: «Advierte a ese que no vuelva a bostezar con tanto descaro». Eso sí que fue
hacer afrenta a la afrenta misma. Sé que algunos afirman que nada hay más 8
penoso que el menosprecio, que les parece preferible la muerte. A éstos replicaré yo que también muchas veces el destierro está del todo desprovisto de desprecio: si un hombre grande ha caído, grande yace por tierra, no es él menospreciado más de lo que son pisoteadas las ruinas de los edificios sagrados que la gente piadosa venera igual que si estuvieran en pie.

Como por mi parte no tienes nada, madre queridísima, que te arrastre a un **14**
llanto sin fin, se deduce que te incitan tus motivos. Ahora bien, son dos: pues o bien te trastorna el hecho de que pareces haber perdido un amparo o bien el hecho de que no sabes soportar en sí misma la propia nostalgia.

La primera posibilidad la he de tratar muy por encima, pues conozco tu 2
carácter, que no aprecia en los suyos otra cosa más que a ellos mismos. Allá se las compongan las madres que abusan de la capacidad de sus vástagos con femenina incapacidad, que, como a las mujeres no les es posible ejercer cargos públicos, son ambiciosas por medio de ellos, que consumen e incluso tratan de heredar los patrimonios de sus hijos, que agotan su elocuencia
alquilándola a otros. Tú has gozado muchísimo con los bienes de tus 3
vástagos, te has beneficiado poquísimo; tú siempre has impuesto un límite a nuestra generosidad, cuando a la tuya no se lo imponías; tú, hija de familia,[107] has contribuido de buena gana a enriquecer a tus hijos; tú has administrado de tal manera nuestros patrimonios que te afanabas en ellos como tuyos, te abstenías de ellos como ajenos; tú te has escatimado nuestra influencia, como si manejaras bienes ajenos, y de nuestros cargos no te ha correspondido nada más que satisfacciones y gastos.[108] Nunca tu cariño ha mirado por tu provecho; así pues, no puedes echar de menos en el hijo que te

han arrebatado aquello que nunca creíste que te correspondiera cuando estaba indemne.

Toda mi consolación debo dirigirla allí donde nace la verdadera **15**
violencia del dolor de una madre: «Entonces me veo apartada de los brazos de mi amadísimo hijo. No puedo disfrutar de su presencia, de su conversación. ¿Dónde está aquel a cuya vista relajé mi apenado rostro, a quien confié todas mis inquietudes? ¿Dónde sus charlas de las que nunca me cansaba? ¿Dónde sus estudios en los que yo participaba más gustosamente que cualquier mujer, más íntimamente que cualquier madre? ¿Dónde aquellos encuentros? ¿Dónde su alegría siempre infantil en cuanto veía a su madre?».
Añades a esto los lugares mismos de una convivencia llena de momentos 2
jubilosos y, forzosamente, las huellas de un trato reciente, tan eficaces a la hora de atormentar los espíritus. Pues también esto tramó contra ti cruelmente la suerte: quiso que te marcharas sólo dos días antes de caer yo golpeado,
tranquila y sin temerte nada semejante. Bien nos había separado la lejanía de 3
los lugares, bien te había preparado para esta desgracia la ausencia de unos cuantos años: regresaste no a obtener satisfacciones de tu hijo, sino a perder tu costumbre de echarlo de menos. Si te hubieras ausentado mucho antes, lo habrías soportado con más entereza, pues el tiempo transcurrido habría debilitado tu nostalgia; si no te hubieras ido, habrías logrado tu recompensa postrera de ver a tu hijo dos días más: de hecho, el cruel hado lo combinó de
manera que ni pudieras presenciar mi suerte ni habituarte a mi ausencia. Pero 4
cuanto más angustiosas son estas circunstancias, tanto más debes apelar al valor y combatir con más denuedo, como contra un enemigo conocido y ya derrotado a menudo. Esta sangre no mana de tu cuerpo ileso: has sido herida entre las cicatrices mismas.

No hay razón para que utilices el pretexto de tu condición femenina, a la **16**
que prácticamente se ha concedido un derecho a las lágrimas sin moderación, pero no sin límite; y por esto nuestros antepasados concedieron un plazo de diez meses a las que lloraban a sus maridos,[109] a fin de transigir con la tenacidad de la aflicción femenina mediante una disposición legal. No prohibieron los lutos sino que les pusieron un término; pues sentir un dolor interminable por haber perdido a alguien de los más queridos es necia ternura, y ninguno, inhumana dureza; el equilibrio ideal entre el cariño y la
razón es sentir y a la vez contener la añoranza. No hay razón para que te fijes 2
en algunas mujeres a cuya pena, que habían asumido para siempre, puso término la muerte (tú conoces a algunas que no se quitaron nunca el luto que

se habían impuesto al perder a sus hijos); a ti te exige más tu vida más
esforzada desde el principio: un pretexto femenino no puede corresponder a 3
la que ha estado apartada de todos los defectos femeninos. No te llevó a
sumarte a la mayoría la más grave desgracia del siglo, la desvergüenza; no te
doblegaron las piedras preciosas ni las perlas; no te deslumbraron las
riquezas como el mayor bien del género humano; no te torció, educada como
fuiste en una familia tradicional y estricta, la imitación de los peores,
peligrosa también para las personas decentes; nunca te avergonzaste de tu
fecundidad, como si te reprochara tu edad; nunca, a la manera de otras cuya
reputación procede sólo de su belleza, disimulaste tu vientre hinchado como
si fuera una carga indecorosa ni destruiste en tus entrañas las esperanzas 4
concebidas de hijos;[110] no te manchaste la cara con afeites ni coqueterías;
nunca te gustó un vestido que no descubriera nada nuevo al quitárselo: el
único ornato, la belleza más hermosa e independiente de una edad concreta,
el mayor atractivo, te pareció que era el pudor. Así pues, para ganarte tu 5
derecho al dolor no puedes alegar tu condición femenina, de la que tus
méritos te han alejado: debes mantenerte tan apartada de las lágrimas
femeninas como de sus demás defectos. Y ni siquiera las mujeres dejarán que
te consumas en tu herida, sino que te aconsejarán recobrarte rápidamente, una
vez que hayas cumplido con una aflicción breve e inevitable: basta con que te
propongas fijarte en las mujeres a las que su probado mérito situó entre los
grandes varones. A Cornelia[111] la suerte le había reducido sus hijos de doce 6
a dos. Si quieres contar los funerales de Cornelia, había perdido diez; si
valorarlos, había perdido a los Gracos. Sin embargo, a los que lloraban a su
alrededor y maldecían de su destino les prohibió que acusaran a una suerte
que le había dado como hijos a los Gracos. De tal mujer tuvo que nacer uno
capaz de decir en la asamblea: «¿Vas a hablar tú mal de la madre que me
trajo al mundo?». Me parecen mucho más valerosas las palabras de la madre:
el hijo valoró en mucho el nacimiento de los Gracos; la madre, también sus
funerales.

Rutilia siguió a su hijo Cota[112] al destierro y a tal punto estuvo atada a él 7
por el cariño que más quiso sufrir el destierro que la añoranza, y no volvió a
la patria antes de poder hacerlo con su hijo. Cuando ya estaba él de regreso y
en el apogeo de su carrera política, lo perdió con tanta entereza como lo
había seguido y nadie observó sus lágrimas después de enterrado el hijo. En
la expulsión mostró su valor; en la pérdida, su sensatez. Pues por un lado

nada le hizo desistir de su afecto y por otro nada la retuvo en una tristeza
superflua y sin sentido. Entre estas mujeres quiero que te cuentes; harás muy
bien en seguir el ejemplo de aquellas cuya vida siempre has imitado, a la
hora de reprimir y refrenar tu angustia.

Sé que la cuestión no está en nuestras manos y que ningún sentimiento se **17**
deja someter, menos aún el que nace del dolor, pues es fiero y rebelde a
cualquier remedio. A veces queremos sofocarlo y tragarnos los gemidos; sin
embargo, por nuestro rostro compuesto y arreglado se derraman las lágrimas.
Otras veces con los juegos o con los combates de gladiadores mantenemos
ocupado el espíritu; con todo, lo van minando, en medio de los espectáculos
que lo entretienen, las leves punzadas de la añoranza. Por eso es mejor 2
vencer ese sentimiento que engañarlo; en efecto, el que ha sido burlado o
distraído con placeres o quehaceres, al punto se recobra y gracias al
descanso toma fuerzas para ensañarse; en cambio, todo el que cede a la razón
queda apaciguado para siempre. Así pues, no tengo intención de prescribirte
lo que sé que muchos han utilizado, que te distraigas con un largo viaje o
disfrutes con uno placentero, que ocupes mucho tiempo en hacer que salgan
bien las cuentas o en administrar tu patrimonio, que continuamente te metas en
algún asunto nuevo: todas estas cosas son útiles por corto tiempo y no son
remedios sino trabas para el dolor; por mi parte, yo prefiero darle fin a darle 3
largas. Por tanto, te guío allí donde deben refugiarse todos los fugitivos de su
suerte, a los estudios liberales: ellos curarán tu herida, ellos arrancarán de
raíz tu tristeza. Aun cuando no estuvieras familiarizada con ellos deberías
ahora utilizarlos; pero, en cuanto te lo permitió la severidad a la antigua de
mi padre, no abarcaste ciertamente todos los buenos conocimientos, pero sí 4
los abordaste. ¡Ojalá mi padre, sin duda el mejor de los hombres, menos
aferrado al uso de los antepasados, hubiera querido que te instruyeras en los
preceptos de la sabiduría mejor que te iniciaras sólo! No tendrías ahora que
procurarte defensas contra la suerte, sino sacar las tuyas. Por culpa de esas
que no utilizan las letras por saber sino que se instruyen en ellas por
ostentación, apenas consintió que te dedicaras a los estudios. Sin embargo,
gracias a tu ávida inteligencia sacaste de ellos más de lo que permitía el
tiempo: están echados los cimientos de todas las ciencias; regresa a ellas 5
ahora; te prestarán protección. Ellas te consolarán, ellas te deleitarán, si ellas
penetran de buena fe en tu espíritu, nunca más penetrará el dolor, nunca la
inquietud, nunca el vano tormento de una desolación inútil. A ninguno de
éstos dará paso tu pecho; pues a los demás defectos ya hace tiempo que está

cerrado. Éstas son sin duda las defensas más seguras y las únicas que pueden
llegar a sustraerte a la suerte.

Pero como, mientras llegas al puerto que te prometen los estudios, tienes **18**
menester de puntales en que apoyarte, quiero entre tanto señalarte los
consuelos que ya tienes. Mira a mis hermanos:[113] estando ellos a salvo no te 2
es lícito acusar a la suerte; en ambos tienes en qué complacerte, según sus
distintas cualidades: uno ha alcanzado cargos con su dedicación, el otro los
ha menospreciado sabiamente. Busca alivio en el prestigio de un hijo, en el
sosiego del otro, en el afecto de ambos. Conozco los sentimientos íntimos de
mis hermanos: uno ha cultivado su prestigio para serte ornato, el otro se ha
retirado a una vida calma y apacible para dedicarse a ti. Bien ha distribuido
la suerte a tus hijos, tanto para tu remedio como para tu solaz: puedes 3
protegerte con el prestigio de uno y disfrutar con el ocio del otro. Rivalizarán
en atenciones contigo y con el afecto de dos se suplirá la añoranza de uno.
Puedo prometértelo sin temor: nada te faltará excepto el número.

Después de ellos, mira también a tus nietos: a Marco,[114] el niño más 4
cariñoso, en cuya presencia no puede perdurar ninguna tristeza; nada se agita
en el pecho de nadie tan grave ni tan reciente que él no apacigüe con sus
caricias. ¿A quién no le hará contener las lágrimas su alegría? ¿A quién no le 5
harán ensanchar el corazón encogido de angustia sus ocurrencias? ¿A quién
no inducirá a jugar esa vivacidad? ¿A quién, aun sumido en sus pensamientos,
no llamará la atención y distraerá ese parloteo que a nadie llega a cansar? ¡A
los dioses se lo ruego, que tenga la suerte de vivir más que nosotros! Que en
mí se detenga agotada toda la crueldad de los hados; todo cuanto tenga que 6
lamentar su madre, que caiga sobre mí, todo cuanto su abuela, sobre mí. Que
prospere el resto de mi gente, cada cual en su sitio. No me quejaré nada de mi
pérdida,[115] nada de mi situación, sólo con que sea yo expiación suficiente
para que mi familia no tenga que lamentar nunca nada más.

Acoge en tu regazo a Novatila,[116] que pronto te va a dar biznietos, a la 7
que yo tanto había tomado bajo mi cargo; tanto me la había adjudicado que,
aun estando vivo su padre, puede parecer huérfana, puesto que me ha perdido;
ámala también por mí. Hace poco la suerte le ha arrebatado a su madre: tu
cariño puede conseguir que simplemente lamente haber perdido a su madre, 8
no que lo note también. Moldea ahora sus costumbres, edúcala ahora: los
preceptos que se inculcan a tierna edad penetran más a fondo. Que se habitúe
a tus recomendaciones, que se vaya formando a tu gusto: le darás mucho

aunque no le des nada más que tu ejemplo. Este deber tan sagrado será para ti como un remedio; pues nada puede apartar de la angustia a un espíritu que se duele por amor, a no ser la razón o una honesta ocupación.

Entre tus grandes consuelos contaría también a tu padre si no estuviera 9
ausente. Ahora, sin embargo, según tu cariño por él, piensa cómo es el suyo por ti: comprenderás cuánto más justo es reservarte para él que consagrarte a mí. Siempre que te acometa incontrolada la violencia del dolor y te ordene seguirla, piensa en tu padre. Cierto es que, al darle tantos nietos y biznietos, has hecho que no le quedaras tú sola; pero la conclusión de su tiempo transcurrido felizmente te corresponde a ti. Estando él vivo no te es lícito quejarte porque hayas vivido.

Y aún me había callado tu mayor consuelo, tu hermana, ese corazón tan **19**
apegado a ti, al que se trasladan todas tus preocupaciones para ser
compartidas, ese espíritu maternal para todos nosotros. Con ella has
mezclado tú tus lágrimas, en su regazo has tenido el primer respiro. Cierto es 2
que ella se guía siempre por tus sentimientos; en mi persona, sin embargo, no
se lamenta sólo por ti. En sus manos fui traído a la Ciudad, gracias a sus
cuidados afectuosos y maternales me restablecí tras un largo tiempo de
enfermedad;[117] ella desplegó su influencia en apoyo de mi cuestura[118] y
ella, que no soportaba siquiera la osadía de conversar o saludar en voz alta,
por amor a mí venció su vergüenza. Ni su estilo de vida retirada ni su
modestia, ingenua en medio de tanta insolencia de las mujeres, ni su
tranquilidad ni sus costumbres reservadas y consagradas al sosiego le
impidieron en absoluto hacerse incluso ambiciosa por mí. Éste es, 3
queridísima madre, el consuelo con el que puedes reponerte: únete a ella lo
más que puedas, átate a ella en apretado abrazo. Suelen los afligidos rehuir
aquello que más quieren y buscar libertad para su dolor: tú refúgiate en ella,
sean cuales sean tus intenciones; tanto si quieres mantener tu actitud como
abandonarla, en ella encontrarás el término de tu dolor o una compañera.
Pero, si algo conozco la prudencia de tan perfecta mujer, no permitirá que te 4
dejes consumir por una aflicción nada provechosa y te contará su caso, del
que yo fui también testigo.

Había perdido en plena travesía a su queridísimo esposo, nuestro tío,[119]
con quien se había casado siendo doncella. Sin embargo, resistió al mismo
tiempo el dolor tanto como el temor y, triunfando del temporal, en medio del
naufragio transportó su cadáver. ¡Ah, de cuántas yacen en el olvido sus 5
hechos extraordinarios! Si le hubiera correspondido aquella antigua época

sencilla en su admiración de las virtudes, con cuánta competencia de los ingenios sería elogiada la esposa que, olvidándose de su debilidad, olvidándose del mar terrible incluso para los más templados, expuso su cabeza a los peligros por una sepultura y, mientras se preocupaba por el funeral de su esposo, no tuvo miedo por el suyo. Es celebrada en los poemas de todos aquella que se ofreció como sustituta de su marido:[120] más grandioso es esto, buscar a riesgo de la vida una tumba para el esposo; es mayor el amor que, con parecido peligro, sale ganando menos.

Después de esto nadie puede extrañarse de que durante los dieciséis años 6
que su marido tuvo Egipto a su cargo nunca se la viera en público, no admitiera en su casa a ningún natural de la provincia, no pidiera nada a su esposo, no permitiera que le pidieran nada a ella. Y así, esa provincia habladora y ocurrente para ofender a sus prefectos, en la que incluso los que evitaron la culpa no escaparon a la maledicencia, la contempló como modelo sin igual de integridad y, lo que es más difícil para quien gusta incluso de las chanzas peligrosas, contuvo todos sus excesos verbales, y aún hoy está deseando, aunque ya no la espere, una semejante a ella. Mucho era que la provincia le hubiera dado su aprobación durante dieciséis años: más es que
no dio muestras de conocerla. Esto no lo menciono con intención de realizar 7
su elogio (más bien es reducirlo el pasarlo tan someramente), sino para que comprendas que es una mujer de gran espíritu, a la que no han dominado la ambición ni la codicia, compañeras a la vez que lacras de todo tipo de poder, ni el miedo a la muerte, cuando aguardaba, con la nave ya desarbolada, su naufragio, le impidió, no que buscara, aferrándose a su esposo exámine, cómo salir de allí, sino cómo dar con él en tierra.[121] Es preciso que le des muestras de un valor igual a éste, y rescates tu espíritu del luto y hagas por que nadie piense que te pesa haberme parido.

Por lo demás, como es inevitable que, por más que hagas, tus **20**
pensamientos vuelvan a mí una y otra vez, y que ninguno de tus hijos te venga a la memoria con más frecuencia, no porque ellos te sean menos queridos, sino porque es natural llevar la mano más a menudo allí donde duele, escucha cómo debes imaginarme: contento y alegre como en las mejores circunstancias. Son, en efecto, las mejores, puesto que mi espíritu, exento de todo cuidado, tiene tiempo para sus actividades y tan pronto se recrea en
estudios más superficiales como se remonta, ávido de la verdad, a indagar su 2
naturaleza y la del universo. Primero examina las tierras y su situación, luego la condición del mar y sus flujos y reflujos alternantes; entonces estudia todo

lo que se extiende, plagado de espantos, entre el cielo y la tierra, y este espacio agitado por truenos, rayos, vendavales y aguaceros, nieve y granizo; en ese momento, cuando ya ha recorrido las partes más bajas, se lanza a las más altas y disfruta del hermosísimo espectáculo de las cosas divinas: acordándose de su propia eternidad, alcanza a todo lo que ha sido y ha de ser a través de todas las épocas.

CONSOLACIÓN A POLIBIO

***[122] nuestra los comparas, son perdurables; si los reduces a la condición **1**
de la naturaleza, que todo lo destruye y lo hace regresar al mismo lugar de
donde lo engendró, son perecederos. En efecto, ¿qué cosa inmortal han hecho
unas manos mortales? Las célebres siete maravillas[123] y otras mucho más
admirables que ha levantado la ambición de los años posteriores, algún día
las irán a ver arrasadas. Así es: nada es eterno y pocas cosas duraderas; cada
una es frágil a su manera, sus finales varían; por lo demás, todo lo que ha
empezado acabará también. Algunos amenazan al mundo con su 2
aniquilamiento y este universo que abarca todo lo divino y lo humano, un día
cualquiera, si consideras lícito creerlo, lo descompondrá y lo hundirá en el
antiguo caos y en las tinieblas: que venga alguien ahora y llore por las vidas
individuales, que se lamente por las cenizas de Cartago, de Numancia y de
Corinto[124] o cualquier otra que de más alto haya caído, cuando incluso este
universo que no tiene dónde caer va a desaparecer; que venga alguien y se
queje de que no le han perdonado unos hados que algún día se han de atrever
a tan grande abominación. ¿Quién hay de una soberbia tan arrogante y 3
desmedida que, ante esta ley inexorable de la naturaleza que hace regresar
todo a una misma conclusión, quiera salvarse él solo y los suyos y sustraer 4
una casa a la ruina que pende incluso sobre el mundo mismo? El mayor
consuelo, por tanto, es pensar que le ha sucedido lo que todos antes que él
han sufrido y todos van a sufrir; y por esto me parece que la naturaleza hizo
común lo que había hecho más penoso, para que la igualdad consolara de la
crueldad del hado.

Te será también de no poca ayuda pensar que tu dolor no va a servir de **2**
nada, ciertamente, a aquel que añoras ni a ti; no querrás, pues, que sea
prolongado lo que es inútil. Porque si vamos a conseguir algo con la tristeza,
no rehúso derramar por tu suerte las lágrimas que me han sobrado de la mía;
aún ahora encontraré en estos ojos que el llanto por mi casa ha apurado ya
algo que mane, si al menos va a ser en beneficio tuyo. ¿A qué esperas? 2
Quejémonos, o mejor yo mismo haré mía esta reclamación: «Oh suerte
injustísima a juicio de todos, hasta aquí parecías haber preservado a este
hombre que por merced tuya había alcanzado tanta consideración que su
prosperidad había escapado a la envidia, cosa que raras veces ha sucedido a

alguien. Y ahora le has infligido el mayor dolor que podía sufrir, en vida de
César, y después de haberle acosado bien por todas partes, comprendiste que 3
tan sólo este flanco era accesible a tus golpes. ¿Qué otra cosa, pues, podrías
hacerle? ¿Quitarle el dinero? Nunca ha dependido de él; incluso ahora lo
aparta de sí mismo todo cuanto puede y con tanta facilidad para ganarlo no
saca de él otro beneficio más que el menospreciarlo. ¿Quitarle los amigos? 4
Sabías que es tan amable que fácilmente podría poner a otros en el puesto de
los perdidos; en efecto, me parece que, de todos los que he visto con
influencia en la casa del príncipe, sólo conozco a este al que tener de amigo,
aunque a todos les conviene, más todavía les agrada. ¿Quitarle la buena 5
fama? Es en él demasiado consistente para que la pudieras arruinar ni
siquiera tú misma. ¿Quitarle la buena salud? Sabías que su espíritu está de tal
manera afianzado en los estudios liberales, en los que no se nutrió sólo sino
que nació, que se sobrepondría a todos los dolores del cuerpo. ¿Quitarle la 6
vida? ¡Qué poquito le habrías perjudicado! La fama le ha garantizado la vida
eterna de su talento: él ha procurado que perdure lo mejor de sí mismo y
escapar a su condición de mortal con la composición de esclarecidas obras
de elocuencia. En tanto que haya algún aprecio por las letras, en tanto que se
mantenga la fuerza de la lengua latina o la gracia de la griega,[125]
prevalecerá junto con los hombres insignes[126] a cuyo talento se ha igualado
o, si su modestia rechaza esto, se ha asociado. Sólo has estado pensando,
entonces, en cómo le podrías perjudicar más; cuanto mejor es uno, en efecto, 7
tanto más a menudo suele soportarte siempre que enloqueces sin criterio
alguno y te haces temible en medio incluso de tus favores. ¡Qué poquito te
suponía preservar de esta afrenta a un hombre al que tu benevolencia parecía
haber alcanzado a ciencia cierta y no haberle llegado por casualidad, según tu
costumbre!».

Añadamos, si quieres, a estas quejas las inclinaciones del joven
interrumpidas en sus interesantes inicios. Fue digno de tenerte como hermano: **3**
tú ciertamente eras muy digno de no tener que lamentar nada ni siquiera de un
hermano indigno. Se le rinde un testimonio invariable por parte de todos los
hombres: es añorado en honor tuyo, es elogiado en el suyo. Nada hubo en él
que no hicieras tuyo gustosamente; es cierto que tú habrías sido bueno 2
también con un hermano menos bueno, pero en él tu afecto halló materia
apropiada y se empleó mucho más generosamente. Nadie sintió su poder por
haberte ofendido, nunca amenazó él a nadie con que tú eras su hermano; se
había formado en el ejemplo de tu discreción y tenía presente qué gran honra

y a la vez carga eras tú para los tuyos: él supo soportar este peso. ¡Hados 3
despiadados e injustos con toda virtud! Antes de conocer la felicidad que le
estaba reservada, tu hermano fue excluido. Bien veo que me indigno poco;
nada hay, en efecto, más difícil que encontrar las palabras adecuadas a un
dolor profundo. Sin embargo, si podemos conseguir algo, quejémonos más
todavía: «¿Qué pretendías, suerte tan inicua y tan violenta? ¿Tan pronto te has 4
avergonzado de tu benevolencia? ¿Qué crueldad es ésta, irrumpir en medio de
unos hermanos y mermar con tan sanguinaria rapiña un grupo tan bien
avenido? ¿Quisiste perturbar y menoscabar sin motivo alguno una familia tan
unida de jóvenes excelentes, que no desmerecía en ninguno de los hermanos?
¿De nada sirve, entonces, una integridad observada ante cualquier ley, de 5
nada una sobriedad a la antigua, de nada <una mesura> en la prosperidad,
<de nada> un desinterés absoluto practicado desde el poder absoluto, de
nada un sincero y discreto amor por las letras, de nada una mente libre de
toda mancilla? Llora Polibio y, como en un hermano ya está advertido de lo
que puede temer en los demás, tiene miedo incluso por los consuelos mismos
de su dolor. ¡Qué hazaña indigna! Llora Polibio y se lamenta de algo, aun
siéndole César propicio. Sin duda, esto ambicionabas, suerte insolente,
demostrar que nadie puede ser protegido contra ti ni siquiera por César».

Acusar por más tiempo a los hados, podemos, cambiarlos, no podemos: **4**
se mantienen firmes e implacables; nadie los hace vacilar ni con insultos ni
con llantos ni con razones; nunca le ahorran ni le rebajan nada a nadie. Por
consiguiente, ahorremos unas lágrimas que no consiguen nada; pues más
fácilmente este dolor nos agregará a ellos que nos los devolverá: si nos
atormenta y no nos ayuda, hay que abandonarlo desde el primer momento y
apartar el espíritu de unos consuelos vanos y de una suerte de amarga ansia
por sufrir. Pues a nuestras lágrimas, si la sensatez no les señala un límite, la
suerte no se lo señalará. Venga, mira a tu entorno a todos los mortales, hay 2
por todas partes materia abundante y frecuente para llorar: a uno lo reclama a
su trabajo cotidiano la pobreza laboriosa, a otro le inquieta la ambición que
jamás descansa, otro ha sentido miedo de las riquezas que había anhelado y
por ese deseo suyo pasa fatigas, a otro lo atormentan las preocupaciones, a
otro los quehaceres, a otro el gentío que asedia constantemente su vestíbulo;
[127] éste se lamenta de tener hijos, este otro de haberlos perdido: antes nos
faltarán lágrimas que razones para lamentarnos. ¿No ves qué clase de vida 3
nos ha prometido la naturaleza, que ha querido que lo primero de los hombres
al nacer sea el llanto? Con este comienzo somos engendrados, a él se

conforma toda la sucesión de los años que siguen. Así pasamos la vida y por eso debemos hacer con moderación lo que hay que hacer con frecuencia y, considerando cuántas penalidades se ciernen sobre nuestras espaldas, debemos, si no acabar con las lágrimas, sí al menos reservarlas. Ninguna otra cosa hay que ahorrar más que ésta, cuyo uso es tan frecuente.

También te será de no poca ayuda pensar que a nadie le es menos **5**
agradable tu dolor que a aquel a quien parece ofrecerse: él o no quiere o no comprende que tú te atormentes. Así pues, no hay ningún motivo para esta
demostración, que es superflua para aquel a quien se ofrece, si nada siente, y 2
desagradable, si siente. Me atrevería a decir que nadie hay en el orbe entero de la tierra que se complazca con tus lágrimas. ¿Entonces, qué? ¿Una intención que nadie tiene contra ti crees que es la de tu hermano, causarte daño con tu propio suplicio, intentar apartarte de tus ocupaciones, esto es, del estudio y de César? No es verosímil esto; él, en efecto, te ofreció su cariño como a un hermano, su veneración como a un padre, su respeto como a un superior. Quiere ser para ti motivo de añoranza, no quiere serlo de tormento. Así pues, ¿qué utilidad tiene languidecer en un dolor que, en caso de que a los muertos les quede alguna percepción, tu hermano desea que se termine?
Todo esto, si se tratara de otro hermano cuyos sentimientos pudieran parecer 3
ambiguos, lo pondría en duda y te diría: «Si tu hermano desea que tú te atormentes con lágrimas incesantes, es indigno de este cariño tuyo; si no quiere, deja este dolor que os abruma a ambos; ni el hermano desafecto debe ser añorado así ni el afectuoso lo querría así». Mas tratándose de éste, cuyo afecto está tan comprobado, hay que tener por seguro que nada puede serle más penoso que el hecho de serte penoso su infortunio, el hecho de atormentarte él de alguna manera, el hecho de perturbar él y también agotar tus ojos, del todo indignos de este castigo, con un llanto sin fin.

Sin embargo, nada alejará tanto tu afecto de unas lágrimas tan inútiles 4
como el pensar que para tus hermanos tú debes ser ejemplo de cómo sobrellevar con entereza esta afrenta de la suerte. Lo que los grandes generales hacen cuando las cosas van mal, fingir deliberadamente buen humor y ocultar las adversidades con una alegría aparente, para que los ánimos de los soldados, si ven quebrantado el espíritu de su general, no se derrumben a la vez, eso tienes que hacer tú también ahora: adopta una expresión distinta a
tu ánimo y, si puedes, abandona completamente todo tu dolor; si no, 5
escóndelo en tu interior y reprímelo para que no se manifieste, y procura que te imiten tus hermanos, que considerarán decoroso todo lo que te vean hacer y

cobrarán ánimos según tu rostro. Debes ser tanto su alivio como su
consolador; ahora bien, no podrás oponerte a su aflicción si condesciendes
con la tuya.

Puede también disuadirte de un luto extremado tener bien presente que **6**
nada de lo que haces puede pasar inadvertido. El acuerdo de los hombres te
ha impuesto un papel destacado: tienes que mantenerte en él. Te rodea todo
este tropel de quienes pretenden consolarte, y sondea tu ánimo y examina
cuánta fortaleza posee frente al dolor y si tú tan sólo sabes aprovechar
diestramente las circunstancias favorables o si también puedes soportar
virilmente las adversas: tus ojos están bajo vigilancia. Tienen en todo mayor
libertad aquellos cuyos sentimientos se pueden encubrir: tú no tienes libertad 2
para secretos. Bajo una fuerte luz te puso la suerte: todos sabrán cómo te has
portado en este golpe que has recibido, si al momento de ser herido has
arrojado las armas o bien te has mantenido en tu posición. Hace tiempo el
amor de César te elevó, y también tus estudios te alzaron, al más alto rango;
nada plebeyo te cuadra, nada humilde; ahora bien, ¿qué hay tan humilde y 3
mujeril como el dejarse consumir por el dolor? No te está permitido, en un
luto igual, lo mismo que a tus hermanos; muchas cosas no te las consiente la
opinión formada sobre tus estudios y tus costumbres, mucho exigen de ti los
hombres, mucho esperan. Si querías que todo te estuviera permitido, no
tendrías que haber atraído sobre ti las miradas de todos: ahora tú tienes que
cumplir todo cuanto prometías. Todos los que alaban las obras de tu ingenio,
que las hacen copiar, a los que, aun cuando no les haga falta tu suerte, tu
ingenio sí les hace falta, son vigilantes de tu espíritu. Nunca puedes hacer
nada indigno de tu condición de hombre cabal y erudito sin que muchos se
avergüencen de su admiración por ti. No te está permitido llorar sin medida, 4
y no sólo esto no te está permitido: tampoco prolongar el sueño a parte del
día te está permitido, o escapar de la agitación de los negocios al descanso
del campo apacible, o restablecer tu cuerpo agotado por la continua
asistencia a tus fatigosas tareas con un viaje de placer, o entretener tu ánimo
con la variedad de los espectáculos, o disponer del día a tu gusto. No te están
permitidas muchas cosas que incluso a los más humildes y a los que yacen en
su rincón les están permitidas: una gran suerte es una gran servidumbre. No te 5
está permitido hacer nada a tu gusto: hay que escuchar a tantos miles de
hombres, clasificar tantas solicitudes; hay que examinar tan gran cúmulo de
asuntos procedentes del mundo entero, para que pueda ser presentado en buen
orden a la atención del príncipe máximo. No te está permitido, digo, llorar:

para que puedas escuchar a los muchos que lloran y las súplicas de los que
están en peligro y anhelan alcanzar la misericordia del benignísimo César,
tienes tú que enjugar tus lágrimas.

Esto, sin embargo, te ayudará con remedios aún más llevaderos: cuando **7**
quieras olvidarte de todo, piensa en César. Mira cuánta lealtad, cuánta
dedicación le debes por su benevolencia contigo: comprenderás que
doblegarte no te está más permitido a ti que a aquel en cuyos hombros, si es
que damos algún crédito a las leyendas, se apoya el mundo.[128] Incluso al 2
propio César, a quien todo está permitido, por esto mismo muchas cosas no le
están permitidas: su desvelo protege el sueño de todos; su trabajo, el ocio de
todos; su dedicación, las distracciones de todos; su actividad, el descanso de
todos. Desde el día en que César se consagró al mundo se sustrajo a sí mismo
y, a la manera de los astros que sin reposo efectúan constantemente su
recorrido, nunca le está permitido detenerse ni ocuparse de lo suyo. Así pues,
a ti también en cierto modo se te impone la misma exigencia: no te está 3
permitido mirar por tus intereses, por tus aficiones. Mientras sea César dueño
del mundo no puedes entregarte al placer ni al dolor ni a ninguna otra cosa: te
debes todo entero a César. Añade ahora que, como siempre proclamas que
César te es más querido que tu propia vida, no te es lícito, mientras César 4
está a salvo, quejarte de tu suerte: si se halla bien él, están a salvo los tuyos,
nada has perdido; tus ojos conviene que estén no sólo secos sino incluso
alegres. En él lo tienes todo, él te vale por todo. Eres poco agradecido a tu
prosperidad, lo cual es bien impropio de tus sentimientos tan razonables y
respetuosos, si te permites llorar por algo estando él a salvo.

Aún te indicaré un remedio, ciertamente no más seguro, pero sí más **8**
íntimo. En las ocasiones en que te retiras a tu casa es cuando más tendrás que
temer la tristeza. En efecto, en tanto que contemples a tu divinidad particular,
no encontrará la aflicción manera de entrar en ti: César ocupará toda tu
persona; cuando te alejes de él, entonces, como si se le hubiera concedido
una oportunidad, el dolor acechará tu soledad y poco a poco se infiltrará en tu
espíritu despreocupado. Así pues, no hay razón para que consientas que haya 2
ningún momento libre de tus aficiones; entonces tus letras, tanto tiempo y tan
lealmente amadas, te devolverán el favor, entonces te defenderán como su
superior y su cultivador, entonces Homero y Virgilio, que han merecido del
género humano tanto agradecimiento como tú has merecido de todos y
también de ellos, que has querido que fueran conocidos para más gente que
para la que habían escrito, permanecerán largo tiempo a tu lado: libre de

peligros estará todo el tiempo que confíes a su protección. Redacta entonces,
tan bien como eres capaz, los hechos de tu César, a fin de que se transmitan a
través de todos los siglos gracias a la publicación de un íntimo suyo; él, en
efecto, te proporcionará material y a la vez ejemplo en cuanto a ordenar y
describir perfectamente sus hazañas.[129] No me atrevo a llevarte más lejos, a
que compongas cuentos y fábulas al estilo de Esopo, empresa aún no 3
intentada por los ingenios romanos,[130] con la gracia en ti habitual. Es
realmente difícil que tu ánimo golpeado tan violentamente pueda dedicarse
tan pronto a estas tareas más alegres. Sin embargo, ten como prueba de que ya
se ha restablecido y vuelto en sí el que pueda pasar de los escritos más serios
a estos más superficiales. Pues en los primeros, por enfermo que esté todavía 4
y en lucha consigo mismo, lo distraerá la propia gravedad de los asuntos de
que se ocupe; los segundos, que se tienen que componer con el ceño
desfruncido, no los tolerará hasta tanto no vuelva a ser el mismo de siempre
en todo punto. Así pues, deberás ocuparlo primero con un material más serio,
luego templarlo con otro más alegre.

También te será de gran alivio preguntarte a menudo: «¿Me lamento por **9**
mí o por el que ha muerto? Si es por mí, desaparece el pretexto del cariño, y
el dolor, sólo justificado porque es desinteresado, empieza a apartarse del
afecto cuando mira a la propia conveniencia. Ahora bien, nada es más
impropio de un hombre de bien que hacer cálculos con el luto por un 2
hermano. Si me lamento por él, es preciso que uno u otro de estos dos
razonamientos sea decisivo. Pues si a los difuntos no les queda ninguna
percepción, mi hermano ha escapado a todas las contrariedades de la vida y
ha sido restituido al lugar donde estaba antes de nacer y, a salvo de todo mal,
nada teme, nada desea, nada padece:[131] ¿qué locura es ésta, no dejar nunca
de lamentarme por él, que nunca va a lamentar ya nada? Si los difuntos 3
conservan alguna percepción, ahora el espíritu de mi hermano, como liberado
de una prolongada prisión, al fin dueño y señor de sí mismo, se regocija y
disfruta del espectáculo de la naturaleza y contempla todo lo humano desde su
posición superior, mientras que observa más de cerca lo divino, cuya
explicación había buscado tanto tiempo en vano.

»Así pues, ¿por qué me dejo atormentar por la añoranza del que o es
dichoso o no es nada? Llorar al dichoso es envidia, a nadie, insensatez».

¿Quizá lo que te conmueve es que parece haber sido privado de unos 4
bienes extraordinarios y precisamente cuando estaban a su alrededor?

Cuando pienses que es mucho lo que ha perdido, piensa que es más lo que no
teme: no lo atormentará la cólera, no lo afligirá la enfermedad, no le
angustiará la sospecha, no lo perseguirá la envidia devoradora y enemiga
siempre de los progresos de otros, no le inquietará el miedo, no le
preocupará la veleidad de la suerte que pronto muda sus favores. Si cuentas
bien, más es lo que se le ha condonado que lo que se le ha arrebatado. No
disfrutará de las riquezas, de tu influencia ni tampoco de la suya; no recibirá 5
favores, no los hará: ¿lo crees desdichado por haber perdido eso o dichoso
por no echarlo de menos? Créeme, es más dichoso aquel a quien la suerte le
es innecesaria que aquel para quien está bien dispuesta. Todos estos bienes
que nos seducen con un placer atractivo pero engañoso, dinero, prestigio,
poder, y otros muchos ante los que se queda atónita la ciega codicia del
género humano, se obtienen con fatigas, se miran con envidia: en suma, a los
mismos a los que realzan a la vez los agobian; amenazan más que benefician:
son escurridizos e inseguros, nunca están bien sujetos; en efecto, aunque nada
se tema del tiempo por venir, la propia conservación de una gran prosperidad
es motivo de inquietud. Si quieres creer a los que penetran más a fondo la 6
verdad, la vida toda es un suplicio. Arrojados a este mar profundo y
turbulento que va y viene con sus flujos y reflujos y tan pronto nos eleva con
repentinas crecidas, como nos precipita con mayores perjuicios y nos
zarandea sin cesar, nunca hacemos pie en tierra firme, entre dos aguas
flotamos a merced de las olas y chocamos unos contra otros y sufrimos
naufragios a veces, lo estamos temiendo siempre; en este mar tan borrascoso
y expuesto a todos los temporales no hay para los navegantes ningún puerto
salvo el de la muerte. Por tanto, no quieras mal a tu hermano: está
descansando. Al fin es libre, al fin está a salvo, al fin es eterno. Deja con 7
vida a César y a toda su descendencia,[132] con vida a ti junto con vuestros
hermanos. Antes de que la suerte variara en algo sus favores, la abandonó
cuando aún se mantenía constante y lo colmaba de dones a manos llenas.
Ahora disfruta de un cielo abierto y despejado; de un lugar bajo y hundido ha 8
saltado a ese otro, cualquiera que sea, que acoge en su dichoso seno a las
almas liberadas de sus ataduras, y ahora allí va libremente de un lado a otro y
contempla con el mayor placer todos los bienes de la naturaleza. Estás
equivocado: tu hermano no ha perdido la luz, sino que le ha correspondido 9
otra más pura. A todos nos es común el camino hasta allí: ¿a qué lloramos por
los hados? Él no nos ha abandonado, sino que nos ha precedido. Créeme, hay
una gran felicidad en la propia obligación de morir. Nada hay seguro ni

siquiera para un día entero: ¿quién, en esta realidad tan incierta y confusa, es capaz de decir si la muerte ha querido mal a tu hermano o ha procurado su bien?

También esto, la equidad que muestras en toda circunstancia, es seguro **10**
que te ayudará, al pensar que no se te ha hecho injusticia porque has perdido
a un tal hermano, sino que se te ha otorgado un favor, porque has podido 2
gozar y disfrutar tanto tiempo de su afecto. Es injusto quien no deja al donante el derecho a disponer de su regalo, codicioso quien no tiene por ganancia lo que ha recibido, sino por pérdida lo que ha devuelto. Es desagradecido quien llama injusticia a la conclusión del disfrute, necio quien considera que no se saca ningún provecho de los bienes excepto de los presentes, quien no se complace también con los pasados ni juzga más seguros los que se han ido,
puesto que de ellos ya no hay que temer que se acaben. Reduce demasiado 3
sus goces quien considera que disfruta tan sólo de lo que tiene y ve, y no valora en nada haber tenido eso mismo; pues pronto nos abandona cualquier placer, que se escapa y desaparece y se aleja casi antes de llegar. Así pues, hay que proyectar el espíritu al pasado y evocar cualquier cosa que nos deleitó en alguna ocasión y examinarla una y otra vez con el pensamiento; el
recuerdo de los placeres es más duradero y más constante que su presencia. 4
Incluye, por tanto, entre tus mayores bienes el haber tenido un hermano excelente: no hay razón para que pienses cuánto tiempo más hubieras podido tenerlo, sino cuánto tiempo lo has tenido. La naturaleza no te lo dio en propiedad, como tampoco a los demás sus hermanos, sino que te lo prestó. Cuando le ha parecido, te lo ha reclamado al punto y en esto no se ha guiado
por tu hartazgo sino por su criterio. Si alguien se disgusta por haber devuelto 5
un dinero prestado, es más, uno cuyo uso recibió sin intereses, ¿no se le tendrá por un hombre injusto? La naturaleza le dio la vida a tu hermano, te la dio a ti también: si ella, haciendo uso de su derecho, ha reclamado más pronto su deuda a quien quiso, no es culpable ella, cuyas condiciones estaban bien claras, sino la codiciosa esperanza del espíritu mortal, que tantas veces
olvida qué es la naturaleza y nunca se acuerda de su destino más que cuando 6
recibe una advertencia. Así pues, alégrate de haber tenido un hermano tan bueno y su usufructo; a pesar de que haya sido más corto que tu deseo, dalo por bueno. Piensa que ha sido agradabilísimo haberlo tenido, humano, haberlo perdido; pues nada hay más incongruente que trastornarse uno porque un hermano así le haya correspondido por poco tiempo y no alegrarse porque, con todo, le ha correspondido.

»Pero me ha sido arrebatado cuando menos lo esperaba.» A cada uno lo **11**
engaña su credulidad y su voluntario olvido de la mortalidad de aquello que
aprecia. La naturaleza no ha manifestado a nadie que esté dispuesta a hacerle
gracia de su ley inexorable. Cada día pasan ante nuestros ojos los funerales
de conocidos y desconocidos y sin embargo nosotros nos dedicamos a otras
cosas y consideramos repentino lo que toda la vida se nos anuncia como
venidero. Por lo tanto, no hay tal iniquidad de los hados, sino vicio del todo
insaciable de la mente humana, que se irrita por salir de donde había sido
admitida transitoriamente. Cuánto más justo aquel que, al serle anunciada la 2
muerte de su hijo, pronunció estas palabras dignas de un gran varón:

Yo, cuando lo engendré, sabía ya que tenía que morir.[133]

En absoluto te extrañes de que de este hombre naciera quien supiera morir valientemente. No recibió la muerte de su hijo como una noticia sorprendente. Pues ¿qué hay de sorprendente en que se muera un hombre, cuya vida entera no es otra cosa que un viaje hacia la muerte?

Yo, cuando lo engendré, sabía ya que tenía que morir. 3

Luego añadió algo que demostraba aún mayor sensatez y entereza:

y para esto lo crié.[134]

A todos nos crían para esto; quienquiera que es engendrado a la vida está
destinado a la muerte. Alegrémonos por lo que nos den y devolvámoslo
cuando nos lo reclamen. A cada uno en su momento lo atraparán los hados, a
nadie pasarán por alto: que permanezca en guardia el espíritu y no sienta
nunca temor por lo que es inevitable, que aguarde siempre lo que es inseguro. 4
¿A qué voy a mencionar a los generales y a los descendientes de generales, y
a los personajes ilustres por sus numerosos consulados o triunfos, que
cumplieron con su destino inexorable? Reinos enteros con sus reyes y
naciones con sus gentes sufrieron su destino: todos, mejor dicho, todo tiene
como meta su último día. El final no es el mismo para todo el mundo: a uno lo
abandona la vida en mitad de la carrera, a otro lo deja en la salida misma, a
otro a duras penas le permite irse en la vejez más extrema, ya cansado y
deseando retirarse; en uno u otro momento, es cierto, pero todos nos
encaminamos al mismo lugar. No sé si es más estúpido ignorar la ley de la
mortalidad o más desvergonzado rechazarla. Venga, toma en tus manos las 5
poesías de uno cualquiera de los dos autores que se han visto difundidos

gracias a la intensa labor de tu talento y que tú has puesto en prosa de tal manera que, aunque haya desaparecido su estructura, permanece su encanto (pues los has traducido de una lengua a otra de tal modo que, cosa por demás difícil, todas sus virtudes te han seguido a un lenguaje extraño a ellas): entre esos escritos no habrá ningún libro que no te proporcione múltiples ejemplos de la inconstancia humana y de calamidades imprevistas y de lágrimas
derramadas por un motivo u otro. Lee con cuánto aliento has hecho 6
estremecer el aire con magníficas palabras: te avergonzará desfallecer de repente y desmentir tanta grandeza como hay en tu prosa. No des lugar a que alguien que admire sin medida tus escritos se pregunte cómo ha concebido un espíritu tan frágil pensamientos tan grandiosos y tan consistentes.

Es mejor que, de esas circunstancias que te atormentan, te vuelvas a éstas, **12**
tan numerosas e importantes, que te consuelan, y mires a tus excelentes hermanos, mires a tu esposa, a tu hijo mires: la salvación de todos éstos la ha acordado contigo la suerte, a cambio de esta parte. Tienes muchos en quienes hallar alivio: guárdate de esta vergüenza, que no les parezca a todos que un
solo dolor tiene más dominio sobre ti que estos consuelos tan numerosos. Ves 2
que todos ellos han sido golpeados al tiempo que tú y que no pueden acudir en tu ayuda, más aún, comprendes que incluso esperan ser socorridos por ti; y por eso, en la medida en que poseen menos instrucción y talento, más preciso es que hagas frente tú a la desgracia común. Por otro lado, también sirve de consuelo repartir entre muchos el dolor de uno; el mal, como se distribuye entre varios, tiene que reducirse en ti a una mínima parte.

No dejaré de hacerte presente constantemente a César: mientras gobierne 3
él las tierras y muestre cuánto mejor se guarda el poder con favores que con armas, mientras esté él al frente de los destinos de los hombres, no hay peligro de que sientas que has perdido algo: en él solo tienes protección suficiente, consuelo suficiente. Álzate y cuantas veces acudan las lágrimas a tus ojos, otras tantas dirígelos a César: se secarán con la contemplación de la más grande y más brillante divinidad; su resplandor los deslumbrará de manera que no puedan mirar ninguna otra cosa, y los mantendrá clavados en
él. En éste tienes que pensar, a quien contemplas día y noche, de quien nunca 4
desvías tu atención, a él tienes que recurrir contra la suerte. Y, puesto que muestra tanta bondad y tanta benevolencia hacia todos los suyos, no dudo que ya habrá restañado esta herida tuya con numerosos consuelos y habrá hecho acopio de todo lo que pudiera hacer frente a tu dolor. Por otra parte, aunque no haya hecho nada de esto, ¿acaso tan sólo la propia contemplación y el

pensar en César no son por sí mismos el mayor consuelo para ti? Que los
dioses y las diosas lo tengan largo tiempo prestado a la tierra. Que iguale los 5
hechos del divino Augusto, que sobrepase sus años. Que mientras esté entre
los mortales no sienta que haya nada mortal en su familia. Que por largo
tiempo con su autoridad acredite a su hijo como dirigente del imperio romano
y que lo vea como colega de su padre antes que como sucesor. Que sea lejano
y conocido únicamente por nuestros nietos el día en que su linaje lo
reivindique para el cielo.

Aparta de él tus manos, fortuna, y no hagas en él ostentación de tu poder, **13**
salvo en lo que le seas de provecho. Permite que cure al género humano ya
tanto tiempo enfermo y exhausto, permite que restaure y restablezca a su
estado natural todo lo que arruinó la locura del príncipe precedente.[135] Que
este astro, que brilla para un mundo arrojado al abismo y hundido en las
tinieblas, resplandezca por siempre. Que pacifique Germania y abra el 2
camino a Britania,[136] que celebre los triunfos de su padre y además otros
nuevos;[137] de éstos yo también voy a ser espectador, eso me lo garantiza su
clemencia, que ocupa el primer lugar entre sus virtudes. En efecto, no me hizo
caer como si no quisiera él volverme a levantar, es más, ni siquiera me hizo
caer, sino que me sostuvo cuando me empujó la fortuna y estaba
tambaleándome, y haciendo uso del poder de su divina mano me depositó
suavemente en tierra cuando me desplomaba al precipicio. Intercedió por mí
ante el Senado y no sólo me dio la vida sino que la pidió. Él decidirá: que 3
juzgue mi causa como él quiera que sea; que su equidad la reconozca como
buena o la haga buena su clemencia: una u otra cosa la recibiré por igual
como un favor suyo, ya sea que me sepa inocente, ya sea que lo quiera. Entre
tanto, es eficaz consuelo de mis desdichas ver su misericordia extendiéndose
por el orbe entero; puesto que ella ha desenterrado de este rincón mismo en
que estoy hundido a bastantes que ya estaban sepultados bajo los escombros
de muchos años y los ha devuelto a la luz, no temo que me pase por alto a mí.
Ahora bien, él sabe perfectamente el momento en que debe acudir en auxilio
de cada uno; yo pondré todo mi empeño para que no se avergüence de llegar
hasta mí. ¡Bienaventurada tu clemencia, César, pues hace que los desterrados 4
lleven bajo tu gobierno una vida más tranquila que la que llevaron hace poco
los notables bajo Gayo![138] No tiemblan ni aguardan la espada a cada hora,
ni se aterrorizan a la vista de cualquier nave; gracias a ti obtienen la
moderación de la suerte rigurosa tanto como la esperanza de otra mejor y la

tranquilidad de la presente. Que sepas, en fin, que son muy justos los rayos
que veneran incluso los heridos por ellos.

Así pues, este príncipe que es consuelo común de todos los hombres, o **14**
mucho me equivoco o ya ha reconfortado tu espíritu y procurado, para una
herida tan grande, remedios mayores. Ya te ha restablecido por todos los
medios, ya, merced a su infalible memoria, te ha referido todos los ejemplos
que pudieran inducirte a la serenidad, ya te ha expuesto con la elocuencia en
él habitual los preceptos de todos los sabios. Así pues, nadie habrá 2
desempeñado mejor este papel de consejero: si las dice él, las palabras
tendrán otro peso, como emitidas por un oráculo; su autoridad divina
quebrantará toda la violencia de tu dolor. Supón, por tanto, que te dice: «No
te ha escogido a ti solo la suerte para infligir una afrenta tan penosa. Ninguna
casa en el orbe entero hay ni ha habido sin algún motivo para llorar. Pasaré
por alto los ejemplos corrientes que, aunque de menor importancia, son sin 3
embargo incontables, y te llevaré a los fastos y a los anales públicos. ¿Ves
todas estas estatuas que han acabado llenando el atrio de los Césares?
Ninguna de ellas deja de ser notable por algún perjuicio de los suyos;
ninguno de estos varones que brillaron para ornato de los siglos ha dejado de
verse atormentado por la añoranza de los suyos o añorado por los suyos en
medio del más hondo sufrimiento.

»¿A qué hablarte de Escipión Africano,[139] a quien notificaron en el 4
exilio la muerte de su hermano? El hermano que había sustraído a su hermano
a la cárcel no pudo sustraerlo al hado; y para todo el mundo fue evidente qué
rebelde a la legalidad se mostró el cariño del Africano; el mismo día, en
efecto, en que arrancó a su hermano de las manos del alguacil, llegó incluso a
oponerse, siendo un particular, a un tribuno de la plebe.[140] Sin embargo,
añoró a su hermano con tanta entereza como lo había defendido. ¿A qué
hablar de Escipión Emiliano,[141] que casi al mismo tiempo contempló el 5
triunfo de su padre y los funerales de dos hermanos? Jovencito, prácticamente
un niño, soportó sin embargo aquella repentina ruina de su familia, que se
derrumbaba encima mismo del triunfo de Paulo, con tanta entereza como
debía soportarla el hombre nacido justamente para que a la ciudad de los
romanos le perviviera un Escipión y no le sobreviviera Cartago.

»¿A qué hablar de la buena armonía entre los dos Luculos,[142]
interrumpida por la muerte? ¿A qué, de los dos Pompeyos?[143] A éstos la **15**
suerte en su saña ni siquiera les concedió derrumbarse por fin en una misma

caída. Sexto Pompeyo sobrevivió primero a su hermana,[144] a cuya muerte quedaron desligadas las ataduras de la paz romana, perfectamente amarrada, y también él sobrevivió a su excelente hermano, al que la suerte había elevado sólo para que no cayera de una altura menor de la que cayó su padre; y sin embargo, tras esta desgracia Sexto Pompeyo fue capaz de enfrentarse no sólo al dolor sino también a la guerra. Por todas partes se nos ofrecen 2
innumerables ejemplos de hermanos separados por la muerte, más bien al contrario, a duras penas alguna vez se ha visto una pareja de ellos envejeciendo juntos. Pero me contentaré con los ejemplos de nuestra casa; nadie habrá, en efecto, tan falto de sentimientos y de sensatez que se queje de que la suerte ha hecho caer el luto sobre alguien, una vez que sepa que ella ha codiciado incluso las lágrimas de los Césares.

»El divino Augusto perdió a su queridísima hermana Octavia[145] y la 3
naturaleza no lo eximió de la obligación de llorar ni siquiera a él, a quien tenía destinado el cielo. Más aún, también él, después de verse maltratado por toda clase de quebrantos familiares, perdió al hijo de su hermana,[146] al que había dispuesto para sucederle; en fin, por no enumerar uno a uno sus lutos, perdió a sus yernos, a sus hijos y además a sus nietos,[147] y nadie entre todos los mortales sintió más que era hombre, mientras estuvo entre los hombres. Con todo, a tantos y tan hondos lutos dio cabida en su corazón, en el que todo cabía, y el divino Augusto resultó vencedor no tan sólo de los pueblos extranjeros sino también de sus penas.

»Gayo César, hijo y nieto del divino Augusto, mi tío abuelo,[148] en los 4
primeros años de su juventud, en plenos preparativos de la guerra contra los partos, perdió a su queridísimo hermano Lucio, un príncipe de la juventud a otro príncipe de la juventud, y fue herido en su espíritu con un golpe mucho más duro que el que luego recibió en el cuerpo; ambos los soportó por igual, muy pacientemente y muy valerosamente.

»Tiberio César, mi tío, a Druso Germánico, mi padre y hermano menor 5
suyo, cuando estaba abriéndose paso por el interior de Germania y sometiendo al poder de Roma a pueblos belicosísimos, lo vio morir entre sus abrazos y sus besos;[149] sin embargo, fijó un límite al duelo, no únicamente para sí mismo, sino también para los demás e hizo regresar a los usos de un luto romano al ejército entero, no sólo afligido sino también aturdido, que reclamaba el cuerpo de su Druso, y declaró que había que mantener la disciplina no únicamente en su oficio de soldados, sino también en sus

muestras de dolor. No habría él podido contener las lágrimas de otros si antes no hubiera reprimido las suyas.

»Marco Antonio, mi abuelo,[150] no inferior a nadie más que a aquel por quien fue derrotado, en la época en que estaba consolidando la República e, investido de la potestad triunviral, no veía nada por encima de él, sino que todo, excepto a sus dos colegas, lo contemplaba a sus pies, supo de oídas que **16**
su hermano había sido asesinado.[151] ¡Tiránica suerte, qué burlas te gastas con las desgracias de los hombres! Precisamente al tiempo que Marco Antonio actuaba como árbitro de la vida y de la muerte de sus conciudadanos, se daba la orden de que el hermano de Marco Antonio fuera ejecutado. Sin embargo, Marco Antonio soportó este golpe tan amargo con la misma grandeza de ánimo con que había sobrellevado todas las demás contrariedades, y su duelo consistió en vengar a su hermano con la sangre de veinte legiones.[152] 2

»Pero, por omitir todos los demás ejemplos y no mencionar otras muertes que también me afectaron, dos veces me acometió la suerte con un luto por un hermano,[153] dos veces comprendió que se me podía malherir pero no se me podía derrotar: perdí a mi hermano Germánico; cuánto lo quise lo comprende enseguida cualquiera que piense cuánto quieren a sus hermanos los hermanos afectuosos; sin embargo, ajusté mis sentimientos de manera que ni descuidé nada que se debiera exigir a un buen hermano ni hice nada que se pudiera censurar en un príncipe».[154] 3

Supón entonces que el padre del pueblo te cita estos ejemplos y que a la vez te muestra hasta qué punto nada hay sagrado ni intocable para la suerte, que ha osado sacar cortejos fúnebres de estos penates de los que luego iba a requerir dioses.[155] Así pues, no se extrañe nadie de que ella haga algo con crueldad o inicuamente: ¿puede, en efecto, conocer algún tipo de equidad o de moderación respecto a las casas particulares ella, cuya saña implacable ha 4
mancillado los sitiales mismos de los dioses?[156] Por más que le hagamos reproches no por boca nuestra únicamente, sino también por la de todos, no cambiará; se erguirá frente a todas las súplicas y todas las quejas. Así ha sido la fortuna en los asuntos de los hombres, así será: nada ha dejado sin intentar, nada dejará sin tocar; marchará arrebatada por todas partes, tal como ha acostumbrado siempre, atreviéndose a entrar a cometer injusticias incluso en 5
las casas a las que se accede a través de templos,[157] y a las puertas coronadas de laurel[158] les impondrá negros velos. Contentémonos con 6

alcanzar de ella, mediante ofrendas y peticiones públicas, si aún no le ha parecido bien aniquilar al género humano, si todavía contempla favorable el nombre de Roma, únicamente que a este príncipe, que nos ha sido concedido en plena decadencia de la humanidad, lo considere intocable para ella tal como para todos los mortales; que aprenda clemencia de él y se muestre benigna con el más benigno de los príncipes.

Así pues, debes fijarte en todos aquellos que hace poco he citado, **17**
admitidos al cielo o muy cercanos, y soportar con serenidad la suerte, que también hacia ti tiende sus manos, que no mantiene alejadas ni siquiera de aquellos por quienes juramos;[159] debes imitar su firmeza en sobrellevar y superar sus penalidades, al menos en la medida en que le es posible a un
hombre seguir los pasos de los dioses. A pesar de que en otros aspectos 2
<haya> profundas diferencias en cuanto a honores y títulos, la virtud está situada al alcance de todos: no rechaza a nadie que al menos se considere digno de ella. Ciertamente, harás muy bien en imitar a los que, aunque podían indignarse por no estar exentos de esta desgracia, sin embargo no juzgaron una injusticia, sino justicia de la naturaleza mortal, el verse igualados sólo en esto al resto de los hombres, y soportaron lo que les había ocurrido no con aspereza y amargura excesivas ni tampoco blanda y afeminadamente: en efecto, no sentir las desgracias es impropio de las personas, del mismo modo que no soportarlas es impropio del varón.

Sin embargo, al repasar los Césares a quienes la suerte arrebató
hermanos y hermanas, no puedo pasar por alto a ese que se debe excluir 3
radicalmente del número de los Césares, a quien engendró la naturaleza para perdición y oprobio del género humano; cuyo imperio, por él mismo asolado y destruido de raíz, restaura la benevolencia de un benignísimo príncipe.
Cuando perdió a su hermana Drusila,[160] Gayo César, ese hombre que no era 4
más capaz de penar que de gozar como un príncipe, rehuyó el contacto y la conversación de sus conciudadanos, no asistió a las exequias de su hermana, no le rindió los honores debidos a una hermana, sino que en su villa de Alba aliviaba las tristezas de esa muerte tan prematura con tableros, dados y otras triviales actividades de esta índole. ¡Qué vergüenza para el imperio! ¡El juego fue el consuelo de un príncipe romano de luto por su hermana! Ese
mismo Gayo, con volubilidad de demente, que tan pronto se dejaba crecer 5
barba y cabello como recorría sin rumbo fijo las costas de Italia y Sicilia, sin estar nunca bastante seguro de si quería que su hermana fuera llorada o venerada, al mismo tiempo que le erigía templos y tronos, imponía

crudelísimos castigos a quienes se habían mostrado poco afligidos; pues con
la misma turbulencia de espíritu soportaba los golpes de la adversidad como,
exaltado por la llegada de la prosperidad, se engreía por encima de la 6
condición humana. Lejos de todo varón romano esté un ejemplo tal: distraer
el luto con pasatiempos inoportunos, o avivarlo con una repugnante suciedad
y sordidez, o entretenerlo con los sufrimientos de otros, un consuelo
absolutamente inhumano.

Por tu parte, no tienes que variar en nada tus costumbres, puesto que **18**
determinaste consagrarte a los estudios que aumentan perfectamente la
felicidad tanto como fácilmente aminoran la adversidad, los mismos que son
para el hombre la mayor distinción y también el mayor consuelo. Sumérgete
ahora, por tanto, más profundamente en tus estudios, ponlos ahora a tu
alrededor como defensas de tu espíritu, para que el dolor no encuentre acceso 2
a ti por parte alguna. Haz perdurar también la memoria de tu hermano con
algún recuerdo en tus escritos: pues esta obra es la única entre las humanas a
la que ningún contratiempo puede perjudicar, que no puede consumir ninguna
vejez. Las restantes, que consisten en estructuras de piedra y masas de
mármol o túmulos de tierra alzados a inmensa altura, no subsisten largo
tiempo, ya que también ellas desaparecen: la memoria del ingenio es
inmortal. Ésta es la que debes prodigar a tu hermano, en ésta debes darle un
lugar; harás mejor en eternizarlo con un ingenio por siempre duradero, que en
llorarlo con un dolor inútil.

En lo que se refiere a la suerte en sí, aunque por ahora no se puede 3
defender su causa ante ti (pues todo lo que nos ha dado, precisamente por
habernos privado de una parte, nos resulta aborrecible), habrá que defenderla
tan pronto como el tiempo te haya hecho juez más imparcial respecto a ella,
pues entonces podrás reconciliarte con ella. En efecto, te dio por anticipado
muchas cosas con que compensar esta injusticia, te concederá aún muchas con
que repararla; y por último, eso mismo que te ha sustraído, ella misma te lo 4
había dado. Por consiguiente, no emplees contra ti tu ingenio, no colabores
con tu dolor. Sin duda tu elocuencia es capaz de hacer pasar por importante lo
que es intrascendente y, al contrario, de rebajar lo importante y reducirlo a
nimiedad; pero que guarde para otra ocasión estas facultades, ahora que se
dedique enteramente a tu consuelo. Y, de todos modos, fíjate, no vaya a ser
esto superfluo también; pues la naturaleza nos exige muy poco y por culpa de 5
las apariencias se acumula más. Ahora bien, yo nunca te exigiré que no te
aflijas en absoluto. Ya sé que se encuentran algunos hombres de sabiduría

más insensible que valerosa, que llegan a afirmar que el sabio no debe sufrir:
éstos me parece que nunca se han topado con una desgracia así; de lo
contrario, la suerte les habría sacudido su ciencia pretenciosa y les habría
obligado, aunque no quisieran, a admitir la verdad. Bastante hará la razón si
suprime sólo lo que es superfluo y excesivo en el dolor; mas que admita que 6
éste no existe en absoluto, nadie debe ni esperarlo ni desearlo. Guarde más
bien estos límites, de modo que ni dé muestras de insensibilidad ni de
insensatez, y nos mantenga dentro de la actitud propia de una mente sensible,
no de una perturbada: que corran las lágrimas, pero que también ellas
terminen; que se profieran quejidos desde lo hondo del corazón, pero que
también ellos se concluyan; gobierna tus sentimientos de manera que puedas
ganarte tanto la aprobación de los sabios como de tus hermanos. Debes
conseguir desear que la memoria de tu hermano se te presente a cada paso, 7
mencionarlo en tus conversaciones y también evocarlo en repetidos
recuerdos, cosa que podrás lograr sólo si te haces su memoria alegre antes
que deplorable; pues es natural que la mente rehúya siempre aquello a lo que
regresa con tristeza. Piensa en su discreción, piensa en su habilidad al 8
emprender sus cosas, en su laboriosidad al realizarlas, en su seriedad al
prometerlas. Todos sus dichos y sus hechos cuéntaselos a los demás y
también recuérdatelos a ti mismo. Piensa cómo fue y cómo se podía esperar
que fuera; pues ¿qué no se podría garantizar con total seguridad de aquel
hermano?

Esto lo he escrito tal como he podido, con mi espíritu debilitado y 9
embotado por esta ya prolongada inactividad. Si te parece que no
corresponde a tu talento o que no remedia tu dolor, piensa hasta qué punto no
puede tener tiempo para consuelos ajenos uno al que tienen preocupado sus
propias desdichas, y qué difícilmente se le ocurren palabras en buen latín a
un hombre a cuyo alrededor resuena sólo el griterío inarticulado de los
bárbaros, insoportable incluso para unos bárbaros más civilizados.[161]

DIÁLOGOS

Traducción y notas de
JUAN MARINÉ ISIDRO

NOTA DE TRADUCCIÓN

Esta traducción se basa en el texto establecido por L. D Reynolds en su edición de los *Diálogos* para la Oxford Clasical Texts [*L. Annaei Senecae Dialogorum libri duodecim*], Oxford, 1977, y reeditada posteriormente en 1983 y 1985. En ocasiones, sin embargo, se ha preferido una lectura distinta, procedente de los códices o conjeturada por algún erudito.

SOBRE LA PROVIDENCIA

POR QUÉ SUCEDEN ALGUNOS INCOVENIENTES A LOS HOMBRES DE BIEN, AUN CUANDO HAY UNA PROVIDENCIA[1]

Me preguntaste, Lucilio,[2] por qué, si el mundo está dirigido por una 1
providencia, les suceden tantas desgracias a los hombres de bien. A esto se contestaría con mayor propiedad a lo largo de un tratado, al probar que una providencia preside el universo y que un dios se interesa por nosotros; pero como es conveniente extraer una pequeña parte del todo y solventar una sola cuestión, en tanto que el litigio permanece intacto, haré una cosa nada complicada: defenderé la causa de los dioses.

Por el momento es inútil exponer que una fábrica tan grande no perdura 2
sin ningún guardián y que toda esta reunión y agitación de los astros no son
propias de un ímpetu casual, que las cosas que el azar impulsa se ven a
menudo alborotadas y chocan en seguida, que esta velocidad sin trabas
regulada por una ley eterna continúa moviendo gran cantidad de cosas por
tierra y mar, gran cantidad de luces brillantísimas que refulgen según lo
establecido; que este orden no es propio de una materia inestable ni lo que se
ha juntado por azar se caracteriza por una capacidad bastante para hacer que
la pesadísima masa de las tierras permanezca inmutable y contemple a su
alrededor la huida a la carrera del cielo, para que los mares esparcidos por
las cavidades ablanden las tierras y no experimenten ningún incremento por
los ríos, para que de elementos minúsculos surjan seres colosales. Ni 3
siquiera los fenómenos que parecen confusos e imprecisos (me refiero a las
lluvias, nublados, caídas de destructores rayos y los fuegos arrojados por las
cumbres reventadas de los montes, temblores de un suelo inestable y otros
que provoca la región turbulenta del cielo alrededor de las tierras) suceden,
aunque sean imprevistos, sin razón, sino que incluso ellos tienen sus causas,
no menos que aquellos que, observados en lugares impropios
prodigiosamente, causan maravilla, como unas aguas cálidas entre las olas y
unas extensiones nuevas de islas alzándose en el ancho mar.[3]

Es más, si alguien se fija en que el mar, retirándose sobre sí mismo, deja 4
las playas al descubierto y que al poco tiempo las vuelve a tapar, ¿creerá que las olas, a causa de una ciega agitación, tan pronto se encogen y se repliegan al interior, tan pronto irrumpen y recuperan en veloz carrera su sitio, cuando

en realidad crecen poco a poco y avanzan a su día y hora, más altas o más
pequeñas según las atrae el astro lunar, a cuyo arbitrio se desborda el
océano?[4] Reservemos estas cuestiones para el momento adecuado,[5] sobre
todo porque tú de la providencia no dudas sino que te quejas.
Volveré a congraciarte con los dioses, excelentes para con los excelentes. 5
Pues la naturaleza no tolera que nunca lo bueno perjudique a lo bueno; entre
los hombres buenos y los dioses hay amistad, pues la virtud la facilita.
¿Amistad digo? Más aún, confianza y semejanza, puesto que en realidad el
hombre bueno sólo por su duración es distinto al dios, discípulo como es
suyo e imitador y legítima descendencia, a la que aquel progenitor
espléndido, recaudador nada blando de virtudes, educa con gran rigor, tal 6
como los padres severos. Así pues, cuando veas que los hombres buenos
trabajan, sudan, suben por lugares escarpados, que, en cambio, los malvados
se divierten y nadan en placeres, piensa que nosotros disfrutamos con la
modestia de los hijos, con la insolencia de los esclavos, que aquéllos se ven
reprimidos por una disciplina más que severa, que se fomenta la osadía de
éstos. Que eso mismo te quede claro con respecto al dios: no tiene al hombre
bueno en la molicie, lo pone a prueba, lo endurece, lo prepara para sí.
«¿Por qué a los hombres buenos les ocurren innumerables
contrariedades?» A un hombre bueno ningún mal puede sucederle: no se **2**
mezclan los contrarios. Del mismo modo que tantos ríos, tantas lluvias caídas
del cielo, tanta abundancia de fuentes medicinales no cambian el sabor del
mar, ni siquiera lo mitigan, así el ataque de las contrariedades no trastorna el
espíritu del hombre fuerte: se mantiene en su posición y cuanto le sucede lo
acomoda a su estilo de vida, pues es más poderoso que sus circunstancias. Y
no digo «no las siente» sino «las vence» e incluso se alza, por lo demás 2
tranquilo y calmo, contra las que lo acometen. Todas las adversidades las
toma como entrenamientos. De otro lado, ¿quién, con tal que sea un hombre
dispuesto a la honradez, no está deseando un trabajo adecuado, y preparado
para tareas peligrosas? ¿Para qué persona industriosa no es el ocio un
castigo? Vemos que los atletas, a quienes toca ocuparse de su fuerza, luchan 3
con los más vigorosos y exigen a los que los entrenan para la competición
que empleen contra ellos todas sus fuerzas; toleran que los golpeen y
maltraten y, si no encuentran contrincante de su categoría, se arrojan contra
varios a la vez. Se marchita sin oponente la virtud: se ve cuánta es su
grandeza y cuánto su poder en el momento en que muestra de qué es capaz con 4
su resistencia. Conviene que sepas que los hombres buenos deben hacer lo

mismo, de modo que no se espanten ante circunstancias duras y difíciles y no
se quejen del destino, sino que den por bueno cuanto les ocurra, lo vuelvan
bueno. Lo importante no es qué soportas, sino de qué manera.

¿No ves hasta qué punto los padres son complacientes de una forma y las 5
madres de otra? Ellos ordenan que sus hijos se despierten temprano para
dedicarse a los estudios, incluso en días festivos no toleran que estén ociosos
y los hacen sudar y a las veces llorar; las madres, en cambio, quieren
estrecharlos en su regazo, conservarlos a su sombra, que nunca se vean
afligidos, nunca lloren, nunca trabajen. El dios tiene con los hombres una 6
actitud de padre y los ama virilmente, y dice: «Que se vean acosados por
quehaceres, penalidades y perjuicios, para que adquieran la auténtica
fortaleza». Los que engordan debido a su indolencia languidecen y
desfallecen no sólo con el esfuerzo, sino con el movimiento y con su propio
peso. Una prosperidad incólume no soporta ningún golpe; en cambio, cuando
ha mantenido un enfrentamiento continuo contra los inconvenientes, ha
encallecido a fuerza de injusticias y no cede ante desgracia alguna sino que, 7
si cae, pelea incluso de rodillas. ¿Tú te extrañas si el dios tan amante de los
buenos, que quiere que sean los mejores y más excelentes, les asigna una
suerte con que puedan ejercitarse? Yo por mi parte no me extraño si de vez en
cuando <los dioses> conciben el deseo de contemplar a grandes hombres
luchando contra algún desastre. A veces nos causa placer que un joven de 8
espíritu firme afronte con la lanza a la fiera que lo acomete, que resista
impasible la arremetida de un león, y este espectáculo es tanto más agradable
cuanto más honorable es quien lo proporciona.[6] Cosas así no son dignas de
atraer sobre ellas la atención de los dioses, pasatiempos infantiles y de una
ligereza típica del hombre: he aquí un espectáculo digno de que lo mire el 9
dios, atento a su obra, he aquí un duelo digno del dios, un hombre esforzado
que afronta su mala suerte, sobre todo si también la provocó. No veo, digo,
qué puede tener Júpiter en la tierra más bello, si es que quiere poner su
atención en ella, que contemplar a Catón,[7] con su partido ya destrozado no
una sola vez, manteniéndose no obstante erguido entre las ruinas del Estado. 10
Y dice: «Aunque todo caiga en manos de uno solo, las legiones vigilen las
tierras; las escuadras, los mares, y los soldados de César asedien las puertas,
Catón tiene por dónde escapar: con una mano abrirá a la libertad un ancho
camino. Este hierro, limpio e inocente incluso en una guerra civil, por fin
producirá obras buenas y nobles: dará a Catón la libertad que no pudo dar a
la patria. Emprende, espíritu, esta acción tanto tiempo meditada, líbrate de

las cuestiones de los hombres. Petreyo[8] y Juba[9] ya se han trabado en
combate y yacen muertos el uno a manos del otro, un pacto del destino
valiente e insigne, pero que no conviene a nuestra grandeza: para Catón tan
vergonzoso es suplicar a alguien la muerte como la vida». Para mí está claro
que los dioses miraron con gran gozo, mientras aquel hombre, encarnizado 11
libertador de sí mismo, se preocupa de la salvación de los otros y organiza la
fuga de los que se van, mientras se afana en sus estudios incluso en su última
noche, mientras hunde la espada en su pecho venerable, mientras esparce sus
entrañas y aquella su alma purísima e indigna de ser contaminada con el
hierro la hace salir con su mano.[10] Por eso creo yo que su golpe fue poco
certero y eficaz: a los dioses inmortales no les fue suficiente contemplar a 12
Catón una sola vez; su valor fue retenido y reclamado para que se mostrara en
un papel más difícil; pues uno no encara la muerte con ánimo tan firme como
cuando la intenta de nuevo. ¿Cómo no iban a contemplar gustosamente a su
discípulo evadiéndose en un final tan magnífico y memorable? La muerte
consagra a aquellos cuyo final alaban incluso quienes los temían.

Pero ya cuando avance mi discurso mostraré hasta qué punto no son **3**
desgracias las que lo parecen: ahora afirmo que esas que tú llamas amargas,
adversas y abominables son provechosas primero a quienes les suceden y
luego a la totalidad, de la que los dioses se cuidan más que de cada uno; tras
esto, que suceden a quienes las desean y serían malditos si las rechazaran. A
esto añadiré que transcurren así por el destino y ocurren a los buenos por la
misma regla por la que son buenos. Luego te convenceré de que nunca
compadezcas a un hombre bueno: pues puede ser llamado infeliz, pero no
puede serlo.

La más difícil de las cuestiones que he planteado parece ser la que he 2
dicho primero, esto es, que son provechosos a quienes les ocurren esos
hechos que nos horrorizan y hacen temblar. «¿Les es provechoso —dices—
ser arrojados al destierro, ser arrastrados a la necesidad, enterrar a los hijos,
a la esposa, sufrir una deshonra, padecer una mutilación?» Si te extraña que
esto sea provechoso para alguien, te extrañará que algunos queden curados
por el hierro y el fuego, no menos que por el hambre y la sed. Pero si piensas
que a algunos, para curarlos, les raspan los huesos y se los extraen y les
extirpan las venas y les amputan algunos miembros que no podían continuar
unidos sin echar a perder el cuerpo entero,[11] convendrás que también te
queda probado que algunos inconvenientes son provechosos a quienes les

suceden, tanto, por Hércules, como ciertos trances que son alabados y apetecidos resultan perjudiciales a quienes deleitaron, trances muy parecidos a las indigestiones, las borracheras y otros que matan a través del placer. 3
Entre muchas expresiones espléndidas de nuestro Demetrio[12] está también ésta, que tengo reciente (aún suena y vibra en mis oídos): «Nada —dice— me parece más desdichado que uno al que nunca le ha ocurrido ninguna contrariedad». Pues no ha tenido ocasión de ponerse a prueba. Aunque todo le haya salido según sus deseos, incluso antes de sus deseos, los dioses lo han juzgado desfavorablemente: les ha parecido indigno de derrotar alguna vez a la suerte, que rehúye a los más cobardes, como diciendo: «¿Qué, pues? ¿Voy a tomar a ése de adversario? Depondrá en seguida las armas; contra él no hay necesidad de todo mi poder, una ligera amenaza lo ahuyentará, no puede sostener mi mirada. Habrá que acechar a otro con el que pueda llegar a las manos: da vergüenza enzarzarse con un hombre dispuesto a ser vencido». 4
El gladiador considera una deshonra verse enfrentado a un inferior y sabe que es vencido sin gloria aquel que es vencido sin peligro. Igual suele la suerte: se busca a los más esforzados como oponentes, a otros los da de lado con aversión. Ataca a los más tenaces e íntegros, contra los cuales puede dirigir su fuerza: ensaya el fuego en Mucio,[13] la pobreza en Fabricio,[14] el destierro en Rutilio,[15] la tortura en Régulo,[16] el veneno en Sócrates,[17] la muerte en Catón. Un ejemplo magnífico no lo encuentra más que la mala suerte.

¿Es desdichado Mucio porque pone su diestra sobre el fuego de los 5
enemigos y él mismo se exige el castigo de su error, porque con la mano abrasada hace huir al rey al que no pudo con ella armada? ¿Qué, pues? ¿Sería más dichoso si calentara su mano en el seno de su amiga?

¿Es desdichado Fabricio porque cavó su campo en cuanto se libró de la 6
política? ¿Porque emprendió una guerra tanto contra Pirro como contra la riqueza? ¿Porque junto al fuego cena las mismas raíces que desbrozando su campo arrancó ese anciano honrado con un triunfo? ¿Qué, pues? ¿Sería más feliz si acumulara en su vientre pescados de lejanos litorales y extraños volátiles, si estimulara la desgana de su estómago hastiado con marisco del mar Superior e Inferior,[18] si con un enorme montón de frutas guarneciera una salvajina de primera calidad, capturada con gran mortandad de los cazadores?

¿Es desdichado Rutilio porque quienes lo condenaron han de defender su 7

causa generación tras generación? ¿Porque toleró ser arrebatado a su patria con mayor serenidad que quedarse privado del destierro? ¿Porque fue el único que no cedió en algo ante el dictador Sila[19] e, invitado a regresar, simplemente no se echó para atrás y huyó más lejos? «Ya verán —dijo— esos a quienes tu buena fortuna sorprende en Roma: que vean sangre abundante en el foro y en la superficie del lago Servilio[20] (pues es el espoliario de la proscripción de Sila) las cabezas de los senadores y en todas partes manadas de sicarios vagando por la ciudad y muchos miles de ciudadanos romanos pasados a cuchillo en un solo lugar, tras promesa de inmunidad, es más, a causa de la promesa misma; que vean esas cosas los que no pueden desterrarse.» ¿Qué, pues? ¿Es dichoso Lucio Sila porque, cuando baja al foro, le abren paso con la espada, porque tolera que le muestren cabezas de varones consulares y fija el precio de la muerte a través del cuestor y de los registros públicos? Y todo esto lo hace él, que promulgó la Ley Cornelia.[21]

Pasemos a Régulo. ¿En qué lo perjudicó la suerte al hacerlo modelo de lealtad, modelo de resistencia? Los clavos penetran su piel y, dondequiera que reclina su cuerpo exhausto, se recuesta sobre una herida; sus ojos están sometidos a una perpetua vigilia: cuanto más tormentos, más gloria alcanzará. ¿Quieres saber hasta qué punto no se arrepiente de haber fijado este precio a la virtud? Reanímalo y mándalo al Senado: expresará la misma opinión. ¿Consideras tú por tanto más dichoso a Mecenas,[22] a quien, apurado de amores y deplorando los desplantes cotidianos de su displicente esposa, le procuran el sueño mediante la melodía de orquestinas que resuenan levemente a lo lejos? Por más que se amodorre con el vino y se distraiga con el fragor del agua y engañe con mil placeres su mente apurada, tan insomne estará en su lecho de plumas como aquél en su cruz; pero para aquél es un consuelo padecer crueldades por un punto de honor y del sufrimiento pasa a considerar su causa, a éste, ajado por los placeres y penando por una dicha exagerada, más que lo que sufre lo atormenta la causa de su sufrir. No han alcanzado los vicios un dominio tal del género humano que sea dudoso si, en caso de darse la posibilidad de elegir el destino, más querrían nacer Régulos que Mecenas; o, si hay alguien que se atreva a decir que hubiera preferido nacer Mecenas a Régulo, ese mismo, por más que se lo calle, ha preferido nacer Terencia.

¿Juzgas que Sócrates fue maltratado porque engulló aquel bebedizo

mixturado por el pueblo no de otra forma que si fuera el medicamento de la
inmortalidad y debatió sobre la muerte hasta su propia muerte? ¿Se portaron
mal con él porque se heló su sangre y poco a poco, según se iba extendiendo
el frío, se detuvo el vigor de sus venas? ¡Cuánto más hay que envidiar a este
que a aquellos a quienes les sirven en una gema, a quienes un invertido 11
enseñado a pasar por todo, de virilidad cercenada o dudosa, les licua en el
oro nieve filtrada! Éstos devolverán en un vómito cuanto bebieron, tristes y
con el regusto de su bilis, aquél, por el contrario, apurará el veneno con gusto
y ganas.

En lo que a Catón toca, se ha dicho suficiente y el acuerdo común de los 12
hombres reconocerá que le correspondió la dicha mayor a él, a quien la
naturaleza escogió para con él andar a golpes contra trances terribles. «Las
enemigas de los poderosos son penosas: que se enfrente a la vez con
Pompeyo,[23] con César, con Craso.[24] Es penoso ser superado por las peores
personas en los cargos públicos: que se vea pospuesto a Vatinio.[25] Es
penoso implicarse en guerras civiles: que sea soldado por el orbe entero en
pro de una buena causa, con tanta desventura como tesón. Es penoso atentar
contra uno mismo: que lo haga. ¿Qué conseguiré con esto? Que todos sepan
que no son desgracias éstas de las cuales consideré yo digno a Catón.»

La felicidad va a parar a la plebe y a los de natural despreciable: por el **4**
contrario, subyugar desatres y terrores humanos es propio del grande hombre.
Ser siempre dichoso y pasar la vida sin dentelladas en el espíritu es, de 2
cierto, desconocer el otro lado de la naturaleza. Eres un gran hombre: pero
¿cómo lo sé, si la suerte no te da ocasión de demostrar tu valor? Has bajado a
los juegos olímpicos, pero nadie más que tú: tienes una corona, no tienes una
victoria; no te felicito como hombre esforzado, sino como uno que ha
alcanzado el consulado o la pretura: has salido ganando en honra. Lo mismo 3
puedo decir también a un hombre bueno, si ninguna circunstancia
comprometida le ha dado oportunidad en que mostrar la fuerza de su ánimo:
«Te tengo por un infeliz porque nunca has sido infeliz. Has pasado la vida sin
un adversario; nadie sabrá de qué has sido capaz, ni tú mismo siquiera». Pues
para el conocimiento de uno mismo es preciso pasar alguna prueba: nadie ha
advertido de qué era capaz si no es intentándolo. Así pues, algunos se han
ofrecido espontáneamente a las desgracias que ya tardaban y han buscado
para su valor, que iba a caer en el olvido, una oportunidad para brillar. 4
Disfrutan, digo, a veces los grandes hombres con la adversidad, no de otra

forma que los soldados esforzados con la guerra; al mirmilón Triunfo[26] yo, durante el reinado de Tiberio César, lo oí quejándose de la escasez de combates: «¡Qué bonita época —decía— desaparece!».

El valor está ansioso de peligros y piensa adónde dirigirse, no qué va a
sufrir, puesto que incluso lo que va a sufrir forma parte de su gloria. Los
hombres aguerridos se vanaglorian de sus heridas, alardean contentos de su
sangre que mana por una causa honorable: por más que los que regresan
ilesos del combate hayan realizado las mismas hazañas, se mira más al que
vuelve herido. El dios, digo, mira por quienes desea que sean honrados lo 5
más posible cada vez que les procura ocasión de hacer algo animosa y
esforzadamente, para lo cual es preciso cierta complicación: apreciarás al
piloto en la tempestad, en el combate al soldado. ¿Cómo puedo saber qué
grande es tu ánimo frente a la pobreza, si rebosas de riquezas? ¿Cómo puedo
saber cuánta firmeza muestras frente a la deshonra y el descrédito y la inquina
de la gente, si envejeces entre aplausos, si te persigue su favor insobornable,
propicio por alguna propensión de sus mentes? ¿Cómo sé con cuánta
ecuanimidad vas a soportar la pérdida de tus hijos, si tienes ante tus ojos a
cuantos has criado? Te he oído cuando consolabas a otros: me habría hecho
idea de ti si te hubieras consolado a ti mismo, si a ti mismo te hubieras
prohibido afligirte. Os lo ruego, no os espantéis de esas circunstancias que 6
los dioses inmortales aplican a los ánimos como aguijones: un desastre es una
oportunidad para el valor. Con razón uno llamaría infelices a los que se
embotan en una prosperidad exagerada, a los que una calma chicha detiene
como en un mar apacible: cuanto les sobrevenga les vendrá de nuevas. Las
situaciones violentas abruman más a los inexpertos, pesado es el yugo para 7
una cerviz joven; el novato palidece ante la suposición de una herida,
contempla con audacia su propia sangre el veterano que sabe que a menudo
ha resultado vencedor después de derramarla. Así pues, el dios endurece,
ejercita a los que pone a prueba, a los que ama; en cambio, a los que parece
mirar con indulgencia, a los que parece perdonar, los conserva flojos para las
desgracias venideras. Pues os equivocáis si creéis que alguno está exento:
también al largo tiempo dichoso le llegará su parte; quienquiera que parece
haber sido emancipado ha sido emplazado.

¿Por qué el dios molesta a los mejores con una mala salud o con un luto o 8
con otros inconvenientes? Porque en el campamento también las misiones
peligrosas se encargan a los más esforzados: el comandante envía a los más
selectos a que acometan al enemigo en una emboscada nocturna o exploren el

camino o desalojen de su posición a una guarnición. Ninguno de los que salen
dice: «Mal me ha considerado el general», sino «Bien me ha juzgado». Que
digan lo mismo cuantos reciben la orden de sufrir casos que hacen llorar a los
miedosos y cobardes: «Hemos parecido al dios dignos de ser en quienes se
experimentara cuánto sabía sufrir la naturaleza humana».

Rehuid los deleites, rehuid la enervante prosperidad, de la que se 9
empapan los espíritus y, si no interviene algo que les recuerde su condición
humana, se embotan como amodorrados en una borrachera sin final. A quien
han defendido siempre del viento las vidrieras, cuyos pies se han calentado
entre fomentos renovados de continuo, cuyos comedores ha templado un calor
subterráneo y repartido por las paredes,[27] a éste una ligera brisa no lo 10
acariciará sin peligro. Aun cuando todo lo que ha sobrepasado su medida es
perjudicial, la desmesura más peligrosa es la de la prosperidad: perturba el
cerebro, incita a la mente a ensueños vanos, esparce gran cantidad de niebla
ambigua entre lo falso y lo verdadero. ¿Cómo no va a ser mejor sobrellevar
una desdicha sin fin con ayuda del valor, que reventar de bienes infinitos e
inmoderados? La muerte por inanición es más llevadera, por una indigestión
explotan.

Así pues, los dioses siguen con los hombres buenos el mismo sistema que 11
con sus alumnos los maestros, que exigen más trabajo a aquellos en quienes
tienen puestas mayores esperanzas. ¿Acaso crees tú que a los espartanos les
son odiosos sus hijos, cuyo temple prueban con azotes administrados en
público? Sus mismos padres los animan a que aguanten valientemente los
golpes de los látigos y les ruegan, ya desgarrados y exánimes, que perseveren 12
en ofrecer las heridas a otras heridas.[28] ¿Qué tiene de sorprendente que el
dios tantee los ánimos generosos con dureza? Un modelo de valor nunca es
blando. Nos azota y desgarra la suerte: sufrámoslo. No es saña, es una
competición: cuanto más a menudo la entablemos, más esforzados seremos: la
parte más firme del cuerpo es aquella que ha hecho mover un uso reiterado.
Debemos ofrecernos a la suerte, para que ella nos endurezca contra ella
misma: poco a poco nos hará iguales a ella, la frecuencia de los riesgos nos
dará el desprecio de los peligros. Así tienen los marineros los cuerpos duros 13
para soportar la mar, los campesinos las manos callosas, los músculos de los
soldados son vigorosos para arrojar venablos, tienen miembros ágiles los
corredores: en cada uno lo más firme es lo que ha ejercitado. El espíritu llega
a despreciar el sufrimiento de las desgracias gracias al sufrimiento; que
sabrás qué puede lograr en nosotros si miras cuánto le consigue el trabajo a

los pueblos pobres y por esa indigencia más esforzados. Considera todas las
naciones en las que tiene su término la paz romana, los germanos digo y 14
cuantas naciones nómadas se hallan cerca del Histro:[29] un invierno sin fin,
un cielo sombrío los oprime, mal los sustenta un suelo sin frutos, rechazan la
lluvia con techumbres de paja y hojarasca, saltan sobre lagos solidificados
por el hielo, cazan alimañas para su alimento. ¿Te parecen infelices? No es
infeliz nada que la costumbre ha introducido en el orden natural; pues poco a 15
poco acaba causando placer lo que empezó por necesidad. Para ellos no hay
domicilio alguno ni morada alguna más que los que la fatiga dispone para
cada día; su comida es vulgar y aun deben procurársela con sus propias
manos, la inclemencia del cielo horrorosa, sus cuerpos desprotegidos: esto
que te parece un desastre es la vida de tanta cantidad de gentes. ¿Por qué te 16
extraña que los hombres buenos, para que se fortalezcan, se vean
zarandeados? No hay árbol firme ni fuerte sino aquél sobre el que se abate un
viento constante, pues por el maltrato mismo se ve obligado a sujetarse y
hunde sus raíces con más resolución: son quebradizos los que han crecido en
un soleado valle. Luego también es provechoso a los hombres buenos, para
que puedan mantenerse impasibles, meterse mucho en situaciones pavorosas y
soportar con ecuanimidad lo que no son males sino para quien mal los
sobrelleva.

Añade ahora el hecho de que es provechoso para todos que los mejores, **5**
por así decir, estén de servicio y lleven acciones a cabo. Tiene el dios la
misma intención que el sabio, mostrar que lo que el vulgo apetece, lo que lo
aterra, no es ni bueno ni malo; será, en cambio, evidente que es bueno si no lo
aplica más que a los buenos, y que es malo si tan sólo lo destina a los malos.
La ceguera será detestable si no pierde los ojos nadie más que aquel a quien 2
deben arrancárselos; así pues, que queden privados de la luz Apio[30] y
Metelo.[31] La riquezas no son un bien; así pues, que las posea también el
alcahuete Elio,[32] para que los hombres vean el dinero, aun cuando lo
consagran en los templos, también en un burdel. De ningún modo puede el
dios alejar lo deseado mejor que si lo desvía hacia los más ruines y se lo
hurta a los mejores. «Pero es injusto que un hombre bueno se vea mutilado o 3
crucificado o encadenado, que los malvados se pavoneen con sus cuerpos
intactos, despreocupados y consentidos.» ¿Entonces, qué? ¿No es injusto que
los hombres esforzados tomen las armas y pernocten en el campamento y
estén de pie ante la empalizada tras vendarse las heridas, y que entre tanto

estén a salvo en la ciudad los afeminados y los que presumen de su
indecencia? ¿Entonces, qué? ¿No es injusto que doncellas de noble linaje se
despierten por las noches para realizar sus tareas sagradas,[33] que las 4
disolutas disfruten del sueño más profundo? El trabajo incita a los mejores:
el Senado a menudo delibera el día entero, mientras durante ese tiempo los
más despreciables o distraen su ocio en el Campo[34] o se esconden en la
taberna o malgastan su tiempo en alguna tertulia. Lo mismo pasa en esta gran
República: los hombres buenos trabajan, gastan, se gastan, y de buena gana,
por cierto; no se ven arrastrados por la suerte, le van detrás e igualan sus
pasos; si hubieran podido, la hubieran adelantado. Recuerdo haber oído esta 5
expresión, también animosa, de Demetrio, hombre el más esforzado: «Sólo de
esto —dijo— puedo quejarme de vosotros, dioses inmortales, de que habéis
hecho vuestra voluntad sin que me fuera conocida de antemano; pues hubiera
llegado primero a estas situaciones en las que me hallo ahora requerido.
¿Queréis tomar mis hijos? Para vosotros los crié. ¿Queréis alguna parte de mi
cuerpo? Tomadla: no os prometo gran cosa, en seguida lo abandonaré por
entero. ¿Queréis mi vida? ¿Cómo voy a pretender aplazar que recuperéis lo
que me disteis? De buena gana os llevaréis de mí cuanto pidáis. ¿Qué hay,
entonces? Habría preferido ofrecer a entregar. ¿Por qué era preciso
arrebatármelo? Pudisteis recibirlo; pero ni siquiera ahora me lo arrebataréis,
porque no se quita nada sino al que pretende conservarlo».

Nada se me impone, nada sufro mal de mi grado, ni soy esclavo del dios, 6
sino que me pongo de acuerdo con él, tanto más, por cierto, cuanto que sé que
todo transcurre según una ley precisa y dictada para la eternidad. El destino
nos guía y la primera hora de los nacidos ha determinado cuánto tiempo le 7
queda a cada cual. Una causa depende de otra causa, el interminable
encadenamiento de los hechos arrastra consigo asuntos privados y públicos:
por lo tanto, hay que sufrir cualquier cosa esforzadamente, porque todas ellas
no se precipitan, como pensamos, sino que van llegando. Hace tiempo quedó
establecido de qué disfrutas, de qué te lamentas y, a pesar de que las vidas de
los individuos parezcan ser variadas con grandes diferencias, el total viene a
ser sólo esto: perecederos nosotros, recibimos bienes perecederos. Así pues, 8
¿por qué nos irritamos? ¿Por qué nos quejamos? Para esto hemos sido
preparados. Que la naturaleza se sirva a su gusto de los cuerpos, que son
suyos; nosotros, contentos con todo, esforzados, pensemos que nada perece
de lo nuestro. ¿Qué es propio de un hombre bueno? Ofrecerse al destino. Es
un profundo alivio ser arrebatado junto con el universo: sea lo que sea lo que

ha decretado que vivamos así, que muramos así, obliga también a los dioses en la misma necesidad. Una carrera irrevocable transporta lo humano igual que lo divino: el mismo fundador y conductor de todo escribió de cierto el destino, pero se ciñe a él: siempre obedece, sólo una vez ordenó. «¿Por qué, sin embargo, el dios en la adjudicación del destino fue tan injusto que a los 9
hombre buenos les asignó la pobreza y los golpes y las muertes prematuras?» El artesano no puede modificar la materia: no lo ha consentido ella nunca. Algunas cosas no se pueden separar de otras, forman un conjunto, son indivisibles. Los temperamentos lánguidos y proclives al sueño o a un duermevela muy similar al sueño están entramados con elementos inactivos: para que se produzca un hombre del que se deba hablar con consideración hace falta una índole más fuerte. No le será llano el camino: es preciso que vaya arriba y abajo, que quede a merced de las olas y guíe su navío entre remolinos. Contra su suerte debe él mantener el rumbo; tendrá muchos tropiezos duros, amargos, pero que podrá ablandar y dulcificar él mismo. El fuego contrasta el oro; la desventura, a los hombres esforzados. Mira qué alto 10
ha de trepar la virtud: sabrás que no ha de avanzar por lugares seguros.

Es empinado primero el camino, el cual los caballos
frescos al alba apenas ascienden; la parte más alta,
en medio del cielo, de donde incluso a mí me da miedo
mares y tierras mirar y tiembla mi pecho con grande
pánico; al fin el camino es pendiente y precisa de guía
firme; entonces también la que abajo me acoge en sus olas,
Tetis la honda, suele temer que me caiga al abismo.[35]

Al oír esto, el animoso joven dice:[36] «Me gusta el camino, subo; vale la 11
pena ir por él, aunque me pueda caer». No deja de amedrentar con temores su ánimo ardiente:

Y aunque mantengas el rumbo y ningún desvío te arrastre,
has de marchar sin embargo a través de los cuernos del toro
hostil, de los arcos de Hemonia y la faz del león sanguinario.[37]

Tras esto dice: «Engancha el carro que me has prometido: lo que piensas que me arredra me anima; me agrada estar allí donde el sol mismo tiembla». Es propio del humilde y débil perseguir la seguridad: el valor marcha por las alturas.

«¿Por qué, sin embargo, consiente el dios que pase a los hombres buenos 6
alguna desgracia?» Él, de cierto, no lo consiente. Aleja de ellos todas las
desgracias, crímenes y escándalos y pensamientos deshonestos y ambiciosos
proyectos y pasión ciega y avidez espía de lo ajeno; los cuida y defiende:
¿acaso alguien exige al dios que también vigile el bagaje de los hombres
buenos? Ellos mismos alejan del dios esta preocupación: menosprecian las
apariencias. Demócrito[38] rechazó las riquezas, pues las consideraba un 2
lastre para una mente pura: ¿por qué te extrañas entonces, si el dios consiente
que al hombre bueno le suceda lo que el hombre bueno a las veces quiere que
le suceda? Los hombres buenos pierden hijos: ¿cómo no, cuando a las veces
también los matan? Son enviados al destierro: ¿cómo no, si a veces ellos
mismos dejan la patria dispuestos a no regresar? Son asesinados: ¿cómo no,
cuando a veces atentan contra sí mismos? ¿Por qué razón sufren duros
tropiezos? Para que enseñen a otros a sufrir: han nacido para ser ejemplo. 3
Así pues, imagina que el dios dice: «¿Qué tenéis que podáis reprocharme
vosotros que os complacéis en la rectitud? A los otros los he rodeado de
bienes falsos y he burlado sus espíritus frívolos con una suerte de sueño largo
y engañoso: los he decorado con oro, plata y marfil, dentro no hay nada
bueno. Esos que consideras dichosos, si los miras no por donde se ofrecen a 4
la vista sino por donde se ocultan, son infelices, sucios, repugnantes,
enlucidos por fuera a semejanza de sus paredes; ésa no es una dicha sólida y
simple: es un revestimiento y fino por demás. Así pues, mientras les es
posible estar de pie y mostrarse a su capricho, deslumbran y engañan; cuando
les cae encima algo que los descompone y destapa, se hace entonces evidente
cuánta profunda y verdadera fealdad ocultaba ese esplendor prestado. A
vosotros os he dado bienes seguros, perdurables, mejores y mayores cuanto 5
más les dé uno vueltas y los examine por todos lados: os he concedido
menospreciar lo temible, sentir aversión por las pasiones; no brilláis por
fuera, vuestros bienes aparecen por dentro. Así el mundo ha menospreciado
las apariencias, contento con su propia contemplación. Dentro he puesto
todos los bienes: no necesitar la dicha es vuestra dicha».

“Pero nos caen encima muchas penalidades horrorosas, difíciles de 6
tolerar.” «Puesto que no podía yo sustraeros a ellas, armé vuestros ánimos
contra todas ellas: soportadlas serenamente. Esto es en lo que aventajáis al
dios: él está más allá del sufrimiento de las desgracias, vosotros por encima
del sufrimiento. Menospreciad la pobreza: nadie vive tan pobre como ha
nacido. Menospreciad el dolor: o se destruye o destruye. Menospreciad la

muerte: o bien os da fin o bien os cambia de lugar. Menospreciad la suerte:
no le he dado ningún venablo con el que pudiera malherir el espíritu. Ante 7
todo he procurado que nadie os retuviera sin quererlo vosotros; la salida está
expedita: si no queréis pelear, os es posible huir. Por lo tanto, de todas las
cosas que he querido que os fueran inevitables, nada he hecho más hacedero
que el morir. He puesto la vida cuesta abajo: avanza por sí misma. Tan sólo
fijaos y veréis qué corto y despejado camino lleva a la libertad. No os he
impuesto a la salida unas dilaciones tan largas como a los que entran; de otro
modo, la suerte habría detentado un gran poder sobre vosotros, si el hombre 8
muriera tan despacio como nace. Cualquier momento, cualquier lugar os
puede enseñar qué fácil es renunciar a la naturaleza y arrojarle a la cara su
regalo; entre los altares mismos y los ritos solemnes de los sacrificantes,
mientras se desea la vida, habituaos a la muerte. Los robustos cuerpos de los
toros se derrumban por una pequeña herida y el puñetazo de una persona hace
tambalear animales de enorme fuerza; un delgado hierro desgarra la coyuntura
de la testuz y cuando la articulación que une la cabeza y el cuello se corta,
aquella mole inmensa se desploma. No se esconde el espíritu en lo hondo ni 9
ciertamente hay que extraerlo con el hierro; no hay que registrar las entrañas
con una herida profundamente infligida: la muerte está ahí cerca. No he
destinado un lugar concreto para estos golpes: por donde quieras es
accesible. Eso mismo que se llama morir, con lo que el alma se separa del
cuerpo, es tan breve que no se puede percibir tamaña velocidad: bien sea que
un lazo estrangule la garganta, bien sea que el agua impida la respiración,
bien sea que la dureza del suelo que está debajo despedace a los que se
arrojan de cabeza, bien sea que la absorción del fuego corte la entrada al aire
al regresar, sea lo que sea, va rápido. ¿Es que te ruborizas? ¡Teméis tanto
tiempo algo que pasa tan pronto!».[39]

SOBRE LA FIRMEZA DEL SABIO

EL SABIO NO RECIBE ULTRAJE NI OFENSA[40]

No sin razón, Sereno, diría yo que hay tanta diferencia entre los estoicos y los **1**
demás consagrados a la sabiduría como entre las hembras y los machos, aun cuando ambos grupos contribuyan por igual a la vida de la comunidad, pero una parte ha nacido para obedecer, la otra para el mando. Los demás sabios blanda y suavemente, casi como los médicos de cabecera y particulares a sus enfermos, curan no según lo mejor y más rápido sino según les permiten: los estoicos, que han acometido una vía viril, no se cuidan de que parezca agradable a los que la emprenden, sino de que nos arrebate cuanto antes y nos alce a la alta cumbre que se yergue fuera del alcance de cualquier proyectil,
al punto de que descuella sobre la suerte. «Pero por donde nos llaman está 2
empinado y pedregoso.» ¿Cómo no? ¿A pie llano se llega a las alturas? Y ni siquiera es tan escabroso como pretenden algunos. Tan sólo la primera parte tiene rocas y piedras y aspecto de impracticable, tal como los más lugares suelen parecer abruptos y macizos a quienes los otean de lejos, puesto que la lejanía engaña la vista, luego, a medida que se van acercando, poco a poco se distinguen las cosas que la confusión de los ojos había juntado en montón, entonces se les vuelve ligera pendiente lo que se les hacía precipicio por culpa de la distancia.

Recientemente, al hacerse mención de Marco Catón,[41] hablabas con 3
indignación, intolerante como eres con la injusticia, de que a Catón lo había comprendido poco su época, porque a él, que descollaba por sobre los Pompeyos y los Césares, lo había puesto por debajo de los Vatinios, y te parecía indigno que, en una ocasión en que iba a oponerse a una ley,[42] le hubieran arrebatado la toga en el foro y que, obligado a pasar desde la tribuna de los oradores hasta el Arco de Fabio[43] a través de los grupos del partido sedicioso, hubiera soportado hasta el final palabras insolentes, salivazos y todas las demás ofensas propias de una multitud enloquecida.

Yo te respondí entonces que tenías motivo para inquietarte en nombre del **2**
Estado, que ponían en venta Publio Clodio[44] por su lado, Vatinio y los personajes más detestables por el suyo, y, acometidos de alucinada ambición, no comprendían que ellos, mientras lo vendían, también eran vendidos: en lo que respecta a Catón en sí, te aconsejé que estuvieras tranquilo, haciéndote

pues ver que el sabio no puede recibir ningún ultraje ni ofensa y que, además, los dioses inmortales nos han dado a Catón como un modelo de hombre sabio más claro que lo fueron para las generaciones anteriores Ulises y Hércules.[45] A éstos nuestros estoicos los proclamaron sabios, invictos en sus trabajos, menospreciadores del placer y victoriosos en toda suerte de
espantos. Catón no trabó pelea con fieras, cuyo acoso es propio del cazador y 2
del labriego, ni persiguió monstruos a sangre y fuego ni coincidió con aquellos tiempos en los que uno podía creer que el cielo se apoya en los hombros de un hombre solo:[46] una vez desterrada la antigua credulidad y conducido el siglo a la cima de la ciencia, él, enfrentado a la ambición, mal multiforme, y al ansia desmesurada de poder, que todo el orbe dividido en tres[47] no podía saciar, se alzó en solitario contra los vicios de una ciudad decadente y que tocaba fondo por su mole misma, y detuvo al Estado en su caída, en la medida en que podía sujetarlo una sola mano, hasta que, relegado a la fuerza, se ofreció como compañero a una ruina tanto tiempo diferida y a la vez se extinguió lo que era ilícito dividir; pues ni Catón vivió después de la libertad ni la libertad después de Catón. ¿A éste piensas tú que pudo el
pueblo hacerle ultraje porque lo despojó de la pretura o de la toga, porque 3
salpicó con las inmundicias de su boca aquella cabeza venerable? El sabio está a salvo y no puede verse afectado por el ultraje o la ofensa.

Me parece ver tu espíritu enardecerse y en ebullición, te dispones a **3**
gritar: «Cosas así son las que quitan autoridad a vuestras normas. Prometéis grandes cosas que uno ni siquiera puede desear y mucho menos creer. Luego decís cosas extraordinarias, pero cuando habéis negado que el sabio es pobre, no negáis que suelen faltarle esclavo, techo y comida; cuando negáis que el sabio puede enloquecer, no negáis que se enajena y profiere palabras poco juiciosas y se atreve a cuanto lo obliga la fuerza de su enfermedad; cuando habéis negado que el sabio es un esclavo, igualmente no intentáis impugnar que puede ser vendido y ha de hacer lo que le mandan y prestar a su dueño servicios serviles: así, arqueando bien alto las cejas, caéis en lo mismo que los demás, aunque cambiéis los nombres de las cosas. Así pues,
sospecho que algo así hay también en esto que a primera vista es hermoso y 2
estupendo: el sabio no va a recibir ultraje ni ofensa. Pero lo que más importa es si lo sitúas fuera del alcance de la irritación o fuera del alcance del ultraje. Pues si dices que lo soportará con ecuanimidad, no tiene ningún privilegio, lo ha alcanzado algo común y que se aprende con la frecuencia de

los ultrajes, el sufrimiento; si niegas que puede recibir ultrajes, esto es, que nadie ha de intentar hacérselos, dejo todos mis asuntos y me hago estoico».

Yo, de cierto, no me he propuesto adornar al sabio con el honor ficticio 3
de las palabras, sino situarlo en un lugar en que no se permita ningún ultraje. «¿Entonces, qué? ¿No habrá nadie que lo maltrate, que lo ponga a prueba?» Nada en la naturaleza es tan sagrado que no encuentre su sacrílego, pero lo divino no está menos en lo alto en caso de que haya quienes apetezcan una grandeza situada fuera de su alcance, que no van a tocar; invulnerable es no
lo que no recibe golpes, sino lo que no puede ser herido: por este indicio te 4
haré conocer al sabio. ¿Acaso es dudoso que es más consistente el vigor que no es vencido que el que no es agredido, cuando son dudosas las fuerzas no experimentadas, y, por el contrario, con razón se tiene por la más consistente firmeza la que rechaza todas las embestidas? Sábete así que el sabio es de mejor natural si no lo perjudica ningún ultraje que si no se le hace ninguno; y llamaré esforzado al hombre al que no someten las guerras ni arredra una
fuerza enemiga puesta en marcha, no al que disfruta de un ocio apacible entre 5
gentes apáticas. En consecuencia, lo que digo es que el sabio no está expuesto a ningún ultraje; así pues, no viene a cuenta cuántos dardos le arrojan, cuando a todos es impenetrable. Igual que la dureza de algunas piedras es inexpugnable al hierro, y el diamante no se puede cortar o agrietar o desgastar,[48] sino que por añadidura mella lo que lo golpea, del mismo modo que algunos materiales no pueden ser consumidos por el fuego, sino que conservan, aun rodeados de llamas, su rigidez y su aspecto, del mismo modo que algunos escollos, proyectándose a lo alto, rompen las olas y no muestran huella alguna de violencia, a pesar de haber sido azotados tantos siglos, así el espíritu del sabio es firme y acumula tanto vigor que está tan a salvo del menoscabo como las cosas que he mencionado.

«¿Entonces, qué? ¿No habrá nadie que intente hacer ultraje al sabio?» Lo **4**
intentará, pero el ultraje no lo alcanzará; pues está alejado del contacto con sus inferiores por una distancia demasiado grande para que ninguna fuerza perjudicial haga llegar hasta él sus fuerzas. Incluso cuando los poderosos, nacidos para el mando y fuertes por el consentimiento de sus siervos, pretenden perjudicarlo, todos sus ataques fallarán más acá de la sabiduría tanto como los proyectiles que se arrojan a lo alto con arco o catapultas, aun cuando hayan saltado más allá del alcance de la vista, tuercen su trayectoria más acá del cielo. ¿Qué? ¿Piensas tú que, cuando aquel necio rey oscurecía el
día con multitud de flechas, alguna saeta chocó con el sol, o que pudo tocar a 2

Neptuno echando cadenas a las profundidades?[49] Así como lo celeste escapa a la mano del hombree y la divinidad no se ve en nada perjudicada por los que derriban templos y funden estatuas, cuanto se comete contra el sabio con malicia, desfachatez y arrogancia, en vano se intenta. «No obstante, sería preferible que no hubiera nadie que quisiera hacerlo.» Deseas para el 3
género humano una rara cualidad, la inocencia; que no se cometa importa a quienes planean hacerlo, no a quien no puede sufrirlo incluso aunque se cometa. Más aún, no sé si la calma en medio de las provocaciones no demuestra más la fuerza de la sabiduría, tal como la más clara prueba en favor de un general poderoso en armas y en hombres es una despreocupada indiferencia en tierra de enemigos.

Distingamos, si te parece, Sereno, el ultraje de la ofensa. El primero es **5**
por naturaleza más penoso, ésta, más ligera y grave tan sólo para los remilgados, con la que los hombres no quedan malheridos sino agraviados. Tan grande es, sin embargo, la debilidad y ligereza de los espíritus, que algunos piensan que nada hay más amargo; así, encontrarás un esclavo que prefiera recibir azotes a bofetadas y que considere la muerte y los latigazos más tolerables que una palabras ofensivas. A tal extremo de estupidez se ha
llegado que nos angustia no sólo el dolor sino la idea del dolor, a la manera 2
de los niños, a quienes infunde miedo una sombra y la deformidad de las máscaras y un rostro desfigurado; provocan sus lágrimas los nombres poco agradables al oído y los movimientos de los dedos y otras cosas que rehúyen súbitamente con el ímpetu propio de su confusión.

El ultraje tiene esta intención: afectar a alguien con una desgracia; ahora 3
bien, la sabiduría no deja lugar a la desgracia (pues para ella la única desgracia es la indecencia, que no puede entrar en donde están ya la virtud y la honradez); luego, si no hay ningún ultraje sin desgracia y no hay ninguna desgracia sino lo indecente, pero lo indecente no puede alcanzar a quien está dedicado a tareas honrosas, entonces el ultraje no alcanza al sabio. En efecto, si el ultraje es el sufrimiento de alguna desgracia, pero el sabio no sufre
ninguna desgracia, entonces ningún ultraje afecta al sabio. Cualquier ultraje 4
supone un menoscabo para aquel contra quien arremete, y nadie puede recibir un ultraje sin detrimento ninguno, bien de su dignidad, bien de su cuerpo, bien de las cosas situadas en nuestro exterior. Ahora bien, el sabio nada puede perder: todo lo ha basado en sí mismo, no confía nada a la suerte, tiene sus bienes en un lugar seguro, contento con su virtud, que no tiene necesidad de lo fortuito y por tanto no puede aumentar ni menguar; en efecto, lo que ha sido

llevado hasta su perfección no tiene posibilidad de incrementarse y la suerte
no arrebata nada más que lo que ha dado; ahora bien, no da virtud, por tanto
tampoco la quita: es libre, inviolable, inmutable, inquebrantable, tan
inflexible frente al azar que ni siquiera puede inclinarse y mucho menos
vencerse; mantiene sin desviar sus ojos ante el aspecto de los
acontecimientos terribles, nada cambia en su rostro, bien se le presenten 5
duros, bien favorables. Así pues, no perderá nada que vaya a notar que ha
desaparecido, pues está en posesión de la virtud sin más, de la que no se le
puede apartar, lo demás lo tiene en precario y ¿quién se trastorna por la
pérdida de lo que no es suyo? Y si el ultraje no puede causar daño a nada de
lo que es propiedad del sabio, puesto que si su virtud está a salvo, sus bienes
están a salvo, no se puede hacer ultraje al sabio.

Había tomado Megara Demetrio,[50] el que recibió el sobrenombre de 6
Poliorcetes; el filósofo Estilpón,[51] al que preguntó si había perdido algo, le
dijo: «Nada, todo lo mío lo llevo conmigo». Y sin embargo su hacienda había
ido a parar al botín y a sus hijos los había raptado el enemigo y su patria
había caído en manos extranjeras y el rey en persona, rodeado de las armas
de su victorioso ejército, lo interrogaba desde su posición superior. Pero él 7
le echó por tierra su victoria y demostró que él, a pesar de haber sido tomada
su ciudad, quedaba no sólo invicto sino indemne; pues tenía consigo sus
verdaderos bienes, de los que otro no puede tomar posesión; por el contrario,
los que se llevaban desbaratados y despedazados no los consideraba suyos,
sino accidentales y sujetos al imperio de la suerte. Por eso no los había
apreciado como propios; pues la posesión de todo lo que se concentra en
nosotros desde fuera es escurridiza e insegura.

Piensa ahora si un ladrón o un difamador, un vecino insolente o algún rico **6**
que ejerza el dominio propio de una vejez sin hijos, pueden hacer ultraje a
éste, a quien la guerra, el enemigo y aquel experto en el egregio arte de asolar
ciudades no pudieron arrebatarle nada. En medio de las espadas que 2
centelleaban por todas partes, y el tumulto de la soldadesca en el saqueo, en
medio de las llamas, la sangre y los escombros de la ciudad devastada, en
medio del estruendo de los templos que se derrumbaban sobre sus dioses,
hubo paz sólo para ese hombre. Así pues, no tienes por qué considerar
arriesgada mi promesa, de la que, si te merezco poca confianza, te daré un
fiador. Pues apenas crees que recaiga en un hombre tanta reciedumbre o tanta
grandeza de ánimo; pero él sale al centro y dice: «No tienes por qué dudar de 3
que quien ha nacido hombre pueda elevarse por encima de lo humano, de que

pueda contemplar sereno dolores y daños, erosiones y heridas, la abundante agitación de las circunstancias que vibran a su alrededor y soporte tanto las duras tranquilamente como las favorables moderadamente y, sin ceder a aquéllas ni confiarse en éstas, sea uno solo y el mismo en medio de esta variación y no considere suyo nada más que a él mismo y él también sólo en la parte en que es mejor. Mirad, aquí estoy yo dispuesto a probaros esto: que
bajo este aniquilador de tantas ciudades las fortificaciones se derrumban al 4
golpe del ariete, y la altura de las torres de repente cae a tierra por culpa de las minas y las excavaciones secretas, y el terraplén se acrecienta hasta alcanzar los baluartes más altos, que, por el contrario, no puede hallarse ninguna máquina capaz de remover un espíritu bien cimentado. Hace poco a
rastras he escapado de las ruinas de mi casa y, mientras los incendios 5
brillaban por todas partes, he huido de las llamas a través de la sangre; no sé qué azar atenaza a mis hijas o si es peor que el común; solo y senil y viendo a mi alrededor sólo enemigos, reconozco sin embargo que mi hacienda está íntegra e intacta: poseo, tengo cuanto de mío he tenido. No tienes por qué
creerme a mí vencido y vencedor a ti: ha vencido tu suerte a mi suerte. 6
Aquellos bienes caducos, que cambian de dueño, no sé dónde están; en lo que
toca a mis pertenencias, conmigo están, conmigo estarán. Han perdido esos 7
ricos sus patrimonios, los libertinos sus amores y sus prostitutas amadas con gran dispendio de su reputación, los arribistas la curia, el foro y los lugares destinados a practicar sus vicios en público; los usureros han perdido sus registros, en los que la avaricia, alegre sin razón, sueña riquezas: yo de cierto todo lo tengo íntegro e incólume. Así que pregunta a esos que lloran y se lamentan, que en defensa de su dinero exponen sus cuerpos desnudos a las espadas desenvainadas, que huyen del enemigo con la bolsa repleta».

Luego ten por cierto, Sereno, que el hombre perfecto, colmado de 8
virtudes humanas y divinas, nada pierde. Sus bienes están rodeados de fortificaciones sólidas e infranqueables. No quieras comparar con ellas los muros de Babilonia, por los que penetró Alejandro,[52] ni las murallas de Cartago o de Numancia, tomadas por una misma mano,[53] ni el Capitolio ni la ciudadela[54] (conservan señales del enemigo): las que defienden al sabio están a salvo del fuego y del asalto, no ofrecen ninguna entrada, altas, inexpugnables, iguales a los dioses.

No tienes por qué decir, como sueles, que este sabio nuestro no se halla 7
en parte alguna. No simulamos ese vano ornamento de la condición humana ni

concebimos una imagen inmensa de una falsedad, sino que, tal cual lo describimos, lo hemos exhibido, lo exhibiremos, quizá raras veces y uno solo a grandes intervalos de tiempo; pues las cosas grandes y que sobrepasan la medida vulgar y corriente no se producen frecuentemente. Por lo demás, me temo que este mismo Marco Catón, con cuya mención ha empezado este debate, está por encima de nuestro modelo.

En suma, más potente debe ser lo que hiere que lo que es herido; ahora 2
bien, no es más fuerte la maldad que la virtud; luego el sabio no puede ser herido. Un ultraje contra los buenos no lo intentan sino los malvados: para los buenos hay paz entre ellos, los malvados son para los buenos tan perniciosos como entre ellos. Y si no puede ser herido sino el más endeble y de otro lado el malvado es más endeble que el bueno y los buenos no deben temer un ultraje más que por parte de sus contrarios, el ultraje no cae sobre el hombre sabio. Pues ya no tengo que recordarte que nadie hay bueno sino el sabio. «Si
Sócrates —dice— fue condenado injustamente, recibió un ultraje.» En esta 3
cuestión conviene darnos cuenta de que puede ocurrir que alguien me haga un ultraje y yo no lo reciba: igual que si uno pusiera en mi casa de la ciudad algo que hubiera robado de mi villa: él habrá cometido un hurto, yo no habré
perdido nada. Puede alguien hacerse dañino por más que no haya causado 4
ningún daño. Si uno se acuesta con su esposa igual que con la de otro, será adúltero, por más que ella no sea adúltera. Alguien me ha administrado veneno, pero al mezclarse con la comida ha perdido su poder: él se ha comprometido con el crimen por administrarme el veneno, aunque no me ha causado daño. No es menos asesino aquel cuya puñalada se evitó porque se interpuso la ropa. Todos los crímenes, incluso antes de su ejecución, quedan consumados por cuanto hay culpabilidad suficiente. Ciertas cosas son de esta
naturaleza y se relacionan según la alternativa siguiente: la una puede existir 5
sin la otra, la otra no puede sin la una. Intentaré dejar claro lo que digo. Puedo mover los pies aunque no corra: correr no puedo sin que mueva los pies; puedo, por más que esté en el agua, no nadar: si nado, no puedo no estar
en el agua. De la misma suerte es también esto de que se trata: si he recibido 6
un ultraje, es preciso que se me haya hecho; si me ha sido hecho, no es preciso que yo lo haya recibido. Pues pueden sobrevenir muchos accidentes que rechacen el ultraje: como alguna casualidad puede abatir la mano amenazadora y desviar los dardos arrojados, igual alguna circunstancia puede repeler cualquier ultraje y eliminarlo en pleno curso, de modo que haya sido hecho tanto como no recibido.

Además, la justicia no puede padecer nada injusto, puesto que los 8
contrarios no casan; ahora bien, una injusticia no se puede hacer más que injustamente; luego al sabio no se le puede hacer ultraje: no puede uno ni siquiera favorecerlo. De un lado, al sabio no le falta nada que pueda recibir como regalo, de otro el malvado no puede otorgar nada digno del sabio. Pues debe tener antes de dar, por el contrario, nada tiene que el sabio se complazca en que se transfiera a él.

Luego uno no puede dañar al sabio o favorecerlo, ya que lo divino ni 2
desea ser ayudado ni puede ser herido y por su parte el sabio se sitúa próximo y cercano a los dioses, semejante a un dios, exceptuando su condición mortal. En tanto aspira y se dirige a aquel estado excelso, ordenado, imperturbable, que discurre con un curso igual y concorde, tranquilo, benévolo, creado para el bien común, beneficioso para él mismo y
para los demás, no anhelará nada rastrero, no llorará por nada. El que, 3
apoyándose en la razón, avanza a través de los infortunios humanos con espíritu divino, no tiene dónde recibir un ultraje. ¿Piensas que digo tan sólo de parte del hombre? Ni siquiera de parte de la suerte, que cada vez que ha ido a enzarzarse con la virtud, nunca se ha retirado empatada. Si lo supremo, más allá de lo cual no tienen nada con que amenazar las leyes airadas y los déspotas más crueles, en lo que la suerte malgasta su poder, lo aceptamos con ánimo apacible e imparcial y reconocemos que la muerte no es una desgracia y por ende ni siquiera un ultraje, mucho más fácilmente toleraremos lo otro, daños y dolores, deshonras, cambios de lugar, pérdidas de familiares, separaciones, cosas que al sabio, aunque lo rodeen todas al tiempo, no lo hunden, y con más motivo no se aflige ante la arremetida de cada una por separado. Y si soporta resignadamente los ultrajes de la suerte, ¡cuánto más los de los hombres poderosos, que sabe que son agentes de la suerte!

Así pues, todo lo sufre del mismo modo que el rigor del invierno y la 9
inclemencia del clima, que las fiebres y enfermedades, y lo demás que sucede al azar, y de nadie tiene tan buena opinión que piense que ha hecho algo con reflexión, caso que sólo se da en el sabio. Lo propio de todos los otros no son las reflexiones, sino los engaños, las trampas, los arrebatos desordenados de los espíritus, cosas que cuenta entre los imprevistos. Ahora bien, todo lo fortuito se ensaña a nuestro alrededor y contra nuestros inferiores.

Piensa también que para los ultrajes se abre un amplio campo <en> 2
aquellas ocasiones en que se busca un riesgo para nosotros, como con un acusador sobornado o con una delación calumniosa o con el encono de los

poderosos azuzado contra nosotros, y otras insidias que se dan entre los togados.[55] Es frecuente también el ultraje cuando se han sustraído las ganancias de alguien o la recompensa largo tiempo perseguida, cuando se le ha arrebatado una herencia alcanzada con mucho trabajo y se le ha desposeído del favor de una familia ganànciosa: esto lo evita el sabio, que no sabe ni vivir para la esperanza ni para la aprensión. Añade ahora que nadie
recibe un ultraje sin que se altere su espíritu, sino que se trastorna al 3
percibirlos, que, por el contrario, está libre de trastornos el hombre que ha evitado los extravíos, dueño de sí, de una tranquilidad profunda y apacible. En efecto, si lo toca un ultraje, lo mueve y lo empuja; ahora bien, el sabio está libre de la ira que enciende la impresión de ultraje, y no estaría libre de ira de ningún modo más que estando libre de ultraje, que sabe que no se le puede hacer. De ahí que está tan erguido y alegre, de ahí que se deja llevar por un continuo júbilo; al contrario, no se arruga ante las aprensiones de las circunstancias de los hombres, a tal punto que le resulta útil el propio ultraje, mediante el cual consigue experiencia de sí mismo y pone a prueba su virtud.

Respetemos, os lo ruego, esta intención y asistamos con ánimo y atención 4
amistosos, mientras el sabio se libra del ultraje. Y no por esto se hace ninguna merma a vuestra prepotencia, a vuestros deseos avidísimos, ciega temeridad y arrogancia: a salvo vuestros vicios, se busca esta libertad para el sabio. No bregamos para que no os sea lícito hacer ultrajes, sino para que él pueda mandar al fondo todos los ultrajes y defenderse con su resistencia y
grandeza de ánimo. Del mismo modo en las competiciones sagradas[56] 5
muchos vencieron agotando con su obstinada resistencia los puños de quienes los golpeaban. Considera al sabio como de esta clase, la de los que, gracias a un entrenamiento prolongado y constante, han logrado un vigor capaz de resistir y fatigar toda fuerza hostil.

Puesto que hemos recorrido la primera parte, pasemos a la segunda, en la **10**
que, con argumentos algunos particulares pero comunes los más, refutaremos la ofensa. Es menos importante que el ultraje: por ella podemos quejarnos más que querellarnos, a ella tampoco las leyes la consideraron digna de una
reclamación. Este sentimiento lo provoca la debilidad del espíritu que se 2
arruga ante un dicho o hecho deshonroso: «No me ha recibido hoy, aun cuando recibía a otros», y «Mis palabras o las ha desatendido con arrogancia o las ha puesto abiertamente en ridículo» y «Me ha colocado no en el centro del triclinio sino en el extremo»,[57] y otras circunstancias de este tenor, que

¿cómo llamaré sino quejas de un espíritu hastiado? En ellas inciden
normalmente los refinados y los despreocupados, pues no tiene tiempo de 3
advertir estas cosas uno al que apremian otras peores. Por culpa de un ocio
excesivo los temperamentos débiles por naturaleza y afeminados y los que
han degenerado por falta de auténticos ultrajes, se inquietan por incidentes
cuya mayor parte resulta de un error del que los interpreta. Así pues, muestra
que no hay en él nada de sensatez ni de aplomo quien se siente afectado por
una ofensa. Pues sin duda se considera menospreciado, y esta comezón no se
da sin cierta humillación del espíritu que se deprime y se rebaja. Por contra,
el sabio no es menospreciado por nadie, conoce su grandeza y se hace saber a
sí mismo que nadie tiene tantos derechos sobre él y todas estas que yo no
llamaría miserias del espíritu sino molestias, no las vence sino que ni
siquiera las siente.

Otras cosas hay que golpean al sabio aunque no lo derriban, como el 4
dolor corporal y la debilidad, o la pérdida de amigos e hijos y el quebranto
de una patria que arde en guerra. No niego que el sabio sienta esto, pues
tampoco le atribuimos la dureza de la piedra o del hierro. La virtud no
consiste en resistir lo que no sientes. ¿Qué hay, entonces? Algunos golpes
recibe, pero, una vez recibidos, los supera, los cura y los mitiga, mas estas
pequeñeces ni siquiera las siente y no emplea contra ellas su habitual virtud
de aguantar las adversidades, sino que o no las tiene en cuenta o las
considera ridículas.

Además, como gran parte de las ofensas la infieren los arrogantes e **11**
insolentes y los que mal soportan la suerte ajena, tiene con qué rechazar esa
disposición engreída, la virtud más hermosa de todas, la magnanimidad: todo
cuanto es de ese tipo ella lo pasa de largo como las apariciones sin sustancia
de los sueños y las visiones nocturnas, que no tienen nada de consistente o de 2
real. Al mismo tiempo piensa que todos son demasiado inferiores para tener
el atrevimiento de despreciar a los muy superiores. *Contumelia* se dice a
partir de *contemptus*,[58] porque nadie señala con tal ultraje más que al que
ha menospreciado; ahora bien, nadie menosprecia al mayor y mejor, aunque
haga algo de lo que suelen los menospreciadores. En efecto, los niños
golpean en la cara a sus padres y el crío enreda y arranca los cabellos de su
madre y los rocía de saliva, o descubre a la vista de los suyos lo que debe
tener tapado y no escatima las palabras más soeces, y nada de esto llamamos
ofensa. ¿Por qué razón? Porque quien lo hace no puede menospreciar. Es el 3
mismo motivo por el que nos hace gracia el ingenio, ofensivo para sus

dueños, de nuestros esclavos, cuyo atrevimiento se arroga finalmente el derecho sobre los invitados, una vez ha empezado con el dueño; y cuanto más despreciable es uno, más suelta tiene la lengua. Con esta intención algunos compran muchachitos descarados y afilan su audacia y les ponen un maestro, para que lancen sus pullas con precisión, y a éstas no las llamamos ofensas sino agudezas: ¡qué tremendo despropósito es con las mismas cosas unas veces divertirse y otras ofenderse y llamar a aquello con lo que un amigo salta insulto, agudeza si viene de un esclavo graciosillo![59]

La misma disposición que tenemos nosotros con los niños la tiene el **12**
sabio con todos los que continúan en la infancia aun pasada su juventud y ya canosos. ¿Han hecho algún progreso esos que manifiestan miserias del espíritu y unos extravíos cada vez más graves, que sólo se distinguen de los niños por el tamaño y conformación del cuerpo, por lo demás no menos caprichosos e inseguros, ansiosos de placeres sin distinción, inquietos y apaciguados no por inspiración propia sino por miedo? Por eso nadie diría
que hay alguna diferencia entre ellos y los niños, porque éstos tienen codicia 2
de tabas, nueces y calderilla, aquéllos, de oro y plata y tableros de mesa, porque éstos hacen entre ellos de magistrados e imitan la pretexta, los haces y el tribunal,[60] aquéllos juegan con circunspección a lo mismo en el Campo[61] y el foro y en la curia; éstos en las playas con un montón de arena levantan remedos de casas, aquéllos, como si hicieran algo importante afanándose en remover piedras, paredes y techos, han convertido en un peligro lo que se inventó para amparar los cuerpos.[62] Luego los niños padecen un extravío
igual que quienes han avanzado más en edad, pero el de éstos es en otro 3
sentido y más grave. Así pues, no sin razón el sabio recibe sus ofensas como bromas y a las veces los amonesta como a niños con castigos y correctivos, no porque ha recibido un ultraje, sino porque lo han hecho y para que dejen de hacerlos; pues igual se doman también las caballerías con la fusta, y no nos enfadamos con ellas cuando han rechazado a su jinete, sino que tiramos del bocado para que el dolor venza su terquedad. Reconocerás entonces que está resuelta también aquella objeción que nos hacen: «¿Por qué razón el sabio, si no recibe ultrajes ni ofensas, castiga a los que los hicieron?» Pues es que no se venga, sino que los enmienda.

Además, ¿qué razón hay para que no creas que esta firmeza de ánimo se **13**
corresponde con el hombre sabio, cuando en otros te es posible advertir lo mismo pero no por el mismo motivo? Pues ¿qué médico se enfada con un

demente? ¿Quién toma a mal los insultos de un enfermo febril al que han 2
prohibido el agua fría? El sabio tiene para con todos el mismo sentimiento
que el médico para con sus enfermos, cuyas partes pudendas, si necesitan una
cura, no desdeña tocar ni examinar sus heces y vómitos ni aguantar los
improperios de los locos furiosos. El sabio se percata de que todos los que
andan vestidos con toga y púrpura, saludables, atezados, están poco sanos y
no los ve de otra forma sino como enfermos indisciplinados. Así pues, ni
siquiera se excitará si durante su enfermedad se han atrevido a una excesiva 3
insolencia contra él, que los está tratando, y con la misma disposición con
que no aprecia en absoluto sus muestras de respeto, tampoco lo que se le hace
poco respetuosamente. Así como no le gustará que un mendigo le tenga
veneración ni considerará un ultraje que un hombre de la más baja plebe, al
saludarlo, no le devuelva a su vez el saludo, igualmente tampoco se engreirá
si muchos ricos lo engríen (pues sabe que no se distinguen en nada de los
mendigos, es más, que son más infelices, pues tienen muchas necesidades y
aquéllos muy pocas) y, a la inversa, no se alterará si el rey de los medos o
Átalo de Asia[63] le dan de lado, al saludarlos, en silencio y con gesto
arrogante. Sabe que su situación no tiene nada envidiable, no más que la de
aquel que en una numerosa familia[64] tiene a su cargo el tratamiento de los
enfermos y los enajenados. ¿Es que voy a molestarme si no me corresponde 4
con mi nombre uno de esos que cerca del Templo de Cástor[65] comercian
comprando y vendiendo siervos inútiles, cuyas tiendas están repletas de un
tropel de esclavos de la peor clase? No, pienso yo, pues ¿qué tiene de bueno
ese en cuyo poder no hay nadie que no sea malo? Luego, del mismo modo que
no hace caso de la cortesía o la descortesía de éste, así tampoco de la del
rey: «Tienes bajo tu poder a partos, medos y bactrianos,[66] pero los retienes
por el miedo, pero por su culpa no tienes ocasión de destensar el arco, pero
son los enemigos más odiosos, pero son sobornables, pero están al acecho de
un nuevo dueño». Luego no se alterará por las ofensas de nadie. Pues ya 5
pueden ser distintos todos entre sí, que el sabio de seguro los considera a
todos parejos, en virtud de su idéntica necedad. Porque si sólo se rebaja una
vez al punto de alterarse por un ultraje o una ofensa, nunca podrá sentirse
sereno; la serenidad, por el contrario, es un bien exclusivo del sabio. Y se
guardará de mostrar respeto al que le ha hecho una ofensa con la mera
suposición de que se la ha hecho; pues es inevitable que se alegre de verse
tenido en consideración uno cuyo menosprecio molesta a todo el mundo.

A algunos los posee una locura tan grande que piensan que una mujer **14**
puede hacerles ofensa.[67] ¿Qué importa cuán hermosa es la suya, cuántos
porteadores tiene, cuán recargadas sus orejas, cuán ancha su litera? De todos
modos es un animal sin seso y, si no acceden a ella el conocimiento y una
vasta erudición, violento, inmoderado en sus pasiones. Algunos se molestan
por verse zarandeados por el peluquero y llaman ofensa a los impedimentos
del guardián de la entrada, a la arrogancia del encargado de los nombres, al
ceño fruncido del ayuda de cámara.[68] ¡Oh, cuántas carcajadas ha de lanzar
en esas circunstancias, con cuánto placer ha de colmar su ánimo el que, desde
la agitación de los extravíos de los otros, contempla su propia calma!
«¿Entonces, qué? ¿No va a acercarse el sabio a las puertas que tenga 2
bloqueadas un portero inflexible?» Él, de cierto, si lo reclama un asunto
ineludible, lo intentará y al portero, sea quien sea, lo amansará como a un
perro fiero, echándole comida, y no le disgustará desembolsar algo para
cruzar el umbral, pensando que en algunos puentes también se abona un peaje.
Así pues, también le pagará al que administre este impuesto sobre las visitas,
sea quien sea: sabe que con dinero se compra lo que está en venta. Es un
pusilánime aquel que está satisfecho de sí mismo porque ha replicado sin
reprimirse al de la entrada, porque le ha roto su bastón, porque se ha
acercado al dueño y le ha pedido que le zurren la badana. Se convierte en
adversario quien entra en liza y, para vencer, se ha hecho parejo al otro.

«Pero el sabio ¿qué hará si lo golpean con el puño?» Lo que Catón 3
cuando lo golpearon en la boca: no se encolerizó, no vengó el ultraje, ni
siquiera lo devolvió, simplemente negó que se le hubiera hecho.[69] Más
entereza mostró no acusándolo que excusándolo. En este punto no nos 4
detendremos mucho tiempo: pues ¿quién no sabe que nada de lo que se cree
malo o bueno le parece al sabio lo mismo que a todos? No mira qué
consideran vergonzoso o miserable los hombres, no va por donde la gente
sino que, como los astros que recorren una ruta en sentido opuesto al
firmamento,[70] así avanza él contra la común opinión.

Así pues, dejad de decir: «¿El sabio, entonces, no recibirá ultraje si le **15**
pegan, si le arrancan los ojos? ¿No recibirá una ofensa si lo acosan por el
foro los gritos insolentes de unos sinvergüenzas? ¿Si en el convite de un rey
le mandan recostarse en un extremo de la mesa y comer con los esclavos
encargados por sorteo de tareas deshonrosas? ¿Si le obligan a soportar
alguna otra de las situaciones que se pueden imaginar desagradables para un

pundonor innato?». Por más que ésas aumenten cuanto sea en cantidad o en 2
magnitud, serán de naturaleza invariable: si no lo alcanzan las nimias, tampoco las más graves. Pero a partir de vuestra debilidad hacéis suposiciones sobre el espíritu grande y cuando calculáis cuánto pensáis que podéis padecer, le ponéis al padecimiento del sabio un límite un poco más allá, pero a él su virtud lo ha colocado en otra zona del universo, sin que tenga nada en común con vosotros. Búscale condiciones difíciles y todas las
que son duras de tolerar y repulsivas al oído y a la vista: un montón de ellas 3
no lo abrumará y lo mismo las afrontará una por una que todas juntas. Quien califica de tolerable para el sabio esto y de intolerable aquello y reduce su grandeza de ánimo a unos límites fijos, hace mal: la suerte nos vence si no se la vence por entero.

No pienses que es estoico este vigor, Epicuro: a quien os arrogáis como 4
valedor de vuestra indolencia y consideráis que hace recomendaciones delicadas y negligentes e inductoras al placer, dice: «Rara vez la suerte se entromete con el sabio».[71] ¡Qué cerca estuvo de pronunciar unas palabras
propias de un varón! ¿Quieres tú hablar más esforzadamente y desplazarlas 5
del todo? Esta casa del sabio estrecha, sin lujos, sin ruidos, sin mobiliario, no está custodiada por ningún portero que distribuya la multitud con su desgana venal, pero por este umbral vacío y libre de guardián no pasa la suerte: sabe que no tiene sitio allí donde no hay nada suyo.

Y si también Epicuro, que fue sobremanera condescendiente con el **16**
cuerpo, se alza contra los ultrajes, ¿qué podrá en nosotros parecer increíble o por encima de la capacidad de la condición humana? Dice él que hay ultrajes
tolerables para el sabio; nosotros, que no hay ultrajes. Pues no tienes por qué 2
decir que esto es incompatible con la naturaleza: no negamos que sea un asunto enojoso verse golpeado y zarandeado y privado de algún miembro, pero negamos que todo eso sea ultraje: no los despojamos de la sensación de dolor sino del nombre de ultraje, que no se puede admitir mientras la virtud esté a salvo. Veremos quién de los dos dice más la verdad: uno y otro coinciden respecto al menosprecio del ultraje. ¿Quieres saber qué diferencia hay entre los dos? La que hay entre dos gladiadores de los más esforzados, uno de los cuales se aprieta la herida y se mantiene en pie, el otro, mirando al
público que grita, le hace señas de que no es nada y no consiente que se 3
interceda por él. No tienes por qué pensar que es mucho en lo que disentimos: ambos ejemplos recomiendan aquello de lo que se trata, que es lo único que os concierne: menospreciar los ultrajes y las que yo llamaría sombras y

sospechas de ultrajes, las ofensas, para despreciar las cuales no hace falta un hombre sabio, sino simplemente cuerdo, que pueda decirse a sí mismo: «¿Eso me sucede merecida o inmerecidamente? Si merecidamente, ofensa no es, es
juicio justo; si inmerecidamente, debe avergonzarse el que cometió la 4
injusticia». ¿Y qué es eso que se llama ofensa? Uno ha bromeado con el brillo de mi cabeza y con el mal estado de mis ojos y con la delgadez de mis piernas y con mi estatura: ¿qué ofensa hay en oír lo que es evidente? Delante de uno solo reímos un dicho, delante de muchos nos enfadamos y no dejamos a los otros el derecho de decir cosas que nosotros mismos solemos decir de nosotros: con las bromas mesuradas nos complacemos, con las inmoderadas nos irritamos.

Crisipo[72] cuenta que uno se enfadó porque alguien lo había llamado **17**
borrego de mar.[73] Hemos visto llorando en el Senado a Cornelio Fido, yerno de Ovidio Nasón, cuando Corbulón[74] le llamó avestruz desplumado; ante otros insultos que zaherían sus costumbres y su vida se le mantuvo sereno el semblante, ante éste tan absurdo se le saltaron las lágrimas: tan grande es la debilidad de los espíritus cuando la razón los ha abandonado. ¿Qué hay de
que nos ofendemos si alguien imita nuestra habla, nuestros andares, si remeda 2
algún defecto de nuestro cuerpo o nuestra lengua? ¡Como si esos detalles se hicieran más evidentes al imitarlos otros que al realizarlos nosotros! Unos con disgusto oyen hablar de su vejez y de sus canas y de otras cosas a las que se llega con ganas: el insulto de la pobreza, que cualquiera que la oculte se echa a sí mismo en cara, ha exacerbado a otros: así pues, a los insolentes e ingeniosos en ofender se les quitan ocasiones si espontáneamente las anticipas tú primero: no da lugar a reír nadie que se ría de sí mismo.
Confiado está a la memoria que Vatinio,[75] hombre nacido tanto para la risa 3
como para el odio, fue un truhán gracioso y decidor. Él mismo decía muchísimas ocurrencias sobre sus pies y los costurones de su cuello: así evitaba las ingeniosidades de sus enemigos, que los tenía en más cantidad que achaques, y sobre todo las de Cicerón. Si con su descaro fue capaz de esto él, que había desaprendido la decencia con sus constantes improperios, ¿por qué no ha de poder uno que haya sacado algún provecho de los estudios liberales y del cultivo de la sabiduría? Añade que es una clase de venganza privar del
placer de la ofensa hecha al que la hizo; suelen decir: «¡Ay, pobre de mí! ¡No 4
lo ha entendido, creo!»; hasta tal punto el éxito de la ofensa estriba en el sentimiento e indignación del que la sufre. Además, no le faltará a veces un

congénere: ya habrá quien te vengue a ti también.

Gayo César,[76] grosero entre los demás defectos que tenía en abundancia, **18**
se dejaba llevar por la singular manía de mortificar a todo el mundo con
algún comentario, y eso que él mismo ofrecía ocasión bien favorable para
reír: tan grande era la fealdad de su tez pálida, testimonio de su vesania, tan
grande la hosquedad de sus ojos agazapados bajo una frente llena de arrugas,
tan grande la deformidad de su cabeza desolada y salpicada de cabellos
teñidos; añade una nuca rodeada de cerdas y la exigüidad de sus piernas y la
enormidad de sus pies. Resulta inacabable, si es que pretendo referir una por
una las palabras con las que se mostró grosero con sus padres y abuelos, con
los dos órdenes juntos:[77] referiré las que le acarrearon su perdición.

Tenía entre sus principales amigos a Valerio Asiático,[78] hombre violento 2
y que apenas estaba dispuesto a soportar con espíritu ecuánime las ofensas
hechas a otros: a éste en un banquete, esto es, en una reunión pública, con voz
bien clara le echó en cara cómo se comportaba su esposa durante el coito.
¡Bondad divina, que esto oiga un hombre, que lo sepa el príncipe y llegue a
tal grado de desenfreno que, siendo príncipe, le cuente tanto sus adulterios
como sus aversiones, no digo a un consular, no digo a un amigo, sino
sencillamente al marido! Por el contrario, Quérea,[79] tribuno militar, tenía 3
una voz en discordancia con su energía, de tono lánguido y, si no conocieras
sus obras, más que sospechosa. A éste Gayo, cuando le pedía el santo y seña,
una veces le daba «Venus», otras «Príapo», censurándole de mil maneras esa
blandura en un hombre armado. Y esto él, que iba vestido con gasas, calzado
con sandalias y adornado con oro.[80] Así pues, le obligó a servirse del hierro
para no pedirle más el santo y seña: él fue el primero entre los conjurados en
levantar la mano, él le cercenó el cuello por la mitad de un solo golpe;
después se acumularon de todas partes muchas más espadas que vengaban
ultrajes públicos y particulares, pero el primer hombre fue el que menos lo
parecía. En cambio, ese mismo Gayo todo lo consideraba ofensa, según son 4
de incapaces para aguantarlas los aficionados a hacerlas: se irritó con
Herennio Macro[81] porque al saludarlo lo había llamado Gayo, y no hubo
impunidad para un primipilo que lo había denominado Calígula. Pues a él,
nacido en el campamento y criado por las legiones, lo solían llamar así, por
ningún otro nombre se hizo nunca más familiar a los soldados, pero eso de
Calígula lo juzgaba una afrenta y una ignominia desde que usaba coturnos.[82]
Luego también nos servirá de consuelo, aunque nuestra afabilidad descuide la 5

venganza, el hecho de que vaya a haber alguien que le dé su merecido al desvergonzado, arrogante e injurioso, defectos que no se agotan en un solo hombre ni en una sola ofensa.

Fijémonos en el ejemplo de aquellos cuya paciencia alabamos, como el 6
de Sócrates, que tomó por el lado bueno las chanzas contra él publicadas y contempladas en las comedias, y se rió no menos que cuando su esposa Jantipa lo empapó de agua sucia.[83] A Antístenes[84] le echaban en cara su madre extranjera y tracia;[84] replicó él que también la madre de los dioses era del Monte Ida.[85]

No hay que llegar a la riña ni al cuerpo a cuerpo. Hay que apartar lejos **19**
los pies y desdeñar cuantas cosas de éstas hagan los ignorantes (por otro lado, no pueden hacerlas más que los ignorantes) y no hacer distinciones
entre las muestras de consideración y los ultrajes del pueblo. Ni hay que 2
dolerse por éstos ni alegrarse por aquéllas; de otra forma descuidaremos muchas obligaciones a causa de nuestra aprensión o nuestra aversión por las ofensas, no haremos frente a nuestras tareas públicas y particulares, productivas incluso a las veces, mientras nos atormenta la afeminada angustia de oír algo contrario a nuestro ánimo. A veces incluso, indignados con los poderosos, manifestaremos este sentimiento con inmoderada libertad. Ahora bien, la libertad no es no sufrir nada, estamos equivocados: la libertad es sobreponer el ánimo a los ultrajes y hacerse a sí mismo tal que sólo de sí mismo provengan los motivos de alegrarse, separar de sí mismo las apariencias, para que no haya de llevar una vida agitada si teme las risas de todos, las lenguas de todos. Pues ¿quién hay que no pueda hacer una ofensa, si
cualquiera puede? Ahora bien, el sabio y el aspirante a la sabiduría 3
emplearán remedios distintos. A los que no han alcanzado la perfección y aún se orientan según las opiniones del pueblo hay que explicarles que deben vivir en medio de ultrajes y ofensas: todo les será más llevadero si se lo esperan. Cuanto más respetado es alguien por su linaje, renombre o patrimonio, que se comporte tanto más esforzadamente, recordando que los grados superiores se mantienen en primera línea de combate. Que soporte ofensas y palabras desvergonzadas y deshonras y demás bajezas como si fuera el griterío de los enemigos y tiros lejanos y piedras que restallan alrededor de los cascos sin herir a nadie; que resista los ultrajes como las heridas, hundidas unas en las armas, otras en el pecho, sin dejarse caer, sin ni siquiera dejarse desalojar de su puesto. Aunque te veas cercado y acosado

por el ímpetu enemigo, es vergonzoso ceder: defiende la posición que te asignó la naturaleza. ¿Quieres saber cuál es esa posición? La del hombre.
Otra ayuda hay para el sabio, opuesta a ésta; pues vosotros estáis en plena 4
lucha, para él ya se ha producido la victoria. No os opongáis a vuestro propio bien, alimentad en vuestro ánimo esta esperanza, mientras llegáis a la verdad, y acoged gustosos lo mejor y asistíos con vuestra reflexión y vuestros deseos: para la república del género humano es beneficioso que haya algo invicto, que haya alguien contra quien nada pueda la suerte.

SOBRE LA IRA

LIBRO I

Solicitaste de mí, Novato,[86] que escribiera de qué manera podía amansarse la ira, y me parece que no sin razón has temido mucho este sentimiento en particular, el más abominable y violento de todos. Pues en los demás hay algo de calma y placidez, éste está totalmente lanzado y en plena acometida, rabiando del bien poco humano deseo de dolor, de armas, de sangre y de suplicios, despreocupado de sí mismo mientras haga daño a otro, arrojándose incluso sobre las propias lanzas y ávido de una venganza que va a arrastrar consigo al vengador. **1**

Así pues, algunos de los hombres sabios calificaron la ira de locura transitoria;[87] pues al igual que ella no tiene dominio de sí misma, olvidada del decoro, desmemoriada de sus obligaciones, tenaz y obstinada en lo que ha empezado, cerrada a la razón y a los consejos, exasperada por motivos banales, incapaz de discernir lo justo y lo verdadero, del todo parecida a las ruinas que caen destrozadas sobre aquello que aplastaron. Además, para saber que no están cuerdos aquellos a quienes posee la ira, atiende a su aspecto: en efecto, lo mismo que son indicios ciertos de los enajenados el rostro provocador y amenazador, el ceño sombrío, la expresión siniestra, el andar acelerado, las manos inquietas, el color demudado, los suspiros frecuentes y exhalados con excesiva vehemencia, los mismos síntomas son los de los airados: arden y centellean sus ojos, un intenso rubor se extiende por todo su rostro cuando les sube hirviente la sangre desde lo hondo de las entrañas, sus labios se mueven, sus dientes se aprietan, se erizan y levantan sus cabellos, su respiración forzada y jadeante, el chasquido de sus articulaciones al retorcerse, los gemidos y los bramidos, y un habla entrecortada de palabras incomprensibles, y las manos golpeadas una con otra con frecuencia excesiva, el pataleo de sus pies sobre el suelo, el cuerpo todo agitado, que exhala las arrogantes amenazas de la ira,[88] la expresión repelente a la vista y horrenda de los que se descomponen y se hinchan (no puedes saber qué es más este vicio, detestable o degradante). 2 3 4

Los demás es posible esconderlos y alimentarlos en secreto: la ira se revela y se exterioriza en la expresión y cuanto más profunda es, tanto más 5

manifiestamente bulle. ¿No ves que en todos los animales, al tiempo que se
alzan para hacer daño, hay señales precursoras y sus cuerpos se alejan
totalmente de su aspecto normal y pacífico, y estimulan su ferocidad? 6
Espumean las mandíbulas del jabalí, sus dientes se afilan refrotándose, los
cuernos de los toros embisten al vacío y la arena se esparce con el golpeteo
de sus pezuñas, los leones rugen, a las serpientes irritadas se les hincha el
cuello, la mirada de los perros rabiosos es sombría: ningún animal es tan
horrendo y tan pernicioso por naturaleza para que no se manifieste en él, en
cuanto lo invade la ira, un acceso de ferocidad renovada. Y no ignoro que 7
también los demás sentimientos a duras penas se ocultan, que la lujuria, el
miedo y la temeridad ofrecen síntomas propios y pueden preverse; pues
ninguna agitación nos penetra con tanta violencia que no altere nada en
nuestro rostro. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? Que los demás sentimientos
surgen, éste sobresale.

Y si ahora quieres atender a sus efectos y estragos, ninguna otra **2**
calamidad ha costado más cara al género humano. Verás asesinatos y venenos
e incriminaciones mutuas de los reos, y descalabros de ciudades y
exterminios de naciones enteras y cabezas de príncipes a la venta en subasta
pública, antorchas lanzadas dentro de los edificios e incendios no
restringidos al interior de las murallas, sino inmensas zonas de las comarcas
reluciendo por la llama enemiga. Observa los cimientos a duras penas 2
visibles de ciudades celebérrimas: las arrasó la ira. Observa los desiertos
abandonados sin habitantes en un radio de muchas millas: los despobló la ira.
Observa a tantos caudillos conservados en el recuerdo como ejemplos de un
mal hado: a uno la ira lo pasó a cuchillo en su alcoba, a otro lo golpeó aun
amparado por los derechos inviolables del huésped, a otro lo despedazó aun
amparado por los tribunales y por la mirada del foro abarrotado, a otro lo
obligó a derramar su sangre en el parricidio de su hijo, a otro a desnudar para
una mano esclava su cuello real, a otro a descoyuntar sus miembros en una
cruz. Y hasta aquí te estoy refiriendo suplicios individuales: ¿qué sería si, 3
dejando a aquéllos contra los que se inflamó la ira por separado, te
apeteciera observar asambleas aniquiladas por la espada y la plebe pasada a
cuchillo por la soldadesca azuzada contra ella, y poblaciones enteras
condenadas a muerte en una catástrofe común ***?[89]

*** como rehusando nuestros cuidados o menospreciando nuestra 4
autoridad. ¿Qué? ¿Por qué razón la gente se aíra con los gladiadores, y tan
injustamente que considera un ultraje el hecho de que no mueran de buen

grado? Cree que la menosprecian y, con sus rostros, gestos y pasiones, de
espectadora se convierte en adversaria.[90] Todo lo que es así no es ira, sino 5
casi ira, tal como la de los niños que, si se han caído, quieren que el suelo
reciba azotes, y a menudo ni siquiera saben por qué se aíran, sino que
sencillamente se aíran, sin motivo y sin ultraje, pero no sin cierta suerte de
ultraje ni sin cierto deseo de castigo. Así pues, los engañan con la simulación
de los golpes y los aplacan con las lágrimas fingidas de quienes les suplican
y con una venganza falsa acaban con un dolor falso.

«Nos airamos a menudo —dice— no con aquellos que nos han **3**
perjudicado, sino con los que se disponen a perjudicarnos: para que sepas
que la ira no nace del ultraje.» Es cierto que nos airamos con los que
proyectan perjudicarnos, pero con el mero pensamiento nos perjudican y 2
quien se dispone a hacer un ultraje ya lo está haciendo. «Para que sepas —
dice— que la ira no es un deseo de castigar, los más débiles a menudo se
aíran con los más poderosos y no ansían un castigo que no esperan». En
primer lugar, hemos dicho que es deseo de aplicar el castigo, no facultad;
ahora bien, los hombres también ansían lo que no pueden. En segundo lugar,
nadie hay tan humilde que no pueda esperar el castigo del hombre más
encumbrado: <todos> somos capaces de hacer daño.

La definición de Aristóteles no se aparta mucho de la nuestra, pues afirma 3
que la ira es el deseo de devolver el dolor.[91] Resulta inacabable exponer
con detalle qué diferencia hay entre esta definición y la nuestra. En contra de
ambas se arguye que las fieras se aíran sin estar irritadas por un ultraje ni con
vistas al castigo o al dolor de otros; en efecto, aunque los logren, no los 4
pretenden. Pero hay que aclarar que las fieras carecen de ira, y todos los
seres salvo el hombre; en efecto, aun cuando es enemiga de la razón, no nace
en ninguna otra parte más que donde está el asiento de la razón. Las fieras
tienen impulsos, rabia, fiereza, impetuosidad, no ira, de hecho, como tampoco
lujuria, y respecto a ciertos placeres son más inmoderadas que el hombre. No 5
tienes por qué creer a ese que dice:

> Ya el jabalí no sabe airarse ni fiarse la cierva
> de su carrera ni el oso atacar a las reses robustas.[92]

Airarse lo dice por arrojarse, abalanzarse; airarse, de hecho, no saben más 6
que perdonar. Los animales irracionales carecen de sentimientos humanos,
pero sí tienen algunos impulsos similares; de otra forma, si en ellos cupieran

el amor y el odio, cabría también la amistad y el rencor, la discordia y la buena armonía; de éstos también quedan en ellos algunos vestigios, por lo demás son bienes y males exclusivos de los corazones humanos. A nadie más
que al hombre se le ha concedido la precaución, la previsión, la atención, el 7
pensamiento, y no sólo de las virtudes humanas están excluidos los animales, sino también de los vicios. Toda su configuración, tanto por fuera como por dentro, es distinta de la humana. La facultad regente y principal[93] está organizada de otra manera. Así como ciertamente tienen voz, pero ininteligible y confusa e incapaz de la palabra, así como tienen lengua, pero trabada y nada suelta para los diversos movimientos, igual tienen la propia facultad principal poco sutil, poco desarrollada. Luego capta las figuras y las formas de las cosas que lo incitan al ataque, pero turbias e imprecisas. De ahí
que sus acometidas y enfados sean violentos, por el contrario no hay en ellos 8
miedos ni preocupaciones, tristeza ni ira, sino algo similar a eso; por ello, en seguida se calman y pasan al extremo contrario y, cuando ya se han enfurecido o asustado violentísimamente, dan en pacer, y a los bramidos y carreras alocadas les siguen de súbito la calma y el sopor.

Ha quedado bastante explicado qué es la ira. Está claro en qué difiere de **4**
la iracundia: en lo mismo que el beodo del bebedor y el temeroso del tímido. El airado puede no ser iracundo; el iracundo puede a las veces no estar
airado. Los demás matices que entre los griegos distinguen la ira en clases 2
con numerosos nombres, como entre nosotros no tienen un término adecuado, los omitiré, aunque nosotros decimos amargado y agrio, no menos que bilioso, rabioso, quejoso, insufrible, áspero, calificativos que son en conjunto las variedades de la ira; entre ellos puedes incluir puntilloso, una refinada especie de iracundia.[94] Pues algunas iras hay que se quedan en los gritos,
otras no menos porfiadas que frecuentes, otras sañudas en sus obras, en sus 3
palabras, más moderadas, otras desahogadas con la amargura de las palabras insultantes; algunas no pasan más allá de las quejas y las envidias, otras son profundas y enconadas y reconcentradas en las entrañas. Otras mil clases hay de este mal multiforme.

Hemos indagado qué es la ira, si corresponde a algún animal otro que el **5**
hombre, en qué difiere de la iracundia, cuántas son sus clases; indaguemos ahora si la ira es conforme con la naturaleza,[95] si es útil y aprovechable en alguna medida.

Se hará evidente si es conforme con la naturaleza, si examinamos al 2

hombre. ¿Qué hay más amable, mientras se mantiene en su estado de ánimo
normal? En cambio, ¿qué hay más cruel que su ira? ¿Qué, más amante de sus
semejantes que el hombre? ¿Qué, más hostil que su ira? El hombre ha nacido
para la ayuda mutua; la ira, para el exterminio; él quiere agruparse, ella
separar; él beneficiar, ella perjudicar; él socorrer incluso a los desconocidos,
ella acometer incluso a los más queridos; él está dispuesto a desvivirse por
la conveniencia de otros, ella a arrojarse al peligro, con tal que los arrastre 3
consigo. Luego ¿quién desconoce más la naturaleza que quien a su obra
óptima y más perfeccionada le atribuye este vicio fiero y pernicioso? La ira,
como hemos dicho, es ávida de castigo: que este deseo sea innato en el muy
pacífico pecho del hombre no es en absoluto conforme con su naturaleza.
Pues la vida humana está fundada en los favores y en la armonía, y no por el
terror, sino por el mutuo amor se obliga a la alianza y a la ayuda recíproca.

«¿Entonces, qué? ¿No es preciso a veces un correctivo?» ¿Cómo no? **6**
Pero sin ira, con lógica, pues no daña, sino que cura bajo la apariencia de
dañar. De la misma manera que ponemos al fuego, para enderezarlas, unas
varas retorcidas y, clavándoles cuñas no para quebrarlas sino para
ensancharlas, las machacamos, así los temperamentos pervertidos por el
vicio los enderezamos con el dolor del cuerpo y del espíritu. Sin duda, el 2
médico en los achaques leves primero intenta no modificar mucho de las
costumbres cotidianas y poner orden a las comidas, bebidas y ejercicios, y
fortalecer la salud cambiando un poco el régimen de vida. Lo siguiente es que
la moderación sea eficaz. Si la moderación y el orden no son eficaces,
elimina y recorta algunos extremos; si tampoco responde a esto, prohíbe los
alimentos y aligera el cuerpo con el ayuno; si los métodos más blandos
resultan un fracaso, saja las venas y pone la mano en los miembros, si por
mantenerse unidos perjudican y propagan la enfermedad; y no le parece duro
ningún tratamiento cuyos efectos sean saludables. De este modo conviene que 3
el guardián de las leyes y gobernador de la ciudad se cuide de las mentes con
palabras, y éstas bien suaves todo el tiempo que pueda, de manera que las
convenza de lo que han de hacer y despierte en sus espíritus el deseo de
honradez y justicia y les inspire la aversión por los vicios, el aprecio por las
virtudes; que pase luego a un discurso más severo, con el que pueda aún
advertir y reprender; por último, que recurra a los castigos, y éstos aún leves
y revocables; que imponga la máxima pena a los máximos crímenes, de modo
que no muera nadie sino el que sea conveniente que muera, incluso para él,
que muere. Sólo será diferente a los que medican en que ellos proporcionan 4

un final fácil a quienes no han podido otorgar la vida, éste expulsa de la vida
con deshonor y humillación pública a los condenados, no porque se
complazca con el castigo de nadie (pues está lejos del sabio una fiereza tan
inhumana), sino para que sean escarmiento de todos y, puesto que en vida no
quisieron ser útiles, el Estado saque provecho al menos de su muerte.

Luego la naturaleza del hombre no es amante del castigo; por eso tampoco
es conforme con la naturaleza del hombre la ira, porque es amante del
castigo. Y aduciré un argumento de Platón (pues ¿en qué perjudica servirse de 5
lo ajeno en la parte en que es nuestro?). «El hombre bueno —dice— no causa
daño.»[96] El castigo causa daño; luego con el bueno no concuerda el castigo
y por lo mismo tampoco la ira, porque el castigo concuerda con la ira. Si el
hombre no se alegra con el castigo, no se alegrará tampoco con ese
sentimiento para el que el castigo es motivo de placer; luego la ira no es
natural.

¿Es que, por más que la ira no sea natural, hay que asumirla, puesto que a **7**
menudo ha sido útil? Levanta los ánimos y los estimula, y sin ella la bravura
no hace nada extraordinario en la guerra, si no se ha infiltrado una llama
procedente de ella ni este acicate ha sobreexcitado y enviado a los peligros a
los audaces. Así pues, algunos piensan que lo mejor es entibiar la ira, no
erradicarla, y, una vez eliminado lo superfluo, limitarla a una medida
saludable, para conservar aquello sin lo cual decaerá la acción y el poder y
la pujanza del espíritu se desvanecerán. En primer lugar, cerrar el paso a lo
pernicioso es más fácil que gobernarlo, y no admitirlo, más que regularlo una 2
vez admitido; en efecto, cuando ya se ha plantado en sus posesiones, es más
poderoso que su gobernador y no consiente verse recortado ni disminuido. 3
Después, la propia razón, a la que se encomiendan las riendas, es poderosa
tanto tiempo como se está apartada de los sentimientos;[97] si se mezcla con
ellos y se corrompe, no puede contenerlos, y los habría podido rechazar. Pues
la mente, sólo con una vez que se vea trastornada y removida, se hace esclava 4
de lo que la empuja. Los inicios de algunas cosas están bajo nuestro dominio,
su continuación nos arrastra con su fuerza y no deja que nos hagamos atrás.
Como los cuerpos arrojados a una sima no tienen ningún control sobre sí
mismos y, tras ser despeñados, no han podido detenerse o frenarse, sino que
la imparable caída ha truncado cualquier decisión y arrepentimiento, y no les
es posible no ir allí a donde no acudir les habría sido posible, igualmente al
espíritu, si se precipita a la ira, al amor y a otros sentimientos, no se le
permite refrenar su impulso; es natural que lo arrastren y lleven al fondo su

peso y la condición torcida de sus vicios.[98]

Lo mejor es despreciar sin rodeos el primer incentivo de la ira y combatir **8**
sus propios gérmenes y hacer un esfuerzo para no caer en la ira. En efecto, si
empieza a llevarnos de través, resulta difícil el regreso al estado normal,
puesto que no queda razón ninguna allí donde sólo una vez un sentimiento se
ha introducido y nuestra voluntad le ha otorgado algún derecho: hará del resto
lo que quiera, no lo que le permitas. En los puestos fronterizos hay que hacer 2
retroceder al enemigo; en efecto, cuando ha penetrado y se ha metido por las
puertas, no admite reglas de parte de sus prisioneros. Pues el espíritu no está
desapegado y no otea desde fuera los sentimientos, para no consentirles
avanzar más allá de lo conveniente, sino que él mismo se convierte en
sentimiento y por eso no puede restablecer aquella fuerza suya útil y eficaz, 3
tras ser rendida y después debilitada. Pues, como he dicho, éstos no tienen
sus sedes separadas y apartadas, sino que sentimiento y razón son mutaciones
del espíritu a mejor o a peor. Entonces ¿cómo la razón que ha cedido a la ira
resurgirá, si está ocupada y oprimida por los vicios? ¿O de qué manera se
liberará de la confusión en la que predomina una mezcolanza de lo peor? 4
«Pero algunos —dice— se reprimen en medio de su ira.» ¿De tal manera que
entonces no hacen nada de lo que les dicta la ira, o sí hacen algo? Si no hacen
nada, es evidente que no es necesaria para sus actividades la ira, a la que
vosotros, como si tuviera algo más fuerte que la razón, invocabais. Pregunto
yo, en fin: ¿es más vigorosa que la razón o más débil? Si más vigorosa, 5
¿cómo podrá imponerle la razón un límite, cuando no suelen obedecer más
que los seres desvalidos? Si es más débil, sin ella se basta por sí misma la
razón para el logro de sus fines y no echa de menos la ayuda de otro más
desvalido. «De todos modos, algunos airados mantienen el equilibrio y se 6
reprimen.» ¿En qué momento? Cuando ya la ira se ha disipado y ha decaído
espontáneamente, no cuando está en plena ebullición, pues entonces es más
poderosa. «¿Pues qué? ¿Es que incluso en medio de su ira no dejan marchar 7
incólumes e indemnes a quienes odian, y además se abstienen de
perjudicarlos?» Lo hacen: ¿en qué momento? Cuando otro sentimiento ha
contraatacado a este sentimiento y bien el miedo, bien el ansia, han logrado
algo. No se ha calmado en ese instante por influjo de la razón, sino por el
inestable y perverso pacto entre los sentimientos.

Además, no tiene en sí misma nada útil ni estimula el espíritu para las **9**
hazañas bélicas; pues nunca debe ser asistido por el vicio el valor, satisfecho
consigo mismo. Cada vez que le hace falta un empuje, no se aíra sino que se

yergue y, según piensa que le hace falta, se excita y se relaja, no de otra forma que los proyectiles que son disparados mediante catapultas están bajo el dominio del que los lanza en lo referente a la distancia a que son
catapultados. «La ira —dice Aristóteles— es necesaria y sin ella nada se 2
puede conquistar, si no llena ella el ánimo y el espíritu enardece; ahora bien, hay que servirse de ella no como general sino como soldado.»[99] Lo cual es falso; en efecto, si escucha a la razón y sigue por donde la conduce, ya no es ira, cuya característica es la obstinación; si por el contrario planta cara y no se aquieta cuando se le ha ordenado, sino que avanza según su capricho y su ferocidad, es un asistente del espíritu tan inútil como el soldado que desoye
la señal de retirada. Así pues, si consiente que le impongan un límite, hay que 3
llamarla con otro nombre, ha dejado de ser ira, que yo entiendo desenfrenada
e indomable; si no lo consiente, es perniciosa e indigna de ser contada entre 4
los auxiliares: así, o no es ira, o es inútil. En efecto, si alguien exige un castigo sin mostrarse ávido del castigo en sí, sino porque es conveniente, no hay que contarlo entre los airados. Éste será el soldado útil, el que sabe obedecer una consigna; los sentimientos, de hecho, son tan malos asistentes como generales.

Por esto la razón nunca aceptará para socorrerse los impulsos **10**
imprudentes y violentos sobre los que no tenga ella ninguna autoridad, a los que nunca pueda reprimir si no les opone unos parecidos y similares a ellos,
como a la ira el miedo, a la indolencia la ira, al temor el ansia. ¡Manténgase 2
lejos de la virtud esta desgracia, de modo que la razón nunca se refugie en los vicios! Un espíritu así no puede conseguir un reposo duradero, es inevitable que se vea zarandeado y agitado el que está protegido por sus desgracias, el que no puede mostrarse esforzado si no se aíra, activo si no desea, tranquilo si no teme: bajo una tiranía ha de vivir si cae en la servidumbre de algún
sentimiento. ¿No le avergüenza enterrar las virtudes en la clientela de los 3
vicios? Después, deja de poder algo la razón si no puede nada sin el sentimiento, y comienza a ser parecida y similar a él. Pues ¿qué diferencia hay, si el sentimiento es un accidente irreflexivo sin la razón igual que ineficaz la razón sin sentimiento? Dos cosas son afines cuando una no puede
existir sin la otra. Ahora bien, ¿quién puede sostener que el sentimiento 4
equivale a la razón? «Así —afirma—, el sentimiento es útil si es moderado.» Mejor dicho, si su naturaleza es útil. Pero si es rebelde al gobierno de la razón, con la mesura nada más conseguirá esto: perjudicar menos cuanto menor sea; luego un moderado sentimiento no es otra cosa que un mal

moderado.

«Pero contra los enemigos —dice— es necesaria la ira.» En ninguna otra 11
ocasión menos: cuando conviene que los impulsos no sean desenfrenados,
sino templados y obedientes. Pues ¿qué otra cosa hay que quebrante a los
bárbaros, tan robustos de cuerpo, tan resistentes a las fatigas, sino la ira, su
peor enemiga? También a los gladiadores los protege su técnica, los desarma 2
su ira. Además, ¿qué falta hace la ira, cuando lo mismo sirve la razón?
¿Piensas tú que el cazador se aíra con las fieras? Pues no: las captura cuando
se le vienen encima y las persigue cuando le huyen, y todo esto lo hace la
razón sin la ira. ¿Qué exterminó a tantos miles de cimbrios y teutones
esparcidos por los Alpes, de tal forma que la noticia de tamaño descalabro
no la llevó a los suyos un mensajero sino el eco,[100] más que el hecho de que
en ellos había ira en vez de valor? Ella, tal como a las veces embiste y
aplasta lo que se le pone por delante, así mucho más a menudo provoca su
propia perdición. ¿Qué hay más animoso que los germanos? ¿Qué, más
impetuoso en la acometida? ¿Qué, más deseoso de armas, entre las cuales 3
nacen y se nutren, que son para ellos su única preocupación, desdeñando lo
demás? ¿Qué, más endurecido ante cualquier sufrimiento, hasta el punto de
que, en gran parte, ellos no se han procurado algo que cubra sus cuerpos ni
refugios contra el permanente rigor del clima?[101] A éstos, sin embargo, los 4
hispanos y los galos, y los hombres de Asia y de Siria, blandos para la
guerra, antes de que se divise la legión[102] los aniquilan, vulnerables como
son no por otra causa que su iracundia. Venga, a esos cuerpos, a esos
espíritus ignorantes de los refinamientos del lujo, de la opulencia, dales
reflexión, dales disciplina: por no decir nada más, nos será preciso
remontarnos a las costumbres romanas. ¿Por qué otro medio restauró 5
Fabio[103] las fuerzas quebrantadas del Estado, sino porque supo
contemporizar, diferir y retrasar, recursos todos que los airados ignoran?
Habría perecido el Estado, que entonces se hallaba en las últimas, si Fabio se
hubiera atrevido a todo cuanto le inducía su ira: tuvo en consideración la
suerte común y, tras evaluar sus fuerzas, de las cuales ni una mínima parte se
podía perder sin que a la vez lo arrastrara todo consigo, dejó a un lado el
resquemor y la venganza, atento a un único interés y a las ocasiones: triunfó
sobre su ira antes que sobre Aníbal. ¿Qué hay de Escipión?[104] ¿No dejó
atrás a Aníbal y al ejército cartaginés y todos los motivos para airarse, y 6
trasladó la guerra a África, tan calmoso que daba a los maliciosos una

impresión de molicie y apatía? ¿Qué hay del otro Escipión?[105] ¿No estuvo 7
asentado en torno a Numancia más y más tiempo y soportó con ecuanimidad
este resquemor suyo y del Estado: que la derrota de Numancia se llevase más
tiempo que la de Cartago?[106] Mientras cerca y encierra al enemigo, los 8
obligó a caer por su propio hierro. Así pues, no es la ira útil ni siquiera en
las batallas o las guerras; pues es proclive a la temeridad y no se guarda de
los peligros, mientras intenta provocárselos a otros. El valor más seguro es
aquel que ha examinado su entorno más y más tiempo y se ha dominado y ha
avanzado con precaución y determinación.
«¿Entonces, qué? —dice—. ¿El hombre bueno no se aíra si ve golpear a **12**
su padre o raptar a su madre?» No se airará, sino que los vengará, los
defenderá. ¿Es que temes que no le sea acicate suficiente el afecto, incluso
sin ira? O di de la misma forma: «¿Entonces, qué? ¿Cuando vea despedazar a
su padre o a su hijo, el hombre bueno no llorará ni perderá el sentido?».
Estos accidentes vemos que les suceden a las mujeres, cada vez que la 2
sospecha de un ligero peligro las perturba. El hombre bueno prosigue con sus
tareas impertérrito, intrépido; y hará cosas dignas de un hombre bueno, de
forma que no hace nada indigno de un hombre sin más. Van a golpear a mi
padre: lo protegeré; lo han golpeado: los perseguiré en los tribunales, porque
es lógico, no porque me duele. «Se aíran los hombres buenos por los ultrajes 3
a los suyos.» Cuando dices esto, Teofrasto,[107] buscas el aborrecimiento
contra unas normas más esforzadas[108] y, prescindiendo del juez, acudes al
auditorio: como cada cual se aíra en un infortunio así de los suyos, piensas
que los hombres van a juzgar que se debe hacer lo que hacen: pues por lo
general cada uno juzga justo el sentimiento que ve en él. Pero hacen lo mismo 4
si no les sirven bien el agua caliente, si se ha roto un vaso, si el barro ha
salpicado su calzado. El afecto no provoca esa ira, sino la inestabilidad, tal
como en los niños, que llorarán tanto por la pérdida de sus padres como por
la de sus nueces. Airarse por los suyos no es propio de un espíritu afectuoso, 5
sino de uno inestable; hermoso y digno es salir, guiado por el propio dolor,
como defensor de padres, hijos, amigos, conciudadanos, con decisión,
resolución y reflexión, no con arrebato y rabia. Pues ningún sentimiento está
más deseoso de vengarse que la ira, y por eso precisamente es incapaz de
vengarse. Desasosegada e insensata, como prácticamente toda ansiedad, se
obstaculiza a sí misma en aquello que anhela. Así pues, ni en la paz ni en la
guerra nunca fue para nada bueno: pues la paz la hace similar a la guerra, en

los hechos de armas ciertamente se olvida de que Marte es de todos y cae
bajo el poder de otros en tanto no está bajo el suyo propio.

Además, no hay que admitir los vicios en la práctica porque a veces algo 6
han conseguido; en efecto, también las fiebres alivian ciertas clases de
indisposición y no por eso deja de ser mejor estar del todo libre de ellas: es
una clase abominable de remedio el deber la salud a la enfermedad. De
manera similar la ira, aunque a veces ha sido provechosa sorprendentemente,
como un veneno, una caída, un naufragio, no por eso ha de juzgarse saludable,
pues a menudo han sido funestos para la salud.

Además, las cualidades que hay que tener, cuanto más grandes, tanto más **13**
buenas y apetecibles son. Si la justicia es un bien, nadie dirá que ha de ser
mejor si se la despoja de algo; si la fortaleza es un bien, nadie deseará que
disminuya en parte alguna. Luego también la ira cuanto mayor, tanto mejor; 2
pues ¿quién rehusará el incremento de algún bien? No obstante, es inútil que
ella se acreciente; luego también que exista: no es un bien el que con su
aumento se hace un mal. «Es útil —dice— la ira porque hace más combativos 3
a los hombres.» De esa forma, también la embriaguez, pues los hace
descarados y atrevidos, y muchos resultaron mejores con el hierro cuando
estaban poco sobrios. De esta forma di también que el frenesí y la demencia
son necesarios para las fuerzas, puesto que a menudo el furor las vuelve más
vigorosas. ¿Qué? ¿No ha hecho algunas veces el miedo, contradictoriamente, 4
atrevido a uno, y el temor a la muerte ha animado al combate incluso a los
más apáticos? Pero la ira, la embriaguez, el miedo y otras cosas así son
incentivos vergonzosos y fugaces, y no proveen de nada al valor, que no
necesita nada de los vicios, sino que en cierta forma elevan un poco el 5
espíritu abúlico e indolente. Airándose no se hace más esforzado nadie salvo
quien sin la ira no habría sido esforzado; así, no viene en socorro del valor,
sino en su lugar. ¿Qué hay de que, si la ira fuera un bien, seguiría a los más
perfectos? No obstante, los más iracundos son las criaturas y los ancianos y
los enfermos, y cualquier inválido es por naturaleza quejoso.

«No puede ser —dice Teofrasto— que un hombre bueno no se aíre con **14**
los malos.» De esa forma, cuanto más bueno, más iracundo será cada cual:
mira si, al contrario, no será más pacífico y libre de sentimientos y de tal 2
índole que no tenga odio a nadie. Realmente, ¿qué motivo tiene para odiar a
los malhechores, cuando su error los empuja a esos delitos? Sucede que no es
propio del prudente odiar a los que yerran: de otra forma se tendría odio a sí
mismo. Que medite cuántas cosas hace contra las buenas costumbres, cuántas

de las que ha realizado requieren el perdón: al momento se airará también
consigo mismo. Pues tampoco un juez imparcial dicta una sentencia para su
propia causa y otra para la ajena. No se descubrirá, digo, nadie que pueda 3
absolverse a sí mismo y cada cual se dice inocente mirando al testigo, no a su
conciencia. ¡Cuánto más humano, mostrar a los malhechores un ánimo amable
y paternal, y no perseguirlos, sino redimirlos! Al que yerra por los campos
por no conocer la calzada es mejor acercarlo al camino bueno, no alejarlo.

Así pues, hay que corregir a quien comete una mala acción por medio de **15**
advertencias y por medio de la fuerza, con blandura y con aspereza, y hay que
hacerlo mejor para sí mismo y para los otros, no sin un correctivo, pero sí sin
ira: pues, ¿quién se aíra con aquel al que está curando? Pero supongamos que
no pueden corregirse ni se halla en ellos nada sensible ni que permita hacerse
buenas esperanzas: que se eliminen del conjunto de los mortales los que van a
degradar lo que tocan y que dejen de ser malvados de la única manera en que 2
pueden, pero esto sin odio. ¿Qué motivo tengo, pues, para odiar a ese al que
hago un grandísimo favor precisamente cuando lo arrebato a él mismo?
¿Acaso alguien odia sus miembros precisamente cuando se los amputa? No es
eso ira, sino una curación lamentable. Exterminamos a los perros rabiosos y
al buey salvaje e indomable lo matamos, y a las reses enfermas, para que no
contagien al rebaño, les clavamos el hierro; hacemos desaparecer los fetos
monstruosos, incluso a los hijos, si han nacido inválidos y malformados, los
ahogamos; y no es ira sino razón separar de los sanos a los inútiles.[109] Nada
es menos apropiado que el que se aíre quien castiga, cuando el castigo es 3
para la enmienda tanto más provechoso si ha sido inspirado por el buen
juicio. De ahí viene lo que Sócrates dijo a su esclavo: «Te pegaría si no
estuviera airado». Difirió la reprimenda del esclavo para una ocasión más
prudente; en esa ocasión se reprendió a sí mismo. ¿Quién podrá, en fin, tener
sosegados sus sentimientos, cuando Sócrates no se atrevió a abandonarse a su
ira?[110]

Luego para el escarmiento de los descarriados y de los criminales no **16**
hace falta un censor airado; en efecto, como la ira es un delito del espíritu, no
es lógico que un malhechor corrija las malas acciones. «¿Entonces, qué? ¿No
voy a airarme con un ladrón? ¿Entonces, qué? ¿No voy a airarme con un
envenenador?» No; pues tampoco me aíro conmigo cuando me hago una
sangría. Aplico todo tipo de castigo en calidad de remedio. «Tú te hallas en
la primera etapa de tus errores y no caes gravemente sino frecuentemente: una 2
reprensión primero aparte y luego en público tratará de enmendarte. Tú ya

has ido tan lejos que no puedes ser curado con palabras: la deshonra te
detendrá. A ti hay que marcarte con algo más fuerte y que te duela: serás
enviado al destierro y a lugares desconocidos. En ti una crueldad arraigada
ya requiere remedios más duros: se emplearán la prisión estatal y la cárcel.
Tú tienes un espíritu incurable y que encadena crímenes con crímenes, y ya no 3
te impulsan motivos, que nunca han de faltarle al malvado, sino que para ti es
motivo suficiente para delinquir el mero delinquir: te has embebido de
maldad y a tal punto la has mezclado con tus entrañas que no puede salir sino
con ellas; desdichado, hace tiempo que buscas morir: nos portaremos bien
contigo, te quitaremos esa demencia con la que atormentas y te atormentas, y
a ti, que te has revolcado en los sufrimientos tuyos y ajenos, te haremos
realidad el único bien que te queda: la muerte.» ¿Por qué razón voy a airarme
con uno cuando le estoy haciendo un grandísimo favor? En ocasiones la mejor 4
clase de misericordia es dar la muerte. Si yo hubiera entrado como experto en
un hospital o en las casas de un rico, no habría prescrito lo mismo para todos
los que estuvieran enfermos por diversas causas: veo variados vicios en
tantos espíritus y he sido encargado para sanar la sociedad; que se busque una
medicación para el mal de cada cual, que a éste lo cure la humillación, a éste
un viaje, a éste el dolor, a éste la privación, a éste el hierro. Así pues, 5
también, si como magistrado he de ponerme el vestido fatídico[111] y convocar
con clarines la asamblea,[112] no subiré al estrado enfurecido ni predispuesto,
sino con el rostro de la ley, y pronunciaré las solemnes palabras con voz más
bien baja y grave que rabiosa, y ordenaré que se actúe según la ley, no
airado, sino severo, y cuando mande que le corten el cuello al criminal, y
cuando meta a los parricidas en un odre luego cosido, y cuando condene a la
pena militar,[113] y cuando ponga en la Roca Tarpeya[114] a un traidor o a un
enemigo público, estaré sin ira y con el rostro como cuando pisoteo 6
serpientes y animales venenosos. «La iracundia hace falta para castigar.»
¿Qué? ¿Te parece que la ley está airada con los que no conoce, los que no ve,
los que no puede prever que vayan a existir? Así pues, hay que adoptar el
espíritu de ella, que no se aíra sino que se decide. En efecto, si a un hombre
bueno le cuadra airarse por los actos malvados, también le cuadrará sentir
envidia por la prosperidad de los hombres malvados. Pues ¿qué hay más
indigno que el que algunos medren, y abusen de la benevolencia de la suerte
aquellos para quienes no puede hallarse una suerte lo bastante mala? Pero
verá su desahogo sin envidia, tal como sus crímenes sin ira; el buen juez

condena lo censurable, no lo odia. «¿Entonces, qué? ¿Cuando el sabio tenga 7
entre manos un asunto así, no se impresionará su espíritu y estará más
inquieto que de ordinario?» Lo reconozco: sentirá alguna inquietud ligera y
tenue; en efecto, como dice Zenón,[115] también en el espíritu del sabio,
incluso cuando su rostro se ha curado, queda una cicatriz. Así pues, sentirá
algunos indicios y apariencias de sentimientos, de éstos en sí, de hecho,
carecerá.

Aristóteles afirma que algunos sentimientos, si uno se sirve bien de ellos, **17**
son como armas.[116] Esto sería cierto si, como los equipamientos militares,
pudieran ponerse y quitarse a gusto del que los lleva: estas armas que
Aristóteles da a la virtud luchan por sí mismas, no esperan una mano, y
toman, no son tomadas. No hacen falta en absoluto otros equipamientos, 2
bastante nos equipó con la razón la naturaleza. Nos ha dado este dardo
resistente, duradero, manejable, ni con dos puntas ni tal que pudiera ser
arrojado de vuelta contra su dueño. No sólo para prever las acciones, sino
para llevarlas a cabo es bastante la razón por sí misma; y, verdaderamente,
¿qué hay más estúpido que el pedir ésta protección a la iracundia, una
cualidad estable a una insegura, una leal a una desleal, una sana a una
enferma? ¿Qué hay de que precisamente <respecto a> las acciones, en las 3
cuales únicamente parece necesaria la colaboración de la iracundia, la razón
es mucho más fuerte por sí misma? En efecto, cuando ha decidido que ha de
hacer algo, persevera en su decisión; pues no va a encontrar nada en que
cambiarse mejor que ella misma; por eso se mantiene en lo que ha resuelto la
primera vez. A menudo la compasión ha echado atrás a la ira; pues no tiene
una fortaleza sólida sino una hinchazón hueca y se vale de un inicio violento,
no de otra forma que los vientos que emanan de la tierra y se forman en ríos y
pantanos, son intensos pero sin constancia:[117] empieza con gran ímpetu, 4
después desfallece, cansada antes de tiempo, y ella, que no había maquinado
otra cosa que crueldades y nuevos tipos de castigos, cuando hay que hacer el
escarmiento ya está quebrantada y amansada. El sentimiento decae deprisa,
sostenida es la razón. Por lo demás, incluso cuando la ira persevera, no pocas 5
veces, si son muchos los que han merecido morir, tras la ejecución de dos o
tres, deja de matar. Sus primeros golpes son enérgicos: así el veneno de las
serpientes en el momento en que se deslizan fuera de su cubil hace daño, sus
dientes se vuelven inofensivos cuando los ha vaciado la mordedura reiterada.
Luego no sufren penas parecidas quienes habían cometido delitos parecidos, 6

y a menudo quien menos ha cometido más sufre, porque ha quedado expuesto a la ira más reciente. Y para todo es desigual: tan pronto corre más allá de lo que conviene, tan pronto se detiene más acá de lo debido; pues es condescendiente consigo misma y juzga según su capricho y no quiere atender y no deja lugar a la defensa y no suelta lo que ha agarrado y no deja que se le anule ningún juicio suyo, aunque sea errado.

La razón concede tiempo a una y otra parte, después pide también para **18**
ella un aplazamiento, para tener ocasión de aclarar la verdad: la ira se
precipita. La razón quiere dictar sentencias que sean justas: la ira quiere que 2
parezcan justas las sentencias que ha dictado. La razón no mira nada más que
aquello de lo que se trata: la ira se deja impresionar por cuestiones vanas y
que se presentan al margen de la causa. La exasperan un rostro bien sereno,
una voz bien clara, un discurso bien franco, un atavío bien refinado, unos
abogados bien ambiciosos, una simpatía del público; a menudo por odio al
defensor condena al acusado; aunque la verdad salta a su vista, mima y
protege el error; no quiere ser desmentida y en lo que ya ha empezado mal le
parece más decente la obstinación que el arrepentimiento.

En estos tiempos Gneo Pisón[118] fue un hombre libre de muchos defectos, 3
pero atravesado y tal que le complacía el rigor en lugar de la firmeza. Éste,
en una ocasión en que, airado, había ordenado ejecutar a uno que había vuelto
del avituallamiento sin su compañero, como si lo hubiera asesinado puesto
que no lo traía consigo, no le concedió, pese a sus ruegos, ningún plazo para
buscarlo. El condenado fue conducido fuera de la empalizada y ya tendía el
cuello, cuando de repente se presentó el compañero al que creían muerto. 4
Entonces el centurión encargado de la ejecución hace que el ayudante envaine
la espada, lleva al condenado de vuelta ante Pisón, con el propósito de
devolver a Pisón su inocencia; en efecto, al soldado se la había devuelto la
suerte. Entre una enorme concurrencia los compañeros son conducidos
abrazados uno a otro con gran alegría del campamento. Sube al tribunal[119]
Pisón, enfurecido, y ordena ejecutarlos a ambos, tanto al soldado que no 5
había asesinado como al que no había muerto. ¿Qué hay más indigno que
esto? Como uno había aparecido inocente, morían los dos. Pisón añadió
también un tercero; en efecto, ordenó ejecutar al propio centurión que había
traído de vuelta al condenado. Quedaron colocados en aquel mismo lugar
para morir los tres por culpa de la inocencia de uno. ¡Oh, qué hábil es la
iracundia para fingir causas de su furor! «Tú —dice— ordeno que seas 6
ejecutado porque has sido condenado; tú, porque fuiste la causa de la

condena de tu compañero; tú, porque, teniendo orden de matar, no obedeciste
a tu general.» Imaginó de qué manera podría cometer tres crímenes, ya que no
había descubierto ninguno.

Esto de malo, digo, tiene la iracundia: no quiere dejarse gobernar. Se aíra **19**
con la verdad misma, si se manifiesta contraria a su voluntad; con gritos y
alboroto y agitación de todo su cuerpo acosa a los que ha tomado como
blanco, añadiendo improperios e insultos. Esto no lo hace la razón; pero si 2
hace falta, silenciosa y tranquila, hace desaparecer casas hasta los cimientos
y aniquila las familias perniciosas para el Estado, con mujeres e hijos,
derriba los edificios mismos y los deja a ras del suelo y extermina los
nombres enemigos de la libertad: y esto, sin rechinar los dientes ni sacudir la
cabeza ni hacer nada indecoroso en un juez, cuyo rostro debe estar calmado y
en su papel sobre todo en esos momentos, cuando pronuncia fallos de peso.
«¿Por qué hace falta —dice Jerónimo—[120] que te muerdas antes los labios 3
cuando quieres pegar a alguien?» ¿Y qué diría, si hubiera visto a un
procónsul saltando desde el estrado y arrancando los haces al lictor[121] y
desgarrando su propia ropa porque las ajenas eran desgarradas con
parsimonia?[122] ¿Qué falta hace volcar la mesa, o estrellar contra el suelo las 4
copas, o estamparse contra las columnas, o arrancarse los cabellos, o
golpearse los muslos y el pecho? ¿En qué consideración tienes a la ira, que,
como no estalla contra el otro tan deprisa como quiere, se revuelve contra sí
misma? Así pues, los sujetan sus vecinos y les niegan que se calmen.

Nada de esto hace quien sea que, libre de ira, aplica a cada cual el 5
castigo merecido. Deja marchar a menudo a aquel cuya mala acción
descubre: si su arrepentimiento por lo hecho garantiza una esperanza fundada,
si advierte que la perversidad no proviene de lo hondo del espíritu, sino que,
como dicen, está adherida a su superficie, concederá una impunidad que no
va a perjudicar ni a quienes la reciben ni a quienes la conceden; no pocas 6
veces reprimirá grandes crímenes más levemente que otros menores,[123] si
aquéllos se han cometido por error, no por vesania, y en éstos hay una artería
oculta, velada y arraigada. El mismo delito en dos personas no lo sancionará
con la misma pena, si una lo ha perpetrado por omisión y la otra ha procurado
ser perjudicial. Esto lo respetará siempre en todo escarmiento, de modo que 7
sepa que unos se aplican para enmendar a los malvados, otros para
eliminarlos; en ambos casos no tendrá en cuenta lo pasado sino lo futuro (en
efecto, como dice Platón,[124] ninguna persona prudente castiga porque se ha

delinquido, sino para que no se delinca; pues lo pasado no se puede revocar,
sí evitarse lo futuro), y ejecutará en público a los que quiere que se
conviertan en ejemplo de una perversidad que acaba mal, no sólo para que
mueran ellos, sino para que, muriendo, intimiden a los otros. Quien tiene que 8
sopesar y valorar esto, ya ves hasta qué punto debe acceder libre de
cualquier perturbación a una facultad que hay que manejar con el mayor
esmero, el poder sobre la vida y la muerte: en hora menguada se confía el
hierro a un hombre airado.[125]

Tampoco hay que creer que la ira aporta algo a la grandeza de ánimo. **20**
Pues no es eso grandeza sino hinchazón; y para los cuerpos inflados por el
exceso de humores corrompidos su enfermedad no supone desarrollo, sino 2
abundancia perniciosa. Todos aquellos a los que su espíritu extravagante
eleva por encima de los pensamientos humanos creen aspirar a algo
grandioso y sublime; por lo demás, no hay nada firme debajo, sino que es
propenso al derrumbe lo que ha crecido sin cimientos. No tiene la ira en qué
sustentarse; no nace de lo sólido y lo perdurable, sino que es juguete de los
vientos y huera, y está tan lejos de la grandeza de espíritu como la temeridad
de la valentía, la desfachatez de la confianza, la tristeza de la austeridad, la
crueldad de la severidad. Hay mucha diferencia, digo, entre un espíritu 3
sublime y uno soberbio. La ira no emprende nada grande ni hermoso; al
contrario, me parece que, sabedora de su ánimo indolente y desdichado, de su
debilidad, se queja a menudo, como los cuerpos llagados y enfermos, que
gimen al más ligero roce. Así, la ira es sobre todo un defecto femenino y
pueril. «Pero además se da en los varones.» En efecto, también entre los
hombres hay temperamentos pueriles y femeninos. «¿Entonces, qué? ¿No
pronuncian los hombres airados algunas expresiones que parecen emitidas 4
por un espíritu grande?» <Más bien> lo parecen a los desconocedores de la
auténtica grandeza, como aquella espantosa y abominable: «Que me odien
con tal que me tengan miedo».[126] Sábete que se escribió en el siglo de Sila.
[127] No sé qué fue lo peor que deseó para sí, si provocar odio o temor. «Que
me odien.» Era obvia para él la continuación, que lo maldecirían, lo
acecharían, lo aplastarían: ¿qué añadió? ¡Que los dioses lo pierdan, aún
encontró un remedio digno del odio! «Que me odien.» ¿Qué: «con tal que me
obedezcan»? No. «¿Con tal que me aprueben?» No. ¿Entonces, qué? «Con tal
que me teman.» Así no querría yo siquiera ser amado. ¿Piensas que esto fue
dicho por un gran espíritu? Te equivocas; pues eso no es grandeza sino 5

dislate. No tienes por qué creer en las palabras de los que se aíran, cuyos
estallidos son atroces, amenazadores, por dentro su mente está aterrorizada.
Tampoco tienes por qué considerar que es acertado lo que se lee en <Tito> 6
Livio, varón elocuentísimo: «un hombre de temperamento grande más que
bueno».[128] Eso no se puede separar. O será también bueno o no será grande,
porque la grandeza de ánimo la imagino inquebrantable e interiormente sólida
y desde la base equilibrada y firme, como no puede haberla en los 7
temperamentos malvados. Pues pueden ser terribles y tumultuosos y
calamitosos: la grandeza, de hecho, cuyo fundamento y fuerza es la bondad, 8
no la tendrán. Pero, por otro lado, con sus discursos, sus intentos y todos sus
ornamentos exteriores harán que se crea en su grandeza; dirán algo que tú
puedes considerar propio de un gran <ánimo>, tal como Gayo César,[129]
quien, airado con el cielo porque retumbaba interrumpiendo a los
pantomimos, a los que imitaba con más interés que contemplaba, y porque
espantaban el festín los rayos (poco certeros, por cierto), retó a Júpiter a
pelear y además sin cuartel, declamando aquel verso de Homero:

O me levantas o yo a ti.[130]

¡Qué gran delirio fue! Pensó o que no podía ser dañado ni siquiera por 9
Júpiter, o que él podía dañar incluso a Júpiter. No pienso que esta expresión
suya tuviera poca importancia a la hora de excitar los ánimos de los
conjurados, pues les pareció propio de una paciencia exagerada soportar al
que no soportaba a Júpiter.

Luego en la ira, ni siquiera cuando parece violenta y despectiva con **21**
dioses y hombres, nada hay grande, nada noble. O si a alguien le parece que
la ira saca a la luz un gran espíritu, que se lo parezca también el lujo (quiere
apoyarse en marfil, vestirse de púrpura, cubrirse de oro, trasladar tierras,
cerrar mares, despeñar ríos, colgar bosques); que también la avaricia le 2
parezca propia de un gran espíritu (yace sobre pilas de oro y plata y cultiva
campos con apariencia de provincias y a las órdenes de cada uno de sus
granjeros tiene territorios más extensos que los que se sorteaban los
cónsules);[131] que también la concupiscencia le parezca propia de un gran 3
espíritu (salva a nado brazos de mar,[132] castra rebaños de niños, viene a
caer bajo la espada del marido, menospreciando la muerte); que también la
ambición le parezca propia de un gran espíritu (no está contenta con los
cargos anuales; si puede hacerse, quiere ocupar el calendario con su nombre

solo,[133] distribuir sus inscripciones por todo el mundo). Todas estas cosas,
sin que influya cuánto se desarrollen y se extiendan, son estrechas, mezquinas, 4
ruines; la virtud sola es sublime y excelsa, y nada es grande sino lo que al
tiempo es calmo.

LIBRO II

El primer libro, Novato, trató una cuestión más propicia: pues es fácil el **1**
descenso cuesta abajo de los vicios. Ahora hay que abordar asuntos más
delicados; pues nos preguntamos si la ira se inicia por una idea o por un
impulso, esto es, si se mueve por su propia voluntad o de la misma forma que
las más de las cosas que se producen dentro de nosotros siendo nosotros
inconscientes de ellas. El debate debe sumirse en estos detalles, para que 2
pueda también elevarse a otros más altos; en efecto, igualmente en nuestro
cuerpo los huesos y los nervios y las articulaciones, los fundamentos y partes
vitales de todo él, en absoluto agradables de ver, se organizan primero,
después los componentes de los que resulta todo el atractivo para su
semblante y su aspecto; tras todo esto, el último, el color, que atrae las
miradas por demás, se derrama por el cuerpo ya terminado.

La ira no es dudoso que la mueve la impresión aparente de un ultraje; 3
pero nos preguntamos si al punto sigue a la propia impresión y estalla sin que 4
el ánimo la apoye, o si se mueve con su consentimiento. Nosotros opinamos
que ella por sí misma a nada se atreve si no lo aprueba el ánimo; pues tener
la impresión de recibir un ultraje y anhelar vengarlo y reunir las dos
circunstancias (que no debía haber sido ofendido y debe vengarse) no es
propio de un impulso que se excita sin voluntad nuestra. Éste es simple, aquél
complejo y tal que contiene muchos elementos: ha entendido algo, se ha
enfadado, ha condenado, se venga; esto no se puede hacer si el espíritu no ha
reconocido lo que le afectaba.[134]

«¿A qué viene —dices—, esta cuestión?» A saber qué es la ira; en efecto, **2**
si a pesar nuestro nace, nunca se rendirá a la razón. Pues todas las emociones
que no se producen por voluntad nuestra son invictas e ineludibles, como los
escalofríos cuando nos salpican con agua helada, la dentera ante ciertos
contactos; ante las peores noticias se erizan los cabellos y el rubor se esparce
ante palabras soeces y le entra a uno vértigo cuando se asoma a un
precipicio: puesto que nada de esto está bajo nuestro dominio, ninguna razón
nos convence para que no se produzca. La ira es ahuyentada por las normas,
pues es un vicio voluntario del espíritu, no de esos que ocurren por una cierta 2
condición del destino del hombre y que por eso suceden incluso a los más
sabios, entre los que hay que incluir también el primer impacto del espíritu,
que nos trastorna tras la suposición de un ultraje. Nos penetra incluso en 3
medio de los entretenidos espectáculos escénicos y las lecturas de antiguas

historias. A menudo parece que nos airamos con Clodio cuando expulsó a Cicerón y con Antonio cuando lo mata.[135] ¿Quién no se excita contra las 4
armas de Mario, contra las proscripciones de Sila?[136] ¿Quién no se siente hostil con Teódoto y Aquilas y el propio infante que se atrevió a una acción nada infantil?[137] No pocas veces nos incita un canto y una melodía acelerada y el belicoso son de las trompetas; conmociona las conciencias también una pintura tremebunda o la penosa contemplación de los suplicios más justificados; por esto es por lo que reímos con los que ríen y nos entristece 5
una muchedumbre de afligidos[138] y nos calentamos con las disputas de otros. Estas sensaciones no son ira, no más que es tristeza lo que nos arruga la frente a la vista de un naufragio escenificado,[139] no más que temor lo que atraviesa los ánimos de los lectores cuando Aníbal, después de Cannas,[140] pone cerco a las murallas, sino que todas ellas son emociones de espíritus que no quieren emocionarse, tampoco sentimientos, sino principios preliminares de sentimientos. Pues así la trompeta despierta los oídos de un militar ya retirado en tiempos de paz, y el chasquido de las armas pone en pie a los caballos de guerra. Afirman que Alejandro, al cantar Jenofanto, echó mano a las armas.[141]

Nada de esto que sacude casualmente el espíritu debe llamarse **3**
sentimiento; eso, por así decir, el espíritu lo sufre más que lo causa. Luego el sentimiento no es emocionarse ante las impresiones que nos ofrecen los 2
hechos, sino entregarse a ellas y prolongar esta emoción casual. En efecto, si alguien considera indicios de sentimiento y señales del ánimo la palidez y las lágrimas que caen y la irritación de los humores genitales o un profundo suspiro y unas miradas repentinamente más penetrantes o algo similar a esto, se equivoca y no comprende que son arranques del cuerpo. Y así también con 3
frecuencia el hombre más esforzado palidece mientras se arma, y al darse la señal de la batalla, le tiemblan un poco las rodillas al soldado más bravío, y al magnífico general le da un vuelco el corazón antes de que una con otra choquen las primeras líneas, y al orador más elocuente, mientras se dispone a hablar, se le quedan yertas las extremidades. La ira no debe sólo ponerse en 4
marcha, sino salir corriendo, pues es un impulso; ahora bien, nunca se da un impulso sin el consentimiento de la mente y, evidentemente, no puede pasar que se trate sobre venganzas y castigos sin que lo sepa el espíritu. Alguien se ha considerado ofendido, ha querido vengarse, al instante se ha apaciguado porque lo ha disuadido un motivo cualquiera; no llamo ira a esto, una

emoción del espíritu que se pliega a la razón; ira es lo que sobrepasa la razón y la arrastra consigo. Luego la primera agitación del ánimo que nos inspira la 5
impresión de un ultraje, no es ira más que la propia impresión del ultraje; el impulso siguiente, que no sólo acepta sino que aprueba la impresión de ultraje, es ira, una excitación del espíritu que se propone la venganza con intención y deliberación. Nunca es dudoso que el temor implica la huida, la ira, el ataque; mira pues si piensas que se puede pretender o evitar algo sin el consentimiento de la mente.

Y para que sepas de qué manera empiezan los sentimientos o crecen o se **4**
exaltan, hay una primera emoción involuntaria, casi un preparativo y en cierto modo un aviso de sentimiento; una segunda, con una voluntad no obstinada, como si fuera natural que me vengue, puesto que he sido ofendido, o fuera natural que éste cumpla su condena, puesto que ha cometido un crimen; la tercera emoción es ya irrefrenable, la que no quiere vengarse si es natural, sino en cualquier caso, la que derrota a la razón. El primer impacto del espíritu no podemos esquivarlo mediante la razón, tal como tampoco las 2
reacciones que dijimos que les suceden a los cuerpos, que no nos provoquen los bostezos de otros, que no se nos cierren los ojos ante la repentina aproximación de los dedos: eso no lo puede dominar la razón, quizás el hábito y la observación constante lo atenúan. La segunda emoción, que surge deliberadamente, se suprime deliberadamente.

Aún hay que preguntarse si los que se ensañan con la gente y disfrutan con **5**
la sangre humana se aíran cuando matan a aquellos de quienes ni han recibido un ultraje ni ellos mismos estiman haberlo recibido, como fueron Apolodoro[142] o Fálaris.[143] Esto no es ira, es salvajismo, pues no hace daño 2
porque ha recibido un ultraje, sino que hasta está dispuesto, con tal de poder hacer daño, a recibirlo, y se le proponen azotes y desgarraduras no para su venganza sino para su placer. ¿Entonces, qué? El origen de esta perversión está en la ira, que, tan pronto como ha caído en el olvido de la clemencia a 3
causa de la práctica constante y del hartazgo, y ha expulsado del espíritu todo vínculo con los hombres, se transforma finalmente en barbarie. Así pues, ríen y disfrutan y gozan con intenso placer y se alejan muchísimo del aspecto de los airados, sañudos con calma. Cuentan que Aníbal dijo, al ver un foso lleno 4
de sangre humana: «¡Qué bello espectáculo!».[144] ¡Cuánto más bello le habría parecido si hubiera colmado un río y un lago! ¿Qué hay de extraño si te sientes cautivado sobre todos por este espectáculo, nacido entre la sangre y desde niño hecho a las matanzas? Durante veinte años te acompañará la

suerte favorable a tu crueldad y ofrecerá por todas partes a tus ojos un agradable espectáculo: lo verás cerca del Trasimeno y cerca de Cannas y, por
último, cerca de tu Cartago.[145] Hace poco Voleso, procónsul de Asia bajo el 5
divino Augusto,[146] después de haber decapitado con el hacha a trescientos en un solo día, pavoneándose entre los cadáveres con expresión orgullosa, como si hubiera hecho algo magnífico y admirable, exclamó en griego: «¡Qué regia acción!». ¿Qué habría hecho éste de rey?[147] Eso no fue ira, sino una perversión peor e incurable.

«La virtud —dice—, igual que se muestra propicia a las acciones **6**
honrosas, debe airarse con las vergonzosas.» ¿Y qué, si dijeran que la virtud debe ser abyecta y además majestuosa? Pues bien, esto lo dice quien quiere que la ensalcen y que la rebajen, ya que la alegría por lo correctamente hecho
es resplandeciente y generosa, la ira por una falta ajena es sórdida y propia 2
de un corazón mezquino. Y nunca la virtud incurrirá en imitar los vicios mientras los reprime; tiene como reprobable a la misma ira, que en nada es mejor, incluso a menudo peor, que los delitos contra los que se aíra. Disfrutar y alegrarse es propio y natural de la virtud: airarse no va con su dignidad, no más que afligirse; pues bien, la tristeza es compañera de la iracundia y a ella
se ve reducida toda ira, bien tras el arrepentimiento, bien tras el fracaso. Y si 3
es propio del sabio airarse contra las faltas, se airará más con las más graves y se airará a menudo: se deduce que el sabio no sólo es un airado sino un iracundo. Pues bien, si ni la ira intensa ni la frecuente creemos que tienen cabida en el espíritu del sabio, ¿qué razón hay para no eximirlo totalmente de
este sentimiento? Pues no puede haber mesura si hay que airarse por los actos 4
de cada uno; en efecto, o será injusto si por igual se aíra contra delitos desiguales, o iracundo por demás si se enciende tantas veces como merezcan los crímenes su ira.

¿Y qué hay más indigno que el hecho de que los sentimientos del sabio **7**
dependan de la maldad ajena? ¿Dejará Sócrates de poder regresar a casa con la misma expresión con la que había salido de casa?[148] Pues bien, si el sabio debe airarse con lo vergonzosamente hecho y conmoverse y condolerse por los crímenes, nadie hay más atribulado que un sabio: toda su vida transcurrirá en medio de la ira y la aflicción. Pues ¿qué ocasión habrá en que
no vea acciones censurables? Cada vez que se marche de casa habrá de andar 2
por entre criminales y avaros, dilapidadores y sinvergüenzas, por añadidura satisfechos de ello; a ninguna parte se volverán sus ojos, que no encuentre

con qué enfadarse: quedará exhausto si requiere de sí mismo la ira tantas
veces como el motivo la requiera. Todos estos miles que corren por el foro 3
con las primeras luces, ¡qué vergonzosos pleitos tienen, cuánto más
vergonzosos abogados! Uno impugna la voluntad de su padre, que más le
valía respetar, otro comparece contra su madre, otro acude como delator de
un crimen del cual él es reo más que manifiesto; se elige un juez dispuesto a
condenar lo que él ha hecho, y la concurrencia <está> a favor de la parte
culpable, seducida por la voz inocente del defensor.

¿Para qué proseguir uno por uno? Cuando veas el foro colmado por la **8**
multitud y los cercados[149] repletos por la afluencia de toda la gente y el
circo en el que el pueblo muestra su inmensa mayoría, sábete que hay allí
tantos vicios como personas. Entre esos que ves con la toga no hay paz en 2
absoluto:[150] el uno por una rápida ganancia se ve impelido a destruir al otro;
para ninguno hay beneficios si no provienen de ultrajar a otro;[151] odian al
afortunado, menosprecian al infortunado; se molestan con su superior, son
molestos para su inferior; se ven azuzados por deseos opuestos: por un placer
y un botín ligeros desean perderlo todo. Igual que en la escuela de
gladiadores es la vida de los que con los mismos conviven y pelean. Eso es 3
una reunión de fieras, excepto que ellas son pacíficas entre sí y se abstienen
de morder a sus semejantes, éstos se satisfacen con el mutuo
despedazamiento. En esto sí que difieren de las bestias, en que ellas se
amansan con los que les dan la comida, la furia de éstos se nutre con quienes
la alimentan.

Nunca dejará el sabio de airarse, si empieza una sola vez: todo está lleno **9**
de crímenes y de vicios; se comete más de lo que se puede remediar con la
represión; de hecho, se compite en una inmensa competición de maldad. Cada
día es mayor el deseo de delinquir, menor la vergüenza; una vez erradicado el
respeto a los más conveniente y más equitativo, la pasión se arroja a donde le
parece y los crímenes ya no son furtivos: están a la vista y a tal punto la
maldad ha sido presentada en público y ha prevalecido en los corazones de
todos, que la inocencia no es rara sino inexistente. ¿Es, pues, que han 2
quebrantado la ley de uno en uno o unos cuantos? Por todas partes, como a
una señal dada, se agolpan para mezclar lo lícito con lo ilícito:

El huésped no está a salvo del huésped,
ni el suegro del yerno; entre hermanos también es raro el afecto;
de muerte amenaza el hombre a su cónyuge, ella al marido:
descolorido acónito mezclan horrendas madrastras,
antes de tiempo el hijo calcula los años del padre.[152]

¿Y cuánta parte de los crímenes es ésta? No describió los enfrentamientos en 3
el campamento de un solo bando y los juramentos contrarios de padres e
hijos, la llama aplicada a la patria por mano de un ciudadano,[153] y los
escuadrones de jinetes hostiles corriendo de un lado a otro para buscar los
escondrijos de los proscritos, y los manantiales contaminados con venenos,
[154] y epidemias provocadas por la mano del hombre, y el foso abierto
delante de los padres sitiados, las cárceles llenas, y los incendios que
abrasan ciudades enteras, y tiranías funestas, y conjuras clandestinas contra
los reinos y para el exterminio de los pueblos, y tenidos a gala actos que, en
tanto pueden ser reprimidos, son crímenes, raptos y estupros, y ni una boca
siquiera exenta de lascivia. Añade ahora los perjurios públicos de las 4
naciones, y las alianzas rotas, y todo cuanto no se resistía reducido a botín
del más fuerte, los abusos, las estafas, los fraudes, las impugnaciones de
deudas, para lo que no son bastantes los tres foros.[155] Si quieres que el
sabio se aíre tanto como lo exige la vileza de los crímenes, no tendrá que
airarse, sino que tendrá que alelarse.

Será mejor que pienses que no hay que airarse por los errores. ¿Pues qué, **10**
si alguien se aíra con los que en la oscuridad dan pasos en falso? ¿Qué, si
otro con los sordos que no escuchan sus órdenes? ¿Qué, si con los niños
porque, descuidando el estudio de sus deberes, atienden a los juegos y
bromas bobas de sus compañeros? ¿Qué, si quieres airarte con los que
enferman, envejecen, se fatigan? Entre los demás inconvenientes de la
condición mortal está también éste, la obnubilación de la mente, y no sólo la
inevitabilidad del error, sino el amor a los errores. Para no airarte con cada 2
uno, hay que perdonar a todo el mundo, hay que conceder el indulto al género
humano. Si te aíras con los jóvenes y los viejos porque han cometido errores,
aírate con los que aún no hablan: van a cometer errores. ¿Es que alguien se
aíra con los niños, cuya edad aún no sabe las diferencias entre las cosas?[156]
Ser hombre es más grande excusa y más justa que ser niño. Con esta
condición hemos nacido, animales sometidos a no menos enfermedades del 3

espíritu que del cuerpo, no, de hecho, obtusos y lentos, sino que nos servimos
mal de nuestra agudeza, modelos de vicios los unos para los otros.
Cualquiera que sigue a los que por delante han tomado el camino
equivocadamente, ¿cómo no va a tener excusa, puesto que se extravía por una
senda concurrida? Contra los individuos se esgrime la severidad del general, 4
por el contrario es imprescindible el indulto cuando ha desertado entero el
ejército. ¿Qué acaba con la ira del sabio? La multitud de los que cometen
errores. Comprende que injusto y también peligroso es airarse con un vicio
universal.

Heráclito,[157] cada vez que salía y veía a su alrededor a tantos que vivían 5
mal, es más, morían mal, lloraba, se compadecía de todos los que le salían al
paso alegres y felices, con espíritu amable, pero demasiado débil: también él
estaba entre los dignos de lástima. Demócrito,[158] por el contrario, cuentan
que nunca estuvo en público sin una sonrisa; a tal punto no le parecía serio
nada de lo que se hace en serio. En estos casos ¿dónde tiene cabida la ira?
Hay o que reírse de todo o lamentarse de todo.

No se airará el sabio con los que cometen errores. ¿Por qué razón? 6
Porque sabe que nadie nace sabio, sino que se hace, sabe que de toda una
generación poquísimos llegan a ser sabios,[159] porque tiene bien estudiada la
condición de la vida humana; ahora bien, nadie en su sano juicio se aíra con
la naturaleza. ¿Pues qué, si quisiera extrañarse de que no cuelguen frutos de
los arbustos agrestes? ¿Qué, si se extrañara de que los espinos y las zarzas no
estén colmados de alguna fruta comestible? Nadie se aíra cuando la 7
naturaleza defiende un defecto. Así pues, el sabio, sereno y justo para con los
errores, no enemigo sino reformador de los maleantes, sale cada día con esta
previsión: «Me saldrán al paso muchos dados al vino, muchos degenerados,
muchos desagradecidos, muchos avaros, muchos agitados por el furor de la
ambición». Mirará todo eso tan bien dispuesto como el médico a sus
enfermos. ¿Es que aquel cuyo barco hace por todas partes agua abundante 8
porque han cedido las junturas, se aíra con los marineros y con el propio
barco? Más bien busca una solución y cierra el paso a una parte del agua,
achica la otra, tapona las grietas visibles, se enfrenta con infatigable empeño
a las ocultas que van llenando la sentina a escondidas y no desiste sólo
porque reaparezca toda la que había sacado. Hace falta una atención
constante contra los males incesantes y múltiples, no para que concluyan, sino
para que no venzan.

«Es útil —dice— la ira porque evita el menosprecio, porque arredra a
los malvados». En primer lugar la ira, si es tan fuerte como amenaza, por lo **11**
mismo que es terrible es también odiosa; ahora bien, es más peligroso ser
temido que menospreciado. Si, por el contrario, está sin energías, está más
expuesta al desprecio y no escapa a la irrisión; pues ¿qué hay más
insustancial que la iracundia alborotándose sin fundamento? En segundo, no
son más valiosas ciertas cosas sólo porque son más terribles, y no querría yo 2
que le dijeran al sabio esto: «El arma del sabio es también la de la fiera: ser
temido». ¿Qué? ¿No se teme la fiebre, la gota, una úlcera maligna? ¿Es que
por eso hay en ellas algo bueno? Más bien al revés, todas son
menospreciables, desagradables y vergonzosas, y precisamente por eso son
temidas. Así, la ira es en sí misma deforme y en absoluto horrible, pero
muchos le tienen miedo tal como las criaturas a una careta deforme. ¿Qué hay 3
del hecho de que siempre el temor repercute sobre los que lo provocan y
nadie es temido y se queda tan tranquilo? Es oportuno en este punto que se te
venga a las mientes aquel verso de Laberio[160] que, cuando fue declamado en
el teatro en plena guerra civil, atrajo la atención de todo el público, no de
otra forma que si se hubiera manifestado la expresión del sentimiento
popular:

Preciso es que tema a muchos quien muchos temen.[161]

Así ha establecido la naturaleza que todo lo que es grande gracias al miedo 4
ajeno no esté libre del propio. ¡Qué asustadizos son a los ruidos más ligeros
los corazones de los leones! A las fieras más sanguinarias una sombra, un
sonido o un olor insólitos las inquietan: todo lo que atemoriza también
tiembla. Luego no hay razón para que ningún sabio ansíe ser temido ni
considere la ira algo grande sólo porque causa espanto, puesto que, de hecho,
también lo más menospreciable es temido, como los venenos, los cadáveres
pestilentes y las mordeduras.[162] Y no es extraño, cuando a manadas enormes 5
de fieras las detiene y empuja a las trampas un cordel cubierto de plumas,[163]
llamado por su efecto «espantajo»; pues las cosas sin fuste causan terror en
los seres sin fuste. El movimiento de un carro y la visión giratoria de las
ruedas devuelve a los leones a la jaula,[164] a los elefantes los aterroriza el
gruñido de un cerdo.[165] Así pues, la ira es temida del mismo modo que la 6
oscuridad por las criaturas, por las fieras una pluma roja. Ella no tiene en sí
misma nada firme o fuerte, pero trastorna los espíritus tornadizos.

«La maldad —dice— ha de ser suprimida de la naturaleza si quieres **12**
suprimir la ira; ahora bien, no se puede hacer ni lo uno ni lo otro.» En primer
lugar, alguien puede no tener frío, por más que sea invierno, y no tener calor,
por más que sean los meses cálidos: o gracias a su emplazamiento está
protegido contra la inclemencia de la estación, o la resistencia de su cuerpo 2
ha triunfado sobre ambas sensaciones. En segundo, invierte el argumento: es
preciso que elimines de tu espíritu la virtud antes de acoger la iracundia,
puesto que los vicios no van junto con las virtudes ni nadie puede ser al
mismo tiempo un hombre airado y bueno, no más que enfermo y sano. «No se 3
puede —dice— eliminar toda la ira del espíritu, ni la naturaleza del hombre
consiente esto.» Pues bien, nada hay tan difícil y arduo que no lo supere la
mente humana y se lo haga familiar gracias a un ejercicio intenso, y no hay
sentimientos tan fieros e independientes que no queden bien domados gracias
a la disciplina. Todo cuanto se ha propuesto el espíritu lo ha alcanzado: 4
algunos han conseguido no reír nunca;[166] algunos han prohibido a sus
cuerpos el vino, unos el sexo, algunos otros cualquier líquido;[167] otros,
contentándose con una breve cabezada, han prolongado una vela infatigable;
han aprendido a correr por unas cuerdas finísimas y tendidas en ángulo,[168] a
acarrear pesos enormes y que apenas pueden aguantar las fuerzas de un
hombre, a sumergirse a una profundidad inmensa y a desafiar al mar sin
alternar la respiración. Hay otros mil casos en que el tesón franquea
cualquier obstáculo y muestra que no es difícil nada que la mente se haya
impuesto resistir. Esos que he referido poco antes no obtuvieron ninguna 5
recompensa, o ninguna proporcionada a tan pertinaces afanes (pues ¿qué
espléndida paga consigue el que se ha ejercitado en andar por unas cuerdas
tendidas, en someter su cuello a una carga enorme, en no rendir sus ojos al
sueño, en penetrar en lo hondo del mar?), y sin embargo su esfuerzo llega al
final de la tarea sin unos grandes emolumentos: ¿no vamos a recurrir a la 6
paciencia nosotros, a quienes espera un premio tan grande, la imperturbable
tranquilidad de un espíritu dichoso? ¡Qué gran cosa es rehuir el mayor mal, la
ira, y con ella la rabia, la saña, la crueldad, el furor, y otros secuaces de este
sentimiento!

No tenemos por qué buscarnos una defensa o una prerrogativa justificada, **13**
diciendo que eso es útil o ineludible; pues, en fin, ¿a qué vicio le ha faltado
un abogado? No tienes por qué decir que no se puede arrancar: enfermamos
de males curables y la propia naturaleza a nosotros, engendrados para el

bien, si queremos enmendarnos, nos ayuda. Y no es empinado ni escabroso,
como ha parecido a algunos, el trayecto hasta las virtudes: se alcanzan a pie 2
llano. No vengo a vosotros como instigador de una idea sin fuste. Es fácil el camino hacia una vida feliz: emprendedlo de inmediato con buenos auspicios y los propios dioses ayudándoos bondadosamente. Mucho más difícil es hacer eso que hacéis. ¿Qué hay más descansado que la tranquilidad del espíritu, qué más agotador que la ira? ¿Qué más relajado que la clemencia, qué más atareado que la crueldad? El pudor tiene tiempo libre, la lujuria está
ocupadísima. En suma, es fácil la protección de todas las virtudes, los vicios 3
se practican con grandes costes. La ira debe ser retirada (esto en parte lo reconocen incluso quienes dicen que tiene que ser aminorada): que sea abandonada por entero, no va a ser nada provechosa. Sin ella se eliminarán los crímenes con más facilidad y más justicia, los malvados serán castigados y cambiados a mejor. El sabio realizará todo lo que debe sin la ayuda de ningún mal método y no mezclará nada cuya medida deba observar con especial preocupación.

Así pues, nunca hay que admitir la iracundia, a las veces hay que fingirla, **14**
si hay que excitar los ánimos apáticos de los oyentes, tal como incitamos a los caballos que inician tarde la carrera con las espuelas y antorchas aplicadas por debajo.[169] A las veces hay que infundir miedo a aquellos en
los que la razón no resulta eficaz: airarse, de hecho, no es más útil que 2
apenarse, que acongojarse. «¿Entonces, qué? ¿No sobrevienen motivos que provoquen la ira?» Pero entonces sobre todo hay que hacerle frente cuerpo a cuerpo. Y no es difícil derrotar al espíritu, dado que también los luchadores, aun absortos en la parte más vulgar de ellos mismos, sin embargo aguantan los golpes y los dolores para desgastar las fuerzas del que pega, y no hieren
cuando se lo aconseja la ira, sino la ocasión. De Pirro,[170] el más grande 3
instructor para competiciones de lucha, cuentan que solía instruir a los que entrenaba para que no se airaran; pues la ira echa a perder la técnica y sólo mira por dónde puede hacer daño. Así pues, a menudo la razón aconseja paciencia, la ira venganza, y nosotros, que podíamos librarnos de los
primeros males, caemos rodando en otros mayores. A algunos la ofensa, que 4
no han soportado con ecuanimidad, de una sola palabra los arrojó al destierro, y quienes no habían querido soportar en silencio un ligero ultraje, quedaron aplastados por males abrumadores, y los que se habían indignado de que se mermara en algo su libertad absoluta, atrajeron sobre ellos mismos el yugo de la esclavitud.

«Para que sepas —dice— que la ira tiene en sí misma algo de noble, **15**
verás libres a los pueblos que son muy iracundos, como los germanos y los
escitas.»[171] Esto ocurre porque sus temperamentos enérgicos y recios, antes
de que con la disciplina se ablanden, son propensos a la ira. Pues algunas
cualidades no nacen más que en los mejores temperamentos, tal como la
tierra, por más que esté descuidada, produce árboles resistentes y frondosos,
y se hace alto el bosque en un suelo fértil; así pues, también los
temperamentos enérgicos por naturaleza encierran iracundia, y los fogosos y 2
ardientes no conciben nada endeble y delicado, pero tienen incompleto su
vigor, como todo lo que nace sin intervención por su parte, sólo por la
benignidad de la naturaleza, y si no es en seguida dominado por lo que era
adecuado a la valentía, se acostumbra a la audacia y la temeridad. ¿Qué? ¿No
van unidos a los espíritus más apacibles los defectos más ligeros, como la 3
compasión y el amor y la vergüenza?[172] Así pues, a menudo te señalaré un
carácter bueno también con sus males; pero no dejan de ser defectos sólo
porque sean indicios de una naturaleza mejor. Después, todos estos pueblos 4
libres gracias a su fiereza, al estilo de los leones y los lobos, igual que no
pueden ser esclavos, tampoco pueden mandar; pues no tienen la fuerza de un
temperamento humano, sino de uno fiero e inestable; ahora bien, nadie puede
gobernar sino quien a su vez puede ser gobernado. Así pues, generalmente los
imperios han estado en manos de las gentes que disfrutan de un clima más 5
suave: en los orientados al frío y al norte los temperamentos son salvajes,
como dice el poeta,

y muy similares a su clima.[173]

«Se consideran —dice— más nobles los animales en los que se da con más **16**
frecuencia la ira.» Yerra quien como ejemplo para el hombre aduce a esos en
los que el instinto suplanta a la razón: en el hombre la razón suplanta al
instinto. Pero ni siquiera a todos ellos les es beneficioso lo mismo: la
iracundia favorece a los leones, el pánico a los ciervos, al azor la acometida, 2
a la paloma la huida. ¿Qué hay de que ni siquiera es cierto eso, que los
mejores animales son los más iracundos? A las fieras cuyo alimento les
proviene de la caza puedo considerarlas más buenas cuanto más airadas:
antes habré alabado la paciencia de los bueyes y de los caballos obedientes a
las bridas. Ahora bien, ¿qué razón hay para que remitas al hombre a ejemplos
tan desafortunados, cuando tienes el mundo y al dios, a quien, de entre todos

los animales, sólo él imita lo mismo que sólo él lo comprende?

«Los iracundos —dice— son considerados las personas más sinceras.» 3
Pues los comparan con los tramposos y los taimados y parecen sinceros
porque se ponen al descubierto. A éstos, de hecho, no los llamaría yo
sinceros, sino incautos; este nombre lo aplicamos a los necios, los lujuriosos
y los manirrotos y a otros defectos poco discretos.

«Un orador —dice—, si se aíra, a veces es mejor.» Será si simula **17**
airarse; en efecto, también los actores al declamar emocionan al público, no
por estar airados, sino por representar bien al airado; así pues, tanto ante los
jueces como en una asamblea, y dondequiera que los ánimos ajenos han de
ser manejados a nuestro antojo, fingiremos unas veces ira, otras miedo, otras
compasión, para inspirárselos a los demás, y a menudo lo que los auténticos
sentimientos no habían conseguido lo ha conseguido la simulación de los
sentimientos.[174]

«Es apocado —dice— el espíritu que carece de ira.» Es cierto, si no 2
tiene nada más enérgico que la ira. Ni conviene ser ladrón ni presa, ni
compasivo ni cruel: el espíritu del primero es demasiado blando, el del
segundo demasiado duro; sea el sabio equilibrado y en las cuestiones que se
han de resolver más esforzadamente, recurra no a la ira sino a la energía.

Puesto que ya hemos estudiado las cuestiones relativas a la ira, pasemos a **18**
sus remedios. Y, en mi opinión, son dos: no caer en la ira, y no hacer
fechorías en plena ira. Igual que en el tratamiento del cuerpo se prescriben
unos sobre la conservación de la salud, otros sobre su restablecimiento, así
de una forma debemos rechazar la ira, de otra contenerla. Para evitarla, se
prescribirán algunos referidos a la vida en conjunto: éstos se dividirán en
educación y las etapas siguientes.

La educación requiere el máximo esmero, que será sobremanera 2
provechoso; pues es fácil conformar los espíritus aún tiernos, difícilmente se
atajan los vicios que han crecido con nosotros.

La más expuesta a la iracundia es la naturaleza del espíritu ardiente; en **19**
efecto, como los elementos son cuatro, fuego, agua, aire, tierra,[175] sus
propiedades son parejas a ellos, ardiente, fría, seca y húmeda; así pues, la
mezcla de los elementos crea la diversidad de lugares y animales y cuerpos y
costumbres, y, en consecuencia, los temperamentos tienden más a cierta
disposición según predomine la fuerza de cierto elemento: Por eso a algunas
regiones las llamamos húmedas y secas, cálidas y frías. Idénticas son las
distinciones en animales y hombres: importa cuánto de húmedo y de cálido 2

contiene cada cual en sí mismo, y del elemento cuya porción prepondere en él provendrán sus costumbres. A los iracundos los hará la naturaleza ardiente de su espíritu, pues el fuego es impetuoso y porfiado: su mezcla con lo frío hace
tímidos, pues el frío es perezoso y encogido. Así pues, algunos de los 3
nuestros postulan que la ira se produce en el pecho porque la sangre rompe a hervir alrededor del corazón;[176] el motivo por el que se asigna preferentemente esta ubicación a la ira no es otro que el ser el corazón lo más
caliente de todo el cuerpo. La ira de aquellos en quienes hay más de húmedo 4
crece poco a poco, porque no está dispuesto para ellos el calor, sino que lo adquieren con la agitación; así pues, las iras de los niños y de las mujeres son más vehementes que profundas y más ligeras mientras comienzan. En las edades áridas la ira es violenta y potente, pero sin ir a más ni agrandarse mucho, porque al calor que empieza a declinar sigue el frío: los viejos son difíciles y quejumbrosos, como los enfermos y los convalecientes y aquellos
cuyo calor se ha apagado por agotamiento o pérdida de la sangre; en el 5
mismo caso están los consumidos por la sed y el hambre, y aquellos cuyo cuerpo está exangüe y se alimenta mal y desfallece. El vino enciende las iras porque aumenta el calor; según la naturaleza de cada cual, unos se enardecen estando ebrios, otros, estando heridos. Y ningún otro motivo hay para que los más iracundos sean los pelirrojos y rubicundos, en los que el color es por naturaleza tal cual suele darse en los demás en plena ira; pues tienen la sangre inquieta y agitada.

Pero de la misma forma que la naturaleza a algunos los hace proclives a **20**
la ira, así sobrevienen muchos casos que pueden igual que la naturaleza: a unos la enfermedad o una lesión corporal los ha llevado a este estado, a otros el trabajo o una vigilia constante y unas noches desasosegadas, y las añoranzas y los amores; cualquier otra cosa que cause daño al cuerpo o al
espíritu predispone a las quejas a la mente enferma. Pero todo eso son 2
principios y motivos: muchos más puede la costumbre, que, si es reiterada, fomenta el vicio. De hecho, es difícil cambiar la naturaleza y no es posible modificar, una vez combinados, los elementos de los que nacen; pero es útil tener conocimientos de esto, de modo que a los temperamentos calientes les suprimas el vino, que Platón piensa que debe prohibirse a los niños y recomienda que no se fomente el fuego con el fuego.[177] Y tampoco hay que cebarlos con la comida, pues se hincharán los cuerpos y los espíritus junto
con el cuerpo se abotargarán. Que el trabajo los fatigue sin llegar al 3
agotamiento, para que disminuya el calor, no para que se consuma y el hervor

espumee en exceso. Los juegos también serán benéficos, pues el placer moderado relaja los ánimos y los equilibra. Para los más húmedos, los más 4
secos y los fríos no hay riesgo de parte de la ira, sino que hay que temer defectos más pasivos, el pánico y la intolerancia y la impaciencia y las suspicacias: así pues, hay que ablandar y mimar los temperamentos así, e incitarlos a la alegría. Y como hay que servirse de unos remedios contra la ira, de otros contra la desazón, y hay que tratarlas con unos no sólo muy distintos sino contrarios, siempre haremos frente a la que haya medrado.

Será, digo, mucho mejor que los muchachos sean educados en seguida de **21**
forma sana; ahora bien, es una difícil tarea de dirección, porque debemos poner empeño en no fomentar en ellos la ira o en no embotar su carácter. La cuestión precisa una atenta vigilancia, pues ambas cosas, tanto lo que hay que 2
elevar como lo que hay que rebajar, se nutren de recursos muy similares, pero fácilmente engañan, incluso al que está pendiente, los recursos similares. Se desarrolla con la libertad el espíritu, con la servidumbre se debilita; se anima 3
si lo alaban y le infunden buenas esperanzas de sí mismo, pero eso también genera insolencia e iracundia: así pues, hay que dirigirlo entre lo uno y lo otro, de modo que nos serviremos unas veces de las bridas, otras, de la fusta. Que no sufra ninguna humillación, ninguna servidumbre; que nunca le sea 4
necesario rogar suplicando ni le aproveche haber rogado, más bien que se vea recompensado en atención a sus motivos, sus hechos anteriores y sus buenas garantías para lo por venir. En las competiciones con sus compañeros 5
no consintamos ni que sea derrotado ni que se aíre; pongamos empeño en que sea íntimo de aquellos con los que suele luchar, para que en la competición se habitúe a no querer hacer daño, sino vencer; cada vez que triunfe y haga algo digno de alabanza, consintamos que se anime, no que salte de gozo; pues al alborozo sigue la exaltación, a la exaltación la arrogancia y la estimación excesiva de sí mismo. Le daremos algún respiro, mas no lo libraremos a la 6
desidia y la inactividad, y lo retendremos lejos del contacto con los refinamientos; pues nada produce más iracundos que una educación blanda y complaciente. Por eso, cuanto más se les consiente a los hijos únicos, cuanto más se les permite a los huérfanos, más depravado es su espíritu.

No aguantará las afrentas uno al que nunca se le ha negado nada, cuyas lágrimas ha enjugado su madre siempre atenta, al que se han dado satisfacciones por su pedagogo.[178] ¿No ves cómo a una mayor suerte 7
acompaña una mayor ira? En los ricos y los nobles y los magistrados principalmente se muestra, cuando todo lo que había ligero y vano en su

espíritu se solivianta a un soplo favorable. La prosperidad alimenta la
iracundia, en cuanto el tropel de aduladores ha puesto sitio a los oídos
infatuados: «¿Te va él a replicar, pues? No te mides según tu rango: tú mismo
te rebajas», y otras cosas que a duras penas han aguantado las mentes sanas y
bien asentadas desde el principio. Hay que apartar a la infancia lejos de la 8
adulación: que oiga la verdad. Y que sienta temor a veces, respeto siempre,
que se ponga en pie ante sus mayores. Que no intente conseguir nada mediante
la iracundia: lo que se le negó cuando lloraba, que se le ofrezca cuando esté
calmado. Y que tengan las riquezas de sus padres a la vista, no a la mano. 9
Que se les reproche lo mal hecho. Será pertinente al propósito proporcionar a
los niños unos preceptores y pedagogos pacientes: todo lo que es tierno se
amolda a lo que tiene más cerca, y crece a su semejanza. Las costumbres de
los adolescentes reproducen luego las de sus nodrizas y pedagogos. Un niño 10
que se había educado en casa de Platón cuando, tras ser devuelto a sus
progenitores, vio a su padre vociferando, dijo: «Esto no lo he visto nunca en
casa de Platón». No dudo de que imitó más rápido a su padre que a Platón. 11
Que ante todo su comida sea frugal, su ropa no lujosa, su atuendo similar al
de sus compañeros: no se airará porque se compare alguien con él uno al que
desde el principio has hecho parecido a muchos.

Pero esto concierne a nuestros hijos; en nosotros, por descontado, la **22**
suerte de nuestro nacimiento y de nuestra educación ya no dan lugar ni al 2
vicio ni a la norma: hay que regular lo que va después. Así pues, debemos
pelear contra las causas primero; ahora bien, la causa de la iracundia es la
suposición de un ultraje, de la que no hay que fiarse sin más. Ni siquiera hay
que avenirse con lo evidente y manifiesto, pues algunas falsedades tienen la
apariencia de lo verdadero. Hay que dar siempre largas: el tiempo hace 3
evidente la verdad. Que nuestros oídos no sean propicios a los
calumniadores; que nos sea sospechoso y notorio este defecto de la naturaleza
humana: creer de buena gana lo que hemos oído a disgusto y airarnos antes de 4
juzgar. ¿Qué hay de que nos dejamos llevar no sólo por las calumnias, sino
por las sospechas, y nos irritamos con inocentes, al interpretar en el peor
sentido una expresión o una risa ajena? Así pues, hay que defender la causa
del ausente contra uno mismo y mantener en suspenso la ira; pues el castigo
que se ha aplazado se puede ejecutar, el que se ha ejecutado no se puede
revocar.

Es conocido aquel tiranicida que, tras ser apresado, antes de culminar su **23**
obra, y torturado por Hipias para que señalara a sus cómplices, nombró a los

amigos del tirano, que se hallaban presentes y para quienes sabía que la vida de éste les era por demás preciosa. Y cuando ya había ordenado matarlos uno por uno, según eran nombrados, le preguntó si quedaba alguno: «Sólo tú —dijo—, pues no he dejado ningún otro al que le fueras querido». La ira logró que prestara su brazo el tirano al tiranicida y que golpeara con su espada a su escolta.[179] ¡Cuánto más animosamente Alejandro! Éste, tras leer una carta de 2
su madre en la que le advertía que tuviera cuidado con los venenos de Filipo, su médico, una vez servida la bebida, la apuró sin arredrarse: en lo tocante a su amigo se fió más de sí mismo.[180] Fue digno de tener un amigo inocente, fue digno de hacérselo ser. Alabo más esto en Alejandro precisamente porque 3
no hubo nadie tan expuesto a la ira; cuanto más rara es en los reyes la moderación, tanto más hay que alabarla. Esto lo hizo también Gayo César, aquel que administró su victoria en la guerra civil con gran clemencia: al 4
interceptar unos estuches con cartas enviadas a Gneo Pompeyo por quienes parecían haber pertenecido o al partido opuesto o a ninguno de los dos, las quemó. Por más que acostumbrara a airarse moderadamente, prefirió no poder hacerlo. Pensó que la clase más agradecida de perdón consistía en no saber qué errores había cometido cada cual.[181]

La credulidad hace muchísimo daño. A menudo ni siquiera hay que **24**
escuchar, puesto que en ciertas cuestiones es preferible ser defraudado que desconfiado. Hay que suprimir del espíritu la sospecha y la conjetura, enojos por demás engañosos: «Aquél me ha saludado con poca cortesía; aquél no ha correspondido a mi beso; aquél ha cortado en seguida la conversación que apenas habíamos trabado; aquél no me ha invitado a cenar; la expresión de aquél me pareció en exceso huraña». No le faltarán a la sospecha argumentos: hacen falta sencillez y una estimación bondadosa de las circunstancias. No 2
creamos nada más que lo que nos salte a la vista y sea manifiesto, y, cada vez que nuestra sospecha resulte vana, reprochémonos nuestra credulidad; pues esta crítica nos creará la costumbre de no confiar sin más.

A continuación va aquello de no encolerizarnos por cuestiones banales y **25**
mezquinas. El muchacho anda poco espabilado o el agua está para beberla un tanto tibia o la cama sin hacer o la mesa puesta un tanto descuidadamente: excitarse ante esto es una locura. Enfermo y de triste salud es aquel al que una ligera brisa ha hecho encogerse, delicados los ojos a los que deslumbra un vestido blanco, enervado por las exquisiteces aquel cuyos costados padecen con el trabajo ajeno Cuentan que hubo un tal Mindírides de la nación de los 2

sibaritas[182] que, al ver a uno cavando y alzando bien alto el azadón,
quejándose de que lo estaba fatigando, le prohibió que realizara esa tarea en
su presencia; ese mismo se quejó de sentirse desmejorado por haberse 3
acostado sobre hojas de rosal dobladas. En cuanto los placeres han
corrompido el espíritu al tiempo que el cuerpo, nada parece tolerable, no
porque sea duro, sino porque lo sufre un flojo. Pues ¿qué razón hay para que
la tos de alguien o un estornudo o una mosca ahuyentada con poco celo nos
hagan montar en cólera, o un perro que nos encara o una barra que resbala de 4
las manos de un esclavo descuidado? ¿Soportará con ecuanimidad las
censuras de los ciudadanos y los insultos empleados en arengas y asambleas
ese cuyos oídos ofende el chirrido de un escabel cuando lo arrastran?
¿Resistirá el hambre y la sed de una campaña estival este que se aíra con el
muchacho porque le ha licuado mal la nieve?[183] Así pues, ninguna
circunstancia nutre más la iracundia que un lujo inmoderado e intolerante: hay
que tratar con rudeza al espíritu, para que no note más que los golpes duros.

Nos airamos o bien con cosas de las que ni siquiera hemos podido recibir **26**
ultraje o bien con cosas de las que hemos podido recibir ultraje. De las 2
primeras, algunas son sin sensibilidad, como el libro que a veces arrojamos
por estar escrito con letra muy menuda o rompemos por defectuoso, como los
vestidos que rasgamos porque nos desagradaban: ¡qué necio es airarse con
estas cosas que ni han merecido ni notan nuestra ira! «Pero nos ofenden, claro
está, quienes las han hecho.» En primer lugar, a menudo nos airamos antes de 3
plantearnos esas distinciones. En segundo, quizá los propios autores
presentarán también excusas fundadas: uno no ha podido obrar mejor de lo
que ha obrado y ha sabido poco no para ofenderte; otro no ha obrado con
intención de molestarte. Por último, ¿qué hay más desatinado que volcar
contra las cosas la bilis acumulada contra los hombres? Pues bien, igual que 4
es de locos airarse con las cosas que carecen de vida, lo mismo con los
animales irracionales, que no nos hacen ultraje alguno, porque no pueden
quererlo; pues no hay ultraje si no procede de una intención. Así pues, pueden
hacernos daño, como un hierro o una piedra, pero no pueden, de hecho,
hacernos ofensa. Pues bien, algunos piensan que son menospreciados cuando 5
los mismos caballos se muestran dóciles con un jinete, rebeldes con otro,
como si unos quedaran más sometidos a otros con premeditación, no con la
costumbre y la habilidad en la monta. Pues bien, igual que es una necedad
airarse con éstos, así con los niños y con quienes no distan mucho del grado 6
de premeditación de los niños; pues todos esos errores ante un juez imparcial

implican impremeditación en vez de inocencia.
Hay algunos seres que no pueden hacernos daño ni tienen ninguna fuerza **27**
si no es benéfica y saludable, como los dioses inmortales, que ni quieren
maltratarnos ni pueden, pues tienen una naturaleza suave y apacible, tan
alejada del ultraje de otros como del propio. Así pues, los locos y los 2
ignorantes de la verdad les achacan la saña del mar, las tormentas
torrenciales, la persistencia del invierno, cuando nada de esto que nos hace
daño o provecho está destinado a nosotros en particular. Pues nosotros no
somos para el mundo motivo para alternar inviernos y veranos: eso tiene sus
leyes, por las que se lleva a cabo lo divino; nos vemos con muy buenos ojos
si nos parecemos dignos de que por nuestra causa se muevan cosas tan
imponentes. Luego nada de esto pasa en nuestro detrimento, antes bien al
contrario, todo en beneficio nuestro. Hemos dicho que hay algunas entidades
que no pueden causar daño, otras que no quieren. Entre éstas estarán los 3
magistrados honestos, los padres, los preceptores, los jueces, cuyas
reprensiones hay que recibir a modo de escalpelos y dietas y otras cosas que
nos atormentan para sernos provechosas. Nos han aplicado un castigo: que 4
nos venga a las mientes no sólo qué sufrimos sino qué hemos hecho,
entreguémonos a una reflexión sobre nuestra vida; sólo con que queramos
confesarnos la verdad, consideraremos nuestra causa digna de mayor castigo.
[184]

Si queremos ser jueces imparciales en todas las cuestiones, **28**
convenzámonos primero de que nadie de nosotros está sin culpa. Pues de aquí
nace la mayor indignación: «No he cometido nada» y «No he hecho nada».
Más bien no reconoces nada. Nos indignamos por vernos reprendidos con
alguna admonición o reconvención, cuando en ese mismo instante hacemos
mal, ya que a nuestras malas acciones añadimos la arrogancia y la 2
obstinación. ¿Quién es ese que se reconoce inocente respecto a todas las
leyes? Aun siendo eso así, ¡qué limitada inocencia es ser bueno ante la ley!
¡Cuánto más ampliamente se extiende la regla de los deberes que la del
derecho! La piedad, la humanidad, la generosidad, la justicia, la buena fe,
¡cuántas cosas exigen que están todas más allá de los códigos civiles![185] 3
Pero ni siquiera en esa reducidísima definición de inocencia podemos
respaldarnos: hemos hecho unas cosas, hemos pensado otras, hemos deseado
unas, hemos apoyado otras; en algunas somos inocentes porque no resultaron 4
bien. Si así pensamos, seamos más imparciales con los delincuentes,
confiemos en quienes nos regañan; en todo caso, no nos airemos con los

buenos (pues ¿con quién no, si también con los buenos?), mucho menos con los dioses; pues no por su <culpa> sino por la ley de la mortalidad sufrimos todos los inconvenientes que nos suceden. «Pero nos sobrevienen enfermedades y dolores.» En todo caso, de alguna forma tendrán que desalojar su domicilio en ruinas aquellos a quienes tocó en suerte. Te dirán 5
que alguien ha hablado mal de ti: piensa si no lo has hecho tú antes, piensa de cuántos hablas tú. Pensemos, digo, que unos no nos hacen ultraje, sino que nos lo devuelven, otros lo hacen por nosotros, otros lo hacen obligados, otros sin darse cuenta, incluso los que lo hacen adrede y a sabiendas, con nuestro ultraje no buscan el propio ultraje: se ha rendido al encanto de una fineza o ha hecho algo no para ponernos la zancadilla, sino porque él no podía conseguir lo que fuera a no ser que nos anulara antes; a menudo la lisonja, mientras 6
halaga, ofende. Quienquiera que repasa consigo mismo cuántas veces ha caído él en sospechas infundadas, cuántos desempeños suyos la fortuna ha revestido con la apariencia de un ultraje, a cuántos ha empezado a apreciar después de la enemistad, no podrá airarse instantánemente, en todo caso, si calladamente se dice a sí mismo ante cada hecho que le ofende: «Esto también yo lo he cometido». Pero ¿dónde encontrarás un juez tan imparcial? El que desea a la esposa de cualquiera y considera motivo suficientemente 7
justo para amarla el que sea de otro, no quiere que miren a su esposa; y el que reclama lealtad con más vehemencia es desleal, y el propio perjuro persigue las mentiras, y el calumniador sufre de muy mala gana que le muevan un pleito; no quiere que se atente al pudor de los esclavillos quien no respeta el propio. Los defectos ajenos los tenemos ante los ojos, a nuestras espaldas 8
están los nuestros:[186] de ahí viene el que los festines a hora temprana del hijo los censure un padre más degenerado que el hijo, y nada perdone a la lujuria ajena quien nada ha negado a la suya, y el tirano se aíre con el homicida, y castigue los hurtos el profanador. Hay una gran proporción de hombres que no se aíra con los delitos sino con los delincuentes. Nos hará más moderados fijarnos en lo nuestro, si nos consultamos: «¿Es que no hemos cometido nosotros algo igual? ¿Es que no nos hemos equivocado así? ¿Nos corresponde condenar esas acciones?».

El mejor remedio para la ira es la dilación. Exígele al principio no que **29**
perdone sino que piense: tiene un primer impulso intenso, desistirá si espera. Y no intentes eliminarla entera de un golpe: toda ella será derrotada mientras la acosamos por partes. De las cosas que nos ofenden, unas nos las 2
comunican, otras las oímos nosotros o las vemos. De lo que nos cuentan no

debemos hacer caso en seguida: muchos mienten para engañar, muchos
porque han sido engañados; uno con su acusación trata de obtener favor y
finge un ultraje para aparentar que se duele porque se lo han hecho; está el
individuo perverso y que querría romper amistades bien trabadas; está el
provocador de suspicacias y que desearía contemplar sus juegos y de lejos y
a salvo observaría a quienes ha enemistado. Si fueras a emitir un juicio sobre
una cantidad pequeña, el asunto no te quedaría probado sin un testigo, el 3
testigo no valdría sin un juramento, darías a ambas partes el derecho a hablar,
les darías su tiempo, no las escucharías una sola vez; pues la verdad más
resplandece cuanto más a menudo viene a nuestra disposición: ¿tú condenas
sumariamente a un amigo? ¿Antes de atenderlo, antes de interrogarlo, antes de
que le sea posible conocer al denunciante o la denuncia, te vas a airar? ¿Ya,
pues, has escuchado <qué> se decía por ambos lados? Este mismo que te hizo 4
la delación dejará de declarar si debe probarla: «No tienes por qué
descubrirme —dice—, yo, si me presentas, lo negaré; de otro modo, nunca
más te diré nada». Al mismo tiempo incita y se sustrae él al enfrentamiento y
a la pelea. Quien no quiere hablarte más que en puridad casi que no habla:
¿qué hay más incoherente que creer en secreto, airarse en público?

De algunos casos nosotros mismos somos testigos: en ellos examinaremos **30**
la condición y la voluntad de quienes los provocan. Es un niño: quede
disculpado en atención a su edad, no sabe si hace mal. Es un padre: o ha sido
tan bueno que incluso tiene derecho a ultrajar, o quizás esos mismos buenos
servicios suyos son los que nos ofenden. Es una mujer: se equivoca. Es un
mandado: ¿quién sino el injusto se irritará contra la obligación? Es un
perjudicado por ti: no es ultraje sufrir lo que hayas hecho tú primero. Es un
juez: debes confiar más en su dictamen que en el tuyo. Es un rey: si castiga al
responsable, acata la justicia; si al no responsable, acata la suerte. Es un 2
animal irracional o similar a un irracional: lo imitas si te indignas.[187] Es una
enfermedad o un quebranto: más ligeramente pasará por uno que la soporte.
Es un dios: malgastas tu esfuerzo cuando te aíras con él tanto como cuando le
ruegas que se aíre con otro. Es un hombre bueno quien te ha hecho el ultraje:
no lo creas. Malvado: no te preocupes; dará a otro las satisfacciones que te
debe a ti y ya se las ha dado a sí mismo quien ha obrado mal.

Dos causas son, según dije,[188] las que excitan la iracundia: primero, si **31**
nos parece que hemos recibido un ultraje (sobre esto hemos hablado
bastante); segundo, si lo hemos recibido injustamente (sobre esto hemos de 2
hablar). Los hombres juzgan injustas algunas cosas porque no habrían debido

sufrirlas, otras porque no las habrían esperado. Consideramos indignas las
que son imprevistas;[189] así pues, nos trastornan sobre todo las que ocurren
en contra de nuestras esperanzas y expectativas, y no es otro el motivo por el
que en nuestros íntimos nos ofende lo más mínimo, en nuestros amigos
llamamos ultraje al descuido. «¿Cómo, pues —dice—, nos trastornan los 3
ultrajes de los amigos?» Porque no los esperábamos, o al menos no tan
graves. Esto lo produce nuestro excesivo amor propio: juzgamos que
debemos ser inviolables incluso para los indispuestos con nosotros; cada
cual tiene dentro de él el talante de un rey, de modo que quiere que se
conceda plena libertad a él, contra él no quiere. Así pues, o la ignorancia o la
inexperiencia nos hacen iracundos. Pues ¿qué maravilla es que los malvados 4
perpetren actos malvados? ¿Qué hay de insólito, si el enemigo causa daño, el
amigo ofende, el hijo tiene un desliz, el esclavo se equivoca? Decía Fabio
que la excusa más vergonzosa para un general es «No lo pensé»; yo pienso
que es la más vergonzosa para un hombre.[190] Piénsalo todo, espéralo todo:
en las buenas costumbres, incluso, aparecerá algo un tanto desagradable. La
naturaleza humana comporta espíritus insidiosos, los comporta ingratos, los 5
comporta ávidos, los comporta impíos. Cuando juzgues sobre las costumbres
de uno solo, medita sobre las de todos. Cuando te alegres mucho, has de tener
mucho miedo; cuando todo te parezca tranquilo, no es que falten entonces
cosas dispuestas a dañarte, sino que descansan. Hazte cuenta de que siempre
va a haber algo que te ofenda. Un piloto nunca ha desplegado el velamen tan
seguro de sí que no preparara los aparejos para arriarlo sin dificultad.

Ante todo ten presente que es repulsiva y execrable la capacidad de 6
causar daño, y completamente extraña al hombre, gracias al cual se amansan
incluso los seres salvajes. Observa los cuellos de los elefantes sometidos al
yugo, los lomos de los toros pisoteados sin peligro cuando les brincan encima
niños lo mismo que mujeres, las serpientes reptando con su inofensivo
deslizamiento entre las copas y los pliegues del vestido,[191] y dentro de las
casas las fauces de osos y leones calmadas para quienes los cuidan, y las
fieras cariñosas con su dueño:[192] te avergonzará haber intercambiado 7
costumbres con los animales. Es abominable hacer daño a la patria; luego
también a un ciudadano, pues él es parte de la patria (las partes son sagradas
si el conjunto es digno de veneración); luego igualmente a un hombre, pues
éste es conciudadano tuyo en una urbe más grande.[193] ¿Qué, si las manos
quisieran hacer daño a los pies, a las manos los ojos? Igual que todos los

miembros están de acuerdo porque interesa a la totalidad conservar cada uno,
[194] así los hombres respetan a cada uno, porque han sido engendrados para
la vida en común, pero la sociedad no puede estar segura si no es por medio
de la preservación y la estima de sus componentes. Ni siquiera 8
exterminaríamos a las víboras, las culebras y cualquier alimaña que hace
daño con sus mordeduras o sus golpes, si pudiéramos amansarlas para los
restos o conseguir que no representaran un peligro para nosotros ni para los
demás; luego tampoco haremos daño a un hombre porque ha obrado mal, sino
para que no obre mal, y nunca el castigo se referirá al pasado, sino al futuro;
[195] pues no se aíra sino previene. En efecto, si hay que castigar a todo el que
tiene un carácter perverso y maléfico, el castigo no excluirá a nadie.

«Pues sin embargo la ira contiene cierto placer y es dulce devolver un **32**
dolor.» Ni mucho menos; pues igual que en los favores lo honesto es
compensar buenos servicios con buenos servicios, no así ultrajes con
ultrajes. Allí es vergonzoso ser vencido, aquí vencer. Venganza es una
palabra inhumana y no obstante acogida como lo justo.[196] No se diferencia
mucho, a no ser en el orden que regula el dolor: tan sólo obra mal con mayor
excusa. En los baños un insensato pegó a Catón sin reconocerlo; pues ¿quién 2
le haría un ultraje a sabiendas? Después, cuando le ofrecía disculpas, Catón
le dijo: «No recuerdo que me hayan pegado». Consideró mejor no admitirlo
que desquitarse.[197] «Y al otro —dices—, ¿no le sucedió ningún mal después 3
de tanta desfachatez?» Al contrario, mucho bien: empezó a conocer a Catón.
Propio de un gran ánimo es menospreciar los ultrajes; la clase más ofensiva
de venganza es que alguien no nos haya parecido digno de tomarnos venganza
de él. Muchos se han clavado más profundamente unas afrentas superficiales,
mientras se desquitan: grande y noble es aquel que, a la guisa de una fiera
grande, escucha imperturbable los ladridos de los perros minúsculos.[198]

«Menos despreciados seremos —dice— si nos desquitamos del ultraje. » **33**
Si llegamos a eso como solución, lleguemos sin ira, no como si fuera dulce
desquitarse, sino como si fuera útil; ahora bien, no pocas veces es preferible
disimular a vengarse. Los ultrajes de los poderosos hay que soportarlos con
expresión risueña, no sólo resignadamente: los harán de nuevo si creen
haberlos hecho. Esto es lo peor que tienen los espíritus infatuados por su
magnífica suerte: a los que lastiman por añadidura los odian.[199]
Conocidísimas son las palabras de uno que había envejecido al servicio de 2
los reyes; al preguntarle alguien cómo había alcanzado un estado rarísimo en

la corte, la vejez,[200] dijo: «Recibiendo ultrajes y respondiendo con
agradecimiento». A menudo a tal punto no conviene desquitarse de un ultraje,
que no conviene siquiera reconocerlo. Cuando Gayo César tenía en prisión a
un hijo de Pastor, ilustre caballero romano, molesto con su elegancia y sus 3
bien cuidados cabellos, al rogarle el padre que le concediera la vida de su
hijo, como si le hubiera recordado su condena, ordenó que lo ejecutaran
inmediatamente; sin embargo, para no comportarse en todo de forma
inhumana contra el padre, lo invitó a cenar ese día.[201]

Acudió Pastor con expresión nada rencorosa. César le hizo servir una 4
hemina[202] y le puso un espía: el infeliz aguantó no de otra forma que si
bebiera la sangre de su hijo. Le envió ungüento y coronas y mandó vigilar si
lo cogía: lo cogió. El día en que había enterrado a su hijo mayor, mejor
dicho, en que no lo había enterrado, yacía como uno más entre cien invitados
y, siendo como era un anciano gotoso, apuraba unas cantidades de bebida a
duras penas decentes en los aniversarios de sus hijos, y en todo el tiempo no
derramó una lágrima, no consintió que su dolor se evidenciara con señal
alguna; cenó tal como si con sus ruegos hubiera conseguido algo favorable a
su hijo. ¿Preguntas por qué? Tenía otro.[203] ¿Qué hay del célebre Príamo? 5
¿No disimuló su ira y abrazó las rodillas del rey, se llevó a los labios la
mano fatal empapada en la sangre de su hijo, cenó?[204] Pero, no obstante, sin
ungüentos, sin coronas, y su crudelísimo enemigo lo animó con mil cumplidos
a coger comida, no a vaciar enormes copas con un espía puesto sobre su 6
cabeza. Yo habría despreciado al padre romano si hubiera él temido por su
vida: en realidad fue el cariño lo que refrenó su ira. Fue digno de que se le
permitiera retirarse del banquete a recoger los restos de su hijo; ni siquiera
eso le permitió el joven siempre afable y servicial: con frecuentes brindis
mortificaba al anciano, invitándolo a aliviar su angustia. Por el contrario, él
se mostró contento y olvidado de qué habría hecho ese día: habría muerto el
otro hijo si al verdugo no le hubiera complacido su convidado.

Luego hay que abstenerse de la ira, ya sea quien hemos de mortificar **34**
nuestro igual, ya sea superior, ya sea inferior. Combatir con un igual es
arriesgado; con un superior, demencial; con un inferior, mezquino. Es propio
de un individuo insignificante y lamentable volverse contra el que lo zahiere:
los ratones y las hormigas, si les acercas la mano, le hacen cara; los débiles
piensan que los han herido si los rozan. Nos hará más indulgentes si
reflexionamos en qué nos fue alguna vez útil ese con quien estamos airados y 2

los servicios prestados compensarán la afrenta. Que se nos venga también a
las mientes cuánta estima nos reportará nuestra fama de benévolos, cuántos
amigos útiles nos ha procurado un perdón. No nos airemos con los hijos de
nuestros adversarios ni de los enemigos públicos: entre los ejemplos de la 3
crueldad de Sila está que impidió acceder a la política a los hijos de los
proscritos;[205] nada hay más injusto que hacer a alguien heredero del odio a
su padre. Reflexionemos, cada vez que seamos reacios a perdonar, si nos
conviene que todo el mundo sea implacable. ¡Cuán a menudo pide perdón 4
quien lo ha denegado! ¡Cuán a menudo ha volado a los pies de ése al que
rechazó de los suyos! ¿Qué hay más encomiable que cambiar la ira por la
amistad? ¿Qué aliados tiene el pueblo romano más leales que los que tuvo
como enemigos acérrimos? ¿Qué sería hoy el imperio, si una saludable
providencia no hubiera entremezclado vencidos con vencedores? Alguien se
va a airar contigo: tú, a cambio, desafíalo a base de favores; la enemistad 5
decae al instante cuando una de las partes la descuida; sin pareja no hay
pelea. Pero la ira combatirá por ambas partes, se acometen: será mejor el
primero que echa atrás el pie, el vencido es el que ha vencido. Te ha pegado:
retrocede; pues con tu contragolpe le darás una ocasión para golpearte más, y
además una justificación; no podrás arrancarte de allí cuando quieras.

¿Es que alguien querría golpear a su enemigo tan violentamente que se **35**
dejara la mano en la herida y no pudiera retirarla de la desgarradura? Pues
bien, la ira es un dardo de esta clase: se extrae a duras penas. A la vista
tenemos armas dispuestas para nosotros, una espada cómoda y manejable:
¿no vamos a evitar estos arrebatos del ánimo graves y penosos e
irrevocables? En suma, parece bien la agilidad que, en cuanto se lo ordenan, 2
detiene sus pies y no corre más allá de su objetivo y se puede desviar y
reducir de la carrera al paso; sabemos que nuestros músculos están mal
cuando se mueven sin nosotros quererlo. Es anciano o de constitución
endeble quien, cuando quiere pasear, corre. Consideremos más sanas y
vigorosas las emociones del espíritu que van a marchar según nuestro
parecer, no van a dejarse ir según el suyo.

Sin embargo, nada habrá sido más útil que fijarse primero en lo grotesco 3
del hecho, después en el peligro. No hay otro semblante, reflejo de un
sentimiento, más alterado: ha afeado rostros hermosísimos, las expresiones,
de tranquilísimas, las ha vuelto torvas; la elegancia abandona a todos los
airados y, si les han arreglado el manto como mandan los cánones, llevarán
arrastrando la ropa y renunciarán a todo cuidado de sí mismos, si la

disposición de sus cabellos lacios de natural o por artificio no es horrorosa, se les encrespan junto con el ánimo; se les hinchan las venas; sacudirá su pecho una respiración jadeante, el estallido rabioso de la voz les tensará el
cuello; acto seguido, articulaciones temblorosas, inquietas manos, 4
desequilibrio de todo el cuerpo. ¿Cómo piensas que es por dentro el espíritu cuyo reflejo por fuera es tan feo? ¡Cuánto más horrible dentro del pecho su expresión, más violenta su respiración, más intenso su impulso, a pique de
reventar si no irrumpe! Tal como es la catadura de los enemigos o de las 5
fieras tintas por la degollina o que marchan a la degollina, tal como los poetas han imaginado los monstruos infernales ceñidos de serpientes y de un hálito de fuego, tal como para encender guerras y sembrar la discordia entre las gentes y desgarrar la paz franquean los infiernos las diosas más odiosas, figurémonos así la ira, echando chispas por los ojos, retumbando con silbidos y bramidos y lamentos y estridencias y otros ruidos, si los hay más detestables, blandiendo lanzas en ambas manos (pues no tiene la precaución de protegerse),[206] encarnizada y ensangrentada, cubierta de cicatrices y amoratada por sus propios latigazos, con un paso alocado, enajenada por una tremenda ofuscación, asaltando, devastando y ahuyentando y penando por su odio a todos, principalmente a sí misma, deseando que se hundan tierras,
mares y cielo, si de otra forma no puede perjudicar, tan dañina como 6
detestada. O bien, si te parece, que sea como en nuestros poetas

Belona blandiendo en su diestra un látigo sanguinolento,

o

La Discordia, el manto rasgado, avanza gozosa,[207]

o alguna otra apariencia más espantosa, si puede imaginarse, de este espantoso sentimiento.

A algunos, según afirma Sextio,[208] estando airados les fue útil mirarse en **36**
un espejo. Les dejó aturdidos una mudanza tan grande en su persona; en una palabra, traídos a la realidad, no se reconocieron: ¡y qué poquito de su verdadera deformación les restituía la imagen reflejada en el espejo! Si su
espíritu pudiera mostrarse y traslucirse en algún material, confundiría a los 2
que lo miraran, negro y manchado, ardiente y retorcido e hinchado. Incluso ahora que sale fluyendo a través de los huesos y las carnes y tantos obstáculos, su deformación es tan grande: ¿qué sería, si se mostrara al
desnudo? De todos modos, no vayas a creer que nadie haya desistido de su 3

ira por un espejo. ¿Entonces, qué? El que había acudido al espejo para cambiar, ya había cambiado: para los airados, de hecho, ninguna figura es más hermosa que la atroz y horripilante y quieren contemplarse también tal como son.

Más bien hay que contemplar a cuántos hace daño la ira por sí sola. Unos 4
han reventado sus venas por un sofoco exagerado, un grito lanzado por encima de sus fuerzas les ha hecho arrojar sangre y la agudeza de su vista se la ha embotado el líquido arrojado tan violentamente al interior de sus ojos, y los convalecientes recayeron en sus enfermedades. No hay un camino más 5
rápido a la locura. Así pues, muchos prolongaron el furor de su ira y jamás recobraron más el juicio del que habían prescindido: a Áyax[209] lo empujó a la muerte su furor, al furor su ira. Imprecan la muerte para sus hijos, la pobreza para sí mismos, la ruina para su casa, y niegan estar airados, no menos que los dementes estar locos. Para sus íntimos hostiles, y evitables para sus preferidos, olvidadizos de las leyes si no es por la parte que hacen daño, mudables a la mínima, ni con buenas palabras ni con buenos oficios fáciles de abordar, todo lo realizan mediante la fuerza, dispuestos con sus espadas tanto a pelearse como a traspasarse. Se ha apoderado de ellos el mal 6
mayor y que supera a todos los defectos. Otros se introducen poco a poco, la violencia de éste es repentina y entera. Somete, en suma, a todos los demás sentimientos: vence al amor más ardiente, y así han atravesado cuerpos amados y han quedado tendidos en brazos de los que habían matado; la ira ha pisoteado a la avaricia, el mal más endurecido y el menos dócil, que se ha visto forzada a desparramar sus riquezas y prender fuego a su casa y a sus bienes apilados en montón. ¿Qué? ¿No ha tirado por tierra el ambicioso sus condecoraciones tan queridas y ha rehusado el honor que le conferían? No hay ningún sentimiento sobre el que no domine la ira.

LIBRO III

Lo que más echabas de menos, Novato, ahora intentaremos hacerlo: suprimir 1
la ira de los espíritus o al menos refrenarla y detener sus impulsos. Esto a veces hay que hacerlo en público y abiertamente, cuando la menor fuerza del mal lo consiente, a las veces en puridad, cuando está demasiado ardiente y ante cualquier impedimento se exaspera y crece; es importante cuántas fuerzas tiene y hasta qué punto enteras, si hay que rechazarla y empujarla

hacia atrás, o debemos ceder a ella mientras se desencadena la primera
borrasca, no sea que arrastre consigo los propios remedios. Habrá que tomar
una decisión según el carácter de cada cual: pues a algunos los vencen los 2
ruegos, otros abruman y acosan a los que se rebajan, a otros los aplacaremos
amedrentándolos; a unos una reprimenda, a otros el reconocimiento, a otros la
vergüenza los apartó de su propósito, a otros la dilación, remedio lento para
un mal arrebatado al que hay que acudir en último lugar. Pues los demás 3
sentimientos admiten una demora y se pueden curar con más espacio, la
violencia de éste, impetuosa y arrebatada por sí misma, no progresa poco a
poco, sino que en cuanto empieza es total; y no solivianta los espíritus a la
manera de otros vicios, sino que los enajena y, cuando ya no son dueños de sí
y están ansiosos hasta de una calamidad universal, los exacerba, y se enfurece
no sólo contra lo que era su objetivo, sino contra lo que se tropieza en su
camino. Los demás vicios remueven el espíritu, la ira los arrebata. Aunque no 4
es posible resistir frente a los sentimientos propios, no obstante, al menos, a
los sentimientos mismos les es posible pararse: ésta, no de modo distinto a
los rayos y las tormentas y otros sucesos cualesquiera que son irrevocables
porque no vienen sino que caen, despliega más y más su violencia. Los otros
vicios se alejan de la razón, éste de la cordura; los otros presentan accesos 5
leves y unos incrementos engañosos: hacia la ira es una caída en picado de
los espíritus. Así pues, no nos agobia ninguna pasión más ansiosa y propensa
a la agresividad y soberbia si sale bien, enloquecida si se ve frustrada; ni
siquiera por su fracaso abocada al hastío, en cuanto la suerte le ha
escamoteado a su adversario, vuelve contra ella misma sus mordiscos. Y no
importa de qué magnitud sea la causa que la originó; pues de lo más leve pasa
a lo más trascendental.

No omite ninguna edad, no excluye ninguna clase de hombres. Algunas **2**
naciones, merced a su pobreza, no conocen el lujo; otras, como son inquietas
y vagabundas, han evitado la pereza, a las que tienen unas costumbres sin
refinar y un modo de vida rústico les es desconocido el engaño, el fraude y
cualquier maldad que nace del foro. No hay ninguna nación a la que no
instigue la ira, poderosa tanto entre los griegos como entre los bárbaros, tan
perniciosa para las temerosas de la ley como para quienes la dimensión de
sus fuerzas delimita sus derechos. En suma, los demás se apoderan de los 2
individuos, éste es el único sentimiento que de cuando en cuando se concibe
en común. Nunca un pueblo completo fue arrasado por el amor de una mujer,
ni una ciudad entera puso sus esperanzas en el dinero o en los beneficios; la

ambición invade a cada hombre por separado, la incapacidad de dominarse
no es un mal común; sólo a la ira se ha llegado a menudo en masa.[210] 3
Hombres, mujeres, ancianos, niños, notables y pueblo llano se han puesto de
acuerdo y toda la muchedumbre, agitada con unas cuantas palabras, ha ido
más lejos que el propio agitador; inmediatamente han acudido corriendo a las
armas y al fuego, y se ha declarado la guerra a los vecinos o se ha librado 4
contra conciudadanos. Se han quemado casas enteras con toda la familia, y el
que hace poco era tenido en gran estima por su popular elocuencia ha
padecido las iras provocadas por su arenga; las legiones dirigieron sus
venablos contra su general; la plebe se ha separado en masa de los patricios;
[211] la asamblea estatal, el Senado, sin esperar las levas ni nombrar un
general supremo, ha elegido unos jefes improvisados para su ira y,
persiguiendo por los edificios de la ciudad a ilustres varones, los ha 5
sometido a suplicio con sus propias manos; se ha maltratado a las embajadas,
violando el derecho de gentes, y una furia indescriptible ha arrastrado a la
ciudad, y no se ha dado tiempo para que se parara la exaltación popular, sino
que inmediatamente las flotas se han hecho a la mar y sobrecargado con
soldados alistados a toda prisa; sin orden, sin auspicios,[212] el pueblo,
saliendo a la calle bajo el mando de su ira, ha tomado como armas lo que
encontraba o robaba, después ha expiado con un tremendo descalabro la
audacia de su ira temeraria. Para los bárbaros éste es el desenlace cuando se 6
lanzan a la guerra sin pensárselo: en cuanto la sensación de un ultraje sacude
sus volubles espíritus,[213] se dejan llevar al instante y, por donde los arrastra
su resentimiento, como una tromba sobre las legiones se desploman,
desordenados, desenfadados, descuidados, buscando riesgos personales; se
alegran de verse golpeados, de abalanzarse sobre el hierro, de parar los
dardos con el cuerpo y de morir por las heridas que se han conferido ellos.

«No hay duda —dices— de que ésa es una fuerza tremenda y perjudicial: **3**
por eso, indica cómo se debe tratar.» Pues bien, como dije en los libros
anteriores, Aristóteles se erige en defensor de la ira y prohíbe que se nos
extirpe; afirma que es un incentivo de la virtud, que, si se elimina, el espíritu
se queda indefenso y perezoso e inepto para las grandes empresas.[214] Así
pues, es necesario demostrar su fealdad y fiereza, y a los ojos ponerles 2
delante qué monstruoso es el hombre que se enfurece contra un hombre y con
cuánto ímpetu se dispara, perjudicial no sin perjuicio suyo y hundiendo lo que
no se puede enterrar sino junto con su enterrador. ¿Entonces, qué? ¿Alguien

llama cuerdo a este que, como cogido por un temporal, no anda sino que es 3
empujado y es esclavo de un mal rabioso, y no encarga su venganza sino que
él mismo la lleva a cabo, y se ensaña de palabra al tiempo que de obra, y es
verdugo de sus favoritos y de aquellos que va a llorar luego que los pierda?
¿Alguien asigna a la virtud como ayudante y compañero este sentimiento que 4
enturbia el buen sentido, sin el que la virtud no logra nada? Caducas y
ominosas y eficaces en su propia desgracia son las energías con las que la
dolencia y los accesos reaniman al enfermo. Luego no tienes por qué pensar 5
que malgasto el tiempo en banalidades porque censuro la ira, como si entre
los hombres fuera de reputación ambigua, dado que hay alguien y, de hecho,
entre los filósofos ilustres, que le señala quehaceres y, lo mismo que si fuera
útil y diera aliento para los combates, para realizar cosas, la invoca ante todo
cuanto hay que emprender con cierto ímpetu. Para que no engañe a nadie, lo 6
mismo que si fuera a ser provechosa en algún momento, en alguna situación,
hay que mostrar su rabia desenfrenada y atolondrada, y hay que devolverle
sus instrumentos, los potros y las mancuerdas y los calabozos y las cruces y
las llamas rodeadas de cuerpos enterrados y también el garfio que arrastra
los cadáveres, las distintas clases de cadenas, las distintas de suplicios, el
descuartizamiento de los miembros, las marcas en la frente y las jaulas de
bestias salvajes:[215] que se ponga entre estos recursos la ira gruñendo algo
espantoso y horrendo, más odiosa que todos los medios por los que se
desencadena.

A pesar de que en los demás puede haber dudas, en todo caso ningún **4**
sentimiento ofrece una expresión peor, que hemos descrito en los libros
anteriores: amarga y agresiva, y ora pálida cuando se le retira y se le va la
sangre, ora sonrojada y similar a la púrpura cuando regresa a la cara todo el
calor y el aliento, con las venas hinchadas, con los ojos ora inquietos y
desorbitados, ora clavados e inmóviles en una mirada fija; añade el ruido de 2
los dientes que chocan entre sí como deseando comerse a alguien, en nada
diferente al de los jabalíes cuando afilan sus defensas a fuerza de roce; añade
el crujido de las articulaciones cuando las manos se destrozan ellas mismas,
y el pecho golpeado demasiado a menudo, los frecuentes jadeos y los
gemidos sacados de lo más hondo, un cuerpo vacilante, unas palabras
imprecisas a causa de los gritos repentinos, unos labios temblorosos y a las
veces apretados y siseando algo espantoso. El de las fieras, por Hércules, 3
bien sea que las incita el hambre, bien un hierro clavado en sus entrañas, es
un aspecto menos horrible, incluso cuando con su último mordisco,

moribundas, atacan a su cazador, que el de un hombre ardiendo de ira. Vamos, que si hubiera posibilidad de escuchar sus gritos y amenazas, ¡cómo serían las palabras de un espíritu atormentado!

¿Acaso alguien no querrá reprimirse su ira, cuando se percate de que 4
comienza por su propia desgracia? ¿No quieres, entonces, que a los que <en> el cénit de su poder practican la ira y la consideran una prueba de sus fuerzas y entre las grandes ventajas de su gran suerte ponen la preparación de su venganza, les recuerde hasta qué punto no es poderoso, más aún, ni siquiera puede decirse libre el cautivo de su propia ira? ¿No quieres que les recuerde,
a fin de que cada cual esté más atento y se examine a sí mismo, que los otros 5
males del espíritu afectan a los más perversos, que la iracundia también en los hombres doctos y por lo demás cuerdos se infiltra? Al punto de que algunos denominan la iracundia indicio de sinceridad y por lo común se cree que el <más> expuesto a ella es el más complaciente.

«¿A qué viene esto?», dices. A que nadie se juzgue a salvo de ella, **5**
cuando también a los moderados y pacíficos por naturaleza los incita a la saña y a la violencia. Del mismo modo que contra la peste no valen de nada la reciedumbre del cuerpo y una atenta vigilancia de la salud (pues ataca a débiles y robustos indistintamente), igualmente de parte de la ira hay peligro tanto para los temperamentos inquietos como para los sosegados y remisos, para los que es tanto más vergonzosa y peligrosa por cuanto en ellos provoca
más cambios. Pero como lo primero es no airarse, lo segundo desistir, lo 2
tercero curar también la ira ajena, diré primero de qué modo no caer en la ira, después de qué modo librarnos de ella, por último de qué modo detener y aplacar al airado y devolverlo a la cordura.

Lograremos no airarnos si nos representamos con frecuencia los defectos 3
de la ira y la valoramos acertadamente. Hay que denunciarla ante nosotros y condenarla; hay que analizar sus perversiones y sacarlas a la luz; para que aparezca tal como es, hay que compararla con lo peor. La avaricia adquiere y
recoge para que uno mejor lo disfrute; la ira invierte, para pocos es gratuita. 4
¡A cuántos esclavos ha empujado a la fuga, a cuántos a la muerte un amo iracundo! ¡Cuánto más perdió, airándose, de lo que valía aquello por cuya causa se airaba! La ira ha traído al padre luto; al marido, divorcio; al magistrado, odio; al candidato, rechazo. Es peor que la lujuria, puesto que
ésta goza con su placer, aquélla con el dolor de otros. Supera a la 5
malevolencia y a la envidia, pues éstas quieren que alguien se haga un desdichado, aquélla hacerlo; éstas se divierten con las desgracias casuales,

aquélla no sabe esperar la casualidad: quiere dañar al que odia, no que sea
dañado. Nada hay más penoso que las rivalidades: las procura la ira. Nada 6
hay más funesto que la guerra: a ella se precipita la ira de los poderosos; por
lo demás, también la ira del pueblo y del particular es una guerra desarmada
y sin efectivos. Además, la ira, por poner aparte los efectos que pronto van a
acompañarla, perjuicios, celadas, una constante preocupación producto de
los mutuos enfrentamientos, recibe el castigo mientras aplica los suyos:
reniega de la naturaleza del hombre: ésta anima al amor, ella al odio; ésta
ordena ser útiles, ella hacer daño. Añade el hecho de que, aun cuando su 7
indignación provenga de un excesivo amor propio y parezca briosa, es
insignificante y exigua: pues todo el mundo es inferior a aquel por quien se
juzga menospreciado. Por el contrario, el espíritu enorme y veraz conocedor
de sí mismo no venga un ultraje porque no lo percibe.[216] Igual que los 8
dardos rebotan en los objetos densos y los sólidos son golpeados con dolor
de quien los quiebra, así ningún ultraje infunde su sensación en un gran
espíritu, siendo como es más frágil que lo que ataca. ¡Cuánto más hermoso
repeler todos los ultrajes y ofensas, como impenetrable a cualquier dardo! La
venganza es una declaración de rencor: no es grande el espíritu al que abate
un agravio. O uno más poderoso o uno más débil te ha lastimado: si más
débil, ten consideración de él, si más poderoso, ten consideración de ti.

No hay ninguna prueba de grandeza más segura que el que no pueda **6**
ocurrirte nada que te abrume.[217] La parte del mundo más alta y más
organizada y próxima a las estrellas ni se condensa en un nubarrón ni se
precipita en una tempestad ni en un torbellino se revuelve; está libre de
cualquier trastorno: las partes más bajas son las que sufren los rayos. De la
misma forma el espíritu sublime, siempre reposado e instalado en una
posición tranquila, teniendo a sus pies todo lo que acarrea la ira, es mesurado
y respetable y ordenado; nada de esto hallarás en el airado.[218] Pues ¿quién, 2
dándose al rencor y furioso, no ha desechado lo primero su pudor? ¿Quién,
turbulento por su impetuosidad y arrojándose sobre alguien, no ha renunciado
a todo cuanto en él tenía de respetable? ¿A quién, una vez exaltado, le ha
quedado constancia del número o el orden de sus obligaciones? ¿Quién ha
moderado su lengua? ¿Quién ha reprimido alguna parte de su cuerpo? ¿Quién
ha podido dominarse una vez desatado? Nos será útil la saludable norma de 3
Demócrito,[219] según la cual la tranquilidad aparece si ni en lo privado ni en
lo público emprendemos innumerables cosas o superiores a nuestras fuerzas.

Para quien corre a innumerables ocupaciones el día nunca transcurre tan
felizmente que no le surja de parte de un hombre o de parte de una cosa un
agravio que le disponga el ánimo a la ira.[220] Del mismo modo que quien va 4
presuroso por los lugares frecuentados de la ciudad ha de tropezarse con
muchos y le es inevitable resbalar aquí, quedar detenido allí, quedar
salpicado más allá, igualmente en esta manera de vivir dispersa y sin rumbo
sobrevienen muchos obstáculos, muchos problemas: uno ha defraudado
nuestras esperanzas, otro las ha diferido, otro las ha abortado; los planes no
han salido según lo previsto. A nadie se le ha rendido tanto la suerte que le
responda en todas partes cuando intenta muchas cosas; luego se deduce que 5
aquel para quien unos cuantos casos han concluido en contra de lo que había
planeado se muestra intolerante con hombres y cosas, por motivos muy leves
se aíra ora con la persona, ora con el asunto, ora con el lugar, ora con la
suerte, ora con él mismo. Así pues, para que el espíritu pueda estar reposado, 6
no hay que zarandearlo ni fatigarlo, según he dicho, con la realización de
cosas innumerables e importantes y apetecidas por encima de nuestras
fuerzas. Es fácil echarnos a la espalda cosas de poco peso y transportarlas a
este o aquel lado sin resbalar, por el contrario las impuestas sobre nosotros
por manos ajenas las sostenemos de mala gana, las dejamos caer derrotados a
los pocos pasos; incluso mientras nos mantenemos bajo la carga nos
tambaleamos, por no estar a la altura de su peso.

Sábete que lo mismo sucede en las cuestiones sociales y domésticas. Los **7**
asuntos claros y fáciles secundan al que los lleva, los desmesurados y por
encima de la capacidad del que los emprende no se allanan fácilmente y, si se
han acometido, agobian y desquician al que los administra y, cuando le
parece que los domina, se derrumban junto con él: así pasa que
frecuentemente queda frustrada la intención del que no acomete los que son
fáciles, sino que quiere que sean fáciles los que ha acometido. Cada vez que 2
intentes algo, mídete tú y lo que preparas y aquello con lo que lo preparas;
pues te hará un amargado la pesadumbre por una obra incompleta. Es
importante si uno es de carácter fogoso o frío y apocado: en el animoso el
fracaso hará brotar la ira, en el flojo y apático la tristeza. Que nuestras
actividades, entonces, no sean ni humildes ni temerarias y desmedidas, que
nuestras esperanzas se limiten a lo cercano, no intentemos nada que, tan
pronto como lo alcancemos, nos extrañe incluso que haya salido bien.

Pongamos empeño en no recibir ultrajes, puesto que no sabemos **8**
soportarlos. Hay que vivir con la gente más apacible y complaciente y la

menos angustiada y puntillosa; las costumbres las tomamos de los que
conviven con nosotros[221] y lo mismo que ciertas taras se transmiten por el
contacto físico, así el espíritu contagia sus males a sus vecinos: el bebedor ha
arrastrado a sus comensales a la pasión por el vino, la familiaridad con los
desvergonzados ha ablandado incluso a hombres recios y hechos como de
pedernal, la avaricia ha traspasado su veneno a los vecinos. El 2
comportamiento de las virtudes es el mismo pero a la inversa, de manera que
suavizan todo lo que tienen al lado, y una comarca adecuada y un clima bien
saludable no han sido tan provechosos para la salud como para los espíritus
poco firmes el estar metidos en un grupo de gente mejor. Esta circunstancia 3
comprenderás cuánto poder tiene si has visto que las fieras también se
amansan con nuestro trato y que a ninguna bestia, por más que feroz, le dura
su agresividad, si ha consentido la compañía del hombre mucho tiempo: se
mella toda su aspereza y en medio de la calma poco a poco se olvida. Añade
aquí que no sólo debido al ejemplo se hace mejor quien vive con personas
reposadas, sino que no encuentra motivos para enfadarse ni ejercita su vicio.
Así pues, deberá rehuir a todos los que sepa que van a instigar su iracundia. 4
—¿Quiénes son ésos? —dices. Muchos van a hacer por diferentes motivos lo
mismo: te agraviará el soberbio con su menosprecio, el burlón con su ofensa,
el insolente con su ultraje, el envidioso con su malevolencia, el peleón con su
pendencia, el voluble y mentiroso con su vanidad; no soportarás verte temido
por un suspicaz, verte derrotado por un tozudo, verte aborrecido por un
refinado. Elige a los sencillos, complacientes, mesurados, que no provoquen 5
tu ira y al tiempo la soporten; aún te serán más provechosos los modestos,
sociables y amables, pero no hasta la adulación, pues a los iracundos una
lisonja excesiva los molesta: ciertamente nuestro amigo era un hombre bueno,
pero de ira más que dispuesta, al que no era más seguro halagar que insultar.
Es sabido que el orador Celio era muy iracundo.[222] Con él, según cuentan, 6
cenaba en su cuarto un cliente[223] de notable paciencia, pero le era difícil,
cuando se lanzaba a la conversación, evitar la discusión con quien la trababa;
juzgó lo mejor secundar cuanto dijera y hacer de segundón. No soportó Celio
que estuviera tan de acuerdo y exclamó: «¡Contradíceme en algo, para que
seamos dos!». Pero también él, airado porque el otro no se airaba, desistió
rápidamente sin oponente. Elijamos entonces más bien, si somos conscientes 7
de nuestra iracundia, a aquellos que secunden nuestro semblante y nuestra
conversación: nos harán, de hecho, melindrosos y nos inducirán a la mala

costumbre de no escuchar nada contrario a nuestro antojo, pero será
provechoso para su vicio concederle pausa y reposo. También los intratables
y rebeldes por naturaleza soportarán al lisonjeador: para quien los acaricie
no habrá nada áspero ni horripilante. Cada vez que la disputa se haga un poco 8
larga y virulenta, detengámonos en sus comienzos, antes de que adquiera
consistencia: la controversia se nutre de sí misma y a los que se han sumido
en ella los retiene aún más en lo hondo; es más fácil abstenerse de la
contienda que abstraerse.

También a las aficiones de más peso han de renunciar los iracundos o al **9**
menos practicarlas sin llegar al cansancio, y su espíritu no ha de complicarse
con dificultades, sino dedicarse a actividades agradables: que lo sosiegue la
lectura de poemas y lo entretenga la historia con sus anécdotas; que sea
tratado con especial blandura y delicadeza. Pitágoras apaciguaba las 2
inquietudes del ánimo con la lira; por otro lado, ¿quién ignora que los
clarines y las trompetas son excitantes, así como calmantes algunos sonidos
con los que la mente se relaja?[224] El verde es beneficioso para los ojos
enturbiados y con algunos colores la vista débil descansa, con el brillo de
otros se deslumbra; así las aficiones placenteras aplacan las mentes enfermas. 3
Debemos rehuir el foro, las consultas, los juicios y todo lo que inflama el
vicio, e igualmente precavernos del cansancio corporal; pues consume cuanto
hay en nosotros suave y apacible y hace comparecer lo irritante. Por eso 4
quienes tienen un estómago poco de fiar, cuando van a salir para realizar
asuntos de más relevancia, calman con comida su bilis, que les revuelve
sobre todo la fatiga, ya sea porque concentra el calor en la parte central y
perjudica a la sangre y suspende su circulación por los apuros que padecen
las venas, ya sea porque el cuerpo extenuado y débil se apoya en el espíritu;
ciertamente, por idéntico motivo son más iracundos los exhaustos por su mala
salud o su edad. También hay que evitar por idénticos motivos el hambre y la
sed: exasperan e inflaman los ánimos. Es un antiguo dicho que el fatigado 5
busca pendencia; pues igualmente el hambriento y el sediento y todo hombre
al que consume alguna necesidad. En efecto, lo mismo que las úlceras duelen
por un ligero roce, después incluso por la presunción de un roce, así el
espíritu afectado se siente agraviado por nimiedades, hasta el punto de que a
algunos una salutación o una carta o una argumentación o una interpelación
los provocan al pleito: nunca los enfermos se dejan rozar sin una queja.

Así pues, lo mejor es curarse a la primera sensación del mal, dar también **10**
entonces a las palabras de uno la máxima libertad y reprimir los impulsos. Es 2

fácil, además, poner coto a los sentimientos de uno tan pronto afloran: los síntomas de las enfermedades las preceden. Del mismo modo que las señales de la tempestad y la lluvia llegan antes que ellas, así de la ira, del amor y de todas esas borrascas que maltratan los espíritus hay ciertos anuncios. Quienes suelen ser atacados por el mal comicial[225] notan que se aproxima ya la 3 dolencia si el calor abandona sus extremidades y su visión se enturbia y se produce un temblor en sus músculos, si la memoria les desaparece y la cabeza les da vueltas; así pues, con los remedios habituales se anticipan a la indisposición incipiente y rechazan cuanto hay que enajene los espíritus por su olor o su gusto, o con fomentos combaten el frío y la rigidez; o, si la medicina de poco les ha servido, evitan las aglomeraciones y caen sin testigos. Es provechoso reconocer la propia enfermedad y atajar sus fuerzas 4 antes de que se extiendan. Veamos qué es lo que sobre todo nos excita: a uno lo trastornan las ofensas de palabra, a otro las de obra; éste quiere que se respete su reputación, éste su belleza; éste desea ser tenido por el más elegante, aquél por el más sabio; éste es intolerante con la soberbia, éste con la tozudez; aquél no considera a los esclavos dignos de airarse con ellos, éste en casa es sañudo, fuera indulgente; aquél juzga un ultraje ser requerido, éste una ofensa no ser requerido. No todos son vulnerables por el mismo sitio; así pues, te conviene saber cuál es tu punto débil, para que lo resguardes sobre todo.

No interesa verlo todo, oírlo todo. Que nos pasen por alto muchos **11** ultrajes, los más de los cuales no recibe quien los ignora. ¿No quieres ser iracundo? No seas curioso. Quien inquiere qué han dicho de él, quien desentierra conversaciones malévolas, aunque se han tenido en secreto, él mismo se intranquiliza. Una determinada interpretación lleva a que le den la impresión de ultrajes; así pues, unas cosas hay que diferirlas, otras desdeñarlas, otras disculparlas. Hay que restringir la ira de mil maneras; que 2 la mayoría de los casos se eche a risa y a broma. Cuentan que Sócrates, golpeado de un codazo, no dijo nada más que era una lástima que los hombres no supieran cuándo debían salir a la calle con casco.[226] No importa de qué modo se ha hecho el ultraje, sino de qué modo se ha soportado; y no veo por 3 qué razón es difícil la mesura, cuando sé que incluso los temperamentos engreídos de su suerte y su poder de los tiranos han reprimido su saña 4 habitual.[227] Se ha transmitido en el recuerdo, ciertamente, que Pisístrato,[228] tirano de los atenienses, en una ocasión en que un comensal ebrio había dicho

muchas cosas contra su crueldad y no faltaban quienes querían prestarle su
apoyo y atizaban el fuego uno por aquí, otro por allí, lo soportó con ánimo
tranquilo y respondió a los que lo provocaban que no se iba a indignar con él
más que con uno que hubiera arremetido contra él con los ojos vendados.

Una gran parte ha creado de propia mano los pretextos para sus quejas, o **12**
sospechando cosas falsas o agravando las leves. A menudo acude a nosotros
la ira, más a menudo nosotros a ella. Nunca hay que buscarla: que sea 2
rechazada incluso cuando nos sobreviene. Nadie se dice a sí mismo: «Esto
por cuya causa me aíro o lo he hecho yo o he podido hacerlo»; nadie valora
la intención del que lo hace, sino el propio hecho: pues bien, hay que
sopesarla, si quiso o sobrevino, si fue obligada o engañada, si persiguió su
odio o una recompensa, si obró a gusto suyo o prestó su mano a otro. Algo
cuenta la edad del malhechor, algo su condición, de modo que soportarlo y
sufrirlo o es humano o es práctico. Pongámonos en el lugar en que está aquel 3
con quien nos airamos: en realidad, nos hace iracundos una valoración
desacertada de nosotros mismos y no queremos sufrir lo que sí querríamos 4
hacer. Nadie se toma su tiempo: pues bien, el mayor remedio para la ira es la
dilación, de modo que su primera efervescencia se extinga y la niebla que
oprime su mente se disipe o se haga menos espesa. Algunas de esas
preocupaciones que te traían de cabeza, una hora, no ya un día, las mitigará,
otras desaparecerán del todo; si el aplazamiento solicitado no consigue nada,
se hará evidente que ya es la hora del juicio, no de la ira. Todo lo que quieras
saber cómo es, dáselo al tiempo: nada se distingue detalladamente en medio 5
de las olas. No pudo Platón obtener de sí mismo tiempo, en una ocasión en
que se airó con un esclavo suyo, sino que le ordenó que se quitara la túnica al
momento y presentara la espalda a los azotes, dispuesto a herirlo él mismo
con su propia mano; cuando comprendió que estaba airado, sostenía la mano
en suspenso, según la había alzado, y estaba ahí semejante al que se prepara
para golpear; después, como un amigo que había entrado por casualidad le
preguntó qué hacía, dijo: «Estoy castigando a un hombre iracundo». Como
paralizado, conservaba la pose, vergonzosa en un hombre prudente, del que 6
va a ensañarse, ya olvidado del esclavo, porque había encontrado otro al que
castigar con preferencia. Así pues, se despojó del poder sobre los suyos y,
como estaba alterado en exceso por una falta cualquiera, dijo: «Espeusipo,
dale tú unos azotes a este esclavo, que yo estoy airado». No pegó a causa de
lo mismo por lo que otro habría pegado. «Estoy airado —dijo—, voy a hacer 7
más de lo que conviene, voy a hacerlo con excesivas ganas: que no caiga este

esclavo bajo el dominio de quien no lo tiene sobre sí mismo.» ¿Alguien quiere encargar la venganza a un airado, cuando el propio Platón se abolió su privilegio?[229] Que no te sea permitido nada mientras estás airado. ¿Por qué razón? Porque quieres que te sea permitido todo.

Pelea contra ti mismo: si pretendes vencer la ira, no puede vencerte ella a **13**
ti. Empiezas a vencerla si se esconde, si no se le da salida. Enterremos sus
señales y contengámosla oculta y aislada. Esto se hará con grandes molestias 2
de nuestra parte (pues desea saltar y encender los ojos y alterar el rostro),
pero si le ha sido posible asomarse fuera de nosotros, se sitúa encima de
nosotros. Que se guarde en el rincón más profundo del corazón y que sea
llevada, no que lleve. Más aún, desviemos en sentido contrario sus síntomas:
que el semblante se relaje, la voz sea más suave, el paso más lento; poco a
poco el interior se transforma según el exterior. En Sócrates era señal de ira
bajar la voz, hablar con cierta parquedad; entonces era evidente que se 3
reprimía.[230] Así pues, sus amigos se lo descubrían y criticaban, y no le
resultaba desagradable esta acusación de ocultar su ira. ¿Cómo no iba a
alegrarse de que su ira la percibieran muchos, no la sufriera nadie? Con todo,
la hubieran sufrido si no hubiera concedido a sus amigos el derecho a
regañarlo, tal como él se lo había tomado con sus amigos. ¡Cuánto más hemos 4
de hacer esto nosotros! Pidamos a nuestros mejores amigos que se tomen más
libertades con nosotros en los momentos en que menos podamos sufrírselas, y
que no aprueben nuestra ira; contra un mal poderoso e influyente en nosotros,
mientras estamos en nuestros cabales, mientras somos dueños de nosotros, 5
invoquémoslos. Quienes soportan mal el vino y temen la osadía y la violencia
de su embriaguez, encargan a los suyos que los saquen del banquete;
sabedores de su intemperancia durante el acceso, ordenan que no los
obedezcan durante su indisposición. Lo mejor es prevenir obstáculos para 6
nuestros vicios y ante todo disponer el ánimo de tal modo que, aun sacudido
por circunstancias muy graves e imprevistas, o bien no sienta ira, o la que ha
brotado por la enormidad de una injuria inesperada la retraiga a lo hondo y 7
no manifieste su resentimiento. Será evidente que esto se puede hacer si aduzco de entre un montón enorme unos cuantos ejemplos, con los que es posible aprender dos cosas: cuánta perversidad contiene la ira cuando se sirve de todo el poder de los hombres todopoderosos, cuánto puede dominarse cuando se ve sofocada por un miedo mayor.

Al rey Cambises,[231] aficionado en demasía al vino, Prejaspes era el **14**

único de sus allegados que le aconsejaba que bebiera con más parquedad,
diciéndole que la embriaguez era vergonzosa en un rey, a quien persiguen los
ojos y los oídos de todos. A esto replicó él: «Para que te des cuenta de cómo
nunca me excedo, ahora mismo te demostraré que, tras el vino, tanto mis ojos
como mis manos se mantienen en sus funciones». Después bebió más 2
largamente que otras veces en copas de más capacidad y, pesado ya y ebrio,
ordena que el hijo de su reprensor salga al otro lado del umbral y se quede en
pie con la mano izquierda levantada sobre la cabeza. Entonces tensa el arco y
traspasó exactamente el corazón del joven (pues había dicho que a él
apuntaba) y, tras abrirle el pecho, mostró la punta clavada exactamente en el
corazón, y mirando al padre le preguntó si tenía la mano lo bastante firme. Y 3
dijo él que ni Apolo habría disparado con más firmeza. ¡Que los dioses lo
aniquilen, siervo más por su natural que por su condición! Fue elogiador de
un hecho del cual era ya demasiado ser espectador. Pensó que era una
ocasión para las lisonjas el pecho partido en dos de su hijo y el corazón
palpitante al fondo de la herida: debió ponerle en entredicho sus alardes y
reclamar otro disparo, para que al rey le fuera posible mostrar en el padre 4
una mano aún más firme. ¡Qué rey sanguinario! ¡Qué digno de que se
volvieran contra él los arcos de todos los suyos! Aunque abominemos de él
porque remataba los banquetes con tormentos y duelos, lo cierto es que aquel
dardo fue mayor crimen alabarlo que dispararlo. Ya veremos cómo debió
comportarse el padre, en pie cerca del cadáver de su hijo y de aquella
carnicería de la que había sido testigo y causa: queda claro lo que se trata
ahora, que la ira se puede suprimir. No maldijo al rey, ni siquiera profirió una 5
palabra de desconsuelo al ver su corazón traspasado igual que el de su hijo.
Se puede decir con propiedad que se tragó sus palabras; en efecto, si hubiera
dicho algo como hombre airado, no habría podido hacer nada como padre.
Puede, digo, parecer que se comportó con más sensatez en ese caso que
cuando amonestaba sobre la moderación en la bebida a <ése> que era
preferible que bebiera vino antes que sangre: estar sus manos entretenidas
con los vasos significaba la paz. Así pues, entró en el número de los que a
costa de grandes mortandades han mostrado cuánto cuestan a los amigos de
los reyes los buenos consejos.

No dudo de que Hárpago[232] sugirió algo así al rey suyo y de los persas; **15**
molesto por ello, le sirvió sus hijos para que se banqueteara, y le preguntaba
una vez y otra si le gustaba el condimento; después, cuando lo vio bien lleno
de sus penas, ordenó que presentaran sus cabezas y le preguntó cómo le había

sentado el convite. No le faltaron palabras al infeliz, no se le quedó la boca
cerrada: «En casa del rey —dijo—, todas las cenas son encantadoras». ¿Qué
consiguió con su adulación? Que no lo invitaran a las sobras. No me opongo
a que un padre condene los actos de su rey, no me opongo a que busque un 2
castigo digno de una monstruosidad tan salvaje, sino que, por, el momento,
deduzco que incluso la ira que nace de calamidades tremendas se puede
ocultar y forzar a palabras contrarias a ella. Es necesaria esta contención del 3
resentimiento, principalmente para los agraciados con este género de vida y
convidados a la mesa del rey: así se come en su casa, así se bebe, así se
contesta; hay que reírse de los propios duelos. Ya veremos si la vida vale
tanto: ésa es otra cuestión. No aliviaremos tan triste prisión, no nos
animaremos a soportar los mandatos de los verdugos: mostraremos abierto en
cualquier servidumbre el camino a la libertad.[233] Por su propia culpa se
siente enfermo de espíritu y desdichado uno a quien le es posible dar fin a sus
desdichas junto con él mismo. Se lo diré a aquel que fue a dar con un rey que 4
apuntaba con sus flechas al pecho de sus amigos y a aquel cuyo señor atiborra
a los padres con las entrañas de sus hijos: «¿Por qué gimes, loco? ¿Por qué
esperas o bien que un enemigo te vengue por medio del exterminio de tu
pueblo o que un poderoso rey acuda volando de un país lejano? A donde
quiera que mires, allí está el final de tus desgracias. ¿Ves aquel lugar
escarpado? Por allí se baja a la libertad. ¿Ves aquel mar, aquel río, aquel
pozo? La libertad está allí en lo hondo. ¿Ves aquel árbol escuálido, reseco,
estéril? De él cuelga la libertad. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Son
medios de escapar a la esclavitud. ¿Te muestro salidas demasiado penosas
para ti y que exigen mucho ánimo y entereza? ¿Quieres saber cuál es el
camino hacia la libertad? Cualquier vena de tu cuerpo».

Todo el tiempo, no obstante, en que nada nos parezca tan intolerable como **16**
para empujamos fuera de la vida, mantengamos la ira a distancia, en
cualquier situación en que estemos. Es perniciosa para los sirvientes, pues
toda irritación la aprovecha para su tormento y nota que sus órdenes son más
penosas cuanto más rebeldemente las sufren. Así la fiera, mientras da tirones
a los lazos, los aprieta; así los pájaros, mientras se sacuden la liga
agitándose, se la meten por todas las plumas. Ningún yugo hay tan apretado
que no lastime menos al que lo soporta que al que se resiste a él: hay un solo
alivio para las desgracias inmensas, sufrirlas y prestarse a sus exigencias. 2
Pero, aun cuando es útil para los sirvientes la represión de sus sentimientos y
principalmente de éste, rabioso y desenfrenado, más útil es para los reyes:

todo se ha perdido en el momento en que la suerte permite cuanto la ira
aconseja, y no puede mantenerse mucho tiempo un poder que se ejerce a costa
del mal de muchos; pues corre peligro en el momento en que un miedo común
ha unido a los que gimen por separado. Así pues, a los más unas veces los
han inmolado personas concretas, otras todas juntas, cuando el resentimiento
general los obligó a reunir sus iras en una sola. Pues bien, los más ejercieron
su ira casi como un distintivo real, como Darío,[234] que, después de 3
arrebatarle el poder al mago, fue el primero en reinar sobre los persas y gran
parte de Oriente. En efecto, en una ocasión en que había declarado la guerra a
los escitas que lo acosaban por oriente, al pedirle Oebazo, un noble ya
anciano, que de sus tres hijos dejara uno para consuelo de su padre y se
sirviera de la colaboración de los otros dos, prometiendo más de lo que le
pedía, le dijo que se los devolvería todos y los arrojó muertos delante de su
padre él, que ya hubiera sido cruel si se hubiera llevado a todos. Por su parte,
¡cuánto más complaciente Jerjes!,[235] que a Pitio, padre de cinco hijos que 4
pretendía el licenciamiento de uno solo, le permitió elegir al que quisiera,
después, al que había elegido, descuartizado en dos mitades, lo puso a ambos
lados del camino y con esta víctima purificó su ejército. Así pues, tuvo el
final que debía: vencido y desbaratado a lo ancho y a lo largo y
contemplando su ruina extendida por todas partes, marchó por entre los
cadáveres de los suyos.

Esta ferocidad en la ira la mostraron unos reyes bárbaros, que no estaban **17**
imbuidos de ninguna enseñanza, ningún cultivo de las letras: voy a
presentarte, del regazo de Aristóteles, a Alejandro,[236] que, sin lugar a duda,
atravesó con su mano durante un banquete a Clito, el más querido para él y
educado junto con él, porque lo adulaba poco y pasaba a disgusto de 2
macedonio y libre a la servidumbre persa. El hecho es que a Lisímaco,
igualmente íntimo suyo, lo arrojó a un león. ¿Es que, entonces, este Lisímaco,
escapado de los dientes del león por un golpe de suerte, se mostró por ello, 3
cuando reinó, más benigno? El hecho es que a Telesforo,[237] un rodio amigo
suyo, mutilado por todas partes, ya que le había cercenado las orejas y la
nariz, le dio de comer en una jaula como a un animal nunca visto e insólito,
porque la desfiguración de su rostro descuartizado y amputado le había hecho
perder la apariencia humana; se sumaban el hambre, la suciedad e inmundicia
del cuerpo abandonado entre sus excrementos; además de esto, con las 4
rodillas y las manos encallecidas, dado que la estrechez del lugar le obligaba

a usarlas como pies, y con sus costados llagado por el roce, su aspecto era no menos repulsivo que aterrador para quienes lo miraban y, convertido en un monstruo a causa de su suplicio, ya no despertaba tampoco muestras de compasión. Sin embargo, aunque era muy distinto a un hombre quien sufría aquello, más distinto era quien se lo hacía.

¡Ojalá esa saña se hubiera quedado dentro de las tradiciones extranjeras y **18**
no se hubiera traspasado a las costumbres romanas, junto con otros vicios
advenedizos, también la barbarie de las torturas y las iras! A Marco Mario,
[238] a quien el pueblo había erigido estatuas en cada barrio, a quien suplicaba
con incienso y vino, Lucio Sila ordenó quebrarle las piernas, arrancarle los
ojos, amputarle la lengua, las manos, y, como si lo matara tantas veces como
lo hería, lo desgarró poco a poco y por cada uno de sus miembros. ¿Quién era 2
el ejecutor de esta orden? ¿Quién sino Catilina, que ya ejercitaba sus manos
para cualquier crimen? Lo despedazaba ante la tumba de Quinto Cátulo[239]
él, tan desagradable para las cenizas de ese varón tan amable, sobre las que
un varón, que daba mal ejemplo, pero popular y apreciado no tan
inmerecidamente como en exceso, entregaba de gota en gota su sangre. Era
digno Mario de sufrir aquello, Sila de ordenarlo, Catilina de realizarlo, pero
indigna la República de recibir en su cuerpo por igual las espadas de sus
enemigos y las de sus vengadores. ¿Por qué indago hechos antiguos? Hace
poco Gayo César[240] a Sexto Papinio, que tenía un padre consular, a 3
Betilieno Baso, su cuestor, hijo de un procurador suyo, y a otros, tanto
senadores como caballeros romanos, en un solo día los hizo azotar y torturar,
no por un interrogatorio, sino por un antojo; después, se mostró tan renuente a
diferir el placer, que su crueldad le exigía inmenso sin dilación, que, mientras
paseaba por la galería de los jardines de su madre (que separa el pórtico de
la orilla), junto con unas matronas y otros senadores, iba degollando a
algunos de ellos a la luz de un candil. ¿Qué lo instigaba? ¿Con qué peligro,
bien particular, bien público, lo amenazaba una sola noche? ¡Qué poquito le 4
habría supuesto esperar al menos el alba, para no matar a unos senadores del
pueblo romano calzado con sandalias!

Saber hasta qué punto fue insolente su crueldad viene al caso, a pesar de **19**
que a algunos pueda parecerles que divagamos y nos metemos por un desvío;
pero precisamente esto será parte de la exposición sobre la ira que se ensaña
por encima de lo acostumbrado[241]. Había hecho dar latigazos a los
senadores: él hizo que se pudiera decir «Suele pasar». Había torturado con

los medios más atroces de la naturaleza, con las mancuerdas, con los
borceguíes, con el potro, con el fuego, con su rostro.[242] Y en este punto se 2
replicará:

«¡Pues vaya cosa!: a tres senadores los ha partido en dos, como a siervos
inútiles, entre azotes y llamas, un individuo que maquinaba exterminar al
Senado en pleno, que ansiaba que el pueblo romano tuviera un solo cuello,
[243] para juntar en un solo golpe y en un solo día sus crímenes diseminados
por tantos sitios y momentos.» ¿Qué hay tan inaudito como una ejecución de
noche? Aun cuando los robos suelen ocultarse en la oscuridad, los
escarmientos, cuanto más públicos son, más aprovechan para el ejemplo y la 3
enmienda. Y en este punto se me replicará: «Lo que en tal grado te admira,
para esa bestia es lo de cada día: para esto vive, para esto vela, para esto
trabaja hasta altas horas». En todo caso, no se encontrará ningún otro que
haya ordenado que a todos los que mandaba atormentar se les tapara la boca
con una esponja metida dentro, para que no tuvieran posibilidad de decir
palabra. ¿A quién a punto de morir alguna vez no se le ha dejado un hueco por
donde gemir? Temió que el dolor, llevado al extremo, profiriera alguna
palabra demasiado sincera, que hubiera de escuchar algo que no quisiera;
sabía, por supuesto, que eran incontables los reproches que nadie sino uno a 4
punto de morir se atrevería a lanzarle a la cara. En una ocasión en que no se
encontraban esponjas, ordenó rasgar los vestidos de los infelices y embutirles
los jirones en la boca. ¿Qué clase de saña es ésa? Que sea posible exhalar el
último aliento, deja lugar para que se marche la vida, que sea posible dejarla
escapar no a través de una herida. Es prolijo añadir a esto el hecho de que 5
esa misma noche, enviando centuriones por las casas, acabó también con los
padres de los asesinados, esto es, ese individuo compasivo los liberó del
luto.[244] Pues no es mi propósito describir la saña de Gayo, sino la de la ira,
que no sólo se enfurece con los hombres uno por uno, sino que destruye
pueblos enteros, azota ciudades y ríos y objetos desprovistos de toda
sensación de dolor.

Así, el rey de los persas cortó las narices de una población entera en **20**
Siria, con lo que el lugar lleva el nombre de Rinocolura.[245] ¿Juzgas que se
mostró considerado, puesto que no cercenó las cabezas enteras? Disfrutó con
una clase nueva de castigo. Algo así habrían sufrido también los etíopes, que 2
a causa de su gran longevidad se llaman «macrobios»;[246] contra éstos, pues,
dado que no habían aceptado la esclavitud con las manos vueltas a lo alto y

habían dado a los legados que les habían enviado unas respuestas sinceras,
que los reyes llaman ofensivas, rugía Cambises[247] y, sin haber organizado el
avituallamiento, sin haber explorado los caminos, por lugares intransitables,
por lugares desérticos arrastraba a toda una multitud apta para la guerra. Ya
al principio del trayecto le faltaba lo imprescindible y no le suministraba
nada una región estéril, agreste y desconocida de las pisadas del hombre;
calmaban el hambre al principio los trozos de las hojas más tiernos y las
yemas de los árboles, más tarde cueros reblandecidos al fuego y todo lo que 3
la necesidad había convertido en comida; después de que en los arenales se
habían terminado también las raíces y las hierbas y se extendió ante sus ojos
un desierto carente incluso de animales, sorteando uno de cada diez,
obtuvieron un alimento más amargo que el hambre. Arrastraba aún la ira al 4
arrebatado rey, aun cuando había perdido parte del ejército, se había comido
otra parte, hasta que temió que lo requirieran para el sorteo a él mismo: por
fin entonces dio la señal de retirada. Guardaban mientras tanto para él
suculentas aves y los utensilios de los banquetes a lomos de camellos los
transportaban, cuando sus soldados andaban sorteando quién iba a morir mal,
quién iba a vivir peor.

Éste se airó con un pueblo tan ignorado como inocente, pero que lo iba a **21**
notar: Ciro con un río.[248] En efecto, cuando con intención de poner sitio a
Babilonia se precipitaba a la guerra, cuyos éxitos más eminentes se basan en
las oportunidades, probó a pasar el río Gindes, que iba muy crecido, por un
vado, cosa que apenas es segura incluso cuando nota el estiaje y se ve 2
reducido al mínimo. Allí uno de los caballos que, si eran blancos, solían tirar
del carro real, al ser arrastrado, enojó violentamente al rey. Así pues, juró
que aquel río que se llevaba la comitiva de un rey él lo sometería a tal punto
que podría ser atravesado y pisoteado incluso por las mujeres. Acto seguido, 3
trasladó allí todo el aparato bélico y se consagró a la tarea el tiempo
necesario hasta dispersar la corriente, distribuyéndola por ciento ochenta
túneles, en trescientos sesenta riachuelos y la dejó seca pues las aguas
corrían en direcciones opuestas. Y así se esfumó el tiempo, pérdida grave en 4
circunstancias graves, y además el ardor de sus soldados, que había
quebrantado ese trabajo inútil, y la oportunidad de atacar por sorpresa,
mientras una guerra declarada al enemigo él la libraba contra un río. Este 5
delirio (¿de qué otra manera lo llamarías, pues?) también alcanzó a los
romanos. Pues Gayo César derribó una villa en Herculano, hermosísima,

porque en ella su madre había estado una vez recluida,[249] y con esto le
consiguió un famoso futuro, pues mientras estaba en pie pasábamos en barco
sin fijarnos, ahora preguntan el motivo de hallarse derribada.

Has de pensar tanto en estos modelos, para evitarlos, como en aquéllos a **22**
la inversa, para seguirlos, comedidos, tranquilos, a los que ni faltaron 2
motivos para airarse ni poder para vengarse. ¿Qué, pues, fue más fácil para
Antígono[250] que ordenar que fueran ejecutados dos soldados rasos que,
recostados contra la tienda del rey, hacían lo que los hombres con muchísimo
riesgo y también con muchísimo gusto hacen, opinaban mal de su rey? Todo lo
había oído Antígono, ya que entre los que hablaban y el que oía se interponía
un tapiz; lo corrió un poco y les dijo: «Idos más lejos, no sea que os oiga el
rey». Éste mismo cierta noche, como había escuchado a algunos de sus 3
soldados que deseaban toda clase de males al rey que los había extraviado
hasta aquel camino y barrizal impenetrable, se acercó a los que más se
esforzaban y, cuando los había sacado del apuro, estando ellos ignorantes de
quién los ayudaba, les dijo: «Maldecid ahora a Antígono, por cuya culpa
habéis caído en estas penurias; por el contrario, tened buenos deseos para el
que os ha sacado de este sumidero». Éste mismo soportó los improperios de 4
sus enemigos con un ánimo tan indulgente como los de sus conciudadanos.
Así pues, en una ocasión en que unos griegos estaban sitiados en un fortín y,
menospreciando al enemigo gracias a la confianza que les daba su posición,
hacían innumerables bromas sobre la fealdad de Antígono y se reían ora de su
baja estatura, ora de su nariz achatada, dijo: «Me alegro y espero algo bueno,
si tengo en mi campamento a Sileno».[251] Cuando hubo doblegado por el
hambre a estos graciosos, se sirvió de los prisioneros de forma que repartió 5
entre sus cohortes a los que eran útiles para el servicio, a los demás los puso
en manos del subastador y afirmó que no lo habría hecho si no les conviniera
tener un dueño a esos que tenían tan mala lengua.

De éste fue nieto Alejandro,[252] ese que blandía la lanza contra sus **23**
invitados, ese que, de los dos amigos que he citado un poco antes, al uno lo
arrojó a un león, al otro a él mismo. De los dos, sin embargo, el que fue
arrojado al león sobrevivió. No tuvo él ese defecto por herencia de su 2
abuelo, ni tampoco de su padre; en efecto, si alguna virtud hubo en Filipo,[253]
ésa fue también la tolerancia ante las ofensas, instrumento inapreciable para
la conservación de un reino. A su presencia había llegado, entre otros
embajadores de los atenienses, Demócares, llamado Parresiasta por su lengua

intemperante y desvergonzada.[254] Después de oír amablemente a la
delegación, Filipo dijo: «Decidme qué puedo hacer que sea agradable a los
atenienses». Intervino Demócares y dijo: «Ahorcarte». Se había levantado la 3
indignación de los circunstantes ante una respuesta tan descortés; Filipo
ordenó que se callaran y dejaran marchar sano y salvo a aquel Tersites.[255]
«Pero vosotros —dijo—, los demás delegados, comunicad a los atenienses
que son mucho más arrogantes quienes dicen tales cosas que quienes las oyen
decir sin castigarlas.»

También el divino Augusto hizo y dijo muchas cosas dignas de recuerdo, 4
gracias a las cuales es evidente que la ira no imperaba en él.[256] El
historiador Timágenes[257] había dicho algunas cosas contra él, otras contra su
eposa y contra toda su casa, y no había malgastado sus palabras; pues más se
divulga y anda en bocas de la gente la ingeniosidad temeraria. A menudo 5
César le recomendó que usara su lengua con más comedimiento; como
persistía, le vedó su casa. Tras esto, Timágenes llegó a viejo en la vivienda
de Asinio Polión,[258] y toda la ciudad se lo disputaba: de ningún umbral le
privó el hecho de estar cerrada para él la casa de César. Leyó en público las
obras de historia que había escrito después y echó al fuego los libros que 6
contenían los hechos de César Augusto; mantuvo su enemistad con César:
nadie se asustó de su amistad con él, nadie lo rehuyó como si lo hubiera
alcanzado un rayo,[259] hubo quien le ofrecía su pecho cuando caía de tan alto.
César, como he dicho, soportó esto con paciencia, sin alterarse siquiera 7
porque había atentado contra sus méritos y hazañas; nunca se quejó al
huésped de su enemigo. Esto nada más le dijo a Asinio Polión: «Estás 8
alimentando a una fiera»;[260] después, cuando preparaba una excusa, lo
interrumpió y le dijo: «Disfrútalo, querido Polión, disfrútalo», y cuando
Polión le dijo: «Si me lo ordenas, César, ahora mismo le vedaré mi casa», le
replicó: «¿Piensas que iba a hacerlo, cuando yo os he reconciliado?». Pues
Polión había estado tiempo antes airado con Timágenes y no había tenido
ningún otro motivo para desistir más que el haber empezado César.

Así pues, que cada cual se diga a sí mismo en cuantas ocasiones se ve **24**
provocado: «¿Es que soy más poderoso que Filipo? Sin embargo, lo
insultaron impunemente. ¿Es que en mi casa puedo más que pudo el divino
Augusto en todo el orbe de las tierras? Sin embargo, él se contentó con
alejarse de su difamador». ¿Qué razón hay para que yo castigue con látigos y 2
cepos una respuesta algo desenfadada de mi esclavo y una expresión algo

obstinada y unas murmuraciones que no llegan hasta mí? ¿Quién soy yo para
que sea un sacrilegio zaherir mis oídos? Muchos han perdonado a sus
enemigos: ¿yo no voy a perdonar a los perezosos, a los descuidados, a los
charlatanes? Disculpe su edad al niño, su sexo a la mujer, su independencia al 3
extraño, su familiaridad al íntimo. Ahora por vez primera nos afrenta:
pensemos en cuánto tiempo nos ha complacido; a menudo también otras veces
nos afrenta: soportemos lo que hemos soportado tanto tiempo. Es un amigo:
ha hecho lo que no quería; un enemigo: ha hecho lo que debía. Confiémonos 4
al más sensato, absolvamos al más necio; en favor de quien sea arguyámonos
a nosotros mismos que también los hombres más sabios cometen muchas
faltas, que nadie hay tan discreto cuyo celo no se exceda a las veces, nadie
tan maduro cuya gravedad el azar no implique en una acción ardorosa en
demasía, nadie tan temeroso de los agravios que no caiga en ellos mientras
los está eludiendo.

De igual forma que a un hombre insignificante le supone un consuelo en **25**
medio de sus desgracias el que se tambalee la suerte incluso de los
personajes relevantes, y con mayor conformidad en su rincón llora a su hijo
quien ve que incluso de palacio salen funerales prematuros,[261] así con
mayor conformidad soporta que te zahiera otro, que te menosprecie otro,
cualquiera al que se le pase por las mientes que no hay ningún poder tan 2
grande que no lo atropelle el ultraje. Y si incluso los más sensatos se
equivocan, ¿de quién será el error que no tenga una buena defensa?
Consideremos cuántas veces nuestra juventud se mostró poco diligente en su
deber, poco moderada en sus palabras, poco parca en la bebida. Si uno está
airado, démosle tiempo para que pueda discernir lo que hace: él mismo se
reñirá. En fin, que uno nos debe una reparación: no tenemos por qué ajustar 3
cuentas con él. No quedará en la duda que se saldrá del montón y estará más
arriba quienquiera que desprecia a los provocadores: es propio de la
auténtica grandeza no acusar el golpe. Así una fiera descomunal se vuelve a
mirar indiferente hacia el ladrido de los perros, así la ola embiste sin éxito un
escollo inmenso. Quien no se irrita continúa inconmovible a las injurias,
quien se irrita queda trastornado. En cambio, el que hace poco he puesto por 4
encima de cualquier contrariedad tiene como abrazado el bien supremo, y no
sólo al hombre, sino a la suerte misma responde: «Por más que me hagas de
todo, eres demasiado pequeña para ensombrecer mi serenidad. Lo impide la
razón, a la que he entregado mi vida para que la rija. Más me va a perjudicar
la ira que la injuria. ¿Cómo no mucho más? El alcance de ésta es manifiesto,

hasta dónde me va a llevar aquélla es incierto».
«No puedo —dices— permitirlo; es penoso aguantar un ultraje.» Mientes, **26**
pues, ¿quién no puede soportar la injuria y sí puede la ira? Añade ahora el
hecho de que ya haces algo por soportar tanto la ira como la injuria. ¿Por qué
razón soportas el malhumor del enfermo y las palabras del enajenado, las
manos maliciosas de los niños? Por supuesto, porque parecen no saber lo que
hacen. ¿Qué importa por qué defecto se hace cada cual un insensato? La
insensatez es una justificación adecuada en todos. «¿Entonces, qué? —dices
—. ¿Quedará él sin un escarmiento?» Supón que tú lo quieres: con todo, no 2
quedará así, pues el mayor castigo por hacer un ultraje es haberlo hecho y
nadie se siente más profundamente afectado que quien se entrega al suplicio
del remordimiento. Después hay que considerar la naturaleza de las 3
circunstancias del hombre, para que seamos jueces imparciales de un
incidente cualquiera; efectivamente, es injusto el que acusa a cada uno de un
defecto general. Los etíopes no tienen, entre los suyos, un color especial, ni
entre los germanos el pelo rojo y recogido en una trenza deshonra al varón:
no juzgarás feo o censurable en uno lo que es corriente para su gente. Y esto
que he mencionado lo justifica la costumbre de solamente un país o de un
lugar: mira ahora cuánto más justa es la indulgencia en aquellas cosas que se
han propagado por todo el género humano. Todos somos irreflexivos e
imprevisores, todos inseguros, quejicas, ambiciosos (¿por qué escondo bajo 4
unas palabras tan suaves una lacra común?): todos somos malvados. Así
pues, todo lo que se critica en otro, eso lo encontrará cada uno en su interior.
¿Por qué censuras la palidez de aquél, la flacura de aquel otro? Se trata de
una plaga. Así pues, seamos más amables mutuamente: malvados, entre
malvados vivimos. Una sola cosa nos puede hacer reposados, el acuerdo de
una buena disposición recíproca. «Él ya me ha hecho daño, yo a él aún no.»
Pero tal vez ya has agraviado a alguien, o lo vas a agraviar. No pretendas 5
tener en cuenta tal hora o tal día, inspecciona el comportamiento completo de
tu corazón: aunque no has hecho nada malo, puedes hacerlo.

¡Cuánto más adecuado es arreglar un ultraje que vengarlo! La venganza **27**
consume mucho tiempo, se expone a muchos ultrajes mientras se duele de uno
solo; todos estamos airados mucho más tiempo del que estamos agraviados.
¡Cuánto mejor es salir por el lado contrario y no oponer defectos a defectos!
¿Es que alguien puede parecer que está en sus cabales si se enzarza a coces
con su mula,[262] a mordiscos con su perro? «Ésos —dices— no saben que
hacen mal.» En primer lugar, ¡qué injusto es aquel a cuyos ojos el ser hombre 2

es un impedimento para lograr su perdón! En segundo, si a los demás
animales los sustrae a tu ira el hecho de que carecen de conciencia, que esté
para ti en la misma categoría cualquier persona que carezca de conciencia;
pues ¿qué importa que tenga otras características desiguales a los
irracionales, si lo que disculpa a los irracionales en cualquier falta lo tienen 3
igual, la ofuscación de la mente? Ha obrado mal: ¿por primera vez, pues?
¿Por última, pues? No tienes por qué creérselo, aunque diga «no lo haré
más»: ése cometerá otras faltas, y contra ése, otro, y toda su vida andará
dando tumbos entre errores. Apaciblemente hay que tratar a los desapacibles. 4
Lo que durante un duelo se suele decir con mucho éxito, también se dirá
durante la ira: ¿vas a acabar alguna vez o nunca? Si alguna vez, ¡cuánto más
adecuado es abandonar la ira que ser abandonado por la ira! ¿O es que esta
agitación va a durar siempre? ¿Ya ves qué vida tan desasosegada te
vaticinas? Pues ¿cómo será la de quien está siempre exaltado? Añade ahora 5
el hecho de que, aun cuando te excites mucho y refresques continuamente los
motivos que te incitan, la ira se desvanecerá por sí misma y los días le
quitarán las fuerzas: ¡cuánto más adecuado es que ella sea derrotada por ti
que por ella misma!

Con éste te airarás, después con aquél; con los esclavos, después con los **28**
libertos; con los padres, después con los hijos; con los conocidos, después
con los desconocidos: pues por todas partes sobran los motivos, si no media
un talante conciliador. Tu furia te arrastrará de aquí hacia allí, de allí a otra
parte y, como irán surgiendo continuamente nuevos acicates, tu rabia se hará
persistente: venga, desdichado, ¿cuándo vas a amar? ¡Ay, qué tiempo tan 2
precioso pierdes en una mala cosa! ¡Cuánto más adecuado era en realidad
ganar amigos, aplacar enemigos, administrar los asuntos públicos, transferir
tus esfuerzos a los asuntos particulares, que meditar qué mal le puedes hacer
a uno, qué golpe vas a asestar a su dignidad o a su patrimonio o a su cuerpo,
cuando esto sin conflicto ni peligro no te puede resultar, aunque cargues 3
contra un inferior! Ya puedes recibirlo atado y expuesto a cualquier
padecimiento según tu capricho: a menudo la violencia excesiva del que
golpea le saca una articulación de su sitio o le deja clavado un trozo de carne
entre los dientes que había estado rompiendo: a muchos la iracundia ha
dejado mancos, a muchos inválidos, incluso cuando se toparon con una
materia pasiva. Añade ahora el hecho de que nada ha nacido tan desvalido
que no perezca sin peligro del que lo destruye: a los desvalidos unas veces el
dolor, otras veces el azar los iguala a los más vigorosos. ¿Qué hay de que las 4

más de las cosas por cuya causa nos airamos más nos agravian que nos
hieren? Ahora bien, es muy importante si alguien se opone a mi deseo o si no
lo cumple, si me lo frustra o no me lo concede. Pues bien, ponemos en el
mismo nivel que alguien nos quite o nos niegue, que trunque nuestras
esperanzas o las difiera, que actúe contra nosotros o en interés suyo, por
amor a otro o por odio a nosotros. Desde luego, algunos no sólo tienen
motivos justos para alzarse contra nosotros, sino también honrosos: uno 5
defiende a su padre, otro a su hermano, otro a la patria, otro al amigo; a éstos,
sin embargo, no los perdonamos cuando hacen lo que les reprocharíamos si
no lo hicieran, más aún, cosa que resulta increíble, tenemos una buena
opinión del hecho, mala del que lo hace. En cambio, por Hércules, el hombre 6
grande y justo admira entre sus enemigos a los más valientes y más
empeñados en su libertad y la salvación de su patria, y desea que le
corresponda un compatriota así, un compañero de armas así.

Es vergonzoso que odies a quien alabas; pero ¡cuánto más vergonzoso que **29**
odies a alguien precisamente por aquello por lo que es digno de compasión,
si, por ser un prisionero sumido en la servidumbre de repente, conserva
restos de su libertad y no acude presuroso a los quehaceres viles y
trabajosos, si, perezoso a consecuencia del ocio, no iguala en la carrera al
caballo y el vehículo del dueño, si, agotado en medio del diario velar, lo ha
sorprendido el sueño, si rehúye las faenas del campo o no las acomete con
energía, transferido de una esclavitud urbana y ociosa a una dura labor!
Distingamos si uno no puede o si no quiere: absolveremos a muchos si 2
empezamos a juzgar antes que a airarnos. Ahora, en cambio, seguimos
primero nuestro impulso, después, por más que nos hayan soliviantado
nimiedades, nos empecinamos, no sea que parezca que hemos empezado sin
motivo y, lo que es más inicuo, nos vuelve más obstinados la iniquidad de
nuestra ira; pues la conservamos y aumentamos, como si fuera una prueba de
estar airado con razón airarse violentamente.

¡Cuánto mejor es advertir qué ligeros son los propios principios, qué **30**
pacíficos! Lo que ves que sucede en los animales irracionales lo descubrirás
en el hombre: nos sentimos perturbados por cuestiones baladíes y vanas. El
color rojo excita al toro, el áspid se endereza ante una sombra, una servilleta
azuza a osos y leones: todos los que por naturaleza son feroces y rabiosos se
exasperan por futesas. Lo mismo les ocurre a los temperamentos inquietos y 2
tontos: se engañan por su recelo de todo, cuando menos hasta el punto de que
a las veces llaman ultrajes a los pequeños favores, en los que se da un

pretexto muy frecuente, en todo caso muy amargo, para la iracundia. Nos
airamos con los más queridos porque nos han dado menos de lo que
imaginamos y de lo que han ofrecido a otros, aun cuando está a mano el
remedio para una y otra circunstancia. Más ha complacido a otro: que nos 3
guste lo nuestro sin comparaciones; nunca será dichoso nadie a quien disgusta
otro más dichoso. Menos tengo de lo que esperaba: pero quizás esperaba más
de lo que debía. Este punto es el más temible, de aquí nacen las iras más 4
funestas y dispuestas a arremeter contra lo más sagrado. Al divino Julio[263]
más que sus enemigos lo mataron sus amigos, cuyas pretensiones insaciables
no había saciado. Él, de hecho, lo intentó (pues nadie ha utilizado con más
generosidad la victoria, de la que no reclamó para sí nada más que el poder
de repartir), pero ¿de qué forma podría satisfacer unas aspiraciones tan
desaforadas, cuando todos deseaban lo que sólo uno podía tener? Así pues,
vio con los puñales desenvainados en torno a su silla a sus compañeros de
armas, a Tilio Cimbro,[264] poco antes defensor acérrimo de su partido, y a
otros, pompeyanos al fin después de Pompeyo. Circunstancias parecidas han
vuelto contra los reyes sus armas y han empujado a los más leales a maquinar
la muerte de aquellos por quienes y antes de quienes habían hecho voto de
morir.

A nadie que se fije en lo de otros le gusta lo suyo; de ahí que también nos **31**
airemos con los dioses porque alguien nos aventaje, olvidándonos de cuántos
hombres hay por detrás y de qué enorme envidia va a la zaga de quien envidia
a unos pocos. Con todo, tanta es la importunidad de los hombres que, por más
que hayan recibido mucho, les hace las veces de un ultraje el haber podido 2
recibir más. «Me ha dado la pretura, pero me esperaba el consulado; me ha
dado los doce haces, pero no me ha hecho cónsul ordinario;[265] ha querido
que el año se compute con mi nombre, pero no me apoya para el sacerdocio;
[266] he sido agregado a un colegio, pero ¿por qué a uno solo? Ha consumado
mi dignidad, pero a mi patrimonio en nada ha contribuido; me ha dado lo que
debía dar a cualquiera, a sus expensas no me ha regalado nada.» Más bien da
las gracias por lo que has recibido; espera el resto y alégrate de no estar 3
colmado aún: entre los motivos de satisfacción está el quedarte algo que
aguardar. Has vencido a todos: regocíjate de estar tú el primero en el corazón
de tu amigo. Muchos te vencen: calcula a cuántos precedes más que sigues.
¿Quieres saber cuál es en ti el mayor error? Echas unas cuentas equivocadas:
tasas en mucho lo que has dado, en poco lo que has recibido.

Que en cada uno nos arredre una razón distinta: con algunos sintamos miedo de airarnos, con otros sintamos respeto, con otros sintamos desgana. **32**
¡Sin duda, habremos hecho una gran cosa si enviamos al calabozo a un desdichado esclavillo! ¿Por qué nos apresuramos a azotarlo al instante, a quebrarle de inmediato las piernas? No se perderá esa posibilidad si se pospone. Deja que llegue el momento en que lo ordenemos nosotros de 2
verdad: ahora hablaremos bajo el dominio de la ira; cuando ella haya desaparecido, veremos en cuánto hay que estimar esa pena. Principalmente, pues, nos equivocamos en esto: recurrimos al hierro, a las penas capitales, y castigamos con cadenas, cárcel y hambre una acción que habría que corregir con unos azotes más suaves. «¡Cómo —dices—, nos aconsejas advertir qué triviales, despreciables y pueriles son todas las cosas por las que creemos 3
ser zaheridos!» Yo, en realidad, no os recomiendo nada más que toméis mucho ánimo y veáis qué mezquinas y rastreras son las cuestiones por cuya causa pleiteamos, nos ajetreamos y perdemos el aliento, que no debería tomar en cuenta nadie que medita algo elevado y grandioso.

Alrededor del dinero se organiza mucho alboroto: él agota los foros, **33**
enfrenta a padres e hijos, mezcla los venenos, entrega espadas tanto a los sicarios como a las legiones; él está impregnado de nuestra sangre; por su culpa las noches de las esposas y los maridos resuenan con las peleas y abruma los tribunales de los magistrados una muchedumbre, los reyes se ensañan y rapiñan y arrasan poblaciones construidas con un largo trabajo de generaciones, para rebuscar el oro y la plata entre las cenizas de las ciudades. Es un placer contemplar los cofres tirados sin producir en un 2
rincón: ellos son los culpables de que se desorbiten los ojos con los gritos, de que retumben las basílicas[267] con el fragor de los juicios, de que unos jueces convocados de regiones lejanas se sienten para juzgar de quién de los dos es más justa la codicia. ¿Y qué, si ni siquiera por culpa de un cofre, sino 3
de un puñado de cobre o de un denario sisado por un esclavo revienta de rabia un viejo que ha de morir sin heredero? ¿Y qué, si por un interés de un milésimo un usurero achacoso, con los pies deformados y las manos inválidas para contar, grita y reclama en pleno acceso de su enfermedad sus ases con 4
cauciones? Si me pones delante el dinero entero de todas las minas que ahora ahondamos más que nunca, si sacas a la luz todos los tesoros que esconden, una vez que la avaricia haya repuesto bajo tierra lo que había saqueado con malas mañas, todo ese montón no lo consideraré digno de hacer fruncir el ceño a un hombre bueno. ¡Con qué risas hay que acompañar los trances que

nos arrancan lágrimas!
Venga, ahora prosigue con lo demás, las comidas, las bebidas y las **34**
finezas pretenciosas dispuestas por su causa, las palabras ofensivas, los
movimientos poco decentes de los cuerpos, las acémilas tozudas y los siervos
perezosos, y los recelos y las interpretaciones maliciosas de las palabras de
otros, con las que se consigue que entre los entuertos de la naturaleza se
cuente la capacidad de hablar otorgada al hombre: créeme, son ligeros los
motivos por los que nos encolerizamos nada ligeramente, y semejantes a los
que incitan a los niños a la pelea y a la discusión. Nada de lo que tan 2
tristemente hacemos es serio, nada importante: de ahí, digo, os viene la ira y
la insensatez, de que valoráis mucho las insignificancias. Éste ha pretendido 3
arrebatarme una herencia; éste me ha calumniado ante uno que yo llevaba
largo tiempo ganándome con vistas a su última voluntad; éste ha deseado a mi
concubina; lo que debía ser un vínculo de afecto resulta motivo de discordia 4
y rencor: querer lo mismo.[268] Un sendero angosto suscita riñas entre los
caminantes, una carretera amplia y con mucho espacio ni siquiera obliga a
rozarse a las personas: eso que ansiáis, puesto que es escaso y no se puede
transferir a uno si no se le quita a otro, levanta peleas y discusiones entre
quienes lo ambicionan.
Te enojas porque tu esclavo te ha contestado, y tu liberto y tu esposa y tu **35**
cliente: después igual te quejas de la supresión en la República de la libertad
que tú has suprimido en tu casa. Y a la inversa, si calla cuando le preguntas,
lo llamas rebeldía. ¡Que hable y calle y ría! «¿Delante del dueño?», 2
preguntas. Más aún, delante del padre de su familia.[269] ¿Por qué gritas? ¿Por
qué vociferas? ¿Por qué en medio de la cena pides el látigo porque hablan los
esclavos, porque en un mismo lugar no hay la algarabía de una reunión y el
silencio de la soledad? Para esto tienes los oídos, para que perciban no sólo
los sonidos armoniosos y agradables y extraídos con dulzura y concertados: 3
es natural que oigas risas y llantos, lisonjas y acusaciones, palabras de buen
agüero y ominosas, voces de los hombres y bramidos y ladridos de los
animales. ¿Por qué, desdichado, te asustas ante el grito de un esclavo, ante el
tintineo del bronce, el golpe de una puerta? Aun cuando seas tan delicado, has
de oír los truenos. Lo que hemos dicho de los oídos aplícalo a los ojos, que 4
no sufren con menos desgana si están mal educados: una mancha los molesta y
la suciedad y la plata poco resplandeciente y un estanque que no es
transparente hasta el fondo. Seguramente estos ojos que no soportan el
mármol si no es abigarrado y brillante por el pulido reciente, una mesa si no 5

está embellecida por espesas vetas, que en su casa no quieren pisar sino
sobre algo más precioso que el oro, con absoluta ecuanimidad fuera
contemplan las callejuelas cochambrosas y embarradas, y el desaliño de la
mayor parte de los que se les cruzan, y las paredes de las casas de vecinos
corroídas, agrietadas, abombadas.[270] Luego ¿qué otro motivo hay para que
no los moleste en público y los trastorne en casa, más que su criterio, allí
justo y tolerante, en casa puntilloso y quejica?

Todos los sentidos hay que guiarlos hacia la firmeza; son de natural **36**
resistentes, si desiste de corromperlos el espíritu, que a diario ha de ser
llamado a rendir cuentas. Así hacía Sextio,[271] de modo que, al terminar el
día, cuando ya se había recogido para su descanso nocturno, preguntaba a su 2
espíritu: «¿Qué defecto te has curado hoy? ¿A qué vicio te has opuesto? ¿En
qué aspecto eres mejor?». Desistirá y será más moderada la ira que sepa que
a diario ha de presentarse ante el juez. ¿Qué, pues, más hermoso que esta
costumbre de revisar toda la jornada? ¡Qué sueño el que viene después del
examen de uno mismo, qué tranquilo, qué profundo y despreocupado, cuando
el espíritu se ha visto alabado o aleccionado y ha instruido proceso,
inquisidor de sí mismo y censor secreto, a su conducta! Yo hago uso de esta 3
facultad y a diario defiendo ante mí mi causa. Cuando han retirado de mi vista
la luz y se ha callado mi esposa, conocedora ya de mi costumbre,[272]
examino toda mi jornada y repaso mis hechos y mis dichos: nada me oculto
yo, nada paso por alto. ¿Por qué razón, pues, voy a temer algo a consecuencia 4
de mis errores, cuando puedo decirme: «Mira de no hacer eso más, por ahora
te perdono. En aquella disputa has hablado con demasiada vehemencia: desde
este momento no discutas más con ignorantes; no quieren aprender quienes
nunca han aprendido. A aquél lo has aleccionado con más familiaridad de la
que debías y así no lo has corregido sino agraviado: en lo sucesivo mira no
sólo si es cierto lo que dices, sino si aquel a quien se lo dices es tolerante
con la verdad: el bueno se alegra de ser aleccionado, los peores individuos
toleran muy a disgusto a los consejeros.

»En el banquete te han afectado las chanzas de algunos y unas palabras **37**
proferidas para despecho tuyo: acuérdate de evitar los convites corrientes;
después del vino la confianza anda más suelta, ya que ni siquiera estando 2
sobrios tienen vergüenza. Has visto a tu amigo airado con el portero de algún
leguleyo o de un potentado, porque lo había echado cuando quería entrar, y tú
mismo estuviste por él airado con el último de los esclavos: ¿te vas a airar,

pues, con un can encadenado? También éste, cuando ya ha ladrado mucho, se
amansa echándole comida. ¡Retírate a un lado y ríe! Por ahora ése se cree
alguien porque guarda el umbral asediado por un tropel de litigantes; por 3
ahora el que yace en el interior es feliz y dichoso, y juzga que es señal de
hombre afortunado y poderoso una entrada infranqueable: no sabe que la
puerta más inconmovible es la de la cárcel.[273] Hazte a la idea de que tienes
que sufrir mucho: ¿es que alguien se admira de tener frío en invierno, alguien
de marearse en el mar, de verse zarandeado en la carretera? El ánimo se
muestra valiente ante las situaciones a las que llega prevenido. Como te
habían puesto en un lugar menos honorable, has empezado a airarte con tu
anfitrión, con el responsable de tu colocación, hasta con el que anteponían a 4
ti: loco, ¿qué importa sobre qué zona del lecho cargas tu peso? ¿Puede una
almohada hacerte más respetable o más despreciable? Has mirado a alguno 5
no con buenos ojos, porque ha hablado mal de tu talento: ¿aceptas este
criterio? Entonces, Ennio, que no te gusta, te odiaría, y Hortensio te
declararía su rivalidad, y Cicerón, si te rieras de sus poemas, sería enemigo
tuyo.[274] ¿Tú, el candidato, quieres aguantar con serenidad los distintos
votos?».

Te ha hecho alguien una ofensa: ¿acaso más grave que a Diógenes,[275] el **38**
filósofo estoico a quien, precisamente cuando disertaba sobre la ira, escupió
un joven sinvergüenza? Lo soportó con tranquilidad y prudencia:
«Ciertamente —dijo— no me enfado, sino que estoy dudando si es lógico 2
enfadarme». ¡Cuánto mejor nuestro Catón! Éste, en una ocasión en que,
mientras desempeñaba una defensa, le había escupido en medio de la frente
un espeso salivazo, tan grande como pudo gargajearlo, aquel Léntulo[276]
revoltoso y prepotente en los tiempos de nuestros padres, se secó el rostro y
dijo: «Confirmaré a todos, Léntulo, que se equivocan los que dicen que no
eres un bocazas».

Ya nos ha salido bien, Novato, lo de disponer bien nuestro espíritu: o no **39**
siente iracundia o es superior a ella. Veamos cómo podemos calmar la ira de
otros; pues no sólo queremos estar curados, sino curar.

No trataremos de apaciguar la ira al estallar: está sorda y demente; le 2
daremos tiempo. Los remedios son provechosos cuando remite el mal: ni
tocamos los ojos tumefactos para estimular con el movimiento su rígida
condición, ni los demás males mientras están rebullendo: el reposo repara los 3
inicios de las enfermedades. «¡Qué poquito —dices— aprovecha tu remedio,

si apacigua la ira cuando ya desiste por sí misma!» En primer lugar, logra que acabe más rápido; en segundo, vigila que no haya una recaída; al propio impulso, incluso, que no se atreve a sosegar, lo engañará: alejará todos los instrumentos para la venganza, fingirá ira para, como ayudante y compañero del resentimiento, tener más autoridad a la hora de las decisiones, urdir retrasos y, mientras pretende encontrar un desquite mayor, diferir el actual. 4
Con toda clase de mañas procurará reposo a la furia: si es un tanto violenta, le inspirará, en vista de que no puede enfrentársele, vergüenza o miedo; si es un tanto débil, le dirigirá palabras, bien agradables, bien inauditas, y la distraerá con el deseo de saber. Cuentan que un médico, como debía curar a la hija del rey y no podía sin el bisturí, mientras con suavidad aplicaba fomentos en el pecho inflamado, le introdujo, tapándolo con una esponja, el escalpelo: la muchacha se habría resistido a un remedio aplicado sin tapujos; esa misma, como no se lo esperaba, soportó el dolor. Algunas cosas no se curan si no es engañadas.

A uno le dirás: «Mira que no suponga un placer para tus enemigos tu **40**
enojo», a otro: «Mira que no decaigan la grandeza de tu ánimo y tu entereza acreditada ante tantos. Por Hércules, estoy enfadado y no encuentro límite para mi resentimiento, pero hay que esperar un tiempo: recibirá su merecido. Retén esto en tu mente: cuando puedas, te las pagará también por el retraso».
Pero castigar al airado y a su vez irritarse, es incitarlo: lo acometerás de 2
formas diversas y persuasivas, a no ser que casualmente seas un personaje tan encumbrado que puedas sofocar su ira, lo mismo que hizo el divino Augusto en una ocasión en que cenaba en casa de Vedio Polión.[277] Uno de los esclavos de éste había roto un vaso de cristal; Vedio ordenó que lo agarraran para que muriera de un modo en absoluto corriente: ordenaba arrojarlo a las morenas, que las tenía enormes en un estanque. ¿Quién no pensaría que esto él
lo hacía por cuestión del lujo? Era por cuestión de la crueldad. Se escapó de 3
las manos el muchacho y se refugió a los pies de César, para suplicarle ninguna otra cosa que morir de otra forma, que no hicieran cebo de él. César se quedó impresionado por lo insólito de esa crueldad y ordenó, por supuesto, que lo soltaran y además rompieran delante de él todos los vasos de cristal y colmaran con ellos el estanque. Tuvo César que castigar así a su
amigo; se sirvió bien de su poder: «¿Mandas sacar a tus hombres del 4
banquete y despedazarlos con torturas de un tipo nunca visto? Si una copa tuya se ha roto, ¿van a verse desgarradas las entrañas de un hombre? ¿Tan satisfecho te quedarás, que vas a ordenar que ejecuten a uno allí donde está

César?». Así, quien tiene tanto poder que puede acometer la ira desde una 5
posición superior, que la maltrate, pero nada más si es tal como la que he
descrito ahora mismo, feroz, descomedida, sanguinaria, que ya es incurable si
no se asusta de algo más grande.

Demos paz a nuestro espíritu, la que nos darán la práctica asidua de las **41**
normas saludables y las buenas obras y la mente absorta en el deseo sólo de
lo honesto. Que se satisfaga nuestra conciencia, en absoluto nos afanemos por
la fama; que nos persiga incluso una mala, con tal de que nos portemos bien.
«Pero el vulgo admira los actos de valor y los audaces merecen su respeto, a 2
los pacíficos los tiene por inútiles.» A primera vista, tal vez; pero en cuanto
la regularidad de su vida ha dado fe de que en su ánimo no hay tal apatía, sino
paz, esa misma gente los respeta y venera. Luego nada de útil tiene en sí este 3
sentimiento siniestro y hostil, sino al contrario, toda clase de males, hierro y
fuego. Tras pisotear el pudor, ha mancillado sus manos con matanzas, ha
esparcido los miembros de sus hijos, no ha dejado nada a salvo del crimen,
sin acordarse de la reputación, sin asustarse de la infamia, irremediable
cuando, de ira que era, se ha encallecido en odio.

Abstengámonos de este mal y purguémonos de él la mente y arranquemos **42**
de raíz lo que, por más superficial que sea, rebrotará donde quiera que se
haya adherido, y no moderemos la ira, sino eliminémosla del todo (pues ¿qué
moderación cabe en una cosa mala?). Ahora bien, podremos sólo si nos 2
empeñamos. Y ninguna otra cosa será más provechosa que la reflexión sobre
nuestra condición mortal. Que cada cual se diga a sí mismo y a otros: «¿De
qué sirve, como si fuéramos engendrados para la eternidad, declararnos iras
y dilapidar nuestra cortísima vida?[278] ¿De qué sirve, los días que nos es
posible dedicar a una diversión honesta, destinarlos al padecimiento y tortura
de alguien? En estos asuntos no cabe el derroche y no tenemos tiempo que
perder. ¿Por qué corremos a la lucha? ¿Por qué nos buscamos peleas? ¿Por 3
qué concebimos, olvidando nuestra debilidad, odios desmesurados, y nos
ponemos, quebradizos como somos, a causar quebrantos? Muy pronto una
fiebre o algún otro malestar del cuerpo nos impedirán mantener esas
enemistades que en nuestro espíritu implacable mantenemos ahora; muy
pronto la muerte, poniéndose por medio, desunirá esta pareja irreconciliable. 4
¿Por qué nos alborotamos y trastornamos, rebeldes, nuestra vida? Está sobre
nuestra cabeza el destino y anota en nuestra cuenta los días perdidos y se
acerca más y más; ese momento que destinas a la muerte de otro tal vez está
proximo a la tuya.

»¿Por qué no disfrutas más bien de tu breve vida y la aseguras tranquila **43**
tanto para ti como para los demás? ¿Por qué no te vuelves más bien amable con todos mientras estés vivo, añorable cuando hayas muerto? ¿Por qué deseas rebajar al que trata contigo desde demasiado alto? ¿Por qué intentas machacar con todas tus fuerzas al que te ladra, vil y menospreciado, sin duda, pero mordaz y molesto para sus superiores? ¿Por qué te aíras con el esclavo, por qué con el amo, por qué con un rey, por qué con un cliente tuyo? Aguanta un poco: he aquí que llega la muerte que os hará iguales. Solemos ver entre
los espectáculos matutinos de la arena[279] la pelea de un toro y un oso atados 2
entre sí, a los que, cuando se han dejado malheridos el uno al otro, aguarda el que los remata: nosotros hacemos lo mismo, golpeamos a alguien atado a nosotros, cuando al vencido y al vencedor acecha el final, y pronto por cierto. Más bien pasemos en paz y quietud lo poco que nos queda; que nuestro cadáver yazga sin ser detestable para nadie. A menudo un incendio declarado
en las cercanías ha resuelto una riña, y la aparición de un animal ha separado 3
al ladrón del caminante: no hay tiempo de combatir contra males menores cuando se presenta un miedo mayor. ¿A qué nos vienen con batallas y emboscadas? ¿Es que para ese con el que estás airado prefieres algo más que la muerte? Incluso estándote quieto morirá. Malgastas tu esfuerzo si quieres
realizar lo que ya va a suceder. "De todos modos —dices—, no quiero 4
matarlo, sino hacerle padecer un exilio, una deshonra, un perjuicio." Disculpo más al que ansía una herida de su enemigo que al que ansía una úlcera; pues éste no sólo es de espíritu malvado, sino mezquino. Ya sea que maquinas últimas penas, ya sea otras más leves, ¡qué poco tiempo hay para que o bien a él lo esté atormentando su suplicio, o bien tú estés sintiendo un
perverso goce con el ajeno! En seguida exhalaremos nuestro último aliento. 5
Entre tanto, mientras lo respiramos, mientras nos contamos entre los hombres, cultivemos los sentimientos humanos; no seamos para nadie causa de temor ni de peligro; menospreciemos daños, ultrajes, improperios, pullas, y soportemos con magnanimidad los inconvenientes fugaces: mientras miramos a nuestras espaldas, como quien dice, y nos giramos, ya estará ante nosotros la muerte».

SOBRE LA VIDA FELIZ

Todos, hermano Gabón,[280] quieren vivir felizmente, pero a la hora de 1
distinguir qué es lo que hace feliz la vida se hallan a oscuras; y hasta tal punto
no es fácil conseguir una vida feliz que todo el mundo se aparta de ella tanto
más lejos cuanto más impetuosamente se lanza a ella, si se ha equivocado de
camino; cuando éste lleva en dirección opuesta, la velocidad misma es
motivo de un mayor distanciamiento.

Así pues, primero hay que aclarar qué es lo que pretendemos; a
continuación, averiguar por dónde podemos acercarnos allí más rápidamente,
pues en el camino mismo, si es el recto, nos iremos dando cuenta de cuánto se
aproxima uno a la meta cada día y de cuánto más cerca estamos de aquello a
lo que nos empuja un deseo natural. Realmente, durante el tiempo que damos 2
tumbos por todas partes sin seguir a un guía, sino el clamor y el griterío
discordante de los que nos llaman a distintas direcciones, se consume entre
yerros la vida, breve aunque nos afanemos día y noche por una buena causa.
Así pues, que quede establecido adónde nos dirigimos y por dónde, no sin
alguien con experiencia al que le sean familiares los parajes a los que vamos,
puesto que, por descontado, aquí la situación no es la misma que en los
demás viajes: en éstos un sendero bien señalado y las preguntas a los
lugareños no permiten extraviarse, allí, por contra, el camino más usual y más
frecuentado es el que más engaña. Nada hay, por tanto, que procurar más que 3
no seguir, al modo del ganado, el rebaño de los que nos preceden,
encaminándonos no a donde hay que ir, sino a donde la gente va. Pues bien,
nada nos enreda en desgracias mayores que el hecho de que nos amoldamos a
la opinión común, calculando que lo mejor es lo que se ha admitido con
general aprobación, y de que tenemos numerosos modelos y no vivimos según
la razón sino según la imitación. De aquí tanta aglomeración de unos 4
abalanzándose sobre otros. Lo que ocurre en un gran hacinamiento de
personas, cuando la gente se aplasta ella misma (nadie cae de forma que no
arrastre consigo también a otro, y los primeros son la perdición de los
siguientes), eso te es posible verlo suceder en cualquier vida. Nadie yerra sin
más, sino que es motivo y también autor de los yerros ajenos. Es pues
perjudicial arrimarse a los que nos preceden y, en tanto que todo el mundo
prefiere creer a opinar, nunca se opina de la vida, siempre se cree, y nos hace

rodar y caer el yerro transmitido de mano en mano. Nos perdemos por el
ejemplo de los demás; nos curaremos sólo con que nos separemos del 5
montón. En realidad, sin embargo, la gente se alza contra la razón como
defensora de su propia desgracia. Así pues, ocurre lo que en los comicios,
[281] en los que los mismos que los han nombrado se extrañan de que otros
hayan sido nombrados pretores, cuando ha dado un giro el mudable favor: las
mismas cosas aprobamos y las mismas criticamos; éste es el resultado de
cualquier juicio en que se emite el fallo siguiendo a la mayoría.[282]

Como se trata de la vida feliz, no tienes por qué responderme, según el **2**
uso de las votaciones por agrupamiento, aquello de «esta parte parece ser
mayor».[283] Pues por eso es la peor. En los asuntos humanos no se actúa tan
bien que lo mejor agrade a la mayoría: la prueba es la abundancia de lo peor. 2
Indaguemos, por consiguiente, qué es lo mejor que se puede hacer, no qué lo
más usual, y qué nos pone en posesión de la dicha sin fin, no qué ha aprobado
el vulgo, pésimo intérprete de la realidad. Y llamo vulgo tanto a los que
llevan clámide como a los que llevan corona;[284] pues no me fijo en el color
de los vestidos con que van guarnecidos los cuerpos. Respecto al hombre, no
confío en los ojos, tengo una luz mejor y más certera para discernir lo
verdadero de lo falso: que el espíritu encuentre el bien del espíritu. Éste, si
alguna vez tiene ocasión de tomarse un respiro y retirarse a sus solas, ¡cómo
se confesará, sondeándose él mismo, la verdad y se dirá!: «Todo lo que he 3
hecho preferiría que estuviera aún por hacer, todo lo que he dicho, cuando lo
repaso, me hace envidiar a los mudos, todo lo que he deseado lo considero
una maldición de mis enemigos, todo lo que he temido, dioses bondadosos,
¡cuánto más soportable era que lo que he deseado! Con muchos he mantenido
enemistades y del odio he pasado a las buenas relaciones, si es que hay
buenas relaciones entre malvados: de mí mismo todavía no soy amigo. He
puesto todo mi empeño en escapar del montón y hacerme notar por algún
mérito: ¿qué otra cosa he hecho más que exponerme a los dardos y enseñar a
la malevolencia por dónde morderme? ¿Ves a esos que alaban tu elocuencia,
que cortejan tus riquezas, que adulan tu influencia, que ensalzan tu poder? 4
Todos o son rivales o, lo que es igual, pueden serlo; tan grande es el grupo de
los que te admiran como el de los que te envidian. ¿Por qué no busco
preferentemente algo bueno en la práctica, que yo sienta, no que aparente?
Esas cosas que son objeto de contemplación, ante las que se hace un alto, que
se señalan unos a otros estupefactos, por fuera resplandecen, en su interior

son deplorables».

Busquemos algo no bueno en apariencia, sino consistente y perdurable y 3
más hermoso por su lado más escondido; descubrámoslo. No está situado lejos: se encontrará, sólo hace falta saber adónde alargar la mano; en realidad, como entre tinieblas, pasamos de largo lo que tenemos a nuestro lado, al tiempo que chocamos precisamente contra lo que ansiamos.

Pero, por no hacerte dar rodeos, pasaré por alto al menos las opiniones 2
de los demás; en efecto, resulta prolijo enumerarlas y refutarlas: escucha la nuestra. Y cuando digo nuestra, no me adhiero a uno en particular de los maestros estoicos: también tengo yo derecho a opinar.[285] Por tanto, seguiré a uno, a otro le recomendaré que matice sus teorías, tal vez, incluso, si me nombran después de todos ellos, no desaprobaré nada de lo que hayan
instituido los anteriores y diré: «Opino esto, además».[286] Mientras tanto, 3
cosa en la que hay acuerdo entre todos los estoicos, me atengo a la naturaleza; la sabiduría consiste en no desviarse de ella y adaptarse a su ley y ejemplo.

La que se conforma a su naturaleza es entonces la vida feliz, que no puede darse de otra forma que si, primero, la mente está cuerda y en perpetua posesión de esa cordura, después, si es enérgica y apasionada, como también perfectamente paciente, adaptada a las circunstancias, escrupulosa, sin angustiarse, con su cuerpo y lo que tiene que ver con él, al mismo tiempo atenta a los otros factores que configuran la vida, sin admirarse de ninguno,
dispuesta a servirse de los dones de la naturaleza, no a depender de ellos.[287] 4
Ya comprendes, aunque no lo agregue, que la consecuencia es la perpetua tranquilidad, la libertad, una vez erradicado lo que nos irrita o nos aterra; en efecto, con los placeres y***,[288] en vez de ellos, que son mezquinos y caducos y culpables ellos mismos de su propia aversión, sobreviene un inmenso contento, inquebrantable y constante, además, paz y concordia del espíritu, y magnanimidad acompañada de mansedumbre; pues toda clase de fiereza proviene de la inestabilidad.

También se puede definir de otra forma el bien según nosotros, esto es, 4
expresar la misma teoría no con las mismas palabras. De igual modo que un mismo ejército tan pronto se despliega a lo ancho como se agrupa en un reducido espacio, y o bien se curva, combando su centro hacia los flancos en curva, o bien se extiende en un frente recto, pero su fuerza, como quiera que esté formado, es la misma, y su voluntad de resistir a favor del mismo bando, así la definición del bien supremo una veces se puede desarrollar y ampliar,

otras resumir y reducir a lo esencial. Así pues, será lo mismo si digo: «El bien supremo es el espíritu que menosprecia lo casual, contento con la 2
virtud», o «la fuerza invencible del espíritu, conocedora de las situaciones, calmosa en sus obras, con una gran humanidad y solicitud para con sus convecinos». Es posible también definirlo de forma que llamemos feliz al hombre para quien nada hay bueno o malo si no es un espíritu bueno o malo, cultivador de la honestidad, contento con la virtud, al que no engríe ni quebranta la casualidad, que no sabe de ningún bien más grande que el que puede darse él a sí mismo, para el que será un puro placer el menosprecio de los placeres. Es posible, si quieres divagar, transcribir lo mismo en uno u 3
otro aspecto, dejando a salvo e intacta su esencia; ¿qué, pues, nos impide llamar vida feliz a un espíritu libre y erguido e impertérrito y estable, situado fuera del alcance del miedo, fuera del alcance del deseo, que tenga como solo bien la honradez, como solo mal la inmoralidad, y lo demás como un despreciable tropel de cosas que ni quita ni añade nada a una vida feliz, pues llega y se va sin aumento ni mengua del bien supremo? A un espíritu así asentado es preciso, quiera o no quiera, que lo sigan una jovialidad 4
permanente y una alegría honda y de lo hondo surgida, dado que está contento con sus bienes y no desea otros mayores que los personales. ¿Cómo no va a hacer bien si obtiene eso a cambio de unas minúsculas, insustanciales y nada persistentes perturbaciones de su cuerpecillo? El día que caiga bajo el dominio del placer, caerá también bajo el dominio del dolor; y ya ves en qué desastrosa y funesta esclavitud va a ser esclavo aquel a quien posean, alternándose, los placeres y los dolores, déspotas de los más imprevisibles e inmoderados: es menester, entonces, escapar hacia la libertad. Ésta no la procura ninguna otra cosa más que la indiferencia ante la suerte: entonces 5
aparecerá ese bien inestimable, la tranquilidad del alma puesta en lugar seguro y el encumbramiento, y, una vez eliminados los errores, el gozo grande e inmutable que viene del conocimiento de la verdad, y la afabilidad y efusión del espíritu, cosas en las que se complacerá no como bienes, sino como nacidas de su propio bien.

Ya que me he puesto a tratar el asunto extensamente, se puede llamar feliz **5**
a quien ni desea ni teme gracias a la razón, ya que también las piedras están libres de temor y tristeza, y no menos las reses; no por eso, sin embargo, llamará nadie dichosas a las cosas que no tienen sensación de su dicha. Pon en el mismo rango a los hombres a los que han reducido al número de los 2
animales, domésticos y salvajes, su natural obtuso y el desconocimiento de sí

mismos. No hay ninguna diferencia entre éstos y aquellas cosas, ya que aquéllas no tienen capacidad de razonar, éstos la tienen degenerada y hábil para su propia desgracia y con fines torcidos; pues no se puede llamar feliz nadie que se haya desterrado lejos de la verdad. Luego la vida feliz es la 3
inamovible y afianzada en un juicio recto y certero. Pues entonces la mente es pura y liberada de toda clase de males, tal que eludirá no sólo las desgarraduras sino también las picaduras, dispuesta a permanecer por siempre donde se ha parado, y a preservar su situación por más que la suerte se enfurezca y se ensañe. En efecto, por lo que se refiere al placer, a pesar de 4
que nos asedie por todos lados y se insinúe por todos los medios y nos afloje el ánimo con sus zalemas y nos aplique unas detrás de otras con el fin de seducirnos del todo o por partes, ¿qué hombre a quien le quede un resto de humanidad querrá verse excitado de día y de noche y, abandonando el espíritu, poner su afán en el cuerpo?[289]

«Pero también el espíritu —dice— tendrá sus placeres.» Que los tenga, **6**
desde luego, y que actúe como árbitro de la suntuosidad y de los placeres; que se llene de todo lo que suele recrear los sentidos, que vuelva después sus ojos al pasado y, recordando envejecidos placeres, se entusiasme con los anteriores, y los venideros los aceche al instante, y que ponga en orden sus aspiraciones y que, mientras su cuerpo yace en el hartazgo presente, proyecte sus pensamientos al futuro: por esto me parecerá aun más desgraciado, puesto que elegir lo malo en vez de lo bueno es un desatino. Y sin la cordura nadie es feliz, y no está cuerdo aquel a quien las cosas por venir resultan apetecibles como si fueran las mejores. Feliz, por tanto, es el dotado de recto 2
juicio; feliz es el que se contenta con lo presente, sea lo que sea, y el que aprecia sus bienes; feliz es aquel a quien la razón recomienda toda su actitud ante sus bienes.

También quienes han fijado el bien supremo en el vientre ven en qué lugar **7**
tan infame lo han situado. Así pues, niegan que se pueda separar el placer de la virtud y aseguran que nadie vive honestamente sin que viva regaladamente, ni regaladamente sin que viva honestamente.[290] No veo cómo esos factores tan opuestos pueden entrar en la misma suma. ¿Cuál es la razón, por favor, para que no se pueda desligar el placer de la virtud? ¿Seguramente, como el bien tiene siempre sus orígenes en la virtud, de sus raíces brotan incluso estas cosas que vosotros amáis y codiciáis? Pero si esos elementos fueran indistintos, no veríamos algunas cosas regaladas pero deshonestas, otras, en cambio, honestísimas pero penosas, que hay que llevar a cabo con dolor. 2

Añade ahora el hecho de que el placer alcanza incluso a la vida más infame, por el contrario la virtud no admite una vida depravada, y algunos no son desdichados sin el placer, más bien por culpa del placer en sí; esto no ocurriría si estuviera mezclado con la virtud el placer, del que la virtud
siempre carece y nunca necesita. ¿Por qué emparejáis cosas distintas, más 3
aún, divergentes? La virtud es algo elevado, sublime y majestuoso, invencible, infatigable: el placer, algo vil, servil, desvalido, caduco, cuya residencia y domicilio son los burdeles y las tabernas. La virtud la hallarás en el templo, en el foro, en la curia, de pie ante las murallas, polvorienta, atezada, con las manos encallecidas: el placer, casi siempre escondiéndose y buscando la oscuridad alrededor de los baños, las salas de vapor[291] y los lugares que temen al edil,[292] flojo, enervado, empapado de vino y ungüento, pálido o pintado y embalsamado con cosméticos. El bien supremo es
inmortal, no sabe concluir, no experimenta ni saciedad ni arrepentimiento, 4
pues nunca una mente recta se transforma ni se provoca el odio a sí misma ni modifica nada de su vida inmejorable. Por contra, el placer, justamente cuando más deleita, se extingue; no tiene mucho espacio, con lo que en seguida se colma, y causa tedio y se marchita tras el primer arrebato. Nunca está seguro aquello cuya esencia está en el movimiento: así ni siquiera puede existir ninguna sustancia suya, dado que llega y pasa a toda velocidad, para perecer en su uso mismo; pues se dirige a donde acaba y, mientras está empezando, ya apunta a su final.

¿Qué hay de que el placer es innato tanto a lo bueno como a lo malo, y de **8**
que a los infames su indignidad no les complace menos que a los honestos sus acciones destacadas? Por eso los antiguos recomendaron seguir la vida mejor, no la más regalada, de modo que el placer no sea guía sino compañero de la recta y buena voluntad. Hay que servirse, pues, de la naturaleza como
guía: a ella se atiene la razón, a ella consulta. Es, entonces, lo mismo vivir 2
felizmente que conforme a la naturaleza.[293] Ahora mismo voy a explicar en qué consiste esto: si conservamos con celo y sin miedo las dotes de nuestro cuerpo y las cualidades de nuestro temperamento, como concedidas por un día y fugaces, si no sufrimos su servidumbre ni nos señorean las cosas ajenas, si las agradables al cuerpo y superfluas están para nosotros en el mismo rango en que están en el campamento las tropas auxiliares y armadas a la
ligera (están para obedecer, no para mandar), así por fin son útiles al alma. 3
Que el hombre sea incorruptible e inaccesible a lo que le es extraño y

admirador sólo de lo suyo,

confiando en su ánimo y presto a lo uno y lo otro,[294]

artífice de su vida; que su confianza no sea sin saber, ni su saber sin
constancia; que se mantengan sus decisiones por siempre y que en sus
resoluciones no haya ninguna enmienda. Ya se comprende, aunque no lo
agregue, que un hombre así va a ser ordenado y sosegado y majestuoso, con
afabilidad, en lo que haga. Que la razón, por su parte, estimulada por los
sentidos y tomando de ellos sus inicios (pues no tiene otro sitio desde donde
intentarlo o desde donde tomar impulso hacia la verdad), se vuelva de nuevo 4
sobre sí misma. En efecto, también el mundo que lo abarca todo y el dios que
rige el universo[295] tienden de hecho al exterior, pero, con todo, regresan a su
intimidad desde cualquier lado. Que nuestra mente haga lo mismo: cuando,
siguiendo sus sensaciones, por medio de ellas se haya desplazado al exterior,
sea dueña de ellas y de sí misma. De este modo se logrará una sola fuerza y 5
poder coherente consigo mismo, y surgirá la razón segura, sin contradecirse
ni vacilar en sus opiniones y concepciones ni en su convicción, que, cuando
se ha organizado y puesto de acuerdo con sus partes y, por así decir, ha
formado un coro, ha alcanzado el bien supremo. Pues no le queda nada
retorcido, nada resbaladizo, nada en lo que tropezar o escurrirse; todo lo hará 6
según su potestad y no le sucederá nada imprevisto, sino que todo lo que haga
le resultará para bien con facilidad y presteza y sin rodeos al hacerlo; en
efecto, la desidia y la indecisión manifiestan contradicción e inconstancia.
Conque puedes afirmar decididamente que el supremo bien es la armonía del
espíritu; pues las virtudes deberán estar allí donde haya acuerdo y
unanimidad: los vicios son discordantes.

«Pero tú también —dice— practicas la virtud no por otra causa que **9**
porque aguardas algún placer de ella.» En primer lugar, en el caso de que la
virtud vaya a procurarnos placer, no la pretendemos precisamente a causa del
placer; pues no lo procura, sino que de propina lo procura,[296] y no se afana
por él, sino que su afán, a pesar de que pretenda otra cosa, va a obtener esto
también. Tal como en un campo que ha sido labrado para la siembra brotan 2
diseminadas algunas flores y, a pesar de que sean gratas a los ojos, sin
embargo no se ha invertido tanto esfuerzo en estas hierbecillas (otra fue la
intención del sembrador, esto ha venido por añadidura), así el placer no es la
recompensa ni la causa de la virtud, sino un complemento, y no parece bien

porque complace, sino que, si parece bien, también complace. El bien
supremo se basa en el propio juicio y en la conducta de una mente excelente 3
que, cuando ha cumplido lo suyo y se ha ceñido a su terreno, se ha consumado
el bien supremo y no desea ya nada más; pues nada hay fuera del todo, no más
que más allá del límite. Así pues, te equivocas cuando me preguntas qué es 4
aquello por cuya causa pretendo la virtud; pues quieres descubrir algo por
encima de lo más alto. ¿Me preguntas qué pretendo de la virtud? A ella
misma. Pues no posee nada mejor, es ella misma la recompensa por ella. ¿Es
esto poco considerable? Aun cuando te digo: «El bien supremo es la
reciedumbre de un espíritu inquebrantable y su previsión y elevación y
cordura y libertad y armonía y decoro», ¿todavía exiges algo más grande a lo
que se remitan estas cualidades? ¿A qué mencionar el placer? Busco el bien
del hombre, no el del vientre, que las reses y las bestias tienen más capaz.

«Disfrazas —afirma— lo que digo; pues yo niego que nadie pueda vivir **10**
regaladamente si no vive también a la vez honestamente, lo que no puede
darse en los animales irracionales y en los que miden su bien por la comida.
Con claridad, digo, y públicamente declaro que esta vida que yo llamo 2
regalada no se da si no es con el añadido de la virtud.»[297] Pues bien, ¿quién
ignora que los más necios son los más colmados de vuestros placeres, y que
la maldad abunda en deleites, y que el espíritu mismo inspira variantes de
placer depravadas e innumerables? Entre las principales, la insolencia y la
desmedida estima de sí mismo y el engreimiento alzado por sobre los demás,
y la afición ciega e imprudente a sus pertenencias, y la exaltación por motivos
deleznables y pueriles, además, la mordacidad y la arrogancia que disfruta
con las ofensas,[298] la desidia y la disipación de un espíritu apático,
enervado entre refinamientos, negligente consigo mismo. Todo eso lo deshace 3
la virtud y nos tira de la oreja y sopesa los placeres antes de aceptarlos, y no
aprecia mucho los que ha aprobado, pues de todos modos los acepta como
superfluos, y no está contenta por su práctica de ellos sino por su continencia
de ellos. Ahora bien, la continencia, como merma los placeres, es un ultraje a
ese bien supremo tuyo. Tú acoges el placer, yo lo acogoto; tú disfrutas del
placer, yo uso de él; tú lo consideras el bien supremo, yo ni siquiera un bien;
tú por causa del placer haces todo, yo nada.

Cuando digo que no hago nada por causa del placer, hablo del sabio aquel **11**
que es el único al que se lo reconocemos. Ahora bien, no llamo sabio a
alguien por encima del cual hay algo, y mucho menos el placer. Porque si se
adueña de él, ¿cómo se enfrentará al trabajo y al peligro, a la pobreza y a

tantas amenazas como rugen en torno a la vida del hombre? ¿Cómo soportará
la visión de la muerte, cómo el dolor, cómo el fragor del mundo y tanta
cantidad de acérrimos enemigos, si se ha dejado vencer por un contrincante
tan flojo? «Hará todo aquello a lo que lo persuada el placer.» Pero bueno,
¿no ves a cuánto lo va a persuadir? «A nada —dice— podrá persuadirlo con
desvergüenza, porque va unido a la virtud.» ¿No ves, una vez más, qué clase 2
de bien supremo es uno al que le hace falta un vigilante para ser un bien?
Ahora bien, la virtud ¿cómo gobernará al placer, al que sigue, cuando seguir
es propio del que obedece y gobernar del que manda? ¿Pones por detrás lo
que manda? ¡Pues sí que es señalada la función que tiene entre vosotros la
virtud, catar los placeres![299] Pero ya veremos si entre quienes la virtud ha 3
sido tratada tan ofensivamente aún hay virtud, que no puede ostentar ese
nombre si abandona su posición; por el momento, pues es de lo que se trata,
mostraré a muchos subyugados por los placeres, sobre quienes la suerte ha
derramado toda clase de dones, a quienes es inevitable que reconozcas como
degenerados. Mira a Nomentano[300] y a Apicio,[301] cómo rebuscan los 4
bienes, como ellos dicen, de la tierra y del mar y, servidos en su mesa,
identifican animales de todas clases; contémplalos inspeccionando los
manjares desde lo alto de un cúmulo de rosas, deleitando sus oídos con el
sonido de las voces, con los espectáculos sus ojos, con los sabores su
paladar; con blandos y suaves fomentos se excita todo su cuerpo y, para que
la nariz no esté ociosa, de aromas diversos se impregna el lugar mismo en
que se tributan honras fúnebres al refinamiento.[302] Dirás que éstos viven
entre placeres, y sin embargo no les irá bien, porque no disfrutan de un bien.

«Mal les irá —dice—, porque intervendrán muchas circunstancias que **12**
alterarán su espíritu y sus ideas discordantes unas con otras inquietarán su
mente.» Admito que esto sea así, pero, no obstante, los propios necios y los
veleidosos y los que se han puesto al alcance del arrepentimiento
experimentarán notables placeres, de modo que hay que reconocer que están
entonces tan lejos de cualquier contrariedad como del buen juicio y, cosa que
acontece a los más, enloquecen de una locura festiva y deliran entre risas. Por 2
el contrario, los placeres de los sabios son reposados y comedidos, y
prácticamente mustios y sofocados y a duras penas apreciables, tales que ni
acuden cuando los llaman ni, por más que hayan llegado por sí solos, son
tenidos en estima ni recibidos con júbilo alguno por parte de quienes los
experimentan; pues los mezclan y los intercalan en su vida como juegos y

bromas entre cosas serias.

Que dejen, entonces, de unir cosas inconciliables y de ligar el placer a la 3
virtud, falacia mediante la que adulan a los más depravados. El que se ha
volcado en los placeres, siempre eructando y borracho, como sabe que vive
con placer, cree que con virtud también (pues oye que el placer no se puede
desligar de la virtud); después denomina sabiduría a sus vicios y hace 4
ostentación de lo que habría de esconder. Así pues, no se desenfrenan
inducidos por Epicuro, sino que, una vez dados al vicio, esconden sus
desenfrenos bajo capa de filosofía, y acuden a donde oigan alabar el placer.
Y no aprecian qué sobrio y seco (así lo entiendo yo, por Hércules) es el
placer según Epicuro, sino que se abalanzan sólo sobre el nombre, buscando
alguna defensa y cobertura para sus antojos. Así pues, pierden el único bien 5
que tenían entre sus males, la vergüenza de obrar mal; pues alaban cosas de
las que se ruborizaban y presumen de su vicio; y por eso ni siquiera le es
posible al arrepentimiento resurgir, cuando se adjudica un título honroso a
una desidia indecente. Por esto es por lo que esa alabanza del placer es
perjudicial, porque las normas honestas se ocultan, lo que corrompe se pone
de relieve.

Ciertamente yo soy de la opinión (lo diré mal que pese a nuestros **13**
seguidores) de que Epicuro dictó unas normas respetables, justas y, si las
tratas más de cerca, tristes; pues reduce el placer a algo exiguo y endeble, y
la ley que nosotros establecemos para la virtud, él la establece para el placer.
[303] Le ordena obedecer a la naturaleza; ahora bien, es poco para el 2
desenfreno lo que para la naturaleza es suficiente. ¿Qué hay, entonces?
Cualquiera que llama dicha al ocio perezoso y a los vaivenes de la gula y la
lujuria, busca un buen valedor para una mala causa y, cuando accede a él
seducido por un nombre atrayente, persigue un placer no tal como lo escucha,
sino tal como se lo ha representado, y cuando empieza a considerar que sus
vicios son afines a las normas, los complace no temerosamente ni
secretamente, desde ese momento se desenfrena incluso a cara descubierta,
Así pues, no diré lo que la mayoría de los nuestros, que la escuela de Epicuro
es maestra de ignominias, sino que digo esto: tiene mala fama, está
desacreditada. «Pero inmerecidamente.» ¿Quién puede saber esto sino el que
ha sido admitido en su seno? Su fachada misma da lugar a habladurías e 3
inspira malos presentimientos. Esto es lo mismo que si fueras un hombre
robusto vestido con una túnica: el pudor se te mantiene incólume, tu virilidad
está a salvo, tu cuerpo no se ocupa en ningún trance vergonzoso, pero en tu

mano hay un pandero.[304] Así pues, que elijan un título honesto y un
frontispicio que por sí mismo estimule el espíritu: el que hay ahora lo han
descubierto los vicios.

Todo el que a la virtud ha accedido, ha dado muestras de una disposición 4
animosa: quien sigue al placer parece enervado, roto, un individuo
degenerado que va a caer en actos vergonzosos si alguien no le distingue los
placeres, para que sepa cuáles de ellos están dentro del deseo natural, cuáles
se lanzan a fondo y son inacabables y tanto más insaciables cuanto más se
intentan saciar. Venga, que la virtud vaya de adelantada, cualquier paso será 5
seguro. Y el placer excesivo es perjudicial: en la virtud no es de temer que
haya algo excesivo, porque en ella misma está su límite: no es bueno lo que
se ve en apuros por su tamaño.[305] Además, a quienes les ha correspondido
una naturaleza racional ¿qué cosa puede proponérseles con más propiedad
que la razón? Y si parece bien esta unión, si parece bien marchar hacia una
vida feliz en esta compañía, que la virtud vaya por delante, que la acompañe
el placer y alrededor del cuerpo, como su sombra, se sitúe: ciertamente,
entregar a la virtud, la más insigne señora, como esclava del placer, sólo
cabe en la mentalidad del que es incapaz de nada grande.

Que la virtud marche la primera, que lleve estas enseñas: tendremos, con **14**
todo, placer, pero seremos sus dueños y moderadores; algo obtendrá de
nosotros con sus súplicas, a nada nos forzará. Por el contrario, los que han
entregado la primacía al placer, se han privado de lo uno y de lo otro; pues
renuncian a la virtud, por lo demás no dominan ellos al placer, sino a ellos el
placer, por cuya ausencia se atormentan o bien por su abundancia se asfixian,
infelices si los abandona, más infelices si los aplasta; tal como atrapados en
el mar de las Sirtes[306] unas veces quedan en seco, otras veces flotan sobre 2
una ola arrolladora. Ahora bien, esto les ocurre por culpa de una excesiva
intemperancia y el ciego apego a su afición; en efecto, para el que pretende el
mal en vez del bien es peligroso alcanzarlo. Igual que cazamos fieras con
esfuerzo y peligro, y también su posesión en cautividad es intranquila (pues a
menudo llegan a rasguñar a sus dueños),[307] así se conducen los grandes
placeres: se han convertido en una gran calamidad y, capturados, han
capturado; cuanto más y mayores son, tanto menor y esclavo de más es aquel
a quien la gente califica de dichoso. Me parece oportuno continuar con esta
comparación aún. Del mismo modo que quien rastrea las guaridas de las 3
bestias y a

con el lazo fieras cazar

le da mucho valor, y a

los anchos boscajes rodear con los perros,[308]

para seguir las huellas de ellas, descuida asuntos preferentes y desiste de numerosas obligaciones, igualmente quien persigue el placer todo lo pospone a él y desdeña lo primero su libertad y pasa a depender de su vientre, y no se compra para él los placeres, sino que se vende él a los placeres.

«Sin embargo —dice—, ¿qué impide reunir en uno solo la virtud y el **15**
placer y lograr un bien supremo tal, que lo mismo sea tanto honesto como agradable?» Es que una parte de lo honesto no puede ser más que algo honesto, y el bien supremo no conservará su pureza si ve en sí mismo algo
distinto de lo mejor. Ni siquiera el goce que proviene de la virtud, por más 2
que sea bueno, forma parte del bien absoluto, no más que la alegría y el sosiego, pese a que nazcan de los más estimables motivos; pues son bienes, pero conclusiones del bien supremo, no contribuciones a él. Pero quien
practica la asociación de virtud y placer, y ni siquiera en pie de igualdad, por 3
la fragilidad de uno de los dos bienes mella todo el brío que hay en el otro, y la libertad, indomable sólo si no conoce nada más precioso que ella, la somete al yugo. En efecto, cosa que constituye la mayor esclavitud, empieza a hacerle falta la suerte; después viene una vida atribulada, inquieta, recelosa
de un infortunio, dependiente de las variaciones de las circunstancias. No le 4
proporcionas a la virtud unos cimientos sólidos, fijos, sino que le ordenas permanecer en una posición insegura; ¿qué, pues, hay tan inseguro como la espera de las casualidades y las mudanzas del cuerpo y de los factores que afectan al cuerpo? ¿Cómo puede éste obedecer al dios y aceptar con buen ánimo todo lo que le ocurre y no quejarse del destino, interpretando con buena voluntad sus infortunios, si a la mínima punzada de placer o de dolor se estremece? Al contrario, tampoco resulta un buen defensor o amparo de su patria ni protector de sus amigos, si tiende a los placeres. Que el bien
supremo, pues, ascienda allí de donde ninguna fuerza lo arroje, a donde no 5
tengan acceso el dolor ni la esperanza ni el temor ni cosa alguna que menoscabe los derechos del bien supremo; ahora bien, allí sólo puede ascender la virtud. Con su paso hay que derrotar esa cuesta; ella se estará valerosamente y soportará todo lo que le suceda no sufriéndolo sólo, sino incluso queriéndolo, y sabrá que cualquier complicación de las

circunstancias es ley de la naturaleza y como buen soldado soportará las
heridas, se contará las cicatrices y, mientras muera atravesado por los
dardos, amará al general por el que cae; tendrá en su ánimo aquella antigua
norma: sigue al dios. Todo el que se queja, en cambio, y llora y gime, se ve a
la fuerza obligado a hacer lo que le han mandado y, a pesar de todo, mal de su 6
grado se ve atraído a lo que le han ordenado. ¡Pues qué locura es dejarse
arrastrar mejor que seguir![309] Tal como, por Hércules, es necedad e
ignorancia de la propia condición lamentarte de que algo te falta o te ha
sobrevenido más que desagradable, igualmente extrañarse o soportar de mala
gana las cosas que suceden tanto a los buenos como a los malos, las
enfermedades, digo, los duelos, los desfallecimientos y las demás que 7
arremeten de improviso contra la vida del hombre. Todo lo que hay que sufrir
debido a la conformación del universo, que se acepte con magnanimidad;
bajo este juramento hemos sido enrolados:[310] soportar nuestra naturaleza
mortal y no dejarnos trastornar por cosas que no está en nuestras manos
evitar. Hemos nacido en un reino: obedecer al dios es la libertad.

Luego en la virtud está radicada la dicha verdadera. ¿Qué te recomendará **16**
esta virtud? Que no estimes bueno o malo nada que no tenga relación con la
virtud ni con la maldad; después, que te mantengas inmutable tanto en contra
del mal <como> en conformidad con el bien, de modo que, en la medida en 2
que es lícito, seas una copia del dios.[311] ¿Qué te promete por esta empresa?
Enormes ventajas e iguales a las divinas: a nada te verás obligado, de nada
pasarás necesidad, quedarás libre, protegido, indemne; nada intentarás en
vano, nada te estará prohibido; todo te irá conforme a tus deseos, nada odioso
te ocurrirá, nada en contra de tu parecer y de tu voluntad. «¿Entonces, qué? 3
¿La virtud es suficiente para vivir con felicidad?» La perfecta y divina ¿cómo
no va a ser suficiente, es más, a sobrar? ¿Qué puede faltarle, pues, al que se
ha situado más allá del deseo de cualquier cosa? ¿Qué le hace falta del
exterior a quien todo lo suyo lo ha concentrado en sí mismo? Pero al que se
inclina hacia la virtud, aunque haya progresado mucho, le hace falta alguna
concesión por parte de la suerte, cuando aún está bregando en medio de las
vicisitudes humanas, mientras deshace aquel nudo y cualquier vínculo mortal.
¿Qué diferencia hay, entonces? Que algunos han sido atados apretadamente,
amarrados, recluidos incluso; este que ha avanzado hasta las alturas y se ha
elevado más arriba, arrastra una cadena deslabonada, no libre todavía, pero
ya prácticamente libre.[312]

Así pues, tal vez alguno de esos que ladran contra la filosofía diga lo que suelen:[313] «Entonces, ¿por qué razón hablas tú con más energía que vives? **17**
¿Por qué razón subordinas tus palabras a tus superiores y consideras el dinero un elemento imprescindible para ti y te inquietas por un despilfarro y dejas ir tus lágrimas al anunciarte la muerte de tu esposa o de tu amigo y te afectan los comentarios maliciosos? ¿Por qué razón tienes un campo más 2
cuidado de lo que pide un uso normal? ¿Por qué no cenas conforme a tus prescripciones? ¿Por qué tienes un ajuar más que espléndido? ¿Por qué en tu casa se bebe un vino más añejo que tú? ¿Por qué se exhibe el oro? ¿Por qué se plantan árboles que no van a dar nada más que sombra? ¿Por qué razón tu esposa lleva en las orejas el patrimonio de una casa opulenta? ¿Por qué razón tu escuela de esclavos[314] se viste con ropas valiosas? ¿Por qué razón es un arte en tu casa servir la mesa, y la plata no se dispone a la ligera y según se antoje, sino que se apila con pericia, y hay alguien maestro en trinchar las viandas?».[315] Añade, si quieres: «¿Por qué tienes posesiones allende el mar?[316] ¿Por qué, más cosas de las que tienes noticia? ¿<Por qué> te comportas ruinmente y tan descuidado que no conoces a tus poquitos esclavos, o tan ostentoso que tienes más de los que tu memoria puede tener constancia?». Pronto contribuiré a los improperios y me echaré en cara más 3
cosas de las que piensas, por ahora te respondo esto: no soy sabio y, para fomentar tu malevolencia, tampoco lo seré. Así pues, exige de mí no que sea parecido a los perfectos, sino mejor que los malos: para mí es bastante mermar cada día un poco de mis vicios y reprocharme mis errores. No he 4
alcanzado la perfecta salud, ni la alcanzaré tampoco; para mi gota preparo lenitivos más que remedios, satisfecho con que me vengan los ataques más de tarde en tarde y no me produzca picor: en todo caso, comparándome con vuestros pies, alfeñiques, soy un corredor. Esto no lo digo por mí (pues yo estoy en lo hondo de todos los vicios), sino por aquel que tiene avanzado algo.

«Hablas —dices— de una manera, vives de otra.» Esto, cabezas las más **18**
perversas y enemigas de los mejores, le echaron en cara a Platón, en cara a Epicuro, en cara a Zenón; pues todos éstos decían no de qué modo vivían ellos, sino de qué modo habría que vivir, también por su parte. Hablo de la virtud, no de mí, y cuando muevo alboroto contra los vicios, lo muevo sobre todo contra los míos: cuando pueda, viviré como conviene. Y esa malignidad 2
impregnada en abundancia de veneno no me ahuyentará de los mejores; ni

siquiera esa ponzoña con que rociáis a los otros, con que os matáis, me
impedirá seguir alabando la vida, no la que llevo, sino la que sé que hay que
llevar, y venerar la virtud y seguirla arrastrándome desde una enorme
distancia. ¿Voy a esperar, claro, que algo sea inviolable para la malevolencia, 3
para la que ni Rutilio ni Catón fueron sagrados?[317] ¿Se va a preocupar
alguien por si parece excesivamente rico a esos para quienes Demetrio el
cínico[318] es poco pobre? De un hombre de los más resueltos y que lucha
contra todos los deseos naturales, más pobre que los demás cínicos
precisamente porque, como ya se ha prohibido tener, se ha prohibido también
pedir, dicen que no padece bastante necesidad. Y ya lo ves, no ha practicado
el arte de la virtud, sino el de la penuria.

De Diodoro,[319] el filósofo epicúreo que hace pocos días puso fin a su **19**
vida por propia mano, dicen que no obró conforme a la doctrina de Epicuro,
puesto que se rebanó la garganta: unos pretenden que parece locura esta
acción suya, otros inconsciencia. Él, entre tanto, feliz y colmado de buena
conciencia, se dio a sí mismo testimonio al abandonar la vida y alabó el
reposo de su existencia, pasada en el puerto y atada al ancla, y dijo lo que
vosotros habéis escuchado de mal grado, como si vosotros también hubierais
de hacerlo:

viví y el camino corrí que la suerte me había marcado.[320]

Discutís sobre la vida del uno, sobre la muerte del otro, y ladráis al nombre 2
de los varones grandes por algún mérito extraordinario, tal como perros
minúsculos al paso de personas desconocidas. Os conviene, pues, que nadie
parezca bueno, como si la virtud ajena fuera un reproche a vuestras fechorías.
Envidiosos, comparáis lo resplandeciente con vuestra ruindad y no
comprendéis con cuánto perjuicio vuestro os atrevéis a hacerlo. En efecto, si
los que siguen la virtud son avaros, libidinosos y ambiciosos, ¿qué sois
vosotros, a quienes el mero nombre de la virtud produce aversión? Decís que
nadie practica lo que predica ni vive al tenor de sus palabras: ¿qué tiene de 3
extraño, dado que hablan de conductas enérgicas, magníficas, que escapan a
todas las turbulencias del hombre? Aun cuando intentan arrancarse de sus
cruces (en las que cada uno de vosotros hunde sus propios clavos), acaban
sufriendo suplicio, pero cuelga de un solo madero cada uno: estos que se
castigan a sí mismos se ven descuartizados en tantas cruces como pasiones.
Por el contrario, son maldicientes, ingeniosos en sus ofensas a otros. Yo

creería que este defecto no cabía en ellos, si algunos no escupieran desde su patíbulo a los espectadores.[321]

«No hacen los filósofos lo que predican.» Sin embargo, hacen mucho, **20**
porque predican, porque conciben sus ideas con honesta intención. ¡Ojalá también hicieran realmente obras iguales a sus dichos!: ¿qué mayor felicidad podrían tener? Entre tanto, no tienes por qué menospreciar sus palabras buenas ni sus corazones colmados de pensamientos buenos: es de alabar,
incluso sin llegar al resultado, la dedicació a saludables afanes. ¿Qué tiene 2
de extraño si no ascienden hasta lo alto los que acometen pendientes escarpadas? Pero si eres un hombre, admira, aunque fracasen, a los que intentan grandes empresas. Hermosa cosa es que quien mira no sus fuerzas, sino las de su condición, intente ganar las alturas y concebir en su mente mayores proyectos que los que puede cumplir, pese a estar dotado de un
enorme espíritu. Quien se ha propuesto esto: «Yo miraré a la muerte con el 3
mismo semblante con que oigo de ella. Yo me someteré a los trabajos, sean como sean de grandes, apuntalando el cuerpo con el espíritu. Yo menospreciaré igualmente las riquezas tanto presentes como ausentes, ni más triste si se hallan en otro lugar, ni más animoso si resplandecen a mi alrededor. Yo no me percataré de la suerte ni cuando venga ni cuando se vaya. Yo veré todas las tierras como si fueran mías, y las mías como de todos. Yo viviré como sabiendo que he nacido para los demás y por ello daré gracias a la naturaleza: pues ¿de qué forma ha podido llevar mejor mis
asuntos? Me ha dado a mí solo para todos, a todos para mí solo. Todo lo que 4
llegaré a tener ni lo guardaré avaramente ni lo dilapidaré pródigamente; creeré que nada poseo con más verdad que lo que haya dado con generosidad. No calcularé mis favores por su número ni por su peso ni por ninguna otra consideración más que la del beneficiario; nunca para mí supondrá mucho lo que reciba uno digno de ello. Nada haré por una suposición, todo por mis convicciones. Creeré que todo lo que haga sólo a
mis sabiendas lo hago mientras me contempla la gente. Para mí la finalidad 5
de comer y beber será apagar los deseos naturales, no atiborrar el estómago y vaciarlo.[322] Seré jovial con mis amigos, condescendiente y afable con mis enemigos. Obtendrán cosas de mí antes de que las soliciten y me anticiparé a las peticiones honestas. Sabré que mi patria es el mundo[323] y mis protectores los dioses,[324] que éstos están por encima de mí y alrededor de mí como jueces de mis hechos y mis dichos. Y cuando mi espíritu o bien la

naturaleza lo reclame o bien la razón lo libere, me marcharé dejando testimonio de que yo he amado los conocimientos buenos, las aficiones buenas, de que por mi culpa no se ha mermado la libertad de nadie, mucho menos la mía»; quien se proponga hacer esto, lo quiera, lo intente, emprenderá el recorrido hasta los dioses y, aunque no lo logre,

cayó por su gran osadía.[325]

Realmente vosotros, con esto de odiar la virtud y al que la practica, no hacéis 6
nada nuevo. En efecto, también los ojos enfermos se espantan del sol, y esquivan el resplandor del día los animales nocturnos que, a sus primeros inicios, se aturden y buscan por todas partes sus cubiles, se ocultan en algún resquicio, temerosos de la luz. Gemid y ejercitad vuestra lengua desdichada con los improperios a los buenos, abrid bien la boca, morded: os romperéis los dientes mucho antes de que los dejéis marcados.

«¿Por qué razón ése es estudioso de la filosofía y lleva una vida tan **21**
regalada? ¿Por qué razón dice que hay que menospreciar las riquezas, y las posee, piensa que hay que menospreciar la vida, y sin embargo vive, que hay que menospreciar la salud, y sin embargo se la cuida con grandísimo celo y la prefiere perfecta? ¿Considera el destierro una palabra vacía y afirma "¿Pues qué hay de malo en cambiar los países?",[326] y sin embargo, si le es posible, envejece en su patria? ¿Y juzga que no hay diferencia entre un tiempo más largo o más breve, y sin embargo, si nada se lo impide, alarga su vida y se mantiene sano sin sobresaltos en su avanzada vejez?» Afirma que se deben
menospreciar esas cosas no para no poseerlas, sino para no poseerlas 2
angustiado; no las aleja de su lado, pero, cuando se marchan, se despide sereno de ellas. Y las riquezas, de hecho, ¿dónde las depositará la suerte con
más garantías que allí de donde las va a recuperar sin protestas de quien se 3
las restituye? Marco Catón, en la época en que alababa a Curio[327] y a Coruncanio[328] y aquella generación en que unas cuantas laminillas de plata constituían un delito castigado por el censor,[329] tenía a su nombre cuatro millones de sestercios, menos, sin duda, que Craso,[330] más que Catón el Censor.[331] Si los comparamos, sobrepasaba a su bisabuelo un trecho mayor que el que a él lo sobrepasaba Craso, y si le hubieran caído en suerte mayores riquezas, no las habría desdeñado. Pues el sabio no se considera indigno de ningún don de la suerte: no ama las riquezas, pero las prefiere; no las admite en su espíritu, sino en su casa, ni repudia las que posee, sino que

las modera y quiere que procuren mayores ocasiones a su virtud.
¿Qué duda cabe, además, de que un hombre sabio tiene mayores **22**
ocasiones de desarrollar su espíritu en la riqueza que en la pobreza, ya que en
ésta la única clase de virtud es no doblegarse ni humillarse, en las riquezas la
mesura, la generosidad, el esmero, la disposición, la grandiosidad tienen
amplio campo? El sabio no se menospreciará aunque sea muy pequeño de 2
talla, sin embargo querrá ser alto. Y débil de cuerpo, o tras haber perdido un
ojo, se encontrará bien, sin embargo preferirá tener vigor corporal, y esto
sabiendo que en él hay otra cosa más saludable; soportará la mala salud,
deseará la buena. Pues ciertas cosas, aunque son insignificantes en el 3
conjunto de todas y se pueden suprimir sin detrimento del bien principal,
añaden sin embargo algo a la alegría constante y que nace de la virtud: las
riquezas le afectan y le regocijan tal como al navegante un viento favorable y
de popa, como un día bueno y un paraje soleado en medio del invierno y del
frío. Además, ¿cuál de los sabios (digo de los nuestros, para quienes el único 4
bien es la virtud) niega que también estas cosas que llamamos indiferentes
tengan algo de valor en sí mismas y que unas sean preferibles a otras? A
algunas de ellas les tenemos cierta estima, a otras mucha: conque no te
equivoques, entre las preferibles están las riquezas.[332] «Entonces, ¿por qué
te burlas de mí, puesto que tienen para ti la misma importancia que para mí?» 5
¿Quieres darte cuenta de hasta qué punto no tienen la misma importancia? A
mí las riquezas, si desaparecen, no se me llevarán nada más que a ellas
mismas sólo: tú quedarás aturdido y te parecerá que te has quedado sin ti si
ellas se alejan de ti; para mí las riquezas tienen alguna importancia, para ti la
mayor; a fin de cuentas, las riquezas son mías, tú eres de las riquezas.

Deja entonces de prohibir el dinero a los filósofos: nadie ha condenado a **23**
la pobreza a la sabiduría. Tendrá el filósofo amplias riquezas, pero no
arrebatadas a nadie ni tintas de sangre ajena, adquiridas sin perjuicio de
ningún otro, sin sórdidas ganancias,[333] y cuya partida sea tan honrada como
su venida, que nadie deplore salvo el malintencionado. Amontónalas en la
medida que quieras: son honradas en quienes, aun cuando haya muchas cosas
que todo el mundo quisiera decir suyas, no hay nada que nadie pueda decir 2
suyo. Él, por supuesto, no va a rechazar la generosidad de la suerte, y de su
patrimonio ganado por medios honrados ni se envanecerá ni se avergonzará.
Sin embargo, tendrá también de qué envanecerse si, tras abrir su casa y
admitir en sus posesiones a la ciudadanía, puede decir: «Lo que cada cual
reconozca, que se lo lleve». ¡Qué gran varón, <qué> justamente rico, si

después de estas palabras posee exactamente lo mismo! Así lo afirmo: si a
salvo y seguro se presta al escrutinio de la gente, si ninguno ha encontrado 3
nada a que echar mano, será rico sin tapujos y abiertamente. El sabio no
admitirá en sus umbrales ningún denario[334] que entre malamente; al mismo
tiempo no rehusará ni cerrará el paso a los copiosos caudales, don de la
fortuna y fruto de la virtud. ¿Qué razón hay, pues, para que les niegue a ellas
nadie una buena residencia? Que vengan, que se alojen. Ni las aireará ni las
ocultará (lo uno es propio de un espíritu inepto, lo otro, de uno tímido y
apocado, que las abraza en su seno como un gran bien), ni, como he dicho, las 4
expulsará de su casa. Pues ¿qué va a decirles? ¿Tal vez «sois inútiles» o «yo
no sé servirme de las riquezas»? Del mismo modo que también podría hacer
un viaje por su propio pie, pero preferirá ir en algún medio de transporte,
igualmente podría ser pobre, querrá ser rico. Así pues, tendrá caudales, pero
como ligeros y prontos a irse volando, y no consentirá que sean penosos para 5
sí mismo ni para ningún otro. Dará (¿por qué habéis aguzado los oídos, por
qué aprestáis el bolsillo?) a los buenos o a los que pueda hacer buenos, dará
escogiendo con extremada prudencia a los más dignos, como quien recuerda
que hay que rendir cuentas tanto de lo gastado como de lo recibido, dará por
motivos justos y plausibles, pues entre los derroches vergonzosos se cuenta el
regalo recusable; tendrá el bolsillo fácil, no agujereado, para que de él salga
mucho y no se caiga nada.

Se equivoca cualquiera que considere que dar es asunto fácil: este asunto **24**
entraña muchísima dificultad, al menos si se hace la distribución con
prudencia, no se dilapida al acaso y por un impulso. De éste me hago
acreedor, a aquél le devuelvo; a éste socorro, de este otro me compadezco; a
aquél lo proveo, merecedor como es de que la pobreza no lo acompañe ni lo
tenga sojuzgado; a algunos no les daré por más que les falte, porque, aunque
les dé, les va a faltar aún; a algunos se lo ofreceré, a otros incluso se lo haré
coger. No puedo ser negligente en este asunto; nunca hago más inversión que
cuando doy. «¿Qué? —dices—, ¿Tú das para recibir?»[335] Más bien para no 2
perder: que la donación se haga en un lugar de donde no se deba reclamar, sí
se pueda restituir. Que tu favor quede puesto del mismo modo que un tesoro
profundamente enterrado, que no hay que desenterrar si no es preciso. ¿Qué?
La casa misma de un hombre rico ¡cuántas ocasiones presenta para obrar 3
bien! Pues ¿quién apela a la generosidad para los togados[336] tan sólo? La
naturaleza me ordena ayudar a los hombres. Que éstos sean esclavos o bien

horros, nacidos libres o hijos de libertos, de libertad legalizada o concedida entre amigos,[337] ¿qué más da? Donde quiera que hay un hombre, hay lugar para el favor. Así pues, el dinero puede desparramarse también dentro de sus umbrales y practicar la liberalidad, que se denomina así no porque se deba a los libres, sino porque procede de un espíritu libre. En el sabio ella nunca se vuelca con los indecentes e indignos, ni nunca anda tan exhausta que no se desborde como si rebosara cada vez que encuentra a alguien digno.[338]

No tenéis, entonces, por qué interpretar torcidamente lo que
honestamente, con valentía, animosamente, dicen los seguidores de la 4
sabiduría. Y primero escuchad esto: una cosa es el seguidor de la sabiduría,
otra el que ya la ha alcanzado. Aquél te dirá: «Hablo muy bien, pero todavía
doy tumbos entre innumerables males. No tienes por qué exigirme con arreglo
a mi doctrina: ahora precisamente me estoy haciendo y adaptando, y elevando
hasta un modelo gigantesco; si progreso todo lo que me he propuesto, exige
que mis hechos respondan a mis dichos». En cambio, el que ha conseguido la
culminación del bien del hombre se conducirá contigo de otra forma y te dirá:
«En primer lugar, no tienes por qué permitirte hacer conjeturas sobre los
mejores; a mí ya me ha ocurrido disgustar a los malos, lo que es prueba de mi
rectitud. Pero, por rendirte unas cuentas que no niego a ningún mortal, oye 5
qué prometo y en cuánto aprecio cada cosa. Digo que las riquezas no son un
bien; en efecto, si lo fueran, nos harían buenos: ahora, como lo que se
descubre en los malvados no se puede llamar un bien, les niego este nombre.
Por lo demás, reconozco que son dignas de tenerlas, útiles y tales que
procuran muchas comodidades a la vida.

»Oíd entonces cuál es la razón de que no las cuente entre los bienes y por **25**
qué en medio de ellas me comporto de otro modo que vosotros, supuesto que 2
entre todos hay acuerdo en que se tienen que poseer. Ponme en la casa más opulenta, ponme <donde> el oro y la plata sean de uso corriente: no me envaneceré por esas cosas que, aun en mi casa, están no obstante fuera de mí. Trasládame al Puente Sublicio y arrójame entre los pordioseros:[339] no me despreciaré por estarme sentado entre la cantidad de aquellos que alargan la mano a las limosnas. Pues ¿qué tiene que ver que le falte un pedazo de pan a quien no le falta la posibilidad de morir? ¿Qué hay, entonces? Que prefiero la casa espléndida al puente. Ponme en medio de un ajuar espléndido y de una refinada suntuosidad: en absoluto me creeré más dichoso porque haya a mi disposición unas ropas delicadas, porque la púrpura se extienda a los pies de

mis invitados. Cambia mis cobertores: en absoluto seré más infeliz si mi fatigada espalda reposa en un manojo de heno, si me acuesto sobre borra de circo[340] que se sale por los remiendos de un paño desgastado. ¿Qué hay, entonces? Que prefiero mostrar qué espíritu tengo vestido con la pretexta y provisto de manto que con los hombros desnudos o tapados a medias. Que 3
todos mis días transcurran conforme a mis deseos, que nuevas alegrías se entretejan con las anteriores: no por esto estaré satisfecho de mí mismo. Cambia al revés esta benevolencia de las circunstancias, que de un lado y de otro mi espíritu se vea golpeado por pérdidas, duelos, asaltos diversos, que ninguna hora pase sin queja: no por ello me llamaré desdichado entre lo más desdichado, no por ello maldeciré día alguno: pues me he cuidado de que ningún día me fuera aciago. ¿Qué hay, entonces? Que prefiero moderar mis goces a reprimir mis dolores».

Esto te dirá el insigne Sócrates: «Hazme vencedor de todas las naciones, 4
que el delicioso carro de Líber me lleve en triunfo desde donde sale el sol hasta Tebas,[341] que los reyes recaben de mí sus leyes: pensaré que soy más que nunca un hombre cuando por todas partes me vea aclamado como un dios. A este encumbramiento tan excelso únele inmediatamente una mudanza repentina; que me pongan en unas angarillas extranjeras para adornar el desfile de un vencedor arrogante y feroz:[342] no avanzaré bajo el carro de otro más abatido que cuando me mantenía en pie en el mío. ¿Qué hay, entonces? Que de todos modos prefiero vencer a ser prisionero. Desdeñaré todo el reino de la suerte, pero, si se me da posibilidad de escoger, tomaré lo 5
mejor de él. Todo lo que me llegue resultará bueno, pero prefiero llegue lo más fácil y agradable y que menos vaya a perturbar a quien lo use. No tienes, pues, por qué creer que hay alguna virtud sin esfuerzo, pero ciertas virtudes necesitan acicates, otras, frenos. Del mismo modo que el cuerpo se debe 6
retener en una pendiente, y empujarlo ante un repecho, así algunas virtudes están en una pendiente, otras suben cuesta arriba. ¿Es dudoso que ascienden, se esfuerzan, luchan la paciencia, la fortaleza, la perseverancia y cualquier otra virtud que se enfrenta a la adversidad, y someten a la suerte? ¿Entonces, qué? ¿No es igualmente evidente que la generosidad, la templanza, la 7
mansedumbre van por una bajada? En éstas contenemos nuestro espíritu para que no resbale, en aquéllas lo animamos y lo azuzamos vigorosamente. Luego aplicaremos a la pobreza las que saben pelear, más valientes, a la riqueza, las más cuidadosas, que andan de puntillas y contienen su propio peso. Como

esto se ha distribuido así, prefiero poner en uso estas que hay que ejercer con 8
más tranquilidad, a aquellas cuya práctica entraña sangre y sudor. Luego yo, dice el sabio, no vivo de otra forma que como hablo, sino que vosotros me oís de otra forma; el sonido tan sólo de las palabras llega a vuestros oídos; no queréis saber qué significa».

«Entonces, ¿qué diferencia hay entre tú, el sabio, y yo, el necio, si ambos **26**
queremos poseer?» Muchísima: pues las riquezas en casa del sabio están al servicio, en casa del necio, al mando; el sabio nada permite a las riquezas, a vosotros las riquezas, todo; vosotros, como si alguien os hubiera garantizado su posesión de por vida, os habituáis y apegáis a ellas, el sabio medita sobre
la pobreza precisamente cuando está rodeado de riquezas. Nunca un general 2
se fía tanto de la paz que no se prepare para una guerra que, aunque no se emprenda, está declarada; a vosotros una hermosa casa, como si no pudiera arder ni derrumbarse, os vuelve presuntuosos, a vosotros los caudales, como si se zafaran de cualquier peligro y a vuestros ojos fueran demasiado grandes
para que la suerte tuviera fuerzas suficientes para agotarlos, os dejan 3
estupefactos. Jugáis ociosos con las riquezas y no prevéis su peligro, tal como las más de las veces los bárbaros asediados y ajenos a las máquinas de guerra contemplan con pasividad el trabajo de los sitiadores y no entienden a qué viene aquello que a lo lejos están montando. Lo mismo os ocurre a vosotros: languidecéis entre vuestras pertenencias y no pensáis cuántos desastres las amenazan por todas partes, dispuestos a llevarse inmediatamente unos valiosos despojos. Quienquiera que arrebate las riquezas de un sabio le dejará todos sus bienes;[343] pues vive contento con los presentes, indiferente respecto a lo por venir.

«De nada —afirma aquel Sócrates o algún otro en quien haya idéntica 4
afición hacia los asuntos humanos e idéntica autoridad— me he convencido más que de no plegar la marcha de mi vida a vuestras opiniones. Juntad de todas partes vuestras habituales palabras: no voy a pensar que me insultáis, sino que lloriqueáis como niños desoladísimos.» Esto os dirá aquel a quien le ha tocado en suerte la sabiduría, a quien su espíritu inasequible a los vicios le ordena regañar a los demás, no porque los odia, sino para su remedio. Añadirá a esto: «Vuestra opinión me inquieta no por mi causa sino por la vuestra, porque odiar †a quienes claman†[344] y mortificar a la virtud constituye una renuncia a la buena esperanza. No me hacéis ningún ultraje, pero tampoco a los dioses quienes derriban sus altares. Pero vuestra mala intención y mala voluntad son evidentes incluso allí donde no han podido

hacer daño.[345] Vuestros delirios los soporto exactamente igual que Júpiter 5
Óptimo Máximo las tonterías de los poetas,[346] de los que uno le ha plantado
alas, otro cuernos, otro lo ha representado adúltero y trasnochador, otro cruel
con los dioses, otro injusto con los hombres, otro raptor de hombre libres y
hasta de parientes, otro parricida y conquistador del reino de otro, su padre,
además:[347] con esto no han logrado nada más que quitar a los hombres la
vergüenza de obrar mal, si es que han llegado a creer en tales dioses. Pero,
pese a que eso no me afecta en absoluto, os advierto en interés vuestro: 6
admirad la virtud, confiad en los que, tras haberla seguido mucho tiempo,
claman que están siguiendo algo grande y que de día en día más grande se
muestra, y veneradla a ella como a los dioses, y a sus adeptos como a los
sacerdotes y, cada vez que surja una mención de los textos sagrados, guardad
silencio religioso.[348] Esta palabra no procede, como cree la mayoría, de
fauor, sino que impone silencio para que la ceremonia se pueda concluir
según el rito, sin que la interrumpa ninguna palabra malintencionada; es
mucho más necesario imponéroslo a vosotros para que, cada vez que se haga
alguna revelación desde aquel oráculo, la escuchéis atentos y sofocando la 7
voz. Cuando uno, agitando el sistro, miente por mandato, cuando uno, diestro
en sajarse las carnes, ensangrienta sus brazos y hombros teniendo en alto las
manos, cuando una da alaridos mientras se arrastra de rodillas por la calle, y
un viejo vestido de lino, que lleva un laurel y un candil en pleno día, grita que
alguno de los dioses está airado,[349] acudís y escucháis y afirmáis,
alimentándoos vuestro asombro unos a otros, que es un iluminado».

He aquí que Sócrates, desde aquella cárcel que purificó al entrar en ella y **27**
transformó en más honrosa que cualquier curia, proclama: «¿Qué es esa
rabia, qué, esa actitud hostil a los dioses y a los hombres, difamar las
virtudes y profanar con malignas palabras cosas sagradas? Si podéis, alabad
a los buenos, si no, id a otra parte; y si os gusta practicar este abominable
extravío, abalanzaos unos contra otros. En efecto, cuando deliráis contra el
cielo no os digo "cometéis un sacrilegio", sino "malgastáis vuestro esfuerzo". 2
Yo he proporcionado hace tiempo a Aristófanes ocasión para sus burlas, todo
el puñado de poetas cómicos ha derramado sobre mí sus gracias
envenenadas:[350] mi virtud ha quedado patente gracias a los procedimientos
mismos con los que la agredían; le interesa, pues, ser expuesta y comprobada,
y nadie comprende qué grande es mejor que quienes han percibido su fuerza
al mortificarla: la dureza del pedernal no es para nadie mejor conocida que 3

para quienes lo golpean. Me ofrezco como un peñasco aislado en una mar turbulenta que las olas, desde cualquier lugar en que se hayan removido, no dejan de azotar, y no por eso lo remueven de su sitio o lo desgastan con sus embates constantes, a lo largo de tantos siglos. Asaltadme, lanzad vuestro ataque: soportándolo os venceré. Todo lo que se abalanza contra lo que es resistente e invencible ejerce su fuerza para su propia desgracia: buscad, por tanto, alguna materia blanda y flexible, para que puedan clavarse vuestros dardos en ella.

»¿Es que, además, tenéis tiempo para investigar los defectos de otros y 4
hacer conjeturas sobre alguien?: “¿Por qué razón este filósofo vive tan a sus
anchas? ¿Por qué razón ése cena tan espléndidamente?”. ¿Os fijáis en los
granos de los demás, cubiertos como estáis de llagas? Esto es igual que si
uno al que decora una sarna repugnante se ríe de las pecas y verrugas de unos
cuerpos hermosísimos. Echadle en cara a Platón que haya solicitado dinero, a 5
Aristóteles que lo haya aceptado, a Demócrito que lo haya desdeñado, a
Epicuro que lo haya gastado;[351] a mí mismo echadme en cara a Alcibíades y
a Fedro,[352] vosotros, que seréis inmensamente dichosos cuando tengáis la
suerte de poder imitar nuestros defectos. ¿Por qué no más bien examináis 6
vuestros males, que de todas partes os afligen, unos irrumpiendo desde fuera,
otros ardiendo en vuestras mismas entrañas? Los asuntos humanos, aunque
conozcáis mal vuestra situación, no son de tal clase que os sobre tanto ocio
que tengáis tiempo de agitar la lengua en oprobio de los mejores.

»Esto vosotros no lo entendéis y presentáis un aspecto impropio de **28**
vuestra suerte, como tantos cuya casa, mientras están sentados en el circo o en el teatro, está ya de luto y no les han notificado la desgracia. Yo, en cambio, oteando desde lo alto, veo qué borrascas os amenazan con reventar dentro de poco sus nubarrones, o cuáles, ya vecinas, se han aproximado bien cerca para arrebataros a vosotros y vuestros bienes. ¿Para qué más? ¿Acaso en este mismo momento, aunque no lo notáis casi, no sacude un torbellino vuestros espíritus y los envuelve mientras rehúyen y buscan lo mismo, y tan pronto alzándolos a lo alto, tan pronto arrojándolos a las profundidades ***?».[353]

SOBRE EL OCIO

*** en perfecto acuerdo nos recomiendan los vicios. Aunque no intentemos 1
ninguna otra cosa que sea eficaz, será útil, al menos, por sí mismo el
retirarse: seremos mejores aislados. ¿Qué hay de que nos es posible
retirarnos junto a los hombres mejores y escoger algún modelo hacia el que
enderezar nuestra vida? Esto no se hace <más que> en el ocio: entonces se
puede lograr lo que en una ocasión nos pareció bien, cuando no nos
interrumpe nadie que tuerza con ayuda de la gente nuestra decisión aún débil;
entonces puede seguir un curso constante e invariable nuestra vida, que
hacemos trizas con los proyectos más variados. En efecto, entre las demás
desgracias la peor es que cambiamos incluso nuestros vicios. Así ni siquiera 2
nos pasa que perseveremos en alguna maldad ya familiar. Una tras otra nos
van seduciendo y nos trastorna también el hecho de que nuestras decisiones
no sólo son insensatas, sino además volubles: vacilamos, imaginamos una
cosa tras otra, desechamos lo que hemos buscado, rebuscamos lo que hemos
desechado, se suceden las alternancias entre nuestro deseo y nuestro
arrepentimiento. Pues dependemos completamente de las opiniones ajenas y 3
nos parece lo mejor aquello que tiene muchos pretendientes y encomiadores,
no aquello que hay que encomiar y pretender, y no consideramos bueno o
malo el camino por sí mismo, sino por la abundancia de pisadas, entre las
que no hay ninguna de alguien regresando.[354]

Me dirás: «¿De qué hablas, Séneca? ¿Desertas de tu partido? 4
Indudablemente vuestros estoicos dicen: “Hasta la conclusión definitiva de nuestra vida estaremos en acción, no dejaremos de dedicar nuestros esfuerzos al bien común, de ayudar a cada uno particularmente, de prestar auxilio incluso a nuestros enemigos con nuestras manos de viejos. Nosotros somos los que no damos la licencia a ninguna edad y, según dice aquel hombre elocuentísimo,

canas ceñimos con nuestros yelmos;[355]

nosotros somos en quienes hasta tal punto nada hay ocioso antes de la muerte
que, si el trance lo permite, ni la misma muerte es ociosa”. ¿Por qué
mencionas los preceptos de Epicuro en medio precisamente de los principios
de Zenón? ¿Por qué no te das tú radicalmente de baja, si te avergüenzas de tu 5

partido, antes que traicionarlo?». Por ahora, te contestaré esto: «¿Es que quieres algo además de que me muestre afín a mis guías? ¿Qué hay, entonces? Que iré no a donde me envíen ellos, sino a donde me guíen».[356]

Ahora te demostraré que no me aparto de los preceptos de los estoicos; **2**
en efecto, ellos tampoco se han apartado de los suyos y, no obstante, yo
quedaría disculpado del todo aunque no siguiera sus preceptos sino su
ejemplo. Esto que digo lo dividiré en dos partes: primero, que uno puede
incluso desde sus primeros años entregarse por entero a la contemplación de
la verdad, buscar una razón para vivir y practicarla sin testigos; segundo, que 2
uno puede, después de que se ha ganado su soldada, en edad provecta, hacer
esto con perfecto derecho y desviar su atención a otras actividades, al modo
de las Vestales,[357] que, como tienen repartidas por años sus tareas, aprenden
a celebrar los ritos y, cuando han aprendido, enseñan.

Te haré ver que esto también les parece bien a los estoicos, no porque me **3**
haya impuesto como norma no llevar a cabo nada contra lo dicho por Zenón o Crisipo, sino porque el asunto en sí permite que me adhiera a su opinión, puesto que si alguien sigue siempre la de uno solo, no está en una asamblea, sino en una facción. ¡Ojalá realmente todo estuviera ya explicado y la verdad estuviera en descubierto y evidencia, y no cambiáramos nada de lo decretado! Por ahora buscamos la verdad en compañía de los mismos que la enseñan.

En esta cuestión también discrepan mucho las dos escuelas, la de los 2
epicúreos y la de los estoicos, pero ambas llevan al ocio por distintos
caminos. Epicuro dice: «No intervendrá en la política el sabio, a no ser que
algo le sobrevenga»; Zenón dice: «Intervendrá en la política, a no ser que
algo se lo impida».[358] El uno llega al ocio a partir de un proyecto, el otro a 3
partir de un motivo; ahora bien, ese motivo es ampliamente extenso. Si la
política está demasiado corrompida como para poder auxiliarla, si está
invadida de desastres, no se empeñará el sabio en algo vano ni se esforzará
para luego no servir de nada; si tiene poca influencia o poca energía y
tampoco la política lo ha de admitir, si su salud se lo impide, así como no se
haría a la mar con un barco descuadernado, así como, siendo enfermizo, no
daría su nombre para alistarse, igualmente no emprenderá un camino que sabe
inadecuado. También entonces el que aún lo conserva todo intacto puede, 4
antes de que padezca algunas tempestades, apostarse en lugar seguro y
consagrarse de inmediato a honestos quehaceres y pasar un ocio intachable

practicando las virtudes que pueden ejercer incluso los más reposados. Porque lo que se exige del hombre es que sirva a los hombres, si puede ser, a 5
muchos, si no, a unos pocos, si no, a los más cercanos, si no, a sí mismo. En efecto, cuando se hace útil a los demás, se ocupa de un asunto público. Tal como quien se hace peor no se perjudica tan sólo a sí mismo, sino también a todos a los que, si se hubiera hecho mejor, habría podido servir, igualmente todo el que se perfecciona a sí mismo precisamente por eso sirve a los otros, porque les prepara a uno que les va a servir.

Abracemos en nuestro espíritu dos repúblicas, una grande y verdaderamente pública, que abarca a los dioses y a los hombres, en la que **4**
no podemos fijarnos en esta o aquella esquina, sino que medimos según el sol los límites de nuestra comunidad; la otra, a la que nos asignó la situación de nuestro nacimiento; será la de los atenienses o la de los cartagineses o la de alguna otra ciudad que no pertenezca a todos los hombres sino a unos determinados.[359] Algunos al mismo tiempo dedican sus esfuerzos a ambas repúblicas, a la mayor y a la menor, algunos otros sólo a la menor, otros sólo a la mayor. A esta república mayor también podemos serle provechosos en el ocio, es más, no sé si mejor en el ocio, al tratar de descubrir qué es la virtud, si hay una sola o muchas,[360] si es la naturaleza o el saber lo que hace buenos a los hombres; si es único esto que rodea los mares y las tierras y lo que va unido al mar y a las tierras, o si el dios ha diseminado muchos cuerpos de esta clase; si es compacta y dura toda la materia de la que se deriva el conjunto de las cosas, o porosa y lo vacío va mezclado con lo sólido;[361] cuál es la sede del dios, si contempla su obra o la maneja, si está envolviéndola desde fuera o introducido por toda ella;[362] si el mundo es inmortal o hay que contarlo entre las cosas perecederas y nacidas con un plazo. Quien estas cosas observa, ¿qué servicio presta al dios? Que sus obras tan grandes no queden sin testigos.

Solemos decir que el supremo bien consiste en vivir conforme a la **5**
naturaleza:[363] a nosotros la naturaleza nos engendró para lo uno y lo otro, para la observación de las cosas y para la acción. Demostremos ahora lo que hemos dicho primero. ¿Por qué más? ¿No habrá quedado esto probado, si cada uno a sus solas examina cuánto deseo tiene de conocer lo que 2
desconoce, cómo se aviva ante cualquier narración? Navegan algunos y resisten las fatigas de un viaje larguísimo por la sola recompensa de conocer algo oculto y remoto. Este afán atrae a la gente a los espectáculos, éste induce

a escudriñar lo que está cerrado, a escrutar las cosas más escondidas, a
desenterrar las antigüedades, a oír de las costumbres de gentes extranjeras. 3
La naturaleza nos ha dado un carácter curioso y, sabedora de su destreza y de
su hermosura, nos ha engendrado como espectadores de tan magníficos
espectáculos, pues echaría a perder el disfrute de sí misma si cosas tan
grandes, tan radiantes, tan delicadamente trazadas, tan espléndidas y bellas no
de una sola forma, las hubiera mostrado en un desierto. Para que te des cuenta 4
de que ha querido que la contempláramos, no sólo que la viéramos, mira qué
posición nos ha dado: nos ha colocado en su parte central[364] y nos ha dado
la visión de todo en torno a nosotros; y al hombre no lo ha hecho erguido tan
sólo, sino que, para hacerlo adecuado para la observación, a fin de que
pudiera seguir los astros deslizándose desde el orto hasta el ocaso y girar su
rostro al tiempo que todo, le ha hecho lo más alto la cabeza[365] y se la ha
puesto encima de un cuello flexible; después, haciendo salir seis signos por
el día, seis por la noche,[366] no ha dejado sin desplegar ninguna parte del sí
misma, para despertarle, mediante esto que ha ofrecido a sus ojos, también el
deseo de lo demás. Pues ni lo hemos visto todo ni tan grande como es, pero 5
nuestra agudeza visual se abre un camino para indagar y echar los cimientos
de la verdad, de modo que la averiguación pasa de lo manifiesto a lo oscuro,
y encuentra algo más antiguo que el mundo mismo: de dónde han salido esos
astros, cuál fue la disposición del universo antes de que cada individuo se
separara hacia su parte; qué causa ha distribuido lo que estaba sumergido y
revuelto, quién ha asignado su posición a las cosas, si por su propia
naturaleza las pesadas han bajado, las ligeras han alzado el vuelo, o si,
además de la tendencia a subir y del peso de los cuerpos, alguna fuerza
superior ha dictado su ley a cada uno; si es cierto aquello con lo que
precisamente se demuestra que los hombres son de espíritu divino, que unos
trozos de los astros, algo así como chispas, saltaron a la tierra y se asentaron
en un alojamiento ajeno. Nuestro pensamiento fuerza las defensas del cielo y 6
no se contenta con saber lo que está a la vista: «Indago —dice— lo que se
halla más allá del mundo, si es una inmensidad sin fondo o si también eso
está cerrado por sus propios límites; cómo es la configuración de las cosas
que han quedado fuera, si son informes y desorganizadas, aun ocupando el
mismo espacio en todas direcciones, o si también ellas han sido asignadas a
una actividad concreta; si van unidas a este mundo, o se han alejado aparte de
él y giran en el vacío; si son átomos con lo que se conforma todo lo que ha

nacido y lo que va a existir, o si su materia es compacta y modificable sólo en
conjunto; si los elementos son opuestos entre sí, o si no pelean, sino que
cooperan por medios distintos». Él, nacido para indagar esto, considera qué 7
poco tiempo ha recibido, aunque se lo apropie entero para él. Por más que no
consienta que se lo roben por su amabilidad, ni perderlo por su negligencia,
por más que escatime sus horas avariciosamente y perdure hasta el último
término de una vida humana y la suerte no le estropee nada de lo que le ha
establecido la naturaleza, con todo, el hombre es demasiado mortal para el 8
conocimiento de lo inmortal. Luego vivo conforme a la naturaleza si me
entrego todo entero a ella, si soy su admirador y adorador. Ahora bien, la
naturaleza ha querido que yo haga lo uno y lo otro, tanto actuar como
dedicarme a la contemplación: yo hago lo uno y lo otro, puesto que, de hecho,
no hay contemplación sin acción.

«Pero es importante —dices— si te has acercado a ella en razón del **6**
placer, sin pretender de ella nada más que una perpetua contemplación sin
resultados; pues es agradable y tiene su encanto.» A esto te contesto:
igualmente es importante con qué disposición de ánimo llevas tu vida
pública, si andas siempre inquieto y no te tomas nunca un momento para 2
volver tu vista de los asuntos humanos a los divinos. Así como apetecer las
cosas sin ningún apego a las virtudes ni un cultivo del talento propio, y
desempeñar las tareas sin más, es muy poco loable (pues esos elementos se
deben mezclar y enlazar entre sí), igualmente es un bien incompleto y endeble
la virtud rebajada a un ocio sin actividad, sin que muestre nunca lo que ha 3
aprendido. ¿Quién niega que deba ella probar en la práctica sus avances, y no
sólo pensar qué hay que hacer, sino también a veces ejercitar su mano y
llevar a la realidad lo que ha meditado? Y si no es por culpa del propio sabio
el retraso, si no falta el actor, sino que faltan las ocasiones para actuar, 4
¿acaso le permitirás estarse a solas consigo? ¿Con qué actitud accede el
sabio al ocio? Con la de saber que también entonces va a hacer cosas por las
que puede ser útil a la posteridad. Nosotros somos ciertamente los que
afirmamos que tanto Zenón como Crisipo hicieron cosas mayores que si
hubieran mandado ejércitos, desempeñado cargos, promulgado leyes; las
promulgaron no para una sola comunidad, sino para todo el género humano.
¿Qué razón hay, entonces, para que no convenga al hombre bueno un ocio así,
durante el cual puede ordenar las épocas venideras y no arengar a unos
pocos, sino a todos los hombres de todas las naciones, los que son y los que 5
serán? En suma, pregunto si Cleantes[367] y Crisipo y Zenón vivieron según

sus preceptos. (Sin ninguna) duda responderás que vivieron tal como decían
que había que vivir: pues bien, ninguno de ellos administró asuntos públicos.
«No tuvieron —dices— la suerte o el rango que suelen facilitar el acceso a la
política.» Pero ni mucho menos llevaron ellos una vida indolente:
descubrieron cómo podía su reposo ser más útil a los hombres que los
ajetreos y el sudor de otros. Luego no dan menos impresión de haber hecho
mucho, por más que no hicieran nada por cuenta del Estado.

Además, son tres los tipos de vida entre los que se suele buscar cuál es el **7**
mejor: uno se consagra al placer, otro a la contemplación, el tercero a la
acción. En primer lugar, dejando a un lado la rivalidad, dejando a un lado el
odio que hemos declarado implacable a los seguidores de las teorías
contrarias, démonos cuenta de que todos ellos llegan a lo mismo bajo uno u
otro nombre: ni aquel que aprueba el placer está falto de contemplación, ni
aquel que se ha iniciado en la contemplación está falto de placer, ni aquel
cuya vida está destinada a la acción está falto de contemplación.[368] «Mucha
diferencia —dices— hay entre que una cosa sea nuestro propósito o un 2
añadido por otro propósito.» De acuerdo, que haya una enorme diferencia,
pero lo uno no existe sin lo otro: ni aquél contempla sin acción, ni éste actúa
sin contemplación, ni el tercero, del que hemos convenido en tener mala
opinión, aprueba un placer inactivo, sino el que gracias a la razón se hace
consistente; de este modo, también la propia escuela del placer está por la
actividad. ¿Por qué no va a estar por la actividad, cuando el propio Epicuro 3
dice que él se alejaría a las veces del placer, que buscaría incluso el dolor, si
al placer lo amenazara el arrepentimiento, o asumiera un dolor menor en vez
de otro más penoso?[369] ¿A qué viene decir esto? A que sea patente que la 4
contemplación agrada a todos; los demás se dirigen a ella, para nosotros es
un fondeadero, no un puerto.

Añade ahora el hecho de que según la norma de Crisipo es posible vivir **8**
ocioso; no digo que consienta el ocio, sino que lo prefiere. Niegan los
nuestros que el sabio haya de intervenir en una política cualquiera; en
realidad, ¿qué importa cómo llega el sabio al ocio, si porque la política le
desoye o él a la política, si a todos va a desoír la política? En realidad, 2
siempre desoirá a los que la buscan de mala gana. Pregunto en qué política ha
de intervenir el sabio. ¿En la de los atenienses, en la que Sócrates es
condenado, Aristóteles huye para no ser condenado,[370] en la que la envidia
aplasta las virtudes? Me negarás que el sabio haya de intervenir en esta

política. ¿Entonces, el sabio intervendrá en la política de los cartagineses, en la que hay una disensión pemanente y una libertad hostil a los mejores, un desdén absoluto hacia la equidad y la bondad, una crueldad inhumana contra
los enemigos, encarnizada incluso contra los suyos?[371] También rehuirá ésta. 3
Si me dedico a recorrerlas una por una, no encontraré ninguna que pueda soportar a un sabio o que un sabio pueda soportar. Y si no se encuentra esa política que nos imaginamos, empieza a ser para todos necesario el ocio,
porque lo único que se podía preferir al ocio no está en parte alguna. Si 4
alguien me asegura que navegar es estupendo, después me dice que no hay que navegar por una mar en la que suelen producirse naufragios y hay frecuentemente repentinas borrascas que arrastran al piloto en dirección contraria, pienso que se opone a que bote yo mi nave, por mucho que alabe la navegación. ***[372]

SOBRE LA TRANQUILIDAD DEL ESPÍRITU

(SERENO —)[373] Examinándome, se me hacían evidentes en mí algunos **1**
defectos, Séneca, puestos al descubierto, que podría tocar con la mano, otros
más velados y en un recoveco, otros no permanentes, sino tales que se
presentan con intervalos, que yo llamaría sin duda los más molestos, como
enemigos caprichosos que según las circunstancias nos asaltan, por cuya
causa no es posible ninguno de ambos extremos: ni estar preparado como en
guerra ni despreocupado como en paz. Sin embargo, el rasgo que
principalmente descubro en mí (¿Por qué razón, pues, no voy a confesarte la 2
verdad como a un médico?) es el de no haberme liberado en conciencia de
las cosas que temía y odiaba ni haberme sometido de nuevo a ellas: me
encuentro en un estado aunque no pésimo sí quejumbroso y malhumorado al
máximo: ni estoy enfermo ni estoy sano. No hace falta que digas que los
inicios de todas las virtudes son endebles, que con el tiempo les llega el 3
endurecimiento y la fortaleza; no ignoro tampoco que las cosas que se afanan
por las apariencias, la dignidad, digo, y la fama de elocuencia y todo lo que
se somete al escrutinio ajeno, toma cuerpo con el paso del tiempo (tanto las
que proporcionan la verdadera valía como las que para agradar se aplican
algún afeite, esperan años hasta que poco a poco su transcurso les va sacando
el color). Pero yo temo que el hábito, que confiere consistencia a las cosas,
hunda más profundamente en mí este defecto: el trato prolongado infunde
apego tanto a lo malo como a lo bueno.

Cómo es esta inestabilidad de mi espíritu indeciso entre lo uno y lo otro y 4
que no se inclina animosamente a lo correcto ni a lo perverso, no puedo
mostrártelo tanto de una vez como por partes: diré qué me sucede, tú le 5
encontrarás un nombre a la enfermedad. Me posee un amor exagerado a la
austeridad, lo confieso: me gusta no una habitación arreglada para la
ostentación, no un vestido sacado de una arqueta, no uno comprimido con
pesas y mil ingenios que lo obligan a brillar,[374] sino uno casero y barato,
que no haya que conservar y coger con cuidado; me gusta una comida que ni 6
la preparen ni la contemplen montones de esclavos, no encargada muchos
días antes ni servida por manos de muchos, sino económica y sencilla, sin
tener nada de rebuscado ni de costoso, que no va a faltar en ninguna parte, ni
pesada para la bolsa ni para el cuerpo, que no vaya a salir por donde ha 7

entrado;[375] me gusta un sirviente desaliñado y un tosco esclavo nacido en
casa, la plata maciza de mi rústico padre sin nombre alguno de artesano,[376]
y no una mesa atractiva por la variedad de sus pintas[377] ni conocida en la
ciudad por la larga serie de sus elegantes dueños, sino puesta para usarla, que
ni distraiga por el placer los ojos de ningún comensal ni los encienda por la 8
envidia. Cuando ya con esto estoy satisfecho, encandila mi ánimo la
aparatosidad de alguna escuela de esclavos,[378] los siervos vestidos y
engalanados de oro con más esmero que en un desfile, y una tropa de
esclavos espléndidos, hasta incluso una casa en la que se pisan valiosos
pavimentos, y, con las riquezas desparramadas por todos los rincones, los
techos mismos resplandecientes, y la gente, compañera y pretendiente de los
patrimonios que se pierden; ¿a qué hablar de las aguas transparentes hasta el
fondo y que fluyen alrededor de los banquetes, a qué, de los festines dignos 9
de ese escenario? Me rodea, cuando vengo de una larga estancia en la
sobriedad, con gran esplendor el lujo y por todas partes resuena: mi vista
titubea un poco, ante él alzo mi ánimo más fácilmente que mis ojos; así pues,
me retiro no más corrompido, sino más triste, y no ando tan altanero entre
aquellas baratijas mías y se insinúa un mordisco sigiloso y la duda de si es
mejor aquello. Nada de esto me cambia, nada, sin embargo, deja de
impresionarme.

Me parece correcto seguir los mandatos de mis maestros y lanzarme a la 10
política de lleno; me parece correcto asumir cargos y haces, no seducido,
desde luego, por la púrpura o las varas,[379] sino para ser más eficaz y más
útil a los amigos y parientes, y a todos los ciudadanos, a todos los mortales,
en fin. Sigo resueltamente a Zenón, a Cleantes, a Crisipo, de los que ninguno,
sin embargo, intervino en la política, y ninguno dejó de orientar hacia ella.
[380] Cuando algo golpea mi ánimo, poco habituado a verse zarandeado, 11
cuando me sobreviene algo o bien indigno, tal como hay innumerables en la
vida de un hombre, o bien que transcurre con poca facilidad, o bien
cuestiones no de gran importancia han exigido mucho de mi tiempo, regreso a
mi ocio y, del mismo modo que también en los rebaños cansados, mi paso
hacia mi casa es más ligero. Me gusta encerrar mi vida entre paredes: «Que
nadie me robe ningún día, pues no me va a devolver nada que merezca tanto
gasto; que mi espíritu se sustente sobre sí mismo, que se cultive a sí mismo,
que no haga nada ajeno, nada que tenga que ver con los jueces; que aprecie la
tranquilidad exenta de inquietudes públicas y particulares». Pero cuando un 12

texto especialmente enérgico me ha levantado el ánimo, y me han hincado
espuelas unos modelos ilustres, me agrada saltar al foro, prestar al uno mi
palabra, al otro mi colaboración, que, aunque no vaya a ser en nada útil, va a
intentar, no obstante, ser en algo útil, contener la arrogancia de uno en mala
hora envanecido por su prosperidad.
En mi quehacer creo, por Hércules, que es mejor fijarse en los hechos en 13
sí y hablar basándose en ellos, subordinar además las palabras a los hechos,
de modo que por allí por donde lo guíen les siga un discurso espontáneo:
«¿Qué falta hace componer obras que perduren durante generaciones?
¿Quieres no dejar de hacerlo, para que la posteridad no te pase en silencio?
Para la muerte has nacido, menos molestias entraña un funeral silencioso.[381]
Así pues, escribe algo con estilo escueto para ocupar tu tiempo en tu
provecho, no en tu popularidad: un esfuerzo menor hace falta a quienes se 14
ocupan del presente». Pero de nuevo, cuando mi espíritu se ha elevado por la
grandeza de sus pensamientos, se muestra pretencioso en sus palabras y ansía
hablar a tanta altura como respira, y el discurso se aviene a la categoría de
los hechos; olvidándome entonces de mi norma y mi decisión, más estricta,
me dejo llevar por los aires y con una boca ya no mía.
Por no proseguir más tiempo con cada caso, en todos ellos me persigue 15
esta inestabilidad de mis buenas intenciones. Temo o ir poco a poco
disolviéndome o, lo que es más preocupante, tambalearme igual que uno que
siempre está a punto de caer, y que tal vez sea más grave de lo que yo creo;
pues miramos con confianza lo que nos es familiar y esa predisposición 16
siempre estorba nuestro juicio. Pienso que muchos habrían podido llegar a la
sabiduría, si no hubieran pensado que ya habían llegado, si ciertas cosas no
las hubieran disimulado en ellos, otras no las hubieran pasado por alto
cerrando los ojos. Pues no tienes por qué juzgar que <nos> echamos a perder
más por la lisonja ajena que por la nuestra. ¿Quién se ha atrevido a decirse la
verdad? ¿Quién, situado entre rebaños de aduladores y halagadores, no se ha
encomiado él mismo mucho más? Así pues, te pido que, si tienes algún 17
remedio con el que detener estas vacilaciones mías, me consideres digno de
deberte mi tranquilidad. Sé que <estas> fluctuaciones de mi espíritu no son
peligrosas ni provocan nada alarmante; por explicarte con una comparación
real de qué me quejo, no me siento agobiado por el temporal, sino por el
mareo: extírpame pues este mal, sea lo que sea, y socorre al que pena con la
tierra a la vista.
(SÉNECA —) Por Hércules, ya hace tiempo me estoy preguntando, Sereno, **2**

también yo calladamente, con qué considerar comparable esta indisposición
del espíritu, y a ningún ejemplo lo podría aplicar con mayor aproximación
que al de aquellos que, tras librarse de una enfermedad larga y penosa, se ven
incomodados por leves accesos y ligeras molestias de cuando en cuando y,
cuando han escapado de las últimas secuelas, se angustian no obstante por
aprensiones y, ya sanos, tienden la mano a los médicos y cualquier calentura
de su cuerpo la malinterpretan. El cuerpo de éstos, Sereno, no es poco
saludable, sino que está poco habituado a la salud, tal como hay una agitación
en el mar de nuevo tranquilo siempre que descansa de una tormenta. Así pues, 2
no hay necesidad de aquellos métodos más rigurosos que ya hemos recorrido,
esto es, en unas ocasiones hacerte fuerte, en otras airarte, en otras apremiarte
con dureza, sino del que viene en último lugar, esto es, tener confianza en ti
mismo y creer que vas por el buen camino, sin dejarte desviar en absoluto
por las huellas cruzadas de los muchos que corretean por todas partes, y de
unos cuantos que deambulan al lado mismo del camino. Ahora bien, lo que
deseas es algo magnífico y sublime y cercano al dios: no dejarse agitar. Esta 3
disposición inmutable del espíritu la llaman los griegos *euthymía*, sobre la
que hay un libro de Demócrito extraordinario, yo la llamo tranquilidad; pues
tampoco es necesario imitar y adaptar las palabras según su forma: hay que
designar la cuestión de que se trata con un nombre que debe tener la esencia
del vocablo griego, no su apariencia.[382] Queremos saber, entonces, cómo 4
logrará el espíritu avanzar siempre con rumbo inalterable y venturoso, y
mostrarse favorable a sí mismo y mirar contento sus bienes y no interrumpir
esta satisfacción, sino mantenerse en un estado apacible, sin engreírse nunca
ni deprimirse: esto será la tranquilidad. Indaguemos en general cómo se
puede llegar a ella: tú tomarás lo que quieras de un remedio universal. Por
ahora hay que sacar al medio el vicio entero, para que cada cual identifique 5
su parte en él; al mismo tiempo tú comprenderás hasta qué punto tienes menos
complicaciones con ese descontento contigo mismo que aquellos a los que,
atados a una profesión relumbrante y apurados bajo magníficos títulos,
mantiene en su simulación más su vergüenza que su voluntad.

Todos se hallan en el mismo caso, tanto estos que se sienten agobiados 6
por su liviandad y su hastío y los continuos cambios de sus planes, a quienes
siempre gustan más los que han abandonado, como aquellos que languidecen
y bostezan. Añade a los que, no de otro modo que quienes tienen un sueño
difícil, se giran y se ponen de esta forma y de aquella hasta que encuentran el
reposo gracias al cansancio: modificando continuamente su estilo de vida, se

quedan por último en aquel en que los atrapa no la aversión a cambiar, sino la
vejez reacia a innovar. Añade también a aquellos que son poco tornadizos no
por culpa de su constancia, sino de su indolencia, y viven no como quieren,
sino como empezaron. En fin, son incontables las características, pero una 7
sola la consecuencia de este vicio: sentirse a disgusto con uno mismo. Esto
proviene de la destemplanza del espíritu y de los deseos medrosos o
malogrados, cuando o bien no se atreven a todo lo que codician o bien no lo
consiguen y se enfrascan por completo en sus esperanzas: son inestables y
mudables siempre, lo cual es inevitable que suceda a los vacilantes. Por
cualquier vía se encaminan hacia sus objetivos y se aprenden e imponen
acciones deshonestas y difíciles, y cuando su empeño queda sin recompensa,
los tortura una vana vergüenza, y no se lamentan de haber pretendido el mal, 8
<sino> de haberlo pretendido inútilmente. Entonces se apodera de ellos el
arrepentimiento por lo empezado y el pánico por empezar otra cosa, y los
invade la agitación de su espíritu que no encuentra salida, porque ni pueden
dominar sus deseos ni complacerlos, y la irresolución de su vida que se
explaya poco, y el embotamiento de su espíritu pasmado en medio de anhelos 9
frustrados. Todo esto resulta más grave cuando se han refugiado en el ocio
por odio a una desdicha hacendosa, en aficiones solitarias, que no puede
tolerar su espíritu inclinado a los asuntos públicos y deseoso de actuar e
inquieto por naturaleza, que halla, por supuesto, poco consuelo en él solo; por
eso, si se le suprime el entretenimiento que a los ocupados les proporcionan
sus propias obligaciones, no soporta su casa, su soledad, sus paredes, mal de 10
su grado se ve abandonado a sí mismo. De aquí viene el hastío y el
descontento de sí mismo y la agitación de su espíritu que no se aquieta en
ningún lado y el padecimiento triste y angustioso de su ocio, sobre todo
cuando le da reparo reconocer sus motivos y la vergüenza provoca tormentas
en su interior, los deseos recluidos en una estrechez sin salida se ahogan ellos
mismos; de ahí el marchitamiento y la melancolía y las mil fluctuaciones de
su mente indecisa, a la que tienen en vilo las esperanzas concebidas, triste las
desechadas; de ahí el malestar de quienes detestan su ocio y se quejan de no
tener ellos nada que hacer, y la envidia, tan enemiga del engrandecimiento
ajeno. Pues alimenta su resquemor la desdichada desidia y desean que todos
sean aniquilados, porque ellos no han podido prosperar; después, de esta 11
aversión por los progresos ajenos y desesperación por los propios resulta un
espíritu enojado con su suerte y quejoso de su generación y retirado en un
rincón y volcado sobre sus pesares, mientras se aburre y se avergüenza de sí

mismo. Pues por naturaleza el espíritu del hombre es activo y propenso al
movimiento. Le es agradable cualquier pretexto para exaltarse y desquiciarse,
más agradable a los peores temperamentos, que de buen grado se desgastan
en sus ocupaciones, igual que algunas llagas anhelan las manos que van a
hacerles daño y disfrutan con el contacto, y al desagradable prurito corporal
le complace todo lo que lo exacerba, no de otra forma diría yo que a estas
mentes, en las que los deseos han aflorado como llagas malignas, les causa
placer el trabajo y el trajín. Pues hay algunas cosas que también con algún
dolor deleitan nuestro cuerpo, como girarse y cambiar de lado pese a no estar 12
cansado, y refrescarse con una u otra postura; como está el Aquiles de
Homero, tan pronto boca abajo, tan pronto boca arriba,[383] acomodándose de
distintas maneras, cosa que es propia de un enfermo, no soportar nada mucho
tiempo y servirse de los cambios como remedios. De ahí que emprendan
viajes al azar y recorran las costas y unas veces en el mar, otras en la tierra, 13
ponen a prueba su inconstancia siempre enemiga del presente. «Vayamos
ahora a Campana»,[384] en seguida las finezas producen hastío: «Visitemos
lugares sin civilizar, atravesemos los bosques de Calabria y Lucania».[385]
Sin embargo, en medio del yermo echan de menos algo ameno, en lo que sus
ojos ansiosos de placer se desquiten de la infinita miseria de esos horrendos
lugares: «Vayamos a Tarento[386] y a su famoso puerto y a sus inviernos de
clima tan suave y a su comarca aún bastante fértil para su antigua población».
«Torzamos ya el rumbo hacia la Ciudad»: demasiado tiempo han estado sus
oídos lejos de los aplausos y del griterío, ya les apetece también disfrutar con
la sangre humana.[387] Emprenden un viaje tras otro y cambian unos
espectáculos por otros espectáculos. Como dice Lucrecio, 14

así cada cual de sí mismo huye siempre.[388]

Pero ¿de qué le sirve, si no puede escapar? Uno va consigo mismo y, como un 15
acompañante pesadísimo, se molesta a sí mismo. Así pues, debemos
percatarnos de que el defecto por el que pasamos fatigas no es de los lugares,
sino nuestro: somos débiles para tolerarlo todo, no soportamos ni el trabajo
ni el placer ni a nosotros mismos ni ninguna cosa mucho tiempo. A algunos
los ha llevado a la muerte el hecho de que, aun cambiando a menudo sus
planes, volvían otra vez a lo mismo y no habían dejado lugar a la novedad:
empezó a provocarles hastío la vida y el mundo mismo, y salió lo típico de
las voluptuosidades desganadas: «¿Hasta cuándo lo mismo?».

Contra este tedio me preguntas qué recurso pienso que hay que emplear. **3**
El mejor sería, según afirma Atenodoro,[389] mantenerse ocupado en la acción
y en la dedicación a la política y en los cargos públicos. En efecto, igual que
algunos pasan el día al sol y en el entrenamiento y cuidado de su cuerpo, y
para los atletas es de lejos lo más práctico alimentar la mayor parte del
tiempo sus músculos y su vigor, única cosa a la que se han dedicado, así para
vosotros que preparáis vuestro espíritu para la contienda política es de lejos
lo más conveniente estar en actividad; en efecto, como tiene el propósito de
hacerse útil a sus conciudadanos y a los hombres en general, el que se ha
aplicado plenamente a sus tareas administrando según su capacidad asuntos
del común y privados, al mismo tiempo se ejercita tanto como saca provecho. 2
«Pero —dice—, puesto que en medio de esta ambición tan desaforada de los
hombres, con tantos calumniadores que retuercen en el mal sentido lo recto,
la sinceridad está mal preservada y siempre va a haber algo que estorbe más
que algo que concluya bien, hay que retirarse del foro y de la vida pública,
pero un gran espíritu tiene donde explayarse sin restricciones incluso en la
vida privada; y, como el ímpetu de los leones y de los animales con unas
rejas se reprime, no así el de los hombres, cuyas acciones más notables se
dan en la soledad. Sin embargo, se recatará de tal manera que, donde quiera 3
que esconda su ocio, continúe queriendo ser útil a los hombres por separado
y en conjunto con su talento, con su palabra, con su consejo; pues no es el
único en ser útil al Estado el que promueve a los candidatos y defiende a los
acusados y decide sobre la paz y la guerra, sino que quien anima a la
juventud, quien, en medio de una escasez tan grande de buenos maestros,
inculca la virtud en sus espíritus, quien aferra y retiene a los que se lanzan a
la carrera hacia el dinero y el lujo y, ya que no otra cosa, al menos los
demora, desempeña en privado una función pública. ¿Acaso hace más el
pretor que entre extranjeros y ciudadanos o, si es urbano, a los que a él se 4
presentan, proclama el dictamen de su asesor,[390] que quien proclama qué es
la justicia, qué la piedad, qué la paciencia, qué la fortaleza, qué el
menosprecio de la muerte, qué el conocimiento de los dioses, hasta qué punto
la buena conciencia es un bien gratuito? Luego si aplicas a tus estudios el
tiempo que sustraes a tus funciones, no habrás desertado ni desacreditado tu 5
cargo. Pues no es el único en guerrear aquel que está en la vanguardia y
defiende el flanco derecho y el izquierdo, sino <también> quien protege las
puertas y hace las guardias, menos peligrosas, pero no ociosas, y está de
centinela y vigila el arsenal; estas tareas, por más que incruentas, se incluyen

entre las militares. Si te consagras a los estudios, habrás eludido todo el 6
hastío de la vida y no ansiarás que se haga de noche por tu aburrimiento de la luz, no serás molesto para ti ni innecesario para los demás; a muchos atraerás a tu amistad y acudirán a ti los mejores. Pues la virtud, por más que disimulada, nunca queda invisible, sino que da señales de sí misma: todo el que sea digno la barruntará por sus huellas. En efecto, si eliminamos toda
relación y repudiamos al género humano y vivimos sólo pendientes de 7
nosotros mismos, a esta soledad, carente de todo estudio, seguirá la falta de quehaceres: procederemos a levantar unos edificios, a derribar otros, y a desviar el mar[391] y hacer subir el agua contra las dificultades del terreno y a
malversar el tiempo que la naturaleza nos ha dado para nuestro consumo. 8
Unos lo empleamos con parsimonia, otros con prodigalidad; unos lo invertimos de tal manera que podamos rendir cuentas, otros de manera que no nos queden ni los restos, una actitud que no puede ser más vergonzosa. A menudo un anciano bien viejo no tiene ningún otro argumento con que demostrar que ha vivido mucho, excepto su edad.»[392]

Me parece, queridísimo Sereno, que Atenodoro cedió demasiado ante las **4**
circunstancias, que las rehuyó demasiado pronto. Y no voy yo a negar que a veces haya que retirarse, pero retrocediendo gradualmente y salvando las enseñas, salvando el honor militar: para sus enemigos son más respetados y
más intocables quienes se rinden con las armas en la mano. Esto pienso que 2
ha de hacer la virtud y el amante de la virtud: si triunfa la suerte y trunca la posibilidad de actuar, que no huya inmediatamente dando la espalda y sin armas,[393] para buscar un escondrijo, como si hubiera algún lugar hasta donde no pueda la suerte perseguirlo, sino que se aplique con más parsimonia a sus cargos y encuentre con discernimiento algo en lo que sea útil a su
ciudad. No le es posible ser soldado: que se presente para las magistraturas. 3
Ha de vivir como un particular: que se haga orador. Le han impuesto silencio: que ayude a sus conciudadanos con su callada asistencia. Le resulta peligroso incluso entrar en el foro: que en las casas, en los espectáculos, en los
convites, se conduzca como un compañero bueno, como un amigo fiel, como 4
un convidado discreto. Ha renunciado a las tareas de un ciudadano: que ejerza las de un hombre. Por eso con buen ánimo nosotros no nos hemos recluido en las murallas de una sola urbe, sino que nos hemos abierto a las relaciones con el orbe entero y hemos declarado al mundo nuestra patria, para que nos fuera posible dar a la virtud un campo más vasto.[394]

Clausurado está para ti el tribunal y te prohíben el estrado de los oradores y
los comicios:[395] mira tras de ti qué vastísimas regiones se extienden, qué
cantidad de pueblos; nunca te cerrarán una puerta tan grande que no te dejen
otra mayor. Pero mira que todo eso no sea culpa tuya; pues no quieres 5
administrar los asuntos públicos si no es en calidad de cónsul o prítano o
cérice o sufete.[396] ¿Qué ocurriría, si no quisieras guerrear si no fuera en
calidad de general o tribuno? Aunque otros ocupen la primera línea y a ti la
suerte te haya colocado entre los triarios,[397] guerrea desde allí con tus
palabras, con tus ánimos, con tu ejemplo, con tu espíritu: aun con las manos
cercenadas encuentra en el combate cómo ser útil a su bando aquel que
mantiene, pese a todo, su posición y ayuda con sus gritos.[398] Tú haz algo
similar: si la suerte te aparta del papel principal en la política, mantén, pese a 6
todo, tu posición y ayuda con tus gritos y, si alguien te tapa la boca, mantén,
pese a todo, tu posición y ayuda con tu silencio. Nunca resulta inútil la labor
de un buen ciudadano: oyéndole y viéndole, con su aspecto, su gesto, su
callada insistencia y su paso mismo, es de provecho. Igual que algunos
tónicos son beneficiosos por su olor, sin contar con su gusto y su tacto, así la 7
virtud difunde su utilidad incluso desde lejos y oculta. Ya sea que se
expansiona y se desempeña según su derecho, ya sea que obtiene con ruegos
los medios para salir y se ve obligada a arriar velas, ya sea que está ociosa y
muda y recluida <en> un espacio angosto, ya expedita, en cualquier situación
en que está, es de provecho. ¿Por qué piensas tú que es poco útil el ejemplo
de quien descansa honradamente? Así pues, de lejos es lo mejor mezclar el
ocio con los negocios cada vez que la vida activa queda descartada por
contratiempos fortuitos o por las condiciones de la ciudad; pues nunca ha
estado todo cerrado hasta el punto de que no haya lugar para ninguna
actividad honesta.

¿Es que puedes encontrar una ciudad más infeliz de lo que fue la de los **5**
atenienses, cuando la despedazaban los treinta tiranos?[399] A mil trescientos
ciudadanos, a los mejores, habían matado, y no por eso daban de mano, sino
que se crecía sola su crueldad. En la ciudad en que se hallaba el Areópago, el
tribunal más venerable,[400] en que había un Senado y un pueblo semejante a
un Senado, se congregaba cada día el colegio lúgubre de los carniceros y la
desdichada curia se reducía ante sus tiranos: ¿podía hallar reposo aquella
ciudad en la que había tantos tiranos cuantos habrían sido <suficientes> como
esbirros? Ni siquiera se podía ofrecer a sus corazones ninguna esperanza de

recobrar la libertad, ni se mostraba el momento para alguna solución contra
un tan grande poder de los malvados; ¿de dónde, pues, a esta infeliz ciudad 2
tantos Harmodios?[401] Sócrates, sin embargo, estaba en medio y consolaba a
los dolientes senadores y reanimaba a los que desesperaban de la política y
reprochaba a los ricos que temían por sus caudales su tardío arrepentimiento
de esa peligrosa codicia, y, para los que querían imitarlo, difundía un
magnífico ejemplo, cuando andaba a sus anchas entre los treinta déspotas. A 3
éste, sin embargo, la misma Atenas lo mató en la cárcel, y la libertad no
consintió la libertad del que había insultado impunemente al batallón de los
tiranos:[402] debes saber que, por un lado, en una República corrompida el
hombre sabio tiene ocasión de darse a conocer, que, por otro, en una próspera
y feliz reinan el orgullo, la envidia y otros mil defectos pasivos. Luego según 4
como se presente la política, según como lo permita la suerte, así o nos
expansionaremos o nos encogeremos, en todo caso nos moveremos y no nos
aturdiremos paralizados por el miedo. Más aún, será un hombre aquel que
ante los peligros que lo acechan por todas partes, ante las armas y las
cadenas que rechinan en derredor, no destroza su virtud ni la disimula; pues
preservarse no es enterrarse. <Con razón>, a mi entender, Curio Dentato
afirmaba que prefería estar muerto a parecerlo; la última de las desgracias es
borrarte del número de los vivos antes de morir. Pero lo que habrás de hacer,
si topas con un tiempo desapacible en la política, es asignarte más para tu
ocio y tus letras, y poner rumbo al puerto de inmediato, no de otra forma que
en una singladura peligrosa, y no esperar a que las circunstancias te suelten,
sino separarte tú mismo de ellas.

Ahora bien, primero deberemos examinarnos bien nosotros mismos, **6**
después los asuntos que vamos a emprender, después a causa de quiénes y
con quiénes.

Ante todo es preciso valorarse a sí mismo, porque generalmente nos 2
imaginamos poder más de lo que podemos: uno da un resbalón por la
confianza en su elocuencia, otro le ha impuesto a su patrimonio más de lo que
podía soportar, otro ha abrumado su cuerpo endeble con una tarea fatigosa.
La timidez de algunos es poco apropiada para los asuntos oficiales, que
requieren una expresión enérgica; la terquedad de otros no dice con la corte;
unos no tienen su ira bajo control y un enfado cualquiera los exalta hasta las
palabras temerarias; otros no saben contener su ingeniosidad y no se
abstienen de las bromas peligrosas: para todos éstos el reposo es más
práctico que una ocupación; el altanero e intolerante por naturaleza, que evite

las tentaciones de una libertad que va a perjudicarlo.

Hay que tener en cuenta si tu temperamento es más adecuado para hacer 3
cosas o para una afición ociosa o la contemplación, e inclinarse a donde te lleven las condiciones de tu talento: Isócrates, echando mano a Éforo, lo sacó de la abogacía, convencido de que era más apto para redactar textos de historia.[403] Responden mal, pues, los talentos coaccionados; cuando la naturaleza es reacia, el trabajo es en vano.[404] Hay que valorar después lo propio que emprendemos y comparar nuestras fuerzas con las cosas que vamos a intentar. Debe, pues, haber siempre más fuerza en el que hace que en
su empresa: es inevitable que agobien las cargas que son mayores que quien 4
las lleva. Además, algunos asuntos no son tan relevantes como prolíficos y producen muchos otros: también hay que rehuirlos, estos de los que nacen ocupaciones nuevas y múltiples, y no hay que acercarse a un punto de donde no es fácil el regreso; hay que echar mano de aquellos cuyo término puedas o ponerlo tú o, al menos, esperarlo, hay que desechar los que van ampliándose durante su realización y no terminan donde te habías propuesto.

Hay que hacer sobre todo una selección de los hombres, por si son dignos **7**
de que invirtamos en ellos una parte de nuestra vida, si les corresponde este
derroche de nuestro tiempo; pues algunos por su cuenta nos asignan nuestras 2
obligaciones. Atenodoro afirma que ni siquiera iría a cenar a casa de uno que no le quedara obligado por ello. Ya comprendes, pienso, que mucho menos has de ir a casa de los que con unos manjares saldan sus cuentas con los buenos oficios de sus amigos, que cuentan los platos como donativos, como si se mostraran inmoderados en honor de otros: quítales los testigos y los
espectadores, no les complacerá un festín en solitario. Nada, sin embargo, 3
agrada al espíritu tanto como una amistad leal y grata. ¡Qué bien está cuando hay corazones dispuestos a que cualquier secreto con total seguridad penetre en ellos, cuya complicidad temes menos que la tuya, cuya conversación mitiga tu inquietud, su opinión resuelve tus decisiones, su alegría disipa tu tristeza, su vista misma te deleita! Por supuesto, los escogeremos, en la medida en que pueda hacerse, libres de ambiciones; pues los defectos se
propagan y asaltan al que está más cerca y son nocivos por el contacto. Así 4
pues, igual que durante una epidemia hemos de procurar no situarnos cerca de los cuerpos ya contagiados y ardientes por la enfermedad, porque correremos peligro y sucumbiremos a su mero aliento, así, al escoger la índole de nuestros amigos, pondremos cuidado en ganarnos a los menos corrompidos: preámbulo de la enfermedad es mezclar a los sanos con los dolientes.

Tampoco te voy a recomendar que no sigas o no adoptes a nadie sino al
sabio. Pues ¿dónde vas a encontrar a ese que llevamos tantas generaciones
buscando? Que el menos malo te valga por el mejor. Difícilmente tendrías la
seguridad de haber hecho la elección más atinada si buscaras a los buenos 5
entre los Platones y los Jenofontes y la cosecha de la prole de Sócrates, o si
se te diera la oportunidad en la época de Catón, que produjo a muchos dignos
de nacer en el siglo de Catón (tal como a innumerables peores que en ningún
otro tiempo y maquinadores de los más tremendos crímenes; pues ambos
grupos hacían falta para que Catón pudiera destacarse: debió contar tanto con
los buenos para que lo secundaran, como con los malvados para poner su
brío a prueba con ellos): ahora, en cambio, en medio de una escasez tan
grande de hombres buenos, la selección se hará menos enojosa. Sin embargo,
evitemos principalmente a los tristes y a los que de todo se lamentan, a 6
quienes nada les gusta si no es motivo de quejas. Es posible que su lealtad y
su afecto sean constantes, pero un compañero nervioso y que protesta por
todo es un enemigo de la tranquilidad.

Pasemos a las haciendas, razón principal de las tribulaciones humanas; en **8**
efecto, si comparas todo lo otro que nos aflige, muertes, enfermedades,
temores, deseos, sufrimiento de dolores y sinsabores, con las desgracias que
nos provoca nuestro dinero, esta porción pesará mucho más. Así pues, hay
que pensar cuánto más leve pena es no tener que perder: al tiempo 2
comprenderemos que la pobreza ofrece tanto menos ocasión de amarguras
cuanto menos de pérdidas. Te equivocas, pues, si piensas que los ricos
soportan con más ánimo sus quiebras: para los cuerpos más grandes y para
los más pequeños es parecido el dolor de la herida. Bion[405] con ingenio
dice que no es menos molesto para los calvos que para los de cabellera 3
abundante que les arranquen pelos. Es conveniente que admitas lo mismo
respecto a los pobres y los opulentos: su padecimiento es parecido; pues en
unos y otros se ha quedado adherido su dinero y no se les puede arrancar sin
que se resientan. Por otro lado, es más tolerable, como he dicho, y más fácil
no adquirir que perder, y por eso verás más contentos a quienes nunca ha
prestado atención la suerte que a quienes ha abandonado. Esto lo vio 4
Diógenes,[406] hombre de enorme espíritu, e hizo que no le pudieran arrebatar
nada. Tú llama a eso pobreza, penuria, indigencia, impón el nombre
infamante que quieras a la seguridad: pensaré que ése no es dichoso si me
encuentras algún otro al que no le pueda desaparecer nada. O yo me engaño o
vale un reino estar entre avaros, estafadores, ladrones, secuestradores, siendo

el único al que no pueden perjudicar. Si alguien duda de la felicidad de 5
Diógenes, puede igualmente dudar también de la situación de los dioses inmortales, si pasan sus días con poca felicidad porque no poseen fincas ni huertos ni unos campos valiosos dados en arrendamiento ni un capital considerable en el mercado. ¿No te da vergüenza, seas quien seas tú que te pasmas ante las riquezas? Venga, fíjate en el mundo: verás a los dioses desnudos, que todo lo dan, que nada retienen. ¿Tú qué piensas, que es pobre o
semejante a los dioses inmortales uno que se ha despojado de todo lo 6
accidental? ¿Tú llamas más dichoso a Demetrio Pompeyano,[407] que no se avergonzó de ser más adinerado que Pompeyo? A diario le informaban, como a un general sobre su ejército, sobre el número de sus esclavos, a él, cuyas riquezas desde hacía tiempo deberían haber consistido en dos esclavos
suplentes y una habitación un tanto amplia. En cambio, a Diógenes se le fugó 7
su único esclavo y pensó que no valía la pena obligarle a regresar, aun cuando le indicaban dónde estaba. «Es vergonzoso —dijo— que Manes pueda vivir sin Diógenes, Diógenes no pueda sin Manes.»[408] Me parece que quiso decir: «Ocúpate de tus asuntos, suerte, ya no hay nada tuyo en
Diógenes: se me ha fugado el esclavo, mejor dicho, me he quedado libre». La 8
servidumbre pide un vestuario y víveres, hay que cuidar de tantos estómagos de estos seres voracísimos, comprarles telas y vigilar sus manos rapacísimas y utilizar los servicios de quienes andan llorando y maldiciendo: ¡cuánto más
feliz el que no le debe nada a nadie más que a quien puede negárselo 9
facilísimamente, a sí mismo! Pero como nosotros no tenemos tanta fortaleza, hemos de reducir, al menos, nuestras haciendas, para estar menos expuestos a los ultrajes de la suerte. En la guerra son más adecuados los cuerpos que se pueden encoger tras sus defensas, que los que sobresalen y cuyo tamaño se ofrece por todas partes a los golpes: la mejor proporción de dinero es la que ni cae en la pobreza ni se distancia lejos de la pobreza.

Ahora bien esta medida nos parecerá bien si primero nos parece bien la **9**
parquedad, sin la que no hay caudales suficientes y con ella no dejan de ser bastante amplios, más que nada porque el remedio está al alcance y la propia pobreza puede convertirse en riqueza invocando la austeridad. Habituémonos
a apartar de nosotros la ostentación y a ponderar la utilidad de las cosas, no 2
sus atractivos. Que la comida apague el hambre, la bebida la sed, que el deseo sexual fluya en la medida imprescindible; aprendamos a sustentarnos en nuestros miembros, a disponer nuestro atuendo y nuestra alimentación no según la última moda, sino como las costumbres de nuestros antepasados nos

aconsejan; aprendamos a aumentar la continencia, a coartar la lujuria, a
moderar el orgullo, a mitigar la iracundia, a contemplar la pobreza con ojos
imparciales, a practicar la austeridad, aunque muchos se avergüencen de ella,
a aplicar a los deseos naturales soluciones adquiridas por poco, a tener como
bajo prisión las esperanzas desenfrenadas y el espíritu pendiente de lo por
venir, a actuar de manera que requiramos de nosotros las riquezas antes que
de la suerte. No se puede alejar tan gran variedad e iniquidad de los 3
infortunios, de tal manera que no caigan innumerables tempestades sobre los
que despliegan grandes velámenes; hay que concentrar los bienes en un
espacio reducido, para que los dardos caigan en el vacío, y por eso los
destierros y las calamidades a veces han dado en remedios, y complicaciones
más que graves se han solucionado con inconvenientes más que leves.
Cuando el espíritu atiende poco a las normas y no se puede curar con más
miramiento, ¿cómo no se va a velar por él si se recurre a la pobreza, la
deshonra y la ruina, si a la desgracia se le opone la desgracia?
Habituémonos, entonces, a poder cenar sin público y a estar esclavizados a
menos esclavos, y a disponer los vestidos para lo que han sido imaginados, y
a vivir más estrechamente. No sólo en una carrera y en una competición del
circo, sino también en las pistas de la vida hay que dar las curvas bien
cerradas.[409]

Incluso el muy abundante gasto en los estudios tiene justificación en tanto 4
que tenga límite. ¿A qué fin, los libros innumerables y las bibliotecas cuyo
dueño en toda su vida apenas se ha leído los índices? Al que está
aprendiendo lo abruma la multitud, no lo instruye, y es con mucho preferible
dedicarte a unos pocos autores que divagar por muchos. Cuarenta mil libros 5
ardieron en Alejandría;[410] que otro alabe ese hermosísimo monumento de la
opulencia regia, tal como Tito Livio, quien dice que fue una extraordinaria
obra del buen gusto y el celo de los reyes;[411] no fue aquello buen gusto o
celo, sino lujo erudito, mejor dicho, ni siquiera erudito, ya que no los habían
dispuesto con vistas a la erudición, sino al espectáculo, tal como para la
mayoría de los ignorantes tampoco las cartillas de las primeras letras son
instrumentos para el estudio, sino decoración para sus salones. Así pues,
disponga uno de cuantos libros le sean suficientes, de ninguno por 6
ostentación. «Con más propiedad —dices— se prodigan los gastos en esto
que en bronces de Corinto[412] y en cuadros abigarrados.» Es incorrecto en
cualquier circunstancia lo que es excesivo. ¿Qué razón tienes para disculpar

al hombre que colecciona armarios <de> limonero y marfil, que busca las
obras completas de autores o desconocidos o desacreditados, que bosteza
entre tantos miles de libros, a quien de sus volúmenes le gustan sobre todo las
cubiertas y los rótulos?[413] Conque en casa de los más perezosos verás todo
lo que existe de oratoria e historia, lejas levantadas hasta el techo; pues ya
además de los baños y las termas también se decoran una biblioteca, como
adorno imprescindible de su casa.[414] Yo los disculparía del todo, si su
extravío fuera por culpa de un deseo excesivo de erudición: en realidad, esas
obras acaparadas de venerables talentos, clasificadas con sus bustos, se
disponen para embellecimiento y adorno de las paredes.

De todos modos, has ido a dar en un género de vida complicado y, sin tú **10**
saberlo, la suerte pública o particular tuya te ha echado un lazo tal que no
puedes deshacer ni romper: piensa que al principio los engrillados soportan a
regañadientes el peso y las trabas de sus piernas; depués, cuando se han
propuesto no enfadarse por ellas, sino sufrirlas, la necesidad les enseña a
soportarlas con fortaleza, la costumbre, con facilidad. En cualquier género de
vida encontrarás diversiones y desahogos y placeres, si quieres considerar
leves las desgracias antes que hacértelas aborrecibles. Por ningún otro
motivo ha merecido más agradecimiento de nosotros la naturaleza, que, como 2
sabía para qué tribulaciones nacemos, ha descubierto la costumbre como
lenitivo para las calamidades, haciéndonos rápidamente familiares las más
penosas. Nadie aguantaría, si la persistencia de la adversidad tuviera la
misma violencia que su primer golpe. Todos estamos amarrados a la suerte: 3
la cadena de unos es de oro, deslabonada, la de otros tirante y herrumbrosa,
pero ¿qué más da? La misma prisión nos encierra a todos juntos y están
maniatados incluso los que han maniatado, a no ser que tú tal vez consideres
más llevadera una cadena en la izquierda.[415] A uno lo atan sus cargos, a otro
sus caudales; a algunos los agobia su alcurnia, a otros su baja condición,
sobre las cabezas de algunos se cierne la tiranía ajena, sobre las de otros la
suya propia; a algunos el destierro los retiene en un mismo lugar, a otros el
sacerdocio: la vida toda es servidumbre.[416] Así pues, hay que habituarse a
la condición de uno y quejarse de ella lo menos posible y atrapar todas las 4
oportunidades que uno tenga a su alrededor: nada hay tan amargo que no
encuentre en ello algún consuelo un espíritu ecuánime. A menudo pequeños
solares han servido para muchos usos por la pericia de quien trazó los
planos, y un buen planteo ha hecho habitable un terreno por más estrecho que

fuera.[417] Usa la razón para las dificultades: pueden ablandarse las durezas,
ensancharse las estrecheces y los pesares abrumar menos a quien los soporta 5
sabiamente. Además, no hay que dejar ir los deseos hasta los extremos, sino
que debemos permitirles salir hasta los aledaños, ya que no consienten en
dejarse recluir del todo. Renunciando a lo que o bien no se puede hacer o
bien se puede con dificultad, vayamos en pos de lo que está situado cerca y
alienta nuestras esperanzas, pero tengamos presente que todo es
idénticamente superfluo, por fuera con distintas apariencias, por dentro igual
de vacío. Tampoco tengamos envidia a quienes están más arriba: lo que
parecía una elevación resulta ser el borde de un precipicio. A su vez, 6
aquellos a los que una suerte injusta ha puesto en un apuro, estarán más
seguros reduciendo la arrogancia en cuestiones de por sí arrogantes, y
rebajando su suerte al nivel del suelo lo más que puedan. Ciertamente hay
muchos que por fuerza han de quedarse fijos en su cumbre, de la que no
pueden descender más que cayendo, pero así precisamente demuestran que su
mayor carga es el hecho de verse obligados a ser gravosos para los otros y no
sentirse sueltos sino sujetos; que con su equidad, su mansedumbre, su
humanidad, su mano generosa y benévola, se apresten, para una caída
favorable,[418] muchos amparos, con cuya esperanza se mantengan en
equilibrio más confiadamente. Nada, sin embargo, nos librará tanto de estos
vaivenes del espíritu como fijar siempre algún límite a nuestros progresos y
no dar a la suerte la libertad de dejarnos, sino detenernos nosotros mismos
sin dudar mucho antes; así por un lado algunos deseos azuzarán nuestro
ánimo, por el otro, siendo limitados, no nos arrastrarán a la desmesura y el
desconcierto.

A los inmaduros y a los mediocres y a los menos juiciosos va destinada **11**
esta plática mía, no al sabio. Éste no ha de andar temerosamente ni tanteando
con el pie; pues es tan grande su confianza en sí mismo que no duda en hacer
frente a la suerte y no está dispuesto a cederle su posición. Y no tiene ocasión
de temerla, porque no sólo sus esclavos y sus propiedades y su rango, sino su
cuerpo también y sus ojos y su mano y todo lo que hace la vida más
agradable, y a él mismo lo cuenta entre los bienes pasajeros y vive como
prestado a sí mismo y dispuesto a restituirse sin pesar a quienes lo reclamen.
Y no se tiene por despreciable precisamente porque sepa que no se pertenece, 2
sino que todo lo hará con tanto celo, con tanto esmero como suele un hombre
escrupuloso e íntegro guardar lo que le han confiado. Y siempre que le
ordenen restituirlo, no irá a quejarse a la suerte, sino que le dirá: «Te doy las 3

gracias por lo que he poseído y tenido. Ciertamente he cuidado con gran
beneficio tus pertenencias, pero, ya que así lo mandas, te las doy, te las
entrego agradecido y gustoso. Si quieres que de momento tenga yo todavía
algo tuyo, lo conservaré; si te parece bien otra cosa, yo te reintegro, te
reembolso la plata labrada y la acuñada, mi casa y mi servidumbre». Nos
citará la naturaleza, que fue la primera en darnos a crédito, y le diremos:
«Recibe un espíritu mejor de como me lo diste: no me ando con rodeos ni me
echo atrás; voluntariamente por mi parte tienes preparado lo que me diste sin
darme cuenta: llévatelo». Regresar allí de donde has venido, ¿qué 4
inconveniente supone? Mal habrá vivido quienquiera que no sepa morir bien.
[419] Así pues, primero hay que restarle importancia al asunto e incluir la vida
entre lo desdeñable. A los gladiadores, como dice Cicerón, los tenemos mal
vistos si intentan salvar la vida por todos los medios; los aplaudimos si
muestran ostensiblemente su menosprecio por ella.[420] Sabe que lo mismo
nos ocurre a nosotros; pues a menudo la causa de la muerte es tener miedo a
la muerte. La suerte, que organiza espectáculos para su solaz, te dice: «¿Para 5
qué voy a preservarte, perverso y tembloroso animal? Más apaleado y
acribillado te verás precisamente por no saber presentar el cuello; tú, en
cambio, que aceptas el hierro sin hurtar la nuca ni taparte con las manos, sino
animosamente, tendrás una vida más larga y además una muerte más fácil». 6
Quien tema la muerte nunca hará nada como hombre vivo; por el contrario,
quien sepa que esto, cuando fue concebido, le fue dictaminado en ese instante,
vivirá conforme al veredicto y al tiempo procurará con la misma presencia de
espíritu que nada de lo que le ocurra sea inesperado. Pues previendo todo lo
que puede pasar como si fuera a suceder, mitigará las acometidas de todos
los males, las cuales nada suponen de nuevo para los que están preparados y
aguardándolas, sí resultan penosas para los descuidados y los que sólo 7
esperan felicidad. Se produce una enfermedad, un cautiverio, una ruina, un
incendio: nada de esto es repentino para mí; sabía en qué turbulenta
comunidad me había incluido la naturaleza. Tantas veces en mi vecindad se
han lanzado plañidos, tantas veces por delante de mi umbral las antorchas y
los cirios han pasado a la cabeza de unos funerales prematuros;[421] a menudo
a mi lado ha retumbado el estruendo de un edificio desplomándose; a muchos
de los que el foro, la curia, una conversación, habían puesto en relación
conmigo, me los ha arrebatado y ha separado las manos unidas de los
compañeros el ataúd: ¿he de extrañarme de que a veces me alcancen unos

peligros que siempre están rondando a mi alrededor? Hay una parte grande de los hombres que no piensa en la tempestad cuando se dispone a navegar. Nunca en una buena causa me avergonzaré de un autor malo. Publilio,[422] más impetuoso que los autores trágicos y los cómicos, siempre que se dejaba las tonterías de los mimos y las palabras destinadas al gallinero, entre otras muchas expresiones más enérgicas que el coturno, no sólo que el sipario,[423] dice también esto:

A cualquiera puede acontecerle lo que a uno puede.

Si uno se graba esto en las entrañas y contempla todas las desgracias ajenas, cuya abundancia es a diario enorme, como si también tuvieran ellas expedito el camino hacia él, estará armado mucho antes de ser agredido; tarde se guarnece el espíritu para pasar peligros, tras los peligros. «No pensé que fuera posible» y «¿Habrías creído tú nunca que fuera a ocurrir esto?». Pero ¿por qué no? ¿Cuáles son las riquezas que no acosen por la espalda la indigencia y el hambre y la mendicidad? ¿Cuál, el rango cuya pretexta o bastón augural o correas patricias[424] no acompañen las humillaciones y las notas del censor e incontables ignominias y un extremado menosprecio? ¿Cuál es el reino para el que no estén prevenidas la ruina y la destrucción, un tirano y un verdugo? Y esto, no separado por largos intervalos, sino que el espacio de una hora media entre el trono y las rodillas de otro. Sabed, pues,
que toda situación es variable y que todo lo que arremete contra alguien 8
puede arremeter contra ti. Eres un hombre adinerado: ¿acaso más rico que Pompeyo?[425] Al abrirle Gayo, su antiguo familiar, anfitrión reciente, la casa de César para poder cerrar la suya, le faltó el pan, el agua. Aun cuando poseía tantos ríos que nacían en sus propiedades, que desembocaban en sus propiedades, mendigó unas gotas de agua; murió de hambre y de sed en el palacio de su pariente, mientras éste, su heredero, encarga un funeral público para él, porque ya se moría de inanición. Has desempeñado las magistraturas
más elevadas: ¿acaso tan importantes o tan insólitas o tan universales como 9
Sejano?[426] El día en que el Senado lo había hecho caer, el pueblo lo hizo pedazos; de aquel sobre quien los dioses y los hombres habían acumulado
todo lo que se podía amontonar, no quedó nada que pudiera arrastrar el 10
verdugo. Eres rey: no te remitiré a Creso,[427] que vio en vida encenderse y apagarse su pira, convertido en superviviente no sólo de su reino, sino de su propia muerte, tampoco a Jugurta[428] a quien el pueblo romano contempló

antes de acabar el año durante el cual lo había estado temiendo: a Ptolomeo,
[429] rey de África, a Mitrídates,[430] de Armenia, los hemos visto entre los
guardias de Gayo: el uno fue enviado al exilio, el otro deseaba ser enviado
con mejores garantías.[431] En medio de una inestabilidad tan grande de las
cosas que van arriba y abajo, si no te tomas como tu futuro todo lo que puede
pasar, le das fuerzas contra ti mismo a la adversidad, que deshace
quienquiera que la prevé.

Lo más adecuado será no esforzarnos en cuestiones superfluas o por una **12**
razón superflua, esto es, no ansiar lo que no podemos alcanzar o, una vez
conseguido, comprender tarde, después de tantos sudores, la vanidad de
nuestros deseos, esto es, que el esfuerzo no sea estéril, sin resultado, o el
resultado indigno del esfuerzo. Pues habitualmente tras esto viene la tristeza,
si no ha habido éxito o si el éxito produce vergüenza. Hay que cortar con
estas idas y venidas, normales para gran parte de los hombres, que recorren 2
casas, teatros y foros: se ofrecen para los quehaceres de otros, semejando
andar atareados siempre. Si a alguno de éstos, al salir de su casa, le
preguntas: «¿Adónde vas? ¿Qué planes tienes?», te contestará: «Por
Hércules, no lo sé; pero a alguien veré, algo haré». Deambulan sin rumbo
buscando quehaceres y no llevan a cabo aquellos que se han propuesto, sino 3
aquellos sobre los que se han arrojado; su marcha es impremeditada y vana,
como la de las hormigas cuando trepan por los árboles, que se suben hasta la
punta de la copa y de allí hacia abajo absurdamente:[432] llevan una vida
semejante a ellas muchos cuya indolencia uno podría no sin razón llamar
inquieta. De algunos que corren como a un incendio sentirás lástima: hasta tal 4
punto empujan a los que se les ponen delante y arrollan a ellos mismos y a los
demás, cuando todo ese tiempo han corrido para saludar a alguien que no les
iba a devolver el saludo, o para seguir el entierro de un individuo
desconocido, al juicio de uno que siempre anda pleiteando, a la boda de otro
que siempre anda casándose, y, haciéndose cortejo de una litera, en algunas
ocasiones incluso la portean; luego, cuando regresan a casa con un cansancio
inútil, juran que ni ellos mismos saben por qué han salido, dónde han estado,
dispuestos al día siguiente a seguir errabundos los mismos pasos. Así pues,
que todo esfuerzo se refiera a un fin, que se remita a un fin. A los que son por 5
su trabajo no intranquilos, sino insensatos, los inquietan sus ideas falsas de
las cosas; en efecto, ni siquiera ellos se mueven sin alguna esperanza: los
estimula el aspecto de algún asunto, cuya inconsistencia no reconoce su mente

enajenada. De la misma forma, a cada uno de los que salen para aumentar el 6
gentío, unos motivos superfluos y banales lo llevan de un lado a otro de la ciudad; y, aunque no tiene nada en que trabajar, la salida del sol lo echa a la calle y, cuando ya, chocando contra los umbrales de incontables personas, ha saludado en vano a los encargados de los nombres,[433] rechazado por incontables personas, a ninguna de ellas encuentra en casa con más dificultad que a sí mismo. De este defecto deriva ese vicio tan repulsivo, espiar y
fisgonear lo público y lo secreto, y enterarse de muchas cosas que ni se 7
cuentan impunemente ni se escuchan impunemente.

Pienso que Demócrito secundaba esta opinión cuando empezaba así: **13**
«Quien quiera vivir tranquilamente, que no haga muchas cosas ni particular ni públicamente»,[434] refiriéndose, desde luego, a las superfluas. En efecto, si son necesarias, tanto particular como públicamente no sólo hay que hacer muchas, sino innumerables; mas cuando no nos reclama la obligación
habitual, hemos de reducir nuestras actividades. En efecto, quien muchas 2
cosas a menudo hace, el dominio sobre sí mismo se lo da a la suerte, con la cual lo más conveniente es tener tratos en contadas ocasiones y, por lo demás, pensar siempre en ella y no prometerse nada de su lealtad: «Me haré a la mar, si no hay ningún imprevisto», y «Seré pretor, si no hay ningún impedimento»,
y «El negocio me saldrá bien, si no hay ningún contratiempo». Por esto es por 3
lo que decimos que al sabio no le sucede nada en contra de sus previsiones: no lo eximimos de los infortunios de los hombres, sino de sus errores, y tampoco le sale todo como ha querido, sino como lo ha pensado. Ahora bien, principalmente ha pensado que algo puede oponerse a sus proyectos. En todo caso, es seguro que el dolor por un deseo frustrado alcanza más superficialmente al espíritu al que no le has garantizado un éxito sin excepción.

También nos debemos hacer flexibles, para no encariñarnos demasiado **14**
con los objetivos que nos hemos fijado y pasar a aquellos a los que nos desvíe el azar, y tampoco asustarnos del cambio de intenciones o de actitud, con tal que no nos atrape la volubilidad, el vicio más contrario al sosiego. En efecto, también es seguro que resulta ansiosa y desdichada la obstinación, como que la suerte a menudo le arranca algo, y la volubilidad, mucho más penosa, pues jamás se reprime. Ambos extremos son enemigos de la
tranquilidad, tanto no poder cambiar nada como no resistir nada. Sobre todo, 2
el espíritu hay que retirarlo de todo lo externo hacia sí mismo: que confíe en sí mismo, que disfrute de sí mismo, que aprecie sus bienes, que se aleje

cuanto pueda de los ajenos y se repliegue sobre sí mismo, que no acuse los
daños, que se tome incluso la adversidad con benevolencia. Al notificarle un 3
naufragio, nuestro Zenón, cuando oyó que todos sus bienes se habían hundido,
dijo: «La suerte me ordena ser filósofo con menos impedimentos».
Amenazaba al filósofo Teodoro un tirano con la muerte, y además sin
sepultura:[435] «Tienes —le dijo— motivos para sentirte satisfecho, una
hemina[436] de mi sangre está en tu poder; ahora, en lo que se refiere a mi
sepultura, ¡qué inepto, si piensas que me importa pudrirme sobre la tierra o
bajo ella!». Julio Cano,[437] en verdad un gran hombre, cuya admiración ni 4
siquiera la impide el hecho de que nació en nuestro siglo, tras discutir un
buen rato con Gayo, cuando, al marcharse, le dijo aquel Fálaris:[438] «No te
ilusiones con esperanzas infundadas, he dispuesto que seas ejecutado»,
contestó: «Te doy las gracias, príncipe excelente». Me pregunto qué tenía en
la cabeza, pues se me ocurren muchas respuestas. ¿Quiso ser ofensivo y 5
mostrar qué terrible era una crueldad en la que la muerte constituía un favor?
¿O le reprochó su cotidiana demencia? (pues le daban las gracias tanto
aquellos cuyos vástagos eran asesinados como aquellos cuyos bienes eran
saqueados). ¿O lo aceptó, encantado, como una liberación? En cualquier
caso, contestó con espíritu firme. Puede alguien objetar: «Después de eso, 6
Gayo podía disponer que viviera». Eso no se lo temió Cano; era conocida la
fiabilidad de Gayo en esa clase de órdenes. ¿Puedes creer que pasó los diez
días que faltaban para su ejecución sin ninguna inquietud? Parece imposible
qué cosas dijo aquel hombre, qué hizo, qué tranquilo se mantuvo. Estaba
jugando a los bandidos,[439] cuando el centurión que conducía la fila de los 7
que iban a morir ordenó que se levantara él también. En cuanto lo llamaron,
contó las piezas y dijo a su contrincante: «Mira que después de mi muerte no
mientas diciendo que me has ganado». Entonces, señalando al centurión, le
dijo: «Tú serás testigo de que le llevo una de ventaja». ¿Piensas tú que Cano 8
jugó con aquel tablero? No, jugueteó. Apenados estaban sus amigos, que iban
a perder un hombre tal: «¿Por qué —les dijo— estáis tristes? Vosotros os
preguntáis si las almas son inmortales: yo lo sabré pronto». Y no dejó de
buscar la verdad hasta el final mismo ni de someter a interrogatorio a su 9
propia muerte. Lo acompañaba su filósofo[440] y ya no estaba lejos el
montículo en que se ofrecía diario sacrificio a César, nuestro dios: «Cano —
le dijo—, ¿qué piensas ahora? ¿Cuáles son tus intenciones?». «Me he
propuesto —repuso Cano— observar en ese instante fugacísimo si el espíritu

percibe que se va», y le prometió que, si averiguaba algo, visitaría uno tras
otro a sus amigos y les indicaría cuál es la condición de las almas. He ahí la 10
tranquilidad en plena tormenta, he ahí un espíritu digno de la eternidad, que
invoca su destino como medio de demostrar la verdad, que, puesto en el
último escalón, interroga a su alma fugitiva y aprende cosas no sólo hasta la
muerte, sino incluso de la muerte misma: nadie ha sido filósofo durante más
tiempo. No se verá precipitadamente postergado este hombre grande y digno
de ser mencionado con consideración: te grabaremos en la memoria de todos,
cabeza esclarecida, parte importante de las matanzas de Gayo.

Pero no sirve de nada haber desechado los motivos de la aflicción **15**
particular: pues no pocas veces nos invade el odio al género humano. Cuando
piensas qué rara es la sinceridad y qué ignoradas la inocencia y la lealtad,
salvo en contadas ocasiones, sólo si interesa, y te viene a las mientes tanta
cantidad de crímenes afortunados y las ganancias y las pérdidas del placer,
odiosas por igual, y la ambición, que no se contiene dentro de sus límites,
hasta tal punto que resplandece por medios infames, tu ánimo se adentra en la
noche y, como si se hubieran desgajado las virtudes, que ni es posible
aguardar ni es útil poseer, se hace la oscuridad. Así pues, hemos de tender a 2
que todos los vicios del vulgo no nos parezcan odiosos, sino risibles, y a
imitar a Demócrito antes que a Heráclito. Pues éste, cada vez que se
presentaba en público, lloraba, aquél reía; a éste todo lo que hacemos le
parecía una desgracia, a aquél una estupidez.[441] Hay que restarle
importancia a todo y aguantarlo con una actitud optimista: es más humano
reírse de la vida que reconcomerse por ella. Añade el hecho de que también
merece más agradecimiento por parte del género humano quien lo toma a risa 3
que quien lo lamenta: aquél le deja alguna buena esperanza, éste, en cambio,
deplora neciamente las cosas que desconfía de que se puedan corregir; y para
quien contempla todo en conjunto, demuestra más grandeza de espíritu el que
no contiene su risa que el que no contiene sus lágrimas, dado que remueve un
sentimiento muy superficial del espíritu y entre tanto decorado nada considera
importante, nada grave, ni siquiera lamentable. Que cada cual se plantee una
por una las razones por las que estamos contentos y tristes, y se percatará de 4
que es cierto lo que Bion dijo, que todos los actos de los hombres son muy
semejantes en sus comienzos, y que su vida no es más sagrada o más seria
que la de un feto, que ellos, como han nacido de la nada, <se ven reducidos a
la nada>. Pero es preferible aceptar las costumbres generales y los defectos 5
de los hombres con calma, sin caer en la risa ni en las lágrimas; en efecto,

atormentarse con las desgracias ajenas es una angustia interminable, disfrutar
con las desgracias ajenas, un placer inhumano, tal como es una compasión
inútil llorar y componer un gesto grave, porque alguien lleva a enterrar a su
hijo. También en las desgracias propias conviene comportarse de modo que 6
des al dolor tanto como pide <la naturaleza>, no la costumbre; pues los más
derraman lágrimas para mostrarlas y tienen los ojos secos en las ocasiones en
que les falta un espectador, juzgando vergonzoso no llorar cuando todos lo
hacen: tan profundamente ha arraigado en ellos este defecto, depender de la
opinión ajena, que incluso la cosa más natural, el dolor, llega a la simulación.

A continuación viene la parte que suele, no sin razón, apenar y producir **16**
inquietud. Cuando el final de los hombres buenos es malo, cuando Sócrates se
ve forzado a morir en la cárcel, Rutilio a vivir en el destierro, Pompeyo y
Cicerón a ofrecer el cuello a clientes suyos, Catón, viva imagen de las
virtudes, a propagar su nombre y a la vez el de la República arrojándose
sobre su espada,[442] es inevitable atormentarse viendo a la suerte pagando
unos premios tan poco equitativos; ¿y qué se puede esperar entonces cada
cual, cuando ve que los mejores sufren lo peor? ¿Qué hay, pues? Mira cómo 2
cada uno de ellos lo soportó y, si fueron fuertes, añóralos con su misma
actitud, si fueron a su perdición como mujeres y cobardemente, no se perdió
nada: o son dignos de que su valor te agrade o indignos de que se añore su
cobardía. ¿Qué hay, pues, más vergonzoso que el que los más grandes
hombres, muriendo valientemente, nos hagan medrosos? Alabemos siempre al
digno de alabanza, y digamos: «¡Tanto más fuerte, tanto más feliz! Te has
zafado de todos los infortunios, la envidia, la enfermedad; has salido de la
prisión; no has parecido tú a los dioses digno de un mal destino, sino indigno
de que la suerte tuviera algún poder sobre ti». A los que se escabullen y en
plena muerte clavan sus miradas en la vida, hay que echarles mano. No 3
lloraré a nadie que esté contento, a nadie que esté llorando: aquél
precisamente ha enjugado mis lágrimas, éste con sus lágrimas ha logrado no
ser digno de otras. ¿Voy yo a llorar a Hércules porque se quema vivo, o a
Régulo porque se ve atravesado por tantos clavos, o a Catón porque <se
hiere> en sus propias heridas?[443] Todos ellos, con poco gasto de tiempo,
descubrieron cómo hacerse eternos y alcanzaron la inmortalidad muriendo.

Es motivo de preocupaciones nada trivial también si te acicalas **17**
exageradamente y a nadie te muestras con naturalidad, como es la vida de
muchos, fingida, dispuesta para ostentarla; pues uno se atormenta con la
cotidiana observación de su persona y tiene miedo de que lo sorprendan con

otro aspecto del que suele. Y nunca nos libramos de esta inquietud, desde el momento en que pensamos que nos valoran cada vez que nos ven; en efecto, sobrevienen muchas circunstancias que nos desnudan contra nuestra voluntad y, aunque tenga éxito tanto esmero de uno mismo, no es una vida amena o sosegada la de los que siempre viven tras de una máscara. Por el contrario, 2
¡cuánto placer entraña la sencillez sincera y carente de adornos, que no tapa nada con su conducta! También esta vida, sin embargo, corre el riesgo del menosprecio, si todo a todos está patente; pues hay quienes aborrecen todo cuanto han contemplado bien de cerca. Pero tampoco tiene la virtud peligro de desacreditarse ofreciéndose a las miradas, y es preferible ser menospreciado por tu sencillez que ser atormentado por una perpetua simulación. Pongámosle, sin embargo, un límite: es muy distinto que vivas sencillamente o descuidadamente.

También hay que retirarse a solas con frecuencia; pues el trato con 3
desiguales descompone lo que estaba bien ordenado y reaviva las pasiones e irrita todo lo que está débil y no del todo curado en el espíritu. De todos modos, hay que mezclarlas y alternarlas, la soledad y la multitud: aquélla nos infundirá añoranza de las personas, ésta, de nosotros; y una será el remedio de otra; el odio a la turba lo sanará la soledad, el tedio de la soledad, la turba.

Y tampoco hay que mantener regularmente la mente con la misma tensión, 4
sino que hay que incitarla a los esparcimientos. Sócrates no se ruborizaba por jugar con niños,[444] Catón relajaba con el vino su espíritu cansado de la gestión pública,[445] y Escipión aquel cuerpo suyo honrado con el triunfo y marcial lo movía cadenciosamente, sin contorsionarse lánguidamente, como tienen ahora por costumbre quienes incluso en sus andares se contonean más allá de la blandura mujeril, sino como aquellos hombres de antes en momentos de diversión y de fiesta solían danzar de forma viril, sin sufrir deshonra aunque fueran contemplados por sus enemigos.[446] Hay que dar un
desahogo a los espíritus: tras descansar se levantan más dispuestos y más 5
vivaces. Igual que no hay que exigir demasiado a los campos fértiles (pues pronto los agotará su fecundidad nunca interrumpida), así el continuo esfuerzo quebrantará el ímpetu de los espíritus, recuperarán sus energías relajándose y reposando un poco; de la asiduidad de los esfuerzos nace una especie de
embotamiento y lasitud en los espíritus. Y la afición de los hombres no 6
tendería tanto al esparcimiento si la diversión y el juego no entrañaran un

cierto placer natural; su práctica frecuente privará a los espíritus de toda su ponderación y toda su fuerza; en efecto, el sueño también es necesario para recuperarse, pero, si lo haces durar día y noche, será como la muerte. Es muy diferente desahogarte un tanto a disiparte. Los legisladores instituyeron días 7
festivos para que los hombres se vieran forzados oficialmente a la diversión, como si intercalaran entre las tareas una pausa necesaria; y algunos grandes varones, como ya he dicho, se tomaban vacaciones cada mes unos determinados días, otros no dejaban de repartir cada día entre el ocio y las preocupaciones. Así recordamos al gran orador Asinio Polión,[447] al que ningún asunto retuvo pasada la décima;[448] ni siquiera leía cartas después de esa hora, no fuera a surgir alguna nueva preocupación, pero con esas dos horas se quitaba el cansancio de todo el día. Algunos recobraban fuerzas al mediodía y diferían para las horas de la tarde las tareas más livianas. Nuestros antepasados también prohibían que se abriera un debate nuevo en el Senado después de la hora décima. El soldado alterna sus guardias, y quedan 8
libres de servicio las noches de los que regresan de una expedición. Hay que ser indulgente con el espíritu y concederle de cuando en cuando un ocio que haga las veces del alimento y las energías. Y pasear caminando campo a través, para que con el aire libre respirado en abundancia el espíritu se engrandezca y se eleve. En algunas ocasiones un recorrido en vehículo y un viaje y un cambio de lugar nos darán vigor y ganas de comer y de beber más largamente. No pocas veces hay que llegar incluso a la embriaguez, no como para ahogarnos, sino para apaciguarnos; pues borra las preocupaciones y remueve a fondo el espíritu y remedia la tristeza, así como algunas enfermedades, y Líber se llama así no por la licenciosidad de la lengua, sino porque libera el espíritu de la esclavitud de las preocupaciones y lo sostiene 9
y reanima y lo hace más atrevido para cualquier empresa.[449] Pero lo mismo en el vino que en la libertad es saludable la moderación. Creen que Solón[450] y Arcesilao[451] se dieron a la bebida, a Catón le echan en cara su embriaguez: quienquiera que se lo eche en cara más fácilmente hará honroso el defecto que indecente a Catón. Pero tampoco hay que hacerlo a menudo, para que el espíritu no adquiera una mala costumbre, y, de todos modos, a veces hay que llevarlo a la euforia y a la libertad y deponer por unos instantes la triste sobriedad. En efecto, si creemos al poeta griego, «a veces 10
también perder el juicio es agradable»,[452] o a Platón, «en balde llama a las puertas de la poesía el que es dueño de sí»,[453] o a Aristóteles, «no ha

habido ningún gran talento sin una mezcla de locura»:[454] no es posible decir algo extraordinario y por encima de los demás, a no ser un espíritu exaltado. Cuando ha menospreciado lo vulgar y corriente y, siguiendo un instinto 11
sagrado, se ha elevado hasta lo sublime, entonces por fin ha cantado algo realmente extraordinario con su boca mortal. No puede alcanzar nada excelso y puesto en lugar escarpado mientras esté en sus cabales: conviene que se salga de lo habitual y se haga notar y muerda las bridas y arrastre consigo a su conductor y lo lleve a donde habría temido remontarse por sí solo.

Aquí tienes, queridísimo Sereno, cuáles cosas pueden favorecer la 12
tranquilidad, cuáles restablecerla, cuáles resistir a los vicios cuando intentan infiltrarse; sábete, sin embargo, que nada de esto es suficientemente eficaz para quienes quieren conservar este bien tan frágil, si un cuidado atento y constante no envuelve al espíritu propenso a desfallecer.

SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA

La mayor parte de los mortales, Paulino, se queja de la malicia de la **1**
naturaleza, porque somos engendrados para un tiempo escaso,[455] porque
estos espacios de tiempo que nos da discurren tan velozmente, tan
rápidamente, que, salvo muy pocos, a los demás la vida les deja plantados en
los propios preparativos de su vida. Y por esta desgracia, en su opinión
común, no sólo gimen la gente y el vulgo ignorante: este sentimiento ha
provocado las quejas también de insignes varones. De ahí viene la proclama
del mejor de los médicos: «La vida es corta, largo el conocimiento»;[456] de
ahí viene el pleito, muy poco apropiado en un hombre sabio, de Aristóteles, 2
cuando presenta una reclamación contra la naturaleza: «Ha otorgado a los
animales tanta vida que la alargan cinco o diez generaciones, para el hombre,
engendrado para tan numerosas y notables cosas, mucho más próximo se halla
el término».[457] No tenemos escaso tiempo, sino que perdemos mucho. 3
Nuestra vida es suficientemente larga y se nos ha dado en abundancia para la
realización de las más altas empresas, si se invierte bien toda entera; pero en
cuanto se disipa a través del lujo y la apatía, en cuanto no se dedica a nada
bueno, cuando por fin nos reclama nuestro último trance nos percatamos de
que ya ha transcurrido la vida que no comprendimos que corría. Así es: no 4
recibimos una vida corta, sino que nos la hacemos, y no somos indigentes de
ella, sino dilapidadores. Tal como los caudales vastos y dignos de un rey, en
cuanto van a parar a un mal dueño, al instante se desvanecen y, en cambio,
por más que sean modestos, si se ponen en manos de un buen administrador,
crecen con su uso, así nuestra vida resulta muy extensa para quien se la
organiza bien.

¿Por qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se ha portado **2**
bondadosamente: la vida, con que sepas servirte de ella, resulta larga.
<Pero> a uno lo domina la avaricia insaciable, a otro su oficiosa aplicación
en inútiles empeños; uno se empapa de vino, otro se embota de indolencia; a
uno lo agota su ambición siempre pendiente de las decisiones de los demás, a
otro su arrebatado deseo de comerciar le lleva alrededor de todas las tierras,
de todos los mares, con la esperanza de una ganancia; a algunos los atormenta
su pasión por la guerra, sin dejar nunca de estar atentos a los peligros ajenos
o angustiados por los suyos; los hay a quienes desgasta en una voluntaria

esclavitud su veneración a sus superiores, en absoluto agradecida; a muchos 2
les han mantenido ocupados sus pretensiones a la fortuna de otros o su
preocupación por la propia; a los más, que no van detrás de nada concreto,
los ha lanzado a renovados proyectos su volubilidad errática, inconstante,
disgustada consigo misma; a algunos no les gusta nada a dónde pudieran
enderezar su rumbo, sino que su destino los sorprende languideciendo y
bostezando, de manera que no dudo de que sea cierto lo que en el más grande
de los poetas está dicho a modo de oráculo: «escasa es la porción de la vida
que vivimos».[458] De hecho, todo el trecho restante no es vida, sino tiempo.
Los acosan y cercan por todas partes los vicios y no los dejan alzarse ni 3
levantar los ojos para contemplar la verdad, sino que los retienen hundidos y
fijos en su pasión. Nunca les es posible volver en sí. Si tal vez les toca por
casualidad algún sosiego, como un mar profundo, en el que también después
del vendaval hay agitación, se remecen y nunca tienen reposo de sus
pasiones. ¿Piensas que hablo de esos cuyas desgracias están de manifiesto? 4
Mira a aquellos a cuya prosperidad se arrima la gente: están ahogados por
sus bienes. ¡Para cuántos resultan abrumadoras sus riquezas! ¡A cuántos ha
chupado la sangre su elocuencia y la obligación diaria de ostentar su talento!
¡Cuántos andan demacrados por sus continuos placeres! ¡A cuántos no les
deja ninguna libertad el hacinamiento de clientes que los asedia! En fin,
repásalos todos desde los más bajos hasta los más altos: éste convoca, éste
comparece, aquél está en un aprieto, aquél lo defiende, aquél lo juzga,
ninguno se ocupa de sí mismo, cada uno se desgasta por el otro. Pregunta
sobre esos cuyos nombres son bien sabidos, verás que se los reconoce por
estas señales: aquél es servidor de aquél, éste de aquél; ninguno es su propio
dueño. Además, la irritación de algunos es verdaderamente insensata: se 5
quejan del desaire de sus superiores porque no han tenido tiempo para ellos
cuando querían una audiencia. ¿Se atreve a quejarse de la altanería de otro
uno que nunca tiene tiempo para sí mismo? Él, sin embargo, con un aire
ciertamente impertinente, pero te ha mirado a veces, a ti, seas quien seas, él
ha inclinado sus oídos a tus palabras, él te ha acogido a su lado: tú nunca te
has dignado mirarte ni escucharte. Así pues, no tienes por qué hacer valer
ante nadie esos buenos oficios, puesto que, cuando los llevabas a cabo, en
realidad no querías estar con otro, sino que no podías estar contigo.

Aunque todos los talentos que en algún momento han brillado están de **3**
acuerdo en este solo punto, en ningún momento se admirarán bastante de esta
ofuscación de la mente de los hombres. No consienten que nadie invada sus

fincas y, si surge un pequeño conflicto sobre la dimensión de los terrenos, acuden corriendo a las piedras y a las armas: dejan que otros entren en su vida, es más, ellos mismos introducen incluso a sus futuros propietarios. No se encuentra nadie que quiera repartir su dinero: ¡entre cuántos distribuye cada uno su vida! Son estrictos a la hora de conservar su patrimonio, en cuanto hay ocasión de malgastar el tiempo, pródigos por demás con lo único
en lo que la avaricia resulta honorable. Así pues, es bueno coger aparte a 2
alguno de la multitud de los más viejos: «Vemos que has llegado al extremo de una vida humana, cien o más años te agobian: venga pues, llama a tu vida para echar cuentas. Saca cuánto de ese tiempo se ha llevado tu acreedor, cuánto tu amiga, cuánto tu rey, cuánto tu cliente, cuánto las peleas con tu esposa, cuánto las reprimendas a tus esclavos, cuánto tus oficiosas caminatas por la ciudad; añade las enfermedades que cogemos por culpa nuestra, añade
también el tiempo que ha pasado sin provecho: verás que tienes menos años 3
de los que calculas. Haz memoria de cuándo te has mostrado firme contigo mismo en tus propósitos, de cuántos de tus días han terminado como tú habías previsto, de cuándo has tenido provecho de ti mismo, cuándo una expresión natural, cuándo un espíritu intrépido, qué obras tuyas quedan hechas en tan largo tiempo, cuántos te han robado la vida sin que tú te percataras de lo que perdías, cuánto se han llevado el dolor inútil, la alegría necia, la codicia ansiosa, la conversación huera, qué poco te han dejado de lo tuyo:
comprenderás que mueres prematuramente». ¿Qué hay, entonces, en este 4
caso? Que como si siempre fuerais a vivir vivís, nunca se os hace presente vuestra fragilidad, no observáis cuánto tiempo ha transcurrido ya; lo perdéis como si hubiera a rebosar y en abundancia, mientras que quizá precisamente ese día que consagráis a algo, bien una persona, bien una cosa, sea el último.
Todo lo teméis como mortales, todo lo queréis como inmortales. Oirás que 5
dicen los más: «A los cincuenta me refugiaré en el ocio, los sesenta me librarán de mis obligaciones». Y, en definitiva, ¿qué garantías de una vida más larga recibes? ¿Quién dará su consentimiento para que eso salga como dispones tú? ¿No te da vergüenza reservar para ti los restos de tu vida y destinar a la beneficiosa reflexión solamente el tiempo que ya no puedes dedicar a cosa alguna? ¡Qué tarde es empezar a vivir precisamente cuando hay que dejarlo! ¡Qué olvido tan necio de la condición mortal, diferir hasta los cincuenta o los sesenta años los buenos propósitos y querer comenzar la
vida desde un punto adonde pocos la han prolongado! **4**

A los más poderosos y encumbrados en lo alto verás que se les escapan

palabras según las cuales optan por el ocio, lo alaban, lo prefieren a todos sus bienes. Desean en esos momentos, si es posible sin riesgo, bajar de su pedestal; en efecto, aunque nada la dañe o golpee desde fuera, la prosperidad se derrumba sobre sí misma.

El divino Augusto, a quien los dioses respaldaron más que a ninguno, no 2
dejó de pedir para él reposo y de pretender un descanso de la política;[459]
cualquier conversación suya siempre recaía en que esperaba el ocio; distraía
sus afanes con este consuelo, dulce, aunque falso: alguna vez él iba a vivir
para él. En una carta enviada al Senado, después de asegurar que su reposo 3
no iba a estar exento de dignidad ni en contradicción con su anterior gloria,
he encontrado estas palabras: «Pero eso se puede con más gusto hacer que
prometer. A mí, sin embargo, el deseo de un tiempo tan ansiado por mí me ha
llevado, puesto que la alegría de la realización se demora aún, a anticipar
algún placer con el encanto de las palabras». El ocio le pareció un asunto de
tanta importancia que, como no podía en la práctica, se lo tomaba por 4
adelantado con el pensamiento. Él, que todo lo veía pendiente sólo de él, que
determinaba la suerte de hombres y naciones, soñaba lleno de alegría el día
en que se despojaría de su grandeza. Había comprobado cuánto sudor le 5
costaban aquellos bienes que resplandecían por todas las tierras, cuántas
preocupaciones veladas ocultaban: obligado a entablar combate contra sus
conciudadanos primero, después contra sus colegas, finalmente contra sus
parientes,[460] derramó sangre por tierra y por mar. Llevado por la guerra a
través de Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria y Asia,[461] y prácticamente todas
las costas, dirigió sus ejércitos, hastiados de matanzas de romanos, a las
guerras exteriores. Mientras pacifica los Alpes[462] y reduce a los enemigos
que habían irrumpido en medio de la paz y del imperio, mientras traslada las
fronteras más allá del Rin y del Éufrates y del Danubio,[463] en la propia
Ciudad se afilaban contra él los puñales de Murena, de Cepión, de Lépido, de
Egnacio, de otros.[464] Aún no había escapado a sus acechanzas, y su hija y 6
tantos jóvenes nobles atados por el adulterio como por un juramento
aterrorizaban su edad ya quebrantada,[465] y Julo y de nuevo una mujer que se
hacía temible al lado de un Antonio.[466] Estas llagas las había extirpado junto
con los miembros mismos: renacían otras; como un cuerpo sobrecargado de
sangre, a cada momento reventaba por alguna parte. Así pues, ansiaba el
ocio, con la esperanza y el pensamiento de él se aliviaban sus afanes; éste era
el anhelo de quien podía hacer que todos vieran realizados sus anhelos.

Marco Cicerón, zarandeado entre los Catilinas y los Clodios, los 5
Pompeyos y los Crasos, de una parte, enemigos manifiestos, de otra parte,
amigos dudosos,[467] mientras sufre el oleaje a la par que la República y la
sujeta cuando ya se iba a pique, viéndose al final arrastrado, ni sosegado en
la prosperidad ni paciente con la adversidad, ¡cuántas veces maldice de
aquel consulado suyo, alabado no sin motivo, pero sí sin moderación![468]
¡Qué lastimeras palabras profiere en una carta a Ático,[469] cuando ya había 2
sido derrotado Pompeyo, el padre, y su hijo aún rehacía en Hispania su
quebrantado ejército![470] «¿Me preguntas —dice— qué hago aquí? Me estoy
en mi finca de Túsculo,[471] a medias libre.» Añade después otras
expresiones en las que deplora el tiempo pasado y se queja del presente y
desconfía del futuro. «A medias libre» se llamó Cicerón: pero, por Hércules, 3
nunca un sabio se rebajará hasta tan humillante calificativo, nunca será a
medias libre, sino de una libertad siempre completa y sólida, suelto y dueño
de sus actos y superior a los demás. ¿Qué, pues, puede estar por encima del
que está por encima de la suerte?

Livio Druso,[472] hombre impetuoso y violento, después de que había 6
promovido nuevas leyes y el desastre de los Gracos, apoyado por un enorme
gentío de Italia entera, al no ver claramente salida para una situación que ni le
era posible dominar ni ya era libre de abandonar una vez puesta en marcha,
maldiciendo de su vida inquieta desde el comienzo, se dice que dijo que sólo
a él no le habían correspondido nunca, ni siquiera de niño, unas vacaciones.
Pues se atrevió, aún bajo tutela y vestido con la pretexta,[473] a recomendar
reos a los jueces y a interponer su influencia en el foro, con tanta eficacia, de
hecho, que consta que algunos juicios fueron escamoteados por él. ¿Adónde 2
no iba a lanzarse una ambición tan prematura? Podías advertir que un
atrevimiento tan precoz vendría a parar en un enorme desastre tanto particular
como público. Así pues, tarde se quejaba de que no le hubieran
correspondido vacaciones, levantisco como fue desde niño y oneroso para el
foro. Se discute si él mismo atentó contra su propia vida; pues se desplomó
de repente al recibir una herida en la ingle, pudiendo alguien dudar de que su
muerte fuera voluntaria, nadie de que fuera oportuna.[474] Está de más 3
recordar a los muchos que, aun cuando a los demás les parecían los más
dichosos, dieron un auténtico testimonio contra sí mismos, abominando de
toda la actividad de sus años; pero con esta quejas ni cambiaron a los demás
ni a sí mismos; en efecto, una vez que han estallado en palabras, los

sentimientos recaen en sus costumbres.

Vuestra vida, por Hércules, pese a que se prolongue más de mil años, se 4
reducirá a unos estrechísimos límites: esos vicios no dejarán ningún siglo sin
engullir. Mas este espacio que, por más que la naturaleza lo cruza corriendo,
la razón ensancha, es inevitable que se os escape rápidamente; pues no lo
cogéis ni lo retenéis ni ponéis freno a la cosa más fugaz de todas, sino que
dejáis que se esfume como una cosa superflua y subsanable.

Ahora bien, en primer lugar cuento a los que no tienen tiempo para nada 7
más que para el vino y la lascivia; pues nadie está más vergonzosamente
ocupado. Los demás, aunque se dejan cautivar por una imagen vana de la
gloria, se extravían sin embargo con cierta dignidad; aunque me enumeres a
los avaros, a los iracundos y a quienes ponen en práctica odios o guerras
injustos, todos ésos obran mal con más hombría: la deshonra de quienes se
dan al vientre y a la lascivia es infame. Registra todos sus momentos, fíjate en 2
cuánto tiempo pierden haciendo cálculos, cuánto tiempo urdiendo engaños,
cuánto tiempo sintiendo miedo, cuánto tiempo cortejando, cuánto tiempo
siendo cortejados, qué cantidad les roban los pleitos suyos y ajenos, qué
cantidad los convites, que son ya una auténtica obligación: verás cómo no los
dejan respirar, ya sean sus males, ya sean sus bienes.

En fin, todo el mundo está de acuerdo en que un hombre obsesionado no 3
puede ejercer ningún oficio, ni la elocuencia ni las profesiones liberales, ya
que su espíritu distraído no deja recalar nada en su fondo, sino que todo lo
vomita como si se lo hubieran embutido a la fuerza. Nada es menos propio de
un hombre obsesionado que el vivir: de ninguna otra cosa es más difícil el
aprendizaje. Los cultivadores de otras ciencias se hallan por todas partes y en
gran número, pero en algunas de ellas personas muy jóvenes parecen haberse
instruido tan bien que podrían instruir sobre ellas: a vivir hay que aprender
durante toda la vida y, cosa que quizá te extrañe más, durante toda la vida hay
que aprender a morir. Tantos grandísimos hombres, abandonando toda
impedimenta, una vez que habían renunciado a las riquezas, a los cargos, a 4
los placeres, hasta sus últimos instantes sólo hicieron esto: ir sabiendo vivir;
los más de ellos, sin embargo, se marcharon de la vida tras reconocer que
aún no sabían: cuánto menos sabrán ésos. Créeme, es propio del hombre 5
eminente y que está por encima de los extravíos humanos no dejar que le
quiten nada de su tiempo, y su vida resulta larguísima precisamente porque
todo cuanto se ha prolongado ha quedado enteramente libre para él. Ningún
momento ha quedado inactivo y ocioso, ninguno ha estado cedido a otra

persona, pues tampoco ha hallado nada digno de intercambiar por su tiempo, como que es de él celosísimo administrador. Así pues, para él fue suficiente: en cambio, es inevitable que les falte a aquellos de cuya vida la gente se ha 6
llevado mucha parte. Y no tienes por qué pensar que ellos no advierten a veces su pérdida: por descontado que oirás a los más de esos a quienes una gran prosperidad abruma, exclamar ante tropeles de clientes o demandas judiciales u otras honestas tribulaciones de cuando en cuando: «Me resulta imposible vivir». ¿Cómo no te va a resultar imposible? Todos los que te 7
reclaman para ellos te sustraen a ti mismo. Aquel acusado ¿cuántos días se te llevó? ¿Cuántos, aquel candidato?[475] ¿Cuántos, aquella anciana cansada de enterrar herederos? ¿Cuántos, aquel enfermo, imaginario a fin de azuzar la codicia de los que acechan su herencia?[476] ¿Cuánto, aquel amigo más poderoso, que os retiene no por amistad sino por ostentación? Comprueba, te digo, y recuenta los días de tu vida: verás que en tu haber restan bien pocos y 8
de rechazo. El que ha conseguido los haces que anhelaba desea dejarlos y continuamente dice: «¿Cuándo pasará este año?».[477] Aquél organiza unos juegos, cuyo encargo tuvo en mucho que le tocara a él:[478] «¿Cuándo —dice — me libraré de esto?». A aquel abogado se lo disputan por todo el foro, y colma con una gran concurrencia cualquier lugar, más allá de donde pueden oírlo: «¿Cuándo —dice— se suspenderán los procesos?». Todo el mundo acelera su vida y se esfuerza por su ansia del futuro, por su hastío del 9
presente. Por el contrario, el que no deja ningún momento sin dedicarlo a sus intereses, el que organiza todos sus días como si fueran el último,[479] ni ansía el mañana ni lo teme. ¿Qué placer nuevo puede ya reportarle una hora? Todo le es conocido, todo experimentado hasta la saciedad. De lo demás, que la suerte disponga como quiera: su vida está ya a salvo. Se le puede añadir algo, quitarle nada, y añadírselo tal como a un hombre ya ahíto y lleno algo de comida que tampoco desea y lo toma. Conque no tienes por qué pensar, a la vista de canas y arrugas, que uno ha vivido mucho tiempo: no ha vivido ése 10
mucho tiempo, sino que ha existido mucho tiempo. ¿Qué, pues, si pensaras que ha navegado mucho aquel a quien una furiosa tempestad, cogiéndolo fuera del puerto, ha arrastrado de acá para allá y ha llevado en círculo por las mismas zonas gracias a las alternancias de los vientos desencadenados desde todas direcciones? Ése no ha navegado mucho, sino que ha sido zarandeado mucho.[480]

Suelo extrañarme cuando veo a algunos pidiendo tiempo, y muy bien **8**

dispuestos a quienes se lo solicitan; los unos y los otros contemplan aquello
por lo que se ha pedido el tiempo, ni unos ni otros, de hecho, el tiempo en sí:
como si no pidieran nada, como si no dieran nada. Juegan con la más valiosa
de todas las cosas; es que los engaña porque es cosa inmaterial, porque no
salta a la vista, y por eso lo tasan muy barato, es más, su valor es
prácticamente nulo. Los hombres reciben sus anualidades y congiarios con 2
agradecimiento y por ellos alquilan su trabajo o su esfuerzo o su celo: nadie
valora el tiempo; lo emplean sin restricciones, como si fuera gratuito. Pero a
ésos mismos los verás, si está muy próximo el peligro de muerte,
abrazándose a las rodillas de los médicos, si temen una pena de muerte,
dispuestos a desembolsar todos sus bienes para vivir: tan grande es en ellos
la contradicción de sus sentimientos. Y si se pudiera, del mismo modo que
los años pasados de cada cual, ponerles a la vista el número de los futuros, 3
¡cómo temblarían los que vieran que les quedaban pocos, cómo los
economizarían! Pues bien, es fácil administrar lo que es fijo, por más que sea
escaso; se debe conservar con más esmero lo que no sabes cuándo faltará.
Sin embargo, no tienes por qué pensar que ellos ignoran hasta qué punto es 4
una cosa cara: suelen decir a los que aprecian en extremo que ellos están
dispuestos a darles una parte de sus años. La dan y no saben qué hacen; en
cambio, la dan de tal modo que se la quitan a sí mismos sin beneficio de los
otros. Pero precisamente esto, que se la quitan, no lo advierten; por eso les
resulta tolerable la pérdida de algo cuya merma es invisible. Nadie te 5
restituirá tus años, nadie te devolverá de nuevo a ti mismo. La vida irá por
donde empezó y no invertirá ni detendrá su marcha; en absoluto hará
alboroto, en absoluto nos advertirá de su velocidad: se deslizará queda. No
por mandato de un rey ni por favoritismo a un pueblo se prolongará: tal como
desde el primer día se puso en marcha correrá, jamás se desviará, jamás se
entretendrá. ¿Qué va a pasar? Que tú estás distraído, la vida se apresura;
entre tanto, se presentará la muerte, para la que, quieras o no quieras, hay que
tener tiempo.

¿Se puede mencionar nada más insensato que <la decisión> de esos **9**
hombres que alardean de su prudencia? Están afanosamente atareados para
poder vivir mejor, a expensas de la vida construyen su vida. Organizan sus
planes para un lejano futuro; ahora bien, la mayor pérdida de vida es la
dilación: elimina el día actual, escamotea el presente mientras promete lo por
venir. El obstáculo mayor para vivir es la espera, que depende del día de
mañana, desperdicia el de hoy. Dispones de lo que está puesto en manos de la

suerte, desechas lo que está en las tuyas. ¿Adónde miras? ¿Adónde te alargas? Todo lo que ha de venir está en entredicho: vive al día. Así clama el 2
mayor de los vates y, como inspirado por una boca divina, canta un canto saludable:

> Todos los días mejores de vida a los míseros hombres
> huyen primero.[481]

«¿Por qué vacilas? —dice—, ¿por qué te paras? Si no lo agarras, te huye.» Y aun cuando lo agarres, te huirá; así pues, contra la fugacidad del tiempo hay que competir con la celeridad en emplearlo, y hay que sorberlo como de un 3
torrente rápido y que no va a correr siempre. También va perfectamente a la hora de criticar la interminable vacilación el hecho de que no dice la mejor «época», sino los mejores «días». ¿Por qué, tranquilo y calmoso en medio de tan precipitada fuga del tiempo, te prometes meses y años en larga sucesión, según le parezca a tu avidez? Te está hablando de unos días y precisamente de cómo huyen. ¿Es entonces dudoso que todos los mejores días huyen a los 4
hombres míseros, esto es, atareados? Sus espíritus todavía infantiles los toma por sorpresa la vejez, a la que llegan desprevenidos y desarmados. Pues no han previsto nada: de repente han caído en ella sin barruntársela, no notaban que se iba acercando cada día. Del mismo modo que bien una conversación, 5
bien una lectura, bien una reconcentrada meditación entretienen a los que están de viaje, y antes se enteran de que han llegado que de que se acercaban, así este viaje de la vida, permanente y aceleradísimo, que despiertos o durmiendo hacemos al mismo paso, a los atareados no se les hace evidente más que a su término.

Si me propongo separar por partes y sus argumentos lo que he planteado, **10**
se me ocurren muchos con los que demostrar que la vida de los atareados es la más corta. Solía decir Fabiano,[482] no uno de esos filósofos profesionales, sino de los verdaderos y a la antigua, que contra los sentimientos hay que luchar con arrojo, no con sutilezas, y hay que ahuyentar sus líneas no con golpes insignificantes, sino con una carga; que <los vicios>, pues, deben ser triturados, no pellizcados. Sin embargo, para censurarles a aquéllos su extravío, hay que enseñarles, no sólo entristecerse por ellos.

En tres etapas se divide la vida: la que ha sido, la que es, la que va a ser. 2
De ellas, la que estamos pasando es breve, la que vamos a pasar, incierta, la que hemos pasado, segura; ésta es, pues, en la que la suerte ha perdido sus

derechos, la que no se puede sujetar de nuevo al capricho de nadie.[483] Ésta
la pierden los atareados; pues no tienen tiempo de mirar el pasado, y si
tienen, les es desagradable el recuerdo de cosas de las que se arrepienten.
Así pues, mal de su grado hacen retroceder su espíritu hasta el tiempo 3
perdido de mala manera, y no se atreven a recordar aquel cuyos defectos,
incluso los que se infiltraban gracias al atractivo del placer momentáneo, al
revisarlos se hacen patentes. Nadie sino quien todo lo ha hecho bajo su
propio criterio, que nunca se equivoca, se remonta de buena gana al pasado; 4
el que ha deseado ambiciosamente muchas cosas, el que las ha
menospreciado orgullosamente, el que ha triunfado despóticamente, el que ha
engañado pérfidamente, el que ha arramblado avariciosamente, el que ha
derrochado pródigamente, es natural que tema sus recuerdos. Pues bien, ésta
es la porción de nuestro tiempo inviolable y sagrada, que ha superado todos
los infortunios humanos, que se ha sustraído al imperio de la suerte, a la que
ni la escasez ni el miedo ni las molestias de las enfermedades alteran; ésta no
puede verse turbada ni arrebatada: su posesión es perpetua y libre de
temores. Tan sólo uno a uno se hacen presentes los días, y aún a trechos; por
el contrario, todos los del tiempo pasado, cuando se lo ordenes, acudirán,
consentirán ser examinados y retenidos a tu voluntad, cosa que los atareados 5
no tienen tiempo de hacer. Propio de una mente tranquila y sosegada es
desplazarse por todas las etapas de su vida: los espíritus de los atareados,
como si estuvieran bajo un yugo, no pueden girarse y mirar atrás. Cae, por
tanto, tu vida en un pozo sin fondo y, así como por más que eches cuanto
quieras, no sirve de nada si no hay debajo algo que lo sostenga y conserve,
igualmente no importa nada cuánto tiempo se concede, si no tiene donde
sustentarse, se filtra a través de los espíritus resquebrajados y agujereados. 6
[484] El presente es un tiempo cortísimo, hasta el punto de que realmente a
algunos les parece inexistente; pues siempre está en marcha, fluye y se
precipita; deja de existir antes de llegar y no admite más demora que el
universo y los astros, cuyo movimiento siempre incesante nunca se mantiene
en el mismo sitio. Sólo a los atareados, por tanto, concierne el tiempo
presente, que es tan fugaz que no se puede coger, y también ése a ellos, al
estar ocupados en muchos quehaceres, se les sustrae.

¿Quieres saber, en fin, hasta qué punto no viven mucho? Mira hasta qué **11**
punto desean vivir mucho. Ya ancianos decrépitos, mendigan con sus ofrendas
la prórroga de unos pocos años; fingen a su vez tener menos edad; se halagan
con este embuste y se mienten tan a gusto como si al mismo tiempo engañaran

a los hados. Mas cuando ya algún achaque les recuerda su condición mortal, ¡de qué modo mueren aterrorizados, no como si salieran de la vida, sino como si fueran sacados! A gritos proclaman que han sido unos estúpidos ellos, pues no han vivido, y que, en caso de librarse de esa indisposición, van a vivir en el ocio; entonces piensan cómo se han procurado inútilmente cosas de las que no disfrutaban, cómo todo su trabajo ha sido en vano. Por el
contrario, a aquellos cuya vida se desarrolla lejos de toda ocupación, ¿cómo 2
no va a resultarles extensa? De ella nada se les merma, nada se disemina por aquí y por allá, nada de ahí se entrega a la suerte, nada se pierde por negligencia, nada se menoscaba por prodigalidad, nada es superfluo: toda ella, por así decir, está puesta a interés. Así pues, por poca que sea, es de sobra suficiente y por eso, en el momento en que llegue su día final, el sabio no vacilará en ir a la muerte con paso firme.

¿Te preguntas quizás a quiénes llamo atareados? No tienes por qué pensar **12**
que sólo se lo digo a quienes los perros, azuzados finalmente contra ellos, expulsan de la basílica, a quienes ves ahogarse con todos los honores en su propio ajetreo o con todos los desaires en el ajeno, a quienes sus deberes sacan de sus casas para estrellarlos contra las puertas ajenas, a quienes la lanza del pretor no deja descansar por mor de una ganancia infame y que
algún día va a reventar como un abceso.[485] El ocio de algunos es atareado: 2
en su villa o en su lecho, en medio de la soledad, a pesar de que se hayan apartado de todos, resultan fastidiosos para sí mismos; su vida no hay que denominarla ociosa, sino ocupación desidiosa. ¿Llamas tú ocioso a quien clasifica con ansiosa precisión sus vasos de Corinto, valiosos por la manía de unos cuantos,[486] y consume la mayor parte de sus días en unos metales herrumbrosos? ¿A quien se sienta en la ceroma[487] (¡Qué abominación, en efecto, ya ni padecemos vicios romanos!), aficionado a los jóvenes luchadores? ¿A quien separa los rebaños de los suyos, ya untados, por
parejas de edad y color?[488] ¿A quien mantiene a los atletas bisoños? ¿Qué? 3
¿Llamas ociosos a quienes pasan muchas horas con el barbero, mientras les rasuran lo que ha crecido quizá la noche antes, mientras celebran consulta sobre cada uno de los pelos, mientras les arreglan la cabellera despeinada o les echan hacia la frente desde ambos lados la que está desapareciendo? ¡Cómo se irritan si el barbero ha sido un tanto torpe, como si barbeara a un hombre! ¡Cómo se encienden si les han recortado un pelo de su cabellera, si alguno ha quedado fuera de su sitio, si todos no han caído en su rizo

correspondiente! ¿Quién hay de esos que no prefiera que se descomponga el
Estado antes que sus cabellos? ¿Que no esté más preocupado del arreglo de
su cabeza que de su salud? ¿Que no prefiera ser más elegante antes que más
honrado? ¿Ociosos llamas tú a éstos, ocupados entre peines y espejos? ¿Qué 4
hay de aquellos <que> se han empeñado en componer, escuchar, aprender
canciones, mientras su voz, cuya correcta emisión la naturaleza hizo excelente
y sencillísima, la retuercen con los altibajos de una melodía inadecuada,
aquellos cuyos dedos suenan siempre mientras miden para su coleto algún
poema, aquellos que, cuando están dedicados a tareas serias, incluso a
menudo tristes, dejan oír el tarareo de una melodía?[489] Ésos no tienen ocio,
sino negocios inútiles. Por Hércules, yo no pondría sus banquetes entre sus 5
ratos libres, cuando veo cuán cuidadosos disponen la plata, qué
esmeradamente ciñen las túnicas de sus esclavos de placer, qué pendientes
están de cómo sale el jabalí de manos del cocinero, con qué rapidez, al darse
la señal, corren los esclavos imberbes a sus menesteres, con cuánto arte se
trinchan las aves en trozos nada irregulares,[490] qué aplicadamente limpian
los desdichados muchachitos las babas de los borrachos. Con esto se ganan
fama de elegancia y magnificencia, y hasta tal punto en todos los avatares de
su vida los persiguen sus males, que ni beben ni comen si no es por interés.
Tampoco contaría yo entre los ociosos a los que se trasladan en silla o en 6
litera de acá para allá y se presentan a las horas de sus paseos como si no les
fuera posible faltar a ellos, a quienes otro ha de recordar cuándo deben
lavarse, cuándo nadar, cuándo cenar; hasta tal punto se deshacen en la
excesiva lasitud de su espíritu refinado, que no pueden saber por sí mismos si
tienen hambre. Me cuentan que uno de esos refinados (si es que hay que 7
llamar refinamiento a desaprender la vida y la conducta propias de un
hombre), colocado en la silla, preguntó: «¿Ya estoy sentado?». ¿Piensas tú
que éste, que ignora si está sentado, sabe si vive, si ve, si está ocioso? No
sabría decir claramente qué me da más lástima, que lo ignorara o que fingiera
ignorarlo. Sufren, de hecho, el olvido de muchas cosas, pero también simulan 8
el de muchas. Ciertos vicios los complacen como si fueran pruebas de su
felicidad: parece de hombre demasiado plebeyo y menospreciable saber qué
haces. ¡Ahora ve y mantén que los mimos se inventan muchas cosas para
criticar nuestro desenfreno! Por Hércules, pasan por alto más cosas de las
que se inventan, y la enorme abundancia de vicios increíbles en esta época
sólo para esto imaginativa ha llegado al extremo de que ya podemos

denunciar la negligencia de los mimos.[491] ¡Que haya alguien que con los
refinamientos se haya echado a perder hasta el punto de fiar en otro si está
sentado! Luego éste no es un ocioso, podrías darle otro nombre: es un 9
enfermo, más aún, es un muerto; es un ocioso aquel que de su ocio tiene
también la sensación. Mas este vivo a medias, a quien hace falta un testigo
para distinguir las posiciones de su propio cuerpo, ¿cómo puede éste ser
dueño de ningún tiempo?

Es prolijo repasar uno por uno aquellos cuya vida han consumido los **13**
bandidos[492] o la pelota o el cuidado de cocer su cuerpo al sol. No son
ociosos aquellos cuyos placeres tienen mucho de negocio. En efecto, nadie
dudará de que no hacen algo laboriosamente los que se entretienen en el
estudio de erudiciones inservibles, de los que ya hay entre los romanos una 2
tremenda tropa.[493] Fue propia de los griegos esa obsesión por indagar qué
cantidad de remeros había tenido Ulises, si había sido escrita antes la *Ilíada*
o la *Odisea*, además de si eran de un mismo autor, y una serie de otros
detalles de esta clase,[494] que, si te los reservas, en nada ayudan a tu
conocimiento callado, si los publicas, no pareces más sabio, sino más 3
pesado. He aquí que también a los romanos los ha invadido la vana afición
por aprender cosas innecesarias. Hace pocos días oí a uno que contaba qué
había sido el primero en hacer cada uno de los generales romanos: Duilio fue
el primero que venció en un combate naval,[495] Curio Dentato fue el primero
que llevó elefantes en un triunfo.[496] Y aún esas anécdotas, pese a que no
apuntan a la auténtica gloria, versan cuando menos sobre ejemplos de
actuaciones cívicas; no va a ser útil una tal ciencia, pero es capaz de
entretenernos con la atrayente banalidad de los pormenores. Dejemos también 4
en manos de los curiosos la cuestión de quién fue el primero que convenció a
los romanos de que subieran a un barco (ése fue Claudio, por eso mismo
apodado Cáudex,[497] porque un ensamblaje de muchas tablas entre los
antiguos se llamaba *caudex*, de donde se denominan *codices* las tablas
públicas, y aún hoy en día, conforme a una antigua tradición, los barcos que
transportan provisiones por el Tíber se llaman *codicariae*); que venga 5
también en buena hora al caso el hecho de que Valerio Corvino fue el primero
que conquistó Mesina y el primero de la familia de los Valerios que fue
apodado Mesana, al adoptar el nombre de la ciudad conquistada, y, como la
gente fue cambiando paulatinamente las letras, le dijeron Mesala:[498] ¿no vas
a permitir también a alguien atender al hecho de que Lucio Sila fue el primero 6

que ofreció en el circo leones sueltos, cuando hasta entonces se ofrecían
atados, una vez que el rey Boco había enviado unos arqueros para abatirlos?
[499] Dejémosle en buena hora también esto: ¿no tiene algún interés positivo
también que Pompeyo fuera el primero que presentó en el circo la pelea de
dieciocho elefantes, enfrentándoles, como en batalla, unos hombres
inocentes?[500] El personaje principal de la ciudad, y entre los personajes
antiguos, según cuenta la fama, de una bondad extraordinaria, consideró un
glorioso género de espectáculo aniquilar a unos hombres con métodos
nuevos. ¿Combaten a muerte? Es insuficiente. ¿Se hieren? Es insuficiente: que
se dejen triturar por la enorme mole de unos animales. Era preferible que
hechos así cayeran en el olvido, para que nadie poderoso los aprendiera 7
luego y tuviera envidia de una actuación bien poco humana. ¡Ay, cuánta niebla
arroja sobre nuestras mentes una gran prosperidad! Él creyó entonces estar
por encima de la naturaleza, cuando arrojaba tantos montones de hombres
infelices a unas bestias nacidas bajo otro cielo, cuando provocaba una guerra
entre unos animales tan desiguales, cuando derramaba abundante sangre a la
vista del pueblo romano él, que pronto iba a hacerle derramar más. Pero ese
mismo, engañado luego por la deslealtad alejandrina, se ofreció para ser
traspasado por el último de los sirvientes, con lo que al fin comprendió la
absurda arrogancia de su apodo.[501]

Pero, por volver al propósito del que me he alejado y mostrar el inútil 8
celo de algunos en idénticas cuestiones, el mismo de antes contaba que
Metelo, al celebrar su triunfo por haber derrotado a los cartagineses en
Sicilia, fue el único de todos los romanos que llevó delante de su carro ciento
veinte elefantes capturados;[502] que Sila fue el último de los romanos que
amplió el pomerio, cuya ampliación era costumbre entre los antiguos nunca
por haberse anexionado territorio provincial, sino itálico.[503] ¿Saber esto es
más útil que saber que el Monte Aventino está fuera del pomerio,[504] según
afirmaba él, por una de dos razones, o porque la plebe se había retirado allí,
[505] o porque, estando en ese lugar Remo tomando los auspicios, las aves no
le aparecieron favorables,[506] y una serie de cosas incontables que o son
falsas o semejantes a las mentiras? En efecto, aunque concedas que todo lo 9
dicen de buena fe, aunque lo pongan por escrito para corroborarlo, ¿de quién
atenuarán los extravíos esos detalles? ¿De quién reprimirán las ambiciones?
¿A quién harán más esforzado, a quién más justo, a quién más generoso?
Nuestro Fabiano decía que a veces dudaba de si era preferible no dejarse

llevar por ningún afán de conocimientos antes que dejarse enredar en éstos.
Son hombres ociosos sólo quienes están libres para la sabiduría, sólo **14**
ellos están vivos; pues no conservan tan sólo su vida: cualquier tiempo lo
añaden al suyo; todos los años que se han desarrollado antes que ellos, están
adquiridos para ellos. Si no somos de lo más desagradecido, reconoceremos
que los esclarecidos fundadores de venerables doctrinas nacieron para
nosotros, organizaron su vida para nosotros. Gracias al trabajo de otros nos
vemos conducidos a los hechos más hermosos sacados de las tinieblas a la
luz; ninguna época nos está vedada, en todas somos admitidos, y si por
nuestra grandeza de espíritu nos complace rebasar las estrecheces de las
insuficiencias humanas, tenemos mucho tiempo por donde extendernos. Nos
es posible debatir con Sócrates, dudar con Carnéades, con Epicuro 2
sosegarnos, vencer con los estoicos la naturaleza del hombre, sobrepasarla
con los cínicos.[507] Ya que la naturaleza nos permite extendernos para
participar en cualquier época, ¿cómo no entregarnos de todo corazón,
saliendo de este tránsito temporal exiguo y caduco, a las cosas que son
ilimitadas, eternas, comunes con los mejores? Esos que corretean de un
cumplido a otro, que se incordian a sí mismos y a los demás, cuando ya se 3
han vuelto bien locos, cuando han recorrido cada día los umbrales de todo el
mundo y no han pasado por alto ninguna puerta abierta, cuando han hecho
circular por las casas más diversas sus saludos interesados,[508] ¿qué
proporción de personas en una ciudad tan inmensa y dividida por múltiples
pasiones podrán visitar? ¡Cuántos serán aquellos cuyo sueño o molicie o
descortesía les niegue el paso! ¡Cuántos los que, después de hacerles sufrir 4
largo rato, les darán de lado con una urgencia fingida! ¡Cuántos evitarán salir
por el atrio atestado de clientes y escaparán por pasadizos de la casa
secretos, como si engañar no fuera más descortés que rechazar! ¡Cuántos,
medio dormidos y abotargados por la borrachera de la noche pasada,
mientras aquellos infelices interrumpen su propio sueño para velar el ajeno,
repetirán con un bostezo descarado el nombre que les han susurrado mil 5
veces entreabriendo apenas los labios! Piensa que se ocupan en unas
auténticas obligaciones quienes cada día quieren ser más íntimos de Zenón,
de Pitágoras y de Demócrito y los demás maestros de los buenos
conocimientos, de Aristóteles y Teofrasto. Ninguno de éstos dejará de estar
libre, ninguno a quien a él acuda dejará de despedirlo más feliz, más
satisfecho de sí mismo, ninguno consentirá que nadie se vaya de su lado con
las manos vacías; de noche, durante el día, pueden ser visitados por todos los

mortales.
Ninguno de éstos te inducirá a morir, todos te enseñarán, ninguno de éstos **15**
agotará tus años, te agregará los suyos; entre éstos con ninguno la
conversación te será peligrosa, con ninguno la amistad funesta, con ninguno la
relación onerosa. Lograrás de ellos todo lo que quieras; por ellos no será que 2
no tomes todo lo más que puedas coger. ¡Qué dicha, qué hermosa vejez
aguarda al que se ha incluido en la clientela de éstos! Tendrá con quiénes
deliberar sobre las cuestiones más fútiles y las más fundamentales, a quiénes
consultar cada día sobre sí mismo, por quiénes oír la verdad sin ofensa, ser
elogiado sin adulación, a cuya semejanza hacerse. Solemos decir que no 3
estuvo en nuestra mano qué padres nos tocaban en suerte, que nos fueron
dados al azar: mas nos es posible nacer para nosotros a nuestro albedrío. Hay
familias de ingenios esclarecidos: elige en cuál quieres ser acogido; serás
adoptado no sólo para el nombre, sino también para los bienes mismos, que
no habrás de guardar con avaricia y mezquindad: más grandes se harán a 4
medida que los compartas con más gente. Ellos te facilitarán el camino hacia
la eternidad y te alzarán hasta una posición de la que nadie puede ser
desalojado. Éste es el único sistema para prolongar la mortalidad, más aún,
para transformarla en inmortalidad. Los cargos, los monumentos, todo lo que
la ambición ha impuesto con sus decretos o ha construido con sus obras,
rápidamente se derrumba, nada deja de derribar y remover una prolongada
vejez; por el contrario, no puede causar daño a las cosas que ha
inmortalizado la sabiduría; ninguna edad las borrará, ninguna las menguará; la
siguiente y la que siempre vendrá luego contribuirán en algo a la veneración,
puesto que, por descontado, la envidia se encuentra en las proximidades, con
más sinceridad admiramos lo situado en la lejanía. La vida del sabio, 5
entonces, es muy extensa, no lo ciñen los mismos límites que a los demás:
sólo él se libera de las leyes del género humano, todos los siglos están a su
servicio como al de un dios. Ha transcurrido un tiempo, lo capta con el
recuerdo; está encima, lo emplea; va a llegar, lo anticipa. Le alarga la vida la
reunión de todos los tiempos en uno solo.

Breve y angustiada por demás es la vida de los que se olvidan de las **16**
cosas pasadas, descuidan las presentes y sienten temor por las futuras:
cuando han llegado a las últimas, tarde comprenden, infelices, que han estado
atareados todo ese tiempo en no hacer nada. No tienes por qué pensar que se 2
demuestra que tienen una vida larga con el argumento de que a veces invocan
la muerte: los inquieta su insensatez con sentimientos indecisos que incurren

incluso en aquello que les da miedo; desean a menudo la muerte precisamente
porque la temen. Tampoco tienes por qué pensar que es un argumento a favor 3
de que viven mucho tiempo el hecho de que a menudo el día les parece largo, de que, mientras llega el momento fijado para la cena, se quejan de que las horas pasan despacio; en efecto, si alguna vez los dejan libres sus ocupaciones, abandonados en el ocio se desazonan y no saben cómo organizarlo o pasarlo. Así pues, se lanzan a un quehacer cualquiera y todo el intervalo que media les resulta pesado, igual, por Hércules, que, cuando se ha publicado la fecha de un combate de gladiadores o cuando esperan la fijada para algún otro espectáculo o entretenimiento, quieren saltarse los días
intermedios. Cualquier plazo para lo que aguardan les resulta largo. Con 4
todo, el instante que anhelan es breve, y precipitado e incluso más breve por su culpa; pues pasan de una intención a otra y no pueden concentrarse en un solo deseo. No son para ellos largos los días, sino odiosos; pero, por el contrario, ¡qué cortas les parecen las noches que pasan en brazos de las prostitutas o en compañía del vino! De ahí también el delirio de los poetas,
que con sus fantasías fomentan los extravíos humanos, a quienes les pareció 5
que Júpiter, por los placeres del coito cautivado, duplicó una noche:[509] ¿qué otra cosa sino inflamar nuestros vicios es asignarles a los dioses como promotores suyos y dar a la pasión enfermiza una licencia justificada por el ejemplo de la divinidad? ¿Pueden no parecer cortísimas las noches a esos que las compran tan caras? El día lo pierden por esperar la noche, la noche por temer el alba.

Sus placeres mismos son intranquilos y agitados por múltiples zozobras, **17**
y, cuando están en pleno transporte, los sobrecoge un angustioso pensamiento: «¿Esto, hasta cuándo?». Por este sentimiento los reyes han llorado su poder y no los ha complacido la magnitud de su prosperidad, sino que los ha aterrorizado el final que en algún momento ha de llegar. En una ocasión en
que el arrogantísimo rey de los persas desplegaba su ejército por las 2
inmensidades de las llanuras y no podía concebir su número, sino su tamaño, derramó lágrimas porque, en cien años, de tanta juventud no quedaría nadie.[510] Y sin embargo, ese mismo que lloraba iba a acelerarles su destino y a aniquilar a unos en el mar, a otros en tierra, a unos en una batalla, a otros en
una desbandada, y en poco tiempo iba a exterminar a aquellos para quienes 3
temía cien años. ¿Qué hay de que incluso sus alegrías son intranquilas? Pues no se basan en motivos consistentes, sino que las perturba la misma ligereza de la que brotan. Ahora bien, ¿cómo piensas que son sus momentos infelices,

también según propia confesión, cuando incluso estos en que se exaltan y se
alzan por encima del hombre son poco naturales? Los mayores bienes son 4
intranquilos y en ninguna suerte se confía menos que en la mejor: para
preservar la prosperidad hace falta más prosperidad, y hay que hacer votos
por los votos mismos que han salido bien. Pues todo lo que nos toca por
casualidad es inestable y cuanto más alto se remonta, más expuesto está a la
caída; y el caso es que a nadie complacen las cosas que van a caer; luego es
lógico que sea infelicísima, no sólo cortísima, la vida de los que se procuran 5
con gran trabajo cosas que poseen con otro aún mayor. Laboriosamente
logran lo que quieren, angustiosamente tienen lo que han logrado; entre tanto,
no se hace ninguna cuenta del tiempo que nunca más ha de volver: nuevas
ocupaciones sustituyen a las antiguas, la esperanza despierta más esperanzas,
más ambiciones la ambición. No se busca el fin de las desgracias, sino que se
modifica el motivo. Nuestros cargos nos han hecho sufrir: más tiempo nos
quitan los ajenos; hemos dejado de afanarnos como candidatos, empezamos a
hacerlo como electores;[511] hemos desechado los disgustos de ser
acusadores, nos encontramos con los de ser jueces; ha dejado de ser juez, es
instructor; ha envejecido en la administración asalariada de bienes ajenos, se
ve retenido por sus caudales propios. La sandalia ha dejado ir a Mario, 6
ejerce el consulado.[512] Quincio tiene prisa por pasar su dictadura, lo
reclamarán de su arado.[513] Marchará contra los cartagineses, inmaduro aún
para tamaña empresa, Escipión; vencedor de Aníbal, vencedor de Antíoco,
honra de su consulado, fiador del de su hermano, si no hay por su parte
oposición, se verá situado junto a Júpiter: las revueltas civiles sacudirán a
este salvador y, tras unos honores iguales a los divinos que aborreció de
joven, ya anciano lo complacerá el anhelo de un altivo destierro.[514] Nunca
faltarán motivos de inquietud felices o malaventurados; la vida irá pasando
entre quehaceres; el ocio nunca se practicará, siempre se deseará.

Así pues, aléjate del montón, querido Paulino, y retírate por fin, después **18**
de que te has visto zarandeado no en proporción a tu edad, a un puerto más
tranquilo. Piensa cuántas olas has soportado, cuántas tormentas, en parte
particulares has sufrido, en parte públicas has atraído sobre ti; bastante se ha
manifestado ya tu virtud en modelos de trabajo y dedicación: prueba a ver
qué hace en el ocio. La mayor parte de tu vida, la mejor sin duda, la has
consagrado a la política: toma también algo de tu tiempo para ti. Y no te 2
invito a un descanso apático e indolente, ni a que ahogues cuanto en ti hay de

temperamento vivaz en el sueño y los placeres caros al vulgo: eso no es descansar; encontrarás tareas más importantes que todas las que hasta ahora has realizado esforzadamente, que podrás desempeñar retirado y tranquilo.

Ciertamente tú llevas las cuentas del orbe de las tierras tan 3
desinteresadamente como ajenas, tan cuidadosamente como tuyas, tan concienzudamente como estatales; te ganas el afecto en un cargo en el que es difícil evitar el odio; pero con todo, créeme, es mejor sacar las cuentas de la 4
vida de uno que las del trigo público.[515] Esos bríos de tu espíritu, perfectamente capaces de las mayores empresas, desvíalos de una función honrosa, por supuesto, pero poco adecuada para una vida feliz, y piensa que tú, desde tus primeros años, con todo tu estudio de los saberes liberales no perseguías que te encomendaran confiadamente tantos miles de medidas de trigo: algo más grande y más elevado hacías esperar de ti. No faltarán hombres de una escrupulosa integridad y, además, de una minuciosa dedicación: para llevar peso son mucho más adecuadas las lentas acémilas que los nobles corceles, cuya majestuosa ligereza ¿quién la ha oprimido alguna vez con un pesado fardo? Piensa además cuántas preocupaciones te 5
supone ponerte bajo una carga tan abrumadora: tienes que vértelas con el estómago de los hombres; ni se pliega a la razón ni se apacigua con la equidad ni se ablanda con ningún ruego el pueblo cuando tiene hambre. Hace bien poco, en los días en que murió Gayo César (disgustadísimo, si es que a quienes están bajo tierra les queda algún sentimiento, al ver que le sobrevivía el pueblo romano y sobraban víveres para siete u ocho días cuando menos), mientras él tendía puentes de barcos y jugaba con las fuerzas del imperio, se presentó la que también para quienes están sitiados es la última de las calamidades, la escasez de alimentos. Por poco no desembocó en muerte y hambre y lo que sigue al hambre, la destrucción de todas las cosas, esa emulación de un rey demente y extranjero y vanidoso para su desdicha.[516] 6
¿Qué actitud adoptaron entonces aquellos a quienes estaba encomendada la administración del trigo público, a punto de exponerse a las pedradas, al hierro, al fuego, a Gayo?[517] Con mucho disimulo ocultaban tan gran desgracia escondiéndola en sus corazones, con razón, por supuesto; pues algunos trastornos hay que curarlos sin que se den cuenta los enfermos: para mucha gente la causa de su muerte ha sido enterarse de su enfermedad.

Refúgiate en estos asuntos más sosegados, más seguros, más importantes. **19**
¿Piensas tú que cuidarte de que el trigo se traspase a los graneros sin merma

por engaño o negligencia de los transportistas, de que no se estropee y
fermente por la humedad que haya cogido, de que responda a la medida y el
peso, es comparable a participar en estos asuntos sagrados y sublimes,
dispuesto a saber cuál materia es la del dios, cuál su voluntad, cuál su
esencia, cuál su forma, qué destino aguarda a tu espíritu, dónde nos pone la
naturaleza cuando nos liberamos de nuestros cuerpos, qué es lo que retiene en
el medio las cosas de este mundo más pesadas, sostiene por encima las
ligeras, lleva el fuego a lo más alto, pone en movimiento los astros en su
turno correspondiente, en fin, lo demás lleno de maravillas infinitas?
¿Quieres tú, desentendiéndote de la tierra, mirar con la mente hacia eso? 2
Ahora, mientras está caliente tu sangre, en la plenitud de tus fuerzas, has de
encaminarte a cosas mejores. Te aguardan en este género de vida muchos
buenos conocimientos, el apego y la práctica de las virtudes, el olvido de las
pasiones, la ciencia de vivir y de morir, el profundo sosiego de las cosas.

La situación de todos los atareados realmente es lamentable, pero mucho 3
más lamentable la de los que ni siquiera se afanan en sus tareas propias,
duermen conforme al sueño de otros, andan conforme al paso de otros, el
amar y el odiar, los actos más libres de todos, les son impuestos. Éstos, si
quieren saber hasta qué punto es corta su vida, que piensen en qué proporción
es suya.

Así pues, cuando veas su pretexta ya ostentada en ocasiones frecuentes, su **20**
nombre célebre en el foro, no los envidies: eso lo alcanzan con perjuicio de
su vida. Con tal de que un solo año se numere por su nombre, echarán a
perder todos sus años. A algunos, antes de que ascendieran a la cima de su
ambición, los ha abandonado la vida en los preliminares de la lucha; a otros,
cuando habían trepado a la más alta dignidad gracias a mil indignidades, les
ha venido el funesto pensamiento de que han trabajado para el epitafio de su
tumba; la extrema vejez de otros, mientras se apresta a nuevos proyectos,
como en su juventud, ha fallado, impotente, en medio de unos empeños 2
excesivos y porfiados. Penoso, aquel a quien ha abandonado su espíritu
cuando, bien entrado en años, <exponía> en un juicio sus conclusiones a
favor de unos litigantes absolutamente desconocidos y buscaba la aprobación
de una concurrencia inexperta; vergonzoso, aquel que, cansándose más pronto
de vivir que de trabajar, ha desfallecido en el ejercicio de sus funciones;
vergonzoso, aquel de quien, al morir mientras le rinden cuentas, se burla su
heredero largo tiempo defraudado. No puedo dejar de referir un ejemplo que
me viene a las mientes. Sexto Turanio fue un anciano de cumplida 3

laboriosidad que, pasados los noventa años, como había recibido de Gayo
César la orden de jubilarse como procurador, mandó que lo pusieran en la
cama y que la familia a su alrededor lo llorara como difunto. Estaba la casa
de duelo por la cesantía de su anciano dueño y no puso fin a su tristeza hasta
que le fueron restituidas sus funciones.[518] ¿Hasta tal punto es un gusto morir 4
atareado? Idéntica actitud tienen los más: su deseo de trabajar les dura más
que su capacidad; luchan contra el debilitamiento de su cuerpo y la vejez
misma no la juzgan penosa por ningún otro motivo más que porque los relega.
La ley deja de reclutar soldados a partir de los cincuenta años, de convocar a
los senadores a partir de los sesenta; los hombres consiguen de sí mismos el
retiro con más dificultad que de la ley. Entre tanto, mientras son arrastrados y 5
arrastran, mientras uno interrumpe el reposo de otro, mientras mutuamente se
hacen desdichados, su vida resulta sin provecho, sin placer, sin ningún
progreso del espíritu: nadie tiene presente la muerte, nadie deja de concebir
proyectos a largo plazo, algunos hasta organizan incluso lo que está más allá
de la vida, las grandes moles de sus tumbas y las inauguraciones de obras
públicas y las ofrendas junto a la pira y unas exequias suntuosas. Pero, por
Hércules, sus funerales, como si hubieran vivido poquísimo, a la luz de
antorchas y cirios han de marchar.[519]

APOCOLOCINTOSIS

Traducción y notas de
JUAN MARINÉ ISIDRO

NOTA DE TRADUCCIÓN

El texto sobre el que se basa la presente traducción es el establecido por R. Roncali en su edición crítica de la *Apocolocintosis*, Leipzig, 1990. Sólo en contadas ocasiones se ha adoptado una lectura diferente. En lo que se refiere a la disposición en dímetros de la *nenia*, se ha seguido, entre otros, a J. Gil, *Séneca. Apocolocintosis, Est. Clás*, Supl. n.º 4, Madrid, 1971.

Quiero transmitir a la posteridad[1] lo que ocurrió en el cielo el día tercero **1**
antes de los idus de octubre de un año nuevo, comienzo de una época venturosa.[2] No se dará lugar al insulto ni a la adulación. Estas cosas tan ciertas, si alguien me pregunta de dónde me las sé, por lo pronto, si no me apetece, no le contestaré. ¿Quién me va a obligar? Yo sé que me he convertido en un hombre libre desde que remató sus días aquel que había hecho cierto el proverbio: «lo mejor es nacer o rey o tonto».[3] Si me da por
contestar, diré lo primero que me venga a la boca. ¿Quién ha exigido nunca 2
testigos jurados a un historiador? Sin embargo, si es necesario presentar un testimonio, pregúntale al que vio a Drusila yéndose al cielo:[4] ese mismo asegurará que ha visto a Claudio haciendo el mismo trayecto «a pasos no iguales».[5] Quiera o no quiera, no tiene más remedio que ver todo lo que sucede en el cielo: es el encargado de la vía Apia, por donde sabes tú que
tanto el divino Augusto como Tiberio César[6] se fueron junto a los dioses. Si 3
le preguntas a éste, a ti solo te lo contará; delante de más gente no dirá palabra. Pues desde que juró en el Senado que había visto a Drusila subiendo al cielo y nadie le dio crédito por una noticia tan estupenda, con palabras solemnes aseguró que ya no iba a revelar lo que viera, aunque hubiera visto asesinar a un hombre en pleno foro. Los hechos que yo entonces oí de su boca, aquí los publico, comprobados y claros: ¡así lo vea yo a él con salud y prosperidad![7]

Febo con más breve ruta había atrasado ya el orto **2**
de la luz y aumentaban las horas del Sueño sombrío,
y ya victoriosa ensanchaba la diosa del Cinto[8] su reino

y el contrahecho Invierno ajaba las galas amables
del fértil Otoño y, pues Baco se hacía ya viejo por fuerza,
el vendimiador demorado cogía las uvas escasas.[9]

Creo que se entenderá mejor si digo: el mes era octubre, el día tercero de los 2
idus de octubre. La hora no te la puedo decir con exactitud: más fácilmente
habrá acuerdo entre los filósofos que entre los relojes. De todos modos, era 3
entre la sexta y la séptima.[10] «¡Vaya palurdo! Todos los poetas, no conformes con describir amaneceres y atardeceres, se dedican a incordiar también el mediodía: ¿tú vas a despachar así una hora tan adecuada?»

Ya con el carro Febo había mediado su curso 4
y más cercano a la noche agitaba las riendas cansadas,
por sesgo sendero haciendo bajar su luz declinante.

Claudio se puso a exhalar el alma y no sabía encontrar una salida.[11] **3**
Entonces Mercurio, que siempre había disfrutado de su ingenio,[12] se lleva aparte a una de las tres Parcas y le dice: «Hembra sin corazón, ¿cómo consientes que se vea atormentado este infeliz? ¿Es que no podrá descansar nunca tras tanto tiempo de tortura? Son sesenta y cuatro los años que lleva peleándose con su propia alma. ¿Por qué le tienes manía a él y al Estado?
Consiente que por una vez digan la verdad los astrólogos, que lo entierran 2
cada año, cada mes, desde que fue nombrado emperador. Pero tampoco es extraño que se equivoquen y que nadie sepa su hora: nadie ha creído nunca que éste hubiera nacido. Haz lo que hay que hacer:

Dalo a la muerte, que reine el mejor en la sede vacía.»[13]

Y Cloto,[14] a su vez: «Yo, por Hércules, quería añadirle un cachito de vida, 3
sólo hasta que concediera la ciudadanía a esos poquitos que quedan —pues había resuelto ver con la toga a todos, griegos, galos, hispanos y britanos—.
[15] Pero como parece conveniente dejar unos cuantostos extranjeros para 4
simiente, y tú mandas que sea así, sea». Abre luego un cofrecillo y saca tres husos. Uno era de Augurino, otro de Baba, el tercero de Claudio.[16] «Estos tres —dice— haré que mueran el mismo año, separados por cortos intervalos, y no le haré marchar sin compañía. Pues no está bien que éste, que hasta hace poco veía tantos miles de personas siguiéndolo, tantos precediéndolo, tantos rodeándolo, se quede de pronto solo y abandonado. Por ahora se conformará con estos camaradas.»

Dice así y enrollando la hebra en el huso deforme **4**
interrumpió las horas de rey de esa estúpida vida.[17]

En cambio, Láquesis, prieto el cabello, hermoso el peinado,
con pierio laurel coronándose la cabellera y la frente,
de níveo vellón va tomando unas fibras inmaculadas
para trenzarlas con mano feliz, que un color, tras de hiladas,
nuevo adquirieron. Admiran los copos bien sus hermanas:
la lana vulgar se transforma en ese metal impagable,
siglos dorados fluyen al tiempo que el hilo sin tacha.

Y no hay para ellas reposo: guedejas hilan felices,
les place colmarse con ellas las manos. Son copos suaves.
Por propio impulso avanza la obra y sin pena ninguna
hebras sutiles fluyen del huso que gira sin tregua.
De Titono superan los años, superan también los de Néstor.[18]

Febo está allí y con su canto ayuda y le place el futuro
y lleno de gozo ahora agita su plectro, ahora acerca los copos.
Pendientes las tiene del canto y así les distrae su esfuerzo.
Y en tanto que colman de elogios la lira y los versos fraternos,
más de lo usual han tejido sus manos, los hados del hombre
su obra excelente traspasa. «No quitéis nada, oh Parcas
—Febo les dice—, supere en tiempo a las vidas mortales
éste mi igual por su rostro y mi igual por su grande belleza,
ni en canto ni en voz mi inferior. A los desfallecidos, felices
siglos proporcionará y de la ley va a romper el silencio.
Cual Lucifer disipando los astros que huyendo se van,
cual Héspero se alza ya cuando los astros regresan,
cual, cuando la Aurora bermeja, disueltas ya las tinieblas,
el día ha traído, el Sol radiante contempla la tierra
y más allá del recinto al pronto lanza su carro,
tal César se yergue, tal Roma a Nerón ha de contemplar ya.
Con suave fulgor se ilumina su rostro resplandeciente
y el cuello hermoso en virtud del cabello desparramado.»

Esto dijo Apolo. Por su parte, Láquesis, para favorecer también ella al 2
guapísimo mozo, lo hizo a manos llenas y da de su bolsillo muchos años a
Nerón. A Claudio, en cambio, todos lo desean

alegres y entusiastas fuera de casa sacar.[19]

Y él largó fuera su alma por fin y desde entonces dejó de aparentar que estaba
vivo. Por cierto, murió mientras escuchaba a unos comediantes,[20] para que
veas que no les tengo miedo sin motivo. Éstas fueron sus últimas palabras 3
oídas entre los vivos (a la vez que emitía un ruido más fuerte por esa parte
con la que hablaba mejor): «¡Pobre de mí, me he cagado, creo!». Si lo hizo,
no lo sé; lo cierto es que lo dejó todo cagado.

Lo que después ocurrió en la tierra es inútil contarlo. Por supuesto que lo **5**
sabéis perfectamente y no hay peligro de que se esfumen los sucesos que un
júbilo universal ha grabado en la memoria. Nadie olvida su felicidad.
Escuchad lo que ocurrió en el cielo. La autenticidad es cosa de mi testigo. 2

Anuncian a Júpiter que ha llegado un individuo de buena estatura, bien canoso; va amenazando no sé qué, pues mueve continuamente la cabeza; arrastra el pie derecho; le habían preguntado de qué raza era y había respondido no sé qué con agitado tono y voz confusa; nadie comprende su
lengua: ni es griego ni romano ni de ninguna nación conocida.[21] Entonces 3
Júpiter ordena a Hércules, que se había recorrido el mundo entero y parecía conocer todas las regiones, que vaya y averigüe qué clase de hombre es. Entonces Hércules, al primer vistazo, quedó horrorizado de veras, como quien no ha temblado aún ante toda clase de monstruos: en cuanto vio esa facha insólita, ese andar anormal, esa voz no de animal terrestre, sino, como
suelen tenerla los monstruos marinos, ronca y embrollada, creyó que le había 4
caído su decimotercer trabajo. Cuando lo examinó con más atención le pareció más o menos un hombre. Así pues, se llegó a él y —facilísimo que fue para un griego de ésos— le dice:

¿Quién eres, de qué país vienes? ¿En dónde están tu ciudad y tus padres?[22]

Claudio se alegra de que haya eruditos por allí: confía en que algún lugar habrá para sus historias.[23] Así pues, para insinuar que es un César con un verso homérico también él, dice:

Junto a los cícones ha ido llevándome el viento de Troya.

Sin embargo, el verso siguiente era más adecuado igualmente homérico:

Allí la ciudad he asolado y muerto a sus habitantes.

Y casi había embaucado a Hércules, que no es nada listo, si no llega a estar **6**
allí la Fiebre, la única que había dejado su templo y se había venido con él.[24] A todos los demás dioses los había dejado en Roma. «Ése —dice— cuenta puras patrañas. Te lo digo yo, que he vivido con él tantos años; nació en Lyon,[25] estás viendo a un paisano de Marco.[26] Lo que te cuento, nació a dieciséis millas de Viena,[27] un galo genuino. Y como era lógico que hiciera un galo, tomó Roma. Éste te aseguro yo que nació en Lyon, donde reinó Lícino[28] muchos años. Además, tú que has pisado más lugares que ningún mulero a destajo, debes saber que hay muchas millas entre el Janto y el
Ródano.»[29] Claudio aquí arde de cólera y se enfurece refunfuñando a más no 2
poder. Nadie entendía qué estaba diciendo; él, en realidad, ordenaba conducir al cadalso a la Fiebre, con aquel gesto de su mano floja[30] y sólo

para esto bastante firme, con el que solía decapitar a la gente. Había ordenado que le cortaran el cuello: dirías que todos eran libertos suyos, hasta tal punto nadie le hacía ni caso.

Entonces dice Hércules: «Escúchame, tú, deja de hacer el tonto. Has **7**
llegado a un sitio donde los ratones roen el hierro.[31] ¡Más que deprisa, la verdad, no sea que a golpes te quite las ganas de disparatar!». Y, para impresionar más, adopta una pose trágica[32]y dice:

Revela presto de qué ciudad te dicen ser, 2
no sea que caigas a tierra muerto por mi bastón.
Altivos reyes mi maza a menudo inmoló.
¿Qué dices ahí con la parla ambigua de tu voz?
¿Qué patria, qué linaje tu testa inquieta crió?
Exponlo. En verdad que al ir del tricorpóreo rey
a los lueñes reinos, de donde, orillas del hesperio mar,
llevé a la ciudad inaquia la bien conocida grey,[33]
una cumbre vi elevándose sobre ríos dos,[34]
que opuesta al nacimiento Febo siempre ve,
donde el ancho Ródano fluye en curso muy veloz
y el Arar, dudando adónde el rumbo dirigir,
callado baña el margen con olas de quietud.
¿Acaso aquella tierra tu espíritu nutrió?

Esto dice con bastante ánimo y valor; con todo, no se siente seguro y teme el 3
golpe del tonto.[35] Claudio, cuando vio a un varón valiente, olvidándose de las bromas, comprendió que en Roma nadie había sido su igual, pero que allí no gozaba de la misma consideración: en su estercolero el gallo es el más
poderoso.[36] Por tanto, en lo que pudo entendérsele, pareció que decía esto: 4
«Yo confiaba en que tú, Hércules, el más valeroso de los dioses, acudirías a ayudarme en país extranjero, y si alguien me hubiera exigido algún conocimiento, estaba dispuesto a nombrarte a ti, que me conoces tan bien. Pues, si haces memoria, yo era el que en Tíbur ante tu templo administraba
justicia el día entero durante los meses de julio y agosto.[37] Tú sabes cuántas 5
miserias soporté allí, cuando escuchaba día y noche a los picapleitos; si hubieras caído en medio de ellas, por muy vigoroso que te creas, habrías preferido limpiar las cloacas de Augias.[38] Yo he sacado mucho más estiércol. Pero, como quiero ***».[39]

«*** no es extraño que hayas irrumpido en la curia: para ti nada hay **8**

cerrado. Por lo menos dinos en qué clase de dios quieres que se convierta
ése. *Un dios epicúreo* no puede ser: *ni él tiene dificultades ni se las causa a*
otros.[40] ¿Estoico? ¿Cómo puede ser redondo, como dice Varrón, “sin
cabeza, sin prepucio”?[41] Algo hay en él de dios estoico, ya lo veo: no tiene 2
corazón ni cabeza. ¡Por Hércules!, si le hubiera pedido este favor a Saturno,
cuyo mes celebró todo el año este príncipe saturnalicio,[42] no lo habría
obtenido; ¿y lo va a hacer dios Júpiter, a quien, en la medida de sus
posibilidades, condenó por incesto? En efecto, mató a Silano, su yerno,
precisamente porque a su hermana, la más bonita de todas las chicas, al punto
de que todos la llamaban Venus, él prefirió llamarla Juno.[43] Dice: “¿Por
qué, me pregunto, a su hermana?”. Imbécil, instrúyete: en Atenas es lícito a
medias, en Alejandría del todo.[44] Como en Roma, dices, los ratones lamen 3
las muelas de molino,[45] ¿éste viene a enderezar nuestros entuertos? ¿No se
entera de lo que pasa en su dormitorio y hete aquí que “escudriña las regiones
celestes”?[46] Quiere convertirse en dios: ¿acaso es poco tener un templo en
Britania[47] y que lo adoren los bárbaros y le supliquen como a un dios *para*
hacerse propicio a un tonto?»

Finalmente Júpiter cae en la cuenta de que, si quedan particulares en la **9**
curia, no está permitido expresar ni examinar opiniones. Dice: «Yo,
senadores, os había dejado hacer preguntas: vosotros habéis organizado un
auténtico alboroto. Quiero que respetéis el reglamento de la curia. ¿Qué va a
pensar de nosotros éste, sea quien sea?». Después de hacerle salir, se pide en 2
primer lugar la opinión del padre Jano.[48] Éste había sido designado para las
calendas de julio cónsul vespertino, un hombre listo a más no poder, que
siempre ve «*a la vez lo de delante y lo de detrás*». Dijo con gran elocuencia,
como que vive en el foro, muchas cosas que el amanuense no pudo seguir, por
eso no las refiero, para no poner con otras palabras lo que fue dicho por él.
Muchas cosas dijo sobre la grandeza de los dioses, afirmando que tal honor 3
no se debe conceder indiscriminadamente. «Antes —dijo— era grave asunto
convertirse en dios; ahora tú lo has transformado en el mimo del haba.[49] Así
pues, para que no parezca que doy mi opinión contra la persona y no contra el
hecho, propongo que desde este día no se haga dios ninguno de los que
“comen los frutos de la tierra” o de los que alimenta “la fecunda tierra”.[50]
Quien, en contra de este senadoconsulto, se haga, diga o represente dios,
parece bien que sea entregado a las Larvas y que en los próximos juegos sea
azotado con varas entre los gladiadores recién contratados».[51] Seguidamente 4

se pide la opinión de Diéspiter, hijo de Vica Pota,[52] también él cónsul
designado, cambista de poca monta. Se mantenía con este negocio: solía
vender derechos de ciudadanía rebajados. Se le acercó bonitamente Hércules 5
y le tocó el lóbulo de la oreja.[53] Así pues, hizo su propuesta en estos
términos: «Puesto que el divino Claudio está emparentado por lazos de
sangre con el divino Augusto e igualmente con la divina Augusta, su abuela,
cuya divinización decretó él mismo,[54] y que aventaja de lejos en sabiduría a
todos los mortales, y que es de interés público que haya alguien que pueda
"zamparse los nabos hirviendo" en compañía de Rómulo,[55] propongo que el
divino Claudio sea dios desde la fecha, tal como cualquiera que antes de él lo
haya sido hecho en buena ley, y que este acontecimiento se añada a las
Metamorfosis de Ovidio». Las opiniones estaban divididas y parecía que 6
Claudio llevaba las de ganar. Pues Hércules, como veía que era su hierro el
que estaba al fuego, corría «de acá para allá» y decía: «No te me pongas en
contra, se trata de mis intereses; si otro día quieres tú algo, te devolveré el
favor: una mano lava la otra».[56]

Entonces se levantó el divino Augusto al llegarle su turno de palabra y **10**
disertó con suprema elocuencia: «Yo, senadores —dijo—, os tomo por
testigos de que, desde que fui hecho dios, no he hablado palabra: me ocupo
sólo de mis asuntos; pero ya no puedo disimular más ni contener un dolor que
mi vergüenza hace más penoso. ¿Para esto propagué la paz por tierra y por
mar? ¿Para esto acabé con las guerras civiles, para esto cimenté la ciudad 2
con mis leyes y la embellecí con mis obras, para…? No encuentro,
senadores, manera de expresarme: todas las palabras se quedan por debajo
de mi indignación. Hay que recurrir pues a aquel dicho de Mesala Corvino,
[57] hombre elocuentísimo: "Me da vergüenza el poder". Este[58] que os 3
parece, senadores, que no puede ni espantarse una mosca, mataba hombres
con la misma facilidad con que un perro se echa al suelo.[59] Pero ¿a qué
hablar de tantos y tales varones? No me queda tiempo para lamentar las
calamidades públicas mientras contemplo mis desgracias domésticas. Por
tanto, pasaré por alto ésas y relataré éstas; pues aunque [mi hermana] no sabe
griego, yo sí sé: *está más cerca la rodilla que la pantorrilla*.[60] Ese que 4
estáis viendo, refugiado tantos años bajo mi nombre, me ha devuelto así el
favor, matando a las dos Julias, mis biznietas[61] a una por el hierro, a la otra
por el hambre, y a un tataranieto, Lucio Silano:[62] tú verás, Júpiter, si en un
proceso amañado; ciertamente, en uno que te afecta a ti, si quieres ser

imparcial. Dime, divino Claudio, ¿por qué a todos y cada uno de aquellos y aquellas a quienes mataste los condenaste antes de instruirles proceso, antes de escucharles?[63] ¿Dónde pasa esto habitualmente? En el cielo no.

»Mira a Júpiter, que lleva reinando tantos años y sólo le quebró una **11**
pierna a Vulcano, al que

asió por el pie y arrojó más allá del umbral de los dioses.[64]

»Y se enfadó con su mujer y la tuvo colgando sobre el vacío; ¿acaso la mató? Tú mataste a Mesalina, cuyo tío abuelo era yo tanto como tuyo.[65] “No lo sé”, dices. ¡Que los dioses te maldigan! Mucho más vergonzoso es no haberlo
sabido que haberla matado.[66] No ha dejado de seguirle los pasos a Gayo 2
César desde que murió. Ése había matado a su suegro; éste, a su yerno además;[67] Gayo prohibió que el hijo de Craso fuera llamado Magno;[68] éste le restituyó el nombre pero le quitó la cabeza. Mató en una sola familia a Craso, a Magno, a Escribonia […][69] a pesar de ser nobles y Craso, de hecho, tan tonto que incluso hubiera podido reinar.[70] ¿A éste queréis ahora
hacer dios? Ved su cuerpo, nacido en un momento de cólera divina. En fin, 3
que diga tres palabras sin trabarse y me lleva de esclavo. A este dios, ¿quién
lo venerará? ¿Quién creerá en él? En tanto que hacéis tales dioses, nadie 4
creerá que vosotros sois dioses. En definitiva, senadores, si me he comportado dignamente entre vosotros, si nunca le he replicado a nadie levantándole la voz, vengad mis ofensas. Yo, en consecuencia con mi opinión,
propongo esto». Y leyó así de una tablilla: «Como quiera que el divino 5
Claudio mató a su suegro, Apio Silano, a sus dos yernos, Pompeyo Magno y Lucio Silano, al suegro de su hija, Craso Frugi, un hombre tan parecido a él como un huevo a otro huevo, a Escribonia, la suegra de su hija, a su mujer Mesalina, y a otros cuyo número no se ha podido determinar, me parece bien que se proceda contra él rigurosamente y que no se le deje la sentencia en suspenso, que sea deportado cuanto antes y que salga del cielo en treinta días,
del Olimpo en tres».[71] Esta propuesta ganó la votación. Y sin más, el 6
Cilenio, agarrándolo del cuello, lo arrastra a los infiernos desde el cielo

de donde no vuelve, dicen, nadie.[72]

Mientras van vía Sacra abajo,[73] Mercurio pregunta qué significa aquella **12**
concurrencia de gente, por si era el funeral de Claudio. Y era el más bonito de todos y con todo lujo de detalles, de modo que advertías claramente que

estaban enterrando a un dios. De tocadores de trompeta, de corneta y de
instrumentos de bronce de toda clase había un tropel tal, una aglomeración 2
tal, que hasta Claudio podía oírlos.[74] Todos contentos, alegres; el pueblo romano andaba como un pueblo libre. Agatón y unos cuantos picapleitos lloraban, pero esta vez de todo corazón. Los jurisconsultos salían de las sombras, pálidos, flacos, apenas con aliento, como si resucitaran precisamente entonces. Uno de ellos, al ver a los picapleitos juntándose en corro y lamentando sus desventuras, se les acerca y les suelta: «Ya os lo decía yo: no va a haber siempre Saturnales».[75]

Claudio, cuando ya vio su propio funeral, comprendió que estaba muerto. 3
En efecto, en un inmenso gran coro cantaban una nenia en anapestos:[76]

Lágrimas derramad,
lamentos lanzad.
Con funesto clamor
el foro ecos dé.
Ha muerto un muy
sesudo varón;
ningún otro se vio
que en el mundo cabal
le ganara en vigor.
A los ágiles él
con su paso veloz
podía vencer,
obligar a huir
a los partos sin ley
y al persa acosar
con veloz proyectil
y con mano capaz
la cuerda tender
para así traspasar
con golpe sutil
al huidizo rival
y el bordado envés
del medo fugaz.[77]

A britanos él,
allá del litoral
del sabido mar,
y a brigantes de azul
escudo obligó

a doblar la cerviz
a romúlea prisión
y al Oceáno también
a tener gran temor
a la insólita ley
de romana segur.[78]

Llorad al varón
a quien nadie igualó
en la velocidad
de instrucción procesal,
después de escuchar
a una parte sin más
y a ninguna tal vez.
Ahora, ¿qué juez
litigios oirá
el año cabal?
Ya se inclina ante ti
y te cede el lugar
el que dicta la ley
al pueblo sin voz,
el que en Creta reinó
en ciudades cien.[79]

El pecho golpeaos
con mano infeliz,
picapleitos, ¡oh
linaje venal!
Y vosotros gemid,
los poetas de hoy,
y vosotros aún más,
los que, por agitar
cubiletes, gozáis
de un inmenso botín.[80]

Claudio disfrutaba con su elogio y deseaba quedarse más tiempo mirando. El **13**
Taltibio[81] de los dioses le echa mano y, tapándole la cabeza para que nadie
pudiera reconocerlo, lo arrastra por el Campo de Marte y entre el Tíber y la
vía Cubierta[82] baja a los infiernos. Ya se les había adelantado por un atajo 2
el liberto Narciso,[83] para poder recibir a su patrono, y así, cuando llega, le
sale al encuentro, resplandeciente, como que salía del baño, y dice: «¿Cómo,
dioses donde los hombres?». Le responde Mercurio: «Rápido, anuncia que

llegamos». En menos tiempo del que se tarda en decirlo Narciso se va
volando. Todo es cuesta abajo, se desciende fácilmente. Y así, aunque era 3
gotoso, llega en un momento a la puerta de Dite, donde estaba echado
Cerbero o, como dice Horacio, «la bestia de las cien cabezas».[84] Se pone un
poquillo nervioso (estaba acostumbrado a su favorita, una perra blanquita) al
ver a aquel perro negro, peludo, que desde luego no querrías toparte en la 4
oscuridad. Y a grandes voces dice: «¡Que ya llega Claudio!». Salen unos
aplaudiendo y cantando: «¡Lo hemos encontrado, alegrémonos!».[85] Estaban
ahí Gayo Silio,[86] cónsul designado, Junco, ex pretor, Sexto Traulo, Marco
Helvio, Trogo, Cota, Vetio Valente, Fabio, caballeros romanos que Narciso
había hecho matar. En medio de este tropel de cantores estaba el actor
Mnéster, al que Claudio, por una cuestión de estética, había hecho más bajo. 5
[87] Al lado de Mesalina acuden volando (la noticia de que Claudio había
llegado se extendió rápidamente), primero, los libertos Polibio, Mirón,
Harpócrates, Anfeo, Feronacto,[88] a todos los cuales Claudio había enviado
por delante, para no encontrarse desasistido en ninguna parte; luego, los dos
prefectos, Justo Catonio y Rufrio Polión;[89] luego, los amigos Saturnino
Lusio y Pedón Pompeyo y Lupo y Asinio Céler, ex cónsules;[90] por último, la
hija de su hermano, la hija de su hermana, sus yernos, sus suegros, sus
suegras,[91] todos sus parientes, en fin. Y cerrando filas, arremeten contra
Claudio. Al verlos, Claudio exclama: «*¡Todo lleno de amigos!*[92] ¿Cómo
habéis venido vosotros aquí?». Entonces Pedón Pompeyo: «¿Qué estás 6
diciendo, desalmado? ¿Preguntas cómo? ¿Pues quién nos ha enviado aquí
sino tú, asesino de todos tus amigos? Vamos ante el tribunal: aquí te enseñaré
yo las sillas de los magistrados».

Lo lleva ante el tribunal de Éaco.[93] Éste se hallaba instruyendo un **14**
proceso con base en la ley Cornelia que hay promulgada sobre los asesinos.
Pompeyo solicita que incluya el nombre de Claudio, presenta la acusación:
«Por la muerte de treinta y cinco senadores, trescientos veintiún caballeros
romanos y otros “*tantos como la arena o el polvo*”».[94] Claudio no encuentra
abogado. Al final se presenta Publio Petronio,[95] viejo camarada suyo, 2
hombre experto en la lengua claudiana, y solicita un aplazamiento. No se le
concede. Acusa Pedón Pompeyo a gritos. El defensor empieza a querer
replicar. Éaco, el más justo de los hombres, se lo impide, y a Claudio, sin
haber oído más que a la otra parte, lo condena y dicta sentencia:

Si sufres tus propias acciones, se hará una recta justicia.[96]

Se hizo un profundo silencio. Estaban todos pasmados, atónitos por la 3
novedad del caso; afirmaban que nunca se había hecho eso. A Claudio le 4
parecía más injusto que novedoso. En cuanto al tipo de castigo, mucho tiempo
se discutió cuál convenía que padeciera. Había quienes decían que Sísifo
llevaba mucho tiempo haciendo el transporte, que Tántalo iba a morirse de
sed si no se lo socorría, que alguna vez había que frenar la rueda del
desdichado Ixión.[97] Se decidió no dar el retiro a ninguno de los veteranos,
para que tampoco Claudio pudiera esperarse nunca algo parecido. Se decidió 5
que se debía establecer un castigo nuevo, que para él había que imaginar una
tarea inútil, una apariencia de afán sin consecuencias. Entonces Éaco ordena
que juegue a los dados con un cubilete agujereado. Y al instante había
empezado a recoger los dados siempre fugitivos y a no lograr nada.

Pues cada vez que iba él a lanzarlos del vaso sonoro, **15**
el uno y el otro dado escapaban, pues fondo no había.
Y cuando osaba lanzar las piezas ya recogidas,
a un jugador semejante siempre y siempre al que coge,
burlaban sus esperanzas: le huye y por entre sus dedos
el pérfido dado se escurre con este engaño constante.
Así, cuando ya las cumbres del monte se ven alcanzadas,
la inútil carga del hombro de Sísifo cae rodando.

Apareció de pronto Gayo César[98] y se puso a reclamarlo como esclavo. 2
Presenta testigos que lo habían visto pegándole a latigazos, a varazos y
puñetazos. Es adjudicado a Gayo César. César se lo regala a Éaco. Éste lo
entregó a Menandro, un liberto suyo, para que se encargara de las
indagaciones.[99]

EPÍSTOLAS MORALES A LUCILIO

(SELECCIÓN)

Traducción y notas de
ISMAEL ROCA MELIÁ

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en la elaborada por L. D. Reynolds, *L. Annaei Senecae ad Lucilium Epistulae Morales*, Oxford, 1969 (=1965). Dicha edición se ha complementado con la de F. Préchac-H. Noblot, *Sénèque. Lettres à Lucilius*, París, 1969 (=1945) y, donde procede, con la investigación posterior.

LIBRO I[1]

1

Valor y aprovechamiento del tiempo[2]

Obra así, querido Lucilio: reivindica para ti la posesión de ti mismo,[3] y el 1
tiempo que hasta ahora se te arrebataba, se te sustraía o se te escapaba, recupéralo y consérvalo. Persuádete de que esto es así tal como escribo: unos tiempos se nos arrebatan, otros se nos sustraen y otros se nos escapan. Sin embargo, la más reprensible es la pérdida, que se produce por la negligencia. Y, si quieres poner atención, te darás cuenta de que una gran parte de la existencia se nos escapa obrando mal, la mayor parte estando inactivos, toda ella obrando cosas distintas de las que debemos.

¿A quién me nombrarás que conceda algún valor al tiempo, que ponga 2
precio al día, que comprenda que va muriendo cada momento? Realmente nos engañamos en esto: que consideramos lejana la muerte, siendo así que gran parte de ella ya ha pasado. Todo cuanto de nuestra vida queda atrás, la muerte lo posee.

Por lo tanto, querido Lucilio, haz lo que me dices que estás haciendo: acapara todas las horas. Así sucederá que estés menos pendiente del mañana, si te has aplicado al día de hoy. Mientras aplazamos las decisiones, la vida transcurre.

Todo, Lucilio, es ajeno a nosotros, tan sólo el tiempo es nuestro:[4] la 3
naturaleza nos ha dado la posesión de este único bien fugaz y deleznable, del cual nos despoja cualquiera que lo desea.

Y es tan grande la necedad de los mortales, que permiten que se les carguen a su cuenta las cosas más insignificantes y viles, en todo caso sustituibles, cuando las han recibido; en cambio, nadie que dispone del tiempo se considera deudor de nada, siendo así que éste es el único crédito que ni siquiera el más agradecido puede restituir.

Quizá me preguntes qué conducta observo yo, que te doy estos consejos. 4
Te lo confesaré sinceramente: como le acontece a un hombre pródigo, pero cuidadoso, tengo en orden la cuenta de mis gastos. No podría afirmar que no derroche nada, pero te podría decir qué es lo que derrocho, por qué y cómo:

te expondré las causas de mi pobreza.

Pero me acontece a mí lo que a muchos de los que, sin culpa suya, han 5
caído en la indigencia: todos los disculpan, nadie los auxilia.

En conclusión ¿qué significa esto? Que no considero pobre a quien le satisface cuanto le queda, por poco que sea. Con todo, prefiero que tú conserves tus bienes y así comenzarás en el tiempo justo. Pues, según el aforismo de nuestros mayores, «es ahorro demasiado tardío el que se consigue en el fondo del vaso»:[5] en el sedimento no sólo queda una parte insignificante, sino la peor.

2

Los viajes y las lecturas

Por las nuevas que me das y las que escucho de otros, concibo buena 1
esperanza de ti: no vas de acá para allá ni te inquietas por cambiar de lugar, agitación ésta propia de alma enfermiza: considero el primer indicio de un espíritu equilibrado poder mantenerse firme y morar en sí.[6]

Mas evita este escollo: que la lectura de muchos autores y de toda clase 2
de obras denote en ti una cierta fluctuación e inestabilidad. Es conveniente ocuparse y nutrirse de algunos grandes escritores, si queremos obtener algún fruto que permanezca firmemente en el alma.[7] No está en ningún lugar quien está en todas partes. A los que pasan la vida en viajes les acontece esto: que tienen múltiples alojamientos y ningunas amistades. Es necesario que acaezca otro tanto a aquellos que no se aplican al trato familiar de ingenio alguno, sino que los manejan todos al vuelo y con precipitación.

El cuerpo no aprovecha ni asimila el alimento que expulsa tan pronto 3
como lo ingiere; nada impide tanto la curación como el cambio frecuente de remedios; no llega a cicatrizar la herida en la que se ensayan las medicinas; no arraiga la planta que a menudo es trasladada de sitio; nada hay tan útil que pueda aprovechar con el cambio. Disipa la multitud de libros; por ello, si no puedes leer cuantos tuvieres a mano, basta con tener cuantos puedas leer.

«Pero —argüirás— es que ahora quiero ojear este libro, luego aquel 4
otro.» Es propio de estómago hastiado degustar muchos manjares, que cuando son variados y diversos indigestan y no alimentan. Así pues, lee siempre autores reconocidos y, si en alguna ocasión te agradare recurrir a otros,

vuelve luego a los primeros. Procúrate cada día algún remedio frente a la pobreza, alguno frente a la muerte, no menos que frente a las restantes calamidades, y cuando hubieres examinado muchos escoge uno para meditarlo aquel día.

Esto es lo que yo mismo hago también; de los muchos pasajes que he 5
leído me apropio alguno. El de hoy es este que he descubierto en Epicuro (pues acostumbro a pasar al campamento enemigo no como tránsfuga, sino como explorador): «cosa honesta —dice— es la pobreza llevada con alegría».[8]

Mas no es pobreza aquella que es alegre; no es pobre el que tiene poco, 6
sino el que ambiciona más. Pues, ¿qué importa cuánto caudal encierre en su arca, cuánto en sus graneros, cuánto ganado apaciente o cuántos préstamos haga, si codicia lo ajeno, si calcula no lo adquirido, sino lo que le queda por adquirir? ¿Preguntas cuál es el límite conveniente a las riquezas? Primero tener lo necesario, luego lo suficiente.

4

No hay por qué temer a la muerte[9]

Continúa tal como empezaste y apresúrate cuanto puedas a fin de poder gozar 1
por más tiempo de un alma purificada y bien dispuesta. Por supuesto gozarás también de ella mientras la purificas y la pones en orden: existe, no obstante, aquel otro placer que resulta de la contemplación del alma limpia de toda mancha y radiante.

Recuerdas, sin duda, qué gozo tan grande experimentaste cuando, dejada 2
la pretexta, recibiste la toga viril y fuiste conducido al foro; espera alcanzar uno mayor cuando hayas renunciado al espíritu infantil y la filosofía te cuente en el número de los adultos[10]. Pues hasta ahora no perdura en nosotros la infancia, sino un defecto mayor, la mentalidad infantil. Y es esto aún peor, por cuanto poseemos el ascendiente de los viejos, pero los vicios de los muchachos, y no tanto de los muchachos, cuanto de los niños: aquéllos temen las cosas insignificantes, éstos las imaginarias; nosotros las unas y las otras.

Trata sólo de progresar y comprenderás que ciertas situaciones son menos 3
temibles precisamente porque nos infunden mucho temor. Ningún mal es grande, si es el último. Llega a ti la muerte: debieras temerla si pudiese

quedarse junto a ti, pero una de dos: o no te alcanzará, o pasará.

Responderás: «Es difícil inducir al espíritu a despreciar la vida». ¿Acaso no ves por qué motivos tan fútiles se la desprecia? Uno se ahorca ante la puerta de su amante, otro se arroja desde el tejado para no sufrir por más tiempo la cólera de su dueño, otro hunde un puñal en las entrañas para no verse apresado de nuevo mientras huía: ¿no crees que el mismo objetivo que consiguió un temor excesivo lo puede alcanzar la virtud? 4

No puede caber en suerte una vida tranquila a nadie que piensa demasiado en prolongarla, que cuenta como un gran beneficio durar por muchos consulados.

Piensa en esto cada día, para que puedas abandonar con espíritu sereno la vida a la que algunos se aficionan y aferran como lo hacen con los espinos y las rocas los que son arrastrados por un agua torrencial. La mayoría fluctúa miserablemente entre el miedo a la muerte y las penas de la vida, y no quiere vivir, pero no sabe morir. 5

Así pues, procúrate una vida agradable abandonando toda preocupación por ella. Ningún bien es útil a quien lo posee, sino aquel para cuya pérdida está aparejado el ánimo; ya que de ninguno resulta más fácil la pérdida que de aquel que no se puede echar de menos, una vez perdido. Por lo tanto debes animarte y endurecerte frente a las desgracias que pueden acontecer aun a los más poderosos. 6

La sentencia de muerte sobre Pompeyo la decidieron un príncipe bajo tutela y su eunuco; sobre Craso la decidió el cruel e insolente parto; Gayo César ordenó a Lépido que entregase su cabeza al tribuno Dextro, él mismo la ofreció a Quérea;[11] a nadie elevó tan alto la fortuna que no pudiese convertir en amenazas cuantas concesiones le había hecho. No quieras confiarte a la tranquilidad presente: el mar se alborota en un momento; el mismo día en que los navíos se entretienen alegremente, son engullidos. 7

Piensa que tanto el ladrón como el enemigo pueden clavar la espada en tu garganta; que, aun cuando no exista una instancia superior, todo siervo tiene sobre ti poder de vida y muerte. Ésta es mi afirmación: cualquiera que desprecia su vida es dueño de la tuya. Recuerda los ejemplos de quienes perecieron por insidias de la familia, o por violencia o por dolo: descubrirás que la ira de los siervos no abatió menos gente que la ira de los reyes. 8

Así pues, ¿qué te importa cuán poderoso sea aquel a quien temes, si lo que causa tu temor lo pueden provocar todos?

Mas en el supuesto de que cayeras en las manos del enemigo, el vencedor 9

ordenará que seas llevado al patíbulo: lugar, por cierto, al que eres conducido. ¿Por qué te engañas a ti mismo y ahora, por fin, comprendes la infelicidad que hace tiempo sufrías? Así lo afirmo: desde que naciste eres llevado a la muerte.

Éstos y otros pensamientos similares deben ser ponderados en nuestro espíritu, si deseamos aguardar serenos aquella última hora cuyo temor provoca la inquietud en todas las demás.

Mas, para poner término a esta epístola, acoge la máxima que me plugo 10
en el día de hoy; también ésta ha sido tomada de vergeles ajenos: «Grande riqueza supone la pobreza conforme a la ley de la naturaleza».[12] Mas ¿conoces bien qué límites nos señala esta ley de la naturaleza?: no tener hambre, no tener sed, no sentir frío.[13] Para saciar el hambre y la sed no es preciso instalarse en moradas opulentas, ni soportar un ceño severo y hasta una insolente cortesía, no es necesario surcar los mares ni seguir a los ejércitos. Fácil de adquirir y apropiado es lo que reclama la naturaleza.

Lo superfluo nos hace sudar; ello es lo que nos desgasta la toga, lo que 11
nos obliga a envejecer en la tienda de campaña, lo que nos empuja hacia regiones extranjeras: lo suficiente está al alcance de la mano. Quien de buen grado se acomoda con la pobreza, es rico.

5

Evitar la singularidad y limitar los deseos

Que tú, dejados todos los asuntos, te apliques con tenacidad y te esfuerces en 1
la sola tarea de hacerte cada día mejor, lo apruebo y me complazco en ello, y no sólo te animo a que perseveres, sino que además te lo ruego.[14] Mas te prevengo que no tomes ciertas actitudes que llamen la atención en tu porte o en tu forma de vivir, como hacen aquellos que no desean el progreso espiritual, sino la admiración.

El porte descuidado, el cabello sin cortar, la barba un tanto desaliñada, 2
una declarada aversión a la vajilla de plata, el jergón colocado en tierra y cualquier otra singularidad que persiga la ostentación por camino equivocado, debes evitarlo.[15] Bastante odioso resulta el propio nombre de filosofía, aunque la practiquemos con discreción: ¿qué no sucedería si

comenzáramos a separarnos de las costumbres humanas?[16] Que en nuestro interior todo sea distinto, pero que el porte externo se adecue con la gente.

La toga que no deslumbre de blancura, pero que tampoco esté sucia; no poseamos vajilla de plata en la que se haya incrustado el cincelado de oro macizo, pero no pensemos que es indicio de frugalidad vernos privados de oro y plata. Actuemos así: sigamos una vida mejor que la del vulgo, no la contraria; de otra suerte, a quienes deseamos corregir los ahuyentamos de nosotros y nos los enemistamos; y conseguimos también esto: que no quieran imitar nada de lo nuestro, por cuanto temen que hayan de imitarlo todo. 3

Esto es lo primero que garantiza la filosofía: sentido común, trato afable y sociabilidad,[17] objetivo este del que nos separará la desemejanza. Cuidemos que estas cosas, con que pretendemos conseguir la admiración, no sean extravagantes y odiosas. Por supuesto nuestro propósito es vivir conforme a la naturaleza, y va contra la naturaleza torturarse el cuerpo, desdeñar el fácil aseo, buscar el desaliño y servirse de alimentos no sólo viles, sino repugnantes y groseros. 4

De la misma manera que apetecer cosas refinadas supone voluptuosidad, así rehuir las corrientes y asequibles sin gran dispendio supone desatino. La filosofía exige frugalidad, no castigo; además, puede existir una frugalidad sin desaliño. Esta medida me complace: moderar la vida en medio de las buenas costumbres públicas; que todos no sólo contemplen nuestra vida, sino que la aprueben. 5

«En conclusión, ¿qué, haremos lo mismo que los otros, no habrá diferencia alguna entre nosotros y ellos?» Muchísima: sepa que somos diferentes de la gente quien nos examine más de cerca; el que entre en nuestra casa admire más nuestra persona que nuestro ajuar. Es noble aquel que usa la vajilla de barro del mismo modo que la de plata, y no lo es menos el que emplea la de plata al igual que la de barro; propio de un espíritu pusilánime es no poder soportar las riquezas. 6

Mas voy a compartir contigo también el pequeño lucro de este día. He hallado en los escritos de nuestro Hecatón que la supresión de los deseos aprovecha a la par como remedio del temor. Afirma: «Si dejas de esperar, dejarás de temer».[18] Me objetarás: «¿Cómo sentimientos tan dispares corren parejos?». Así es, querido Lucilio; aunque parezcan ser contradictorios, van unidos. Igual que una misma cadena une al preso y al soldado que lo guarda, así esos sentimientos que son tan diferentes marchan a la par: el miedo sigue 7

a la esperanza.

Ni me admiro que ambos discurran así: uno y otro son propios de un espíritu indeciso, uno y otro propios de un espíritu ansioso por la expectación del futuro. Pero la causa más profunda de lo uno y de lo otro es que en lugar de acomodarnos a la situación presente proyectamos nuestros pensamientos en la lejanía. Por ello, la previsión, el bien máximo de la condición humana, se convierte en un mal. 8

Las fieras huyen de los peligros que ven; una vez los han evitado están seguras: nosotros nos atormentamos por el porvenir y el pasado. Muchos de nuestros bienes nos perjudican, pues el recuerdo hace revivir la angustia del temor, la previsión la anticipa. Nadie está apenado tan sólo por el mal presente. 9

6

La verdadera amistad. Hay que convivir con el amigo

Me doy cuenta, Lucilio, no sólo de que mejoro, sino de que transformo; aunque por el momento ni garantizo ya ni espero que no quede en mí nada que deba experimentar reforma. ¿Por qué no voy a tener muchas tendencias que deban refrenarse, atenuarse, realzarse? Ésta es la prueba cabal de un alma perfeccionada: el que descubre los propios defectos que todavía ignoraba; a ciertos enfermos se les felicita cuando advierten que lo están. 1

Así pues, quisiera compartir contigo el súbito cambio experimentado en mí; entonces comenzaría a tener una confianza más firme en nuestra amistad, [19] en aquella amistad auténtica que ni la esperanza, ni el miedo, ni la búsqueda del propio provecho destruyen, en aquella amistad con la que mueren y por la que mueren los hombres. 2

Te recordaré a muchos que no carecieron de amigos, sino de amistad: esto no puede suceder cuando un mismo querer impulsa los ánimos a asociarse en el amor de lo honesto. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Porque bien saben ellos que lo poseen todo en común y más todavía las adversidades. No puedes imaginarte cuán grande es el cambio que cada día me procura a mí. 3

«Comunícame —dices— también a mí ese medio que has experimentado ser tan eficaz.» En cuanto a mí, deseo comunicarte a ti todo; precisamente me complazco en aprender algo a fin de enseñártelo; ni doctrina alguna me 4

deleitaría, por más excelente y saludable que fuese, si tuviera que conocerla solamente yo. Si la sabiduría se me otorgase bajo esta condición, de mantenerla oculta y no divulgarla, la rechazaría: sin compañía no es grata la posesión de bien alguno.

En consecuencia, te enviaré mis propios libros, y para que no gastes 5
mucho tiempo buscando por doquier lo que te ha de ser útil, pondré anotaciones para que inmediatamente descubras los puntos que yo apruebo y admiro. Sin embargo, la viva voz y la convivencia te serán más útiles que la palabra escrita; es preciso que vengas a mi presencia: primero, porque los hombres se fían más de la vista que del oído; luego, porque el camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos.[20]

Cleantes no hubiera imitado a Zenón, si tan sólo le hubiera escuchado: 6
participó en su vida, penetró en sus secretos, examinó si vivía según sus normas. Platón, Aristóteles y toda la pléyade de sabios que había de tomar rumbos opuestos, aprovecharon más de la conducta que de las enseñanzas de Sócrates; a Metrodoro, Hermarco y Polieno no les hizo hombres prestigiosos la escuela, sino la intimidad con Epicuro. Y no te invito solamente a que aproveches en la virtud, sino a que me seas útil; pues el uno para el otro seremos de grandísimo provecho.

Entre tanto te daré a conocer, ya que te debo el pequeño obsequio diario, 7
la frase de Hecatón que hoy me ha encantado. Dice así: «¿Me preguntas en qué he aprovechado? He comenzado a ser mi propio amigo».[21] Mucho ha aprovechado: nunca estará solo. Ten presente que un tal amigo es posible a todos.

7

Rehuir la multitud. Buscar la compañía selecta

¿Preguntas qué es, a mi juicio, lo que debes ante todo evitar? La multitud. No 1
puedes convivir todavía con ella sin peligro. Por mi parte te confesaré mi debilidad: nunca vuelvo a casa con el mismo temple con que salí de ella; algo del equilibrio interior conseguido se altera y reaparece alguna de las pasiones que ahuyenté. Lo que ocurre a los enfermos, a quienes una prolongada debilidad agotó hasta el punto de no poderlos trasladar a parte alguna sin molestias, esto mismo nos acontece a nosotros, cuyo espíritu se

está recuperando de una enfermedad crónica.

El contacto con la multitud nos es hostil: cualquiera nos encarece algún 2
vicio, o nos lo sugiere, o nos lo contagia sin que nos demos cuenta. Ciertamente, el peligro es tanto mayor cuanto más numerosa es la gente entre la que nos mezclamos. Pero nada resulta tan perjudicial para las buenas costumbres como la asistencia a algún espectáculo, ya que entonces los vicios se insinúan más fácilmente por medio del placer.[22]

¿Qué piensas que intento decirte? ¿Me vuelvo más avaro, más ambicioso, 3
más disoluto? Y hasta más cruel e inhumano porque estuve entre los hombres.

Casualmente asistí al espectáculo del mediodía esperando presenciar acrobacias y bufonadas o cualquier entretenimiento en el que los espectadores dejan de contemplar sangre humana. Sucede todo lo contrario: [23] los combates precedentes han sido, en comparación, modelos de misericordia; ahora, suprimidos los juegos, no hay más que puros homicidios. Los combatientes nada tienen con qué cubrirse; expuesto a los golpes todo el cuerpo, nunca atacan en vano.

La mayoría prefiere esta competición a la de las parejas ordinarias y 4
favoritas del público.[24] ¿Por qué no la van a preferir? No hay casco ni escudo para esquivar la espada. ¿De qué sirve la protección? ¿De qué la habilidad? Todo ello no es sino un retraso para la muerte. Por la mañana los condenados son arrojados a los leones y los osos, al mediodía a los espectadores. Éstos ordenan a quienes han matado que se enfrenten con quienes les van a matar, y al vencedor lo reservan para la próxima matanza; el resultado de la lucha es la muerte. La acción se lleva a cabo con el hierro y con el fuego. Así se procede mientras la arena queda vacía.[25]

«Con todo, fulano cometió un latrocinio, perpetró un asesinato.» 5
¿Entonces, qué? Por haber asesinado mereció sufrir este castigo: mas tú, desgraciado, ¿qué méritos hiciste para contemplar este espectáculo? «¡Mata, azota, quema! ¿Por qué es tan cobarde para lanzarse sobre la espada, por qué mata con tan poco arrojo, por qué muere con tanta desgana? Que a golpes se les obligue a herir de nuevo, que los contendientes encajen mutuos golpes en sus pechos desnudos y de frente.» El espectáculo se ha interrumpido: «mientras tanto que se degüellen hombres, para que no cese la función». ¡Ea!, ¿ni siquiera comprendéis que los malos ejemplos repercuten en aquellos que los dan? Dad gracias a los dioses inmortales de que el hombre a quien tratáis de enseñar la crueldad no pueda aprenderla.[26]

Debe ser apartada de la multitud el alma, débil aún y poco firme en la virtud: fácilmente comparte el sentir de la mayoría. Una multitud de mentalidad contraria hubiera hecho desistir a Sócrates, a Catón y a Lelio de su norma de vida.[27] Con mayor motivo ninguno de nosotros, que tratamos precisamente de modelar nuestro carácter, puede hacer frente al ímpetu de los vicios que se presentan con tan gran acompañamiento. 6

Un solo ejemplo de lujuria o de avaricia causa mucho daño: un camarada afeminado nos debilita y ablanda poco a poco; el vecino adinerado excita nuestra codicia; un compañero malvado contagia su herrumbre a otro, por más puro y sencillo que éste sea: ¿qué crees tú que ocurre con las costumbres que públicamente han sido combatidas? 7

Se impone que imites al vulgo o que lo odies. Mas debes evitar lo uno y lo otro: no hacerte semejante a los malos porque son muchos, ni enemigo de muchos porque son diferentes de ti. 8

Recógete en tu interior cuanto te sea posible; trata con los que han de hacerte mejor; acoge a aquellos que tú puedes mejorar. Tales acciones se realizan a un tiempo y los hombres, enseñando, aprenden.

No hay motivo para que la vanidad de proclamar tu talento te empuje hacia la gente para celebrar ante ella tus recitales o controversias; cosa que desearía hicieses si tuvieras la mercancía apropiada para tal público: no hay nadie que pueda entenderte. Quizás alguno acuda, uno que otro, y a ese mismo lo tendrás que modelar e instruir para que te comprenda. «¿Entonces, para quién he aprendido estas cosas?» No debes temer que hayas perdido tu esfuerzo, si aprendiste para ti. 9

Con todo, para que no suceda que haya aprendido en este día para mí solo, te comunicaré las tres bellas máximas que sobre un mismo tema me han venido a mano, de las cuales una te la pagará como deuda esta epístola; recibe las otras dos como anticipo. Dice Demócrito: «Uno es para mí como un pueblo, y un pueblo como uno solo».[28] 10

Bien respondió aquel, quienquiera que fuese —pues se discute acerca del autor—, cuando se le preguntaba a qué venía tanta precisión en una doctrina que muy pocos iban a entender: «para mí son suficientes unos pocos, es suficiente uno solo y suficiente ninguno». Esto último lo expresó bellamente Epicuro, cuando escribía a uno de sus compañeros de estudio: «esto lo digo no para muchos, sino para ti; pues somos un público bastante grande el uno para el otro».[29] 11

Tales pensamientos, Lucilio querido, debes conservarlos en tu espíritu para que puedas desdeñar el placer que proviene del aplauso de la mayoría. Muchos te alaban: ¿acaso tienes motivo para lisonjearte de ti, si eres tal que muchos pueden entenderte? Que tus buenas cualidades busquen el aplauso interior. 12

8

En su retiro el sabio es útil a la comunidad

1 «¿Eres tú —me replicas— quien me exhorta a evitar la multitud, buscar el retiro y atenerme a mi conciencia, dónde quedan aquellos preceptos vuestros que ordenan morir en medio de la acción?» ¿Cómo, crees que te aconsejo la indolencia? Me escondí y cerré las puertas con el fin de poder ser útil a muchos.[30] Ningún día transcurre para mí inactivo; reservo al estudio parte de la noche; no me entrego al sueño sino que me rindo a él y trato de mantener despiertos los ojos fatigados por la vigilia y que desfallecen en la brega.

Me he apartado no sólo de los hombres, sino de los negocios y principalmente de mis negocios: me ocupo de los hombres del futuro. Redacto algunas ideas que les puedan ser útiles; les dirijo por escrito consejos saludables, cual preparados de útiles medicinas, una vez he comprobado que son eficaces para mis úlceras, las cuales, si bien no se han curado totalmente, han dejado de agravarse. 2

El recto camino que descubrí tardíamente, cansado de mi extravío, lo muestro a los demás. Proclamo a gritos: «Evitad cuanto complace al vulgo, cuanto el azar nos procura; manteneos desconfiados y recelosos de todo bien fortuito: tanto una fiera como un pez son engañados por el cebo que les atrae. ¿Consideráis esto regalos de la fortuna? Son emboscadas. Cualquiera de vosotros que desee pasar la vida en paz debe evitar en la medida de lo posible estos beneficios pegajosos que lastimosamente nos engañan también en esto: en que creemos poseerlos y quedamos sujetos a ellos. 3

»Esta carrera conduce al precipicio. El término de esta vida encumbrada es la caída. Luego que la prosperidad comienza a empujarnos fuera de camino, no es posible detenernos o, al menos, hundirnos con la nave derecha, o de una sola vez. La fortuna no nos derriba, sino que nos va volteando y nos estrella. 4

»Mantened, por lo tanto, esta sana y provechosa forma de vida: que 5
concedáis al cuerpo cuanto es suficiente para la buena salud. Se le ha de tratar con bastante dureza, para que no se someta al espíritu con rebeldía: que el alimento calme el hambre, que la bebida apague la sed, que el vestido aleje el frío, que la casa sea defensa contra las inclemencias del tiempo. Nada importa que sea el césped o el mármol jaspeado de país extranjero lo que la haya erigido: sabed que al hombre lo protege igualmente la paja que el oro. Despreciad todo aquello que un esfuerzo inútil pone como adorno y decoración; pensad que nada, excepto el alma, es digno de admiración, para la cual, si es grande, nada hay que sea grande».[31]

Si esto me digo a mí mismo y lo transmito a la posteridad, ¿no te parece 6
que soy más útil que cuando comparezco en juicio en calidad de defensor, o cuando imprimo el sello en las tablillas de un testamento,[32] o cuando con mis palabras y actitud apoyo en el Senado a un candidato? Créeme, los que pasan por no hacer nada realizan actos más importantes, se ocupan a un tiempo de lo humano y lo divino.

Pero debo ya poner fin y, como lo he decidido hacer, pagarte algo en esta 7
epístola. No lo tomaré de mi repuesto; estoy compilando todavía a Epicuro, de quien en el día de hoy he leído este aforismo: «para que alcances la verdadera libertad conviene que te hagas esclavo de la filosofía».[33] No hace esperar de un día para otro a quien se sometió y entregó a ella; en seguida queda emancipado; porque ser esclavo de la filosofía es precisamente la libertad.

Puede que me preguntes por qué recuerdo tan bellas sentencias de Epicuro más bien que de los nuestros: pero ¿qué motivo tienes para considerarlas propias de Epicuro y no del dominio público? ¡Cuán numerosos son los poetas que expresan lo que ha sido o ha de ser expuesto por los filósofos! No me referiré a los autores de tragedias ni de nuestras fábulas togadas (pues también éstas, a medio camino entre las comedias y las tragedias, poseen una cierta seriedad): ¡qué gran cantidad de versos bien acuñados se halla en los mimos!, ¡qué gran cantidad de sentencias de Publilio debieran ser pronunciadas no ya por los cómicos descalzos, sino por los que calzan el coturno!

Citaré un verso de este que se refiere a la filosofía y a la cuestión específica de la que nos ocupamos poco ha; en él afirma que lo fortuito no debemos considerarlo en nuestro haber:

es ajeno todo cuanto nos acontece conforme a nuestro deseo.[34]

Recuerdo que esta idea ha sido expresada por ti de forma bastante mejor y más precisa:

No es tuyo lo que hizo tuyo la fortuna.

Tampoco omitiré aquella frase que formulaste con mayor exactitud:

el bien que pudo otorgarse puede arrebatarse.[35]

Esto no lo pongo en mi cuenta: te pago con tu dinero.

9

El sabio busca la amistad desinteresada, pero no la necesita

Deseas saber si Epicuro critica con razón en cierta epístola a quienes afirman 1
que el sabio se basta a sí mismo y que en consecuencia no tiene necesidad de amigos.[36] Esta objeción se la hace Epicuro a Estilpón[37] y a aquellos que han considerado que tener un ánimo impasible constituye el bien supremo.

Forzoso sería incurrir en ambigüedad si quisiéramos traducir
precipitadamente *apátheia* con un solo vocablo y traducirlo por 2
«impaciencia», ya que podría entenderse lo contrario de lo que queremos expresar. Nosotros queremos indicar la cualidad del que se hace insensible a todo mal; pero se entenderá la de quien no puede soportar ningún mal. Veas, por lo tanto, si no sería preferible hablar de un alma invulnerable o situada por encima de toda pasibilidad.

Ésta es la diferencia entre nosotros y aquéllos:[38] nuestro sabio supera 3
sin duda toda molestia, pero la siente; el de aquéllos ni siquiera la siente. Ellos y nosotros coincidimos en esto: en que el sabio se basta a sí mismo. Con todo, el nuestro quiere tener también un amigo, a la par vecino y camarada, aunque él se baste a nivel personal.

Considera en qué medida se basta a sí mismo: algunas veces se contenta 4
con una parte de sí. En el caso de que la enfermedad o el enemigo le cortaren la mano, en el caso de que la desgracia le arrancare uno o ambos ojos, la parte que le quede le satisfará y estará tan alegre con el cuerpo mutilado y amputado como lo estuvo con el cuerpo íntegro; pero, aunque no desea los

miembros que le faltan, con todo prefiere que no le falten.

De este modo el sabio se basta a sí mismo, no porque desee estar sin un 5
amigo, sino porque puede estarlo. Y decir «puede» significa que soporta haberlo perdido con ánimo sereno. Por supuesto nunca estará sin un amigo: tiene en su poder sustituirlo cuanto antes. De la misma manera que si Fidias perdiere una estatua al punto modelaría otra, así el sabio, experto en conseguir amistades, encontrará otro amigo en sustitución del que perdió.

¿Quieres saber cómo conseguirá presto al amigo? Te lo diré si acuerdas 6
conmigo que te pague al instante la deuda y que arreglemos las cuentas por lo que atañe a esta epístola.

Dice Hecatón: «Yo te descubriré un modo de provocar el amor sin filtro mágico, sin hierbas, sin ensalmos de hechicera alguna: si quieres ser amado, ama».[39] En efecto, no sólo causa gran placer el cultivo de una amistad vieja y sólida, sino también el inicio y consecución de la nueva.

La diferencia que existe entre el agricultor que cosecha y el que siembra 7
es la misma que existe entre quien se procuró un amigo y quien se lo está procurando. El filósofo Átalo[40] solía decir que era más grato granjearse una amistad que retenerla, «al igual que es más grato al artista estar pintando que haber pintado». El afán del que está empeñado en su trabajo le procura un gran deleite en medio de su actividad: no se deleita por igual quien aparta la mano una vez consumada la obra. En ese momento goza del fruto de su arte, cuando pintaba gozaba del propio arte. La adolescencia en los hijos resulta más fecunda, pero la infancia más dulce.

Volvamos ahora a la cuestión. El sabio, por más que se baste a sí mismo, 8
quiere, no obstante, tener un amigo, aunque no sea más que para ejercitar la amistad a fin de que tan gran virtud no quede inactiva; no por la finalidad que señalaba Epicuro en la mencionada epístola, «para tener quien le asista cuando esté enfermo, le socorra metido en la cárcel o indigente»,[41] sino para tener a quien él pueda asistir, si está enfermo, a quien pueda liberar, si es apresado por la guardia del enemigo. El que mira hacia sí mismo y con esa disposición llega a la amistad, discurre mal. Como empezó, así terminará: se procuró un amigo que le pudiese ayudar a eludir la cárcel; al primer crujido de las cadenas, desaparecerá.

Éstas son las amistades que la gente llama oportunistas: quien ha sido 9
escogido por razones de utilidad agradará no más tiempo del que fuere útil. Por este motivo, a los de próspera fortuna les acosa una multitud de amigos, a

los arruinados les acompaña la soledad: los amigos escapan de la situación que les pone a prueba; por este motivo se producen todos esos funestos ejemplos de unos que abandonan por miedo, de otros que por miedo traicionan. Es necesario que principio y fin concuerden entre sí: quien comienza a ser amigo por interés, también por interés dejará de serlo; le satisfará una recompensa cualquiera contraria a la amistad, si es que existe alguna en la amistad que satisfaga más que ella.

«¿Para qué te procuras un amigo?» Para tener por quién poder morir, para tener a quién acompañar al destierro, oponiéndome a su muerte y sacrificándome por él.[42] Lo que tú me escribes es negocio, no amistad, ya que busca su conveniencia y atiende al provecho que ha de conseguir. 10

Sin duda tiene alguna semejanza con la amistad el afecto de los enamorados; podríamos definirlo como una locura en la amistad. Porque ¿acaso hay alguien que ame por una ganancia, acaso por ambición o por gloria? Es el mismo amor el que, por su propio impulso, menospreciando todo lo demás, enardece los ánimos con el deseo de la belleza, no sin esperanza de correspondencia en la mutua estima. ¿Entonces, qué? ¿Una causa más honesta produce un torpe afecto? 11

Replicas: «Ahora no tratamos la cuestión de si la amistad debe buscarse por sí misma». Por el contrario, nada mejor habría que demostrar; porque si debe procurarse por sí misma puede acercarse a ella quien esté satisfecho consigo mismo. «¿Cómo, pues, se acercará?» Como a una realidad bellísima, sin verse atraído por una ganancia, ni amedrentado por la mudanza de la fortuna. Despoja a la amistad de su grandeza quien la procura para las situaciones favorables. 12

«El sabio se contenta consigo mismo.» Esta proposición, querido Lucilio, muchos la interpretan erróneamente: excluyen al sabio de todas partes y le fuerzan a encerrarse en su caparazón. Pero hay que precisar qué sentido encierra esta frase y hasta qué punto es válida; el sabio se contenta consigo mismo para vivir felizmente, no para vivir; porque para vivir precisa de muchos recursos; para vivir felizmente, sólo de un alma sana, noble y que desdeñe la fortuna. 13

Quiero también señalarte la distinción de Crisipo. Dice que el sabio no carece de nada y que, no obstante, tiene necesidad de muchas cosas, «por el contrario el necio no tiene necesidad alguna (porque de nada sabe hacer uso), pero carece de todo».[43] El sabio precisa de las manos, de los ojos y de muchos bienes indispensables para el uso cotidiano, pero no carece de nada 14

porque carecer supone necesidad, y para el sabio nada hay necesario.

Así pues, aunque el sabio se contente consigo mismo, precisa de amigos; 15
de éstos desea tener el mayor número, no para vivir felizmente, puesto que también vivirá feliz sin amigos. El bien supremo no busca equipamiento del exterior, se cultiva en la intimidad, procede enteramente de sí mismo. Comienza a estar subordinado a la fortuna, si busca fuera alguna parte de sí.

«Con todo, ¿cuál ha de ser la vida del sabio, si queda sin amigos, metido 16
en prisión, o abandonado entre gente extraña, o detenido en una larga travesía, o arrojado a una playa desierta?» Cual es la de Júpiter, cuando destruido el mundo, confundidos los dioses en uno, quedando poco a poco inactiva la naturaleza, se recoge en sí mismo entregado a sus pensamientos.[44] Algo similar hace el sabio: se concentra en sí mismo, vive para sí.

Mientras puede ordenar los asuntos a su gusto, se contenta consigo mismo 17
y toma esposa; se contenta consigo mismo y engendra hijos; se contenta consigo mismo y, en cambio, no viviría si tuviera que hacerlo sin sus semejantes. A la amistad no le empuja provecho alguno propio, sino un impulso natural, pues como en otras cosas experimentamos un instintivo placer, así también en la amistad. Como existe la aversión a la soledad y la propensión a la vida social, como la naturaleza une a los hombres entre sí, así también para este sentimiento existe un estímulo que nos hace deseosos de amistad.

No obstante, aunque sea muy afectuoso con los amigos, aunque los 18
equipare a sí y a menudo los prefiera, el sabio delimitará todo bien en su interior y dirá lo que dijo aquel Estilpón, al que Epicuro ataca en su carta. A él, en efecto, estando sometida su patria, perdidos los hijos, perdida su esposa, mientras escapaba del incendio total solo y, pese a todo, feliz, Demetrio, llamado Poliorcetes por sus asedios a las ciudades, le preguntaba si había perdido alguna cosa, a lo cual respondió: «Todos mis bienes están conmigo».[45]

¡He ahí al hombre fuerte y valeroso! Superó la propia victoria del 19
enemigo. Dijo: «Nada he perdido»; obligó a aquél a dudar de su victoria. «Todos mis bienes están conmigo»: justicia, valor, prudencia, la misma disposición a no considerar como un bien nada que se nos pueda arrebatar. Admiramos a ciertos animales que pasan por medio del fuego sin daño corporal. ¡Cuánto más admirable este hombre que a través del hierro, de las ruinas, de las llamas salió ileso e indemne! ¿Ves cuánto más fácil resulta vencer a todo un pueblo que a un solo hombre? Esta sentencia coincide con la

del sabio estoico: también éste lleva por igual sus bienes intactos a través de ciudades incendiadas, ya que él se contenta consigo mismo; a este límite circunscribe su felicidad.

No creas que somos nosotros los únicos en proferir nobles sentencias: el 20
propio Epicuro, censor de Estilpón, pronunció una frase semejante a la de éste, que debes tomar en buena cuenta, aunque ya pagué lo suyo a este día. Dice así: «A quien sus bienes no le parecen muy cuantiosos, aun siendo dueño de todo el mundo, ése es un desgraciado».[46] O, si te parece, expresémoslo mejor de esta forma (pues hemos de proceder de manera que atendamos no a las palabras, sino al sentido): «Es desgraciado quien no se considera felicísimo, aunque señoree al mundo».

Mas para que te convenzas de que estas verdades son de sentido común, 21
evidentemente dictadas por la naturaleza, se puede leer esto en un poeta cómico:

No es feliz quien no piensa que lo es.[47]

¿Qué te importa cuál sea, en realidad, tu situación, si a ti te parece mala?

«¿Entonces, qué? —argüirás—. Si se proclamase a sí mismo feliz aquel 22
rico deshonesto y aquel señor de muchos, pero esclavo de la mayoría, ¿resultará ser feliz por su propia decisión?» No importa lo que diga, sino lo que sienta, ni lo que sienta un día, sino lo que sienta siempre. Mas no hay por qué temer que un bien tan preciado llegue a manos de un indigno; sólo al sabio complacen sus bienes. Toda necedad sufre por hastío de sí misma.

10

Retiro y soledad. Buen uso de la plegaria

Así es. No cambio de opinión: huye de la multitud, huye de los pocos, huye 1
hasta de uno solo. No conozco a nadie con quien quisiera te relacionaras. Y considera cuál es mi opinión acerca de ti: me atrevo a confiarte a ti mismo.[48]

Crates[49] según dicen, discípulo de ese mismo Estilpón al que me referí en la epístola anterior, habiendo visto a un jovencito que paseaba solitario, le preguntó qué hacía allí él solo. Respondió: «Hablo conmigo mismo». A lo que Crates arguyó: «Ponte en guardia, te lo ruego, y presta cuidadosa

atención: estás hablando con un hombre malo».

Solemos vigilar al afligido y temeroso para que no haga mal uso de la soledad. De los que carecen de juicio no hay ninguno que deba abandonarse a su suerte; porque entonces ellos conciben malos propósitos, entonces planean situaciones futuras de peligro para los demás o para sí mismos, entonces ponen en orden de batalla sus perversos instintos; entonces su espíritu descubre cuanto ocultaba por miedo o por vergüenza, entonces les estimula a la audacia, provoca su desenfreno, excita su ira. En suma, la única ventaja que tiene la soledad, la de no confiar nada a nadie, no temer a un delator, ésa la pierde el necio: él mismo se traiciona. 2

Considera, por tanto, qué espero de ti, mejor aún, qué garantía me doy (porque la esperanza es el nombre de un bien incierto): no encuentro a nadie con quien preferiría que estuvieras antes que contigo.

Traigo a la memoria el gran entusiasmo con que pronunciaste ciertas frases llenas de noble vigor. Al punto me felicité y dije: «Estas palabras no se han proferido a flor de labios, estas expresiones tienen su consistencia, este hombre no es uno de la clase vulgar, aspira a la sabiduría». 3

Así debes hablar, así debes vivir; cuida de que ningún acontecimiento te deprima. Aun cuando des gracias a los dioses por tus antiguos votos, formula otros nuevos: pídeles rectitud de la mente, buena salud del alma y luego también del cuerpo. ¿Por qué no formulas a menudo estos votos? Ruega a Dios sin temor: no le vas a pedir nada que no esté a su alcance.[50] 4

Mas, siguiendo la costumbre de enviarte la epístola con algún pequeño regalo, te doy a conocer la verdad que encontré en Atenodoro:[51] «sábete que entonces te verás libre de toda pasión, cuando llegares al punto de no hacer petición alguna a Dios que no puedas formular en público». De hecho ahora ¡cuánta no es la locura de los humanos! Susurran a los dioses votos muy torpes; si alguien está con el oído atento, callan, y lo que rehúsan dar a conocer a los hombres, lo cuentan a Dios. Veas, por tanto, si no puede establecerse esta saludable norma: vive de tal suerte con los hombres como si Dios te contemplara, habla de tal suerte con Dios cual si los hombres te escuchasen. 5

11

La sabiduría no suprime los defectos naturales. Elegir un

modelo cuya vida imitar

Ha conversado conmigo tu amigo, un noble carácter; de él cuán grande era su alma, cuán grande su talento y hasta su progreso espiritual me lo descubrió la primera entrevista. Nos ha dado una muestra de cómo se comportará,[52] ya que no habló con previa reflexión, sino cogido de improviso. Cuando se concentraba, apenas si pudo sacudir la timidez: buen síntoma en un adolescente; tan cierto es que el rubor le invadió desde lo íntimo del ser. Esta afección, según cabe suponer, le acompañará aun cuando se hubiere fortalecido y despojado de todos los vicios, y hasta convertido en sabio. Porque ninguna sabiduría suprime los defectos naturales del cuerpo o del espíritu: todo cuanto está arraigado y es congénito, la disciplina lo modera, pero no lo elimina.[53] 1

A algunos, incluso los más firmes, en presencia del público les invade un sudor no distinto al que suele afectar a los fatigados y calurosos; a otros, a punto de hablar, les tiemblan las rodillas, de otros los dientes les castañetean, les titubea la lengua y se les crispan los labios: ni la educación, ni el trato eliminan jamás estas reacciones, sino que la naturaleza ejerce su influjo y recuerda, aun a los más vigorosos, aquel su defecto. 2

Entre estas imperfecciones no ignoro que se incluye también el rubor que invade de súbito aun a varones dignísimos. Cierto que se exterioriza más en los jóvenes que tienen más ardor y una frente sensible; no obstante afecta tanto a los hombres maduros como a los ancianos. Algunos nunca son más de temer que cuando se han ruborizado, cual si hubiesen sacudido de sí toda la vergüenza. 3

Sila[54] era violentísimo desde el momento en que la sangre había afluido a su rostro. Nada había más delicado que el semblante de Pompeyo:[55] jamás dejó de ruborizarse en presencia de la multitud, sobre todo en las asambleas del pueblo. De Fabiano[56] recuerdo que, introducido en el Senado en calidad de testigo, enrojeció y este rubor le sentó muy bien. 4

No le ocurrió esto por flaqueza de espíritu, sino por lo nuevo de la situación, que a los inexpertos, aunque no les deprima, les impresiona, propensos como están a ello por la disposición natural de su cuerpo, ya que como unos tienen la sangre templada, así otros la tienen ardorosa y revuelta y que afluye con facilidad al rostro. 5

Estas deficiencias, como he dicho, no las corrige sabiduría alguna: de lo 6

contrario, si eliminara todos los defectos, tendría a la naturaleza bajo su imperio. Las cualidades que dependen del nacimiento y la complexión física, por más que el espíritu se perfeccione con intenso y prolongado esfuerzo, subsistirán. Ninguna de ellas se puede evitar, como tampoco procurar.

7 Los actores que en la escena imitan diversos sentimientos, que expresan el miedo y el azoramiento, que reproducen la tristeza, para imitar la vergüenza hacen estos gestos: bajan el rostro, pronuncian quedas sus palabras, fijan y hunden los ojos en el suelo; pero en sí mismos no pueden excitar el rubor, el cual ni puede impedirse, ni provocarse. Frente a estos defectos la sabiduría nada garantiza, de nada aprovecha: tienen sus propios derechos, se presentan sin recibir orden alguna, e igualmente se retiran.

8 La epístola pide ahora su conclusión. Recibe ésta, sin duda útil y saludable, que deseo que grabes en tu alma: «Hemos de escoger un hombre virtuoso y tenerlo siempre ante nuestra consideración para vivir como si él nos observara, y actuar en todo como si él nos viera».[57]

9 Esto, querido Lucilio, lo enseña Epicuro; nos ha otorgado un custodio y un preceptor, y no sin razón: una gran parte de las faltas se evita, si un testigo permanece junto a quienes van a cometerlas. El alma debe tener alguien a quien venerar, cuyo ascendiente haga aún más sagrada su intimidad. ¡Bienaventurado aquel de quien no sólo la presencia, sino hasta el recuerdo nos mejora! ¡Bienaventurado aquel que puede venerar a alguien de tal suerte que se configure y ordene sólo con recordarlo! Quien así puede venerar a alguien, presto será digno de veneración.

10 Elige, pues, a Catón; si éste te parece demasiado austero, elige a uno de espíritu más indulgente, a un Lelio.[58] Elige a aquel de quien te agradó la conducta, las palabras y su mismo semblante, espejo del alma; tenlo siempre presente o como protector, o como dechado. Precisamos de alguien, lo repito, al que ajustar como modelo nuestra propia forma de ser: si no es conforme a un patrón, no corregirás los defectos.

12

Ventajas de la senectud. Aprovechar cada día como si fuera el último

1 Adondequiera que vuelvo la mirada, descubro indicios de mi vejez.[59] He

llegado a mi quinta, cercana a Roma,[60] y deploro los gastos de aquel edificio ruinoso. El granjero me asegura que no es imputable a negligencia de su parte, que él hace todo lo necesario, pero que la quinta es vieja. La quinta surgió entre mis manos: ¿qué porvenir me aguarda si tan descompuestos están unos sillares tan viejos como yo?

Indignado con él, aprovecho la primera ocasión para desahogar mi enojo: «Es evidente —digo— que estos plátanos están desatendidos: no tienen hojas. ¡Qué ramas tan nudosas y resecas, qué troncos tan feos y rugosos! Esto no ocurriría si alguien cavase en derredor suyo y los regase».[61] Él jura por mi genio[62] que hace todo lo necesario sin descuidar la atención en ningún aspecto, pero que los plátanos tienen sus años. Que quede entre nosotros; yo los había plantado, yo había visto sus primeras hojas. 2

Vuelto hacia la entrada, pregunto: «¿Quién es ese de ahí, ese decrépito, destinado con razón a hacer de portero? Porque ya está con los pies mirando hacia fuera.[63] ¿De dónde has sacado a este individuo? ¿Qué placer encontraste en cargar con un muerto ajeno?». El aludido respondió: «¿No me conoces? Soy Felición, a quien solías regalar estatuillas;[64] soy el hijo del granjero Filosito, soy tu favorito». «Éste —digo para mí— delira completamente: ¿el nene se ha convertido también en mi favorito? Bien pudiera serlo: precisamente ahora que le caen los dientes.» 3

Esto debo a mi quinta: que mi vejez se me haga patente adondequiera que me dirijo. Démosle un abrazo y acariciémosla; está llena de encantos, con tal que sepamos servirnos de ella. La fruta es muy sabrosa cuando está terminando la cosecha. El final de la infancia ofrece el máximo atractivo. A los aficionados al vino les deleita la última copa, aquella que les pone en situación, que da el toque final a la embriaguez. 4

La mayor dulzura que encierra todo placer la reserva para el final. Es gratísima la edad que ya declina, pero aún no se desploma, y pienso que aquella que se mantiene aferrada a la última teja tiene también su encanto; o mejor dicho, esto mismo es lo que ocupa el lugar de los placeres: no tener necesidad de ninguno. ¡Qué dulce resulta tener agotadas las pasiones y dejadas a un lado![65] 5

«Es penoso —objetas— tener la muerte a la vista.» En primer término, ella debe estar en la consideración tanto del viejo como del joven, pues no somos convocados a ella según el censo; además, nadie hay tan anciano que no aguarde razonablemente un día más. Ahora bien, un día es un peldaño en la 6

vida. Toda la existencia consta de partes y presenta círculos mayores descritos alrededor de otros más pequeños. Hay uno que rodea y los envuelve a todos; éste comprende desde el nacimiento hasta el último día; hay otro que delimita los años de la adolescencia, otro que encierra en su ámbito toda la niñez. Luego, como unidad aparte, está el año que incluye en sí todas las estaciones de cuya multiplicación se compone la vida; al mes lo rodea un círculo más estrecho; la órbita más corta la describe el día; también ésta se extiende desde el principio al fin, desde el orto hasta el ocaso.

Por ello Heráclito, que se ganó el sobrenombre de «oscuro» por la 7
«obscuridad» de su exposición, dijo: «Un día es igual a otro cualquiera»,[66] sentencia que cada cual interpretó de modo distinto. Así hubo uno que dijo era igual en cuanto a las horas y no se equivocó; porque si el día es el espacio de veinticuatro horas, es preciso que todos los días sean iguales entre sí, toda vez que la noche gana lo que el día perdió. Otro interpretó que un día era igual a todos por razón de semejanza, ya que el espacio de tiempo más prolongado nada contiene que no se halle en un solo día: claridad y noche; y en los cambios sucesivos de estación la noche unas veces más corta, otras más larga, mantiene iguales los días.

Así pues, hay que organizar cada jornada como si cerrara la marcha y 8
terminara y completara la vida.

Pacuvio,[67] que se hizo dueño de Siria por derecho de uso, después de haber celebrado exequias en su honor con libaciones y banquetes fúnebres muy sonados, se hacía conducir de la cena a su aposento mientras en medio de los aplausos de sus favoritos se cantaba con acompañamiento de música: «la vida ha terminado, la vida ha terminado».[68] Ningún día dejó de celebrar su propio entierro.

Esto mismo que él realizaba con mala conciencia, practiquémoslo 9
nosotros con noble intención y en el momento de entregarnos al sueño digamos alegres y contentos:

> He vivido, he consumado la carrera que me había asignado la fortuna.[69]

Si Dios nos otorga además un mañana, recibámoslo con júbilo. Es muy feliz y dueño seguro de sí aquel que espera el mañana sin inquietud. Todo el que dice: «he vivido», al levantarse recibe cada día una ganancia.

Pero debo ya terminar la epístola. «¿Llegará a mí —preguntas— así, sin 10
donativo alguno?» No temas, alguno lleva consigo. ¿Por qué he dicho

alguno?, ¡alguno, y de peso! ¿Qué sentencia, en efecto, hay más hermosa que esta que le encomiendo a ella para que te la transmita a ti?: «Es un mal vivir en necesidad, pero no hay ninguna necesidad de vivir en necesidad».[70] ¿Por qué ha de haberla? En todas direcciones se abren hacia la libertad muchos caminos cortos y expeditos. A Dios gracias de que nadie pueda ser retenido en la vida: es lícito hollar las necesidades mismas.

«Epicuro lo ha dicho —me adviertes—: ¿qué tienes tú que ver con un 11
extraño?». Todo cuanto es verdad, me pertenece; continuaré en mi empeño de inculcarte a Epicuro, a fin de que esos que juran con la fórmula del maestro[71] y consideran no lo que se dice, sino quien lo dice, sepan que las mejores cosas son patrimonio común.

LIBRO II

13

Fortalecerse contra la fortuna y los males de opinión

Sé que tienes mucha entereza; pues aun antes de adiestrarte con las enseñanzas saludables que ayudan a superar las penalidades, ya te lisonjeabas bastante ante la fortuna; y mucho más, después que entablaste una pugna con ella y comprobaste tus fuerzas, que sólo entonces pueden inspirar segura confianza en sí mismas, cuando de uno y otro lado surgieron muchas dificultades y alguna vez hasta han arreciado de muy cerca. De esta suerte se pone a prueba el auténtico valor que no va a ceder ante el capricho ajeno; ésta es su piedra de toque. 1

No puede aportar gran entusiasmo a la competición el atleta que nunca ha sido magullado; aquel que contempló su propia sangre, cuyos dientes crujieron en el pugilato, aquel que, zancadilleado, soportó todo el peso del adversario y, derribado, no abatió su ánimo, quien en todas sus caídas se levantó más porfiado, ese tal desciende a la liza con más confianza. 2

Por eso, para continuar este símil, a menudo la fortuna llegó a superarte, y, sin embargo, no te entregaste, antes te sobrepusiste y enfrentaste a ella con más energía; grande ánimo, en efecto, se infunde a sí misma la virtud que ha sido espoleada. Con todo, si te parece bien, recibe de mi parte las ayudas con que poder fortalecerte. 3

Son más, Lucilio, las cosas que nos atemorizan que las que nos atormentan, y sufrimos más a menudo por lo que imaginamos que por lo que sucede en la realidad.[72] No hablo contigo ahora en nuestro lenguaje estoico, sino en este otro más asequible; porque nosotros afirmamos que todos esos sufrimientos que arrancan gemidos y lamentos son leves y despreciables. Pero renunciemos a estas frases sonoras, aunque, ¡oh dioses propicios!, son verdaderas; esto es lo que te recomiendo: que no seas desgraciado antes de tiempo, toda vez que aquellas desgracias que temiste como ya inminentes quizá nunca han de llegar y con seguridad no han llegado. 4

Por esta razón ciertos acontecimientos nos atormentan más de lo que deben, otros antes del tiempo debido, otros cuando no deberían atormentarnos 5

en absoluto; o aumentamos el dolor, o lo anticipamos, o lo imaginamos.

El primer punto, puesto que la cuestión está en litigio y tenemos planteado el pleito, aplacémoslo por el momento. Lo que yo califique de leve, tú sostendrás que es gravísimo; sé que unos ríen en medio de los azotes, y que otros gimen por una bofetada. Luego examinaremos si estas cosas tienen peso por sí mismas o a causa de nuestra debilidad.

Hazme este favor: cuantas veces te veas rodeado por quienes tratan de 6
persuadirte de que eres desgraciado, piensa no en lo que oigas, sino en lo que sientes y, de acuerdo con tu capacidad de resistencia, toma consejo y pregúntate a ti mismo, que conoces perfectamente tus asuntos: «¿qué motivo hay para que éstos me compadezcan, qué motivo para que tiemblen, para que hasta teman que les contagie, como si la desgracia pudiera propagarse? ¿Existe en mi caso auténtico mal, o esta situación es más deshonrosa que mala?». Pregúntate a ti mismo: «¿acaso no me angustio y entristezco sin motivo y forjo un mal donde no lo hay?».

«¿Cómo —preguntas— conoceré si son ficticias o reales las causas de mi 7
angustia?» Aquí tienes la norma que regula esta cuestión: o nos atormenta el presente, o el futuro, o ambos a la vez. Sobre el presente el juicio resulta fácil: si tu cuerpo está expedito y sano y no sientes aflicción alguna a causa de una ofensa, veremos lo que puede acontecer mañana: el día de hoy no presenta problema alguno.

«Pero, con todo, se presentará.» Examina primero si hay indicios seguros 8
del mal venidero, porque a menudo nos angustian las suspicacias y nos engaña aquel mismo rumor que suele acabar con ejércitos enteros y, mucho más, con los individuos. Así es, querido Lucilio: fácilmente nos sumanos a la opinión pública; no sometemos a crítica los motivos que nos impulsan al miedo, ni los ponemos en claro, sino que temblamos y volvemos las espaldas como aquellos soldados a quienes el polvo levantado por los rebaños, en su huida, ahuyentó del campamento o a quienes atemorizó algún rumor esparcido sin fundamento.

No sé por qué los males ficticios causan mayor turbación; de hecho los 9
verdaderos tienen su propia medida: cuanto es producto de la incertidumbre se relega a la conjetura y a la fantasía del espíritu atemorizado. Por ello, ningunos son tan perniciosos ni tan irremediables como los temores del que tiene pánico, pues los demás surgen por falta de reflexión, éstos por inhibición de la mente.

Así pues, investiguemos cuidadosamente la cuestión. Es verosímil que se 10

produzca algún mal, pero no es todavía una realidad. ¡Cuántos males vienen sin esperarlos!, ¡cuántos que se esperaban no se produjeron en parte alguna! Aun cuando alguno tenga que venir, ¿de qué sirve adelantarse al propio dolor? Con suficiente prontitud te dolerás, cuando llegue; mientras tanto augúrate una suerte mejor.

¿Qué ventaja sacarás? El tiempo. Podrán interponerse muchas circunstancias que determinen que el peligro próximo o casi inminente se 11 detenga, desaparezca o venga a dar sobre cabeza ajena. Incendio hubo que abrió camino a la huida, a algunos un derrumbamiento los dejó suavemente en el suelo, alguna vez fue retirada la espada de la misma cerviz del reo; hubo quien sobrevivió a su verdugo.[73] La mala fortuna tiene también sus caprichos. Tal vez será, tal vez no será; por el momento no es. Ten en la mente una suerte mejor.

En ocasiones, sin que haya señales manifiestas que presagien desgracia 12 alguna, el espíritu se crea falsas imágenes: o bien interpreta en peor sentido una palabra de significación dudosa, o bien imagina la ofensa, recibida de otro, mayor de lo que es, no considerando lo airado que está el ofensor, sino la licencia que se pueda tomar el que está airado. Mas no existe razón alguna para vivir, ni límite posible en las desgracias, si uno teme cuanto es susceptible de temor: es ahora cuando aprovecha la prudencia, ahora cuando hay que rechazar hasta el miedo claramente justificado con todo el vigor del alma; pero si no, combate un defecto con otro y modera el miedo con la esperanza. Por muy cierto que sea alguno de los males que tememos, es más cierto aún que los temores se calman y que las esperanzas nos defraudan.

Por lo tanto, sopesa la esperanza y el temor, y siempre que la decisión sea 13 del todo dudosa, decídete en tu favor: confía en lo que más te agrade. Aun cuando el miedo consiguiere más votos, inclínate no menos del lado contrario, deja de angustiarte y recuerda constantemente esta idea: que la mayor parte de los humanos se exasperan e inquietan, por más que no sufran mal alguno ni con seguridad lo vayan a sufrir.

Porque nadie pone freno a sí mismo, cuando empieza a ser empujado a la deriva, ni regula su temor conforme a la verdad; nadie dice: «vano es el que lo garantiza, sí vano: o lo inventó o se fió de otros». Nos entregamos a merced de la brisa; nos espantamos ante un riesgo dudoso como si fuera cierto; no conservamos la moderación, al momento el recelo se convierte en temor.

Me avergüenza hablar contigo de esta forma y confortarte con remedios 14

tan suaves. Otro podrá decirte: «Quizás el mal no se presente»; tú responde: «¿Y qué, si se presenta? Veremos cuál de los dos vencerá. Quizá sea para mi bien y la muerte de que hablas acreditará mi vida».

La cicuta ennobleció a Sócrates. Arrebata a Catón la espada, defensora de la libertad, y le habrás despojado de una gran parte de su gloria.[74]

Te estoy exhortando demasiado rato, siendo así que tú precisas más una admonición que un estímulo. No te dirijo en un sentido contrario a tu naturaleza: has nacido para estos ideales que te voy mostrando; con tanto mayor motivo debes incrementar y embellecer tu virtud. 15

Mas voy a concluir ya mi epístola, así que le haya dejado impreso su sello, es decir, le haya encargado te transmita alguna noble sentencia: «Entre otros males la necedad posee también el de comenzar siempre a vivir».[75] Medita el sentido de esta expresión, Lucilio, tú, el mejor de los hombres, y comprenderás cuán repulsiva es la inconstancia de los mortales que establecen cada día nuevas bases para la vida, que inician nuevas esperanzas incluso al término de sus días. 16

Analiza en tu interior a cada uno: te encontrarás con viejos que se preparan con gran empeño para la consecución de honores, para largos viajes, para grandes negocios. Pues bien, ¿qué cosa hay más vergonzosa que un viejo que comienza a vivir? A esta sentencia no añadiría el nombre de su autor, si no fuera porque es bastante desconocida y no incluida entre las máximas divulgadas de Epicuro que me he permitido no sólo alabar, sino también escoger. 17

14

La opresión del poder. El sabio y la participación en el gobierno del Estado

Reconozco que es innato en nosotros el amor a nuestro cuerpo; reconozco que nosotros ejercemos sobre él la tutela. Admito que hayamos de ser indulgentes con él, niego que tengamos que ser sus esclavos; en efecto, se esclavizará a muchos quien se esclaviza al cuerpo, quien teme en exceso por él, quien a él lo ordena todo.[76] 1

De esta manera debemos comportarnos: no como si tuviéramos que vivir para el cuerpo, sino como quienes no pueden hacerlo sin el cuerpo; el amor 2

excesivo hacia él nos perturba con temores, nos llena de preocupaciones, nos expone a las afrentas; lo honesto resulta vil a quien el cuerpo es demasiado querido. Téngase con él un cuidado muy solícito, mas de tal suerte que cuando lo exija la razón, la dignidad, la lealtad, estemos dispuestos a arrojarlo a las llamas.

Sin embargo, en lo posible, evitemos también las molestias, no sólo los 3
peligros, y retirémonos a un lugar seguro, discurriendo a continuación con qué medios podemos rechazar los temores, que son, si no me equivoco, de tres clases: tememos la escasez, tememos las enfermedades, tememos los males que ocasiona la violencia del más poderoso.

De estas tres ninguna nos impresiona tanto como la amenaza del poderío 4
ajeno; ya que se presenta con gran estrépito y tumulto. Los infortunios naturales que he mencionado, la escasez y la enfermedad, penetran en silencio, ni a los ojos ni a los oídos infunden terror alguno: el aparato que despliega la otra calamidad es enorme; lleva en su cortejo el hierro y las llamas y las cadenas y una multitud de fieras que lanzar, ávidas de las entrañas de los hombres.

Piensa, en este momento, en la cárcel, en la cruz, en el potro, en el garfio 5
y en el palo que atraviesa al hombre saliéndole por la boca, y en los miembros despedazados por el impulso de los carros dirigidos en sentido opuesto; en la túnica embadurnada y tejida de materias inflamables y en cualquier otro suplicio que además de éstos inventó la crueldad.[77]

Así pues, no es sorprendente que llegue al máximo el temor de este mal 6
cuya gran diversidad y dispositivo resultan terribles. Porque de la misma manera que atemoriza más el verdugo cuanto más numerosos instrumentos de tortura exhibe (pues, al contemplarlos, se rinden los mismos que hubieran resistido el dolor), así entre los objetos que someten y dominan nuestro ánimo son más efectivos los que tienen algo con que impresionar la vista. Aquellas otras desgracias —me refiero al hambre, a la sed, a las supuraciones en las vísceras y a la fiebre que abrasa las propias entrañas— no son menos graves, pero quedan ocultas, nada contienen que nos amenace, nada que nos perturbe: estas otras, como los grandes preparativos de guerra, nos someten con su sola exhibición y dispositivo.

Por ello, esforcémonos en evitar las ofensas. Unas veces es el pueblo al 7
que hemos de temer; otras, si tal es la constitución de la ciudad que la mayor parte de los asuntos los dilucida el Senado, serán los miembros prestigiosos de éste; otras una sola persona a quien se le ha otorgado el poder de manos

del pueblo en favor del pueblo. Tener como amigos a todos ellos es empresa difícil, basta con no tenerlos por enemigos. Así pues, el sabio jamás provocará la cólera de los poderosos, antes bien la esquivará, no de otra suerte que el navegante la tempestad.

Cuando viajabas a Sicilia, atravesaste el estrecho. Un timonel imprudente menosprecia las amenazas del austro (es el viento que encrespa el mar de Sicilia y provoca sus remolinos) sin buscar el litoral a su izquierda, sino el otro, desde el que Caribdis, por estar más próxima, agita los mares.[78] En cambio, otro más precavido pregunta a los expertos del lugar cuál es la fuerza de la corriente, qué señales dan las nubes; mantiene el rumbo lejos de aquel paraje tristemente célebre por sus remolinos. Otro tanto hace el sabio: esquiva el poder político que podría perjudicarle, evitando ante todo el parecer rehuirlo, ya que una parte de la seguridad radica también en no pretenderlo abiertamente, porque uno condena aquello que rehúye.[79] 8

Por lo mismo, hemos de considerar atentamente de qué manera podemos protegernos del vulgo. Primeramente no codiciemos en absoluto lo mismo que él: la pugna surge entre competidores. Luego, no poseamos nada que pueda sernos arrebatado con gran provecho del que nos tiende asechanzas: que tu vida represente el mínimo botín posible. Nadie pretende derramar sangre humana porque sí, o muy pocos. Son más numerosos los que echan cuentas que los que odian. Al desnudo el ladrón lo deja libre: hasta en el camino, asediado de enemigos, hay paz para el pobre. 9

Además, según la norma de los antiguos, hay que tener en cuenta tres defectos para evitarlos: el odio, la envidia y el menosprecio. La manera de hacerlo sólo la sabiduría nos la mostrará; porque es difícil encontrar la justa medida, y corremos el riesgo de que el temor a despertar la envidia nos haga objeto de menosprecio, y que, por no querer pisotear a los demás, demos la impresión de que se nos puede pisotear a nosotros. A muchos procuró motivos de temor la posibilidad de infundir temor a los otros. Protejámonos de toda asechanza: no menos perjudica ser despreciados que ser admirados. 10

Así pues, acojámonos a la filosofía; estos estudios, no sólo entre los buenos, sino también entre los moderadamente malos, ocupan el lugar de las ínfulas sagradas. En efecto, la elocuencia judicial y otra cualquiera que llega al corazón del pueblo, tiene sus contradictores; la filosofía reposada, entregada a su cometido, no puede ser menospreciada, porque le deparan su veneración todas las ciencias, y hasta los peores hombres. Nunca tomará tanto incremento la maldad, nunca habrá tal conjura contra las virtudes que el 11

nombre de la filosofía no permanezca venerable y sagrado.[80] Por lo demás, la propia filosofía debe ser tratada serena y moderadamente.

«¿Entonces, qué? —me objetas—. ¿Piensas que Marco Catón fue un filósofo moderado al rechazar con su voto la guerra civil, él, que actuó como mediador entre caudillos enardecidos por las armas y que mientras unos acosaban a Pompeyo y otros a César provocó a ambos a un tiempo?» 12

Se puede discutir si en aquel entonces un sabio debía ocuparse de los asuntos públicos. ¿Qué pretendes, Marco Catón? Ya no se trata de la libertad: hace tiempo que se ha perdido. La cuestión es saber si será César o Pompeyo quien va a tener el mando de la República: ¿qué tienes que ver tú en esta rivalidad? Ninguna intervención tienes en ella. Van a elegir a un déspota. ¿Qué te importa cuál de los dos vaya a vencer? Puede vencer el mejor, no puede dejar de ser el peor quien haya vencido. No he conocido más que las últimas actuaciones de Catón, pero tampoco los años precedentes fueron tales que permitiesen a un sabio participar en aquel despojo de la República. ¿Qué otra cosa hizo Catón sino vociferar y proferir frases vanas cuando en volandas, a manos del pueblo y cubierto de esputos, le empujaban para echarlo del foro, o le conducían del Senado a la cárcel?[81] 13

Mas en otra ocasión examinaremos si hay que encomendar al sabio los asuntos públicos. Entre tanto te recomiendo a aquellos estoicos que, excluidos de los cargos públicos, se retiraron a cultivar su modelo de vida y codificar leyes en bien del género humano sin ocasionar agravio alguno a los más poderosos.[82] El sabio no alterará las costumbres públicas ni atraerá al pueblo hacia su persona por la singularidad de su vida. 14

«¿Entonces qué, estará del todo seguro quien observare esta conducta?» No puedo garantizarte esto como tampoco la buena salud al hombre morigerado; y, con todo, es la templanza la que procura la buena salud. Algunas naves naufragan en el puerto, mas ¿qué crees que acontece en alta mar? ¿Cuánto más expuesto estará al peligro quien activa y revuelve muchos asuntos, si ni siquiera tiene seguridad en el ocio? Algunas veces sucumben los inocentes (¿quién puede negarlo?), pero los culpables más a menudo. No pierde su destreza el luchador que ha sido golpeado a través de la armadura. 15

Finalmente, en toda actividad el sabio atiende a la intención, no al resultado. Los comienzos están en nuestro poder, el resultado lo decide la fortuna, a la que no le permito pronuncie sentencia acerca de mí. «Pero ella te ocasionará algún quebranto, alguna adversidad.» El ladrón no condena 16

cuando mata.

Alargas ahora la mano para recibir el óbolo cotidiano. Te colmaré con una moneda de oro, y puesto que hemos mencionado el oro, aprende el modo cómo su empleo y disfrute podrá resultarte más grato: «Goza particularmente de las riquezas aquel que necesita de ellas lo menos posible».[83] 17

«Indícame el autor», me dices. Para que sepas cuán liberales somos, ha sido nuestro propósito elogiar frases ajenas: es de Epicuro, o de Metrodoro, o de alguno de aquella escuela.

Mas ¿qué importa quién la haya pronunciado? La pronunció en interés de todos. El que necesita de las riquezas teme por ellas, pero nadie goza de un bien que preocupa. Si se esfuerza en aumentarlas en alguna cantidad, mientras piensa en su incremento, se olvida de su uso. Recibe las cuentas, gasta su tiempo en el foro, revisa el registro de las deudas: de señor se convierte en administrador. 18

16

La filosofía es necesaria para la felicidad. Hay que seguir los dictados de la naturaleza

Me consta, Lucilio, que es para ti evidente que nadie puede llevar una vida feliz, ni siquiera soportable, sin la aplicación a la sabiduría, y que la vida feliz se consigue con la sabiduría perfecta, como a su vez la vida soportable con la sabiduría incoada. Pero esta verdad evidente debes robustecerla y enraizarla más profundamente con la meditación cotidiana. Cuesta más mantener los propósitos honestos que proponerse una vida honesta. Hemos de perseverar e incrementar la firmeza con el estudio constante hasta que se convierta en rectitud del alma lo que es buena voluntad.[84] 1

Así pues, no te son necesarias muchas palabras o razonamientos tan largos para convencerme; entiendo lo mucho que has progresado. Lo que escribes sé de dónde procede; no es ficticio, ni simulado. Te manifestaré, con todo, mi sentir: tengo ya la esperanza puesta en ti, todavía no la plena confianza. Quiero que también tú hagas lo propio; no hay motivo para que te confíes a ti presto y fácilmente. Escudriña tu interior, examínate de diversas maneras y ponte en guardia; considera ante todo si has progresado en la filosofía, o en tu misma forma de vivir. 2

La filosofía no es una actividad agradable al público, ni se presta a la ostentación. No se funda en las palabras, sino en las obras. Ni se emplea para que transcurra el día con algún entretenimiento, para eliminar del ocio el fastidio: configura y modela el espíritu, ordena la vida, rige las acciones, muestra lo que se debe hacer y lo que se debe omitir, se sienta en el timón y a través de los peligros dirige el rumbo de los que vacilan. Sin ella nadie puede vivir sin temor, nadie con seguridad; innumerables sucesos acaecen cada hora que exigen un consejo y éste hay que recabarlo de ella.[85] 3

Alguien objetará: «¿De qué me sirve la filosofía, si existe el hado, de qué me sirve, si Dios es quien gobierna,[86] de qué me sirve, si impera el azar? Porque lo que está decidido no puede cambiarse y nada puede precaverse frente a lo incierto, sino que, o bien Dios se ha anticipado a mi decisión y ha determinado lo que debía yo hacer, o bien la fortuna nada deja a mi decisión». 4

Sea lo que fuere de estas suposiciones, Lucilio, aun cuando todas sean verdaderas, hay que aplicarse a la filosofía; ora los hados nos encadenen con ley inexorable, ora Dios, árbitro del universo, haya ordenado todas las cosas, ora el azar empuje y revuelva en el desorden los acontecimientos humanos, la filosofía debe velar por nosotros. Ella nos exhortará a que obedezcamos de buen grado a Dios y con entereza a la fortuna; ella te enseñará a secundar a Dios, a soportar el azar. 5

Pero no vamos a pasar ahora a discutir qué es lo que depende de nosotros, si la providencia nos gobierna, si la sucesión de los hados nos lleva encadenados, o si el azar repentino e imprevisto nos domina; vuelvo ahora a mi propósito para aconsejarte y animarte a no permitir que el impulso de tu alma se debilite y enfríe. Consérvalo y afiánzalo para que se convierta en hábito lo que es impulso del alma. 6

Ya desde el comienzo, si te conozco bien, tratarás de descubrir el pequeño obsequio que esta carta trae para ti; examínala y lo encontrarás. No tienes por qué admirar mi generosidad; me muestro hasta ahora liberal con el patrimonio ajeno. Mas ¿por qué lo califiqué de ajeno? Todo cuanto está bien dicho por alguien, me pertenece. Tal es también esta frase de Epicuro: «si vives conforme a la naturaleza, nunca serás pobre; si, conforme a la opinión, nunca serás rico».[87] 7

La naturaleza ambiciona poco, la opinión no tiene medida. Acumúlese en ti cuanto muchos ricos hayan poseído, elévete la fortuna a una riqueza que 8

supere la medida concedida a un particular, cúbrate de oro, revístate de púrpura, condúzcate a tal suerte de delicias y opulencia que cubras la tierra con el mármol, séate concedido no sólo poseer, sino hollar las riquezas; añádanse estatuas y pinturas y cuanto las diversas artes produjeron al servicio del lujo; no aprenderás sino a codiciar bienes mayores que éstos.

Los deseos de la naturaleza son limitados;[88] los que nacen de la falsa opinión no saben dónde terminar, pues no hay término para lo engañoso. El que va por buen camino encuentra un final; el extravío no tiene fin. Aléjate, por tanto, de la vanidad, y cuando quieras saber si lo que pides responde a un deseo natural o a una ciega codicia, examina si puede detenerse en algún punto: si habiendo avanzado un gran trecho, siempre le queda otro más largo, ten por seguro que tal deseo no es natural. 9

17

La pobreza es necesaria para la sabiduría

Rechaza todas esas vanidades, si eres sabio, mejor dicho, para serlo, y encamínate con carrera veloz y con todas las fuerzas hacia la rectitud del alma; si hay algo que te retiene, o sacúdelo o córtalo. «Me retiene —dices— el patrimonio familiar; quiero disponer de él de tal manera que pueda bastarme si me entrego al ocio, para que ni la pobreza sea carga para mí ni yo para otro.» 1

Cuando hablas así, parece que no conoces la fuerza y el poder de ese bien en el que piensas; sin dudas captas lo esencial de la cuestión: cuán provechosa sea la filosofía; pero los pormenores todavía no los distingues con bastante precisión y aún no sabes cuánto nos ayuda en toda situación, de qué manera, para servirme del vocablo de Cicerón, nos «socorre»[89] en los mayores peligros e interviene hasta en las menores dificultades. Créeme, llámala a consejo, te persuadirá que no te sientes a echar cuentas. 2

Por supuesto, lo que buscas, lo que quieres conseguir con esa moratoria es evitar el riesgo de la pobreza. ¿Y qué, si debes apetecerla? A muchos las riquezas les fueron un obstáculo para filosofar; la pobreza anda expedita, con seguridad. Cuando el clarín suena, sabe que no es a ella a quien se ataca; a los gritos de ¡agua!, busca cómo escapar de la inundación, no qué llevar consigo; si tiene que navegar, ni el puerto resuena con sus gritos, ni las 3

riberas se ven perturbadas con el acompañamiento siquiera de uno solo; no la rodea una multitud de esclavos para cuyo sustento habría que desear la fertilidad de los países de ultramar.[90]

4 Es fácil alimentar unos pocos estómagos bien regulados que no desean otra cosa que saciarse. El hambre supone poco gasto, mucho la hartura. La pobreza se contenta con satisfacer las necesidades apremiantes. Así pues, ¿qué razón tienes para rehusarla por compañera, cuando sus costumbres las imita hasta el rico prudente?

5 Si quieres consagrarte a tu alma, es necesario que seas o pobre o semejante al pobre. Este empeño no puede resultar provechoso sin la práctica de la frugalidad; mas la frugalidad es una pobreza voluntaria. Fuera, por tanto, esas excusas: «Aún no poseo cuanto es suficiente; cuando llegue a poseer ese caudal, entonces me dedicaré por completo a la filosofía». Y, sin embargo, ningún bien debes conseguir antes que éste, que tú aplazas y pospones a los demás. Hay que comenzar por éste. «Quiero prepararme —insistes— los recursos para vivir.» Al mismo tiempo aprende también a prepararte tú mismo; si alguna circunstancia te impide vivir bien, ninguna te impide morir con dignidad.

6 La pobreza no tiene por qué apartarnos de la filosofía, ni siquiera la escasez. Los que se aprestan hacia este objetivo han de soportar hasta el hambre, que algunos han soportado en medio de los asedios, ¿y qué otra era la recompensa de semejante empeño sino la de no sucumbir en poder del vencedor? ¡Cuánto mayor es esta que se nos promete: la libertad perpetua, ningún temor ni a un hombre, ni a un dios! ¿No es cierto que hemos de allegarnos a estos bienes, aun a costa de padecer hambre?

7 Ejércitos hubo que soportaron la privación de todo, que se nutrieron de raíces de hierbas y con alimentos repugnantes ya con sólo nombrarlos aguantaron el hambre; todas estas penurias las sufrieron en defensa de un reino, y, para mayor asombro, de un reino extranjero;[91] ¿y dudará alguien en soportar la pobreza para liberar el alma de pasiones furiosas? En consecuencia: no hay que amontonar previamente, se puede llegar a la filosofía aun sin viático.

8 ¿Así está bien?, cuando lo poseyeres todo, entonces ¿querrás poseer también la sabiduría?, ¿será ésta el último aparejo de tu vida y, por así decirlo, accesorio? Tú, en cambio, si posees algo, filosofa desde ahora (pues, ¿cómo sabes que no tienes ya demasiado?); si no posees nada, busca la filosofía antes que cualquier otro bien.

«Pero me faltará lo necesario.» En primer lugar, no te podrá faltar, porque la naturaleza exige muy poco[92] y el sabio se acomoda a la naturaleza. Pero si se encontrare en extrema necesidad, al instante abandonará la vida y dejará de ser una carga para sí. Pero si tuviere los recursos mínimos y limitados con que prolongar la vida, los considerará satisfactorios, y sin preocuparse ni angustiarse más de lo necesario, procurará lo suyo a su estómago y a sus espaldas; y con respecto a los afanes de los ricos y sus correteos en pos de las riquezas, tranquilo y contento, se reirá diciendo: 9

«¿Por qué lo aplazas para una fecha lejana? ¿Aguardarás acaso los beneficios del capital, la ganancia de la mercancía o el testamento de un viejo acaudalado, cuando puedes ser rico al instante? La sabiduría es equivalente a las riquezas, porque las ofrece a todo el que las considera superfluas.» Estos consejos atañen a otros; tú tienes una posición más próxima a la de los ricos. Si cambias de época, tienes demasiada riqueza; mas lo que es idéntico en toda época es la suficiencia. 10

Podría terminar la epístola en este punto, de no haberte acostumbrado mal. A los reyes de los partos nadie puede saludarles sin un presente; de ti no puedo despedirme de balde. ¿Qué diré a esto? Tomaré el préstamo a Epicuro: «Para muchos haber adquirido riquezas no constituye el fin de la miseria, sino un cambio en ella».[93] 11

La máxima tampoco me sorprende; porque el vicio no está en las cosas, sino en la propia alma. La causa que ha hecho penosa la pobreza, hace también penosas las riquezas. Del mismo modo que no importa que acuestes a un paciente en un lecho de madera, o en uno de oro (doquiera lo trasladares, llevará la enfermedad consigo), así nada importa que al alma enferma la instales en medio de las riquezas, o de la pobreza: su mal le acompaña. 12

19

Importa buscar el retiro

Salto de alegría siempre que recibo tus cartas, pues me llenan de buena esperanza; no sólo me dan ya promesas, sino garantías acerca de ti. Obra así, te lo ruego encarecidamente —¿pues qué bien mayor tengo que pedir a mi amigo que aquel que yo pediría por él mismo?—. Si puedes, sustráete a esos negocios absorbentes, pero si no, rompe con ellos. Demasiado tiempo hemos 1

desperdiciado; en la vejez comencemos a preparar el equipaje.

¿Te resulta acaso odioso? Hemos vivido en mar agitado; muramos en el 2
puerto.

Ciertamente no te aconsejaría que buscases fama con el retiro, que ni debes airear ni ocultar, ya que, al condenar la locura de los humanos, no quisiera apartarte jamás de ellos hasta el punto de pretender asignarte un escondrijo en medio del olvido. Obra de suerte que tu retiro no resalte, pero sea ostensible.

Luego, los que tienen que decidir estas actitudes fundamentales ya verán 3
si quieren pasar la vida en el anonimato; para ti la elección no es libre. En lugar prominente te colocó el vigor de tu ingenio, la brillantez de tus escritos, tus ilustres y nobles amistades; la fama te acompaña ya; aun cuando te ocultes en los últimos confines y te retires muy adentro, pese a todo, tus anteriores éxitos te descubrirán.

No puedes permanecer en la oscuridad; a donde quiera que huyeres, te 4
acompañará gran parte de tu pasado esplendor. El descanso lo puedes reclamar sin recelos de nadie, sin nostalgias o remordimiento en tu alma. ¿Pues qué abandonarás que luego puedas pensar has abandonado contra tu voluntad? ¿Tus clientes? Ninguno de ellos va en pos de tu persona, sino de las ventajas que derivan de ti: antes se buscaba la amistad, ahora el botín. Si un viejo, al quedarse solo, modifica el testamento, el cliente visitador se dirigirá a otra mansión. No puede valer poco dinero un objeto precioso. Examina si prefieres renunciar a ti mismo o a alguna de tus cosas.

¡Ojalá hubieras podido envejecer en la modesta condición en que naciste 5
y que la fortuna no te hubiese empujado a lo alto! Te ha disuadido de atender a una vida conforme a la sabiduría tu súbita buena estrella: el gobierno de la provincia, la procuraduría y cuanto prometen estos cargos; luego te ocuparán responsabilidades mayores, consecuencia unas de otras.

¿Cuál será el resultado final? ¿Por qué esperas hasta que dejes de tener 6
algo que desear? Nunca llegará ese momento. Cual decimos que es el encadenamiento de las causas que forman la trama del destino, tal es asimismo el de los deseos, uno nace como consecuencia de otro. Te hallas metido en tal clase de vida, que nunca pondrá fin a tus miserias y a tu esclavitud. Retira tu cerviz consumida por el yugo; es preferible que sea cortada de una vez, a estar oprimida constantemente.

Si te retiras a la vida privada, todas las cosas serán menos brillantes, 7
pero te saciarán plenamente; ahora, en cambio, goces muy numerosos,

provenientes de todas partes, no te satisfacen. ¿Prefieres la saciedad que procura la pobreza, o el hambre en medio de la abundancia? La felicidad es ávida y a su vez está expuesta a la avidez ajena: en tanto nada fuere suficiente para ti, tú mismo no lo serás para los otros.

«¿Cómo escaparé de esta situación?», preguntas. De la manera que sea. 8
Considera cuántos riesgos afrontaste por causa del dinero, cuántas fatigas por causa del honor.[94] Algo hay que arriesgar también por conseguir el retiro, y, si no, envejecer en medio de la agitación de las procuradurías y luego de las magistraturas urbanas, en medio del tumulto y de la oleada de asuntos siempre nuevos de los que no se puede escapar ni con la moderación, ni con una vida tranquila. ¿Qué importa, pues, que tú quieras el descanso? Tu fortuna no lo admite. ¿Y qué decir si le consientes que aun ahora vaya en aumento? Cuanto fuere el incremento en éxitos lo será en sobresaltos.

Quiero en este lugar referirte un dicho de Mecenas, una verdad que 9
profirió en el mismo potro de su grandeza:[95] «Es la propia altitud la que expone las cumbres a los truenos». ¿Quieres saber en qué obra lo dijo? En la que se titula *Prometeo*.[96] Quiso decir: «la que tiene las cumbres aturdidas por el trueno». ¿Pero es que existe alguna potencia tan grande que pueda permitirse un lenguaje tan rebuscado? Fue Mecenas hombre de ingenio, destinado a ofrecer un digno modelo de elocuencia en Roma, de no haberle afeminado, o mejor dicho castrado, su prosperidad.[97] Este es el final que te aguarda, a no ser que recojas ya las velas; a no ser que, cual lo deseó él tardíamente, alcances la orilla.

Podría con este dicho de Mecenas dejar la cuenta saldada contigo; pero 10
me promoverás un pleito, te conozco bien; y no aceptarás mi paga sino en moneda nueva y legítima. En tal situación, el préstamo lo debe hacer Epicuro. «Debes examinar con quiénes comes y bebes antes de conocer qué vas a comer y beber, porque llenarse de carne sin un amigo es vivir la vida del león o del lobo.»[98]

Esto no lo conseguirás si no te retiras; de otra suerte tendrás los 11
comensales que el nomenclator haya seleccionado entre la multitud de los clientes.[99] Se equivoca, en efecto, quien anda buscando un amigo en el vestíbulo y lo pone a prueba en el banquete. No hay desgracia mayor para el hombre atareado y absorto en sus bienes que considerar amigos suyos a quienes no le tienen a él por tal, que juzga sus favores lo suficiente eficaces para granjearse los ánimos, siendo así que algunos cuanto más deben, más

odio alimentan: una deuda pequeña hace un deudor, una cuantiosa un enemigo.

«¿Entonces qué? ¿Los favores no procuran amistades?» Las procuran si es posible elegir a los beneficiarios, si han sido bien distribuidos, no prodigados. Por ello, mientras comienzas a ser ya dueño de tu espíritu, sírvete de este consejo de los sabios: considera que importa más quien ha recibido el beneficio, que el beneficio recibido. 12

20

Necesidad de la constancia y del espíritu de pobreza

Si te encuentras bien y te consideras digno de llegar a ser algún día dueño de ti, me alegro; porque mía será la gloria si te sacare de esa inquietud en que te agitas sin esperanza de salir. Mas ésta es, querido Lucilio, mi súplica y exhortación: que introduzcas la filosofía en el fondo de tus entrañas,[100] y que compruebes tu progreso no por lo que dices o escribes, sino por la firmeza del alma y por la disminución de los deseos. Demuestra las palabras con los hechos. 1

Uno es el propósito de los declamadores que tratan de ganar el asentimiento de la concurrencia, otro el de los charlatanes que recrean los oídos de jóvenes y desocupados con unas disertaciones variadas y afluentes; la filosofía, en cambio, enseña a obrar, no a decir, y exige que cada cual viva conforme a la ley que se impuso, que la vida no esté en desacuerdo con las palabras, ni ella consigo misma, que sea única la impronta de todos los actos. Éste es el cometido más importante de la sabiduría y su indicio: que las obras concuerden con las palabras, que el sabio sea en todas partes coherente e igual a sí mismo. «¿Quién logrará esto?» Algunos, aunque pocos. La tarea es ciertamente difícil; mas no pretendo que el sabio haya de caminar siempre al mismo paso, sino por la misma ruta. 2

Vigila, pues, si acaso tu vestido y tu habitación están en desacuerdo, si acaso eres generoso contigo y mezquino con los tuyos, si acaso cenas frugalmente y edificas con suntuosidad. De una vez por todas escoge una regla para vivir y ajusta a ella toda tu vida. Algunos se reprimen en casa, pero fuera se desmandan y exceden, contradicción esta que constituye un vicio, y es señal de espíritu vacilante que no posee todavía su personal equilibrio. 3

También ahora te diré de dónde proviene esa inconstancia y contradicción entre acciones y propósitos: nadie se propone el objetivo a alcanzar, ni en el caso de proponérselo, persevera en el empeño, sino que pasa a otra cosa, y no sólo cambia, sino que retrocede y reincide en los defectos que abandonó y rechazó. 4

Así pues, dejando a un lado las viejas definiciones de la sabiduría, y para abarcar la vida humana en toda su dimensión, me puedo contentar con ésta: ¿en qué consiste la sabiduría? En querer y no querer siempre las mismas cosas; sin necesidad de añadir la pequeña reserva de que sea honesto lo que deseas, ya que a nadie le puede agradar siempre lo mismo, si no es honesto. [101] 5

En efecto, los hombres no saben lo que quieren, sino en el preciso momento en que lo quieren; para nadie el querer o el no querer está decidido absolutamente. Nuestra opinión cambia diariamente y se muda en la contraria, y la mayor parte de los hombres pasa la vida en este juego. Insiste, por tanto, en la obra comenzada y quizá te eleves o a la cumbre o a aquella altura que sólo tú sabes que no es todavía la cumbre. 6

«¿Cuál será la suerte —preguntas— de esta multitud de miembros de mi familia que no poseen patrimonio familiar?» Esa multitud, cuando deje de ser alimentada por ti, ella misma se alimentará, y lo que no puedes conocer mediante tus favores lo conocerás merced a tu pobreza: ella conservará a tu lado a los verdaderos y fieles amigos; se alejarán todos cuantos seguían no en pos de ti, sino de otra cosa. ¿Y no debe ser amada la pobreza, aunque fuere por el solo motivo de mostrarte quiénes te aman? ¡Oh cuándo llegará aquel día en que nadie mienta en obsequio a tu persona! 7

Que tus pensamientos se dirijan, pues, a este objetivo, esto debes atender, esto desear, dispuesto a entregar todos los restantes anhelos en manos de Dios, a fin de estar contento contigo mismo y con los bienes que nacen de ti. ¿Qué felicidad puede haber para ti más próxima que ésta? Redúcete a una situación humilde de la que no puedas decaer. El impuesto de esta epístola, que te pagaré al instante, contribuirá a que realices este propósito con más ánimo. 8

Aunque me mires con malos ojos, también ahora Epicuro pagará con gusto en mi lugar: «Créeme, tu discurso lo hará más impresionante un jergón y los harapos, pues no sólo pronunciarás verdades, sino que las demostrarás». [102] 9

Sin duda escucho con otro espíritu las enseñanzas de nuestro Demetrio,

[103] cuando le he visto desnudo, echado sobre algo peor que la paja: no es maestro de la verdad, sino testigo de ella.

«Entonces ¿qué? ¿No es posible despreciar las riquezas que uno tiene en 10
su poder?» ¿Por qué no va a poder ser? También posee grandeza de alma aquel que, al verlas derramadas en torno a sí, luego de asombrarse mucho y por largo tiempo de que hayan llegado a su alcance, sonríe, y antes oye decir que son suyas que lo experimenta. Grande mérito hay en no corromperse con el uso de las riquezas; es grande aquel que entre las riquezas permanece pobre.

«No sé —te preguntas— de qué manera soportará ese rico la pobreza, si 11
cayese en ella.» Ni tampoco sé yo, Epicuro, si tu famoso pobre despreciará las riquezas si le cupiesen en suerte. Así pues, en uno y otro caso, hay que valorar la disposición de ánimo: ver si aquél se complace en la pobreza o si éste no se lisonjea con las riquezas; de otra suerte el jergón y los harapos constituyen una débil prueba de buena voluntad, de no quedar claro que uno no los soporta por necesidad, sino por elección.[104]

Por lo demás, es propio de un noble carácter no apresurarse buscando 12
esta situación de pobreza como la mejor, sino disponerse a ella como a empresa fácil. Fácil, por cierto, Lucilio; y cuando te hayas acercado a ella, precedido de una profunda reflexión, también agradable; porque en ella se encuentra aquello sin lo cual nada es agradable: la seguridad.

Juzgo, por ello, necesario realizar lo que te escribí que hicieron grandes 13
hombres: tomarse, de cuando en cuando, algunos días para ejercitarse, mediante la pobreza simulada, en la verdadera. Y es necesario que la practiquemos tanto más cuanto que, embebidos en los placeres, todo nos parece penoso, y difícil. Más aún, hemos de despertar del sueño nuestra alma y estimularla, recordándole que la naturaleza nos ha deparado el mínimo indispensable. Nadie es rico por nacimiento; todo el que viene al mundo recibe la orden de contentarse con leche y pañales. ¡Con semejantes principios los reinos no nos bastan!

21

La verdadera gloria radica en la sabiduría

¿Piensas que tienes dificultades con esas personas de que me hablas en tu 1

carta? El mayor problema lo tienes contigo, tú eres el que te creas las dificultades. No sabes lo que quieres, alabas la honestidad mejor que la practicas; conoces dónde se halla la felicidad, pero no osas llegar hasta ella. Te diré, pues, cuál es el obstáculo que te lo impide, puesto que tú no lo ves con claridad: consideras lo grandes que son las cosas que has de abandonar y cuando te has planteado aquella vida de seguridad a la cual has de acceder, te retiene el brillo de esta vida a la cual debes renunciar, como si tuvieras que caer en una estancia sórdida y tenebrosa.

Te equivocas, Lucilio; de esta vida hacia aquella la ruta es ascendente. La 2
diferencia que media entre el resplandor y la luz, toda vez que ésta tiene una causa definida y propia, y aquél brilla por causa ajena, es la que se da entre esta vida y aquella otra. Ésta queda inundada de un fulgor que procede del exterior, cualquiera que se interponga proyectará en seguida sobre ella una densa sombra; la otra brilla con luz propia. Tus propios estudios son los que te harán brillante y famoso.

Te contaré el caso de Epicuro. Escribiendo a Idomeneo[105] con el 3
propósito de encaminarle de una vida, atractiva en apariencia, hacia la gloria firme y duradera, así le decía al entonces ministro del poder real, ocupado en grandes asuntos: «Si te atrae la gloria, mis cartas te harán más famoso que todas esas tareas que tanto aprecias y por las que eres tan apreciado».[106]

¿Es que por ventura mintió? ¿Quién conocería a Idomeneo, si Epicuro no 4
lo hubiera introducido en sus cartas? Todos aquellos magnates y sátrapas, y hasta el mismo rey que había otorgado el título a Idomeneo, se perdieron en un olvido profundo. Las cartas de Cicerón no permiten que se borre el nombre de Ático;[107] a éste de nada le hubieran servido su yerno Agripa, el marido de su nieta, Tiberio, o su biznieto Druso César; entre nombres tan ilustres se le silenciaría, de no haberlo asociado a su persona Cicerón.

La inmensa duración del tiempo se abatirá sobre nosotros; pocos serán 5
los genios que levanten cabeza, y aunque abocados a perderse alguna vez en el silencio, común a todos, resistirán al olvido y se sustraerán a él largo tiempo. La promesa que pudo hacer Epicuro a su amigo, ésa te la hago yo a ti, Lucilio: alcanzaré el favor de la posteridad y puedo conseguir que otros nombres perduren con el mío.[108] Nuestro Virgilio a dos de sus héroes les prometió un perenne recuerdo y lo ha conseguido:

> Pareja de afortunados; si algo valen mis versos, ningún día os alejará jamás del recuerdo de la posteridad en tanto la estirpe de Eneas habite la colina inconmovible del Capitolio y los padres de Roma posean el

imperio.[109]

Todos aquellos que la fortuna llevó a puestos de responsabilidad, todos cuantos fueron miembros o instrumentos del poder ajeno, mantuvieron un prestigio floreciente y frecuentada su casa, mientras permanecieron en pie; después, el recuerdo pronto les abandonó. Mas la estima por los genios va en aumento, y no sólo a sus personas se les dispensan honores, sino que es bien acogido todo cuanto va unido a su recuerdo. 6

Para que Idomeneo no figure de balde en la epístola, recompensará a ésta con su tributo personal. Fue a él a quien escribió Epicuro aquella célebre sentencia en la cual le exhorta a enriquecer a Pítocles[110] de una forma original y segura: «Si quieres —le dice— enriquecer a Pítocles, no debes aumentar sus caudales, sino reducir su deseo».[111] 7

Esta máxima es demasiado clara para precisar de interpretación, y demasiado elocuente para tener que mejorarla. Te advierto sólo esto: no pienses que la frase se refiera únicamente a las riquezas; a cualquier otra cosa que la aplicares[112] tendrá la misma fuerza. Si quieres hacer honorable a Pítocles, no debes aumentarle los honores, sino reducirle los deseos. Si quieres que Pítocles disfrute de un placer perpetuo, no tienes que aumentar los placeres, sino reducirle los deseos; si quieres hacer llegar a Pítocles hasta la vejez y colmar su vida, no debes añadirle años, sino reducir sus deseos.[113] 8

Sentencias estas que no tienes por qué pensar que sean patrimonio de Epicuro; son del dominio público.[114] El procedimiento usual en el Senado creo que debe aplicarse también a la filosofía: cuando uno ha expuesto la opinión que a mí me agrada en parte, le ruego que divida su propuesta y me adhiero a la parte que yo apruebo. Por ello evoco con particular complacencia las sentencias escogidas de Epicuro, para demostrar a esos que se acogen a él, impulsados por una torpe esperanza, y piensan que van a encontrar una cobertura para los propios vicios, que adondequiera que vayan han de vivir honestamente. 9

Cuando visitares sus pequeños jardines,[115] ante la inscripción que hay en ellos: «Huésped, aquí estarás bien, aquí el bien supremo es el placer», encontrarás a tu disposición al guardián de esa morada, quien hospitalario, afable, te acogerá ofreciéndote la polenta y sirviéndote agua en abundancia, y te preguntará: «¿Has tenido una acogida satisfactoria? Estos jardincitos —proseguirá— no excitan el hambre, sino que la sacian; ni acrecientan la sed 10

mediante la misma bebida, sino que la apagan con un remedio natural y gratuito. Con este placer he llegado a viejo».

Te hablo de tales deseos que no admiten palabras de consuelo, a los que 11
hay que dar alguna satisfacción para que cesen.[116] En cuanto a los otros, desordenados, que se pueden aplazar, que se pueden moderar y extinguir, te recordaré sólo esto: se trata de un placer natural no necesario. A éste nada le debes; si gastas algo en él, lo haces voluntariamente. El vientre no escucha los consejos; pide, reclama. Pero no es un acreedor importuno; se le despacha con poco, con tal que le des lo que debas, no lo que puedas.

LIBRO III

24

No temer ni al dolor, ni a la muerte

Estás preocupado, me escribes, por el resultado de un proceso que te promueve un enemigo furioso.[117] Crees que te voy a exhortar a que te prometas el resultado más favorable y te recrees con esta lisonjera esperanza. En verdad, ¿qué necesidad hay de buscarse los males, anticipando las desgracias que muy pronto habrá que sufrir cuando lleguen, y desaprovechar el presente por miedo al futuro? Es sin duda una necedad convertirte ya en un desgraciado, porque algún día tengas que serlo; mas yo te conduciré a la tranquilidad por otro camino. 1

Si quieres liberarte de toda preocupación, imagínate, sea cual fuere el acontecimiento que temes, que se ha de realizar indefectiblemente; y este mal, no importa el que sea, tú mismo sopésalo mentalmente y evalúa tu temor; comprenderás, sin duda, que o no es grave, o no es duradero lo que te asusta. 2

Ni tendrás necesidad de mucho tiempo para reunir los ejemplos que te reconforten: toda época los ha producido. En cualquier período de la historia interna o externa, cuyo recuerdo evocares, encontrarás personalidades de gran prominencia o de gran energía. ¿Acaso puede acaecerte algo más grave, si pierdes el proceso, que ser enviado al destierro o metido en la cárcel? ¿Acaso puede uno temer desgracia mayor que el suplicio del fuego o la ejecución? Analiza cada uno de estos infortunios y recuerda a quienes los desdeñaron; no tendrás necesidad de ir buscándolos, sino de seleccionarlos. 3

Su propia condena Rutilio la acogió como si tan sólo le apenase la injusticia del proceso.[118] El destierro Metelo lo soportó con entereza,[119] Rutilio hasta con placer. El uno hizo a la República la merced de su regreso, el otro denegó el suyo propio a Sila, a quien entonces nada se le denegaba. En la cárcel Sócrates disertó y no quiso salir de ella aun teniendo quienes le garantizaban la fuga;[120] permaneció a fin de quitar a los hombres el temor a dos males gravísimos: la muerte y la cárcel. 4

Mucio puso su mano en el fuego.[121] ¡Cosa amarga es quemarse! ¡Cuánto más amargo que uno lo sufra siendo él su propio verdugo! Tienes ante la vista 5

a un hombre sin instrucción, desprovisto de todo adoctrinamiento ante la muerte o el dolor, revestido tan sólo de la fortaleza de un soldado, que reclama para sí el castigo por fracasar en su intento: a pie firme contempló su diestra derritiéndose en el hornillo enemigo, sin retirar la mano que chorreaba entre los desnudos huesos hasta que el fuego fue apartado de ella por el adversario. Pudo realizar en aquella campaña una gesta más afortunada, ninguna más valerosa. Advierte cuánto más decidida es la virtud para arrostrar las pruebas que la crueldad para imponerlas: más fácilmente Porsena perdonó a Mucio el haber intentado asesinarle, que a sí mismo Mucio el no haberle asesinado.

«Son éstas —alegas— historietas repetidas a coro en todas las escuelas; en el momento en que pasemos a tratar del desprecio de la muerte me contarás la suerte de Catón.»[122] ¿Por qué no he de presentártelo leyendo en aquella noche postrera el libro de Platón,[123] con la espada junto a la cabecera? Estos dos instrumentos se había procurado en el trance supremo: uno, para animarse a morir, el otro, para poder realizar su propósito. Así pues, arreglados los asuntos de la forma que era posible arreglarlos dado su extremo deterioro, pensó que debía actuar de manera que a nadie cupiese la posibilidad de matar a Catón o la suerte de salvarlo. 6

Y así, desenvainada la espada que hasta aquel día había conservado limpia de sangre, dijo: «Nada ha conseguido, fortuna, obstaculizando todos mis propósitos. No luché hasta ahora por mi libertad, sino por la libertad de la patria; ni actuaba con tanta tenacidad para vivir libre, sino para vivir en compañía de ciudadanos libres; puesto que la situación del humano linaje es tan lamentable, éste es el momento de conducir a Catón a lugar seguro». 7

A continuación infirió a su cuerpo una herida mortal, que los médicos vendaron; mas, teniendo menos sangre, menos fuerzas, pero el mismo valor, irritado ya no sólo contra César, sino contra sí mismo, rasgó con sus inermes manos la herida, y expulsó —que no exhaló— aquel su noble espíritu, desdeñoso de toda prepotencia.[124] 8

No acumulo ahora los ejemplos con el fin de ejercitar el ingenio, sino para exhortarte ante esa prueba que pasa por ser terrible sobremanera. Haré más fácil mi exhortación, si te muestro que no fueron sólo varones fuertes quienes menospreciaron el trance supremo de exhalar el alma, sino que ciertos hombres, cobardes para otros menesteres, en este asunto igualaron el valor de los mejores, como lo hizo Escipión,[125] el suegro de Gneo 9

Pompeyo. Arrastrado por viento contrario hasta África, y viendo que su navío era apresado por los enemigos, se atravesó con la espada; y a los que preguntaban dónde se hallaba el general, respondió: «El general se encuentra bien».

Semejante frase le puso al nivel de sus antepasados e impidió que 10
quedase interrumpida la gloria destinada en África a los Escipiones.[126] Fue un gran merecimiento vencer a Cartago, pero mayor fue aún vencer a la muerte. «El general —dijo— se encuentra bien.» ¿Acaso un general, que lo era de Catón, debía morir de otra suerte?

No te remito a las historias escritas ni enumero a los que en cada siglo 11
despreciaron la muerte, que son muchísimos. Dirige la mirada a este nuestro tiempo cuya postración y molicie lamentamos: te procurará hombres de toda categoría, de toda fortuna, de toda edad que atajaron sus males con la muerte. Créeme, Lucilio, tan poco hemos de temer la muerte que, gracias a ella, nada debemos temer.

Por ello, escucha sin preocupación las amenazas de tu adversario, y 12
aunque tu conciencia te infunda confianza, con todo, puesto que tienen valor muchas pruebas marginales al proceso, espera la sentencia más justa, pero disponte también por si resulta ser muy injusta. Mas ante todo acuérdate de suprimir la confusión en las cosas y calar en la esencia de toda cuestión: descubrirás que en ellas nada hay terrible excepto el temor que inspiran.

Lo que ves que acontece a los niños, eso mismo nos acontece a nosotros, 13
niños mayorcitos: ellos, a las personas que aman, a las que se han habituado, con las que juegan, si las ven enmascaradas, se asustan. No sólo a hombres, sino a los objetos hay que quitar la máscara y devolverles su propio rostro.

¿Por qué me exhibes las espadas y el fuego y la caterva de verdugos 14
bramando a tu derredor? Quítate ese atuendo bajo el cual te escondes y amedrentas a los necios. Eres la muerte, que poco ha mi siervo, mi esclava han menospreciado. ¿Por qué nuevamente son los azotes y el potro los que con gran aparato expones ante mí, por qué las distintas herramientas que se aplican a cada una de las articulaciones para dislocarlas y otros mil instrumentos para despedazar a los hombres, miembro por miembro? Aparta esos pertrechos que nos aturden, manda acallar los gemidos, las lamentaciones y los gritos amargos, proferidos en medio del magullamiento. Por supuesto eres el dolor que aquel gotoso menosprecia, que aquel dispéptico soporta hasta con placer, que la joven sufre en el parto. Eres suave si puedo soportarte; pasajero, caso de no poder.

Medita estas enseñanzas que a menudo has oído, que a menudo has 15
expuesto; pero tu sinceridad, al oírlas o al exponerlas, compruébala con las obras. Porque resulta muy vergonzoso el reproche que a menudo se nos hace: que cuidamos las palabras, no las obras propias del filósofo. ¿Qué, pues? ¿Te enteraste ahora por vez primera que se cierne sobre ti la amenaza de la muerte, del destierro, del dolor? Has nacido para estos trances. Cuanto puede suceder pensemos que ha de suceder.

La conducta que te aconsejo, me consta con certeza que la has practicado. 16
Ahora te exhorto a no sumir tu alma en tal preocupación, ya que se embotará y tendrá menos vigor cuando haya de levantarse. Empújala de tu causa particular hacia una causa de carácter general: significale que posees un corpezuelo mortal y frágil, al que no sólo la injusticia y la violencia de los tiranos amenazará con el dolor; hasta los placeres se convierten en dolor, los festines ocasionan indigestión, la embriaguez el embotamiento y temblor de nervios, los placeres libidinosos trastornos en los pies, en las manos y en todas las articulaciones.

Me haré pobre: estaré entre la mayoría. Iré al destierro: pensaré haber 17
nacido en el lugar al que se me envíe. Seré encadenado: ¿y qué? ¿Acaso estoy ahora libre? La naturaleza me sujetó a esta carga pesada que es mi cuerpo. Moriré: es decir, abandonaré el riesgo de la enfermedad, el riesgo de la prisión, el riesgo de la muerte.

No soy tan necio para repetir en este lugar la cantinela de Epicuro y 18
afirmar que el temor a los infiernos es vano,[127] que la rueda de Ixión no da vueltas, que la roca a espaldas de Sísifo no es empujada cuesta arriba y que las entrañas de un condenado no pueden ser devoradas y regenerarse cada día. Nadie es tan ingenuo que tema al can Cerbero,[128] a las tinieblas y al espectro de las sombras formado de huesos descarnados. La muerte o nos destruye o nos libera: liberados nos queda el componente más noble, una vez desembarazados de la carga; destruidos nada nos queda, al sernos arrebatados por igual los bienes y los males.

Permíteme que recuerde en este momento un verso tuyo, no sin antes 19
inducirte a reconocer que no lo escribiste únicamente para los demás, sino también para ti. Es una postura deshonesta decir una cosa y sentir otra; ¡cuánto más deshonesta la de escribir una cosa y sentir otra! Me acuerdo de que en cierta ocasión abordaste el conocido tópico: que no caemos repentinamente en la muerte, sino que avanzamos hacia ella poco a poco.

Morimos cada día; cada día, en efecto, se nos arrebata una parte de la 20

vida y aun en su mismo período de crecimiento decrece la vida. Perdimos la infancia, luego la puericia, después la adolescencia. Todo el tiempo que ha transcurrido hasta ayer, se nos fue; este mismo día, en que vivimos, lo repartimos con la muerte. Como a la clepsidra no le vacía la última gota de agua, sino todas las que antes se han escurrido, así la última hora, en la que dejamos de existir, no causa ella sola la muerte, sino que ella sola la consuma.[129] Entonces llegamos al final, pero ya hacía tiempo nos íbamos acercando.

Después de haber expuesto estos conceptos con tu estilo habitual, por supuesto siempre notable, pero nunca más brillante que cuando pones tu expresión al servicio de la verdad, dices: «La muerte no viene de una vez, sino que es la última la que se nos lleva».[130] Prefiero que leas tus frases antes que mi epístola: te quedará claro que esta muerte que nos asusta es la definitiva, no la única. 21

Veo a donde diriges la mirada. Buscas qué obsequio he introducido en esta carta: qué sentencia noble de algún famoso, qué útil precepto. En relación con el tema expuesto te transmitiré algún pensamiento. Epicuro reprende no menos a quienes desean la muerte que a quienes la temen, diciendo: «Es ridículo que te apresures a la muerte por hastío de la vida, siendo así que ha sido tu clase de vida la que ha determinado tu carrera hacia la muerte».[131] 22

Asimismo dice en otro pasaje: «¿Qué hay tan ridículo como suspirar por la muerte, cuando te has hecho angustiosa la vida por miedo a la muerte?»[132] Puedes añadir a estas frases aquella otra del mismo género: es tan grande la imprudencia de los hombres, o mejor, su locura, que algunos se ven arrastrados a la muerte por el temor a morir.[133] 23

Cualquiera de estos pensamientos que hubieres meditado robustecerá tu espíritu para soportar tanto la muerte como la vida, ya que se nos ha de exhortar y fortalecer para este doble objetivo: el de no amar demasiado la vida, ni odiarla en demasía. Incluso cuando la razón aconseja poner fin a la vida, la resolución hay que tomarla sin temeridad ni precipitación. 24

El varón fuerte y sabio no debe huir de la vida, sino salir de ella; y ante todo evítese aquella pasión que se adueña de muchos: el deseo de morir. Existe, en efecto, querido Lucilio, como para otras cosas, también para morir, una tendencia irreflexiva que, a menudo, se apodera de hombres nobles y de carácter impetuoso, a menudo de los cobardes y desanimados: aquéllos 25

desprecian la vida, éstos la encuentran pesada.

A algunos les invade el hastío de realizar y contemplar las mismas cosas, no el odio, sino el tedio de vivir, al cual nos abandonamos a impulsos de la propia filosofía al tiempo que decimos: «¿Hasta cuándo las mismas cosas? [134] 26

»Es decir: me despertaré, dormiré; comeré, tendré hambre; sentiré frío y calor. Ninguna cosa tiene final, sino que todas enlazadas en círculo se alejan y vuelven; al día lo oculta la noche, a la noche el día, el verano termina con el otoño, al otoño lo persigue el invierno, al cual detiene la primavera; todo pasa para luego volver. No hago nada nuevo, ni contemplo nada nuevo; ello, al fin, me produce náuseas». Son muchos los que no consideran la vida penosa, sino superflua.

25

Vivir en presencia de un modelo de virtud. El retiro provechoso

Con relación a nuestros dos amigos hay que seguir métodos diversos: los 1
vicios de uno se deben enmendar; los del otro, cortar. Te lo diré con absoluta libertad: al segundo no le demuestro amor más que cuando le disgusto. «¿Entonces qué? —preguntas—. ¿A un pupilo cuadragenario piensas mantenerlo bajo tu tutela? Repara en su edad, endurecida ya e indomable; es imposible su reforma; se modela únicamente la materia blanda.»

No sé si conseguiré de él algún progreso; pero prefiero que se frustre el 2
éxito antes que mi lealtad para con él. No desesperes de que puedan curarse aun los enfermos crónicos, con tal que te mantengas firme contra sus excesos y les induzcas contra su voluntad a realizar y soportar muchas cosas.

Respecto del otro tampoco tengo bastante confianza, si exceptuamos el 3
hecho de que todavía le avergüenza cometer faltas.[135] Hay que fomentar este pudor, ya que mientras perdure en su alma, habrá algún lugar para la buena esperanza.

Con el amigo ya viejo habrá que actuar con mayor moderación, para que 4
no llegue a desesperar de sí. Y no ha existido ocasión mejor para intentarlo que ahora, en estos momentos de calma, en que parece estar reformado. A otros este apaciguamiento suyo les ha sorprendido, a mí no me engaña. Espero que con creces reaparecerán los vicios, los cuales no ignoro que están

por ahora inactivos, aunque existen. Dedicaré un tiempo a su cuidado y comprobaré si puede hacerse algo o no.

Por tu parte, como lo vienes haciendo, muéstrate fuerte ante mí y reduce 5
tus efectivos. Nada de cuanto poseemos es indispensable; hemos de retornar a la ley de la naturaleza. Sus riquezas están a nuestro alcance; los medios de subsistencia o son gratuitos o poco costosos: pan y agua es cuanto la naturaleza reclama.[136] Para este sustento nadie es pobre, y todo el que limita a ello sus deseos puede competir en felicidad con el propio Júpiter, como afirma Epicuro,[137] de quien en esta epístola voy a incluir un pensamiento.

Dice: «Realiza todos tus actos como si Epicuro te observase».[138] 6
Aprovecha, sin duda, imponerse un guardián y tener a quien dirijas la mirada, a quien juzgues que está presente en tus pensamientos. Por supuesto, es mucho más honroso vivir como a la vista de algún varón virtuoso siempre presente en nosotros; pero a mí me basta sólo con que realices cuanto vayas a realizar como si alguien te contemplase; todos los males nos los inspira la soledad.

Cuando hubieres ya progresado tanto que tengas respeto hasta de ti 7
mismo, te será permitido despedir al preceptor. Entre tanto protégete con el ascendiente que ejerza alguien sobre ti, bien sea éste Catón, Escipión, Lelio[139] o cualquier otro cuya sola presencia lograría suprimir los vicios hasta de los depravados, mientras tú te vas transformando en un hombre tal que en tu propia presencia ya no te atrevas a obrar el mal. Cuando hayas conseguido este propósito y hubiere comenzado a existir en ti algún aprecio de ti mismo, empezaré a permitirte la conducta que el propio Epicuro aconseja: «Retírate en ti mismo en el preciso momento en que te veas forzado a estar entre la multitud».[140]

Conviene que te hagas diferente del vulgo con tal que esté en tu mano 8
retirarte en tu interior. Examina a cada uno; no existe ni uno a quien no le resulte preferible estar con cualquiera antes que consigo. «Retírate en ti mismo en el preciso momento en que te veas forzado a estar entre la multitud»: a condición de que seas un hombre de bien, tranquilo, moderado. De otra suerte, saliendo de ti debes retirarte entre la multitud; a tu lado te asemejas más bien a un hombre malvado.

El encanto de la vejez y la preparación para la muerte

Poco ha te decía que me hallaba en presencia de la vejez;[141] ahora temo haber dejado la vejez tras de mí.[142] Es otro ya el vocablo apropiado para mis años, por lo menos para mi cuerpo, ya que en verdad el nombre de vejez se aplica a la edad debilitada, no a la edad agotada. Cuéntame entre los decrépitos que tocan a su fin. 1

Con todo, me congratulo conmigo en tu presencia: no siento en mi alma el rigor de los años, aunque lo sienta en el cuerpo. Solamente los vicios y los soportes de los vicios han envejecido en mí. El alma está vigorosa y se alegra de no tener mucha comunicación con el cuerpo. Se ha despojado de gran parte de su carga. Salta de gozo y me plantea la discusión sobre la vejez: afirma que ésta constituye su esplendor. Otorguémosle crédito, que disfrute de su propio bien. 2

Ella me exhorta a entregarme a la reflexión para distinguir la parte que de esta serenidad y moderación de mi vida debo a la sabiduría y la que debo a la edad, y, por otro lado, examinar diligentemente lo que no puedo y lo que no quiero hacer, dispuesto a comportarme como si no quisiera todo aquello que me complace no poder realizar.[143] Porque ¿cuál es el motivo de queja, cuál el perjuicio, si todo cuanto debía terminarse ya se extinguió? 3

Respondes: «Constituye un perjuicio muy grande disminuir, desfallecer y, para decirlo con propiedad, diluirse; ya que no somos golpeados y abatidos repentinamente, se nos va desgarrando, cada día se nos resta algo de fuerza». ¿Es que existe una salida mejor que la de ir disolviéndose uno hasta el fin por consunción natural? No porque constituya un mal el golpe fatal y el partir súbito de esta vida, sino porque resulta suave el camino cuando se nos va retirando de ella poco a poco. En cuanto a mí, cual si se aproximara la prueba y se presentara aquel día que pronunciará sentencia sobre toda mi vida, de esta manera me analizo y me digo: 4

«Nada vale hasta ahora cuanto he demostrado con hechos o palabras; son estas garantías del alma fútiles, engañosas, envueltas en multitud de embelecos; el juicio sobre mi aprovechamiento he de confiarlo a la muerte. Así pues, sin temor me dispongo para aquel día en el que, rechazados ardides y disfraces, he de juzgar sobre mi conducta: si enseño la fortaleza o la siento, si hubo simulación y farsa en cuantas expresiones porfiadas lancé contra la fortuna. 5

»Deja a un lado la opinión de los hombres: es siempre oscilante y se divide yendo de una parte a otra. Deja a un lado los estudios en que te 6 ocupaste a lo largo de tu vida, la muerte va a pronunciarse sobre ti. Así lo mantengo: los debates y coloquios doctrinales, las máximas sacadas de las enseñanzas de los sabios y una conversación erudita no manifiestan la verdadera fortaleza del alma, pues hasta el lenguaje de los más tímidos es osado. La calidad de tus obras se mostrará cuando entregues tu alma. Acepto el acuerdo, no me asusta el juicio».[144]

Así hablo conmigo; mas considera que he hablado lo mismo contigo. Eres 7 más joven:[145] ¿qué importa? Los años no cuentan. Es incierto el lugar en que te aguarda la muerte, por ello aguárdala tú a ella en todo lugar.

Quería ya terminar, y la mano se encaminaba ya hacia el final, pero hay 8 que cumplir con los pagos y dotar a esta carta de las provisiones para el viaje. Imagina que no te digo de dónde voy a tomar el préstamo; sabes de quién es el caudal de que dispongo. Aguarda un instante, y el pago te lo haré con dinero de nuestra escuela; entre tanto el préstamo me lo proporcionará Epicuro, cuando dice: «Medita sobre la muerte»,[146] o si tal pensamiento puede ser interpretado por nosotros con mayor elegancia así:

«Es una gran cosa aprender a morir». Piensas, quizá, que es superfluo 9 aprender aquello que nos ha de ser útil una sola vez: es ésta precisamente la razón que nos impulsa a meditar; hay que aprender continuamente aquella lección que no podemos saber si la hemos aprendido o no.

«Medita sobre la muerte.» Quien esto dice, nos exhorta a que meditemos 10 sobre la libertad. Quien aprendió a morir, se olvidó de ser esclavo;[147] se sitúa por encima o, al menos, fuera de toda sujeción. ¿Qué le importan la cárcel, la guardia, los cerrojos? Tiene abierta la puerta. Una sola es la cadena que nos mantiene sujetos: el amor a la vida; este sentimiento, aunque no lo debamos rechazar, hay que reducirlo de tal manera que, si alguna vez las circunstancias lo exigieren, nada nos detenga ni nos impida que estemos preparados a realizar al instante lo que algún día es preciso que realicemos.

27

El esfuerzo por la virtud, bien supremo, es una labor personal

Dícesme: «¿Tú me das consejos, de verdad ya te los has dado a ti mismo, ya 1

te has corregido, por eso te ocupas en mejorar a los demás?». No soy tan cínico hasta el punto de realizar curaciones estando enfermo, mas como si me hallase en la misma enfermería converso contigo sobre la dolencia común a ambos y te expongo los remedios. Escúchame, pues, como si conversara conmigo mismo: te doy entrada a mis secretos y en tu presencia delibero conmigo mismo.

A voces me digo a mí mismo: «Cuenta tus años; te avergonzarás de querer 2
lo mismo que habías querido de niño, de procurarte el mismo contento. Asegúrate, próximo al día de la muerte, este logro: que tus vicios mueran antes que tú. Abandona esos turbios placeres que habrás de expiar a gran precio; no sólo los que están por llegar, sino los que ya pasaron nos perjudican. De la misma manera que la angustia por los crímenes, aun cuando no se hayan descubierto cuando se cometían, no desaparece con ellos mismos, así el remordimiento a causa de los perversos placeres subsiste aún después de ellos.[148] No son sólidos, no son firmes; aunque no dañen, se nos escapan.

»Trata mejor de conseguir algún bien que permanezca; mas no existe 3
ninguno fuera del que el alma descubre en sí misma. Sólo la virtud proporciona el gozo perenne, seguro; aunque se presente algún obstáculo, éste se interpone a la manera de las nubes que se mueven en las capas bajas y no impiden la claridad».

¿Cuándo conseguirás alcanzar este gozo? Cierto que hasta ahora no 4
estamos ociosos, pero hay que darse prisa. Queda por realizar gran parte de la obra a la que es preciso consagres tus propias vigilias, tu propio trabajo, si quieres llegar a término. La tarea no admite sustituto.

Otra clase de obras admite la colaboración. Calvisio Sabino,[149] en 5
nuestra época, fue un hombre rico; poseía tanto el patrimonio de un liberto como su carácter: jamás he visto opulencia más indecorosa. Era tan mala su memoria que se le olvidaba ora el nombre de Ulises, ora el de Aquiles, ora el de Príamo, héroes que conocía con la misma perfección con que nosotros reconocemos a nuestros pedagogos. Ningún nomenclator[150] decrépito, que en lugar de repetir los nombres se los inventa, designaba con tantos errores las tribus como aquel lo hacía con los troyanos y aqueos; no obstante quería pasar por erudito.

Así pues, discurrió este procedimiento expeditivo: con gran desembolso 6
compró esclavos; uno que supiese de memoria a Homero, otro a Hesíodo,

además asignó otro a cada uno de los nueve líricos.[151] Que los hubiera comprado con gran dispendio no debe extrañarte: no los había encontrado preparados, los ajustó para que los preparasen. Una vez adiestrada esta servidumbre, comenzó a incordiar a sus invitados. Tenía a sus pies a estos esclavos, a los que pedía sin cesar le sugiriesen versos para repetirlos, pero a menudo se perdía en medio de una frase.

Satelio Cuadrato, parásito de los ricos insensatos, en consecuencia, bufón 7
y, cualidad inherente a estas dos, su mofador, le aconsejó que se hiciera con gramáticos para recoger frases.[152] Como le hubiese indicado Sabino que cada uno de los siervos le costaba cien mil sestercios, él le replicó: «A menor precio hubieras comprado otros tantos archivos». Con todo, aquel hombre persistía en creer que él sabía tanto como otro cualquiera en su casa.

El propio Satelio se puso a exhortarle a la práctica de la lucha a él, 8
hombre enfermizo, pálido, endeble. Mas como Sabino le hubiera preguntado: «¿Cómo puedo conseguirlo? ¿Apenas si me sostengo?», le respondió: «No hables así, te lo suplico: ¿es que no ves cuántos son los esclavos robustísimos que posees?». La sabiduría ni se presta, ni se compra, y pienso que si estuviera en venta no tendría comprador; por el contrario, la insensatez se compra diariamente.

Pero cóbrate ya mi deuda y que te vaya bien. «Constituye una riqueza la 9
pobreza que se ajusta a la ley de la naturaleza.»[153] Lo dice a menudo Epicuro de una y otra forma; mas nunca se dice demasiado lo que nunca se aprende bien. A unos no precisa sino mostrarles los remedios, a otros es necesario imponérselos.

28

No son los viajes, es la disposición interior la que nos procura la salud

¿Piensas que sólo a ti te ha sucedido, y te sorprende, como un hecho insólito, 1
que con tan largo viaje, a través de países tan diversos, no disipaste la tristeza y la ansiedad del espíritu? Debes cambiar de alma, no de clima. Por más que surques el anchuroso mar, por más que, en frase de nuestro Virgilio, «tierras y ciudades se alejen de tu vista»,[154] te seguirán, adondequiera que

llegues, los vicios.

2 A uno que se quejaba por este mismo motivo Sócrates le arguyó: «¿Por qué te maravillas de que tus viajes al extranjero de nada te aprovechen, cuando es a ti mismo a quien llevas de un lugar para otro? Te agobia la misma causa que te impulsó a salir.»[155] ¿En qué puede aliviarte la novedad de las tierras, en qué el conocimiento de ciudades y comarcas? A nada útil conduce ese ajetreo. ¿Quieres saber por qué esa huida no te reconforta? Huyes contigo mismo. Tienes que descargar el peso del alma; hasta entonces, ningún paraje te agradará.

3 Piensa que el estado de tu alma es ahora semejante al de la profetisa que nuestro Virgilio presenta, ya enardecida y excitada, poseyendo una inspiración extraña a ella:

La profetisa se halla en trance por ver
si puede expulsar de su pecho al gran dios.[156]

Vas de acá para allá a fin de sacudir el peso que te abruma, que por el mismo ajetreo resulta más molesto, cual sucede en la nave, donde los fardos sujetos ocasionan menor desequilibrio, en cambio los amontonados en desorden hunden más pronto el lado en que se han colocado. Todo cuanto haces, lo haces contra ti, y el propio movimiento te perjudica, porque agitas a un enfermo.

4 Mas, cuando hubieres expulsado este mal, todo cambio de lugar te resultará grato; podrá ser que te destierren a los confines más remotos, pero en cualquier rincón de un país extranjero en que seas colocado, aquella mansión, sea la que fuere, te resultará hospitalaria. Importa, más que el sitio, la disposición con que te acercas a él; de ahí que no debamos aficionar nuestra alma a ningún lugar. Hay que vivir con esta persuasión: «No he nacido para un solo rincón; mi patria es todo el mundo visible».[157]

5 Si esta idea la tuvieres clara, no te sorprendería que no experimentes alivio alguno en los diversos países a los que sucesivamente te trasladas hastiado de los que antes visitaste; sin duda los primeros te hubieran complacido si los hubieses considerado todos como propios. Ahora no viajas, andas a la ventura, te dejas llevar y cambias un lugar por otro, siendo así que la finalidad que persigues, la de vivir honestamente, está a nuestro alcance en todo lugar.

6 ¿Puede existir acaso un sitio más ajetreado que el foro? También en él se

puede vivir apaciblemente, si fuere preciso. Pero, si pudiera disponer de mí mismo, rehuiría desde lejos la vista y la proximidad del foro; porque a la manera como los lugares malsanos atacan la salud más robusta, así también para el alma sana, pero todavía no en pleno vigor, sino recobrando fuerzas, existen ambientes poco saludables.

No estoy de acuerdo con esos que se lanzan en medio del oleaje y que, 7
dando por buena una vida agitada, cada día se enfrentan con gran empeño a las dificultades. El sabio soportará esta forma de vida, no la escogerá, y preferirá hallarse en paz antes que en lucha. No sirve de mucho haber expulsado los propios vicios si hay que pugnar con los ajenos.

«Treinta tiranos —replicará el sabio— asediaron a Sócrates y no 8
pudieron doblegar su ánimo.»[158] ¿Qué importa cuántos sean los señores? La servidumbre es una sola; quien la menosprecia, por más grande que sea la multitud de soberanos, se mantiene libre.

Es el momento de terminar, pero a condición de que antes te pague el 9
portazgo: «El principio de la salud es la conciencia de la culpa».[159] Esto lo dijo Epicuro, a mi modo de ver, admirablemente; porque quien ignora su falta, no quiere ser corregido; es preciso que descubras tu falta antes de enmendarte.

Algunos se vanaglorian de sus vicios; ¿crees tú que les preocupa algo su 10
curación a esos que cuentan sus defectos como virtudes? Por ello, cuanto te sea posible, ponte a prueba, investiga sobre ti; cumple primero el oficio de acusador, luego el de juez, por último, el de intercesor. Alguna vez procúrate un disgusto.

29

Las amonestaciones deberán hacerse oportunamente

Me preguntas sobre nuestro amigo Marcelino[160] y quieres enterarte de lo 1
que hace. Raras veces viene a verme, no por otro motivo sino porque teme escuchar la verdad, riesgo del que se encuentra ya alejado, pues no hay que dar lecciones sino a quien esté dispuesto a escucharlas. Por ello, con respecto a Diógenes, así como a los demás cínicos que, haciendo uso de una libertad sin miramientos, amonestaron a cuantos les salían al encuentro, suele discutirse si debieron proceder de este modo. En efecto, ¿qué conseguirá el

que corrige a los sordos o a los mudos de nacimiento o por enfermedad?

«¿Por qué —me replicas— voy a ahorrar palabras? Son de balde. No puedo saber si mi amonestación será útil a quien la hago, en cambio sé que a alguno seré útil si a muchos amonestare. Hay que alargar la mano. No es posible que nunca tenga éxito el que hace muchos intentos.» 2

Este procedimiento, querido Lucilio, no creo deba seguirlo un hombre que se precie. Su autoridad se desvirtúa y carece del peso suficiente frente a aquellos que podría corregir si estuviera menos envilecida. El arquero debe dar siempre en el blanco, sólo alguna vez puede fallar; no es un arte el que consigue por casualidad su objetivo. La sabiduría es un arte: debe apuntar a un blanco seguro, escoger a quienes ha de aprovechar, apartarse de aquellos que no le han merecido confianza, pero sin abandonarles en seguida, e intentando en la propia desesperanza remedios extremos. 3

Respecto de Marcelino no desespero todavía; aun ahora se le puede salvar, pero a condición de que se le tienda presto una mano. Existe sin duda el riesgo de que seduzca a quien se la tiende; su inteligencia es muy poderosa, pero se inclina ya hacia el mal. No obstante afrontaré ese riesgo, decidido a mostrarle sus males. 4

Actuará como de costumbre: recurrirá a aquellas bromas que son capaces de excitar la risa a los que lloran, y primero se burlará de sí mismo, luego de nosotros; se anticipará a todas mis reflexiones. Examinará nuestras escuelas y reprochará a los filósofos los donativos que han recibido, sus amantes, sus comilonas. 5

Me mostrará a uno en relaciones adúlteras, a otro en la taberna, a otro en la corte; me mostrará al gracioso filósofo Aristón[161] que enseñaba durante su paseo en litera: había elegido este momento para divulgar sus enseñanzas. Como se le preguntase a Escauro a qué escuela pertenecía éste,[162] respondió: «Ciertamente no es peripatético». Sobre el mismo personaje, al solicitar de Julio Grecino,[163] varón ilustre, su opinión, dijo éste: «No me es posible dárosla a conocer; ignoro realmente qué pueda hacer a pie firme», como si se le preguntase por un gladiador de los que luchan sobre un carro. 6

Marcelino me echará en cara estos charlatanes que mejor hubieran hecho en no preocuparse de la filosofía que en sacarle provecho. Me he decidido, con todo, a soportar sus denuestos: si él me provoca a risa, quizá yo le arranque las lágrimas, y, si persiste en reír, me alegraré, cuanto el mal lo permite, de que le haya tocado en suerte una locura de carácter alegre. Mas 7

no se prolonga ese regocijo: observa y verás como los mismos individuos que ríen con gran satisfacción, en breves instantes rabian con gran violencia.

Me he propuesto abordarle mostrándole cuánto mayor fue su prestigio cuando el vulgo le apreciaba menos. Aunque yo no extirpe sus vicios, los refrenaré; no cesarán, pero se interrumpirán; y hasta es posible que cesen si la interrupción se convierte en hábito. Este mismo resultado no hay que desdeñarlo, ya que también los gravemente enfermos consideran igual que la salud una notable atenuación del mal. 8

Mientras yo me ocupo de él, tú, que eres capaz, que comprendes de dónde has salido y adónde has llegado, y en consecuencia deduces qué meta has de alcanzar, pon en orden tu conducta, levanta tu ánimo, fortalécete frente a los temores; deja de enumerar a aquellos que te infunden miedo. ¿Acaso no será tenido por necio quien teme a una multitud en aquel puesto donde no es posible pasar más que de uno en uno? Asimismo no son muchos los que tienen posibilidad de ocasionarte la muerte, aunque muchos te amenacen con ella. La disposición de la naturaleza es ésta: uno solo te arrebatará la vida, como uno solo te la dio. 9

Si tuvieras delicadeza, me hubieras condonado la última entrega de dinero; pero tampoco yo me mostraré tacaño al saldar la deuda, y te pagaré lo que te debo. «Nunca he pretendido congraciarme con el pueblo, pues lo que yo sé el pueblo no lo aprueba y lo que el pueblo aprueba yo lo ignoro.»[164] 10

«¿Quién dijo esto?», preguntas, como si no supieras a quién pido el préstamo. Es Epicuro. Pero la misma verdad te la repetirán a voces todos los filósofos de cualquier escuela, peripatéticos, académicos, estoicos, cínicos. ¿Quién, en verdad, puede agradar al pueblo, si es que ama la virtud? Con malas artes se alcanza el favor popular; es preciso que te hagas semejante al vulgo; no te aceptará si no te reconoce suyo. Mas lo que importa sobremanera es la opinión que tienes de ti mismo no la que otros tienen de ti; sólo con viles procedimientos puede granjearse el afecto de la gente vil. 11

Así pues, ¿qué te garantizará la filosofía tan elogiada, más estimable que todas las artes y todos los bienes? Sin duda, que prefieras tu propia decisión a la del pueblo, que valores las opiniones, sin que importe su número, que vivas sin temor a los dioses y a los hombres, que superes los males o que les pongas fin. Por lo demás, si te viera ensalzado por las aclamaciones del vulgo, si a tu presencia resonaran aplausos atronadores, honores propios de la pantomima; si por toda la ciudad te enaltecieran las mujeres y los niños, ¿cómo no voy a compadecerte, sabiendo cuál es el camino que lleva a esa 12

popularidad?

LIBRO IV

31

Menosprecio de los bienes externos, aprecio de la interioridad

Reconozco a mi Lucilio:[165] empieza a mostrarse cual lo había prometido. 1
Sigue el impulso del alma que te encaminaba hacia todo lo perfecto después que pisoteaste los bienes que estima la gente. No deseo que llegues a ser ni más grande ni mejor de lo que te proponías. Los cimientos de tu obra han ocupado mucho espacio. Lleva a término no más de lo que te has propuesto y aquellos propósitos que has formulado en tu interior, realízalos.

En una palabra, serás sabio si cierras los oídos, que no basta obturar con 2
cera; precisamos de un tapón más compacto que aquel que Ulises, según cuentan, aplicó a sus compañeros.[166] El canto aquel que temían era halagador, pero no se oía por todas partes: en cambio éste, ciertamente temible, resuena en nuestro derredor no desde una roca,[167] sino desde cualquier rincón de la tierra. Así debes tú pasar de largo no por un solo lugar sospechoso por las insidias del placer, sino por todas las ciudades. Muéstrate sordo a tus seres más queridos: con buena intención te desean el mal. Si quieres ser feliz, ruega a los dioses que no te acontezca nada de cuanto piden para ti.

No es un bien esa prosperidad de que ellos te quieren colmar. El único 3
bien, causa y soporte de la vida feliz, consiste en confiar en sí mismo. Mas este bien no puede alcanzarse, si no se desestima el trabajo y se le sitúa en el rango de lo que no es ni bueno ni malo,[168] ya que no es posible que una misma cosa sea ora buena, ora mala, unas veces leve y soportable, otras temible.

El trabajo no es de suyo un bien. ¿Qué cosa es, pues, un bien? El 4
menosprecio del trabajo. En consecuencia, reprobaría a quienes se fatigan inútilmente; por el contrario, a los que se esfuerzan por la honestidad, cuanto más se empeñe en ello sin permitirse el desánimo y el descanso, los admiraré y ensalzaré diciendo: «¡Muy bien! Ponte en pie, aspira y, si puedes, remonta esa cuesta de una alentada». El trabajo nutre los espíritus generosos.

No hay motivo, por tanto, para que sea de conformidad con aquel viejo 5

anhelo de tus padres la elección de lo que pretendes, de lo que deseas que te suceda; en suma, es deshonroso para un hombre que ha desempeñado los máximos cargos importunar aún ahora a los dioses. ¿Qué necesidad tienes de súplicas? Tú mismo hazte feliz, y lo conseguirás si comprendes que son buenos aquellos actos que están inundados de virtud, malos aquellos a los que se adhiere la maldad. Como no existe nada brillante que no esté compuesto de luz, y nada sombrío que no contenga tinieblas o atraiga a sí alguna oscuridad, como sin ayuda del fuego nada hay cálido y sin el aire nada frío, así lo honesto y lo torpe resulta de la participación que respectivamente tienen en la virtud o en la maldad.

¿Qué es, pues, bueno? El conocimiento de la realidad.[169] ¿Qué es malo? 6
La ignorancia de la realidad. El sabio prudente y hábil, según las circunstancias, rechazará o escogerá cada cosa; pero ni teme lo que rechaza, ni ensalza lo que elige, supuesto que tiene un alma grande e invicta. Humillarte o deprimirte te lo prohíbo. No rehusar el trabajo es poco: búscalo.

«¿Entonces qué? —respondes—. ¿El trabajo fútil y superfluo que 7
motivaron causas despreciables no es malo?» No más que aquel otro que se consagra a nobles fines, puesto que encarna en sí paciencia del alma que se estimula a sí misma para arduos y penosos cometidos con estas palabras: «¿Por qué te detienes? No es varonil rehuir el sudor».

A este esfuerzo hay que añadir, para que la virtud sea perfecta, un 8
equilibrio y una constante en la vida del todo conforme consigo misma, objetivo irrealizable si no acompaña el saber y la ciencia que nos enseña lo humano y lo divino.[170] Aquí está el bien supremo; si lo consigues, vienes a ser compañero de los dioses, no mero suplicante.

«¿Cómo —preguntas— se alcanza esta meta?» No se consigue escalando 9
los Alpes Peninos o Grayos, ni atravesando los yermos de Candavia,[171] ni tienes que afrontar las Sirtes,[172] ni Escila o Caribdis,[173] parajes todos ellos que, no obstante, recorriste al precio de un humilde empleo de procurador. Es seguro, es agradable el camino para el que la naturaleza te ha equipado. Ella te ha provisto de aquellos recursos que, si no los desaprovechas, te elevarán a la misma altura de Dios.

Ahora bien, igual a Dios no te hará el dinero: Dios nada posee. Tampoco 10
la pretexta: Dios está desnudo. No lo hará tu buena reputación, ni la exhibición de tu persona, ni la notoriedad de tu nombre difundida entre los

pueblos: nadie conoce a Dios, muchos tienen de él mala opinión, y ciertamente con impunidad. Tampoco el tropel de siervos que llevan tu litera por las vías de la ciudad y de los países extranjeros: Dios, el más grande y más poderoso que todos, guía con su impulso el universo. Ni siquiera tu hermosura o tu pujanza pueden hacerte feliz: nada de esto resiste el paso del tiempo.

Hemos de buscar un bien que no empeore de día en día, al cual no puedan 11
ponerse obstáculos. ¿Y éste cuál es? El alma, pero siempre que ésta sea recta, buena y grande. ¿Con qué otro nombre la designarás sino con el de un dios que se hospeda en el cuerpo humano?[174] Esta alma puede encontrarse tanto en un caballero romano, como en un liberto, como en un esclavo.[175] Porque ¿qué es un caballero romano, o un liberto, o un esclavo? Unos nombres, producto de la ambición o de la injusticia. Desde un rincón se puede saltar hasta el cielo; elévate, pues,

y modélate, asimismo, digno de un dios.[176]

Pero no te modelarás ni con oro ni con plata; con estos materiales no puede plasmarse una imagen semejante a un dios; piensa que, cuando nos eran propicios, estaban hechos de barro.

32

Consejos para llegar a la vida perfecta

Me informo sobre tu persona y pregunto a cuantos vienen de esa región[177] 1
qué actividad llevas, dónde y con quiénes habitas. No puedes engañarme: estoy en tu compañía. Vive como si yo fuera a enterarme de tus acciones, más aún, como si fuera a verlas.[178] ¿Quieres saber qué es lo que particularmente me complace en las noticias que recibo de ti?: que no se me da ninguna, que la mayor parte de la gente a la que pregunto ignoran lo que estás haciendo.

Es ésta una conducta saludable: la de no frecuentar las personas 2
diferentes a nosotros, que aspiran a ideales distintos. Albergo, ciertamente, la confianza de que no es posible que te desvíes y que vas a persistir en tu empeño aun cuando los que te inquietan te envuelvan en tropel. Entonces, ¿a qué viene esto? No temo que te cambien, temo que te estorben. Realmente,

gran perjuicio nos causa el que nos detiene, máxime en una vida tan corta, que nosotros acortamos aún más por nuestra inconstancia, ya que la comenzamos sin cesar una y otra vez: la dividimos en pedazos y la malgastamos.

Apresúrate, pues, queridísimo Lucilio, y piensa en qué medida tendrías 3
que incrementar tu celeridad, si el enemigo te hostigase por la espalda, si sospechases que se está acercando la caballería y que pisa las huellas de los fugitivos. Esto es una realidad: se te acosa. Date prisa y escabúllete; retírate a un puesto seguro y después piensa cuán hermosa es la gesta de consumar la vida antes de la muerte, para luego esperar con calma el tiempo que a uno le resta de vida, sin reservar nada para sí, una vez afianzado en la posesión de la vida feliz, que no resulta más feliz porque sea más larga.

¡Oh, cuándo llegará el tiempo en que comprendas que el tiempo en nada te 4
afecta, en que te halles sereno y tranquilo, sin preocuparte del mañana, y en la suma plenitud de ti mismo! ¿Quieres saber qué es lo que vuelve a los hombres codiciosos del futuro? Ninguno tiene el dominio de sí mismo.[179] Y así tus padres desearon para ti otras metas. Yo, por el contrario, pido para ti el desprecio de todas aquellas cosas que ellos pidieron para ti en abundancia. Con sus deseos tratan de saquear a muchos para enriquecerte a ti: todo cuanto hacen pasar a tus manos, han de sustraerlo a otros.

Te deseo el dominio de ti mismo, que tu espíritu, al que un pensamiento 5
fluctuante ha perturbado, se mantenga firme y esté seguro, que encuentre satisfacción en sí mismo y que, una vez reconocidos los bienes verdaderos, cuyo reconocimiento lleva emparejada su posesión, no tenga necesidad de que se le prolongue la existencia. Aquel que vive después de haber consumado su vida, ha superado, por fin, las necesidades, y se halla exonerado y libre.

33

Valor de las sentencias filosóficas y del magisterio de los antiguos

Deseas que también en estas epístolas, como lo hice en las anteriores, incluya 1
algunas máximas de nuestros eminentes maestros. Ellos no se ocuparon en reunir florecillas; la estructura de sus obras es toda varonil.[180] Sábete que la desigualdad existe cuando lo que está más elevado se hace notar. No suscita

la admiración un solo árbol allí donde toda la selva se levanta a la misma altura.

De sentencias de esta clase está llena la poesía, está llena la historia. Por ello no quiero que las consideres propias de Epicuro: son patrimonio de todos y en particular de nuestra escuela; pero en aquél destacan más porque las presenta en pasajes muy escasos, porque son inesperadas, porque es sorprendente que una frase vigorosa haya sido pronunciada por quien ha hecho profesión de molicie. Tal es, por lo tanto, la opinión de la mayoría. Para mí Epicuro es también un varón fuerte, aunque su vestido sea de mangas largas.[181] La fortaleza, la laboriosidad y el espíritu dispuesto para la guerra se adaptan tanto a los persas, como a la gente bien ceñida.[182] 2

No hay motivo, por tanto, para que me exijas extractos y citas: en nuestros estoicos se encuentra de forma continuada lo que en otros autores hay que seleccionar. Así que no poseemos esas mercancías llamativas, ni engañamos al comprador que, una vez dentro de la tienda, no va a encontrar objeto alguno distinto de las muestras colgadas a la puerta; al propio cliente le damos permiso para que tome su modelo de donde quiera. 3

Suponte por un momento que queramos seleccionar del conjunto unas máximas ingeniosas: ¿a quién las asignaremos?, ¿a Zenón, a Cleantes, a Crisipo,[183] a Panecio o a Posidonio?[184] No somos vasallos de un rey: cada cual reclama los derechos para sí mismo. Entre los epicúreos, cuanto dijo Hermarco, cuanto Metrodoro,[185] se atribuye a uno solo; todo lo que cada uno manifestó en medio de aquella camaradería, lo manifestó bajo la dirección y los auspicios de uno solo. Nosotros, lo repito, no podemos extraer, aunque lo intentemos, modelo alguno de entre una multitud tan grande de sentencias igualmente estimables: 4

Es propio del pastor pobre contar el rebaño.[186]

Dondequiera fijes la mirada descubrirás alguna frase que podría destacar, si no la leyeras en medio de otras de igual valor.

En consecuencia, abandona la esperanza de gustar en extracto el ingenio de los hombres más ilustres: debes examinarlos a todos, debes hacer uso frecuente de todos. Tratan sin interrupción un asunto: a través de unos rasgos que les son propios articulan el trabajo de su inteligencia, del cual nada puede substraerse sin quiebra del conjunto. Tampoco te prohíbo que examines sus miembros uno por uno, con tal que sea dentro de la unidad del ser 5

humano. No es hermosa aquella mujer cuya pierna o brazo suscita elogios, sino aquella cuya figura cabal anula la admiración por un miembro determinado.

Con todo, si me lo exiges, no me comportaré tan mezquinamente contigo, 6
sino que te satisfaré con mano generosa. Ingente es la multitud de esas sentencias que se hallan por doquier; bastará tomarlas sin tener que escogerlas, ya que no surgen aisladas, sino que manan a raudales, en sucesión continua y encadenadas entre sí. No dudo de que aporten gran utilidad a los todavía inexpertos y no iniciados, ya que con más facilidad se graban las máximas concretas, bien definidas y acomodadas a la estructura del verso.

Por ello procuramos que los niños aprendan las sentencias y las frases 7
que los griegos llaman «chrías»,[187] ya que a éstas las puede captar su inteligencia infantil, que ya no podría abarcar más. Pero al hombre con notorio aprovechamiento le resulta vergonzoso ir a recoger florecillas, apoyarse en máximas muy conocidas y compendiadas, y depender de su memoria: debe ya sustentarse en sí mismo. Exprese tales conceptos sin retenerlos mentalmente; pues resulta indecoroso para uno ya anciano, o que frisa en la ancianidad, obtener sus conocimientos apoyándose en un libro de memorias. «Esto dijo Zenón»: ¿y tú, qué? «Esto dijo Cleantes»: ¿y tú, qué? ¿Hasta cuándo te moverás al dictado de otro? Ejerce tú el mando, expón alguna idea que llegue a la posteridad, ofrece algo y que ello sea de tu repuesto.

Así pues, todos esos personajes, nunca creativos, siempre comentadores, 8
agazapados al amparo del prestigio ajeno, no considero que tengan nobleza alguna de espíritu, puesto que nunca se han decidido a poner en práctica, siquiera una vez, lo que durante largo tiempo habían aprendido. Su memoria la han ejercitado sobre pensamientos de otros; pero no es lo mismo recordar que saber. Recordar supone conservar en la memoria la enseñanza aprendida; por el contrario, saber es hacer suya cualquier doctrina sin depender de un modelo, ni volver en toda ocasión la mirada al maestro.

«Esto dijo Zenón, esto Cleantes.» Que medie alguna distancia entre ti y el 9
libro. ¿Hasta cuándo has de aprender? Es tiempo ya de que enseñes. ¿Qué motivo hay para que escuche de ti lo que puedo leer? «Grande es el efecto que produce —dices— la viva voz.» Pero no esta que toma en préstamo palabras ajenas y hace las veces de un escribano.

Añade, asimismo, que esos tales que nunca dejan de estar bajo tutela, 10
primeramente, siguen a los anteriores en aquellas cuestiones en que todos han

abandonado ya a sus predecesores; después, también les siguen en los temas que todavía se están investigando. Pues, bien: nunca se harían hallazgos si nos contentáramos con los ya realizados. Además, quien va en pos de otro, no descubre nada; mejor dicho, no investiga nada.

¿Entonces, qué, no voy a seguir las huellas de los antiguos? Por supuesto 11
tomaré el camino trillado, mas si encontrare otro más accesible y llano, lo potenciaré. Quienes antes que nosotros abordaron estas cuestiones no son dueños, sino guías de nuestra mente. La verdad está a disposición de todos; nadie todavía la ha acaparado; gran parte de su estudio ha sido encomendado también a la posteridad.

35

Séneca quiere la amistad de Lucilio, basada en la sabiduría

Cuando te ruego con tanta insistencia que te apliques a nuestro estudio, 1
defiendo mi propia causa. Quiero tener un amigo, objetivo que no puedo alcanzar si tú no continúas el esfuerzo inicial de perfeccionarte. Porque ahora me amas, pero no eres mi amigo. «¿Pues qué? ¿Estos dos conceptos difieren entre sí?» Más aún, son desemejantes. Quien es amigo, ama; quien ama, no siempre es amigo; de ahí que la amistad resulta siempre provechosa; el amor a veces hasta es perjudicial. Si no tienes otro motivo, que tu progreso sea para que aprendas a amar.

Apresúrate, pues, y al tiempo que progresas en provecho mío, no 2
aprendas a amar en provecho de otro. Por mi parte ya estoy cosechando el fruto cuando imagino que vamos a constituir una sola alma y que todo el vigor que se alejó de mi edad me lo devolverá la tuya, aunque no sea mucha la diferencia.[188] Pero, en todo caso, quiero estar realmente alegre.

Nos deparan gozo aquellos que amamos, aunque estén ausentes, pero un 3
gozo leve y efímero. Su figura, su presencia, su trato encierra un vivo deleite, sobre todo si contemplas no sólo al que tú quieres, sino tal como le quieres. Así pues, preséntate a mí como un valioso regalo y, a fin de que pongas mayor empeño, piensa que tú eres mortal y yo viejo.

Apresúrate por mí, pero antes por ti mismo; ve adelante y antes de nada 4
cuida de estar en consonancia contigo. Cuantas veces quieras experimentar si has conseguido algo, observa si tienes hoy los mismos deseos que ayer.[189]

El cambio de voluntad indica que el alma fluctúa, que se muestra ora en una parte, ora en otra, conforme al soplo del viento. No se balancea lo que está fijo y asegurado, meta que alcanza el sabio perfecto, algunas veces también el que progresa y está muy adelantado. ¿Pues qué diferencia existe? Éste se ve ciertamente sacudido, pero no deserta, sino que vacila en su puesto; aquél ni siquiera es sacudido.

36

Rehuir la prosperidad. Aprender el menosprecio de la muerte

Exhorta a tu amigo a que desprecie con gran energía esos hombres que le 1
reprochan haber buscado la sombra y el retiro, haber abandonado sus cargos y, cuando podía alcanzar más honores, haber antepuesto el sosiego a todas las cosas. Cuán provechosamente ha llevado a cabo su propósito, ha de demostrárselo él cada día. Los personajes, objeto de envidia, se sucederán sin interrupción: unos serán abatidos, otros sucumbirán. La prosperidad es cosa turbulenta; ella misma se atormenta, perturba el cerebro y no de la misma forma: excita en cada uno pasiones diversas, en éstos el despotismo, en aquéllos la lujuria; a unos los hincha, a otros los ablanda y los destruye en su totalidad.

«No obstante hay quien la soporta bien.» Del mismo modo que el vino. 2
Así que no hay motivo para que esos hombres te convenzan de que es feliz aquel a quien muchos asedian: se abalanzan sobre él del mismo modo que sobre un estanque al que agotan después de enturbiarlo. «Califican a mi amigo de fútil e inepto.» Sabes que algunos se expresan con retorcimiento dando a entender un pensamiento contrario al propio. Le llamaban feliz: ¿es que lo era?

Tampoco me preocupa que a algunos parezca un espíritu demasiado 3
áspero y sombrío. Aristón[190] afirmaba que un joven serio le agradaba más que otro que fuese jovial y amable con la gente, porque acaba por hacerse bueno el vino que, cuando era reciente, parecía desabrido y áspero, y no soporta bien los años el que agradaba envasado en la tinaja. Deja que le llamen serio y enemigo de su éxito. Esa misma seriedad le caerá bien con el tiempo, a condición de que persevere en practicar la virtud, en profundizar en los estudios liberales; no en aquellos de los que basta tener un leve barniz,

sino en estos otros de los que el alma debe impregnarse.[191]

Éste es el tiempo de aprender. «¿Es que existe alguno en el que no haya 4
que aprender?» En modo alguno; pero así como es honroso estudiar en todo momento, no lo es acudir siempre a la escuela. Espectáculo vergonzoso y ridículo el del viejo que aprende las letras. El joven debe adquirir los conocimientos, el viejo servirse de ellos. Realizarás, por tanto, una tarea muy provechosa para ti, si haces a tu amigo lo mejor que puedas. Dicen que los beneficios que debe uno apetecer y apropiarse, indudablemente, los de primera calidad, son aquellos que tanto aprovecha concederlos como recibirlos.

En suma, para ese joven ya no cabe libertad alguna, se ha comprometido; 5
pues, bien, es menos vergonzoso hacer quiebra a un acreedor que a una buena esperanza. Para satisfacer su deuda, el comerciante precisa de una travesía feliz; el agricultor, de la fertilidad de la tierra que cultiva, de un clima propicio; en cambio aquél lo que debe puede pagarlo con sola su voluntad. No tiene derechos la fortuna sobre la conducta moral.

Ésta ordénela él de suerte, que con la mayor tranquilidad posible llegue 6
el alma a la perfección, insensible a cuanto se le pueda quitar o añadir, pero manteniendo la misma disposición interior de cualquier modo que se produzcan los acontecimientos. Ella, cuando le inundan los bienes que estima la gente, se eleva por encima de su fortuna; cuando una parte o la totalidad de esos bienes se los arrebata el azar, no queda empequeñecida.

Si hubiese nacido él en la Partia, tensaría el arco desde su primera 7
infancia; si en Germania, desde la niñez blandiría el flexible astil; si hubiese vivido en tiempo de nuestros abuelos, hubiera aprendido a cabalgar y a golpear al enemigo de cerca. Éstos son los ejercicios que a cada cual aconseja y exige la educación del propio país.

Así pues, ¿en qué debe ejercitarse éste? En aquello que brinda protección
contra todos los dardos, contra toda clase de enemigos: el desprecio a la 8
muerte. Que ésta contenga en sí algo de terrible que impresiona aun a nuestras almas, modeladas por la naturaleza para el amor de sí mismas, nadie lo duda. Porque, de otra suerte, no sería necesario adiestrarse y estimularse para este trance, hacia el cual nos dirigiríamos por un impulso voluntario, semejante al que empuja a todos hacia la propia conservación.[192]

Nadie estudia para poder, en caso de necesidad, acostarse en un lecho de 9
rosas con ánimo tranquilo; sino que se endurece para no rendir su lealtad ante los tormentos, para vigilar durante la noche, si fuere necesario, junto a la

empalizada, de pie, a veces incluso herido, sin apoyarse siquiera en la lanza, porque el sueño acostumbra a coger a veces desprevenidos a los que se recuestan en algún apoyo.

La muerte no encierra molestia alguna, ya que habría de existir un ser afectado por esa molestia.[193]

Pero si es tan grande el deseo que te invade de prolongar la vida, ten 10
presente que de esos seres que se alejan de nuestra contemplación y retornan al seno de la naturaleza, de la que han salido y de nuevo han de salir, ninguno llega a destruirse. Dejan de vivir, no perecen; la muerte que tanto nos asusta y que rechazamos, interrumpe la vida, no la arrebata. Vendrá nuevamente el día que nos devolverá a la luz,[194] al que muchos rehusarían llegar si no fuera porque, olvidados de todo, vuelven a la vida.

Luego demostraré con mayor exactitud que todo lo que parece quedar 11
destruido se transforma.[195] Así que es con ánimo sereno como debe partir quien va a regresar. Observa el giro de las cosas volviendo sobre sí mismas; comprobarás que nada se extingue en nuestro mundo, sino que sucesivamente todo desfallece y se levanta. El verano se retira, pero el nuevo año lo devolverá; el invierno ha pasado, sus propios meses lo restituirán; al sol lo oculta la noche, mas a esta misma el día la expulsará. Así es la carrera de los astros: reiteran todo el camino que han recorrido. Sin interrupción una parte del cielo se eleva y la otra se oculta en el horizonte.

Terminaré, por fin, añadiendo esta sola reflexión: ni los niños pequeños 12
ni los enajenados temen la muerte, y es sumamente vergonzoso que la razón no garantice aquella serenidad que aporta la falta de juicio.

LIBRO V

42

Escaso número de los buenos. La justa valoración de las cosas

¿Ya te ha persuadido ese individuo de que él es un hombre bueno? Pero un hombre bueno ni puede hacerse, ni comprobarse tan presto. ¿Sabes a quién calificaría yo ahora de hombre bueno? A ese, que lo es de segunda categoría; porque el otro quizá, como el fénix, nazca una vez cada quinientos años.[196] Y no es sorprendente que las cosas grandes se produzcan a intervalos: lo mediocre y destinado al uso corriente la fortuna lo produce con frecuencia, mas lo eximio ella lo avala por su escasez. 1

Sin embargo, ese tal todavía está muy lejos de lo que declara ser, y si él supiera qué es un hombre bueno, todavía no creería aún que lo es, quizás hasta desconfiaría de poder serlo. «Pero él juzga mal de los malos». Esto también lo hacen los malos, y no existe un castigo mayor para la maldad que el descontento que tiene de sí misma y de los suyos. 2

«Pero odia a los que usan despóticamente de un repentino gran poder.»[197] Él hará otro tanto cuando tuviere el mismo poder. En muchos los vicios, por ser débiles, se mantienen ocultos; mas, cuando éstos adquieran confianza en sus fuerzas, serán tan audaces como aquellos vicios que por su pujanza son ya patentes. Son los instrumentos para desplegar su maldad lo que les falta. 3

Así, hasta la serpiente venenosa se manosea sin peligro mientras está rígida por el frío. A ella no le falta entonces la ponzoña, sino que la tiene paralizada. A la crueldad, ambición y desenfreno de muchos les falta, para igualar en osadía a la de los más perversos, el favor de la fortuna. Que albergan los mismos propósitos lo comprobarás así: concédeles la posibilidad de hacer cuanto desean. 4

¿Te acuerdas de cuando tú asegurabas tener a cierto personaje bajo tu influencia, que yo te dije de él que era volandero e inconstante y que tú no le retenías por el pie, sino por un ala? Te mentí: le retenías por una pluma; se desprendió de ella y escapó.[198] Sabes cuántas malas pasadas te jugó luego, cuán numerosas fechorías intentó, que irían a recaer sobre su cabeza. No se 5

enteraba de que, suscitando peligros a los demás, incurría él en el mismo riesgo; no pensaba en lo muy gravosas que eran sus apetencias, aun cuando no fuesen superfluas.

Así pues, en aquellas cosas a las que aspiramos, a las que tendemos con gran esfuerzo, hemos de considerar que o no contienen ventaja alguna, o contienen una mayor desventaja: algunas son superfluas, otras no tan valiosas. Pero esto no lo apreciamos claramente y nos parece gratuito lo que cuesta muy caro. 6

En esto se muestra evidentemente nuestra estupidez: en pensar que sólo son objeto de compra las cosas por las que pagamos dinero, llamando gratuitas a aquellas por las que sacrificamos nuestras personas. La mercancía que no querríamos comprar si a cambio de ella tuviéramos que entregar nuestra casa o una finca apacible o productiva, estamos muy resueltos a conseguirla a costa de inquietudes, de peligros, de pérdida del honor, de la libertad y del tiempo; hasta tal punto nada hay más vil para cada cual que uno mismo. 7

Actuemos, pues, en todos nuestros proyectos y negocios igual que solemos hacerlo siempre que acudimos a un mercader: consideremos a qué precio se ofrece el objeto que deseamos. Con frecuencia tiene el máximo coste aquel por el que no se paga ninguno. Podría mostrarte muchos obsequios cuya adquisición y aceptación nos ha arrebatado la libertad. Seríamos duchos de nosotros si ellos no fueran nuestros. 8

Así pues, revuelve en tu interior estas ideas no sólo cuando se trate de ganancias, sino también de pérdidas. «Esto está llamado a desaparecer.» Por supuesto, ha sido algo accesorio: sin ello vivirás tan cómodamente como has vivido. Si lo has poseído largo tiempo, lo pierdes después de quedar saciado; si no ha sido por largo tiempo, lo pierdes antes de acostumbrarte a ello. «Poseerás menos dinero.» Sin duda, también menos inquietud. «Menos prestigio». Sin duda, también menos envidia. 9

Examina estas ventajas que nos conducen a la locura, que no
abandonamos sin copiosas lágrimas. Comprenderás que no es el perjuicio lo 10
que en ellas resulta enojoso, sino la creencia de que existe. Haberlas perdido nadie lo siente, pero lo piensa. Quien es dueño de sí, nada ha perdido, mas ¿cuántos consiguen ser dueños de sí?

Vivamos a la vista de todos

¿Quieres saber cómo esta información ha llegado hasta mí, quién me ha 1
comunicado esas intenciones tuyas que a nadie habías manifestado? Alguien que sabe muchísimo: la fama. «¿Pues qué? —observas tú—. ¿Tan importante soy que puedo avivar la fama?» No tienes por qué evaluar tu persona atendiendo a esta mi ciudad; atiende a esa en la que tú moras.[199]

Todo cuanto sobresale entre lo que está próximo a él es grande allí donde 2
sobresale. La grandeza no tiene, en efecto, una medida determinada; es la comparación quien la enaltece o la rebaja. La nave, grande sobre un río, resulta minúscula en medio del mar; el timón, grande para una nave, resulta para otra insuficiente.

Tú, ahora, en tu provincia, aunque personalmente te desprecies, eres 3
grande. Cuanto haces, tu forma de comer, tu forma de dormir, se indaga, se conoce; por ello has de vivir con un mayor cuidado. Sin embargo, considérate dichoso cuando te sea posible vivir en público, cuando te protejan, no te oculten tus paredes, de las que a menudo creemos estar rodeados no para vivir con más seguridad, sino para pecar más a escondidas.

Te diré una cosa que te permitirá valorar nuestra conducta moral: apenas 4
encontrarás a nadie que pueda vivir con la puerta abierta. Nuestra conciencia intranquila, no nuestra vanidad, busca la protección del portero.[200] Vivimos de tal suerte, que cuando se nos ve de improviso es como si nos atrapasen. Pero ¿de qué sirve esconderse y evitar las miradas y las escuchas de los hombres?

La buena conciencia apela al público; la mala, hasta en la soledad se 5
encuentra angustiada y preocupada. Si son honestas tus acciones todos deben saberlo; si son torpes, ¿qué importa que nadie lo sepa, puesto que tú lo sabes? ¡Desdichado de ti si desprecias ese testigo!

44

La verdadera nobleza está en la práctica de la virtud

De nuevo tú te haces el insignificante conmigo; dices que primero la 1
naturaleza y luego la fortuna se han comportado contigo con excesiva mezquindad, cuando está en tus manos substraerte a la gente y alzarte hasta la

cumbre de la felicidad humana. Si algún aspecto bueno, entre otros, presenta la filosofía, uno es éste: no atiende a la genealogía. Todos los hombres, remitiéndolos a su origen primero, son linaje de los dioses.[201]

Eres caballero romano y en tal estamento te ha colocado tu propia diligencia; mas ¡por Hércules!, que para muchos las catorce filas son inaccesibles.[202] No a todos admite la Curia; hasta la milicia escoge minuciosamente a cuantos enrola para el trabajo y el riesgo. La sabiduría es accesible a todos; todos, en este aspecto, somos nobles. La filosofía a nadie rechaza, ni elige; brilla para todos. 2

Sócrates no fue un patricio, Cleantes fue aguador y se puso a jornal para regar un huerto; a Platón no lo acogió la filosofía siendo noble, sino que lo hizo tal. ¿Qué motivo hay para que desesperes de poder igualarte a éstos? Todos ellos son tus antepasados a condición de que te hagas digno de ellos, y lo conseguirás si muy pronto te persuades a ti mismo de que nadie te supera en nobleza. 3

Todos nosotros tenemos un número equivalente de ascendientes: el origen de todos se sitúa más allá del tiempo. Platón afirma que no existe rey alguno que no descienda de esclavos, ni esclavo alguno que no descienda de reyes.[203] Una prolongada serie de cambios produjo toda esta promiscuidad y la fortuna revolvió lo de arriba con lo de abajo. 4

¿Quién es verdaderamente noble? Aquel a quien la naturaleza dispuso debidamente para la virtud. Éste es el único aspecto en que fijarse: de otra suerte, si te remites a la antigüedad, todos datan de aquella época, anterior a la cual nada existe. Desde el primer origen del mundo hasta el tiempo presente hemos discurrido por una serie alternativa de generaciones ilustres y humildes. No es el atrio repleto de bustos ennegrecidos el que da la nobleza; nadie ha vivido para procurarnos la gloria, ni lo que existió antes de nosotros nos pertenece. Es el alma la que ennoblece; ella puede, desde cualquier situación, elevarse por encima de la fortuna. 5

Imagínate, pues, que no eres un caballero romano, sino un liberto: te es posible ser tú solo verdaderamente libre entre los nacidos libres. «¿Cómo?», preguntas. No distinguiendo el bien del mal según el criterio de la gente. Hay que analizar en aquéllos no su procedencia, sino el objetivo que persiguen. Si existe algo que puede procurar una vida feliz, ello constituye un bien por derecho propio, ya que no puede desviarse hacia el mal. 6

¿Cuál es, pues, la causa de que uno tropiece, siendo así que todos aspiran 7

a la vida feliz? Es que toman los medios para conseguirla por ella misma y, mientras la buscan, se les escapa. En efecto, en tanto que la vida feliz, en su esencia, supone una plena seguridad y una inquebrantable confianza en sí misma, ellos acumulan motivos de inquietud, y por el insidioso camino de la vida no sólo llevan su carga, sino que la arrastran. Así se alejan cada vez más de la consecución de su objetivo; cuanto mayor esfuerzo han desplegado, tanto mayores dificultades se crean, y van retrocediendo. Tal sucede a los que corren deprisa en un laberinto: su misma velocidad les desconcierta.

45

La lectura provechosa. Inutilidad de las sutilezas dialécticas[204]

La penuria de libros que hay ahí[205] motiva tus quejas. No importa cuál sea su número, sino la buena calidad de los que tienes. La lectura que no se dispersa, aprovecha; la variada, deleita. Quien pretende llegar al lugar de destino, debe seguir un mismo camino, no corretear por muchos; que esto no es andar sino extraviarse. 1

«Preferiría —replicas—, antes que consejos, que me dieses libros.» En cuanto a mí estoy dispuesto a enviarte cuantos libros poseo y a revolver todo mi repuesto. Hasta yo mismo si pudiese me trasladaría a ese lugar y, de no esperar que tú vas a conseguir en breve el cese de tu cargo, hubiera decidido en mi vejez ese viaje, sin que Caribdis ni Escila[206] ni aquel legendario estrecho hubiesen podido atemorizarme. Tales parajes los hubiera recorrido a nado, no sólo atravesándolos, con tal de poder abrazarte y apreciar personalmente los progresos de tu espíritu. 2

Con todo, por el hecho de pedirme que te envíe mis libros no me considero más erudito que hermoso me consideraría si pidieras mi retrato. Sé que ello es indicio de tu benevolencia, no de tu reflexión, y, aun cuando sea fruto de tu reflexión, lo es porque te lo ha impuesto la benevolencia. 3

Mas, cualquiera que sea su calidad, debes leerlos como si yo investigara aún la verdad sin haber llegado a conocerla, y la investigara con tenacidad. Pues no me he sometido a ninguna autoridad, ni llevo el nombre de maestro alguno. A la opinión de los grandes genios otorgo gran crédito; un poco lo reivindico también para la mía. Porque tampoco ellos nos legaron verdades definitivas, sino verdades que descubrir, y quizás hubieran hallado las 4

necesarias, de no haber buscado también las superfluas.

Les hicieron perder mucho tiempo las sutilezas verbales, las discusiones 5
capciosas que ejercitan en vano la agudeza. Anudamos dificultades, atribuimos un significado ambiguo a los términos que luego aclaramos. ¿Tanto tiempo libre nos queda? ¿Ya hemos aprendido a vivir y a morir? Con todo empeño debemos encaminarnos hacia este objetivo, para lo cual hemos de evitar que las cosas, y no las palabras, nos confundan.[207]

¿Por qué me distingues entre términos análogos, que a nadie jamás, a no 6
ser cuando discute, han inducido a error? La realidad nos confunde: dilucidémosla. En lugar del bien abrazamos el mal; tenemos deseos contrarios a los que tuvimos; nuestros votos, nuestros proyectos pugnan entre sí.

¡Cuánto se parece la adulación a la amistad! No sólo aquélla remeda a 7
ésta, sino que la sustituye y aventaja; se la acoge con oídos fáciles y propicios y penetra hasta lo íntimo del alma, atrayente por lo mismo que perjudica. Enséñame la manera de poder discernir tal semejanza de conceptos. En lugar del amigo se me presenta un enemigo lisonjero. Los vicios se nos insinúan con la apariencia de virtudes; la temeridad se esconde bajo el nombre de fortaleza, moderación se llama a la indolencia, al tímido se le considera precavido. En estos casos nos equivocamos con gran riesgo. Aplica a cada concepto sus notas distintivas.

Por lo demás, el individuo al que se le pregunta si lleva cuernos no es tan 8
estúpido que vaya a palpar su frente ni tampoco tan torpe u obtuso que diga no saberlo, si le persuades a ello con sutilísima argumentación.[208] Estos sofismas nos engañan inocuamente, al igual que los cubiletes y las piedrecitas de los prestidigitadores, cuya personal astucia es la que me divierte. Hazme comprender cómo se urde el engaño; se acabó la diversión. Lo mismo digo de estas falacias (pues ¿con qué nombre más apropiado designaré «los sofismas»?): ni perjudican al ignorante, ni aprovechan al entendido.

Si deseas clarificar del todo la ambigüedad de los vocablos, muéstranos 9
que es feliz no aquel hombre al que vulgarmente se le considera tal, a quien afluyó mucho dinero, sino aquel que todo el bien lo tiene en su alma, noble, distinguido, que pisotea lo que deslumbra a la gente, que no ve ningún mortal con quien desee intercambiar su destino, que aprecia al hombre sólo por aquellos rasgos que hacen de él un hombre, que aprovecha el magisterio de la naturaleza; que se modela conforme a sus dictados y vive tal como ella prescribe; a quien ningún poder arrebata sus bienes, sino que él transforma en

bien los males, firme en su juicio, inquebrantable, intrépido; al que, si alguna violencia puede conmover, ninguna le perturba; al que la fortuna, cuando lanza contra él, con sumo ímpetu, el dardo más nocivo que posee, sólo le punza, no le hiere, y esto aun raras veces; porque los restantes dardos de ella, que hacen sucumbir al género humano, rebotan en él a la manera del granizo que, caído sobre el tejado, sin perjuicio alguno para sus moradores, cruje y se disuelve.

¿Por qué me entretienes con «el argumento falaz», como tú mismo lo 10
llamas, sobre el que se ha escrito tanta cantidad de libros?[209] Ahí tienes toda mi vida, que es una mentira; muéstrale su error, hazla volver con perspicacia al camino de la verdad. Ella considera necesario aquello que en gran parte es superfluo; y aun la parte que no es superflua carece de importancia para este objetivo: el de procurarnos la dicha y la felicidad. Porque no es forzosamente un bien lo que resulta necesario; de lo contrario, destruimos el concepto de bien, caso de dar este calificativo al pan, a la polenta y a los demás recursos sin los cuales la vida no es posible.

Lo que es bueno es siempre necesario; lo que es necesario no siempre es 11
bueno, porque no hay duda de que algunas cosas son necesarias y asimismo muy viles. Nadie desconoce hasta tal punto la dignidad del bien que lo rebaje a los efectos de uso cuotidiano.

Entonces ¿qué? ¿No vas a aplicar con preferencia tu cuidado en 12
demostrar que todos se afanan, con gran pérdida de tiempo, por lo superfluo, y que muchos han pasado la vida buscando por doquier los medios de vivir? Revísalos uno por uno, examínalos en conjunto: no hay ni uno cuya vida deje de orientarse hacia el mañana.

¿Preguntas qué mal hay en esto? Uno inmenso. Porque no viven, sino que 13
se aprestan a vivir; todo lo retrasan. Aunque estuviéramos atentos, la vida, no obstante, se nos adelantaría; mas, ahora, puesto que vacilamos, transcurre como algo extraño, y termina, sí, el último día, pero todos los días se va extinguiendo.

Mas, para no sobrepasar los límites de una epístola que no debe colmar la mano izquierda del lector,[210] reservaré para otro día esta disputa con los dialécticos, demasiado dados a la sutileza y que «sólo» de ella se preocupan, y no, además, «también» de ella.

Trato humano con los esclavos

1 Con satisfacción me he enterado por aquellos que vienen de donde estás tú que vives familiarmente con tus esclavos. Tal comportamiento está en consonancia con tu prudencia, con tus conocimientos. «Son esclavos.» Pero también son hombres. «Son esclavos.» Pero también comparten tu casa. «Son esclavos.» Pero también humildes amigos. «Son esclavos.» Pero también compañeros de esclavitud, si consideras que la fortuna tiene los mismos derechos sobre ellos que sobre nosotros.[211]

2 Así pues, me río de esos personajes que consideran una bajeza cenar en compañía de su esclavo. Y ¿cuál es el motivo sino la muy insolente costumbre que obliga a que permanezca de pie, en torno al señor, mientras cena, un tropel de esclavos? Aquél come más de lo que puede tomar; con enorme avidez fatiga su vientre dilatado, desavezado ya a su propia función, para luego vomitarlo todo con mayor esfuerzo del que puso al ingerirlo.

3 En cambio, a los infelices esclavos no les está permitido mover los labios ni siquiera para hablar. Con la vara se ahoga todo murmullo, sin que estén exentos de azotes ni aun los ruidos involuntarios: la tos, el estornudo, el sollozo. Con duro castigo se expía quebrantar el silencio con una sola palabra. Ellos permanecen de pie toda la noche en ayunas y en silencio.

4 Así acontece que hablan mal de su dueño esos esclavos a los que no está permitido hablar en presencia del dueño. En cambio, aquellos esclavos que podían conversar no ya en presencia de sus dueños, sino con los mismos dueños, cuya boca no era cosida, estaban dispuestos a ofrecer por ellos el cuello y desviar hacia su cabeza el peligro que les amenazaba. En los banquetes conversaban, pero en medio del tormento callaban.

5 Además, fruto de esa misma insolencia, se repite este refrán: tantos son los enemigos cuantos son los esclavos. Éstos no son enemigos nuestros, los hacemos. Paso por alto, de momento, otras exigencias crueles, inhumanas, como el abusar de ellos no ya en su condición de hombre, sino en la de bestias de carga. Cuando estamos recostados para la cena, uno limpia los esputos, otro agazapado bajo el lecho recoge las sobras de los comensales ya embriagados.

6 Otro trincha aves de gran precio: haciendo pasar su mano experta por las pechugas y la rabadilla con movimientos precisos, separa las porciones. Desgraciado de él, que vive para este solo cometido: descuartizar con habilidad aves cebadas; a no ser que sea aún más desgraciado el que enseña

este oficio por placer, que quien lo aprende por necesidad.

7 Otro, el escanciador, engalanado como una mujer, está en conflicto con su edad: no puede salir de la infancia, se le retiene en ella; y, a pesar de su constitución propia ya de soldado, depilado, con el vello afeitado o arrancado de raíz, pasa en vela toda la noche, que reparte entre la embriaguez y el desenfreno de su dueño para ser hombre en la alcoba y mozo en el convite.

8 Otro a quien está encomendada la selección de los comensales, desdichado, permanece de pie y espera a quienes el espíritu servil o la intemperancia en el comer o en el hablar les permitirá volver al día siguiente. Añade a éstos los encargados de la compra que tienen un conocimiento minucioso del paladar de su dueño, que saben cuál es el manjar cuyo sabor le estimula, cuyo aspecto le deleita, cuya novedad, aun teniendo náuseas, puede reanimarle, cuál el que, por estar ya saciado, le repugna, cuál el que le apetece aquel día. Cenar en compañía de éstos no lo soporta y considera una merma de su dignidad acercarse a la misma mesa con su esclavo. Mas ¡los dioses nos asistan, a cuántos de esos esclavos los tiene por señores!

9 De pie ante el umbral de Calixto[212] vi al antiguo amo de éste y cómo el mismo que le había atado el rótulo para venderlo y le había expuesto entre los esclavos de desecho[213] era echado fuera, en tanto los otros entraban. Correspondía así a su favor el que siendo esclavo suyo había sido relegado al lote de la primera decuria con la que el pregonero pone a prueba su voz: él mismo le repudió a su vez y no le consideró digno de su casa. El dueño vendió a Calixto, pero ¿cuánto le hizo pagar Calixto a su dueño?

10 Anímate a pensar que este a quien llamas tu esclavo ha nacido de la misma semilla que tú, goza del mismo cielo, respira de la misma forma, vive y muere como tú. Tú puedes verlo a él libre como él puede verte a ti esclavo. A raíz del desastre de Varo,[214] muchos de nobilísima prosapia que se prometían la dignidad senatorial por el ejercicio de las armas fueron abatidos por la fortuna: a uno ella le convirtió en pastor, a otro en guardián de una cabaña. Desprecia ahora a un hombre a causa de ese infortunio en el que tú puedes caer mientras lo desprecias.

11 No quiero adentrarme en un tema tan vasto y discutir acerca del trato de los esclavos, con los cuales nos comportamos de forma tan soberbia, cruel e injusta. Ésta es, no obstante, la esencia de mi norma: vive con el inferior del modo como quieres que el superior viva contigo. Siempre que recuerdes la

gran cantidad de derechos que tienes respecto de tu esclavo, recuerda que otros tantos tiene tu dueño respecto de ti.[215]

«Pero yo —arguyes— no tengo dueño alguno.» Estás en la edad dorada: 12
quizá lo tendrás. ¿No sabes a qué edad Hécuba comenzó a ser esclava, a qué edad comenzaron a serlo Creso y la madre de Darío, y Platón y Diógenes?[216]

Acoge a tu esclavo con bondad, incluso con afabilidad. Admítelo a tu 13
conversación, a tu consejo, a tu intimidad. En este punto me censurará a gritos todo un tropel de afeminados: «Nada más humillante, nada más vergonzoso». A esos mismos los he de sorprender, besando la mano de los esclavos ajenos.

¿Es que ni siquiera reparáis en cómo nuestros mayores trataron de 14
suprimir todo tipo de odiosidad para con los señores, todo tipo de injusticia para con los esclavos? Al señor le dieron el nombre de «padre de familia», a los esclavos el de «familiares», que todavía se emplea en los mimos. Establecieron un día de fiesta no para que fuera el único en que los señores comiesen con los esclavos, sino para que hubiese uno al menos; les permitieron desempeñar puestos de honor en la casa, administrar en ella la justicia y concibieron la casa como una República en pequeño.[217]

«¿Entonces qué, sentaré a todos los esclavos a mi mesa?» Igual que a 15
todos los hombres libres. Te equivocas si piensas que a algunos los voy a rechazar so pretexto de que se ocupan en oficios más viles, por ejemplo, el de mulatero y el de boyero. No los valoraré por sus funciones, sino por sus costumbres. Es cada cual quien escoge sus costumbres, las funciones las asigna el azar. Unos coman contigo porque son dignos, otros para que se hagan dignos. Porque si hay en ellos algún rasgo servil, a resultas de su trato con gente vulgar, desaparecerá por su convivencia con los más honorables.

No hay motivo, querido Lucilio, para que busques al amigo tan sólo en el 16
foro y en la curia: si te fijas con atención, lo encontrarás también en casa. A menudo un buen material resulta ineficaz por falta de artista; pruébalo y lo sabrás. De la misma manera que es un necio quien al ir a comprar un caballo no examina al propio animal, sino su silla y sus riendas, así es muy necio quien aprecia al hombre ora por su vestido, ora por su condición, que a modo de vestido queda ajustada a nuestra persona.

«Es un esclavo.» Pero quizá con un alma libre. «Es un esclavo.» ¿Esto le 17
va a perjudicar?[218] Muéstrame uno que no lo sea: uno es esclavo de la lujuria, otro de la avaricia, otro de los honores; todos esclavos de la esperanza, todos del temor. Puedo citarte un ex cónsul esclavo de una

viejecita, un rico esclavo de una joven sirvienta; te mostraré jóvenes muy nobles esclavizados por bailarines de pantomima.[219] No existe esclavitud más deshonrosa que la voluntaria.

Por lo tanto, no hay razón para que esos insolentes te impidan mostrarte con tus esclavos jovial y superior, sin jactancia; que te veneren antes que temerte.

Alguien objetará que ahora yo estoy incitando en los esclavos el deseo de obtener el píleo,[220] y derribando a los señores de su cúspide, por cuanto he dicho: «veneren al señor antes que temerle». «¿Es así —dice— exactamente, que le veneren como clientes, como los que van a saludarle?» Quien hable así, olvidará que no es poco para los señores lo que basta para Dios. El que es objeto de veneración lo es también de amor; el amor no puede confundirse con el temor. 18

Así pues, considero que obras muy rectamente al procurar que tus esclavos no tengan miedo de ti y al no emplear más que reprensiones verbales; con azotes se castiga a las bestias. No todo lo que nos golpea nos produce también una lesión; pero los deleites nos llevan forzosamente a la excitación violenta, de suerte que todo lo que no responde a nuestro capricho, nos provoca a cólera. 19

Adoptamos la actitud de los tiranos; pues también ellos, olvidándose tanto de su propio poder, como de la flaqueza ajena, se inflaman y enfurecen como si hubieran recibido una injuria, cuando de un tal riesgo los deja enteramente a salvo su elevada condición. Esto no lo ignoran, pero con sus lamentos toman pretexto para hacer daño. Han dado por recibida la injuria para poder cometerla. 20

No quiero retenerte por más tiempo, puesto que no tienes necesidad de exhortación. Esta ventaja tienen entre otras las buenas costumbres: se complacen consigo mismas, son constantes. La mala conducta es tornadiza, se trueca a menudo no en algo mejor, sino en algo distinto. 21

48

Deberes con los amigos. Inutilidad de los sofismas

A la epístola que me enviaste durante tu viaje, tan larga como fue el mismo viaje, contestaré más adelante. Debo retirarme y considerar el consejo que he 1

de darte, pues también tú, que me pides consejo, reflexionaste largo tiempo si debías consultarme. Cuánto más he de hacerlo yo, toda vez que se necesita mayor espacio de tiempo para solucionar un problema que para plantearlo, sobre todo cuando no coincide tu interés con el mío.

¿Es que de nuevo me expreso como un epicúreo? En realidad a mí me interesa lo propio que a ti: pues no soy tu amigo si no considero como propio todo negocio referente a ti. Una comunicación de todos los bienes entre nosotros la realiza la amistad. Ni existe prosperidad ni adversidad para cada uno por separado: vivimos en comunión.[221] No puede vivir felizmente aquel que sólo se contempla a sí mismo, que lo refiere todo a su propio provecho: has de vivir para el prójimo, si quieres vivir para ti. 2

Si cultivamos puntual y religiosamente esta solidaridad que asocia a los hombres entre sí y ratifica la existencia de un derecho común del género humano, contribuimos a la vez muchísimo a potenciar esa comunidad más íntima, de que te hablaba, que es la amistad. Lo tendrá todo en común con el amigo quien tiene mucho de común con el hombre.[222] 3

Esto es, Lucilio, tú, el mejor de los hombres, lo que quiero que esos sutiles maestros me enseñen antes que nada: mis deberes para con el amigo, para con el hombre, más que las diversas formas con que expresar el concepto de «amigo»[223] y los muchos significados que puede tener el de «hombre». Ahí verás cómo la sabiduría y la necedad siguen rumbos opuestos. ¿A cuál de ellas me dirijo, a cuál de los dos bandos ordenas que me adhiera? Para aquél el hombre es como un amigo, para éste el amigo no es siquiera como un hombre; aquél se dispone un amigo para sí, éste se dispone a sí mismo para el amigo. Y tú me retuerces el sentido de las palabras y me desmontas las sílabas. 4

Es evidente que si no sé componer silogismos muy sutiles y, con falsa ilación, inferir una mentira partiendo de la verdad, no podré discernir lo aborrecible de lo deseable. Me da vergüenza que en asunto tan serio nosotros, los viejos, nos chanceemos.[224] 5

«Mur es una sílaba;[225] es así que el mur roe el queso, luego una sílaba roe el queso.» Piensa por un momento que no soy capaz de resolver semejante falacia; a causa de esa incapacidad, ¿qué peligro me amenaza, qué perjuicio? Es cosa de temer, sin duda, que, eventualmente, con la ratonera atrape yo unas sílabas o que, eventualmente, por ser demasiado negligente, un libro devore el queso. A no ser que resulte más agudo este argumento: «*Mur* 6

es una sílaba; es así que una sílaba no roe el queso, luego un *mur* no roe el queso».

¡Oh pueriles bagatelas! ¿Para esto fruncimos el ceño, para esto dejamos 7
crecer la barba, es esto lo que, entristecidos y pálidos, enseñamos? ¿Quieres saber qué es lo que promete la filosofía al género humano? El consejo. A uno la muerte le reclama, a otro la pobreza le consume, a otro es el dinero ajeno o el suyo propio el que le tortura; aquél ante la mala fortuna se horroriza, éste desea sustraerse a su propia felicidad; a éste le tratan mal los hombres, a aquél los dioses.

¿Por qué me preparas tales diversiones? No es el momento de jugar. Se te 8
ha llamado en defensa de los desgraciados. A los náufragos, a los cautivos, a los enfermos, a los necesitados, a los reos, cuya cabeza está expuesta a los golpes del hacha, prometiste deparar tu auxilio. ¿Hacia dónde te desvías, qué estás haciendo? Ese con quien te diviertes, está asustado: socórrele, rompiendo toda atadura de su indecisión a causa del miedo.[226] Todos tienden, por todas partes, las manos hacia ti; para su desdichada vida, abocada a la ruina, te imploran una ayuda; su esperanza y sus riquezas penden de ti. Te ruegan que les saques de una perturbación tan grande, que, dispersos y extraviados, les muestres la luz radiante de la verdad.

Enséñales aquello que la naturaleza hizo necesario y aquello que hizo 9
superfluo,[227] cuán suaves son las leyes que estableció, cuán agradable es la vida, cuán fácil para quienes observan las leyes y cuán amarga y complicada la de quienes se confiaron a la opinión más que a la naturaleza. <Admitiría que vuestros entretenidos sofismas fuesen eficaces para aligerar los males de éstos>,[228] si antes les hubieras mostrado en qué cuantía les habían de aliviar. ¿Cuál de esas argucias suprime las pasiones, cuál las modera? ¡Ojalá que sólo fuesen ineficaces! Perjudican. Te dejaré muy claro, cuando lo desees, este extremo: que un noble talento se quebranta y debilita entregado a tales sutilezas.

Me da vergüenza decir qué armas suministran a quienes van a combatir 10
contra la fortuna, qué clase de instrucción les procuran. ¿Por aquí se llega al sumo bien? ¿Es a través de ese razonamiento filosófico del «supuesto que, supuesto que no»,[229] y de las cláusulas restrictivas, viles e infamantes aun para los que actúan recurriendo a la tabla de los edictos?[230] De hecho ¿qué otra cosa hacéis, cuando a sabiendas inducís a engaño al que interrogáis, que darle a entender que perdió por defecto de forma?[231] Mas al igual que el

pretor lo hace con los litigantes, así también la filosofía con éstos: los restablece en plenitud de derechos.

¿Por qué rompéis con vuestras grandes promesas y después de haber manifestado con altisonantes frases que, como resultado de vuestra actuación, ni el brillo del oro ni tampoco el de la espada deslumbrarían mis ojos, que con una firme constancia pisotearía lo que todos anhelan, lo que todos temen, os rebajáis ahora a los rudimentos de la gramática? ¿Qué es lo que decís? 11

¿Así se dirige uno hacia las estrellas?[232]

Porque es ésta la promesa que me hace la filosofía: hacerme igual a Dios. Para esto me ha invitado, para esto he venido. Mantén la palabra.

Por lo tanto, querido Lucilio, aléjate cuanto puedas de estas restricciones y fórmulas evasivas de los filósofos: la transparencia y la sencillez dicen bien con la bondad. Aun cuando nos quedase una larga vida habría que administrarla con sobriedad para que cubriese las necesidades. De hecho, ¡qué locura supone aprender lo superfluo, siendo el tiempo tan escaso! 12

49

Aprovechemos la breve duración de la vida

Por supuesto, querido Lucilio, se muestra indolente y descuidado quien se mueve a recordar al amigo porque se lo sugiere un determinado paraje. Con todo, los lugares conocidos evocan a veces la añoranza latente en nuestra alma; no es recuerdo extinguido el que renuevan, sino que despiertan el adormecido. Tal sucede con el dolor de quienes llevan luto, que, por más que se haya mitigado con el tiempo, ora el joven esclavo, caro al difunto, ora el vestido o la casa de éste lo renuevan. He aquí que la Campania y en particular la vista de Nápoles y de tu querida Pompeya han renovado de forma sorprendente la añoranza de ti: estás del todo presente ante mis ojos. Sobre todo en el momento de nuestra despedida: te estoy viendo cuando reprimías tus lágrimas y no disimulabas bien el sentimiento que afloraba, pese a tus intentos por dominarlo.[233] 1

Tengo la impresión de que es ahora cuando te he perdido. Pues, ¿qué acontecimiento no es «ahora», si evocas su recuerdo? Es ahora cuando niño asistía a la escuela del filósofo Sotion,[234] ahora cuando comencé a defender 2

pleitos, ahora cuando renuncié al propósito de defenderlos, ahora cuando renuncié a la posibilidad de hacerlo.[235] Infinita es la velocidad del tiempo, que se hace más perceptible a los que miran hacia el pasado. Porque a quienes están absortos en el presente les pasa inadvertida; hasta tal punto el transcurrir de esta precipitada fuga resulta suave.

¿Quieres conocer la causa de ello? Todo el tiempo que ha transcurrido se 3
halla en un mismo lugar, se contempla de una vez, yace conjuntamente; todo él termina en un mismísimo abismo. Por lo demás no pueden existir largos intervalos en esa realidad que, en su conjunto, es de breve duración. Un punto es el tiempo de nuestra vida y menos todavía que un punto; mas también de esta realidad mínima la naturaleza se burló dándole la apariencia de una más larga duración. Una parte de ella constituyó la infancia, otra la niñez, otra la juventud, otra ese declinar que se extiende de la juventud a la vejez, otra la propia vejez. ¡Cuántos peldaños para una escalada tan corta!

Ahora es cuando iba a despedirte; y, sin embargo, este «ahora» constituye 4
una buena porción de nuestra vida, cuya brevedad —pensémoslo así— algún día tendrá fin. Normalmente el tiempo no me daba la impresión de ser tan rápido; ahora su carrera me parece increíble, bien porque siento que la meta se aproxima, bien porque he comenzado a darme cuenta de mis pérdidas y a calcularlas.

Por ello es tanto mayor mi indignación con algunos, porque de ese tiempo 5
que ni siquiera puede bastar para lo necesario, aunque fuere administrado con suma diligencia, la mayor parte la consumen en lo superfluo.[236] Cicerón asegura que, por más que se le duplicase la vida, no tendría tiempo para leer a los líricos.[237] En el mismo rango situó a los dialécticos, pero su inutilidad es más deplorable. Aquéllos desatinan intencionadamente, éstos creen que consiguen algo.

No es que yo diga que no se hayan de tener en cuenta esas sutilezas, sino 6
que sólo hay que tenerlas en cuenta y saludarlas desde el umbral, a fin de que no se nos engañe haciéndonos creer que en tales sofismas se encierra algún bien valioso y secreto. ¿Por qué te atormentas y te consumes en un problema de ese tipo, cuando es más sencillo despreciarlo que resolverlo? Es cosa del que se siente seguro y marcha a su comodidad reunir bagatelas; pero cuando el enemigo hostiga por la espalda, y se ha ordenado al soldado ponerse en marcha, la necesidad desbarata cuanto una paz tranquila había congregado.

No tengo tiempo de ir a la caza de anfibologías y de poner a prueba en 7

ellas mi agudeza.[238]

> Contempla qué pueblos se congregan; qué fortalezas,
> cerradas ya sus puertas, aguzan las armas.[239]

Con gran empeño he de prestar oídos a ese fragor de la guerra que resuena en torno a mí.

8 Con razón me tacharían todos de loco, si mientras ancianos y mujeres amontonan piedras para fortificar los muros, mientras la juventud armada dentro del recinto espera o reclama la señal del ataque, mientras los dardos del enemigo centellean ante las puertas y el propio suelo se estremece por las perforaciones y minas, me sentase yo tranquilo proponiendo acertijos de esta clase: «Lo que no has perdido lo posees; es así que no has perdido los cuernos, luego posees cuernos»;[240] y otros sofismas elaborados a ejemplo de este sutil desvarío.

9 Ahora bien, puedes considerarme igualmente loco si dedico mi trabajo a esas fruslerías: también ahora me veo yo cercado. Sólo que, en caso de guerra, vendría del exterior el peligro que me amenazaría durante el asedio; la muralla me separaría del enemigo. Ahora las armas mortíferas están dentro de mí. No dispongo de tiempo para esas bagatelas: llevo entre manos un asunto trascendental. ¿Qué voy a hacer? La muerte me acecha, la vida se me escapa.

10 Muéstrame algún remedio para esta situación. Haz que yo no rehúya la muerte, que la vida no se me escape. Dame estímulos contra las dificultades, contra lo inevitable; ensancha los límites de mi existencia: muéstrame que el bien de la vida no se halla en la duración de ésta, sino en su aprovechamiento, y que puede acontecer, más aún, acontece con muchísima frecuencia, que haya vivido poco quien ha vivido largo tiempo. Dime cuando voy a dormir: «puede que no despiertes»; dime cuando estoy despierto: «puede que no duermas ya más»; dime cuando salgo: «puede que no vuelvas»; dime cuando vuelvo: «puede que no salgas».

11 Te equivocas si piensas que sólo en la navegación es mínima la distancia que separa la vida de la muerte: en cualquier situación la distancia es por igual mínima. No en todas partes la muerte se evidencia igualmente próxima, pero en todas partes está igualmente cercana. Disipa ésta mi oscuridad y me transmitirás más fácilmente las enseñanzas para las que me he de preparar. La naturaleza nos ha engendrado aptos para aprender y nos ha dotado de una

razón imperfecta, pero capaz de perfeccionarse.

Háblame disertando sobre la justicia, sobre la piedad, sobre la frugalidad, sobre la castidad en su doble aspecto, tanto en el que es continencia del cuerpo ajeno, como en el que es solicitud por el de uno mismo. Si te decides a no llevarme por caminos extraviados, llegaré con más facilidad al objetivo que pretendo. Pues en frase del célebre poeta trágico: 12

es sencillo el lenguaje de la verdad;[241]

por lo tanto, no lo debemos complicar. Pues nada sienta peor que esta sutil astucia a las almas que se empeñan en nobles gestas.

50

Hemos de reconocer los defectos y confiar en corregirlos

He recibido tu carta muchos meses después de habérmela enviado. Por ello 1
consideré innecesario preguntar al mensajero sobre tus actividades. Tiene, en verdad, una memoria muy feliz cuando la emplea. Con todo, espero que tú vivas ahora de tal suerte que, dondequiera te halles, pueda saber lo que haces. Y ¿qué otra cosa haces sino mejorarte de día en día, abandonar alguno de tus errores, darte cuenta de que están en ti los defectos que piensas que están en las cosas? De hecho atribuimos al lugar y al tiempo algunos de nuestros defectos, mas éstos a cualquier sitio que nos traslademos nos han de acompañar.

Sabes que Harpaste, la sirvienta boba que tenía mi mujer, ha permanecido
en mi casa como una carga hereditaria.[242] Personalmente siento profunda 2
aversión a esta clase de anormales. Si alguna vez quiero divertirme con un tonto no tengo que buscarlo lejos: me río de mí. La boba de que te hablo ha perdido repentinamente la vista. Te cuento un hecho increíble, pero auténtico: ignora que está ciega; constantemente pide a su guía que la traslade de sitio; alega que la mansión está a obscuras.

Debe ser evidente para ti que esta situación que en ella nos divierte 3
alcanza a todos nosotros. Nadie se da cuenta de que es avaro, nadie de que es codicioso. Los ciegos, por lo menos, buscan al guía; nosotros, faltos de guía, nos extraviamos y decimos: «Yo no soy ambicioso, pero en Roma nadie puede vivir de otra suerte; yo no soy derrochador, pero la propia urbe exige

grandes dispendios. No es mío el defecto de ser iracundo, de no haberme fijado todavía la norma de vida; esto es culpa de mi juventud».

¿Por qué nos engañamos? Nuestro mal no procede del exterior; se halla 4
dentro de nosotros, radica en nuestras mismas entrañas y la causa de que difícilmente alcanzamos la salud está en desconocer que padecemos la enfermedad. Y caso de que comencemos la curación, ¿cuándo destruiremos la fuerza poderosa de tantas enfermedades? Pero, ahora, ni siquiera buscamos al médico, el cual tendría menos trabajo si atendiese a un vicio incipiente, pues las almas jóvenes e inexpertas obedecerían a quien les mostrara el recto camino.

No vuelve con dificultad a la naturaleza sino aquel que ha desertado de 5
ella. Nos avergüenza aprender la virtud. Mas ¡por Hércules! que, si resulta vergonzoso buscar a quien nos aleccione en ella, no hay que contar con que un bien tan grande pueda llegar hasta nosotros por casualidad.

Hemos de afanarnos; y, para decir la verdad, tampoco es grande el esfuerzo, a condición de que, como he indicado, comencemos a modelar, a reformar nuestra alma antes que se endurezca en el vicio.

Pero ni aun en caso de endurecimiento desconfío: nada hay que no 6
conquiste un trabajo persistente y un cuidado atento y diligente. Los robles, aun estando torcidos, los devolverás a la posición recta; las vigas dobladas las endereza el calor, y aquéllas, cuya condición natural es distinta, las modificamos en razón de nuestra utilidad; ¡con cuánta mayor facilidad recibe el alma su configuración, flexible, como es, y más dúctil que líquido alguno! ¿Qué otra cosa es, de hecho, el alma sino un soplo de aire que se comporta de un modo determinado?[243] Y ya ves que el aire es tanto más adaptable que cualquier otro elemento, cuanto mayor es la sutileza que tiene.

Querido Lucilio, no es una razón válida para impedirte que concibas 7
buena esperanza de nosotros el hecho de que por ahora la maldad nos domina, que largo tiempo nos ha dominado: a nadie le alcanza antes la cordura que el desatino. Todos previamente estamos invadidos por el mal: aprender la virtud supone desaprender el vicio.

Mas debemos aplicarnos a nuestra enmienda con un entusiasmo tanto 8
mayor cuanto que el bien, una vez se nos ha confiado, lo poseeremos perpetuamente: la virtud no se desaprende. Lo que está fuera de su medio arraiga mal en un terreno adverso, por ello se puede arrancar y arrojar; mas se afinca fuertemente lo que encuentra su lugar apropiado. La virtud es conforme a la naturaleza; los vicios le son hostiles y contrarios.

Pero, de la misma manera que las virtudes una vez conseguidas no pueden perderse, y que resulta fácil su salvaguarda, así se hace costoso iniciar el camino hacia ellas, ya que es propio de un alma débil y enfermiza temer un esfuerzo desacostumbrado; por ello se la debe forzar para que empiece. Luego, la medicina no sabe amarga, pues deleita tan pronto como procura la salud. El placer que producen otros remedios se alcanza después de la curación; la filosofía es a un tiempo saludable y dulce. 9

51

El lugar apropiado para el retiro del sabio

Cada uno hace lo que puede, querido Lucilio. Tú ahí tienes el Etna, la elevada y celebérrima montaña de Sicilia. No comprendo por qué Mesala o Valgio[244] —pues lo he leído en ambos— lo llamaron «único», puesto que son innumerables los lugares que vomitan fuego y no sólo los elevados, donde sucede esto con más frecuencia, dado que el fuego es despedido a grandes alturas, sino también los de nivel bajo. Nosotros, ya que no podemos otra cosa, nos contentamos con Bayas,[245] que abandoné al día siguiente de haber llegado, lugar que se debe evitar porque, a pesar de reunir algunas buenas condiciones naturales, la lujuria se lo reservó para hacerlo famoso. 1

«¿Qué, pues?, ¿es preciso declarar odio a ciertos lugares?» En modo alguno; pero, al igual que un vestido es más apropiado que otro para el hombre sabio y honesto, y, sin aversión por color alguno, él considera que uno en concreto es poco idóneo para quien ha hecho profesión de sobriedad, así existen también parajes que el hombre sabio, o que avanza hacia la sabiduría, debe rehuir como inadecuados para las buenas costumbres. 2

De ahí que, pensando en un lugar retirado, nunca escogerá él Canopo,[246] por más que en Canopo a nadie se impida ser bueno; como tampoco Bayas, que ha comenzado a ser mansión de vicios. Allí la lujuria se permite el mayor desenfreno; allí, como si un cierto libertinaje lo reclamase el propio lugar, se le da rienda suelta. 3

No sólo para nuestro cuerpo, sino también para nuestra conducta moral debemos escoger el lugar saludable. Lo mismo que no quisiera habitar entre las casas de los verdugos, así tampoco en medio de tabernas. ¿Qué necesidad tengo de ver a gente embriagada vagando por la costa, las orgías de los 4

marinos, los lagos que retumban con la música de las orquestas y otros excesos que una lujuria, al margen de todo principio, no sólo comete, sino hasta pregona?

Hemos de actuar de suerte que escapemos lo más lejos posible de los 5
incentivos de los vicios. Endurezcamos nuestra alma y mantengámosla alejada de los halagos del placer. Una sola estación invernal debilitó a Aníbal, y a este gran estratego que ni las nieves ni los Alpes pudieron vencer, lo enervaron las delicias de la Campania.[247] Con las armas venció; los vicios le vencieron.

También nosotros hemos de empuñar las armas, por cierto en un género 6
de combate en el que jamás se concede descanso, jamás inactividad. Los primeros a sojuzgar son los placeres que, como ves, arrastraron hacia sí incluso caracteres indómitos. Cuando uno considerare la magnitud de la empresa acometida, se dará cuenta de que nada debe realizar con voluptuosidad, nada con molicie. ¿Qué tengo que ver yo con esas piscinas de agua caliente?, ¿qué con esos sudaderos donde se introduce el vapor seco, capaz de agotar el cuerpo? Todo sudor sea fruto del trabajo.

Si hiciésemos lo que Aníbal, si, interrumpiendo el curso de las 7
operaciones y descuidando el combate, nos dedicásemos al cuidado del cuerpo, todos a una censurarían con razón una indolencia extemporánea, peligrosa hasta para el vencedor; con mayor motivo para el que trata de vencer. Nos está permitido a nosotros menos que a los que seguían los estandartes púnicos: tenemos más peligro si nos retiramos, más trabajo, aun en el caso de perseverar.

La fortuna dirige la guerra contra mí: no voy a ejecutar sus órdenes; no 8
acepto su yugo, más aún, en un gesto que exige mayor valentía, lo sacudo. No debo ablandar el ánimo: si cedo al placer, tengo que ceder al dolor, tengo que ceder al trabajo, tengo que ceder a la pobreza; la ambición a la par que la ira reclamarán los mismos derechos sobre mí; en medio de tantas pasiones me veré acosado; más aún, despedazado.

Es la libertad lo que se nos ha prometido, trabajamos por esta 9
recompensa. ¿En qué consiste la libertad, preguntas? En no esclavizarse a cosa alguna, a necesidad alguna, a contingencia alguna; en atraer la fortuna a una competición leal. El día en que comprenda que yo puedo más que ella, no tendrá ya poder sobre mí. ¿Me resignaré a ella, teniendo la muerte en mi mano?

A quien está absorto en tales pensamientos le conviene elegir parajes 10

recoletos y santos. La excesiva amenidad enerva el espíritu, y no cabe duda de que el medio ambiente ejerce algún influjo para debilitar el vigor del alma. Soportan toda suerte de caminos las acémilas cuyo casco se ha endurecido en terreno escabroso; las que se han cebado en pastos suaves y pantanosos presto se agotan. Asimismo los soldados más valerosos proceden de terrenos ásperos; los que han vivido y se han criado en la ciudad, son cobardes. Ningún esfuerzo rehúsan los brazos que del arado pasan a empuñar las armas; desfallece a la primera polvareda aquel otro, perfumado y elegante.

El ambiente del lugar, un tanto severo, afianza el carácter y lo vuelve apto para grandes empeños. En Literno, Escipión[248] llevaba el destierro con más dignidad que lo hubiera llevado en Bayas: a una tal desventura no hay que depararle un lugar de tanta molicie. Aun aquellos famosos a quienes la fortuna del pueblo romano transfirió el poder público, como Gayo Mario, Gneo Pompeyo y Gayo César, construyeron, es cierto, sus quintas en la región de Bayas, pero las situaron en las cimas de los montes más elevados.[249] Les parecía éste un gesto más militar: vigilar desde una atalaya los valles que se extendían a lo largo y a lo ancho. Contempla la posición que eligieron, el lugar en que levantaron sus edificios y la calidad de éstos; reconocerás que no eran quintas, sino campamentos. 11

¿Te figuras que Marco Catón[250] hubiera podido habitar alguna vez en ese lugar para pasar revista a las mujeres impúdicas que pasean por el mar y tantas clases de lanchas variopintas y las rosas que van flotando por todo el lago, para escuchar el griterío nocturno de los cantantes? ¿Acaso no hubiera él preferido quedarse dentro de la empalizada, que para una sola noche hubiera levantado con sus propias manos? ¿Cómo no preferiría todo el que se siente hombre que su sueño lo interrumpa el clarín antes que un concierto musical? 12

Pero con Bayas hemos pleiteado ya bastante tiempo; nunca lo haremos bastante con los vicios, que te encarezco, Lucilio, que persigas sin moderación, sin fin; porque tampoco ellos tienen ni fin, ni mesura. Expulsa todos los afectos que desgarran tu corazón; si éstos no los pudieras extirpar de otro modo, tendrías que arrancar con ellos el propio corazón. Repudia en particular los placeres, y tenlos por muy detestables: al modo de esos ladrones, a los que denominan «filetas» los egipcios,[251] se abrazan a nosotros con el fin de estrangularnos. 13

52

Necesidad de un guía espiritual

1 ¿Qué impulso es éste, Lucilio, que, al dirigirnos en un sentido, nos arrastra en otro distinto y nos empuja en aquella dirección que deseamos evitar? ¿Qué fuerza rivaliza con nuestra alma que nos impide querer algo cabalmente? Vacilamos entre diversos propósitos; nada queremos de forma libre, perfecta, constante.

2 «Es la insensatez —respondes—, que en nada se detiene, que en nada se complace largo tiempo.» Mas ¿cuándo o cómo nos liberaremos de ella? Nadie por sí mismo tiene fuerza suficiente para salir a flote. Precisa de alguien que le alargue la mano, que le empuje hacia afuera.

3 Algunos, afirma Epicuro, se alzaron con la verdad sin ayuda de nadie;[252] ellos mismos se abrieron el camino. A éstos los alaba más que a todos porque en sí mismos encontraron el impulso, porque ellos mismos supieron avanzar. Otros, según él, necesitan la ayuda de los demás: no se pondrán en camino, si nadie les precede, pero seguirán dócilmente. Entre éstos, dice, se cuenta Metrodoro:[253] noble carácter también él, pero de segunda calidad. Nosotros no pertenecemos a aquella primera clase; se nos dispensa un buen trato, caso de ser acogidos en la segunda. Tampoco debemos menospreciar a un hombre porque pueda hallar la salud con la ayuda de otros: también tiene gran mérito querer salvarse.

4 Además de estas dos, encontrarás aún otra clase de hombres, que tampoco se debe menospreciar: la de aquellos a quienes bajo presión se les puede empujar por la senda del bien. Éstos no sólo tienen necesidad de guía, sino de un colaborador y, por así decirlo, de un corrector. Es éste un tercer matiz. Si también de esta clase quieres conocer un ejemplo, Epicuro responde que tal fue Hermarco.[254] Y así a uno, Metrodoro, le expresa con preferencia su felicitación, al otro, Hermarco, le rinde su admiración: en efecto, si ambos alcanzaron el mismo objetivo, merece, con todo, mayor alabanza quien realizó la misma labor con un material más difícil.

5 Suponte, por ejemplo, que se han erigido dos edificios, ambos iguales, igualmente elevados y suntuosos. El uno se asentó en terreno sólido, donde la obra progresó rápidamente; el otro lo hicieron trabajoso los cimientos que hubo que echar sobre tierra blanda y mojada, por lo que se realizó un gran

esfuerzo hasta llegar al suelo firme. Al contemplar la obra realizada, la de uno de los edificios está toda al descubierto, la parte mayor y más dificultosa del otro queda oculta.

Ciertos caracteres son flexibles, están bien dispuestos; otros se deben 6
modelar, según dicen, a mano, y están atareados en su propia cimentación. Así pues, proclamo más feliz al que no ha tenido problema alguno consigo mismo; pero ha logrado mayores merecimientos el que sobrepujó la mezquindad de su propio natural y a la sabiduría no se encaminó a buen paso, sino con esfuerzo.

Es este carácter difícil y laborioso el que a nosotros se nos ha otorgado; 7
debes saberlo: caminamos a través de obstáculos. Así pues, luchemos, invoquemos la ayuda de algunos. «¿A quién —preguntas— acudiré?, ¿a éste o a aquél?» Tú, en verdad, dirígete también hacia los antiguos que están a nuestra disposición; pueden auxiliamos no sólo los presentes, sino los que ya fueron.[255]

Mas, entre los presentes debemos elegir no a aquellos que acumulan las 8
palabras con gran rapidez, que desarrollan los lugares comunes y hablan en corrillo como charlatanes, sino a los que aleccionan con su vida, que, una vez han dicho lo que se debe hacer, lo demuestran con sus obras, que enseñan lo que se debe evitar, sin que se les sorprenda jamás realizando lo que ellos han aconsejado rehuir. Elige como ayuda a aquel que has de admirar más por haberle visto que por haberle escuchado.

No por ello te prohibiré que escuches también a esos maestros que tienen 9
por costumbre dar entrada al público en sus disertaciones, con tal de que se acerquen a la multitud con el propósito de mejorarse a sí mismos y mejorar a los demás, y que no realicen su cometido por afán de ostentación. ¿Qué hay, en verdad, más deshonesto que la filosofía cuando busca los aplausos? ¿Acaso el enfermo elogia al médico que aplica el bisturí?

Guardad silencio, sed propicios y brindaos a la curación. Aun cuando 10
dierais gritos de aprobación, no los interpretaré sino como gemidos que os provoco cuando palpo vuestros vicios. ¿Queréis dar muestras de que ponéis atención y que os impresionan los nobles ideales? Concedido en buena hora; pero que os convirtáis en jueces y que emitáis vuestra opinión sobre alguien mejor que vosotros ¿cómo iba a permitirlo? En la escuela de Pitágoras[256] los discípulos debían guardar silencio durante cinco años: ¿piensas acaso que inmediatamente después se les permitía, además de hablar, hacer elogios?

Mas ¡cuán grande no es la necedad de ese orador a quien los aplausos de 11

los ignorantes le despiden satisfecho de su auditorio! ¿Cómo te alegras de haber sido elogiado por un público al que tú mismo no puedes elogiar? Fabiano[257] disertaba ante el pueblo, pero se le escuchaba con discreción; en ocasiones estallaba un fuerte clamor de alabanzas, pero lo suscitaba la alteza de su pensamiento, no las inflexiones del discurso, proferido con fluidez y dulzura.

Entre las aclamaciones del teatro y de la escuela debe existir una 12
diferencia; también para el elogio hay un cierto decoro. Toda una serie de indicios existe, si ponemos atención, para descubrir cada cosa, y como prueba de la moralidad hasta los mínimos detalles nos pueden bastar. Al impúdico le delata su andar, el movimiento de las manos, a veces una sola respuesta, el dedo arañando la cabeza o la forma de mover los ojos; al bribón le descubre su risa, al demente su rostro y su porte. Tales lacras salen sin duda a la luz a través de señales externas: sabrás quién es cada cual si te fijas en la manera como alaba y como es alabado.

Por todas partes la asamblea bate palmas en obsequio al filósofo y en 13
torno a su persona se agolpa la turba de los admiradores: no se le elogia ya, si te fijas, más bien se le aclama. Resérvense tales ovaciones para aquellas profesiones que tienen como finalidad complacer al público. La filosofía merece la adoración.

Habrá que permitir alguna vez a los jóvenes que exterioricen el 14
entusiasmo de su espíritu, pero sólo entonces cuando actúen así por entusiasmo, cuando no puedan imponerse el silencio. Tal reacción laudatoria procura cierto aliciente a los oyentes y estimula los ánimos de la juventud. Pero deben conmoverle las ideas, no el estilo de las palabras: de otra suerte les perjudica la elocuencia que no despierta interés por el tema, sino por ella misma.

De momento aplazaré la cuestión —ya que exige un desarrollo apropiado 15
y largo— de cómo el filósofo ha de hablar ante el público, qué libertades pueden tomarse ante éste y cuáles el público ante él. La filosofía ha sufrido menoscabo, nadie lo dudará, después que se ha prostituido; mas puede revelarse en su santuario, a condición de que disponga no de un traficante, sino de un pontífice.

LIBRO VI

53

Reconocimiento de nuestros vicios. El remedio de la filosofía

¿De qué no se me podrá convencer, cuando se me ha convencido para que viaje por mar? Zarpé con mar bonancible. Es cierto que el cielo estaba preñado de oscuros nubarrones que se resuelven casi siempre en agua o en viento; no obstante pensé que podría devorar las pocas millas que separan tu querida Parténope[258] de Putéolos,[259] aunque en medio de un cielo inseguro y amenazador. Así, para evitar el riesgo con mayor rapidez, dirigí inmediatamente el rumbo por alta mar hacia Néside,[260] con el fin de atajar, alejado de todas las ensenadas. 1

Cuando ya había recorrido tanto trecho que lo mismo me importaba proseguir que regresar, se desvaneció de pronto aquella calma que me había seducido. No era todavía la tempestad, pero sí la marejada y el oleaje cada vez más grueso. Me puse a rogar al timonel que me desembarcase en cualquier punto de la costa. Él me respondía que era aquel un litoral escarpado e inabordable, y que en el fragor de la tempestad nada temía tanto como la tierra. 2

Pero me angustiaba demasiado como para preocuparme del peligro: me aquejaba esa especie de náusea lenta, sin vómito, que revuelve la bilis sin expulsarla. Por ello insistí al timonel y le obligué, quieras que no, a buscar la orilla. Así que estuvimos próximos a ella, no esperé a que se practicase ninguna de las maniobras de que habla Virgilio: 3

las proas se vuelven cara al mar[261]

o

se arroja el áncora desde la proa.[262]

Recordando mi destreza de veterano nadador en agua fría, me arrojo al mar cual corresponde a un aficionado a baños fríos, envuelto en mi batín de lana.

¿Qué molestias no crees tú que sufrí al trepar por los arrecifes, al buscarme un camino, al procurármelo? Comprendí que, no sin razón, los 4

marinos temen la tierra. Es increíble lo que tuve que aguantar al no poderme aguantar a mí mismo. Debes saber que Ulises no había nacido para sufrir la furia del mar hasta el extremo de tener que naufragar en todas partes: padecía la náusea marina. También yo, a cualquier punto que hubiere de dirigirme por mar, llegaré al término de veinte años.

Apenas compuse mi estómago que, como sabes, no escapa del mareo tan 5
pronto como del mar; así que relajé mi cuerpo con una fricción, me puse a meditar acerca del olvido grande en que tenemos nuestros defectos, por supuesto también los físicos, que constantemente nos recuerdan su presencia; por no hablar de los que están tanto más ocultos cuanto más graves son.

Un ligero escalofrío pasa inadvertido, mas cuando la verdadera fiebre va 6
en aumento y abrasa, incluso al hombre fuerte y sufrido le obliga a reconocer su dolencia. Los pies duelen, las articulaciones sienten comezón; hasta ese momento disimulamos asegurando o que el tobillo se torció, o que se lastimó en algún ejercicio. A la enfermedad desconocida e incipiente se le busca un nombre, mas cuando ha comenzado a hinchar los tobillos y ha distorsionado ambos pies, es preciso que reconozcamos en nosotros el mal de gota.

Lo contrario sucede en las enfermedades que aquejan al espíritu: cuanto 7
peor uno se encuentra, menos lo siente. No tienes por qué admirarte, Lucilio carísimo. En efecto, quien tiene un sueño ligero percibe imágenes durante el descanso y a veces mientras duerme imagina que está durmiendo. Un profundo sopor borra hasta los sueños y abisma el alma con tal intensidad, que suprime en ella toda conciencia.[263]

¿Por qué nadie confiesa sus vicios? Porque todavía se halla bajo su 8
dominio. Contar el sueño lo hace el que está despierto; asimismo confesar los vicios es indicio de salud. Despertemos, pues, a fin de que podamos refutar nuestros propios errores. Mas sólo la filosofía nos despabilará, sólo ella nos sacudirá del pesado sueño. Conságrate enteramente a ella. Tú eres digno de ella y ella lo es de ti. Corred a estrecharos uno y otra. Todo lo demás recházalo con fortaleza, con sinceridad. No tienes por qué filosofar a fuerza de ruegos.

Si estuvieses enfermo, hubieras interrumpido tu cuidado por el patrimonio
familiar y te hubieras despreocupado de los asuntos del foro; ni considerarías 9
a nadie tan importante para acudir a defenderlo, al remitir tu dolencia:
perseguirías con toda el alma el objetivo de liberarte cuanto antes de la
enfermedad. Pues, ¿qué, no harás también ahora lo propio? Aleja todos los
obstáculos y conságrate a la salud del alma: nadie la alcanza estando

atareado. La filosofía ejerce su realeza, señala su tiempo, no acepta el ajeno. No es cosa secundaria; es principal, es soberana, está presente y ordena.

Alejandro, a cierta ciudad que le prometía parte de su territorio y la mitad 10
de todos los bienes, respondió así: «No he venido a Asia para aceptar lo que me dieseis, sino para que retuvieseis lo que yo os dejare».[264] Lo mismo responde la filosofía a cualquier ocupación: «No voy a aceptar el tiempo que os sobre a vosotros: dispondréis de aquel que yo rehusare».

Concentra en ella toda tu atención, siéntate a su lado, venérala. Se 11
establecerá una inmensa diferencia entre ti y los demás. Aventajarás en mucho a todos los mortales, no mucho te aventajarán los dioses a ti. ¿Preguntas qué diferencia existirá entre ellos y tú? Ellos vivirán más tiempo. Mas, por Hércules, que es propio de un gran artífice encerrar toda la obra en un espacio reducido. Tanta disponibilidad tiene el sabio de su vida, como Dios de todas las edades. En un aspecto el sabio aventaja a Dios: éste no teme por privilegio de su naturaleza, el sabio gracias a su esfuerzo.[265]

He ahí una noble condición: la de tener la flaqueza del hombre y la 12
firmeza de Dios. Increíble es el poder de la filosofía para reprimir todos los embates de la fortuna. Ningún dardo se clava en su pecho; está protegida, está segura; a unos les quita impulso esquivándolos, cual ligeros dardos, en los anchos pliegues de la toga; a otros los rechaza y los devuelve de inmediato contra aquel que los había arrojado.

54

Ataque de disnea y meditación sobre la muerte

Una larga tregua me había concedido la enfermedad; pero de repente me 1
atacó. «¿Qué clase de dolencia?», dices. Lo preguntas con toda razón: hasta tal punto ninguna me es desconocida. Sin embargo, estoy casi consagrado a una especial, que ignoro por qué debo designarla con nombre griego, pues con bastante precisión puede llamarse «suspiro».[266] Es, en efecto, una acometida de muy corta duración, semejante a una borrasca: cesa de ordinario en menos de una hora. De hecho, ¿quién tarda más tiempo en expirar?

Todas las incomodidades del cuerpo, todas sus angustias han pasado por 2
mí; ninguna me parece más penosa. ¿Y cómo no? En cualquier otra dolencia

uno está enfermo, en ésta exhala el alma. Por eso los médicos a ésta la denominan «preparación para la muerte», porque semejante respiración logra por fin lo que a menudo intentó.

¿Crees que te cuento con alegría tales crisis porque las superé? Si me felicitase de este desenlace como si tuviera buena salud, actuaría con tanta ridiculez como aquel, sea quien fuere, que juzga haber ganado el pleito porque aplazó la comparecencia. En cuanto a mí, aun en medio de los ahogos no he dejado de buscar alivio en pensamientos gratos y reconfortantes. 3

«¿Qué es esto? —me repetía—. ¿Tan a menudo me pone a prueba muerte? Puede hacerlo. Yo la he experimentado largo tiempo». «¿Cuándo?», preguntas. Antes de nacer. La muerte es el no ser. En qué consiste esto bien que lo sé. Será después de mí lo que fue antes de mi existencia.[267] Si tal situación conlleva algún sufrimiento, es necesario haberlo experimentado también antes de surgir a la vida; ahora bien, entonces no sufrimos vejación alguna. 4

Te lo pregunto: ¿acaso no calificarías de muy necio a quien juzgase que la lámpara, una vez apagada, se halla en un estado peor al que tenía antes de encenderse? También nosotros nos encendemos y nos apagamos; en la fase intermedia experimentamos algún sufrimiento, mas en uno y otro extremo reina plena seguridad. Éste es, amado Lucilio, si no me engaño, nuestro error: pensamos que la muerte viene a continuación, siendo así que nos ha precedido y nos seguirá. Cuanto existió antes de nosotros es muerte. ¿Qué importa, realmente, que no empieces o que acabes, cuando el resultado de lo uno y de lo otro se traduce en no ser? 5

Con estas y otras exhortaciones por el estilo (mudas, por supuesto, ya que no había lugar a las palabras) no dejé de alentarme. Luego, poco a poco, el «suspiro» aquel que comenzaba a ser simple jadeo, se produjo a mayores intervalos hasta que cesó. Con todo, dejó residuos; ni aun ahora, aunque haya cesado; la respiración brota de forma natural; experimento un cierto titubeo y lentitud. Que sea como quiera, con tal de no tener suspiros en el alma. 6

De mi parte recibe esta garantía: no temblaré en el último momento, estoy ya preparado,[268] mis proyectos no se extienden siquiera a todo el día. Alaba e imita a quien no le aflige la muerte, aunque le agrade la vida. ¿Qué valor ciertamente supone el salir, cuando a uno le echan? No obstante, también en este caso hay un valor: se me echa, pero con la impresión de que me voy. Por ello, al sabio nunca se le echa, ya que se echa a uno cuando se le expulsa de aquel lugar del que se retira contra su voluntad, y el sabio nada realiza 7

forzado. Ha escapado a la necesidad porque desea lo que ella le ha de imponer.

55

La quinta de Vacia y el verdadero retiro

Vuelvo ahora mismo de mi paseo en litera no menos cansado que si hubiera recorrido a pie todo el trayecto que he hecho sentado. Porque constituye también una fatiga ser llevado largo tiempo en la litera, y no sé si aquélla no se acentúa más aún, puesto que ello va contra la naturaleza, que nos proporcionó unos pies para que caminásemos por nosotros mismos, unos ojos para que viésemos por nosotros mismos. La debilidad nos la han ocasionado los deleites y hemos perdido la posibilidad de aquello que largo tiempo hemos rechazado. 1

No obstante, tenía necesidad de sacudir los huesos, ora para expulsar la bilis que se había alojado en mi garganta[269], ora para que el balanceo que experimenté que me había sido útil, aligerase la misma respiración que me resultaba, no sé por qué motivo, demasiado pesada. Por ello, continué más tiempo mi paseo en litera, al cual me invitaba la propia costa, que forma un arco entre Cumas y la quinta de Servilio Vacia[270] y que, cual estrecho sendero, la rodea de un lado el mar y de otro el lago.[271] De hecho una reciente tempestad le había dado consistencia, pues, como sabes, el oleaje constante e impetuoso llega a su nivel, mas una calma demasiado prolongada lo disgrega, cuando de las arenas, que con la humedad se compactan, se ha evaporado el agua. 2

Sin embargo, según mi costumbre, comencé a mirar en derredor por si descubría allí alguna cosa que me pudiera ser de provecho, y orienté la vista hacia la quinta que en otro tiempo perteneció a Vacia. En ella envejeció aquel rico ex pretor, famoso nada más que por su holganza, único motivo por el que se le consideraba dichoso. Porque cuantas veces las simpatías de Asinio Galo,[272] cuantas veces el odio y luego el amor a Sejano[273] —ya que encerraba el mismo peligro haberle disgustado que haberle amado— habían arruinado a algunos, la gente gritaba: «¡Oh Vacia, eres único en saber vivir!». 3

Pero él sabía esconderse, no vivir; pues hay gran diferencia entre vivir en el retiro y en la holganza. No pasaba yo nunca, en vida de Vacia, por delante 4

de esta quinta sino para decir: «Vacia yace aquí».[274] Pero la filosofía, querido Lucilio, es cosa tan sagrada y venerable que, aun lo que falsamente se le parece, nos agrada. Al hombre ocioso el vulgo lo considera retirado, tranquilo, contento consigo, viviendo para sí, beneficios que a nadie, excepto al sabio, pueden alcanzar. Él es el único que sabe vivir para sí; porque él sabe vivir, que es lo primordial.

En efecto, quien ha huido de los problemas y de los hombres; quien, por 5
fracasar en sus ambiciones, se ha visto relegado, quien no ha sido capaz de ver cómo otros son más felices, quien, semejante a un animal tímido y perezoso, se ha ocultado por miedo, ese tal no vive para sí, sino —actitud ésta muy vergonzosa— para el vientre, para el sueño, para el placer. No vive necesariamente para sí quien no vive para nadie. Mas, de tal suerte es una gran cosa la constancia y la perseverancia en el propósito, que hasta la inercia, si es pertinaz, gana en prestigio.

Acerca de la propia quinta nada puedo decirte con precisión: pues sólo 6
conozco la fachada y los exteriores, visibles incluso para los transeúntes. Cuenta con dos grutas de ambiciosa estructura, iguales en dimensión a cualquier atrio espacioso, construidas a mano, de las que una no recibe el sol, la otra lo conserva hasta el ocaso. Un riachuelo cruza, por en medio un bosque de plátanos, a modo de canal, que desagua de un lado en el mar y de otro en el lago Aquerusio, siendo suficiente para producir peces, por más que frecuentemente se le vacíe. Pero, cuando el mar está abierto, se le reserva; en cambio, si el mal tiempo brinda vacación a los pescadores, basta alargar la mano al criadero.

Con todo, la comodidad mayor de la quinta es la de tener Bayas a 7
espaldas de su muro: carece de los inconvenientes de ésta y goza de sus deleites. Estos sus encantos los conozco personalmente; la considero apropiada para todo el año; está orientada hacia el viento Favonio y lo recibe de suerte que priva a Bayas de su disfrute. No parece que Vacia estuvo desacertado al elegir este emplazamiento al que confiar su ocio, ya entonces indolente y senil.

Pero el lugar no contribuye gran cosa al sosiego interior: es el alma la 8
que para sí valora todas las cosas. He visto en una quinta alegre y deliciosa moradores entristecidos; he visto en plena soledad personas con aire de atareadas. Por lo tanto, no tienes por qué pensar que te hallas poco bien dispuesto porque no estás en la Campania. Y bien, ¿por qué no estás? Dirige constantemente tus pensamientos hacia acá.

Es posible conversar con los amigos ausentes, sin duda cuantas veces quieras, todo el tiempo que lo desees. Y de este placer, que es el más grato, gozamos más plenamente estando ausentes. La presencia nos vuelve melindrosos;[275] y como entonces, cuando queremos, hablamos, paseamos y nos sentamos juntos, cuando estamos separados ya no pensamos en aquellos que poco antes habíamos visto. 9

Por este motivo debemos soportar la ausencia con ecuanimidad: porque todos, aun de los presentes, estamos mucho tiempo ausentes. Cuenta aquí primero la separación durante la noche, luego las ocupaciones distintas de cada uno, además el estudio en privado, las salidas por los alrededores de Roma: comprobarás que no es mucho el tiempo de que nos priva de un amigo su estancia en países lejanos. 10

Al amigo se le ha de poseer dentro del alma, y aquí él nunca está ausente: a todo el que ella ama lo contempla cada día. Así pues, entrégate al estudio conmigo, cena conmigo, pasea conmigo. Viviríamos en una mansión estrecha, si algún obstáculo se hallase interpuesto a nuestros pensamientos. Te contemplo, querido Lucilio; ahora en particular te escucho; estoy en tu compañía de tal suerte que dudo si voy a escribirte billetes en lugar de cartas. [276] 11

56

Ningún ruido perturbará la serenidad del sabio

¡Muera yo si el silencio es tan necesario como parece para quien en el retiro se consagra al estudio! Heme aquí rodeado por todas partes de un griterío variado. Vivo precisamente arriba de unos baños.[277] Imagínate ahora toda clase de sonidos capaces de provocar la irritación en los oídos. Cuando los más fornidos atletas se ejercitan moviendo las manos con pesas de plomo, cuando se fatigan o dan la impresión de fatigarse, escucho sus gemidos; cuantas veces exhalan el aliento contenido, oigo sus chiflidos y sus jadeantes respiraciones. Siempre que se trata de algún bañista indolente, al que le basta la fricción ordinaria, oigo el chasquido de la mano al sacudir la espalda, de un tono diferente conforme se aplique a superficies planas o cóncavas. Mas, si llega de repente el jugador de pelota y empieza a contar los tantos, uno está perdido. 1

Añade asimismo al camorrista, al ladrón atrapado, y a aquel otro que se complace en escuchar su voz en el baño; asimismo a quienes saltan a la piscina produciendo gran estrépito en sus zambullidas. Aparte de éstos, cuyas voces, a falta de otro mérito, son normales, piensa en el depilador[278] que, de cuando en cuando, emite una voz aguda y estridente para hacerse más de notar y que no calla nunca sino cuando depila los sobacos y fuerza a otro a dar gritos en su lugar. Luego al vendedor de bebidas con sus matizados sones, al salchichero, al pastelero y a todos los vendedores ambulantes que en las tabernas pregonan su mercancía con una peculiar y característica modulación. 2

«¡Dichoso tú —dirás—, hombre de hierro o insensible, cuya cabeza aguanta en medio de un griterío tan diverso y estridente! —habida cuenta de que a nuestro Crisipo[279] los frecuentes saludos le ponen en trance de muerte.» En cambio yo, por Hércules, no me preocupo de este murmullo más que del oleaje, o de la cascada, aun cuando tengo oído que cierto pueblo no tuvo otro motivo para trasladar de sitio su ciudad que el no haber podido soportar el estruendo de las cataratas del Nilo.[280] 3

En mi opinión, distrae más la voz que el chasquido, porque aquélla cautiva la atención, éste sólo satura y fustiga los oídos. Entre los ruidos que suenan en derredor mío, sin distraerme, cuento el de los carros que cruzan veloces por la calle, el de mi inquilino carpintero, el de mi vecino aserrador, o el de aquel que junto a la Meta Sudante[281] ensaya sus trompetillas y sus flautas, y no canta, sino que grita. Me resulta aún más molesto el ruido que se interrumpe, de cuando en cuando, que el otro continuado. 4

Pero me he endurecido frente a todo este alboroto, de tal suerte que puedo escuchar hasta el cómitre de galera que con voz estridente señala el ritmo a sus remeros. En efecto, fuerzo el alma a concentrarse en sí misma, sin que se distraiga por la barahúnda exterior. Todo puede resonar por fuera con tal que por dentro no haya turbación, con tal que no rivalicen la codicia y el temor, con tal que la avaricia y el lujo no estén en desacuerdo y una no moleste a la otra. ¿De qué aprovecha, en verdad, el silencio en toda la comarca, cuando rugen las pasiones? 5

Todo estaba sosegado en la plácida quietud de la noche.[282] 6

¡Afirmación falsa!: ninguna quietud es plácida sino la que dispone la razón. La noche descubre las molestias, no las quita, y muda los afanes. De hecho, los sueños, aun estando uno dormido, son tan angustiosos como la jornada. La auténtica tranquilidad es aquella en la que se desarrolla la

sabiduría.

Contempla a aquel hombre al cual se le procura asegurar el sueño en medio del silencio de una mansión espaciosa, y en cuyo obsequio, para que ningún rumor perturbe sus oídos, toda la multitud de esclavos ha enmudecido y los que se le aproximan apoyan el pie sin apenas tocar el suelo. Lo cierto es que se revuelve de un lado hacia otro tratando de conseguir un ligero sueño que ataje sus inquietudes, y se lamenta de haber oído lo que en realidad no oye. 7

¿Cuál crees que es la causa de esto? Que el alma le ahoga con sus gritos; a ella hay que apaciguar, su agitación es lo que hemos de reprimir, pues no tienes por qué suponerla apaciguada porque el cuerpo descanse. A veces en la quietud hay inquietud. Por ello debemos estimularnos a la acción y ocuparnos en el cultivo de las artes nobles, siempre que nos indisponga la indolencia incapaz de soportarse a sí misma. 8

Los grandes caudillos, cuando observan que los soldados obedecen de mal grado, les moderan con algún trabajo y les ocupan en campañas. Nunca tienen tiempo para holgar los que están atareados, y nada más seguro para conjurar el vicio de la ociosidad que el trabajo. A menudo creemos que el tedio de los asuntos públicos y el disgusto por una ocupación desdichada y molesta nos han impulsado al retiro; con todo en aquel escondrijo al que el temor y el cansancio nos han arrojado, a veces se recrudece la ambición. Porque no cesó por haberla extirpado, sino por estar cansada o, mejor, enojada, con los negocios cuya marcha le era poco favorable. 9

Otro tanto afirmo sobre la intemperancia que a veces parece que se ha retirado, pero que luego, a los que se han propuesto practicar la frugalidad, los seduce, reclamando en medio de la privación los placeres, no reprobados, sino sólo abandonados, con tanta más vehemencia, por cierto, cuanto más solapada está. Todos los vicios que están al descubierto resultan más leves; también las enfermedades se encaminan a la curación, precisamente cuando, saliendo de su secreto, descubren su virulencia. Y, por lo mismo, debes saber que la avaricia, la ambición y los demás vicios del espíritu humano son perniciosísimos, cuando se ocultan en él simulando la curación. 10

Parecemos tranquilos y no lo estamos. Porque si procedemos de buena fe, si hemos tocado a retirada, si hemos renunciado a la ostentación, como poco antes te decía, ningún asunto nos desviará, ninguna sinfonía de hombres, o de pájaros, distraerá nuestros buenos pensamientos, firmes desde ahora y 11

seguros.

Es un espíritu inconstante y que todavía no se ha recogido en su interior aquel que se distrae ante una voz, ante un suceso fortuito. Tiene dentro de sí una cierta inquietud, tiene un cierto temor preconcebido que mantienen despierta su curiosidad, cual lo expresa nuestro Virgilio: 12

> Y a mí, a quien poco ha no impresionaba dardo alguno disparado, ni los griegos reunidos contra mí en formación hostil; ahora cualquier soplo del aura me aterra, cualquier sonido me excita, indeciso como estoy y temeroso tanto por el compañero, como por mi carga.[283]

La primera actitud es la del sabio a quien ni los vibrantes dardos, ni las armas de una formación cerrada que chocan entre sí, ni el estrépito de una ciudad en destrucción consiguen atemorizar;[284] esta segunda, la del ignorante, que, asustándose ante cualquier ruido, teme por su situación, a quien una voz insignificante, interpretada por él como un bramido, le desconcierta, a quien la más ligera conmoción deja sin aliento. Su propia carga le vuelve tímido. 13

A cualquiera de esos, supuestamente felices, que tú escojas, que arrastra y transporta consigo mucho equipaje, le verás «temeroso tanto por el compañero, como por la carga». 14

En consecuencia, reconoce que tendrás un perfecto equilibrio en el momento en que ningún clamor te afecte, en que ningún sonido te desconcierte; ni cuando te halague, ni cuando te amenace, ni cuando con voz huera acose tus oídos con vanas representaciones.

«Entonces ¿qué? ¿Acaso no resulta a veces más cómodo apartarse del tumulto?» Lo reconozco; por ello yo abandonaré este lugar. Quise probarme y ejercitarme. ¿Qué necesidad tengo de torturarme más tiempo, cuando Ulises encontró para sus compañeros un remedio tan fácil contra las mismas Sirenas?[285] 15

59

El gozo del sabio frente al gozo de los necios

Tus letras me han producido un gran placer. Permíteme, en efecto, que emplee los términos en su acepción corriente y no los restrinjas al significado estoico. El placer entraña vicio; lo damos por cierto; admítase, pues. Sin 1

embargo el término lo solemos emplear también para indicar un sentimiento alegre del alma.[286]

Sé, y lo repito, que el placer, si ajustamos los vocablos a nuestro código, 2
tiene significado peyorativo, y también que sólo al sabio le corresponde el gozo. Éste consiste en una elevación del alma que está segura de su auténtica felicidad. Sin embargo en el uso vulgar nos expresamos diciendo, por ejemplo, que hemos experimentado un gran «gozo» por el consulado de fulano, o por su casamiento, o por el parto de su esposa, acontecimientos que están tan lejos de ser gozos que a menudo son el principio de futuros disgustos. En, efecto, es propio del gozo no tener fin y no mudarse en el sentimiento contrario.

Así pues, cuando nuestro Virgilio habla de 3

los malos gozos del alma[287]

pronuncia una frase elocuente, pero con poca propiedad, ya que ningún mal puede constituir un gozo. Este nombre lo aplicó a los placeres, dando a entender lo que pretendía, pues quiso decir que los hombres se gozan con su mal.

Con todo, yo no he dicho sin motivo que tus letras me han producido un 4
gran placer. Pues, aunque el hombre ignorante se goce por un motivo honesto, no obstante ese impulso suyo desordenado, expuesto con facilidad a desviarse hacia el contrario, lo llamo placer, puesto que brota de un bien ficticio imaginado, sin límites ni moderación.

Mas, volviendo a mi propósito, te hago saber lo que en tu epístola me ha 5
complacido: tienes dominio de las palabras, el estilo no te empuja ni te arrastra más allá de las normas que te has fijado.

Hay muchos que se ven inducidos a escribir lo que no se habían propuesto a causa de una bella palabra que les cautiva; defecto este que a ti no te alcanza. Todas tus expresiones son concisas y ajustadas al tema; dices cuanto quieres y das a entender más de lo que dices. Esto es exponente de una cualidad más importante: revela que tu alma carece también de toda redundancia, de todo énfasis.[288]

Aun así, encuentro en ti metáforas que, si no son temerarias, con todo han 6
arriesgado lo suyo; encuentro comparaciones, que si alguien nos prohíbe emplearlas por estimar que sólo a los poetas les están permitidas, en mi opinión es porque no ha leído a ninguno de los modelos antiguos que todavía

no se empeñaban en lograr un discurso destinado al aplauso. Ellos, que se expresaban con sencillez para manifestar sus ideas, abundan en símiles, que estimo que nos son necesarios, no por el mismo motivo que a los poetas, sino para que vengan en apoyo de nuestra incapacidad, y ayuden a situarse, tanto al que habla como al que escucha, en el asunto de que se trata.

Ahora precisamente estoy leyendo a Sextio,[289] ingenio perspicaz, cuya 7
filosofía, en términos griegos, expone la moral romana. Me ha impresionado la comparación que él emplea: avanza el ejército en formación cerrada, dispuesto al combate allí donde el enemigo pueda sorprenderle por cualquier parte. «Lo propio —infiere él— debe hacer el sabio: despliegue por todos lados todas sus virtudes para que, dondequiera se produzca algún ataque, allí estén dispuestas las tropas que respondan con disciplina a las órdenes del caudillo.» Y asegura que la estrategia que vemos que se practica en los ejércitos que dirigen los grandes generales, consistente en que la orden del jefe la escuchan a un tiempo todas las tropas, al estar dispuestas de tal suerte que la consigna dada a uno solo se transmite en el mismo instante al infante y al jinete, esa misma, como táctica, es para nosotros bastante más necesaria.

En efecto, con frecuencia los soldados temen al enemigo sin motivo y les 8
resulta muy tranquila la marcha que habían considerado muy peligrosa. Para la necedad no hay lugar pacífico. Tanto miedo le infunde la zona superior como la inferior; en uno y otro de sus flancos tiembla; los peligros la acosan por detrás y de frente; ante cualquier contingencia se espanta, se halla desprevenida, y sus propios refuerzos la atemorizan.

En cambio, el sabio fortalecido frente a cualquier asalto y atento, ni aun cuando la pobreza o la aflicción o la afrenta o el dolor le acosen se volverá atrás; impertérrito marchará contra la adversidad y a través de ella.[290]

Muchos vicios nos encadenan, muchos nos enervan; largo tiempo 9
languidecimos en medio de ellos; purificarnos resulta difícil, pues no estamos manchados, sino infectos.

Para no ir pasando de una comparación a otra, haré esta pregunta en la que a menudo yo mismo centro mi atención: ¿por qué la insensatez nos domina de forma tan pertinaz? En primer lugar, porque no la rechazamos con energía, ni nos esforzamos por alcanzar la salud con todo ahínco; luego, porque no confiamos lo suficiente en las verdades descubiertas por los sabios ni les sacamos partido con sincero entusiasmo; nos aplicamos superficialmente a una cuestión tan esencial.

Ahora bien, ¿cómo puede alguien aprender todo aquello de que precisa 10

contra los vicios, si durante el tiempo en que está libre de ellos se ocupa en aprenderlos? Ninguno de nosotros penetra hasta el fondo, tan sólo arrancamos la corteza más exterior; y haber consagrado escasos momentos a la filosofía parece bastante y sobrado a los absortos en negocios.

Nos dificulta el camino el estar presto satisfechos de nosotros; si encontramos a uno que nos llama hombres de bien, prudentes, virtuosos, lo aceptamos. Con una pequeña alabanza no nos contentamos: todo cuanto una adulación descarada acumuló sobre nosotros, lo acogemos como debido. A quienes sostienen que somos los mejores, los más sabios, les damos la razón, a sabiendas de que ellos mienten muy a menudo; a tal extremo llega la propia complacencia, que pretendemos se nos alabe por aquella misma conducta que muy especialmente contravenimos. Alguien, cuando decreta el suplicio, oye que le llaman dementísimo; en medio del pillaje, generosísimo; entre la embriaguez y placeres, moderadísimo. Se comprende, por tanto, que rehusemos enmendarnos, porque nos consideramos los mejores. 11

Cuando Alejandro iba avanzando por la India y arrasaba en su campaña pueblos, que apenas sus propios vecinos conocían, durante el asedio de una ciudad, mientras recorría las murallas para descubrir los puntos más débiles de la fortificación, herido por una flecha, se obstinó, no obstante, en cabalgar para conseguir su objetivo. Luego, una vez restañada la sangre, como en la herida reseca aumentase el dolor y la pierna, colgando sobre el caballo, se entumeciese paulatinamente, forzado a desistir, Alejandro dijo: «Todos aseguran con juramento que soy hijo de Júpiter, pero esta herida proclama que soy un mortal».[291] 12

Hagamos nosotros lo propio. Puesto que a cada uno, en la propia parcela, la adulación nos envanece, repliquemos: «Vosotros, es cierto, afirmáis que soy prudente, mas yo veo cuántas cosas vanas ambiciono, y cuántas deseo que me serán perjudiciales. Ni siquiera me doy cuenta de que la saciedad es la que enseña a los animales cuál debe ser la medida en los alimentos y cuál en la bebida; pero yo cuál sea mi capacidad lo desconozco todavía». 13

En seguida te mostraré cómo reconocerás que no eres sabio. El auténtico sabio está rebosante de gozo, jovial, tranquilo, inconmovible; vive con los dioses como un igual. Ahora examínate a ti mismo: si nunca estás afligido, si ninguna esperanza perturba tu alma por la angustia del futuro, si en los días y las noches mantienes siempre el mismo temple, propio de un alma noble, complacida consigo misma, has llegado a la cima de la felicidad humana.[292] Pero si codicias los placeres todos y por todas partes, debes saber que estás 14

tan falto de sabiduría como de gozo. Deseas llegar a éste, pero yerras el camino, ya que confías alcanzar ese objetivo en medio de las riquezas, en medio de los honores; es decir que buscas el gozo en medio de los afanes. Estas cosas que tú ambicionas, convencido de que te proporcionarán alegría y placer, son fuente de dolor.

Todos, te lo repito, tienden a ese fin: el gozo; mas la manera de obtenerlo 15
duradero y pleno la desconocen. Uno <lo busca> en los festines y en el desenfreno; otro, en la ambición y en la multitud de clientes que le rodea; otro, en una amante, otro, en fin, en la vana ostentación de los estudios liberales y de una cultura literaria que nada remedia. A todos éstos les seducen diversiones falaces y efímeras, como la embriaguez que expía la alegre locura de una hora con un tedio de larga duración; como el fervor del aplauso y de la aclamación favorable que con gran inquietud se ha conseguido y se ha de purgar.

Así pues, piensa en esto: fruto de la sabiduría es un gozo siempre igual. 16
[293] Tal es el alma del sabio cual el cielo que está sobre la luna: allí reina siempre la serenidad. Tienes, pues, un motivo más para aspirar a la sabiduría: que ella jamás está desprovista de gozo. Gozo este que brota únicamente del sentimiento íntimo de nuestras virtudes. No puede gozar sino el fuerte, el justo, el temperante.

«Pues ¿qué? —arguyes tú—. ¿Los necios y malos no gozan?» No más que 17
los leones que han atrapado la presa. Cuando se han agotado por el vino y la lujuria, cuando la noche les ha abandonado en medio de sus vicios, cuando los placeres acumulados en su angosto cuerpo sobre la medida de su capacidad provocan la supuración, entonces los miserables prorrumpen con aquel verso de Virgilio:

> Cómo pasamos la noche postrera en medio de falsos goces, ya lo sabes.[294]

Los libertinos pasan cada noche en medio de falsos goces como si fuera la 18
última. Pero el gozo que acompaña a los dioses y a sus émulos no se interrumpe, ni termina. Terminaría si fuese de procedencia extraña. Puesto que no depende del favor ajeno, tampoco depende del antojo ajeno. La fortuna no arrebata lo que no otorga.

Combatir los deseos inmoderados

1 Me lamento, litigo, me enojo. ¿Aún ahora deseas cuanto desearon para ti tu nodriza, tu pedagogo o tu madre? ¿No te das cuenta todavía de cuán grandes males te desearon? ¡Ay! ¡Cuán perjudiciales son para nosotros las súplicas de los nuestros! Tanto más perjudiciales, por cierto, cuanto más felizmente se cumplen. Ahora no me sorprende que toda clase de molestias nos acompañen desde la primera infancia: hemos crecido entre las imprecaciones de nuestros padres. ¡Ojalá que los dioses escuchen algún día nuestra plegaria desinteresada por nosotros!

2 ¿Hasta cuándo pediremos alguna ayuda a los dioses, como si todavía no pudiésemos mantenernos nosotros mismos? ¿Cuánto tiempo llenaremos de sementeras la campiña de las grandes ciudades? ¿Cuánto tiempo recogerá el pueblo la cosecha para nosotros? ¿Cuánto tiempo navíos innumerables transportarán las provisiones para proveer a una sola mesa y, por cierto, no viniendo de un solo mar? El toro con el pasto de poquísimas yugadas queda saciado; un solo bosque basta para muchos elefantes: el hombre necesita los alimentos de la tierra y del mar.

3 ¿Qué, pues? Siendo así que la naturaleza nos ha otorgado unos cuerpos tan pequeños, ¿iba a otorgarnos un vientre tan insaciable capaz de superar la avidez de los animales más enormes y voraces? En modo alguno. ¡Cuán pequeñas son las exigencias de la naturaleza! Ella se contenta con poco. No es el hambre de nuestro vientre lo que exige dispendio, sino la codicia.

4 Así pues, a los «esclavizados a su vientre», en frase de Salustio,[295] contémosles en el número de los animales, no de los hombres; y a algunos ni siquiera entre los animales, sino entre los muertos. Está vivo quien es útil a muchos; está vivo quien saca partido de sí mismo. Pero los que se ocultan y vegetan se hallan en su mansión como en un sepulcro. En el propio umbral puedes esculpir en mármol su nombre: se han adelantado a su propia muerte.

61

Buena disposición para la muerte

1 Dejemos de querer las cosas que hemos querido. Por mi parte es eso lo que procuro: no querer de viejo lo mismo que quise de niño.[296] Éste es el único

objetivo de mis días y de mis noches; ésta es mi ocupación, éste mi pensamiento: poner fin a mis antiguos extravíos. Me esfuerzo en que un día sea para mí como la vida entera. ¡Por Hércules! que no por considerarlo el último me aferro a él, sino que lo contemplo cual si pudiera, muy bien, ser el último.

Con tal disposición te escribo esta epístola como si a mí, en el momento 2
preciso de escribirte, la muerte tuviera que emplazarme. Estoy dispuesto para salir, y por lo mismo fruiré de la vida, porque el tiempo que ha de durar este goce no me preocupa demasiado. Antes de mi vejez procuré vivir rectamente; en la misma vejez morir con dignidad; pero morir con dignidad es morir de buen grado.

Ten cuidado de no hacer nada contra tu voluntad. Todo lo que 3
necesariamente ha de acontecer al que resiste, no constituye una necesidad para el que lo acepta gustoso. Así lo mantengo: quien acoge de buen grado las órdenes, escapa a la exigencia más penosa de la servidumbre: la de hacer lo que no quisiera. No es uno desgraciado por hacer lo que le mandan, sino por hacerlo contra su voluntad. Por lo tanto, dispongamos nuestra alma en orden a querer todo cuanto la situación nos exija, y en primer lugar a pensar sin tristeza en nuestro fin.

Hemos de aparejarnos para la muerte antes que para la vida. La vida está 4
harto provista, pero nosotros estamos siempre con ansias de abastecerla: nos parece y siempre nos parecerá que nos falta algo. Que hayamos vivido lo suficiente no lo consiguen ni los años ni los días, sino el alma. He vivido, Lucilio carísimo, todo el tiempo que era suficiente. Satisfecho aguardo la muerte.[297]

LIBRO VII

64

La virtud es asequible. Actitud para la cosmovisión[298]

Ayer estuviste con nosotros. Podrías quejarte que fuera ayer tan sólo; por eso añadí «con nosotros», pues conmigo estás siempre. Se habían presentado unos amigos en cuyo honor se hacía necesaria una humareda más grande. No la espesa que suelen despedir las cocinas de los magnates y alarma a los vigilantes nocturnos, sino la tenue que anuncia que los huéspedes han llegado. 1

Nuestra conversación fue variada, como en los festines, sin desarrollar ningún tema hasta agotarlo, sino mariposeando de uno a otro. Se leyó luego un libro griego de Quinto Sextio, el padre, varón eminente —créeme— de cuño estoico, aunque él no lo reconozca.[299] 2

¡Cuánta energía, oh dioses buenos, hay en él, qué alma tan grande! Estas cualidades no las hallarás en todos los filósofos. Los escritos de algunos de ellos, que tienen un nombre famoso, carecen de vigor. Instruyen, argumentan, sutilizan, no infunden espíritu, porque no lo tienen. Cuando leyeres a Sextio dirás: «Pervive, tiene fuerza, franqueza, es más que un hombre, me deja lleno de enorme confianza». 3

Te confesaré en qué disposición de ánimo me encuentro cuando lo voy leyendo: me complazco en retar toda adversidad, me complazco en exclamar: «¿A qué aguardas, fortuna? Ven a mi encuentro, estoy preparado». Me revisto del coraje propio de aquel que busca la ocasión en que ponerse a prueba, en que manifestar su valor, 4

> y hace fervientes súplicas para que se le presente en medio del rebaño indefenso un jabalí exhalando espuma, o un dorado león.[300]

Me agrada tener una dificultad que superar, una prueba que estimule mi paciencia. Porque Sextio posee además este mérito insigne: te mostrará la alteza de la vida feliz sin hacerte desesperar de ella; sabrás que está en la cúspide, pero accesible al que la busca. 5

Este mismo beneficio te lo asegurará la virtud: que admires esa vida y, con todo, la esperes. A mí, es cierto, suele sustraerme mucho tiempo la propia contemplación de la sabiduría; no de otra suerte la contemplo 6

admirado que como lo hago a veces con el propio mundo, al que, a menudo, observo como un espectador por primera vez.

Venero los descubrimientos de la sabiduría y a sus autores; me place 7
acudir a ellos como a un patrimonio legado por muchos. Tales verdades las han conseguido para mí, las han elaborado para mí. Hagamos, sin embargo, como un buen padre de familia: incrementemos las riquezas recibidas; que este patrimonio, engrandecido por mí, pase a la posteridad. Mas queda y quedará aún mucho por hacer; ni a mortal alguno después de mil siglos le faltará ocasión de aportar algo todavía.[301]

Pero, aun cuando todo haya sido descubierto por nuestros antepasados, 8
será siempre nuevo tanto el uso, como el conocimiento y ordenación de los descubrimientos ajenos. Suponte que se nos han entregado medicinas para curar la vista; no tengo necesidad de buscar otras nuevas, pero éstas hay que adaptarlas a las enfermedades y al momento propicio. Con una se suaviza la inflamación de los ojos, con otra se atenúa la hinchazón de los párpados, con otra se evita la erupción súbita de la secreción y con otra se aguza la vista; conviene que desmenuces estos fármacos, que escojas ocasión propicia y apliques la dosis a cada paciente. Los remedios del alma los hallaron los antiguos, pero indagar cómo y cuándo se han de aplicar es nuestro cometido.

Mucho han conseguido nuestros predecesores, pero no lo han conseguido 9
todo. Aun así se les debe venerar y dar culto como a dioses. ¿Por qué no voy a tener las estatuas de los varones preclaros como estímulo para el alma y celebrar su natalicio? ¿Por qué no he de nombrarlos siempre con respeto? La veneración que tengo a mis preceptores, la misma, debo a estos maestros del género humano, de quienes dimana el origen de un beneficio tan grande.

Si me encuentro con un cónsul o un pretor, otorgaré a ellos todos los 10
cumplidos con los que suele dispensarse el honor debido a los personajes honorables: saltaré del caballo, me descubriré la cabeza, les cederé el paso. ¿Es que a uno y otro Marco Catón, a Lelio el Sabio, a Sócrates con Platón, a Zenón y a Cleantes[302] no les voy a dar cabida en mi ánimo con la máxima veneración? Por supuesto que yo les venero y me pongo siempre de pie ante nombres tan ilustres.

66

Las virtudes y los bienes son iguales

He vuelto a ver después de muchos años a Clarano, mi condiscípulo;[303] no te esperas, así lo creo, que añada que es un viejo, pero, en todo caso, vigoroso y lozano de espíritu y que lucha animoso contra su cuerpo deforme. Porque la naturaleza se comportó injustamente y a semejante alma le deparó un mal cobijo; o quizá pretendió darnos a nosotros esta precisa lección: que el carácter más firme y noble puede ocultarse bajo una piel cualquiera. Él va superando, no obstante, todas las dificultades, y a fin de menospreciar las demás cosas empieza por despreciarse a sí mismo. 1

Tengo la convicción de que está en un error quien dijo: 2

> más agradable, cuando va acompañada de un cuerpo hermoso, es la virtud.[304]

Ésta, en verdad, no precisa ornamento alguno; ella misma constituye su propio encanto y consagra a su cuerpo. Lo cierto es que empiezo a contemplar a nuestro Clarano con ojos distintos: me parece hermoso y tan erguido en el cuerpo, como lo es en el alma.

De una cabaña puede salir un gran hombre, como de un corpezuelo deforme y endeble un alma hermosa y noble. Por ello considero que la naturaleza engendra a algunos tan deformes con el fin de evidenciar que la virtud se origina en cualquier lugar. Si pudiera de por sí producir almas desnudas, lo habría hecho; ahora realiza una obra más importante, pues engendra algunas que, aunque dificultadas por sus cuerpos, rompen sus obstáculos. 3

Clarano, en mi opinión, se nos ha presentado como modelo para que podamos comprender que el alma no se mancilla por la deformidad del cuerpo, sino que es el cuerpo el que se embellece con la hermosura del alma. 4

Mas, aunque pasamos juntos muy pocos días, mantuvimos numerosas conversaciones, que a continuación te expongo y comunico:

Este fue el tema que se planteó el primer día: ¿cómo pueden ser iguales los bienes si están distribuidos en tres categorías? Unos son, en opinión de los nuestros, los de la primera clase, como el gozo, la paz, la salvación de la patria; otros de la segunda clase, que se manifiestan en circunstancias dolorosas, como la paciencia en los tormentos y la ecuanimidad en una grave dolencia. Los primeros los desearemos de forma inmediata; estos segundos, si hubiere necesidad. Existen todavía los de la tercera clase, como el andar con modestia, el rostro sereno y bondadoso, y los gestos apropiados a un varón prudente. 5

¿Cómo pueden ser iguales entre sí los bienes de estas tres clases, siendo 6

así que unos son apetecibles y otros desdeñables? Si queremos establecer la diferencia, volvamos al bien primordial y consideremos cuál es su naturaleza:[305] un alma que contempla la verdad, versada en lo que debe rehuir y apetecer, otorgando a las cosas el valor de acuerdo no con la opinión corriente, sino con su naturaleza, en conexión con todo el universo y dirigiendo su mirada penetrante a todos los fenómenos de éste, atenta por igual a sus pensamientos y a sus obras, noble y enérgica, invencible por igual frente a la aspereza y a la dulzura, sin rendirse por una u otra alternativa de la fortuna, elevándose por encima de todos los sucesos favorables o adversos, bellísima, con perfecta armonía de gracia y de vigor, sana y sobria, imperturbable, intrépida, a la que ninguna violencia puede quebrantar, ni los acontecimientos fortuitos exaltar o abatir. Semejante alma personifica la virtud.

Éste sería su rostro si fuera abarcable por una sola mirada y se
manifestase toda de una sola vez. En realidad, presenta múltiples aspectos 7
que se van manifestando conforme a la diversidad de la vida y sus conductas, sin que resulte ella misma más pequeña o más grande; pues el bien supremo no puede decrecer, como tampoco la virtud puede ir para atrás, sino que adopta unas u otras cualidades según la clase de actos que ha de realizar.

A cuanto ella se aplica lo atrae hacia su semejanza y le imprime su 8
carácter: a la conducta, las amistades, a veces familias enteras donde se introdujo para poner orden, las realza con su brillo. Todo lo que ella cuida, lo vuelve amable, atractivo, maravilloso. Así que su vigor y su grandeza no pueden elevarse a mayor altura, toda vez que no hay posibilidad de incremento para la suprema magnitud. No encontrarás nada más recto que la rectitud, como tampoco nada más verdadero que la verdad, nada más temperado que la templanza.

Toda virtud se funda en la moderación; la moderación tiene su medida. La 9
constancia no puede mejorarse como tampoco la confianza o la veracidad o la lealtad. ¿Qué puede añadirse a lo perfecto? Nada; de lo contrario, es que no había perfección allí donde se añadió algo. Luego, con la virtud sucede lo mismo: si algo se le puede añadir es porque le faltaba. La honestidad tampoco admite incremento alguno, pues su condición de honesta se deduce del razonamiento que antes expuse. ¿Qué, pues? ¿El decoro, la justicia, la legitimidad no han salido de la misma horma, dentro de unos límites bien precisos? La posibilidad de acrecerse es señal de que algo es imperfecto.

Toda clase de bien está sometido a las mismas leyes, el interés privado y 10

el público van unidos, al igual que son inseparables, ¡a fe mía!, lo encomiable y lo deseable. De ahí que las virtudes sean iguales, como también las obras de la virtud y los hombres todos que las han alcanzado.

Mas las virtudes de las plantas y de los animales, dado que son mortales, resultan frágiles, caducas e inseguras: se elevan y decrecen y por ello no se consideran del mismo valor. Única es la regla que se aplica a las virtudes humanas, por cuanto única es la recta y pura razón. Nada más divino que el ser divino, ni más celeste que el ser celestial. 11

Los seres mortales se debilitan y sucumben, se desgastan y acrecientan, se vacían y se llenan. Así pues, en una alternativa tan incierta, presentan desequilibrio; mas las cosas divinas tienen una misma naturaleza. En efecto, la razón no es otra cosa que una parte del espíritu divino introducida en el cuerpo humano. Y si la razón es divina y no hay bien alguno sin la razón, todo bien es divino.[306] Pero ninguna diferencia existe entre las cosas divinas; por lo tanto, tampoco entre los bienes. Así pues, son iguales el gozo y el valor firme y constante en sufrir los tormentos: en uno y otro se manifiesta la misma grandeza de alma; en el primero apacible y suave, en el segundo combativa y enérgica. 12

¿Es que tú no consideras que es la misma la virtud de aquel que con fortaleza asalta las fortificaciones del enemigo, y la de aquel que aguanta el asedio con muchísima entereza? Grande se muestra Escipión cuando sitia a Numancia, estrecha el cerco[307] y a tropas invictas las obliga a buscar su propia destrucción; grande también el valor de los sitiados, conscientes de que no se halla encerrado aquel que tiene libre el acceso a la muerte y expira en el abrazo de la libertad. Asimismo las restantes virtudes son iguales unas con otras: la tranquilidad, la sencillez, la liberalidad, la constancia, la ecuanimidad, la tolerancia; pues en la raíz de todas ellas se encuentra la única virtud que nos garantiza un alma recta e inflexible. 13

«Entonces, ¿qué? ¿No hay diferencia entre el gozo y la inquebrantable entereza en medio del dolor?» Ninguna por lo que respecta a las virtudes en sí mismas, muchísima atendiendo a la situación concreta en que una y otra se manifiesta. Pues la primera supone un desahogo y placidez natural del alma; la segunda un dolor antinatural. Y así éstos son ejemplos de cosas indiferentes que admiten el mayor contraste; pero la virtud en uno y otro caso es la misma. 14

La materia de la acción no cambia la virtud; ni la vuelve peor una materia áspera y difícil, ni mejor la alegre y grata; por donde es necesario que sea 15

igual. En una y otra, cuanto se realiza, se hace con igual rectitud, prudencia, honestidad. Así que hay igualdad entre los bienes, ya que por encima de ellos no es posible ni a éste comportarse mejor en medio del gozo, ni a aquél en medio de los tormentos; ahora bien, dos cosas que en nada pueden mejorarse son iguales.

Porque, si las circunstancias ajenas a la virtud pueden disminuirla o acrecentarla, deja de ser el único bien la honestidad. Si admites esto, toda honestidad se destruye. ¿Por qué motivo? Te lo diré: porque nada es honesto de cuanto se ejecuta a disgusto o por coacción. Toda acción honesta es voluntaria. Añádele indolencia, lamentaciones, subterfugios, miedo: ha perdido lo mejor que ella posee, la satisfacción personal. No puede ser honesto lo que no es libre, porque el temor supone esclavitud. 16

La honestidad, toda ella, es seguridad, tranquilidad. Si rechaza algo, si lo deplora, si lo juzga nocivo, acusa un trastorno y se agita en medio de gran discordia. De un lado le atrae la apariencia del bien, de otro le retrae la sospecha del mal. Así pues, quien se propone realizar algo honesto, sea cual fuere la dificultad que encuentre, por más que la juzgue una incomodidad, no debe considerarla un mal, debe poner en ello su voluntad y actuar de buen grado. Ningún acto honesto es impuesto o forzado; es sincero y sin mezcla de mal alguno. 17

Conozco la objeción que se me podría hacer: «¿Te esfuerzas en persuadirnos que es equivalente el que uno se solace en el gozo a que yazga en el potro fatigando a su verdugo?». Podría contestarse que el propio Epicuro afirma que el sabio, aunque se abrase en el toro de Fálaris,[308] exclamará: «Es cosa dulce, en nada me afecta».[309] ¿Por qué te maravillas de que yo califico de bienes iguales el estar recostado en un banquete como el resistir con suma fortaleza los tormentos, cuando Epicuro afirma algo más increíble: que es cosa dulce ser abrasado por el fuego? 18

Con todo te respondo que existe muchísima diferencia entre el gozo y el dolor. Si se me propone la elección, buscaré el primero y rechazaré el segundo. Aquél es conforme a la naturaleza, éste contrario a ella. En tanto se los valora según este criterio, una gran diferencia los separa; mas cuando uno se ha situado en el plano de la virtud,[310] uno y otro en cuanto tal tienen el mismo valor, tanto la virtud que discurre por situaciones alegres, como la virtud que lo hace por situaciones tristes. 19

Ni el tormento, ni el dolor, ni cualquier otra molestia tienen importancia 20

alguna: la virtud anula sus diferencias. Del mismo modo que la claridad del sol ofusca los resplandores tenues, así, la virtud expulsa y destruye con su excelencia los dolores, las incomodidades, las injurias, y adondequiera que emite su fulgor allí desaparece todo cuanto sin ella era visible; ni las desgracias tienen mayor consecuencia, cuando inciden sobre la virtud, que el aguacero sobre el mar.

Para que compruebes que esto es así, el hombre de bien se apresurará sin 21
ninguna demora a realizar toda bella acción. Aunque allí encuentre al verdugo, al torturador, la hoguera, él perseverará, sin tener en cuenta lo que ha de sufrir sino lo que ha de conseguir, y confiará en su honesto cometido igual que en un hombre de bien. Considerará aquello provechoso para sí, seguro y próspero. El mismo rango ocupará para él un asunto honesto, aunque triste y penoso, que un hombre bueno, pobre o desterrado o endeble y pálido.

¡Ea, pues!, presenta de un lado a un hombre honesto que abunda en 22
riquezas y de otro al que nada posee, sino que todo lo lleva en su interior: ambos serán hombres de bien, aunque gocen de diversa fortuna. Un mismo criterio es válido, como dije, para las cosas como para los hombres: igualmente loable es la virtud que anida en un cuerpo vigoroso y ágil, que la del enfermizo y postrado.

Por lo tanto, no debes tampoco elogiar tu virtud en mayor medida si la 23
fortuna te ha deparado íntegro el cuerpo, que si te lo ha dejado parcialmente mutilado; de lo contrario, esto supondría juzgar al señor por el aspecto de sus esclavos. En efecto, todas esas cosas sobre las que el azar ejerce su dominio son como esclavos: el dinero, el cuerpo, los honores son cosas débiles, inestables, caducas, de posesión incierta; a la inversa, las obras de la virtud son libres e invictas, no más deseables porque la fortuna les dispense sus favores, ni menos porque les oprima la adversidad.

La amistad busca en los hombres, lo que el deseo en las cosas. No creo 24
que a un hombre de bien rico lo ames más que a uno pobre, a uno robusto y fornido más que a uno delgado y de cuerpo débil; por lo mismo, tampoco desearás o amarás una situación alegre y pacífica con preferencia a una agobiante y penosa.

De ser así, entre dos hombres igualmente honestos prefirirás el apuesto y 25
perfumado al polvoriento e hirsuto; después llegarás hasta el punto de preferir uno íntegro en todos sus miembros e ileso al inválido o tuerto. Poco a poco tu difícil gusto dará como resultado que prefieras entre dos igualmente justos y prudentes al de poblada y rizada caballera. Cuando en uno y otro la

virtud es igual, no cuenta la desigualdad en otros aspectos, porque todo lo demás no son partes, sino accesorios.

¿Acaso algún padre practica una discriminación tan injusta entre sus hijos 26
que muestre su predilección por el sano antes que por el enfermizo, por el esbelto y de elevada estatura antes que por el bajo y rechoncho? Las fieras no distinguen entre sus cachorros y los alimentan ofreciéndose por igual a todos; las aves reparten el sustento por igual. Ulises se apresura hacia el peñasco de su querida Ítaca[311] con el mismo ímpetu que Agamenón a los nobles muros de Micenas.[312] Nadie ama a su patria porque sea grande, sino por ser la suya.

¿Qué finalidad persiguen estas enseñanzas? La de mostrarte que la virtud 27
contempla con los mismos ojos todas sus obras como a sus propias hijas, que se complace por igual con todas y sin duda con más efusión por las que sufren, ya que también el amor de los padres se inclina más por aquellos que le mueven a compasión. Asimismo la virtud no prefiere aquellas sus obras que ve más atacadas y despreciadas, sino que, al estilo de los buenos padres, las rodea de mayor cuidado y protección.

¿Por qué motivo no existe un bien mayor que otro? Porque nada hay más 28
apto que la aptitud, ni más llano que la llanura. No puedes afirmar que una cosa sea más igual que otra respecto de una tercera; luego tampoco hay nada más honesto que la honestidad.

Y si es igual la naturaleza de todas las virtudes, las tres clases de bienes 29
están en plano de igualdad. Te lo aclaro de este modo: hay paridad entre un gozo moderado y un dolor moderado. Aquel sentimiento de alegría no supera esta fortaleza de alma que a manos del verdugo devora sus gemidos. Los primeros bienes mueven el deseo, estos segundos la admiración; sin embargo unos y otros son de igual valor, porque todas las molestias existentes desaparecen ante la pujanza de un bien muy superior.

Todo aquel que los juzga desiguales aparta su atención de las propias 30
virtudes y se fija en su apariencia exterior. Los bienes verdaderos tienen el mismo peso, la misma dimensión; los falsos presentan mucha oquedad; por ello, hermosos y espléndidos a simple vista, cuando se les ha reducido a peso, muestran el engaño.

Así es, querido Lucilio: todo cuanto garantiza la genuina razón resulta 31
sólido y perdurable, afianza el alma y la levanta para que esté siempre en las alturas; aquello que se alaba sin fundamento y que, a juicio del vulgo, constituye un bien, exalta los espíritus que se contentan con vaciedades; a la

inversa, los infortunios que se temen como si fueran males, infunden espanto en el ánimo y lo atormentan de igual forma que a los animales el peligro aparente.

Por lo tanto, una y otra actitud alegra o atormenta el alma sin motivo: ni 32
en la primera está justificado el gozo, ni en la segunda el temor. Tan sólo la razón es inmutable y tenaz en su juicio, ya que no es esclava, sino señora de los sentidos. La razón es igual a la razón, como la rectitud a lo recto; luego la virtud a la virtud, dado que ésta no es otra cosa que la recta razón.[313] Todas las virtudes son obra de la razón; son obra de la razón si son rectas; puesto que son rectas son también iguales.

Cual es la razón, así son sus acciones; luego todas son iguales, pues, 33
siendo semejantes a la razón, son, a la vez, semejantes entre sí. Pero digo que las acciones son iguales entre sí en cuanto a su honestidad y rectitud; en lo demás presentarán notables diferencias al cambiar la materia, que ora es más amplia, ora más estricta; ora ilustre, ora innoble; ora referida a la multitud, ora a pocas personas. No obstante, en todas esas circunstancias, lo que constituye su cualidad óptima permanece igual: su honestidad.

Del mismo modo los hombres buenos son todos iguales por lo que 34
respecta a su bondad; pero presentan diferencias en la edad: uno es más viejo, otro más joven; en el cuerpo: uno es hermoso, otro deforme; en la fortuna: aquél es rico, éste pobre; aquél influyente, poderoso, conocido en ciudades y pueblos, éste desconocido de la mayoría y de vida oculta. Mas, en el hecho de ser buenos, son iguales.

Acerca de la bondad o malicia moral no juzgan los sentidos; ignoran lo 35
que es útil y lo que es perjudicial. No pueden pronunciarse sino sobre la realidad concreta que tienen ante los ojos. Ni tienen previsión del futuro ni memoria del pasado; no advierten las consecuencias de una acción. Ahora bien, a partir de este conocimiento se enlaza la serie ordenada de acontecimientos y la coherencia de la vida que ha de avanzar por el camino recto. De ahí que la razón se constituya en árbitro de los bienes y de los males; ella tiene por viles todas las cosas que le son ajenas y accidentales; y aquellas que no son ni buenas ni malas las considera accesorios de mínimo e insignificante valor: para ella, en efecto, todo bien reside en el alma.

Con todo, ciertos bienes los considera de primera clase, a los que aspira 36
de inmediato, como la victoria, los hijos virtuosos, la salvación de la patria; otros de segunda clase, los que sólo se manifiestan en la adversidad, como soportar con ecuanimidad la enfermedad, la hoguera, el destierro; otros

indiferentes, que en nada se muestran más conformes que disconformes con la naturaleza, como el andar con modestia o estar sentado con recato. Ya que no es menos conforme a la naturaleza estar sentado que estar de pie o caminar.

Aquellas dos primeras clases de bienes son diferentes entre sí: en efecto, los de la primera clase son conformes a la naturaleza, como gozarse por el cariño de los hijos y por la incolumidad de la patria; los de la segunda clase son disconformes con la naturaleza, como resistir con firmeza los tormentos y soportar la sed cuando la enfermedad nos abrasa las entrañas.[314] 37

«Entonces, ¿es que existe algún bien contrario a la naturaleza?» En absoluto; pero alguna vez sí es contraria a la naturaleza la circunstancia en la que se produce aquel bien. Porque estar herido, consumirse sobre la pira en llamas y desfallecer por causa de la enfermedad es contra la naturaleza, pero en estas circunstancias mantener el ánimo inquebrantable es conforme a la naturaleza. 38

Para decirlo con pocas palabras: la materia del bien algunas veces es contraria a la naturaleza, el bien nunca lo es, porque no existe bien alguno sin la razón, y la razón sigue a la naturaleza. «¿Qué es, pues, la razón?» La imitación de la naturaleza. «¿Cuál es el supremo bien del hombre?» Acomodar la conducta a los designios de la naturaleza.[315] 39

«No hay duda —se me objeta— de que es más feliz la paz jamás hostigada, que la recuperada con mucho derramamiento de sangre. No hay duda —se insiste— de que es más plancentera una salud inquebrantable que otra conducida a buen puerto, superando con una firme entereza y paciencia enfermedades graves que presagiaban lo peor. Asimismo no habrá duda de que disfruta de un bien mayor un alma gozosa que otra expuesta a soportar los tormentos de la tizona o del fuego.» 40

En modo alguno, ya que las pruebas que son fortuitas admiten grandísimas diferencias: se valoran conforme a la utilidad de quienes las escogen. En los bienes el único designio es armonizarse con la naturaleza: éste es el mismo en todos. Cuando en el Senado aceptamos una propuesta no puede decirse que uno la apruebe más que otro. Todos se adhieren a la misma opinión. Lo propio afirmo respecto de las virtudes: todas se acomodan a la naturaleza. 41

Uno falleció en la juventud, otro en la vejez, un tercero en la infancia, a quien sólo le cupo la suerte de columbrar la vida. Todos estos fueron igualmente mortales, aun cuando la muerte a algunos les concedió una vida bastante larga, la de otros la cortó en su misma plenitud, y la de otros la truncó en su comienzo. 42

Éste, en medio de una cena, expiró; para aquél la muerte no fue sino la continuación del sueño; hubo quien durante el coito pereció. Sitúa frente a estos los pasados a cuchillo, o los muertos por mordedura de serpiente, o los aplastados por hundimiento, o los descoyuntados lentamente por una prolongada contorsión de los músculos. El final de algunos puede calificarse de mejor, el de otros de peor: la muerte sin duda es la misma para todos. Los caminos que les conducen a ella son diversos, el término al que van a parar es uno solo. No hay muerte mayor o menor que otra, tiene la misma medida para todos: terminar con la vida. 43

Otro tanto te digo acerca de los bienes: éste se encuentra entre el puro placer, ése entre tristezas y amarguras; aquél se ganó el favor de la fortuna, éste superó sus reveses; unos y otros son bienes por igual, aunque el uno camine por la senda llana y suave, y el otro por la áspera. Uno mismo es, en efecto, el fin al que todos convergen: son bienes, son loables, acompañan a la virtud y a la razón: la virtud iguala entre sí a todo cuanto reconoce suyo. 44

Y no es preciso que admires este precepto como privativo nuestro. La doctrina de Epicuro señala dos bienes que componen la suprema beatitud: el cuerpo libre de dolor y el alma sin perturbación.[316] Tales bienes no se incrementan, si están colmados: ¿cómo crecerá, en verdad, lo que alcanza la plenitud? El cuerpo carece de dolor: ¿qué puede añadirse a esta ausencia de dolor? El alma está en consonancia consigo y goza de paz: ¿qué puede añadirse a semejante tranquilidad? 45

Del mismo modo que el cielo sereno no admite ya una claridad mayor cuando está acrisolado con un brillo purísimo, así el hombre que cuida de su cuerpo y de su alma, y que con ambos forja su propio bien, goza de un estado perfecto y alcanza la culminación de sus anhelos cuando su alma está libre de inquietud, y su cuerpo, de dolor. Si le llegan del exterior algunos halagos, éstos no acrecen el sumo bien, sino que, por así decirlo, lo aderezan y recrean; pues el bien consumado de la naturaleza humana se satisface con la paz del cuerpo y del alma. 46

Te mostraré en Epicuro una nueva división de los bienes muy similar a la nuestra.[317] En efecto, hay unas cosas, en su opinión, que son las que él preferiría conseguir, como el sosiego del cuerpo, exento de toda molestia, y la serenidad del alma gozosa en la contemplación de sus bienes propios; hay otras que, si bien no quisiera le sobreviniesen, con todo, las aprueba y elogia, como aquella entereza, de que antes te hablaba, para sufrir la enfermedad y los dolores más graves, de la que dio prueba Epicuro en aquella su última y 47

felicísima jornada. Pues nos dice que soporta la tortura de la vejiga y de la úlcera intestinal, que no admite un posible aumento del dolor y que, no obstante, aquel día resulta dichoso para él.[318] Ahora bien, no puede transcurrir un día dichoso sino para quien disfruta del sumo bien.

Luego, a juicio del propio Epicuro, existen esos bienes que uno preferiría no experimentar, pero que, con todo, porque así lo deparó la suerte, hemos de apreciar, enaltecer y equiparar con los mejores. No puede decirse que no sea igual a los más grandes este bien que puso término a una vida feliz, al que Epicuro expresó su gratitud con sus postreras palabras. 48

Permíteme, Lucilio, el mejor de los hombres, hacer una afirmación más audaz: supuesto que unos bienes pudieran ser superiores a otros, yo hubiera preferido estos que parecen lúgubres a los suaves y delicados, éstos los hubiera proclamado más grandes. Porque más meritorio es superar las dificultades que moderar las alegrías.[319] 49

Es la propia razón la que impulsa, lo sé, a que uno soporte la felicidad con sensatez y la desgracia con entereza. Puede ser igualmente valeroso el centinela que monta la guardia sereno fuera de la empalizada, porque ningún enemigo amenaza el campamento, que el soldado que, con los jarretes cortados, se apoya sobre las rodillas y no entrega las armas. Pero la aclamación «¡bravo! ¡buen ánimo!» sólo se dedica a los que vuelven ensangrentados del combate. Así pues, elogiaré con preferencia estos bienes que suponen adiestramiento, fortaleza y que le han sido disputados a la fortuna. 50

¿Vacilaré acaso en ensalzar con mayores elogios aquella mano de Mucio, mutilada y consumida por el fuego, que la del más aguerrido soldado conservada indemne? Se mantuvo firme despreciando a los enemigos y a las llamas, y fijó su mirada en la mano que se derretía en el hornillo enemigo, hasta que Porsena, cuyo castigo satisfacía, envidió su gloria y ordenó que a Mucio, aun contra su voluntad, se le retirase del fuego.[320] 51

Este bien ¿por qué no lo voy a enumerar entre los primeros y juzgarlo tanto más excelente que esos bienes seguros, no expuestos al riesgo de la fortuna, cuanto es más insólito vencer al enemigo con la mano amputada que con la mano armada? «Entonces, ¿qué? —dices—. ¿Este bien lo desearás para ti?». ¿Por qué no? Pues sólo del que pueda de veras desearlo, podrá alcanzarlo. 52

¿Acaso preferiré ofrecer los miembros a esos siervos míos degenerados 53

para que les den masaje?, ¿o que una cortesana, o alguien convertido de mozo en cortesana, desentumezca mis deditos? ¿Por qué no he de considerar más dichoso a Mucio, que puso su mano en el fuego como si la hubiera ofrecido al masajista? Subsanó enteramente el error cometido; desarmado y mutilado terminó la guerra y con aquella su mano trunca venció a dos reyes.[321]

67

Aun el bien que exige sacrificios es deseable[322]

Para comenzar, asuntos triviales: la primavera se ha abierto paso, pero 1
declinando ya hacia el verano, cuando debía proporcionar calor se ha entibiado y no ofrece aún garantías, pues a menudo retrocede hacia el invierno. ¿Quieres conocer cuán insegura es todavía? Aún no me atrevo con el agua fría, hasta ahora suavizo su rigor. «Esto significa —dices— que no soportas ni el calor, ni el frío.» Así es, querido Lucilio, a mi edad le basta el frío que le es connatural; apenas si, mediado el estío, entra en calor. De ahí que la mayor parte del tiempo la pase bien arropado.

Doy gracias a la vejez por tenerme clavado en el lecho; ¿por qué no le 2
daré gracias por este favor? Me impide que haga cuanto estaba obligado a rechazar. Con los libros mantengo un abundantísimo diálogo. Siempre que me llegan tus cartas tengo la impresión de estar en tu compañía, y dispongo mi alma de tal suerte que imagino no contestarte por escrito, sino responderte de palabra. Así también respecto a la cuestión que me planteas, procederé como si dialogase contigo: juntos investigaremos de qué se trata.

Preguntas si toda clase de bien es deseable. «Si es un bien —argumentas
—, sufrir con fortaleza el tormento, con grandeza de ánimo la hoguera y con 3
paciencia la enfermedad, se deduce que estas cosas son deseables; pero no veo que nada de esto merezca ser deseado. Ciertamente no sé todavía de nadie que haya cumplido un voto a causa de haber sido sacudido con azotes, o deformado por el mal de gota, o estirado en el potro del tormento.»

Puntualiza, querido Lucilio, tales casos y comprenderás que en ellos 4
existe un aspecto deseable. Mi voluntad sería tener los tormentos lejos de mí; pero si hubiere de padecerlos, será mi deseo comportarme en medio de ellos con fortaleza, honestidad y valor. ¿Por qué no voy a preferir que se evite la guerra? Pero si se produce, mi deseo será soportar con magnanimidad las

heridas, el hambre y cuantas desgracias acarrea la fatalidad de la guerra. No soy tan demente para querer enfermar; pero si he de arrostrar la enfermedad, será mi deseo no comportarme ni con impaciencia, ni como una mujer. Así que no es la contrariedad lo deseable, sino la virtud con que soportamos la contrariedad.

Algunos de nuestros maestros opinan que la firme entereza en todos estos 5
trances no es deseable, pero tampoco reprobable, porque en nuestras plegarias lo que debemos pedir es el bien puro, placentero, libre de toda molestia.[323] Yo no estoy de acuerdo. ¿Por qué? En primer lugar, porque no es posible que una cosa sea realmente buena y no sea deseable; en segundo lugar, porque si la virtud es deseable, y no hay bien alguno sin la virtud, todo bien es asimismo deseable; aparte de que la denodada paciencia en los tormentos es también deseable.

Todavía otro argumento más. ¿No es cierto que la fortaleza es deseable? 6
Pues bien, ella desprecia y reta el peligro; el más hermoso y más admirable de sus cometidos consiste en no retroceder ante el fuego, en afrontar las heridas, en ocasiones ni siquiera esquivar los dardos, sino acogerlos a pecho descubierto. Si la fortaleza es deseable, también lo es soportar con paciencia los tormentos, pues esto forma parte de la fortaleza. Pero matiza, como te dije, estos conceptos y nada habrá que te induzca a error. Porque lo deseable no es sufrir el tormento, sino sufrirlo con fortaleza. Que sea «con fortaleza» es lo que deseo, en lo cual consiste la virtud.

«¿Quién, no obstante, manifestó jamás tal deseo?» Unos votos quedan 7
claros y explícitos, al formularse sobre objetos precisos; otros quedan sobreentendidos, cuando en uno solo van incluidos otros muchos. Supongamos que yo aspiro a la vida honesta. Pues bien, la vida honesta se compone de acciones diversas. Ella trasluce en el arca de Régulo,[324] en la herida de Catón, abierta con su propia mano,[325] en el destierro de Rutilio,[326] en la copa emponzoñada que trasladó a Sócrates de la cárcel al cielo.[327] Así, cuando deseo para mí la vida honesta, deseo al propio tiempo estas molestias sin las cuales, a veces, no puede resultar honesta.

¡Oh tres y cuatro veces dichosos aquellos 8
que, ante la mirada de sus padres, al pie
de las altas murallas de Troya, tuvieron
la suerte de sucumbir![328]

¿Qué diferencia existe entre desear tal suerte a alguien y confesar que esa suerte le era deseable?

Uno de los Decios se ofreció en voto por la República: espoleando su caballo irrumpió en medio del enemigo buscando la muerte. El otro, algún tiempo después, émulo de la virtud de su padre, tras haber pronunciado las mismas fórmulas rituales usadas ya en la familia, se lanzó sobre las líneas de combate más densas, preocupado tan sólo por alcanzar en su sacrificio señales favorables, con la persuasión de que era cosa deseable una muerte heroica.[329] ¿Vas a dudar, por tanto, de que constituya un bien excelente conseguir una muerte digna de ser recordada, practicando un acto de virtud? 9

Cuando alguien soporta los tormentos con entereza, hace uso de todas las virtudes. Quizás una se hace ostensible y se manifiesta particularmente: la paciencia. Con todo, allí está la fortaleza, de la que son ramificaciones la paciencia, la firmeza y la tolerancia; allí está la prudencia, sin la cual no se toma decisión alguna y nos persuade a soportar lo inevitable con la máxima entereza; allí está la constancia, inamovible, que nunca renuncia a su propósito por ninguna presión o violencia; allí está el inseparable cortejo de las virtudes. Toda acción honesta la ejecuta una sola virtud, pero por decisión del conjunto. Ahora bien, lo que aprueban todas las virtudes, aunque parezca que una sola lo realiza, es cosa deseable. 10

¿Es que tú crees que son únicamente deseables los bienes que se nos ofrecen a través del placer y del ocio y que acogemos con guirnaldas en las puertas? Existen ciertos bienes de rostro severo. Existen ciertos votos que se solemnizan no con felicitaciones públicas, sino con devoción y respetuoso acatamiento. 11

Así, ¿no crees tú que Régulo deseó regresar a Cartago?[330] Revístete del espíritu de un gran hombre y aléjate por unos instantes de los criterios del vulgo; trata de captar, en la medida que debes, los rasgos de una virtud tan bella y espléndida, que hemos de cultivar no con incienso y guirnaldas, sino con sudor y sangre. 12

Contempla a Marco Catón aplicando sus manos purísimas a aquel su augusto pecho y ensanchando las heridas que en él no habían calado muy hondo.[331] A la postre, ¿qué le dirás: «quisiera compartir tus propósitos» y «lo siento mucho», o bien «te felicito por tu acción»? 13

En este momento hago memoria de nuestro Demetrio,[332] quien a la vida tranquila, que no acusa embate alguno de la fortuna, la califica de «mar 14

muerto». No contar con motivación alguna que te mantenga despierto, que te estimule, cuyos presagios y acometidas pongan a prueba la firmeza de tu alma, sino abandonarse a una quietud inalterable, eso no es sosiego, antes bien flojedad.

Átalo, el estoico, solía decir: «prefiero que la fortuna me retenga en sus 15
campamentos más bien que entre sus delicias. Sufro tortura, pero con firmeza; está bien. Sufro la muerte, pero con firmeza; está bien».[333] Escucha a Epicuro, dirá que «es cosa dulce».[334] Por mi parte, a algo tan honroso y serio como esto nunca le aplicaré un nombre baladí.

El fuego me consume, pero soy invencible. ¿Por qué este trance no va a 16
ser deseable? —No porque el fuego me consume, sino porque no me vence. Nada más excelente que la virtud, nada más hermoso; bueno y a la par deseable resulta todo acto que se ejecuta bajo sus órdenes.

68

Las ventajas del retiro[335]

Me adhiero a tu decisión: ocúltate en el retiro, pero oculta también tu propio 1
retiro. Posiblemente eres consciente de que esto lo vas a hacer movido, si no por la doctrina, al menos por el ejemplo de los estoicos; pero lo has de hacer también conforme a su doctrina y así conseguirás tu propia aprobación y la de quien quieras.

Tampoco destinamos al sabio al gobierno de una República cualquiera, ni 2
en todo momento, ni sin limitación alguna. Además, puesto que hemos asignado al sabio una República digna de él, a saber, el mundo, no se halla al margen de la actividad pública, aunque se retire de ella.[336] Más aún: quizás ha abandonado un estrecho reducto para ocupar espacios más extensos y espléndidos y, situado en el cielo, comprende que antes, cuando subía a la silla curul, o al tribunal, ocupaba un humilde asiento. Mantén en tu espíritu esta convicción: el sabio nunca está más ocupado que cuando los asuntos divinos y humanos se someten a su examen.

Ahora te recuerdo la norma que te había inculcado al principio: que tu 3
retiro pase desapercibido. No tienes por qué darle el título de estudio de la sabiduría o deseo de tranquilidad. Aplica otro nombre a tu personal decisión, llámala atención a la salud, debilidad, desidia. Gloriarse del retiro es inútil

ostentación.

Ciertos animales para no ser descubiertos borran sus huellas alrededor de 4 la propia guarida. Otro tanto debes hacer tú; de lo contrario, no faltarán quienes te persigan. Muchos pasan por alto los lugares accesibles; son los ocultos e impenetrables los que escudriñan; al ladrón le atraen los objetos bien guardados. Parece despreciable cuanto está a la vista; el descerrajador no se detiene ante las puertas abiertas. Éstos son los hábitos del vulgo, éstos los de la gente más inculta: penetrar en el secreto es su deseo.

Óptima decisión será, pues, la de no alardear del propio retiro; sin 5 embargo, una forma de ostentación consiste en ocultarse demasiado y alejarse del trato humano. Uno se ocultó en Tarento, otro se encerró en Nápoles, otro durante muchos años no traspuso el umbral de su casa. Atrae hacia sí a la turba todo el que con su retiro forja alguna fábula.

Cuando estés en tu retiro no debes buscar que la gente hable de ti, sino 6 hablar tú contigo mismo. Y ¿de qué hablarás? Lo mismo que los hombres suelen hacer gustosísimos con sus semejantes, hazlo tú: en tu intimidad juzga mal acerca de ti. Te acostumbrarás a decir la verdad y a escucharla. Pero ocúpate sobre todo de aquel aspecto en el cual te reconoces más débil.

Cada cual está al corriente de sus defectos corporales. Así uno mediante 7 vomitivos alivia el estómago, otro con alimentación frecuente lo fortalece, un tercero intercalando días de ayuno evacua y purifica el organismo. Los enfermos cuyos pies ataca el mal de gota se abstienen ora del vino, ora del baño; descuidados para lo demás, combaten la enfermedad que a menudo les asalta. Del mismo modo en nuestra alma tenemos ciertas partes enfermizas a las que hemos de aplicar el remedio.

¿Qué es lo que hago en mi retiro? Cuido mi úlcera. Si te mostrare mi pie 8 hinchado, la mano cárdena y la pierna encogida por la sequedad de sus nervios, me permitirías quedar inactivo en un rincón y cuidar mi enfermedad. Es más grave esta dolencia que no puedo mostrarte: en lo íntimo del pecho está la postema y el tumor. No quiero en absoluto alabanzas, no quiero oírte decir: «¡Oh noble varón! Todo lo ha despreciado y después de reprobar las locuras de la vida humana ha huido del mundo». Nada he reprobado excepto a mí mismo.

No tienes por qué venir junto a mí con la ilusión de mejorarte. Te 9 equivocas si esperas conseguir alguna ayuda de mi parte: no vive aquí un médico, sino un enfermo. Prefiero que al tiempo de alejarte de mi lado digas: «Consideraba a este hombre feliz e instruido, tenía los oídos pendientes de

él. He quedado defraudado; nada he visto ni oído de cuanto deseaba, que me impulse a volver». Si éstos son tus sentimientos, si éstas son tus palabras, algún provecho has sacado: prefiero que compadezcas mi retiro a que lo envidies.

«¿El retiro —dices— es lo que tú, Séneca, me recomiendas?, ¿te rebajas 10
a las máximas de Epicuro?»[337] Te recomiendo, sí, un retiro, pero en el que puedas realizar acciones más nobles y hermosas que aquellas que has abandonado: golpear las suntuosas puertas de los poderosos, clasificar en el registro a los viejos faltos de heredero, gozar de enorme prestigio en el foro supone un poder odioso, caduco y, en justa apreciación, miserable.

Uno me aventajará con mucho por su ascendiente en el foro; otro, por sus 11
servicios en el ejército y por los méritos con ellos conseguidos, un tercero por la multitud de sus clientes. No puedo equipararme a ellos, gozan de mayor prestigio. Vale la pena que todos me superen con tal que yo supere a la fortuna.

¡Ojalá hubieses tenido hace tiempo el valor de tomar esta resolución! 12
¡Ojalá que el tema de la felicidad no lo tratásemos tan sólo ante la perspectiva de la muerte! Pero ahora, por lo menos, avanzamos, ya que muchas cosas que debimos haber considerado inútiles y nocivas a la luz de la razón, las consideramos ahora tales a la luz de la experiencia.

A semejanza de lo que suelen hacer los jinetes que toman la salida 13
demasiado tarde y que con la velocidad quieren recuperar el retraso, debemos aguijonearnos con la espuela. Esta nuestra edad se adapta a tal clase de estudios: ha perdido ya la fogosidad, ha sojuzgado ya los vicios que se hacían indómitos en el ardor primero de la juventud, y no les falta mucho para extinguirse.

«Pero ¿cuándo te aprovechará —insistes— esta lección que aprendes al 14
salir de la vida y para qué fin?» Para salir de ella mejor. Por lo demás, no tienes por qué pensar que exista para la sabiduría otra edad más apropiada que ésta, la cual, a través de numerosas pruebas y de un constante arrepentimiento, se ha dominado y, una vez moderadas las pasiones, ha realizado saludables progresos. Éste es el tiempo propicio para un bien tan grande. Todo el que de viejo alcanza la sabiduría, la alcanza a través de los años.

Los viajes frecuentes, obstáculo para la conversión[338]

Que te mudes de lugar y que vayas mariposeando de un lado para otro no lo quiero. En primer lugar, un cambio tan frecuente denota un alma inconstante: no puede ella arraigar en el retiro si no deja de mirar a todas partes y vagabundear. Para poder refrenar el alma, antes impide las evasiones del cuerpo. 1

En segundo lugar, son los remedios continuados los que más aprovechan. No hay, pues, que interrumpir la quietud, ni el olvido de la vida pasada. Deja que tus ojos desaprendan, deja que tus oídos se habitúen a consejos más saludables. Cuantas veces salgas de viaje encontrarás en el mismo trayecto algún que otro objeto que remoce tus pasiones. 2

Como aquel que se esfuerza en desprenderse de su amor ha de evitar todo tipo de recuerdo del ser querido —ya que nada se reaviva con más facilidad que el amor—, así, quien pretende renunciar al deseo de todas las cosas que enardecieron su pasión debe apartar los ojos y los oídos de todo lo que abandonó. 3

La pasión pronto se rebela: adondequiera se dirija, descubrirá a su alcance alguna recompensa para sus afanes. Ningún vicio carece de compensación: la avaricia promete dinero, la lujuria numerosos y diversos placeres, la ambición la púrpura y el aplauso y, en consecuencia, el poder y cuanto con él se alcanza. 4

Los vicios te seducen por su recompensa; en el retiro tienes que vivir de balde. Apenas si puede lograrse en todo un siglo que los vicios, envanecidos por tan largo desenfreno, se sometan y acepten el yugo; con mayor motivo si tiempo tan corto lo hemos hecho pedazos a fuerza de interrupciones. Un asunto cualquiera apenas si lo llevan a feliz término la vigilancia y la atención constantes. 5

Si de veras me quieres escuchar, entrénate y adiéstrate en aceptar la muerte y, si las circunstancias así te lo aconsejan, en reclamarla. Nada importa que venga ella a nosotros o que nosotros nos alleguemos a ella. Convéncete a ti mismo de la falsedad de aquella frase que airean los más ignorantes: «Hermoso es el morir de muerte natural». Nadie muere si no es de muerte natural. Puedes además tú mismo discurrir así: nadie muere si no es el día señalado. No pierdes nada de tu tiempo: el que abandonas no te pertenece. 6

LIBRO VIII

70

Causas que pueden justificar el suicidio[339]

1 Después de largo tiempo he visto de nuevo tu querida Pompeya:[340] me he vuelto a encontrar como en medio de mi juventud. Todo cuanto en ella había realizado durante mis años mozos me parecía que aún podía realizarlo y que poco antes lo había realizado.

2 Hemos pasado navegando por la vida, Lucilio, y como en el mar, en frase de nuestro Virgilio, «las tierras y las ciudades se alejan»,[341] así a lo largo de esta carrera velocísima de la vida, primero hemos dejado atrás la niñez, a continuación la adolescencia, luego el período aquel que discurre entre la juventud y la vejez, situado en la frontera de una y otra, después los mejores años de la propia vejez; por último empezamos a vislumbrar el término común de la raza humana.

3 Como un escollo lo consideramos nosotros llenos de insensatez; en realidad es el puerto que, en ocasiones, hay que buscar y nunca rehuir; todo el que ha sido conducido a él en sus primeros años no debe lamentarse por ello más que el navegante que hizo la travesía con rapidez. Pues, como sabes, a uno los vientos flojos lo hacen su juguete reteniéndole y fatigándole con el tedio de una calma persistente, a otro el soplo constante le conduce a término con suma rapidez.

4 Esto mismo, piénsalo, nos acontece a nosotros: a unos la vida con gran velocidad les condujo al punto al que habían de llegar, aunque su marcha hubiera sido lenta; a otros los debilitó y torturó. Mas la vida, como sabes, no debe conservarse por encima de todo, ya que no es un bien el vivir, sino el vivir con rectitud. En consecuencia, el sabio vivirá mientras deba, no mientras pueda.

5 Considerará en qué lugar ha de vivir, en qué comunidad, de qué forma, cuál es su cometido. Piensa siempre en la calidad de la vida, no en su duración. Si le sobrevienen muchas contrariedades que perturban su quietud, abandona su puesto. Y esta conducta no la adopta tan sólo en caso de necesidad extrema, sino que tan pronto como la fortuna comienza a inspirarle

recelo, examina atentamente si no es aquél el momento de terminar. Considera sin importancia alguna darse la muerte o recibirla, que ésta acontezca más pronto o más tarde: no la teme como a una gran pérdida. Nadie puede perder mucho cuando el agua se escurre gota a gota.

Morir más pronto o más tarde no es la cuestión; morir bien o mal, ésa es la cuestión; pero morir bien supone evitar el riesgo de vivir mal. De ahí que juzgue muy poco viril la frase de aquel rodio,[342] que, metido en una jaula por el tirano y alimentado como una fiera cualquiera, así dijo a uno que le aconsejaba abstenerse de comer: «Al hombre le cabe mantener la esperanza de todo, mientras vive». 6

Aunque esto fuera verdad, la vida no debe comprarse a cualquier precio. Por más cuantiosas que sean ciertas ganancias, por más seguras que sean, no las obtendré a costa de reconocer vilmente mi cobardía; ¿voy a pensar que la fortuna tiene poder omnímodo sobre el que vive, antes que pensar que ninguno posee sobre el que sabe morir? 7

Algunas veces, sin embargo, aun cuando la muerte amenace con toda seguridad y conozca el sabio que ha sido decretado contra él el suplicio, no prestará su concurso a la ejecución del castigo: lo prestaría a su propia debilidad. Es necedad morir por temor a la muerte. Se presenta el que te va a matar, espéralo. ¿Por qué te adelantas? ¿Por qué te conviertes en ejecutor de la crueldad ajena? ¿Acaso envidias a tu verdugo o le compadeces? 8

Sócrates pudo acabar con su vida dejando de comer y sucumbir por inanición antes que por envenenamiento; con todo, pasó treinta días en la cárcel a la espera de la muerte, no porque pensase que todo era posible y que tan larga dilación daba cabida a muchas esperanzas, sino para someterse a las leyes, para hacer fruir a sus amigos del Sócrates de los postreros momentos. ¿Qué mayor absurdo que despreciar la muerte y, en cambio, temer el veneno? [343] 9

Escribonia, mujer enérgica, fue la tía de Druso Libón, un joven tan necio como noble, que aspiraba a puestos superiores a los que nadie en aquel tiempo, o él mismo en cualquier tiempo, podía ambicionar.[344] Cuando era sacado del Senado, enfermo, en una litera, acompañado de un cortejo en verdad poco concurrido —pues todos sus familiares habían abandonado sin piedad a quien más que un reo era ya un cadáver—, se puso a deliberar si se daría la muerte o esperaría su llegada. Escribonia le reprendió: «¿Por qué te complaces en llevar a cabo un asunto que te es ajeno?». Pero no logró convencerle; él se quitó la vida y con toda razón. Porque quien a los tres o 10

cuatro días va a morir por decisión del enemigo, si prolonga la vida, cumple el cometido de otro.

11 Así que no se puede decidir de forma general si hemos de anticiparnos a la muerte o aguardar su venida, en el caso de que una violencia externa nos conmine con ella; existen diversas circunstancias que pueden decidirnos por una u otra alternativa. Si se nos da opción entre una muerte dolorosa y otra sencilla y apacible, ¿por qué no escoger esta última? Del mismo modo que elegiré la nave en que navegar y la casa en que habitar, así también la muerte con que salir de la vida.

12 Por otra parte, así como no siempre es mejor la vida más larga, así resulta siempre peor la muerte que más se prolonga.

Más que en ningún otro asunto es en el trance de la muerte cuando debemos seguir la inclinación de nuestra alma. Busque la salida por donde le guíe su impulso: bien sea que apetezca la espada, o la cuerda, o algún veneno que penetre en las venas, prosiga hasta el final y rompa las cadenas de la esclavitud. Su vida cada cual debe hacerla aceptable a los demás, su muerte a sí mismo: la mejor es la que nos agrada.

13 Son torpes estos raciocinios: «Uno dirá que he obrado con poca entereza, otro que con excesiva temeridad, un tercero que existía algún género de muerte que exigía mayor esfuerzo». Por tu parte has de pensar que se ventila una decisión que no concierne a la opinión pública. Atiende tan sólo a este objetivo: a sustraerte lo más pronto posible a la fortuna; por lo demás no faltarán quienes juzguen mal de tu acción.

14 Encontrarás incluso maestros de sabiduría que niegan sea lícito hacer violencia a la propia vida y consideran como pecado que uno se convierta en su propio asesino: hay que aguardar, dicen, el final que la naturaleza determinó. Quien así habla no se da cuenta de que bloquea el camino hacia la libertad. Ninguna solución mejor ha encontrado la ley eterna que la de habernos otorgado una sola entrada en la vida y muchas salidas.[345]

15 ¿Voy a esperar la crueldad de la enfermedad o de los humanos, cuando puedo abrirme paso a través de los tormentos y conjurar la adversidad? Éste es un motivo importante para no quejarnos de la vida: que a nadie retiene. Buena es la condición de las cosas humanas, dado que nadie es desgraciado sino por su culpa. ¿Te agrada? Sigue viviendo. ¿No te agrada? Puedes regresar a tu lugar de origen.

16 Para aliviar el dolor de cabeza a menudo te has sangrado; para suprimir la plétora, uno se abre la vena. No se precisa de una dilatada herida para

cortarse las entrañas: basta el bisturí para abrir el camino hacia aquella excelsa libertad; la seguridad depende de un pinchazo. ¿Cuál es, pues, el motivo de nuestra indolencia y torpeza? Ninguno de nosotros piensa que algún día tendrá que salir de este domicilio, cual viejos inquilinos a quienes su apego al lugar y sus hábitos les retienen en su casa aun en medio de afrentas.

¿Quieres mantenerte libre frente a ese tu cuerpo? Habita en él como quien 17
tiene que cambiar de residencia. Recuerda que algún día te verás privado de ese consorcio: te harás más fuerte ante la necesidad de partir. Pero ¿cómo van a pensar en su final quienes no ponen límite alguno a sus deseos?

Para ningún otro asunto es tan necesaria la preparación, ya que en otros 18
casos puede que el adiestramiento resulte superfluo. El alma se ha preparado para la pobreza: hemos mantenido la riqueza. Nos hemos fortalecido para desdeñar el dolor: la prueba de esta virtud jamás nos la exigirá el vigor de nuestro cuerpo robusto y sano. Nos aleccionamos para soportar con firmeza la nostalgia de los seres queridos: a todos cuantos amábamos la fortuna nos los conservó en vida. Ésta es, pues, la única preparación que algún día se nos exigirá poner en práctica.

No tienes por qué pensar que sólo los grandes caracteres tuvieron 19
entereza para destruir las barreras de la esclavitud humana. No tienes por qué juzgar que esto no pudo hacerlo más que Catón, quien arrancó con la mano el alma que no había podido expulsar con la espada.[346] Hombres de ínfima condición con un poderoso impulso alcanzaron el lugar seguro; puesto que no les era posible morir a su gusto ni escoger conforme a su deseo los instrumentos de muerte, arrebataron cualquier objeto a su alcance y aquello que no era nocivo por naturaleza lo transformaron con su violencia en dardo mortífero.

Poco ha, durante una lucha de gladiadores con las fieras,[347] uno de los 20
germanos que iba a participar en el espectáculo matinal se retiró al excusado para evacuar —a ningún otro lugar reservado se le permitía ir sin escolta—. Allí, el palo que, adherido a una esponja, se emplea para limpiar la impureza del cuerpo, lo embutió todo entero en la garganta, con lo que, obstruidas las fauces, se ahogó. Acto este que supuso un escarnio para la muerte. Así, desde luego, poco limpiamente, poco decorosamente. ¿Hay algo más absurdo que morir con mucha finura?

¡Oh varón fuerte, digno de hacer la elección de su destino! ¡Con qué 21
firmeza se hubiera servido de la espada, con cuánto arrojo se hubiera lanzado

a la sima profunda del mar o a un precipicio escarpado! Desprovisto de todo recurso, aún halló la manera de tener que agradecer sólo a sí mismo la muerte y el arma mortal, a fin de que aprendamos que para morir no existe más obstáculo que nuestra voluntad. Juzgue cada cual, según su propio criterio, la acción de este hombre tan impetuoso, con tal que esté de acuerdo en que debemos preferir la muerte más inmunda a la más noble esclavitud.

Puesto que he comenzado a aducir ejemplos de gente humilde, continuaré 22
con ellos: sin duda cada cual será más exigente consigo si comprueba que la muerte aun los más despreciables la pueden despreciar. Los Catones, los Escipiones y otros cuyos nombres estamos acostumbrados a escuchar con admiración los suponemos a una altura inimitable. Ahora yo te mostraré que de esta virtud tenemos tantos ejemplos entre los que combaten en el circo con las fieras como entre los caudillos de la guerra civil.

Poco ha, cuando era llevado en un carro, en medio de la escolta, un 23
esclavo destinado al espectáculo matinal, bamboleándose como dominado por el sueño, dejó caer la cabeza hasta introducirla entre los radios de la rueda, y se mantuvo en su asiento hasta tanto que el giro de ésta le cortase el cuello: en el mismo vehículo que le conducía al suplicio, escapó de éste.

Ningún obstáculo existe para quien desea forzarlo y salir: la naturaleza 24
nos guarda en campo abierto. Aquel a quien su extrema necesidad se lo permite, trate de conseguir una salida fácil; quien tiene a mano muchos medios de liberarse debe hacer su elección examinando por dónde escapará mejor; a quien la ocasión se le presenta difícil, ese que agarre la más próxima como la mejor, aunque sea inaudita, aunque sea sorprendente. No le faltarán iniciativas para la muerte a quien no le falte valor.

¿Te das cuenta cómo hasta los esclavos más viles, cuando el dolor les 25
estimula, aguzan su ingenio y engañan a la guardia más atenta? Grande es el hombre que no sólo se impuso a sí mismo la muerte, sino que, además, la encontró.

Sobre aquellas mismas competiciones del circo te he prometido varios ejemplos:

Durante el segundo espectáculo de la naumaquia[348] uno de los bárbaros 26
hundió entera en su garganta la lanza que había recibido contra sus adversarios. «¿Por qué —se decía—, por qué no huyo al instante de todo tormento, de todo escarnio, por qué con las armas en la mano aguardo la muerte?». Este espectáculo resultó tanto más bello cuanto es más digno que los hombres aprendan a morir que a matar.

¿Qué, pues? El valor que posee hasta la gente depravada y criminal ¿no lo poseerán aquellos a quienes para arrostrar tales infortunios les aleccionó una larga meditación y la razón, maestra de todo saber? Ella nos enseña que, si la muerte tiene múltiples accesos, su final es el mismo, y que nada importa dónde comienza lo que al fin llega. 27

Esa misma razón te exhorta a morir de la forma que te agrade, si puedes; pero si no, de la forma que te sea posible, y que eches mano de cuanto tuvieres a tu alcance para quitarte la vida. Es vergonzoso vivir del robo; por el contrario, morir mediante un robo es magnífico. 28

71

Igualdad entre los bienes. La virtud, el bien supremo[349]

Con frecuencia me consultas sobre temas particulares, olvidándote de que un vasto mar nos separa. Como un aspecto importante del consejo es su oportunidad, necesariamente mi opinión sobre determinadas cuestiones llega a tu conocimiento cuando ya la contraria es preferible. Pues los consejos se acomodan a las situaciones y nuestras situaciones evolucionan; más aún, se alteran. De ahí que el consejo deba surgir en el instante preciso, y aun así resulta demasiado lento; debe surgir, como dicen, de la mano. Pero el modo de hallarlo te lo voy a mostrar. 1

Siempre que quieras saber lo que has de rehuir o buscar, toma en consideración el sumo bien, objetivo de toda tu vida. Con él se debe armonizar cuanto hagamos: no resolverá los casos particulares a no ser quien ha planteado ya su vida con una visión global. Ningún pintor, por más a punto que tenga los colores, plasmará la semblanza, si no tiene ya decidido lo que quiere pintar. Por eso nos equivocamos, porque sobre los aspectos parciales de la vida todos deliberamos, pero sobre el conjunto de ella nadie lo hace. 2

Quien intenta disparar una flecha debe conocer su blanco, para luego dirigir y regular con la mano el disparo. Fallan nuestros planes porque no tienen una meta a la que dirigirse. Para el que ignora el puerto al que encaminarse, ningún viento le es propicio. Es forzoso que el azar tenga gran peso en nuestra vida, ya que vivimos a merced del azar. 3

En cambio, a algunas personas les ocurre que ignoran estar al corriente de ciertas cosas. Como a menudo buscamos a aquellos que están en compañía 4

nuestra, así las más de las veces desconocemos que el objetivo, el sumo bien, está junto a nosotros. No precisarás de muchas palabras ni de largos rodeos para descubrir en qué consiste el bien supremo: te bastará con mostrarlo, por así decirlo, con el dedo, sin disgregarlo en muchas partes. ¿Qué interés tiene distinguir en él aspectos mínimos? Basta con decir: «El bien sumo no es sino la honestidad»; y esto que puede sorprenderte aún más: «El único bien es la honestidad, los restantes bienes son falsos y bastardos».[350]

Si te convences de esto y te enamoras de la virtud —porque amarla es 5
poco—, todo cuanto ella consiga será para ti venturoso y feliz cualquiera que sea el juicio de los otros. Tanto el suplicio, si estás tendido sobre el potro con más serenidad que el propio verdugo, como la enfermedad, si no maldices la fortuna, si no te doblegas ante el dolor, y, en suma, todo lo que, en opinión de los demás, constituye un mal se suavizará y se trocará en bien, si te sobrepones a ello. Ten esto claro: ningún bien existe que no sea honesto, y todas las contrariedades se llamarán bienes por derecho propio con tal que la virtud las haya cohonestado.

Damos a muchos la impresión de prometer más de lo que permite la 6
condición humana; no sin razón: dirigen su mirada al cuerpo. Vuélvanse hacia el alma: valorarán entonces el hombre a la medida de Dios.

Levanta tu espíritu, Lucilio, tú, el mejor de los hombres, y abandona esa escuela elemental de los filósofos que reducen a sílabas un tema nobilísimo, que enseñando nimiedades deprimen y fatigan el alma. Te harás así semejante a los que descubrieron tales verdades, no a quienes las enseñan y sólo consiguen que la filosofía parezca más difícil que noble.

Sócrates, que redujo toda la filosofía a la moral, dijo asimismo que la 7
sabiduría, en esencia, consiste en discernir el bien del mal: «Si tengo algún ascendiente sobre ti —afirmaba— sigue hacia esa meta (de la sabiduría) donde serás feliz[351] y despreocúpate de que alguien te considere necio. Todo el que se lo proponga suscitará contra ti la afrenta y la injuria, pero tú nada sufrirás si es que la virtud reside en ti. Si quieres —añadía— ser feliz y, de verdad, hombre de bien, deja que alguien te menosprecie». Esto nadie lo conseguirá si antes no ha despreciado él mismo todas las cosas, si no ha puesto en el mismo rango todos los bienes, porque el bien no existe sin la honestidad, y la honestidad es la misma en todos los bienes.

«¿Así que no hay diferencia entre el Catón que obtuvo la pretura y el que 8
fracasó en las elecciones?[352] ¿No importa que en el campo de Farsalia

Catón sea vencido o vencedor?[353] El bien que supuso para él no poder ser vencido en medio de la derrota de su partido ¿era equivalente al que hubiera supuesto regresar victorioso a la patria y restablecer la paz?» ¿Por qué no va a serlo? Es una misma virtud la que supera la mala fortuna y regula la buena: la virtud no puede resultar mayor o menor, tiene una sola talla.

«Pero Gneo Pompeyo perderá su ejército, pero el más espléndido ornato de la República, los optimates, y la primera línea del partido pompeyano, el Senado, empuñando las armas, serán abatidos en un solo encuentro y los despojos de un poder político tan grande se harán añicos por todo el orbe: una parte sucumbirá en Egipto, otra en el Norte de África, otra en Hispania.[354] La desventurada República no tendrá siquiera la suerte de hundirse de una vez.» 9

Todos los infortunios son posibles: que a Juba[355] en su propio reino no le sirva de nada el conocimiento del terreno, ni el valor muy porfiado de sus compatriotas en pro de su rey; que hasta la lealtad de los uticenses, abatida por las desgracias, desfallezca, y que Escipión[356] pierda en África el prestigio de su nombre. En cambio, ya en su tiempo se previó que Catón no sufriría detrimento alguno. 10

«Con todo, fue derrotado.» Sí, pero entre los fracasos de Catón apunta también éste: que había de soportar con la misma grandeza de alma el obstáculo que le impidió la victoria, que el que le arrebató la pretura. El día en que fue rechazado se puso a jugar,[357] la noche en que se quitaría la vida estuvo leyendo.[358] Puso en el mismo rango perder la pretura y la vida; tenía la íntima convicción de que debía soportar cuantos infortunios le sobreviniesen. 11

¿Por qué no iba él a aceptar con ánimo firme y sereno un cambio en el régimen político? ¿Qué cosa existe, en realidad, exenta del peligro de un cambio? Ni la tierra, ni el cielo, ni toda esa estructura del universo, aunque se rija por la acción de Dios, mantendrá siempre este orden, sino que llegará un día en que se desviará de esta ruta. 12

Todas las cosas siguen una evolución determinada: deben nacer, desarrollarse y morir. Esos astros que ves discurrir por encima de nosotros y estos cuerpos que nos sostienen y sustentan, en apariencia muy sólidos, serán destruidos y perecerán. Nada hay que no tenga su propia vejez. A intervalos desiguales la naturaleza disuelve esas cosas llevándolas a un mismo lugar. Cuanto existe dejará de existir; pero no se perderá, antes bien, se disolverá. 13

Para nosotros la disolución supone la muerte, porque nos fijamos en lo 14
más inmediato: la mente, embotada y sometida al cuerpo, no ve más allá. En caso contrario, soportaría con más entereza su fin y el de sus cosas si confiase que, como todo lo demás, también la vida y la muerte siguen una alternancia, que los seres compuestos se disuelven y los disueltos se componen, que de esta transformación se ocupa la sabiduría eterna de Dios que todo lo gobierna.[359]

Así pues, como Marco Catón, una vez haya recorrido con su imaginación 15
las edades del mundo, dirá: «Todo el humano linaje, el que es y el que vendrá, está condenado a la muerte; de todas las ciudades que gozan de supremacía en algún país y de las que dan gran esplendor a los imperios extranjeros se preguntará algún día dónde estuvieron ubicadas; diversas formas de aniquilamiento las arrasarán: a unas las destruirán las guerras, a otras las consumirá la desidia, la paz convertida en ociosidad y el lujo, vicio funesto para las grandes potencias. Todas estas fértiles campiñas las anegará una repentina inundación del mar, o bien las arrastrará hacia una hendidura que de súbito provoque un corrimiento del suelo al hundirse. ¿Qué motivo tengo para indignarme o afligirme si por unos instantes me adelanto al destino universal?».[360]

Un alma grande debe obedecer a Dios y sufrir sin vacilar cuanto ordene 16
la ley del universo: o sale hacia una vida mejor, destinada a morar con más esplendor y tranquilidad entre los seres divinos, o va a quedar exenta de toda molestia, si se confunde con la naturaleza reintegrándose en el todo.

Así que la vida honesta de Marco Catón no constituye un bien mayor que su heroica muerte, puesto que la virtud no se acrecienta. Sócrates afirmaba que la verdad y la virtud son una misma cosa.[361] Como la primera no crece, así tampoco la virtud, que tiene su adecuada dimensión, su plenitud.

Por lo tanto no tiene que sorprenderte que los bienes sean iguales, tanto 17
los que voluntariamente hay que escoger, como los que las circunstancias nos deparan. Porque, si aceptas la desigualdad, de suerte que la fortaleza en los tormentos la cuentas entre los bienes de menor importancia, acabarás por contarla entre los males y proclamarás desdichado a Sócrates encarcelado, desdichado a Catón que renueva sus heridas con más arrojo del que mostró al abrirlas, y a Régulo el más infortunado de todos expiando la culpa de haber mantenido su lealtad hasta con los enemigos. Ahora bien, ni uno siquiera entre los más enervados se ha atrevido a tal afirmación; pues, si niegan que

Régulo fue dichoso, no admiten que fuera desgraciado.

Los antiguos académicos reconocen que uno puede ser feliz aun en medio de los tormentos, pero no perfecta ni plenamente feliz, lo que no puede admitirse en modo alguno: el que no es feliz no goza del sumo bien. El sumo bien no admite grados por encima de sí, con tal que lleve aparejada la virtud, que a ésta no la debiliten las adversidades y que permanezca intacta aun con el cuerpo quebrantado; a pesar de todo, permanece intacta. Porque me refiero a la virtud esforzada, noble, a la que estimula cuanto la hostiga. 18

Este valor del que a menudo se revisten los jóvenes de natural generoso, a quienes la belleza de cualquier acción virtuosa impresiona hasta hacerles menospreciar todo accidente fortuito, a no dudarlo la sabiduría nos lo infundirá, nos lo comunicará, persuadiéndonos de que el único bien es la honestidad, que ésta no admite flojedad, ni tensión, como tampoco la regla que comprueba la rectitud puede doblegarse: todo cambio en ella, por mínimo que sea, supone una desviación de la línea recta. 19

Otro tanto diremos de la virtud: también ella es una recta que no admite desviación. En una cosa ya rígida ¿qué mayor tensión cabe? La virtud juzga de todas las cosas y ninguna de ella. Si ella no puede ganar en rectitud, tampoco las acciones que realiza son unas más rectas que otras, pues es necesario que se conformen a ella; de ahí que sean iguales. 20

«¿Pues, qué? —argüirás—. ¿Testar recostado en un festín y sufrir tormento son cosas iguales?» ¿Eso te parece sorprendente? Esto otro puede sorprenderte más: es un mal estar tumbado en el festín y un bien estar tendido en el potro, si lo primero se realiza deshonestamente y lo segundo con honestidad. La bondad o maldad en estos casos no la determina la circunstancia material sino la virtud; dondequiera ésta se halla presente, confiere a la totalidad la misma dimensión y el mismo valor. 21

Contra mis ojos dirige, ahora, sus puños ese individuo que evalúa el alma de todos conforme a la suya, porque afirmo que es igual el bien del juez honesto que el del litigante honesto, porque afirmo que es igual el bien del general que triunfa que el del prisionero de guerra que marcha delante de su carro con ánimo invicto. No considera factible cuanto él no puede realizar; conforme a su flaqueza emite el veredicto sobre la virtud. 22

¿Por qué te sorprendes de que la hoguera, las heridas, la muerte, las cadenas nos agraden y a veces hasta deleiten? Para el disoluto la templanza es un castigo, para el holgazán el trabajo es como un suplicio; el comodón se compadece del diligente, para el ocioso el esfuerzo supone una tortura; de 23

igual modo las obras para las que nos sentimos sin fuerzas, todos las consideramos duras e insoportables, olvidándonos del gran tormento que para muchos supone carecer de vino o despertar al amanecer. Tales actos no son naturalmente difíciles, sino que somos nosotros los flojos y lánguidos.

24 Con grandeza de alma hay que juzgar de las cosas grandes, de lo contrario parecerá que es de ellas el defecto que está en nosotros. Así ciertos objetos muy rectos, cuando han sido introducidos en el agua, ofrecen a quienes los contemplan la apariencia de curvos y truncados. No importa tanto lo que ves, sino la manera de verlo: nuestra alma está ofuscada para percibir claramente la verdad.

25 Preséntame un joven íntegro, de carácter enérgico. Dirá que él conceptúa como más afortunado al hombre que soporta con la cabeza erguida todo el peso de las adversidades, que se eleva por encima de la fortuna. No es sorprendente que la gente no se perturbe en medio de la tranquilidad; lo sorprendente es que uno levante el ánimo donde todos lo deprimen, que se mantenga en pie donde todos yacen por el suelo.

26 En los tormentos y en las otras situaciones que llamamos adversas, ¿dónde radica el mal? En esto, según pienso: en el decaimiento de ánimo, en el quebranto, en la derrota. Nada de ello puede acontecer al sabio; se mantiene erguido bajo cualquier peso.[362] Ningún suceso le empequeñece; ninguna de las pruebas que debe arrostrar le disgusta. No se lamenta, en efecto, de que le hayan sobrevenido cuantos infortunios pueden sobrevenir a un mortal. Conoce sus fuerzas; sabe que ha nacido para llevar su carga.

27 No separo al sabio de la comunidad humana, ni le substraigo al dolor como si fuera una roca carente de toda sensibilidad. Tengo presente que está compuesto de dos partes: la una es irracional, sufre las mordeduras, el fuego, el dolor; la otra racional, mantiene firmes sus convicciones, es intrépida e indomable. En ésta radica el supremo bien del hombre; antes de que este bien quede consumado, hay en el alma una sensación de inseguridad, mas cuando aquél se halla ya en la perfección, goza ella de una estabilidad inalterable.

28 Por ello, el iniciado que avanza hacia la cumbre, amante de la virtud, que se aproxima, sin duda, al bien perfecto sin tomar posesión definitiva del mismo, en ocasiones retrocederá y remitirá en algo la tensión del espíritu, pues todavía no ha rebasado la zona de inseguridad, se encuentra aún en lugar resbaladizo. En cambio el bienaventurado, de virtud consumada, se deleita especialmente en sí mismo cuando ha sido duramente probado; los sinsabores que los demás temen, si son la paga de un honroso deber, no los soporta tan

sólo, sino que se abraza a ellos y prefiere con mucho le digan: «¡buen ánimo!», que «¡muchas felicidades!».

Voy a tratar ahora la cuestión que me reclama tu impaciencia. Para que la virtud de que hablo no parezca que divaga fuera del orden natural,[363] nuestro sabio temblará, se dolerá, palidecerá: son éstas sensaciones corporales. ¿Dónde está, pues, la desgracia, dónde el verdadero mal? Sin duda en el hecho de que tales sensaciones debilitan el alma, la inducen a reconocer su esclavitud, le provocan el disgusto de sí misma. 29

El sabio, por supuesto, con su virtud sobrepuja la fortuna; en cambio, muchos que hacen profesión de sabiduría se amedrentan algunas veces con levísimas amenazas. En tal caso el error es nuestro por cuanto exigimos lo mismo del sabio que del proficiente.[364] Hasta ahora trato de persuadirme de estas verdades que te encarezco, pero todavía no estoy persuadido, y, aunque lo estuviera, no las tendría por tan adquiridas, tan ejercitadas, para ser capaz de prevenir por su medio cualquier contingencia. 30

Del mismo modo que la lana se tiñe de ciertos colores al primer intento, mientras que de otros no se impregna si no ha sido macerada y recocida muchas veces, así el espíritu humano en los saberes comunes, cuando los ha estudiado, asegura al instante el rendimiento; mas respecto al aprendizaje de la virtud, si ésta no penetra en nuestro interior y se asienta allí largo tiempo, dando al alma no un baño superficial, sino un tinte profundo, no asegura ningún fruto de los que había prometido. 31

Todo esto puede concretarse fácilmente y en pocas palabras: el único bien es la virtud, ninguno ciertamente existe separado de ella; la propia virtud se halla ubicada en la parte más noble de nuestro ser, es decir, en la racional. ¿En qué consistirá esta virtud? En un juicio verdadero y estable: de él procederá el impulso de la voluntad, él conferirá claridad a toda idea que motive dicho impulso. 32

Estará acorde con este juicio considerar que todas las cosas en conexión con la virtud son bienes y bienes iguales entre sí. En cambio los bienes del cuerpo son, por supuesto, bienes respecto del cuerpo, pero no son bienes por completo: tendrán, sin duda, algún valor, pero carecerán de rango moral; entre ellos existirán grandes diferencias: unos serán menos importantes y otros más.[365] 33

Entre los mismos que aspiran a la sabiduría es preciso reconocer que existen grandes diferencias: uno ha progresado ya en tal medida que se atreve 34

a levantar los ojos contra la fortuna, pero no porfiadamente, ya que sus ojos desfallecen cegados por el excesivo resplandor de aquélla; el progreso de otro ha sido tal, que puede enfrentarse con la fortuna cara a cara, a no ser que haya llegado ya a la cima y esté lleno de confianza.[366]

Es inevitable que los seres imperfectos titubeen: unas veces adelantan y 35
otras resbalan y caen. Resbalarán, sin duda, si no perseveran en caminar con denuedo. Si aminoran un poco su afán y constante aplicación, fuerza será retroceder. Nadie encuentra su posición de avance en el lugar en que la había dejado.

Porfiemos, pues, con perseverancia. Nos quedan más obstáculos de los 36
que hemos derribado, pero una gran parte del aprovechamiento estriba en querer aprovechar. De tal exigencia soy consciente: quiero y deseo con toda el alma. También a ti te veo con entusiasmo, apresurándote con gran impulso hacia muy bellos ideales. Démonos prisa; sólo así la vida será algo beneficioso, de lo contrario, es una pérdida de tiempo, por cierto vergonzosa para los que se entretienen en cosas indignas. Obremos de forma que sea nuestro cada momento, y no lo será si no comenzamos antes a ser dueños de nosotros mismos.

¿Cuándo nos será posible menospreciar una y otra fortuna? ¿Cuándo nos 37
será posible, una vez que tengamos las pasiones dominadas y sujetas a la propia voluntad, proclamar como consigna: «He vencido»? ¿Preguntas a quién he vencido? Ni a los persas, ni a los medos más alejados, ni a un pueblo belicoso, si lo hay más allá de los dahas,[367] sino a la avaricia, a la ambición, al miedo a la muerte, que han vencido a los mismos vencedores de las naciones.

73

Los filósofos son respetuosos y agradecidos con el poder civil[368]

En mi opinión se equivocan quienes juzgan que los fieles adeptos de la 1
filosofía son rebeldes e insumisos, desdeñosos con las autoridades, con los reyes o con cuantos rigen los negocios públicos. Por el contrario, nadie es más agradecido que ellos con los gobernantes; y no sin razón, pues a nadie éstos procuran un beneficio mayor que a los súbditos a quienes permiten

disfrutar de un retiro tranquilo.

Así pues, es necesario que éstos, a quienes la seguridad ciudadana favorece tanto en su propósito de vida honesta, veneren al autor de semejante beneficio como a un padre,[369] con mucha mayor entrega, sin duda, que esos revoltosos inmersos en la vida pública que mucho deben a los príncipes, pero que también les censuran mucho, a quienes jamás les puede alcanzar una liberalidad tan espléndida que sacie sus deseos, los cuales aumentan en la medida en que se ven cumplidos. Quien piensa en recibir, se olvida del beneficio recibido; por lo que no existe defecto más grave para la codicia que el de ser ingrata. 2

Añade a esto que ninguno de aquellos que regentan cargos públicos considera a cuántos aventaja, sino por cuántos es aventajado: a ellos no les resulta tan agradable ver a muchos detrás de sí, como penoso ver a alguno delante de sí. Es el defecto típico de toda ambición: no mirar hacia atrás. Y no sólo la ambición, sino cualquier tipo de codicia es inestable, ya que empieza siempre por el final. 3

Por el contrario, el hombre incorrupto y puro que abandonó la curia, el foro y toda la administración pública para retirarse a ocupaciones más nobles aprecia a aquellos que le permiten realizar su cometido con tranquilidad,[370] es el único en rendirles el testimonio de su gratitud y se siente deudor para con ellos, aunque no lo sepan, de un beneficio singular. Igual que venera y admira a los maestros por cuyo favor ha salido de su penosa situación, así también a estos bajo cuyo patrocinio cultiva la sabiduría. 4

«Mas también a otros los protege el rey con su poder.» ¿Quién puede negarlo? Pero del mismo modo que entre los viajeros que han disfrutado de la misma bonanza se siente más obligado con Neptuno aquel que transportó por el mar una mercancía más abundante y valiosa, y el comerciante cumple con más fervor su voto que el simple pasajero, y entre los propios comerciantes muestra su gratitud con mayor largueza el que llevaba perfumes, púrpura y objetos adquiridos a precio de oro, que otro cuyo cargamento había acumulado los artículos más baratos, destinados a servir de lastre; así el beneficio de esta paz que a todos se extiende alcanza con más plenitud a aquellos que se sirven de ella rectamente. 5

Porque existen muchos, entre los que visten toga, para quienes la paz supone una mayor actividad que la guerra. ¿Acaso piensas que se sienten igualmente deudores con la paz quienes emplean su tiempo en embriaguez, en lujuria o en otros vicios que hay que combatir hasta con la guerra? A no ser 6

que juzgues que el sabio es tan injusto que no se considera personalmente en nada deudor por los bienes de común disfrute. Al sol y a la luna debo muchísima gratitud, aunque no salgan para mí solo; al año y al dios que regula el curso anual me siento particularmente obligado, por más que las estaciones no hayan sido establecidas de ningún modo en atención a mí.

La insana avidez de los mortales, distinguiendo entre posesión actual y 7
propiedad particular, no considera suyo nada de lo que pertenece a la comunidad; pero nuestro sabio ninguna posesión juzga más suya que aquella de la que participa junto con toda la humanidad. Porque tales posesiones no serían comunes si una parte de ellas no correspondiese a cada cual: uno se convierte en copartícipe de aquello que posee, aunque en porción mínima, del patrimonio común.

Por lo demás, los grandes y auténticos bienes no se reparten de modo que 8
una parte ínfima corresponda a cada uno, sino que llegan enteros a cualquier mortal. En las distribuciones al pueblo los beneficiarios se llevan sólo la parte que por cabeza les ha sido prometida; el banquete público, el reparto de carne y toda dádiva que se alcanza con la mano se distribuye en porciones; en cambio, los bienes indivisibles de la paz y la libertad son por entero pertenencia de todos y de cada uno.

Por ello, el sabio piensa en aquel a quien debe el uso y el disfrute de 9
estos bienes, a quien debe que no se le llame a las armas, ni a montar la guardia, ni a defender las murallas, ni a pagar múltiples impuestos de guerra por una imperiosa necesidad de la República; y da gracias a su gobernante.

Ésta es una enseñanza primordial de la filosofía: reconocer el favor, pagarlo debidamente; a veces el solo reconocimiento de la deuda constituye su paga.

Así pues, nuestro hombre se confesará muy obligado con aquel cuya 10
gerencia y previsión le brindan a él un retiro fecundo, la disponibilidad de su tiempo y una quietud no alterada a causa de los cargos públicos.

> ¡Oh Melibeo!, un dios nos ha otorgado esta tranquilidad; porque aquél será para mí siempre un dios.[371]

Si también debe mucha gratitud a su autor aquel ocio cuyo más dulce regalo 11
es éste:

> Él ha permitido, como ves, que mis vacas discurriesen por el campo, y que yo mismo ejecutase las melodías de mi agrado con la flauta pastoril,[372]

¿en cuánto precio no valoraremos esta otra quietud que se halla en compañía

de los dioses, que a nosotros nos convierte en dioses?

Es cierto, Lucilio, te invito al cielo por el camino más corto. Sextio solía decir que Júpiter no tenía más poder que el hombre virtuoso. Júpiter posee más dones que ofrecer a los hombres, pero entre dos personas buenas no es mejor la más rica, de la misma manera que entre dos pilotos que tienen la misma pericia para conducir el timón no considerarías mejor al que posee un navío más capaz y más vistoso.[373] 12

¿En qué aventaja Júpiter al hombre de bien? En que es bueno por más tiempo; pero el sabio en nada se considera inferior porque sus virtudes se circunscriban a un tiempo más reducido. Al igual que entre dos sabios el que ha muerto más viejo no es más dichoso que el otro cuya virtud se vio reducida a unos pocos años, así Dios no aventaja al sabio en felicidad, aunque le aventaje en años: la virtud no es superior porque dure más. 13

Júpiter tiene todos los bienes, pero no hay duda que confió a las demás criaturas el tenerlos; él sólo se reserva la facultad de hacer que todos dispongan de los bienes. El sabio contempla y menosprecia todos los bienes de los otros con tanta ecuanimidad como Júpiter, tanto más ufano de sí mismo cuanto que Júpiter no puede disponer de ellos, mientras que él no quiere.[374] 14

Confiémonos, pues, a Sextio, que nos muestra el camino más hermoso y que declara a voces: 15

> por aquí sube uno hacia los astros,[375] por aquí, por el camino de la sobriedad; por aquí, por el camino de la templanza; por aquí, por el camino de la fortaleza.

Los dioses no son altaneros, no son envidiosos: son acogedores, y a los que se empeñan en subir les alargan la mano.

¿Te sorprende que el hombre se eleve hasta los dioses? Dios desciende a los hombres; mejor aún —y esto es más íntimo—, Dios penetra en el interior del hombre: ninguna alma es virtuosa sin Dios. En el cuerpo humano han sido derramadas semillas divinas;[376] si un buen cultivador las recoge, brotan mostrando semejanza con su origen, y se desarrollan con rasgos iguales a las que le dieron el ser; pero si el cultivador es malo, no de otra suerte que el terreno estéril y pantanoso, las sofoca y luego produce broza en lugar de buen cereal. 16

El bien de la honestidad frente a los dones de la fortuna[377]

1 Tu epístola me deleitó y me estimuló en mi abatimiento; también activó mi memoria, que se vuelve perezosa y lenta. ¿Por qué tú, querido Lucilio, no juzgas que el instrumento más eficaz para la vida feliz se halla en la convicción de que el único bien es la honestidad? En verdad el que considera bienes otras cosas cae en poder de la fortuna, se somete a la voluntad ajena; quien reduce todo bien a lo honesto, halla la felicidad dentro de sí.

2 El uno anda afligido por la pérdida de sus hijos, el otro preocupado por tenerlos enfermos, un tercero entristecido por su mala conducta, por alguna infamia que les ha salpicado; descubrirás que a éste le tortura el amor a la esposa de otro, a aquél el amor a su propia esposa. No faltará quien se atormente por un fracaso electoral; habrá a quienes haga sufrir el propio cargo político.

3 Pero especialmente numerosa de entre toda la estirpe humana es la turba de los miserables a la que exaspera la angustia de la muerte que acecha por todos lados, pues no hay rincón del que no surja. Por ello, como quienes se encuentran en país enemigo, han de mirar atentamente acá y allá y volver la cabeza a cualquier ruido. Si un tal temor no se expulsa del pecho, uno vive con el pálpito en el corazón.

4 Te encontrarás con desterrados que han sido desposeídos de sus bienes; te encontrarás con la clase más deplorable de indigentes: con pobres en medio de las riquezas;[378] te encontrarás con náufragos, o con quienes han pasado por un trance semejante al naufragio, a quienes ora la cólera del pueblo, ora la envidia —dardo éste en gran manera nocivo para los mejores— los derribó cuando estaban desprevenidos y tranquilos como una borrasca que suele presentarse precisamente cuando nos confiamos al buen tiempo, o como un súbito rayo cuya sacudida hace temblar hasta los alrededores. Pues, como en tal circunstancia todo el que está muy cerca de la descarga queda aturdido del mismo modo que la víctima del rayo, así en estos desastres que produce la violencia a uno le abate el infortunio, a los demás el miedo, y la posibilidad de sufrirlos provoca en ellos una aflicción semejante a la de quienes los sufrieron.

5 Los males ajenos, cuando son repentinos, impresionan el ánimo de todos. Del mismo modo que a los pájaros les aterra el zumbido de la honda aunque dispare al vacío, así nosotros nos angustiamos no sólo por el golpe, sino por el ruido que éste produce. De ahí que no pueda ser feliz nadie que se deje

llevar por esta falsa opinión; ya que no puede haber felicidad si no hay intrepidez: en medio de sospechas se vive infelizmente.

Quien se entrega con exceso a los acontecimientos fortuitos, urde para sí una trama ingente e interminable de inquietudes. Ésta es la única vía para el que se dirige a un lugar seguro: menospreciar los bienes externos y contentarse con la honestidad. Pues el que piensa que existe algo mejor que la virtud, o que es posible algún bien prescindiendo de ella, abre los pliegues de su toga a las dádivas que reparte la fortuna, e inquieto aguarda sus presentes.[379] 6

Somete a tu consideración este símil: la fortuna organiza unos juegos. En tal asamblea de competidores ella va derramando honores, riquezas, favores. De estos dones unos se han hecho pedazos entre las manos de quienes los arrebatan, otros se han repartido entre compañeros desleales, otros han sido apresados con gran perjuicio de aquellos a cuyo poder han llegado. Los hay que van a parar a manos de gente distraída, algunos se han perdido por codiciarlos demasiado y, al intentar con ansia darles alcance, se esfuman; de hecho a nadie, ni siquiera al ladrón que tuvo éxito, le dura hasta el día siguiente el gozo por su latrocinio. Por ello los más juiciosos tan pronto ven que se inicia el reparto de los regalillos huyen del teatro, pues saben que unos obsequios tan insignificantes los pagarán muy caros. Nadie arma pelea a uno que se retira, nadie sacude al que se va; es la recompensa la que motiva la pendencia. 7

Otro tanto acontece con los dones que la fortuna lanza desde lo alto: miserables de nosotros, nos enardecemos, nos preocupamos, desearíamos poseer múltiples manos, avizoramos ora en un sentido, ora en otro; nos parece que se nos dispensan demasiado tarde los favores que provocan nuestra codicia, que pocos han de alcanzar y todos esperan. 8

Quisiéramos atraparlos al caer, nos regocijamos de alcanzar alguno y de que a otros les haya burlado en su intento una falsa esperanza. Un botín despreciable lo pagamos con un grave perjuicio, o bien en seguida nos decepciona. Retirémonos, por tanto, de estos juegos y cedamos el puesto a aquellos raptores; ¡que contemplen tales bienes que cuelgan en el aire y que ellos mismos queden más colgados todavía! 9

Todo el que se proponga ser feliz debe convencerse de que el único bien es la honestidad.[380] Porque, si considera que es otro distinto, antes que nada juzga mal de la Providencia, ya que son innumerables las molestias que acontecen al hombre justo y todos los bienes que nos ha concedido son 10

efímeros y reducidos, si los comparamos con la duración del mundo entero.

Semejante queja nos lleva a hacernos intérpretes desagradecidos de los dones divinos. Nos quejamos de no conseguirlos siempre, o de conseguirlos en número escaso, inseguros y perecederos. De ahí surge que no queramos ni vivir, ni morir: nos domina el odio a la vida y el miedo a la muerte. Toda resolución nuestra fluctúa y no puede saciarnos felicidad alguna. Y el motivo está en que no hemos llegado a aquel bien inmenso e insuperable donde será preciso se asiente nuestra voluntad, ya que por encima de la altura suprema no existe ningún peldaño más. 11

¿Preguntas por qué la virtud no tiene necesidad alguna? Se goza con lo que tiene a mano y no codicia lo que le falta. Nada le parece pequeño, si le es suficiente. Pero deja de pensar que ni la piedad, ni la fidelidad tendrán consistencia; pues el que desea dar pruebas de una y otra virtud tendrá que sufrir muchas molestias, que denominamos males, y sacrificar muchos gustos, en los que nos complacemos como si fueran bienes. 12

Perece la fortaleza que debe ponerse a prueba a sí misma; perece la magnanimidad que no puede brillar si no menosprecia cual naderías los objetos que el vulgo codicia como valiosos; perece la gratitud y el testimonio del agradecimiento, si nos asusta el esfuerzo, si conocemos algo de mayor precio que la lealtad, si no nos orientamos hacia el bien perfecto. 13

Pero soslayemos la cuestión; o esos supuestos bienes no lo son, o el hombre es más feliz que Dios,[381] porque, sin duda, de esos dones que nos son tan queridos Dios no hace uso: ni la sensualidad, ni el lujo en los festines, ni las riquezas, ni nada de cuanto cautiva al hombre y le seduce con vil deleite tiene que ver con Dios. Así pues, o hemos de creer que Dios está falto de bienes, o la prueba de que tales cosas no son bienes está en el hecho mismo de que faltan en Dios. 14

Añade a esto que un buen número de las cosas que pretendemos pasen por bienes se hallan en los animales con más plenitud que en los hombres. Ellos se sirven del alimento con mayor voracidad, no se fatigan tanto en la unión sexual, poseen un vigor mayor y una fortaleza más constante: el resultado es que son mucho más felices que el hombre. Viven, en efecto, sin maldad, sin perfidia; gozan de los placeres que captan más intensamente y de manera fácil, sin aprensión alguna de vergüenza o pesar. 15

Reflexiona, pues, si debe llamarse un bien aquel disfrute material en el que Dios es superado por el hombre y el hombre por los animales. El bien supremo guardémoslo en el alma; pierde el lustre si de la parte más noble de 16

nuestro ser se muda a la peor, y se la transfiere a los sentidos, que son más activos en los animales. No ubiquemos en la carne el culmen de nuestra felicidad: son auténticos aquellos bienes que la razón otorga, consistentes y perpetuos, que no pueden perderse, ni siquiera decrecer y reducirse.

Los demás son bienes en nuestra imaginación; tienen, es cierto, la misma 17
denominación que los verdaderos, pero carecen del marchamo del bien; llámeselos, por tanto, comodidades y, para expresarlo en nuestra lengua, «cosas preferibles».[382] Con todo, sepamos que son de nuestra propiedad, no partes de nuestro ser; que pueden estar junto a nosotros, pero sin que olvidemos que están fuera de nosotros. Aun cuando se hallen junto a nosotros, deben contarse entre las pertenencias accesorias, de baja calidad, de las que nadie deberá envanecerse. Pues, ¿qué mayor necedad que lisonjearse uno a sí mismo por aquello que él no ha hecho?

Accedan todas ellas a nuestra compañía, pero no se peguen, de suerte 18
que, al separarse, se alejen sin dejar ninguna herida en nosotros. Sirvámonos de ellas sin jactancia, sirvámonos de ellas con moderación como de un depósito confiado a nosotros que un día abandonaremos. Todo el que las posee sin cordura no las retiene largo tiempo, ya que la propia felicidad, de no moderarse, ella misma se fatiga. Si se entrega a bienes muy efímeros, éstos presto la abandonan y, en cuanto la abandonan, queda abatida. A pocos les es posible renunciar con buen ánimo a la felicidad; los demás perecen junto con el séquito que les inundó de gloria, abrumándoles aquello mismo que les había exaltado.

Por consiguiente, haremos uso de una prudencia que imponga sobre tales 19
bienes moderación y sobriedad, dado que una libertad sin freno empuja a la ruina y derrocha sus riquezas; pues jamás perdura nada desmesurado, de no haberlo contenido el gobierno de la razón. Esto te lo ratificará la suerte de muchas ciudades cuyo espléndido poderío sucumbió en medio de su apogeo, y así cuanto había logrado la virtud lo destruyó el desenfreno. Frente a tales eventualidades, hemos de fortalecernos. Ninguna muralla resulta inexpugnable contra la fortuna; equipémonos por dentro; si esta parte está asegurada, puede uno ser golpeado, pero no dominado.

¿Deseas conocer cuál es este medio de defensa? No indignarse ante 20
ningún suceso y reconocer que aquello mismo que parece lastimarnos se ordena a la conservación del universo y es uno de los factores que llevan a término la marcha del mundo y su destino.[383] Al hombre debe agradar cuanto a Dios agrada; la causa de admirar su propia persona y sus cosas esté en el

hecho de ser invencible, de tener bajo su dominio los mismos males, de sojuzgar con la razón —fuerza la más poderosa de todas— el azar, el dolor y la injuria.

Ama la razón; su amor te equipara contra las situaciones más penosas. A las fieras el amor a sus cachorros las arroja contra los venablos del cazador: su ferocidad y ciego impulso las hace indomables; no pocas veces la ambición de la gloria impulsa a jóvenes animosos al menosprecio tanto de la espada como de la hoguera; a algunos una apariencia, una sombra de virtud les arrastra a la muerte voluntaria. Cuanto más fuerte y constante se muestre la razón que todos esos impulsos, tanto más impetuosa se abrirá paso a través de temores y peligros. 21

«Nada conseguís —replica "el oponente"— afirmando que ningún bien existe fuera de la honestidad: semejante baluarte no os mantendrá seguros e invulnerables frente a la fortuna. Decís, en efecto, que cuentan entre los bienes los hijos respetuosos, la patria bien organizada y los padres virtuosos:[384] los riesgos que éstos corran no los podréis contemplar sin inquietud; os angustiará el asedio de la patria, la muerte de los hijos, la esclavitud de los padres» 22

Expondré primero la contestación que frente a estos reparos suelen dar nuestros estoicos; luego añadiré la respuesta suplementaria que, a mi juicio, debe aportarse.[385] La suerte es distinta respecto a aquel bienestar que, una vez perdido, deja en su lugar alguna incomodidad: como la buena salud que, alterada, se transforma en mala; el vigor de la vista que, al extinguirse, provoca la ceguera; no sólo es la agilidad lo que se pierde con un corte en las corvas, sino que en su lugar sobreviene la invalidez. Tal peligro no existe en aquellos bienes a los que poco antes nos referimos. ¿Por qué? Si he perdido un buen amigo, en su lugar no tengo por qué sufrir la deslealtad; tampoco por haber dado sepultura a hijos piadosos, ocupará su lugar la impiedad de otros. 23

Aparte de que en esos casos se trata no de la pérdida de los amigos o de los hijos, sino de los cuerpos de ellos. Sin embargo el bien sólo se pierde cuando se transforma en mal, cambio que la naturaleza no permite porque toda virtud y todo acto de virtud permanecen incorruptibles. Además, aun cuando se hayan ido los amigos, se hayan ido hijos estimados que respondían a los deseos del padre, hay algo que ocupa su lugar. ¿Preguntas qué es eso? Lo que a ellos les había hecho precisamente hombres de bien, la virtud. 24

Ésta no permite que haya espacio desocupado, se adueña del alma entera, suprime todo deseo, ella sola basta, porque la fuerza y el origen de todo bien 25

se encuentra en ella misma. ¿Qué importa que la corriente de agua quede obstruida y se pierda, si la fuente de la que había brotado está a salvo? No dirás que es más justa la vida de uno cuando ha conservado a los hijos que cuando los ha perdido; ni más ordenada, ni más prudente, ni más honesta; luego tampoco dirás que es mejor. A un hombre no le hace más sabio aumentar el número de amigos, ni más necio disminuirlo; luego tampoco le hace más feliz, ni más desgraciado. En tanto la virtud estuviere incólume, no experimentarás pérdida alguna.

«Pues ¿qué? ¿No es más feliz el que está rodeado del cortejo de los amigos y de los hijos?» ¿Por qué habría de serlo? El bien supremo ni decrece ni aumenta; conserva su medida cualquiera que sea el comportamiento de la fortuna. Ora haya alcanzado el sabio una larga ancianidad, ora haya fallecido antes de alcanzarla, una misma es la dimensión del sumo bien, aunque haya diferencia en la edad. 26

Que sea mayor o menor el círculo que describes es cuestión que afecta al espacio que ocupa, no a la figura. Aunque uno lo conserves largo tiempo y el otro lo borres en seguida y disperses el polvo en que fue trazado, ambos tienen idéntica figura. La rectitud no se valora ni por la magnitud, ni por el número, ni por el tiempo: tan imposible resulta alargarla como acortarla. Acorta cuanto te plazca una vida honesta de cien años de duración y redúcela a un solo día: resulta honesta por igual. 27

Unas veces la virtud se expande en gran amplitud y gobierna reinos, ciudades, provincias, dicta las leyes, cultiva las amistades, distribuye los deberes entre los parientes y los hijos; otras veces se circunscribe a los estrechos límites de la pobreza, del destierro, de la orfandad; con todo, no queda empequeñecida si de una categoría más alta desciende a un nivel inferior, de la categoría real a la de simple ciudadano; si de una jurisdicción pública y extensa se encierra en el reducido espacio de una casa o de un rincón. 28

Es noble por igual aun cuando se retire dentro de sí, al ser rechazada en todas partes; pues, en cualquier caso, mantiene un espíritu grande y elevado, una prudencia consumada, una justicia inflexible. Por lo tanto es igualmente feliz, ya que la beatitud se encuentra en un solo lugar: en la propia alma, grandiosa, estable, tranquila, lo que no puede conseguirse sin la ciencia de lo divino y de lo humano. 29

Viene ahora el razonamiento que anunciaba como respuesta personal mía. El sabio no se aflige ni por la pérdida de los hijos, ni por la de los amigos: 30

soporta la muerte de éstos con la misma entereza con que aguarda la suya; no teme por ésta más de lo que se duele por aquélla. La virtud, en efecto, se funda en una concordancia: todas sus obras están en perfecto acuerdo con ella. Tal armonía se pierde si el alma, que conviene mantener encumbrada, se abate por el duelo y la añoranza. Es deshonesto el azoramiento, la inquietud, la desgana en cualquier actividad; la honestidad supone seguridad, prontitud, intrepidez, disponibilidad para el combate.

«Entonces, ¿qué? ¿No experimentará el sabio algún amago de turbación? 31
¿No cambiará de color, ni desfigurará su semblante, ni sentirá escalofrío en sus miembros; ni experimentará cualquier otra alteración que se produzca, fuera del control del alma, por un impulso instintivo de la naturaleza?» Confieso que sí; mas persistirá en él la misma convicción de que ninguna de estas sensaciones es un mal, ni merece que frente a ellas desfallezca un alma sana. Todo cuanto debe hacer lo realiza con valentía y presteza.

En efecto, cualquiera señalaría como rasgo característico de la necedad 32
el realizar sus obras con indolencia a la par que rebeldía, y empujar el cuerpo en un sentido y el alma en otro distinto, viéndose solicitada por estímulos muy opuestos. De hecho aquellos mismos actos con los que se exalta y admira le granjean el menosprecio, y ni siquiera aquellos que son motivo de jactancia los realiza gustosamente. Pero si es un mal el que teme, mientras lo aguarda, se ve agobiada por él como si ya hubiera llegado, y cuanto teme que ha de sufrir, lo sufre anticipadamente movida por el miedo.

Como en los cuerpos enfermizos hay síntomas que preceden al 33
agotamiento, manifiestos en una desidia falta de toda reacción, en una fatiga no causada por trabajo alguno, bostezos, y en un temblor que se apodera de los miembros; así a un alma débil los males la sacuden mucho antes de abatirla; se anticipa a ellos y sucumbe antes del tiempo. Pero ¿qué mayor locura que angustiarse por el futuro, y, en lugar de reservarse para el trance del dolor, reclamar para sí las desgracias y acercarse a ellas? Pues lo mejor es retrasarlas si no se pueden evitar.

¿Quieres que te clarifique por qué nadie debe angustiarse por el futuro? 34
Quienquiera que sepa que transcurridos cincuenta años ha de padecer algún suplicio, no se perturba, a no ser que, saltándose el período intermedio, se sumerja en aquella tribulación que no debía sufrir sino pasada una generación. Igualmente sucede que almas caprichosamente enfermas y a la caza de pretextos para su dolor, se aflijan por antiguos infortunios pasados ya al olvido. Tanto las cosas pretéritas como las venideras están alejadas de

nosotros; ni de unas ni de otras experimentamos sensación alguna. Pues bien, sólo de lo que uno siente se experimenta dolor.

LIBRO IX

75

Sencillez en el estilo epistolar. Tres clases de proficientes[386]

Te quejas de que es poca la pulcritud de las cartas que te dirijo. ¿Quién, de hecho, habla con pulcritud sino el que pretende hablar con afectación? Como mi conversación, si juntos estuviéramos sentados o caminando, resultaría sencilla y ágil, tales quiero que sean mis epístolas en las que nada hay de rebuscado o falso. 1

Si fuera posible preferiría mostrar mis sentimientos antes que
expresarlos. Aun en el caso de sostener un debate, ni patearía, ni agitaría la mano, ni elevaría el tono de la voz; tales actitudes las reservaría para los oradores, satisfecho de haberte transmitido mi pensamiento sin haberlo embellecido, ni trivializado. 2

Esto es lo único de lo que quisiera persuadirte enteramente: que siento todo cuanto te digo y que no sólo lo siento sino que lo siento con amor. De un modo besan los hombres a la amante y de otro distinto a los hijos; con todo también en este abrazo tan puro y comedido evidencian suficientemente su cariño. 3

¡Por Hércules!, no pretendo que sean enjutas y áridas las conversaciones que dediquemos a temas tan elevados, porque la filosofía tampoco renuncia a las finuras del ingenio; no conviene, sin embargo, consumir mucho esfuerzo en las palabras.

Sea éste, en esencia, nuestro propósito: expresar lo que sentimos y sentir lo que expresamos; que nuestra forma de hablar concuerde con nuestra vida. Ha cumplido su promesa quien, tanto al verle como al escucharle, se muestra el mismo.[387] 4

Veremos cuáles son sus cualidades, su grandeza; pero que sea uno mismo. No deben deleitar nuestras palabras, sino aprovechar. Si, no obstante, podemos alcanzar la elocuencia sin esforzarnos por ella, si está a nuestra disposición o nos cuesta poco, que venga a enaltecer los más bellos temas; obre de tal suerte que dé a conocer el asunto más que a sí misma. Otras artes ponen enteramente su atención en el talento; aquí se ventila el negocio del 5

alma.

6 El enfermo no busca un médico elocuente; pero, si coincide que la misma persona que puede curar, expone con elegancia el tratamiento a seguir, el paciente lo considerará un bien. Con todo no tendrá de qué felicitarse por el hecho de haberse encontrado con quien, además de médico, es elocuente, pues es lo mismo que si el timonel experto es también hermoso.

7 ¿A qué viene cosquillear, a qué viene deleitar mis oídos? Se trata de otra cosa: me has de cauterizar, me has de amputar, me has de poner a dieta. Es para esto para lo que se te ha llamado: debes curar una enfermedad inveterada, grave, generalizada. Tienes tanto trabajo como un médico en caso de epidemia. ¿Te entretienes con las palabras? Ya puedes estar contento si te bastas para tus cosas. ¿Cuándo llegarás a aprender tantas enseñanzas? ¿Cuándo lo que hayas aprendido lo grabarás en tu mente de forma que no puedas olvidarlo? ¿Cuándo lo pondrás a prueba? Porque no es bastante para este, como para los demás conocimientos, confiarlo a la memoria; hay que ponerlo a prueba con las obras. No es feliz quien tiene el saber, sino quien lo actualiza.

8 «¿Qué, pues? ¿Por debajo del hombre feliz no existen grados? ¿Saliendo de la sabiduría, en seguida viene el precipicio?» No, según creo. Pues el que va progresando se halla todavía en el número de los ignorantes, a la vez que está separado de ellos a gran distancia. Entre los mismos proficientes existen también grandes diferencias. Conforme a la doctrina de ciertos filósofos, se les reparte en tres clases.[388]

9 Los primeros son los que todavía no poseen la sabiduría, pero se han establecido en sus alrededores; sin embargo, por estar cerca se encuentran aún en el exterior. ¿Preguntas quiénes son estos hombres? Los que, renunciando a todas sus pasiones y vicios, han aprendido todas las verdades que debían conocer, pero su confianza no está todavía puesta a prueba. Aún no poseen el hábito del bien adquirido; sin embargo ya no pueden reincidir en los defectos que han evitado. Se encuentran ya en un lugar del que es imposible resbalar hacia atrás, pero de esto no son ellos todavía plenamente conscientes; como recuerdo habértelo escrito en cierta epístola, «ignoran que saben». Consiguieron ya disfrutar de su propio bien, pero aún no depositar en él su confianza.

10 Ciertos filósofos definen esta categoría de proficientes, de la cual te acabo de hablar, diciendo que éstos han escapado ya a las enfermedades del alma, pero todavía no a las pasiones; que se encuentran aún en terreno

resbaladizo, puesto que nadie está sustraído al riesgo de la maldad, sino quien la ha rechazado por entero, y nadie la ha rechazado sino quien en su lugar se ha revestido de la sabiduría.

La diferencia que separa las enfermedades del alma de las pasiones, repetidas veces te la he indicado ya. Ahora una vez más te la recordaré. Las enfermedades son vicios inveterados, endurecidos, como la avaricia, como la ambición. Éstas se adhieren al alma muy estrechamente y comienzan a ser males continuos suyos. Para definirla en pocas palabras: la enfermedad es un juicio obstinado en el mal, tal como considerar ardientemente deseable lo que sólo suavemente hay que desear; o, si lo prefieres, definámosla así: es aficionarse demasiado a objetos poco deseables o en nada deseables, o estimar en gran precio lo que sólo merece estima mediocre o nula. 11

Las pasiones son movimientos del alma, culpables, súbitos y violentos que, si son frecuentes y los descuidamos, dan origen a la enfermedad como el catarro: ocasional y todavía no crónico, produce la tos, mas, persistente e inveterado, se convierte en tisis. Así pues, quienes han realizado los mayores progresos en la sabiduría se hallan exentos de las enfermedades, pero todavía sienten las pasiones, aun estando próximos a la perfección.[389] 12

La segunda clase la constituyen aquellos que se han desprendido de los más graves males del alma y de las pasiones, pero sin que disfruten de una posesión estable de la seguridad, ya que pueden recaer en los mismos defectos. 13

La tercera clase se libra de muchos y graves vicios, pero no de todos. Evita la avaricia, pero aún experimenta la ira; ya no le excita la lujuria, pero sí todavía la ambición; ya no tiene deseos, pero todavía siente el temor, y, en medio del propio temor, muestra bastante firmeza frente a ciertas sugestiones, mas frente a otras cede; menosprecia la muerte, le asusta mucho el dolor. 14

Sobre esta cuestión reflexionemos un poco: nos daremos por satisfechos si somos admitidos en esta categoría. Se precisa una buena aptitud natural y una noble y asidua aplicación al estudio para ocupar la segunda clase, pero tampoco es desdeñable este tercer rango. Piensa en la enorme cantidad de males que contemplas en tu derredor, considera cómo no existe crimen alguno del que no haya constancia, cuánto progresa cada día la maldad, cuántas faltas se cometen en público y en privado; comprenderás que hemos conseguido bastante si no contamos entre los peores. 15

«En cuanto a mí —respondes—, espero poder clasificarme en una categoría más elevada» Esto es lo que yo desearía para nosotros, aunque no 16

podría garantizarlo. Se nos han adelantado otros; nos dirigimos hacia la virtud, acosados por los vicios. Da vergüenza decirlo: cultivamos la honestidad en los momentos de ocio. Pero ¡qué espléndida recompensa nos aguarda si rompemos nuestras ataduras y vicios tan resistentes![390]

Ni la codicia, ni el temor nos instigará; inasequibles al temor, 17
insobornables ante el placer, ni la muerte, ni los dioses nos harán temblar; sabremos que la muerte no es un mal, que los dioses no están para hacernos daño. Tanta debilidad hay en el que perjudica como en el perjudicado. Lo que es bueno en grado sumo, carece de poder nocivo.

Si algún día desde el cieno de la tierra llegamos a aquella altura sublime 18
y excelsa, nos aguardan la tranquilidad del alma y, disipado todo error, la plena libertad. ¿Quieres saber lo que ésta supone? No temer a los hombres, ni a los dioses; no codiciar ni lo deshonesto, ni lo excesivo; poseer el máximo dominio de sí mismo. Es un bien inestimable llegar a la propia posesión.

76

La igualdad entre los bienes sirve de estímulo para la paciencia[391]

Me amenazas con tu enemistad si te dejo en la ignorancia de uno siquiera de 1
los actos que realizo cada día. Veas con cuánta franqueza me porto contigo; hasta voy a hacerte la siguiente confidencia: escucho a un filósofo; concretamente hace cuatro días que acudo a su escuela y oigo sus explicaciones a partir de la hora octava. «¡A buena edad!», me dirás. Y ¿por qué no es buena? ¿Qué mayor torpeza que la de no aprender porque se ha estado largo tiempo sin aprender?

Pues, ¿qué? ¿Obraré de igual modo que los pisaverdes y los jóvenes? 2
Buen trato se me da si es éste el único desdoro de mi vejez. Esta escuela admite a hombres de toda edad. «¿Hemos de envejecer para ir así al ritmo de los jóvenes?» Viejo como soy iré al teatro, me haré conducir al circo, y ninguna pareja combatirá sin mi asistencia; ¿y me avergonzaré de acudir a las clases de un filósofo?

Hay que aprender todo el tiempo que dure la ignorancia; durante toda la 3
vida, si damos crédito al proverbio, el cual no se aplica a ningún otro asunto con más exactitud que a éste: hay que aprender la manera de vivir durante

toda la vida. Con todo, en la escuela enseño también algo. ¿Me preguntas qué enseño? Que hasta un viejo tiene que aprender.

Pero me avergüenzo del género humano cada vez que entro en la escuela. 4
Para dirigirse a casa de Metronacte se ha de pasar, como sabes, por delante del teatro de Nápoles. Éste se halla repleto de público y en él se decide con gran entusiasmo quién es un buen flautista; el trompeta griego y el heraldo tienen asimismo su auditorio. En cambio, en aquel otro lugar donde se investigan las cualidades del hombre de bien, donde se aprende a serlo, son poquísimos los que toman asiento y éstos dan la impresión al vulgo de no tener ningún cometido bueno que realizar; se les califica de torpes e indolentes. ¡En buena hora me alcance semejante burla! Con ánimo sereno hemos de escuchar los improperios de los ignorantes; quien va en pos de la honestidad debe menospreciar el menosprecio.[392]

Prosigue, Lucilio, y apresúrate, no te acontezca, como a mí, tener que 5
aprender de viejo. Mejor aún: apresúrate tanto más por cuanto ahora has emprendido el estudio que apenas, si de viejo, podrás perfeccionar. «¿En qué medida voy a progresar?» preguntas. En la que corresponde a tu empeño.

¿A qué esperas? La sabiduría nadie la alcanza al azar. El dinero te llegará 6
por sí solo, los cargos se te otorgarán, el prestigio y la dignidad quizá te sobrevendrán. La virtud no te caerá de las alturas. Ni con un trabajo ligero, ni con un pequeño esfuerzo se llega a conocerla; pero vale la pena que se esfuerce quien va a entrar de una sola vez en la posesión de todos los bienes. Pues único es el bien; la honestidad. No hallarás verdad alguna, ni seguridad alguna en todo aquello que complace a la opinión de los demás.

Mas por qué el único bien es la honestidad te lo voy a decir, ya que 7
piensas que apenas si lo he explicado en mi epístola anterior, donde, a tu juicio, esta tesis te la he ponderado más que demostrado. Resumiré, en apretadas líneas, la exposición anterior.

Todas las cosas se valoran por su bien propio. A la viña la recomienda su 8
fecundidad y el sabor del vino, al ciervo su rapidez; en las acémilas, cuyo único servicio es el de llevar la carga te interesa conocer la resistencia de sus lomos. En el perro la primera cualidad es el olfato cuando debe rastrear las alimañas, la ligereza cuando debe atraparlas, la osadía cuando debe morderlas y atacarlas. Lo mejor en cada uno debe ser aquella cualidad para la que nace y por la que es valorado.

En el hombre ¿qué es lo mejor? La razón: por ella aventaja a los animales 9
y sigue de cerca a los dioses. La razón consumada constituye, por tanto, su

bien propio. Las restantes cualidades las posee en común con los animales y las plantas. Es vigoroso: también los leones; es bello: también el pavo real; es ágil: también el caballo. No afirmo que en todos esos aspectos sea superado; investigo no lo que él tiene en mayor grado, sino lo que tiene de propio. Posee un cuerpo: también los árboles; posee impulso y movimiento espontáneo: también las bestias y los gusanos. Posee una voz: pero ¡cuánto más clara la tienen los perros, cuánto más aguda las águilas, cuánto más grave los toros, cuánto más dulce y modulada los ruiseñores!

¿Qué es lo específico en el hombre? La razón. Cuando ella es recta y 10
cabal sacia la felicidad del hombre. Luego si todo ser cuando lleva su bien propio a la perfección es laudable y alcanza el fin de su naturaleza, si el bien propio del hombre es la razón, cuando el hombre ha llevado ésta a la perfección es laudable y alcanza el fin de su naturaleza.[393] Esta razón perfecta se llama virtud y coincide con la honestidad.

Así pues, el único bien que hay en el hombre es el único que es 11
específico del hombre; ahora, en efecto, no investigamos en qué consiste el bien, sino en qué consiste el bien del hombre. Si ningún otro bien es propio del hombre excepto la razón, ésta será su único bien que, sin embargo, habrá de alcanzarse al precio de todas las cosas. Si un hombre es malo pienso que será reprobado; si es bueno, pienso que será elogiado. De ahí que la primordial y única cualidad en el hombre es aquella que motiva su elogio y su reprobación.

No es que tú dudes que ella constituya un bien, dudas que sea el único 12
bien. Si uno posee todo lo demás: buena salud, riquezas, rancio abolengo, un atrio concurrido, pero es malo sin discusión alguna, lo reprobarás. A la inversa, si otro no posee ninguna de las ventajas que he enumerado: está falto de dinero, de clientela numerosa, de nobleza en sus ascendientes, abuelos y bisabuelos, pero es bueno sin discusión alguna, lo aplaudirás. Por consiguiente, el único bien del hombre es este que, si el hombre lo posee, aunque le falten los otros, merece el aplauso, y si no lo posee, aun en medio de la abundancia de todos los demás, incurre en la condena y reprobación.

Cual es la condición de las cosas es también la de los hombres. No se 13
tiene por buena la nave que está pintada con exquisitos colores, ni la que tiene el espolón de plata u oro, o la imagen tutelar esculpida en marfil, ni la que va cargada con el tesoro del fisco y las riquezas de un rey, sino la que posee estabilidad y solidez, calafateada en las junturas para impedir la entrada del agua, resistente para soportar los embates del mar, obediente al

timón, rápida y a prueba del viento.

No dirás que es buena la espada cuyo talabarte es de oro, ni cuya vaina se 14
adorna con perlas, sino aquella cuya hoja está afilada para cortar y cuya punta podrá traspasar cualquier armadura. En una regla no se busca que sea hermosa sino que sea recta. Cada cosa se aprecia en relación con el fin a que se destina, y éste responde a su cualidad específica.

Luego en relación con el hombre no importa nada cuánto terreno cultive, 15
cuánto tenga invertido en préstamos, cuán numerosos clientes le saluden, cuán fastuoso sea el lecho en que se acuesta, o cuán transparente sea la copa en que bebe, sino cuánta sea su bondad. Y es bueno si su razón perfeccionada, con rectitud, se acomoda a las exigencias de su naturaleza.[394]

Esto es lo que se denomina virtud, esto es la honestidad y el único bien 16
del hombre. Pues como quiera que sólo la razón perfecciona al hombre, sólo la razón perfecta le hace feliz; y este único bien es el único que le hace feliz. Decimos que son asimismo bienes los que han surgido de la virtud y han sido promovidos por ella, es decir, todas sus obras; mas por esta causa es ella el único bien: porque ninguno existe sin ella.

Si todo el bien radica en el alma, todo cuanto a ella la consolida, la 17
eleva, la engrandece es bueno; ahora bien, un alma más vigorosa, más noble, más grandiosa es la virtud quien la hace. Porque las demás causas, que excitan nuestras pasiones, deprimen también el alma y la contaminan y, cuando parece que la enaltecen, la hinchan y engañan con múltiples vanidades. Así que el único bien es aquel que contribuye a mejorar el alma.

Todas las acciones a lo largo de la vida se regulan de conformidad con lo 18
honesto y lo torpe: de esta alternativa depende la decisión de obrar o dejar de obrar. Explicaré qué significa esto. El hombre bueno realizará cuanto piensa que ha de hacer en aras de la honestidad, aun cuando sea fatigoso, aun cuando sea perjudicial, aun cuando sea arriesgado; a la inversa, una acción torpe no la realizará, aunque le proporcione dinero, placer, poderío. Ninguna causa le hará desistir de lo honesto, ninguna le invitará a lo torpe.

Por lo tanto, si ha de secundar siempre la honestidad y evitar siempre el 19
deshonor, y en todas las acciones de su vida debe atender estas dos normas: que no hay otro bien que lo honesto, ni otro mal que lo deshonroso; si la virtud es ella sola incorruptible y la única que persiste en su línea, entonces el único bien es la virtud, no siendo posible que deje de ser un bien. Escapó al riesgo de mudanza: la necedad intenta encaramarse hacia la sabiduría, la sabiduría no retrocede hacia la necedad.

Te he dicho,[395] acaso lo recuerdas, que muchos, movidos por un impulso 20
irreflexivo, han llegado a pisotear cuanto el vulgo codicia y teme: no falta quien arrojó lejos de sí las riquezas,[396] quien colocó su mano encima del fuego,[397] quien ante el verdugo no dejó de sonreír,[398] quien no vertió lágrimas en el funeral de sus hijos, quien salió impertérrito al encuentro de la muerte; no hay duda, el amor, la ira, la pasión desafiaron el peligro. Lo que puede una momentánea obstinación del espíritu, impulsado por algún estímulo, ¡cuánto más lo podrá la virtud que no procede con violencia, ni precipitación, sino con un vigor constante, cuya solidez es perenne![399]

De aquí se deduce que las cosas que son a menudo objeto de desprecio 21
para los imprudentes y siempre para los sabios no son ni buenas, ni malas. El único bien es, pues, la propia virtud que entre una y otra fortuna camina exultante con profundo desprecio de ambas.

Si aceptas la opinión de que existe algún bien distinto de la honestidad, 22
toda virtud sufrirá menoscabo: ninguna, en efecto, podrá subsistir si fijare su atención en algo fuera de sí misma.[400] Criterio este que contradice a la razón, de la que emanan las virtudes, así como a la verdad, que no existe sin la razón; ahora bien, cualquier opinión contraria a la verdad es falsa.

Es preciso que convengas conmigo que el hombre bueno profesa gran 23
veneración a los dioses. Así cualquier contratiempo que sufriere, lo soportará con ánimo tranquilo, porque se dará cuenta de que le ha sobrevenido en virtud de la ley divina que regula el universo. Si admitimos esto, no habrá para él más bien que la honestidad, pues en ésta se incluye obedecer a los dioses, no indignarse ante las desgracias súbitas ni lamentar la propia suerte, sino aceptar con paciencia el destino y cumplir sus disposiciones.[401]

Si existe algún otro bien distinto de lo honesto, nos embargará el ansia de 24
vivir, el ansia por los medios de subsistencia, cosa que resulta ser insoportable, imprecisa, fluctuante. Luego único es el bien, la honestidad, que tiene su medida.[402]

Hemos dicho[403] que la vida humana aventajaría en felicidad a la divina 25
si fueran bienes las cosas que los dioses no utilizan, como el dinero y los cargos. Añade ahora, que si damos por cierto que las almas, liberadas de sus cuerpos, sobreviven a éstos, les aguarda a ellas un estado que supera en felicidad al que tienen mientras habitan en el cuerpo. Pero si suponemos auténticos bienes las satisfacciones que nos depara el cuerpo, su estado, una vez liberadas, será peor; mas esto resulta increíble: que las almas recluidas y

aprisionadas por el cuerpo sean más felices que estando libres y reintegradas al universo.

Había también afirmado yo[404] que si son bienes las ventajas que el hombre comparte con los animales, éstos por su parte pasarían una vida feliz, lo que no es posible en modo alguno. Cualquier contrariedad se debe soportar por causa de la honestidad, lo que no debería hacerse si existiese un bien distinto de lo honesto. 26

Aunque estas ideas las había desarrollado más ampliamente en una epístola anterior,[405] ahora las he condensado y expuesto brevemente.

Pero jamás tal creencia te parecerá verdadera si no levantas el ánimo[406] y te preguntas a ti mismo: «si la situación me exigiere morir por la patria y conseguir a costa de la mía la salvación de todos los ciudadanos, ¿estaré dispuesto a ofrecer mi cerviz no sólo resignado sino hasta complacido?». Si estás dispuesto a obrar así, es porque no existe para ti ningún otro bien, ya que renuncias a todos para poseer éste. Date cuenta del gran poder de la honestidad: morirás por la patria, aun cuando lo tengas que hacer tan pronto conozcas que es tu obligación. 27

Mientras tanto, de esta nobilísima acción se experimenta un gozo profundo, si bien de escasa y corta duración; y aunque ningún fruto de la gesta llevada a cabo conseguirá quien ha llegado al término de la vida y está separado de la actividad humana, con todo, la sola contemplación de la obra a realizar le complace, y a fuer de varón esforzado y justo, cuando pone ante su vista, como recompensa de su muerte, la libertad de la patria, la salvación de todos los ciudadanos por quienes entrega su vida, encuentra sumo placer y goza con su peligro. 28

Mas incluso aquel a quien se le arrebata hasta el gozo que proporciona el cumplimiento de una acción nobilísima y suprema, sin detenerse un instante se precipitará hacia la muerte, satisfecho de obrar con rectitud y piedad. Oponle aun en ese trance muchas razones para disuadirle; dile: «Tu gesta se verá acompañada de rápido olvido y de una estimación ciudadana poco generosa». Te responderá: «Todo esto es ajeno a mi obra. Yo la contemplo en sí misma, sé que es honesta; así pues, acudo adondequiera me conduzca y reclame». 29

He aquí, pues, el único bien que no sólo el alma perfecta sabe apreciar, sino también el alma que es generosa y de buen natural. Los restantes bienes son inconsistentes y mudables. Por ello se poseen con inquietud; aun cuando 30

por beneficio de la fortuna se hayan acumulado en una sola persona, resultan gravosos para sus dueños; siempre les agobian, a veces hasta les dejan burlados.

Ninguno de esos personajes que ves ataviados con púrpura es feliz, no más que aquellos actores a quienes la pieza teatral asigna los distintivos del cetro y la clámide en la representación. En presencia del público caminan engreídos sobre sus coturnos;[407] tan pronto salen de la escena y se descalzan vuelven a su talla normal. Ninguno de esos individuos, a los que riqueza y cargos sitúan a un nivel superior, es grande. Entonces, ¿por qué parecen grandes? Los mides unidos a su pedestal. No es grande un enano por más que se coloque sobre un monte; un coloso mantendrá su tamaño aunque estuviere dentro de un pozo. 31

Éste es el error que padecemos, ésta la ilusión: a nadie valoramos por lo que realmente es, sino que le añadimos también sus atavíos. Pues, bien, cuando quieras calcular el auténtico valor de un hombre y conocer sus cualidades, examínalo desnudo: que se despoje de su patrimonio, que se despoje de sus cargos y demás dones engañosos de la fortuna,[408] que desnude su propio cuerpo. Contempla su alma, la calidad y nobleza de ésta, si es ella grande por lo ajeno, o por lo suyo propio. 32

Si mira de frente el fulgor de las espadas, si sabe que para él no tiene importancia que el alma escape por la boca o por la garganta, proclámale feliz: feliz, si, habiéndosele amenazado con tormentos corporales, tanto los que son frutos del azar, como los provocados por la injusticia de un poderoso;[409] si, oyendo hablar de cárceles, destierros y de otros espantajos con que se atemoriza al espíritu humano, escucha sereno y dice: 33

> Ningún aspecto del sufrimiento se presenta, oh virgen, nuevo o inesperado para mí; todo lo tengo previsto y personalmente lo he revivido en mi ánimo.[410] Tú me anuncias hoy tales sufrimientos; yo me los he anunciado siempre y, como hombre, me he aparejado para los reveses humanos.

El golpe de una desgracia, prevista de antemano, llega mitigado. Pero a los necios y confiados en la fortuna todas las formas que presentan los acontecimientos les parecen nuevas e inesperadas. Ahora bien, para los ignorantes una gran parte del mal estriba en su novedad. Éste es el hecho que lo demuestra: cuando se han acostumbrado, las pruebas que consideraban terribles las soportan con mayor entereza. 34

Por ello el sabio se acostumbra a los males venideros; los sufrimientos que otros hacen leves con una larga paciencia, él los hace leves con una larga 35

reflexión. Escuchamos a veces este lamento de los ignorantes: «Sabía que me aguardaba este infortunio». El sabio sabe que le aguarda toda clase de infortunios. Ante cualquier accidente exclama: «Lo sabía».

77

Entereza necesaria para el suicidio[411]

De improviso se nos han presentado hoy las naves de Alejandría que suelen adelantarse para anunciar la llegada de la flota que vendrá en seguida:[412] se las llama mensajeras. Grata resulta a los campanos su contemplación; todo el pueblo de Putéolos se concentra en los muelles y por la misma forma de las velas reconoce a las alejandrinas aun en medio de una gran multitud de navíos; porque sólo a ellas se les permite extender la gavia que todas las naves izan en alta mar. 1

Nada, en verdad, favorece tanto la travesía como la parte superior de la vela: en ese lado el navío recibe el máximo impulso. Así que cuantas veces arrecia el viento y sopla con más ímpetu del necesario, se baja la antena, ya que el soplo en la parte inferior tiene menos fuerza. Una vez que se han introducido por Cápreas y el promontorio desde el cual 2

sobre un peñasco tempestuoso Palas
contempla la alta mar,[413]

es norma que las restantes naves se contenten con la vela mayor; la gavia se reserva como distintivo para las alejandrinas.

En medio de esta carrera apresurada de toda la población hacia la costa, experimenté gran placer en mi pereza por cuanto, habiendo de recibir cartas de los míos, no me apresuré por conocer cuál era en aquellas tierras el estado de mis asuntos, ni qué noticias me traían. Hace ya tiempo que no experimento ni pérdida, ni ganancia alguna. Este sentimiento habría de tenerlo, aunque no fuese un viejo, pero ahora con mucha más razón: por escasas que fueran mis provisiones, me quedaría, con todo, más viático que camino por recorrer, sobre todo, cuando estamos metidos en un camino que no hay necesidad de recorrer hasta el final.[414] 3

Un itinerario quedará incompleto si uno se detiene a mitad del recorrido, 4

o antes del término fijado; la vida no queda incompleta, cuando es honesta. En el punto en que uno termine, si termina bien, queda consumada. Mas, con frecuencia hay que terminarla hasta con energía, y no por las causas más graves, puesto que tampoco son las más graves las que nos retienen.

Tulio Marcelino,[415] a quien conociste muy bien, joven reposado, 5
envejecido prematuramente, al verse acosado por una enfermedad, no incurable, por cierto, pero larga, penosa y que reclamaba mucha atención, se puso a reflexionar si se daría la muerte. Reunió numerosos amigos. De éstos, unos, atendiendo a la timidez de él, le daban el consejo que se hubieran dado a sí mismos; otros, a fuer de serviles y lisonjeros, le aconsejaban lo que suponían sería más grato a sus cavilaciones.

Un estoico, amigo nuestro, hombre eminente y, para alabarle en los 6
términos en que lo merece, esforzado y diligente, fue, a mi juicio, quien le exhortó mejor. Así, en efecto, se expresó: «No te atormentes, querido Marcelino, como quien delibera sobre un gran asunto. No es un gran asunto la vida; todos tus esclavos, todos los animales viven. La gran proeza estriba en morir con honestidad, con prudencia, con fortaleza. Reflexiona cuánto tiempo hace que te ocupas de las mismas cosas: la comida, el sueño, el placer sexual; nos movemos en esta órbita. El deseo de morir no sólo puede afectar al prudente, al valeroso, o al desdichado, sino también al hastiado de la vida».

No precisaba Marcelino de exhortación, sino de ayuda; los esclavos no 7
querían secundar sus deseos. Primeramente el estoico les quitó el miedo, indicándoles que la servidumbre sólo corre peligro cuando no está claro que la muerte del señor haya sido voluntaria; que, por lo demás, darían tan mal ejemplo causando la muerte a su dueño como apartándole de ella.

Luego recordó al propio Marcelino que obraría noblemente si, como 8
sucede al terminar la cena, que se reparten las sobras entre los criados que están en torno a la mesa, así, al terminar la vida, ofreciese algún obsequio a quienes habían sido servidores suyos de toda la vida. Era Marcelino de espíritu condescendiente y generoso, aun cuando se trataba de sus propios bienes; así que distribuyó pequeñas cantidades a sus afligidos siervos y además los consoló.

No tuvo necesidad ni de espada, ni de efusión de sangre: guardó ayuno 9
durante tres días y en su dormitorio mandó colocar un dosel. A continuación se introdujo en él la bañera en la que permaneció largo tiempo; por efecto del agua caliente vertida en ella sin interrupción fue debilitándose poco a poco,

no sin cierto placer, según decía, como el que suele producir un ligero desfallecimiento del que no me falta experiencia, ya que algunas veces he sufrido esos desmayos.[416]

Me he alargado en un relato que no va a desagradarte; así conocerás que 10
el final de tu amigo no fue penoso, ni lamentable. Pues aunque se dio la muerte, dulcísimamente se nos fue y escapó de la vida. Pero tampoco este relato habrá sido sin provecho. A menudo la necesidad reclama tales ejemplos. A menudo tenemos obligación de morir y nos resistimos, estamos en trance de muerte y nos oponemos a ella.

Nadie hay tan ignorante que no sepa que ha de morir algún día; sin 11
embargo, cuando se acerca el momento, busca escapatorias, se estremece y llora. ¿Acaso no te parece el más necio de todos quien se lamenta de no haber vivido hace mil años? Igualmente es necio quien se lamenta porque no vivirá dentro de mil años. Ambas posturas coinciden: no existirás, como no has existido; uno y otro tiempo no te pertenecen.

Colocado como estás en este instante del tiempo, si piensas prolongarlo, 12
¿hasta cuándo lo prolongarás? ¿Por qué lloras, por qué suspiras? Esfuerzo vano.

> No esperes que tus súplicas vayan a modificar las decisiones de los dioses.[417]

Son firmes e inmutables; una imperiosa y eterna necesidad las regula. Irás a donde van a parar todas las cosas. ¿Dónde está para ti la novedad? Para cumplir esta ley has venido al mundo. Lo propio aconteció a tu padre, a tu madre, a tus antepasados, a todos los que te precedieron, a todos los que te seguirán. Un nexo indestructible, que ninguna fuerza puede cambiar, encadena y arrastra a todos los seres.

¡Cuán gran número de mortales te seguirá, cuán gran número te 13
acompañará en ese trance! Te sentirías más valiente, según pienso, si muchos miles de seres muriesen a una contigo; y, sin embargo, son muchos miles tanto de hombres como de animales los que, en el preciso momento en que no te decides a morir, expiran de diversas formas. ¿Es que no pensabas que llegarías algún día al término al que constantemente te dirigías? No existe camino que no tenga final.

¿Piensas que voy a relatarte ahora casos ejemplares de grandes hombres? 14
Te relataré en su lugar casos de niños. La tradición conserva el recuerdo de aquel lacedemonio, todavía impúber, quien, hecho prisionero, decía a gritos en su propio dialecto dórico: «No seré esclavo». Y cumplió fielmente su

promesa. Tan pronto se le ordenó realizar una función servil y degradante —se le ordenaba traer un recipiente de inmundicias— se abrió la cabeza, sacudiéndola contra la pared.

15 Tan cerca tenemos la libertad y ¿aún existen esclavos? ¿No preferirías, por tanto, que tu hijo pereciera de forma similar, a que se hiciera viejo siendo un cobarde? ¿Por qué tanta preocupación si la muerte valerosa está también al alcance de los niños? Supón que no quieres proseguir la marcha: te empujarán adelante. Haz que dependa de ti lo que está en poder de otros. ¿No tomarás aliento de este niño para decir: «No soy esclavo»? Desdichado, eres esclavo de los hombres, de las cosas, de la vida; porque la vida, si falta el valor de morir, se convierte en servidumbre.

16 ¿Tienes acaso algún aliciente para esperar? Los mismos placeres que te demoran y retienen los has agotado: ninguno hay que sea nuevo para ti, ninguno que no te lo haya hecho odioso la propia saciedad. El sabor del vino puro y el sabor del mulso lo conoces; nada importa que sean cien o mil las ánforas que pasan por tu vejiga: eres un filtro. El sabor de la ostra y el del salmonete lo conoces muy bien. Tu voluptuosidad no te reservó para los años venideros placer alguno que no hayas probado; y, sin embargo, éstos son los goces de los que, contra tu voluntad, se te arrancará.

17 ¿Qué otra cosa hay que lamentes que te sea arrebatada? ¿Los amigos, es que sabes ser amigo? ¿La patria, acaso le tienes tanta estima que por ella te retrasas en cenar? ¿El sol? Si pudieras lo apagarías. ¿Qué acción, en verdad, realizaste jamás digna de su luz? Reconoce que no es el afecto al Senado, al foro, ni a la misma naturaleza el que te vuelve tan lento para morir. Contrariado abandonas un mercado en el que no has dejado provisión alguna.

18 Temes la muerte. ¿Cómo, entonces, la menosprecias mientras te hartas de setas? Quieres vivir. Pero ¿sabes hacerlo? Temes morir: ¿y qué, esta tu vida no equivale a la muerte?

Pasando Gayo César[418] por la Vía Latina, uno del grupo de los presidiarios, cuya vieja barba se le hundía hasta el pecho, le suplicaba que ordenase su muerte. El emperador le respondió: «¿Realmente ahora vives?». Tal respuesta hay que dar a aquellas personas para quienes la muerte supondría un beneficio. Temes morir: ¿realmente ahora vives?

19 «Pero yo —objetará alguien—, que realizo muchos actos honestos quiero seguir viviendo; contra mi voluntad abandono los deberes de la vida que voy cumpliendo con fidelidad y diligencia.» ¿Cómo? ¿Ignoras que uno de los deberes de la vida es también el de morir? No abandonas deber alguno, ya

que no se fija un número determinado de ellos que haya que cumplir.

Toda vida es de corta duración. En efecto, si tomas como referencia la 20
duración del universo, resulta de corta duración hasta la vida de Néstor y de Satia,[419] la que ordenó grabar en su sepulcro que había vivido noventa y nueve años. Ahí tienes a una mujer que se gloriaba de su larga senectud: ¿quién la hubiera podido soportar si hubiese tenido la suerte de cumplir los cien años?

Como una obra teatral, así es la vida: importa no el tiempo, sino el acierto con que se ha representado. No atañe a la cuestión el lugar en que termines. Termina donde te plazca, tan sólo prepara un buen final.

78

Valor en la enfermedad ante la perspectiva de la muerte[420]

Los frecuentes catarros que te aquejan y las febrículas, resultado de los 1
catarros prolongados que se han hecho crónicos, me producen un disgusto tanto mayor cuanto que yo tengo experiencia de esta clase de indisposiciones, de las que en sus comienzos no hice caso: todavía mi juventud podía resistir sus acometidas, y comportarse con denuedo frente a las enfermedades. Luego sucumbí y llegué a tal extremo que mi persona se consumía por la fluxión llegando a una delgadez extrema.[421]

A menudo sentí el impulso de arrancarme la vida: fue la ancianidad de mi 2
benignísimo padre la que me contuvo.[422] En efecto, pensé no en la entereza que yo tendría para morir, sino en la que a él le faltaría para soportar mi separación. En consecuencia me impuse la obligación de vivir, porque en ocasiones hasta el vivir supone obrar con entereza.

Los consuelos que entonces tuve te los diré a condición de manifestarte 3
antes, que la misma meditación a la que me entregaba tuvo el efecto de una medicina. Nobles motivaciones de consuelo se truecan en remedio, y todo cuanto levanta el espíritu, aprovecha también al cuerpo. Son nuestros estudios los que me salvaron. Pongo en el haber de la filosofía mi restablecimiento, mi recuperación; a ella le debo la vida, nada menos.

Asimismo, también, contribuyeron mucho a mi buena salud los amigos, 4
[423] cuyas exhortaciones, vigilancia y conversación me animaban. Nada, Lucilio, mi preferido entre todos, restablece y alivia tanto a un enfermo como

el cariño de los amigos; nada coarta tanto la expectativa y el temor de la muerte. No tenía la impresión de morir, puesto que los dejaba a ellos sanos y salvos. Pensaba, te lo confesaré, que iba a vivir no con ellos, sino a través de ellos; no me parecía que exhalaba el alma, sino que la entregaba. Estos pensamientos me infundieron el deseo de ayudarme y de arrostrar todo sufrimiento; de lo contrario resulta muy deplorable que cuando uno ha rechazado el deseo de morir, no tenga el deseo de vivir.

Acógete, por tanto, a estos remedios. El médico te indicará cuánto paseo 5
debes hacer, cuánto ejercicio practicar; te advertirá que no te dejes llevar de la pereza hacia la que tiende una salud endeble; que leas en voz alta para ejercitar la respiración cuyo conducto y cavidad se hallan obstruidos; que practiques el remo para sacudir tus vísceras con suave balanceo; qué alimentos has de tomar, cuándo debes recurrir al vino para fortalecerte, o prescindir de él para que no provoque la tos, ni la exaspere.[424] Por mi parte te prescribo lo que sirve como remedio no sólo para esa tu enfermedad, sino para toda la vida: desprecia la muerte. Nada resulta enojoso cuando rehuimos su temor.

Éstos son los tres motivos de aflicción en toda enfermedad: el miedo a la 6
muerte, el dolor corporal y la interrupción de los placeres. Acerca de la muerte hemos hablado bastante: añadiré esto solo: que el miedo a ella no procede de la enfermedad, sino de la naturaleza. La muerte de muchas personas la retrasó su enfermedad y su salvación estuvo en creer que morían.[425] Morirás no por estar enfermo, sino por estar vivo. Tal destino te aguarda aun cuando estés sano: una vez te hayas restablecido, habrás escapado no a la muerte, sino a la enfermedad.

Volvamos ahora a aquello que constituye el mal característico de la 7
enfermedad: el de provocar graves dolores, por más que los intervalos de calma los hagan llevaderos. En efecto, la intensidad máxima del dolor determina su fin; nadie puede sentir grandes dolores y por largo tiempo.[426] Sumamente afectuosa para con nosotros, la naturaleza nos modeló de tal suerte que el dolor fuera soportable, o breve.

Los dolores más fuertes se localizan en las partes más enjutas del cuerpo: 8
nervios, articulaciones y cualquier otro punto delgado se inflama con vivísimo dolor, cuando contrae el mal en su reducida zona. Pero estas partes pronto se adormecen, perdiendo a causa del dolor la sensación del dolor, ora porque la respiración, obstaculizada en su curso natural y alterada, pierde el

vigor con que se manifiesta y estimula nuestros sentidos, ora porque el humor corrompido, al no tener sitio donde afluir, se agolpa sobre sí mismo y quita la sensibilidad a las zonas que saturó con exceso.

Así la gota en los pies y en las manos, y cualquier dolor de vértebras y nervios, cesa a intervalos cuando llega a debilitar las partes que atormentaba; la comezón primera en todo dolor es una tortura, con el tiempo el ímpetu se debilita y el final del dolor es la insensibilidad. El dolor de los dientes, de los ojos, de los oídos es muy penetrante porque se origina en áreas muy reducidas del cuerpo, al igual, por cierto que el dolor de cabeza; pero, si es demasiado vehemente, se convierte en enajenación y aturdimiento. 9

Éste es, pues, el consuelo de un inmenso dolor: que es preciso que dejes de sentirlo, si lo sientes demasiado. En cambio, lo que indispone a los ignorantes, cuando sufren corporalmente, es no haberse acostumbrado a sentirse satisfechos en su espíritu; se ocuparon mucho de su cuerpo. De ahí que el varón noble y prudente distinga el alma del cuerpo y dedique mucha atención a su parte superior y divina;[427] a la otra, quejosa y frágil, sólo la necesaria. 10

«Mas es penoso —se objeta— carecer de los placeres habituales, abstenerse de alimento, tener sed, padecer hambre.» Tales privaciones resultan graves al principio del ayuno; luego el ansia languidece por el cansancio y desfallecimiento de los órganos, instrumentos de nuestra avidez. Por ello el estómago se vuelve inapetente, por ello quienes tuvieron apetito sienten aversión a la comida. Hasta los deseos mueren: no es, realmente, penoso verse privado del placer que uno deja de codiciar. 11

Añade que todo dolor o se interrumpe, o, por lo menos, se atenúa. Añade que se puede con remedios evitar su llegada y resistir su acoso. No hay ninguno que no anticipe sus síntomas, sobre todo si se repite de forma habitual. Es tolerable el sufrimiento de la enfermedad, cuando se ha menospreciado su amenaza más grave. 12

No vayas a agravarte tú mismo los males y cargarte de quejas; el dolor resulta leve si nuestros prejuicios no le añaden nada. Al contrario, si te decides a estimularte y dices: «No es nada, o, por lo menos, es insignificante; aguantemos, ya cesará», lo convertirás en leve, mientras lo consideras tal. Todo depende de la opinión que nos formamos. No sólo la ambición, la sensualidad, la avaricia la toman en consideración: es de acuerdo con la opinión como sentimos el dolor. Cada cual es tan desgraciado como imagina serlo. 13

Pienso que hemos de acabar con las quejas por los dolores pasados, y con semejantes expresiones: «A nadie jamás le fue peor. ¡Cuántos tormentos, cuántas desgracias he soportado! Nadie creyó que iba a recuperarme. ¡Cuántas veces he sido llorado por los míos, cuántas desahuciado por los médicos! A los que están extendidos sobre el potro no se les desgarra tanto». Aun cuando tales lamentos sean verdaderos, han pasado. ¿De qué te sirve insistir en los dolores pretéritos y hacerte desgraciado porque lo fuiste? ¿Qué razón hay para que todos aumenten con mucho sus males y se engañen a sí mismos? Después lo que fue penoso soportar, resulta grato haberlo soportado: es humano que uno se alegre por el final de su infortunio. Hay que suprimir dos defectos: el temor por el futuro y el recuerdo de la antigua adversidad. Ésta ya no me afecta, aquel todavía no. 14

Puesto en medio de las dificultades, ha de decir: 15

Quizás un día me agradará recordar estas cosas.[428]

Que afronte la lucha con toda valentía; será vencido, si cediere; vencerá, si se empeñare contra su propio dolor. En cambio, la mayoría adopta la actitud de atraer sobre sí el estrago que debe impedir. Este mal que te asusta, que te amenaza, que te angustia, si empiezas a escabullirte, te seguirá y se abatirá sobre ti con mayor fuerza; pero si te enfrentas con él y te animas a resistirle, lo rechazarás.

¡Cuántos golpes reciben los atletas en el rostro, cuántos en todo el cuerpo! Pero soportan toda clase de tormentos por el afán de la gloria; ni los sufren tan sólo porque combaten, sino en orden a combatir: su misma preparación es un tormento. También nosotros superemos todo obstáculo; la recompensa que nos aguarda no es la corona, ni la palma, ni el tañido del heraldo que impone silencio antes de proclamar nuestro nombre; sino la virtud, la firmeza del alma y la paz conseguida para el futuro, si de una vez, en algún combate, hemos derrotado a la fortuna. 16

«Pero siento un vivo dolor.» ¿Es que no lo sientes cuando lo soportas como las mujeres? Del mismo modo que el enemigo es más nocivo para quienes huyen, así toda desgracia fortuita acosa más al que se retira y da la espalda. «Pero resulta pesado.» ¿Es que nuestra fortaleza está en llevar cargas ligeras? ¿Quieres que la enfermedad sea larga, o virulenta y breve? Si es larga, presenta alternativas, da lugar a recuperarse, concede mucho tiempo libre; necesariamente tras el momento álgido, termina la crisis. Si es breve y violenta, una de dos: o desaparecerá, o nos hará desaparecer. Mas ¿qué 17

importa que no exista ella o que no exista yo? En ambos casos llega el fin del dolor.

18 Será también provechoso desviar la mente a otros pensamientos y distraerse del dolor. Piensa en las acciones que has realizado con honestidad, con fortaleza. Considera en tus adentros los aspectos buenos de tu vida; dirige tu recuerdo hacia los ejemplos que admiraste por encima de todos. En ese momento acuérdate de los hombres más fuertes, triunfadores del dolor: aquel que mientras ofrecía sus varices a la cisura, continuó leyendo su libro; aquel que no dejó de reír, aun cuando sus verdugos irritados por este mismo hecho, desplegaban contra él todos los recursos de su crueldad. ¿No vencerá la razón el dolor vencido a su vez por la risa?

19 Ahora puedes enumerar los sufrimientos que tú quieras: el catarro y la virulencia de una tos crónica que arranca pedazos de los pulmones, la fiebre que abrasa las mismas entrañas, el ardor de la sed, la distorsión de miembros al desencajarse las articulaciones; hay más: la hoguera, el potro, las planchas rusientes y el hierro hundido en las heridas tumefactas para reavivarlas y agudizarlas más intensamente. Sin embargo, en medio de tales sufrimientos hubo quien no gimió; es más: no suplicó; es más: no respondió; es más: rió y por cierto de buen grado. ¿Quieres tú con este precedente reírte del dolor?

20 «Pero —insistes— la enfermedad no me permite hacer nada; me tiene alejado de todos mis deberes.»[429] La mala salud afecta a tu cuerpo, no a tu alma. En efecto, atenaza los pies del corredor, entorpece la mano del zapatero o del artesano; pero si acostumbras a tener tu alma igualmente en activo, aconsejarás, enseñarás, escucharás, aprenderás, indagarás, recordarás. Pues ¿qué? ¿Piensas que no haces nada, si eres un enfermo temperante? Demostrarás que la enfermedad puede dominarse o, por lo menos, soportarse.

21 Créeme, también en el lecho hay un sitio para la virtud. No sólo las armas y el campo de batalla descubren un alma valerosa e inasequible al temor; hasta en su vestido se revela el varón fuerte. Tienes de qué ocuparte: combate con denuedo tu enfermedad. Si nada consigue de ti ni por la violencia, ni por las súplicas, ofreces un admirable ejemplo. ¡Oh, qué gran oportunidad de gloria tendríamos, si nos contemplaran en nuestra enfermedad! Contémplate tú mismo, felicítate tú mismo.

22 Además, hay aquí dos clases de placeres. Los del cuerpo la enfermedad los cohíbe, pero no los suprime; al contrario, si lo consideras bien, los estimula. La bebida le satisface más al que está sediento; la comida sabe mejor al que está hambriento: todo manjar que uno consigue después de la

abstinencia lo saborea con mayor avidez. En cambio, los placeres del espíritu, que son más nobles y seguros, no hay médico que los prohíba al enfermo. Todo el que va en su busca, y los valora justamente, menosprecia todos los halagos de los sentidos.

«¡Desdichado del enfermo!» ¿Por qué? ¿Porque no deslíe la nieve con el 23
vino, porque el frescor de su bebida, cuya mezcla realizó en amplia copa, no lo renueva echando en ella un pedazo de hielo, porque sobre la misma mesa no le abren las ostras del Lucrino,[430] porque en torno a él en su comedor no hay un tropel de cocineros que sirven las viandas en el propio hornillo? Es el procedimiento que ha ideado ahora nuestro sibaritismo: para evitar que algún plato se enfríe, que algún bocado resulte poco caliente al paladar ya endurecido, se traslada a la mesa la cocina.

«¡Desdichado del enfermo!» Comerá cuanto pueda digerir. No se 24
expondrá ante su vista un jabalí desterrado de la mesa como vil manjar, ni se colocará en su bandeja un montón de pechugas de aves[431] —la vista de las aves enteras produce náuseas—. ¿Qué perjuicio se te ha ocasionado? Comerás como un enfermo o mejor, por una vez, como hombre sano.

Pero todas estas molestias las soportaremos con facilidad: el caldo, el 25
agua caliente y todo cuanto parece insoportable a los afeminados que se consumen en la molicie, más enfermos en el alma que en el cuerpo: basta para ello que dejemos de tener miedo a la muerte. Y dejaremos este miedo cuando conozcamos los límites entre el bien y el mal. Solamente así, ni la vida nos producirá hastío, ni la muerte temor.

Porque el tedio harto de uno mismo no puede adueñarse de una vida 26
atareada en cuestiones tan varias, importantes, divinas: es el ocio estéril el que suele llevarla al odio de sí misma. Al que profundiza en la naturaleza, jamás la verdad le producirá fastidio: el hastío se lo dará la falsedad.

Por otra parte, si la muerte se le acerca y le llama, aunque sea prematura, 27
aunque le elimine en la mitad de la vida, el fruto que ha conseguido corresponde al de una vida muy larga. Él ha llegado a conocer en gran parte la naturaleza, sabe que la honestidad no acrece con el tiempo. Necesariamente consideran corta toda existencia quienes la miden de acuerdo con sus placeres ilusorios y, por lo mismo, insaciables.

Reanímate con estos pensamientos y medita entre tanto mis epístolas. 28
Llegará, por fin, el día que nos juntará de nuevo y nos hará sentir al unísono. Cualquiera que sea la duración del reencuentro, la prolongaremos, sabiéndola

aprovechar. Pues, como dice Posidonio,[432] «una sola jornada del hombre instruido cunde más que la vida muy larga del ignorante».

Mientras tanto observa y sustenta esta norma: no sucumbir en la adversidad, no fiarse de la prosperidad, tomar en consideración todas las veleidades de la fortuna en la creencia de que todo cuanto puede realizar lo realizará. Los reveses que hemos esperado largo tiempo llegan con más suavidad. 29

80

Superioridad de la vida del alma.[433]*La felicidad en la pobreza*

Hoy dispongo de tiempo para mi estudio, no tanto gracias a mí, cuanto al espectáculo que concentró a todos los importunos en una competición de pelota. Nadie me interrumpirá, nadie dificultará mi reflexión, que a impulsos de esta misma seguridad procede con mayor audacia. No rechinará constantemente la puerta de la casa, ni se alzará la cortina; podré ir adelante sin temor, requisito necesario sobre todo para quien camina por su cuenta y sigue su propia ruta. ¿Es que no sigo a mis predecesores? Lo hago, pero me permito introducir algún hallazgo, modificar y abandonar alguna doctrina: no soy esclavo suyo, les doy mi asentimiento.[434] 1

Sin embargo, he hecho una afirmación exagerada al prometerme el silencio y un lugar retirado sin perturbadores. He aquí que un potente griterío me llega del estadio,[435] que no me distrae de mi reflexión, pero que me lleva a examinar esa misma situación. Pienso para mis adentros cuántos hombres ejercitan los cuerpos y cuán pocos su carácter, cuánta concurrencia hay en un espectáculo pasajero y vano y cuánto abandono de los estudios nobles, cuán pobres de espíritu son los atletas cuyos brazos y hombros admiramos. 2

Particularmente revuelvo en mi mente esta idea: si el cuerpo mediante el ejercicio puede conseguir tal endurecimiento que le permite encajar a la vez puñetazos y puntapiés de muchos contrincantes, que permite a un hombre pasar la jornada aguantando un sol abrasador en medio de la ardentísima arena, impregnándose de su propia sangre; cuánto más fácilmente podría robustecerse el alma para encajar invicta los golpes de la fortuna y, hasta derribada al suelo y pisoteada, poderse levantar. El cuerpo, en verdad, necesita de múltiples recursos para estar vigoroso; el alma se desarrolla, se 3

nutre, se ejercita por sus propios medios. Esos luchadores precisan abundante comida, abundante bebida, abundante óleo, en fin, prolongado esfuerzo; tú alcanzarás la virtud sin preparativos, sin gastos. Todo cuanto puede hacerte bueno, lo tienes en ti mismo.

¿Qué te hace falta para ser bueno? Quererlo. ¿Y qué cosa mejor puedes desear que sustraerte a esa esclavitud que a todos oprime, que hasta los esclavos de ínfima condición, nacidos en medio de la inmundicia, se esfuerzan por sacudir con todo empeño? El peculio que adquirieron, engañando a su estómago, lo pagan como rescate: ¿y no desearás conseguir la libertad por mucho que te cueste, tú, que te precias de haber nacido en ella? 4

¿Por qué miras a tu caja de caudales? No puede comprarse. Así pues, en el registro se inscribe un falso nombre de libertad,[436] la cual no poseen ni quienes la han comprado, ni quienes la han vendido. Es preciso que te procures a ti este bien, que lo reclames a ti mismo. Líbrate primero del miedo a la muerte —ella nos impone su yugo—, luego, del miedo a la pobreza. 5

Si quieres conocer hasta qué punto no hay mal alguno en ella, confronta el semblante de los pobres con el de los ricos. El pobre ríe con mayor frecuencia y sinceridad; ninguna angustia le llega al fondo del alma; aun cuando le sobrevenga alguna inquietud, pasa por él como una nube ligera. En estos, en cambio, a los que se proclama felices, la jovialidad es fingida o bien se convierte en una tristeza penosa y agobiante, tanto más penosa porque, en ciertos momentos, no se les permite mostrarse desdichados en público, antes bien, royendo en el infortunio su propio corazón, deben representar el papel de felices. 6

Muy a menudo he de servirme de esta metáfora, pues con ninguna otra se expresa más vigorosamente esta farsa de la vida humana, la cual nos asigna los papeles que torpemente vamos a representar. Ese actor que anda ufano por la escena y altanero profiere estas frases: 7

> ¡Aquí estoy!, soberano de Argos; Pélope me entregó el reino en el territorio del Istmo, al que sacuden las olas del Helesponto y del mar Jónico,[437]

es un esclavo cuya paga son cinco modios[438] y cinco denarios.

Aquel personaje que, arrogante y despótico, engreído por la seguridad de su poder, exclama: «si no estás quieto, Menelao, perecerás por obra de esta mi derecha»,[439] recibe su ración diaria y duerme sobre una gualdrapa. Lo mismo cabe decir de todos esos delicados a quienes una litera eleva sobre las cabezas de los mortales, sobre las multitudes: la felicidad de todos ellos 8

se cubre de una máscara; los despreciarás, si se la quitas.

Cuando vas a comprar un caballo ordenas que le saquen la albarda; a los esclavos en venta les quitas los vestidos para que no oculten defecto alguno corporal; al hombre, ¿le pondrás precio estando embozado? 9

Los traficantes de esclavos disimulan con algún postizo todo cuanto pueda desagradar; por ello los mismos aderezos despiertan las sospechas de los compradores. Si advirtieses que la pierna o el brazo están sujetos con vendas, mandarías que los descubriesen y que se te mostrase el cuerpo desnudo.

¿Ves a aquel rey de Escitia o de Sarmacia, adornado con la diadema? Si quieres ponerle precio y saber en su conjunto cómo es, quítale ese emblema; debajo de él se oculta mucha miseria.[440] ¿Para qué hablar de los demás? Si quieres sopesarte a ti, deja aparte el dinero, la casa, los honores; contémplate a ti mismo en tu interior; ahora tu valía la juzgas según el criterio ajeno. 10

LIBRO X

82

Las cosas indiferentes se hacen buenas mediante la virtud

He dejado ya de estar preocupado por ti. «¿A cuál de los dioses —preguntas
— has tomado por fiador de mí?» Por supuesto a aquel que a nadie engaña, al 1
espíritu amante de la rectitud y de la bondad. La parte más noble de ti está a buen recaudo. La fortuna puede ocasionarte algún agravio; pero lo que más hace al caso: no temo que tú te lo causes a ti mismo. Sigue por el camino que emprendiste y con esa actitud ante la vida disponte con sosiego, sin molicie.

Prefiero que me vaya mal antes que con molicie —«mal» entiéndelo aquí 2
como suele interpretarlo el pueblo: dura, áspera, penosamente—. Es frecuente escuchar sobre la vida de ciertas personas, a las que se envidia, esta alabanza: «vive en la molicie», que es tanto como decir: «es un afeminado». En efecto, el alma poco a poco se afemina y se relaja a semejanza de la propia ociosidad y pereza en que yace. Pues ¿qué? ¿A un varón no le va mejor incluso endurecerse? Los afeminados prefieren la inercia. Además, los mismos afeminados se asustan ante la muerte, de la que su vida fue trasunto. Hay gran diferencia entre la ociosidad y el sepulcro.

«Entonces ¿qué? —respondes—. ¿No es preferible estar así inactivo, 3
antes que verse zarandeado por el torbellino de inútiles ocupaciones?» Una y otra situación son detestables: la de convulsión y la de indolencia. Pienso que está muerto por igual el que yace entre perfumes que el arrebatado por el garfio;[441] el descanso sin estudio es para los vivos muerte y sepultura.[442]

Además, ¿de qué aprovecha buscar un retiro? ¡Cómo si más allá de los 4
mares no nos acosaran los motivos de preocupación! ¿Qué escondrijo existe en el que no penetre el temor de la muerte? ¿Qué descanso hay en la vida tan protegido y sublimado al que no atemorice con frecuencia el dolor? En cualquier rincón que te retires los males humanos te asaltarán a gritos. Muchos son los males externos que nos rodean, o para seducirnos, o para agobiarnos; muchos los internos que nos abrasan en medio de la soledad.

La filosofía debe erigirse en derredor nuestro, cual muro inexpugnable 5
que la fortuna, aun habiéndole sacudido con muchos artefactos, no puede

traspasar. El alma que ha renunciado a los bienes externos se sitúa en un lugar infranqueable y, desde su baluarte, se defiende; debajo de ella todo dardo se abate. No posee la fortuna, como creemos, manos largas; a nadie atrapa, si no está pegado a ella.

Así pues, en cuanto nos sea posible, de un salto alejémonos de ella, objetivo que sólo el conocimiento propio y el de la naturaleza aseguran: que conozca el hombre adónde debe dirigirse, de dónde procede, en qué consiste para él el bien, en qué el mal, qué cosas debe perseguir, qué cosas evitar, cuál es el criterio con que discernir lo que se debe buscar y lo que se debe rehuir, con qué amansar la locura de las pasiones y apaciguar el ensañamiento del temor. 6

Tales dificultades piensan algunos haberlas superado ellos solos, aun sin la ayuda de la filosofía; mas cuando, sintiéndose seguros, algún revés los pone a prueba, brota de su alma una tardía confesión, y las solemnes frases se esfuman, cuando el verdugo le pide a uno la mano, cuando la muerte se aproxima. Podrías decir a éste: «con facilidad desafiabas los males ausentes; ahí tienes el dolor que decías que era soportable; ahí la muerte frente a la cual has pronunciado muchas frases animosas; crujen los azotes, centellea la espada: 7

ahora, Eneas, es necesario el valor, ahora el pecho esforzado.»[443]

Y te hará esforzado la meditación asidua: no adiestrando tus palabras, sino tu espíritu, disponiéndote de cara a la muerte, frente a la cual no te exhortará ni enardecerá quien intente persuadirte con sofismas de que la muerte no es un mal. Me place, en verdad, Lucilio, el mejor de los mortales, chancearme de las sutilezas griegas, a las que, con gran asombro mío, no he renunciado todavía. 8

Nuestro Zenón emplea este silogismo:[444] «Ningún mal es glorioso; es así que la muerte es gloriosa; luego la muerte no es un mal». ¡Has tenido éxito! Ya no tengo miedo; después de esto no dudaré en ofrecer mi cuello. ¿No quieres hablar con más seriedad y no provocarme la risa en presencia de la muerte? ¡Por Hércules!, no podría decirte con seguridad si fue más necio el que pensó que con este silogismo destruiría el miedo a la muerte, o el que se empeñó en refutarlo como si tuviera relación con lo que estamos diciendo. 9

Porque fue el propio Zenón el que opuso un silogismo contrario, fundado en que nosotros clasificamos la muerte entre las cosas indiferentes que los griegos llaman *adiáphora*. «Ninguna cosa indiferente —dice— es gloriosa; 10

es así que la muerte es gloriosa; luego la muerte no es indiferente.» Ya ves por dónde falla esta argumentación: no es gloriosa la muerte, pero el morir con entereza sí que es un acto glorioso. Y cuando afirmas: «ninguna cosa indiferente es gloriosa», estoy de acuerdo contigo matizando que nada hay glorioso, si no está en relación con las cosas indiferentes; entre éstas, es decir, ni buenas, ni malas, digo que se cuentan la enfermedad, el dolor, la pobreza, el destierro, la muerte.[445]

Ninguna de estas cosas es de suyo gloriosa, pero tampoco gloria alguna 11
se alcanza sin ellas. Puesto que se elogia no la pobreza, sino a aquel a quien la pobreza no humilla, ni doblega; se elogia no el destierro, sino a aquel que salió para el destierro con un semblante más firme que si hubiera enviado a otro;[446] se elogia no el dolor, sino a aquel a quien en nada forzó el dolor. Nadie elogia la muerte, sino a aquel a quien la muerte quitó la vida antes de inquietarlo.

Todas estas cosas no son por sí mismas ni honestas, ni gloriosas, sino que 12
la virtud, cuanto de ellas asume y cultiva, lo transforma en honesto y glorioso: ellas están a disposición de todos. La diferencia está en que sea la malicia, o la virtud lo que las emplee; porque la muerte que en Catón se muestra gloriosa, en Bruto resulta al punto repulsiva y vergonzosa.[447] En efecto, es éste el Bruto que, buscando, a punto de ser ejecutado, una dilación para la muerte, se retiró para evacuar el vientre, y reclamado para la ejecución, recibida la orden de presentar el cuello: «Lo presentaré —dijo—, ¡así yo viva!». ¡Qué locura la de huir cuando no se puede retroceder! «Lo presentaré —dijo— ¡así yo viva!» Faltó poco para que añadiese: «aunque sea a las órdenes de Antonio». ¡Oh hombre digno de ser entregado a merced de la vida!

Pero, como había empezado a decir, ya ves que la muerte de suyo no es ni 13
mala, ni buena: Catón la asumió de forma muy honorable, Bruto de forma muy vergonzosa. Toda acción, asociada a la virtud, recibe el esplendor que en sí no tiene. Decimos que un aposento es luminoso, aunque él mismo quede por la noche muy oscuro; el día le comunica la claridad, la noche se la quita.

Igualmente, a estas cosas que denominamos indiferentes o neutras, las 14
riquezas, la fuerza, la hermosura, los honores, el poder real, y a la inversa, la muerte, el destierro, la mala salud, el dolor y todas las demás que nos asustan en mayor o menor grado, es la maldad, o la virtud, lo que les confiere el nombre de buenas o malas. Un pedazo de metal no es por sí mismo ni

caliente, ni frío: arrojado al horno se inflama, introducido en el agua se enfría. La muerte resulta honesta por la eficacia de aquello que es honesto, es decir, de la virtud y del alma que menosprecia los bienes externos.

Existe también, Lucilio, entre aquellas cosas que denominamos neutras 15
una gran diferencia. En efecto, la muerte no es indiferente como lo es tener un número par o impar de cabellos: la muerte se cuenta entre aquellas cosas que, en verdad, no son malas, pero que tienen apariencia de mal:[448] están vivos el amor de uno mismo y el deseo innato de perdurar y conservarse, además la aversión al aniquilamiento, porque parece[449] que nos arrebata muchos bienes y nos aparta de esta abundancia de recursos a la que estamos habituados. También nos indispone con la muerte el hecho de que conocemos ya las cosas presentes, pero ignoramos cómo son los lugares a los que tenemos que trasladarnos, y nos horrorizamos ante lo desconocido. Además está la aprensión natural a la oscuridad, adonde creemos que la muerte nos ha de conducir.

Por ello, aunque la muerte sea una cosa indiferente, no es de tal condición 16
que pueda fácilmente desdeñarse: con asiduos ejercicios debe robustecerse el ánimo, a fin de que soporte la presencia y la proximidad de aquélla. La muerte debe menospreciarse más de lo que se acostumbra; porque nos hemos creído muchas historias sobre ella; muchos han rivalizado en ingenio para incrementar su mala fama; ha quedado descrita la cárcel infernal, la región abrumada por eterna noche en la cual

> el monstruoso guardián del Orco, tendiéndose sobre huesos medio roídos en la gruta ensangrentada, con su eterno ladrido, aterroriza a las lívidas sombras.[450]

Aunque te persuadieras de que esto son fábulas y que nada tienen los difuntos de qué temer, ocurre una nueva inquietud: temen los humanos que estar en los infiernos sea lo mismo que estar en la nada.

Teniendo en contra estas razones con las que nos ofusca una prolongada 17
creencia, soportar valerosamente la muerte ¿cómo no va a ser digno de gloria y una de las gestas mayores del espíritu humano? Éste nunca se elevará hacia la virtud si tuviere la convicción de que la muerte es un mal; se elevará si pensare que es cosa indiferente. La naturaleza no permite que alguien se acerque con noble impulso a aquello que considera malo: se aproximará con pereza y vacilación. Y no es gloriosa la acción que uno realiza forzado y buscando escapatorias; nada realiza la virtud por pura necesidad.

Añade, además, que ningún acto resulta honesto sino aquel al que el alma 18

entera se consagra y atiende, al que no se opone con ninguna de sus potencias. Mas cuando uno se adhiere al mal, o por miedo a cosas peores, o por esperanza de bienes que para conseguirlos vale la pena sufrir con paciencia un solo mal, los criterios del que obra son antagónicos, de un lado el que le impulsa a realizar sus designios, de otro el que le retiene y le hace rehuir una acción dudosa y arriesgada. Por ello se ve arrastrado en direcciones opuestas. Si esto es así, la gloria se pierde, porque la virtud consuma sus propósitos en armonía de espíritu: no teme por lo que hace.

> Tú no retrocedas ante el mal, sino por el contrario avanza con más intrepidez de lo que tu fortuna te permita.[451]

No avanzarás con mayor intrepidez, si crees que tales cosas son malas. Hay que sacudir del pecho esta opinión; de otra suerte te hará vacilar la desconfianza que tiende a retener el impulso; uno se dejará empujar hacia el objeto sobre el cual debe lanzarse. 19

Nuestros estoicos, es cierto, pretenden que el silogismo de Zenón se considere verdadero, y que es engañoso y falso el otro que se le opone. Por mi parte no someto estos debates a las leyes de la dialéctica ni a aquellos sofismas, fruto de una habilidad sumamente estéril. Pienso que se debe erradicar este procedimiento por el que el interrogado se considera embaucado e, impelido a declarar su opinión, responde una cosa y piensa otra. En aras de la verdad hay que actuar con mayor sencillez; frente al miedo con mayor firmeza.

Estos sofismas con que envuelven a los interlocutores, preferiría resolverlos y explicarlos con el fin de persuadir, no de forzar. Quien va a conducir al campo de batalla un ejército que debe enfrentarse a la muerte en defensa de las esposas y los hijos, ¿en qué términos lo arengará? Te presento a los Fabios que todo el peso de la guerra nacional lo endosaron a una sola familia. Te muestro a los espartanos situados en el mismo desfiladero de las Termópilas: no esperan ni la victoria ni el regreso; aquel lugar se convertirá para ellos en su tumba.[452] 20

¿Cómo los exhortarás a que contengan la ruina de todo el pueblo ofreciendo sus cuerpos, a que renuncien a la vida antes que a su puesto? 21

¿Les repetirás: «lo que es un mal no es glorioso; la muerte es gloriosa; luego la muerte no es un mal»? ¡Oh eficaz arenga! ¿Quién, después de ella, dudará en lanzarse sobre las espadas enemigas y morir a pie firme?

En cambio, el célebre Leónidas ¡con qué firmeza no los exhortó!

«Camaradas —les dijo—, tomad la comida con la idea de que cenaréis en los infiernos.» No se acumuló el alimento en su boca, no se pegó a su garganta, no se les escapó de las manos; gozosos, se comprometieron con él para la comida y para la cena.

¿Qué decir de aquel caudillo romano que, al enviar a sus soldados a conquistar una posición, teniendo estos que avanzar a través de un numeroso ejército de enemigos, los arengó de esta manera: «es necesario, camaradas, marchar a ese lugar del que no es necesario regresar»?[453] 22

Ves cuán sencilla e imperiosa sea la virtud: ¿a quién de los mortales pueden hacer más fuerte vuestras falacias, a quién más valeroso? Abaten el ánimo que nunca debe estar menos encogido y concentrado en minucias y sutilezas, que cuando se apresta para una gran empresa.

No ya de aquellos trescientos, sino de todos los mortales se debería desterrar el temor a la muerte. ¿Cómo les demostrarás que no es un mal? ¿Cómo eliminarás los prejuicios de toda la humanidad de los que está imbuida desde la infancia? ¿Qué remedio encontrarás para la cobardía humana? ¿Qué palabras les dirás por las que, enardecidos, se lancen en medio del peligro? ¿Con qué discurso atajarás esta unanimidad en el temor, con qué vigor de ingenio la firme persuasión del humano linaje, contraria a ti? ¿Me preparas frases capciosas y encadenas cuestioncillas? Con grandes dardos se abaten los grandes monstruos. 23

A la serpiente aquella de África, feroz y más terrible que la propia guerra para las legiones romanas, en vano se la hostigó con saetas y hondas;[454] ni siquiera era vulnerable por Apolo Pitio.[455] Su enorme magnitud unida a una sólida corpulencia repelían la espada y cuantos dardos hubiera disparado la mano del hombre. A la postre, empero, fue abatida con piedras de molino. ¿Y tú contra la muerte disparas dardos tan diminutos? ¿Con una lezna te enfrentas al león? Agudas son estas tus frases: nada hay más agudo que una arista; a ciertos objetos, con todo, los hace inútiles e ineficaces su propia sutileza. 24

LIBROS XI-XIII[456]

84

Utilidad de la obra escrita: elabora las lecturas y sintetiza las ideas[457]

1 Estos viajes que sacuden mi indolencia considero que favorecen mi salud y mis estudios.[458] Cómo contribuyen a mi salud, lo ves: puesto que el amor a las letras me vuelve perezoso y despreocupado del cuerpo, me ejercito con ayuda de otros. Te indicaré cómo aprovechan a mis estudios: no he renunciado a mis lecturas. Son, en verdad, necesarias, según creo, para no contentarme sólo con mi trabajo; luego para que, al enterarme de los hallazgos de otros, examine lo que se ha descubierto y piense en lo que queda por descubrir. La lectura alimenta el espíritu y lo recrea cuando está fatigado por el estudio, aunque no sin algún estudio.

2 No debemos tan sólo escribir, ni tan sólo leer: lo uno aflojará las fuerzas hasta agotarlas (me refiero a la escritura), lo otro las enervará y desvirtuará. Hay que acudir, a la vez, a lo uno y a lo otro y combinar ambos ejercicios, a fin de que cuantos pensamientos ha recogido la lectura los reduzca la escritura a la unidad.

3 Debemos, según dicen, imitar a las abejas que revolotean de aquí para allá y liban las flores idóneas para elaborar la miel; luego el botín conseguido lo ordenan y distribuyen por los paneles, cual afirma nuestro Virgilio:

> amontonan mieles líquidas y colman los alvéolos con el dulce néctar.[459]

4 De su labor no queda bastante claro si extraen de las flores el jugo que al punto se convierte en miel, o si transmutan en este sabor cuanto han recogido operando una cierta mezcla e impregnando a ésta de la esencia de su hálito. Porque algunos opinan que ellas no poseen el instinto de elaborar la miel, sino de recogerla. Aseguran que en la India, en las hojas de las cañas se halla la miel que ora la produce el rocío de aquella comarca, ora un líquido dulce y bastante espeso que segrega la caña; que también en nuestras hierbas se encuentra la misma sustancia, pero menos ostensible e importante, la cual

busca y extrae el insecto destinado a este cometido. Algunos piensan que, mediante una elaboración y ordenamiento, se transforma en esta esencia el néctar extraído de la parte más tierna de las hojas y de las flores, no sin cierta, por así decirlo, fermentación que funde, en una, diversas sustancias.

Mas no voy a distraerme en tema distinto al que tratamos. Te recuerdo que 5
también nosotros hemos de imitar a las abejas y distinguir cuantas ideas acumulamos de diversas lecturas (pues se conservan mejor diferenciadas); luego, aplicando la atención y los recursos de nuestro ingenio, fundir en sabor único aquellos diversos jugos, de suerte que aun cuando se muestre el modelo del que ha sido tomado, no obstante aparezca distinto de la fuente de inspiración. Lo que comprobamos realiza en nuestro cuerpo la naturaleza, sin ninguna colaboración nuestra.

Los alimentos[460] que tomamos, mientras mantienen su propia cualidad y 6
compactos flotan en el estómago, son una carga; mas cuando se ha producido su transformación, entonces justamente se convierten en fuerza y sangre. Procuremos otro tanto con los alimentos que nutren el espíritu; no permitamos que queden intactos cuantos hayamos ingerido para que no resulten extraños a nosotros.

Asimilémoslos; de otra suerte irán al acervo de la memoria, no al de la 7
inteligencia. Prestémosles fiel asentimiento y apropiémonos de ellos para que resulte una cierta unidad de muchos elementos, igual que de números sueltos formamos uno solo cuando una sola cuenta abarca sumas menores y diferentes entre sí. Esta conducta debe observar nuestra alma: oculte todas las ayudas recibidas y muestre solamente lo propio que realizó.

Aunque se aprecie en ti la semejanza con algún maestro que ha calado 8
profundamente en tu alma por la admiración, quiero que te asemejes a él como un hijo, no como un retrato.[461] El retrato es un objeto sin vida. «Entonces, ¿qué? ¿No se reconocerá de quién es el estilo que imitas? ¿De quién es el modo de argumentar? ¿De quién las ideas?» Pienso que en ocasiones ni siquiera se podrá reconocer si un escritor de gran talento ha impreso su propio sello a todo cuanto ha captado del modelo escogido para configurarlo en un todo.

¿No ves, acaso, de cuán diversas voces se compone un coro? Sin 9
embargo, de todas resulta uno solo. En él una es aguda, otra grave, otra media, las femeninas se suman a las viriles, acompaña el son de las flautas, resultan imperceptibles las voces individuales, se impone el conjunto.

Hablo del coro que conocieron los antiguos filósofos; en nuestros 10

certámenes musicales hay mayor número de cantores que lo hubo de espectadores en el teatro del pasado.[462] Cuando la formación de cantores ha llenado todos los pasillos y el graderío está rodeado por los trompetas y, desde el estrado, suenan a un tiempo toda clase de flautas e instrumentos músicos, de sonidos diferentes se produce la armonía. Tal quiero que sea nuestro espíritu: haya en él mucha técnica, muchos preceptos, ejemplos tomados de muchas generaciones, pero que tiendan a un solo objetivo.

«¿Cómo —preguntas— podrá conseguirse esto?» Con una constante 11
aplicación: si nada hacemos, si de nada nos abstenemos si no es por consejo de la razón. Si quisieres escucharla, te dirá: «abandona ya esas ventajas a las que la gente acude corriendo; abandona las riquezas que son un peligro para sus poseedores o una carga; abandona los placeres del cuerpo y del alma que afeminan y enervan; abandona la ambición que no es sino hinchazón, vanidad, inconsistencia, sin límite, tan preocupada por ver alguien delante de sí como a su lado, que sufre de envidia y, por cierto, doblemente. Te das cuenta, sin duda, de lo desdichado que uno es, si él mismo, siendo envidiado, envidia también.»

¿Ves aquellos palacios de los poderosos, aquellas entradas tumultuosas a 12
causa de la porfía en saludar?[463] Grande es la humillación para introducirse, mayor una vez se está dentro. Pasa de largo esas escalinatas de los opulentos y los vestíbulos soportados por grandes terrazas: allí te hallarás no sólo en lugar escarpado, sino también resbaladizo. Encamínate con preferencia hacia aquí, hacia la sabiduría, y busca sus bienes muy tranquilos y espléndidos.

Todo cuanto parece que sobresale en la actividad humana, aunque sea 13
insignificante y destaque por contraste con lo más bajo, no se alcanza sino a través de conductos difíciles y arduos. Escabroso es el camino hacia la cumbre de la dignidad; pero si te agrada escalar esta cima, ante la que se rinde la fortuna, contemplarás, sin duda, bajo tus plantas lo que se tiene por muy elevado, pero llegarás, no obstante, a la cúspide por sendero llano.

85

Para la felicidad basta con la virtud

He tenido consideración contigo y he dejado a un lado cuanto quedaba de 1
intrincado, contento con darte una muestra de las razones que aducen los

nuestros para probar que sola la virtud es bastante eficaz para colmar la vida feliz. Me encareces que te compendie toda la argumentación, tanto la nuestra, como la de otros, concebida para exponernos a la burla; pero si me propusiere hacerlo, no resultaría esto una epístola, sino un libro. Confieso, sin cesar, que no me satisface este género de argumentos; me avergüenza trabar batalla en defensa de los dioses y de los hombres armado con una lezna.[464]

«El varón prudente es también moderado; el que es moderado es constante, el que es constante es imperturbable, el que es imperturbable carece de tristeza, quien carece de tristeza es feliz; luego el varón prudente es feliz y la prudencia basta para la felicidad.» 2

A esta argumentación algunos peripatéticos responden así: dicen que ellos entienden «varón imperturbable, constante y carente de tristeza» como si «imperturbable» se llamara al que rara y ligeramente se ve perturbado, no al que jamás lo está. Igualmente denominan «carente de tristeza» al que no está sometido a ella, ni a menudo o con exceso incurre en este vicio: en efecto, la naturaleza humana no admite que el ánimo de nadie esté inmune de tristeza, que el sabio no se doblega por la aflicción, aunque le afecta; y hacen otras afirmaciones por el estilo en consonancia con su escuela. 3

Así, no suprimen las pasiones, sino que las moderan. Mas ¡qué valor tan escaso otorgamos al sabio si resulta más fuerte que los muy débiles, más alegre que los muy tristes, más temperante que los muy disolutos y más noble que los muy humildes![465] ¿Qué diríamos si Ladas[466] se asombrase de su velocidad parangonándose con los cojos e inválidos? 4

> Ella o volaría por encima del cereal de una mies enhiesta y no dañaría en su carrera las tiernas espigas, o andaría por en medio del mar manteniéndose sobre la encrespada ola, sin mojar con el agua sus veloces plantas.[467]

Ésta es la agilidad valorada de por sí, no la que se vanagloria por comparación con los más lentos. ¿Qué decir si denominamos «sano» al que tiene fiebre ligera? No es buena salud una leve enfermedad.

«Así —insisten— el sabio se denomina imperturbable como denominamos “sin pepitas” no a los frutos que carecen de toda dureza en sus granos, sino a los que la tienen menor.» Ello es falso. Pues no me refiero a la disminución de los males en el hombre virtuoso, sino a la carencia de ellos, a que deben ser inexistentes, no pequeños; pues, aunque sean pequeños, se incrementarán y con el tiempo obstaculizarán. Como una catarata bastante 5

grande y desarrollada ciega la vista, así una pequeña la enturbia.[468]

Si admites en el sabio alguna pasión, la razón será impotente con ella y se verá arrastrada como por un torrente, más todavía si no tiene que combatir una sola pasión sino todas. El tropel de las pasiones, aunque sean endebles, posee más fuerza que la violencia de una gran pasión. 6

Tiene apego al dinero, pero poco; tiene ambición, pero no desmedida; tiene iracundia, pero fácil de aplacar; tiene inconstancia, pero apenas vacilante y tornadiza; tiene lujuria, pero no desenfrenada. Actuaríamos más eficazmente con quien poseyere un solo vicio que con este que posee vicios, ciertamente más leves, pero todos. 7

Además, nada importa lo intensa que sea la pasión: por más pequeña que sea no sabe obedecer, no acepta un consejo. Como ningún animal secunda la razón, ni el que es feroz, ni el doméstico y manso (pues su naturaleza es insensible a los consejos), así tampoco las pasiones, por más débiles que sean, ni la secundan, ni la escuchan. Los tigres y los leones nunca se despojan de su fiereza; en ocasiones la mitigan; pero, cuando menos se espera, se irrita su crueldad amansada. Jamás los vicios se amansan noblemente. 8

Por lo tanto, si la razón se impone, las pasiones ni siquiera comenzarán; si comienzan en contra de la razón, en contra de ella se mantendrán. Es más fácil impedir el comienzo de aquéllas, que refrenar su ímpetu. 9

Así pues, es falso e inútil el pretendido justo medio, y hay que enjuiciarlo del mismo modo que si uno dijera: «hay que enloquecer con moderación, estar enfermos con moderación».

Sola la virtud posee la justa medida que los vicios del alma no aceptan. Más fácilmente los extirparás que los refrenarás. ¿Dudamos, acaso, de que los vicios del alma humana, inveterados y endurecidos, que llamamos enfermedades, sean desmesurados, cuales la avaricia, la crueldad, el desenfreno? Luego también son desmesuradas las pasiones, porque de ellas se pasa a los vicios. 10

Además, si otorgamos algún derecho a la tristeza, al temor, a la ambición, a los restantes afectos desordenados, no ejerceremos dominio sobre ellos. ¿Por qué motivo? Porque se hallan fuera de nosotros los objetos que los excitan; así que se acrecentarán en proporción a las causas, mayores o menores, que los provocan. Mayor será el temor, si es más poderoso el estímulo que a uno lo atemoriza o si lo contempla más de cerca; más intensa será la ambición, en la medida en que la haya provocado la esperanza de un provecho mayor. 11

Si no está en nuestro poder que las pasiones existan o no, tampoco lo estará su intensidad: si a ellas les has permitido que surjan, crecerán de consuno con sus causas y resultarán tan fuertes como éstas las hayan hecho. Añade ahora que tales pasiones, aunque sean exiguas, amplían su dominio; jamás los impulsos perniciosos guardan la medida; por leves que sean los principios de la enfermedad, progresan lentamente, y a veces acaba con la vida del enfermo el menor acceso de fiebre. 12

Mas ¡qué locura confiar en que dependa de nuestra voluntad terminar con aquellas cosas cuyo comienzo no depende de ella! ¿Cómo tendré bastante energía para acabar con aquel vicio, si para impedirlo tuve poca fuerza, supuesto que es más fácil rechazar el mal que refrenarlo una vez que se le ha dejado entrar? 13

Algunos han establecido esta distinción: «El hombre moderado y prudente tiene seguridad en cuanto a su actitud y disposición espiritual, no en cuanto al resultado de la acción. Porque con respecto a la disposición de su espíritu ni se inquieta, ni se aflije, ni teme, pero sobrevienen muchas causas desde el exterior que le producen inquietud». 14

Esto es lo que quieren decir: ese varón ya no es iracundo, pero se enoja alguna vez; ya no es tímido, pero teme alguna vez, es decir, carece del vicio, no de la sensibilidad del temor. Pero si se le da cabida, con la repetición frecuente, el temor se convertirá en vicio, y la ira, acogida en el alma, destruirá aquella compostura del espíritu que desconocía la ira.[469] 15

Además, si no desprecia los estímulos que proceden del exterior y alberga algún temor, cuando tenga que enfrentarse con valentía contra los dardos y la hoguera en pro de la patria, de las leyes, de la libertad acudirá con indecisión y con el ánimo encogido. Pero no se aviene con el sabio tal contraste de sentimientos. 16

Pienso también que hemos de procurar no confundir dos cuestiones que debemos probar separadamente; ya que con un argumento específico se concluye que el único bien es la honestidad, y a la vez con otro distinto, que la virtud basta para la vida feliz.[470] Si el único bien es la honestidad, todos conceden que la virtud basta para la vida feliz; a la inversa, no se admitirá que, si la sola virtud procura la felicidad, sea único el bien que consiste en la honestidad. 17

Jenócrates y Espeusipo opinan que el hombre puede ser feliz aun con sólo la virtud, pero que no es el único bien la honestidad.[471] Epicuro juzga, 18

asimismo, que como posee la virtud es feliz, pero que la virtud de suyo no basta para la vida feliz, porque la felicidad la proporciona el placer que procede de la virtud, no la propia virtud. Distinción ineficaz: puesto que él mismo afirma que jamás existe la virtud sin el placer. Así pues, si siempre es la compañera inseparable de éste, ella sola basta, ya que contiene en sí misma el placer, del que no carece incluso cuando está sola.[472]

Por otra parte es absurdo decir que el hombre será feliz aun con sólo la virtud, pero que no será plenamente feliz. Cómo pueda esto suceder no lo comprendo. Porque la vida feliz encierra en sí un bien perfecto, insuperable; y, si lo posee tal, es perfectamente feliz. Si la vida de los dioses no presenta nada más grande, ni mejor, y la vida feliz es divina, no existe grado mayor al que pueda elevarse. 19

Además, si la vida feliz no está necesitada de bien alguno, toda vida feliz es perfecta y en sí misma feliz y felicísima. ¿Dudas acaso de que la felicidad constituya el bien supremo? Luego si posee el sumo bien, es sumamente feliz. Igual que el sumo bien no admite incremento (¿qué podrá haber, en efecto, por encima de la cumbre?), así tampoco la felicidad que no existe sin el bien supremo. Porque si imaginares a uno «más» feliz, podrás imaginar a otro «mucho más» feliz; así establecerás innumerables diferencias en el sumo bien, en tanto que yo entiendo por sumo bien aquel que no admite un grado superior a sí.[473] 20

Si existe uno menos feliz que otro, resulta que éste ambiciona la vida del otro, superior en felicidad, más que la suya; pero el hombre feliz no prefiere nada a su vida. Cualquiera de estos extremos es inadmisible: o que al hombre feliz le quede por desear algún bien por encima del que tiene, o que no se incline por aquel que es superior al suyo. Sin duda cuanto más juicioso sea, tanto más tenderá a aquel estado que es el mejor y deseará alcanzarlo con todas sus fuerzas. Mas ¿cómo considerar feliz al que todavía puede tener aspiraciones, más aún: debe tenerlas? 21

Te indicaré la causa que motiva este error: ignora la gente que la felicidad es una sola. A ésta la sitúa en tan óptimo estado su cualidad, no su grandeza; así que tiene el mismo valor larga que corta, ampliada que reducida, distribuida entre muchos lugares y muchos aspectos que concentrada en un solo cometido. Quien la valora por su cantidad, por sus proporciones, por sus objetivos, le arrebata su cualidad más preciada. Y ¿qué es lo más preciado en la vida feliz? El que esté consumada. 22

La finalidad del comer y del beber es, según pienso, la saciedad. Éste 23

come más, aquél menos: ¿qué importa?, ambos están ya saciados. Éste bebe más, aquél menos: ¿qué importa?, ni uno, ni otro tienen sed. Éste vivió más años, este otro menos: nada importa, si muchos años hicieron a aquél tan feliz como unos pocos a éste. Aquel a quien tú calificas de menos feliz, no es feliz: no cabe en este calificativo la disminución.

«Quien es fuerte, vive sin temor; quien vive sin temor, vive sin tristeza; 24
quien vive sin tristeza, es feliz.» Semejante argumentación corresponde a nuestra escuela. Se esfuerzan en rebatirla de esta forma: dicen que nosotros proponemos como cierta la premisa falsa y controvertida, de que el fuerte vive sin temor. «Pues ¿qué? —objetan—. ¿El varón fuerte no temerá los males que lo amenazan? Tal actitud sería propia del demente y enajenado, no del varón fuerte. Éste, en efecto —prosiguen—, teme con suma moderación, pero no se halla enteramente ajeno al miedo.»

Quienes así se expresan recaen, a su vez, en el propio error de considerar
como virtudes los vicios menores; porque quien de veras teme, aunque con 25
menor frecuencia e intensidad, no carece de malicia, sólo le aqueja una más leve.

«Con todo, considero un demente a quien no teme los males que le 26
amenazan.» Es verdad lo que dices, si se trata de males; pero si sabe que aquello no son males y tan sólo considera un mal lo deshonesto, deberá contemplar con serenidad los peligros y menospreciar lo que, a juicio de otros, es objeto de temor. O bien si es propio del necio e insensato no temer los males, cuanto más prudente sea uno, tanto más temeroso será.

«Según vuestra opinión —se insiste—, el varón fuerte se expondrá a los peligros.» En modo alguno: no los temerá, pero los evitará; la precaución le sienta bien, el temor no. «Pues, ¿qué? —continúa—. ¿No temerá la muerte, la cárcel, la hoguera y otros dardos de la fortuna?» No, porque sabe que éstos no son males, sino que lo parecen; todos ellos los considera espantajos de la vida humana.[474]

Descríbele la cautividad, los azotes, las cadenas, la indigencia, el 27
desgarro de miembros motivado bien por la enfermedad, bien por la violencia, y cualquier otro infortunio posible de añadir: los considera delirios del miedo. Éstos los deberían temer los tímidos. ¿Juzgas, acaso, un mal aquel trance al que hemos de llegar alguna vez por nosotros mismos?

¿Quieres saber en qué consiste el mal? En flaquear ante esos percances 28
que se denominan males y resignar a ellos la libertad, en cuya defensa hay que soportar cualquier riesgo: la libertad se pierde si no despreciamos

aquellas situaciones que nos someten al yugo de la esclavitud. No dudarían sobre cuál es la conducta que corresponde al varón fuerte si supiesen en qué consiste la fortaleza. Porque no es temeridad imprudente, ni amor a los peligros, ni deseo de terribles experiencias: es la ciencia para distinguir lo que es un mal de aquello que no lo es. La fortaleza es muy diligente en la salvaguardia de sí misma y, al propio tiempo, muy paciente en aquellos trances que ofrecen la falsa imagen de mal.

«Pues ¿qué? Si se aplica la espada al cuello del varón fuerte, si al punto 29
se le atraviesa una y otra parte del cuerpo, si contempla en su pecho las entrañas, si, a intervalos, para que experimente mayor tortura, se repiten los golpes y nueva sangre chorrea por las heridas secas, ¿no experimenta temor? ¿Mantendrás que éste ni siquiera siente dolor?» En verdad, tiene dolor (porque la sensibilidad no la suprime virtud alguna), pero no miedo; invencible contempla desde la altura su dolor. Preguntas cuál es entonces el espíritu que le anima. El mismo de aquel que conforta al amigo enfermo.

«Lo que es un mal perjudica, lo que perjudica empeora; el dolor y la 30
pobreza no empeoran, luego no son males.» «Es falsa —responden— vuestra proposición, pues si algo perjudica, no, por ello, empeora. El mal tiempo y la borrasca perjudican al timonel, sin embargo no lo hacen peor.» Algunos
estoicos replican así a este argumento: el timonel se vuelve peor a causa del 31
mal tiempo y la borrasca, ya que no ha podido alcanzar su objetivo, ni mantener el rumbo: él no empeora en su destreza, empeora en su eficacia. A éstos el filósofo peripatético les responde: «Luego también al sabio lo empeorarán la pobreza, el dolor y cualquier otra desgracia semejante; en efecto, no le arrebatarán la virtud, pero le impedirán sus obras».

Tal conclusión sería correcta, si no fueran distintas la condición del 32
timonel y la del sabio. Porque éste en la actividad de su vida no se ha propuesto conseguir siempre lo que se propone, sino hacerlo todo con rectitud; el timonel, en cambio, se ha propuesto por encima de todo conducir la nave al puerto. Las artes son como sirvientas, deben procurar lo que prometen, la sabiduría es señora y reina; las artes sirven a la vida, la sabiduría da las órdenes.[475]

Por mi parte opino que se debe responder de distinta forma,[476] pues ni el 33
arte del timonel ni la propia destreza en el arte resultan peor por una tempestad. El timonel no ha garantizado la felicidad, sino un servicio eficaz y su pericia en dirigir la nave, lo cual se hace tanto más patente cuanto mayor es la fuerza imprevista que le obstaculiza. Quien pudo hablar así: «Neptuno,

nunca hundirás esta nave, sino con la proa recta», ha respondido a su pericia: la tempestad no impide la acción del timonel, sino el éxito.

«Pues, ¿qué? —insisten—. ¿No perjudica al timonel el percance que le 34
impide llegar a puerto, que hace inútiles sus esfuerzos, que o le hace retroceder, o lo detiene y desarbola?» No lo perjudica en su condición de timonel, sino en la de navegante: en este otro sentido él no es el timonel. La pericia del timonel está tan lejos de impedirla que la pone de manifiesto; pues, según el adagio, en mar bonancible cualquiera es timonel. Estos contratiempos perjudican al navío, no al piloto en cuanto tal.

El timonel encarna dos personalidades: una común a todos los que se han 35
embarcado en la misma nave: pues también él es pasajero; y otra específica, la de ser timonel. La tempestad le daña como pasajero, no como timonel.

Además, el arte del timonel es un bien para los demás, corresponde a 36
aquellos que transporta, como el del médico a aquellos que sana; el del sabio es un bien común: pertenece tanto a aquellos con quienes vive, como a él mismo. Así pues, quizá perjudique al timonel que el servicio que ha prometido a los demás lo impida la tempestad.

Al sabio no le perjudica la pobreza, ni el dolor, ni las demás 37
contrariedades de la vida, ya que no se impide toda su actividad, sino sólo la que interesa a los demás: él siempre está en la brecha, y demuestra la mayor eficacia cuando la fortuna se le ha enfrentado; porque entonces realiza el cometido propio de la sabiduría, que hemos proclamado como un bien para los demás y para sí misma.

Aparte de que ni siquiera se le impide ayudar a los demás cuando le 38
agobia alguna necesidad. La pobreza le impide que enseñe cómo se debe administrar la República, pero no que enseñe cómo se debe administrar la pobreza: a lo largo de toda la vida se extiende su labor. De este modo ninguna situación, ninguna circunstancia impide la acción del sabio, pues realiza aquella misma actividad que lo aparta de realizar otras cosas. Está preparado para una y otra alternativa: regula el bien, vence el mal.

Digo que se ha ejercitado de esta suerte en mostrar la virtud tanto en las 39
situaciones propicias como en las adversas, sin atender al objeto que persigue, sino a ella misma; así pues, ni la pobreza, ni el dolor, ni cualquier otra contrariedad que desorienta y arrastra a la ruina a los inexpertos es para él un obstáculo. ¿Piensas que los males lo oprimen? Se sirve de ellos.

Fidias no sólo sabía modelar de marfil sus estatuas, las modelaba también 40
de bronce.[477] Si le hubieses suministrado mármol u otra materia aún más vil,

hubiese modelado con ella una obra de la calidad más perfecta posible. Análogamente el sabio practicará la virtud, si le fuere posible, en la riqueza, y si no, en la pobreza; si pudiere, en la patria, y si no, en el destierro; si pudiere, como general, si no, como soldado; si pudiere, en plenitud corporal, si no en la invalidez. Cualquiera que fuere su fortuna, conseguirá con ella hacer alguna gesta memorable.

Existen ciertos domadores de fieras que a los animales más feroces, que causan espanto a quien los encuentra, los fuerzan a someterse al hombre, y no contentos con haberlos despojado de fiereza, los amansan hasta hacerse familiares con ellos: el domador introduce la mano en las fauces del león, al tigre lo acaricia su guardián, un etíope enano ordena al elefante doblar las rodillas y caminar sobre la maroma. Así, el sabio es maestro en el arte de domeñar los males: el dolor, la pobreza, la infamia, la cárcel, el destierro, temibles en cualquier situación, cuando han llegado a su presencia, quedan mitigados. 41

88

Valoración de los estudios liberales en relación con la virtud[478]

Acerca de los estudios liberales deseas conocer cuál es mi opinión: no admiro, ni considero un bien ningún estudio que atiende al lucro. Son artes productivas, útiles, en la medida en que aprestan la inteligencia y no la impiden. De hecho, debemos ocuparnos de ellos durante todo el tiempo en que el alma es incapaz de realizar nada mejor; constituyen nuestro aprendizaje, no la propia obra.[479] 1

Comprendes por qué se han llamado estudios liberales: porque son dignos del hombre libre. Con todo, el único estudio verdaderamente liberal es el que hace al hombre libre, como es el de la sabiduría, sublime, esforzado, magnánimo; los restantes son insignificantes y pueriles. ¿Crees, acaso, que existe bien alguno en esos estudios cuyos maestros reconoces que son los más viles y deshonestos? No debemos aprenderlos, sino haberlos aprendido. 2

Algunos han considerado que se debe indagar si los estudios liberales hacen al hombre bueno: mas ellos ni lo prometen, ni aspiran a conseguir esa ciencia.

La gramática atiende al lenguaje y, si quiere extender más su dominio, a la 3
historia; luego, para ampliar lo más posible sus fronteras, a los poemas. ¿Cuál de estas actividades allana el camino de la virtud? ¿La «escansión» de las sílabas, la exactitud de los vocablos, el conocimiento de los mitos y las leyes y ritmo de los versos? De estas cosas ¿cuál es la que suprime el temor, elimina los deseos, refrena las pasiones?[480]

Pasemos a la geometría y a la música: nada encontrarás en ellas que 4
impida el temor, que cohíba el deseo. Quienquiera que desconozca esto, conoce en vano lo demás.

Hemos de considerar si estas personas enseñan o no la virtud: si no la enseñan tampoco la transmiten; si la enseñan son filósofos. ¿Quieres comprobar cómo no ocuparon su cátedra para enseñar la virtud? Considera cuán diferentes son entre sí los afanes de todos y, sin embargo, tendrían una semejanza, si enseñaran lo mismo.

A menos que traten de persuadirte de que Homero fue un filósofo, siendo 5
así que lo niegan con los mismos argumentos que emplean para demostrarlos porque ora hacen de él un estoico que sólo aprecia la virtud y rechaza los placeres, sin apartarse de lo honesto ni siquiera a costa de la inmortalidad, ora un epicúreo que alaba el régimen de una ciudad tranquila y pasa la vida entre festines y canciones, ora un peripatético que establece tres clases de bienes, ora un académico que proclama la duda universal.[481] Es evidente que no se identifica con ninguno de estos sistemas, porque los incluye todos, siendo ellos incompatibles entre sí. Concedámosles que Homero fue filósofo; a buen seguro fue sabio antes de conocer poema alguno. Por lo tanto, aprendamos aquellos principios que hicieron de Homero un sabio.

Sin duda investigar quién fue más antiguo, si Homero o Hesíodo,[482] no 6
tiene más importancia que saber por qué Hécuba, más joven que Helena, llevó tan mal sus años. ¿Qué importancia —añadiré— crees que tiene averiguar los años de Patroclo y de Aquiles?

¿Quieres saber por qué lugares anduvo errante Ulises, más bien que 7
enseñarnos el modo de no incurrir siempre en el error? No disponemos de tiempo para escuchar si fue sacudido por el oleaje entre Italia y Sicilia o más allá de las tierras conocidas[483] (porque en un espacio tan reducido no pudo caber extravío tan largo): las tempestades del alma nos sacuden cada día y la perversidad nos empuja hacia todas las desgracias de Ulises. No falta hermosura para cautivar la mirada, ni faltan enemigos: de un lado, monstruos

horrendos, ávidos de sangre humana; de otro, insidiosos halagos para los oídos: de otro, el naufragio y toda suerte de males. Enséñame cómo amar a la patria, a la esposa, al padre; cómo navegar, aun después del naufragio, hacia objetivos tan honrosos.

¿Por qué indagar si Penélope fue impúdica o si engañó a su generación? 8
¿Si sospechó, antes de saberlo, que Ulises era aquel que contemplaba? Muéstrame en qué consiste el pudor y si la excelencia de esta virtud radica en el cuerpo o en el alma.

Paso a ocuparme del músico. Me enseñas cómo armonizan entre sí las 9
notas agudas y graves, cómo de cuerdas que producen sonido diferente surge el acorde: consigue, más bien, que mi alma concuerde consigo misma y que mis decisiones no estén en desacuerdo. Me enseñas cuáles son los tonos lastimeros: enséñame, más bien, la manera de no proferir palabra de lamento en la adversidad.

El geómetra me enseña a medir los latifundios antes que a cómo medir 10
cuanto es suficiente al hombre. Me enseña a contar y pone mis dedos al servicio de la avaricia antes que mostrarme que ninguna importancia tiene estos cálculos;[484] que no es más feliz aquel cuyo patrimonio fatiga a los contables, sino, por el contrario, que es tan superflua su hacienda que sería el más desdichado de todos si cuanto posee se viera obligado a calcularlo por sí mismo.

¿De qué me aprovecha saber distribuir en partes un campillo, si no sé 11
dividirlo con mi hermano? ¿De qué aprovecha calcular con precisión los pies de una yugada y apreciar a simple vista cuanto escapa a la «pértica»,[485] si me produce tristeza mi intemperante vecino que araña algún pedazo a mi heredad? Me enseña cómo no perder ni un ápice de mis linderos; en cambio, yo quiero aprender la manera de perderlos todos con alegría.

«Se me expulsa —objeta uno— de las fincas de mi padre y de mi 12
abuelo.» Y ¿qué? Antes de tu abuelo, ¿quién poseyó estas fincas? ¿Puedes indicarme, no digo ya el hombre, sino el pueblo a que pertenecieron? No has entrado en ellas como señor, sino como colono. ¿Colono de quién? Si te dan buen trato, del heredero. Los jurisconsultos afirman que ningún dominio público se adquiere por «usucapión»: esto que posees, que dices ser tuyo es patrimonio público y, por supuesto, del género humano.

¡Oh arte insigne! Sabes medir objetos redondos, reduces a un cuadrado 13
cualquier figura que se te ofrezca, determinas las distancias de los astros, nada existe que escape a tu cálculo: si eres perito en ello mide al alma

humana, muéstranos cuál es su grandeza, cuál su pequeñez. Conoces cuál es la línea recta, ¿de qué te sirve, si ignoras cuál es la rectitud de la vida?

Me refiero ahora a aquel que se ufana de conocer los fenómenos celestes: 14

> Adónde se retira la frígida estrella de Saturno; qué órbitas recorre por el cielo el brillante astro de Cilene.[486]

Saber esto, ¿de qué aprovechará? ¿Será para que me llene de angustia cuando Saturno y Marte se hallen en posición opuesta, o cuando Mercurio,[487] a la caída de la tarde, se ponga ante la mirada de Saturno? ¿Antes de esto no aprenderé que tales astros, dondequiera se encuentren, son propicios y no pueden mudarse?

Los empuja la inalterable disposición de los hados y un recorrido que no 15
pueden eludir; retornan conforme a una alternancia determinada y promueven o anuncian los sucesos de todos los seres. Mas, supuesto que sean causa de todo cuanto sucede, ¿de qué servirá el conocimiento de un hecho invariable?, supuesto que lo anuncien, ¿qué importa prever lo que no se puede evitar? Tanto si conoces estas cosas, como si las desconoces, sucederán.

> ¡Mas, si contemplares el raudo sol y los astros que ordenadamente le acompañan, jamás te sorprenderá 16
> el día de mañana, ni te apresarán las emboscadas de la noche serena![488]

Se han tomado bastantes y sobradas medidas para que yo estuviese protegido de las asechanzas.

«¿Acaso no me engaña el día de mañana? De hecho engaña cuanto acaece 17
a quien lo desconoce.» Por mi parte ignoro cuanto ha de suceder: pero sé lo que puede suceder. Por ello nada intentaré evitar, lo espero todo: si se me condona algún mal, lo considero un beneficio. Me engaña la hora si me perdona la vida, pero ni aun así me engaña. Porque de igual modo que sé que todo puede suceder, así también sé que no todo me sucederá; por ello espero la prosperidad, dispuesto como estoy para las desgracias.

En la cuestión que sigue es preciso que me disculpes si no observo las 18
normas prescritas, ya que no me avengo a contar en el número de las artes liberales el arte de los pintores, como tampoco el de los escultores de imágenes, el de los marmolistas, o el de los restantes que sirven al lujo. Igualmente a los luchadores y a toda su ciencia que se alimenta de aceite y fango los excluyo de estas artes liberales, so pena de acoger también en ellas a los perfumistas, a los cocineros y a los demás que consagran su talento al servicio de nuestros placeres.

Pues, ¿qué tienen, por favor, de liberal esos depravados que vomitan en ayunas, cuyos cuerpos están cebados y sus almas demacradas y lánguidas? ¿O consideramos que es éste un estudio liberal para nuestra juventud a la que nuestros mayores ejercitaron en lanzar la jabalina manteniéndose rectos, en blandir la pértiga, en domeñar el caballo, en manejar las armas? Nada enseñaban a sus hijos que tuviesen que aprender tumbados. Pero ni estas ni aquellas prácticas enseñan o nutren la virtud; en efecto, ¿de qué sirve guiar el caballo y moderar con el freno su carrera y, en cambio, verse arrastrado por las pasiones más desenfrenadas? ¿De qué sirve superar a muchos en la lucha y el cesto, para verse luego dominado por la ira? 19

«Entonces ¿qué? ¿De nada nos aprovechan los estudios liberales?» 20 Mucho aprovechan para otros propósitos, para la virtud nada; porque aun esas artes, reconocidas como viles, que se practican con la mano, contribuyen poderosamente a los medios de subsistencia, sin embargo no tienen que ver con la virtud. «¿Por qué, pues, instruimos a nuestros hijos en las artes liberales?» No porque puedan procurar la virtud, sino porque disponen el alma para recibirla. Al modo como aquellas primeras letras, así las llamaban los antiguos, mediante las cuales se transmitían a los niños los rudimentos de la gramática, no enseñan las artes liberales, sino que disponen para luego aprenderlas, así las artes liberales no conducen el alma hacia la virtud, sino que le preparan el camino.

Enseña Posidonio que son cuatro las clases de artes: existen las vulgares 21 y humildes, las recreativas, las educativas, las liberales. Las vulgares son propias de los artesanos que se ejercitan con las manos y se ordenan a procurar los medios de vida, en las que no hay apariencia alguna de gracia o de honra.

Son recreativas las que se ordenan al deleite de la vista y del oído; entre 22 éstas puedes contar el arte del tramoyista que imagina decorados que surgen desde el suelo, y entarimados que se elevan silenciosamente a lo alto, y otros cambios improvisados: se desdoblan elementos que estaban cohesionados o se agrupan espontáneamente los desunidos o se repliegan poco a poco sobre sí los que estaban elevados. Así se impresiona a los profanos, a quienes sorprende todo lo imprevisto, porque desconocen la causa.[489]

Son educativas y tienen alguna semejanza con las liberales estas artes que 23 los griegos llaman «encíclicas»[490] y nuestros maestros «liberales». Pero son únicamente liberales, o mejor, para decirlo con más precisión, libres, las que se ocupan de la virtud.

«A la manera —suele argüirse— como existen las partes de la filosofía: una natural, otra moral y otra lógica, así también, esta multitud de artes liberales reclama su puesto en la filosofía. Cuando el filósofo aborda las cuestiones relativas a la naturaleza, se apoya en los datos de la geometría, luego ésta forma parte de la filosofía a la que secunda».[491] 24

Muchas cosas nos ayudan, y no por ello forman parte de nosotros; más aún, si constituyesen una parte, no nos ayudarían. El alimento supone una ayuda para el cuerpo, con todo no es parte de él. Algún servicio nos proporciona la geometría; es necesaria a la filosofía, lo mismo que para ella lo es el artesano, pero ni ése forma parte de la geometría, como tampoco ésta de la filosofía. 25

Además, una y otra persiguen determinados objetivos; de hecho el sabio indaga y conoce las causas de los fenómenos naturales cuyo número y medida trata de calcular el geómetra. El sabio descubre de qué forma subsisten los cuerpos celestes, cuál sea su impulso, cuál su naturaleza; el matemático analiza su curso y su retorno y ciertos desplazamientos por los que descienden y se elevan, ofreciendo a veces la apariencia de estar fijos, siendo así que a los cuerpos celestes no les es posible detenerse. 26

El sabio conocerá la causa que hace que se reflejen las imágenes en el espejo; el geómetra podrá precisarte a cuánta distancia de la imagen debe encontrarse el cuerpo y qué hechura de un espejo reflejará determinadas imágenes. El filósofo demostrará que el sol es grande; su tamaño, el matemático, que actúa con una cierta práctica y experiencia: mas para progresar debe elevarse a determinados principios; ahora bien, no es un arte autónomo aquel cuyo fundamento es prestado. 27

La filosofía nada pide a otro; levanta desde sus cimientos toda la obra; la matemática, por así decirlo, es una «enfiteuta», edifica en propiedad ajena; recibe los elementos primordiales gracias a los cuales puede alcanzar cotas más importantes. Si se encaminase por sí misma hacia la verdad, si pudiese captar la naturaleza del mundo entero, proclamaría por mi parte que ella sería muy útil a nuestra alma, que se ennoblece con el estudio del mundo celeste y obtiene algún beneficio de lo alto. Una sola cosa perfecciona al espíritu, la inmutable ciencia del bien y del mal, y ningún otro arte investiga sobre el bien y el mal. 28

Me place examinar cada una de las virtudes. La fortaleza se ocupa de menospreciar los temores; desdeña, desafía y vence las situaciones terribles que ponen bajo el yugo nuestra libertad: ¿es que, por ventura, los estudios 29

liberales la robustecen? La fidelidad constituye el bien más sagrado del corazón del hombre, ninguna necesidad la fuerza a engañar, ninguna recompensa la soborna: «Quema —dice ella—, golpea, mata; no traicionaré; antes bien, cuanto más se ensañe el dolor para descubrir mi secreto, tanto más profundamente lo ocultaré». ¿Acaso los estudios liberales pueden infundir tal coraje? La templanza manda sobre los placeres, a unos los aborrece y repudia, a otros los regula y conduce a la justa medida, sin acercarse jamás a ellos por sí mismos; sabe que la normativa óptima en relación con lo que se desea consiste en no tomar cuanto uno quiere, sino cuanto uno debe.

La humanidad prohíbe ser altanero, ser áspero con los compañeros; en palabras, hechos y sentimientos se brinda afable y servicial para con todos; ningún mal lo considera ajeno, y su bien lo estima en sumo grado por cuanto podrá proporcionar un bien a otro.[492] ¿Acaso los estudios liberales prescriben semejante conducta? No más que la sencillez, que la modestia y moderación; no más que la sobriedad y el ahorro; no más que la clemencia, que respeta la sangre ajena como la propia y que sabe que un hombre no debe servirse abusivamente de otro hombre. 30

«Puesto que decís —se insiste— que sin los estudios liberales no se puede llegar a la virtud, ¿cómo podéis afirmar que ellos en nada ayudan a la virtud?» Porque tampoco sin alimento se alcanza la virtud, sin embargo el alimento no concierne a la virtud; la madera en nada contribuye a la construcción de la nave, aunque ésta sólo se construya de madera: digo que no hay por qué pensar que una cosa tenga que ser producida con ayuda de aquel componente sin el cual no puede ser hecha. 31

Cabe incluso afirmar que, sin los estudios liberales, es posible alcanzar la sabiduría; pues, aunque se debe aprender la virtud, con todo no se aprende por medio de tales estudios. Ahora, bien, ¿qué motivo tengo para pensar que no llegará a sabio quien desconoce las letras, si la sabiduría no radica en las letras? Alecciona con hechos, no con palabras, y creo que es más firme la memoria, que, fuera de sí misma, no tiene apoyo alguno. 32

Realidad grande y amplia es la sabiduría; tiene necesidad de espacio libre; materia obligada de su aprendizaje es lo humano y lo divino, lo pasado y lo venidero, lo caduco y lo eterno, el tiempo. Sólo acerca de éste considera cuán numerosas cuestiones se plantean: en primer lugar si constituye por sí mismo algo real; luego si existe alguna cosa antes de él y sin él; si comenzó con el mundo o, incluso, antes del mundo porque, de existir algo, existiría también el tiempo. 33

Innumerables son las cuestiones referidas tan sólo al alma: de dónde procede, cuál es su naturaleza, cuándo comienza su existencia, cuánto tiempo pervive; si pasa de un lugar a otro y cambia su morada sometida a unas y otras formas de vida animal; si no es esclava más de una vez, y si, liberada, anda errante por el universo; si es corpórea o no; qué va a hacer cuando deje de actuar a través de nuestro cuerpo; cómo empleará su libertad cuando escape de esta cárcel; si se olvida de su estado anterior y comienza a conocerse en el momento en que, separada del cuerpo, se acoge a la región celeste. 34

Sea cual fuere el aspecto de la realidad humana y divina que abarques, te verás abrumado por la enorme cantidad de problemas a estudiar y aprender. A fin de que éstos, tan numerosos e importantes, puedan tener libre acogida en tu alma, debes eliminar de ella lo superfluo. La virtud no se situará en tales apreturas; una noble realidad reclama un amplio espacio. Despojémonos de todo, quede para ella enteramente libre nuestro corazón. 35

«Pero nos deleita el conocimiento de muchas artes.» Así pues, retengamos de ellas sólo las enseñanzas que sean necesarias. ¿O es que consideras reprensible a quien se procura objetos de uso superfluo y despliega en casa un boato de piezas costosas, y no consideras tal a quien se halla ocupado en el inútil bagaje de la cultura? Querer saber más de lo suficiente es una forma de intemperancia. 36

¿Por qué? Porque tal dedicación a las artes liberales vuelve a los hombres enojosos, redundantes, inoportunos, satisfechos de sí mismos, y por lo mismo no aprenden lo necesario por haber aprendido lo superfluo. El gramático Dídimo escribió cuatro mil libros:[493] le compadecería sólo que hubiese leído tan gran número de bagatelas. En estos libros se investiga sobre la patria de Homero, sobre la verdadera madre de Eneas, si Anacreonte vivió entregado más a la voluptuosidad que a la bebida,[494] si Safo fue una prostituta,[495] y otras cuestiones que, si las supiese, debería uno desaprenderlas. ¡Ven, ahora, y dinos que la vida no es larga! 37

Pero también cuando te acerques a las obras de los nuestros, te mostraré muchas aristas que se deben cercenar a golpes de hacha.[496] Supone un gran dispendio de tiempo y un gran fastidio para los oídos ajenos este elogio: «¡Oh varón erudito!». Contentémonos con esta inscripción más sencilla: «¡Oh varón honesto!». 38

¿No es así? ¿Hojearé las crónicas de todos los pueblos e indagaré quién 39

fue el primero que escribió poemas? ¿Calcularé, a pesar de no tener documentación, el intervalo de tiempo que media entre Orfeo[497] y Homero? ¿Revisaré los signos con que Aristarco[498] puntuó los versos ajenos, y pasaré mi vida contando sílabas? ¿Quedaré así pegado al polvo de la geometría? ¿Hasta tal punto me olvido de aquel saludable precepto: «ahorra el tiempo»? ¿Tengo que saber estas cosas? ¿Y qué voy a ignorar?

El gramático Apión,[499] que durante el imperio de Gayo César reunió 40
grupos de admiradores en toda Grecia, y como un nuevo Homero fue acogido por todas las ciudades, afirmaba que Homero, terminado el relato de sus dos poemas, la *Odisea* y la *Ilíada*, añadió a su obra un comienzo en el que compendió la guerra de Troya. Como prueba de esta aserción aducía el hecho de haber puesto el poeta en el primer verso dos letras que deliberadamente expresaban el número de los cantos.

Es preciso que conozca semejantes detalles quien pretende saber mucho. 41
¿No quieres pensar cuánto tiempo te sustrae la mala salud, cuánto los negocios públicos, cuánto los privados, cuánto los deberes cotidianos, cuánto el sueño? Evalúa tu experiencia: no es capaz de tantas cosas.

Estoy hablando de los estudios liberales: ¡cuánta doctrina superflua 42
contienen los filósofos; cuanta desprovista de utilidad! También ellos se ocuparon de las distinciones de sílabas y de las propiedades de las preposiciones y conjunciones, y rivalizaron con los gramáticos, con los geómetras; todo cuanto de inútil había en el arte de éstos lo trasladaron al suyo. Así resultó que sabían hablar más cuidadosamente que vivir.

Entérate de cuán gran perjuicio acarrea la excesiva sutileza, y lo contraria 43
que es a la verdad. Protágoras[500] afirma que de cualquier proposición se pueden discutir por igual los pros y los contras, inclusive de esta misma proposición: si es posible discutir en toda proposición los pros y los contras. Nausífanes[501] afirma de cuantas cosas parecen ser que en modo alguno es más admisible el ser que el no ser.

Parménides[502] afirma que ninguno de los fenómenos que percibimos 44
pertenece al universo. Zenón de Elea[503] suprimió toda dificultad de la cuestión asegurando que nada existe. Casi la misma actitud adoptan los pirronianos,[504] los megareos, los eritreos y los académicos, quienes introdujeron la nueva ciencia de que nada sabemos.

Arroja todas estas enseñanzas en el complejo inútil de los estudios 45
liberales; los unos no me transmiten un saber que me haya de aprovechar, los

otros me quitan la esperanza de todo saber. Pero es preferible conocer cosas inútiles a nada. Los unos no me muestran la luz que dirija mi mirada hacia la verdad, los otros me arrancan precisamente los ojos. Si me fío de Protágoras, en la naturaleza no existe sino la duda; si de Nausífanes, la única certeza es que no existe ninguna; si de Parménides, nada existe, a excepción del Uno; si de Zenón, ni siquiera el Uno.

Así pues, ¿qué somos nosotros? ¿Qué son estos seres que nos rodean, 46
alimentan y mantienen? Toda la naturaleza es sombra o vana, o engañosa. No me sería fácil decir con quiénes me indignaría más si con esos que han pretendido que no supiéramos nada, o con esos otros que ni siquiera nos han dejado la posibilidad de no saber nada.

LIBRO XIV

92

La virtud y la felicidad del sabio

Pienso que estarás de acuerdo conmigo en que los bienes externos los adquirimos para el cuerpo, que el cuerpo lo cuidamos en obsequio del alma, que en el alma hay partes subalternas por medio de las cuales nos movemos y alimentamos, y que éstas nos han sido otorgadas por causa del componente principal. Este componente principal contiene un elemento irracional y otro racional, aquél se subordina a éste, que es el único en no someterse a otro, sino que todo lo somete a sí. Porque también la razón divina dirige todas las cosas, sin estar ella sometida a ninguna, y nuestra razón humana tiene la misma entidad puesto que procede de aquélla.[505] 1

Si estamos de acuerdo en este punto, es lógico que lo estemos también en admitir que la felicidad no consiste sino en tener una razón perfecta. Ella, en efecto, es la única que no doblega el ánimo, que se enfrenta a la fortuna; en cualquier situación se mantiene segura de sí misma. El bien único es, por tanto, aquel que jamás sufre menoscabo. Es feliz, lo mantengo, aquel a quien nada empequeñece; ocupa la cúspide, sin apoyarse en nadie que no sea él mismo, pues quien se sostiene con ayuda ajena puede caerse.[506] De otra suerte comenzará a tener gran peso en nosotros lo que nos es ajeno. ¿Quién, en efecto, va a querer cimentarse en la fortuna? ¿O qué hombre, que sea prudente, se maravilla por los bienes ajenos? 2

¿En qué consiste la felicidad? En el sosiego y la tranquilidad perennes. Las otorgará la grandeza de alma, las otorgará la constancia porfiada en seguir el recto juicio. Tales virtudes ¿en qué condiciones se alcanzan? Siempre que hayamos captado plenamente la verdad, siempre que hayamos observado en nuestra conducta el orden, la mesura, el decoro, con una voluntad inasequible al mal y benevolente, en consonancia con la razón y sin separarse jamás de ella, digna a la vez de ser amada y admirada. En suma, para indicarte brevemente la norma, el espíritu del sabio debe ser tal cual corresponde a un dios.[507] 3

¿Qué puede desear aquel que está en posesión de todo lo honesto? Porque 4

si las cosas que no son honestas pueden contribuir en algo al estado de felicidad, la vida feliz se hallará en esas cosas sin las cuales no puede darse. Y ¿qué hay más torpe y necio que modelar el bien del alma racional con elementos irracionales?

Algunos juzgan, no obstante, que el sumo bien se acrecienta, pues tiene 5
poca plenitud cuando la fortuna le es adversa. También Antípatro,[508] uno de los grandes maestros de esta escuela, dice que otorga algún valor a los bienes externos, pero muy exiguo. Date cuenta de lo que significa que uno no se contente con la claridad del día si no ve que brilla una lucecita: ¿qué importancia puede tener una chispa en medio del resplandor del sol?

Si no te satisface la sola virtud, será necesario que desees añadir o el 6
reposo que los griegos llaman *aochlesía*[509] o el placer. Al primero, de algún modo, se le puede admitir, ya que el alma, libre de inquietudes, dispone de tiempo para examinar el universo y nada hay que la aparte de la contemplación de la naturaleza. El segundo, el placer, constituye la felicidad propia del animal: unimos a lo racional lo irracional, a lo honesto lo deshonesto. ¿Tanto supone para la vida humana el cosquilleo del cuerpo?

¿Por qué, pues, dudáis en afirmar que al hombre le va bien si tiene 7
satisfecho el paladar? Y tú ¿vás a contar no digo ya entre héroes sino entre los simples hombres a este cuyo sumo bien consiste en los sabores, en los colores y en los sonidos? Que se retire de esta categoría de criaturas bellísimas que siguen en nobleza a los dioses; que se le incluya entre las bestias a este ser que está satisfecho con el pasto.[510]

El componente irracional del alma consta de dos partes: una impetuosa, 8
ambiciosa, indómita, sujeta a las pasiones; otra sumisa, débil, entregada a los placeres; a la primera, sin freno, pero mejor o, al menos, más fuerte y más digna de un hombre, no se la ha tenido en cuenta; a esta segunda, lánguida y vil, se la ha considerado indispensable para la felicidad.

A ella han querido que le sirviese la razón, y al bien supremo del más 9
noble de los vivientes lo han dejado envilecido, ignominioso, convertido además en una mezcolanza monstruosa de miembros diversos y mal proporcionados. Pues, como dice nuestro Virgilio, en Escila

> el busto presenta forma humana, es hasta la ingle una doncella de pechos hermosos; su parte inferior una ballena de cuerpo descomunal adherida con colas de delfín a un vientre de lobo.[511]

Sin embargo, a esta Escila se le han unido animales fieros, horribles, veloces; pero esa gente ¿con qué monstruos han constituido la sabiduría?

La parte principal del hombre es la virtud misma, a ésta se le añade la 10
carne nociva y floja, sólo capaz de recibir los alimentos, según expresión de Posidonio. Esta virtud divina va a terminar en sustancia viscosa y a su parte más noble, venerable y celeste, se le adhiere un animal perezoso y endeble. Aquel otro componente, el reposo, sea cual fuere, en verdad nada positivo procuraba de por sí al espíritu, pero removía los obstáculos: el placer por su propia acción corroe y enerva todo vigor. ¿Dónde podrá encontrarse conjunción de elementos tan dispares? Con el más fuerte se junta el más débil, con el más grave uno poco serio, con el muy virtuoso otro vicioso hasta el incesto.

«Entonces ¿qué? —se me objeta—. Si la buena salud, el reposo y la 11
ausencia de dolor en nada van a impedir la virtud, ¿no desearás estas ventajas?».[512] ¿Por qué no las he de desear? Pero no porque sean bienes, sino porque son conformes con la naturaleza y porque las asumiré con un criterio recto. ¿Cuál será, en ese caso, el bien que hallaremos en ellas? Sólo éste, el de la buena elección. En efecto, cuando me pongo un vestido apropiado, cuando camino como conviene, cuando ceno como es debido, ni la cena, ni el paseo, ni el vestido son buenos, sino mi decisión de guardar en cada caso la mesura de acuerdo con la razón.

Añadiré aún más: el hombre debe intentar escoger un vestido decoroso, 12
dado que él es por naturaleza un animal limpio y elegante. Así que no es un bien de por sí el vestido limpio, sino la elección de un vestido limpio, ya que el bien no reside en el objeto escogido, sino en el acierto de la elección; la honestidad se refiere a nuestros actos, no al objeto de nuestros actos.

Cuanto he dicho acerca del vestido, piensa que eso mismo lo aplico al 13
cuerpo, ya que a éste la naturaleza lo ha puesto alrededor del alma como un vestido, es la envoltura de ella. Ahora bien, ¿quién jamás ha valorado los vestidos por la arqueta que los contiene? La vaina no hace buena ni mala la espada. Así pues, con relación al cuerpo te doy la misma respuesta: escogeré sin duda, si se me da a elegir, la salud y la fuerza, pero el bien estará en mi juicio sobre estas cosas, no en ellas mismas.

«El sabio sin duda es feliz —arguye el interlocutor—, pero el sumo bien 14
no lo consigue si no lo secundan los medios naturales. Así, quien posee la virtud ciertamente no puede ser desgraciado, pero no será del todo feliz quien se ve privado de los bienes naturales, como la salud, como la integridad corporal.»

Admites lo que parece más increíble: que un hombre en medio de 15

enormes y continuos dolores no es desgraciado, que incluso es feliz, y niegas lo que tiene menos importancia: que sea plenamente feliz. Ahora bien, si la virtud puede conseguir que uno no sea desgraciado, más fácilmente conseguirá que sea del todo feliz, porque existe menor distancia entre el que es feliz y el que es muy feliz, que entre el desgraciado y el feliz.[513] ¿Acaso la virtud, que es tan eficaz para colocar entre los hombres felices a quien ha liberado de la desgracia, no podrá añadir lo que falta para hacerlo muy feliz? ¿Va a flaquear al final de la subida?

En la vida encontramos comodidades e incomodidades, unas y otras no 16
dependen de nosotros. Si el hombre de bien no es desgraciado aunque le abrume toda clase de molestias, ¿cómo no va a ser muy feliz por más que le falten algunas comodidades? En efecto, como el peso de las incomodidades no le abate hasta la infelicidad, así tampoco la falta de comodidades lo aparta de la plena felicidad; antes bien tan felicísimo es sin comodidades, como no desgraciado abrumado de incomodidades; de otra suerte su bien, si puede disminuir, se le podría arrebatar.

Poco antes decía que una lucecita no añade nada a la luz del sol; porque 17
la claridad de éste obnubila a cuanto resplandecería sin él. «Pero también el sol —se dice— sufre ciertas interferencias.» No obstante, el sol conserva su plena fuerza incluso en medio de los obstáculos; aunque se interponga algún cuerpo que nos prive de su contemplación, continúa su actividad, sigue su curso. Cuando luce entre nubes no es menos luminoso que en tiempo bonancible, ni siquiera más lento, ya que existe gran diferencia en que un cuerpo obstaculice tan sólo su acción o que la imposibilite.

De la misma manera, lo que dificulta la virtud nada le quita: ella no 18
resulta más pequeña, sino que brilla menos. A nosotros quizá no se nos muestre ni brille de igual modo, mas para sí es siempre la misma y, como el sol oscurecido, desde la sombra despliega su fuerza. Así que las calamidades, los daños, las injurias pueden frente a la virtud lo mismo que las nubes frente al sol.[514]

Hay quien afirma que el sabio provisto de un cuerpo poco vigoroso no es 19
ni miserable ni feliz. También éste se equivoca, pues equipara los dones fortuitos con las virtudes, atribuyendo el mismo valor a lo honesto que a lo desprovisto de honestidad. Pero ¿qué hay más vergonzoso, qué más indigno que equiparar lo venerable con lo desdeñable? Porque venerables son la justicia, la piedad, la lealtad, la fortaleza, la prudencia; por el contrario, son desdeñables las ventajas que a menudo alcanzan con mayor plenitud a la

gente más vulgar: piernas robustas, brazos y dientes sanos y resistentes.

Además, si el sabio a quien el cuerpo le procura molestias no es considerado ni miserable, ni feliz, sino que se le deja en un estado intermedio, tampoco su vida será apetecible ni desdeñable. Pero ¿qué hay tan absurdo como afirmar que la vida del sabio no es apetecible? O ¿qué hay tan increíble como decir que existe alguna clase de vida que no es ni apetecible ni rechazable? Además, si las molestias corporales no le hacen miserable, le permiten ser feliz, puesto que lo que no tiene poder para reducirme a un estado peor, tampoco lo tiene para impedirme el mejor. 20

«Sabemos —se insiste— que hay sustancias frías y calientes y que, en medio de ambas, se sitúan las tibias; así hay quien es feliz, quien es desgraciado y quien no es ni feliz ni desgraciado.» Quiero examinar esta comparación que contradice nuestra doctrina. Si al cuerpo tibio le aplico más frío, se volverá frío; si le infundo más calor, al fin se volverá caliente. Por el contrario a este que no es ni desgraciado ni feliz, por más desgracias que le procure, no será desgraciado como decís: luego esta comparación es inadecuada. 21

Seguidamente, te muestro a un hombre que ni es miserable ni feliz. A éste, si le añado la ceguera, no se vuelve miserable: si le añado la parálisis, no se vuelve miserable; si le añado dolores constantes y graves, no se vuelve miserable. A quien males tan numerosos no lo llevan a una vida miserable, tampoco lo apartan de la vida feliz. 22

Si, como afirmáis, el sabio no puede caer de la felicidad en la miseria, tampoco puede caer en la ausencia de felicidad. ¿Por qué, pues, quien empezó a resbalar por la pendiente podrá detenerse en un punto determinado? La fuerza que le impide rodar hasta el fondo, lo retiene en la cumbre. ¿Por qué la felicidad no puede ser destruida? Es que ni siquiera puede disminuir, y así la virtud se basta por sí misma para alcanzarla. 23

«Entonces ¿qué? —se pregunta—. El sabio que ha vivido largo tiempo, que no ha sido perturbado por dolor alguno, ¿no es más feliz que otro que siempre ha combatido con la mala fortuna?» Respóndeme: ¿es, por ventura, mejor y más honesto? Si esto no es así, tampoco es más feliz. Es preciso que viva con más rectitud para vivir con más felicidad: si no puede vivir con más rectitud, tampoco vivirá con más felicidad. La virtud no se acrecienta, luego tampoco la vida feliz, que procede de la virtud. En efecto, la virtud es un bien tan grande que no es sensible a esas pequeñas incidencias como son la brevedad de la vida, el dolor y la diversidad de molestias corporales; ya que 24

el placer no merece que se le tenga en consideración.

¿Qué es lo principal en la virtud? Que no tiene necesidad del futuro y no echa cuentas de sus días. En el tiempo que quiera, por breve que sea, llega a la plenitud de los bienes eternos. Esto nos parece increíble y que sobrepuja a la naturaleza humana, porque juzgamos de su grandeza en relación con nuestra debilidad y damos a nuestros vicios el nombre de virtud. Entonces ¿qué? ¿No parece igualmente increíble que uno, en medio de los mayores tormentos, exclame: «¡Soy feliz!»? Pues bien, esta frase ha sido escuchada en la escuela misma del placer. «Paso muy feliz este mi último día», dijo Epicuro cuando, de un lado, lo atormentaba la obstrucción de la orina y, de otro, el dolor irremediable de una úlcera de estómago.[515] 25

¿Por qué, pues, tales actitudes se consideran increíbles en quienes cultivan la virtud, cuando se encuentran también en quienes el placer ha impuesto su ley? Hasta los degenerados y de muy bajos sentimientos afirman que el sabio en medio de los dolores más graves y de las calamidades más angustiosas no será ni miserable, ni feliz. Ahora, bien, esta afirmación resulta increíble e, incluso, más increíble, porque no comprendo cómo la virtud derribada de su cumbre no vaya a precipitarse hacia el abismo. O bien debe hacer al hombre feliz, o bien, si se aparta de este objetivo, no impedirá que aquél se convierta en un miserable. Mientras está en el puesto de combate no puede retirarse: es preciso que sea vencida o que salga vencedora. 26

«Sólo a los dioses inmortales —se arguye— corresponde la virtud y la felicidad, a nosotros una sombra y semejanza de tales bienes; nos aproximamos a ellos, pero no los alcanzamos.» La razón, en efecto, es común a dioses y hombres: en ellos es perfecta, en nosotros perfectible. 27

Pero nuestros vicios nos llevan a la desesperanza. En efecto, está en una situación de inferioridad aquel otro tipo de proficiente, hombre poco firme para cumplir los mejores preceptos, cuyo criterio es todavía vacilante e inseguro. Bien puede desear sensibilidad en la vista y el oído, buena salud, aspecto externo nada desdeñable y, además, una duración de la vida muy larga, manteniendo su buen estado físico. 28

Con estas ventajas puede pasar una vida nada desagradable: pero en este hombre imperfecto subsiste un impulso vicioso, ya que tiene un espíritu tornadizo hacia el mal, si bien carece de una malicia profundamente arraigada y activa. No es todavía bueno, pero se configura para el bien; en cambio, cualquiera a quien le falta alguna condición para ser bueno, continúa siendo malo. 29

Pero 30

si alguien tiene en su cuerpo virtud e intrepidez,[516]

ése iguala a los dioses, tiende hacia ellos consciente de su origen. Nadie actúa con imprudencia al esforzarse por escalar el lugar del que había descendido. Pues, ¿qué te impide pensar que existe algún destello divino en quien es parte de la divinidad? Todo este mundo que nos rodea es unidad y es Dios; somos partes y miembros de él. Nuestra alma tiene la capacidad y se eleva hasta Dios, si los vicios no la envilecen. Como nuestro cuerpo por su complexión anda erguido y mira al cielo, así el alma, que puede extenderse cuanto quiera, ha sido modelada por la naturaleza para querer lo mismo que los dioses; y, si utiliza sus propias fuerzas y avanza por el espacio que le corresponde, se esfuerza en llegar a la cumbre por el camino adecuado.

Encaminarse al cielo supondría un gran esfuerzo: es que regresa a él. 31
Cuando ha encontrado este camino, marcha con valentía, desdeñando todas las cosas, sin cuidarse del dinero; y no valora el oro ni la plata, tan dignos de las tinieblas en que yacían, por el esplendor con que ciegan la vista de los ignorantes, sino por el antiguo fango del que nuestra codicia los separó al extraerlos. Sabe, así lo afirmo, que las riquezas se encuentran en otro lugar, no donde se acumulan; que cada cual debe llenar su espíritu, no su arca.

Al espíritu es posible confiarle el dominio del universo, otorgarle el 32
señorío de la naturaleza para que tenga por límites de sus posesiones los de Oriente y Occidente, sea, como los dioses, el dueño de todo y, desde su atalaya, mire con desprecio a los ricos y sus riquezas, ninguno de los cuales está tan satisfecho de su patrimonio como entristecido por el del prójimo.

Cuando se ha elevado a esta grandeza, ya no es el enamorado del cuerpo, 33
carga ineludible, sino su protector y no se somete a quien está bajo su mando. Nadie que se esclaviza al cuerpo es libre: pues, aun prescindiendo de otras tiranías que provoca la excesiva preocupación por él, el dominio que ejerce es caprichoso y exigente.

Del cuerpo el sabio o se aleja con serenidad, o salta fuera con valentía, y 34
no le preocupa cuál será luego el final de sus restos, antes bien como nos despreocupamos del pelo de la barba y de los cabellos cortados, así el alma divina, a punto de abandonar al hombre, considera que no le importa qué destino tenga su envoltura, corporal —si la consume el fuego o la cubre la tierra o la despedazan las fieras— no más que al recién nacido le importa la placenta. Si su cuerpo al ser abandonado lo desgarren las aves de rapiña o

cual presa ofrecida a los perros marinos[517]

sea devorado, ¿qué le importa a quien ya no existe?

Pero aun entonces cuando vive en medio de los hombres no teme amenaza 35
alguna más allá de la muerte de parte de aquellos a quienes les parece poco ser temidos hasta la muerte. «No me aterra —dirá— ni el garfio, ni el magullamiento, horrible a la vista, de mi cadáver abandonado a los escarnios. A nadie pido los últimos obsequios, a nadie encomiendo mis despojos. La naturaleza ha previsto que nadie quedase insepulto; a quien la crueldad ha dejado abandonado el tiempo lo cubrirá.» Elegantemente dice Mecenas:

no me inquieto por mi tumba: la naturaleza sepulta a los que han sido abandonados.[518]

Podrías pensar que lo dijo un hombre decidido; en efecto, tenía un carácter noble y viril, si no lo hubiera afeminado la prosperidad.

LIBRO XV

93

Valor de la vida

En la epístola en la que te lamentabas de la muerte del filósofo Metronacte, [519] como si él hubiera podido y debido vivir más largo tiempo, he echado de 1
menos aquella ecuanimidad[520] que te sobra con respecto a toda persona y, en todos tus asuntos, pero que te falta en la única cosa en la que a todos falta: he encontrado a muchos ecuánimes con los hombres, pero con los dioses a ninguno. Todos los días hacemos reproches al destino: «¿Por qué éste ha sido arrebatado en medio del curso de su vida? ¿Por qué aquél no es arrebatado? ¿Por qué prolonga una ancianidad molesta para sí y para los demás?».

¿Juzgas acaso, te lo ruego, más razonable que tú obedezcas a la 2
naturaleza, o que la naturaleza te obedezca a ti? ¿Qué importa, en verdad, cuán presto salgas del lugar del que debes salir? No hemos de preocuparnos de vivir largos años, sino de vivirlos satisfactoriamente; porque vivir largo tiempo depende del destino; vivir satisfactoriamente, de tu alma. La vida es larga si es plena; y se hace plena cuando el alma ha recuperado la posesión de su bien propio y ha transferido a sí el dominio de sí misma.[521]

¿De qué le sirven a ese hombre ochenta años transcurridos en la 3
inactividad? Es que no ha vivido, sino que se ha demorado en la vida, y no ha muerto tardíamente, sino lentamente. «Ha vivido ochenta años.» Importa saber desde qué día comienzas a contar su muerte.

«Pero aquél ha muerto en su juventud.» En cambio, ha cumplido las 4
obligaciones de un buen ciudadano, de un buen amigo, de un buen hijo; no ha claudicado en ningún deber. Aunque el tiempo de su vida sea incompleto, su vida es completa. «Ha vivido ochenta años.» Mejor, ha existido ochenta años, a menos que digas que ha vivido como decimos que viven los árboles. Te suplico, Lucilio, que obremos de modo que, como los objetos preciosos, así también nuestra vida no tenga mucha extensión, sino mucho peso. Valorémosla por su actividad, no por su duración. ¿Quieres saber cuál es la diferencia entre este hombre vigoroso menospreciador de la fortuna, que ha cumplido todos los deberes de la vida humana y ha alcanzado la suprema

felicidad, y aquel otro por quien han pasado muchos años? El primero subsiste todavía después de muerto, el segundo ha sucumbido antes de morir.

Alabemos, por tanto, y contemos en el número de los felices a aquel que 5
ha empleado debidamente el tiempo de que ha dispuesto, por breve que sea. En efecto, vio la verdadera luz; no fue uno de tantos; vivió con plenitud de vida. En ocasiones disfrutó del cielo sereno; en ocasiones, como suele suceder, el resplandor del potente astro brilló a través de las nubes. ¿Por qué preguntas cuánto tiempo ha vivido? Está vivo: de un salto ha pasado a la posteridad y ha quedado en el recuerdo de la gente.

Y no, por ello, rehusaría a que se incrementasen los años de mi vida; sin 6
embargo no diré que me haya faltado algo para la felicidad en el caso de que su duración se acorte. De hecho no he armonizado mis actos con aquella fecha que me ha señalado como última una ávida esperanza, al contrario no existe ninguna que no haya considerado como última.[522] ¿Por qué me preguntas cuándo he nacido, o si todavía puedo ser contado en el censo entre los disponibles? Tengo mi parte.

Como en un cuerpo de pequeño tamaño puede hallarse un hombre 7
perfecto, así en un corto espacio de tiempo ser la vida perfecta. La duración de la vida se cuenta entre las cosas externas. Cuánto tiempo viva no depende de mí, pero que viva plenamente todo el tiempo de mi existencia depende de mí. Lo que se me puede exigir es que no pase una vida oscura, como entre tinieblas, sino que conduzca mi vida, que no sea arrastrado sin rumbo.

¿Quieres conocer cuál es la vida de más larga duración? La que dura 8
hasta la consecución de la sabiduría.[523] El que la ha alcanzado no ha llegado al término más lejano, sino al mejor. Mas éste gloríese sinceramente y dé gracias a los dioses y, entre los dioses, a sí mismo y ponga a cuenta de la naturaleza lo que ha sido. Ciertamente lo hará con razón: le ha restituido una vida mejor que la que había recibido de ella. Ha ofrecido el modelo del hombre de bien, ha revelado sus cualidades y su grandeza; si hubiera prolongado en algo sus días, hubiera actuado igual que en el pasado.

Y, sin embargo, ¿por qué vivimos todavía? Hemos gozado del
conocimiento de todas las cosas; sabemos con qué elementos la naturaleza se 9
desarrolla, cómo organiza el mundo, con qué alternancia de estaciones renueva el año, cómo ha encerrado en un sistema a todos los seres de cualquier parte y se ha constituido en límite de sí misma; sabemos que los astros se mueven por propio impulso, que, a excepción de la tierra, nada está inmóvil y que los demás cuerpos se deslizan con velocidad incesante;

sabemos cómo la luna adelanta al sol, por qué, siendo más lenta, deja tras de sí al que es más veloz, cómo recibe y pierde la luz, cuál es la causa que produce la noche y que renueva el día: no hay más que subir allá arriba donde contemplarás estas maravillas más de cerca.

«No salgo más animoso de la vida —dice el sabio— porque considere 10
que tengo abierto el camino hacia mis dioses. He merecido que me admitan en su compañía, y he estado ya entre ellos, y he dirigido allá arriba mi espíritu[524] y ellos han dirigido el suyo hacia mí. Pero suponte que soy aniquilado y que nada me queda de hombre después de la muerte: igualmente mantengo la nobleza del alma, aun cuando no tenga que ir a ningún otro lugar.»[525]

«Pero no ha vivido tantos años como hubiera podido.» También existe un 11
libro de pocos versos no menos loable y útil: sabes cuán voluminosos son los *Anales* de Tanusio[526] y cómo se los juzga. Tal es la vida larga de cierta gente y lo mismo vale para los *Anales* de Tanusio.

¿Juzgas acaso más feliz a quien sucumbe al final de la jornada de los 12
juegos, que a quien sucumbe a mitad de la misma? ¿Piensas que alguien es tan estúpidamente ávido de vivir que prefiera ser degollado en el matadero antes que en la arena? Los hombres no nos adelantamos los unos a los otros con un intervalo de tiempo mayor. La muerte va en busca de todos; el asesino sigue a su víctima. Tiene mínima importancia aquello por lo que tan profundamente nos preocupamos. ¿De qué sirve, pues, a este propósito evitar por más o menos tiempo lo que no se puede evitar?

95

Insuficiencia de los preceptos: necesidad de los principios morales

Me pides que aborde con presteza la cuestión que había anunciado[527] que se 1
debía aplazar a su día, y que te explique si esa parte de la filosofía que los griegos llaman «parenética» y nosotros «preceptiva» basta para llevar a plenitud la sabiduría. Sé que lo ibas a aceptar bien si rehusare hacerlo. Por eso tanto más me comprometo a ello y no permito que pierda vigor el proverbio usual: «no pidas otra vez lo que no quieras conseguir».

En efecto, a veces pedimos con insistencia lo que rechazaríamos si alguien nos lo ofreciese. Sea esto ligereza o servilismo debe castigarse a causa de la facilidad en garantizarlo. Damos la impresión de querer muchas cosas que en realidad no queremos. Un recitador ofrece una larga narración escrita en caracteres muy pequeños, arrollada en pliegos muy apretados, y, después de haber leído una gran parte, dice: «Si lo queréis me paro»; en respuesta le dicen a gritos: «Continúa, continúa», aquellos que quisieran que se callase al punto.[528] A menudo queremos una cosa y pedimos otra, y no decimos la verdad ni siquiera a los dioses, pero los dioses o no nos escuchan, o se compadecen de nosotros. 2

En cuanto a mí, me vengaré sin tener compasión y te endosaré una epístola muy extensa, que, si tú leyeres contrariado, dirás: «me la he ganado», y te deberás contar entre aquellos a quienes la esposa conseguida después de mucho galanteo les hace sufrir, entre aquellos a quienes las riquezas acumuladas con supremo esfuerzo los afligen, entre aquellos a quienes los honores obtenidos con astucia y sacrificio los atormentan y entre los restantes que son responsables de sus propios males. 3

Mas, dejando ya el preámbulo, trataré el tema en cuestión. «La felicidad —dicen— consiste en las acciones buenas; a las acciones buenas nos conducen los preceptos; luego para la felicidad bastan los preceptos».[529] No siempre los preceptos nos conducen a las acciones buenas, sino cuando el ánimo es dócil; en ocasiones se los invoca en vano, si las opiniones erróneas cautivan el espíritu. 4

Además, aunque los hombres obren así rectamente, no son conscientes de que obran rectamente. Pues ninguno que no haya sido educado desde el principio y regulado en la plenitud de su razón puede cumplir todas las exigencias de la acción moral, de forma que sepa cuándo debe actuar, en qué medida, con quién, de qué manera y por qué. No podrá esforzarse con todo ahínco hacia el bien ni siquiera con firmeza y gusto, sino que volverá sobre sus pasos y dudará. 5

«Si la acción buena —alegan— deriva de los preceptos, éstos son suficientes para la felicidad; es así que la premisa es verdadera, luego también la conclusión.» A éstos les responderemos que las acciones buenas se realizan también con ayuda de los preceptos, pero no sólo de los preceptos. 6

«Si a las demás artes —insisten— les bastan los preceptos, también le bastarán a la sabiduría, ya que ésta es el arte de la vida. Ahora bien, al 7

timonel lo adiestra quien le da estos preceptos: “así debes girar el timón, así retirar las velas, así servirte del viento favorable, así resistir al contrario, así sacar provecho del indeciso y variable”. Son también los preceptos los que capacitan a los restantes artífices, luego otro tanto harán del sabio, artífice de la vida.»

Todas estas artes se ocupan de aquello que sirve para la vida, pero no de la misma vida en su totalidad; de ahí que muchas dificultades las frenan desde fuera y obstaculizan: la esperanza, la codicia, el temor. Pero a esta que se profesa como arte de la vida nada puede impedirle su ejercicio, porque disipa las dificultades y supera los obstáculos. ¿Quieres conocer cuán diferente sea la actividad de las restantes artes y la de ésta? En aquéllas es más disculpable la equivocación voluntaria que la casual, en ésta la culpa más grave radica en cometer la falta espontáneamente.[530] 8

Lo que te digo entiéndelo así: un gramático no se ruborizará por un solecismo si lo ha hecho sin darse cuenta; un médico, si no se da cuenta de que el enfermo se muere, comete un yerro mayor respecto de su profesión que si finge no darse cuenta; por el contrario, en el arte de la vida es más vergonzosa la culpa cometida por propia voluntad. Añade, además, que también la mayoría de las artes —en especial las más liberales de todas— poseen sus principios básicos, no sólo los preceptos, como es el caso de la medicina; y así una es la escuela de Hipócrates,[531] otra la de Asclepíades[532] y otra la de Temisón.[533] 9

Aparte de que no existe ningún arte especulativo desprovisto de principios, que los griegos llaman *dogmata* y nosotros podemos denominar o *decreta* o *scita* o *placita*,[534] y que los encontrarás tanto en la geometría como en la astronomía. La filosofía, por su parte, es especulativa y práctica: contempla y actúa a la vez. Te equivocas, en efecto, si crees que ella te garantiza sólo una actividad terrena: respira un ambiente más noble. 10

«Examino —dice ella— el universo entero y no me limito al ámbito de la convivencia humana, contentándome sólo con persuadiros o disuadiros: grandes cosas me reclaman situadas por encima de vosotros.»

> En efecto, me propongo brindarte la explicación última del cielo y de los dioses y descubrirte los principios del ser, con los cuales la naturaleza crea todas las cosas, las nutre y hace crecer y en los que las disuelve nuevamente al ser destruidas, 11

según afirma Lucrecio.[535] Se deduce, por lo tanto, que la filosofía, como ciencia especulativa, tiene sus principios.

¿No es verdad, además, que nadie realizará debidamente sus actos, sino aquel a quien se le ha mostrado la norma que le permita en cada caso cumplir plenamente sus obligaciones? Éstas no las llevará a término quien ha recibido instrucciones de aplicación concreta y no de aplicación general. Las instrucciones de aplicación particular son débiles en sí mismas y, por así decirlo, sin arraigo. Son los principios los que nos fortalecen, los que protegen nuestra seguridad y tranquilidad, los que abarcan, a una, toda nuestra vida y todo el universo. La diferencia que existe entre los principios de la filosofía y los preceptos es la misma que existe entre los elementos del mundo y sus partes: éstas dependen de aquéllos, los cuales son la causa de ellas y de todas las cosas. 12

«La antigua sabiduría —dicen— no enseñaba sino lo que se debe hacer y lo que se debe evitar, y entonces los hombres eran mucho mejores; desde que han aparecido los doctos, se echan en falta los buenos; en efecto, aquella virtud sencilla y transparente se ha transformado en una ciencia oscura y artificiosa y se nos enseña a disputar, no a vivir.» 13

Sin duda, como decís, aquella antigua sabiduría fue, sobre todo en sus orígenes, rudimentaria no menos que las restantes artes cuya precisión aumentó progresivamente. Pero tampoco había necesidad entonces de remedios particulares. La maldad no se había incrementado todavía en tan alto grado ni se había difundido tan ampliamente: a males simples podían oponerse remedios simples. Ahora es preciso que las defensas sean tanto más eficaces cuanto más violentos son los males que nos asaltan.[536] 14

La medicina consistió en otro tiempo[537] en el conocimiento de algunas pocas hierbas con que detener la hemorragia y cicatrizar las heridas; poco a poco se ha llegado luego a esta tan compleja variedad de conocimientos. Ni debe sorprender que tuviese en el pasado menos trabajo, toda vez que los cuerpos eran aún sanos y robustos y el alimento era sencillo, no viciado por el refinamiento ni el placer; mas desde que se ha comenzado a buscar el alimento no para aplacar el hambre sino para excitarla, y se han discurrido mil condimentos para provocar la glotonería, lo que era un alimento para quienes tenían necesidad se ha convertido en un peso para los que están hartos. 15

De aquí proviene la palidez y el temblor de los músculos impregnados de vino, y la delgadez, más deplorable si es efecto de indigestión que si lo es del hambre; de aquí el paso inseguro y oscilante y la continua vacilación como sucede en la embriaguez; de aquí un líquido seroso que penetra en toda la 16

piel, y un vientre hinchado por cuanto se habitúa mal a contener más de lo que puede; de aquí el derrame interno de la bilis, causa de lividez, el rostro descolorido, la descomposición de las sustancias que se pudren en el interior, los dedos arrugados al entumecerse las articulaciones, el enervamiento de los músculos faltos de sensibilidad y la palpitación de los mismos, agitados sin interrupción.

¿Para qué hablar de los vértigos? ¿Para qué hablar de los dolores en los 17
ojos y en los oídos, y de las punzadas en el cerebro ardiente y de todos los intestinos aquejados de úlceras internas? Aparte de las innumerables clases de fiebre, unas que se recrudecen con violencia, otras que se insinúan produciendo lento desgaste, otras que se presentan con escalofríos y fuerte conmoción de los miembros.

¿Para qué referirme a las innumerables enfermedades, castigo de la 18
voluptuosidad? Se hallaban exentos de estos males quienes no se habían enervado todavía por los placeres, que se mandaban y servían a sí mismos. Endurecían sus cuerpos con el trabajo y el verdadero esfuerzo, fatigándose en las carreras, en la caza o en el roturar la tierra: les aguardaba un alimento que sólo podía agradar a quien tenía hambre. Así que no había necesidad alguna de tanto aparato de médicos, ni de tantos instrumentos y preparados medicinales. Las dolencias eran sencillas ocasionadas por causas sencillas: la multitud de platos de comida ha provocado múltiples enfermedades.

¡Mira cuántos manjares, destinados a introducirse en el paladar de uno 19
solo mezcla ahora el lujo, que devasta las tierras y los mares! Es necesario, por lo tanto, que alimentos tan dispares pugnen entre sí y, una vez ingeridos, se digieran con dificultad, dado que unos actúan de una forma y otros de otra. Y no es sorprendente que la enfermedad sea irregular y variable al producirla alimentos tan dispares, ni que éstos, constituidos por ingredientes de naturaleza contraria, empujados juntamente hacia el estómago, lo desborden. De ahí que sea tan malo el género de enfermedades que padecemos como el género de vida.[538]

El más grande de los médicos y fundador de la ciencia médica[539] afirmó 20
que a las mujeres ni se les caían los cabellos ni les dolían los pies: ahora bien vemos que pierden los cabellos y que tienen dolores en los pies. No se ha cambiado la naturaleza de la mujer, sino que se ha debilitado, porque habiendo igualado a los hombres en libertinaje, los han igualado también en sus enfermedades corporales.

No menos que ellos pasan las noches en vela, no menos se entregan a la 21

bebida y rivalizan con los varones en la palestra y en el vino puro; igualmente arrojan por la boca los alimentos que han ingerido violentando el estómago y devuelven en el vómito todo sorbo de vino; igualmente chupan el hielo para aliviar al estómago ardiente. Ni siquiera ceden a los hombres en cuanto al placer sexual: destinadas por naturaleza a la pasividad del acto han discurrido (¡los dioses y las diosas las maldigan!) una forma tan perversa de desvergüenza que son ellas las que penetran a los hombres. ¿Cómo asombrarse, pues, de que el más grande de los médicos y más experto conocedor de la naturaleza sea sorprendido en error, puesto que existen tantas mujeres podágricas y calvas? Han perdido el privilegio de su sexo a causa de los vicios, y ya que se han despojado de su condición femenina, han sido condenadas a sufrir las enfermedades de los hombres.

Los antiguos médicos desconocían la práctica de suministrar el alimento 22
más a menudo y de vigorizar con el vino el pulso decaído, desconocían la práctica de la sangría y de mitigar una larga enfermedad mediante el baño y la sudoración, ignoraban desviar a las extremidades, con ligamiento de piernas y brazos, la virulencia oculta del mal asentada en medio del cuerpo.[540] No había necesidad de procurar muchas clases de remedios siendo muy reducidos los peligros.

Mas ahora ¡cuán grandes progresos han hecho las enfermedades! Tales 23
son los intereses que pagamos por haber deseado los placeres más allá de la medida y de lo permitido. No debes sorprenderte de que las enfermedades sean innumerables: haz el recuento de los cocineros. Cesa todo afán por el estudio, y los maestros de las artes liberales presiden aulas desiertas con nula asistencia; en las escuelas de los rétores y filósofos impera la soledad; en cambio, ¡cuán frecuentadas están las cocinas, cuánta juventud se amontona alrededor del hogar de los derrochadores!

Paso por alto las multitudes de miserables muchachos a los que, 24
terminado el banquete, les aguardan otras afrentas en el lecho; paso por alto las cuadrillas de prostituidos, diferenciadas según nación y color a fin de que todas posean la misma agilidad, la misma forma del primer vello, el mismo aspecto del cabello, sin que ninguno con cabellera lisa se mezcle con el de cabellera rizada; paso por alto al tropel de los pasteleros, al de los criados que, al darse la señal, acuden de una y otra parte a servir la cena.

¡Dioses buenos, a cuántos hombres tiene ocupados un solo vientre! Pues, 25
¿qué? ¿Juzgas que esos hongos, un veneno delicioso, no realizan ninguna acción larvada, aunque sus efectos no hayan sido inmediatos? ¿Y qué? Esos

helados del verano ¿piensas que no producen callosidades en el hígado? Y ¿qué? Esas ostras, carne muy insípida, saturada de fango, ¿consideras que no te producen una limosa pesadez? ¿Y qué? Ese garo de nuestros aliados, preciosa podredumbre de peces en mal estado, ¿crees que no abrasa tus entrañas con su putrefacta salmuera? ¿Y qué? Esos alimentos purulentos que casi se llevan del fuego a la boca ¿consideras que se apagan en el propio estómago sin perjuicio alguno? ¡Cuán sucios y pestilentes son los eructos, cuánto hastío de sí mismos experimentan los que duermen su inveterada borrachera! Estos alimentos —debes saberlo— se pudren, no se digieren en el estómago.

Recuerdo que, hace un tiempo, todos hablaban de un famoso plato en el 26
que un cocinero, teniendo prisa por arruinarse, había acumulado todos cuantos manjares suelen consumirse en los grandes convites a lo largo del día: conchas de Venus, mejillones y ostras, recortadas en torno hasta la parte comestible, eran separados con tordos interpuestos; erizos de mar y salmonetes desmenuzados y sin espinas cubrían todo el plato.

Ya no agrada tomar los alimentos por separado: los sabores se mezclan 27
todos en uno solo. Se realiza durante la comida lo que debería realizarse en el estómago: ya sólo espero que los alimentos se presenten masticados; mas ¿no es casi lo mismo que esto separar el caparazón y los huesos y que el cocinero cumpla la función de los dientes? «Resulta pesado recrearse cada vez con un solo manjar: pónganse todos juntos, confundidos en un mismo sabor. ¿Por qué alargar la mano a una sola vianda? Que me sirvan muchas a la vez, que se reúnan los manjares exquisitos de muchos platos integrando uno solo.»

«Quienes decían que con tales comidas se busca la jactancia y la 28
vanagloria deben saber que con ellas no se hace ostentación, sino que se satisface el gusto personal. Reúnanse, impregnados de la misma salsa, los manjares que suelen presentarse separados; que no haya diferencia alguna entre ellos; ostras, erizos de mar, mejillones, salmonetes preséntense mezclados y cocidos juntamente.» No resultaría más confuso el alimento vomitado.

Como estos manjares son complicados, así las enfermedades que ellos 29
originan no son sencillas, antes bien complejas, desconcertantes, variadas, frente a las cuales la medicina ha comenzado a procurarse numerosos remedios y numerosos cuidados.

Otro tanto afirmo acerca de la filosofía. En otra época fue más simple,

cuando los hombres cometían faltas menos graves y se les podía corregir también con un remedio suave: mas frente a tanta subversión moral hay que intentarlo todo.[541] ¡Ojalá que de esta manera se logre al fin acabar con semejante plaga!

Nuestra locura no es ya privada sino pública. Los homicidios y los asesinatos individuales los castigamos: mas ¿qué decir de las guerras y del glorioso delito de arrasar a los pueblos? Ni la avaricia, ni la crueldad conocen límite alguno. Tales delitos, mientras se cometen clandestina e individualmente, son menos nocivos y horrendos: ahora bien la violencia se ejerce mediante decisiones del Senado y decretos de la plebe y la autoridad pública ordena lo que está prohibido a los particulares. 30

Hechos que, cometidos clandestinamente, se pagarían con la pena de muerte, los elogiamos porque los comete quien lleva insignias de general. El hombre, el más dulce de los seres, no se avergüenza de alegrarse de la sangre mutuamente derramada, y de hacer la guerra y de encomendar a sus hijos que la hagan, siendo así que hasta los animales y las fieras tienen paz entre sí. 31

Contra una locura tan imperiosa y extendida la filosofía se ha hecho más activa y se ha procurado tantas más fuerzas cuanto más habían aumentado las del enemigo al que se aprestaba a combatir. Antes resultaba fácil reprender a los que se entregaban al vino y que buscaban manjares refinados: no era necesario un gran esfuerzo para llevar de nuevo el espíritu hacia la frugalidad de la que se había alejado sólo un poco: 32

ahora se necesitan manos ágiles, ahora la maestría en el arte.[542] 33

De todo se quiere obtener placer. No existe vicio alguno que se mantenga dentro de sus límites: el afán de lujo se precipita en la avaricia. El olvido de lo que es honesto nos invade; ningún acto resulta vergonzoso, si nos satisface el provecho obtenido de él. Al hombre, criatura sagrada para el hombre, se le mata ahora por juego y diversión, y si era una infamia adiestrarle a infligir heridas y recibirlas, ahora se le hace bajar a la arena desnudo y desarmado y es satisfactorio el espectáculo que ofrece la muerte de un hombre.

Así pues, en medio de tanta perversidad moral se echa de menos un remedio más enérgico que los usuales para destruir males inveterados: es preciso hacer uso de los principios morales para arrancar de raíz las falsas convicciones que hemos adquirido. Añadidos a éstos, los preceptos, los estímulos, las exhortaciones podrán tener fuerza: por sí solos resultan 34

ineficaces.[543]

Si queremos mantener los ánimos empeñados en el bien y apartarlos del 35
mal en que se hallan cautivos, debe aprender el hombre en qué consiste el mal y en qué el bien, saber que todas las cosas, a excepción de la virtud, mudan de nombre, según sean malas, o buenas. Como el principal compromiso de la vida militar es la palabra jurada, el amor a la bandera y el horror a la deserción, y lo demás se le ordena y se le hace cumplir fácilmente a quien ha prestado el juramento, así en aquellos que deseamos conducir a la felicidad hay que poner sólidos fundamentos e inculcarles la virtud. Que se adhieran a ella con una veneración religiosa, que la amen; que con ella quieran vivir y que sin ella rehúsen a ello.

«¿Entonces no es cierto que algunos sin unos conocimientos profundos 36
consiguieron ser buenos e hicieron grandes progresos con sólo obedecer a simples preceptos?» Lo reconozco, pero es que poseyeron una buena índole que captó al vuelo las enseñanzas saludables. En efecto, como los dioses inmortales no han aprendido virtud alguna ya que están en posesión de todas y forma parte de su naturaleza ser buenos, así ciertos hombres dotados por la suerte de un natural excelente alcanzan todos aquellos conocimientos morales que habitualmente se enseñan sin necesidad de una larga instrucción y se adhieren a la honestidad apenas oyen hablar de ella; de ahí esos espíritus ávidos en asimilar la virtud o fecundos en producirla. Por el contrario, a los que están embotados, insensibles, o esclavizados por malos hábitos se les ha de quitar la herrumbre del alma restregándola largo tiempo.

Por lo demás, del mismo modo que a los propensos hacia la virtud los 37
eleva hasta la perfección el que les enseña los principios filosóficos, así también éste ayudará a los más débiles y los librará de falsos prejuicios. Hasta qué punto son necesarios los principios te lo haré ver con el siguiente razonamiento: existen en nosotros ciertas tendencias que nos hacen ser perezosos para unos actos y osados para otros; ni la audacia puede cohibirse, ni la pereza sacudirse si no suprimimos las causas de una y otra: la falsa admiración y el falso temor. En tanto nos dominan estos sentimientos, puedes bien decir: «éstas son tus obligaciones con el padre, éstas con los hijos, éstas con los amigos, éstas con los huéspedes»: al tratar uno de cumplirlas el amor al dinero se lo impedirá. Sabrá que hay que combatir en defensa de la patria, pero el temor se lo desaconsejará; sabrá que hay que fatigarse en bien de los amigos hasta el supremo esfuerzo, pero la molicie se lo impedirá; sabrá que la forma más grave de injuriar a la esposa consiste en tener una amante, pero

la pasión lo empujará hacia la conducta contraria.

Así que de nada servirá dar preceptos, si antes no se aparta cuanto 38
obstaculiza a los preceptos: como tampoco servirá colocar las armas a la vista de uno y aproximárselas más cerca, si no están libres las manos para utilizarlas. Así el ánimo debe estar libre para dar acogida a los preceptos que le damos.

Supongamos que uno hace lo que debe: no lo hará asiduamente, no lo hará 39
regularmente, ya que ignorará por qué lo hace. Algunas acciones resultarán honestas o por casualidad o por repetición de las mismas, pero no tendrá a su disposición la norma según la cual evaluarlas y que le garantice que es honesto cuanto hace. El que es bueno por azar no podrá asegurar que será así para siempre.

Puede ser, además, que los preceptos garanticen que uno haga lo que 40
debe, pero no que lo haga de la forma que debe; si esto no lo garantizan, tampoco conducen a la virtud. Admito que, exhortado por los preceptos, hará lo que conviene; pero esto supone poco, puesto que el mérito no está por cierto en la acción, sino en cómo realizarla.

¿Qué hay más vergonzoso que un banquete espléndido que consume la 41
fortuna de un caballero? ¿Qué hay tan digno de la reprobación del censor[544] como el ofrecer uno tal banquete, según dicen estos glotones, a sí y a su Genio?[545] Y, sin embargo, las cenas inaugurales[546] han costado a hombres muy frugales un millón de sestercios.[547] Una misma acción, si se realiza por gula, es vergonzosa; si por el prestigio del cargo, evita la reprobación, ya que no es ostentación de lujo, sino un gasto consagrado por el uso.

Tiberio César a quien habían regalado un salmonete de enorme tamaño — 42
¿por qué no indico también el peso y estimulo la gula de algunos?: decían que pesaba cuatro libras y media—,[548] habiendo ordenado que fuese llevado al mercado para ser vendido, dijo: «¡Amigos!, me engaño completamente si no es Apicio[549] o Publio Octavio quien compra este salmonete». Su predicción se verificó más allá de lo esperado: hicieron sus ofertas, Octavio se impuso y consiguió notable gloria entre los suyos porque había comprado al precio de cinco mil sestercios el pez que el César había vendido y que ni siquiera Apicio había podido comprar. Desembolsar tanto dinero fue un acto vergonzoso para Octavio, no para aquel que había comprado el pez a fin de enviárselo a Tiberio, si bien por mi parte también censuraría a éste: quedó prendado de una cosa que juzgó digna del César.

Uno asiste a su amigo enfermo: merece alabanza. En cambio, si realiza tal
acción con vistas a la herencia, es un buitre a la espera de un cadáver. Los 43
mismos actos pueden ser torpes u honestos: lo que importa es el motivo y la forma de realizarlos. Así pues, todos nuestros actos serán honestos, si nos consagramos a la honestidad y consideramos a ésta y a cuanto de ella procede el único bien de la vida humana; las restantes cosas son bienes efímeros.

Por lo tanto se debe infundir una firme convicción que concierna a la vida 44
entera: esto es lo que llamo «decreto». Según sea esta convicción, así serán nuestras acciones y nuestros pensamientos, y según fueren éstos, así será nuestra vida. Para quien pone en orden el conjunto resulta insuficiente dar consejos en casos particulares.

Marco Bruto,[550] en su libro titulado *Perì kathÉkontos [Sobre el deber]*, 45
da muchos preceptos a sus padres, a sus hijos y a sus hermanos: éstos nadie los cumplirá como debe si no tiene un principio orientador al cual referirlos. Es necesario que propongamos el fin del sumo bien por el que debemos esforzarnos, al que deben tener en cuenta nuestras acciones y palabras; como los navegantes, hemos de dirigir el rumbo guiados por una estrella.

La vida sin una finalidad es inconstante, y si es cierto que debemos 46
proponernos un fin, los principios resultan necesarios. Pienso que admitirás que nada hay más vergonzoso que un hombre vacilante, inseguro y que vuelve tímidamente sus pasos para atrás. Esto nos acontecerá en toda circunstancia si no eliminamos aquello que sujeta el ánimo, lo retiene y le impide avanzar y esforzarse con plenitud.

Suelen darse preceptos sobre el modo de venerar a los dioses.[551] Pues 47
bien, debemos prohibir que se enciendan lámparas en sábado,[552] ya que ni los dioses necesitan de iluminación, ni tampoco los humanos se deleitan con el humo. Prohibamos el uso de la salutación matinal y montar guardia a las puertas de los templos: a la ambición humana le cautivan estas devociones, más a Dios le honra quien lo conoce. Prohibamos que se ofrezcan a Júpiter lienzos y cepillos de baño y que se le sostenga el espejo a Juno: un dios no busca servidores. Y ¿por qué no? Es él quien sirve al género humano, está a la disposición de todos en todas partes.

Por más que uno aprenda que debe guardar la medida justa en los 48
sacrificios, que debe rechazar lejos las supersticiones enojosas, jamás progresará lo suficiente si no forma en su espíritu la idea conveniente de Dios: que todo lo posee, que todo lo otorga, que presta su favor

gratuitamente.

¿Qué es lo que motiva a los dioses a hacer el bien? Su naturaleza. Se equivoca quien piensa que ellos no quieren hacer daño: es que no pueden. No pueden ni recibir, ni infligir una injuria, puesto que el dañar y ser dañado van unidos. Aquella su naturaleza, la más elevada y hermosa, que los ha eximido a todos de peligro, ha hecho que no sean tampoco peligrosos. 49

El primer culto a los dioses consiste en crecer en ellos; luego reconocer su majestad, reconocer su bondad sin la que no existe la majestad; saber que ellos son los que gobiernan el mundo, los que con su poder ordenan el universo, los que protegen al género humano, preocupándose a veces de cada uno. Ellos ni causan el mal, ni están sometidos a él; por lo demás a algunos los reprenden, los corrigen, les imponen penas y algunas veces los castigan bajo la apariencia de hacer un bien. ¿Quieres tener propicios a los dioses? Sé bueno. Les tributa el culto debido quien los imita. 50

He aquí otra cuestión: ¿cómo hay que tratar a los hombres? ¿Qué debemos hacer? ¿Qué preceptos damos? ¿No derramar sangre humana? ¡Bien poco es no hacer daño a quien debemos favorecer! Gran mérito supone, sin duda, que un hombre sea afable con otro hombre. ¿Le preceptuamos que alarge la mano al náufrago, que indique el camino al que se ha extraviado, que comparta el pan con el hambriento? ¿Por qué voy a enumerar todo cuanto hay que hacer y evitar? Puedo enseñarle en pocas palabras esta norma que regula los deberes 51
humanos: todo esto que ves que incluye las cosas divinas y las humanas es 52
unidad: somos miembros de un gran cuerpo. La naturaleza nos ha constituido parientes al engendrarnos de los mismos elementos y para un mismo fin; ella nos infundió el amor mutuo y nos hizo sociables. Ella estableció la equidad y la justicia; por decreto suyo es mayor desgracia dañar que ser dañado;[553] por mandato suyo las manos han de estar dispuestas a ayudar.

Esté siempre en nuestro corazón y en nuestra boca aquel verso: 53

> hombre soy y nada de lo humano lo considero ajeno a mí.[554]

Tengamos las cosas en común, pues hemos nacido para la comunidad. Nuestra sociedad es muy semejante al abovedado, que debiendo desplomarse si unas piedras no sostuvieran a otras, se aguanta por este apoyo mutuo.

Después de los dioses y de los hombres, consideremos la manera de comportarnos con las cosas. Arrojaremos los preceptos al vacío si antes no expresamos qué opinión debemos tener de cada cosa: de la pobreza y de la riqueza, de la gloria y de la ignominia, de la patria y del destierro. Valoremos 54

cada cosa sin tener en cuenta la reputación que merecen y tratemos de saber qué son realmente, no el nombre que se les da.

Pasemos a las virtudes. Alguien nos prescribirá que estimemos en mucho 55
la prudencia, que abracemos la fortaleza, que nos consagremos a la justicia aún más de lleno, si cabe, que a las demás virtudes; pero no conseguirá nada si ignoramos en qué consiste la virtud, si es una sola o muchas, si están separadas o vinculadas entre sí, si quien posee una sola posee también las restantes y en qué se diferencian unas de otras.

El artesano no tiene necesidad de indagar sobre el origen ni la utilidad de 56
su oficio, como tampoco el pantomimo sobre el arte de la danza: todas estas artes basta saberlas y no hace falta más, ya que no se refieren a la vida entera. La virtud comprende la ciencia de las demás cosas y de sí misma; hay que aprender sobre ella para aprender en qué consiste.

La acción no será recta si no fuere recta la voluntad, porque de la 57
voluntad procede la acción. A su vez la voluntad no será recta si no fuere recta la disposición del alma, porque de ésta procede, en efecto, la voluntad. Mas la disposición del alma no será la óptima si no ha conocido las leyes de la vida entera y apreciado qué es lo que debe juzgar de cada cosa, si no las vincula todas con la verdad. La tranquilidad sólo alcanza a quienes se han formado un juicio inmutable y seguro:[555] los demás en seguida desfallecen y luego se recuperan y fluctúan alternativamente entre renuncias y deseos.

¿Cuál es la causa de su agitación? Que nada queda claro a los que siguen 58
la más insegura de las normas, la opinión pública. Si pretendes querer siempre las mismas cosas, es preciso que quieras la verdad. No se llega a la verdad sin los principios: ellos abarcan toda la vida. El bien y el mal, lo honesto y lo torpe, lo justo y lo injusto, lo piadoso y lo impío, la virtud y la práctica de la virtud, el disfrute de comodidades, la consideración y el honor, la salud, las fuerzas, la hermosura, la agudeza de los sentidos: todas estas cosas precisan de un evaluador. Se debe saber qué valor hay que asignar a cada una en el censo.

En efecto, te equivocas y valoras ciertas cosas en más de lo que son; 59
hasta tal punto te equivocas, que las cosas tenidas por nosotros en el mayor aprecio —la riqueza, el prestigio, el poder— no deben valorarse en más de un sestercio. Esto no podrás saberlo, si no examinas el ordenamiento general según el cual estas cosas se valoran. Como las hojas no pueden ser verdes por sí mismas y necesitan una rama a la que adherirse, de la que tomar la savia, así los preceptos, si están solos, se marchitan, reclaman ser integrados

en un cuerpo de doctrina.[556]

Además, no se dan cuenta quienes eliminan los principios que, con la 60
misma argumentación con que los eliminan, vienen a confirmarlos.[557] Porque ¿qué es lo que dicen? Que los preceptos bastan para regular la vida, que son superfluos los principios de la sabiduría. Ahora bien esta misma afirmación constituye un principio, igual, ¡por Hércules!, que si yo dijera ahora que hemos de renunciar a los preceptos como algo inútil y hacer uso de los principios y a ellos solos dirigir todo el empeño; precisamente afirmando que no se deben tener en cuenta los preceptos enunciaría un precepto.

Ciertas cuestiones en filosofía reclaman una sencilla advertencia, otras 61
una demostración y además extensa, porque son oscuras y apenas si quedan aclaradas aplicándoles suma atención y agudeza. Si las pruebas son necesarias, también son necesarios los principios que, mediante argumentos, descubren la verdad. Algunas verdades son evidentes, otras oscuras: son evidentes las que son percibidas por los sentidos, las que son retenidas por la memoria; son oscuras las que están fueran de su alcance. Pero la razón no se contenta con las verdades evidentes: su mayor y más bello cometido está en descubrir las ocultas. Éstas exigen una demostración, la demostración no se logra sin los principios, luego los principios son necesarios.

Aquello que constituye el sentido común, constituye el sentido perfecto, 62
que es una firme convicción sobre las cosas; si en el alma todo está fluctuante sin esta convicción, son entonces necesarios los principios que infunden en el espíritu la constancia de juicio.

En fin, cuando exhortamos a alguien a tener al amigo en la misma estima 63
que a sí mismo, a considerar que es posible hacer de un enemigo un amigo, estimulando el amor hacia el primero y refrenando el odio contra el segundo, añadimos: «es justo, es honesto». Ahora bien, la justicia y la honestidad están comprendidas en la exposición de nuestros principios, luego ésta es necesaria, puesto que sin ella aquellas virtudes tampoco existen.

Pero debemos unir una y otra cosa, porque sin la raíz las ramas son 64
estériles y las propias raíces se benefician también de las ramas que han producido. ¡Cuán útiles sean las manos nadie puede ignorarlo, la ayuda que aportan es evidente!; en cambio, el corazón por el que las manos están vivas, del que toman su impulso, por el que se mueven, queda oculto. Otro tanto puedo decir acerca de los preceptos: son manifiestos, mientras los principios de la sabiduría están ocultos. Como lo más venerable de los ritos sagrados lo conocen tan sólo los iniciados, así en la filosofía los principios arcanos se

descubren a los admitidos e introducidos en su santuario; por el contrario, los preceptos y otras normas similares son conocidos también de los profanos.

Posidonio no sólo juzga necesaria la «preceptiva» (pues nada nos prohíbe utilizar el término), sino también la persuasión, la consolación y la exhortación; añade a éstas la investigación de las causas, que no veo por qué no osemos llamarla *etiología*, toda vez que los gramáticos, custodios de la lengua latina, con todo derecho la llaman así.[558] Afirma que será útil también la definición de cada virtud; a ésta Posidonio la denomina *éthología*, algunos *charaktérismós* por cuanto destaca las características y rasgos específicos de cada virtud y vicio, con los cuales quedan diferenciadas las cosas semejantes entre sí. 65

El definir tiene la misma eficacia que preceptuar; en efecto, el que preceptúa afirma: «harás esto si quieres ser temperante», el que define dice: «es temperante el que hace esto, el que se abstiene de aquello». ¿Quieres saber cuál es la diferencia? El uno enuncia preceptos de virtud, el otro ofrece un modelo. Estas definiciones e «iconismos»[559] —para utilizar el término de los cobradores de tributos— reconozco que son útiles: propongamos acciones laudables y encontraremos imitadores. 66

¿Consideras que es oportuno que se te indiquen los criterios mediante los cuales reconozcas que un caballo es de raza, para no equivocarte al comprarlo y no perder el tiempo en un animal sin bríos? ¡Cuánto más provechoso resulta conocer las características de un espíritu superior, las cuales sea posible trasladar del otro a uno mismo! 67

> Al punto el potro de pura raza avanza muy erguido en los pastos y mueve sus flexibles piernas; se atreve el primero a emprender la carrera, a vadear ríos impetuosos y a afrontar un puente desconocido, y no se espanta de ruidos vanos. Tiene recta la cerviz, la cabeza sutil, vientre pequeño y gruesas las espaldas; su pecho animoso está pletórico de músculos… Luego si a lo lejos escucha el fragor de las armas, no sabe estar quieto, agita las orejas, y se estremece en todos sus miembros, y comprimiendo el ardor concentrado lo expulsa por la nariz.[560] 68

Nuestro Virgilio, sin pretenderlo, señala aquí los rasgos del héroe: yo, al menos, no ofrecería otra imagen del hombre magnánimo. Si tuviera que representar a Marco Catón impertérrito en medio del fragor de la guerra civil, y que es el primero en arremeter contra los ejércitos ya cercanos a los Alpes y en oponerse a la guerra civil, no le asignaría otra expresión del rostro, no otra actitud.[561] 69

Ciertamente, ninguno pudo avanzar más erguido que este hombre que se alzó contra César y Pompeyo a un tiempo y, mientras unos apoyaban las 70

fuerzas cesarianas y otros las pompeyanas, desafió a los dos y mostró que también existía el partido de la República. No es poco decir de Catón que «no se espanta de ruidos vanos». ¿Cómo no? Si no se espanta de los ruidos reales y próximos, si levanta libre su voz contra diez legiones, contra las tropas auxiliares galas y contra las armas de los bárbaros unidas a las de los ciudadanos, y exhorta a la República a no desfallecer en la defensa de la libertad, sino a intentarlo todo por cuanto resultará más honroso sucumbir en la esclavitud que salir a su encuentro.[562]

¡Cuánto vigor, cuánto ánimo en él, cuánta seguridad en medio del 71
azoramiento general! Sabe que es el único cuya situación no se cuestiona; pues no se trataba de saber si Catón era un hombre libre, sino de saber si vivía entre hombres libres: de ahí su menosprecio a los peligros y a las armas. Quien admira la inflexible firmeza de este hombre, que no se abate mientras todo se hunde, afirma complacido: «está pletórico de músculos su animoso pecho».

Será provechoso no sólo expresar cómo suelen ser los hombres virtuosos 72
y describir su figura y sus rasgos, sino además contar y poner de relieve cómo fueron realmente: hablar de la última y muy fuerte herida de Catón a través de la cual la libertad exhaló su aliento postrero, de la sabiduría de Lelio y de su pleno acuerdo con su amigo Escipión, de las gestas ilustres, tanto en la patria como en el extranjero, del otro Catón, de los lechos de madera dispuestos en público por Tuberón,[563] de las pieles de cabra que empleó como tapetes y de las vasijas de barro que para el convite aprestó ante la capilla del propio Júpiter. ¿Qué otra cosa era sino consagrar la pobreza en el Capitolio? ¿Aún sin conocer ninguna otra acción suya por la que poder contarlo entre los Catones, consideraremos ésta insuficiente? Aquello no fue una cena, sino el rasgo propio de un censor.

¡Oh cómo ignoran los hombres ávidos de la gloria en qué consiste ésta y 73
de qué forma hay que conseguirla! En aquel día el pueblo romano contempló la vajilla de muchos ciudadanos, pero admiró la de uno solo. El oro y la plata de todos ellos se han roto ya en pedazos y se han refundido miles de veces, en cambio las vasijas de barro de Tuberón perdurarán por todos los siglos.

LIBRO XVI

96

La vida debe constituir una noble milicia

1 ¿Es cierto que te indignas y te lamentas de cualquier infortunio sin darte cuenta de que en estos accidentes no existe otro mal que indignarse y lamentarse? Si me preguntas te diré que, según pienso, el único infortunio para el hombre es el de creer que en la naturaleza exista alguna cosa que constituya para él un infortunio. No me soportaré el día en que no pueda soportar un infortunio.[564] Tengo mala salud: es una parte de mi destino. Mis esclavos yacen enfermos en la cama; las deudas me angustian; la casa se ha desplomado con estrépito; pérdidas, heridas, fatigas, temores se han precipitado sobre mí: estos accidentes suelen suceder. Pero es decir poco: deben suceder. Tales infortunios acontecen por decreto, no por casualidad.[565]

2 Si me otorgas algún crédito, te descubriré mis sentimientos ahora más que nunca: en todos estos sucesos que parecen adversos y penosos me he impuesto esta conducta: no obedezco a Dios sino que consiento con Él, lo secundo gustosamente, no por necesidad.[566] Ningún revés me sobrevendrá jamás que lo asuma con tristeza, con rostro enojado; ningún tributo pagaré contrariado. Todos los infortunios ante los cuales gemimos, por los cuales nos atemorizamos son tributos a la vida: no esperes, Lucilio querido, ni pidas verte libre de ellos.

3 El mal de piedra te ha causado molestias, has recibido epístolas poco gratas, perjuicios y más perjuicios y —diré algo peor— has temido por tu vida. ¿Acaso ignorabas, cuando deseabas llegar a viejo, que deseabas también estas incomodidades? Todas ellas se encuentran en una larga vid[567] como el polvo, el barro y la lluvia en un largo camino.

4 «Pero yo quería vivir, libre de toda incomodidad.» Una afirmación tan afeminada desdice de un hombre fuerte. Tú verás con qué disposición acoges este mi augurio; por mi parte te lo hago no sólo con buen ánimo, sino con ánimo generoso: que no permitan ni los dioses ni las diosas que la fortuna te prodigue sus delicias.[568]

Pregúntate a ti mismo —caso de que un dios te otorgue la facultad de elegir— si quieres vivir en un mercado o en un campamento. Pues bien, Lucilio, vivir es asunto de soldados.[569] De ahí que los que están en continuo movimiento, que van arriba y abajo superando fatigas y dificultades y arrostran campañas peligrosísimas son los soldados valerosos, la flor y nata del campamento; mas esos que, mientras los otros se esfuerzan se entregan a un ocio vergonzoso sin energía, son unos tortolitos, sólo seguros a costa del deshonor. 5

97

La conciencia del bien subsiste aun en los más perversos

Te equivocas, Lucilio querido, si juzgas que la intemperancia, el abandono de las buenas costumbres y las demás flaquezas que cada uno atribuye a su tiempo son vicios de nuestra generación. En realidad, son vicios de los hombres, no de los tiempos; ninguna época ha estado libre de culpa;[570] y si te pones a enjuiciar el desenfreno a lo largo de los siglos, da vergüenza decir que jamás se ha pecado con más descaro que en presencia de Catón.[571] 1

¿Quién podría creer que corrió el dinero en aquel juicio en el que Publio Clodio[572] era el reo por el adulterio cometido ocultamente con la esposa de César, profanando la santidad de ese sacrificio que dicen que se ofrece por el pueblo, excluidos del recinto todos los varones hasta el punto de que se cubren incluso las pinturas que representan animales machos? Y, sin embargo, se entregó dinero a los jueces, y —lo que es más vergonzoso que el soborno — éstos exigieron, además, como sobreprecio, concúbitos con matronas y mancebos de noble cuna.[573] 2

Fue menor el pecado al cometer el crimen que al absolverlo: el reo de adulterio repartió adulterios y no estuvo seguro de su salvación hasta que hizo semejantes a él a sus jueces. Tales desmanes fueron cometidos en aquel juicio en el que, a falta de otros argumentos, Catón aportó su testimonio. Citaré las mismas palabras de Cicerón, porque lo sucedido excede toda credibilidad: 3

> Reclamó la presencia de los jueces, les hizo promesas, les dio garantías, les entregó dinero. Y, además —¡oh, dioses buenos!, regalo indigno—, a algunos jueces se les brindó, como recompensa añadida pasar la noche con determinadas mujeres y tener a su disposición a nobles mancebos.[574] 4

No estamos para lamentarnos de la suma pagada, hubo mayor gravedad en la 5
añadidura. «¿Quieres la esposa de aquel hombre austero? Te la daré. ¿Quieres la de ese rico? Conseguiré también que te acuestes con ella. Condena el adulterio, si no lo cometes. Aquella belleza, por la que suspiras, vendrá a ti; te garantizo una noche con ella, sin hacértela esperar: en el plazo de tres días se cumplirá mi promesa.» Es más vergonzoso repartir adulterios que cometerlos: ahora bien, esto supone una amenaza para las madres de familia.

Estos jueces de Clodio habían pedido una guardia al Senado, que sólo era 6
necesaria para aquellos jueces que habían de dictaminar una condena, y la consiguieron. Por ello, les dijo primorosamente Cátulo, después que hubieron absuelto al reo: «¿Para qué nos pedíais una guardia? ¿Para que no se os arrebatase el dinero?» Con todo, entre juegos tan indignos quedó sin castigo el que antes del juicio había sido adúltero, en medio del juicio alcahuete, que actuó con más desvergüenza para evitar la condena que para merecerla.

¿Crees que han existido costumbres más corrompidas que aquellas en las 7
que el desenfreno no podía ser reprimido ni por la religión, ni por los juicios, cuando en una investigación que se realizaba de forma extraordinaria por decreto del Senado se cometió una culpa más grave que aquella que se investigaba? Se investigaba si uno podía estar seguro después de cometido el adulterio: se evidenció que sin adulterio no podía estar seguro.

Tales desmanes se cometieron en tiempos de Pompeyo y de César, de 8
Cicerón y de Catón, en cuya magistratura, por lo que se dice, el pueblo se abstuvo de pedir la celebración de los juegos en honor de Flora, durante los cuales se exhibían meretrices desnudas;[575] si es que cabe creer que los hombres se comportaron entonces con más austeridad como espectadores que como jueces. Semejantes hechos han sucedido y sucederán y el libertinaje de las ciudades se reprimirá alguna vez por la ley y por el temor, jamás por propio impulso.

No tienes, por consiguiente, que pensar en que nosotros nos dejamos 9
llevar sobre todo por el desenfreno y muy poco por las leyes; porque esta nuestra juventud es mucho más honesta que aquella de la época anterior, cuando el reo negaba su adulterio ante los jueces y éstos lo confesaban ante el reo al tiempo que cometían estupros para decidir la causa; cuando Clodio, favorecido por los mismos crímenes que lo hacían culpable, hacía de alcahuete en el mismo proceso. ¿Quién lo podría creer? El que iba a ser

condenado por un adulterio fue absuelto de muchos.

Toda época producirá Clodios, no toda producirá Catones. Somos 10
propensos al mal porque nunca puede faltar para ello un guía, un compañero, y el asunto prospera por sí mismo sin guía, sin compañero. Nuestro albedrío no sólo es proclive al vicio, sino que se precipita en él; y hay algo que hace a la mayoría de los mortales incorregibles: las faltas que se cometen en todas las demás artes producen sonrojo al artista y disgustan al que yerra, mas los pecados de la vida deleitan.

No se alegra el timonel cuando se hunde el navío, ni el médico cuando 11
entierran a su enfermo, ni el orador cuando por su culpa se condena al reo que defiende; por el contrario, todos sienten placer por el propio crimen. Aquél se regocija por el adulterio al que le estimuló la misma dificultad; aquel otro por la intriga y el hurto, y no se lamenta de su pecado sino cuando resulta mal. Tal acontece a causa de los malos hábitos.

Por lo demás, a fin de que te convenzas de que hasta en los espíritus más 12
perversos anida el sentimiento del bien y que no ignoran el vicio, si bien no actúan contra él, fíjate en que todos disimulan sus culpas y, aunque hayan tenido éxito con ellas y se gocen de sus frutos, con todo las disimulan. Por el contrario, la buena conciencia desea manifestarse y atraer las miradas; la maldad teme hasta las mismas tinieblas.

Por ello, pienso que Epicuro ha dicho con acierto: «El culpable puede 13
conseguir ocultarse, pero no la seguridad de quedar oculto», o bien de esta otra forma, si crees que este pensamiento puede así ser expuesto mejor: «A los culpables de nada les sirve estar ocultos, porque aun teniendo la suerte de estar ocultos, no tienen la seguridad de ello».[576] Así es: en el crimen se puede estar sin peligro, pero no con seguridad.

No creo que esta máxima, explicada de este modo, contradiga nuestra 14
doctrina. ¿Por qué? Porque la primera y principal pena de los pecadores consiste en el pecado, ni crimen alguno, por más que la fortuna lo adorne con sus dones, por más que lo proteja y defienda, queda impune, ya que el castigo del crimen está en el propio crimen. Pero también lo angustian y lo acosan estos otros castigos: el temer siempre, el espantarse y desconfiar de su seguridad. ¿Por qué he de liberar a la maldad de este tormento? ¿Por qué no dejarla siempre en la incertidumbre?

Disentimos de Epicuro cuando dice que nada hay justo por naturaleza y 15
que los crímenes han de evitarse porque no puede evitarse el temor que ocasionan: estamos de acuerdo con él en que las malas acciones sufren las

torturas de la conciencia, la cual está sometida a multitud de tormentos y a una constante inquietud que la agobia y azota, sin que pueda confiar en los garantes de su seguridad. Esto mismo, Epicuro, constituye el argumento de que, por ley de la naturaleza, aborrecemos el delito que a todos, aun en medio de la seguridad, les infunde temor.[577]

La fortuna libera a muchos del castigo, a nadie del miedo. Y ¿qué otro motivo hay, sino que está arraigada en nosotros la aversión por todo aquello que la naturaleza ha condenado? Por ello, los que se ocultan nunca tienen la seguridad de quedar ocultos, puesto que la conciencia los acusa y descubre cómo son. Es propio de los culpables tener miedo. ¡Mal nos hubiera ido a nosotros —supuesto que muchos delitos escapan a la ley, al juez y a las penas del código—, si los culpables no satisficiesen al punto aquellos castigos graves, impuestos por la naturaleza, y el lugar de la pena a expiar no lo ocupase el temor! 16

98

Firmeza interior frente a la inconstancia de la fortuna

Jamás consideres feliz a nadie que dependa de la felicidad. Se sustenta en un apoyo frágil el que se alegra por un bien exterior: el gozo que ha entrado volverá a salir. Mas aquel que brota de uno mismo es duradero y firme, va en aumento y nos acompaña hasta el final: los demás bienes que suscitan la atención del vulgo son bienes de un día: «¿Es que no pueden procurarnos provecho y placer?». ¿Quién puede negarlo? Pero a condición de que dependan de nosotros y no nosotros de ellos.[578] 1

Todos los bienes en los que se fija la fortuna resultan fructíferos y agradables, si quien los posee se posee también a sí mismo y no está esclavizado a sus cosas. Pues se equivocan, Lucilio, los que opinan que la fortuna nos procura algún bien o algún mal: ella nos brinda la materia de los bienes y de los males, y los principios de aquellas cosas que se convertirán en nosotros en bienes o en males.[579] Porque el alma es más fuerte que cualquier fortuna, dirige sus cosas en un sentido o en otro y es la causa de la felicidad y de la desventura para sí misma. 2

El hombre malo todo lo convierte en maldad hasta aquello que se ha presentado bajo la apariencia de óptimo; el hombre recto e íntegro endereza 3

los entuertos de la fortuna y suaviza su rigor y aspereza con el arte de la paciencia; él mismo acoge con gratitud y moderación los sucesos prósperos y con firmeza y valor los adversos. Por más prudente que sea, aunque lo realice todo con profunda reflexión, aunque no intente nada superior a sus fuerzas, no logrará alcanzar aquel bien perfecto, situado al abrigo de toda amenaza, si no está seguro frente a la inseguridad de la fortuna.

Tanto si quieres examinar a los demás —ya que nuestra opinión es más 4
sincera respecto de los otros—, como si te quieres examinar a ti mismo, excluyendo la parcialidad, te darás cuenta y reconocerás que ninguno de esos bienes deseables y preciados resulta útil, si no te previenes contra la inestabilidad del azar y de los accidentes que derivan del azar, si no repites en cada una de tus desgracias, con frecuencia y sin quejarte, aquellas palabras:

los dioses lo han decidido de otro modo.[580]

Antes bien, ¡por Hércules!, para proponerte una expresión más vigorosa y 5
justa con la que afiances más tu espíritu, pronuncia estas palabras, cuantas veces te suceda algo de forma distinta a como esperabas: «los dioses lo han decidido mejor». Al hombre así dispuesto nada lo cogerá de improviso. Y se dispondrá de este modo, si piensa en lo que es capaz de hacer la inconstancia de las cosas humanas antes de experimentarlo, si disfruta de los hijos, de la esposa y del patrimonio como quien no ha de disfrutarlos siempre y no ha de ser más desgraciado si tuviera que dejarlos.

Desventurado es el espíritu angustiado por el futuro e infeliz antes de la 6
infelicidad, que está solícito de que le duren hasta el fin de la vida las cosas que lo deleitan. En ningún momento estará tranquilo y, por el ansia del futuro, perderá los bienes presentes de que podría disfrutar. Y van a la par el dolor por la cosa perdida y el temor por la que puede perder.

No por ello te aconsejo la despreocupación. Más bien evita las cosas que 7
infunden temor, prevé cuanto la prudencia puede prever, observa y aleja de ti, mucho antes de que suceda, todo cuanto pueda perjudicarte. Para lograr este objetivo te ayudarán muchísimo la confianza en ti mismo y el ánimo robustecido para soportarlo todo. Puede esquivar la fortuna quien puede aguantar sus envites; ciertamente, en un hombre sereno no causa turbación. Nada más desdichado, ni insensato que temer por adelantado: ¿a qué viene esta locura de anticipar el propio mal?

En fin, para exponerte en pocas palabras mi sentir, te describiré a esos 8

hombres angustiados, molestos para sí, tan inmoderados en medio de la desgracia como antes de ella. Se duele más de lo necesario quien se duele antes de que sea necesario, ya que la misma debilidad, por la que no espera el dolor, hace que no lo valore debidamente; con la misma intemperancia imagina que su felicidad ha de ser perpetua, imagina que no sólo deben perdurar, sino incrementarse, todos los bienes que ha conseguido, y olvidándose de este trampolín del que se lanza de un lado para otro la suerte humana, se promete a sí mismo la continuidad de los dones de la fortuna.

Así pues, me parece que se expresó con mucho acierto Metrodoro en aquella epístola en la que exhortaba a su hermana que había perdido a un hijo de noble carácter: «Es mortal todo bien de los mortales».[581] Se refiere a aquellos bienes tras los cuales la gente corre en tropel; porque aquel verdadero bien, la sabiduría y la virtud, no muere, es estable y eterno. Es el único bien inmortal que pueden alcanzar los mortales.[582] 9

Por lo demás, son tan insensatos, tan olvidadizos del fin al que se dirigen, hacia el que los días, uno por uno, los empujan, que les sorprende que puedan perder algo ellos, que un día lo van a perder todo. Cualquier cosa de la que te proclamas señor está junto a ti, no es tuya: nada hay inmutable para el mudable, nada eterno e indestructible para el frágil. Tan inevitable es morir como perder nuestro patrimonio y esto mismo, si lo llegamos a entender, es un consuelo. Soporta la pérdida con magnanimidad, pues hay que morir. 10

Mas ¿qué remedio podemos encontrar frente a estas pérdidas? El de retener en la memoria las cosas perdidas y no permitir que desaparezca con ellas el fruto que hemos percibido de ellas. Se nos arrebata el tenerlas, pero nunca el haberlas tenido. Es sumamente ingrato aquel que, una vez que las ha perdido, no se siente deudor de haberlas poseído. El patrimonio nos lo arrebata el azar, pero deja en nuestro poder el usufructo que perdemos por nuestra injusta nostalgia. 11

Debes decirte: «de todos esos males que parecen terribles ninguno hay insuperable». Uno por uno los han superado ya muchos: el fuego Mucio,[583] la cruz Régulo,[584] la cicuta Sócrates,[585] el destierro Rutilio,[586] la muerte provocada por la espada Catón:[587] superemos también nosotros alguna dificultad. 12

Por el contrario, esos bienes que atraen al vulgo por su bella apariencia de felicidad han sido menospreciados por muchos y a menudo. Fabricio[588] como general rehusó las riquezas, como censor las tachó de infamantes; 13

Tuberón[589] juzgó la pobreza digna de él y del Capitolio, cuando empleando en el convite público vasijas de barro, mostró que los humanos debían contentarse con la vajilla que todavía utilizan los dioses; Sextio, el padre,[590] que por la nobleza de su nacimiento hubiera debido abrazar la carrera política, rechazó los cargos públicos y no aceptó la dignidad senatorial que le ofrecía el divino Julio: entendía que cuanto podían darle podían también arrebatárselo. Hagamos también nosotros alguna gesta valerosa: situémonos entre los modelos.

¿Por qué desfallecemos? ¿Por qué nos desesperamos? Podemos hacer 14
todo lo que se ha podido hacer: con tal que purifiquemos nuestra alma y sigamos a la naturaleza, pues quien de ella se aparta deberá vivir entre codicias y temores y esclavizarse a los bienes fortuitos. Volvamos al camino, volvamos a nuestro estado anterior: volvamos a fin de soportar cualesquiera dolores que hayan sacudido nuestro cuerpo y digámosle a la fortuna: «te las tienes que ver con un hombre: busca a otro a quien puedas vencer».

Con estas exhortaciones y otras semejantes se mitiga aquel rigor de la 15
herida que, ¡por Hércules!, deseo que se calme o se cure o se estacione o envejezca con el propio anciano.[591] Pero no siento preocupación por él: se trata de una pérdida nuestra, a nosotros se nos arrebata un anciano de eminente virtud. Porque él ha consumado la vida y no desea que se la prolongue en provecho propio, sino en el de aquellos para quienes es útil. Viviendo realiza un acto de generosidad.

Otro ya hubiera puesto fin a estos tormentos: él considera tan deshonroso 16
huir de la muerte, como refugiarse en ella. «Entonces ¿qué? ¿No se irá de la vida si las circunstancias se lo aconsejan?» ¿Por qué no se irá si ya no puede ser útil a nadie? ¿Si no puede empeñarse en ninguna otra cosa que en el sufrimiento?[592]

En esto consiste, Lucilio querido, aprender la filosofía en la práctica y 17
ejercitarse verdaderamente en ella, en considerar el valor que manifiesta un hombre prudente frente a la muerte, frente al dolor, cuando aquélla se avecina y éste apremia. Hay que aprender lo que se debe hacer de quien lo hace.

Hasta aquí hemos demostrado con razonamientos si es posible que uno 18
resista a dolor, o si la muerte inminente puede doblegar incluso a los nobles espíritus. ¿Qué necesidad tenemos de palabras? Situémonos ante el caso presente: ni la muerte lo hace más fuerte contra el dolor, ni el dolor contra la muerte. Frente a uno y otra confía en sí, y no sufre con entereza por la

esperanza de morir, ni va a morir de buen grado por el hastío del dolor: a éste lo sufre, a la muerte la espera.

99

Motivos de consuelo en la muerte de un ser querido[593]

Te remito las letras que escribí a Marulo,[594] cuando perdió a su hijo muy 1
pequeño y, según decían, soportaba la pérdida con desánimo; en ellas no he seguido el uso habitual, ni he considerado que debía tratarlo con afabilidad, toda vez que era más digno de reproche que de consuelo. Porque hay que condescender por breve tiempo con quien está dolorido y soporta con dificultad una gran desgracia; que se desfogue y exteriorice sus primeros impulsos. Mas a aquellos que se han propuesto llorar por gusto es necesario 2
reprenderlos, sin más, para que aprendan que también en el llanto puede haber una cierta necedad.

«¿Esperas consuelos? Recibe reproches. ¿Con tanto desánimo sufres la muerte de tu hijo? ¿Qué harías si hubieses perdido a un amigo? Ha fenecido tu hijo muy pequeño y, por ello, de esperanza incierta: en muy poco tiempo lo has perdido.

»Buscamos motivos de dolor y queremos quejarnos, aun injustamente, de 3
la fortuna, como si no tuviera que ofrecernos justos motivos de queja; mas ¡por Hércules!, te consideraba ya bastante animoso incluso frente a los males verdaderos, cuanto más frente a estas apariencias de mal, que los humanos lamentan, siguiendo la costumbre. Si hubieras perdido a un amigo —la mayor de todas las pérdidas—, deberías poner mayor esfuerzo en alegrarte de haberlo poseído, que en afligirte por haberlo perdido.

»Pero la mayoría no valora cuántos bienes ha recibido, de cuántos ha 4
gozado. El presente dolor acusa, entre otros, este defecto: no sólo es superfluo, sino también ingrato. ¿Así que, por haber tenido tal amigo, has perdido el tiempo? ¿En tantos años, con tanta intimidad de vida, con tanta compenetración en los estudios, no se ha conseguido nada? ¿Vas a enterrar con el amigo la amistad? ¿Por qué te dueles de haberlo perdido si no te aprovecha haberlo poseído? Créeme, una gran parte de aquellos que hemos querido, aunque el azar nos los haya arrebatado, queda con nosotros. Es nuestro el tiempo que ha transcurrido y nada está más seguro en su puesto que

aquello que ya ha sido.
»Somos desagradecidos respecto de los bienes que hemos recibido por la 5
esperanza del futuro, como si lo que es futuro, una vez que llegue a nuestras
manos, no haya de convertirse al punto en pasado. Señala unos límites
estrechos a la utilidad de las cosas quien sólo está satisfecho con las
presentes: también deleitan las futuras con la esperanza y las pasadas con el
recuerdo, pero las futuras son inciertas y pueden no suceder, las pasadas no
pueden menos de haber sucedido. Así pues, ¿qué locura es ésta de privarse
del bien más seguro? Contentémonos con los bienes que ya hemos disfrutado,
con tal de que no los hayamos disfrutado con un ánimo agujereado que dejaba
perder todo cuanto había recibido.

»Son innumerables los ejemplos de quienes enterraron a sus hijos jóvenes 6
sin derramar lágrimas, quienes regresaron desde la pira al Senado o a otros
cargos públicos y en seguida se ocuparon de otras cosas. Y no sin razón:
porque en primer lugar es inútil dolerse si de nada te aprovecha el dolor;
luego es injusto dolerse de lo que acontece a uno, pero que está reservado a
todos; además, es necio el disgusto que causa nuestra añoranza, cuando es
mínima la distancia temporal entre la persona perdida y la que siente
añoranza. Así que debemos ser tanto más ecuánimes por cuanto seguimos a
los que hemos perdido.

»Contempla la rapidez del tiempo más veloz, piensa cuán corto es el 7
espacio a través del cual corremos muy apresurados, fíjate en esa comitiva de
seres humanos que se dirige al mismo lugar, separada por distancias mínimas,
aun cuando den la impresión de ser máximas: ese al que consideras que ha
muerto se nos ha adelantado. Entonces, ¿qué mayor locura, supuesto que
hemos de recorrer el mismo camino, que la de llorar a aquel que nos ha
precedido?

»¿Acaso deplora alguien un suceso que no ignoraba que iba a producirse? 8
Ahora bien, si no ha previsto la muerte en el ser humano, se engaña a sí
mismo. ¿Deplora alguien un suceso que decía que no podía dejar de tener
lugar? Todo el que se lamenta de que alguien haya muerto, se lamenta de que
ha sido hombre. Una misma suerte encadena a todos: a quien le ha tocado 9
nacer, le resta luego morir.[595]

»Nos separan las distancias, nos iguala el final. El espacio de tiempo que se extiende entre el primero y el último día es diverso e incierto: si consideras las penalidades, es largo aun para el niño; si consideras su rapidez, es corto aun para el viejo. Nada hay que no sea resbaladizo y

engañoso y más agitado que cualquier tempestad: todo es zarandeado de acá para allá y se muda en sentido contrario por imperativo de la fortuna, y en tanta inestabilidad de las cosas humanas nada hay ya cierto para nadie a excepción de la muerte. No obstante, todos se lamentan del único hecho que a nadie engaña.

»“Pero ha muerto en la infancia.” No voy a decir aún que se le dispensa 10
mejor trato al que acaba pronto con la vida: ocupémonos de aquel que ha llegado a viejo. ¡Cuán poco supera al infante! Contempla la inmensa profundidad del tiempo y abarca su totalidad, luego compara lo que llamamos vida humana con la inmensidad de aquél: te darás cuenta de cuán reducido es este tiempo que deseamos, que nos empeñamos en prolongar.

»De éste, ¿cuánto espacio ocupan las lágrimas, cuánto las
preocupaciones, cuánto la muerte deseada antes de que llegue, cuánto la 11
enfermedad, cuánto el temor? ¿Cuánto se reservan los años de la ignorancia y de la inactividad? La mitad de él la pasamos durmiendo. Añade a esto las fatigas, los llantos, los peligros, y comprenderás que incluso en una vida muy larga es muy poco lo que se vive.

»Pero ¿quién te concederá que no sea más dichoso aquel que puede 12
regresar pronto, que antes de desfallecer ha recorrido el camino? La vida no es un bien, ni un mal: es la ocasión para el bien o para el mal. Así tu hijo no ha perdido sino la posibilidad de incurrir más bien en un perjuicio. Hubiera podido ser modesto y prudente, habría podido ser modelado bajo tu vigilancia en la virtud, pero —y esto es un temor más razonable— hubiera podido hacerse semejante a la mayoría.

»Fíjate en esos jóvenes procedentes de las mejores familias a quienes el 13
desenfreno los ha arrojado a la arena; fíjate en esos otros que, con mutua impudicicia, desfogan su propia pasión y la ajena; ningún día, en la vida de éstos, transcurre sin embriaguez, sin alguna fechoría notable: te resultará patente que cabía albergar sobre tu hijo más temores que esperanzas. Así pues, no debes procurarte motivos de dolor, acumulando no leves molestias con tu indignación.

»No te exhorto a que te esfuerces, a que te pongas en pie; no te juzgo tan 14
mal como para pensar que debes recurrir a toda tu virtud frente a esta desgracia; no constituye un dolor, sino una punzada: eres tú quien la convierte en dolor. Sin duda, la filosofía te ha prestado un gran servicio si con fortaleza de alma añoras a tu hijo, más conocido de la nodriza que de su padre.

»Pues, ¿qué? ¿Te aconsejo ahora la insensibilidad y pretendo que en el 15

mismo entierro tu rostro se mantenga impertérrito, sin permitirte siquiera que tu alma se entristezca? En modo alguno. Es falta de humanidad, no virtud, contemplar el entierro de los deudos con los mismos ojos con que los contemplábamos en vida, y no conmoverse en el primer momento de su separación. Mas supónte que te lo prohíbo: ciertas reacciones no dependen de nuestra voluntad: vierten lágrimas aun quienes intentan reprimirlas, y derramadas con profusión, alivian el espíritu.

»¿Qué haremos, pues? Dejémosles que caigan, no las forcemos; viértanse 16
cuantas hace brotar el afecto, no cuantas exige el deseo de imitar a otros. Pero no añadamos nada a la tristeza, ni la incrementemos siguiendo el modelo de los demás. Tiene mayores exigencias la ostentación del dolor que el propio dolor.[596] ¿Cuántos hay que estén tristes sólo para sí? Al contrario, gimen con más sonoridad cuando se les escucha, y en lugar retirado están silenciosos y tranquilos; cuando ven a alguien, provocan un nuevo llanto. Entonces se dan puñetazos en la cabeza, lo que hubieran podido hacer más libremente cuando nadie se lo impedía, entonces se desean la muerte, entonces se echan rodando desde la cama: si no hay espectador, el dolor cesa.

»Como en otros asuntos, también en éste incurrimos en el vicio de 17
acomodarnos al modelo de la mayoría y de considerar, no lo que se debe, sino lo que suele hacerse. Nos apartamos de la naturaleza y nos entregamos al capricho del público, en ningún asunto buen consejero, y en éste, como en todos los restantes, muy tornadizo. Ve a uno fuerte en medio de su dolor y lo llama perverso e inhumano; ve a otro que desmaya y se abraza al cadáver y le dice afeminado y débil.

»Así pues, hay que regularlo todo conforme a la razón.[597] En verdad, [18] nada más insensato que procurarse la fama de triste y exhibir las lágrimas que, a mi juicio, unas veces el sabio permite que caigan, otras se derraman por propio impulso. Te explicaré la diferencia. Cuando nos conmueve la primera noticia de una muerte prematura, cuando estrechamos el cadáver que de nuestros brazos va a pasar a la pira, una necesidad natural hace surgir las lágrimas y los suspiros suscitados por la fuerza del dolor, como sacuden todo el cuerpo, así también sacuden los ojos, en donde exprimen y expulsan fuera el humor allí localizado.

»Tales lágrimas, por efecto de la acción compresiva, las vertemos sin 19
quererlo; existen otras que derramamos al renovar la memoria de los deudos que hemos perdido, y a la tristeza le acompaña una cierta dulzura cuando nos vienen a la mente sus gratas conversaciones, su trato jovial, su cariño

obsequioso: entonces los ojos se dilatan como sucede en el gozo. Con éstas
nos mostramos complacientes, por aquellas otras somos vencidos.

»Así pues, no tienes por qué retener las lágrimas, ni derramarlas en 20
atención a quienes te rodean o te acompañan; pero en ningún caso cesan o se
vierten tan vergonzosamente como cuando son fingidas: que broten
espontáneamente. Pueden, sin lugar a dudas, fluir apacible y tranquilamente; a
menudo, quedando a salvo la dignidad del sabio, se vertieron con tanta
moderación que no les faltaba ni sentimiento humano, ni decoro. Está 21
permitido, lo sostengo, secundar a la naturaleza, dejando intacta la gravedad.

»He visto en el entierro de sus deudos hombres respetables en cuyo rostro
resaltaba el amor, excluida toda manifestación afectada de llanto: nada
exteriorizaban que no correspondiese a un verdadero sentimiento. Existe
también un decoro en el duelo: éste debe mantenerlo el sabio; como en las
demás cosas, así también en el llanto hay una medida suficiente: tanto en el
goce como en el dolor, los imprudentes se exceden.

»Acepta con ecuanimidad lo inevitable. ¿Qué hecho increíble, qué hecho 22
insólito ha sucedido? ¡Para cuántos ahora precisamente se están encargando
los servicios fúnebres, a cuántos les están comprando la mortaja, cuántos se
están doliendo aun después de comenzado tu duelo! Cuantas veces piensas
que era un niño, piensa también que era un hombre, a quien nada seguro se le
promete, a quien la fortuna no siempre conduce hasta la vejez: donde le
parece bien, lo abandona.

»Por lo demás, habla de él con frecuencia y honra su recuerdo lo más 23
posible. Éste se renovará en ti muchas más veces si ha de producirse sin
amargura. Porque nadie convive a gusto con una persona triste, y menos
todavía con la tristeza. Si escuchaste con placer algunas de sus
conversaciones, algunas de sus chanzas, aunque fueran las de un niño,
recuérdalas a menudo: asegura sin temor que podía satisfacer las esperanzas
que en tu ánimo paterno habías concebido.

»Es propio de un espíritu falto de humanidad olvidarse de sus deudas y 24
enterrar a una, con el cadáver, su memoria, llorarles con muchas lágrimas y
acordarse muy pocas veces. Así aman a su prole las aves, así las fieras, cuyo
afecto es violento, y casi furioso, pero se extingue cuando la han perdido.
Esta actitud no conviene al hombre prudente: persevere en el recuerdo, cese
en su duelo.

»No apruebo en modo alguno la afirmación de Metrodoro de que existe 25
un cierto placer unido a la tristeza que uno debe procurarse en tales

circunstancias. He transcrito las propias palabras de Metrodoro en la *Colección de las epístolas de Metrodoro a su hermana*: “Existe un cierto placer unido a la tristeza que uno debe procurarse en tales circunstancias”. [598]

26 »No dudo de cuál haya de ser tu opinión acerca de estas palabras: ¿qué hay, en efecto, más deshonesto que procurarse placer en el mismo duelo, más aún, a través del duelo, y tratar de conseguir entre lágrimas lo que es agradable? Son éstos los que nos achacan excesiva severidad y acusan de dureza nuestra doctrina porque afirmamos que no debe admitirse el dolor en el alma, o se le debe expulsar en seguida. Pero, en fin, ¿qué cosa es más increíble o más inhumana: no experimentar dolor en la pérdida del amigo, o ir a la búsqueda del placer en medio del dolor?

27 »Lo que nosotros aconsejamos es cosa honesta: cuando el corazón se ha desfogado con algunas lágrimas y, por así decirlo, ha dejado de arrojar la espuma, no debe entregarse al dolor. ¿Cómo dices tú que hay que unir el placer con el propio dolor? Así es como, dándoles un pastel, consolamos a los niños, así es como, dándoles leche en la boca, calmamos el llanto de los lactantes. ¿Ni siquiera en el momento en que el hijo arde en la pira, o el amigo expira, permites que se interrumpa el placer, sino que pretendes que acaricie a la misma tristeza? ¿Qué cosa es más honesta: alejar el dolor del espíritu, o bien, acoger el placer junto con el dolor? ¿Digo “acoger”? Más bien, se trata, por cierto, de obtenerlo del mismo dolor.

28 »“Existe —dice— un cierto placer unido a la tristeza.” Esto podemos decirlo nosotros, pero vosotros, ciertamente, no. Conocéis un solo bien, el placer, y un solo mal, el dolor: ¿qué parentesco puede existir entre el bien y el mal? Pero supongamos que exista: ¿es ahora precisamente cuando lo descubrís? ¿Vamos a examinar el mismo dolor para ver si lleva consigo algún componente de dulzura y placer?

29 »Ciertos remedios saludables para unas partes del cuerpo no pueden utilizarse para otras por perjudiciales e indecorosos, y lo que en un lugar sería provechoso sin detrimento de la decencia, eso mismo resulta deshonesto en otro por el sitio en que se localiza la herida: ¿no te da vergüenza remediar el duelo por medio del placer? Semejante llaga debe curarse con mayor severidad. Hazte, más bien, esta reflexión: ninguna sensación de mal puede afectar al que ha muerto, porque si le afecta es que no ha muerto.

30 »Ningún mal, lo afirmo, perjudica a aquel que ya no existe; si lo perjudica, es porque vive. ¿Piensas acaso que es desgraciado porque no

existe o porque todavía existe? Pues bien, ni puede experimentar tormento porque no existe —en efecto, el que ya no es, ¿qué sensación experimenta?—, ni tampoco porque existe: en efecto, se ha librado del mayor perjuicio que entraña la muerte, el de no existir.

»Al que llora y siente añoranza por su hijo arrebatado, digámosle también 31
esto: todos, tanto los jóvenes como los viejos, por lo que respecta a la brevedad de la vida humana, comparada con la eternidad, nos hallamos en las mismas condiciones. Porque de la totalidad del tiempo, a nosotros nos ha correspondido menos de aquella duración que uno podría considerar la más pequeña, ya que la más pequeña es alguna parte; en cambio, el tiempo en que vivimos es casi la nada; y, no obstante, ¡qué locura la nuestra!, le asignamos una larga duración.

»Te he escrito estas letras no porque tengas que esperar por mi parte un 32
remedio tan tardío —ya que es evidente para mí que te has dicho de palabra todo cuanto acabas de leer—, sino para reprenderte por ese pequeño retraso que te ha alejado de tu camino, y para exhortarte, en el futuro, a levantar el ánimo ante la fortuna y estar alerta frente a todos sus dardos, no ya porque sea posible que te alcancen, sino porque sin duda te han de alcanzar.»

100

Defensa del estilo de Fabiano

Me escribes que has leído con suma avidez los libros de Papirio Fabiano[599] 1
que tratan *Sobre temas políticos*, pero que no han respondido a tus expectativas; luego, olvidándote de que se trata de un filósofo, censuras su estilo. Suponte que es como dices y que disemina profusamente las palabras sin ponerlas en orden. Primeramente, este modo de escribir tiene su gracia, y el discurso que se desliza suavemente tiene su particular decoro; pues estimo que existe mucha diferencia entre la expresión precipitada y la fluida. Añade, además, que en el extremo que voy a demostrar se da también una gran diferencia.

Fabiano me da la impresión de que no presenta un estilo desbordante, 2
sino fluido: hasta tal punto es amplio y no desordenado, aunque proceda con cierta rapidez. Confiesa paladinamente, y demuestra, que no ha sido elaborado, ni pulido largo tiempo. Pero admitamos que es como tú deseas: él

trata de moldear las costumbres, no las palabras, y dirige estos escritos a las almas, no a los oídos.

Además, si le hubieses oído hablar, no te hubiera sido posible fijarte en las partes del discurso: hasta tal punto te habría cautivado el conjunto. Casi siempre, los discursos que agradan por el ímpetu con que se pronuncian, destacan menos al consignarlos por escrito. Pero tiene, asimismo, mucha importancia atraer la atención desde el primer momento; aun cuando un examen cuidadoso vaya a encontrar detalles que reprender. 3

Según mi parecer, es mejor el orador que sabe arrancar tu asentimiento, que el orador que lo merece; aunque sé que el segundo es más seguro, sé que puede prometerse con más decisión la eficacia en el futuro. Un estilo elaborado no conviene al filósofo: ¿cómo, pues, será animoso y constante, cómo se pondrá a prueba quien se preocupa por las palabras? 4

Fabiano no era descuidado en su expresión, antes bien, seguro. Por ello no encontrarás en ella nada rastrero: sus palabras son escogidas, no rebuscadas, ni dispuestas, conforme a la moda de nuestro tiempo, en contra del orden natural o con cambio de significado, sino que son brillantes, aunque las haya tomado del uso corriente. Te encontrarás ante pensamientos nobles y elevados, no condensados en una sentencia, sino desarrollados con amplitud. Apreciaremos alguna frase poco abreviada, alguna poco estructurada, alguna ajena al refinamiento de nuestros días; mas cuando hayas contemplado la obra en su conjunto, no apreciarás ninguna sutileza inútil. 5

Falten en buena hora la variedad de mármoles, la distribución de las aguas que, a través de conductos subterráneos, se deslizan hasta los dormitorios, el desván y todo cuanto el lujo sabe combinar, no contento con una sencilla elegancia;[600] como suele decirse, su casa está bien construida. 6

Añade, ahora, que no existe unanimidad acerca del estilo. Unos quieren que, en vez de rudo, sea adornado, otros hasta tal punto se complacen en su aspereza, que incluso destruyen a propósito aquellas frases que por azar han plasmado con cierta finura y rompen violentamente el ritmo final de las frases para que no respondan a la expectativa del oyente.

Lee a Cicerón: su estilo es siempre el mismo, mantiene su ritmo, se inflexiona con suavidad y resulta grato sin molicie. Por el contrario, el de Asinio Polión[601] es áspero, discurre por saltos e interrumpe la frase donde menos lo esperas. En suma, todos los períodos de Cicerón terminan bien, los de Polión cesan de improviso, a excepción de unos pocos que se someten a un cierto ritmo, a un modelo único. 7

Alegas, además, que todos sus escritos te parecen simples y poco elevados, defecto del que considero que está libre. En efecto, no se trata de escritos simples, sino apacibles y modelados según los rasgos de un alma tranquila y ordenada; no son de baja calidad, sino llanos. Les falta el impulso oratorio y la agudeza que desearías, así como los destellos súbitos, propios de las sentencias; pero toda su estructura —piensa lo que quieras de su ornamento— es hermosa. Su expresión no tiene dignidad, pero la infunde. 8

Preséntame un autor que puedas anteponer a Fabiano. Cítame a Cicerón, cuyos libros sobre filosofía son casi tan numerosos como los de Fabiano: te daré la razón, pero no es necesariamente muy pequeño el que es inferior al más grande. Cítame a Asinio Polión: te daré la razón, pero haciendo notar que en una competencia tan grande supone sobresalir situarse después de dos. Nómbrame todavía a Tito Livio;[602] en efecto, escribió diálogos que se pueden referir tanto a la filosofía como a la historia y libros consagrados expresamente a la filosofía. También a éste le cederemos la delantera; observa, con todo, a cuántos antecede el que sólo es superado por tres y, sin duda, muy elocuentes. 9

Pero no reúne todas las cualidades: su discurso no es vigoroso aunque sea elevado; no es vehemente, ni impetuoso aunque sea fluido; no es diáfano, aunque sea puro. «Uno desearía —dices— que pronunciara frases duras contra los vicios, valerosas contra los peligros, altivas contra la fortuna, despectivas contra la ambición. Quiero que al lujo se le censure, que al desenfreno se le avergüence, que a la prepotencia se la humille; que haya algunos pasajes vehementes como en la oratoria, sublimes como en la tragedia, de fina ironía por la comicidad.» Lo que quieres es que se ocupe de cosas insignificantes, de las palabras. Él, en cambio, se consagra a la grandeza del contenido y arrastra tras de sí, como una sombra, la elocuencia, aun sin proponérselo. 10

Sin duda, ni todas sus frases serán debidamente sopesadas ni concluyentes, ni todas sus palabras nos estimularán, ni nos punzarán, lo confieso. Pronunciará muchas que no nos impresionarán y a veces su discurso pasará sin producir efecto, pero en todas las partes de él habrá mucha luz, largos pasajes sin causar tedio. En suma, conseguirá que te convenzas de que él ha sentido cuanto ha escrito. Comprenderás que ha obrado así para que sepas lo que a él le agrada, no para agradarte él a ti. Todo en él tiende al perfeccionamiento, a la virtud: no busca el aplauso. 11

No dudo de que sus escritos sean de tal calidad, aunque más que 12

recordarlos de memoria los evoco en el recuerdo, y su colorido está grabado en mi alma, no a causa de un trato familiar reciente, sino en visión de conjunto, como suele suceder cuando provienen de un conocimiento en el pasado. Por cierto, que sus palabras, al escucharlas, no me parecían consistentes sino plenas, aptas para poner en pie a un joven de buen carácter y estimularle a que lo imitase sin desconfiar del éxito —exhortación esta que me parece la más eficaz—. Porque los hace desistir quien provoca en ellos el deseo de imitar, pero les quita la esperanza. Por lo demás abundaba en palabras, sin hacer valer partes concretas de la obra; en su conjunto resultaba espléndido.

LIBROS XVII-XVIII[603]

101

Ante la inminencia de la muerte, vivamos cada día con plenitud

Cada día, cada hora nos muestran la nada que somos y, con algún testimonio reciente, nos recuerdan nuestra fragilidad que tenemos olvidada: entonces obligan a tomar en consideración la muerte a los que estábamos haciendo proyectos eternos. ¿Quieres saber qué significa este exordio? Conocías a Cornelio Seneción,[604] caballero romano, distinguido y servicial: de origen humilde se había promocionado por sus propios méritos y su carrera se hallaba en suave pendiente para lograr nuevos objetivos. Porque la dignidad personal progresa con mayor facilidad que comienza. 1

Además, el dinero se muestra muy remiso en acceder a manos del pobre, pero cuando uno deja de serlo se le adhiere. Seneción estaba ya muy próximo a la riqueza, hacia la cual lo impulsaban con toda eficacia dos cualidades: la habilidad para adquirirla y la habilidad para conservarla, de las que una sola lo hubiese podido hacer rico. 2

Este hombre, sumamente frugal, no menos cuidadoso de su patrimonio que de su salud, me había visitado por la mañana, como de costumbre había asistido durante todo el día hasta el anochecer a un amigo gravemente enfermo y desahuciado y, después de haber cenado alegremente, fue atacado de repente por una enfermedad fulminante, la angina, manteniendo hasta el amanecer el soplo de vida, obstaculizado por el fuerte estrechamiento de la garganta. Así, en muy pocas horas, después de haber cumplido con todas las obligaciones de un hombre sano y vigoroso, expiró. 3

Este hombre que movía el dinero por mar y por tierra, que se había aplicado también a los negocios públicos sin dejar de ejercitarse en toda clase de ganancias, en el mismo momento en que todos los asuntos le iban bien, cuando una abundancia de dinero afluía a sus manos, fue arrebatado. 4

> Ahora injerta, Melibeo, los perales, coloca en fila las cepas.[605]

¡Qué necedad la de disponer de la vida, cuando uno ni siquiera es dueño del mañana! ¡Oh cuán grande es la locura de los que conciben largas esperanzas!:

compraré, construiré casas, haré préstamos, los cobraré, desempeñaré cargos honoríficos, luego, por fin, cansado y lleno de días, conseguiré pasar la vejez con tranquilidad.

Todo, créeme, resulta incierto aun para los afortunados; nadie debe 5
prometerse nada acerca del futuro; hasta lo que uno posee se le escapa entre las manos y la misma hora que apuramos el azar nos la cercena. El tiempo, es cierto, discurre según leyes determinadas, pero desconocidas para nosotros; ahora bien ¿qué me importa que sea cierto para la naturaleza lo que para mí es incierto?

Nos proponemos realizar largas travesías y un regreso tardío a la patria 6
después de haber recorrido las costas del extranjero, participar en campañas militares y obtener recompensas tardías por las fatigas castrenses; deseamos administraciones y promoción en los cargos mediante el desempeño de otros cargos, siendo así que, entre tanto, la muerte se halla a nuestro lado y, puesto que siempre pensamos en la muerte ajena, sucede que los ejemplos de mortalidad que a menudo se nos ofrecen no van a grabarse en nuestra mente más tiempo del que dura nuestro asombro.

Pero ¿qué cosa hay más insensata que asombrarse de que un día haya 7
acontecido lo que puede acontecer todos los días? Nuestro final se mantiene fijo en el lugar que le ha asignado la inflexible necesidad del destino, pero ninguno de nosotros conoce lo cerca que se halla del final. Así pues, modelemos nuestra alma como si hubiéramos llegado al término. No aplacemos nada; cada día ajustemos las cuentas con la vida.

El mayor defecto de nuestra vida radica en que ella siempre está 8
inacabada, que un día y otro reservamos alguna cosa para el futuro. Aquel que todos los días sabe dar la última mano a su vida no siente la necesidad del tiempo, pues de esta necesidad surge el temor y el ansia del futuro que consume al espíritu. Nada más deplorable que la duda sobre cómo acabará cuanto nos sucede: nuestro espíritu, preocupado por saber cuán larga o cómo será la vida que nos resta, se atormenta con un terror inexplicable.

¿De qué forma evitaremos esta inquietud? De esta sola: que nuestra vida 9
no se extienda hacia afuera, que se concentre en sí misma. En efecto, está pendiente del futuro el que no saca partido del presente. Mas, cuando he pagado todas las deudas que tenía conmigo, cuando mi espíritu bien consolidado sabe que no existe diferencia entre un día y un siglo, entonces contempla desde una atalaya todos los días y los acontecimientos que han de suceder y piensa riéndose mucho en la sucesión del tiempo. Pues, ¿cómo te

perturbará la diversidad e inconstancia del azar, si estás seguro frente a la inseguridad?

Así pues, Lucilio querido, apresúrate a vivir y valora cada día por toda 10
una vida. Quien está dispuesto de esta forma, quien cada día vive plenamente su vida, está seguro; en cambio, a los que viven para la esperanza, aun el tiempo más inmediato se les escapa y los asalta la avidez y el muy deplorable miedo a la muerte que todo lo vuelve muy deplorable. De ahí procede aquella tan vergonzosa súplica de Mecenas en la cual él no rehúsa la invalidez, ni la deformidad, ni siquiera el tormento de una cruz puntiaguda a condición de que, en medio de estos males, se le prolongue el soplo de vida.

> Haz que me vuelva manco, 11
> hazme cojo de un pie,
> ponme una joroba en la espalda,
> sacúdeme los dientes a punto de caer:
> todo estará bien, mientras quede con vida;
> ésta consérvamela, aun cuando esté
> sentado sobre una cruz puntiaguda.[606]

Desea lo que constituiría su mayor desdicha si le aconteciera, y pide el 12
prolongamiento del suplicio como si fuera la vida. Lo juzgaría sumamente despreciable si quisiera vivir hasta llegar al suplicio de la cruz; en cambio dice: «Tú, por tu parte, mutílame, con tal que subsista el aliento de vida en mi cuerpo quebrantado e inútil; desfigúrame, con tal que se otorgue algún tiempo a mi cuerpo monstruoso y deforme; sujétame y ponme debajo una cruz puntiaguda, para que me quede fijo en ella». ¿Vale la pena estrujar la propia herida y pender extendido sobre un patíbulo, con tal de aplazar el mayor alivio en el sufrimiento que es el final del tormento? ¿Vale la pena mantener el soplo de vida para luego exhalarlo?

¿Qué otra cosa puedes desear a éste sino unos dioses benévolos? ¿Qué 13
significa la vergonzosa molicie de estos versos? ¿Qué el pacto del más insensato temor? ¿Qué el ir mendigando la vida tan ignominiosamente? ¿Piensas que Virgilio haya leído alguna vez su verso en atención a éste?:

> ¿hasta ese extremo es lamentable el morir?[607]

Desea el más funesto de los males y anhela el más doloroso de los tormentos: extender su cuerpo sobre la cruz y mantenerse en ella. ¿A qué precio? Al de una vida más larga. Pero ¿qué clase de vida hay en un morir lentamente?

¿Acaso se encuentra alguien que quiera consumirse en medio del suplicio, morir miembro a miembro y entregar tantas veces la vida, gota a gota, en lugar de expirar de una vez? ¿Acaso se encuentra quien, forzado a soportar aquel triste leño, desfallecido, deforme y agotado por el repugnante tumor en el pecho y en la espalda, habiendo tenido, aun antes de la cruz, muchas veces ocasión de morir, quiera prolongar una existencia que sólo ha de prolongar tan graves tormentos? Y ahora di que no es un gran beneficio de la naturaleza la necesidad que tenemos de morir. 14

Muchos están dispuestos a realizar pactos todavía peores: traicionar al amigo para vivir más largo tiempo; entregar con sus propias manos los hijos a la violación para ver la luz del día, testigo de tan execrables crímenes. Hemos de sacudir fuera el ansia de vivir y aprender que nada importa en qué momento sufras lo que en algún momento has de sufrir. Lo que importa es vivir bien, no vivir mucho tiempo; sin embargo a menudo vivir bien implica no vivir mucho tiempo. 15

102

Celebridad después de la muerte y esperanza de inmortalidad

Como resulta molesto quien despierta al que tiene un grato sueño, pues le quita el placer que, aun siendo ilusorio, le produce el efecto de un placer real, así tu epístola me ha importunado, porque me ha vuelto a la realidad cuando estaba inmerso en una meditación bien trabada en la que, de haber sido posible, hubiera profundizado aún más. 1

Me complacía en investigar sobre la inmortalidad del alma, más aún, ¡por Hércules!, en darle crédito. Me inclinaba fácilmente a las opiniones de grandes hombres que prometían, más que demostraban, una verdad tan satisfactoria. Me entregaba a una esperanza tan grande, ora me hastiaba de mí mismo, ora menospreciaba el resto de una vida ya desmoronada, dispuesto a entrar en aquella inmensidad del tiempo y en la posesión de la eternidad, cuando de súbito me desperté al recibir tu epístola y eché a perder un sueño tan hermoso.[608] Iré en su busca y lo recuperaré, cuando te haya pagado la deuda. 2

Dices, al comienzo de tu epístola, que no he desarrollado toda la cuestión en la cual intentaba demostrar la tesis que defienden los estoicos: que la 3

celebridad que se consigue después de la muerte es un bien, toda vez que yo no había resuelto la objeción que se nos hace: «Ningún bien —dicen— se obtiene de cosas distantes; ahora bien, éste se compone de cosas distantes».

Lo que preguntas, Lucilio querido, responde a otro capítulo de la misma cuestión; por ello, no sólo ésta, sino también otras cuestiones relativas al mismo tema las había aplazado. En efecto, como sabes, ciertos temas de lógica se interfieren con los morales. Así pues, he desarrollado la parte que se refiere directamente a la moral: si es necia e inútil la disposición de extender nuestras cuitas más allá del último día, o si nuestros bienes perecen con nosotros y nada subsiste de aquel que ya no es, o si es posible percibir u obtener algún fruto, antes de que exista, de aquello que cuando existirá no lo vamos a sentir. 4

Todas estas cuestiones se refieren a la moral y, por lo mismo, han sido tratadas en su lugar. Mas las que plantean los dialécticos contra nuestra opinión fue necesario dejarlas aparte y, por lo tanto, han sido aplazadas. Ahora, puesto que me preguntas por todas ellas, te expondré todo lo que dicen, luego responderé a cada punto en particular. 5

Mas, si no expongo por anticipado algunos principios, no podrán entenderse aquellas objeciones que rechazamos. 6

¿Qué es lo que deseo anticipar? Que hay unos cuerpos continuos, como el hombre; otros compuestos, como una nave, una casa, en suma, todos aquellos cuyas diversas partes están reunidas mediante el acoplamiento; otros están constituidos de elementos distantes entre sí, cuyos miembros se encuentran, además, separados, como el ejército, el pueblo, el Senado. Porque los componentes que configuran estos cuerpos quedan vinculados por derechos y obligaciones, pero por naturaleza son distintos e individuales. 7

¿Qué es lo que todavía desearía anticipar? Que no consideramos un bien aquello que está constituido de elementos distantes, porque un bien debe ser abarcado y regido por un solo espíritu, siendo único el constitutivo esencial de un bien. Este principio, si deseas comprobarlo, se demuestra por sí solo; entre tanto ha sido necesario proponerlo, ya que nuestros dardos se disparan contra nosotros.[609]

«Decís —alega el adversario— que ningún bien se compone de elementos distantes; ahora bien, la celebridad[610] no es sino la opinión favorable de los hombres buenos. Pues como la fama no está en la alabanza de uno solo, ni la infamia en el desprecio de uno solo, así tampoco la celebridad consiste en haber complacido a un solo hombre bueno. Deben 8

ponerse de acuerdo muchos hombres insignes y respetables para que se produzca la celebridad. Pero ésta se logra a partir de los juicios de muchos, es decir, de personas distantes, luego no es un bien.

»La celebridad —insiste— es una alabanza tributada por los buenos a un hombre bueno, mas la alabanza es un discurso, un sonido que tiene un significado; pero un sonido, aunque proceda de hombres buenos, no es un bien. Porque tampoco es un bien todo lo que hace un hombre bueno. En efecto, aplaude y silba, pero nadie dice que el aplauso y el silbido sean un bien, como tampoco el estornudo y la tos, aunque admire y alabe todas las acciones del hombre bueno. Luego la celebridad no es un bien. 9

»En suma, decidnos si la celebridad es un bien del que alaba o del alabado: si decís que es un bien del alabado, actuáis de forma tan ridícula como al afirmar que es un bien mío el que otro goce de buena salud. Pero alabar a los dignos de loa es una acción honesta, y por ello es un bien del que alaba, del cual procede la acción, no de nosotros que somos alabados. Ahora bien, es esto lo que tratábamos de averiguar.» 10

Ahora responderé brevemente a cada objeción. En primer lugar, todavía se investiga si existe algún bien formado de elementos distantes y las partes contrarias mantienen su propio parecer. En segundo lugar, ¿es cierto que la celebridad reclama el asentimiento de muchos? Puede también contentarse con el juicio de un solo hombre bueno: a nosotros nos juzga buenos un solo hombre bueno. 11

«Pues, ¿qué? —replica—. ¿Acaso la fama consistirá en la estima de un solo hombre y la infamia en la maledicencia de uno solo? También la gloria —prosigue— la entiendo difundida con mayor amplitud, ya que exige el consentimiento de muchos.» Son distintas la condición de la fama y la gloria y la condición de la celebridad. ¿Por qué motivo? Porque si un hombre bueno tiene buena opinión de mí, me hallo en el mismo caso que si todos los buenos tuviesen la misma opinión, puesto que todos, si me conociesen, juzgarían igualmente. Su juicio es igual e idéntico, está igualmente impregnado de la verdad. No pueden disentir; de esta manera, es como si todos tuvieran la misma opinión, porque no la pueden tener distinta. 12

Para la gloria o la fama no basta la opinión de uno solo. En el caso anterior, el parecer de uno solo vale lo mismo que el de todos, porque el parecer de todos, si fuera preguntado, sería único. Aquí los juicios son distintos por corresponder a personas de índole diversa: encontrarás sentimientos contrapuestos y que todo es incierto, voluble, sospechoso. 13

¿Crees que puede ser uno solo el parecer de todos? Ni siquiera es único el parecer de uno solo. Al hombre de bien le complace la verdad, que tiene un mismo valor y un mismo aspecto; estos otros dan su asentimiento a la falsedad. Ahora bien, nunca hay constancia en la falsedad: varía y disiente.

«Pero la alabanza —agrega— no es sino un sonido, y el sonido no es un bien.» Cuando se afirma que la celebridad es la alabanza que los hombres buenos tributan a los buenos, no se refiere esto al sonido, sino a la opinión. Aunque el hombre bueno esté callado, si juzga que alguien es digno de alabanza, ese tal es ya alabado. 14

Además, una cosa es la alabanza y otra, el elogio; éste exige palabras. Por ello nadie habla de alabanza fúnebre, sino de elogio fúnebre que tiene por cometido el discurso. Cuando afirmamos que alguien es digno de alabanza, no le prometemos palabras, sino juicios favorables de parte de los hombres. Así pues, la alabanza la tributa también el hombre callado que tiene buen concepto del hombre bueno y lo alaba en su interior. 15

Después, como he dicho, la alabanza se refiere al ánimo, no a las palabras que expresan la alabanza concebida en el ánimo y la ponen en conocimiento de muchos. Alaba quien juzga que alguien merece alabanza. Cuando aquel trágico romano afirma que es magnífico 16

ser alabado por un hombre alabado,[611]

quiere decir por un hombre digno de alabanza; y cuando otro poeta, igualmente antiguo, afirma:

la alabanza nutre las artes,[612]

no se refiere a la alabanza pública que corrompe las artes. Porque nada ha viciado tanto la elocuencia ni cualquier otra arte, consagrada a recrear el oído, como el aplauso popular.

La fama necesita, ciertamente, las palabras; la celebridad puede obtenerse también sin palabras, contentándose con el juicio. Llega a su plenitud no sólo entre los que callan, sino entre los que disienten. Te diré cuál es la diferencia entre la celebridad y la gloria: la gloria se apoya en el juicio de muchos; la celebridad, en el de los buenos. 17

«¿A quién —insiste— corresponde el bien de la celebridad, es decir, la alabanza tributada por los buenos a un hombre bueno, al alabado o al que alaba?» A uno y a otro: a mí que soy alabado, porque la naturaleza me ha 18

infundido al nacer el amor hacia todos, porque me gozo de haber obrado el bien, contento de haber encontrado gratos expositores de mi virtud. Es un bien de muchos que sean agradecidos, pero también mío, pues tengo tal disposición de espíritu que juzgo mío el bien de muchos, de aquellos, ciertamente, de cuyo bien soy yo la causa.

Y es éste, asimismo, el bien de los que tributan la alabanza, porque es obra de la virtud y toda acción virtuosa es un bien. Esto no lo hubieran podido conseguir, si yo no fuera el que soy. En consecuencia, ser alabado merecidamente es un bien de uno y de otro, lo mismo, ¡por Hércules!, que el haber juzgado rectamente es un bien del que juzga y de aquel al que se ha juzgado con un veredicto favorable. ¿Dudas, acaso, de que la justicia es un bien tanto del que la administra como de aquel al que se paga la deuda? Es justicia alabar a quien lo merece; luego es un bien de uno y de otro. 19

A semejantes sofistas habremos respondido ya suficientemente. Pero nuestro propósito no debe ser discutir de sutilezas y rebajar la majestad de la filosofía a estas angosturas. ¡Cuánto mejor resulta andar por un camino abierto y derecho, que procurarse uno mismo tortuosidades que deberá recorrer con gran dificultad! En efecto, tales disputas no son otra cosa que pasatiempos de gentes que tratan de engañarse unas a otras hábilmente. 20

Di, más bien, cuán natural es ensanchar el pensamiento hacia el infinito. El alma humana es una realidad grande y noble, no admite que se le pongan otros límites que los que tiene de común con la divinidad.[613] En primer lugar, no acepta una patria terrena, Éfeso o Alejandría, o cualquier otro suelo aún más populoso en habitantes o más abundante en edificios; su patria es todo el espacio que rodea con su perímetro al cielo y al universo entero, toda esta bóveda celeste bajo la cual se encuentran los mares y las tierras, bajo la cual el aire, aun delimitando las cosas divinas y las humanas, las une al propio tiempo, donde están distribuidos tantos dioses que vigilan su propio cometido. 21

En segundo lugar, no permite que se le asigne a su vida una duración limitada: «Todos los años —dice— me pertenecen, ningún siglo queda cerrado para los grandes genios, ningún tiempo es inaccesible al pensamiento. Cuando llegue el día que disuelva esta mezcolanza de lo humano y lo divino, dejaré el cuerpo en esta tierra donde lo encontré y yo mismo me restituiré a los dioses. Tampoco ahora vivo separado de ellos, pero me veo retenido por esta envoltura pesada y terrena». 22

Por medio de estas dilaciones de la vida mortal nos ejercitamos para 23

aquella vida mejor y más larga. Pues como el claustro materno nos retiene durante diez meses y nos prepara no para sí, sino para aquel lugar al que parece que somos lanzados cuando ya somos aptos para respirar y resistir al aire libre, así también, a través del tiempo que se extiende de la infancia a la vejez, vamos madurando para un nuevo parto. Nos aguarda otro origen, una situación distinta.

Todavía no podemos soportar la visión del cielo sino a distancia. Por lo 24
tanto, contempla con valor aquella hora decisiva; no es la última para el alma sino para el cuerpo. Todas cuantas cosas te rodean, considéralas como el mobiliario de un albergue, pues hemos de marchar a otro lugar. La naturaleza despoja al que sale de la vida, como al que entra en ella.

No te está permitido sacar más de lo que has aportado, mas aun gran parte 25
de cuanto has llevado a la vida tendrás que dejarlo: se te arrancará esta piel que te rodea como la más externa de las envolturas; se quitará la carne y la sangre que penetra y discurre por todo el cuerpo; se te quitarán los huesos y los músculos que son el apoyo de las partes muelles y débiles.

Ese día que temes como el último, es el del nacimiento para la eternidad.
[614] Deja el peso: ¿por qué te detienes como si no hubieras salido ya otra 26
vez, después de abandonar el cuerpo donde estabas encerrado? Estás apegado a la vida, te resistes: también entonces fuiste empujado hacia afuera con gran esfuerzo de la madre. Gimes y lloras: también el llorar es propio del que nace, pero entonces se te debía perdonar, pues habías venido a la vida ignorante e inexperto en todo. Salido del refugio, cálido y suave, de las entrañas maternas, te acogió un soplo de aire más libre; luego te hizo daño el tacto de una mano dura, y todavía delicado, sin experiencia de nada, te quedaste atónito en un mundo desconocido.

Ahora no te resulta nuevo verte separado de aquel compuesto del que 27
formabas parte. Renuncia con ecuanimidad a estos miembros ya inútiles, abandona este cuerpo en el que has habitado tanto tiempo: será desgarrado, sepultado, aniquilado. ¿Por qué te entristeces? Así suele suceder: se pierden siempre las membranas que envuelven a los que van a nacer. ¿Por qué te aferras a estas cosas como si te pertenecieran? Con ellas has sido cubierto: llegará el día que te arrancará de estos despojos y te sacará del contubernio inmundo y fétido del cuerpo.

Tú, desde ahora, sustráete ya a éste cuanto puedas, y, hostil a todo placer, 28
a menos que esté estrechamente ligado a las necesidades naturales, ajeno a él medita desde este momento en algo más elevado y sublime. Un día se te

revelarán los secretos de la naturaleza, se disipará esta oscuridad, y una luz deslumbrante te envolverá por todas partes.[615] Imagínate cuán grande es el brillo de tantos astros que entremezclan su luz. Ninguna sombra perturbará esta serenidad; resplandecerán por igual todas las regiones del cielo: pues el día y la noche alternan sólo en las capas más bajas de la atmósfera. Reconocerás que has vivido en tinieblas cuando tú, pleno de vida, percibas la plenitud de la luz que ahora contemplas oscuramente a través de los conductos muy limitados de tus ojos y que, no obstante, admiras ya, aunque de lejos. ¿Qué impresión te producirá la luz divina cuando la contemples en su propia sede?

Este pensamiento no permite que subsista en el ánimo nada sórdido, nada 29
rastrero, nada cruel. Afirma que los dioses son los testigos de todos nuestros actos, nos ordena que nos sometamos a su aprobación, que nos aprestemos para ellos en vistas a la vida futura y que tengamos en consideración la eternidad. Quien medita en ella no se espanta ante ejército alguno, no le aterra el sonido de la trompeta, ni amenaza alguna le impulsa al temor.

¿Por qué deberá temer quien tiene la esperanza de morir? Incluso quien 30
juzga que el alma subsiste sólo mientras está aprisionada en la cárcel del cuerpo y que, una vez liberada, al punto se desvanece, trata de poder ser útil aun después de la muerte.[616] En efecto, aunque haya sido arrebatado de nuestra vista, sin embargo

se recuerda a menudo la gran virtud del héroe y el gran brillo de su estirpe.[617]

Considera cuánto nos aprovechan los buenos ejemplos: comprenderás que la presencia de los grandes hombres no es menos útil que su recuerdo.

103

Del hombre procede el verdadero peligro

1 ¿Por qué estás al acecho de estas desgracias que pueden tal vez acaecerte, pero que pueden también no acaecerte? Me refiero a un incendio, a un derrumbamiento y a otros males que nos sobrevienen, pero que no nos tienden asechanzas: considera, más bien, y evita aquellos males que nos espían, que tratan de sorprendernos. Son accidentes raros, aunque graves, el naufragar, el caer despedido de un carruaje: del hombre viene cada día al hombre el

peligro.[618] Contra este mal precávete, examínalo con ojos atentos; no existe ningún otro más frecuente, ninguno más obstinado, ninguno más seductor.

La tempestad amenaza antes de estallar, los edificios crujen antes de 2
desplomarse, el humo anuncia el incendio, mas la ruina causada por el hombre surge de improviso y se encubre con tanto mayor cuidado cuanto más próxima se halla. Yerras si te fías del semblante de esos que salen a tu encuentro: tienen rostro de hombres, pero corazón de fieras, de las que, sin embargo, sólo es perjudicial el primer asalto: a los que ya han pasado de largo no los buscan. En verdad, nada que no sea la necesidad las incita a dañar; se ven obligadas a la lucha o por el hambre, o por el temor: al hombre le complace arruinar a otro hombre.[619]

No obstante, piensa en el peligro que proviene del hombre, de tal suerte 3
que pienses cuál es tu deber de hombre; a uno obsérvalo para no sufrir daño de él; a otro, para no causarlo tú. Alégrate de los bienes de los otros, conmuévete en sus desgracias[620] y recuerda qué cosas debes realizar y qué cosas evitar.

Viviendo de esta suerte ¿qué obtendrás? No ya que no te hagan daño, sino 4
que no te engañen. Mas cuanto te sea posible, retírate a la filosofía: ella te protegerá en su regazo, en su santuario te hallarás seguro, o más seguro. No chocan entre sí sino los que andan por el mismo camino.

Pero de la propia filosofía no deberás hacer ostentación: muchos 5
incurrieron en peligro por haberla practicado con insolencia y obstinación: que te libere a ti de los vicios y no eche en cara a los demás los suyos. No desdeñe las costumbres de la mayoría, ni obre de tal manera que parezca condenar cuanto ella no hace. Se puede ser sabio sin ostentación, sin recelos.

104

Los viajes no procuran ni la sabiduría, ni la virtud

Retirándome a mi finca de Nomento, he huido, ¿adivinas de qué? ¿De la 1
ciudad? No, de la fiebre que por cierto se insinuaba furtivamente;[621] ya había puesto sobre mí sus manos. El médico decía que eran los primeros síntomas, pues el pulso estaba agitado, inseguro y alteraba su ritmo normal. Por ello ordené que se enganchase en seguida el carruaje; aunque mi querida

Paulina[622] intentaba retenerme, mantuve la decisión de partir. Tenía en mis labios las palabras de mi señor hermano Galión,[623] quien, aquejado de un principio de fiebre en Acaya, súbitamente se embarcó proclamando que la enfermedad no provenía de su cuerpo, sino del lugar.

Es lo que yo expliqué a mi querida Paulina, que me recomienda que cuide de mi salud. Pues como sé que su vida depende de la mía, comienzo, para atenderla a ella, a atenderme a mí. Y aun cuando la vejez me ha hecho más decidido frente a muchas situaciones, renuncio a este beneficio de la edad; en verdad, se me ocurre que en este viejo vive también una joven que merece atención.[624] Así pues, ya que no consigo que me ame con más firmeza, ella consigue de mí que yo me ame con mayor cuidado. 2

En efecto, es preciso secundar los afectos nobles y, en ocasiones, por más que nos impulsen los motivos, en atención a los seres queridos, hay que reclamar para sí, aun con dolor, el aliento de vida y retenerlo hasta en la misma boca, puesto que un hombre bueno ha de vivir no el tiempo que le plazca sino el que sea necesario: quien no aprecia tanto a su mujer, a su amigo para permanecer en vida más tiempo, quien se empeña en morir, es un afeminado.[625] Este sacrificio debe imponérselo el ánimo cuando lo reclama la utilidad de los suyos, y no sólo si decide morir, sino también si ha comenzado a morir, suspenda la acción y sacrifíquese por los suyos. 3

Es propio de un alma grande volver a la vida por amor a los demás, cosa que a menudo han realizado hombres generosos; pero cuidar con más atención la propia vejez —cuya mayor ventaja radica en una protección más descuidada de sí y en un empleo más valeroso de la vida—, si sabes que a alguno de los tuyos tal cuidado resulta dulce, provechoso y deseable, esto lo considero también prueba de exquisita humanidad.[626] 4

Esta conducta comporta, además, en sí un gozo y una recompensa no pequeños; pues ¿qué sentimiento más agradable que serle querido a tu mujer hasta el punto de resultar por ello más querido a ti mismo? Así pues, mi Paulina puede arrogarse el mérito no sólo de la inquietud que siente por mí, sino también de mi propia inquietud. 5

¿Quieres saber, pues, qué resultado ha tenido mi decisión de partir? Tan pronto como hube abandonado la atmósfera pesada de la ciudad y el típico olor de las cocinas humeantes que, puestas en acción, difunden con el polvo todos los vapores pestilentes que han absorbido, experimenté en seguida que mi estado de salud había mejorado. Después, ¿cuánto crees que se han 6

incrementado mis fuerzas desde que he llegado a mis viñedos? Habiendo irrumpido libremente en el pasto, me lancé sobre mi alimento. Por lo cual al punto me reanimé; desapareció aquella languidez del cuerpo vacilante y de mal augurio. Con todo empeño me aplico al estudio.[627]

Para esta ocupación no contribuye mucho el lugar si no responde por sí mismo el ánimo, el cual, si se lo propone, conseguirá una soledad en medio de los negocios.[628] Mas aquel que escoge su región de veraneo y se afana por el descanso encontrará en todas partes motivos de inquietud. En efecto, cuentan que Sócrates respondió a cierto individuo quejoso de que sus viajes no le habían servido de nada: «No sin razón te ha sucedido esto, ya que viajabas en compañía de ti mismo». 7

¡Oh cuán bien les iría a algunos si se alejaran de sí mismos! Mas ahora se oprimen ellos mismos, se inquietan, se deterioran, se aterran. ¿De qué aprovecha atravesar el mar y cambiar de ciudad? Si quieres evitar estos males que te oprimen, no debes estar en otros lugares, sino ser otro distinto. Suponte que has llegado a Atenas, a Rodas; escoge una ciudad a tu gusto: ¿qué importa cuáles sean sus costumbres? Tú llevarás allí las tuyas. 8

Juzgarás que las riquezas son un bien: te atormentará una pobreza —y esto es lo más lamentable— falsa. En efecto, aunque poseas muchos bienes, puesto que alguien posee más, te parecerá que te falta la cuantía en que eres superado. Juzgarás que son un bien los honores: te causará disgusto aquel elegido cónsul y también aquel otro reelegido; sentirás envidia cuantas veces leas el nombre de uno muy repetido en los fastos consulares. Tal será la locura de tu ambición que a nadie creerás tener detrás de ti, si alguien se encuentra delante de ti. 9

Juzgarás que la muerte es el mayor de los males, cuando en ella no existe ningún otro mal que no sea el que la precede, el temor de ella. Te espantarán no sólo los peligros, sino también las sospechas; te verás siempre perseguido por fantasmas. En verdad, ¿de qué te aprovechará 10

haber escapado de tantas ciudades griegas
y haber logrado huir a través de los enemigos?[629]

Hasta la paz te procurará motivos de temor; no habrá confianza ni siquiera en medio de la seguridad, una vez amedrentado el ánimo, el cual, tan pronto como ha contraído la costumbre del temor injustificado, es incapaz hasta de protegerse de su seguridad. En efecto, no toma precauciones, sino que huye;

ahora bien, estamos más expuestos a los peligros, si les damos las espaldas.

Juzgarás que es un mal gravísimo perder alguno de los seres queridos, siendo así que tal actitud es tan desacertada como llorar porque a los deliciosos árboles que adornan tu casa se les caen las hojas. Cuanto te deleita contémplalo con los mismos ojos con los que contemplarías los árboles mientras reverdecen: disfruta de ello. Un accidente abatirá a éste en un día y a aquél en otro; mas, como la caída de las hojas es fácil de soportar porque renacen, así también lo es la pérdida de las personas amadas que consideras que son el deleite de tu vida, porque se sustituyen, aun cuando no renazcan. 11

«Pero no serán los mismos.» Tampoco tú serás el mismo. Cada día, cada hora te transforman; pero en los otros el desgaste aparece con más claridad, y en nosotros se oculta porque no se verifica de modo ostensible. Los demás son arrancados, pero nosotros somos sustraídos furtivamente a nosotros mismos. ¿No pensarás en nada de esto, ni pondrás remedio a tus heridas, sino que tú mismo te procurarás motivos de angustia ora esperando ora desesperando? Si eres sensato, combina una cosa con la otra: ni esperes sin desesperanza, ni desesperes sin esperanza. 12

¿Qué provecho le ha podido procurar a uno el viaje por sí mismo? No ha moderado los placeres, no ha refrenado las pasiones, no ha reprimido la ira, no ha doblegado los impulsos violentos del amor; en suma, no ha extirpado del alma vicio alguno. No ha dado discernimiento, no ha disipado el error, sino que como a un niño que admira cosas desconocidas, le ha recreado por breve tiempo con cierta novedad. 13

Por lo demás, ir de acá para allá estimula la inconstancia del ánimo, que se halla muy enfermo, y lo vuelve más inestable y ligero. En consecuencia, los hombres abandonan los lugares que habían buscado con mucho empeño con mayor empeño aún y, a guisa de pájaros, pasan volando y se alejan más deprisa que habían llegado. 14

El viaje te dará a conocer pueblos, te mostrará montes de extrañas figuras, extensas llanuras nunca por ti contempladas y valles regados por fuentes perennes; ofrecerá a tu observación las características singulares de algún río: cómo el Nilo se hincha con la crecida del verano,[630] o cómo el Tigris desaparece de la vista y, recorriendo su curso por lugares subterráneos, reaparece con todo su caudal,[631] o cómo el Meandro, tema de ejercicios y entretenimiento de todos los poetas, se enrosca en múltiples sinuosidades y, a menudo, avanzando ya próximo a su lecho, antes de penetrar 15

en él, tuerce la dirección:[632] por lo demás, el viaje no te hará ni más bueno, ni más sabio.

Es necesario familiarizarse con el estudio y con los maestros de la sabiduría, para adquirir los principios ya descubiertos y descubrir los todavía no hallados; así el espíritu, que debe sustraerse a la más degradante esclavitud, se reivindica para la libertad. En verdad, en tanto que ignores qué debes evitar y qué apetecer, qué es lo necesario, qué lo superfluo, qué lo justo, qué lo injusto, qué lo honesto y qué lo no honesto, esto no será viajar, sino andar extraviado. 16

El andar de acá para allá no te aportará ayuda alguna; viajas, en efecto, con tus pasiones y tus vicios te siguen. Por cierto, ¡ojalá te siguieran! Estarían más alejados: ahora los llevas contigo, no tiras de ellos. Así pues, te oprimen en todas partes, te consumen con las mismas molestias. Para el enfermo hay que buscar un médico, no un país. 17

Uno se ha roto la pierna o se ha dislocado una articulación: no sube a un vehículo o a una nave, sino que llama al médico para que la parte rota sea ligada y la dislocada puesta en su lugar. Pues ¿qué? ¿Piensas que el espíritu, quebrantado por tantas partes y dislocado, puede curarse con el cambio de lugar? Este mal es demasiado grave para que pueda curarse con un paseo en litera. 18

El viaje no hace a uno médico, ni orador; ningún arte se aprende por causa del lugar; pues ¿qué? ¿La sabiduría, arte el más importante de todos, se consigue en un viaje? No existe, créeme, viaje alguno que te exonere de tus pasiones, de tus enojos, de tus temores; porque si existiera alguno las gentes, en apretadas columnas lo llevarían a cabo. Estos males te oprimirán y consumirán, vagabundo por tierras y mares, tanto tiempo como lleves en ti las causas de ellos. 19

¿Te sorprendes de que la huida no te sirve? Los males que rehúyes están unidos a ti. Por lo tanto, corrígete, arroja la carga de tus espaldas y refrena dentro del límite saludable los deseos que deben moderarse; expulsa de tu espíritu toda suerte de maldad. Si quieres tener viajes placenteros, sana a tu compañero. La avaricia te dominará mientras vivas con un sórdido avaro; la arrogancia te dominará mientras trates con un soberbio; jamás te despojarás de tu crueldad conviviendo con el verdugo; la camaradería con los impúdicos enardecerá tus pasiones. 20

Si quieres desprenderte de los vicios, debes retirarte lejos de los ejemplos del vicio. El avaro, el seductor, el cruel, el fraudulento, que te 21

harían mucho daño si se hallasen cerca de ti, se encuentran dentro de ti. Dirige tus pasos hacia los mejores: vive con los Catones,[633] con Lelio,[634] con Tuberón.[635] Y si te complace, asimismo, vivir con los griegos, familiarízate con Sócrates,[636] con Zenón:[637] el primero te enseñará a morir si hay necesidad, el segundo antes de que sea necesario.

Vive con Crisipo,[638] con Posidonio:[639] éstos te transmitirán el 22
conocimiento de los temas divinos y humanos, éstos te prescribirán ser laborioso, no sólo hablar con elegancia y pronunciar discursos para deleite de los oyentes, sino endurecer tu ánimo y tenerlo firme contra las amenazas. En efecto, es único el puerto de esta vida agitada y turbulenta: menospreciar cuanto debe suceder, erguirse confiado y dispuesto a recibir de frente los dardos de la fortuna sin esconderse, ni dar la espalda.

La naturaleza nos ha hecho magnánimos y como a ciertos animales ha 23
otorgado la ferocidad, a otros la astucia, a otros el sentido del temor, igualmente a nosotros un espíritu ansioso de gloria y noble que busca dónde poder vivir con más honestidad, no con más seguridad, muy semejante al cielo al que aspira y emula en cuanto está permitido al paso de los mortales; se da a conocer, siente que se le alaba y se le contempla.

Dueño de todas las cosas, es superior a todas ellas. Por lo tanto, no se 24
plegará ante riesgo alguno, ninguno le parecerá excesivo, ninguno capaz de doblegar a un hombre.

Figuras terribles de ver la Muerte y la Fatiga:[640]

en modo alguno, sin duda, si uno puede mirarlas con ojos firmes y disipar las tinieblas; muchas cosas consideradas terribles durante la noche, a la luz del día resultan motivo de risa.

Figuras terribles de ver la Muerte y la Fatiga:

con acierto dijo nuestro Virgilio que eran terribles no en la realidad, sino a la vista, es decir, que parecen terribles, pero no lo son.

¿Qué hay, repito, en ellas tan terrible como la voz pública ha divulgado? 25
¿Qué motivo hay, Lucilio, te lo ruego, para que un hombre tema la fatiga, un ser mortal la muerte? ¡Tantas veces me encuentro con esos que piensan que no puede hacerse cuanto ellos son incapaces de hacer y que afirman que hablamos de una conducta superior a cuanto la naturaleza humana puede seguir!

Mas ¡cuánto mejor juzgo yo de ellos! Ellos mismos pueden también realizar estas obras, pero no quieren. En suma, ¿a quién jamás ellas le han 26 fallado cuando intentaba realizarlas? ¿A quién no le han parecido más fáciles al llevarlas a cabo? No porque son difíciles no nos atrevemos a hacerlas, sino porque no nos atrevemos son difíciles.

Si, con todo, echáis de menos un ejemplo, fijaos en Sócrates, un viejo 27 acostumbrado a sufrir,[641] zarandeado por toda clase de dificultades, no obstante invicto ante la pobreza que las cargas domésticas hacían más pesada, y ante las fatigas que soportó hasta el fin incluso como soldado. En casa, ¡con qué sufrimientos no fue probado!: recordemos a su mujer, de carácter cruel, de lengua procaz, o a sus hijos rebeldes, más parecidos a la madre que al padre.[642] Fuera de casa, en cambio, vivió en la guerra, o bajo la tiranía o en una forma de libertad más inhumana que la guerra o la tiranía.

Se combatió veintisiete años;[643] terminada la contienda, la ciudad fue 28 entregada en castigo a los treinta tiranos, de los cuales la mayor parte eran enemigos de Sócrates.[644] Por último, se consumó su condena so pretexto de cargos muy graves: se le acusó de profanar la religión y de corromper a la juventud, a la que, según se alegó, instigaba contra los dioses, los padres de familia y el Estado.[645] A esto siguió la cárcel y el veneno. Tales infortunios perturbaron tan poco el ánimo de Sócrates que ni siquiera alteraron su semblante. ¡Oh gloria esta admirable y singular! Hasta el último momento nadie contempló a Sócrates ni más alegre, ni más triste; se mantuvo igual en tan gran desigualdad de la fortuna.[646]

¿Quieres otro ejemplo? Fíjate en Marco Catón, el joven, con quien la 29 fortuna se comportó aún más hostil e implacable.[647] Aunque en todas partes se le opuso, por último hasta en la muerte, no obstante él mostró que un hombre esforzado puede vivir y morir con fortuna adversa. Toda su existencia transcurrió o en la contienda civil, o en un estado de paz que estaba engendrando la guerra civil; y se puede afirmar que éste, no menos que Sócrates, se distinguió en medio de esclavos, a no ser que opines que Gneo Pompeyo, César y Craso se coaligaron para la libertad.

Nadie vio cambiar a Catón en tantos cambios de la República; se mostró 30 el mismo en toda situación: al ser elegido pretor, al ser rechazado, como acusador, en el gobierno de la provincia, en las asambleas, en el ejército, en la muerte. Finalmente, en aquella perturbación de la República, cuando, de un lado, César estaba apoyado por diez legiones muy belicosas y por todas las

guarniciones extranjeras, y del otro, Gneo Pompeyo se bastaba él solo contra todo, mientras unos se inclinaban hacia César y otros hacia Pompeyo, sólo Catón formó también un partido en favor de la República.

Si quieres abarcar con tu pensamiento la imagen de aquella época, verás de una parte a la plebe y a todo el pueblo, dispuesto a la revuelta, de otra a los optimates y al orden ecuestre, todo cuanto había en la ciudad de venerando y distinguido, y en medio dos abandonados, la República y Catón. Te maravillarás, te lo advierto, cuando reconozcas 31

al Atrida y Príamo y a Aquiles enfurecido contra los dos[648]

porque a uno y otro reprueba, a uno y otro desarma.

Ésta es la sentencia que emite sobre el uno y sobre el otro: afirma que si César vence, él se dará la muerte, y si vence Pompeyo, partirá al destierro. ¿Qué tenía que temer quien había decidido aplicarse a sí mismo, vencido o vencedor, las penas que hubieran podido aplicarle los enemigos más furiosos? Así pues, murió por propia decisión. 32

Ves cómo los hombres pueden soportar el esfuerzo: a través de los desiertos de África condujo a pie el ejército. Ves cómo se puede resistir la sed: por áridas colinas sin bagaje alguno, conduciendo los restos del ejército derrotado, soportó la carestía de agua con la coraza puesta, y cuantas veces se les brindó la oportunidad del agua, bebió el último. Ves cómo se pueden despreciar los honores y los insultos: el mismo día en que fue rechazado en las elecciones jugó a pelota. Ves cómo es posible no temer el poder de los fuertes: provocó a la vez a Pompeyo y a César, a ninguno de los cuales se atrevía nadie a ofender si no era para granjearse el favor del otro. Ves cómo se puede menospreciar tanto la muerte como el destierro: se impuso a sí mismo el destierro y la muerte y, entre tanto, la guerra. 33

En consecuencia, podemos mostrar tanto valor frente a estos males, con tal que decidamos sustraer nuestro cuello al yugo. Mas, en primer lugar, debemos rechazar los placeres: enervan, afeminan y exigen mucho, de modo que mucho es preciso exigir a la fortuna. Luego, debemos despreciar las riquezas: son el salario a pagar por la esclavitud. Abandonemos el oro, la plata y cualquier otra cosa que colma las mansiones de los ricos: la libertad no puede adquirirse gratuitamente. Si a ésta la aprecias mucho, todo lo demás debes apreciarlo poco. 34

105

¿Cómo vivir tranquilos?

Te indicaré las normas que debes observar para vivir más seguro. Pero te aconsejo que escuches estos preceptos como si te enseñase la forma de proteger tu salud en tus dominios junto a Árdea.[649] Considera cuáles son los motivos que impulsan al hombre a causar daño a otro hombre: descubrirás que son la esperanza, la envidia, el odio, el temor, el desprecio. 1

De todos ellos, el desprecio es hasta tal punto el más leve, que muchos se han refugiado en él con el fin de protegerse. Al que uno desprecia, ciertamente lo pisotea, pero luego pasa de largo; al hombre despreciado nadie lo daña con ensañamiento, nadie con empeño; incluso el soldado que yace en el campo de batalla es dejado de lado, se combate con el que está en pie. 2

Evitarás los deseos de los malvados si no tienes nada que excite la injusta codicia de los demás, si no posees nada llamativo: en verdad se ambicionan aun las cosas de poco valor, si son poco conocidas, si son raras. Rehuirás la envidia si no te expones a las miradas de los otros, si no haces ostentación de tus bienes, si aprendes a alegrarte en tu intimidad. El odio, o es el resultado de una injuria (esto lo evitarás no provocando a nadie), o es injustificado, del cual te protegerá el sentido común. Tal odio resultó peligroso a muchos: algunos se han ganado el odio sin tener enemigo.[650] 3

Una modesta fortuna y un carácter bueno lograrán que no infundas temor: los hombres deben saber que eres de tal condición que pueden herirte sin riesgo de represalias; que la reconciliación contigo sea fácil y segura. Ser temido es, en verdad, tan enojoso entre la familia como fuera de ella, tanto por los siervos como por los hombres libres: no existe ninguno que no tenga fuerza suficiente para hacer daño. Añade ahora que el que infunde temor teme a su vez: nadie ha podido ser temible sin inquietud. 4

Queda el desprecio, cuya medida la tiene a su disposición quien se lo ha procurado, quien es menospreciado porque ha querido, no porque lo ha merecido. Las incomodidades de éste las desvanecen las buenas costumbres y las amistades de aquellos que son influyentes ante algún poderoso, a los que conviene acercarse, pero no encadenarse[651] para que el remedio no sea más costoso que el peligro. 5

Sin embargo, nada aprovechará tanto como estar tranquilo y hablar muy
6 poco con los demás y muchísimo consigo mismo. Existe un cierto encanto en la conversación que se insinúa y halaga y, no de otra suerte que la embriaguez y el amor, descubre los secretos. Nadie silenciará lo que ha escuchado, nadie comunicará sólo cuanto ha escuchado.[652] Quien no silencie el hecho, no silenciará al autor. Cada cual tiene alguien en quien confiar tanto cuanto a él se ha confiado; por más que modere su locuacidad y se contente con los oídos de uno solo, hará pública la noticia; así, lo que poco ha era un secreto, ahora es voz popular.

7 Una gran parte de nuestra seguridad radica en no cometer injusticia alguna: los prepotentes llevan una vida turbia y desordenada; temen en la misma medida en que hacen daño y no descansan en ningún momento. En verdad, tiemblan cuando han obrado el mal y andan perplejos. Su conciencia no les permite ocuparse de otra cosa y en seguida les obliga a responder ante su juicio. El castigo lo expía quien lo espera, y lo espera quien lo ha merecido.

8 Ciertos delitos dejan a uno tranquilo en medio del remordimiento, pero ninguno le deja seguro; en efecto, piensa que si aún no ha sido descubierto, puede serlo, y durante el sueño se agita y, cuantas veces habla del crimen de alguno, recuerda el suyo; no le parece bastante olvidado, ni bastante oculto. El culpable tiene a veces la suerte, mas nunca la certeza, de mantenerse oculto.[653]

106

El bien es un cuerpo

1 Respondo bastante tarde a tus letras, no porque esté absorto en mis asuntos. Guárdate de aceptar esta excusa; dispongo de tiempo y disponen de tiempo todos los que quieren. A nadie lo persiguen sus asuntos; los hombres se aferran a ellos y consideran que estar atareados es una prueba de felicidad. ¿Qué motivo ha existido, pues, para no contestarte en seguida? El tema sobre el cual preguntabas estaba planteado en el desarrollo de mi obra.

2 Sabes, en efecto, que me propongo tratar del conjunto de la filosofía moral y exponer todas las cuestiones que a ella se refieren.[654] Por ello estuve dudando de si te haría esperar hasta que se presentase el momento

propicio para abordar la cuestión o te daría audiencia extraordinaria: me ha parecido más delicado no tener a la espera al amigo que venía de tan lejos.

Así pues, esta cuestión la extraeré también de aquella serie de temas 3
relacionados entre sí y, caso de que se presenten otros de la misma especie, te los comunicaré espontáneamente, aunque no me los preguntes.

¿Deseas saber cuáles son éstos? Aquellos cuyo conocimiento agrada más que aprovecha, como esta cuestión sobre la que preguntas: si el bien es un cuerpo.

El bien opera, puesto que aprovecha; lo que opera es un cuerpo. El bien 4
excita la actividad del ánimo y, en cierto modo, lo configura y refrena, acciones estas que son propias del cuerpo. Los bienes del cuerpo son cuerpos; luego también los bienes del espíritu, ya que también éste es un cuerpo.[655]

Es necesario que sea un cuerpo el bien del hombre, ya que éste es 5
corpóreo. Diría una falsedad si no es cuerpo lo que alimenta a aquél, lo conserva y restablece su salud; luego su bien es, asimismo, un cuerpo. No creo que vayas a dudar de que las pasiones sean cuerpos (para introducir así otro razonamiento sobre el que no preguntas), como la ira, el amor, la tristeza, a no ser que dudes de que nos cambian la expresión del rostro, nos arrugan la frente, nos ensanchan la cara, nos provocan el rubor, nos comprimen la sangre. Pues, ¿qué? ¿Piensas que señales del cuerpo tan evidentes son impresas por otro que no sea el cuerpo?

Si las pasiones son cuerpos, también las enfermedades del ánimo, como 6
la avaricia, la crueldad, los vicios inveterados que han llegado a una situación irremediable; por lo tanto, también la maldad y todas sus manifestaciones: la malignidad, la envidia, la soberbia.

Así pues, también las virtudes, primeramente porque son contrarias a 7
estos vicios, luego, porque te brindarán los mismos síntomas. ¿No ves, acaso, cuánto vigor proporciona a la mirada la fortaleza? ¿Cuánta atención la prudencia? ¿Cuánta moderación y sosiego el respeto? ¿Cuánta serenidad la alegría? ¿Cuánta rigidez la severidad? ¿Cuánta indulgencia la dulzura? En consecuencia, son cuerpos esas energías que mudan el color y la disposición de los cuerpos, que ejercen sobre ellos su dominio. De ahí que todas las virtudes que he enumerado son bienes, como también cuanto de ellas procede.

¿Es, acaso, dudoso que sea cuerpo aquello con lo que puede tocarse 8
cualquier cosa?

Porque tocar y ser tocada ninguna cosa puede a no ser el cuerpo.[656]

como dice Lucrecio. Ahora bien, todas estas virtudes de que he hablado no mudarían el cuerpo si no lo tocasen; luego son cuerpo.

Además, aquello que tiene tanta fuerza que impulsa, coarta, retiene y 9
refrena es cuerpo. Pues, ¿qué? ¿El temor no retiene? ¿La audacia no impulsa? ¿La fortaleza no lanza y da empuje? ¿La templanza no refrena y disuade? ¿El gozo no exalta? ¿La tristeza no abate?

Finalmente, todo cuanto hacemos lo realizamos por imperativo del vicio 10
o de la virtud: lo que impera al cuerpo es cuerpo, si lo que hace violencia al cuerpo es cuerpo. El bien del cuerpo es corpóreo, el bien del cuerpo lo es también del hombre; por lo tanto, es corpóreo.

Puesto que, como lo has querido, he satisfecho tu deseo, ahora yo me diré 11
a mí mismo lo que entiendo que vas a decirme: jugamos al ajedrez.[657] Gastamos nuestra agudeza en disquisiciones superfluas: éstas no nos hacen buenos, sino doctos.

La sabiduría es cosa más accesible, mejor aún, más sencilla: basta con 12
poca erudición para una mente sana, pero nosotros, como en las demás cosas, también en la filosofía nos dispersamos inútilmente. Igual que en todas las cosas, también en punto a erudición nos vemos aquejados de intemperancia: aprendemos no ya para la vida, sino para la escuela.[658]

107

Soportemos con serenidad las contrariedades del destino

¿Dónde está aquella gran prudencia tuya? ¿Dónde tu agudeza en discernir la 1
realidad? ¿Dónde tu grandeza de alma? ¿Ahora te afecta un hecho tan insignificante? Los esclavos han considerado que tus ocupaciones ofrecían una ocasión propicia para su fuga. Si tus amigos te engañaran (conserven, en verdad, también los esclavos el nombre que por error les dimos y llámeseles así para que no tengan más ignominia), <faltaría algo> a toda tu hacienda: faltan esos infelices que consumían tu actividad y creían que eras persona insoportable a los demás.

Nada de esto es insólito, nada inesperado; molestarse por estas cosas es 2
tan ridículo como lamentarse de que lo salpiquen a uno «en el baño, o lo

empujen» en un lugar concurrido, o lo manchen en medio del fango. En la vida la situación es la misma que en el baño, en la concurrencia, en el viaje: unos agravios te los lanzarán a la cara, otros te vendrán encima. Vivir no es cosa deliciosa. Has emprendido un largo camino: tendrás que resbalar, tropezar, caer, fatigarte y exclamar: «¡oh muerte!», es decir, mentir. En un lugar abandonarás a tu compañero, en otro lo sepultarás, en otro lo temerás: a través de semejantes contrariedades deberás recorrer esta ruta escabrosa.

¿Es que quiere morir? Disponga su ánimo frente a cualquier prueba; sepa 3
que ha llegado donde retumba el rayo; sepa que ha llegado donde

> los pesares y los remordimientos vengadores han puesto su sede, y donde habitan las lívidas enfermedades y la triste senectud.[659]

En esta camaradería es necesario pasar la vida. No puedes rehuir tales infortunios, puedes despreciarlos, y los despreciarás si piensas a menudo en ellos y los presientes como venideros.

Todos se aprestan con más firmeza a la prueba para la que se han 4
preparado largo tiempo, y resisten hasta las pruebas más duras si habían meditado sobre ellas de antemano; por el contrario, el imprevisor se espanta, incluso, hasta de lo más insignificante. Debemos obrar de modo que nada nos coja de improviso; y puesto que todos los infortunios resultan más penosos por la novedad, la asidua reflexión logrará que no seas un bisoño frente a ninguna desgracia.

«Los esclavos me han abandonado.» A otro lo han saqueado, a otro lo han 5
acusado, a otro lo han asesinado, a otro lo han traicionado, a otro lo han apaleado, a otro lo han atacado con veneno o con calumnias: todo cuanto digas ha acontecido a muchos y, en lo sucesivo, «les acontecerá». Numerosos y diversos son los dardos que se lanzan contra nosotros: unos quedan clavados en nosotros, otros vibran y nos alcanzan directamente, otros destinados para los demás llegan a rozarnos.

No debemos sorprendernos de ninguna de las pruebas a las que nos 6
somete nuestra naturaleza, de las cuales nadie debe lamentarse porque son iguales para todos. Así lo mantengo, son iguales; porque aquella desgracia que uno ha evitado, hubiera podido sufrirla. Ahora bien, la ley, no la que todos han usado, sino la promulgada para todos, es justa. Prescribamos, pues, a nuestro espíritu la ecuanimidad y sin quejas paguemos los tributos de nuestra condición mortal.[660]

El invierno trae el frío: tenemos que sufrirlo. El verano nos devuelve el 7

calor: tenemos que soportarlo. La inclemencia del tiempo ataca la salud: tenemos que sufrir la enfermedad. Nos encontraremos con una fiera en cualquier lugar, y con el hombre, más perjudicial que todas las fieras. Algún bien nos arrebatará el agua y también el fuego. Tal estado de cosas no podemos cambiarlo: lo que sí podemos es mostrar un gran ánimo, digno de un hombre de bien, con el que resistir con fortaleza los azares de la fortuna y acomodarnos a la naturaleza.

En verdad, la naturaleza modera con sus transformaciones este reino que contemplas: al cielo nuboso sucede el cielo despejado; los mares se agitan después de la bonanza; soplan los vientos sucesivamente; a la noche sigue el día; una parte del cielo se eleva, la otra se sumerge: de fenómenos contrapuestos se compone la duración eterna del universo. 8

A esta ley debe adaptarse nuestro espíritu; a ésta debe secundar, a ésta obedecer y, considerar que cuantos sucesos acontecen han debido acontecer, sin que pretenda censurar a la naturaleza. Es una disposición excelente la de soportar lo que no puedas enmendar y acompañar sin quejas a Dios,[661] por cuya acción todo se produce: es un mal soldado el que sigue con lamentos al general. 9

Por lo cual, con diligencia y alegría, recibamos los mandatos divinos y no abandonemos la trayectoria de esta bellísima creación en la que está integrado todo cuanto hemos de sufrir; e invoquemos a Júpiter, cuyo gobierno dirige esta mole del universo, como lo invoca nuestro Cleantes con versos elocuentísimos, que me permito traducir a nuestra lengua siguiendo el ejemplo de Cicerón, orador muy elocuente.[662] Si te agradan, acéptalos complacido; si te desagradan, sábete que en este punto he seguido el ejemplo de Cicerón. 10

> Condúceme, ¡oh padre, señor del encumbrado cielo!, doquiera te plazca: nada me retiene para obedecerte; aquí estoy sin vacilar. Mas supone que me resista, te acompañaré entre lamentos y, contrariado, soportaré lo que he podido realizar complacido. Al que está resuelto los hados lo conducen, al que se resiste lo arrastran.[663] 11

Así debemos vivir, así debemos hablar; que el Destino nos encuentre dispuestos y diligentes.[664] Es un gran espíritu este que se le ha entregado; por el contrario, es un espíritu mezquino y degenerado aquel que lo combate, que reprueba el orden del mundo y prefiere corregir a los dioses antes que a sí mismo. 12

108

Modo de escuchar a los filósofos

1 El tema sobre el que preguntas es uno de esos cuyo conocimiento tiene sólo el interés de estar enterado de él. Pero, no obstante, puesto que tiene su interés, te apresuras y no quieres esperar los libros que con especial atención estoy preparando y que comprenden todas las cuestiones de la filosofía moral.[665] En seguida te lo expondré; con todo, antes te indicaré cómo debes regular esa avidez de aprender, que veo que te consume, para que ella no se obstaculice a sí misma.

2 Ni debes libar indistintamente todos los temas, ni irrumpir en todos ávidamente: a través de las partes se llega al todo. El peso debe adaptarse a nuestras fuerzas, sin cargarnos con más del que somos capaces de llevar. No debes absorber cuanto quieras, sino cuanto puedas. Ten solamente buen ánimo: podrás abarcar lo que desees. Cuanto más recibe el espíritu, tanto más se ensancha.

3 Recuerdo que tales consejos nos los daba Átalo,[666] cuando asediábamos su escuela siendo los primeros en llegar y los últimos en salir, incitándolo a ciertas disputas incluso mientras paseaba,[667] dispuesto como estaba no sólo a responder a los discípulos, sino a anticiparse a sus preguntas. «Una misma finalidad deben proponerse el maestro y el discípulo: el primero, ser útil; el segundo, aprovechar.»

4 El que acude a la escuela de un filósofo, es necesario que todos los días obtenga algún provecho: que regrese a casa o más sano o más sanable. Y regresará sin duda: tal es la fuerza de la filosofía que no sólo ayuda a los que se consagran a ella, sino también a los que con ella se van familiarizando. Quien va a tomar el sol, se bronceará, aunque no vaya por este motivo; quienes se han detenido en una tienda de perfumes y han permanecido un buen rato, arrastran consigo la fragancia del lugar; y quienes han estado en casa de un filósofo, es necesario que obtengan alguna ventaja, que puede ser útil incluso a los indiferentes. Atiende a lo que digo: indiferentes, pero no hostiles.

5 «Entonces, ¿qué? ¿No conocemos a algunos que han frecuentado durante muchos años la escuela de un filósofo y ni siquiera han acusado su impronta?» ¿Por qué no había de conocerlos? Unos hombres por cierto muy

obstinados y asiduos a los que no llamo discípulos sino inquilinos de los filósofos.

6 Algunos acuden para escuchar, no para aprender, como nos movemos a ir al teatro a impulsos del placer, para recrear nuestros oídos con los discursos, con un bello canto, o con una obra dramática. Comprobarás que es grande el número de los oyentes para quienes la escuela del filósofo es un albergue para su descanso. En ella no intentan despojarse de algún vicio, ni aprender norma alguna de vida con que perfeccionar sus costumbres, sino gozar del deleite de los oídos. Otros, sin embargo, acuden con sus tablillas no para recoger ideas, sino palabras, que luego repiten sin utilidad para los demás, como las escuchan sin utilidad propia.

7 Otros se exaltan ante las brillantes máximas y comparten la pasión del orador, gozosos en su semblante y en su espíritu, y se enardecen a la manera de los eunucos, que deliran excitados por el sonido y las indicaciones del flautista frigio. Los arrebata y los estimula la belleza de las ideas, no el vano sonido de las palabras. Si se ha pronunciado alguna frase enérgica contra la muerte, alguna frase altiva contra la fortuna, en seguida les agrada practicar lo que escuchan. Les impresionan tales preceptos y se comportan como se les ordena, a condición de que tal disposición persista en su ánimo, y de que su noble impulso no lo obstaculice al punto el vulgo, hostil a la virtud: pocos han podido llevar hasta sus casas los propósitos que habían concebido.

8 Es cosa fácil impulsar al oyente al deseo de la honestidad; en efecto, la naturaleza nos ha otorgado a todos el fundamento y la semilla de las virtudes. Todos por nacimiento tendemos a todas estas cosas: cuando se presenta uno capaz de estimularnos, entonces aquellas nobles tendencias, que estaban como adormecidas, se despiertan. ¿No ves, acaso, cómo los teatros resuenan con voces armónicas cada vez que se ha proferido alguna máxima, universalmente reconocida, cuya verdad atestiguamos de mutuo acuerdo?

> A la pobreza le faltan muchas cosas, a la avaricia, todas.[668] 9
>
> El avaro no es bueno con nadie y pésimo consigo mismo.[669]

Tales versos los aplaude aquél, el más mezquino de todos, y le agrada que se censuren sus vicios: ¿no crees que mucho más fácilmente se consigue este resultado cuando estas máximas son pronunciadas por un filósofo, cuando en los preceptos saludables se insertan versos destinados a fijarlos con más eficacia en el ánimo de los ignorantes?

10 En efecto —como decía Cleantes—, «de la misma manera que nuestro soplo produce un sonido más claro cuando la trompeta, al hacerlo pasar por el reducido espacio de un largo tubo, lo difunde, al fin, por un orificio más ancho, así hacen también más claros nuestros pensamientos las imperiosas leyes del verso».[670] Las mismas frases se escuchan con mayor descuido e impresionan menos cuando son expresadas en prosa: mas cuando se añade el ritmo y un bello pensamiento queda encadenado a un metro determinado, esa misma sentencia se ve lanzada como por un brazo más poderoso.

11 Sobre el menosprecio del dinero se pronuncian numerosas máximas y, en discursos muy largos, se recomienda a los hombres pensar que las riquezas radican en el alma, no en el patrimonio, que es rico quien se ha acomodado a su pobreza y se ha hecho rico con poco; no obstante, los espíritus se conmueven con más eficacia cuando se pronuncian versos como éstos:

Necesita muy poco el mortal que codicia muy poco;[671]

posee cuanto desea el que es capaz de querer cuanto le basta.[672]

12 Cuando oímos estas sentencias y otras semejantes, nos vemos obligados a reconocer su verdad; ciertamente, aquellos a quienes nada les basta las admiran, las aplauden y declaran su aversión al dinero. Apenas hayas advertido éste su estado de ánimo, aprémiales, por un lado estimúlalos, por otro fatígalos, renunciando a los equívocos, a los silogismos, a los sofismas y a los restantes juegos de agudeza vana. Habla contra la avaricia, habla contra la sensualidad; cuando aprecies que has conseguido algún provecho, que has conmovido el ánimo de tus oyentes, insiste con mayor vehemencia: no es fácil imaginar cuánta utilidad aporta este discurso encaminado a procurar un remedio, dirigido totalmente al bien del auditorio. Muy fácilmente, en verdad, los ánimos de los jóvenes son atraídos por el amor de lo honesto y de lo justo, y en los que aún son dóciles y apenas viciados, la verdad se insinúa, si ha encontrado un abogado idóneo.

13 En efecto, cuando escuchaba a Átalo hablando contra los vicios, los extravíos, las desgracias de la vida, con frecuencia sentí compasión del género humano, y lo consideré un filósofo sublime, elevado por encima del nivel superior humano.[673] Él mismo afirmaba que era un rey, pero a mí se me antojaba más que un rey quien tenía la facultad de censurar a los reyes.

14 Mas cuando pasaba a recomendar la pobreza y mostrar que todo cuanto sobrepase la necesidad era un peso inútil y penoso de soportar, a menudo me

complacía en salir pobre de la escuela. Cuando pasaba a estigmatizar nuestros placeres, a alabar la castidad del cuerpo, la sobriedad en el comer, la pureza del alma que se aparta no sólo de los placeres ilícitos, sino también de los superfluos, me complacía en moderar la gula y la voracidad.

De aquella época he conservado ciertos propósitos, Lucilio; es cierto que 15
yo había acudido a todas sus lecciones con gran entusiasmo. Después, reintegrado en la vida de la ciudad, conservé unos pocos de mis buenos principios. Desde entonces renuncié a las ostras y a las setas para el resto de mi vida; porque no son alimentos sino golosinas que incitan a comer a los ya saciados y que el estómago recibirá fácilmente y fácilmente expulsará, lo cual resulta gratísimo a los glotones, que se ceban más de cuanto son capaces.

Desde entonces me abstengo de perfumes para el resto de mi vida, ya que 16
el olor más grato en el cuerpo es no percibir ninguno. Desde entonces mi estómago prescinde del vino. Desde entonces rehúyo el baño caliente para el resto de mi vida; he pensado que poner el cuerpo a cocer y debilitarlo con sudores es cosa inútil y afeminada. Las demás prácticas que había desechado han vuelto, pero de tal suerte que en aquellas de las que he dejado de abstenerme conservo una moderación ciertamente muy próxima a la abstinencia,[674] que quizás es más difícil todavía, puesto que ciertas tendencias más fácilmente se erradican del alma que se moderan.

Puesto que he comenzado a explicarte cómo, siendo joven, me adherí a la 17
filosofía con mayor ímpetu del que ahora, viejo, conservo, no me avergonzaré de confesar qué gran amor despertó en mí Pitágoras. Soción[675] explicaba por qué motivo se había abstenido él de la carne de animales y por qué motivo, más tarde, lo había hecho Sextio.[676] La motivación para uno y otro era diferente, mas para ambos espléndida.

Sextio pensaba que, sin derramar sangre, tenía el hombre suficientes 18
alimentos y que se originaba una costumbre cruel cuando, por causa del placer, se había provocado el desgarramiento de los animales. Añadía que era necesario reducir las ocasiones de la voluptuosidad; y concluía que la variedad de alimentos era contraria a la buena salud e inadecuada para nuestros cuerpos.

Pitágoras,[677] por su parte, afirmaba que existen vínculos de parentesco 19
entre todos los seres y relaciones entre las almas que transmigran de unas a otras formas. Si le otorgas crédito, ningún alma perece, ni siquiera está inactiva, a no ser en el breve intervalo en que se traslada a otro cuerpo.

Veremos a través de qué vicisitudes y en qué momento, después de recorrer varios domicilios, vuelve al cuerpo humano: entre tanto Pitágoras infundió en los hombres el miedo a un delito y, concretamente, a un parricidio, puesto que éstos podían sin saberlo lanzarse contra el alma del padre o de la madre y profanarla con un arma o con los dientes, si es que en un animal se hospedaba el espíritu de algún pariente.

Soción, después de haber hecho esta exposición y haberla confirmado con 20
sus argumentos, decía: «¿No crees que las almas se distribuyen en estos y aquellos cuerpos y que la realidad que llamamos muerte no es sino una transmigración? ¿No crees que en estos animales domésticos o salvajes o en los que viven en el agua reside el alma que perteneció en otro tiempo a un ser humano? ¿No crees que en este mundo nada perece, sino que todo cambia de lugar? ¿Que no sólo los cuerpos celestes giran por determinados circuitos, sino que también los animales se mueven sucesivamente y que las almas recorren sus órbitas?

»Grandes hombres han creído en esta doctrina. Así pues, suspende tu 21
juicio, pero deja enteramente a tu decisión la respuesta: si esta doctrina es verdadera, haberte abstenido de la carne de animales es virtud; si es falsa, supone frugalidad. ¿Qué detrimento sufre, en este caso, tu credulidad? Te sustraigo los alimentos de los leones y de los buitres».

Empujado por estas razones, comencé a abstenerme de la carne de 22
animales y, transcurrido un año, la costumbre no sólo me resultaba fácil, sino agradable. Tenía la impresión de que mi espíritu estaba más ágil y hoy no podría asegurarte si lo estuvo realmente. ¿Quieres saber cómo dejé de abstenerme? La época de mi juventud coincidía con los primeros años del principado de Tiberio César: entonces eran llevados en procesión los objetos sagrados de los cultos extranjeros y se consideraba prueba de superstición la abstinencia de carne de ciertos animales. Por ello, a ruegos de mi padre que no temía una falsa acusación, sino que aborrecía la filosofía, volví a mi antigua costumbre; sin dificultad me persuadió a que tomara alimentos más nutritivos.

Átalo solía alabar el colchón que resiste el peso del cuerpo: incluso en la 23
vejez me sirvo de uno semejante, en el que no puede apreciarse la marca del cuerpo.

Te he contado estas cosas para demostrarte cuán ardorosos son los impulsos primeros de los principiantes para todo noble ideal, si hay alguien que los exhorte, alguien que lo estimule. Mas tropezamos en parte por culpa

de los maestros que nos enseñan a discutir, no a vivir, en parte por culpa de los discípulos que acuden a las lecciones de sus maestros con el propósito no de cultivar su espíritu, sino de cultivar su inteligencia.[678] Por donde lo que fue filosofía se ha convertido en filología.

Ahora bien, tiene mucha importancia la intención con que nos aplicamos a cualquier estudio. Quien, como aspirante a gramático, investiga a Virgilio, la escogida frase de éste: 24

huye el tiempo sin remedio,[679]

no la lee con este propósito: «Hay que estar alerta, si no nos damos prisa nos quedaremos atrás; nos empuja el día veloz que a su vez es empujado; sin darnos cuenta somos arrebatados; toda la actividad la orientamos al futuro y en medio del abismo estamos insensibles», sino para señalar que cuantas veces habla Virgilio de la celeridad del tiempo se sirve del verbo «huir»:

> Los mejores días de la vida son los primeros en huir de los infelices mortales; les sobrevienen las enfermedades, la triste vejez y la fatiga, y los arrebata la inclemencia de la cruel muerte.

Aquel que se orienta a la filosofía refiere estos mismos versos a su finalidad propia. Observa: «Nunca Virgilio dice que los días pasan, sino que huyen, que es el modo más rápido de correr y que los mejores de ellos son arrebatados los primeros: ¿a qué esperamos para lanzarnos con presteza a fin de igualar la velocidad del tiempo velocísimo? Los años mejores pasan volando, los peores vienen a sustituirlos». 25

Como de un ánfora fluye primero el vino puro y en el fondo se deposita el más espeso y turbio, así en nuestra vida la parte mejor se encuentra al principio. Y ¿permitimos que ésta sea apurada por los demás para reservarnos nosotros las heces? Permanezca grabada en nuestro ánimo esta máxima y deléitenos como proferida por un oráculo: 26

> Los mejores días de la vida son los primeros en huir de los infelices mortales.

¿Por qué son los mejores? Porque el tiempo que resta es incierto. ¿Por qué son los mejores? Porque de jóvenes podemos aprender, podemos dirigir hacia la virtud nuestro espíritu flexible y todavía moldeable; porque esta época es propicia para el trabajo, propicia para desarrollar la inteligencia con el estudio y ejercitar el cuerpo con el trabajo físico: el tiempo que resta es más estéril, más lánguido y más cercano al final. Por lo tanto, con toda el alma ocupémonos de esto y, renunciando a cuanto nos divierte, atendamos a 27

este solo objetivo: precaver que, dejados atrás, nos demos cuenta al final de la rapidez de este tiempo velocísimo que no podemos detener. Deben agradarnos los primeros días, uno por uno, como los mejores, y ser orientados en nuestro provecho. Hay que aferrarse a lo que se escapa.

Quien lee dichos versos con la mentalidad del gramático no opina que los primeros días sean los mejores, porque sobrevienen las enfermedades, porque la vejez nos agobia y pende sobre las cabezas de cuantos sueñan aún en ser jóvenes, antes bien afirma que Virgilio asocia las enfermedades y la vejez… ¡por Hércules!, no sin motivo, ya que la vejez es una enfermedad incurable. 28

«Además —advierte— le ha aplicado este calificativo a la vejez, la denomina “triste”»: 29

sobrevienen las enfermedades y la triste vejez.

En otro pasaje dice:

habitan las pálidas enfermedades y la triste vejez.[680]

No debes sorprenderte de que sobre un mismo tema cada cual deduzca sus conclusiones de acuerdo con sus inclinaciones: en un mismo prado el buey busca el pasto, el perro, la liebre y la cigüeña, el lagarto.

Cuando de un lado el filólogo, de otro el gramático y de otro el filósofo toman en sus manos el tratado *Sobre la República* de Cicerón, cada cual pone su atención en un aspecto diferente.[681] El filósofo se admira de que se hayan podido presentar tantos argumentos en contra de la justicia. Cuando el filólogo se acerca al propio texto, hace notar que en él se habla de dos reyes, de los cuales uno está falto de padre y el otro de madre. En efecto, hay duda sobre la madre de Servio, y el padre de Ancio es inexistente, se le cree nieto de Numa.[682] 30

Además, hace notar que el magistrado al que nosotros llamamos «dictador» y que en las obras históricas vemos que así es designado, fue llamado por los antiguos «jefe de la infantería».[683] Hoy día tal aparece en los libros de los augures[684] y está corroborado por cuanto el ayudante nombrado por él es el «jefe de la caballería.» Asimismo, indica que Rómulo pereció durante un eclipse de sol; que se podía apelar al pueblo incluso contra la sentencia de los reyes: tal práctica, entre otros, también Fenestela[685] cree que estaba indicada en los libros de los Pontífices. 31

Cuando los mismos libros *Sobre la República* los explica el gramático, señala, primeramente, en su comentario que Cicerón escribe *reapse*, es decir, *re ipsa* [en realidad], como también *sepse*, es decir, *se ipse* [a sí mismo]. Luego pasa a aquellos términos cuyo empleo ha cambiado el uso de nuestro tiempo, tal como leemos en Cicerón: «Puesto que con su interpelación se nos ha conducido detrás de la propia meta (*ab ipsa calce*)».[686] A lo que ahora nosotros llamamos en el circo *cretam* [meta], los antiguos decían *calcem*. 32

Después aduce los versos de Ennio y en primer término los referidos al Africano: 33

> a quien ningún conciudadano, ni enemigo podrá pagar por sus gestas el premio a la obra realizada (*opis pretium*).[687]

De aquí dice concluir que *opem* entre los antiguos no sólo significaba «ayuda», sino también «obra realizada». En efecto, Ennio afirma que nadie, ni conciudadano ni enemigo, ha podido pagar a Escipión la recompensa por la obra realizada.

Luego se considera feliz por haber descubierto la fuente de la que a Virgilio le vino la idea de decir: 34

> por encima del cual truena la espaciosa puerta del cielo.[688]

Afirma que Ennio sustrajo esta expresión a Homero, y Virgilio a Ennio; en efecto, en Cicerón, en los mismos libros *Sobre la República*, encontramos este epigrama de Ennio:

> si a algún mortal le está permitido subir a las regiones de los dioses celestes, a mí sólo se me abre la muy espaciosa puerta del cielo.[689]

Mas, a fin de que yo mismo, mientras persigo otros objetivos, no me deslice al puesto del filólogo o del gramático, quiero recordar que la audición y la lectura de los filósofos deben ser aprovechadas en orden a conseguir la felicidad, no para ir en busca de palabras arcaicas o nuevas ni de metáforas atrevidas ni de figuras de dicción; sino para aprender preceptos útiles y máximas espléndidas y estimulantes que más tarde se traduzcan en obras. De tal suerte debemos aprenderlas, que las que han sido sólo palabras sean obras. 35

En cambio, creo que no hay otros que se comporten peor con toda la humanidad que aquellos que han aprendido la filosofía como un arte venal, que viven de modo distinto a como enseñan que se debe vivir. Como modelos 36

de una disciplina inútil evolucionan de acá para allá, siendo esclavos de todos los vicios que fustigan.

Tal maestro no me puede ser más útil que el timonel mareado en medio de la tempestad. Precisa mantener firme el timón ante el acoso de las olas, luchar con el propio mar, sustraer las velas al soplo del viento: ¿cómo me puede ayudar el piloto de la nave si está aturdido y vomitando? ¿No crees que la vida se ve zarandeada por una tempestad mucho mayor que nave alguna? No es cuestión de hablar, sino de mantener firme el timón. 37

Todas las sentencias que pronuncian, que propalan ante la multitud que los escucha, no son suyas: las han pronunciado Platón, Zenón, Crisipo, Posidonio y un gran séquito de hombres, tantos y tan valiosos.[690] Mostraré cómo pueden probar que son suyas: obren de acuerdo con lo que dicen. 38

Puesto que te he explicado cuanto quería comunicarte, ahora satisfaré tu petición reservando íntegramente para otra epístola lo que me habías preguntado,[691] no suceda que te acerques cansado a escuchar un tema sutil que se debe escuchar con oídos atentos y ávidos de saber. 39

109

El sabio puede ser útil al sabio

Quieres saber si el sabio es útil al sabio.[692] Afirmamos que el sabio está colmado de todo bien y que ha conseguido la suma perfección: ahora se pregunta uno cómo alguien puede ser útil a quien posee el sumo bien. El bueno es útil al bueno, porque ambos practican las virtudes y mantienen la sabiduría en situación estable; ambos echan de menos a alguien con quien dialogar, con quien investigar. 1

A los expertos en la lucha los prepara el ejercicio, al músico lo estimula quien ha aprendido su mismo arte. El sabio tiene necesidad de practicar sus virtudes; como él se estimula a sí mismo, es asimismo estimulado por otro sabio.[693] 2

¿En qué el sabio será útil al sabio? Le dará un impulso, le indicará las ocasiones de realizar obras virtuosas. Además, le expondrá algunos de sus proyectos y le enseñará los hallazgos conseguidos. En efecto, incluso al sabio le quedará alguna verdad por descubrir, hacia la cual pueda desplegar su espíritu. 3

El malo perjudica al malo y lo hace peor, provocando su ira, secundando su tristeza, ponderando los placeres; mas se hallan los malos particularmente angustiados cuando han combinado en gran proporción los vicios y la perversidad se ha acumulado de una vez. En consecuencia, a la inversa, el bueno ayudará al bueno. 4

«¿Cómo?», preguntas. Le procurará el gozo; lo confirmará en su seguridad; y a la vista de la tranquilidad que uno aporta al otro, se incrementará la alegría de ambos. Además le transmitirá el conocimiento de ciertas verdades, porque el sabio no lo sabe todo, y aunque lo supiera, podría alguien discurrir métodos más expeditos de investigación e indicarle aquellos mediante los cuales se abarca más fácilmente el conjunto de su actividad. 5

El sabio ayudará al sabio no sólo, ciertamente, con sus propias fuerzas, sino también con las de aquél a quien ayuda. Puede éste, sin duda, incluso abandonado a sí mismo, cumplir su cometido: desplegará su propia velocidad; sin embargo, el instigador también ayuda al que está lanzado. 6

«El sabio no es útil al sabio, sino a sí mismo. Entérate bien, prívalo de su propio vigor y no realizará obra alguna.»

Con este razonamiento puedes afirmar que la miel no encierra la dulzura por cuanto aquel que debe tomarla, si no tiene la lengua y el paladar de tal manera dispuestos para gustarla que su sabor le cautive, sentirá repugnancia; en efecto, hay personas que por causa de su enfermedad encuentran amarga la miel. Es necesario que los dos sabios gocen de buena salud para que uno pueda ayudar y el otro sea materia idónea en manos de quien está presto a ayudarlo. 7

«Como —se objeta— es superfluo calentar un cuerpo que ha llegado al sumo grado de calor, asimismo es superfluo que uno ayude a quien ha llegado al sumo bien. ¿Acaso el agricultor provisto de todos los aperos de labranza busca que otro se los procure? ¿O acaso el soldado, con todas las armas que son suficientes para entrar en combate, busca todavía más armas? Luego tampoco el sabio; en verdad está bastante provisto, bastante armado para la vida.» 8

A tales objeciones, respondo:[694] el cuerpo que ha llegado al sumo grado de calor necesita de un suplemento de calor para conservar la máxima temperatura. «Mas el calor —replican— se mantiene por sí mismo.» Ante todo, existe gran diferencia entre los términos de esta comparación. En efecto, el calor es uno solo, el ayudar es múltiple. Además, el calor para estar caliente no precisa de un suplemento de calor: el sabio no puede 9

conservar su disposición de espíritu, si no acepta otros amigos de condición similar a la suya con quienes poder comunicar sus virtudes.

Añade ahora que entre todas las virtudes hay relaciones íntimas; por ello 10
presta ayuda el que ama las virtudes de alguien semejante a sí y, a la vez, ofrece para que sean amadas las suyas. Las cualidades parecidas resultan gratas, especialmente cuando son buenas y saben apreciar y hacerse apreciar.

Es más, ningún otro que no sea el sabio puede estimular debidamente el 11
ánimo del sabio, como nadie sino el hombre puede estimular al hombre por lo que respecta a la razón. Por ello, como para estimular la razón es necesaria la razón, así para estimular la razón perfecta es necesaria la razón perfecta.

Se dice que ayudan aquellos que nos dispensan cosas indiferentes como 12
el dinero, el favor, la seguridad y otras ventajas queridas o necesarias para los usos de la vida; con tales cosas se dirá que también el necio ayuda al sabio. Pero ayudar consiste en estimular, conforme a la naturaleza, el ánimo tanto con la propia virtud como con la virtud de quien es estimulado, lo cual no sucederá sin provecho incluso de aquél que ayude; pues es necesario que ejercitando la virtud ajena ejercite también la propia.

Con todo, pasando por alto los bienes más excelsos y las causas que los 13
producen, no obstante los sabios pueden ayudarse mutuamente. En efecto, es cosa deseable por sí misma para el sabio encontrar otro sabio, ya que por naturaleza todo bien es apreciado por el hombre bueno, y así todo el que es bueno concuerda con quien es bueno como consigo mismo.

Por razón del tema expuesto estoy obligado a pasar de esta cuestión a 14
otra. Se pregunta uno, en efecto, si el sabio debe tomar las decisiones solo o si deberá recurrir a alguien para pedirle consejo. Esto último le es necesario hacer cuando se trata de asuntos civiles y familiares, por así decir, humanos; en éstos tiene necesidad del consejo ajeno, como lo tiene del médico, del timonel, del abogado y del instructor de un proceso. Por lo tanto, en ocasiones el sabio ayudará al sabio, pues lo aconsejará. Mas en relación con los bienes excelsos y divinos también le será útil, según hemos dicho, mediante la práctica común de la virtud y el intercambio de afectos y pensamientos.

Asimismo, es conforme a la naturaleza rodear de afecto a los amigos y 15
alegrarse del progreso de ellos como del propio; porque, si tal no hiciéramos, tampoco permanecería firme en nosotros la virtud que mantiene el vigor ejercitándose. Ahora bien, la virtud persuade a emplear debidamente el presente, a velar por el futuro, a deliberar y poner el espíritu en tensión: lo

pondrá más fácilmente en tensión y lo desarrollará quien haya escogido a alguien como amigo suyo.[695] En consecuencia, buscará a un hombre perfecto o a uno que se encamina a la perfección y que está próximo a ella. Mas el amigo perfecto le será útil si apoya su consejo en la común sensatez.

Se dice que los hombres tienen mayor clarividencia en los asuntos del 16
prójimo. Esto acontece por su culpa a aquéllos a quienes su amor propio los ciega y el temor en medio del peligro les quita el discernimiento de lo que les será útil: el que está más tranquilo y exento de temor comenzará a juzgar rectamente. No obstante, hay algunos asuntos que los sabios analizan con más acierto en los demás que en ellos mismos. Además, el sabio procurará al sabio aquel tan dulce y hermoso estímulo de «querer y no querer las mismas cosas»[696]; sometidos ambos a un mismo yugo, llevarán a cabo una obra excelente.

He dado satisfacción a tu pregunta, aunque en la ordenación normal era 17
una de las cuestiones que reunimos en los libros de la filosofía moral. Recuerda lo que suelo decirte a menudo: en estas cuestiones, nosotros no ejercitamos más que nuestra agudeza. Muchas veces, en efecto, vuelvo a lo mismo: ¿qué provecho me procura esta discusión? Hazme más fuerte, más justo, más moderado. No es tiempo todavía de adiestrarme en estos ejercicios: aún tengo necesidad del médico.

¿Por qué me enseñas una ciencia inútil? Me has hecho grandes promesas: 18
compruebo escasos frutos. Me asegurabas que sería intrépido aun cuando las espadas vibrasen en torno a mí, aun cuando el puñal tocase mi garganta; me asegurabas que estaría sereno aun cuando ardiesen en mi derredor las llamas del incendio, aun cuando una tormenta súbita arrastrase mi nave sobre el anchuroso mar: infúndeme la solicitud de menospreciar el placer y la gloria. Luego, me enseñarás a desatar los nudos, a aclarar los equívocos, a penetrar en las cuestiones oscuras: ahora enséñame lo que es necesario.[697]

LIBRO XIX

110

Moderemos nuestros deseos: los bienes materiales son vanos

Desde mi finca de Nomento te saludo y te exhorto a que tengas la mente sana, es decir, propicios a todos los dioses,[698] a los cuales tiene apaciguados y favorables todo el que está en armonía consigo mismo. Abandona, por el momento, la creencia, grata a algunos, de que a cada uno de nosotros se nos otorga un dios como preceptor, por cierto no uno usual, sino uno de rango inferior, de la categoría de aquellos a los que Ovidio llama «dioses de la plebe».[699] Quiero, sin embargo, que abandones esta creencia sin que olvides que los antepasados nuestros que la siguieron fueron estoicos; en verdad asignaron a cada cual un Genio o una Juno.[700] 1

Luego veremos si los dioses disponen de tanto tiempo para ocuparse de los asuntos de cada persona: por el momento debes saber que, ora estemos encomendados a ellos, ora abandonados y entregados al capricho de la fortuna, no puedes augurar a nadie nada más grave que si le has augurado que esté enojado consigo mismo. Pero no tienes motivo para desear, a quien consideras digno de castigo, que tenga a los dioses adversos: los tiene, te lo aseguro, aunque parezca que goza de su favor. 2

Pon toda tu atención y considera cuál es realmente nuestra situación, no cómo se la llama, y comprenderás que los males supuestos son más numerosos que los reales. En efecto, ¡cuántas veces fue causa y principio de felicidad lo que se decía infortunio! ¡Cuántas veces un suceso acogido con alegría dispuso el camino hacia el precipicio, y a uno ya prominente lo alzó todavía más como si lo mantuviera en aquel lugar del que se cae con seguridad! 3

Mas esa misma caída no encierra mal alguno si esperas el final allende el cual la naturaleza no derriba ya a nadie. Está cerca el término de todas las cosas, está cerca, lo repito, el momento en que el feliz se ve expulsado y el infeliz manumitido: nosotros dilatamos una y otra situación y la prolongamos con la esperanza y el temor. Pero si eres sabio, valóralo todo de acuerdo con la humana condición; al propio tiempo, limita tus gozos y tus temores. En 4

verdad tiene mucha importancia no prolongar el gozo en nada para no prolongar el temor.

Pero ¿por qué trato de reducir este mal del temor? No tienes que pensar 5
que deba temerse desgracia alguna: son vanas esas cosas que nos impresionan, que nos tienen atónitos. Ninguno de nosotros ha analizado qué verdad había en ellas, sino que uno ha contagiado a otro el miedo; nadie ha osado aproximarse al objeto que lo perturbaba ni conocer la naturaleza de su temor y el bien inherente al mismo. En consecuencia, una sugestión falsa y vana mantiene todavía su credibilidad porque no se demuestra su inconsistencia.[701]

Consideremos importante fijar la atención: en seguida se nos mostrará 6
cuán breves, cuán inciertas, cuán exentas de riesgo son las situaciones que tememos. La turbación de nuestros espíritus es tal como la ha descrito Lucrecio:

> En efecto, como los niños tiemblan y se asustan de todo en medio de oscuras tinieblas, así nosotros tememos en plena luz.[702]

Pues, ¿qué? ¿No somos más insensatos que un niño cualquiera nosotros que 7
tememos en plena luz? Pero es falso, Lucrecio, no tememos en plena luz: todo lo hemos convertido en tinieblas para nosotros. Nada discernimos, ni lo que nos daña, ni lo que nos conviene; toda la vida damos tropezones y, no obstante, ni nos detenemos ni andamos con más prudencia. Mas ya ves cuán delirante es una marcha precipitada entre tinieblas. ¡Por Hércules!, conseguimos que se nos obligue a retroceder de más lejos y aun ignorando en qué dirección caminamos; con todo, proseguimos velozmente hacia el lugar al que intentamos llegar.

Mas, si queremos, puede surgir la luz. Ahora bien, es posible de una sola 8
forma: si hemos adquirido la ciencia de las cosas divinas y humanas, si no sólo nos teñimos externamente sino que nos impregnamos de ella, si volvemos a meditar, por más que las sepamos, las verdades aprendidas y las aplicamos a menudo a nuestra persona, si indagamos lo que es bueno y lo que es malo y a qué se le ha atribuido falsamente este nombre, si indagamos acerca de la virtud y del vicio y acerca de la Providencia.[703]

Ni la sagacidad de la mente humana se detiene dentro de estos límites: le 9
agrada investigar aun más allá del mundo, adónde se dirige, de dónde ha surgido y hacia qué fin acelera su marcha el universo con tanta velocidad. Habiendo apartado nuestro espíritu de esta divina contemplación, lo hemos

arrastrado a lo sórdido y abyecto para que fuera esclavo de la avaricia, para que, dejados a un lado el mundo, sus límites y los señores que gobiernan toda la creación, escudriñara la tierra y buscara los males a extraer de ella, no contento con cuanto le ofrecía.[704]

Todo lo que debía ser bueno para nosotros Dios, nuestro padre, nos lo ha puesto muy cerca, no ha esperado nuestra búsqueda y nos lo ha dado espontáneamente: cuanto podía dañarnos lo ha ocultado en lo más profundo. Sólo podemos quejarnos de nosotros mismos; hemos desenterrado aquellos objetos que nos iban a destruir contrariando a la naturaleza que los ocultaba. Hemos vendido nuestra alma al placer, cuando condescender con él constituye el principio de todos los males; nos hemos esclavizado a la ambición, a la fama y a otras apetencias igualmente vanas e inútiles. 10

Así pues, ¿qué te aconsejo ahora que hagas? Nada nuevo —ya que tampoco buscamos remedios para nuevos males—, sino primeramente que distingas en tu interior qué es lo necesario y qué lo superfluo. Las cosas necesarias las encontrarás por doquier: las superfluas deberás buscarlas constantemente y con todo ahínco. 11

No tienes por qué felicitarte en demasía si desprecias el lecho de oro y el ajuar guarnecido de pedrería; en verdad, ¿qué virtud hay en despreciar lo superfluo? Siente admiración por ti cuando hayas despreciado lo necesario. No realizas una gran gesta porque puedes vivir sin la suntuosidad de un rey, porque no deseas jabalíes de mil libras, ni las lenguas de los flamencos, ni otros excesos de los voluptuosos que, hastiados ya de animales enteros, eligen determinados miembros de cada uno de ellos: sólo te admiraré cuando desprecies hasta el pan moreno, cuando te persuadas de que la hierba, si es necesario, no sólo brota para los animales, sino también para el hombre, cuando te convenzas de que los brotes de los árboles sirven para llenar el vientre en el que acumulamos manjares costosos como si conservara para siempre lo que ha recibido. Hemos de llenarlo sin hastío; ¿qué importa lo que reciba, si ha de echar a perder cuanto recibe? 12

Te deleitan, preparados para comer, los animales capturados por tierra y por mar, de los que unos son mucho más gratos al paladar si se sirven a la mesa recién capturados, otros, en cambio, si son alimentados largo tiempo y, forzados a engordar, se derriten y apenas retienen su grasa; te deleita su lustre conseguido artificialmente. Mas ¡por Hércules!, estos manjares buscados con afán y diversamente condimentados cuando se introduzcan en el estómago se transformarán en un amasijo inmundo. ¿Quieres desdeñar el placer de los 13

alimentos? Considera cómo terminan.

Recuerdo a Átalo suscitando gran admiración en todos con estas palabras: «Largo tiempo —decía— las riquezas me engañaron. Me quedaba atónito cuando algún reflejo de ellas se manifestaba en uno u otro lugar, pensaba que los objetos que estaban escondidos eran semejantes a los que se mostraban. Mas en una suntuosa fiesta contemplé todas las riquezas de la Urbe, objetos cincelados en oro y plata y en otros metales más preciosos que el oro y la plata, matices exquisitos de color y vestidos transportados no sólo de más allá de nuestras fronteras, sino también de las fronteras del extranjero enemigo; de un lado, cortejos de mancebos y, de otro, de muchachas que destacaban por sus atavíos y su hermosura y otras vanidades que la fortuna del supremo imperio había expuesto haciendo recuento de sus riquezas. 14

»¿Qué otra cosa es esto —me decía yo—, sino provocar las pasiones de los hombres ya de por sí excitadas? ¿Qué significa este alarde de riqueza? ¿Nos reunimos para aprender la codicia? Mas ¡por Hércules!, salgo de aquí con menos ambición que cuando había entrado. He despreciado las riquezas no porque sean superfluas, sino porque carecen de consistencia. 15

»¿No has visto, acaso, cómo en pocas horas ha terminado aquel desfile, aunque lento y acompasado? ¿Llenará toda nuestra vida lo que no ha podido llenar toda una jornada? A esto se añade también que he juzgado superfluas las riquezas tanto para sus dueños como para los que las contemplaban. 16

»Esto, en consecuencia, me digo a mí mismo cuantas veces algo similar impresiona mi vista, cuantas veces me encuentro con una espléndida mansión, un distinguido cortejo de esclavos, una litera a hombros de lacayos de hermosa presencia: “¿De qué te maravillas? ¿Por qué estás atónito? Es ostentación. Estas cosas se muestran, no se poseen, y mientras nos deleitan, desaparecen”. 17

»Mejor dirígete hacia las verdaderas riquezas; aprende a contentarte con poco[705] y proclama, con nobleza y generosidad, aquella máxima: tenemos agua y tenemos polenta; rivalicemos con Júpiter en felicidad. Rivalicemos, te lo ruego, aunque nos falten estos alimentos. Es vergonzoso apoyar la felicidad en el oro y la plata, e igualmente vergonzoso apoyarla en el agua y la polenta.[706] 18

»“¿Qué haré, pues, si me faltan estas cosas?” ¿Quieres saber cuál es el remedio de la pobreza? El hambre acaba con el hambre:[707] por lo demás ¿qué interesa si son grandes o exiguos los haberes que te fuerzan a ser 19

esclavo? ¿Qué importa que sea muy poco lo que te puede negar la fortuna?

»La misma agua y la polenta en cuestión dependen de la voluntad ajena; 20
ahora bien, es libre no aquel sobre el que la fortuna puede poco, sino aquel sobre el cual no puede nada. Así es: importa que no desees nada si quieres retar a Júpiter que nada desea».[708]

Estas lecciones Átalo nos las ha dado a nosotros; la naturaleza las ha dado a todos; si quieres meditarlas con frecuencia lograrás ser feliz, no parecerlo, y, por lo mismo, parecer feliz no a los demás, sino a ti mismo.

111

Sofismas y verdadera filosofía

Me has preguntado cómo se denominan en latín los *sophísmata*. Muchos han 1
intentado darles un nombre, pero ninguno ha arraigado, sin duda porque el concepto mismo no fue acogido por nosotros, ni estaba en uso; incluso nos opusimos al propio vocablo.

Con todo, me parece muy apropiado el que Cicerón emplea: los llama 2
cavillationes.[709] Todo el que se aplica a ellas entrelaza, es cierto, cuestioncillas sutiles, mas no alcanza provecho alguno para su forma de vivir: no se hace más valeroso, ni más temperante, ni más noble. Por el contrario, quien practica la filosofía como antídoto de su espíritu, resulta magnánimo, lleno de confianza, invencible y más elevado cuando uno se le acerca.

Como acontece con las grandes montañas cuya altura es menos ostensible 3
a quienes las contemplan de lejos; cuando uno se acerca, entonces descubre cuán elevada es la cima. Tal es, querido Lucilio, el filósofo verdadero, por su comportamiento, no por sus argucias. Está situado en la altura, admirable, sublime, con auténtica grandeza. No se eleva sobre las plantas de los pies, ni camina sobre la punta de los dedos como aquellos que elevan su estatura y quieren parecer más altos de lo que son; él está contento con su propia grandeza.

¿Cómo no va a estar contento de haberse elevado hasta la altura donde no 4
alcanza el poder de la Fortuna? Así pues, se halla por encima de las vicisitudes humanas y es igual a sí mismo en cualquier situación, tanto si la vida avanza por una ruta favorable como si fluctúa y anda a través de

infortunios y dificultades: tal firmeza no pueden infundirla esas cavilaciones de que te hablaba poco antes. Con ellas el ánimo se entretiene, pero no progresa y rebaja la filosofía desde su altura hasta el suelo.

No te voy a prohibir que te ocupes de esas sutilezas alguna vez, pero sólo 5
cuando no quieras ocuparte de nada. Encierran, no obstante, este gravísimo defecto: procuran un cierto encanto y al espíritu atraído por su falaz agudeza lo cautivan y recrean cuando tan gran multitud de asuntos reclama la atención, cuando apenas si la vida entera basta para que aprendas esta sola lección: menospreciar la vida. «¿Y qué hay de gobernarla?», objetas tú. Esta labor viene después, porque nadie la ha gobernado bien, sino aquel que la ha menospreciado.

112

Es difícil enmendar al disoluto

Deseo, ¡por Hércules!, que tu amigo sea modelado y educado como quieres, 1
pero lo tenemos ya muy endurecido, mejor dicho —y esto es más grave— muy debilitado y quebrantado por hábitos malos[710] e inveterados. Quiero referirte un ejemplo tomado de mi propio arte.

No tolera el injerto cualquier tipo de vid: si es vieja y está roída, si es 2
delgada y endeble, o no admitirá el retoño, o no lo alimentará, ni se unirá a él, ni se apropiará de sus cualidades y naturaleza. Así pues, solemos realizar la incisión a nivel del suelo, de modo que si no da resultado podamos hacer un segundo intento y, repetida la operación, aplicar el injerto bajo tierra.

Este amigo del que me escribes y que me recomiendas está falto de vigor: 3
está entregado a los vicios. Está ajado y endurecido a un tiempo; no puede acoger la sabiduría, no puede cultivarla. «Pero él lo desea.» No lo creas. No digo que te engañe: él cree que lo desea. Su desenfreno le ha producido disgusto: pronto volverá a mostrarle su favor.

«Mas afirma que está apenado de su conducta.» No lo voy a negar, pues, 4
¿quién no está apenado de ella? Los humanos aman y odian a un tiempo sus vicios. Por ello emitiremos juicio acerca de él en el momento en que nos haya dado garantías de que su desenfreno le resulta odioso: ahora sólo se aviene mal con los vicios.

113

¿Son las virtudes seres animados? Importa cultivar la justicia

Deseas que te escriba cuál es mi parecer acerca de una cuestión debatida entre los estoicos: si la justicia, la fortaleza, la prudencia y las restantes virtudes son seres animados. Con estas sutilezas, Lucilio muy querido, hemos conseguido dar la impresión de que ejercitamos el ingenio con temas vanos y que consumimos el tiempo en disputas carentes de utilidad. Accederé a tu deseo y te expondré la opinión de nuestros filósofos; mas te confieso que soy de distinto parecer: pienso que ciertas cuestiones tienen que ver con un filósofo que calza sandalias blancas y viste de palio. Te diré, por lo tanto, qué temas suscitaron la atención de los antiguos o sobre los que los antiguos llamaron la atención. 1

Es bien sabido que el alma es un ser animado, ya que hace que seamos nosotros seres animados, toda vez que de ella han tomado el nombre los seres animados; ahora bien, la virtud no es otra cosa que el alma que conlleva un determinado hábito, luego es un ser animado.[711] Además, la virtud obra alguna cosa, mas nada puede obrarse sin un impulso; si, pues, tiene impulso y éste sólo corresponde al ser animado, es un ser animado. 2

«Si la virtud es un ser animado —dicen—, ella misma posee la virtud. » ¿Por qué no va a poseerse a sí misma? Como el sabio lo realiza todo por medio de la virtud, así también la virtud por sí misma. «Por lo tanto —añaden—, también las artes todas son seres animados y todos nuestros pensamientos y cuanto abarca la inteligencia. Se sigue, pues, que muchos miles de seres animados viven en este espacio angosto del pecho, y que cada uno de nosotros es un complejo de muchos seres animados o que albergamos muchos seres animados.» Me preguntas cómo responder a este raciocinio. Cada realidad de éstas será un ser animado, pero allí no habrá muchos seres animados. ¿Por qué? Te lo explicaré si aplicas a mi razonamiento tu perspicacia y atención. 3

Cada ser animado debe poseer una sustancia individual; todas estas cosas poseen una sola alma, por lo tanto, puede ser cada cual un individuo, pero no puede ser muchos. Yo soy animal y hombre, pero no dirás que nosotros somos dos. ¿Por qué? Porque dos deben estar separados. Por ello afirmo que uno debe ser distinto del otro para que sean dos. Todo lo que es múltiple en un solo ser corresponde a una sola naturaleza y, por lo mismo, es uno solo. 4

También mi alma es un ser animado y yo soy un ser animado, pero no 5
somos dos. ¿Por qué? Porque el alma es parte de mí. Contará por sí misma la cosa que subsiste por sí misma; mas cuando sea miembro de otra no podrá ser tenida como cosa distinta. ¿Por qué? Te lo diré: porque lo que constituye un ser distinto es preciso que se pertenezca, que posea rasgos propios y sea un todo perfecto en sí mismo.

Por mi parte, te he confesado que soy de una opinión distinta; porque si se 6
admite tal doctrina, no sólo las virtudes serán seres animados, sino también los vicios opuestos a ellas y las pasiones como la ira, el temor, la tristeza, la sospecha.[712] La conclusión va más allá: todas las decisiones, todos los pensamientos resultarán seres animados. Mas esto no puede admitirse en modo alguno, ya que no todo lo que procede del hombre es hombre.

«¿Qué es la justicia?», replican. El alma que conlleva un cierto hábito. 7
«Así pues, si el alma es un ser animado, también la justicia.» No, porque ésta es una disposición del alma y una determinada energía. La propia alma adopta diversas formas y no se convierte en un ser animado distinto cuantas veces realiza una obra distinta; como tampoco lo que procede del alma es un ser animado.

Si la justicia es un ser animado, si lo son la fortaleza y las restantes 8
virtudes, ¿dejan de ser de vez en cuando seres animados para comenzar a serlo de nuevo, o lo son siempre? Las virtudes no pueden dejar de serlo. Por lo tanto, son muchos, más aún: innumerables, los seres animados que anidan en esta alma.

«No son muchos —se arguye—, porque están ligados a un solo ser y son 9
partes y miembros de uno solo.» Por ello nos imaginamos el aspecto del alma como el de la hidra que posee muchas cabezas, cada una de las cuales combate por sí sola, daña por sí sola. Ahora bien, ninguna de estas cabezas es un ser animado, sino cabeza de un ser animado; por lo demás, la propia hidra es un solo ser animado. Nadie en la quimera ha dicho que el león o el dragón constituyan un ser animado: éstos son partes de ella. Pero las partes no son animales. ¿Qué motivo tienes, pues, para concluir que la justicia es un ser animado?

«Obra algo —nos replican—, y es útil; ahora bien, lo que obra y es útil 10
tiene un impulso, y lo que tiene impulso es un ser animado.» Es cierto si tiene impulso propio, mas no es propio de ella, sino del alma.[713]

Todo ser animado se mantiene hasta morir tal como era al nacer: el 11
hombre hasta morir es hombre, el caballo es caballo, el perro es perro, y no

puede cambiarse en otro distinto. La justicia, es decir, el alma que conlleva un cierto hábito, es un ser animado. Concedámoslo; por lo mismo, la fortaleza será un ser animado, o sea, el alma que conlleva un cierto hábito. ¿Qué alma? ¿La que poco ha era justicia? Ésta se encuentra en el primer ser animado y no se le permite pasar a otro animal; tiene que permanecer en aquel en el que comenzó a existir por primera vez.

Además, una sola alma no puede pertenecer, a un tiempo, a dos seres 12
animados, mucho menos a varios. Si la justicia, la fortaleza, la templanza y las restantes virtudes son seres animados, ¿cómo tendrán una sola alma? Es necesario que tenga cada una la suya propia, de otra suerte no son seres animados.

Un solo cuerpo no puede pertenecer a varios seres animados. Esto lo 13
reconocen los mismos estoicos. ¿Cuál es el cuerpo de la justicia? «El alma.» ¿Y cuál es el cuerpo de la fortaleza? «La misma alma.» Ahora bien, un solo cuerpo no puede pertenecer a dos almas.

«Pero una misma alma —arguyen— reviste las cualidades de la justicia, 14
de la fortaleza y de la templanza.» Esto sería factible si cuando fuera justicia no fuera fortaleza, si cuando fuera fortaleza no fuera templanza; pero en realidad, todas las virtudes subsisten al mismo tiempo.[714] Así pues, ¿cómo cada una de ellas será un ser animado cuando existe una sola alma que no puede formar más que un solo ser animado?

En fin, ningún ser animado es parte de otro ser animado; es así que la 15
justicia es parte del alma, luego no es un ser animado.

Tengo la impresión de perder el tiempo en demostrar un principio admitido por todos; en verdad, debemos indignarnos más bien que discutir sobre esta cuestión. Por el momento, ningún ser animado es igual a otro. Examina los cuerpos de todos: todos tienen su propio color, figura y magnitud.

Entre los otros motivos por los que se muestra admirable la inteligencia 16
del divino artífice, valoro también éste: que en tan gran multitud de seres nunca se repite; incluso los seres que nos parecen semejantes, cuando los comparas, son diferentes. Ha plasmado tantas especies de hojas: pero ninguna que no esté marcada por sus rasgos distintivos; tantos animales: mas la magnitud de ninguno de ellos concuerda con la de otro; siempre existe alguna diferencia. Ha determinado que los seres con individualidad distinta fueran diferentes y dispares. Todas las virtudes, según decís, son iguales, luego no son seres animados.[715]

Todo animal obra por sí mismo; mas la virtud no obra nada por sí misma, sino con la ayuda del hombre. Todos los seres animados, o son racionales como los hombres y los dioses, o irracionales como las fieras y los animales domésticos; las virtudes, sin duda, son racionales; ahora bien, no son hombres ni dioses, luego no son seres animados. 17

Ningún animal racional ejecuta una acción si antes no es excitado por la imagen de algún objeto; luego, toma el impulso y después el asentimiento confirma el impulso. Te explicaré qué es el asentimiento. Tengo necesidad de caminar, pero sólo empiezo a caminar cuando he tomado conciencia de ello y he aprobado mi idea; tengo necesidad de sentarme: sólo entonces me siento. [716] 18

Tal asentimiento no se da en la virtud. En efecto, suponte que hablamos de la prudencia: ¿cómo ella asentirá a la idea: «tengo necesidad de andar»? Esto la naturaleza no lo admite, ya que la prudencia toma previsión en favor de quien la posee, no para sí misma, toda vez que no puede caminar, ni sentarse. Por lo tanto, no comporta asentimiento, y lo que no comporta asentimiento no es animal racional. La virtud, si es un ser animado es racional; ahora bien, no es racional, luego tampoco ser animado. 19

Si la virtud es un ser animado y todo bien es virtud, todo bien es un ser animado. Esto nuestros estoicos lo aceptan. Salvar al padre es un bien, expresar una opinión prudente en el Senado es un bien y decidir según justicia es un bien; luego salvar al padre es un ser animado y expresar una opinión prudente es un ser animado. La discusión rebasaría los límites hasta el punto de que no podríamos contener la risa: un prudente silencio es un bien, cenar con moderación es un bien, y así, callar y cenar son seres animados. 20

¡Por Hércules!, no dejaré de estimularme y de procurarme diversión con estas sutiles necedades. La justicia y la fortaleza si son seres animados son, ciertamente, terrestres; todo ser animado terrestre siente el frío, el hambre y la sed; luego la justicia siente el frío, la fortaleza, el hambre, la clemencia, la sed. 21

¿Qué más? ¿No preguntaré a los filósofos qué figura tienen estos seres animados? ¿La de hombre, la de caballo o la de fiera? Si les otorgan la forma redonda, como la de un dios, indagaré si la avaricia, la lujuria y la demencia son, asimismo, redondas, porque también estas mismas son seres animados. Si les dan también a ellas forma redonda, preguntaré además si un prudente paseo es un ser animado. Es necesario que lo reconozcan y que, en 22

consecuencia, declaren que el paseo es un ser animado y asimismo redondo.

Sin embargo, no vayas a creer que soy el primero de los estoicos en no expresarme según la fórmula establecida, sino en mantener mi propia opinión:[717] entre Cleantes y su discípulo Crisipo no hay acuerdo sobre lo que es el paseo. Cleantes afirma que es un soplo que proviene del núcleo rector del alma hasta llegar a los pies; Crisipo, que es el propio núcleo rector. ¿Qué motivo hay, por tanto, para que cada uno no reivindique para sí, a ejemplo del mismo Crisipo, su posesión y haga burla de estos seres tan numerosos que el propio mundo no puede contener? 23

«No son —se objeta— las virtudes muchos seres animados y, no obstante, son seres animados. En efecto, como uno es poeta y también orador y, con todo, es uno solo, así estas virtudes son seres animados, pero no son multitud. Una misma cosa es el alma y el alma justa, prudente y fuerte que conlleva un determinado hábito respecto de cada virtud en particular.» 24

Terminada ya la discusión, estamos de acuerdo. En efecto, también yo por el momento admito que el alma es un ser animado, con la intención de examinar luego la opinión que tengo al respecto; pero que sus actos sean seres animados, no lo admito. De otro modo, todas las palabras y todos los versos serán seres animados. En verdad si una sabia conversación es un bien y todo bien es un ser animado, la conversación es un ser animado. Un verso adecuado es un bien, pero todo bien es un ser animado, luego el verso es un ser animado. Así 25

canto a los combates y al héroe[718]

es un ser animado que no puedo calificar de redondo, puesto que tiene seis pies.

«Tela de araña —dirás— es, ¡por Hércules!, todo esto que con tanto empeño realizamos.» Me desternillo de risa cuando imagino que el solecismo es un ser animado y también el barbarismo y el silogismo, y les asigno, como lo haría un pintor, rostros apropiados. ¿Tales cuestiones discutimos contraído el ceño y arrugada la frente? No puedo en este momento pronunciar la frase de Cecilio: «¡Oh, tristes bagatelas!». Son ridículas. 26

¿Por qué, pues, no tratamos más bien algún tema que sea provechoso y saludable para nosotros y no indagamos la manera de poder llegar a la virtud y cuál es el camino que nos conduce a ella?

Enséñame, no que la fortaleza es un ser animado, antes bien, que ningún ser animado es feliz sin la fortaleza, a no ser que se haya robustecido contra 27

los azares de la fortuna y haya superado previamente con la meditación todas las desgracias antes de sufrirlas. ¿Qué es la fortaleza? Un bastión inexpugnable de la debilidad humana, del que si uno se rodea, permanece seguro en esta vida siempre en asedio, puesto que lucha con las propias fuerzas y las propias armas.

En este punto quiero consignar un pensamiento de nuestro Posidonio: «No 28
debes pensar jamás que estás seguro con las armas de la fortuna: combate con las tuyas. La fortuna no nos arma contra sí misma; por donde, los que están equipados contra los enemigos están desarmados frente a ella».[719]

Alejandro, en verdad, devastaba y ponía en fuga a los persas, a los 29
hircanos, a los indos y a cuantos pueblos del Oriente se extienden hasta el Océano; en cambio, él mismo, ora por haber asesinado a un amigo, ora por haber perdido a otro, se debatía entre tinieblas deplorando unas veces el crimen, otras al amigo añorado, sucumbiendo a la ira y a la tristeza quien había vencido a tantos reyes y pueblos; ciertamente había logrado tener el universo en su dominio antes que a sus pasiones.[720]

¡Oh!, en cuán graves errores se ven encadenados los hombres que 30
ambicionan extender sus derechos de dominio más allá de los mares y se consideran muy felices si ocupan con sus tropas numerosas provincias añadiendo a las antiguas otras nuevas, mientras ignoran en qué consiste aquel noble dominio semejante a los dioses: ¡el dominio de uno mismo es el máximo dominio!

Enséñame cuán sagrada es la justicia que atiende al bien de los demás y 31
nada exige para sí misma, sino poderla practicar.[721] Nada tenga que ver con la ambición y la gloria: que se complazca en sí misma. Ante todo debe persuadirse cada cual de esta máxima: es necesario que sea justo sin interés. Pero es poco. Debe persuadirse, además, de aquella otra: séame grato sacrificarme espontáneamente por esta bellísima virtud; todos mis propósitos deben estar alejados lo más posible de mis ventajas particulares. No tienes por qué esperar el premio que aguarda a la acción justa: es mayor aquel que radica en la propia justicia.

Graba, asimismo, en tu mente lo que poco antes te decía: nada importa 32
cuántos conocen tu equidad. Quien desea publicar su virtud no labora por la virtud, sino por la gloria. ¿No quieres ser justo sin gloria? Sin embargo, ¡por Hércules!, a menudo deberás ser justo con infamia y entonces, si eres sabio, la mala reputación obtenida con buena conducta te deleitará.

114

La corrupción de las costumbres, causa de la decadencia del estilo[722]

1 Preguntas por qué motivo, en determinadas épocas, ha surgido un género corrupto de elocuencia y cómo se ha producido una tendencia de los hombres de talento hacia ciertos defectos, de suerte que haya estado en auge ora una expresión ampulosa, ora amanerada y compuesta a modo de cantinela; por qué, unas veces, han gustado pensamientos audaces y paradójicos y, otras, las sentencias tajantes y ambiguas en las que había que entender más de lo que se escuchaba;[723] por qué ha existido alguna generación que usaba sin mesura del derecho a la metáfora. La razón la hallamos en la máxima que comúnmente solemos oír y que se ha convertido entre los griegos en proverbio: tal es el estilo de los hombres cual es su vida.

2 En efecto, como la conducta de cada uno concuerda con sus palabras, así la forma de expresión refleja a veces las costumbres públicas, si la moralidad ciudadana ha flaqueado y se ha dado a los placeres. Constituye una prueba de la corrupción pública la expresión afectada cuando no se manifiesta sólo en alguno que otro, sino que ha sido aprobada y acogida por todos.

3 No puede ser uno el carácter del intelecto y otro el del alma. Si ésta es sana, ordenada, austera, temperante, también el intelecto es sano y sobrio: cuando el alma está corrompida, también aquél queda contaminado. ¿No ves cómo si el alma languidece, los miembros se arrastran y las piernas se mueven lentamente? ¿Si está enervada, se manifiesta la molicie en el mismo andar? ¿Si es vivaz y enérgica, el paso se apresura? ¿Si se enfurece o, lo que es análogo al furor, se enoja, el movimiento corporal está alterado y uno no avanza espontáneamente, sino que se ve arrastrado? Cuánto más debes pensar que otro tanto acontece con el intelecto, que todo él está compenetrado por el alma, de ella es hechura, a ella obedece y le pide las normas de conducta.

4 Cómo vivía Mecenas,[724] cómo caminaba, cuán afeminado era, cómo le gustaba ser contemplado, cómo no quería que sus defectos quedasen ocultos, es demasiado sabido para que ahora tengamos que contarlo. Pues, ¿qué? ¿Su estilo no fue tan descuidado como él mismo desceñido? ¿Sus palabras no fueron tan extrañas como su compostura, su cortejo, su casa, su esposa?

Habría sido hombre de gran talento si lo hubiese dirigido por un camino más recto, si no hubiera evitado ser entendido, si en su discurso no se hubiera desbordado. Así pues, reconocerás en él la elocuencia de un hombre ebrio, embarullada, tendente a divagar, llena de licencias.

¿Qué expresión más desafortunada que «la ribera con el río y el bosque 5
por cabellera»? No veas cómo «surcan con la barca el lecho del río y, revolviendo las olas del fondo, empujan hacia adentro los jardines». Y ¿qué decir si un enamorado «adorna su rostro haciendo guiños a su amada, besotea como una paloma y comienza a suspirar como los señores del bosque se agitan con la cerviz fatigada»? «La turba obstinada escudriña entre los banquetes, con la botella registra las casas y reclama esperanzada la propia muerte.» «Un Genio[725] con dificultad testigo de su fiesta.» «La mecha de la sutil candela y la hogaza[726] crepitante.» «Al hogar, la madre y la esposa lo visten con guirnaldas.»

Apenas hayas leído estas frases[727] ¿no te vendrá a la mente que su autor 6
es aquel que caminaba siempre por la ciudad con la túnica suelta (porque, incluso cuando hacía las veces del César, en ausencia de éste, daba las órdenes con vestido sin cinturón); aquel que en el tribunal, en los Rostros, en toda reunión pública aparecía con un manto que le cubría la cabeza dejando fuera las orejas a uno y otro lado, al modo como aparecen en el espectáculo del mimo los esclavos fugitivos de la casa de un rico; aquel que, cuando el estallido de las Guerras Civiles llegaba al máximo y, cuando más angustiada se hallaba la ciudad bajo las armas, su escolta en la vía pública eran dos eunucos, aunque más hombres que él; aquel que, no habiendo tenido más que una sola mujer, se desposó mil veces?[728].

Estas frases tan mal construidas, lanzadas con tanto descuido, dispuestas 7
de forma tan contraria al uso común, demuestran que sus costumbres no fueron menos insólitas, depravadas y extravagantes. Se le rinde el elogio de la mansedumbre: prescindió de la espada, se abstuvo de derramar sangre, y en ninguna otra cosa, excepto en el libertinaje, mostró lo poderoso que era. Ese mismo elogio lo echó a perder con estos extrañísimos refinamientos de estilo; en efecto, resulta evidente que fue un afeminado, no un manso.

Esto es lo que tales períodos retorcidos, tales palabras inesperadas, tales 8
pensamientos raros, a menudo ciertamente elevados, pero afeminados en su formulación, pondrán de manifiesto a cualquier lector: la excesiva felicidad le había trastornado la cabeza, defecto éste a veces sólo de un hombre; a

veces, de toda una época.

Cuando la prosperidad ha difundido por doquier las exigencias del lujo, primeramente comienza a ponerse más atención en el ornato del cuerpo, luego se afana uno por el mobiliario; después se centra el esfuerzo en las propias casas para que se extiendan en el amplio espacio del campo, para que sus paredes brillen con mármoles conducidos a través del mar,[729] para que los techos sean decorados con adornos de oro, para que el esplendor del pavimento concuerde con el del artesonado;[730] más tarde el fausto se traslada a los banquetes, en los que se busca la distinción mediante la novedad de los alimentos y el cambio del orden habitual, de modo que se sirvan primero aquellos platos que suelen terminar la comida y aquellos otros que se ofrecían a los invitados al entrar se ofrezcan cuando salen.[731] 9

Cuando el espíritu se acostumbra a repudiar lo que es tradicional y siente como vulgar lo que es habitual, también en la expresión busca la novedad: ora da nueva vida y difunde las palabras antiguas y envejecidas, ora inventa otras nuevas o con significado nuevo, ora —moda esta propagada recientemente— se considera una elegancia la metáfora audaz y repetida.[732] 10

Los hay que cercenan el pensamiento y esperan que se les agradecerá si el sentido queda en suspenso dejando al oyente en la duda de haberlo entendido; los hay que retienen y alargan la frase; los hay que no caen en este defecto (pues es preciso que obre así el que intenta una obra grandiosa), pero les agrada. Por lo tanto, donde veas que gusta el estilo corrupto, no hay duda de que también allí las costumbres se han apartado de la rectitud. Como el lujo de los banquetes y el de los vestidos son indicio de una ciudad enferma, así la extravagancia del estilo demuestra, al menos si está generalizada, que han sucumbido también los espíritus de quienes procede tal lenguaje. 11

En verdad, no debes sorprenderte de que el estilo corrupto sea acogido no sólo por un auditorio muy rudo, sino también por este público más docto, ya que éstos difieren entre sí sólo por la toga, no por el buen gusto. Puedes sorprenderte aún más de que no solamente se elogian las frases defectuosas, sino los mismos defectos. Porque siempre ha sucedido que ningún genio ha tenido éxito sin obtener indulgencia. Nómbrame el autor prestigioso que quieras: te diré qué defecto sus coetáneos le disculparon, qué defecto, a sabiendas, le disimularon. Te nombraré muchos a quienes sus defectos no perjudicaron, y algunos a quienes les fueron útiles. Te citaré —lo aseguro— hombres de la mayor reputación, presentados como ejemplos admirables que, 12

si uno se pone a corregirlos, los destruye, pues de tal modo los vicios se confunden con las virtudes que pueden arrastrar consigo a éstas.

Añade ahora que el estilo no sigue una norma fija: los hábitos de la ciudad, que nunca se mantienen los mismos largo tiempo, lo hacen cambiar constantemente.[733] Muchos buscan expresiones de épocas pretéritas, hablan la lengua de las Doce Tablas;[734] para ellos Graco,[735] Craso[736] y Curión[737] son demasiado refinados y modernos, y retroceden hasta Apio[738] y Coruncanio.[739] Algunos, por el contrario, al tiempo que no quieren nada, sino lo trillado y consumido por largo uso, caen en la trivialidad. 13

Ambas tendencias, de manera opuesta, suponen corrupción de estilo en la misma medida, ¡por Hércules!, que el no querer usar más que palabras pomposas, sonoras y poéticas, evitando las que son necesarias y de uso común. Afirmo que tanto los unos como los otros se equivocan: los segundos se adornan más de lo justo, los primeros se descuidan más de lo justo; aquéllos se depilan hasta las piernas, éstos ni siquiera los sobacos. 14

Pasemos a la disposición del período. ¿Cuántas formas podré aducirte con las que se incurre en defecto? Unos aprueban la disposición truncada y desigual, interrumpen a propósito lo que fluye con cierta placidez, rehúsan toda concatenación que no se haga con aspereza, consideran vigorosa y enérgica la que hiere los oídos con rudeza. Para otros no hay disposición, sino modulación armoniosa. Hasta tal punto su discurso es lisonjero y se desliza suavemente. 15

¿Qué decir de aquella disposición en la que se retrasan las palabras y, largo tiempo esperadas, apenas si se presentan, al fin, en la cláusula? ¿Qué decir de aquella otra lenta al iniciar el desarrollo, como es la de Cicerón, que discurre en pendiente y entretiene con languidez, respondiendo siempre de la misma manera a su ritmo habitual?[740] 16

El defecto no está sólo en la elección de las sentencias: si son mezquinas, pueriles, perversas y más audaces de lo que permite la salvaguardia de la honestidad, sino asimismo si son brillantes y dulces en demasía: si caen en el vacío y, sin eficacia alguna, no hacen sino resonar.

Tales defectos basta para introducirlos uno solo, cualquiera que sea, bajo cuya autoridad se halle la elocuencia; los demás lo imitan y unos los transmiten a otros. Así, en tiempos de Salustio,[741] las frases truncadas, las palabras en cadencia inesperada y la concisa oscuridad se consideraron elegantes. Lucio Arruncio,[742] hombre de rara sobriedad, que escribió una 17

Historia de las Guerras Púnicas, fue imitador de Salustio, distinguiéndose por reflejar su estilo. Encontramos en Salustio: «con el dinero hizo un ejército»,[743] es decir, «con el dinero lo reclutó». A Arruncio, tal expresión comenzó a gustarle y la introdujo en todas sus páginas. Dice en un pasaje: «a los nuestros les hicieron tomar la huida»; en otro lugar: «Hierón, rey de Siracusa, hizo la guerra», y en otro: «estas noticias hicieron que los palermitanos se entregaran a los romanos».[744]

He querido darte unas muestras: toda su obra está compuesta de semejantes frases. Éstas, que en Salustio son raras, en Arruncio son abundantes y casi continuas y ello no sin motivo, ya que Salustio se encontraba con ellas, pero Arruncio las buscaba. Ya ves, pues, lo que sucede cuando uno se hace un modelo de un defecto. 18

Salustio dijo: «en las aguas *invernales*».[745] Arruncio en el primer libro de sus *Guerras Púnicas* dice: «repentinamente el tiempo fue invernal», y en otro pasaje, queriendo expresar que el año resultó frío, dice: «todo el año fue invernal», y en otro lugar: «de allí envió sesenta naves de transporte rápidas, además de los soldados y la tripulación necesaria, soplando un aquilón invernal». Se obstinó en introducir esta palabra en todas las frases. En cierto lugar dice Salustio: «mientras en medio de las Guerras Civiles busca la fama de hombre justo y valiente».[746] Arruncio no se abstuvo de escribir, ya en su primer libro, que eran inmensas, «las famas» de Régulo.[747] 19

Así pues, estos y otros defectos similares, que en algún escritor motivaron la imitación, no son muestras de lascivia, ni de espíritu corrupto; porque para ello deben ser defectos propios de uno y engendrados en su interior para que, por medio de ellos, puedas juzgar su estado emocional: el estilo de un iracundo es iracundo; el de un apasionado, demasiado ardiente; el de un afeminado, muelle y suelto. 20

Es esto lo que ves que persiguen quienes se depilan la barba toda o a trechos; los que la afeitan y rasuran hasta los labios con toda precisión, al tiempo que conservan y dejan crecer la parte restante; los que se ponen un manto de color llamativo y una toga transparente, y que nada quieren hacer que pueda escapar a la mirada de los hombres: excitan y atraen su atención hacia sí, quieren incluso ser reprendidos con tal de que se les contemple. Éste es el estilo de Mecenas y de todos los demás que no yerran por casualidad, sino que lo hacen a sabiendas y gustosamente. 21

Semejante vicio procede de una grave enfermedad del alma: como en la 22

bebida, la lengua no titubea antes de que la mente haya cedido por la pesadez y, zozobrando, haya perdido incluso el propio dominio, así ésta, que no es sino embriaguez del estilo, no perjudica a nadie a no ser que el espíritu desfallezca. Por ello, éste debe curarse: de él proceden los pensamientos y las palabras, por él se configuran nuestro carácter, la expresión del rostro, nuestro caminar. Si él está sano y vigoroso, nuestro estilo es robusto, fuerte y varonil; si él sucumbe, el resto sigue a su ruina.

> Mientras el rey está incólume hay en todos un mismo pensar; una vez muerto, rompen los pactos.[748] 23

Nuestro rey es el espíritu; mientras éste está a salvo, las demás facultades cumplen con su deber, obedecen, lo secundan; cuando flaquea un poco, también ellas vacilan. Mas, cuando ya ha cedido al placer, sus buenas cualidades y su actividad se enervan también y todo su esfuerzo es lánguido y flojo.

Puesto que me he servido de esta comparación, insistiré en ella. Nuestro 24 espíritu ora es rey, ora tirano: rey cuando atiende a la virtud, cuida la salud del cuerpo que tiene encomendado y no le ordena nada vergonzoso, ni vil; mas cuando es inmoderado, ambicioso, antojadizo, se gana un nombre detestable y cruel y resulta un tirano. Entonces lo atrapan pasiones impetuosas y lo instigan; él al principio está gozoso, como suele estarlo el pueblo, satisfecho en vano por el donativo a la postre pernicioso y que malogra lo que no puede consumir.

Pero cuando la enfermedad ha agotado mucho más las fuerzas, y la 25 molicie ha penetrado en las entrañas y en los nervios, alegre ante la vista de aquellos goces para los que está inutilizado por su excesiva avidez, en lugar de sus propios placeres se complace en la contemplación del placer ajeno, impulsor y testigo de aquel desenfreno cuyo disfrute ha alejado de sí por estar saturado. Ni le procura tanta felicidad abundar en delicias cuanto dolor le causa no poder ingerir todos aquellos manjares por el paladar y el vientre, ni poder revolcarse con toda la turba de mancebos[749] y mujerzuelas; y se duele de que una gran parte de su felicidad cese, impedida por el estado angustioso de su cuerpo.

¿Acaso, Lucilio querido, no supone una locura que ninguno de nosotros 26 piensa que es mortal, ninguno que es débil? ¿Más aún, que ninguno de nosotros piensa que no es más que uno? Contempla nuestras cocinas y los cocineros correteando de un lado para otro en medio de tantos hornillos: ¿piensas que es para un solo vientre para el que se prepara el alimento con

tan ruidoso tumulto? Contempla nuestras cavas para vinos añejos y las bodegas rebosantes de las cosechas de muchas generaciones: ¿piensas que es para un solo vientre para el que se almacenan los vinos de tantos consulados y de tantas regiones? Contempla en cuántos lugares se remueve la tierra, cuántos miles de colonos la cultivan y cavan: ¿piensas que es uno solo el vientre para el que se siembra en Sicilia y en África?[750]

Tendremos buena salud y alentaremos deseos moderados si cada uno considera su propia persona, valora a la vez su cuerpo y se convence de que no puede contener mucho ni por mucho tiempo. Sin embargo, nada te aprovechará tanto para la templanza en todas las cosas como la meditación frecuente acerca de la breve y, además, incierta duración de la vida: en todo cuanto hagas, piensa en la muerte. 27

115

La hermosura de la virtud y el amor a las riquezas[751]

No quiero, estimado Lucilio, que te preocupes demasiado de las palabras y de su disposición. Hay cosas más importantes a las que debes atender. Aplícate al contenido de tus escritos, no a la forma, y el contenido, más que expresarlo, debes sentirlo a fin de que tus sentimientos los imprimas en tu alma y les pongas como el sello. 1

Debes saber que el espíritu del escritor cuyo estilo se muestra rebuscado y elegante, no menos está ocupado en bagatelas. Un espíritu noble habla con mayor sencillez y tranquilidad, en todo cuanto dice evidencia más seguridad que esfuerzo. Conoces a esos jóvenes afeminados, relucientes por su barba y cabellera, todos ellos como salidos de una caja: no esperes de ellos energía, ni solidez alguna. El estilo es el adorno del alma: si es pulido, acicalado y artificial, muestra que aquélla es también insincera y se halla algo debilitada. Porque la afectación no es ornamento varonil. 2

Si nos fuese dado contemplar el alma de un hombre virtuoso, ¡oh, qué imagen tan bella, tan venerable, tan espléndida por su nobleza y apacibilidad descubriríamos, al tiempo que, de un lado, brillaría la justicia, de otro, la fortaleza y, de otro, la templanza y la prudencia! Además de estas virtudes, la sobriedad, la continencia, la paciencia, la generosidad, la dulzura y, ¿quién lo creería? —cualidad rara en el hombre[752]—, el trato humano derramarían 3

sobre él su fulgor. Luego, la previsión unida a la delicadeza y, de éstas, la más excelsa, la magnanimidad, ¡cuánto atractivo, dioses buenos, cuánto prestigio y dignidad le añadirían! ¡Cuánta autoridad hermanada con la gracia! Todos la proclamarían amable y veneranda a un mismo tiempo.

Si alguien viese esta imagen que se eleva y fulgura por encima de cuanto 4
acostumbra a verse entre los humanos, ¿acaso no se detendría atónito, como ante el encuentro de un dios, y le rogaría en silencio que se le permitiese retenerla con la mirada y, en ese mismo instante, atrayéndole la propia afabilidad del rostro, se adelantaría a adorarla y suplicarla, y después de haber contemplado su figura prominente con mucho y elevada sobre la medida de cuantas solemos admirar, con ojos de una cierta ternura, pero también inflamados con viva llama, entonces, por fin, absorto y respetuoso proferiría aquellas palabras de nuestro Virgilio:

> ¡Oh! ¿Qué nombre debo darte, doncella? En verdad no tienes rostro mortal, ni tu voz suena como la de 5
> un hombre… Muéstrate propicia y, cualquiera que seas, mitiga nuestro afán.[753]

Nos asistirá y fortalecerá si queremos honrarla. Y se la honra no con la inmolación en masa de toros bien cebados, ni con ofrendas votivas de oro y plata, ni con el óbolo introducido en el tesoro del templo, sino con una voluntad piadosa y recta.

Nadie, lo aseguro, dejaría de enardecerse de amor por ella, si nos fuese 6
dado contemplarla; en efecto, ahora, muchas cosas nos obstaculizan y deslumbran nuestra mirada con excesivo resplandor o la envuelven de oscuridad. Mas, si nosotros, así como la facultad de la vista suele verse estimulada y purificada con ciertas medicinas, de la misma manera decidimos liberar la mirada del alma de obstáculos, podremos descubrir la virtud incluso envuelta en el cuerpo, incluso obstaculizada por la pobreza, la abyección y la infamia.

Contemplaremos, lo aseguro, aquella hermosura, aunque cubierta con un 7
manto sórdido. Por el contrario, percibiremos también la maldad y la languidez del alma atormentada, aun cuando el potente brillo de las radiantes riquezas trate de impedirlo y la deslumbre el esplendor falaz de los honores por un lado y el de los altos cargos por otro.

Entonces se nos permitirá comprender cuán despreciable es lo que 8
admiramos, muy semejantes a los niños para quienes todo juguete tiene valor; en efecto, prefieren los collares comprados a bajo precio a sus padres y también a sus hermanos. Así pues, ¿qué otra diferencia, según indica Aristón,

[754] existe entre nosotros y ellos sino ésta: que nosotros, insensatos, enloquecemos por los cuadros y las estatuas a un coste mayor? A ellos los deleitan los guijarros lisos de variado color, hallados en la playa, a nosotros, en cambio, ingentes columnas jaspeadas, traídas de las arenas de Egipto o de los desiertos de África, que sostienen un pórtico o un comedor capaz de contener una multitud de invitados.

Admiramos los muros cubiertos de fina capa de mármol, cuando sabemos 9
qué material se esconde en ellos. Engañamos nuestros ojos, y cuando revestimos con oro la techumbre, ¿qué otra cosa hacemos sino complacernos con la mentira? Porque sabemos que, debajo de aquel oro, se oculta sórdida madera. Y no sólo el tenue adorno se extiende por delante de los muros y del artesonado: la felicidad de todos estos que ves caminar altivos es superficial. Examínalos y comprobarás cuánta miseria se oculta bajo este tenue revestimento de dignidad.

Desde que ha comenzado a estar en honor el dinero[755] —esa realidad 10
poderosa que tiene bajo su dominio a tantos magistrados y a tantos jueces, y que ella misma crea los magistrados y los jueces—, ha decaído el verdadero valor de las cosas y, convirtiéndonos en mercaderes y mercancías unos para con otros, en cada cosa no buscamos la calidad y la autenticidad sino el precio: con vistas a la recompensa somos justos o injustos, y secundamos la virtud siempre que ciframos en ella alguna esperanza, dispuestos a pasarnos a la parte contraria si las injusticias brindan mayores promesas.

Nuestros padres nos han inculcado la admiración por el oro y la plata, y 11
la codicia infundida desde la tierna edad ha penetrado más profundamente y ha crecido con nosotros. Por ello, el pueblo entero, en otras cuestiones disconforme, concuerda en este punto: al oro lo elogia con entusiasmo, al oro lo augura para los suyos, al oro, como el bien más valioso entre las realidades humanas, lo consagra a los dioses cuando quiere mostrarse agradecido. En fin, las costumbres se han llegado a corromper hasta tal extremo que la pobreza es motivo de maldición y de infamia, despreciada por los ricos y odiada por los pobres.[756]

Se suman a esto los cantos de los poetas que vienen a atizar el fuego de 12
nuestras pasiones elogiando las riquezas como única gloria y ornamento de la vida. Les parece a ellos que nada mejor pueden otorgar ni poseer los dioses inmortales.

El palacio del Sol se elevaba sobre excelsas columnas, brillante por el centelleo del oro.[757] 13

Contempla el carro del propio Sol:

> De oro era el eje, de oro el timón, de oro el cerco de las ruedas, de plata el rosetón de los rayos.[758]

Finalmente, el siglo que quieren que se considere el mejor lo llaman «de Oro».[759]

Y no faltan, entre los trágicos griegos, quienes truecan por las riquezas la inocencia, la salud y la buena reputación. 14

> Deja que se me llame malvado, a condición de que me llamen rico. Todos preguntan si uno es rico, nadie si es bueno. No quieren saber cómo o de dónde, sino cuánto posees. En todas partes, cada uno vale tanto cuanto tiene. ¿Te interesa saber qué cosa nos resulta vergonzoso poseer? No poseer nada. Si soy rico deseo vivir; si pobre, deseo morir. Muere feliz quien muere obteniendo ganancias.[760]
>
> El dinero es el bien supremo del género humano, con el que no se puede equiparar el afecto de una madre o de los dulces hijos, ni el de un padre, venerando por sus merecimientos. Si algo tan dulce brilla en el rostro de Venus, con razón ella suscita los amores de los dioses y de los hombres.

Cuando, durante la representación de una tragedia de Eurípides, fueron recitados estos últimos versos, todos los espectadores se levantaron con igual vehemencia para echar fuera al actor y al poema, momento en el que el propio Eurípides se precipitó en medio de la concurrencia rogándoles que esperasen el final que aguardaba al admirador del oro. En aquel drama, Belerofonte[761] recibía el castigo que cada cual recibe en el drama de la vida. 15

En efecto, nunca la avaricia queda sin castigo, aunque ella misma sea ya suficiente castigo. ¡Oh, cuántas lágrimas, cuánta fatiga exige! ¡Oh, cuán miserable es por los bienes ambicionados, cuán miserable por los bienes conseguidos! Añade las preocupaciones cotidianas que torturan a cada cual en razón de cuanto posee. Mantener la posesión del dinero supone mayor tormento que adquirirlo. ¡Cuánto se duelen los hombres por las pérdidas sufridas que son realmente grandes, pero que les parecen más grandes todavía! En fin, supuesto que la fortuna no les sustraiga nada, todo lo que no consiguen es para ellos pérdida. 16

«Pero los hombres lo llaman feliz y rico y desean adquirir cuanto él posee.» Lo confieso. Entonces, ¿qué? ¿Crees tú que existe alguien de peor condición que el hombre que está sometido a la miseria y a la envidia ajena? ¡Ojalá consultasen con los ricos aquellos que aspiran a conseguir la riqueza! ¡Ojalá consultasen con los ambiciosos y los que han conseguido el supremo grado de dignidad quienes aspiran a solicitar cargos públicos! Sin duda mudarían sus deseos al ver que, durante ese tiempo, sus consejeros 17

emprenden nuevos proyectos, después de haber rechazado los precedentes. En verdad, no existe nadie a quien su felicidad, aun cuando se presente con gran rapidez, lo deje satisfecho; los humanos se quejan de sus decisiones y de sus progresos, y prefieren siempre la situación que han dejado.[762]

Así pues, la filosofía te brindará este beneficio, que ciertamente 18
considero el mayor de todos: no arrepentirte jamás de tus actos. A esta felicidad tan sólida, que ninguna tempestad puede sacudir, no te conducirán frases hábilmente entrelazadas, ni un discurso que fluye con suavidad: que las frases discurran como les plazca con tal de que el alma conserve su armonía, con tal de que sea noble, indiferente a las opiniones de la gente y esté contenta consigo misma por los mismos motivos que descontentan a los demás, para que valore su progreso por su conducta y juzgue que es sabia en la medida en que se libera de los deseos y de los temores.

116

No basta moderar las pasiones; es preciso erradicarlas

Se ha discutido a menudo si es mejor tener pasiones moderadas o no tener 1
ninguna. Nuestros estoicos se proponen rechazarlas, los peripatéticos, moderarlas. Yo no entiendo cómo una enfermedad cualquiera, por más mitigada que esté, pueda resultar saludable o útil.[763] No tengas miedo: no voy a quitarte ninguna de aquellas cosas que quieres que se te concedan. Me mostraré fácil y complaciente con aquellas satisfacciones a las cuales propendes y que consideras necesarias, útiles o agradables para la vida: te sustraeré el vicio. En efecto, si te prohíbo el codiciar, te permitiré el querer para que las mismas obras las realices animoso, con mayor decisión, para que los mismos placeres los gustes más plenamente: ¿por qué no los vas a saborear tú con más plenitud si mandas en ellos, que si eres su esclavo?

«Pero es natural —arguyes— que me atormente la nostalgia del amigo: 2
otórgame el derecho a derramar unas lágrimas tan razonablemente. Es natural que me afecte el juicio de los hombres acerca de mí y que me entristezca si me es desfavorable: ¿por qué no vas a permitirme este temor tan justificado de una mala reputación?» No hay vicio que no pretenda defenderse, ninguno cuyos comienzos no sean tímidos y excusables, pero de aquí se difunde con mayor amplitud. No lograrás que cese si le permites comenzar.

3 Toda pasión al principio es débil; luego, ella misma se robustece y, mientras progresa, adquiere fuerzas: es más fácil rechazarla que extirparla. ¿Quién puede negar que toda pasión fluye como de una fuente natural? La naturaleza nos ha confiado el cuidado de nosotros mismos, pero cuando a éste lo complaces demasiado, incurres en el vicio. La naturaleza ha incorporado el placer a las funciones necesarias, no para que fuéramos en busca de él, sino para que aquellas funciones, sin las cuales no podemos vivir, las hiciera más gratas tal complemento: mas si aquél procede a su antojo, provoca el desenfreno. Así pues, impidamos el acceso a las pasiones, ya que más fácilmente, según hemos dicho, se las rechaza que se las expulsa.

4 «Permíteme —dices— que de algún modo sienta dolor y temor.» Pero este «de algún modo» se prolonga mucho y no se detiene donde uno quiere. Para el sabio carece de riesgo vigilarse sin gran diligencia, y cuando él quiera podrá contener sus lágrimas y sus placeres: a nosotros, puesto que nos resulta difícil retroceder, lo más conveniente será no avanzar ni un paso.

5 Me parece que Panecio[764] respondió con mucha finura a un jovencito que le preguntaba si el sabio debe amar. «Del sabio —dijo— hablaremos más tarde: a mí y a ti que estamos alejados de la sabiduría, no se nos debe permitir que nos rindamos a una pasión agitada, desenfrenada, sometida a otro y degradante para uno mismo. Si nos mira complacida, nos seduce su amabilidad; si nos desprecia, nos excita su altivez. Nos perjudica por igual la condescendencia del amor como su desdén: la condescendencia nos cautiva, el desdén lo combatimos. Por lo tanto, conscientes de nuestra debilidad, permanezcamos tranquilos: y no entreguemos nuestro débil espíritu al vino, ni a la hermosura, ni a la adulación, ni a cosa alguna que nos seduzca con lisonjas.»

6 La respuesta que Panecio dio a quien le preguntaba acerca del amor, esa misma la aplico yo a todas las pasiones: en la medida de nuestras fuerzas, alejémonos del terreno resbaladizo, porque en el seco tampoco nos mantenemos con mucha firmeza.

7 En este punto me vendrás con aquella frase esgrimida comúnmente contra los estoicos: «Vuestras promesas son demasiado grandes, vuestros preceptos demasiado difíciles de cumplir. Nosotros somos hombrecillos miserables; no podemos renunciar a todo. Nos afligiremos, pero sólo un poco; codiciaremos, pero con moderación; nos excitará la ira, pero nos apaciguaremos».

8 ¿Sabes por qué no podemos con estos preceptos? Porque creemos no tener fuerzas para ello. Más bien, ¡por Hércules!, la realidad es otra: puesto

que amamos nuestros vicios, salimos en su defensa y preferimos excusarlos en lugar de erradicarlos del alma. La naturaleza ha otorgado al hombre suficiente vigor, si hacemos uso de él, si concentramos nuestras fuerzas y las dirigimos todas en nuestro favor, al menos no contra nosotros. La verdadera razón radica en que no queremos, y aducimos como pretexto que no podemos.

117

¿Es un bien ser sabio? Inutilidad de esta cuestión

Me darás mucho trabajo y, sin saberlo, me inducirás a un pleito grave y penoso al proponerme estas cuestioncillas, respecto de las cuales ni puedo disentir de los estoicos, sin faltar a la gratitud, ni estar de acuerdo con ellos, sin faltar a mi conciencia. Preguntas si es verdad, como opinan los estoicos, que la sabiduría es un bien, pero que ser sabio no lo es.[765] En primer lugar expondré el parecer de los estoicos, seguidamente osaré expresar mi propio sentir. 1

Enseñan nuestros estoicos que aquello que es un bien es cuerpo, porque si es un bien, obra, y todo lo que obra es cuerpo. Si es un bien es útil, mas es necesario que haga algo para ser útil, y si obra, es cuerpo. De la sabiduría afirman que es un bien; se deduce, pues, que la deban considerar también corporal.[766] 2

Pero no creen que ser sabio tenga la misma condición. Es un incorporal y accidente de otro ser, es decir, de la sabiduría; por lo tanto, ni obra, ni es útil. «Pues, ¿qué? —nos objetan—. ¿No decimos que ser sabio es un bien?» Lo decimos en relación con el ser del que depende, a saber, la misma sabiduría. 3

Escucha cuál es la réplica que otros les dan, antes de que empiece a separarme de ellos y colocarme en un grupo distinto. «De esta manera —insisten—, tampoco el vivir felizmente es un bien. Lo quieran o no, deben responder que la vida feliz es un bien y que el vivir felizmente no es un bien.» 4

Además se arguye también a los nuestros: «Vosotros queréis ser sabios, luego ser sabio es cosa deseable y, si es deseable, es buena». Los estoicos se ven forzados a torturar las palabras e intercalar en *expetere* una sílaba que nuestra lengua no permite intercalar. Yo la añadiré si me lo permites. «*Expetendum est* (debe desearse), según ellos, es un bien. *Expetibile* (deseable) es aquello que nos viene cuando ya hemos conseguido el bien. No 5

lo deseamos como un bien, sino que se añade al bien deseado.»

Yo no soy de la misma opinión, y creo que los estoicos llegan a esta situación porque se ven atrapados por el primer lazo y no pueden cambiar su formulación. Por nuestra parte, solemos otorgar gran importancia a las ideas innatas de todos los hombres y constituye, para nosotros, una prueba en favor de la verdad que todos admitan una afirmación; como la existencia de los dioses, entre otras razones, la deducimos porque en todos está impresa la creencia en la divinidad, y no existe en parte alguna ningún pueblo tan abyecto, fuera de toda ley y moralidad, que no crea que existe algún dios. Cuando tratamos de la inmortalidad de las almas, no es poca la fuerza que, para nosotros, tiene el consentimiento unánime de los hombres que ora temen a los dioses infernales, ora les rinden culto. Hago uso de esta convicción universal: a nadie encontrarás que no considere que son un bien tanto la sabiduría, como el ser sabio. 6

No haré lo que suelen hacer los gladiadores vencidos que apelan al pueblo: comencemos a batirnos con nuestras propias armas. El accidente que sobreviene a un ser, ¿se encuentra fuera del ser al que sobreviene o dentro de él? Si se encuentra dentro del ser al que sobreviene, es tan corporal como este ser. En verdad ningún accidente puede sobrevenir sin contacto; lo que establece contacto es cuerpo: nada puede sobrevenir sin movimiento; lo que mueve es cuerpo. Si se encuentra fuera del ser, después de haber venido sobre él, es que se aleja: si se aleja tiene movimiento, y lo que tiene movimiento es cuerpo. 7

Esperas que voy a decir que no es una cosa la carrera y otra distinta el correr, ni una cosa el calor y otra distinta el estar caliente, ni una cosa la luz y otra distinta el lucir: admito que son cosas distintas, pero no de condición diversa. Si la salud es cosa indiferente, tener buena salud lo es también; si la hermosura es cosa indiferente, también ser hermoso. Si la justicia es un bien, igualmente ser justo; si la fealdad es un mal, también lo es ser feo, del mismo modo, ¡por Hércules!, que si la legaña es un mal, lo es también tener ojos legañosos. Debes saber que ninguna de ambas cosas puede darse sin la otra: el que posee la sabiduría es sabio y el que es sabio posee la sabiduría. Hasta tal punto no puede dudarse de que una cosa sea igual a la otra, que algunos piensan que las dos son una misma y única realidad. 8

Mas, siendo así que todas las cosas son malas o buenas o indiferentes, gustosamente te preguntaría: ser sabio, ¿en qué categoría se encuentra? Dicen que no es un bien, y ciertamente no es un mal; se sigue, pues, que es cosa 9

intermedia. Mas llamamos cosa intermedia o indiferente a la que puede acaecer tanto al malo como al bueno, cual el dinero, la hermosura, la nobleza. Ahora bien, la cualidad de ser sabio no puede acontecer sino al bueno, luego no es cosa indiferente. Pero tampoco es un mal lo que no puede acontecer al malo; luego es un bien. Aquello que no lo posee más que el hombre bueno es un bien; ser sabio no lo posee más que el hombre bueno, luego es un bien.

«Es un accidente —dicen— de la sabiduría.» En consecuencia, lo que 10
decimos «ser sabio», ¿produce la sabiduría o recibe su acción? Tanto si la produce como si recibe la acción, en uno y otro caso es cuerpo, ya que es cuerpo lo que es producido y produce. Si es cuerpo, es bueno; en efecto, sólo le impedía que fuera bueno su condición de incorporal.

Los peripatéticos juzgan que no existe diferencia alguna entre sabiduría y 11
ser sabio, ya que cualquiera de estas dos cosas se incluye en la otra. En verdad, ¿crees, acaso, que sea sabio alguien distinto del que posee la sabiduría? ¿Acaso piensas que alguien que es sabio no posee la sabiduría?

Los viejos dialécticos distinguen estos conceptos y su distinción ha 12
llegado hasta los estoicos. Te explicaré cuál sea ésta. Una cosa es el campo, otra poseerlo; y ¿cómo no?, si poseer un campo se refiere no al campo, sino al poseedor. Así, una cosa es sabiduría y otra, ser sabio. Pienso que admitirás que el objeto poseído y el que lo posee son dos cosas distintas: la sabiduría es poseída, la posee quien es sabio. La sabiduría es el alma perfecta o conducida a la cúspide suprema de la perfección, puesto que es el arte de la vida. Ser sabio, ¿qué es? No puedo decir que sea el «alma perfecta», sino lo que alcanza el que posee el alma perfecta; así, una cosa es el alma buena y otra, tener un alma buena.[767]

«Existen —se afirma— distintas naturalezas corpóreas, como son este 13
hombre, este caballo; a éstas siguen luego los movimientos del alma que revelan las características de los cuerpos. Éstos presentan una índole peculiar, distinta de los cuerpos: por ejemplo, si veo a Catón caminar,[768] esta acción la muestra el sentido, y la mente lo cree. Lo que veo es el cuerpo en el que fijo la mirada y la mente. A continuación digo: “Catón camina”. No es el cuerpo —dicen— aquello de lo que ahora hablo, sino una frase enunciativa acerca del cuerpo que unos llaman proposición, otros, enunciado, otros, dicho. Así, cuando decimos “sabiduría”, entendemos un ser corporal, y cuando decimos “es sabio”, hablamos del cuerpo. Pero existe notabilísima diferencia entre nombrar una cosa o hablar de ella.»

Supongamos, por el momento, que se trata de dos cosas —pues todavía 14

no descubro mi propia opinión—: ¿qué impide que una cosa sea distinta de la otra y, no obstante, que sean un bien? Decía, poco antes, que una cosa era el campo; otra, poseer el campo. ¿Cómo no, puesto que una naturaleza tiene el que posee y otra distinta la cosa poseída: ésta es la tierra, aquélla el hombre? Mas, en el caso que nos ocupa, una y otra cosa son de la misma naturaleza: el poseedor de la sabiduría y la propia sabiduría.

Además, en el primer caso son distintos el terreno poseído y el poseedor; 15
en el segundo se hallan en una misma persona la cosa poseída y el poseedor. El campo se posee según ley, la sabiduría, por naturaleza; aquél puede ser enajenado y entregado a otro, la sabiduría no se aparta de su poseedor. No hay motivo, por tanto, para comparar realidades tan dispares entre sí.

Había comenzado a decir que tales cosas eran distintas y que, sin embargo, una y otra eran buenas, como la sabiduría y el sabio son dos y tú admites que una y otro son un bien. Como nada impide que la sabiduría sea un bien y el que posee la sabiduría, así nada impide que la sabiduría sea un bien y, asimismo, lo es poseer la sabiduría, es decir, ser sabio.

Yo quiero poseer la sabiduría para ser sabio. Pues, ¿qué? ¿No es lo 16
primero un bien sin el cual tampoco lo segundo es un bien? Ciertamente, vosotros decís que si la sabiduría se otorga sin poderla ejercitar, debe rechazarse. ¿Cuál es el ejercicio de la sabiduría? Ser sabio: esto es en ella lo más valioso, porque si falta, resulta inútil. Si los tormentos son malos, ser atormentado es malo, hasta el extremo de que aquéllos no son malos si no se produce el efecto subsiguiente. La sabiduría es la disposición del alma perfecta; ser sabio es el ejercicio del alma perfecta: ¿cómo es posible que no sea bueno el ejercicio de aquella cualidad que sin el ejercicio no es un bien?

Te pregunto si la sabiduría es deseable: respondes que sí. Te pregunto si 17
es deseable el ejercicio de la sabiduría: respondes que sí. Afirmas que no debes acoger la sabiduría, si se te prohíbe ejercitarla. Lo que es deseable es un bien. Ser sabio es el ejercicio de la sabiduría, como hablar es el ejercicio de la elocuencia y ver, el de los ojos. Luego ser sabio es el ejercicio de la sabiduría; mas el ejercicio de la sabiduría es deseable; por lo tanto, ser sabio es deseable; si es deseable es bueno.

Hace ya rato que me condeno a mí mismo imitando a aquellos que 18
censuro y consumiendo palabras en defensa de una verdad evidente. En efecto, ¿a quién puede serle dudoso que, si el ardor es malo, también estar ardiente sea un mal? ¿Si el frío es un mal, que también sentir frío sea un mal? ¿Si la vida es un bien, que también vivir sea un bien? Todas estas realidades

se mueven en torno a la sabiduría, pero no en su interior; ahora bien, nosotros debemos habitar en ella misma.

Aun cuando nos plazca dar algún paseo, ella dispone de lugares retirados 19
vastos y espaciosos: investiguemos acerca de la naturaleza de la divinidad, de la materia que nutre los astros, del curso de las estrellas en variadas direcciones, si nuestras cosas discurren de acuerdo con sus movimientos, si de arriba procede el impulso para los cuerpos y almas de todos, si los accidentes que se dicen fortuitos están sujetos a ciertas leyes y nada en este mundo se desarrolla con imprevisión y desorden. Tales cuestiones se han eliminado ya de la educación moral, pero fortalecen el espíritu y lo elevan a la misma altura de los temas estudiados;[769] en cambio, aquellas otras, que mencioné poco antes, lo achican y deprimen, y no lo aguzan, como pensáis, sino que lo debilitan.

¡Por favor! ¿Agotamos un esfuerzo, tan urgentemente exigido por asuntos 20
más nobles y trascendentes, en una cuestión no sé si utópica, pero sin duda inútil? ¿De qué me aprovechará saber si una cosa es sabiduría y otra ser sabio? ¿De qué me aprovechará saber que lo primero es un bien y lo segundo no? Obraré temerariamente afrontando el riesgo de la opción: que a ti te corresponda en suerte la sabiduría, y a mí ser sabio. Tendremos igual fortuna.

Procura, más bien, mostrarme el camino que conduce a este objetivo. 21
Enséñame qué debo evitar, qué desear, con qué ejercicios fortalecer mi espíritu vacilante, de qué forma rechazar lejos de mí los accidentes que me hieren inesperadamente y me torturan, cómo puedo enfrentarme a tantas desgracias, cómo alejar las calamidades que se han precipitado violentamente contra mí y aquellas en las que yo mismo me he precipitado. Enséñame cómo soportar las tribulaciones sin lamentarme, la felicidad sin que se lamenten otros, cómo no esperaré el instante último e inevitable, sino que yo mismo, cuando lo crea conveniente, abandonaré la vida.

Nada considero tan vergonzoso como desear la muerte. Porque si quieres 22
vivir, ¿por qué deseas morir?, y si no lo quieres, ¿por qué suplicas a los dioses lo que ya te han otorgado desde que naciste? En efecto, está decidido que mueras algún día, aun contra tu voluntad, y que mueras cuando te plazca, está en tu mano; lo primero es inevitable; lo segundo se te permite.

Estos días he leído un prólogo muy vergonzoso de un escritor, ¡por 23
Hércules!, bien elocuente: «¡Ojalá muera cuanto antes!». Hombre estúpido, deseas lo que tienes en tu poder. «¡Ojalá muera cuanto antes!» Quizá con tales frases has envejecido; de lo contrario, ¿por qué te demoras? Nadie te sujeta:

escápate por donde mejor te parezca; escoge cualquier principio de la naturaleza al que ordenar que te disponga la salida. Entre éstos se cuentan también los elementos que constituyen el mundo: el agua, la tierra, el aire, todos los cuales son lo mismo principios de vida que caminos hacia la muerte.

«¡Ojalá muera cuanto antes!» Este «cuanto antes», ¿cómo quieres que sea? ¿Qué fecha le asignas? Puede acontecer más rápido de cuanto deseas. Son éstas palabras de un espíritu cobarde que con tal súplica trata de excitar la conmiseración: no quiere morir quien pide la muerte. Suplica tú a los dioses vida y salud; si decides morir, fruto de la muerte es dejar de desear. 24

Éstos son, querido Lucilio, los temas a tratar. Con éstos eduquemos nuestra alma. Esto es la sabiduría, esto ser sabio y no desplegar una vanísima sutileza en cuestioncillas inútiles. ¡Tantos son los problemas que te ha suscitado la fortuna, todavía no resueltos!, y ¿ya te pierdes en sofismas? ¡Qué insensato resulta, cuando has recibido la señal del combate, azotar al viento! Fuera estas armas de juego, necesitas armas decisivas. Enséñame de qué manera ni tristeza, ni temor alguno perturbarán mi espíritu, de qué manera arrojaré el lastre de secretas concupiscencias. Algo debo hacer. 25

«La sabiduría es un bien, ser sabio no lo es»: de ahí que se nos niegue que seamos sabios, que sea ridiculizado todo este empeño nuestro como dedicado a temas superfluos. 26

¿Y qué, si supieras que también se cuestiona si es un bien la sabiduría futura? ¿Qué duda puede haber, dímelo, de que ni los graneros sientan el peso de la cosecha futura, ni la infancia experimente a través de su energía y un cierto vigor la juventud futura? Al enfermo, mientras lo es, de nada le aprovecha la salud futura, como tampoco al que corre y lucha le restaura las fuerzas el descanso que sobrevendrá muchos meses después.

¿Quién ignora que no es un bien lo que está por venir, por la misma razón de que está por venir? En efecto, lo que es un bien aprovecha realmente, y si no es actual no puede aprovechar. Si no aprovecha, no es un bien, y si aprovecha, es ya actual. Seré sabio; esto se convertirá en un bien, cuando llegue a serlo: entre tanto, no lo es. Una cosa debe existir primero, para luego tener unas cualidades. 27

¿Cómo, te lo pregunto, lo que todavía no existe es ya un bien? ¿Cómo quieres que te demuestre mejor que una cosa no existe, sino diciéndote que «es futura»? En efecto, es evidente que todavía no ha llegado lo que está por llegar. Seguirá la primavera: sé, por lo mismo, que ahora es invierno. Seguirá 28

el verano: sé que no es todavía verano. La demostración más fehaciente de que una realidad no es aún presente la tengo en el hecho de que es futura.

Seré sabio, lo espero, pero entre tanto no lo soy; si poseyera aquel bien, 29
me vería ya libre de este mal. Llegará el día en que seré sabio: de ahí puedes colegir que aún no lo soy. No puedo al mismo tiempo estar en posesión de aquel bien y de este mal: ambas cosas no concuerdan, ni en una misma persona habitan juntamente el mal y el bien.

Pasemos por alto estas sutilísimas bagatelas y apresurémonos hacia 30
aquellas verdades que han de procurarnos alguna ayuda. Nadie que, angustiado, corre a llamar a la comadrona de su hija a punto de dar a luz se detiene a leer la convocatoria y el programa de los juegos; nadie que corre hacia su casa en llamas presta atención al tablero de ajedrez[770] para ver cómo salvará la pieza bloqueada.

Mas ¡por Hércules!, si te anuncian por todas partes toda suerte de 31
desgracias: el incendio de la casa, el peligro de tus hijos, el asedio de la patria y el robo de tus bienes; a esto añade naufragios, terremotos y cualquier otro infortunio que puede uno temer: ¿angustiado por estas desdichas pierdes el tiempo en cosas que sólo sirven de entretenimiento del ánimo? ¿Indagas qué diferencia existe entre sabiduría y ser sabio? ¿Anudas sofismas y los resuelves mientras tan gran multitud de males pende sobre tu cabeza?

La naturaleza no nos ha otorgado un tiempo tan generoso y abundante para 32
poder desperdiciar alguna porción del mismo. Y observa cuán gran cantidad de él se pierde aun para los muy diligentes: una parte la sustrae a cada cual la propia enfermedad, otra la enfermedad de sus parientes; otra ha sido ocupada por los asuntos privados, otra por los públicos; el sueño se reparte la vida con nosotros. De un tiempo tan reducido y veloz y que también a nosotros nos arrastra consigo, ¿de qué sirve consumir la mayor parte inútilmente?

Añade, además que el espíritu se acostumbra a deleitarse, antes que a 33
cuidar de sí mismo, y a hacer de la filosofía un divertimento, cuando es un remedio. No sé qué diferencia existe entre sabiduría y ser sabio: sé que no me interesa saberlo o no saberlo. Dime: ¿cuando haya aprendido la diferencia entre sabiduría y ser sabio, seré entonces sabio? Así pues, ¿por qué me entretienes con las palabras de la sabiduría más que con sus obras? Hazme más fuerte, más seguro, hazme igual a la fortuna, hazme superior a ella. Y lograré ser superior, si encamino a este fin todo cuanto aprendo.

LIBRO XX

118

Definición del verdadero bien

Me pides epístolas más frecuentes. Hagamos las cuentas: no estarás en disposición de pagarme. Habíamos convenido que tú comenzaras: tú me escribirías y yo te contestaría. Pero no me mostraré exigente: sé que puedo darte crédito con seguridad. Así pues, te pagaré por anticipado y no haré lo que Cicerón, hombre elocuentísimo, exhorta a hacer a Ático: que aun «cuando no tenga nada que decir, escriba lo que le venga a la pluma».[771] 1

Nunca me pueden faltar temas de que escribir, incluso dejando de lado todas aquellas materias que llenan la correspondencia de Cicerón: qué candidato está en peligro; quién compite con las fuerzas ajenas, quién con las propias; quién aspira al consulado confiando en César, quién en Pompeyo, quién en su caja de caudales; cuán insensible es el usurero Cecilio, a quién sus parientes no pueden sacarle una moneda a menos del doce por ciento de interés.[772] 2

Es preferible ocuparse de los propios males que de los ajenos, examinarse a sí mismo y ver a cuántos cargos uno aspira y no votarse.

Aquí están, querido Lucilio, la nobleza, la seguridad y la libertad: no ambicionar nada y pasar de largo por todos los comicios que organiza la Fortuna.[773] Una vez convocadas las tribus, cuando los candidatos se han encaramado a sus tribunas y uno promete dinero, otro actúa a través de su depositario, otro desgasta con sus besos las manos de aquellos a los que, ya elegido, rehusará dar un apretón de manos, cuando todos absortos esperan la proclamación del heraldo, ¿no crees que resulta muy grato mantenerse tranquilo y contemplar aquel mercado sin comprar, ni vender nada? 3

¡Cuánto mayor es el gozo de que disfruta quien contempla despreocupado no ya los comicios para elegir pretores o cónsules, sino aquellos otros comicios universales en los que unos ambicionan honores anuales, otros, poderes perpetuos, otros, éxitos en las guerras y triunfos, otros, riquezas, otros, matrimonios e hijos, otros, la salud propia y de los suyos! ¡Cuánta grandeza de ánimo evidencia quien es el único en no pedir nada, en no 4

suplicar a nadie y poder decir: «Nada tengo que ver contigo, Fortuna, no te doy poder sobre mí. Sé que bajo tu dominio los Catones son rechazados y los Vatinios estimados.[774] Nada te pido»! Esto es hacer de la fortuna un vasallo.

Podemos, por lo tanto, escribirnos mutuamente sobre estos temas y 5
desarrollar esta materia siempre nueva, al ver tantos miles de hombres inquietos, que, para conseguir un propósito nefasto, se empeñan por medio de males en obtener otro mal y piden aquello que luego han de rehuir o, incluso, desdeñar.

¿A quién, en verdad, le ha satisfecho, después de haberlo logrado, aquel 6
éxito que, cuando lo deseaba, le parecía demasiado grande? La felicidad no tiene, como piensan los hombres, grandes ambiciones, sino muy pequeñas; de ahí que no sacie a nadie. Tú crees que estos objetos son altos porque te encuentras lejos de ellos, mas para quien los ha alcanzado son muy bajos. Me engañaría si no intenta ascender más arriba: lo que tú consideras la cumbre es un peldaño.

A todos, en efecto, hace sufrir la ignorancia de la verdad. Por ejemplo, 7
todos, engañados por vanos rumores, se ven arrastrados hacia los supuestos bienes; luego, una vez que los han conseguido después de muchos sufrimientos, advierten que son cosas malas, o vanas, o inferiores a las que habían esperado; y la mayoría admira lo que de lejos le impresiona, y es tenido, a juicio del vulgo, como un bien lo que es grande.

Para que esto no nos suceda a nosotros, indaguemos en qué consiste el 8
bien. Las interpretaciones han sido diversas: unos lo han descrito de una manera y otros de otra. Algunos lo definen así: «El bien es lo que impulsa al alma y la atrae hacia sí». A esta definición se replica en seguida: ¿qué diremos si impulsa ciertamente, mas para la perdición? Sabes, en efecto, cuán numerosos son los males que halagan. Lo verdadero y lo verosímil difieren entre sí. Así, lo bueno se armoniza con lo verdadero, porque no es bueno si no es conforme a la verdad. Por el contrario, lo que impulsa hacia sí y atrae es verosímil: se insinúa, seduce y arrastra hacia sí.

Otros lo han definido de este modo: «El bien es lo que mueve el deseo de 9
sí mismo, lo que determina el impulso del alma hacia sí». También a esta definición se le pone el mismo reparo: muchos objetos mueven el impulso del alma y se codician para daño de los codiciosos. Con más acierto se ha definido así: «El bien es lo que mueve hacia sí el impulso del alma conforme a la naturaleza y que sólo se debe apetecer cuando comienza a ser deseable». Entonces es ya honesto, y esto se debe apetecer plenamente.

El propio desarrollo del tema me impulsa a exponer la diferencia que 10
existe entre lo bueno y lo honesto. Tienen un elemento común e inseparable: no puede ser bueno aquello que no contenga alguna honestidad, y lo honesto es siempre un bien. ¿Qué diferencia hay, pues, entre ambos? Lo honesto es el bien perfecto con el que se consuma la felicidad, a cuyo contacto también las demás cosas se hacen buenas.

Lo que digo se justifica así: ciertas cosas no son ni buenas ni malas, como 11
la profesión militar, el gobierno de una provincia, la administración de la justicia.[775] Tales funciones, cuando se han desempeñado honestamente, comienzan a ser buenas, y de indiferentes se convierten en buenas. El bien resulta de la unión con lo honesto, lo cual es bueno de por sí; el bien deriva de la honestidad, la cual existe por sí misma. Lo que es bueno ha podido ser malo; lo que es honesto no ha podido ser sino bueno.

Otros han dado esta definición: «Es un bien aquello que es conforme a la 12
naturaleza». Escucha mi explicación: lo que es un bien es conforme a la naturaleza, pero no siempre lo que es conforme a la naturaleza es, asimismo, un bien. Muchas cosas concuerdan ciertamente con la naturaleza, pero son tan insignificantes que no les conviene el nombre de bien; en efecto, son fútiles y despreciables. Y no existe bien alguno que sea despreciable por su pequeñez; pues mientras es exiguo, no es un bien, y cuando comienza a ser un bien, ya no es exiguo. ¿En qué reconocemos el bien? En que es perfectamente conforme a la naturaleza.

«Admites —se me objeta— que el bien es conforme a la naturaleza; éste 13
es su carácter específico. Admites que existen también otras cosas que son conformes a la naturaleza, pero que no son buenas. ¿Cómo, pues, aquél es un bien, cuando éstas no lo son? ¿Cómo ha llegado a poseer una característica diversa cuando todos poseen en

común la peculiaridad de ser conformes a la naturaleza?» Por efecto, sin 14
duda, de su propia grandeza. No es cosa sorprendente que algunos seres cambien con el crecimiento. El que fue un recién nacido, se ha convertido en un joven: su carácter específico ha cambiado; antes era irracional, ahora es racional. Ciertos seres, con el crecimiento no sólo se hacen más grandes, sino distintos.

«No resulta distinto —replican— aquello que se hace más grande. Nada 15
importa que llenes de vino una botella o una tinaja: en ambos casos se da la propiedad específica del vino. Una pequeña cantidad de miel y otra grande, no difieren en el sabor. Los ejemplos que pones son de orden diferente,

porque en estos seres la naturaleza es la misma, y aunque aumenten en cantidad, mantienen la calidad.»

Ciertas cosas, por más que aumenten, conservan su especie y cualidades 16
propias; a otras, después de muchos crecimientos, las transforma la última adición comunicándoles una nueva forma de ser diferente de aquella que habían tenido. Una sola piedra hace la bóveda, aquella que se introduce como una cuña entre los flancos arqueados y los une con su inserción. ¿Por qué tiene tanta importancia la última adición aun siendo tan exigua? Porque no sólo aumenta, sino que completa.

Ciertas cosas, en su evolución, abandonan su forma primitiva y adquieren 17
otra nueva. Cuando el pensamiento durante largo tiempo ha amplificado una cosa y, a fuerza de perseguir su extensión, llega a cansarse, tal realidad comienza a llamarse infinita, ya que se ha convertido en algo muy distinto de lo que era cuando se mostraba grande pero finita. De la misma manera juzgamos de una cosa que se divide con dificultad: por fin, al aumentar esta dificultad, descubrimos que es indivisible. Así también, partiendo del objeto que antes apenas si con dificultad se movía, hemos llegado al objeto inmóvil. Igualmente una cosa que era conforme a la naturaleza: a ésta la transformó su magnitud en una cualidad distinta y la hizo un bien.

119

Para ser ricos, basta con satisfacer las necesidades de la naturaleza

Siempre que realizo un hallazgo, no espero que me digas: «Hay que 1
repartirlo»; yo mismo me lo digo. ¿Quieres saber qué he hallado? Ensancha tu regazo, es pura ganancia. Te enseñaré la manera de hacerte rico muy rápidamente. ¡Cuán vivamente deseas escucharlo! Y no sin razón; te conduciré a las mayores riquezas por el camino más corto. Sin embargo, tendrás necesidad de un prestamista: para que puedas negociar es necesario que contraigas deudas, pero no quiero que pidas prestado a través de un mediador, no quiero que los agentes exhiban tu nombre.

Te indicaré un prestamista bien dispuesto, aquel de que habla Catón:[776] 2
tomarás el préstamo de ti mismo. Por pequeño que sea, será suficiente, si cuanto nos hace falta lo pedimos a nosotros mismos. En verdad, querido

Lucilio, no existe diferencia alguna entre no desear y poseer. El resultado en uno y otro caso es el mismo: no te verás atormentado. Y no te ordeno que niegues algo a la naturaleza —es exigente, no se la puede doblegar, reclama lo suyo—, antes bien que sepas que todo cuanto excede los límites de lo natural es cosa incierta, no necesaria.

Tengo hambre: debo comer. Si el pan es tosco o candeal, nada le importa 3
a la naturaleza: ella no pretende deleitar el vientre, sino saciarlo. Tengo sed: si el agua que saco es la del estanque vecino o la que he cubierto con un bloque de nieve para que se refresque con este frío exterior, a la naturaleza no le interesa en absoluto. Ella reclama sólo esto: saciar la sed; si se bebe en vaso de oro, o de cristal o murrino, o en copa de Tíbur, o en el hueco de la mano, nada le importa.

Considera el fin de todas las cosas y abandonarás lo superfluo. Me 4
apremia el hambre: alargaré la mano a los alimentos más próximos a mí; ella misma me hará grato todo cuanto haya logrado. El hambriento no desdeña nada.

¿Quieres, por lo tanto, saber qué es lo que me ha deleitado? Me parece 5
que ésta es una bella máxima: «El sabio es un buscador muy tenaz de las riquezas naturales». «Me obsequias —replicas tú— con un plato vacío. ¿Qué significa esto? Ya tenía preparados los cestos; examinaba a qué mares me lanzaría para hacer negocio, qué contratos públicos explotaría, qué mercancías importaría. Esto es un engaño, enseñar la pobreza, después de haber prometido la riqueza.» ¿De este modo juzgas tú pobre a quien nada le falta? «Pero es —respondes— mérito suyo y de su paciencia, no de la fortuna.» Así pues, ¿no lo consideras rico, porque sus riquezas no se le pueden terminar?

¿Quieres poseer mucho o lo suficiente? El que posee mucho, ambiciona 6
más, lo cual prueba que todavía no posee lo suficiente; quien posee lo suficiente ha conseguido lo que nunca logra el rico: el término de su ambición. ¿Acaso no crees que sea ésta una riqueza porque nadie, a causa de ella, ha sido proscrito? ¿Porque a nadie su hijo o su esposa, a causa de ella, le ha administrado un veneno? ¿Porque en tiempo de guerra está segura? ¿Porque en tiempo de paz no causa preocupación? ¿Porque ni el poseerla es arriesgado, ni el administrarla fatigoso?

«Mas posee poco quien sólo está libre de tener frío, de tener hambre, de 7
tener sed.» Júpiter no posee más. Nunca es poco lo que es suficiente, ni nunca es mucho lo que no es suficiente. Después de vencer a Darío y a los indos,

Alejandro se siente pobre.[777] ¿Acaso miento? Busca tierras que conquistar, explora mares desconocidos, envía nuevas flotas al océano y destruye, por así decirlo, las mismas barreras del mundo. No es bastante para el hombre lo que basta a la naturaleza.

Ha habido quien deseara algo más, después de conseguirlo todo: tan grande es la ceguera de la mente, y tan grande el olvido que cada cual tiene de sus principios cuando ha hecho progresos. Aquél, hasta hace poco, señor no sin discusión de un oscuro rincón del mundo, tras haber conquistado el límite último de la tierra, está triste por tener que regresar a través de sus propios dominios. 8

A nadie el dinero lo ha hecho rico; por el contrario, a todos les ha infundido una mayor codicia. ¿Preguntas cuál es la causa de esto? El que posee más se esfuerza en poder poseer más. En resumen: puedes citarme como ejemplo a cualquiera de aquellos cuyos nombres se cuentan con los de Craso[778] y Licino;[779] que presente el registro de sus bienes y valore a un tiempo lo que posee y lo que espera poseer: ese tal, si te fías de mí, es pobre; si te fías de ti mismo, puede serlo. 9

En cambio, el sabio que se ha acomodado a las exigencias de la naturaleza no sólo se halla libre de la sensación de pobreza, sino también del temor a ella. Mas, para que aprendas cuán difícil resulta limitar el propio patrimonio de acuerdo con las exigencias de la naturaleza, debes saber que este mismo cuyos recursos hemos cercenado por todas partes, al que tú llamas pobre, posee todavía algún bien superfluo. 10

Pero las riquezas deslumbran al pueblo[780] y cautivan su atención, siempre que una gran cantidad de dinero contante se saca de una casa, o el artesonado se reviste con abundancia de oro, o la servidumbre es de exquisita presencia y de notable refinamiento. La felicidad de toda esta gente se orienta al público: aquel que nosotros hemos sustraído al influjo del vulgo y de la fortuna es feliz en su interior. 11

En efecto, por lo que respecta a aquellos cuya atareada pobreza ha usurpado el nombre de riqueza, tienen su riqueza como nosotros decimos que tenemos fiebre, siendo así que es ella la que nos tiene cogidos. Por el contrario, solemos decir: «la fiebre lo ha cogido»; de igual modo hay que decir: «las riquezas lo han cogido». 12

Así pues, ninguna otra cosa desearía aconsejarte con más empeño que esta que nadie aconseja lo bastante: que ajustes toda tu conducta a los deseos

naturales que se satisfacen gratis o a bajo precio; sólo procura no confundir los vicios con los deseos.

¿Quieres saber en qué mesa, en qué vajilla de plata y por qué sirvientes tan homogéneos y bien depilados se te ofrecen los manjares? La naturaleza no desea otra cosa que alimentarse. 13

> ¿Acaso cuando la sed abrasa tus fauces buscas vasos de oro? ¿O cuando tienes hambre sientes hastío de todo alimento, excepto del pavo y del rodaballo?[781]

El hambre no es exigente, se contenta con verse saciada, pero no cuida en exceso cómo satisfacerse. Los tormentos de una infortunada glotonería son éstos: busca la manera, después de estar saciada, de tener hambre de nuevo, la manera, no de llenar el estómago, sino de cebarlo, la manera de provocar la sed ya apaciguada con la primera bebida. Por ello sabiamente afirma Horacio que no le importa al sediento con cuál vaso o con qué delicada mano se sirve el agua. Porque si juzgas que es importante para ti la poblada cabellera del siervo o la transparencia del vaso que él te ofrece, es que no tienes sed. 14

Entre otros dones, el principal que nos ha otorgado la naturaleza es éste: haber sustraído de la necesidad el gusto refinado. Las cosas superfluas permiten la selección: «Esto es poco apropiado, aquéllo poco suntuoso, esto ofende mi vista». El ordenador del mundo que ha establecido las normas de la existencia ha determinado que nos conservemos sanos, no que seamos afeminados: para conservar la salud todo está preparado y dispuesto; para las delicias, todo se ha de conseguir con sufrimiento y afán. 15

Hagamos uso de este beneficio de la naturaleza, que deberemos valorar entre los grandes, y pensemos que ningún título mayor tiene ella para nuestra gratitud que el concedernos que tomemos sin desgana cuanto por necesidad apetecemos. 16

120

La noción del bien y de la honestidad

Tu epístola se ha extendido en muchas cuestioncillas, pero se ha detenido en una y espera que se le dé la solución: ¿cómo ha llegado a nosotros la noticia del bien y de la honestidad? Para otras escuelas, estos conceptos son 1

opuestos; para la nuestra, sólo distintos. Te explicaré lo que esto significa. [782]

2 Piensan algunos que el bien es aquello que supone utilidad. Por lo tanto, dan este nombre a las riquezas, a un caballo, al vino, al calzado; ¡en tal grado de vileza tienen ellos el bien y hasta tal punto lo rebajan a cosas mezquinas! Consideran honesto aquello que se funda en la noción justa del deber, como el cuidado filial del padre anciano, la ayuda al amigo indigente, una valiente campaña militar, un consejo prudente y moderado.[783]

3 Nosotros admitimos que tales conceptos son ciertamente distintos, pero originados de un mismo principio. No existe bien alguno que no sea honesto, y lo que es honesto es siempre un bien. Juzgo superfluo añadir cuál es la diferencia que media entre uno y otro, puesto que lo he indicado a menudo. Señalaré tan sólo que no nos parece bueno nada de lo que se puede hacer un mal uso. Pero ya ves cuántos son los que usan torpemente de sus riquezas, de su nobleza, de su vigor.

Así pues, vuelvo ahora a la cuestión que pides sea tratada: ¿cómo ha llegado a nosotros la primera noción del bien y de la honestidad?

4 Esto la naturaleza no nos lo ha podido enseñar: ha depositado en nosotros los gérmenes de la ciencia, pero no la propia ciencia. Algunos afirman que su noticia nos ha venido por azar, pero es increíble que la idea de la virtud se le haya presentado a alguien casualmente. A nosotros nos parece que la hemos captado por la observación y el cotejo mutuo de ciertas acciones realizadas con frecuencia. Los estoicos consideran que la honestidad y el bien han sido conocidos por analogía. Como quiera que los gramáticos latinos han otorgado a este término el derecho de ciudadanía, no creo que se le deba rechazar, pero se lo ha de hacer volver a su ciudad de origen. Me serviré, pues, de él no sólo como admitido, sino como ya usado.

5 Te explicaré en qué consiste esta analogía. Teníamos conocimiento de la salud del cuerpo: por ella hemos deducido que existe también la salud propia del alma. Teníamos conocimiento de las fuerzas del cuerpo: por ellas hemos concluido que existe también la energía del alma. Ciertas obras buenas, humanas, vigorosas nos habían asombrado: tales obras hemos comenzado a admirarlas como perfectas. En ellas se insinuaban muchos vicios a los que cubría con su velo la hermosura y el brillo de alguna obra buena: a éstos no les prestamos atención. La naturaleza nos fuerza a engrandecer los actos laudables, todos exaltan la gloria más allá de los límites de la verdad: por este medio, en efecto, hemos obtenido la noción del bien en sumo grado.

Fabricio rechazó el oro del rey Pirro y consideró mejor que un reino poder menospreciar las riquezas regias.[784] Él mismo, cuando le prometía el médico de Pirro que envenenaría al rey, advirtió a Pirro que evitara las asechanzas. Tuvo el mismo valor para no ser vencido por el oro y para no vencer con el veneno. Hemos admirado a este hombre extraordinario a quien ni las promesas del rey, ni las promesas contra el rey doblegaron, constante en su conducta ejemplar y, lo que resulta más difícil, irreprochable durante la guerra, quien pensaba que también con los enemigos se comete algún crimen, que dentro de una pobreza extrema, que había convertido en timbre de gloria, rehuyó por igual las riquezas y el veneno. «Vive, Pirro —le dijo—, gracias a mí y alégrate de aquello que poco ha lamentabas: que Fabricio no se deja sobornar.» 6

Horacio Cocles[785] interceptó él solo el paso más estrecho del puente, y ordenó que le impidieran la retirada por la espalda con tal de cortar el acceso al enemigo, y resistió a los asaltantes todo el tiempo hasta que las vigas arrancadas resonaron en inmenso derrumbamiento. Después que miró hacia atrás y se dio cuenta de que la patria se encontraba fuera de peligro gracias al peligro afrontado por él, dijo: «Quien quiera seguirme que venga por este camino», y se arrojó al fondo; no menos solícito por salir de la rápida corriente del río, conservando tanto las armas como la vida, y preservando el honor de sus armas victoriosas, regresó a los suyos tan seguro como si hubiera caminado por el puente. 7

Estas gestas y otras semejantes nos han mostrado el rostro de la virtud. 8

Añadiré algo que acaso te parezca sorprendente: en ocasiones el vicio presenta la apariencia de la virtud y el bien supremo resalta a causa de su contrario. En efecto, como sabes, hay vicios vecinos de las virtudes, y hasta los hombres depravados e inmorales ofrecen un remedo de honestidad: así, el pródigo simula ser liberal, cuando existe muchísima diferencia entre saber dar y no saber conservar. Hay muchos, Lucilio —te lo aseguro—, que no dan, sino que arrojan: yo no llamo liberal al que está airado con su dinero. La despreocupación imita la franqueza y la temeridad, la fortaleza.

Esta semejanza nos fuerza a examinar y distinguir actitudes en apariencia próximas entre sí, pero que en realidad difieren muchísimo unas de otras. Mientras contemplamos a aquellos a los que una obra egregia había hecho insignes, comenzamos a notar quién había realizado una acción con ánimo generoso y con gran entusiasmo, pero una sola vez. Hemos visto a uno valeroso en la guerra, pero tímido en el foro, que soporta noblemente la 9

pobreza, pero vilmente la calumnia: elogiamos la acción, pero despreciamos a su autor.

A otro lo hemos visto benigno con sus amigos, moderado con sus enemigos, administrador íntegro y escrupuloso de los negocios públicos y privados; ni le falta paciencia para tolerar lo adverso, ni prudencia para realizar lo que debe. Lo hemos visto dispuesto a dar con mano generosa cuando había que dar; pertinaz, obstinado y mitigando con su ánimo el cansancio del cuerpo, cuando había que trabajar. Además era siempre idéntico, en toda acción igual a sí mismo, bueno no ya por sus designios, sino que por sus hábitos había llegado a tal disposición que no solamente podía obrar el bien, sino que no podía obrar más que el bien. Y hemos reconocido que la virtud era en él perfecta.[786] 10

En ésta hemos distinguido cuatro partes: era necesario dominar las pasiones, reprimir los temores, prever las obras a realizar, repartir a cada uno lo que es debido: definimos la templanza, la fortaleza, la prudencia, la justicia, y asignamos a cada cual su deber. ¿Cómo, pues, hemos reconocido la virtud? Nos la han revelado su orden, su belleza, su constancia, su armonía en todas sus obras y su grandeza que se eleva sobre todas las cosas. De ahí hemos entendido aquella felicidad que discurre plácidamente, señora por completo de sí misma. 11

¿De qué forma se nos ha manifestado esta realidad? Te lo explicaré. Jamás aquel hombre perfecto en posesión de la virtud ha maldecido su fortuna, jamás ha acogido con tristeza los acontecimientos; considerándose ciudadano del mundo y soldado, ha afrontado su labor como un mandato. Cuanto le acaecía no lo rechazaba como una desgracia que le sobrevenía por azar, sino como un encargo que se le hacía. «Esto, sea lo que fuere —decía —, me corresponde; es penoso, difícil, más en esto precisamente empeñaremos nuestras fuerzas.» 12

Necesariamente, pues, se mostró grande quien nunca deploró sus males, nunca se lamentó de su suerte; se dio a conocer a muchos, brilló no de otra suerte que la luz en medio de las tinieblas, y atrajo hacia sí la atención de todos por su placidez, por su dulzura y su serenidad igualmente inalterable para con los hombres y los dioses. 13

Poseía un alma perfecta, elevada a la cumbre suprema de la virtud, por encima de la cual sólo se halla el espíritu divino, del que una partícula ha descendido a este corazón mortal,[787] el cual nunca se revela más divino que cuando piensa en su mortalidad y reconoce que el hombre ha nacido para 14

morir y que este cuerpo no es una mansión definitiva, sino un albergue —por cierto, de breve duración—, que debemos abandonar cuando nos damos cuenta de que somos molestos a quien nos hospeda.

Digo, querido Lucilio, que la mejor prueba de que el alma procede de una 15
región más alta está en que considera vil y mezquina esta realidad en que vive, en que no teme salir de ella; en verdad, sabe adónde debe encaminarse quien recuerda de dónde procede. ¿No vemos, acaso, qué incomodidades tan grandes nos acosan, qué mal se

nos adapta este cuerpo? Ora nos dolemos de la cabeza, ora del vientre, 16
ora del pecho y de la garganta; unas veces nos torturan los nervios, otras, los pies, otras, la disentería, otras, el catarro; unas veces nos sobra la sangre, otras nos falta; de una y otra parte nos vemos asediados y expulsados. Tal suele acontecer a los que moran en mansión ajena.

Sin embargo, nosotros, a quienes ha tocado en suerte un cuerpo tan 17
lánguido, forjamos planes para la eternidad y alcanzamos con nuestra esperanza tanto como puede prolongarse la vida humana, nunca satisfechos con cantidad alguna de dinero, ni con poder alguno. ¿Qué puede haber más desvergonzado, qué más insensato que esto? Nada es suficiente para los destinados a morir, mejor aún, para los que se están muriendo; cada día que pasa nos hallamos, en verdad, más cerca del último día y todas las horas nos empujan a aquel lugar en el que hemos de perecer.

Considera en cuán gran ceguera se halla nuestra alma: esto que muestro 18
como futuro acontece ahora mismo y una gran parte de él ya se ha realizado; en efecto, el tiempo que hemos vivido se encuentra ya en la misma situación en que estaba antes de que lo hubiéramos vivido. Pero nos equivocamos los que tememos el último día, ya que todos contribuyen por igual a la muerte. El peldaño aquel en que nos fallan las fuerzas no provoca el agotamiento, sino que lo revela; el último día llega a la muerte, pero todos se acercan a ella; ésta nos va consumiendo, no nos arrebata de súbito. Por ello, un alma grande, consciente de poseer una naturaleza más noble, se esfuerza, es cierto, en obrar con rectitud y diligencia en esta residencia en que se encuentra: sin embargo, no juzga de su pertenencia ninguna cosa de las que tiene en su derredor, sino que, cual peregrino presuroso, usa de ellas como recibidas en préstamo.

Al contemplar a un hombre con tal entereza, ¿cómo no se insinuará en 19
nosotros la idea de un temperamento excepcional? Sobre todo si, como he dicho, su coherencia muestra que es auténtica su grandeza. En la verdad

persiste la continuidad, la falsedad no perdura. Los hay que unas veces son Vatinios, otras, Catones;[788] ora Curio[789] es poco austero para ellos, Fabricio, poco pobre, Tuberón,[790] poco frugal y no se satisface con objetos de poco valor; ora rivalizan en riqueza con Licino,[791] en festines con Apicio,[792] en placeres con Mecenas.[793]

La señal más evidente de un espíritu de mala índole es la indecisión y el 20
vaivén continuo entre la simulación de la virtud y el amor al vicio.

> A menudo poseía doscientos esclavos, a menudo, sólo diez; ora se llenaba la boca hablando de reyes y tetrarcas y de toda clase de grandezas, ora decía: «Que no me falte una mesa de tres pies, una concha llena de sal pura y una toga, aunque burda, que pueda protegerme del frío». Aunque hubieras dado un millón a este hombre austero, contento con poco, a los cinco días nada le quedaba.[794]

Son muchos los hombres parecidos a este que describe Horacio Flaco, jamás 21
iguales, ni siquiera semejantes a sí mismos; hasta tal punto yerran en direcciones opuestas. ¿He dicho que son muchos? Falta poco para que sean todos. No hay ni uno que no cambie cada día su propósito y su deseo: ora quiere tener una esposa, ora una amante; ora quiere ser rey, ora actúa como si nadie fuera un siervo más obsequioso; ora se hincha hasta provocar la envidia, ora se rebaja y empequeñece humillándose más que los verdaderamente abatidos; ora desparrama el dinero, ora lo arrebata.

Así, principalmente, se descubre la falsedad del alma imprudente: se 22
muestra siempre diferente y —lo que considero más vergonzoso— es desigual a sí misma. Juzga tú un gran mérito representar un mismo personaje. A excepción del sabio, nadie representa un mismo papel; los demás presentamos muchas caras. Unas veces te daremos la impresión de ser frugales y responsables, otras, de ser pródigos e inconstantes; cambiamos en seguida de personaje y asumimos uno contrario al que hemos abandonado. Por consiguiente, exige de ti mismo conservarte hasta el final tal como has decidido mostrarte; obra de suerte que puedas ser alabado, pero si no, al menos reconocido. De alguien que viste ayer puede decirse con razón: «Éste ¿quién es?». Tan grande es su transformación.

121

Todos los animales tienen conciencia de su constitución[795]

Me promoverás un pleito —lo estoy viendo— cuando te haya propuesto el 1
pequeño tema de hoy, al que me he aplicado con bastante insistencia; sin duda exclamarás de nuevo: «¿Qué tiene que ver esto con las costumbres?» Mas puedes dar voces, mientras en primera instancia te enfrento a otros con quienes querellarte, Posidonio[796] y Arquidemo[797] (éstos aceptarán el litigio), luego te diré: no toda materia moral hace buenas las costumbres.[798]

Unas cosas se refieren a la nutrición del hombre, otras, a su ejercicio, 2
otras, a su vestido, otras, a su enseñanza, otras, a su diversión; mas todas tienen que ver con el hombre, aunque no todas lo hagan mejor. Diversas enseñanzas afectan de modo diverso al orden moral: unas lo corrigen y regulan, otras investigan su origen y naturaleza.

Cuando examino por qué la naturaleza ha creado al hombre, por qué lo ha 3
antepuesto a los restantes animales, ¿piensas que me he alejado mucho del orden moral? No es cierto. En efecto, ¿cómo sabrás qué conducta debes observar si no descubres qué es lo mejor para el hombre, si no examinas su naturaleza? Solamente entonces sabrás qué debes hacer y qué evitar, cuando aprendas cuáles son tus deberes con la naturaleza.

«Yo —replicas— quiero aprender el modo de albergar menos codicia, 4
menos temores. Líbrame de la superstición; muéstrame que es fútil y vano esto que llamamos felicidad, a lo que muy fácilmente se le puede prefijar una sílaba.» Satisfaré tu deseo: exhortaré a la virtud y fustigaré los vicios. Aunque alguien me considere, en este particular, excesivo y desmesurado, no cejaré en perseguir la injusticia, en reprimir las pasiones desenfrenadas, en contener los placeres, que se mudarán luego en dolor, y en impedir a voces los malos deseos. Y ¿por qué no? Si son las mayores desgracias las que deseamos y todas las palabras de condolencia surgen de las felicitaciones.

Entre tanto, permíteme examinar esas cuestiones que parecen un poco más 5
alejadas del orden moral. Queríamos saber si en todos los animales existe la conciencia de la propia constitución.[799] Ahora bien, que la poseen lo evidencia, sobre todo, el hecho de que mueven sus miembros de modo apropiado y expedito, no de otra suerte que si estuvieran adiestrados para ello; no hay ni uno que carezca de flexibilidad en el uso de sus órganos. El artista maneja con destreza los útiles de su arte, el timonel dirige hábilmente el gobernalle, el pintor escoge muy rápidamente los numerosos y variados colores que ha dispuesto ante sí para plasmar la semejanza del objeto y, con mirada y mano ágiles, va y viene de la paleta al cuadro: así mismo el animal

es flexible en todo el ejercicio de su actividad.

Solemos admirar a los diestros en danzar, por cuanto sus manos son 6
hábiles para toda expresión de actitudes y sentimientos y sus gestos consiguen la velocidad de la palabra: lo que a ellos les procura el arte, a los animales, la naturaleza. Nadie mueve con dificultad sus miembros, nadie vacila en el uso de sus facultades. Así obran ya los animales recién nacidos, con este saber surgen a la vida; nacen adiestrados.

«Los animales —se objeta— mueven adecuadamente sus miembros, 7
porque si los moviesen de otra manera, sentirían dolor. Así pues, como decís vosotros, se ven forzados, y es el temor, no su voluntad, el que los empuja por el recto camino.» Esta objeción es falsa, pues son lentos los animales a los que fuerza la necesidad; en cambio, la agilidad acompaña a los que se mueven espontáneamente. Tan cierto es que no les obliga a este movimiento el miedo al dolor que, a pesar del dolor, se esfuerzan en realizar su movimiento natural.

Así el bebé que intenta ponerse de pie y se ejercita en caminar solo, 8
apenas comienza a tantear sus fuerzas cae y se levanta llorando otras tantas veces, hasta que, a través del sufrimiento, se ejercita en la actividad que exige la naturaleza. Ciertos animales de dorso muy duro, colocados de espaldas, van girando, sacan fuera los pies y los tuercen hasta que vuelven a su posición normal. Ningún dolor experimenta la tortuga, vuelta de espaldas; sin embargo, está inquieta por el deseo de recuperar su posición natural y no cesa de hacer esfuerzos y moverse hasta que logra apoyarse en los pies.

Así pues, todos los animales tienen conciencia de su constitución y, por lo 9
mismo, un uso tan expedito de sus miembros; y el mejor indicio que tenemos de que surgen a la vida con tal conocimiento está en que ningún animal en absoluto se muestra torpe en el uso de sus órganos.

«La constitución —arguyen— es, como vosotros afirmáis, una forma de 10
comportarse el elemento rector del alma respecto del cuerpo. Este concepto tan enigmático y sutil que vosotros apenas podéis explicar, ¿cómo lo puede entender el niño? Sería necesario que todos los animales naciesen con capacidad dialéctica, para que pudiesen entender esta definición oscura para gran número de los hombres que visten toga.»

La objeción sería verdadera si yo dijera que los animales entienden la 11
definición del concepto «constitución» y no su propia constitución. La naturaleza se entiende con más facilidad que se explica. Así, el niño ignora qué es una constitución, pero conoce su constitución; desconoce qué es un

animal, pero siente que lo es.

Por otra parte, conoce su constitución de forma ruda, genérica y oscura. 12 Igualmente nosotros tenemos conciencia de poseer un alma, pero qué es el alma, dónde reside, qué cualidades tiene y de dónde procede, lo ignoramos. Como nosotros tenemos el sentimiento de nuestra alma, aunque ignoremos su naturaleza y su sede, así todos los animales tienen el sentimiento de su constitución. En verdad, es necesario que sientan aquel principio por el cual sienten los demás seres; es necesario que tengan conciencia de aquel principio al que obedecen y que los rige.

Cada uno de nosotros comprendemos que existe algo que mueve nuestros 13 impulsos, pero ignoramos qué cosa es. Y sabemos que tenemos nuestros instintos: cuáles son y de dónde provienen, lo ignoramos. Así también, los niños y los animales tienen conciencia de su principio rector, pero no suficientemente clara, ni tangible.

«Decís —se objeta— que todo animal se adapta antes de nada a su 14 constitución, que la constitución del hombre es racional y que, por lo tanto, el hombre se adapta a sí mismo no como animal, sino como racional; en efecto, el hombre se ama a sí mismo por aquel componente que lo constituye hombre. En consecuencia, ¿cómo el niño puede adaptarse a la constitución racional cuando todavía no es racional?»

Cada edad posee su peculiar constitución, una es la del niño; otra, la del 15 muchacho; otra, la del joven; otra, la del viejo: todos se adaptan a la constitución que les corresponde. El niño carece de dientes: se adapta a ésta su constitución. Le han nacido los dientes: se adapta a tal constitución. En verdad, también la brizna de hierba que se ha de transformar en paja y en grano tiene una constitución cuando es tierna y apenas emerge del surco; otra, cuando crece y se apoya en el débil tallo que, con todo, sostiene el peso; otra, cuando amarillea disponiéndose para la trilla y su espiga se ha endurecido: cualquiera que sea la constitución que le corresponde, la mantiene y se adapta a ella.

Diferente es la edad del niño, la del muchacho, la del joven y la del viejo; 16 sin embargo, yo, que he sido niño, muchacho y joven, soy uno mismo. Así, aunque cada cual tenga diferentes constituciones, su adaptación a cada constitución es una misma. En efecto, la naturaleza no me confía a un niño, a un joven o a un viejo, sino a mí mismo. De ahí que el niño se adapte a aquella constitución que entonces es la del niño, y no a aquélla que será la del joven, pues aunque espere un estado de mayor desarrollo en que transformarse, no

deja de ser conforme a la naturaleza el estado en que nace.

Antes que nada, el animal se adapta a sí mismo, ya que debe existir alguna cosa a la que se ordenen las demás. Busco placer. ¿Para quién? Para mí; luego tengo cuidado de mí mismo. Rehúyo el dolor. ¿En provecho de quién? De mí; luego tengo cuidado de mí mismo. Si todo lo realizo en atención a mi persona, antes que nada es el cuidado de mi persona. Tal se encuentra en todos los animales, y no se les infunde, sino que nace con ellos. 17

La naturaleza da vida a sus hijos, no los abandona, y puesto que la tutela más segura viene del más próximo, cada cual queda confiado a sí mismo. Por ello, como he indicado en las epístolas precedentes, hasta los animales más tiernos, apenas salidos del útero materno o del huevo, conocen de inmediato lo que para ellos es perjudicial y evitan lo que es mortífero; expuestos al peligro de las aves rapaces, se espantan hasta de la sombra de éstas cuando pasan volando. Ningún animal surge a la vida sin miedo a la muerte. 18

«¿Cómo —se preguntan— un animal recién nacido puede tener conocimiento de lo que es para él saludable o mortal?» Ante todo queremos saber si el animal posee el conocimiento, no cómo lo posee. Pero que existe en él tal conocimiento se evidencia por el hecho de que no haría nada distinto en el supuesto de poseerlo. ¿Por qué motivo la gallina no huye del pavo real, ni de la oca, pero sí del gavilán, mucho más pequeño y al que ni siquiera conoce? ¿Por qué motivo los polluelos temen al gato y no al perro? Es evidente que existe en ellos el conocimiento de cuanto les puede ser nocivo, no adquirido por la costumbre, debido a que toman precauciones antes de tener experiencia. 19

Además, para que no pienses que esto acontece por azar, no temen más de lo que deben, ni jamás se olvidan de tener precaución y diligencia: su modo de huir de lo pernicioso es siempre el mismo. Tampoco se hacen más miedosos con la edad; por donde se aprecia claramente que no adquieren tal disposición por costumbre, sino por el instinto natural de su conservación. Lento y mudable es cuanto enseña la experiencia; cuanto infunde la naturaleza es igual para todos y constante. 20

No obstante, si me lo pides, te diré cómo todo animal se ve impulsado naturalmente a discernir las cosas perjudiciales. Se da cuenta de que está hecho de carne, por lo mismo que se da cuenta de aquello que puede desgarrar, quemar o destruir su carne, de cuáles son los animales dispuestos para dañarlo: de éstos forma una imagen hostil y dañina. Estas reacciones están relacionadas entre sí; al mismo tiempo que un ser procura su 21

conservación, busca lo que le será útil y teme lo que le resultará nocivo. Es natural el impulso hacia lo útil, como es natural la aversión a lo nocivo; sin ninguna deliberación que lo indique, sin advertencia alguna se realiza todo lo que prescribe la naturaleza.

¿No ves cuán notable es la precisión de las abejas para construir las 22
colmenas, cuán grande la concordia por parte de todas para realizar un trabajo compartido? ¿No ves cómo ningún mortal puede reproducir la tela de araña, cuán trabajoso resulta componer los hilos, unos dispuestos en línea recta para dar solidez, otros discurriendo en círculo, de más espesos a más tenues, de forma que los animales más pequeños, para cuyo daño se extiende la trama, queden apresados como en una red?

Esta habilidad es innata, no aprendida. Por lo tanto, no existe un animal 23
más diestro que otro: comprobarás que son iguales las telas de las arañas, lo mismo que en los panales el orificio de todos los hexágonos. Es mudable todo cuanto el arte enseña; mas viene con igual medida lo que la naturaleza otorga. Ésta a los animales les ha infundido, sobre todo, el instinto de conservación de sí mismos y la habilidad para ello, y, por ello, también empiezan a un mismo tiempo a aprender y a vivir.

Y no es sorprendente que nazcan con tal disposición, sin la cual nacerían 24
en vano. El primer instrumento que la naturaleza les ha otorgado para su conservación es la adaptación y el amor a sí mismos. No podrían estar a salvo, si no lo quisieran; en verdad, esto por sí solo no sería provechoso; pero sin esto, nada sería provechoso. Mas en ninguno hallarás menosprecio de sí mismo, ni siquiera descuido; hasta los animales mudos e irracionales, aunque para lo demás sean torpes, son habilidosos para vivir. Observarás que aquellos que son inútiles para los demás, esos mismos no descuidan sus cosas.

122

Contra los trasnochadores y los que no secundan la naturaleza

Los días experimentan una pérdida; se han acortado un poco, pero de forma 1
que dejen todavía amplio espacio a quien se levanta, por así decirlo, con el mismo día. Más diligente y virtuoso es aquel que lo aguarda y acoge su primer resplandor; reprobable el que yace en el lecho, amodorrado, cuando

el sol está ya alto, y comienza su vigilia a mediodía; y aun para muchos es éste un tiempo matinal.

Hay gente que ha invertido las tareas del día y de la noche, y no entreabren los ojos fatigados por la orgía de la víspera antes de que la noche vuelva a reaparecer. Cual es el caso de aquellos que la naturaleza, en frase de Virgilio, ha colocado bajo nuestros pies en regiones opuestas de la tierra: 2

> y cuando el sol naciente con sus jadeantes corceles alienta sobre nosotros, a ellos el Véspero encarnado los ilumina con su tardío resplandor,[800]

tal la vida, que no el país, de estos hombres es contraria a la de todos los demás.

Se hallan en la misma ciudad ciertos antípodas que, según afirma Marco Catón,[801] no han visto ni el orto del sol ni el ocaso. ¿Crees tú que éstos saben cómo deben vivir, si ignoran cuándo? ¿Y temen la muerte en la que se han sepultado en vida? Son de augurio tan funesto como las aves nocturnas. Por más que pasen sus noches entre vino y perfumes, por más que consuman el tiempo de su depravada vigilia comiendo manjares cocidos a fuego lento, distribuidos en muchos servicios, no banquetean, sino que celebran sus propios funerales. Es, en verdad, de día cuando se rinden a los muertos los obsequios fúnebres. Mas ¡por Hércules!, para el hombre laborioso ningún día se hace largo. Prolonguemos la vida: su cometido y razón de ser es la acción. Pongamos límites a la noche y transfiramos al día algo de su tiempo. 3

A las aves que se destinan para los festines, a fin de que en estado de inmovilidad engorden más fácilmente, se las mantiene en lugar oscuro; de este modo, sin hacer ejercicio, la hinchazón penetra en su cuerpo inactivo y la grasa inerte se desarrolla en ellas al estar continuamente en la sombra. Mas los cuerpos de estos hombres que se han entregado a las tinieblas, se ven repulsivos, dado que presentan un color más preocupante que el de los que palidecen por enfermedad: lánguidos y frágiles, están blanquecinos y, aunque vivos, su carne es cadavérica. No obstante, podría afirmar que éste es el menos grave de sus males: ¡cuánta mayor oscuridad hay en su espíritu!; está atónito en su intimidad, se halla en tinieblas, envidia a los ciegos. ¿Quién ha tenido jamás ojos para servirse de ellos en la oscuridad? 4

¿Preguntas cómo se genera en el alma este vicio de rechazar el día y transferir a la noche la vida entera? Todos los vicios pugnan contra la naturaleza, todos desertan del orden debido; tal es el propósito del desenfreno: complacerse en la perversidad, y no sólo alejarse de la virtud, 5

sino separarse de ella lo más lejos posible y colocarse luego en el extremo opuesto.

¿No te parece que viven en contra de la naturaleza los que beben en ayunas, que reciben el vino en sus venas vacías y van a comer embriagados? En verdad, es vicio frecuente en los jóvenes que cultivan su energía física el de beber casi en el mismo umbral del baño entre compañeros desnudos; más aún embriagarse y, a continuación, frotarse el sudor que se han provocado con la frecuente absorción de bebidas calientes. Beber después de la comida o de la cena es cosa vulgar; eso lo hacen los padres de familia toscos e ignorantes del verdadero placer: a ellos no les deleita aquel vino que se derrama sobre los alimentos, sino el que penetra libremente hasta los nervios; les gusta aquella embriaguez que encuentra el estómago vacío. 6

¿No te parece que viven en contra de la naturaleza los que cambian su vestido con el de las mujeres? ¿No viven en contra de la naturaleza los que propugnan el esplendor de la mocedad en una edad ya no adecuada? ¿Qué puede haber más cruel y miserable que esto? ¿Ése no llegará nunca a ser hombre para poder soportar largo tiempo la pasión de un hombre? ¿Y mientras el sexo debía haberlo sustraído al oprobio, ni siquiera la edad lo sustraerá? 7

¿No viven en contra de la naturaleza los que desean rosas en el invierno y, con la infusión de agua caliente y el oportuno cambio de lugar, hacen surgir el lirio en la fría estación? ¿No viven en contra de la naturaleza los que plantan en lo alto de las torres vergeles, cuyos árboles se agitan sobre los techos y las terrazas de sus casas, echando raíces en lugares hasta los que difícilmente hubieran podido llegar sus copas? ¿No viven en contra de la naturaleza los que sitúan dentro del mar los fundamentos de sus termas, y que sólo les parece que nadan a placer cuando los estanques de agua caliente son sacudidos por el oleaje y la tempestad? 8

Puesto que se han propuesto querer todas las cosas contra el orden de la naturaleza, a la postre se apartan totalmente de ella. «Amanece: es tiempo de dormir. Todos descansan: practiquemos ahora la gimnasia, paseemos en litera, tomemos el almuerzo. Se aproxima ya la aurora: es el momento de cenar. No debemos obrar como lo hace el vulgo; es cosa deshonrosa vivir de modo trivial y ordinario. Abandonemos el día que luce para todo el mundo; procurémonos una mañana propia y exclusiva para nosotros.» 9

Éstos, para mí, están como muertos; en verdad, ¡cuán poco distan de una muerte, y por cierto cruel, quienes viven a la luz de las antorchas y las velas! 10

Recuerdo que tal vida llevaban muchos en la misma época, entre los que se contaba también Acilio Buta,[802] un antiguo pretor; a éste, cuando reconocía su pobreza, después de haber dilapidado un inmenso patrimonio, Tiberio le dijo: «Te has despertado tarde».

Julio Montano, un poeta discreto, conocido por la amistad y más tarde por 11
la indiferencia que le mostraba Tiberio, iba recitando un poema;[803] con mucha complacencia introducía en él salidas y puestas de sol. Por ello, como un oyente se indignase de que hubiera recitado el día entero y afirmara que no se debía acudir a sus lecturas, Pinario Nata[804] dijo: «Nunca podría comportarme más liberalmente; estoy dispuesto a escucharle desde la salida del sol hasta el ocaso».

Cuando hubo recitado estos versos: 12

> Febo comienza a lanzar sus ardientes llamas y la rubicunda claridad del día comienza a difundirse; ya la triste golondrina comienza a introducir el alimento en los nidos bulliciosos y con su dulce pico lo reparte a sus hijos, dispuesta a repetir la acción

Varo,[805] caballero romano, camarada de Marco Vinicio,[806] adicto a las cenas suntuosas de las que se hacía merecedor por su cáustico lenguaje, exclamó: «Buta empieza a dormir».

Luego, habiendo recitado lo que sigue: 13

> Ya los pastores han retirado sus ganados a los establos, ya la noche comienza a difundir el inoperante silencio a las tierras adormecidas,

el propio Varo afirmó: «¿Qué dices? ¿Ya es de noche? Iré a dar los buenos días a Buta».

Nada era más sabido que este su comportamiento en contradicción con los demás, el cual, como he dicho, muchos mantenían en aquel tiempo.

Mas el motivo por el que algunos se comportan así no está en que piensen 14
que la propia noche presente algún aspecto más agradable, sino en que nada de lo usual les resulta grato, y la luz es molesta para la mala conciencia;[807] igualmente el día que luce de balde se hace odioso a quien anhela o desprecia cada cosa, según que haya sido adquirida a un precio grande o pequeño. Además, los libertinos quieren que, mientras viven, se hable de su vida, por cuanto, si es silenciada, creen que se fatigan en vano. Así pues, de vez en cuando realizan algún acto que despierte habladurías. Muchos devoran sus bienes, muchos tienen amantes: para alcanzar nombradía entre esta gente no basta sólo con llevar a cabo una acción disoluta, sino una que sea notoria; en

medio de una ciudad tan atareada, la perversidad ordinaria no suscita comentarios.

15 Hemos oído contar a Pedón Albinovano[808] (era, en efecto, un exquisito narrador) que tenía su habitación encima de la casa de Sexto Papinio, uno de la multitud de hombres hostiles a la luz. «Oigo —decía él— a la tercera hora de la noche el chasquido de los azotes. Pregunto qué hace: me dicen que pasa las cuentas con los esclavos. Oigo hacia la sexta hora de la noche unos gritos apremiantes. Pregunto de qué se trata: me dicen que ejercita su voz. Sobre la octava hora de la noche pregunto qué significa aquel sonido de ruedas: me dicen que va de paseo.

16 »Al amanecer, la gente va de un lado para otro, llaman a los esclavos, los mayordomos y cocineros están alborotados. Pregunto de qué se trata: me dicen que ha pedido vino melado y una papilla de espelta, que ha salido del baño. “¿Su cena —insistes— rebasaba los límites del día?” En absoluto; sin duda, vivía muy frugalmente; sólo consumía la noche.» Por ello, Pedón respondía a algunos que lo tachaban de avaro y harapiento: «Lo podéis tachar también de licnobio (que vive a la luz de las lámparas)».

17 No debes sorprenderte de encontrar tantas peculiaridades de vicios: son variados, presentan innumerables caras y no podemos clasificar todas sus especies. El cultivo de la virtud es simple; el de la maldad es múltiple y abarca desviaciones todo lo sorprendentes que quieras. Lo propio acontece con las costumbres: para los que secundan la naturaleza son fáciles, expeditas, presentan escasas diferencias; los que se apartan de la naturaleza se diferencian muchísimo entre sí y de todos los demás.

18 Mas, según creo, la causa principal de esta enfermedad radica en el desprecio de la vida común. Como se distinguen del resto por su vestido, por la exquisitez de sus cenas, por la elegancia de sus vehículos, así también pretenden distinguirse en la distribución del tiempo. No quieren cometer delitos vulgares aquellos para quienes la recompensa de su delito es la infamia. En pos de ella van todos éstos que, por así decirlo, viven a la contra.

19 En consecuencia, Lucilio, hemos de mantener el camino que la naturaleza nos ha prescrito, sin desviarnos de él: a quienes la siguen, todo les resulta fácil y expedito; a quienes se obstinan contra ella, su vida no es otra cosa que un remar contra corriente.

Es necesario practicar el verdadero estoicismo

Agotado por un viaje más ingrato que prolongado, he llegado a mi quinta de Alba avanzada la noche; no encuentro nada preparado, excepto a mí mismo. Así pues, pongo mi fatiga sobre la cama y acepto benévolo el retraso del cocinero y del panadero. En efecto, hablo conmigo mismo sobre el hecho de que nada resulta molesto si lo acoges con buen ánimo, nada resulta indignante si tú mismo no añades algo con tu indignación. 1

Mi panadero no tiene pan; pero lo tiene el administrador, lo tiene el portero, lo tiene el granjero. «Pan malo», replicas. Aguarda: se hará bueno, el hambre te lo convertirá hasta en tierno y candeal. Por ello, no debes comer antes que ella te lo ordene. Así pues, esperaré y no comeré hasta que comience a tener buen pan o deje de desdeñar el malo. 2

Es necesario acostumbrarse a la escasez: muchas dificultades por el lugar y por el tiempo se les presentarán, incluso a los ricos y bien dotados para el placer, que pondrán obstáculos a sus deseos. Nadie puede alcanzar todo cuanto quiere; puede, ciertamente, no desear lo que no posee, y servirse con alegría de los bienes que se le han ofrecido. Una gran parte de la libertad está en el vientre morigerado y capaz de soportar las privaciones. 3

No es posible valorar cuán grande es el placer que experimento por el hecho de que mi fatiga se habitúa a reanimarse ella sola: no pido masajistas, ni baño, ni cualquier otro remedio que no sea el tiempo. En verdad, el cansancio que el trabajo ha procurado lo elimina el reposo. Esta cena corriente me resultará más grata que un banquete inaugural. 4

He sometido justamente mi alma a un ejercicio improvisado, que por lo mismo resulta más simple y auténtico, puesto que, cuando uno se ha preparado e impuesto la paciencia, no se muestra igualmente la medida de la verdadera firmeza: las pruebas más convincentes son las que uno ha dado de improviso, si no sólo contempla las contrariedades con resignación, sino también con serenidad; si no se encoleriza ni pleitea; si compensa aquello que se le debería otorgar renunciando al deseo y juzga que algo falta a sus hábitos, pero nada a sí mismo. 5

No hemos comprendido cuán inútiles eran muchas cosas, sino cuando han comenzado a faltarnos; en verdad, nos servíamos de ellas, no porque nos eran necesarias, sino porque las teníamos. ¡Y cuántas cosas nos procuramos ahora porque otros se las han procurado, porque la mayoría las posee! Entre las causas de nuestros males se cuenta la de que vivimos siguiendo el ejemplo de 6

los demás y no nos regimos por la razón, antes bien somos arrastrados por la costumbre. Lo que no querríamos imitar si lo hicieran pocos, cuando empiezan a hacerlo más lo secundamos como si fuera más honesto porque es más frecuente; y el error ocupa para nosotros el puesto de la verdad cuando se ha generalizado.[809]

Ahora todos viajan precedidos de la caballería númida y llevando delante un tropel de corredores: sería vergonzoso que no hubiese nadie que apartara del camino a los viandantes que salen al paso, o que una gran polvareda no atestiguara que un hombre distinguido se acerca. Ahora todos disponen de mulos para transportar vasos de cristal, murrinos[810] y cincelados por obra de grandes artistas: sería vergonzoso que dieras la impresión de poseer sólo un equipaje tal que pudiera ser sacudido sin peligro de romperse por los golpes. A todos los pajes se les hace caminar con el rostro untado, para que ni el calor ni el frío dañe su delicada piel: sería vergonzoso que no hubiera en el séquito algún esclavo cuyo rostro sano exigiese el cosmético. 7

Se debe evitar la conversación de todos éstos: son ellos los que enseñan los vicios y los propagan de una parte a otra. Parecía ser la peor especie la de aquellos hombres que difunden la maledicencia: hay algunos que difunden los vicios. La conversación de estos hombres es muy nociva; en efecto, aunque no consiga resultados de inmediato, deposita sus gérmenes en el alma y, por más que nos hayamos separado de ellos, nos persigue el mal que después resurgirá. 8

Como los que han escuchado un concierto llevan en sus oídos la melodía y dulzura del canto que dificulta el razonamiento y no permite aplicarse a cosas serias, así también la conversación de quienes adulan y elogian las acciones perversas perdura en el alma más tiempo que su sonido en los oídos. Y no resulta fácil expulsar del espíritu su dulce melodía: nos acompaña, perdura y vuelve a intervalos. Por lo mismo, debemos cerrar los oídos a los discursos perversos, sobre todo al principio: cuando han hecho su entrada y, acogidos, se instalan dentro, tienen más osadía. 9

De ahí que se llegue a estas expresiones: «Virtud, filosofía, justicia son el estrépito de palabras vacías; la única felicidad consiste en hacerse la vida agradable: comer, beber, gozar del patrimonio esto es vivir, esto es recordar que uno es mortal.[811] Los días se nos escapan y la vida transcurre de forma irreparable.[812] ¿Dudamos, acaso? ¿De qué sirve tener cordura, y a una vida no siempre apta para el placer, mientras puede y lo desea, imponerle entonces 10

la sobriedad, anticiparse de este modo a la muerte y privarse ya ahora de cuanto ella nos ha de arrebatar? No tienes una amante, tampoco un mancebo que despierte los celos de la amante; cada día te muestras sobrio, cenas como si tuvieras que justificar a tu padre los gastos de la jornada: esto no es vivir, sino asistir a la vida de otro.

11 »¡Cuán grande locura supone preocuparse por los bienes del propio heredero y privarse uno de todo, de suerte que tu gran herencia lo convierta de amigo en enemigo tuyo!; en verdad, se gozará tanto más de tu muerte cuanto más haya recibido. No valores ni en un as a estos siniestros y huraños censores de la vida ajena, enemigos de la suya, pedagogos populares, y no dudes en preferir una buena vida a una buena reputación».

12 Tales voces deben evitarse, no de otra suerte que aquellas que no quiso Ulises oír cuando pasaba, sino atado a la nave.[813] Producen el mismo efecto: nos apartan de la patria, de los padres, de los amigos, de las virtudes, y nos impulsan a una vida torpe y vergonzosa, si no pasamos de largo. ¡Cuánto mejor es seguir el recto camino y elevarse hasta aquel estado en que sólo te sean gratas las acciones honestas!

13 Este objetivo lo podremos conseguir si tenemos en cuenta que existen dos clases de realidades: las que nos atraen y las que nos repelen. Nos atraen ciertamente las riquezas, los placeres, la hermosura, la ambición y las restantes cosas lisonjeras y agradables; nos repelen el trabajo, la muerte, el sufrimiento, la ignominia y la estrechez de vida. Por lo tanto, debemos ejercitarnos a fin de no temer estas penalidades y no codiciar aquellas ventajas. Esforcémonos en sentido contrario: alejémonos de los objetos seductores y lancémonos con ímpetu contra los hostiles.

14 ¿No ves cuán distinta es la actitud de los que bajan y de los que suben una cuesta? Los que van hacia abajo echan para atrás el cuerpo y los que van hacia arriba lo impulsan adelante. Porque si, al descender, inclinas tu peso hacia la parte delantera o, si, al ascender, lo tiras hacia atrás, esto, Lucilio, supone consentir en el tropiezo. Hacia los placeres, el camino es descendente, hacia las asperezas y penalidades, ascendente: en este caso, impulsemos el cuerpo adelante, en el otro, echémoslo para atrás.

15 ¿Piensas, quizá, que digo ahora que para nuestros oídos solamente son perjudiciales los que elogian el placer, los que infunden temor al sufrimiento, cosas ya de por sí terribles? Considero que también nos perjudican los que, bajo apariencia de estoicismo, nos exhortan a los vicios. En efecto, afirman con jactancia que sólo el sabio y docto es un buen amante. «Sólo él es apto

para este arte; asimismo, el sabio es un gran experto en el arte de beber y de vivir en compañía. Indaguemos hasta qué edad los jóvenes deben ser amados.»

Dejemos estas bagatelas para las costumbres griegas, y nosotros, por el contrario, apliquemos la atención a las siguientes enseñanzas: «Nadie es bueno por azar: la virtud debe aprenderse.[814] El placer es cosa baja y mezquina, e indigna de aprecio alguno; nos es común con los animales mudos, y hacia él se lanzan los seres más ínfimos y despreciables. La gloria es cosa vana y voluble, y más inconstante que un soplo de aire. La pobreza no es un mal para nadie, excepto para el que se resiste a ella. La muerte no es un mal: ¿quieres saber qué es? La única ley igual para todo el linaje humano. La superstición es un error de mente insana: teme a los que debe amar y profana a los que rinde culto. En efecto, ¿qué diferencia existe entre negar a los dioses o profanarlos?». 16

Estas máximas hay que aprenderlas, y sin duda, aprenderlas profundamente: la filosofía no debe procurar pretextos al vicio. Ninguna esperanza de salvación tiene el enfermo al que su médico lo exhorta a la intemperancia. 17

124

La facultad que percibe el bien es la razón, no el sentido[815]

> Te puedo referir muchos preceptos de los antiguos, si no lo rehúyes, ni te disgusta conocer las pequeñas cuestiones.[816]

En verdad, no lo rehúyes, ni sutileza alguna te repele: no es propio de tu elegancia preocuparte sólo de los grandes temas. Como apruebo esta actitud, también apruebo que lo ordenes todo al perfeccionamiento moral y que sólo te molestes cuando se despliega suma agudeza sin conseguir ningún resultado. Procuraré que tal no suceda ahora. 1

La cuestión es si el bien se percibe con los sentidos o con la inteligencia; a esto se añade que la inteligencia no se halla en los animales mudos, ni en los niños pequeños.

Todos aquellos que sitúan el placer en la cúspide, juzgan que el bien es objeto de los sentidos; nosotros, por el contrario, que atribuimos el bien al alma, juzgamos que es objeto de la inteligencia. Si los sentidos juzgaran del 2

bien, no rehusaríamos placer alguno —pues ningún placer deja de atraer, ninguno deja de deleitar—; a la inversa, no soportaríamos dolor alguno voluntariamente, pues que ninguno deja de herir a los sentidos.

Además, no serían dignos de reproche aquellos a quienes agrada en exceso el placer[817] ni en quienes existe un miedo enorme al dolor. Y, sin embargo, recusamos a los que son esclavos de la gula y la lujuria, y menospreciamos a los que son incapaces de atreverse a una acción valerosa por temor al sufrimiento. Mas ¿qué delito cometen si obedecen a los sentidos, es decir, a los árbitros del bien y del mal? En efecto, a éstos les habéis confiado la decisión sobre lo apetecible y lo rechazable. 3

Pero es evidente que la razón ha sido encargada de este cometido: como ella decide de la felicidad, de la virtud y de la honestidad, así también del bien y del mal. En verdad, según éstos, se otorga a la parte más vil el juicio sobre la más noble, de suerte que se pronuncie sobre el bien el sentido, elemento obtuso, torpe y más tardo en el hombre que en los restantes animales. 4

¿Qué decir si uno pretendiera distinguir objetos diminutos no con los ojos, sino con el tacto? Para este cometido, ningún otro sentido más sutil y penetrante que el de la vista nos haría discernir el bien y el mal. Ya ves en qué gran ignorancia de la verdad se encuentra, y cómo echa por tierra lo sublime y divino, aquel filósofo para quien el tacto juzga del bien y del mal supremos. 5

«Como —objeta uno— toda ciencia y arte deben poseer algún dato manifiesto y perceptible por el sentido a partir del cual nazca y se desarrolle, así la felicidad toma su fundamento y su principio de datos manifiestos y de cuanto se sitúa bajo la acción de los sentidos. Efectivamente, vosotros decís que la felicidad toma su principio de datos manifiestos.» 6

Nosotros decimos que procura felicidad lo que es conforme a la naturaleza;[818] mas qué cosa sea conforme a la naturaleza aparece de forma clara y constante como qué cosa es un ser entero. Lo que es conforme a la naturaleza, lo que acontece al recién nacido no lo considero el bien, sino el principio del bien. Tú otorgas a la infancia el sumo bien, el placer, de manera que uno, al nacer, comience allí donde ha llegado el hombre perfecto; colocas la cima en el lugar de la raíz. 7

Si uno dijera que el feto oculto en el seno de la madre, de sexo todavía incierto, tierno, incompleto e informe, goza ya de algún bien, parecería que incurre abiertamente en el error. Pues bien, ¡cuán poca es la diferencia entre 8

el niño que acaba de recibir la vida y el feto que es un peso latente en las vísceras de la madre! Uno y otro, por lo que respecta a la percepción del bien y del mal, son por igual prematuros, y el niño pequeño no es, en este punto, más capaz de percibir el bien que el árbol o cualquier animal mudo. Mas ¿por qué el bien no se halla en el árbol o en el animal? Porque tampoco poseen la razón. Por este motivo, tampoco en el niño pequeño se halla el bien, porque también le falta la razón. Alcanzará el bien cuando haya alcanzado la razón.

Existe el animal irracional, el que todavía no es racional, y el racional, 9
pero imperfecto: en ninguno de éstos se encuentra el bien; la razón lo aporta consigo misma. ¿Cuál es, en efecto, la diferencia entre los mencionados seres? En el animal que es irracional nunca estará el bien; en el que todavía no es racional, de momento no puede hallarse el bien; en el que es racional, pero imperfecto, puede ya estar el bien, pero no lo está aún.

Te lo repito, Lucilio: el bien no se halla en cualquier cuerpo, ni en 10
cualquier edad, y está tan lejos de la infancia, cuanto el final de su principio, cuanto lo perfecto de lo incipiente; por lo tanto, tampoco se halla en el cuerpecito tierno, todavía en formación. ¿Cómo podría encontrarse en él? Tan sólo en germen.

Pero si dices que reconocemos algún bien en el árbol y en la planta, éste 11
no se halla en el primer brote, que, al despuntar, termina por hender la tierra. Existe algún bien en el trigo: pero no lo está todavía en la hierba lechosa ni en la tierna espiga cuando ha salido del cascabillo, sino en el grano, cuando está sazonado por el calor estival y la conveniente madurez. Como toda naturaleza no descubre su bien propio si no ha llegado a la perfección, así el bien propio del hombre no se halla en él, a menos que su razón sea perfecta.

¿Y cuál es este bien? Te lo diré: un alma libre, resuelta, que somete a sí 12
todas las cosas y ella no se somete a ninguna. Este bien, tan lejos está de conseguirlo la infancia, que la puericia no lo espera y la juventud lo espera falsamente; la vejez se considera feliz si lo alcanza tras un largo e intenso estudio.[819] Si éste es el bien, es también objeto de la inteligencia.

«Has afirmado —te arguyen— que existe un bien propio del árbol, uno 13
propio de la hierba, puede, por lo mismo, existir uno propio del niño.» El bien verdadero no está en los árboles, ni en los animales mudos; este bien que en ellos se encuentra se dice «bien» por benévola concesión. «¿Qué bien es, entonces?», dices. El que responde a la naturaleza de cada uno. Mas el bien auténtico no puede encontrarse en el animal mudo; es propio de una

naturaleza más dichosa y noble. Solamente hay bien donde tiene cabida la razón.

Existen cuatro naturalezas: la del árbol, la del animal, la del hombre y la de Dios; estas dos últimas, que son racionales, tienen la misma naturaleza, mas son diferentes en que una es inmortal y la otra, mortal. Así pues, el bien de uno, a saber el de Dios, lo hace perfecto su naturaleza; el del otro, o sea, el del hombre, su esfuerzo. Los demás seres son perfectos según su naturaleza, pero no verdaderamente perfectos; en ellos falta la razón. En efecto, es auténticamente perfecto el ser que es perfecto conforme a la naturaleza universal y la naturaleza universal es racional: los demás seres pueden ser perfectos en su especie. 14

En el ser en el que no puede existir la felicidad, tampoco puede existir aquello que causa la felicidad; la felicidad la causan los bienes. En el animal mudo no existe la felicidad, ni aquello que causa la felicidad; así, en el animal mudo no existe el bien. 15

El animal mudo capta con el sentido las cosas presentes; de las pasadas se acuerda cuando se produce un hecho que estimule sus sentidos; así, el caballo recuerda el camino cuando está cerca del comienzo de éste. En cambio, en el establo no tiene recuerdo alguno del camino, aunque lo haya recorrido a menudo. En cambio, la tercera división del tiempo, o sea, el futuro, no cuenta para los irracionales. 16

Por lo tanto, ¿cómo puede parecer perfecta la naturaleza de estos seres que carecen de una experiencia del tiempo en su plenitud? En efecto, el tiempo consta de tres partes: el pretérito, el presente y el porvenir. A los animales se les ha otorgado sólo la percepción de la más corta y de paso rápido, el presente; del pasado tienen escaso recuerdo, y jamás se despierta en ellos, a no ser por su conexión con las cosas presentes. 17

Así pues, el bien de una naturaleza perfecta no puede hallarse en una imperfecta, o si esta naturaleza lo posee, lo poseen también las plantas. Y no voy a negar que en los animales mudos se producen hacia el objeto, acorde con su naturaleza, impulsos poderosos y vehementes, pero desordenados y confusos; mas el bien nunca es desordenado o confuso. 18

«Entonces, ¿qué? —replicas—. ¿Los animales mudos se mueven confusa y desordenadamente?» Mantendría que se mueven confusa y desordenadamente, si su naturaleza fuera capaz de orden: de hecho, se mueven conforme a su naturaleza. En efecto, es desordenado el ser que en ocasiones puede también no ser desordenado; agitado, el que puede ser 19

tranquilo. Nadie está sometido al vicio, sino el que puede poseer la virtud: los animales mudos poseen tal o cual movimiento por naturaleza.

Mas, para no entretenerte mucho tiempo, te diré que en el animal mudo 20
existirá algún bien, alguna virtud, alguna perfección, pero ni el bien ni la virtud ni la perfección consumadas. Esto, en verdad, corresponde únicamente a los seres racionales a quienes se les ha concedido conocer el porqué, los límites y la manera de obrar. En consecuencia, el bien se encuentra solamente en quien goza de razón.[820]

¿Quieres saber adónde se encamina esta discusión y cómo será
provechosa a tu espíritu? Te lo explico: lo ejercita y lo afina y lo mantiene en 21
una ocupación honesta cuando está enteramente dispuesto a realizar algo. Mas también aprovecha cuando detiene a los que se precipitan hacia el vicio. Y afirmo, además, esto: de ninguna otra manera puedo serte más útil que si te muestro tu propio bien, te separo de los animales mudos y te coloco junto a Dios.

¿Por qué, pregunto, alimentas y ejercitas las fuerzas del cuerpo? La 22
naturaleza las ha concedido mayores a los animales domésticos y a las fieras. ¿Por qué cuidas de tu hermosura? Después de haberlo intentado todo, serás aventajado en atractivo por los animales. ¿Por qué adornas tu cabellera con suma diligencia? Cuando la hayas soltado al modo de los partos, o anudado al estilo de los germanos, o esparcido, como suelen hacerlo los escitas, cualquier caballo agitará crines más espesas, y en el cuello del león se erizarán otras más bellas. Cuando te hayas aprestado para una carrera veloz, no podrás igualarte con una liebre pequeña.[821]

¿Quieres tú, dejando de lado aquellas ocupaciones en las que es 23
necesario que seas superado —toda vez que te empeñas en actividades que te son extrañas—, retornar a tu bien propio? ¿Cuál es éste? Por supuesto, un alma recta y pura, émula de Dios, que se eleva sobre las cosas humanas y que no coloca nada de lo suyo fuera de sí misma. Eres animal racional. ¿Cuál es, pues, tu bien? La razón perfecta. Impúlsala hacia su perfección, haciéndola crecer en gran manera hasta la medida de lo posible.

Considérate feliz cuando todo gozo nazca para ti de tu interior,[822] cuando 24
al contemplar las cosas que los hombres arrebatan, codician y guardan con ahínco, no encuentres nada, no digo ya que prefieras, sino que desees conseguir. Te brindaré una breve fórmula por la que puedas valorarte, por la que reconozcas que ya eres perfecto: estarás en posesión de tu bien en el

momento en que comprendas que los hombres considerados felices son los más desgraciados.

Notas

[1] Es conocida la pobre opinión que tiene Séneca de la mujer («un animal sin seso», como la califica en *Sobre la firmeza del sabio*, 14, 1), común, por otro lado, en la Antigüedad; *cf*. Ch. Favez, «Les opinions de Sénèque sur la femme», *Revue des Études Latines* 1 (1938), págs. 335-345. <<

[2] A causa de sus enfermedades crónicas Séneca domina ampliamente, como se ve, la terminología médica, *cf*. P. Rodríguez Fernández, *Séneca enfermo*, Mieres del Camino, 1976, págs. 163-182. <<

[3] Sobrino de Augusto, que le dio en matrimonio a su hija Julia (26 a. C.), por lo que era considerado su sucesor, hasta el momento de su muerte temprana, tres años más tarde, en Bayas, supuestamente envenenado por Livia (*cf*. Dion Casio, *Historia romana*, III, 33), la cual empezaba así a despejar para sus hijos el camino hacia el trono. Otras noticias sobre el personaje en Tácito, *Anales*, I, 3, y Veleyo Patérculo, *Historia romana*, II, 93. <<

[4] Virgilio incluyó en la *Eneida* un elogio de Marcelo (VI, 855-886). Oyendo recitar esos versos, Octavia se desmayó, según cuenta Donato, *Vida de Virgilio*, 32. <<

[5] Cuando Livia se divorció de su primer marido, Tiberio Claudio Nerón, para casarse con Octavio, luego Augusto, ya tenía un hijo, Tiberio, y estaba encinta de otro (Dion Casio, *op. cit*., XLVIII, 44, 1, y Suetonio, *Augusto*, 62, 2). Éste se llamó Claudio Nerón Druso, y andando el tiempo se ganó el sobrenombre de Germánico por sus campañas contra esas gentes, en una de las cuales halló la muerte (9 a. C.), tan lamentada porque Druso no había ocultado su intención, si alcanzaba el poder, de restaurar la República (*cf*. Tácito, *Anales*, I, 33, y Suetonio, *ibid*., 1, 4). <<

[6] Séneca comete un anacronismo al denominar así a Livia en vida de Augusto, pues fue el testamento de éste el que le otorgó el derecho a tomar este nombre (Tácito, *Anales*, I, 8). <<

[7] Areo Didimo de Alejandría, estoico con tendencias platónicas, ejercía en la familia de Augusto el papel de consejero, tal como era costumbre en la aristocracia de la época. <<

[8] Druso tuvo con Antonia, hija menor de Marco Antonio, dos hijos y una hija: Germánico, Claudio y Livia, más conocida como Livila. <<

[9] Esto es, el futuro normal de un niño romano desde que deja de serlo y asume la condición de adulto y ciudadano; este cambio de niño a hombre se simbolizaba con el de la toga que había vestido hasta entonces (la *praetexta*, orlada de púrpura) por la viril, totalmente blanca; esta ceremonia se celebraba en medio de una señalada fiesta familiar. <<

[10] Séneca a veces no «dialoga» con Marcia sino con un interlocutor anónimo y difuso, una o varias segundas personas. <<

[11] Verso de Publilio Siro, autor de mimos del siglo I a. C., recogido en una colección de *sententiae* extraídas de sus obras, una de tantas empleadas en las escuelas (*cf*. Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, [en adelante *Epíst*.,], 33, 6-7); al filósofo le complacía, pues lo cita en otra obra (*Sobre la tranquilidad del espíritu*, 11, 8). <<

[12] La de Metilio. <<

[13] Famosísima máxima atribuida a uno u otro de los Siete Sabios de Grecia; estaba grabada en el frontón del templo de Apolo en Delfos, lo que explica la referencia a los oráculos que allí emitía la Pitia. <<

[14] Gracias a que, por no dejar sola a Marcia, renunció al servicio militar (*Consolación a Marcia*, 24, 1), Metilio pudo acceder tempranamente al sacerdocio. <<

[15] Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.) encabezó el partido aristocrático enfrentado en guerra al popular; tras su victoria, asumió el poder y se hizo nombrar dictador, cargo del que abdicó un año antes de su muerte, a lo que hace referencia Séneca. Favorecido toda su vida por la fortuna, le dedicó un templo en Preneste y adoptó el sobrenombre de *Felix* [afortunado], en el que tanto insiste Séneca. <<

[16] El padre era Jenofonte; su hijo Grilo murió en la batalla de Mantinea (Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, V, 10, 2). <<

[17] Marco Horacio Pulvilo, en realidad cónsul en el año primero después de la expulsión de los reyes (508 a. C.); en calidad de tal le correspondió oficiar la ceremonia de dedicación del templo de Júpiter en el Capitolio (*cf*. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, II, 8, 6-8). El dedicante sujetaba con las manos las jambas de la puerta mientras recitaba la plegaria; cualquier titubeo, error o interrupción invalidaba la ceremonia (Plinio, *Historia natural*, XI, 37). <<

[18] Lucio Emilio Paulo tuvo dos hijos en cada uno de sus dos matrimonios: los del primero fueron adoptados, uno por la familia Fabia y el otro por la Cornelia, que en adelante se llamó Publio Cornelio Escipión Emiliano, conquistador de Numancia y de Cartago; los habidos en el segundo murieron uno pocos días antes y otro pocos después de celebrarse el triunfo de Paulo por su victoria sobre Perseo, rey de Macedonia; éste iba, según la costumbre, encadenado al carro del vencedor, en el que quizás habrían ido acompañándolo sus hijos (*cf*. Plutarco, *Paulo Emilio*, 35, 2). <<

[19] No es ni mucho menos casual la elección del año, el 59 a. C., en que compartieron el consulado dos adversarios políticos, Julio César y Marco (no Lucio, como Séneca repite erróneamente) Bíbulo, cada uno apoyado por su partido con turbias maniobras (*cf*. Suetonio, *Julio César*, 19, 1); el enfrentamiento entre ambos concluyó con la reclusión, voluntaria o impuesta, de Bíbulo en su casa mientras duró su mandato (*cf*. Suetonio, *ibid*., 20, 1; Cicerón, *Cartas a los familiares*, I, 9, 7; Dion Casio, *op. cit*., XXXVIII, 6, 4). <<

[20] Bíbulo era procónsul en Siria cuando supo de la muerte de sus hijos, en Egipto y a manos de unas tropas mixtas de veteranos pompeyanos y forajidos de toda laya; *cf.* César, *Guerra civil*, III, 110, 2-6; Valerio Máximo, *op. cit.*, IV, 1, 15. <<

[21] Julia, a la que casó con Pompeyo para reforzar su alianza con él; murió en el año 54 a. C. <<

[22] Séneca parece jugar con el vocablo, pues el *cognomen* de Pompeyo era precisamente *Magnus*, «Grande». <<

[23] La *gens* Julia proclamaba descender de Venus y contaba con algunos miembros deificados (César y Augusto). La expresión que emplea Séneca imita un verso del cantor del origen divino de los Césares, Virgilio (*Eneida*, IX, 642). <<

[24] Ya había adoptado a sus tres nietos varones, pero los dos mayores murieron sucesivamente (Lucio en el 2 d. C. y Gayo en 4 d. C.), y al menor, Póstumo, lo desterró (7 d. C.); igualmente había condenado al exilio a la madre, su única hija Julia, en el año 2 d. C., veintiún años después de la muerte del primer marido de ésta, el ya mencionado Marcelo (*cf*. nota 3); de sus dos hijastros y también hijos adoptivos, el menor, Druso, murió en campaña (*cf*. nota 5), y el mayor, Tiberio, por cálculo o por azar, quedó como su único heredero. <<

[25] Respectivamente, Druso, habido de su matrimonio con Vipsania, y su sobrino Germánico, fallecidos éste en el 19 d. C. y el primero en el 23 d. C. <<

[26] Cuando murió Druso hacía ocho años que Tiberio ocupaba el cargo de Pontífice Máximo. <<

[27] Ahora le conviene a Séneca no mostrarse tan duro con las mujeres como al principio, donde presenta halagadoramente a Marcia como una excepción a los defectos femeninos (*cf*. nota 1). <<

[28] La violación de la castísima Lucrecia por Sexto Tarquinio y su suicidio inmediato fueron el definitivo impulso que necesitaba Bruto para iniciar la revuelta contra el rey último de Roma, Lucio Tarquinio el Soberbio (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., I, 57, 6-69). <<

[29] Una de las doncellas que se hallaban en poder de Porsena como rehenes; a la cabeza de sus compañeras escapó del campamento etrusco y nadando cruzó el Tíber para volver a Roma. Los ciudadanos le votaron una estatua ecuestre, un honor sin precedentes (Tito Livio, *op. cit.*, II, 13, 6-11). <<

[30] Hija de Escipión Africano, casada con Tiberio Sempronio Graco; entre sus numerosos hijos se contaban Tiberio y Gayo Graco, los célebres impulsores de la reforma agraria en permanente enfrentamiento con la nobleza a la que pertenecían; Tiberio fue muerto en el año 133 a. C. y Gayo se suicidó en el 121 a. C. Séneca generaliza el final de ambos. <<

[31] Su hijo Marco Livio Druso, tribuno de la plebe como los Gracos y también como ellos reformador de las leyes. <<

[32] Parte de un verso de Virgilio (*Eneida*, III, 418). <<

[33] Torbellino en el mar Tirreno, personificado en un ávido monstruo que habitaba en el estrecho de Mesina, frente a Escila, otro monstruo igual. Caribdis se encrespa cuando sopla el austro, el viento del sur. <<

[34] La ninfa Aretusa, requerida de amores por el río Alfeo, fue transformada por Diana a su vez en río; Alfeo mezcló sus aguas con ella y ambos discurrieron bajo el mar hasta aflorar de nuevo en Ortigia, la isla del puerto de Siracusa (Ovidio, *Metamorfosis*, V, 577-641). <<

[35] Las famosas Latomías (propiamente, «canteras»), cuya característica más notable era su profundidad: Séneca se refiere a ellas empleando casi las mismas palabras que Cicerón (*Contra Verres*, V, 62). En las Latomías trabajaron como forzados los prisioneros atenienses capturados en la batalla naval de Siracusa (413 a. C.). <<

[36] Dionisio el Joven, tirano de Siracusa (367-346 a. C.), cuyo despotismo no pudo refrenar Platón, llamado al efecto por Dion, su amigo y seguidor, y tío de Dionisio; éste, tras una serie de disturbios, se exilió en Corinto. <<

[37] Los cinco planetas conocidos en la época: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. <<

[38] El Océano que rodea la Tierra penetra en ella formando el mar Mediterráneo, el mar Rojo y el Caspio (los antiguos lo creían comunicado con el Océano), y separando así los continentes. <<

[39] Según Plinio, *op. cit.*, IX, 186, y X, 165, las ballenas se hacen guiar por un pez llamado *musculus*, cuya inexistencia no impidió, por supuesto, su descripción minuciosa (*cf*. Claudio Eliano, *Historia de los animales*, II, 13). <<

[40] Séneca enumera sin nombrarlos algunos de los componentes más característicos de los infiernos clásicos: el Érebo, que es la oscuridad misma, los ríos Flegetonte, de aguas ardientes, y Leteo, que borra los recuerdos al que bebe de las suyas, los jueces infernales Éaco, Minos y Radamanto, los pocos que penan una falta imperdonable, Sísifo, Ixión, Tántalo y las Danaides, y el señor de todo, Plutón. <<

[41] El caso de Pompeyo era ejemplo típico de cuánto puede a uno ahorrarle una muerte a tiempo (*cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, 186, y Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 48, 2): Pompeyo se habría evitado la derrota definitiva en la batalla de Farsalia (de la que no fue, como exagera Séneca, el único superviviente: *cf*. César, *Guerra civil*, III, 96, 4), la huida a uña de caballo y velas desplegadas hacia Egipto y la muerte por orden del rey Ptolomeo XIV, ejecutada por su prefecto Aquilas; muerte doblemente humillante para un romano que era además defensor de las libertades del pueblo. <<

[42] Cicerón fue cónsul en el 63 a. C., cuando sofocó la conocida conjuración de Lucio Sergio Catilina; la hija de Cicerón, Tulia, murió en el 45 a. C. Si su padre hubiera muerto poco después, no habría sido testigo y víctima de las proscripciones desatadas por el segundo triunvirato, de la proliferación de delatores y sicarios tan sanguinarios como Catilina. <<

[43] Marco Porcio Catón, llamado de Útica para distinguirlo de su bisabuelo, el Censor. Esta gestión que se le encomendó consistía en realidad en despojar a Ptolomeo XIII Auletes (padre del que mandó matar a Pompeyo) de su posesión de Chipre. Con este fin fue nombrado *quaestor pro praetore* en la isla (58 a. C.), que quedó convertida en provincia romana (*cf*. Plutarco, *Catón el Joven*, 34, 4-38). Más tarde, en la guerra civil tomó partido por Pompeyo y acabó su vida suicidándose en Útica (45 a. C.). <<

[44] *Cf*. nota 38. <<

[45] Parte de otro verso de Virgilio (*Eneida*, X, 472). <<

[46] Publio Rutilio Rufo, condenado al exilio por las presiones de los recaudadores de impuestos cuyos manejos había denunciado y que a su vez la acusación y los perros rabiosos que Sejano, para tenerlos dóciles sólo con él y feroces con todos, alimentaba con sangre humana, le acusaron del mismo delito que él les imputaba. No quiso regresar a Roma, pese a que Sila se lo solicitó. <<

[47] Tácito menciona un segundo cliente, Pinario Nata (*Anales*, IV, 34). <<

[48] No se trata de otro error de Séneca (Pompeyo, ya se ha dicho, fue muerto en Egipto y enterrado allí), sino de un empleo figurado de «cenizas» por «recuerdo». <<

[49] Concepto reiterado en el diálogo *Fedón* (64a y 67d). <<

[50] Papirio Fabiano, filósofo y declamador en la primera mitad del siglo I d. C., admirado por sus descripciones y *sententiae* (*cf*. Séneca el Viejo, *Controversias*, II, pref., 1-3), y maestro de Séneca, que lo cita repetidas veces en sus epístolas (11, 4; 49, 12; 52, 11; etc.). <<

[51] Dioses domésticos similares a los lares; su nombre, como el de éstos, se utiliza en metonimia con el significado de «hogar, casa, familia». <<

[52] La pena que involuntariamente le ha causado con su muerte. <<

[53] Los escollos por antonomasia, situados en la costa entre Cartago y Cirene: la Gran Sirte al este y la Pequeña Sirte al oeste, actualmente conocidas como los golfos de Sidra y de Gabes. <<

[54] Ha concluido la grandiosa exposición de un concepto de la más estricta ortodoxia estoica: el mundo se renueva periódicamente mediante cataclismos universales. <<

[55] Es el tratamiento enérgico propugnado por los estoicos para curar los males del espíritu, un método viril opuesto al blando y complaciente de las demás escuelas (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 1, 1), que Séneca ya ha justificado en *Consolación a Marcia*, 1, 5-8, también por medio de unas comparaciones y un léxico referidos a la medicina. <<

[56] Desconocido, pues no se trata del que menciona más tarde (19, 4): éste murió en el año 31 d. C. (*cf*. nota 119); el primero, un mes antes que el padre de Séneca, según dice, que murió en el 39 d. C. <<

[57] Lucio Anneo Séneca (*ca*. 55 a. C.-39 d. C.), a veces inadecuadamente conocido como «el Rétor», porque reunió sus vastos y curiosos recuerdos de los ejercicios escolares de declamación en dos obras para el uso de sus hijos, que así se lo habían solicitado; fueron éstos tres: Lucio Anneo Novato (más tarde, L. Junio Galión, porque fue adoptado por el rétor de este nombre), L. Anneo Séneca y L. Anneo Mela (padre de Lucano). <<

[58] No sabemos ni sus nombres ni sus padres; uno de los tres podría ser el hijo de Séneca del que habla luego. <<

[59] Séneca se refiere con cierta indiferencia a este hijo suyo; quizás había extendido a él el desapego que tenía a su primera mujer, sobre la que guarda en sus obras un silencio casi absoluto: sólo alude a ella una vez y despectivamente (*Sobre la ira*, III, 36, 3), siendo así que esta consolación le daba pie para mencionarla, ya estuviera viva o muerta. <<

[60] Por una vez el autor anuncia el plan de una obra y lo cumple luego, sin dejarse llevar, como suele, por el desorden que surge del desarrollo irregular de los aspectos distintos de un tema; *Consolación a su madre Helvia* es su obra mejor estructurada y compuesta, si no la única. <<

[61] El primer estoicismo es radical al clasificar a los hombres: o sabios o necios. Séneca propone una categoría intermedia, la de los que no siendo sabios tampoco son necios, pues se dejan guiar por los primeros: los llamados *proficientes*. <<

[62] Lugares tradicionales de destierro, estos islotes, más que islas, se hallan en el mar Egeo los tres primeros, y entre Sicilia y Túnez el último, llamado Pantelaria actualmente. <<

[63] Arrastrado por la corriente de las preguntas retóricas en su afán de remachar el argumento, Séneca deja traslucir lo que realmente piensa de Córcega; su descripción recuerda la que hace Ovidio de Tomos, *cf*. J. J. Gahan, «Seneca, Ovide and exile», *Classical World* 58 (1985), págs. 145-147. <<

[64] Movimiento contrario sólo en apariencia (*cf. Consolación a Marcia*, 18, 3). <<

[65] Introducida por los ejércitos de Alejandro Magno a finales del siglo IV a. C. <<

[66] Escitia es el nombre dado a la región comprendida entre el Danubio y el Don, al norte del mar Negro. Desde el siglo VIII hasta el VI a. C. todo el litoral de este mar quedó salpicado de numerosas colonias y factorías de los griegos, que lo llamaron *póntos Eúxeinos*, «mar Hospitalario», y más tarde fue el Ponto por excelencia. <<

[67] Según la tradición, entre los siglos XII y IX a. C. sucesivas migraciones desde diversos puntos de Grecia tuvieron como objetivo la costa de Asia Menor, una región que se llamó Jonia y en la que se fundaron doce ciudades principales; éstas a su vez se convirtieron en metrópolis de nuevas colonias: Mileto fue una de las más activas, con un número de fundaciones superior incluso al que da Séneca, según Plinio, *op. cit*., V, 112. <<

[68] El mar Inferior es el Tirreno («etrusco», *cf*. nota siguiente), por contraposición al Superior, el Adriático. La zona que baña es el sur de Italia y Sicilia, colonizadas en los siglos VIII y VII a. C. por jonios, eolios y aqueos. <<

[69] Los historiadores antiguos, excepto Dionisio de Halicarnaso, que los considera autóctonos (I, 25-30), proclaman el origen oriental de los etruscos, siguiendo con más o menos fidelidad el relato de Heródoto, *Historia*, I, 94, según el cual la mitad de la población de Lidia, en el siglo XIII a. C. y bajo la guía de Tirreno, se hizo a la mar hasta arribar a la costa occidental de Italia, donde se estableció definitivamente. <<

[70] Los fenicios también se extendieron por todo el Mediterráneo, procedentes de ciudades-estado como Tiro, que en el siglo IX fundó Cartago; ésta a su vez estableció varias colonias importantes en Hispania, desde el 660 (Ibiza) hasta el 226 a. C. (Cartagena). <<

[71] Los griegos de Focea, una de las doce ciudades jonias, llegaron a la Galia y fundaron Marsella en el siglo VI; tres siglos después, pueblos galos se desplazaron por el sur de Europa y penetraron por el interior de Grecia hasta Delfos (279 a. C.). <<

[72] Séneca comete con toda seguridad un error al confundir los germanos con los celtas que invadieron Hispania en el siglo VII a. C., pues es muy poco probable que se refiera al paso fugaz (unos pocos meses) de los cimbrios, una tribu germana, después de la batalla de Arausio, en la que, aliados a los teutones, derrotaron a Roma (105 a. C.). <<

[73] Anténor, amigo y consejero del rey Príamo, huyó de Troya junto con sus hijos y llegó al norte de Italia, al valle del Po. Allí fundó la ciudad de Padua y el linaje de los vénetos. <<

[74] Evandro, príncipe de Arcadia (la montañosa región del Peloponeso idealizada por la poesía bucólica), marchó de su patria por razones oscuras y alcanzó Italia, concretamente la zona cercana a la desembocadura del Tíber; en su orilla izquierda fundó la ciudad de Palanteo, sobre una colina que con el tiempo se llamaría Palatino. <<

[75] A la caída de Troya le siguió la desbandada de los pocos troyanos supervivientes (Eneas entre ellos, al que luego se alude), pero también el regreso azaroso a sus patrias de muchos héroes griegos; Diomedes, fiel compañero de Ulises en numerosas empresas, hizo como él un largo viaje hasta llegar a Italia, donde fundó la ciudad de Argiripa; en ello estaba cuando rechazó la petición de ayuda de los latinos, para no enfrentarse de nuevo a su enemigo Eneas (Virgilio, *Eneida*, XI, 225-280). <<

[76] Séneca confunde la Fócide (la comarca griega donde están el Parnaso y Delfos) con Focea (*cf*. nota 71). Por otra parte, la relación que hace de los sucesivos colonizadores de Córcega no se atiene a un orden cronológico (*cf*. J. Cosini, «Sénèque et la langue des Corses», *Revue des Études Latines* 32 (1954), págs. 111-115). Para la posible fuente que utilizó, *cf*. A. La Penna, «Sallustio e Seneca sulla Corsica», *Parola del Passato* 31 (1976), págs. 143-147. <<

[77] Mariana y Aleria, respectivamente, a corta distancia una de otra (*cf*. Pomponio Mela, *De Chorographia*, 11, 122). <<

[78] Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.) se ganó merecidamente esta fama por su vastísima producción sobre los temas más variados, de la que sólo nos han llegado fragmentos y dos tratados casi completos; no se halla entre ellos este argumento que le atribuye Séneca. <<

[79] Marco Junio Bruto (85-42 a. C.) fue junto con Casio el más destacado entre los asesinos de César, pese al afecto que éste siempre le mostró (*cf*. Plutarco, *Bruto*, 5, 1, y la nota 86), por su arraigado republicanismo, prácticamente familiar (descendía de aquel Bruto que expulsó a los reyes, *cf. Consolación a Marcia*, nota 27). La cita de Séneca seguramente está extraída de su tratado *Sobre la virtud* (Cicerón, *Bruto*, 249-250). *Cf*. nota 84. <<

[80] El filósofo no se decanta claramente por ninguna de las posibilidades que le ofrecen las principales escuelas: la *anánkē* epicúrea, el *pnéuma* de los estoicos y el *noûs* aristotélico. Queda fuera el *demiourgós* de la Academia, pues difícilmente, a no ser que se exageren las capacidades que le atribuye Platón, puede ser descrito como un dios todopoderoso, un concepto extraño a la filosofía grecorromana: Séneca pudo tomarlo de alguna religión oriental introducida en Roma. <<

[81] Variante ampliada del «nada de lo humano considero ajeno a mí», el celebérrimo verso de Terencio (*Heautontimorúmenos*, 77), que, según testimonios antiguos, el público acogía invariablemente con aplausos. <<

[82] Puesto que el soplo ígneo que anima el universo es también el que alienta el espíritu del hombre, según la doctrina estoica. <<

[83] Construcción de madera (por lo que hubo de sufrir algún incendio, *cf*. Dion Casio, *op. cit*., XLVIII, 43, 4) en el Palatino, que pasaba por ser la vivienda del fundador. <<

[84] Es muy probable que Séneca resuma aquí un pasaje de *Sobre la virtud* que Bruto dedicó a Cicerón, un auténtico libro, como dice Séneca, y no una mera carta, como quieren algunos (*cf*. H. Bardon, *La littérature latine inconnue*, París, 1952, I, págs. 210-211). <<

[85] Marco Claudio Marcelo, cónsul en el 51 a. C., formó parte del ejército pompeyano derrotado por César en Farsalia, y tuvo que retirarse a Mitilene, una isla en el Egeo, hasta que el Senado obtuvo de César el perdón para él; cuando regresaba a Roma fue asesinado en el Pireo. <<

[86] *Cf. Consolación a Marcia*, nota 43. La amistad y la admiración mutua entre los tres se fundaba en sus comunes ideales republicanos; entre Catón y Bruto estaban además reforzadas por el parentesco: Bruto era hijo de la hermana de Catón, Servilia, que fue largo tiempo la amante favorita de César (*cf*. Suetonio, *Julio César*, 50, 2; Plutarco, *Bruto*, 5); cuando quedó huérfano, Catón se encargó de educarlo. <<

[87] Las campañas de César en conquista de la Galia se prolongaron desde el año 58 al 49 a. C. <<

[88] Séneca, como en otras ocasiones, no tiene en cuenta la cronología de los hechos que relata: César tuvo que combatir primero en Alejandría precisamente contra aquellos que, por congraciarse con él, habían asesinado traidoramente a Pompeyo; luego tuvo lugar la batalla de Tapso en África y por último la de Munda en Hispania. <<

[89] Río de la Cólquide (antigua región de Asia, al este del mar Negro y sur del Cáucaso), de cuyo nombre procede el de las aves que allí se cazaban, los faisanes. <<

[90] Los partos, un pueblo de Escitia, sometieron toda la región a su imperio (250 a. C.-226 d. C.). A ellos se enfrentó un tanto temerariamente Craso, triunviro y gobernador de Siria; su estrepitosa derrota en Carras (53 a. C.) y su muerte a traición, mientras negociaba con los vencedores, constituyeron una grave afrenta que los romanos siempre ansiaron vengar (*cf*. Horacio, *Odas*, 1, 2, 51-52), aunque nunca lo lograron. <<

[91] Conocido como Calígula, el apodo que le pusieron los soldados de su padre Germánico, entre quienes se había criado (Suetonio, *Calígula*, 9). <<

[92] Sin duda Séneca tiene en mente el célebre caso de Marco Atilio Régulo: capturado por los cartagineses durante la primera guerra púnica, fue enviado a Roma, bajo palabra de volver a su prisión, para negociar las condiciones de la paz; sin embargo, convenció al Senado de que rechazara las propuestas por Cartago y, aun sabiendo seguro que iba a morir por ello, regresó y fue torturado hasta la muerte. <<

[93] Manio Curio Dentato, cónsul, no dictador, en cuatro ocasiones; en la primera (290 a. C.) derrotó a los samnitas, después de que éstos intentaran sobornarle; cuando se lo propusieron estaba guisándose unos nabos. <<

[94] Marco Gavio Apicio (*ca*. 25 a. C.-*ca*. 39 d. C.), poseedor de una inmensa fortuna que le permitió dedicarse sin tasa a la gastronomía más refinada y satisfacer sus caprichos culinarios más extravagantes (*cf*. Tácito, *Anales*, IV, 1, 3; Plinio, *op. cit*., IX, 66, X, 3). Revolucionó la austera cocina romana inventando nuevas técnicas (*cf*. Plinio, *op. cit*., VIII, 209) y recolectando recetas en su *Libro de cocina*; su ejemplo, según Séneca, fue más pernicioso que las doctrinas de los filósofos, expulsados de Roma en el 98 a. C. por un decreto censorial (*cf*. Cicerón, *El orador*, III, 24, 8). <<

[95] El múrice o conchil, principal representante de una familia de moluscos que poseen glándulas segregadoras de una sustancia colorante rojiza que da tonalidades púrpuras a las telas. Un tejido así teñido adquiría enorme valor, pues el procedimiento de obtención del tinte era costosísimo. <<

[96] Los tres metales más apreciados, en orden: el oro […], la plata y el bronce, a los que dan más valor la antigüedad o la escasez, como era el caso del bronce de Corinto, buscado con afán por los coleccionistas (Plinio el Joven, *Cartas*, III, 6, 1-5). <<

[97] En latín *orbes* [círculos], confeccionados con madera de cedro (Plinio, *op. cit.*, XIII, 29) o de limonero (Dion Casio, *op. cit.*, LXI, 10, 3), muy apreciados y valiosos, signo seguro de riqueza (Séneca llegó a poseer más de quinientos, según Dion Casio).
<<

[98] Se decía que había mediado en las negociaciones entre patricios y plebeyos, cuanto éstos se retiraron al Aventino (494 a. C., la primera secesión de la plebe), dejando la ciudad desprovista de comerciantes, artesanos, inquilinos, etc., con el fin de presionar a los dirigentes. <<

[99] *Cf*. nota 92. <<

[100] Séneca se equivoca, pues según el testimonio de Valerio Máximo, *op. cit.*, IV, 4, 10, y de Apuleyo, *Apología*, 18, 9, la que fue dotada a expensas del Estado fue la hija de Gneo Cornelio Escipión, no las dos de su sobrino Publio. <<

[101] Representación por medio de gestos de un texto cantado por un coro. Este género de teatro se creó en Roma en el siglo I a. C. y se mantuvo con éxito hasta el final del imperio. <<

[102] Esto es, una moneda de cobre que pesaba una libra (unos 326 gramos), peso considerable al que alude su nombre en latín, *aes graue*. <<

[103] Argumento obtenido del estoicismo ortodoxo que, como ya se ha visto, no es partidario de los términos medios: vicios o virtudes se poseen en bloque, si se tiene uno se tienen todos y para siempre; si una vez se ha superado un contratiempo, han de superarse igualmente todos los que vengan después <<

[104] Los llamados treinta tiranos formaron un consejo oligárquico que gobernó Atenas, sustituyendo a las instituciones democráticas y cometiendo arbitrariedades, en 404-403 a. C. Socrátes, como cuenta Platón, *Apología de Sócrates*, 32c-d, se enfrentó abiertamente a ellos. <<

[105] En los años 54 y 51 a. C. No logró la pretura debido a las maniobras violentas y sobornos que desplegaron los partidarios de su rival, Vatinio, un arribista (*cf*. Cicerón, *Epístolas a Quinto*, II, 4, 1); en el consulado fue relegado en el favor popular por su carácter excesivamente severo y derrotado limpiamente por los otros candidatos, lo que no dejó de dolerle (César, *Guerra civil*, I, 4, 1); para cada caso, *cf*. también Plutarco, *Catón el Joven*, 42, 1-5, y 49, 2-6. <<

[106] General ateniense en Maratón, Salamina y Platea, y también político de una integridad tan rara que le llamaban el Justo. Sin embargo, no fue él protagonista de esta anécdota, sino Foción, otro distinguido militar y orador ateniense (Plutarco, *Foción*, 36, 1-2). <<

[107] Pues aún vivía su *pater familias* (*cf*. 18, 9) y seguía dependiendo de él, sin independencia económica. <<

[108] Antes de su exilio, Séneca había sido ya cuestor (*cf*. 19, 2) y quizás edil; Novato, su hermano mayor, probablemente debía de haber alcanzado algún grado más del *cursus honorum*. Estos cargos acarreaban unos gastos (financiación de los juegos, mejoras en las calles, etc.) a los que contribuían familiares y allegados. <<

[109] *Cf*. sin embargo la epístola 63, 13, donde habla de un año para las mujeres en general, no necesariamente viudas. <<

[110] La práctica del aborto era habitual en la Roma de Séneca, libre e independiente de cualquier consideración sobre el derecho del feto a la vida; años más tarde, siendo emperador Septimio Severo (193-211 a. C.), fue prohibido como un crimen contra el padre y la patria (*cf*. AA. VV., *Historia de la vida privada*, Madrid, 1988, 1, págs. 26 y 166). <<

[111] *Cf. Consolación a Marcia*, nota 30. Séneca se contradice respecto al número de hijos que perdió Cornelia: en *Consolación a Marcia*, 16, 3, afirma que murieron los doce en vida de ella. <<

[112] Gayo Aurelio Cota, que se exilió voluntariamente en el año 90 a. C. tras haber sido acusado de incitar a los aliados de Roma a rebelarse contra su hegemonía (Cicerón, *Bruto*, 201-202). Más tarde regresó y obtuvo el consulado. <<

[113] *Cf*. nota 57. El mayor fue el que se dedicó a la política; el menor, Mela, rehuyó toda actividad pública. <<

[114] Diversas razones (*cf*. C. Cardó, *Consolacions*, Barcelona, 1925, págs. 51-52) invitan a identificar a este Marco con el hijo de Mela, Marco Anneo Lucano, el autor de la *Farsalia*; no sobrevivió a su tío, pues murió el mismo año que él (65 d. C.) bajo la misma acusación. <<

[115] Del hijo al que ya ha aludido (2, 5; *cf*. nota 59). <<

[116] Hija de Novato; la filiación en este caso no deja lugar a duda. <<

[117] Séneca padeció durante toda su adolescencia una tuberculosis pulmonar derivada de la bronquitis crónica de su infancia (*cf*. P. Rodríguez Fernández, *op. cit*., 1976, págs. 32-45). <<

[118] *Cf*. nota 108. Es dudoso en qué año alcanzó la cuestura, pero con certeza fue posterior al 31, cuando tía y sobrino ya estaban de nuevo en Roma. <<

[119] La hermana de Helvia estaba casada con Gayo Galerio, prefecto de Egipto. Durante su mandato, Séneca acudió allí buscando un clima adecuado para su afección pulmonar. En el año 31 Galeno cesó en su cargo y regresaba con su mujer y su sobrino a Roma cuando murió, unos días antes de que la nave en que viajaban estuviera a punto de naufragar. <<

[120] Fue Alcestis, casada con Admeto, rey de Feras. Su leyenda nos ha llegado sobre todo a través de Eurípides, que la llevó al teatro, pero también son numerosísimas las veces en que los poetas aluden, aun sin nombrarla (como el propio Séneca en *Medea*, 662-663), a esta mujer modelo de amor y abnegación: accedió a morir en lugar de su marido, que tenía la posibilidad de seguir viviendo si alguien lo sustituía el día marcado para su muerte. Hércules la rescató luego de los infiernos y la devolvió a la vida, más joven y hermosa que antes. <<

[121] Intento, quizás en vano, reproducir la ambigüedad del verbo que emplea Séneca, *effero*, propiamente «sacar» (aquí, del mar) y específicamente «sacar de casa a un difunto», esto es, «enterrar». <<

[122] Pudiera ser que este principio perdido contuviera el elogio adulador que Séneca dirigió a Mesalina, como afirma Dion Casio en el pasaje que analiza Giancotti, «La consolazione di Seneca a Polibio in Cassio Dione LXI 10, 2», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 34 (1956), págs. 30-44. En cuanto a las palabras que faltan a la primera frase conservada para tener sentido completo, podrían perfectamente parecerse a las que imaginó Gertz, *L. Annaei Senecae Dialogorum libri* XII, Copenhague, 1886 (*cf*. Reynolds, *L. Annaei Senecae Dialogorum libri duodecim*, 3.ª ed., Oxford, 1985, pág. 266): «“las ciudades y los monumentos erigidos en piedra, si con la vida” nuestra…». <<

[123] Desde muy antiguo se agrupaban bajo esta denominación las pirámides de Egipto, los jardines colgantes de Babilonia, la estatua de Zeus en Olimpia, el templo de Ártemis en Éfeso, el mausoleo de Halicarnaso, el coloso de Rodas y el faro de Alejandría. <<

[124] Tres ciudades destruidas por el fuego: Cartago y Corinto el mismo año, 146 a. C.; Numancia en el 134 a. C. <<

[125] Cada lengua caracterizada por su cualidad esencial, *cf*. Quintiliano, *Institutione oratoria*, XII, 10, 35. <<

[126] Homero y Virgilio (*cf*. 8, 2), a los que había traducido en prosa latina y griega respectivamente (*cf*. 11, 5). <<

[127] *Cf. Consolación a Marcia*, 10, 1. <<

[128] Atlante, uno de los gigantes que se alzaron contra los dioses y sufrieron la derrota, fue condenado a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste. <<

[129] Séneca exagera aduladoramente el material: Claudio sólo estuvo dieciséis días en campaña durante la única expedición militar que emprendió, contra Britania (Tácito, *Anales*, 13, 3; Dion Casio, *op. cit*., LX, 19-23; Suetonio, *Claudio*, 17); sí es cierto, en cambio, que Claudio se dedicó con afán a escribir, principalmente de historia, aunque parece ser que sus obras adolecían de mucha erudición y poca calidad literaria (Suetonio, *ibid*., 41). <<

[130] Es inverosímil que Séneca desconociera las fábulas de Fedro, precisamente esópicas y publicadas durante los reinados de Tiberio y Calígula; Séneca simula ignorancia para poder halagar aún más a Polibio, indicándole una empresa que sólo él podría acometer. <<

[131] Séneca toma este argumento del materialismo epicúreo; *cf*. Lucrecio, *La naturaleza*, III 972-977. <<

[132] De los cinco hijos que tuvo Claudio con sus tres primeras esposas vivían por entonces Antonia (de Elia Petina), Británico y Octavia (de Mesalina). <<

[133] Séneca cita un verso del *Telamón* de Ennio (*cf*. Q. Ennio, *Fragmentos* [ed. de M. Segura], Madrid, 1984, pág. 29), modificándolo ligeramente, pues en la versión original Telamón se refiere a sus dos hijos, Áyax y Teucro. <<

[134] Ennio, y Séneca acto seguido, emplea el verbo *tollere*, que significa «levantar»: el padre alzaba al recién nacido en sus brazos, simbolizando así su reconocimiento y su intención de criarlo. <<

[135] Como es sabido, Claudio sucedió a su sobrino Calígula, cuya demencia era proclamada por todos, una vez muerto, claro está. <<

[136] Esta pomposa pacificación de Germania se reduce a una victoria sobre la tribu de los caucos por parte de Gabinio Segundo (*cf*. Suetonio, *Claudio*, 24, 3). La expedición contra Britania ya nos es conocida (*cf*. nota 129); el problema es que de la expresión de Séneca no se puede deducir si era aún un proyecto o ya una realidad, ni sacar en consecuencia conclusiones sobre una fecha más precisa de composición para esta obra. <<

[137] Los triunfos de Druso Germánico (*cf. Consolación a Marcia*, nota 5) y el de Claudio sobre Britania; de hecho, permitió regresar a algunos desterrados para que pudieran contemplarlo (Suetonio, *Claudio*, 17, 3); ya antes había rehabilitado a unos pocos exiliados, como recuerda el propio Séneca más adelante, pero siempre siguiendo las propuestas del Senado (Suetonio, *ibid*., 12, 1). <<

[138] Calígula (*cf. Consolación a su madre Helvia*, nota 71). <<

[139] No podían hallarse las *imagines* de los Escipiones en el atrio del palacio imperial, pues no formaban parte de la familia; este Africano fue el primero en ganarse este *cognomen*, Publio Cornelio Escipión, que intentó defender a su hermano, Lucio Cornelio Escipión Asiático, y librarlo de la cárcel, a la que lo había condenado un decreto de los tribunos de la plebe (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., XXXVIII, 54-56). <<

[140] Llamado Augurino; fue el promotor de la orden de prisión contra el Asiático (Aulo Gelio, *Noches áticas*, VI, 19, 2). <<

[141] *Cf. Consolación a Marcia*, nota 18. <<

[142] Lucio Licinio Luculo (*ca*. 117-*ca*. 57 a. C.) fue el vencedor de Mitrídates en Ténedos, y posteriormente se hizo famoso por sus riquezas y sus banquetes suntuosos; de su hermano Marco se sabe que fue cónsul en el año 73 a. C. <<

[143] Los hijos de Pompeyo Magno: Gneo, muerto tras la batalla de Munda (45 a. C.), y Sexto, que continuó la lucha contra el segundo triunvirato hasta ser derrotado por Agripa en el año 36 a. C. y muerto en Mileto uno después. <<

[144] Séneca confunde a Pompeya, la hermana de Sexto, con la madrastra de ambos, Julia, la hija de César casada por conveniencia política con Pompeyo (*cf. Consolación a Marcia*, 14, 3, y nota 21; también K. Abel, «Exegetisches zu Senecas Dialogen, XI, 15, 1», *Rheinisches Museum für Philologie* 105 (1962), págs. 376-377). <<

[145] De nuevo una especie de histerología: Octavia murió en el año 11 a. C., doce después que su hijo. <<

[146] Marcelo (*cf. Consolación a Marcia*, nota 3). <<

[147] Los yernos, Marcelo, ya mencionado, y Marco Vipsanio Agripa (muerto en el 12 a. C.), maridos sucesivos de su única hija Julia; el plural «hijos» se explica porque adoptó a sus nietos y a sus hijastros (*cf. Consolación a Marcia*, nota 24); esto aclara el que a continuación Séneca llame «hijo y nieto de Augusto» a Gayo César; éste y su hermano Lucio habían sido distinguidos con el título honorífico al que hace alusión Séneca. <<

[148] Dado que Augusto adoptó a Tiberio, tío de Claudio. <<

[149] Druso cayó enfermo en Germania, adonde acudió Tiberio a marchas tan forzadas que aún halló a su hermano con vida (Dion Casio, *op. cit*., LV, 2, I; Suetonio, *Tiberio*, 7, 3; *Consolación a Livia*, 89-94). Una vez muerto Druso, Tiberio impidió que sus soldados incineraran allí mismo su cadáver, que fue transportado hasta Roma para ser enterrado (*Consolación a Marcia*, 2, 1-2). <<

[150] *Cf. Consolación a Marcia*, nota 8. Marco Antonio fue derrotado por Augusto (aún Octavio) en Accio en el año 31 a. C. <<

[151] Gayo Antonio, pretor en el año 44 a. C., fue condenado y ejecutado por orden de Bruto en Macedonia el año 43 a. C., precisamente el mismo en que su hermano Marco, Octavio y Lépido se asociaban para constituir el segundo triunvirato. <<

[152] Hipérbole evidente: el ejército de Bruto y Casio (*cf. Consolación a su madre Helvia*, nota 79) derrotado por Marco Antonio y Octavio en Filipos (42 a. C.) no contaba con tantas legiones ni fue aniquilado hasta el último soldado. <<

[153] Claudio tuvo efectivamente dos hermanos (*cf. Consolación a Marcia*, nota 8), que murieron antes que él; sin embargo, aunque insiste en el número, sólo menciona luego a uno, Germánico, padre de Calígula, muerto, como su padre Druso, de una enfermedad repentina y casi sospechosa (Suetonio, *Calígula*, 1, 3); sería humillante para Claudio recordar que su hermana Livila, casada con Druso, hijo de Tiberio, había sido condenada por éste como adúltera y asesina de su esposo en el año 31 d. C. <<

[154] Cuando murió Germánico Claudio no era, evidentemente, emperador, ni podía nadie sospechar siquiera que llegara a serlo. <<

[155] *Cf. Consolación a Marcia*, notas 23 y 51. <<

[156] Traducción aproximada de *puluinaria*, propiamente los almohadones en que se recostaban las imágenes de los dioses en la celebración de un *lectisternium* o festín sagrado. <<

[157] Quizá se refiere a los muchos templos que rodeaban el palacio en el Palatino, o más probablemente a la reforma de Calígula, que lo amplió, prolongando un ala hasta el foro; el templo de Cástor y Pólux quedó convertido en vestíbulo del palacio (Suetonio, *Calígula*, 22, 2). <<

[158] Desde que Octavio tomó el sobrenombre de Augusto (Suetonio, *Augusto*, 7, 2), las puertas del palacio se adornaban con coronas de laurel, símbolo de ese carácter «sagrado». <<

[159] No era raro jurar por César o por Augusto, como dioses que eran (*cf*. Horacio, *Epístolas*, II, 1, 6). El propio Claudio usaba el nombre de Augusto para sus más solemnes juramentos (Suetonio, *Claudio*, II, 2). <<

[160] Calígula tuvo relaciones incestuosas con sus tres hermanas, pero la favorita con mucho fue Drusila, a la que rindió honores divinos tras su muerte (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 24, 1-2). <<

[161] A pesar de su cosmopolitismo teórico y del igualitarismo que pretendía en sus escritos, Séneca menospreciaba en realidad a los no grecorromanos, a los bárbaros (*cf*. M. Coccia, «Seneca e i barbari», *Romanobarbaria* 5 (1980), págs. 61-87). Por su contacto con ellos Séneca ha olvidado el buen latín, como le sucedió a Ovidio (*Tristes*, III, 1, 17-18; V, 12, 55-58). *Cf*. R. degl'Innocenti, «Echi delle elegie ovidiane dall'esilio nelle *Consolationes ad Helviam e ad Polybium*», *Studi italiani di filologia classica* 52 (1980), págs. 109-143. <<

[1] Aunque es evidentemente un añadido posterior, parece bien mantener este subtítulo (y el que aparece en *Sobre la firmeza del sabio*) en el que, a la moda medieval, se plantea escuetamente la cuestión que se va a tratar. <<

[2] Como es lógico, el nombre del destinatario aparece al principio mismo de todos los diálogos, excepto únicamente en el de *Sobre la tranquilidad del espíritu*, debido a su original comienzo. La falta de éste en *Sobre el ocio* y en una de las *Consolaciones*, la destinada a Polibio, no nos permite saber si se atenían o no a esta costumbre. <<

[3] El fenómeno de las corrientes marinas cálidas era ya conocido en la Antigüedad, *cf*. Plinio, *op. cit*., II, 227. El mismo autor (*ibid*., 202) proporciona una lista de islas surgidas en el mar, comenzando por las míticas (Delos y otras) y concluyendo con una aparecida en su época, *Thia*, que quizá sea la misma que menciona, sin nombrarla, Séneca aquí y en sus *Cuestiones Naturales*, VI, 21, 1 (*cf*. M. Henry, «L'apparition d'une île. Sénèque et Philostrate, un même temoignage», *L'Antiquité Classicque Lovain* 51 (1982), págs. 174-192). <<

[4] El propio Séneca, en las *Cuestiones Naturales*, III, 14, 3, propone otra explicación para las mareas, atribuyéndola, eso sí, a los pensadores egipcios: según ellos, son unas corrientes subterráneas las que producen los flujos y reflujos del mar. <<

[5] A lo que parece Séneca se proponía escribir este tratado más amplio al que alude nada más iniciarse el diálogo. Que no lo tenía hecho es indudable, pues «el litigio permanece intacto»; que llegara a hacerlo es, en cambio, muy discutible, aun aduciendo otras posibles referencias (en *Epístolas morales a Lucilio* [en adelante, *Epíst*.,], 65, 1, por ejemplo). <<

[6] Ver nobles en lucha contra fieras o como gladiadores no era un espectáculo raro; Nerón ofreció uno en el que incluso los encargados de las tareas serviles eran senadores y caballeros (*cf*. Suetonio, *Nerón*, 12, 1) obligados a fuerza de regalos (*cf*. Tácito, *Anales*, XIV, 14). <<

[7] Marco Porcio Catón, llamado, para distinguirlo de su bisabuelo, de Útica, ciudad del norte de África en la que resistió un asedio de las tropas de César en el curso de la guerra de éste contra Pompeyo, y en la que acabó sus días suicidándose (año 45 a. C.). Es uno de los modelos favoritos de Séneca (*cf*. W. H. Alexander, «Cato of Utica in the works of Seneca Philosophus», *Proceedings and Transactions of the Royal Society of Canada* III, 2, 40 (1946), págs. 59-74), y lo cita frecuentemente, como se verá. <<

[8] Marco Petreyo, lugarteniente de Pompeyo y uno de los principales en los distintos escenarios de la guerra: a su cargo estuvo la campaña en Hispania (año 49 a. C.) y participó en las batallas de Farsalia (año 48) y de Tapso (año 46). <<

[9] Juba, rey de Numidia, intervino en la guerra civil por agradecimiento a Pompeyo, que había asentado a su padre Jénsal en el trono. Tras la derrota de Tapso, concertó con Petreyo un duelo para entrematarse y morir honrosamente (*cf*. [César], *Guerra de África*, 94; según este autor, Catón ya se había suicidado). <<

[10] Séneca sigue la versión común en todos los autores (*cf*., entre otros, Plutarco, *Catón el Joven*, 70, 8-10; Dion Casio, *op. cit*., XLIII, 12, 1; Valerio Máximo, *op. cit*., V, 1, 10), según la cual Catón fue curado de la herida que se había infligido, pero, al recuperar el sentido, desgarró el vendaje y se la volvió a abrir con sus propias manos. <<

[11] Séneca fue un enfermo crónico (*cf*. P. Rodríguez Fernández, 1976, págs. 35-74) y por ello domina la terminología y usa las comparaciones médicas con profusión, equiparando en numerosas ocasiones al sabio con el médico y las dolencias físicas con las morales (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 13, 2; *Sobre la ira*, I, 6, 2; 16, 4; *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 1, 2, etc., dentro de estos diálogos; en otras obras, *Sobre la clemencia*, I, 2, 1; *Sobre los beneficios*, V, 22, 3, etc.). Con ello no hace sino seguir un símil muy utilizado, incluso en exceso, por Crisipo y los estoicos en general (*cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, IV, 23 y 27); a Séneca le es muy útil, lo mismo que las comparaciones militares, para dar consistencia y claridad a sus argumentos, *cf*. M. Albamonte, «Su alcuni tipi di similitudine nelle opere filosofiche de Seneca», *Quaderni di Cultura e Tradizione classica* 1 (1983), págs. 105-114. <<

[12] Demetrio el Cínico, contemporáneo de Séneca, que lo cita en repetidas ocasiones tanto en los *Diálogos* como en otras obras (*cf. Epíst*., 20, 9; 62, 3, etc.); fue seguidor de la escuela de Antístenes y tenemos otros detalles sobre él en Tácito, *Anales*, XVI, 34-35; *Historias*, IV, 40, y en Suetonio, *Vespasiano*, 13, 4. <<

[13] Gayo Mucio protagonizó una de esas anécdotas heroicas que exaltan el valor individual tan del gusto de los romanos: estando Roma asediada por un ejército etrusco, Mucio se infiltró en el campamento enemigo dispuesto a matar al Larte (título etrusco del rey) Porsena; falló en su intento y se castigó abrasándose la mano derecha, con lo que adquirió el *cognomen* de Escévola, esto es, el Zurdo. Relata este hecho más amplia y bellamente Tito Livio, *op. cit*., II, 12-13, 1. <<

[14] Gayo Fabricio Luscinio tomó parte en la guerra contra Pirro (rey de Epiro que en el siglo II a. C. intentó la conquista de Italia). Fue tan pobre que a su muerte el Senado hubo de dotar a sus hijas (*cf*. Valerio Máximo, *op. cit*., IV, 4). <<

[15] Publio Rutilio Rufo, cónsul en el año 105 a. C., contemporáneo y amigo de Cicerón; fue condenado al destierro debido a las presiones de los recaudadores de impuestos, cuyos abusos y malversaciones había denunciado. Nunca regresó a Roma, pese a que se lo solicitó Sila (*cf*. Valerio Máximo, *op. cit*., II, 10, 5). <<

[16] Marco Atilio Régulo, prisionero de los cartagineses en la primera guerra púnica (siglo III a. C.), fue enviado a Roma, bajo palabra de regresar a Cartago, para negociar la paz; sin embargo, abogó ante el Senado por todo lo contrario y, a sabiendas de lo que le esperaba, volvió a su prisión y murió en el tormento (*cf*. Cicerón, *Sobre los deberes*, III, 99-100). Más adelante (9) dice Séneca que fue en una cruz, pero él mismo, en otra ocasión en que ofrece una serie idéntica de personajes (excepto los dos primeros, *Epíst*., 67, 7), afirma que fue en un arca, especie de doncella de hierro, lo que se corresponde mejor con los numerosos clavos y las múltiples heridas que describe. <<

[17] Sócrates, es sabido, fue condenado a ingerir cicuta. No sólo su muerte serena, rodeado de amigos con los que debatía sobre el trance (*cf*. más abajo, 12), sino su vida también, despertaron la admiración de Séneca, que lo menciona repetidamente de modelo, en los *Diálogos* como en todas sus obras, e incluso a las veces le hace trascender ese papel pasivo y le cede la palabra (*cf. Sobre la vida feliz*, 25, 4-8; 26, 4-8; 27-28). <<

[18] El mar Superior se corresponde con el Adriático, y el Inferior se corresponde con el Tirreno. <<

[19] Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.) adoptó el sobrenombre *Feliz*, el Afortunado, por su buena estrella en cuantas acciones participó, ya fueran guerras exteriores como civiles: así, en la que enfrentó al partido popular, acaudillado por su antiguo superior Mario (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, nota 512), contra el aristocrático, cuyo jefe era él mismo, consiguió la derrota total de sus enemigos y utilizó sus poderes absolutos como dictador para proscribirlos, lo que implicaba ejecución sumaria y requisa de bienes, dándose lugar a innumerables abusos y atropellos (las cabezas de los proscritos tenían precio puesto, *cf*. Plutarco, *Catón el Joven*, 17, 5); además, esa persecución implacable alcanzaba también a los parientes y allegados de sus adversarios (*cf. Sobre la ira*, II, 34, 3). <<

[20] A orillas del lago Servilio (en realidad, un manantial que estancaba sus aguas cerca del Campo de Marte), y no flotando en él, quedaron expuestas las cabezas de los proscritos asesinados, según Cicerón, *Defensa de Roscio de Ameria*, 89; sus bienes fueron subastados oficialmente, por eso Séneca llama al lugar «espoliario», esto es, lo identifica con la dependencia del anfiteatro donde los gladiadores moribundos eran rematados (estrangulándolos, según el propio filósofo, *cf. Epíst*., 93, 12) y, junto con los ya cadáveres, eran despojados de sus armas y vestidos. <<

[21] El uso romano era designar las leyes con el nombre de quien las hubiera promovido o promulgado; eso hace que las leyes que publicó Sila se llamen todas Cornelia, pero parece evidente que Séneca alude a la *de sicariis et ueneficiis*, que castigaba asesinatos, envenenamientos y las condenas capitales contra derecho. <<

[22] Gayo Cilnio Mecenas (*ca*. 69-8 a. C.), íntimo de Augusto, le ayudó a alcanzar el poder y a mantenerse en él, abortando algunas conjuras contra el emperador (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, 4, 5), sustituyéndolo en ocasiones y, sobre todo, colaborando en el renacimiento literario que Augusto pretendía, no sólo como protector de poetas y prosistas, sino como escritor él mismo (*cf.* Bardon, *op. cit*., págs. 13-19); su estilo, rebuscado y efectista, lo critica duramente Séneca (*cf. Epíst*., 19, 9; 114, 4-8) como reflejo de sus costumbres decadentes y su vida agitada, entre otros motivos, por los sucesivos repudios y reconciliaciones con su mujer, Terencia, que le robaban el sueño. *Cf*., sin embargo, Plinio, *op. cit*., VII, 172, que da como causa de ese prolongado insomnio unas fiebres persistentes. <<

[23] Evidentemente, Gneo Pompeyo Magno, primero aliado y luego rival de César; a su política hegemonista se oponía Catón, aunque más tarde en la guerra civil tomó partido por él como mal menor. Séneca suele citarlo para usar su muerte de ejemplo (*cf. Sobre la ira*, II, nota 137) y jugar con el significado de su *cognomen*, el Grande (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, 13, 7; *Consolación a Marcia*, 14, 3). <<

[24] Con este tercer miembro queda completo el llamado primer triunvirato: Gayo Licinio Craso (*ca*. 115-53 a. C.), célebre tristemente por su derrota en Carras frente a los partos y la posterior muerte a traición que éstos le procuraron. Cónsul con Pompeyo en el año 54, ambos lograron, a fuerza de sobornos y maniobras arteras, que Catón no resultara elegido pretor (*cf*. Plutarco, *Catón el Joven*, 40, 1-6). <<

[25] Publio Vatinio, un deshonesto arribista (*cf*. Cicerón, *Cartas a su hermano Quinto*, II, 4, 1), precisamente el rival de Catón en las elecciones mencionadas en la nota anterior. <<

[26] Este Triunfo era, a lo que dice Séneca, pues por otra fuente no es conocido, un gladiador de los que iban armados con espada, escudo y casco al estilo galo, rematado por la figura de un pez conocido en griego como *mórmylos*, de donde el latín *murmillo* para designarlos. Su queja la provocan las reducciones en las partidas destinadas a los espectáculos impuestas por el ahorrador Tiberio (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 34, 1). <<

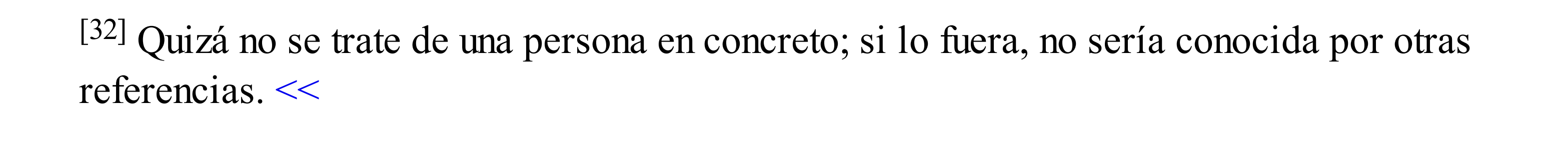
[27] Dos medidas contra el frío en las casas de los pudientes: ventanas cerradas con delgadas planchas de vidrio, y calefacción obtenida por el sistema llamado hipocausto; el vapor producido en una caldera de agua hirviendo se repartía por debajo del piso, que era doble, y mediante tubos por las paredes. El propio Séneca asegura que tanto el cristal como la calefacción empezaron a usarse en su época (*cf. Epíst*., 90, 25). <<

[28] Se trata de la *diamastígosis* [flagelación], de la que habla Plutarco, *Antiguas costumbres de los espartanos*, 40: una ceremonia anual en la que los niños competían por ver quién aguantaba más latigazos (*cf*. también Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, II, 34 y 77). <<

[29] El Danubio, frontera natural con los pueblos germanos cuyas rudas y austeras costumbres sirven a Séneca de parangón con frecuencia (*cf. Sobre la ira*, I, 11, 2-4; II, 15, 1). <<

[30] Apio Claudio (finales del siglo IV-principios del III a. C.) perdió la vista al final de su intensa vida como reformista y promotor de obras publicas (entre otras, la vía que lleva su nombre, Apia), lo que le valió el *cognomen Caecus*, el Ciego. <<

[31] De Lucio Cecilio Metelo (siglo III a. C.) había una estatua en el Capitolio tanto por sus victorias sobre los cartagineses (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, 13, 8) y los altos cargos que ocupó, como por haber salvado el Paladio (la imagen de Palas Atenea que protegía Troya y que Eneas llevó a Italia) del templo de Vesta incendiado, hazaña en la que perdió la vista (*cf.* Plinio, *op. cit*., VII, 141). <<



[32] Quizá no se trate de una persona en concreto; si lo fuera, no sería conocida por otras referencias. <<

[33] Son las Vestales, sacerdotisas de Vesta, para cuyo culto eran seleccionadas muy jóvenes entre las familias patricias y obligadas a mantenerse castas durante los treinta años que permanecían al servicio del templo; éste básicamente consistía en conservar siempre encendido el fuego sagrado, símbolo de la diosa; en el aprendizaje de estos ritos y otras funciones pasaban diez años, los practicaban otros diez y los últimos se dedicaban a enseñarlos a las novicias (*cf. Sobre el ocio*, 2, 2). <<

[34] Séneca no ha de precisar más para que se entienda que es el Campo de Marte, una explanada más allá del pomerio (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, nota 503) empleada desde antiguo para fines militares, electorales (*cf. Sobre la ira*, II, nota 149) y religiosos; a partir de Pompeyo se levantaron en el Campo teatros, jardines porticados, monumentos y estadios (el de Domiciano, actualmente la plaza Navona). <<

[35] Cita de Ovidio, *Metamorfosis*, II, 63-69: el Sol describe las dificultades que halla en el trayecto diario con su carro tirado por caballos de fuego, para disuadir a su hijo: le había concedido sin pensar el deseo que quisiera, y fue guiar el carro, desde la salida hasta que alcanza el mar, aquí personificado en Tetis, la titánide esposa de Océano y madre de todos los ríos. <<

[36] El animoso joven es Faetón, el hijo del Sol; esta intervención suya y la siguiente son de cosecha de Séneca, pues no se encuentra en el texto de Ovidio la réplica de Faetón en estilo directo, sino resumida en dos versos (103-104), cuando su padre ha terminado de hablar. <<

[37] Ovidio, *op. cit*., 79-81. En su recorrido por las constelaciones del Zodiaco el Sol ha de enfrentarse al toro, al león y al centauro armado con un arco que, como él, es de Tesalia, llamada por su nombre antiguo, Hemonia. <<

[38] Demócrito de Abdera, en Tracia, filósofo materialista contemporáneo y rival de Platón; al final de su prolongadísima vida se sacó los ojos y descuidó lo poco que conservaba de su hacienda (*cf*. Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*, V, 29, 87), que había gastado casi enteramente en sus numerosos viajes (*cf*. Diógenes Laercio, IX, 35). <<

[39] El suicidio por imperativo moral es piedra angular de la ética estoica; Séneca pone de relieve las ventajas que supone repetidas veces en sus escritos: *cf*., sólo en los *Diálogos*, 2, 10-12; *Sobre la ira*, III, 15, 3-4; *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 16, 1-4; y *Sobre la vida feliz*, 19, 1. No obstante, se ha llegado, curiosamente, a sostener todo lo contrario, es decir, que el filósofo desaconsejaba en realidad el suicidio: *cf*. N. Tadic-Gilloteaux, «Sénèque face au suicide», *L'Antiquité Classique Lovain* 32 (1963), págs. 541-551. <<

[40] *Cf. Sobre la providencia*, nota 1. <<

[41] *Ibid*., notas 7 y 25. <<

[42] Fueron varias las veces en que Catón se opuso a una ley, siempre propuesta para favorecer los intereses de Pompeyo y de César (*cf*. Plutarco, *Catón el Joven*, 26, 2-29, 2; 31, 1-5). Aquí, como en *Epíst*., 14, 13, Séneca parece referirse concretamente a la presentada por César para distribuir Campania en lotes entre los ciudadanos indigentes (*cf*. Plutarco, *ibid*., 33, 1-2; Dion Casio, *op. cit*., XXXVIII, 3, 2-3; Suetonio, *Julio César*, 20, 4). <<

[43] La tribuna de los oradores se alzaba en el extremo oeste del foro Romano, adornada con los espolones de las naves capturadas al enemigo: de ahí su nombre en latín, *Rostra* [los espolones]; el Arco de Fabio, situado en la parte opuesta, lo había erigido Quinto Fabio Máximo en recuerdo de su victoria sobre los alóbroges (año 121 a. C.), conservado asimismo en su *cognomen*, Alobrógico. <<

[44] Publio Clodio, decidido partidario de César, se entregó a toda clase de manejos, legales o no, con tal de lograr la victoria del partido de la plebe, clase a la que había descendido voluntariamente para poder ser nombrado tribuno de ella; como tal, hizo desterrar a Cicerón, basándose en la ilegalidad de las condenas capitales con que éste había sofocado la conjuración de Catilina (*cf. Sobre la ira*, III, nota 238). Agitador y demagogo, murió asesinado por sus rivales. <<

[45] Para los estoicos Hércules era modelo del hombre tan esforzado como prudente, comparable nada menos que con el ingenioso y tenaz Ulises; lejos, pues, esta imagen de la de las comedias, que lo presentaban como un bruto sin seso (versión que Séneca no tiene escrúpulos para explotar en su *Apocolocintosis*, ofreciéndonos un personaje bien distinto al de las dos tragedias que le hizo protagonizar, *Hércules loco* y *Hércules en el Eta*). <<

[46] Como Hércules, precisamente, que en uno de sus trabajos (a los que quizás alude superficialmente Séneca), yendo en busca de las manzanas de las Hespérides, se ayudó del padre de éstas, Atlas, el gigante hijo de Jápeto condenado a soportar sobre sus hombros la bóveda celeste en castigo por la revuelta que con sus hermanos intentó contra los dioses. <<

[47] Se refiere el autor al pacto secreto (año 60 a. C.) que regulaba la alianza entre Pompeyo, César y Craso (*cf. Sobre la providencia*, 5, 14 y notas correspondientes). <<

[48] A esta notable cualidad apunta su nombre en griego, transcrito por vía culta al latín, *adámas* [indomable]; el término se aplicaba en principio y en general a cualquier materia sólida y dura (*cf*. Lucrecio, *op. cit*., II, 447). <<

[49] Alude Séneca a dos conocidos episodios de la invasión de Grecia por Jerjes (durante la llamada segunda guerra médica, en el primer cuarto del siglo V a. C.); según asegura Heródoto, *op. cit*., VII, 34-35, ordenó dar latigazos al Helesponto y aherrojarlo con grilletes porque el mar había destruido los dos puentes de barcas tendidos sobre él. El mismo historiador (*ibid*., 226, 1-2) cuenta cómo los arqueros persas lanzaban tal cantidad de flechas contra los espartanos defensores de las Termópilas, que llegaban a tapar el sol. <<

[50] Hijo de Antígono, fue rey de Macedonia desde el año 306 al 282 a. C. En el curso de la incesante guerra que fue su reinado se ganó el sobrenombre de *Poliorkētḗs* [Conquistador de ciudades] que Séneca glosa más abajo (6, 1): una de ellas fue Megara, en el Ática, centro comercial y cultural, cuna de una corriente filosófica. <<

[51] Uno de los representantes de la escuela de Megara, discípulo de Diógenes y maestro a su vez de Zenón (*cf*. Diógenes Laercio, VII, 24), el fundador del estoicismo a quien sin duda inculcó su teoría de que el bien supremo radica en la impasibilidad del espíritu, la tan estoica *apáteia*. En su calidad de precursor, pues, Séneca le concede incluso la palabra (6, 3-7), después de referir esta anécdota suya bien conocida (*cf*. Diógenes Laercio, II, 115). <<

[52] Séneca utiliza los hechos de Alejandro Magno como ejemplos normalmente negativos, de falta de dominio y de crueldad (*cf*. Ch. Favez, «Alexandre le Grand vu par Sénèque», *Palaeologia* 7 (1958), págs. 107-110; pero quizás oculten un velado ataque a Nerón, *cf*. M. Coccia («Seneca e Alessandro Magno», *Vichiana* 13 (1984), págs. 12-25); positivos, raras veces (*cf. Sobre la ira*, II, 23, 2-3). En ésta lo nombra como conquistador de una ciudad cuyas gigantescas murallas fueron famosas no sólo por sus jardines colgantes: Babilonia, capital de la antigua Caldea. <<

[53] La de Publio Cornelio Escipión Emiliano, el hijo de Lucio Emilio Paulo adoptado por la familia Cornelia (circunstancia que recuerda su segundo *cognomen*) que representó un papel protagonista en la Roma republicana, no sólo por haber acabado con Cartago (año 146 a. C.) y tomado Numancia doce años más tarde, sino por los nuevos aires helenizantes que insufló en las artes y las letras romanas. <<

[54] Roma fue conquistada y saqueada en el año 387 a. C. por los senones, una de las tribus galas que se habían asentado en las llanuras del Po; como casi toda la población había huido de la ciudad, fue fácil para ellos tomarla, incluyendo la fortaleza del Capitolio, digan lo que digan las anécdotas con las que los romanos quisieron velar este desagradable episodio de su historia (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., V, 47-49, 7). <<

[55] Vale por decir los ciudadanos romanos, caracterizados por el vestido nacional, la toga. En cuanto a las zancadillas entre ellos mutuas, no será la única ocasión en que Séneca aluda a los testimonios falsos, los juicios amañados y otras lindezas propias del foro (*cf*., por ejemplo, *Sobre la ira*, II, 7, 3; 8, 2; III, 2, 1, etc.), así como a los estafadores y los cazadores de herencias (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, nota 476). <<

[56] Ya que todos los certámenes atléticos se celebraban en honor de algún dios; precisamente uno de ellos, aunque menor, Pólux, era experto en el arte que menciona Séneca, el pugilato, practicado a las veces con los puños protegidos por guanteletes metálicos. <<

[57] Los divanes sobre los que los romanos comían recostados tenían capacidad para tres personas, de las que la de más rango o por cualquier causa más destacada ocupaba la posición central. <<

[58] Las etimologías antiguas no se fundamentaban habitualmente sobre criterios científicos, sino más bien en la semejanza de los significantes, cuyos significados se ponían luego en relación de maneras incluso ingeniosas; en esta ocasión Séneca hace derivar *contumelia* [injuria] de *contemptus* [menosprecio] erróneamente, pues, por discutibles que sean las etimologías respectivas, lo cierto es que *temno*, verbo del que deriva *contemptus*, es una palabra de origen no latino (*cf*. A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, París, 1959). <<

[59] Esta traducción «salta/insulto» intenta reflejar el juego original *dictam*/*maledictam*. Por otro lado, es notorio que ese travieso descaro no sólo se toleraba, sino que se instigaba también en los jóvenes esclavos favoritos (*cf*. Petronio, *El Satiricón*, 64, 5-12), que no hay que confundir con los auténticos bufones (los *scurrae* o *copreae*), que solían ser enanos o bobos (*cf*., respectivamente, Suetonio, *Tiberio*, 61, 6, y Séneca, *Epíst*., 50, 2). <<

[60] Las comparaciones con los niños, en tanto que inconscientes o no responsables de sus actos, son muy habituales en otros autores (*cf*. E. Otón, *Séneca. De la cólera*, Madrid, 1986, pág. 37, nota 14) y no menos en Séneca (*cf*. 5, 2; *Sobre la ira*, I, 2, 5; 12, 4; II, 11, 2, 6; *Sobre la firmeza del sabio*, 9, 1, etc.), para censurar las obras de los adultos: tan baladí es lo que desean poseer los niños (algunos frutos secos o monedas para fichas de sus juegos) como los mayores, que ansían tener metales valiosos y también los apreciados orbes, tableros circulares para las mesas, de madera de cedro o de limonero (*cf*. Plinio, *op. cit*., XIII, 29; Dion Casio, *op. cit*., LXI, 10, 3, según el cual Séneca llegó a poseer más de quinientos). Por otra parte, cuando los niños fingen ser magistrados remedan sus atavíos (la toga *praetexta*, blanca y orlada con una franja púrpura) y sus insignias (las *fasces*, haces de varas con un hacha en medio portados por unos subalternos llamados *lictores*). <<

[61] *Cf. Sobre la providencia*, nota 34. <<

[62] Recuerda Séneca una sentencia de su maestro Papirio Fabiano (la recoge Séneca el Viejo, *op. cit*., II, 1, 11) que contraponía también la protección teórica al peligro real: en efecto, las pésimas condiciones de construcción de las casas de vecinos, las *insulae* que tanto abundaban en la populosa Roma, hacían que los desprendimientos y derrumbamientos fueran un riesgo constante para moradores y transeúntes (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 11, 7). Esta inseguridad exclusiva de los edificios romanos era un lugar común en las sátiras (*cf*. Juvenal, *Sátiras*, 3, 190-196). <<

[63] Átalo III, rey de Pérgamo, dueño de unas riquezas fabulosas y ya proverbiales entre los romanos (*cf*. Horacio, *Odas*, I, 1, 11-13), a quienes las había legado a su muerte en el año 133 a. C. <<

[64] Hay que tener presente que la *familia* incluía también la servidumbre; de hecho, la palabra designaba en sus orígenes sólo el conjunto de esclavos de una casa (de *famulus*, «esclavo doméstico»), que podían ser numerosísimos (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 8, 6). <<

[65] Situado al sudeste del Foro, el antiguo Templo de los Dioscuros, Cástor y Pólux, había sido completamente restaurado y nuevamente dedicado por Tiberio (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 20); durante un tiempo formó parte del palacio imperial, pues Calígula lo incluyó en su ampliación, convirtiéndolo en vestíbulo para poder colocarse entre los dos dioses, como si fueran sus hermanos (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 22, 2). <<

[66] Bactriana, región que corresponde actualmente al norte de Afganistán, constituyó junto con Sogdiana una satrapía del imperio persa desde los tiempos de Ciro (siglo VI a. C.), que también anexionó al suyo el imperio de los medos, en el actual Irán (*cf. Sobre la ira*, III, nota 248); en cambio, los partos mantuvieron la independencia de su poderoso reino en Escitia (sur de Ucrania) desde el año 250 a. C. hasta el 226 d. C., en que se instaló en el trono un monarca sasánida. <<

[67] Séneca no fue una excepción a la poca cuenta que de la mujer se hacía en la Antigüedad, según demuestra aquí y en otras ocasiones (*cf*. 1, 1; *Sobre la ira*, II, 30, 2; III, 24, 3, etc.). Sobre la cuestión, *cf*. Ch. Favez, «Les opinions de Sénèque sur la femme», *Revue des Études Latines* 1 (1938), págs. 335-345; pero también A. L. Motto y J. R. Clark, «Seneca on women's liberation», *Classical World* 65 (1972), págs. 155-157, y C. E. Manning, «Seneca and the Stoics on the equality of the sexes», *Mnemosyne* 26 (1973), págs. 170-177, en cuya opinión Séneca creía, aun a nivel primario, en la igualdad entre hombres y mujeres. <<

[68] Cuatro clases de esclavos cuyas tareas los situaban, aun transitoriamente, en una posición de superioridad respecto de sus dueños (obviamente, el peluquero, en latín *cinerarius* por las cenizas en que calentaba las tenacillas de rizar), o de otros hombres libres cuando pretendían entrar en la casa y hacerse anunciar al señor de ella (lo que hacía el *nomenclator*), o entrar en sus aposentos: entonces ejercían su pequeño poder, molesto a las veces (*cf. Sobre la ira*, III, 37, 2), pero siempre venal. <<

[69] La misma anécdota, pero con más detalles escénicos, en *Sobre la ira*, II, 32, 2. <<

[70] Los astros (el sol y los planetas conocidos en la época, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno) aparentemente se desplazan en dirección contraria al movimiento de las estrellas fijas en la bóveda celeste (*cf. Consolación a Marcia*, 18, 3 y *Consolación a su madre Helvia*, 6, 7). <<

[71] Séneca proporciona en sus *Diálogos* bastantes citas directas o indirectas de Epicuro, que contribuyen a la edición, aunque fragmentada, de su obra perdida; ahora bien, precisamente esta sentencia (recogida con el n.º 16 en la ed. Usener) nos es suficientemente conocida por otras fuentes (Cicerón, por ejemplo, la aduce con frecuencia, *cf. Del supremo bien y del supremo mal*, 19, 63; II 27, 89; *Disputaciones tusculanas*, v, 26). <<

[72] Filósofo estoico del siglo III a. C., discípulo de Zenón, quien fundó la escuela. <<

[73] Es en cualquier habla un recurso corriente usar el nombre de ciertos animales como insulto, considerándolos paradigmas de algún defecto o vicio; así, la estolidez achacada al borrego hace de su nombre un sinónimo de «estúpido», tal como aparece en Plauto, *El mercader*, 567; Petronio, *op. cit*., 57, 2, y Juvenal, *op. cit*., 10, 50; el improperio que, según Séneca, testimonia Crisipo lleva el muy original añadido «de mar», quizá refiriéndose a algún animal realmente marino. <<

[74] Sobre Cornelio Fido no tenemos más datos que los aquí proporcionados por Séneca, todo lo contrario de lo que ocurre con su celebérrimo suegro, el poeta Ovidio. Gneo Domicio Corbulón fue un afamado general bajo Claudio y Nerón, procónsul de Asia, de Armenia y de Siria. Su renombre despertó la envidia de Nerón, que lo condenó a suicidarse en el año 67. <<

[75] *Cf. Sobre la providencia*, nota 25. <<

[76] Sobrino nieto del emperador Tiberio, a quien sucedió, era y es más conocido como Calígula desde su niñez entre los soldados de su padre Germánico (*cf.* nota 82). Séneca sentía una profunda aversión contra él, con buenas razones (*cf.* Dion Casio, *op. cit.*, LIX, 19, 7), y lo demuestra en estos tratados (sobre todo en *Ira*) a la menor ocasión, como ahora que lo describe, aunque no parece exagerar lo risible de su aspecto, que nos confirman otras fuentes (*cf.* Suetonio, *Calígula*, 50, 1-3). Séneca, sin embargo y según su doctrina, no debería ridiculizar defectos físicos, pues, aunque no constituya ofensa (*cf.* 16, 4), la burla no tiene justificación ninguna (*cf.* *Sobre la ira*, III, 26, 4). <<

[77] La nobleza romana se dividía en dos clases o estamentos, el orden de los senadores (*ordo senatorius*) y el orden de los caballeros (*ordo equester*). <<

[78] Personaje relevante (fue cónsul ordinario en el año 46) cuya mujer, a lo que dice Séneca, fue víctima de la costumbre que tenía Calígula de escoger durante el banquete a la esposa de algún convidado, ausentarse con ella y, a su regreso, comentar sus impresiones (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 36, 5). Movido o no por esta afrenta, cierto es que Asiático fue instigador del asesinato de Calígula, según él mismo se jactaba (*cf*. Tácito, *Anales*, XI, 1, 2). <<

[79] Casio Quérea era un oficial de alto rango, tribuno militar (había seis por legión y la comandaban sucesivamente durante dos meses); un soldado valiente y leal (*cf*. su actuación en la revuelta de Germania en Tácito, *Anales*, I, 32, 4), pero que pidió incluso el privilegio de dar él el primer golpe de los conjurados contra el emperador y lo logró (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 56, 2; 58, 3), irritado por las humillaciones de que le hacía objeto, dándole consignas absurdas pero malintencionadas: Venus, sobradamente conocida, o Príapo, hijo suyo y de Júpiter, el dios de la fecundidad de miembro enorme y erecto permanentemente por venganza de Juno celosa. <<

[80] Las extravagancias de Calígula en su atavío fueron muchas (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 52), incluyendo en ellas la variedad y uso irregular que hacía del calzado: se presentaba, por ejemplo, en público con unas hogareñas sandalias (*cf. Sobre la ira*, III, 18, 5). <<

[81] Este personaje, por otra parte desconocido, debía de tenerse por íntimo de Calígula cuando lo saludó por su *praenomen* solo. <<

[82] El apodo de Calígula le venía de las botas militares (*caligae*) que desde pequeño le fueron confeccionando a medida los soldados de su padre (*cf*. Tácito, *Anales*, I, 41; Suetonio, *Calígula*, 9); con razón, pues, lo llama así un veterano centurión (primipilo, esto es, el de mayor antigüedad y rango en una legión); por otra parte, aunque Calígula efectivamente usaba a las veces coturnos (el calzado de los actores trágicos, de alza exagerada), aún le duraba su vieja afición a las *caligae* (*cf*. Suetonio, *loc. cit*. en nota 80). <<

[83] Sócrates fue ferozmente ridiculizado por su contemporéneo Aristófanes en la comedia *Las nubes*, y aparecía en las de otros comediógrafos (*cf. Sobre la vida feliz*, 27, 2) rivales de Aristófanes, como Amipsias y Éupolis, aunque no haya total certeza sobre cómo era tratado en ellas su personaje (*cf.* A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1976, págs. 452-453, y 462). Aún mucho más incierta es la realidad de la tradición sobre el carácter insufrible de Jantipa, esposa de Sócrates y madre de sus tres hijos, tradición plagada de anécdotas como esta que menciona Séneca (*cf.* P. Grimal, *Sénèque. De constantia sapientes. Commentaire*, París, 1953, pág. 99). <<

[84] Filósofo discípulo primero de Gorgias, luego de Sócrates, y a su vez maestro de Diógenes, con lo que pasa por fundador o precursor de la escuela cínica. <<

[85] Cibeles, la Gran Madre, era efectivamente una diosa importada del Asia Menor, donde se le rendía culto en ciertos lugares como el Monte Ida, en Frigia (al noroeste del Asia Menor). Esta respuesta de Antístenes está recogida por Diógenes Laercio, VI, 1. <<

[86] Lucio Anneo Novato, hermano mayor de Séneca, se consagró a la carrera política, culminándola como cónsul en el año 58 d. C. y seis más tarde procónsul de Acaya (nombre dado a Grecia como provincia romana). Séneca lo apreciaba en gran manera, admiraba su carácter bondadoso y amable (*cf. Cuestiones Naturales*, IVa pref., 10-12), no falto de agudo ingenio (*cf.* una muestra en Dion Casio, *op. cit.*, LX, 35, 3); además, este afecto lo trasladó a la hija de Novato, Novatila, a quien tenía como hija propia (*cf. Consolación a su madre Helvia*, 18, 7). Esta estrecha relación envolvió a Novato en la caída de Séneca y acabó, como éste y Mela, el otro hermano, suicidándose. <<

[87] Propiamente, «breve» [*breuis*]: la misma definición en Horacio, *Epístolas*, I 2, 62. <<

[88] *Magnasque irae minas agens* en los manuscritos, un texto sospechoso de alteración, objeto de muchos intentos de enmienda, en algunos casos basados en considerarlo un verso yámbico fragmentado (*cf*. una expresión muy parecida, aunque en otro metro, del propio Séneca en *Hércules en el Eta*, 1456). <<

[89] De común acuerdo, los estudiosos creen que el texto perdido contenía, quizás entre otras cosas (*cf. Sobre la ira*, II, 31, 1), las definiciones de la ira por parte de diversos filósofos que «Séneca citó en los libros que escribió sobre la ira» (Lactancio, *Sobre la ira de Dios*, 17, 13, donde resume algunas; este pasaje, junto con otro de Martín de Braga (*Sobre la ira*, 2), sirve para salvar esta laguna. <<

[90] El estoicismo recomienda rehuir la multitud, por cuanto impide al individuo su progresión hacia la sabiduría (*cf. Sobre la vida feliz*, 1, 4-5); para Séneca es particularmente peligrosa la que se agolpa en los anfiteatros, una masa embrutecida por el sangriento espectáculo de las luchas entre gladiadores, *cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 2, 13; *Epíst*., 7, 5, etc.: es patente en toda su obra que el filósofo aborrecía las muertes gratuitas de hombres y de fieras en la arena, aunque en ocasiones los símiles que de ellas obtiene no son completamente negativos (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 16, 2, y, sobre el particular, J. F. Maisonobe, «Caton gladiateur dans le *De Prouidentia*, II, 8. Étude sur les combats de gladiateurs dans l'oeuvre de Sénèque», *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice* 35 (1979), págs. 235-257; M. Wistrand, «Violence and entertainment in Seneca the Younger», *Eranos* 88 (1990), págs. 31-46). <<

[91] En su tratado *Acerca del alma*, 403a. <<

[92] Una cita más de Ovidio (*Metamorfosis*, VII, 545-546), por más que esta vez sea para corregirlo. <<

[93] Es la facultad esencial y rectora del alma, la que los maestros estoicos griegos llamaron *tó hegemonicón*, término traducido por Séneca como *principale* y por Cicerón como *principatum* (*cf. Sobre la naturaleza de los dioses*, II, 29). <<

[94] Según Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, IV, 54, no a parte sólo, sino al conjunto de los iracundos les corresponde con propiedad, y exclusiva, el calificativo de *morosus*, en tanto que está ese vicio basado en los hábitos particulares (*mores*). <<

[95] La conformidad con la naturaleza es una exigencia básica de la moral estoica, la única norma para la vida (*cf. Sobre la vida feliz*, 3, 3; 8, 2). En la presente cuestión es piedra de toque: toda controversia sobre la ira será inútil en cuanto se demuestre que no se atiene a la naturaleza, a lo razonable y honesto. <<

[96] Platón, *República*, I, 335d. Séneca se sitúa lejos de la ciega ortodoxia estoica, recoge ecléctico aquello que conviene a su moral de las demás escuelas y critica implacable, ahora mismo se verá, aquello que no: su pensamiento es independiente (*cf. Sobre la vida feliz*, 3, 2). <<

[97] Exactamente lo contrario de lo que propone la teoría aristotélica sobre la bondad innata de los sentimientos, que sólo necesitan moderarse, no suprimirse. Desde este momento el ataque a esta doctrina será ya abierto y sostenido hasta el final del diálogo, buena muestra del afán de Séneca por rebatirla, como hace en otras ocasiones (*cf. Epíst*., 116), y enfrentarla al ideal estoico de la impasibilidad. <<

[98] Precisamente para ilustrar esta caída, irrefrenable una vez iniciada, del espíritu en los vicios emplea el mismo símil Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, IV, 41. <<

[99] Séneca atribuye a Aristóteles esta cita directa, así como las dos indirectas, en este mismo libro (17, 1) y en el tercero (3, 1 y 5); sin embargo, no se hallan en la obra conservada del filósofo griego (ecos, si acaso, en su *Ética nicomáquea*, 1116b y 1125b); y, en vista de que expresiones similares las atribuye Cicerón sin dudar a los peripatéticos en general (*cf. Disputaciones tusculanas*, IV, 43, y *Sobre los deberes*, I, 89), parece lógico concluir que las tomó de algún discípulo de Aristóteles adjudicándolas al maestro. <<

[100] Esto es, no hubo ningún superviviente entre teutones y cimbrios, unos pueblos germánicos de incierta procedencia; coligados en el año 113 a. C., en que derrotaron estrepitosamente a los romanos en Noreia (actual Neumarkt, en Austria), invadieron y arrasaron la Galia e infligieron otra gran derrota a Roma (en Arausio, hoy Orange, el año 105 a. C.), que escogió a Mario para detenerlos, cosa que hizo por separado, aniquilando a los teutones en Aquae Sextiae (Aix, actualmente) en el 102 y a los cimbrios el siguiente año en Vercelli (*cf*. Plutarco, *Mario*, 15-27). <<

[101] *Cf. Sobre la providencia*, nota 29. <<

[102] Las tropas auxiliares, reclutadas entre los pueblos aliados o sometidos, marchaban en la vanguardia de la legión propiamente dicha (*cf*. M. Marín y Peña, *Instituciones militares romanas*, Madrid, 1956, págs. 303-304 y 314). <<

[103] Se trata de Quinto Fabio Máximo, llamado precisamente el Contemporizador (*Cunctator*) por las tácticas dilatorias de que se sirvió para rehuir otro enfrentamiento con Aníbal, que ya había derrotado a los romanos sucesivamente a orillas del lago Trasimeno (año 217 a. C.) y en Cannas (año 216 a. C.). <<

[104] Publio Cornelio Escipión, que obligó a Aníbal a regresar a Cartago, pues trasladó a África el teatro de la guerra. Allí venció definitivamente al cartaginés en Zama, en las proximidades de Cartago (202 a. C.); así se ganó el apelativo de Africano y acalló las críticas que se le habían hecho por su lentitud (curiosamente, uno de sus detractores fue Fabio Cunctátor, según Tito Livio, *op. cit*., XXIX, 19, 1-4). <<

[105] Publio Cornelio Escipión Emiliano, nieto adoptivo del anterior (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 53). <<

[106] Cartago estuvo sitiada prácticamente los tres años que duró la tercera guerra púnica (del 149 al 146 a. C.) y su capitulación y arrasamiento pusieron fin a la misma; en cambio, el primer asedio de Numancia lo realizó Quinto Pompeyo en el año 142 a. C. y, con interrupciones esporádicas y bajo diversos generales, se prolongó hasta el 134 a. C. <<

[107] Teofrasto de Éfeso, discípulo y colaborador de Aristóteles, al que sucedió en la dirección del Liceo y cuya obra continuó y comentó; por ello y a pesar de su producción propia (los *Caracteres* lo más conocido), siempre quedó a la sombra de su maestro (podría, tal vez, ser el verdadero autor de algunas de las citas que Séneca atribuye a Aristóteles, *cf*. nota 99), aunque modernamente ha visto reconocida su originalidad (*cf*. Lesky, 1976, págs. 716-719). <<

[108] Las que propugna la doctrina estoica, «austera y viril» (*Consolación a su madre Helvia*, 12, 4; *cf*. también *Sobre la firmeza del sabio*, 1, 1). <<

[109] Este despiadado racionalismo tenía su reflejo legal estipulado en el primitivo código civil romano, que autorizaba al padre a eliminar a un hijo nacido deforme (*cf*. A. Ruiz Castellanos, *Ley de las Doce tablas*, Madrid, 1992, pág. 62). <<

[110] La anécdota es en realidad del filósofo pitagórico Arquitas de Tarento (*cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, IV, 78; Valerio Máximo, *op. cit*., IV, 1, I); quizá Séneca vuelve a confundir maestro y discípulo, pues de Platón cuenta un episodio similar más adelante en el libro tercero (12, 5-7). <<

[111] La toga de color oscuro (*toga pulla*, la toga de luto), posiblemente usada por el magistrado que había de pronunciar una sentencia capital. <<

[112] La ejecución de un reo se anunciaba a toque de trompeta, una costumbre que venía de antiguo (*cf*. Tácito, *Anales*, II, 32). <<

[113] El código disciplinario militar dictaba sus propias penas; en este caso se refiere a la última, que se ejecutaba, según la época y el rango del condenado, por apaleamiento o por decapitación (*cf*. Marín y Peña, *op. cit*., pág. 241; también, más adelante, 18, 3-6). En cuanto al castigo, ya según las leyes civiles, del parricidio, *cf*. Cicerón, *Defensa de Roscio de Ameria*, 11, 30. <<

[114] Se alza en el extremo sudoeste del Capitolio; desde ella eran arrojados al vacío los reos de lesa patria (*cf*. Tácito, *loc. cit*. en nota 112) o de testimonio falso (*cf*. Ruiz Castellanos, 1992, pág. 86). Esta práctica había caído en desuso en tiempos de nuestro filósofo. <<

[115] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 51. <<

[116] *Cf*. nota 99. <<

[117] Son los *antelucani flatus*, descritos por Plinio, *op. cit*., XVIII, 33, y, con mucho más detalle, por el mismo Séneca en las *Cuestiones Naturales*, V, 7-8. <<

[118] Pisón fue bajo Tiberio gobernador de Siria, cargo en cuyo ejercicio chocó frontalmente con los intereses del sobrino del emperador, adoptado como hijo y comisionado suyo, Germánico, que, como se sabe, murió misteriosamente envenenado. Pisón, de vuelta a Roma, fue acusado del crimen y sometido a juicio, pero se suicidó antes de dictarse sentencia (*cf*. Tácito, *Anales*, II, 69-72; III, 10-15). <<

[119] Estrado que se levantaba en el foro de los campamentos y desde donde el general arengaba a sus soldados o les hacía justicia. Arbitraria en el caso que relata Séneca, lo cual no era corriente y hay que achacarlo al atrabiliario y violento temperamento de Pisón (*cf*. Tácito, *Anales*, II, 43, 3). <<

[120] Se trata de Jerónimo de Rodas (siglo III a. C.), filósofo seguidor de Aristóteles, por más que estas palabras que le atribuye Séneca lo alejen un tanto de la ortodoxia peripatética sobre la represión de los sentimientos. <<

[121] Los procónsules eran antiguos cónsules encargados del gobierno de una provincia, unos magistrados cuyo alto rango y autoridad les daban derecho a los haces (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60 al final). <<

[122] En ésta como en otras ocasiones no se sabe si Séneca se refiere a una anécdota real o bien se trata de un suceso hipotético o generalizado (*cf*. 2, 2). <<

[123] Esto es imposible según el estoicismo primero, radical y enemigo de las medias tintas: todos los delitos son iguales, no cabe en ellos gradación, pues son uno y el mismo delito. Séneca insiste en esta transgresión a la ortodoxia más adelante (II, 6, 3-4). <<

[124] En *Las leyes*, 934a. Por lo general Séneca cita a Platón con bastante exactitud: probablemente disponía de algún ejemplar completo de ciertas obras o también de algún florilegio, *cf*. A. Setaioli, «Citazioni da Platone in Seneca», *Bollettino di Studi Latini* 15 (1985), págs. 18-39. <<

[125] Un verso de Publilio Siro, mimógrafo del siglo I a. C., es muy parecido: «Al airado conviene quitarle la espada, no dársela». Dado que una antología de sus versos más sentenciosos estaba, como de tantos otros, al uso, y que Séneca transcribe con exactitud uno de ellos en dos ocasiones (*Sobre la tranquilidad del espíritu*, 11, 8, y *Consolación a Marcia*, 9, 5), bien podría aquí Séneca haber hecho una cita no literal de ese autor cuya escasa valía literaria no se le oculta, pero en el que reconoce algunos momentos brillantes (*cf*. el pasaje citado antes de *Sobre la tranquilidad del espíritu*). <<

[126] Conocida expresión sacada con toda seguridad del *Atreo* del trágico Accio (siglo II a. C.), según se deduce de las palabras de Cicerón cuando la cita (*cf. Sobre los deberes*, I, 97); Séneca lo hace ahora para reflexionar sobre ella y criticarla duramente (tal como en *Sobre la clemencia*, I, 12, 4; II, 2, 2), al contrario que Calígula, que se complacía en repetirla (*cf.* Suetonio, *Calígula*, 30, 3), o Tiberio, quien usaba la variante que luego propone Séneca como más aceptable (*Oderint dum probent, cf.* Suetonio, *Tiberio*, 61). <<

[127] *Cf. Sobre la providencia*, nota 19. <<

[128] Aunque sea para criticarla, Séneca nos ha conservado esta frase perteneciente a la parte perdida de la obra de Tito Livio (frag. 66 en la ed. Weissenborn-Müller). <<

[129] Calígula tuvo grandísima afición a disfrazarse, pero además remedaba a los actores durante las representaciones, bailaba como un pantomimo e incluso llegó a actuar (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 52; 54-55, 1). De hecho, su vida toda fue delirantemente histriónica, desde que se vio incapaz de dominar su desequilibrio mental (que él mismo advertía, *cf*. Suetonio, *ibid*., 50, 2), agravado quizá por una pócima afrodisíaca que le administró Cesonia, su esposa (*cf*. Juvenal, *op. cit*., 6, 614-626). <<

[130] Con estas palabras incita a Ulises Áyax, durante los juegos fúnebres en honor de Patroclo, a concluir la competición de lucha en que están trabados (*cf. Ilíada*, XXIII, 724); se entiende porque la victoria se conseguía inmovilizando al adversario y alzándolo en vilo. Según Suetonio, Calígula efectivamente le gritó este reto impío a Júpiter, pero no especifica la ocasión (*cf. Calígula*, 22, 4). <<

[131] Durante el imperio el título de cónsul es casi meramente honorífico; por eso Séneca habla en pasado del desempeño de los cónsules como gobernadores de una *prouincia* [territorio conquistado] asignada por sorteo o, en ocasiones, por acuerdo entre ambos. <<

[132] Alude Séneca a la célebre leyenda de Hero y Leandro: éste cruzaba nadando el estrecho del Bósforo para reunirse con su amada, que vivía en la orilla opuesta, cada noche, hasta que en una se ahogó. <<

[133] Esto es, pretende la reelección indefinida y, además, prescindir de su colega en el cargo, pues eran los nombres de los dos cónsules del año los que servían a los romanos para distinguirlo. <<

[134] La *adsensio* [consentimiento] por parte del espíritu del impulso recibido es imprescindible para que éste lo mueva a actuar (*cf. Epíst.*, 113, 18). <<

[135] Sobre Clodio y el destierro de Cicerón (año 58 a. C.), *cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 44. De Marco Antonio es notoria su hostilidad al orador, bien correspondida, desde luego, por éste: recuérdense las catorce *Filípicas*, discursos o mejor panfletos violentos contra el progresivo protagonismo de Marco Antonio. En cuanto éste alcanzó el poder supremo, aun compartido con Octavio y Lépido (segundo triunvirato), lo hizo asesinar en el año 43 a. C. <<

[136] *Cf. Sobre la providencia*, nota 19. <<

[137] Ptolomeo XIV, rey a muy corta edad, para congraciarse con César y por equivocado consejo de su preceptor Teódoto, hizo que su prefecto Aquilas decapitara a Pompeyo, quien había arribado a Egipto huyendo de su derrota en Grecia. Esta muerte indigna servía de ejemplo no sólo a Séneca (*cf. Consolación a Marcia*, 20, 4; Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, I, 86; Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 48, 2). <<

[138] Afirmación casi idéntica a otra de Horacio, *Epístola a los Pisones*, 101-102. <<

[139] En el curso de una naumaquia, batalla naval más o menos realista para cuya representación se inundaba la arena de los anfiteatros o bien se excavaba al efecto un lago artificial o, raramente, se empleaba uno natural (*cf.*, para cada caso respectivamente, tres pasajes de Suetonio, *Domiciano*, 4, 1; *Julio César*, 39, 4; *Claudio*, 21, 6). <<

[140] Donde Aníbal derrotó en toda regla a los romanos; luego se acercó a Roma pero, en contra de toda lógica y de lo que dice Séneca, no llegó a sitiarla, desaprovechando así su victoria (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., XXII, 51, 4); sí es cierto, sin embargo, que en los ánimos de los romanos quedó para siempre grabado el terror que les produjo esta proximidad peligrosa del general cartaginés: *Hannibal ad portas!* [¡Aníbal a la puerta!] desde entonces fue frase hecha para indicar la cercanía de una terrible amenaza. <<

[141] *Cf*. Plutarco, *Discurso sobre la fortuna y el valor de Alejandro Magno*, II, 335a, según el cual el cantor se llamaba Antigénides; Séneca, en cambio, lo identifica con Jenofanto, flautista celebérrimo en su época (*cf*. C. Castillo (dir.), *Onomasticon Senecanum*, Pamplona, 1995, pág. 118). <<

[142] Tirano de Casandria (la antigua Potidea, en Macedonia), de la que se apoderó con su ejército de mercenarios celtas hacia el año 279 a. C. Durante tres sometió a la ciudad a un régimen de terror, hasta que fue derrocado por Antígono Gonatas. <<

[143] Tirano de Agrigento (actualmente Girgenti, en Sicilia) durante la primera mitad del siglo VI a. C., Fálaris fue famoso por la extremada crueldad de los tormentos que imaginaba (*cf*. Valerio Máximo, *op. cit*., IX, 2, 8-9), hasta el punto de constituirse en el paradigma clásico del tirano inhumano (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 14, 4). <<

[144] Entre los autores latinos los cartagineses son presentados como nación pérfida, feroz y cruel (*cf. Sobre el ocio*, 8, 2), y su prototipo es Aníbal, el conquistador sanguinario y despiadado (*cf.* Tito Livio, *op. cit.*, XXI, 4; XXIII, 5); sin embargo, no se halla quien diga que esto llegara a decir Aníbal. <<

[145] Dos grandes victorias de Aníbal y su derrota definitiva (*cf. Sobre la ira*, I, nota 140): el sarcasmo es evidente. <<

[146] Después de haber sido, como era preceptivo, cónsul (del año 56 d. C.), Lucio Valerio Mesala Voleso gobernó la provincia de Asia siete años después. Al cesar en su cargo, el Senado, a instancias del propio Augusto, lo declaró culpable de concusión y crueldad; esto se deduce del hecho de que Tiberio alegara su caso como precedente en el proceso que instigaba contra Gayo Silano, también ex gobernador de Asia y por idénticos cargos (*cf*. Tácito, *Anales*, III, 68). <<

[147] Por doble motivo (por romano y por estoico) la figura del rey es antipática a Séneca y lo demuestra así una y otra vez (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 4, 2; *Sobre la ira*, II, 5, 5; 33, 2, etc.), aunque en contadas este rechazo se atenúe y no sea automática la identificación entre déspota y rey. Por otro lado, con esta palabra Séneca en ocasiones designa simplemente al personaje que ocupa una posición superior desde la que ejerce el poder (*cf*. 30, 1; *Sobre la ira*, III, 43, 1; *Sobre la brevedad de la vida*, 3, 2; como Horacio, *Sátiras*, I, 2, 86). <<

[148] Un rasgo del carácter de Sócrates que le merecía los elogios de su esposa Jantipa (*cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, III, 31), lo que contrasta un tanto con la fama de ésta (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 83). <<

[149] Recintos en el Campo de Marte (*cf. Sobre la providencia*, nota 34) delimitados con vallas, donde se agrupaban por centurias los ciudadanos el día de los comicios: iban saliendo de uno en uno para votar. Ya no se usaban bajo el imperio, pues no había elecciones, pero con su nombre Séneca designa por sinécdoque al Campo entero. <<

[150] Séneca juega con la connotación habitual de *toga*, el vestido del ciudadano que pasaba a simbolizar la vida civil, la paz, en oposición frecuentemente con *arma*, como en el verso de Cicerón al elogiar su consulado: *Cedant arma togae, concedat laurea linguae* (citado por Cicerón mismo en su tratado *Sobre los deberes*, I, 77, y por [Salustio], *Invectiva contra Cicerón*, 3, 6). <<

[151] Otra adaptación, esta vez más evidente, de una *sententia* de Publilio Siro (*cf. Sobre la ira*, I, nota 125): «No puede haber ganancia sin perjuicio ajeno.» <<

[152] Ovidio, *Metamorfosis*, I, 144-148. Sobre las razones que pudieron llevar a Séneca a escoger estos versos, *cf*. P. Esposito, «Una citazione ovidiana in Seneca», *Vichiana* 18 (1989), págs. 52-62. <<

[153] Los horrores de la guerra civil estaban hondamente grabados en las mentes de los romanos, después de la peor y más reciente entre César y Pompeyo; es lugar común el resumirlos en lo abominable del enfrentamiento entre padres e hijos (que han jurado lealtad a generales adversarios, *cf. Sobre la vida feliz*, nota 310) y entre conciudadanos (*cf*. Lucano, *Farsalia*, I, 1-7). <<

[154] Un recurso nada común en las incontables guerras de Roma, considerado criminal y deshonroso (*cf*. Floro, *Epítome a la Historia de Tito Livio*, I, 35, 7). <<

[155] Al primitivo Foro Romano se le fueron sumando, a medida que aumentaba la población, otros, precisamente por no poder ya abarcar la también creciente actividad judicial y comercial; Séneca conoció, además, el de César y el de Augusto, esto es, tres de los seis que llegó a tener la ciudad. <<

[156] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60. <<

[157] Heráclito de Éfeso (*ca*. 540-480 a. C.), filósofo famoso por su teoría del cambio constante de las cosas. <<

[158] *Cf. Sobre la providencia*, nota 38. La antítesis entre el carácter optimista de éste y el melancólico de Heráclito la vuelve a usar Séneca (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 15, 2), buena prueba de lo proverbial que era (*cf.*, por ejemplo, Juvenal, *op. cit.*, 10, 28-53). <<

[159] Para ser digno de llamarse sabio los estoicos exigen tanta perfección, según sus cánones, que esta condición acaba siendo un ideal pocas veces realizado, pues los más se quedan en aspirantes a la sabiduría (como Séneca mismo, *cf. Sobre la vida feliz*, 17, 3). <<

[160] Décimo Laberio (106-44 a. C.), mimógrafo contemporáneo y rival de Publilio Siro. Sobre su obra, casi totalmente perdida, tenemos juicios negativos (*cf*. Cicerón, *Cartas a los familiares*, XII, 18, 2; Horacio, *Sátiras*, I, 10, 1-6) y otros que alaban la agudeza de su ingenio (*cf*. Macrobio, *Sátiras*, II, 6, 6), puesta al servicio de unos mimos marcadamente críticos, especialmente con Julio César. <<

[161] Para humillar en venganza a Laberio, César organizó en el año 46 un concurso de mimos y forzó al autor a ser actor en su propia obra. Esta representación, por inusual y por las circunstancias que la rodearon, es recordada por varios autores, *Cf*. Suetonio, *Julio César*, 39, 2; Aulo Gelio, *op. cit*., XVII, 14, 1; Macrobio, *op. cit*., II, 7; este último cuenta cómo el anciano Laberio aún tuvo energía para declamar versos claramente contra César y cita este que da aquí Séneca y que, al fin y al cabo, expresa la consecuencia lógica del «Que me odien con tal que me tengan miedo» (*cf. Sobre la ira*, I, nota 126) que ha estado glosando desde el comienzo del capítulo. <<

[162] El texto de los manuscritos es dudoso, incluso para algunos editores sospechoso de ser una interpolación. Con todo, pueden mantenerse los tres ejemplos y entender en el tercero que Séneca omitió detallar de qué animales son estas mordeduras, como hace en otras ocasiones en que especifica si son de serpientes (*cf. Epíst*., 66, 43) o de fieras (*cf. Cuestiones Naturales*, II, 59, 3). <<

[163] Séneca menciona en otra ocasión estos artificios (*cf. Sobre la clemencia*, I, 12, 5), sin indicar el nombre que se les daba; lo confirman los tratadistas de la caza, al tiempo que instruyen detalladamente sobre cómo confeccionarlos (*cf*. Gratio, *Cinegética*, 78-88; Nemesiano, *Cinegética*, 303-320). <<

[164] *Cf*. Plinio, *op. cit*., VIII, 52. <<

[165] Así espantaron los romanos a los elefantes del ejército de Pirro, según cuenta Eliano, *op. cit*., I, 38. *Cf*. también Plutarco, *Sobre la envidia y el odio*, 537c; Plinio, *op. cit*., VIII, 27. <<

[166] Se hizo célebre el caso de Marco Licinio Craso, pretor del año 105 a. C., llamado precisamente Agelasto, «El que no ríe», del griego *agélastos* (*cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, III, 31; Plinio, *op. cit*., VII, 79). <<

[167] *Cf*. Plinio, *op. cit*., VII, 78. <<

[168] Los romanos adoptaron y difundieron el espectáculo de las acrobacias sobre una cuerda tensa, de origen oriental. Los artistas, hombres, animales o ambos al tiempo (*cf*. Suetonio, *Nerón*, 11, 4; *Galba*, 6, 1) eran llamados *funambuli* [andadores sobre cuerdas]. Éstas no iban tendidas con los dos extremos en alto, sino que uno partía del suelo, lo cual corroboran tanto la iconografía como el léxico: Suetonio, en el primero de los pasajes citados, adapta al latín el nombre griego de la cuerda del funámbulo, *catádromos*, palabra que, en general, significa «descenso, bajada». <<

[169] Este recurso usado en el circo (*cf*. Solino, *Colección de hecho memorables*, 45, 12) tenía su precedente en la costumbre campesina de abrasar el vientre de los bueyes para obligarlos a levantarse (*cf*. Columela, *Libro de los árboles*, VI, 2, 11; Paladio, *Tratado de agricultura*, IV, 12, 4). <<

[170] Desconocido por otras fuentes. <<

[171] Sobre los germanos como modelo, *cf. Sobre la providencia*, nota 29; los habitantes de Escitia, al norte del mar Negro entre el Danubio y el Don, pese a haber sido sometidos por persas y sármatas, conservaban aún su fama de gente belicosa e indomable. <<

[172] No dejan de ser perturbaciones, aun transitorias, del espíritu provocadas por otras pasiones primarias más peligrosas estos sentimientos secundarios (*cf*. un catálogo exhaustivo en Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, IV, 14-22). <<

[173] Es, aproximadamente, la segunda mitad de un hexámetro (a partir de la pentemímeres femenina). Anteponiéndole, en orden inverso, la expresión «temperamentos […] salvajes» que Séneca incluye en su prosa, queda completo (*cf*. E. Baehrens, *Fragmenta poetarum Romanorum*, Leipzig, 1886, pág. 359). Más discutible es luego atribuirlo a Pedón Albinovano, el poeta amigo de Ovidio (*cf. Pónticas*, IV, 10, 3-4), y concretamente a su epopeya sobre las campañas de Germánico (*cf*. Bardon, *op. cit*., II, pág. 71). Discrepa de esta interpretación G. Mazzoli, «Seneca, *De ira*, II, 15, 5», *Athenaeum* 40 (1962), págs. 360-367, con una original teoría: «muy similares a su clima» es simplemente una cláusula típica de Séneca; «temperamentos salvajes» son las palabras del poeta, concretamente de Ovidio, *Metamorfosis*, XV, 85. <<

[174] La comparación entre el orador y el actor es un tópico en la teoría de la oratoria: ambos deben conmover a su auditorio (*cf*. Cicerón, *Sobre el orador*, II, 185-193, donde afirma que el orador no simula sólo, sino que se ve afectado y siente las emociones que provocan sus palabras, contradiciendo, pues, a Séneca, pero también a sí mismo: precisamente de la ira dice en *Disputaciones tusculanas*, IV, 55 que conviene fingirla, no sentirla). <<

[175] Según la teoría más difundida sobre el número de elementos o sustancias básicas constitutivas del universo, la de Empédocles, que se impuso por su sincretismo sobre otras que consideraban sólo uno (según Tales el agua, según Anaxímenes el aire, según Heráclito el fuego) o dos (según Jenófanes, la tierra y el agua). <<

[176] Los nuestros son, obviamente, los estoicos: Séneca parece olvidar que Aristóteles propone la misma explicación, *cf. Sobre el alma*, 403a, 31). <<

[177] *Cf. Leyes*, II, 666a; el símil se hizo prácticamente proverbio. <<

[178] Los maestros eran en su mayoría de origen griego, y también este término que acabó distinguiéndolos, *paedagogus* (compuesto de *país* y *ágó*, «guía del niño»), que en principio sólo se refería al esclavo encargado de acompañar al niño camino de la escuela y de vuelta a casa, al tiempo que le llevaba el material escolar necesario. <<

[179] El episodio es conocido, pero los protagonistas varían según las versiones (*cf*. Diógenes Laercio, IX, 5, 26; Valerio Máximo, *op. cit*., III, 3, 2-3). En la de Séneca el tirano es Hipias, que compartió con su hermano Hiparco el poder absoluto sobre Atenas, heredado de su padre Pisístrato, desde el año 527 hasta el 514 a. C., en que Harmodio y Aristogitón, prototipos clásicos del tiranicida, acabaron con Hiparco, pero no con Hipias: no realizaron, pues, por completo su proyecto. <<

[180] Según los historiadores que recogen esta misma anécdota (*cf*. Quinto Curcio, *Historia de Alejandro Magno*, III, 6, 4-9; Valerio Máximo, *op. cit*., III, 8, 6), la carta la escribió Parmenión, lugarteniente de Alejandro de su mayor confianza. <<

[181] Como ya se ha dicho (*cf*. nota 147), Séneca admite la posibilidad ocasional de que el «rey» actúe con ponderación o benevolencia, y proporciona ejemplos concretos (*cf*. *Sobre la ira*, III, 11, 4; 22-23, 3) que, de todas formas, le sirven también para confirmarse en su creencia, como raras excepciones que son. Tal es el caso de los *scrinia* (estuches cilíndricos: los antiguos enrollaban, no doblaban sus escritos) con documentos comprometedores que César interceptó en Farsalia e hizo quemar en Tapso (según Plinio, *op. cit*., VII, 94, también había correspondencia con Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión, el general pompeyano que se suicidó tras la derrota). <<

[182] La fama de refinamiento lujoso que tuvieron los habitantes de Síbaris (en Lucania, *cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, nota 385) ha perdurado hasta hoy en nuestra lengua. Exquisito entre los sibaritas fue Esmindírides (así aparece su nombre en Heródoto, *op. cit*., VI, 127), cuyo renombre lo convirtió en prototipo al que se atribuían una molicie y una suntuosidad hiperbólicas (*cf*. Ateneo, *Banquete de los eruditos*, 273b; 541b; Claudio Eliano, *Historias curiosas*, IX, 24). <<

[183] *Cf. Sobre la providencia*, 3, 13. El agua gélida obtenida licuando las capas más profundas, casi heladas, de la nieve acumulada en neveros artificiales constituía un artículo de lujo, a pesar del mal sabor que adquiría durante el transporte la nieve (*cf. Cuestiones Naturales*, IVb, 13, 8-9). <<

[184] La meditación sobre los propios actos y dichos resulta una práctica imprescindible para perfeccionarse camino de la sabiduría, una suerte de autocrítica que se debe realizar a diario, como hace Séneca (*cf. Sobre la ira*, III, 36, 3). <<

[185] La moral natural impone o prohíbe conductas que la ley no contempla, a las veces porque la tipificación legal de un delito parece que provocara a cometerlo; así al menos lo explica el filósofo (*cf. Sobre la clemencia*, I, 23, 1), aduciendo como ejemplo a los parricidas, mucho más numerosos desde que el parricidio quedó condenado como crimen que comportaba un cruel castigo, además (*cf. Sobre la ira*, I, 16, 5). <<

[186] Al igual que otros autores (*cf*., por ejemplo, Horacio, *Sátiras*, II, 3, 298-299) Séneca se hace eco de la conocida fábula de las alforjas (símil, por otro lado, tradicional, *cf*. Catulo, 22, 21-22), una de las que al estilo de Esopo compuso Fedro (IV, 110), autor cuya obra, por el contrario, pretende ignorar a la hora del halago, *Cf. Consolación a Polibio*, 8, 3. Una opinión totalmente contraria (Séneca no se inspiró en Fedro nunca) sostuvo M. Dadone, «Appunti sulla fortuna di Fedro, I: Fedro e Seneca», *Rivista di Studi Classici* 2 (1954), págs. 3-12. <<

[187] Tanto aquí como ya en 16, 1-2 e *Sobre la ira*, 11, 6, Séneca olvida que los animales están exentos de ira, según sus propias palabras (*cf. Sobre la ira*, I, 3, 45), con lo que mal puede imitarlos el airado. <<

[188] Probablemente, en el texto perdido al comienzo del libro primero (*cf. Sobre la ira*, I, nota 89), a no ser que se trate de un descuido de Séneca. <<

[189] *Cf*. Plutarco, *Sobre la contención de la ira*, 463d. <<

[190] La falta de previsión es censurable en general (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 11, 9) y especialmente en un general: Séneca atribuye esta reflexión a Fabio Cunctátor (*cf. Sobre la ira*, I, nota 103), mientras que, con una ligera variante («No lo había pensado»), Valerio Máximo, *op. cit*., VII, 2, 2, la pone en boca de Escipión Africano, y Cicerón, *Sobre los deberes*, I, 81, la deja anónima. <<

[191] *Cf*. Marcial, *Epigramas*, V, 31, donde describe los juegos de los jóvenes con los toros amansados, sobre cuyos lomos se pasean y de cuyos cuernos se cuelgan. El mismo autor, en VII, 87, enumera unos cuantos animales tenidos como mascotas; el más extravagante, la serpiente que una dama lleva enroscada en torno a su cuello (V. 7). <<

[192] Elefantes, leones y tigres menciona en otros lugares Séneca (*cf. Epíst*., 85, 41; *Sobre los beneficios*, 12, 5) como típicas fieras amansadas y convertidas en animales domésticos; *cf*., sin embargo, la contradicción de *Sobre la vida feliz*, 14, 2. <<

[193] El cosmopolitismo, esto es, la creencia en una sociedad universal de la que forman parte todos los hombres con los mismos derechos y obligaciones, es esencial, aunque no exclusiva, en el estoicismo; Séneca gusta de glosar esta idea en toda su obra filosófica (en los *Diálogos, cf. Sobre la vida feliz*, 20, 5, y *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 4, 4), empleando a menudo la imagen del ciudadano de una ciudad mundial, imagen tampoco específica de los estoicos (*cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, V, 108). <<

[194] Recuerda el apólogo de los miembros del cuerpo y el estómago («Los pies y el estómago» en Esopo, 130 en la ed. Perry) con que Menenio Agripa convenció a los plebeyos que habían abandonado Roma (la llamada primera secesión de la plebe, en el año 194 a. C.) de que tanto a ellos como a los patricios convenía su regreso a la ciudad, como partes de un todo que eran, mutuamente dependientes (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., II, 32, 8-12). <<

[195] *Cf. Sobre la ira*, I, 19, 7. <<

[196] En efecto, la base de los primeros códigos legales es la reciprocidad, una justicia primaria y rápida obtenida con la equiparación exacta de la falta y su castigo: la elemental ley del talión aceptada, según dice Aristóteles, también por algunas corrientes filosóficas, como la pitagórica (*cf. Ética nicomáquea*, 1132b: Aristóteles cita, para definir el talión, el mismo verso de Hesíodo que Séneca transcribe en la *Apocolocintosis*, 14, 2 —«Si sufres tus propias acciones, se hará una recta justicia»— y que, nótese bien, ahora, concretamente en 30, 1, acaba de parafrasear y admitir su acierto); sin embargo, precisamente a los peripatéticos adjudica Filodemo, *Sobre la ira*, 24, la doctrina de la venganza como algo justo, imprescindible y agradable. <<

[197] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, 14, 3. <<

[198] Repetición de ideas ya expresadas (*cf*. 14, 4). <<

[199] Esta misma afirmación y con los mismos términos la hará extensiva Tácito a todos los hombres en común (*cf. Agrícola*, 42, 3). <<

[200] Puesto que es fácil caer víctima de los arrebatos o las suspicacias del rey, incluso para los más cercanos (*cf*. 23, 1): la moderación y la clemencia son raras también en palacio (*cf. Sobre la clemencia*, I, 5, 4). <<

[201] De nuevo la *bestia negra* de Séneca, Calígula, haciendo de déspota demencialmente cruel; sin concretar que se tratara del caballero romano Pastor ni dar tantos detalles, cuenta el mismo hecho Suetonio, *Calígula*, 27, 4. Este emperador llevaba muy a mal su aspecto desgarbado y su calvicie (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 18, 1): no era raro que, celoso, mandara rapar o incluso matar a jóvenes de hermosa presencia y larga cabellera (*cf*. Suetonio, *ibid*., 35, 2). <<

[202] Medida de capacidad equivalente a medio (de ahí su nombre) sextario, esto es, poco más de un cuarto de litro; una cantidad excesiva para un brindis y que exige copas de tamaño fuera de lo común. <<

[203] Casi al modo de un epigrama, a la pregunta sigue inmediata la respuesta escueta y aguda: Pastor, cuando menos, pudo intentar salvar a otro hijo; ni siquiera esa oportunidad quedó a otros padres con sus hijos víctimas de los excesos reales (*cf*. la serie de casos en *Sobre la ira*, III, 14-15, 4, y 16, 3-4). <<

[204] Tal como se relata casi al final de la *Ilíada*, XXIV, 468-634, Príamo acepta la invitación de Aquiles y cena con él, después de haber conseguido con sus súplicas que le devuelva el cadáver de su hijo Héctor; el joven Aquiles se muestra comedido y cortés con el anciano Príamo, no cruelmente obsequioso como Calígula, joven también (tenía 29 años a su muerte), con Pastor. <<

[205] *Cf. Sobre la providencia*, 3, 7-8. Ciertamente Sila desposeyó a los hijos de sus adversarios proscritos no sólo de sus bienes, también de sus libertades civiles (*cf.* Salustio, *Conjuración de Catilina*, 37, 9; Veleyo Patérculo, *op. cit.*, II, 28, 4). <<

[206] Como haría si embrazara el escudo con una de ellas y blandiera el arma en la otra. <<

[207] Este segundo verso se corresponde exactamente con el de Virgilio, *Eneida*, VIII, 702; el primero, en cambio, o bien es una adaptación o cita imprecisa del siguiente (*ibid*., 703: «a la que sigue Belona con látigo sanguinolento»), o bien es de algún otro poeta; la cuestión se complica si se suma el verso de Lucano, *op. cit*., VII, 568, muy parecido al de su tío Séneca («como Belona blandiendo su látigo sanguinolento»). Para distintas explicaciones, *cf*. J. D. P. Bolton, «A curiosity in Seneca», *The Classical Quarterly* 50 (1956), págs. 238-242; P. Esposito, «Per la lettura di Seneca, *De ira*, II, 35, 6», *Vichiana* 7 (1978), págs. 176-179; S. Timpanaro, «La tipologia delle citazioni poetiche in Seneca. Alcune considerazioni», *Giornale italiano di filologia* 36 (1984), págs. 163-182. <<

[208] Quinto Sextio (siglo I a. C.), filósofo romano aunque empleara el griego para escribir su obra. En ella exponía unos preceptos morales basados en el ascetismo pitagórico, pero con tintes estoicos e incluso platónicos. Tuvo numerosos seguidores, entre ellos su hijo Quinto Sextio Níger (por lo que esta corriente de pensamiento se conoce como la escuela de los Sextios), y el discípulo de éste, Papirio Fabiano, maestro a su vez de Séneca (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, 10, 1; 13, 9). <<

[209] Mencionado en *Sobre la ira*, I, nota 130, es el paradigma del héroe derrotado por la áte, la locura ciega pero pasajera inducida por los dioses: despechado por no haber recibido las armas de Aquiles y presa del frenesí que le provocó Atenea, exterminó un rebaño de ovejas creyéndolas sus compatriotas. Al recobrar el juicio, fue tal su remordimiento que se suicidó. <<

[210] No es exageración de Séneca afirmar que fueron frecuentes las revueltas populares, *cf*. la serie de ellas que recoge Valerio Máximo, *op. cit*., IX, 7. <<

[211] *Cf. Sobre la ira*, II, nota 194. <<

[212] Un sistema de antiquísima tradición etrusca para adivinar el futuro consistía en la observación de las aves (el *auspicium*), cuyo vuelo, apetito, etc, interpretaba el augur. Tomar los auspicios antes de acometer alguna empresa era preceptivo; no hacerlo, causa suficiente para que fracasara. <<

[213] El ultraje, real o imaginado, provoca la ira y ésta el desastre, como sucedió a cimbrios y teutones (*cf. Sobre la ira*, I, 11, 2) y, en general, a los germanos todos, desbaratados cuando de sus tornadizos ánimos desaparece el acicate de la ira (*cf. ibid.*, 4). <<

[214] Para esta cita de Aristóteles y la siguiente de 5 (donde Séneca le reconoce, al menos, su renombre), *cf. Sobre la ira*, I, nota 99. <<

[215] En este catálogo de castigos, que recuerda al de Lucrecio, *op. cit*., III, 1016-1017, Séneca incluye el abrasamiento de las víctimas semienterradas practicado, según Catón (citado por Aulo Gelio, *op. cit*., III, 14, 19), por los cartagineses de manera algo distinta a como dice el filósofo; el garfio que se clavaba en los cadáveres de los ajusticiados para arrastrarlos hasta el Tíber (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 11, 11; Suetonio, *Vitelio*, 17, 4); los estigmas infamantes marcados con un hierro al rojo (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 27, 3); por último, la jaula donde se encerraba al condenado como si fuera una fiera (*cf*. 17, 3) o en compañía de una (*cf*. 17, 2). <<

[216] Ésta ha sido la base argumental de *Sobre la firmeza del sabio* (el ultraje existe, pero es completamente ineficaz con el sabio) y se lee repetidas veces a lo largo del diálogo; también la siguiente comparación con materiales impenetrables y resistentes se ve empleada, *ibid*., 3, 5. <<

[217] Abunda en la misma idea; el afán del filósofo por precisar y dejar bien claro su pensamiento lo lleva a la reiteración, con variaciones leves del mismo: es prueba de grandeza la impasibilidad que resulta de la posesión de la virtud (*cf*. Platón, *Gorgias*, 527c-d, libremente adaptado por Séneca en *Epíst*., 71, 7). <<

[218] El sabio, instalado en su superior posición moral (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 4, 1; *Sobre la brevedad de la vida*, 5, 3), está a salvo de las perturbaciones, al igual que la zona más elevada de las tres en que Séneca divide el éter (*cf. Cuestiones Naturales*, II, 10-12, 1), y al contrario de lo que sucede en la turbulenta y más cercana a la tierra (*cf. Sobre la providencia*, 1, 3). <<

[219] Que Séneca cita literalmente en *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 13, 1. <<

[220] El atareamiento excesivo, superfluo, además, en el bullebulle (*ardalio* en latín, *cf*. Marcial, *op. cit*., II, 7, 7-8; IV 78, 10), se aduce aquí y en *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 12-13 como causa de desasosiego e irritación; en *Sobre la brevedad de la vida*, 10, 2-6, y 16, 1, el filósofo atiende a otra consecuencia negativa, el tiempo perdido por malgastado zascandileando. <<

[221] En edad adulta; la influencia en este sentido de los maestros sobre los niños ya fue precisada en *Sobre la ira*, II, 21, 9. <<

[222] Marco Celio Rufo, discípulo y corresponsal de Cicerón (*cf. Cartas a los familiares*, VIII), reflejaba en sus discursos su carácter arrebatado y agresivo: la crítica antigua, elogiosa en general (*cf*., sin embargo, Tácito, *Diálogo sobre los oradores*, 21, 3-4) destaca unánime la mordacidad, incluso la aspereza insultante de sus invectivas (*cf*. Tácito, *ibid*., 25, 4; Quintiliano, *op. cit*., VI, 3, 69, citando a Cicerón; X, 2, 25). Toda su vida estuvo marcada por esa impulsiva violencia: sus enemigos lo llegaron a acusar de pretender envenenar a su antigua amante, Clodia (Cicerón fue su defensor en el juicio); en una ocasión agredió a un senador (*cf*. Cicerón, *Defensa de Celio*, 19); en otra, siendo pretor durante la guerra civil, derribó del tribunal a su colega, por lo que fue destituido e inhabilitado (*cf*. César, *Guerra civil*, III, 21, 1-4); murió, en fin, de muerte violenta también (*cf*. César, *ibid*., 22, 3). <<

[223] No hay que entender el término en su acepción actual: en Roma *clientes* eran los ciudadanos que se ponían bajo la protección de otro, más rico e influyente, el *patronus*; éste se obligaba a defenderlos ante los tribunales, pero no a cambio de un salario, sino de su respeto y obediencia: los clientes votaban por su patrono, le hacían séquito en público y acudían por la mañana a su casa para saludarlo. Es de advertir, por otra parte, que Séneca en ocasiones emplea el término *cliens* para nombrar, en general, al inferior a uno, en oposición a *rex*, el superior (*cf. Sobre la ira*, II, nota 147 y los pasajes de este libro y de *Sobre la brevedad de la vida* citados allí, además de *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 16, 1). <<

[224] La música, ya sea marcial y excite los ánimos (*cf. Sobre la ira*, II, 2, 4 y 6), ya suave y los apacigüe (*cf. Sobre la providencia*, 3, 10), ocupaba un lugar central en las doctrinas y enseñanzas pitagóricas. <<

[225] Aún se conserva en la nomenclatura patológica moderna esta expresión con que en latín se designaba la epilepsia, en alusión a la necesidad de interrumpir los comicios si alguno entre los asistentes sufría una crisis de esta enfermedad, considerada de origen divino (era conocida también como *morbus sacer*, la enfermedad sagrada). <<

[226] Como si fueran a la guerra; en las calles atestadas era fácil recibir un golpe o sufrir un encontronazo (*cf*. 6, 4; 34, 4). La frase la atribuyen otros al cínico Diógenes (*cf*. Diógenes Laercio, VI, 41). <<

[227] En ocasiones contadas (*cf. Sobre la ira*, II, nota 181), pues del tirano es propio el ser cruel e iracundo, en palabras de Séneca (*cf. Sobre los beneficios*, II, 18, 6). <<

[228] Tirano de Atenas desde el año 560 hasta el 527 a. C. (*cf. Sobre la ira*, II, nota 179). De la anécdota que sigue proporciona más detalles Valerio Máximo, *op. cit*., VI, 2. <<

[229] Este caso de Platón (recogido también, más breve y con ciertas variantes, por Valerio Máximo, *op. cit*., IV, 1, 2, y Diógenes Laercio, III, 38-39; sobre Espeusipo, sobrino del filósofo, *cf*. C. Castillo, 1995, pág. 146) recuerda el que Séneca dice de Sócrates en *Sobre la ira*, I, 15, 3: ambos se contienen cuando se disponen a pegar a un esclavo; y también la consecuencia que se saca de ellos es similar, incluso en la forma, una pregunta retórica, en que se expresa. <<

[230] *Cf*. Plutarco, *Sobre la contención de la ira*, 455b; Diógenes Laercio, II, 21. <<

[231] Rey de Persia; heredó el trono de su padre, Ciro el Grande, y lo ocupó ocho años (del 529 al 521 a. C.), durante los que cometió una serie de atrocidades como ésta, en que la víctima fue su propio copero, hijo de Prejaspes, quien, a su vez, desempeñaba un elevado cargo en la corte. Séneca toma el relato, bien que modificándolo, de Heródoto, *op. cit*., III, 34-35. <<

[232] Pariente y hombre de confianza del rey medo Astiages. Éste le había encomendado que matara a su nieto Ciro; Hárpago desobedeció y, cuando Astiages, al cabo de diez años, descubrió el engaño, lo castigó matando al hijo único suyo y presentándoselo a la mesa (*cf*. Heródoto, *op. cit*., I, 108-119: como se ve, Séneca vuelve a modificar su narración). Andando el tiempo, Hárpago se vengó destronando a Astiages con la ayuda de los persas, sobre los que ya reinaba Ciro (*cf*. Heródoto, *ibid*., 123-130). <<

[233] Este camino hacia la libertad es, claro, el suicidio (*cf. Sobre la providencia*, 2, 10), aquí elogiado como recurso único para escapar a la humillante sumisión, como en el famoso verso de Lucano, *op. cit*., IV, 579, que propone volver contra uno la propia espada; su tío, en cambio, ofrece una amplia gama de posibilidades, como ahorcarse en un árbol de los considerados de mal agüero, rebanarse la garganta (*cf. Sobre la vida feliz*, 19, 1) o, como hizo él mismo, abrirse las venas. <<

[234] Continúa Séneca extrayendo ejemplos negativos de la historia persa (*cf*. Heródoto, *op. cit*., IV, 84). En este caso, el rey es Darío, primero de ese nombre, pero no primer rey persa (sucedió a Cambises); introdujo modificaciones en la religión oficial, acabando con la influencia de los sacerdotes, los llamados magos (*cf*. Valerio Máximo, *op. cit*., III, 2, 2; VII 3, 2); también extendió las fronteras de su imperio hasta la India. <<

[235] Séneca lo alude, sin nombrarlo, en *Sobre la firmeza del sabio*, 4, 2, a propósito de su desatinada soberbia durante la invasión de Grecia (*cf*. nota 49 al pasaje citado); aquí ofrece una muestra de su crueldad inhumana (*cf*. Heródoto, *op. cit*., VII, 38-39) en los inicios de dicha campaña, que concluyó con la derrota de los persas. <<

[236] Velado ataque a Aristóteles y sus teorías sobre la ira: con ellas no logró erradicarla en su discípulo, Alejandro Magno. Da Séneca dos ejemplos: en medio de un banquete discutió con el veterano Clito, que le había salvado en una ocasión la vida y al que acababa de nombrar gobernador de Bactriana, y lo traspasó con una lanza (*cf*. Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, IV, 8; Plutarco, *Alejandro*, 51, 9; Quinto Curcio, *op. cit*., VIII, 1, 20-52, según el cual el asesinato tuvo lugar una vez concluidas la disputa y la cena). A Lisímaco, un noble macedonio, lo encerró con un león, pero Lisímaco consiguió matarlo y salvar la vida (Séneca ofrece aquí y en *Sobre la clemencia*, I, 25 la versión aceptada comúnmente, *cf*. Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 9, 5; Plutarco, *Demetrio*, 27, 6; Valerio Máximo, *op. cit*., IX, 3, 1. Disiente de nuevo Quinto Curcio, *ibid*., 14-17, que lo considera todo pura leyenda y relata unos hechos totalmente distintos). A la muerte de Alejandro, le correspondió Tracia, de la que acabó proclamándose rey. <<

[237] El caso de Telesforo nos es conocido por otras fuentes (*cf*. Plutarco, *Sobre el exilio*, 606b). El propio Séneca le reprocha en otra ocasión no haberse dejado morir de hambre (*cf*. *Epíst*., 70, 6). <<

[238] Marco Mario Gratidiano, sobrino adoptivo de Mario (*cf. Sobre la providencia*, nota 19), se hizo inmensamente popular cuando se arrogó, en su calidad de pretor, a sí solo la paternidad de una ley pecuniaria (*cf*. Cicerón, *Sobre los deberes*, III, 80). El cruel tormento a que fue sometido por orden de Sila está descrito en otros autores (*cf*. Salustio, *Historias*, I, frag. 44 en la ed. Maurembrecher; Lucano, *op. cit*., II, 173-193); el verdugo, según Séneca, fue Lucio Sergio Catilina, por aquel entonces fiel secuaz y sicario habitual del dictador y que, andando el tiempo, intentaría por dos veces hacerse con el poder en Roma por medios violentos, entre ellos el asesinato del cónsul Cicerón. Precisamente el hermano de éste es el único, a lo que he visto, que confirma la imputación que hace Séneca: no menciona más nombres que el de Catilina, pero los detalles que proporciona (inmensa popularidad de la víctima, arrastrada ante una tumba y allí descuartizada) son definitivos (*cf*. Quinto Cicerón, *Breves observaciones sobre la candidatura*, 10). <<

[239] Quinto Lutacio Cátulo fue cónsul con Mario en el año 102 a. C. y compartió con él los peligros de la guerra. Sin embargo, fue proscrito por su antiguo colega y forzado a suicidarse en el 87 a. C. La tortura de Mario Gratidiano vengaba su muerte y aplacaba sus manes, lo que explica que se ejecutara ante su tumba. <<

[240] Calígula, cuya demente crueldad no se detenía ante nada y alcanzaba a los rangos más elevados (*cf.* Suetonio, *Calígula*, 26, 3-4; 27, 4), a los miembros de los dos órdenes (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 77), a quienes, además, torturaba y azotaba contra todo derecho, como si fueran esclavos y no ciudadanos libres (tal como Séneca reiterará inmediatamente). Entre ellos nombra a Betilieno Baso, hijo de Capitón, procurador de Calígula, y a Sexto Papinio, hijo de un ex cónsul (esto es lo que significa el tecnicismo *consularis*), que quizá puede identificarse con el Sexto Papinio que fue cónsul del año 36 d. C. y se quitó la vida al siguiente (*cf.* Tácito, *Anales*, VI, 40, 49). <<

[241] El mismo Séneca se da cuenta de que se extiende en exceso cuando se explaya con su odiado Calígula, e intenta justificarse, pues va a continuar haciéndolo. Luego, cuando ya lo haya dicho todo, negará, en una suerte de preterición, que fuera ése su propósito (5). <<

[242] Lista de instrumentos de tortura mucho más breve que la de 3, 6; pero esta vez Séneca la culmina con una suprema ironía, de la que no prescindía ni en los momentos más trágicos (*cf*. S. Mariner, «La ironía dramática en las tragedias de Séneca», *Estudios sobre arte y literatura dedicados al Prof. E. Orozco*, II, Granada, 1979, págs. 343-359): el más horrible tormento que podía aplicar Calígula era la mera visión de su cara (*cf*. su descripción en *Sobre la firmeza del sabio*, 18, 1). <<

[243] Suetonio, *Calígula*, 30, 2, recoge directamente la exclamación del emperador enojado con la plebe: «¡Ojalá el pueblo romano tuviera un solo cuello!» (*cf*. también Dion Casio, *op. cit*., LIX, 13, 6). Tampoco lo de partir en dos a las víctimas es exageración de Séneca: se usaba una sierra, según precisa Suetonio, *ibid*., 27, 3. <<

[244] De nuevo la ironía al rematar la exposición de unos detalles que no dejan ya dudas sobre la vesania de Calígula: impedía hablar a sus víctimas como dice Séneca o cortándoles la lengua (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 27, 4). <<

[245] El nombre griego de esta ciudad egipcia, cerca de la frontera con Siria (*cf*. Diodoro Sículo, *Bibioteca histórica*, I, 60, 3) o con Palestina (*cf*. Plinio, *op. cit*., V, 68), significa, efectivamente, «Nariz amputada». Sin embargo, Diodoro, en el pasaje citado, explica que era una suerte de colonia penitenciaria a donde eran enviados los ladrones tras cercenarles la nariz, según ley dictada por el rey de Etiopía Actisanes. <<

[246] Otro compuesto griego, *macróbios*, que significa exactamente «longevo». <<

[247] El relato de esta expedición contra los etíopes de Cambises (*cf*. nota 231) lo toma Séneca de Heródoto, *op. cit*., III, 25, prácticamente al pie de la letra: pone de su cosecha la mordaz alusión a la cobardía recelosa del rey como causa de su retirada. <<

[248] De nuevo coincide Séneca exactamente con su fuente (Heródoto, *op. cit*., I, 189-190) en la narración de este episodio de las campañas de Ciro el Grande, fundador del imperio persa aqueménida, en el que incluyó el reino de su abuelo Astiages (*cf*. nota 231), los estados lidios de Creso y el de Babilonia. En su expedición contra ésta tuvo que vadear el Gindes, un afluente del Tigris. <<

[249] Agripina, esposa de Germánico, fue maltratada con saña por Tiberio, que había adoptado a Germánico pese a que en realidad lo odiaba celoso de sus éxitos militares (quizá fue Tiberio el instigador de su muerte, *cf. Sobre la ira*, I, nota 118). La persecución implacable contra la familia de Germánico alcanzó a dos de los tres hijos varones que tuvo con Agripina, que murieron, como ella, de hambre (*cf.* Suetonio, *Tiberio*, 52-54; Tácito, *Anales*, IV, 52-54). Salvó la vida el menor, Calígula. <<

[250] Hay tres posibilidades en la identificación de este personaje, y ninguna de ellas parece más segura: puede tratarse de Antígono el Cíclope o Monoftalmo (*ca*. 382-301 a. C.; ambos apodos aluden a su condición de tuerto), lugarteniente de Alejandro Magno, rey de Siria y padre de Demetrio Poliorcetes (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 50); o bien del hijo de éste, Antígono Gónatas, rey de Macedonia del año 277 al 240 a. C.; o, por último, Antígono Dosón, que reinó también sobre Macedonia (229-221 a. C.). *Cf*., sin embargo, C. Castillo, 1995, pág. 104, donde sólo se contempla la primera. <<

[251] Divinidad menor, hijo de Pan y ayo de Baco, representado como un anciano feo y panzudo permanentemente embriagado. <<

[252] Séneca sufre una confusión, pues es imposible, evidentemente: los abuelos de Alejandro fueron Amintas, rey de Macedonia, el paterno, y el materno, Neoptólemo, rey de Epiro. <<

[253] Tercer hijo de Amintas III de Macedonia, se apoderó del trono después de haber sido regente con su sobrino Amintas IV. Durante su reinado (356-336 a. C.) fue sometiendo a todas las ciudades griegas, incluida Atenas, que demasiado tarde reconoció el peligro que suponía Filipo, a pesar de las advertencias del orador Demóstenes. Atenas y Tebas, aliadas, fueron vencidas por Filipo en Queronea (338 a. C.): Tebas fue castigada y Atenas perdonada. <<

[254] Demócares, sobrino de Demóstenes, como él orador, pero además historiador. Parece que quiso imitar el estilo de su tío, pero era demasiado apasionado y agresivo (*cf*. Lesky, 1976, págs. 642 y 699). A esto se refiere su apodo, *Parresiastés*, el Lenguaraz. <<

[255] Personaje de la *Ilíada* de origen etolio, contrahecho, cojo y cobarde y a la vez un maldicente que a todo el mundo ofendía, a pesar de los golpes que se llevaba (Aquiles acabó matándolo de un puñetazo). Su nombre por antonomasia designa al descarado e insolente. <<

[256] En efecto, Augusto es para Séneca modelo de gobernante clemente, pero sólo desde que ejerció él solo el poder: antes y desde bien joven se dejó llevar en numerosas ocasiones por su ánimo ardiente y fue además cómplice en crímenes y proscripciones. Esta precisión que aquí no hace Séneca la deja bien clara, en cambio, por dos veces en *Sobre la clemencia* (I, 9, 1 y 11, 1), abriendo y cerrando los *exempla* de Augusto, para mejor halagar a Nerón, con quien lo compara. *Cf*. P. Jal, «Images d'Auguste chez Sénèque», *Revue des Études Latines* 35 (1957), págs. 242-264. <<

[257] Pocos datos tenemos sobre el griego Timágenes, hecho prisionero en Egipto y amigo al principio de Augusto, apenas más de los que proporciona aquí Séneca y corrobora su padre (*cf*. Séneca el Viejo, *op. cit*., X, 5, 22; otras citas en Quintiliano, *op. cit*., X, 1, 75: Plinio, *op. cit*., II, 132 y XXXIII, 118; y otra vez Séneca, *Epíst*., 91, 13). <<

[258] Mucho más se sabe sobre el político, orador e historiador Asinio Polión (76 a. C.-4 d. C.), figura destacada de su época, relacionada con todos los personajes de su generación: amigo de Salustio, de Catulo (*cf*. su poema 12), de Virgilio (que le dedicó su cuarta égloga) y de Augusto, a pesar de que sus ideas republicanas lo impulsaban a mantener con él una discreta beligerancia, manifestada, por ejemplo, en la acogida que dio a Timágenes. <<

[259] Dado que era el propio Júpiter quien lanzaba deliberadamente los rayos, los romanos creían que todos los fulminados por ellos lo eran por castigo divino: si sobrevivían, resultaban execrables; si morían, los arúspices recogían sus restos y los enterraban allí donde hubieran caído (*cf. Sobre la clemencia*, I, 8, 1-2). <<

[260] En el original *Thēriotrophḗs*, en griego, cuyo uso estaba de moda entre los círculos cultos. Aunque Augusto no lo hablaba con fluidez, solía emplearlo en expresiones y citas que entresacaba de sus cuidadosas lecturas y afanoso estudio de los escritores griegos (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 89, 1-2). <<

[261] *Cf. Consolación a Marcia*, 15, 1, y *Consolación a Polibio*, 15, 2. De todos modos, pueden hallarse más paralelos desde este capítulo hasta el 27 con otros diálogos, sobre todo con *Firmeza* (cuando habla del ultraje y su venganza, de la conveniencia de derrotar la ira antes de que por sí misma acabe; incluso el símil del escollo inalterable ante el golpe de las olas lo usa en *Sobre la firmeza del sabio*, 3, 5, y lo volverá a emplear en *Sobre la vida feliz*, 27, 3. Otra comparación que ya ha aparecido es la de la fiera impasible a los ladridos de los gozquecillos, *cf. Sobre la ira*, II, 32, 3). <<

[262] Esto hacía el púgil Tesifonte, según Plutarco, *Sobre la contención de la ira*, 8. <<

[263] La divinización o apoteosis de los emperadores tras su muerte, iniciada con el precursor Julio César, es satirizada por Séneca en su *Apocolocintosis*; llegó a ser tan habitual que Vespasiano, al presentir su muerte, pudo exclamar: «¡Ay, me estoy haciendo dios, creo!» (*cf*. Suetonio, *Vespasiano*, 23, 8). <<

[264] Lucio Tilio Cimbro había sido partidario de César demasiado fanático para serlo sincero: fue uno de los cabecillas de la conjura (*cf*. *Epíst*., 83, 12) y, cuando César fue apuñalado en su asiento del Senado, lo sujetó agarrándole la toga (*cf*. Suetonio, *Julio César*, 82, 1). <<

[265] En el *cursus honorum* el cargo de pretor es el inmediato inferior al de cónsul; por ello su autoridad va señalada por seis lictores con sus haces (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60), la mitad de los que llevan los cónsules. Éstos podían ser *suffecti*, meramente honorarios (nombrados, en principio, para una posible suplencia), o bien *ordinarii*, los dos que desempeñaban realmente el cargo. <<

[266] El año se designaba con el nombre sólo de los cónsules ordinarios; una vez alcanzada esta máxima magistratura, a la ambición no le queda más que aspirar a la condición de sacerdote, muy apetecida por la dignidad y honra que suponía. Los que eran nombrados *flamines* se integraban en unas agrupaciones llamadas *collegia*, de las que había varias, dedicadas a distintos cultos y actividades. <<

[267] Edificios de vastas proporciones, mezcla de tribunal y lonja: en ellos se realizaban operaciones comerciales y se celebraban juicios, presididos por unos jueces de procedencia, por lo común, rural (*cf*. Quintiliano, *op. cit*., IV, 2, 45). <<

[268] Recuerda indefectiblemente la célebre definición de la amistad según Catilina: «Querer lo mismo y no querer lo mismo, eso es, a fin de cuentas, la verdadera amistad» (*cf*. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 20, 4). <<

[269] Se entiende así: el comportamiento natural de un esclavo con su propietario es admisible tanto si éste se considera sólo como dueño (*dominus*), como si se toma en su calidad más amplia de cabeza de la familia a la que pertenece el esclavo (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 64): el *pater familias* ejerce la soberanía absoluta, con poder de vida y muerte sobre esclavos e hijos, y dirige como sacerdote el culto doméstico. <<

[270] Contraposición típica en el estilo del filósofo: por un lado, el lujo de unos pocos, caracterizado por materiales y objetos resplandecientes y en estado perfecto (sobre los tableros de mesa *cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60); por otro lado, la indigencia de los más, caracterizada por la suciedad y el descuido (sobre las *insulae, cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 62). <<

[271] *Cf. Sobre la ira*, II, nota 208. Es natural que así obrara Sextio, pues el examen diario de conciencia era una costumbre recomendada por el pitagorismo, *cf*. Cicerón, *Sobre la vejez*, 38. <<

[272] Esta referencia personal (carácter que algunos ponen en duda, *cf*. E. Otón, *op. cit*., págs. 152-153) induce a pensar que Séneca estuvo casado dos veces: una antes de su destierro con esta esposa que aquí menciona por única ocasión en toda su obra, con cierta sorna, y de quien lo ignoramos todo, salvo que le dio un hijo muerto prematuramente (*cf. Consolación a su madre Helvia*, 2, 5); otra, a su regreso, con Pompeya Paulina, que asistió a su suicidio e incluso quiso morir con él (*cf*. Tácito, *Anales*, XV, 63-64, 2). Con la primera Séneca manifiesta un evidente desapego (ni siquiera la menciona en el *loc. cit*. de *Consolación a su madre Helvia*, y la ocasión era llana); a Paulina «la amaba como a nadie» (Tácito, *ibid*., 63, 2); no obstante, hay quienes creen posible identificarlas y pensar en un único matrimonio (*cf*. C. Codoñer, *Diálogos*, Madrid, 1986, págs. XVII-XVIII). <<

[273] Ofrece Séneca una curiosa variación sobre un tópico de la poesía erótica, el de la puerta cerrada, inflexible por más que suplique o amenace el amante que quiere traspasarla (el *paraklausíthyron, cf*. un hermoso ejemplo en Tibulo, *Elegías*, I, 2, 7-14); aquí es el visitante, cliente o pedigüeño importuno, quien se ve detenido por una puerta que no se le abre por vanidad del poderoso solicitado; éste, sin embargo, si padece alguna vez prisión, sabrá qué es una puerta cerrada de verdad y en los dos sentidos. <<

[274] El filósofo manifiesta sus gustos literarios negativamente: no son de su agrado ni el aclamado poeta Quinto Ennio (239-169 a. C.), autor de unos *Anales* y de numerosas piezas de teatro, ni el orador Quinto Hortensio Hórtalo (114-50 a. C.), primero rival y amigo luego de Cicerón, ni éste cuando escribe poesía (apreciación en la que sí coincide con la crítica antigua, *cf*. Plutarco, *Cicerón*, 2, 5; Juvenal, *op. cit*., 10, 122, y Quintiliano, *op. cit*.,IX, 4, 41, que citan, ridiculizándolo, un verso del poema perdido *Sobre su consulado*, el malsonante *O fortunatam natam me consule Romam!*). <<

[275] Diógenes de Babilonia, discípulo de Crisipo, conocido sobre todo por haber formado parte, en representación de la escuela estoica y junto al peripatético Critolao y el neoplatónico Carnéades, de la delegación de filósofos griegos que viajó a Roma en el año 153 a. C. (*cf*. Cicerón, *Sobre la vejez*, 23). <<

[276] Muy probablemente se trate de Publio Cornelio Léntulo Sura, cómplice de Catilina en la conjura del 63, año en que desempeñaba las funciones de pretor. Tuvo en ella un papel muy destacado, a impulsos de su audacia desatada (*cf*. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 32, 2), y fue el primero de los cabecillas en ser ajusticiado (*cf*. Salustio, *ibid*., 55, 5-6). <<

[277] Un liberto que había alcanzado el rango de caballero merced a sus inmensas riquezas, que legó en gran parte a Augusto (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIV, 23). Su crueldad proverbial se ejemplifica siempre con este episodio del esclavo a pique de ser arrojado a las morenas, como hace Dion en el *loc. cit*.; según otros testimonios, era algo que hacía con cierta frecuencia (*cf*. Plinio, *op. cit*., IX, 77; lo mismo da a entender Séneca en *Sobre la clemencia*, I, 18, 2). <<

[278] Sólo cortísima en cuanto que así nos la hagamos malgastando el tiempo; esto quedará bien claro por extenso en *Sobre la brevedad de la vida*, pero aquí sólo se apunta: «no tenemos tiempo que perder», pues nos acecha la muerte que ha de disolver la unión del alma con el cuerpo, una pareja en constante desacuerdo por sus contrarios intereses. <<

[279] *Arena* designaba por metonimia la pista central o palenque del anfiteatro y por sinécdoque el anfiteatro mismo. Los espectáculos duraban todo el día: por la mañana se ofrecían sólo luchas de fieras unas con otras o contra gladiadores especializados, los llamados *bestiarii*. <<

[280] Es Novato, hermano de Séneca (*cf. Sobre la ira*, I, nota 86), que, al ser adoptado por Lucio Junio Gabón (amigo de su padre y rétor como él), tomó su nombre. Esta circunstancia ayuda a precisar la fecha del diálogo, pues, aunque no se sabe cuándo tuvo lugar, es seguro que en el año 52 Novato ya era conocido por su nuevo nombre, puesto que con él aparece mencionado cuando en Corinto fue conducido ante su tribunal Pablo de Tarso (*cf*. Ac 18, 12-17). <<

[281] Los comicios son las asambleas ejecutivas del pueblo, donde vota lo que se ha discutido en las deliberativas (*contiones*). Había tres clases, según por qué adscripción eran convocados los ciudadanos: por tribus (*comitia tributa*), por curias (*curiata*) o por centurias (*centuriata*); éstos eran los más decisivos y concurridos, por lo que se celebraban en el Campo de Marte (*cf. Sobre la ira*, II, nota 149). <<

[282] No es Séneca el único en advertir el fallo fundamental del sistema democrático, que deja las decisiones a la voluntad variable de la inconstante multitud: consideraciones muy parecidas se hallan en Cicerón, *Defensa de Murena*, 35-36, con tres ejemplos concretos de candidatos perdedores, inexplicablemente, ante rivales a todas luces inferiores. <<

[283] En las sesiones del Senado las votaciones se realizaban según el sistema de la *discessio* (en el original; propiamente, «separación»): los senadores se dividían en grupos alrededor del proponente al que apoyaban y la parte más numerosa era declarada ganadora. <<

[284] El texto de los manuscritos es dudoso, *cf*. Reynolds, 1985, pág. 168. <<

[285] El filósofo declara sin rodeos su independencia ideológica: en esta ocasión no se manifiesta en un sincretismo con otras corrientes de pensamiento (*Sobre la ira*, I, 6, 5) sino que, sin salirse de los límites del estoicismo, su propósito es no aceptar a ciegas y sin discutir las doctrinas de sus predecesores (*cf. Epíst*., 80, 1; 95, 4; y también P. Grimal, «Sénèque et la pensée grecque», *Bulletin de l'Association G. Budé* (1966), págs. 317-330). <<

[286] Frase hecha con la que los senadores manifestaban su conformidad con una opinión ajena anterior y al tiempo su deseo de hacer algún añadido (*cf*. Cicerón, *Filípicas*, XII, 50). <<

[287] Séneca deja bien claro cómo se consigue alcanzar la conformidad con la naturaleza (*cf. Sobre la ira*, I, nota 95); una de las condiciones es la aceptación serena de todas sus manifestaciones, la *athaumasía* («falta de asombro») que recomendaba especialmente Zenón (*cf.* Diógenes Laercio, VII, 123) y puede verse también en Horacio, *Epístolas*, I, 6, 1-6: para ser feliz el único medio es no extrañarse de nada. <<

[288] Hay una pequeña laguna de una o dos palabras de extensión, que podrían ser, por ejemplo, *doloribus spretis* («los dolores dejados de lado»), *cf*. Reynolds, 1985, pág. 170. <<

[289] Séneca rechaza, casi con las mismas palabras que Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*, II, 114, la *titillatio* [cosquilleo] permanente de la escuela cirenaica, básicamente sensual, aceptada con reparos por los epicúreos: al placer en movimiento, único admisible para Aristipo, que provocan las sensaciones agradables, oponían el placer estático, causado por la mera ausencia del dolor. <<

[290] Máxima de Epicuro (frag. 506 en la ed. Usener) que de nuevo encontramos casi en idénticos términos en el tratado de Cicerón citado en n. anterior (por tres veces: I, 57; II, 51 y 70). Es el epicureísmo el que sitúa en el vientre el asiento de los placeres, teoría absurda a los ojos de Séneca (*cf*. más abajo, 9, 4). <<

[291] *Sudatoria* en latín, una clara referencia a la función a la que estaban destinados estos departamentos de alta temperatura; en su interior, gracias a una estufa, el aire era caliente y seco (*cf. Epíst*., 51, 6). <<

[292] Entre otras misiones, los *aediles* tenían a su cargo la policía de la ciudad. <<

[293] La insistencia de Séneca se justifica por la trascendencia del precepto; es, sin duda, la regla de oro de la moral estoica: el hombre, para ser feliz, debe ajustarse a su naturaleza racional, que no es más que una parte de la naturaleza universal, la razón cósmica, identificada con ciertas vacilaciones (*cf*. nota 295) con el dios mismo (*cf. Sobre los beneficios*, IV, 7, 1; Diógenes Laercio, VII, 135-136). <<

[294] Virgilio, *Eneida*, II, 61, con una ligera variación (*animo* por *animi*). Séneca da el verso incompleto (a partir de la trihemímeres), para adaptarlo a su propósito mejor, dándole un sentido distinto al que tiene en el original, como suele hacer (*cf*. A. Setaioli; «Esegesi virgiliana in Seneca», *Studi italiani di filologia classica* 37 (1965), págs. 133-156. <<

[295] La doctrina estoica sobre el dios es un tanto vaga; básicamente es panteísta, pero la divinidad no es exactamente todo el mundo, sino una parte, aunque esté en todas: es la mente del universo, el soplo vital, la razón que lo rige, gobernante integrado en lo gobernado, por más que a las veces parezca desgajarse y personalizarse, como aquí; no es de extrañar que Séneca tenga sus oscilaciones dentro de esta ambigua teología, *cf.* A. Rodríguez Bachiller, «El problema de Dios en la filosofía de Séneca», *Revista de Filosofía* 24 (1965), págs. 295-315; J. Riesco, «Dios en la moral de Séneca», *Helmántica* 17 (1966), págs. 49-75. <<

[296] Para refutar la afirmación de Epicuro (frag. 504 en la ed. cit.), Séneca acude una vez más a un argumento de otra escuela, en este caso la aristotélica: el placer no es el fin en sí de la actividad, sino que se da de más cuando ésta alcanza su verdadero objetivo (*cf*. Aristóteles, *Ética nicomáquea*, 1174b, 33). <<

[297] Esta aclaración la hacía Epicuro en una carta a Meneceo, *cf*. Diógenes Laercio, X, 132 (frag. cit. en nota 290). <<

[298] Esta actitud altanera e intransigente con el adversario, cuyas críticas no se toleran y se contrarrestan en cambio con insultos y ataques personales, era muy característica de Epicuro y sus discípulos, pero no exclusiva: a ellos pueden añadirse nombres ilustres de otras escuelas (*cf*. Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I, 93). <<

[299] Con lo que la virtud resulta esclava sumisa de los hombres: prueba, a riesgo de perderse, los placeres que se les procuran, lo mismo que los esclavos catadores degustan, a riesgo de morir, los manjares que se sirven a sus dueños. Estos *praegustatores* eran corrientes en los turbios tiempos de Séneca, cuando también lo eran las muertes por envenenamiento y los antídotos preventivos, sobre todo si uno era comensal o pariente del emperador (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 7, 4; Suetonio, *Calígula*, 23, 3; 29, 1; *Nerón*, 33-34, 2). <<

[300] Libertino y glotón de la época de Augusto, paradigma para Horacio del dilapidador (hasta cinco veces lo menciona en sus *Sátiras*): buscando satisfacerse gula y lujuria, derrochó una fortuna. <<

[301] Contemporáneo del anterior, mucho más célebre y rico (en *Consolación a su madre Helvia*, 10, 8, Séneca cifra su fortuna en 110 millones de sestercios), Marco Gavio Apicio se dedicó casi en exclusiva a la gastronomía más exquisita y caprichosa (*cf*. Tácito, *Anales*, IV, 1, 3; Plinio, *op. cit*., IX, 66; X, 3); revolucionó la sobria cocina romana con nuevas técnicas (*cf*. Plinio, *op. cit*., VIII, 209), que dejó recogidas en su *Libro de cocina*. <<

[302] En busca de nuevas sensaciones los refinados de la época habían dado en celebrar falsos funerales, fingiendo que sus cenas eran banquetes fúnebres en honor del anfitrión, cuyas exequias se simulaban (*cf. Epíst*., 12, 8). <<

[303] Si no se malinterpretan los preceptos de Epicuro (*cf*. más arriba, 10, 1, y *Sobre la firmeza del sabio*, 15, 4), se echa de ver que, en el fondo, la moral estoica y la epicúrea tienden a idéntico fin, salvo que lo llaman de distinta forma. Así lo defiende Séneca, ecléctico una vez más. <<

[304] Instrumento característico de los sacerdotes de Cibeles, la Gran Madre oriental (*cf.* *Sobre la firmeza del sabio*, nota 85), cuyo culto se introdujo bien temprano en Roma. En su honor estos iniciados (llamados *galli*, galos) usaban vestidos femeninos, como la túnica, y solían castrarse voluntariamente en un rapto de frenesí ritual, recordando a Atis, amado de Cibeles, que se emasculó en un acceso de locura (*cf.* Catulo, 63, 4-5; Suetonio, *Augusto*, 69, 2). <<

[305] Una expresión idéntica (*magnitudine sua laborare*) emplea Tito Livio, *op. cit*., pref. 4; quizá, pues, fuera una frase hecha. <<

[306] Peligrosos bajíos en la costa africana, entre Cartago y Cirene. El plural se explica porque se distinguían dos: la Gran Sirte al Este (correspondiente al actual golfo de Sidra) y la Pequeña Sirte al Oeste (conocida hoy como golfo de Gabes). <<

[307] En otra ocasión afirma Séneca exactamente lo contrario, *cf. Sobre la ira*, II, 31, 6.
<<

[308] Cita parcial (Virgilio, *Geórgicas*, I, 139-140) e inexacta («con los lazos» y «grandes boscajes» en los versos respectivos del original; *cf. Epíst*., 90, 11, donde la cita es exacta y completa). Otro poeta ha recordado Séneca, no tan directamente, un poco más arriba: el poliptoton con el verbo *capio* («capturados / han capturado») y la consiguiente paradoja están calcados del conocido verso de Horacio, *Epístolas*, II, 1, 156: *Graecia capta ferum uictorem cepit*. <<

[309] Glosa aquí Séneca el último de los versos de Cleantes (*cf. Sobre el ocio*, nota 367) que él mismo traduce de los originales griegos, transmitidos por Arriano, *Enquiridión*, 52, en *Epíst*., 107, 11, imitando una versión anterior, perdida, de Cicerón (lo que le valdrá de excusa si los versos no gustan, *cf. Sobre la ira*, III, nota 274): «Guían los hados a quien lo desea, a quien no, lo arrastran». El estoicismo es determinista y fatalista: no hay que resistirse al destino, sino seguirlo, pues es lo mismo que seguir al dios, una antigua recomendación atribuida a alguno de los siete sabios (*cf*. Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*, III, 73), a Pitágoras en particular (*cf*. Boecio, *Consolación a la filosofía*, I, 140); esto significa, ya se sabe, someterse a la naturaleza, única vía para ser libres. <<

[310] Símil militar: el juramento es el *sacramentum* con el que los soldados aseguraban su fidelidad al general. <<

[311] La adquisición de los atributos divinos es un viejo anhelo de la filosofía grecorromana, común a todas las corrientes, salvando las diferencias de conceptos y medios propuestos. En rigor, esta equiparación del hombre con la divinidad no deja de ser un acto de *hýbris*: contra ella toma precauciones el filósofo con una fórmula casi idéntica a la de Catulo, *Poemas*, 51, 2. <<

[312] Del todo sólo lo será el sabio tras su muerte; en vida no ha roto aún todos los vínculos que lo atan a la miseria mortal. Nadie hay verdaderamente libre, siempre queda un resto de cadena (*cf*. la misma imagen en Persio, *Sátiras*, 5, 159-160). <<

[313] Aquí inicia Séneca su larga defensa (hasta el final del diálogo) de los filósofos acusados de incoherencia entre sus teorías y sus hechos, en general (*cf*. 18, 1; 19, 3; 20, 1); pero Séneca inmediatamente se centra casi de forma exclusiva en defender el derecho de los filósofos a poseer las riquezas, por cuantiosas que sean, que hayan adquirido honradamente. Los pormenores del lujo que da, los ejemplos ilustres que aduce, la insistencia en los argumentos, el tono a las veces violento, dejan bien claro que Séneca, sobre todo, se está defendiendo a sí mismo: como se sabe, fue uno de los hombres más ricos de su tiempo. <<

[314] Metonimia evidente: el nombre del local, *paedagogium* (sobre su etimología, *cf. Sobre la ira*, II, nota 178) designa a los esclavos jóvenes que aprendían sus oficios en esta escuela especial, incluso dormían en ella (*cf*. Plinio el Joven, *op. cit*., VII, 27, 13). <<

[315] Esta delicada tarea la realizaba un esclavo especializado (*cf. Epíst*., 47, 6), pues el trinchado correcto de las viandas estaba entre los detalles más cuidados de un banquete (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, 12, 5). Por ello, al *scissor* [de *scindo*, «cortar»] se exigían no sólo habilidad y precisión, sino también el dominio de las numerosas normas que regulaban su arte, *cf*. Don Enrique de Villena, *Arte visoria*, 18. <<

[316] Era el caso de Séneca, que poseía extensas fincas en Egipto (*cf*. M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio romano* I, Madrid, 1972, págs. 144 y 214), por las que no se preocupaba en exceso, dice él (*cf*. *Epíst*., 77, 3). <<

[317] Sobre Rutilio, *cf. Sobre la providencia*, nota 15; sobre Catón, *ibid*., notas 7 y 10.
<<

[318] *Cf. Sobre la providencia*, nota 12. <<

[319] Sólo sabemos de él lo que aquí relata Séneca sobre su suicidio, que no casa mucho con su militancia epicúrea: para esta escuela, que niega la vida ultraterrena, estar vivo es un bien precioso e irrepetible. <<

[320] Virgilio, *Eneida*, IV, 653. Séneca se complace en citar este verso, *cf. Sobre los beneficios*, V, 17, 5; *Epíst*., 12, 9. <<

[321] Es el conocido argumento de la paja en ojo ajeno, simbolizado otras veces en las alforjas (*cf. Sobre la ira*, II, nota 186), otras con unas metáforas mucho menos amables (*cf.* en este mismo diálogo, 27, 4): contra el filósofo, que tiene este solo defecto (una sola cruz) lanzan sus críticas (los clavos) quienes por propia voluntad tienen multitud de vicios (otras tantas cruces) y, a pesar de ello, se atreven a injuriar al prójimo. <<

[322] Con un vómito provocado para poder llenarlo otra vez; Séneca tiene, a propósito de este hábito desagradable de los glotones empedernidos, una *sententia* que refleja lo antinatural del proceso: «vomitan para comer, comen para vomitar» (*Consolación a su madre Helvia*, 10, 3). <<

[323] El cosmopolitismo estoico (*cf. Sobre la ira*, II, nota 193) permite hablar de dos patrias, la particular de cada individuo y la universal y común a todos los hombres (*cf.* Marco Aurelio, *Meditaciones*, VI, 44). <<

[324] La postura de los maestros estoicos frente al politeísmo universalmente aceptado es bastante ambigua, incluso contradictoria (*cf*. Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I, 36-41, donde expone y critica lo que él llama «delirios de los estoicos»). En general, puede decirse que el estoicismo tiende a la desmitificación y despersonalización de los dioses, que sólo son símbolos de cualidades humanas. <<

[325] Ovidio, *Metamorfosis*, II, 328 (a partir de la pentemímeres). <<

[326] Estas palabras podrían ponerse en boca de Séneca mismo cuando, desterrado, escribió *Consolación a su madre Helvia*, tres de cuyos capítulos (del sexto al octavo) están dedicados específicamente a demostrar que en sí el cambio de lugares no es una desgracia. Y, sin embargo, para sus contemporáneos era notorio que, a pesar de todos los argumentos acumulados para dulcificarse el exilio, el filósofo se había rebajado suplicando abyectamente el perdón del emperador Claudio (*cf. Consolación a Polibio*).
<<

[327] Célebre por su vida austera (*cf*. Valerio Máximo, *op. cit*., IV, 3, 5), Manio Curio Dentato fue varias veces cónsul y muchas general victorioso contra samnitas, lucanios, sabinos y Pirro (*cf. Sobre la providencia*, nota 14), a principios del siglo III a. C.). <<

[328] Tiberio Coruncanio, contemporáneo del anterior, participó igualmente en la guerra contra Pirro (juntos los menciona también Cicerón, *Bruto*, 55); de origen plebeyo, se hizo muy célebre como jurisconsulto y alcanzó el consulado, siendo además el primero de su clase en ser elegido Pontífice Máximo (año 254). <<

[329] Los censores tenían diversas funciones: establecían el presupuesto anual, adjudicaban el cobro de impuestos y la realización de obras públicas, vigilaban el comportamiento de los ciudadanos (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 11, 9); pero su nombre les venía porque estaban en principio encargados de levantar cada cinco años el censo, en el que se incluía un inventario de los bienes de cada ciudadano. En la sociedad romana primitiva el patrimonio particular no estaba limitado más que por la austeridad de sus costumbres; pero con la progresiva entrada de riquezas producto de las guerras de conquista y los crecientes gastos que éstas ocasionaban, se procuró impedir el dispendio y el lujo excesivos por medio de las leyes llamadas suntuarias (posteriores a la época de Curio y Coruncanio: la primera, la ley Opia, data del año 215 a. C., y la última, del 142 o 141, la Licinia), que regulaban minuciosamente las posesiones permitidas, hasta el extremo de detallar, por ejemplo, cuántos vestidos o cuántas joyas podían tenerse sin incurrir en delito. <<

[330] El triunviro Craso (*cf. Sobre la providencia*, nota 24) fue dueño de unas riquezas proverbiales, amasadas especulando durante las proscripciones de Sila (*cf. ibid*., nota 19), de quien fue partidario. <<

[331] Marco Porcio Catón (234-149 a. C.), llamado, para distinguirlo de su homónimo biznieto, el Viejo o el Censor, por el severo celo que puso en el desempeño de esta magistratura, en constante oposición a cualquier moda o lujo helenizante (a él se deben unas leyes suntuarias, las Porcias del año 198) y exaltando en sus obras (*Sobre la agricultura* y *Orígenes*) la tradicional austeridad de la primera Roma, viva aún en medios rurales. Se distinguió también por su obsesivo deseo de que Cartago fuera aniquilada y expresaba esta necesidad («Cartago debe ser destruida») al remate de sus discursos, versaran sobre lo que versaran (*cf*. Floro, *op. cit*., I, 31, 4). <<

[332] Según el estoicismo, todas las cosas salvo la virtud son *adiáphora*, indiferentes, aunque en tres categorías distintas: las proegména, preferibles (tenerlas es mejor que carecer de ellas), las *apoproegména*, rechazables (pues con ellas sucede lo contrario: por ejemplo, el dolor, *cf*. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, II, 29) y las *katházpax adiáphora*, totalmente indiferentes. Para Cicerón esta teoría no es más que un juego con las palabras y así la critica o ridiculiza abiertamente (*cf*. *loc. cit*. y *Del supremo bien y del supremo mal*, IV, 69-73; en este último, concretamente en 72, incluye, citando a Zenón, las riquezas entre las preferibles). <<

[333] Precisamente a Séneca le echaron en cara los medios con los que, valiéndose de su posición de privilegio, había acumulado una inmensa fortuna: apropiación indebida, captación de herencias y préstamo con usura (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LXI, 10, 2-3; Tácito, *Anales*, XIII, 18, 1; 42, 4); si bien es cierto que el autor más conspicuo de estas y otras acusaciones era Publio Suilio, que había sido delator a sueldo de Claudio, no lo es menos que Séneca instigó contra él un proceso de resultas del cual acabó confinado en las Baleares (*cf*. Tácito, *ibid*., 43). <<

[334] Moneda de plata así llamada porque equivalía a diez ases cuando empezó a acuñarse a finales del siglo III a. C. Posteriormente varió su valor y su peso, pero no su nombre, que ha sobrevivido hasta hoy (cat. *diner*, cast. *dinero*, etc.). <<

[335] No es ésta la actitud de Séneca: al menos en teoría criticaba el *do ut des* (*cf. Sobre los beneficios*, I, 1, 9). <<

[336] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 55. <<

[337] Los libertos eran antiguos esclavos cuyo dueño les había otorgado la libertad. Esta manumisión podía estar rodeada de garantías legales (*per uindictam*, ante el juez; *censu*, ante el censor), o ser más informal (*testamento*, ante los testigos de las últimas voluntades del dueño). <<

[338] Como parece que era el caso de Séneca, generoso con sus amigos (*cf*. Tácito, *Anales*, XV, 42; Juvenal, *op. cit*., 5, 108-109). <<

[339] El Puente Sublicio fue el primero tendido sobre el Tíber (era de madera, pero tuvo que ser reconstruido en piedra tras una riada). Posteriormente se le fueron añadiendo otros, todos ellos refugio habitual de mendigos (*cf*. Marcial, *op. cit*., X, 5, 3-5; Juvenal, *op. cit*., 4, 116; 5, 8-9; 14, 134). <<

[340] Una especie de colchoneta muy barata por su ínfima calidad: estaba hecha a base de juncos cortados (*cf*. Marcial, *op. cit*., XIV, 160); el calificativo *circense* se explica porque, como dice Marcial, las usaban los espectadores pobres para mullir mínimamente el asiento de piedra, o bien porque sobre ellas dormían los gladiadores. <<

[341] Tebas, en Beocia, fue la patria de Baco (su madre Sémele era hija del fundador de la ciudad). En su carro tirado por panteras, adornado de pámpanos y hiedra, recorrió el mundo con su alegre cortejo de sátiros, bacantes y algunos dioses menores, difundiendo el secreto de la fermentación del mosto entre los hombres, que lo aclamaban como libertador por la desinhibición que produce el vino. De ahí que en Roma fuera pronto identificado con el antiguo dios itálico Líber, una divinidad agrícola cuyo nombre («Libre») obedece quizás a la misma razón (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 17, 8). <<

[342] Los triunfos iban encabezados por el general cuya victoria se celebraba; los caudillos enemigos vencidos solían ir encadenados a su carro (*cf. Consolación a Marcia*, 13, 3) y el botín capturado se exhibía durante la procesión en unas andas. <<

[343] Todos los lleva consigo el sabio (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 5, 6-7), que es dueño, no esclavo de sus riquezas, como ha dicho en 22, 5 y al principio de este capítulo, reflejando una vez más una sentencia de Publilio Siro (*Pecunia est ancilla, si scis uti, si nescis, era*; *cf*. también Horacio, *Epístolas*, I, 10, 47). <<

[344] El *textus receptus* está evidentemente alterado en los manuscritos (*clamitatis* en uno, *calamitates* en otros). Puede aceptarse como mal menor la corrección de Gertz *clamitantis*, entendiendo que proclaman la verdad (como más abajo, en 7, y también en *Sobre la brevedad de la vida*, 9, 2). <<

[345] Al sabio ni se le ultraja ni se le ofende, como Séneca repite una y otra vez en *Firmeza* (2, 1; 5, 3, 5; 7, 2; 8, 1; 13, 5), por más que sí se tenga intención de hacerlo; esta voluntad de agraviar vale por el agravio mismo (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 7, 4; *Sobre la ira*, I, 3, 1). <<

[346] La imaginación desatada de los poetas es la principal culpable de las ideas extravagantes que sobre los dioses se hacen los hombres. Tal es el dictamen de Séneca (*cf. Consolación a Marcia*, 19, 4, a propósito de la imaginería infernal), con quien coincide, por una vez, Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I, 42. <<

[347] Son algunos de los hechos que el mito imputaba a Júpiter: se convirtió en cisne para unirse a Leda y en toro para raptar a Europa; hizo adúltera, sin ella saberlo, a la virtuosa Alcmena, para lo que se transfiguró en su esposo Anfitrión, y yació con ella durante una larguísima noche que él ordenó al sol prolongar; maltrató a su hermana y esposa Juno y a Vulcano, uno de los cuatro hijos legítimos que tuvo, y condenó cruelmente a su primo Prometeo; con toda justicia fulminó a los impíos reyes Salmoneo y Licaón, pero exterminó al tiempo a los inocentes súbditos del primero y a los hijos del segundo; raptó a Ganimedes, descendiente por línea directa de Dárdano, hijo del propio Júpiter, por tanto, pariente suyo; destronó a su padre Saturno, aunque no llegó a matarlo. <<

[348] En latín *fauete linguis*, propiamente «favoreced con vuestras lenguas», esto es, «mostrad respeto (no usándolas)». Séneca niega el evidente parentesco de *faueo* y *fauor* (*cf*. Ernout-Meillet, 1959): una vez más no anda acertado en sus etimologías (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 58). <<

[349] Describe Séneca algunos de los llamativos rituales del culto a Isis o a Cibeles, muy en boga en aquel entonces: los galos se infligían cortes en los brazos; durante las ceremonias en honor de Isis (la posesa debe ser una sacerdotisa suya), los iniciados se vestían con telas de lino y hacían retañir sus sistros, un tejido y unos instrumentos típicamente egipcios; llevaban también antorchas o lamparillas (*cf*. Apuleyo, *El asno de oro*, XI, 9, 4; 10, 1-2). <<

[350] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 83. <<

[351] Diversas actitudes de los filósofos ante el dinero, en algunos ya conocida: Aristóteles lo ganó como preceptor de Alejandro (*cf. Sobre la ira*, III, nota 236), Demócrito lo menospreció (*cf. Sobre la providencia*, 6, 2). En cuanto a Platón, parece que le pidió un préstamo a su amigo Dion para costear unos espectáculos (*cf.* Diógenes Laercio, III 3); la misma fuente nos informa de que Epicuro lo malgastaba en comida (*cf.* X, 7). <<

[352] Alude a la sabida acusación de corruptor de los jóvenes que acudían a oír sus enseñanzas, como Alcibíades, su discípulo predilecto (luego personaje relevante en la política ateniense de la segunda mitad del siglo V a. C.), o Fedro de Mirrinunte, de quien apenas se conocen más datos que los extraídos de los diálogos platónicos en que interviene, sobre todo del que lleva su nombre. <<

[353] Sin solución de continuidad los manuscritos prosiguen con el texto de *Ocio*; la división correcta quedó establecida ya desde la primera edición de Lipsio; es irrelevante la polémica un tanto bizantina sobre a cuál de los dos diálogos pertenecía la palabra cuya sílaba inicial (*cir*) está conservada entre ambos, *cf*. Reynolds, 1985, pág. 197. <<

[354] Al símil del camino concurrido (*cf. Sobre la ira*, II, 10, 3, y *Sobre la vida feliz*, 1, 2) Séneca añade ahora este detalle, que lo hace aún menos recomendable, como en una conocida fábula de Esopo; por este mismo motivo la zorra no entró en el cubil del león viejo y enfermo, que devoraba a los animales cuando iban a visitarlo: se veían muchas pisadas de los que entraron, pero ninguna de uno saliendo (*cf.* Esopo, 142 en la ed. cit.; también la recuerda Horacio, *Epístolas*, I, 1, 70-75). <<

[355] Virgilio, *Eneida*, IX, 162. <<

[356] De nuevo manifiesta el filósofo su autonomía ideológica, que lo lleva al sincretismo con otras escuelas (*cf. Sobre la vida feliz*, 3, 2; 13, 1-2; *Sobre la ira*, I, 6, 5, etc.). Los maestros del estoicismo lo guían con su ejemplo, en este caso, no con sus palabras: Zenón, Cleantes (*cf.* nota 367) y Crisipo aconsejaban intervenir en la política, pero ellos no lo hicieron (*cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, 1, 10). <<

[357] *Cf. Sobre la providencia*, nota 33. <<

[358] El precepto de Epicuro (frag. 9 en la ed. cit.) lo recoge Diógenes Laercio, X, 77; 119; el mismo autor, en VII, 64, atribuye la máxima que Séneca dice de Zenón a Crisipo; esta autoría la corrobora, aunque sea indirectamente, Cicerón, en *Del supremo bien y del supremo mal*, III, 67-68. <<

[359] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 323. <<

[360] Según el pensamiento estoico, siempre tendente al reduccionismo, la virtud es en el fondo una, la buena voluntad o recta razón, aun cuando se manifiesta bajo diversas formas (*cf. Sobre la vida feliz*, 25, 6-7; *Epíst*., 66, 13); otras escuelas la creían múltiple sin más (*cf*. Cicerón, *Sobre la invención*, II, 53). <<

[361] Se refiere Séneca a la teoría epicúrea de los átomos y el vacío (*cf*. Lucrecio, *op. cit*., I, 329-369). <<

[362] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 295. <<

[363] Los estoicos pueden definir así el bien supremo o acudir a alguna de las variantes que admite la definición, *cf. Sobre la vida feliz*, 4, 1-3; 7, 4; 9, 3-4. <<

[364] La astronomía antigua consideraba la Tierra inmóvil en el centro del universo. Este geocentrismo, sistematizado por Ptolomeo en un modelo matemático, perduró como teoría única hasta el siglo XVI. <<

[365] Séneca, por descontado, atribuye a la naturaleza la creación del hombre, que según la mitología tradicional había sido obra de Prometeo: *cf*. Ovidio, *Metamorfosis*, I, 82-88, quien coincide con Séneca en la finalidad (mirar al cielo) de dar al hombre una cabeza en lo más alto (*sublime* en ambos autores). <<

[366] Evidentemente, los doce signos del Zodíaco, visibles la mitad de día, la otra durante la noche. <<

[367] Discípulo de Zenón y sucesor suyo al frente de la escuela estoica. <<

[368] Las tres escuelas filosóficas singularizadas por su cualidad característica: hedonista la de Epicuro, contemplativa en la Academia, práctica con los estoicos. Pese a que estas coincidencias, en el fondo, entre ellas atenuaban sus diferencias (*cf. Sobre la vida feliz*, 13, 1), los adeptos de cada una mantenían con los rivales una actitud despectiva y con frecuencia beligerante y afrentosa (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 298). <<

[369] Recogido como el frag. 442 en la ed. cit. <<

[370] Para la condena de Sócrates *cf. Sobre la providencia*, nota 17, y también *Sobre la tranquilidad* 5, 3. En cuanto a Aristóteles, es sabido que murió en Calcis, al poco tiempo de haberse desterrado allí voluntariamente para escapar al proceso por impiedad con que lo amenazaba el partido antimacedonio, resurgido con fuerza incontenible en Atenas tras la muerte de su discípulo Alejandro el año 323 a. C. <<

[371] Casi dos siglos y medio después de su destrucción (*cf. Sobre la ira*, I, nota 106), Cartago sigue provocando la animosidad de los romanos: es el viejo enemigo que debió ser aniquilado a toda costa (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 331 al final), pero que pervivía en el recuerdo de sus bárbaras costumbres y su proverbial perfidia, la *Punica fides*. <<

[372] Falta la última parte. <<

[373] Los nombres de los interlocutores, aquí y en 2, 1, fueron añadidos por los filólogos; parece bien mantenerlos como indicativo de que éste es el más real, por así decir, de los *Diálogos*, iniciado al menos con una auténtica conversación. <<

[374] Los vestidos de calidad, una vez fuera del arcón donde estuvieron guardados, se planchaban para darles lustre con un tipo especial de prensa manual, la *prela* (*cf*. Marcial, *op. cit*., II, 46, 3; XI, 8, 5). <<

[375] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 322. <<

[376] Los objetos de plata labrada aumentaban su valor, como hoy, si estaban firmados por el artífice, prueba de su calidad y también de su antigüedad (*cf. Consolación a su madre Helvia*, 11, 3). <<

[377] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60 mediada. <<

[378] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 314. Por lo demás, Séneca pone en boca de Sereno una descripción del boato en las casas opulentas a fuerza de lugares comunes (*cf. Sobre la ira*, III 35, 4-5; *Sobre la vida feliz*, 17, 1-2; en este mismo diálogo, 8, 6); ahora añade el artesonado de los techos tachonados de marfil y pan de oro (como en *Epíst*., 114, 9; *cf*. también Horacio, *Odas*, II, 18, 1-2). <<

[379] Sobre los distintivos de los magistrados, *cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60 al final. <<

[380] *Cf. Sobre el ocio*, 6, 5. <<

[381] Séneca juega con el valor transitivo del verbo *tacere*, «silenciar», en activa «pasar por alto, en silencio» y en pasiva «callado, silencioso»; esto último como característica de un funeral sencillo, sin las gimientes plañideras ni los tañedores de instrumentos que podían hacer realmente ruidosas las exequias de lujo (como las de Claudio, descritas humorísticamente por el filósofo en *Apocolocintosis*, 12, 1). <<

[382] Ante la problemática cuestión del traslado al latín de los términos filosóficos griegos, Séneca desaconseja el simple calco formal o semántico y se inclina por la traducción con la palabra adecuada, siempre posible de encontrar en latín (*cf. Sobre la ira*, I, 4, 2). Aquí está orgulloso de su hallazgo para *euthymía, tranquillitas*, que ya usó (*cf. Sobre la ira*, III, 6, 3) al citar, precisamente, a Demócrito de Abdera (*cf. Sobre la providencia*, nota 38), autor de un tratado sobre la tranquilidad. *Cf*. A. Fontán, «Graeci euthymian… ego tranquillitatem uoco», *Athlon. Satura grammatica in honorem F. R. Adrados*, Madrid, 1987, II, págs. 137-161. <<

[383] Así describe el poeta al héroe insomne cuando no puede conciliar el sueño debido al recuerdo de Patroclo muerto (*cf. Ilíada*, XXIV, 10-11). <<

[384] Actualmente conserva este nombre la región meridional de Italia cuyo centro es Nápoles; en tiempos antiguos era una zona residencial apetecida por su clima y las posibilidades de diversión o de reposo que ofrecían sus ciudades, tanto en el interior (Pompeya y Capua) como en la costa (Estabia, Herculano, la propia Nápoles). <<

[385] Más al sur que Campania y a sus espaldas, Lucania (actualmente Basilicata) y Calabria eran también sus opuestas, comarcas pobres cuya escasa población tenía como actividad principal el pastoreo. <<

[386] En Apulia, al sudeste de la península y limítrofe con Lucania, Tarento fue fundada por los griegos a finales del siglo VIII a. C. Llegó a ser un importante emporio comercial debido a la intensa actividad mercantil que propiciaba la privilegiada situación de su puerto; de este esplendor pasado guardaba aún restos en tiempos de Séneca. <<

[387] Alusión a las carreras del circo y las luchas del anfiteatro, espectáculos frecuentes en Roma, la ciudad por excelencia. <<

[388] Lucrecio, *op. cit*., III, 1068; Séneca cita el primer hemistiquio, pero le añade por su cuenta «siempre». <<

[389] Dos Atenodoros, ambos originarios de Tarso y adeptos al estoicismo, pueden identificarse con el mencionado aquí y más abajo (4, 1; 7, 2) por Séneca, pero también otro tercero, Atenodoro hijo de Sandón, partidario del estoicismo renovado de Panecio (*cf*. P. Grimal, «Auguste et Athenodore», *Revue des Études Anciennes* 48 (1946), págs. 62-79). De los dos de Tarso, O. Hense, *Seneca und Athenodor*, Friburgo, 1893, propone al apodado Cordilión, el Corcovado, que estuvo relacionado con Catón el Joven (*cf*. Plutarco, *Catón*, 10; 16, 1); el otro, preferido por R. Waltz (*Sénèque. Dialogues iii. Consolations*, París, 1923, págs. 79-80; lo sigue C. Castillo, 1955, pág. 129), transmitió a Augusto las enseñanzas que había recibido de Posidonio. Séneca vuelve a citar a un Atenodoro en *Epíst*., 10, 5, pero tampoco en esa ocasión precisa de cuál se trata. <<

[390] Los pretores (*cf. Sobre la ira*, III, nota 265) eran en principio dos, encargados de la jurisdicción civil pero en ámbitos distintos: el *urbanus* dirimía las cuestiones entre ciudadanos, el *peregrinus* actuaba en los pleitos entre forasteros (*peregrini*) o entre éstos y ciudadanos. El número de pretores aumentó en cada categoría, a medida que crecían la ciudad y sus dominios, y también las disposiciones legales: esto los obligaba a servirse de colaboradores expertos en los vericuetos del derecho (*cf. Digesto*, I, 22, 1). <<

[391] Expresiones muy parecidas pone Salustio en boca de Catilina cuando arremete contra los ricos de más, que no saben ya cómo gastar su dinero (*cf*. Salustio, *Conjuración de Catilina*, 20, 11-12; ganarle terreno al mar es, de todos modos, un tópico de la riqueza excesiva, *cf*. Horacio, *Odas*, II, 18, 20-22). <<

[392] Esta reflexión que Séneca atribuye a Atenodoro está ampliamente desarrollada en *Sobre la brevedad de la vida*, 3, 2-3. <<

[393] Concluye el símil militar que Séneca aplica a la retirada de la vida pública, impuesta por las circunstancias que sean (entre las que a continuación enumera quizá aluda a las suyas: tuvo que abandonar su brillante carrera como orador por la persecución envidiosa de Calígula, *cf. Epíst*., 49, 2; Dion Casio, *op. cit*., LX, 19, 7). El ejército queda deshonrado si en la desbandada deja sus estandartes (*signa*) en manos del enemigo victorioso, como ocurrió en la batalla de Carras (*cf. Sobre la providencia*, nota 24); el soldado en particular se cubre de infamia si da media vuelta y se desembaraza del escudo, para huir más ligero, como Horacio, *Odas*, II, 7, 9-10, que arrojó el suyo en Filipos (*cf. Sobre la brevedad de la vida*, nota 461). <<

[394] Esta manifiesta voluntad cosmopolita deja claro que con «nosotros» Séneca se refiere a los estoicos, que hicieron tan suya la noción del mundo como patria común (*cf. Sobre la vida feliz*, 20, 5). <<

[395] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 43 y *Sobre la vida feliz*, nota 281, respectivamente. <<

[396] Esto es, desempeñando la suprema magistratura en distintas repúblicas, equivalente al cónsul romano: prítano en varias ciudades griegas, cérice (propiamente «heraldo», *kêryx*) en Eleusis y temporalmente en Atenas, sufete en Cartago. <<

[397] Vuelve la comparación con el ejército, formado habitualmente en tres líneas: los soldados de la primera eran los *hastati* [de *hasta*, «lanza»], en la segunda se hallaban los *principes* («los primeros», pues en la primitiva formación no los precedía una línea de lanceros), en la tercera los *triarii*, los de más edad y que intervenían sólo si era preciso (*cf*. Marín y Peña, 1956, págs. 286-289 y 293), un papel bien distinto del protagonismo del *imperator* o los tribunos (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 79). <<

[398] Probablemente Séneca recuerda la muerte legendaria de Cinegiro, hermano de Esquilo, en Maratón (*cf*. en Heródoto, *op. cit*., VI, 114, el hecho sucinto; en Justino, II, 9, una versión posterior a ésta de Séneca, aún con más detalles heroicos). <<

[399] Así se conoció el consejo oligárquico que gobernó Atenas, derrotada por Esparta en la guerra del Peloponeso, durante los años 404-403 a. C., en referencia al número de sus miembros y a su actuación despótica y arbitraria. <<

[400] Aún se mantenía bajo el imperio romano este antiquísimo tribunal ateniense, que entendía en las causas criminales más graves, fiscalizaba a los magistrados y, en general, interpretaba las leyes. La severidad con que las aplicaba, así como la imparcialidad le granjearon respeto y renombre. Celebraba sus sesiones en una colina consagrada a Ares (*Áreios págos*). <<

[401] *Cf. Sobre la ira*, II, nota 179. <<

[402] Sócrates mantuvo una actitud de abierto enfrentamiento contra ellos, menospreciando su poder usurpado y oponiéndose o desacatando sus medidas ilegales, según testimonian Jenofonte, *Memorables*, I, 2, 31; IV, 4, 3; Platón, *Apología de Sócrates*, 32c-d, y Diógenes Laercio, II, 24. <<

[403] Estaba en lo cierto: Éforo de Cirene (siglo IV a. C.) escribió en treinta libros la primera historia universal, utilizada como fuente por otros historiadores. Bien pudo Isócrates (436-338 a. C.) atinar en su orientación: durante más de cincuenta años dirigió una afamada escuela de oratoria en la que se aplicaban las directrices sofistas (el propio Gorgias había sido su maestro); antes de fundarla había escrito discursos judiciales para otros, pero no se había desempeñado como orador, pues él mismo reconocía que le faltaban voz y presencia de ánimo (*cf*. Lesky, 1976, págs 656-657 y 613-621, respectivamente). <<

[404] Este párrafo se halla en los manuscritos en otro lugar (en el capítulo siguiente, entre 2 y 3), que no es, a todas luces, el que le corresponde. Para situarlo en el suyo se han propuesto distintas recolocaciones (*cf*. Reynolds, 1985, pág. 220). <<

[405] Bion de Borístenes, filósofo cínico de la primera mitad del siglo III a. C., se hizo célebre por la agudeza de sus diatribas, agresivas y mordaces, incluso hirientes en sus sarcasmos (*cf*. Horacio, *Epístolas*, II, 2, 60). Los escritores latinos recogen rasgos de su ingenio, como hace Séneca ahora y en 15, 4 (*cf*. también Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, III, 62). <<

[406] Diógenes de Sinope (siglo III a. C.), el más conocido de los filósofos cínicos, protagonista de numerosas anécdotas que manifiestan su menosprecio por las convenciones sociales y la riqueza (puede verse una amplia colección de ellas en Diógenes Laercio, VI). <<

[407] Liberto y consentido favorito de Pompeyo, sobre quien tenía gran influencia; gracias a ella se enriqueció rápidamente, sobre todo adquiriendo villas y jardines de lujo, en contraste con la única y humilde vivienda de su patrono (*cf*. Plutarco, *Pompeyo*, 40). <<

[408] *Cf*. Diógenes Laercio, VI, 55, que transcribe prácticamente la misma respuesta. <<

[409] Para reducirse a lo imprescindible, al igual que los carros reducen su recorrido lo más posible al girar en torno a las columnas cónicas (*metae*), que marcan el final de la *spina*, casi rozándolas con sus ruedas (*cf*. Horacio, *Odas*, I, 1, 4-5). <<

[410] Al final del asedio que padeció durante la campaña egipcia de Julio César (48-47 a. C.) conocida como el *bellum Alexandrinum*, Alejandría fue, por accidente, parcialmente incendiada; las llamas arrasaron su famosa biblioteca (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., XLII, 38, 2), fundada por Ptolomeo Soter, el primero de los Lágidas que reinaron en Egipto tras la muerte de Alejandro; sus sucesores la fueron ampliando, hasta alcanzar en sus fondos una cifra de volúmenes según algunos fabulosa, según Séneca mucho más creíble (*cf*. Orosio, VI, 15, 31). <<

[411] Esta afirmación no se halla en la parte conservada de su obra (frag. 52 en la ed. Weissenborn-Müller). <<

[412] Los objetos de bronce de Corinto (estatuillas, espejos, copas, etc.), por su antigüedad y escasez eran buscados con afán por los coleccionistas, que pagaban fuertes sumas por ellos (*cf. Consolación a su madre Helvia*, 11, 3; Suetonio, *Tiberio*, 34, 1), aunque a las veces podía conseguirse una ganga (*cf.* Plinio el Joven, *op. cit.*, III, 6, 1-4). <<

[413] No hay que figurarse estas cubiertas como las de un libro actual, pues el modelo romano difiere totalmente; se llamaba *uolumen* porque consistía en una hoja continua que se enrollaba (*uoluere*) alrededor de una varilla cilíndrica (*umbilicus*), cuyos extremos sobresalían del rollo y solían estar pintados o adornados con borlas: eran los *frontes* o *cornua*, aquí traducidos aproximadamente como «cubiertas». De ellos colgaba una etiqueta (*titulus*) que identificaba el libro. <<

[414] En las casas señoriales no podían faltar unos baños, normalmente pequeños (dos dependencias, sala caliente y sala templada, y una pila de agua fría), pero que en las muy suntuosas llegaban a ser como unas termas en miniatura. Este lujo ostentoso alcanzaba también a las bibliotecas particulares, modestas en principio, pero que podían ser dependencias amplias donde los libros se guardaban, como ha dicho, en estanterías de valiosos materiales y adornadas, como va a decir, con las imágenes de los autores (*cf*. Plinio, *op. cit*., XXX, 5, 2). <<

[415] El soldado puesto bajo custodia iba encadenado a su guardián (*cf. Epíst*., 5, 7), por lo que éste quedaba a su vez encadenado también, con la sola diferencia de que llevaba la cadena en la muñeca izquierda y no en la derecha, como el preso. <<

[416] En otro contexto (consolatorio) Séneca varía ligeramente este juicio: «La vida toda es un suplicio» (*cf. Consolación a Polibio*, 9, 6); aquí lo que quiere es destacar otra cara de la vida de los hombres: todos son esclavos de un modo u otro, aherrojados a sus circunstancias por fuerza o de grado; éste era el caso de algunos sacerdotes cuyo cargo los ataba a Roma, donde estaban obligados a pernoctar, como el *Pontifex Maximus* o el *flamen Dialis* (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., V, 70, 13). <<

[417] En el original *angustum pedem* (literalmente, «pie estrecho»), expresión cuyo significado aclaró Gertz apoyándose en Varrón, *Sobre la lengua latina*, V, 95, que da por propio del habla de los albañiles el empleo de *pes magnus* [pie grande] en el sentido de «solar, terreno edificable». <<

[418] Otra lectura de los manuscritos (*secundos casus*) defendida por Gertz, en este caso cotejándola con Suetonio, *Otón*, 9, 4. <<

[419] En *Epíst*., 30, 10, dice: «Rehúsa vivir quien no quiere morir». La concepción de la vida como un aprendizaje de la muerte es una constante en el pensamiento de Séneca (*cf*. M.ª A. Martín Sánchez, *El ideal del sabio en Séneca*, Córdoba, 1984, págs. 146-147). <<

[420] Con este símil justifica el orador la actitud nada suplicante ni patética de su cliente (*cf. Defensa de Milón*, 92). <<

[421] Esto es, de niños; se hacían de noche, a la luz de las velas y sin la pompa habitual en los diurnos (*cf*. nota 381; *Epíst*., 122, 10). <<

[422] *Cf. Sobre la ira*, I, nota 125. <<

[423] Más que en las tragedias, simbolizadas por el coturno (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 82 al final), y más que en los mimos, identificados por Séneca con el *siparium* (como hace Juvenal, *op. cit*., 8, 185-186), el telón que cubría el fondo de la escena (*cf*. Apuleyo, *El asno de oro*, X, 29, 5). <<

[424] Las alusiones a distintos estamentos están claras: la pretexta de los magistrados (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60 al final); el *lituus* o báculo de los augures, con el que delimitaban el espacio en que iban a observar los signos; las correas de los patricios, que sujetaban su lujoso calzado (aunque quizá se refiera a un cinturón, *cf.* Codoñer, 1986, pág. 301, nota 51). Todos ellos estaban expuestos a la inhabilitación temporal, la pérdida de los derechos cívicos y la expulsión de su *ordo* (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 77) si su nombre aparecía marcado con la *nota censoria* en los registros de los censores, encargados de velar por la pureza de las costumbres (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 329). <<

[425] Un miembro de la *gens Pompeia* al que es imposible identificar: con toda certeza, no es el Gneo Pompeyo a quien Calígula prohibió el *cognomen* familiar Magno (*cf.* Suetonio, *Calígula*, 35, 1), como se ha insinuado (*cf.* Codoñer, 1986, pág. 302, nota 52), pues fue Claudio el que lo hizo asesinar, pese a ser yerno suyo, junto con su padre y su madre (el hecho está ampliamente atestiguado, *cf.* Dion Casio, *op. cit.*, LX, 5, 8-9; Tácito, *Historias*, I, 48, 1; Suetonio, *Claudio*, 29, 2; el propio Séneca en su *Apocolocintosis*, 11, 2). Quizá fuera un nieto de Pompeyo Magno (*cf.* Castillo, 1995, pág. 86); en todo caso, se trataba de un riquísimo terrateniente (sus latifundios eran de los que incluían el curso completo de algunos ríos, *cf. Epíst.*, 89, 20) cuya fortuna excitó la codicia de Calígula: se hizo nombrar heredero, selló a este título su casa y aceleró su muerte privándolo de bebida y alimento. La captación de herencias, por decreto y a la fuerza, incluso envenenando, impaciente, a los testadores en su favor, era uno de los medios con que Calígula financiaba sus extraordinarios dispendios (*cf.* Suetonio, *Calígula*, 38, 2-3). <<

[426] Valido plenipotenciario de Tiberio, Lucio Elio Sejano no se contentó con su inmenso poder y los honores desmesurados que se le tributaban (*cf. Consolación a Marcia*, 22, 4); quiso derrocar al emperador, pero su conjura fue descubierta y él condenado cuando más confiado estaba (*cf.* Dion Casio, *op. cit.*, LVIII, 10-11; Suetonio, *Tiberio*, 65). Su cuerpo, descuartizado por la turba, no pudo ser arrastrado y arrojado al Tíber, como quería la costumbre (*cf. Sobre la ira*, III, nota 215). <<

[427] Rey de Lidia, su nombre ha quedado para siempre unido a sus riquezas legendarias. Después de someter el Asia Menor, se enfrentó a Ciro (*cf. Sobre la ira*, III, nota 248), pero fue derrotado y su reino anexionado al imperio persa. Ciro lo condenó a morir abrasado vivo en una pira, pero, cuando ya ardía, Creso suplicó a Apolo que lo librara de la muerte y el dios envió una repentina tormenta que apagó la hoguera; el rey persa, asombrado por el prodigio, le perdonó la vida (*cf*. Heródoto, *op. cit*., I, 86-88, 1; Jenofonte, *Ciropedia*, VII, 2; una versión muy distinta en Baquílides, 3, 23-69). <<

[428] Jugurta, rey de los númidas, sostuvo una guerra contra Roma, historiada detalladamente por Salustio. Durante siete años, no uno, derrotó con las armas o con artimañas a los generales que sucesivamente se enviaban contra él, hasta que fue apresado por Mario y hubo de figurar en su triunfo del año 104 a. C., a la vista de toda la ciudad, antes de ser arrojado al Tuliano, donde murió de inanición (*cf*. Plutarco, *Mario*, 12, 3-5). <<

[429] Hijo de Juba, rey de Mauritania, y de Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio; era, por tanto, pariente de Calígula (biznieto a su vez del triunviro), que lo tuvo de invitado con todos los honores en Roma, pero que, en un repentino ataque de envidia enfermiza, lo hizo asesinar (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIV, 25; Suetonio, *Calígula*, 35, 1). <<

[430] Tiberio lo puso en el trono de Armenia, Calígula lo metió en prisión y Claudio le devolvió la libertad y el reino (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LX, 8, 1; Tácito, *Anales*, XI, 8).
<<

[431] No se entienden las palabras de Séneca, a no ser que Ptolomeo fuera enviado primero al exilio y allí asesinado luego, circunstancia que no especifican ni Dion Casio ni Suetonio (*cf. loc. cit*. en nota 429), aunque sabemos que Calígula mandó matar a todos los que él había desterrado (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 28). <<

[432] El manido ejemplo de las hormigas, aquí con un tratamiento nada corriente: lo habitual es presentarlas como trabajadoras infatigables y previsoras (*cf*. Virgilio, *Geórgicas*, I, 186; Horacio, *Sátiras*, I, 1, 32-35). <<

[433] *Cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 68. <<

[434] Frag. 3 de la ed. Diels-Kranz, parafraseado por Séneca en otra ocasión (*cf. Sobre la ira*, III, 6, 3). <<

[435] Esta amenaza de muerte a Teodoro la recoge Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, I, 102; V, 117; en ambas ocasiones dice expresamente que quien la profirió fue Lisímaco (360-281 a. C.; *cf. Sobre la ira*, III, nota 236), por lo que este Teodoro ha de ser forzosamente el filósofo cirenaico de finales del siglo IV a. C. al que llamaban el Ateo porque negaba la existencia de los dioses (no otro Teodoro de Cirene, el experto en matemáticas que interviene, ya muy anciano, en el diálogo platónico *Teeteto*, escrito poco después del año 369 a. C.). Este descreimiento se refleja en su despreocupación ante la amenaza de no ser enterrado (así concluye también la respuesta que reproduce Cicerón, *loc. cit*. en primer lugar; en el segundo da otra igualmente despectiva pero distinta). <<

[436] *Cf. Sobre la ira*, II, nota 202. <<

[437] Desconocido por otras fuentes, de Julio Cano sólo sabemos lo que aquí dice Séneca, que cumple así con su deseo de salvar la memoria (*cf*. 10) de este probable adepto al estoicismo, a juzgar por su actitud. <<

[438] *Cf. Sobre la ira*, II, nota 143. <<

[439] *Latrunculi* en latín, un juego que se practicaba sobre un tablero cuadriculado (se han hallado con 56, 64 o 90 escaques), en el que dos jugadores movían sus fichas de distinto color estratégicamente, a fin de ir eliminando las del adversario rodeándolas con las propias, de un modo similar al go oriental o al siga africano. No se conocen más detalles, y éstos gracias al poema anónimo y de fecha incierta *Elogio de Pisón*: entre los méritos extraordinarios, quizás irónicamente exaltados, del personaje se cuenta su habilidad excepcional en este juego (vv. 190-208). <<

[440] Los filósofos profesionales (*cathedrarii, cf. Sobre la brevedad de la vida*, 10, 1) podían prestar sus servicios remunerados como consejeros particulares, *cf. Consolación a Marcia*, 4, 2. <<

[441] *Cf*. la misma contraposición en *Sobre la ira*, II, 10, 5. <<

[442] *Cf. Sobre la providencia*, 3, 12, 7, para Sócrates y Rutilio; *Sobre la ira*, II, notas 135 y 137 para Cicerón y Pompeyo; y, por último, *Sobre la providencia*, notas 7 y 10 para Catón. Sobre el significado de «cliente», *cf. Sobre la ira*, III, nota 223. <<

[443] Sobre Régulo, *cf. Sobre la providencia*, 3, 9-11. En cuanto a Hércules, he aquí un rasgo que lo acerca aún más a los estoicos (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 45): como Catón, se suicidó, y lo hizo arrojándose en el monte Eta a una pira en llamas, para acabar con los atroces dolores que le producía el veneno de la hidra con que estaba impregnada la túnica que el centauro Neso había empapado con su propia sangre emponzoñada por una flecha del héroe. Júpiter lo sacó de las llamas y lo hizo inmortal en el Olimpo (*cf*. Ovidio, *Metamorfosis*, IX, 136-172). <<

[444] En una ocasión Alcibíades lo halló a caballo sobre una estaca jugando con sus hijos (*cf*. Valerio Máximo, *op. cit*., VIII, 8). <<

[445] Rodeado de amigos, conversando y bebiendo hasta el alba, *cf*. Plutarco, *Catón el Joven*, 6, 2-4; Plinio el Joven, *op. cit*., III, 12, 2-3. Ambos autores confirman que, como dice Séneca más abajo (9), le reprocharan esta costumbre de embriagarse que, de todos modos, no mermaba en nada su dignidad (además, en su familia contaba con el precedente de su bisabuelo, Catón el Censor, *cf*. Horacio, *Odas*, III, 21, 11-12). <<

[446] Echa de menos el filósofo las danzas solemnes y contenidas de antaño, como el *tripudium* (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., I, 20, 4), a las que se entregaban en momentos de expansión personas graves, como Lelio y Escipión Africano (*cf*. Horacio, *Sátiras*, II, 1, 71-74); bien distintas de los bailes a la moda, amanerados e insinuantes (*cf. Epíst*., 90, 19). <<

[447] *Cf. Sobre la ira*, III, nota 258. <<

[448] Los romanos dividían el día, sin tener en cuenta su duración variable, en doce horas desde la salida del sol hasta el ocaso, más o menos largas, pues, según la estación, por lo que la correspondencia con las nuestras no se puede determinar, y más considerando que en la actualidad los horarios se ven modificados a golpe de decreto. <<

[449] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 341. Precisamente en honor de Líber/Baco se celebraban el 17 de marzo los *Liberalia*, fiesta de exaltación de la libertad ciudadana (*cf*. Ovidio, *Fastos*, III, 713-790), en la que estaba permitido expresarse con total franqueza y sin temer represalias por parte de los poderosos criticados; así lo proclama el célebre y aliterado saturnio de Nevio: *Libera lingua loquemur ludis Liberalibus* [Con libre lengua hablaremos en los juegos liberales], una lengua liberada por la embriaguez; es curioso que Séneca la recomiende ahora, cuando en otras ocasiones la desaprueba severamente (*cf*. A. L. Motto y J. R. Clark, «Seneca on drunkeness», *Rivista di Cultura Classica e Medioevale* 32 (1990), págs. 105-110). <<

[450] Solón (*ca*. 640-560 a. C.) ocupa un lugar destacado en la historia de Atenas, cuya constitución reformó en virtud de unos poderes especiales que le otorgó la ciudad; cultivó la poesía de asunto sobre todo político, aunque en uno de los fragmentos conservados reconoce su inclinación al vino y los placeres del amor, corroborada por Plutarco, *Solón*, 3, 1-6 (*cf*. F. Rodríguez Adrados, *Líricos griegos*, Madrid, 1981, I, pág. 198). <<

[451] Arcesilao (finales del siglo IV-mediados del III a. C.) fue el fundador de la segunda Academia. Muy dado a los placeres, murió por haber bebido demasiado vino sin rebajar (*cf*. Diógenes Laercio, IV, 41). <<

[452] De nuevo Séneca abre campo a la conjetura al no precisar de qué poeta habla. La expresión se halla por tres veces en Horacio, *Odas*, II, 7, 28; III, 19, 18; y IV, 12, 28, y podría ser un eco de Alceo, *cf*. R. Renehan, «A fragment of Alcaeus in Seneca?», *Rheinisches Museum für Philologie* 112 (1969), págs. 187-188. <<

[453] *Fedro*, 245a. Debe de ser el pasaje que tuviera presente Cicerón cuando incluyó entre los escritos de Demócrito y Platón un pensamiento muy parecido (*cf. El orador*, II, 194). <<

[454] La cita es de un tratado presuntamente aristotélico, *Problemas*, 953a (*cf*. Lesky, 1976, págs. 604-605). <<

[455] Recuerda Séneca en esta introducción a Salustio, concretamente el comienzo también de la *Guerra de Jugurta*: el filósofo rinde así homenaje a un autor con quien tenía afinidades de estilo y de pensamiento (*cf*. E. Pasoli, «Le prefazione sallustiane e il primo capitolo del *De brevitate vitae* de Seneca», *Evphrosyne* 5 (1972), págs. 437-445; A. Borgo, «Allusione e tecnica citazionale in Seneca (brev., 1, 1; Sall. Iug., 1, 1)», *Vichiana* 18 (1989), págs. 45-51). <<

[456] *Cf*. Hipócrates, *Aforismos*, I, 1. Al parecer, ya Anaxágoras, Empédocles y Demócrito se habían expresado de forma similar, *cf*. Cicerón, *Segundas Académicas*, I, 12. <<

[457] Séneca adjudica a Aristóteles unas palabras que son de su discípulo Teofrasto (*cf. Sobre la ira*, I, nota 107), según testimonia Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, III, 69. <<

[458] No constituye verso esta frase; ni se halla nada parecido en Virgilio ni en Homero, únicos que pueden ser considerados cada uno el mayor poeta en su lengua (de hecho, Séneca aplica a Virgilio este calificativo luego en 9, 2). Por ello, algunos creen que Séneca parafraseó un pasaje de Homero (*cf*. Q. Cataudella, «*Maximus poetarum*», *Studi italiani di filologia classica* 27-28 (1956), págs. 75-82) o de Virgilio (*cf*. G. Mazzoli, «*Maximus poetarum*», *Athenaeum* 40 (1962), págs. 142-156; A. Primmer, «Das Dichterzitat in Sen. dial 10, 2, 2», *Wiener Studien* 19 (1985), págs. 151-157). Pero Séneca atribuye a uno de los dos un fragmento borrosamente recordado de algún otro poeta, que podría ser Simónides (*cf*. H. Dahlmann, «Drei Bemerkungen zu Seneca, *De brevitate vitae*», *Hermes* (1941), págs. 100-106), Menandro (*cf*. A. Garzya, «Varia philologa, III, 2: Sen. Brev. vit., II, 2», *Maia* (1960), págs. 47-50; A. Setaioli «*Maximus poetarum* (Sen. Brev., 2, 2)», *Giornale italiano* di *filologia* 37 (1985), págs. 161-200) o Ennio (*cf*. S. Koster, «*Maximus poetarum* (Sen. dial., 10, 2, 2)», *Rheinisches Museum für Philologie* 121 (1978), págs. 303-310), que podría haber imitado incluso a Eurípides (*cf*. E. Bickel, «Das Ennius-Zitat aus Euripides bei Seneca, *De brev. vitae*, II, 2, und der Topos des νεκòρς βίος in der Antike», *Rheinisches Museum für Philologie* 94 (1951), págs. 242-249). <<

[459] Más por estrategia que por ansia de ocio, Augusto insinuó por dos veces su intención de renunciar al poder y reimplantar la República (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 28, 1-2), lo que, evidentemente, no hizo; sí rechazó, en cambio, cargos extraordinarios, como la dictadura o el consulado vitalicio, o bien otros que se le proponían por encima de las costumbres o del derecho (*cf*. [Augusto], *Hechos del divino Augusto*, 5-6; 10; Tácito, *Anales*, I 9; Suetonio, *ibid*., 52). <<

[460] Augusto remató la guerra civil entre su tío-abuelo y padre adoptivo, Julio César, y Pompeyo, ambos ya muertos, y entabló otra contra Marco Antonio, con quien compartía poder en el segundo triunvirato. Además, condenó al destierro a su única hija, Julia, y a Póstumo y Julia, sus nietos. De estas tribulaciones y otras hace Séneca a continuación un rápido resumen. <<

[461] Distintos escenarios de la guerra civil: en la llanura de Filipos, ciudad de Macedonia, Augusto y Marco Antonio, aún aliados, deshicieron el ejército de Bruto y Casio, asesinos de César (año 42 a. C.); de Sicilia se había apoderado Sexto Pompeyo, hijo del Grande; fue reducido por el lugarteniente y yerno de Augusto, Agripa, tras larga guerra (del 42 al 36 a. C.). Por último, el enfrentamiento entre el futuro emperador y Marco Antonio culminó con la batalla naval de Accio (31 a. C.) frente a las costas de Grecia. Antonio, derrotado, se refugió en Alejandría, capital de Egipto; pasado el invierno, Augusto asedió y rindió a su antiguo aliado con una flota que se había dirigido a Egipto costeando Asia y Siria (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 17, 6). No fueron estas últimas, pues, propiamente campo de batallas civiles; en cambio, Séneca no menciona la de Módena (43 a. C.), contra Antonio antes de su alianza, ni la de Perusa (40 a. C.), contra Lucio Antonio, hermano del triunviro (*cf*. Suetonio, *ibid*., 9; 14-15). <<

[462] Los Alpes centrales fueron definitivamente conquistados durante la campaña del año 14 a. C., a cargo de Tiberio y Druso, hijastros de Augusto; los Alpes marítimos, al año siguiente, con lo que los belicosos pueblos de la zona quedaron, de costa a costa, sometidos a Roma (*cf.* CIL, V, 7817; Plinio, *op. cit.*, III, 136-137, donde transcribe el texto de dicha inscripción). <<

[463] Continúa Séneca refiriéndose a la política de pacificación del imperio y consolidación de sus fronteras que Augusto realizó en varias campañas dirigidas personalmente o bajo sus auspicios: en Iliria y Dalmacia del año 35 al 34 a. C., contra ástures y cántabros (27-19 a. C.), en el primer caso y que Séneca no menciona; síotras sin intervención directa de Augusto, citando los grandes ríos fronterizos: el Rin con los germanos, el Danubio con los dacios, el Éufrates con los partos. <<

[464] Augusto sofocó durante su largo gobierno numerosas conjuras contra su persona (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 19, donde, además de los cuatro conspiradores nombrados por Séneca, menciona otros cinco). En el año 22 a. C. se descubrió una confusa trama, al parecer dirigida por Murena asociado con Fabio Cepión (la identidad de este Murena ya es problemática: Suetonio, *loc. cit*., lo llama Varrón Murena; Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 91, Lucio Murena; Estrabón, *Geografía*, XIV, 670, y Dion Casio, *op. cit*., LIV, 3, 4, sólo Murena). Lépido, su antiguo colega, se hizo fuerte en Sicilia y se le enfrentó por su posesión; fue derrotado y definitivamente relegado, aunque perdonado (*cf*. Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 80, 1-2; Apiano, *Guerras civiles*, 123-126; 131). Su hijo, igualmente llamado Marco Emilio Lépido, intentó vengarlo, pero fue ejecutado (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIV, 15, 1-3). Sobre Marco Egnacio Rufo, también conspirador ejecutado, *cf*. Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 91-92. <<

[465] Julia se casó tres veces, siempre por imposición paterna; la última con Tiberio, que la odiaba por eso (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 7); Julia escapaba de los sinsabores de su matrimonio con amores adúlteros, sin recatarse, aunque el escándalo no llegó a conocimiento de Augusto hasta el año 2 a. C. (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIV, 10), cuando contaba él 61 de edad. <<

[466] Junto con Julia fueron condenados nueve de sus amantes, ocho de ellos al destierro y uno a muerte. No parece casual que éste fuera precisamente Julo Antonio, hijo del triunviro, sino que hubo razones, por así decir, políticas (*cf*. Dion Casio, *loc. cit*. en nota anterior), a las que alude Séneca evocando a la pareja, tan peligrosa para Augusto, que formaron Cleopatra y Marco Antonio. <<

[467] Catilina (*cf. Sobre la ira*, III, nota 238) y Clodio (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 44), adversarios a todas luces de Cicerón; los dos triunviros, Pompeyo y Craso, mantuvieron una ambigua relación con él: el segundo fue sospechoso de complicidad en la conjuración de Catilina, aunque él afirmaba que tales acusaciones las urdía el propio Cicerón (*cf.* Salustio, *Conjuración de Catilina*, 17, 7; 48, 4-9). Pompeyo, a pesar de haber recibido el apoyo del orador con su discurso *Sobre la ley Manilia* para que se le encomendara el mando en la guerra contra Mitrídates, a su regreso triunfal y una vez triunviro consintió que Clodio desterrara a Cicerón (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota cit.). <<

[468] Por Cicerón mismo el primero, en su poema perdido *Sobre su consulado* (*cf*. Bardon, *op. cit*., I, pág. 367), del que se conservan algunos versos, *cf*. los citados en *Sobre la ira*, y III, nota 274. <<

[469] Tito Pomponio Ático, amigo y banquero de Cicerón y, durante veinticuatro años, destinatario de las cartas más espontáneas y sinceras del orador. Entre las conservadas no se halla este párrafo que cita Séneca (frag. 10.6 en la ed. Watt) donde Cicerón se llama a sí mismo *semiliber*. La explicación, para Séneca, es clara: Cicerón no alcanzó la sabiduría ni la plena libertad porque no supo desvincularse de la política (*cf*. P. Grimal, «Sénèque juge de Cicéron», *Mélanges de l'École française de Rome* 96 (1984), págs. 655-670). <<

[470] Tras la muerte de Gneo Pompeyo el año 48 a. C., su hijo, llamado igualmente Gneo, ocupó las Baleares y se hizo fuerte en la península, hasta que fue derrotado por César en Munda (45 a. C.) y asesinado después de la batalla; en ella intervino también su hermano Sexto, que escapó con vida. <<

[471] Antigua ciudad del Lacio, en los montes Albanos. Allí tuvo Cicerón una villa (había pertenecido antes al dictador Sila) donde se refugió en noviembre del año 47, tras obtener el perdón de César. Para entretener su retiro forzoso del foro, abrió una especie de escuela de retórica y filosofía (*cf. Cartas a los familiar es*, IX, 18, 1-2), de cuyos debates salieron las *Disputaciones tusculanas* tantas veces citadas en estas notas. <<

[472] Séneca confunde a Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en el año 91 a. C., con su padre, igual llamado y tribuno también de la plebe, en el 122 junto con Gayo Graco, a cuyas leyes reformistas se opuso con métodos demagógicos a fin de arruinar su popularidad (y lo consiguió: Gayo murió, como antes su hermano Tiberio, alzado en armas contra el Senado). Curiosamente, Séneca, en otra obra (*Consolación a Marcia*, 16, 4), distingue con claridad al padre del hijo, a quien, además, juzga muy distintamente («nobilísimo joven» lo llama; *cf.* otra opinión favorable en Plutarco, *Catón el Joven*, 1, 2, que lo menciona como tío y tutor que fue de Catón), alabando su afán reformador en la línea de los Gracos. En efecto, cuando Livio Druso accedió al tribunado, logró la aprobación de varias leyes; la más conflictiva, la *rogatio Liuia*, que otorgaba a todos los itálicos la ciudadanía romana, cumpliendo con una antigua aspiración de los pueblos aliados (*socii*) de Roma. Pero el Senado la abolió y los decepcionados *socii* se revolvieron contra su antigua aliada (la Guerra Social, del 91 al 89 a. C.). <<

[473] La toga característica de los magistrados (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60 al final) era también obligatoria en los jóvenes hasta que eran declarados adultos y ciudadanos de pleno derecho, hacia los diecisiete años, en una ceremonia señalada en la que cambiaban su pretexta por la toga viril, sin adorno ninguno. <<

[474] Por el contrario, Séneca, en el *loc. cit.* en nota 472, lamenta que su muerte, ocurrida antes de concluir el año de su tribunado, dejara truncados tantos proyectos de leyes, y tampoco se plantea la posibilidad del suicidio, sino que la achaca a un anónimo homicida. Según Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, III, 82, el asesino fue un tal Quinto Vario, tribuno al siguiente año. <<

[475] Empleados en apoyar su candidatura y colaborar en la campaña electoral (*cf*. nota 511). <<

[476] No tan sólo parientes; se refiere sobre todo a los *heredipetae*, cazadores profesionales de herencias que, con artimañas y lisonjas, lograban hacerse legar la fortuna de los ancianos ricos sin herederos (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 6, 1; 9, 2; *Sobre la ira*, III, 34, 2). Séneca, como otros, ridiculiza este despreciable oficio (*cf. Sobre los beneficios*, VI, 38, 4; Horacio, *Sátiras*, II, 5; Petronio, *op. cit.*, 140-141; Juvenal, *op. cit.*, 1, 37-41; 12, 93-130), pero no hay que olvidar que él mismo fue acusado de dirigir una extensa red de *captatores testamenti* (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 333). <<

[477] Después de haber salido elegido magistrado con *imperium*, simbolizado por los haces (*cf. Sobre la ira*, III, nota 265), se le hace largo el año que dura su cargo. <<

[478] Durante la República algunas magistraturas incluían entre las obligaciones propias la organización de ciertos juegos. Prácticamente todos los gastos corrían por cuenta del magistrado, que se esforzaba por ofrecer un espectáculo cuya magnificencia acrecentara su popularidad (*cf.* 13, 6). Aunque en el imperio la adjudicación de los juegos se hacía por sorteo, seguía siendo un encargo apetecido en principio por el prestigio que podía proporcionar. <<

[479] Séneca se complace en recomendar esta norma de vida, *cf. Epíst*., 12, 8; 101, 10. <<

[480] En latín, *multum iactatus*; es inevitable recordar el verso tercero de la *Eneida, multum ille et terris iactatus et alto*: Eneas es un ejemplo preclaro de héroe «zarandeado mucho». <<

[481] Esta cita de Virgilio, *Geórgicas*, III, 66-67, en parte, la repite el filósofo, más completa, en *Epíst*., 108, 24 (vv. 66-68) y la glosa más prolijamente, pero, como aquí, insiste en la idea de recibir las palabras del poeta como un oráculo (*cf*. 2, 2); ahora no lo llama con el helenismo *poeta*, sino con la antigua palabra *uates*, cuyo significado incluye al poeta y al profeta). <<

[482] Papirio Fabiano fue maestro muy recordado de Séneca (vuelve a hacerlo en 13, 9, y más veces en otros escritos). Sus máximas, como esta que cita Séneca, le ganaban la admiración de la gente (*cf*. Séneca el Viejo, *op. cit*., II, pref., 1-3), pero no su dinero: era un auténtico filósofo, sin afán de lucro, no uno de esos que hacían de la filosofía un medio de vida y alquilaban sus consejos o abrían una escuela, donde dictaban por dinero sus lecciones sentados en la silla especial del *magister*, la *cathedra*; por eso Séneca los llama despectivamente *philosophi cathedrarii*. <<

[483] Séneca incluye en su sistema moral esta teoría epicúrea, sin contradecirla nunca ni modificarla, como otras: «Nada hay seguro si no es lo que ya ha pasado» (*cf. Consolación a Marcia*, 22, 1). <<

[484] Según algunos hay aquí una alusión al tonel agujereado que las cuarenta y nueve Danaides están en los infiernos intentando llenar eternamente: el agua que echan dentro se escapa al instante por las grietas. Esta condena les fue impuesta por haber matado en la noche de bodas a sus maridos, primos suyos; Dánao había casado a sus cincuenta hijas con los cincuenta hijos de su hermano Egipto pero, temeroso de sus parientes, había regalado a cada una una daga para que degollara a su esposo. Sólo Hipermestra lo desobedeció y Linceo, que se salvó, vengó a sus hermanos quitando la vida a Dánao y a sus hijas. <<

[485] El lugar donde se iban a vender al mejor postor los bienes confiscados a deudores morosos, condenados y proscritos (*cf. Sobre la providencia*, nota 20) quedaba marcado con una lanza (*hasta*) hincada en tierra, símbolo de la propiedad del pueblo romano. Los licitantes en estas ventas *sub hasta* estaban muy mal considerados (*cf*. Cicerón, *Filípicas*, II, 64). <<

[486] *Cf. Sobre la tranquilidad*, nota 412; el pasaje de *Consolación a su madre Helvia* que allí se aduce dice «valioso por la extravagancia de unos cuantos». <<

[487] Del griego *kḗrōma*, una pasta de cera y aceite (*cf*. Plinio, *op. cit*., XXIX, 26) que se untaban los luchadores para dificultar la presa del adversario; designaba también el lugar destinado a la práctica de la lucha y otras actividades similares (*cf*. Plinio, *op. cit*., XXX, 5). En época de Séneca era un helenismo muy reciente; empleándolo, el filósofo hace más evidente la influencia griega en la difusión de ciertas prácticas homosexuales en Roma; no habría conseguido este efecto si se hubiera servido de otros términos, también griegos, pero ya de tiempo arraigados en latín, como *palaestra* o *gymnasium* (de *gymnós*, «desnudo»: así se practicaban la lucha y el ejercicio físico en general). <<

[488] Séneca la emprende ahora con los homosexuales, pero sólo en cuanto que malgastan su tiempo mirando a los atletas jóvenes y cuidando exageradamente su aspecto y el de sus esclavos de placer (los *exoleti*, con frecuencia eunucos, *cf. Sobre la providencia*, 3, 13; *Sobre la ira*, I, 21, 3), a los que agrupan, además, por edades y razas (por no mezclar, sobre todo, tipos distintos de cabellos, *cf. Epíst*., 92, 24). No critica aquí las prácticas pederásticas (aunque insinúa su opinión: «desdichados muchachitos» dice más abajo) ni la homosexualidad en sí misma, como hace en otras ocasiones (*cf*. E. Conde Guerri, *La sociedad romana en Séneca*, Murcia, 1979, págs. 316-333). <<

[489] Para aliviar la tarea o las preocupaciones musitando una canción, como dice con palabras muy parecidas a las de Séneca el astrólogo Manilio, *Astrología*, V, 335-336; sobre la costumbre de chasquear los dedos para medir el ritmo de versos y canciones, *cf*. Quintiliano, *op. cit*.,IX, 4, 51. <<

[490] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 315. <<

[491] La ironía es evidente: los ánimos, piezas teatrales al principio llenos de comicidad crítica, habían degenerado en farsas esperpénticas y obscenas; pero a pesar de su crudo y exagerado realismo, dice Séneca, se han descuidado y no están a la altura de la realidad del día. <<

[492] *Cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, nota 442. <<

[493] Estaba ciertamente extendida la obsesión por conocer minucias intrascendentes hasta extremos ridículos, sobre todo pormenores perdidos en los mitos o en los comentaristas (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 70, 3; Juvenal, *op. cit*., 7, 229-236; Aulo Gelio, *op.cit*., XIV, 6), aunque los romanos, siempre más realistas y prácticos, al menos se afanaban, como se va a ver, mucho también por la historia en sus detalles microscópicos. <<

[494] Sobre las dos epopeyas a Séneca le parecían tan banales como la cuestión de los remeros de Ulises, otras que modernamente consideran fundamentales los especialistas, a saber, la cronología y el problema de la autoría, tan esencial que constituye la cuestión homérica por excelencia. <<

[495] En el año 260 a. C., frente a las costas de Sicilia y contra los cartagineses Duilio logró la primera victoria de la flota romana gracias a convertir la batalla naval en una prácticamente terrestre mediante unos artilugios llamados «cuervos» que inmovilizaban las naves enemigas (*cf. Consolación a Polibio*, I, 22-23). <<

[496] En el año 275 a. C. Manio Curio Dentato (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 327) hizo desfilar en su triunfo sobre Pirro los elefantes que le había arrebatado en combate. Plinio, *op. cit*., VII, 139, sin embargo, afirma que fue Lucio Cecilio Metelo el primero en exhibir elefantes en un triunfo. <<

[497] Hijo de Apio Claudio el Ciego (*cf. Sobre la providencia*, nota 30). Fue cónsul en el año 264 a. C. y como tal comandó una escuadra con la que expulsó a los cartagineses de Sicilia (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 2, 1). Es de notar cómo Séneca pone también de su propia cosecha, ni siquiera bajo capa de discurso ajeno, unos detalles etimológicos e históricos dignos de esos eruditos en nimiedades que critica. <<

[498] Manio Valerio Corvino Máximo añadió a sus dos *cognomina* un tercero, Mesala, corrupción según Séneca (y Macrobio, *Saturnales*, I, 6, 26), de Mesana, el nombre de la ciudad siciliana (hoy Mesina) tomada por él durante la campaña de Claudio Cáudex; fue cónsul al año siguiente y aparece en las listas con el nombre de M. Máximo Mesala. <<

[499] Sila presentó este novedoso espectáculo durante su pretura en el año 93 a. C. (*cf.* Plinio, *op. cit.*, VIII, 53); participaron arqueros mauritanos, habituados a cazar leones, mandados por su rey, Boco, que conocía a Sila desde que éste era lugarteniente de Mario y había tratado largamente con él el destino de su yerno Jugurta (*cf. Sobre la tranquilidad*, nota 428), al que finalmente capturó a traición y entregó a Mario (*cf.* Salustio, *Guerra de Jugurta*, 102-113). <<

[500] Esta contienda entre elefantes y lanceros originarios de Getulia tuvo lugar durante el segundo consulado de Pompeyo (año 55 a. C.), pero no fue del agrado del público (*cf*. Cicerón, *Cartas a los familiares*, VII, 1, 3; Plinio, *op. cit*., VIII, 20-21). <<

[501] *Cf. Sobre la providencia*, nota 23. <<

[502] Mediada la primera guerra púnica, en el año 250 a. C., el cónsul Lucio Cecilio Metelo (*cf. Sobre la providencia*, nota 31) obtuvo en Panormo una aplastante victoria sobre los cartagineses, capturándoles además una enorme cantidad de elefantes (casi un centenar, según Floro, *op. cit*., I 18, 29-30; *cf*. Plinio, *loc. cit*. en nota 496). <<

[503] El *pomerium* es una franja de terreno sagrado a ambos lados de la muralla de una ciudad y marca sus límites; todo ello según el ritual etrusco de la fundación (*cf.* Varrón, *Sobre la lengua latina*, V, 143) observado en numerosos asentamientos en el Lacio, Roma entre ellos. Ensanchar el pomerio de la Ciudad era prerrogativa de quienes con sus conquistas habían extendido los límites del imperio; Sila hizo uso de este derecho, pero después de él Julio César (*cf.* Aulo Gelio, *op.cit.*, XIII, 14) y también Augusto (*cf.* Tácito, *Anales*, XII, 23, 2). <<

[504] Para la cronología de este diálogo sí es útil el detalle. <<

[505] *Cf. Sobre la ira*, nota 194. Comúnmente se creía que la retirada había sido al Monte Sacro, una colina al otro lado del Anio, y no al Aventino, como quería una variante mucho más minoritaria de la tradición (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., II, 32, 2-3). <<

[506] Rómulo y Remo porfiaban por ser el que fundara ritualmente la ciudad y reinara sobre ella; para decidir la cuestión resolvieron recibir por separado los auspicios: Remo, en el Aventino, vio pasar seis buitres, pero por el Palatino, donde estaba Rómulo, pasaron al poco doce; a pesar de las protestas de los partidarios de Remo, los auspicios eran claramente favorables a su hermano (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., I, 6, 3-7, 2). Quizá por esto el Aventino no se incluyó en el perímetro hasta Claudio, *cf*. Aulo Gelio, *op. cit*., XII, 14. <<

[507] El cinismo, renuente a las convenciones sociales, y el estoicismo, moralista y práctico, los presenta Séneca sin personalizar, al contrario de lo que hace con Epicuro y su ataraxia, con Carnéades (*cf. Sobre la ira*, III, nota 275) y su escepticismo (ponía en duda la posibilidad de la certidumbre, e incluso la existencia misma de los dioses), con Sócrates y la mayéutica. <<

[508] Porque el *patronus* solía corresponder al saludo matinal de sus *clientes* (*cf. Sobre la ira*, III, nota 223) con un obsequio en especie o en metálico, llamado *sportula*, «cestilla», pues se distribuía en pequeñas canastas. <<

[509] *Cf. Sobre la vida feliz*, notas 346 y 347. <<

[510] Fue Jerjes quien, antes de cruzar el Helesponto (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 49) y a la vista de sus inmensas tropas desplegadas por tierra y por mar (Séneca olvida mencionar la flota persa), se entristeció, sin embargo, y lloró por la razón que dice Séneca (*cf*. Heródoto, *op. cit*., VII, 44-46, 2). <<

[511] En latín el término *suffragator* tiene un significado más restringido que el castellano «elector»; quizá «partidario» fuera mejor traducción, pero seguiría faltando el matiz esencial: no se trata de un votante que meramente ha tomado partido por uno de los candidatos, sino, sobre todo, que hace campaña activa a su favor. <<

[512] La sandalia que menciona Séneca es la militar, *caliga* (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 82), que calzaban principalmente los soldados sin posibles (*cf*. Plinio, *op. cit*., VIII, 135). No parece que con esto Séneca pretenda aludir a los orígenes humildes de Gayo Mario (*cf*. Plutarco, *Mario*, 3, 1; Salustio, *Guerra de Jugurta*, 63, 2-3), sino simplemente a su condición de militar, que lo fue prestigioso, como reformador del ejército y como estratega: acabó con Jugurta (*cf*. nota 499), con los teutones y los cimbrios (*cf. Sobre la ira*, I, nota 100); intervino en la Guerra Social (*cf*. nota 472 al final) y por último emprendió una civil contra Sila (*cf. Providencia*, nota 19). Fue elegido por el pueblo romano cónsul en cinco ocasiones, incluso alguna que otra en contra de la ley, para que pudiera comandar las legiones; en su sexto consulado se dedicó sólo a la política, para la que se demostró incapaz, dejándose manejar por los demagogos (*cf*. Plutarco, *loc. cit*., 28-30, 1) Aún fue cónsul una séptima vez, pero murió a los pocos días de su elección. <<

[513] Lucio Quincio Cincinato fue designado dictador en el año 458 a. C., para dirigir la guerra contra los sabinos aliados con los ecuos y los volscos. Cuando le notificaron el nombramiento estaba arando su campo (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., III, 26). La anécdota, embellecida con detalles legendarios, es muy citada en cada ocasión en que quieren los autores moralistas resaltar la austeridad de las costumbres en la primitiva Roma (*cf*. p. ej. Persio, *op. cit*., 1, 73-75). <<

[514] En esta breve biografía de Publio Cornelio Escipión Africano (*cf. Sobre la ira*, I, nota 104) alude Séneca al hecho de que inició su *cursus honorum* antes de la edad requerida, fue nombrado procónsul en contra de las normas y, finalmente, cónsul el año 205 a. C., a los treinta de edad. Su consulado se prorrogó hasta la batalla de Zama (año 202), pero rehusó ser nombrado cónsul vitalicio y otros honores que se le proponían, tan extraordinarios como poner su busto en el interior del templo de Júpiter (*cf.* Tito Livio, *op. cit*., XXXVII, 12, 12-13). Su hermano Lucio Cornelio Escipión fue cónsul en 190 y se ganó el *cognomen* de Asiático por su campaña en Asia; pero fue en realidad el Africano, que lo había acompañado como legado, el artífice de la demoledora victoria sobre Antíoco III el Grande en Magnesia (año 189). Ya de vuelta a Roma, los dos Escipiones fueron acusados por sus enemigos de apropiación indebida: Lucio, pese a la resuelta oposición de su hermano, fue condenado (*cf.* Tito Livio, *op. cit*., XXXVIII, 54-56; también *Consolación a Polibio*, 14, 4); Publio, despechado, se retiró a sus posesiones de Liternum, en la Campania, y no regresó más a Roma, donde ni siquiera quiso ser enterrado (*cf.* Valerio Máximo, *op. cit*., V, 3, 2). <<

[515] Esto es, el trigo que envían como impuesto en especie las provincias llamadas frumentarias y se proporciona gratuitamente a la plebe. Paulino, como prefecto de la anona, no ha de cuadrar cuentas sólo: sus demás deberes los desglosa Séneca más abajo (19, 1). <<

[516] De nuevo saca Séneca a escena a Calígula (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 76): bien por emular la desmesura de Jerjes, rey de los persas (*cf. ibid.*, nota 49), bien por cumplir el imposible de atravesar el golfo de Bayas a caballo, unió esta ciudad con Putéolos (actual Puzzoli) mediante un puente tendido sobre naves de carga ancladas en doble hilera (*cf.* Suetonio, *Calígula*, 19). Séneca da a entender que el abastecimiento de trigo quedó interrumpido, con el consiguiente descontento popular, a pique de la revuelta. <<

[517] Gradación con remate duramente irónico: lo peor que podían esperar los prefectos era enfrentarse a Calígula (la mera visión de su rostro constituía el más terrible tormento, *cf*. la gradación similar de *Sobre la ira*, III, 19, 1). <<

[518] Tanto la anécdota como su protagonista nos son desconocidos; ahora bien, cabe sospechar un error en la transcripción del nombre, bien por parte del propio Séneca (caso que no es impensable), bien de los copistas, con lo que el personaje podría identificarse con Gayo Turanio o Turranio (*cf*. Castillo, 1995, pág. 94), como Paulino y antes que él, prefecto de la anona, lo que hace más oportuno el ejemplo (*cf*. Dahllmann, art. cit. en nota 458); es mencionado, sin más, por Tácito, *Anales*, I, 7; XI 31. <<

[519] *Cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, nota 421. <<

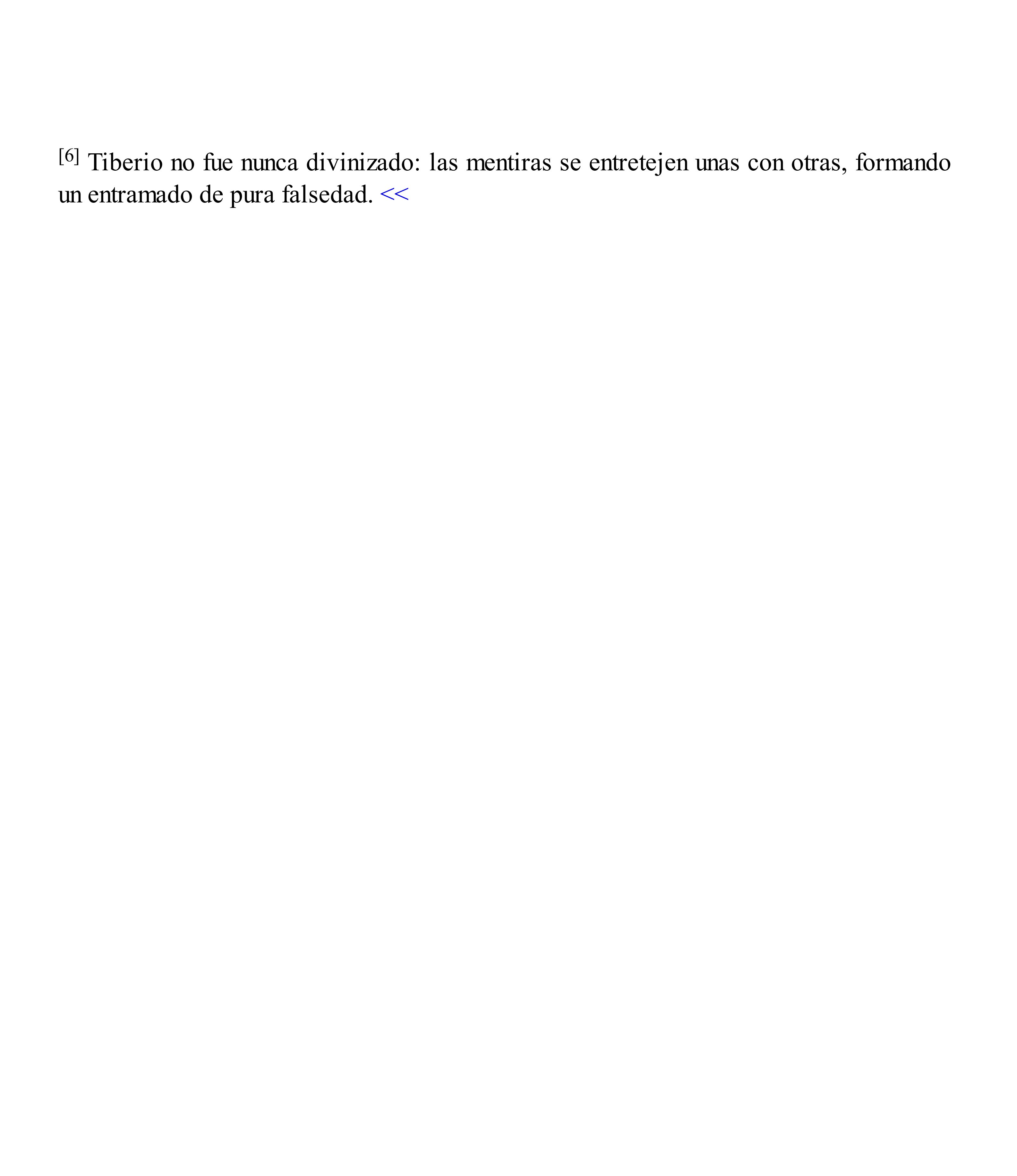
[1] Todo este primer capítulo constituye una parodia de los habituales proemios a las obras de historia: Séneca indica el asunto que va a relatar, la fecha de los hechos, hace protestas de veracidad e imparcialidad, incluso aduce sus fuentes; pero todo humorísticamente, pues la apariencia de seriedad se rompe con constantes guiños al lector u oyente avisado, ya desde que se anuncia que la obra narrará sucesos ocurridos en el cielo, esto es, completamente fantásticos. <<

[2] Pronto empieza Claudio a ser denostado: el día de su muerte marca el final de unos tiempos aciagos y el principio de otros dichosos, por la subida al poder de Nerón, a quien se halaga, pues, pero sin tanta evidencia como más tarde. <<

[3] En seguida se desmiente esa pretendida objetividad: el protagonista, que no hace falta mencionar por su nombre, nació tonto (por tal lo tenía su propia madre, *cf*. Suetonio, *Claudio*, 3, 2) y además llegó a ser rey (un término peyorativo para un romano), con lo que el proverbio quedó doblemente confirmado. Algunos consideran que esta verificación se refiere sólo a la simpleza de Claudio: W. H. Alexander, «Aut regem aut fatuum», *American Journal of Philology* 58 (1937), págs. 343-345; R. Waltz, *Sénèque. L'Apotolocintosis du divin Claude*, París, 1966, pág. 19. <<

[4] Otro contraste más: el testigo irreprochable, informador veraz de los hechos, es el notorio mentiroso que testimonió ante el Senado la ascensión al cielo de Julia Drusila, la hermana de Calígula que éste pretendía divinizar (*cf. Consolación a Polibio*, nota 160). Se llamaba Livio Gémino, era inspector encargado de la vía Apia —por donde discurrieron los cortejos fúnebres de Augusto y Tiberio—, y recibió como recompensa a su embuste 250.000 denarios (Dion Casio, *op. cit*., LIX, 11), un crédito nada escaso, pero concedido sólo por Calígula. <<

[5] Parte de un verso de Virgilio (*Eneida*, II, 274) sacado de su contexto (describe el andar presuroso del pequeño Julo) para aludir a la renquera de Claudio (Suetonio, *Claudio*, 21, 6; 30). <<



[6] Tiberio no fue nunca divinizado: las mentiras se entretejen unas con otras, formando un entramado de pura falsedad. <<

[7] Esto es, «¡que se muera él si no es verdad!» (R. Cortés, *Teoría de la sátira. Análisis de Apocolocyntosis de Séneca*, Cáceres, 1986, pág. 142): Séneca descarga toda la responsabilidad en su informante (*cf*. 5, I). <<

[8] Diana (el Cinto es un monte en la isla de Delos, en la que nacieron ella y su hermano Apolo), identificada aquí con la luna. <<

[9] Todos los pasajes de la *Apocolocintosis* en verso (cuyo ritmo he intentado reproducir acentualmente, de manera muy poco ortodoxa) son parodias de algún género poético: aquí Séneca hace burla de la épica, ridiculiza concretamente la poesía manierista y pedante de los poetas cortesanos (como en la epístola 122, 11-13), aunque no faltan en estos versos reminiscencias de Virgilio (*cf. Geórgicas*, II, 403-404 y 417). <<

[10] El mediodía del 13 de octubre fue la hora oficial en que murió Claudio (*cf*. Tácito, *Anales*, XII 69); en realidad, había fallecido al alba de ese día, pero su muerte se ocultó y disimuló hasta que Agripina hubo atado bien los cabos de la sucesión de su hijo (Suetonio, *Claudio*, 45). <<

[11] Es opinión común que Séneca juega aquí (y otras dos veces más adelante) con la ambigüedad de *anima*, «alma» y «soplo, viento»: Claudio intenta denodadamente soltar una ventosidad (vital), hasta que lo logra y muere (*cf*. 4, 3). Pero quizás esto de que Claudio, por no saber, no supiera ni morir siquiera, aluda, en un sarcasmo ciertamente atroz, a su prolongada y dolorosa agonía, que duró toda la noche hasta que fue prácticamente rematado (*cf*. Suetonio, *Claudio*, 44, 3). <<

[12] Bien al contrario: Mercurio, el dios locuaz y astuto, protector de comerciantes y abogados, está aburrido de este estúpido balbuciente con ínfulas de juez (*cf*. 7, 4), y lo único que desea, bajo su aparente compasión, es que muera de una vez. <<

[13] Verso de Virgilio (*Geórgicas*, IV, 90) maliciosamente citado *ad hoc*: se aconseja al apicultor, cuando hay dos «reyes» en la colmena, que mate al peor (Claudio) para que el mejor (Nerón) gobierne sin oponente. <<

[14] Las Parcas, Átropo, Cloto y Láquesis, son hijas de Júpiter (hermanas de Apolo, por tanto) y Temis; están encargadas de regular la duración de las vidas, simbolizadas en un hilo que una hila, otra ovilla y la tercera corta, dando fin a la existencia del hombre en cuestión. <<

[15] Claudio, con la colaboración interesada de sus libertos, se había mostrado pródigo en la concesión del derecho de ciudadanía (*cf*. Tácito, *Anales*, XI, 24-25; Dion Casio, *op. cit*., LX, 17); su muerte impedirá que desaparezca la especie de los extranjeros. <<

[16] Augurino nos es desconocido, pero probablemente sea un compañero digno de Claudio por su imbecilidad, igual que Baba, mencionado por el mismo Séneca (*Epíst*, 15, 9) como modelo proverbial de estupidez. Quizá Séneca utilizó el nombre de Augurino simplemente para completar el ABC de la tontería (*cf*. O. Weinreich, *Senecas Apocolocyntosis*, Berlín, 1923, pág. 36), o para hacer burla, con este orden alfabético, de las reformas de Claudio en el abecedario, que aumentó con tres letras nuevas (*cf*. R. Papke, «Des Kaisers neue Buchstaben. Claudius in Tac., *Ann*., 11, 14 und Sen., *Apocol*., 3, 4», *Würz. Jahrb. Alter*. 12 (1986), págs. 183-196). <<

[17] Séneca despacha rápida y ofensivamente a Claudio para dedicarse acto seguido al elogio de Nerón, esta vez nada velado, en unos versos que insisten en la felicidad que ha de traer la larga y pulquérrima vida de este príncipe, equiparado con Apolo, como sería luego habitual (*cf.* Lucano, *op. cit.*, I, 48-50; Dion Casio, *op. cit.*, LXI, 20; Suetonio, *Nerón*, 53). <<

[18] Ejemplos típicos de longevidad: a Néstor le concedió Apolo los años que habrían vivido sus parientes, muertos por él, y su hermana Diana; Titono, a instancias de la Aurora, enamorada de él, fue hecho inmortal por Júpiter. <<

[19] Para enterrarlo, desde luego. El verso es de Eurípides, de una tragedia perdida cuyo título era *Cresfontes*, según Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, I, 115. <<

[20] A fin de disimular la muerte de Claudio, se hizo acudir a palacio por la mañana a una compañía de actores cómicos, con el pretexto de que el emperador, enfermo, los había hecho llamar para distraerse (Suetonio, *Claudio*, 45). <<

[21] Punto por punto coincide esta descripción de Claudio con la que dan las historias, salvo, claro, el tono irónico y burlón (*cf*. Suetonio, *Claudio*, 30; Dion Casio, *op. cit*., LX, 2). <<

[22] Verso de Homero que se repite hasta seis veces en la *Odisea*, pues es prácticamente la fórmula ritual para preguntarle a un extranjero (Ulises casi siempre) por su país de origen: con las mismas palabras también interroga Zeus a Menipo cuando llega al cielo (Luciano, *Icaromenipo*, 23). <<

[23] *Cf. Consolación a Polibio*, nota 129. Claudio confunde a Hércules, que habla lógicamente en griego, con uno de esos doctos pedantes que prodigaban las citas de Homero en toda ocasión: él era precisamente uno de ellos (Suetonio, *Claudio*, 42, 1) y responde con otro verso, sacado de su contexto para aludir a la ascendencia troyana de los Julios; Séneca le ataca con el siguiente (*Odisea*, IX, 39-40). <<

[24] La Fiebre, compañera toda la vida del enfermizo Claudio, fue probablemente la causa oficial de su muerte (*cf*. Waltz, 1966, pág. 21). <<

[25] La Fiebre opone esta verdad (Suetonio, *Claudio*, 2, 1) a la mentira de Claudio, que se dice originario de Troya; pero se trata de convencer al poco espabilado Hércules y por ello la repite hasta tres veces, precisándola y dándole detalles. <<

[26] Esta referencia de la Fiebre es uno de los pasajes más controvertidos de la *Apocolocintosis*: el texto de los manuscritos, *marci municipem* en todos, ha sido objeto de interpretaciones y correcciones variadas (*cf*. J. Gil, *Séneca. Apocolocintosis, Estudios Clásicos*, suplemento n.º 4, Madrid, 1971, pág. 165; Cortés, 1986, págs. 191-192). La más aceptada supone que se refiere a Marco Antonio, *patronus* de Lyon, abuelo de Claudio y, según las pretensiones de la *gens* Antonia, descendiente de Hércules mismo; con sus palabras, la Fiebre advierte a Hércules de que se está dejando engañar por un familiar suyo. Prescindiendo de otras conjeturas, es interesante la hipótesis de R. Roncali, «*Marci municipem*», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia di Bari* 16 (1973), págs. 537-540: se trataría del nombre de un tipo de uva gala (*cf*. Columela, *op. cit*., III, 2, 25), con lo que se aludiría a la conocida afición de Claudio por el vino (Suetonio, *Claudio*, 33). <<

[27] Claudio no sólo es galo, sino además de un municipio distante en millas y en categoría de otros como Viena, capital de la Narbonense con derecho a representación en el Senado, mucho antes que Lyon (que lo obtuvo por decreto de Claudio en el año 48 d. C.). Es un galo incivilizado, como los que asaltaron y saquearon Roma en el 387 a. C. <<

[28] Esclavo galo manumitido por Julio César y posteriormente nombrado por Augusto procurador de Lyon, cargo que ejerció tiránica y rapazmente (Dion Casio, *op. cit.*, LIV, 21); hay una clara alusión al inmenso poder que alcanzaron los libertos de Claudio, al que manejaban a su antojo (*cf.* Suetonio, *Claudio*, 28-29, 1; Dion Casio, *op. cit.*, LX, 30, y 66). <<

[29] Lo mismo que decir entre Troya y Lyon, pues a la primera la baña el Janto o Escamandro, y a la segunda el Ródano. <<

[30] De nuevo lo real mezclado con lo ficticio: Claudio se dejaba llevar a menudo por la cólera (Suetonio, *Claudio*, 38, 1), balbuceaba al hablar y tenía un pulso poco firme (*cf*. los pasajes citados en nota 21). <<

[31] Frase proverbial (*cf*. A. Otto, *Die Sprichwörter und sprichwartlichen Redensarten der Römer*, Hildesheim, 1962, n.º 1168) de origen y sentido controvertidos (*cf*. R. Roncali, *L'Apoteosi negata. Apocolocyntosis*, Venecia, 1989, pág. 82; J. Gil, 1971, págs. 167-168; M. Marcovich, «*Ubi mures ferrum rodunt* (Seneca, *Apocolocyntosis*, 7, 1)», *Rheinisches Museum für Philologie* 120 (1977), págs. 85-89); pero posiblemente Séneca lo único que pretendió fue marcar la diferencia entre la anodina tierra y el cielo prodigioso, donde pueden suceder semejantes portentos (*cf*. Cortés, 1986, pág. 197). <<

[32] En estos senarios yámbicos puestos en boca de Hércules, Séneca parodia el estilo y el léxico de la tragedia, en concreto, curiosamente, su propia obra, *Hércules loco*, como demostró Weinreich, 1923, págs. 76-77. <<

[33] En su décimo trabajo Hércules tuvo que marchar a Hesperia (la península Ibérica; el mar Hesperio es el Atlántico), donde robó a Gerión, gigante de tres troncos que allí reinaba, su rebaño de bueyes; lo condujo luego hasta la ciudad de Argos, cuyo primer rey fue el dios-río Ínaco, en un largo y accidentado viaje que le hizo pasar cerca del futuro emplazamiento de Lyon. <<

[34] La colina de Fourvière, orientada al sol naciente y bañada por el Ródano y su afluente, el Arar, actual Saona, de curso tan manso que a simple vista no se sabe en qué dirección fluye (*cf*. César, *Guerra de las Galias*, I, 12, 1). <<

[35] Como en el título de su obra, Séneca vuelve a sustituir «dios» por «tonto», en este caso jugando con la fórmula *theoû plēgḗ* [el golpe del dios], que los trágicos tomaron de Homero (*Ilíada*, XVI, 816; Esquilo, *Agamenón*, 367; Sófocles, *Áyax*, 137). <<

[36] Este refrán (Otto, 1962, n.º 752) equivale exactamente al castellano «cada gallo canta en su muladar»; la identificación de Claudio con un gallo (animal de poco seso en su cabeza inquieta) está reforzada por el equívoco de la palabra *gallus*, «gallo» y «galo». <<

[37] También Augusto solía dictar justicia en el pórtico del templo de Hércules en Tíbur, cerca de Roma (Suetonio, *Augusto*, 72, 2); pero no se dedicaba a ejercer de juez con tanto afán como Claudio, que no respetaba fiestas ni días nefastos (Suetonio, *Claudio*, 14; Dion Casio, *op. cit*., LX, 4-5). <<

[38] Este trabajo de Hércules más comúnmente se conoce como la limpieza de los establos de Augias; este rey de la Élide era dueño de innumerables rebaños cuyo estiércol se iba acumulando en las cuadras sin que nadie se ocupara de retirarlo; Hércules los limpió desviando el curso del Alfeo y del Peneo, que arrastraron todo el estiércol en sus aguas; Séneca equipara este sistema a un trabajo de alcantarillado. <<

[39] El parlamento de Claudio se corta bruscamente, y sin transición el relato nos presenta el *concilium deorum* en plena efervescencia. Hay una laguna evidente (no para todos, *cf*. R. Roncali, 1989, pág. 84) cuyo texto perdido debía narrar cómo Claudio convence a Hércules de que apoye su pretensión al apoteosis, con lo que ambos penetran en el lugar de sesiones y Hércules presenta la solicitud en nombre de Claudio, que ya se ha identificado claramente. Esto se deduce con bastante seguridad del texto conservado, sin que puedan hacerse más que conjeturas sobre qué dios es el que interpela a Hércules o quiénes son los que le interrumpen con sus preguntas o qué oradores han intervenido antes. <<

[40] Uno de los pasajes griegos restituidos por Rhenanus fue la definición del dios epicúreo, la misma exactamente que da Diógenes Laercio, X 139 y, traducida, Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, 117, 45. <<

[41] En cambio, la esfericidad del dios estoico está burlescamente indicada mediante un fragmento de las menipeas de Varrón, un senario yámbico que en su contexto debía describir las figuras informes de los Hermes guardianes de los caminos (*cf*. Cortés, 1986, pág. 214). <<

[42] El reinado de Claudio fue una Saturnal constante, un mundo al revés, donde los esclavos, ya libertos, se enseñorean del amo mientras éste sólo se ocupa, como los siervos, de comer y beber. <<

[43] Esto es, mantuvo relaciones con ella como Júpiter con su hermana y esposa Juno. Efectivamente Lucio Junio Silano fue acusado de incesto con su hermana Junia Calvina; la circunstancia de que fuera el prometido de Octavia, hija de Claudio, aún no su yerno, por tanto, hizo sospechar a todos los historiadores que tal acusación fue amañada por la intrigante Agripina con el fin de que Octavia quedara libre y la pudiera casar con su propio hijo Nerón: Silano, caído en desgracia, se suicidó el mismo día en que Agripina se casaba con Claudio (*cf*. Tácito, *Anales* XII, 3-4 y 8; Suetonio, *Claudio*, 29, 2; Dion Casio, *op. cit*., LX, 21, 5; 31, 7), su tío, en un matrimonio que técnicamente sí constituía un incesto y que tuvo que ser legalizado mediante un senadoconsulto (*cf*. Tácito, *ibid*., 5-6). <<

[44] La explicación tan ofensivamente dada va dirigida probablemente a Claudio (*cf*. Cortés, 1986, págs. 216-217): en Atenas estaba admitido el matrimonio entre hermanastros, como el de Cimón (*cf*. Cornelio Nepote, *Cimón*, 1, 2); en Egipto el matrimonio entre hermanos era una costumbre arraigada que adoptaron los Ptolomeos. <<

[45] Otra frase hecha (Otto, 1962, n.º 1172) de significado muy debatido por los estudiosos; alguna interpretación es ciertamente desquiciada (Th. Hoffner, «Zu Senecas *Apocolocyntosis* 8, 3», *Wiener Studien* 44 (1925), págs. 117-120, según el cual se alude al *cunnilinguus*); otras más razonadas coinciden en explicarla en el sentido de que en Roma no se dan matrimonios incestuosos, bien porque son normales (H. Lackenbacher, «Zu Senecas *Apocolocyntosis* 8», *Wiener Studien* 46 (1927), 126-129), bien porque los impiden las severas costumbres romanas (F. Dornseiff, «In Rom lecken die Mäuse die Mühlsteine», *Rheinisches Museum für Philologie* 77 (1928), págs. 221-224). <<

[46] Claudio debería ocuparse de su matrimonio, que conculcaba la ley de los dioses (Suetonio, *Claudio*, 39, 2), antes de venir a enmendarles a éstos la plana, tal como dice el orador con una cita de Ennio (frag. 107, pág. 22 de la ed. cit.). <<

[47] Exactamente, en Colchester, la antigua *Camulodunum*, con sacerdotes asignados al culto (*cf*. Tácito, *Anales*, XIV, 31); pero los rezos se dirigen no a un dios sino a un tonto, *móros*, el mismo término griego que empleaba Nerón para sus juegos de palabras contra Claudio. <<

[48] Jano, el dios bifronte (como indica Séneca sirviéndose de una fórmula homérica, *Ilíada*, I, 343; III, 109), cuyo templo se hallaba en el foro llamado Romano, habla el primero por ser el dios que preside todo comienzo y por la prioridad que le otorga el ser cónsul electo, aunque sea para nada: por las tardes nadie trabaja en Roma (*cf.* Gil, 1971, pág. 179; Waltz, 1966, pág. 9). <<

[49] Jano reprocha a Júpiter que haya admitido, aunque sólo sea a trámite, la solicitud de Claudio; por su culpa las apoteosis se han convertido en una farsa, como el mimo titulado «El haba». La cuestión que surge inmediatamente es una de las más discutidas entre las planteadas por la *Apocolocintosis*: ¿por qué Jano se refiere a este mimo concretamente? Dos teorías complementarias parecen dar respuesta satisfactoria: F. Bücheler, *Kleine Schriften*, Leipzig-Berlín, 1915, pág. 465, opina que el título del mimo, muy popular, se empleaba para caracterizar un asunto ridículo y baladí en general; pero la mención de ahora es más específica e intencionada, pues su argumento debía de ser totalmente contrario a las deificaciones, según P. T. Eden, «*Faba mimus*», *Hermes* 92 (1964), págs. 251-255, que aduce un pasaje de Cicerón (*Cartas a Ático*, I, 16, 13) donde el mimo aparece contrapuesto precisamente a apoteosis, y concluye que la oposición consistía en que los personajes del mimo se convertían en monstruos fantasmales, los lémures, espectros de los antepasados que se conjuraban en las *Lemuria* y se aplacaban arrojándoles habas para que las comieran (*cf*. Ovidio, *Fastos*, V, 419 y sigs.). Para otras explicaciones, conjeturas y variantes, *cf*. Gil, 1971, págs. 179-181, y Cortés, 1986, págs. 223-226. <<

[50] Citas de Homero: *Ilíada*, VI, 142, la primera; *Ilíada*, II, 548, y *Odisea*, XI, 309, la segunda. <<

[51] Aunque son dos castigos distintos, la finalidad en ambos es la misma: hacer del contraventor una ofrenda propiciatoria a los espíritus, ya sea arrojándolo, como un haba, a las sombras fantasmales llamadas también Larvas, ya sea obligándole a participar como gladiador (después de sufrir alguna novatada) en unos combates que originariamente formaban parte de los ritos funerarios. <<

[52] Los nombres de estas dos divinidades no están nada claros en los manuscritos; de hecho, Vica Pota es una reconstrucción de un texto claramente corrompido. Se trata de una antigua diosa de la victoria, madre, según Séneca, de un dios al que los códices denominan Diéspiter («Padre de la luz», un arcaico dios solar identificado más tarde con Zeus-Júpiter) o Díspiter («Padre de la riqueza», dios de la abundancia equiparado con Plutón). Sea quien sea, es un dios plenamente romano, como Jano, y asimismo cónsul electo, pero de distinto parecer, su intervención es favorable a Claudio sin disimulos: es el primero en llamarlo por su nombre, da por sentada su divinidad (sin advertir la paradoja en que cae), etc.; todo por el agradecimiento que siente hacia Claudio, ya que se gana la vida no con su oficio aparente sino comerciando con los derechos de ciudadanía que con frecuencia vende a precio irrisorio, exactamente lo mismo que hacían los libertos de Claudio (*cf*. el pasaje de Dion Casio citado en nota 15). <<

[53] Para que tenga presente en su declaración los beneficios que le debe al permisivo Claudio; el gesto era empleado habitualmente para invitar a un testigo a decir la verdad (*cf*. Horacio, *Sátiras*, I 9, 77; Plauto, *Persas*, 748). <<

[54] *Cf*. Dion Casio, *op. cit*., LX, 5, 2; Suetonio, *Claudio*, 11, 2. <<

[55] Rómulo se convirtió en un dios (su apoteosis la describe precisamente Ovidio en sus *Metamorfosis*, XIV, 815-828), pero continuó alimentándose según la primitiva parquedad romana: su comida, aun en el cielo, son los nabos (*cf*. Marcial, XIII, 16), bien calientes, como dice Séneca citando la segunda mitad de un hexámetro atribuida a Ennio (pág. 133 de la ed. cit.). Así Diéspiter argumenta contra el dictamen de Jano, puesto que Rómulo ha sentado precedente, comió de los frutos de la tierra, es más, sigue comiéndolos ya dios; por tanto Claudio tiene perfecto derecho a acompañarlo (y no se iba a quedar atrás, dada su glotonería —Suetonio, *Claudio*, 33—; quizá Séneca escondiera sarcasmos también en este discurso aparentemente favorable a Claudio, *cf*. Waltz, 1966, pág. 24). <<

[56] Dos refranes (Otto, 1962, n.os 657 y 1036), esta vez de sentido evidente, flanquean una probable cita de Catulo (3, 9), cuando describe los ligeros saltos de un gorrioncillo; Séneca provoca así la sonrisa del lector, al imaginarse al fornido Hércules moviéndose grácilmente como un pájaro. <<

[57] Augusto cita una frase de uno de sus más cercanos colaboradores, Marco Valerio Mesala Corvino, protector de poetas y él mismo orador de fama; Suetonio nos ha conservado una pequeña muestra de su arte, cuando tomó la iniciativa para proclamar a Augusto Padre de la patria (*Augusto*, 58). Antes había sido partidario de Marco Antonio, pero los abusos de poder de éste lo fueron distanciando hasta acabar enfrentándose con él en una polémica durante la que muy bien pudo pronunciar las palabras que cita Augusto; un poder despótico (de Antonio, de Claudio) avergüenza al que lo contempla. *Cf.* Kraft, «Der politische Hintergrund von Senecas *Apocolocyntosis*», *Historia* 15 (1966), págs. 96-122. <<

[58] No se sabe cómo, pero Claudio vuelve a estar presente en la curia; así el ataque de Augusto va más directo contra él, incluso lo interpela llamándole, irónicamente, «divino». <<

[59] *Cf*. Otto, 1962, n.os 1183 y 329. <<

[60] Augusto nunca habló griego con soltura ni usó esta lengua en sus escritos; aun así, se dedicaba con afán al estudio de los autores griegos, en busca de citas útiles (Suetonio, *Augusto*, 89, 1-2); gracias a ese celo ahora puede expresar que unas cosas tocan más de cerca que otras con un refrán muy habitual (Otto, 1962, n.º 1324), haciendo gala de un conocimiento del griego que opone a la ignorancia de su hermana. Acepto esta lectura (*soror mea*) como mal menor entre las muchas que se han propuesto para este *locus desperatus* (*cf*. Roncali, *L. Annaeus Seneca, Apocolocyntosis*, Leipzig, 1990, pág. 31), aunque no se justifique satisfactoriamente la mención por parte de Augusto de su hermana Octavia; quizá su intención sea ofensiva, *cf*. T. A. Suits, «The knee and the shin (Séneca, *Apocolocyntosis*, 10, 3)», *Classical Philology* 70 (1975), págs. 38-41. <<

[61] Julia Livila, hija de Germánico, fue acusada de conducta inmoral (entre sus supuestos amantes se contaba Séneca, desterrada y privada de alimento hasta morir; la otra Julia era hija de Druso, ajusticiada también bajo la acusación de adulterio (Tácito, *Anales*, XIII, 32 y 43; Dion Casio, *op. cit.*, LX, 18, 4). <<

[62] *Cf*. nota 43. Mientras las dos Julias son parientes de Augusto por su matrimonio con Livia y las adopciones que realizó, Silano es descendiente directo: su madre era Emilia Lépida, nieta de Julia, la hija de Augusto. <<

[63] Administrando justicia, Claudio se mostró siempre irresponsable e imprevisible (*cf*. Suetonio, *Claudio*, 15), pero además en numerosas ocasiones condenaba a la ligera y sumariamente, tomando como probadas acusaciones inseguras y sin dar oportunidad de defenderse a los acusados (Suetonio, *ibid*., 29, 1-2; Tácito, *Anales*, XI, 2). A este respecto, Cortés, 1986, págs. 237 y 287-289, llega a una conclusión muy interesante: la crítica a Claudio como juez sin ley, que ya se insinuaba en los primeros capítulos, pasa a ser en toda la segunda parte de la *Apocolocintosis* el motivo principal de la sátira; la arbitrariedad de Claudio es censurada ya en la primera intervención conservada de la asamblea de los dioses, expresamente, y posteriormente aludida con frecuencia, satirizada y vuelta al final contra él mismo. Todo ello constituye un sostenido ataque al incompetente Claudio, el necio que jugaba a juez con resultados devastadores: Séneca los sufrió largo tiempo. <<

[64] Una nueva cita de Homero (*Ilíada*, I, 591), seguida de una mención a otro pasaje del mismo (*ibid*., XV, 18-24). <<

[65] El padre de Mesalina, Mesala Barbato, era primo de Claudio (Suetonio, *Claudio*, 26, 2). <<

[66] Claudio retrasaba la condena de Mesalina, pero Narciso, temiendo que llegara a perdonarla, se adelantó e hizo matar a su rival en el dominio sobre el emperador; éste, al conocer la noticia, no se inmutó (*cf*. Tácito, *Anales*, XI, 37-38), incluso la olvidó y, cuando más tarde se disponía a cenar, se extrañó de que no estuviera presente su esposa (Suetonio, *Claudio*, 39, I). <<

[67] Gayo César Calígula obligó a Marco Junio Silano, padre de su primera mujer, a darse muerte (Suetonio, *Calígula*, 23, 3); Claudio hizo matar a Apio Silano, su suegro al ser padrastro de Mesalina (Suetonio, *Claudio*, 37, 2), y a Gneo Pompeyo Magno, hijo de Marco Licinio Craso Frugi y Escribonia, yerno suyo por su matrimonio con Antonia, su hija mayor (Dion Casio, *op. cit*., LX, 5, 8-9; Suetonio, *ibid*., 29, 2; Tácito, *Historias*, 1, 48, I). <<

[68] Prohibición que confirma Suetonio, *Calígula*, 35, 1. <<

[69] El texto de los manuscritos, evidentemente corrompido (*tristionias assarionem*), ha resistido todos los intentos que se han hecho para sanarlo (*cf*. Roncali, 1990, págs. 17 y 31-32). <<

[70] Como Claudio, *cf*. 1, 1 y nota 3. <<

[71] Con la propuesta de Augusto, expresada con un léxico técnico que le da mucha verosimilitud, Séneca se concede el placer de lanzar sobre Claudio una sentencia perentoria de destierro, que además se cumple de manera fulminante, sin esperar los plazos que se marcan en ella; el encargado de ejecutarla es Mercurio, llamado Cilenio por haber nacido en el monte Cileno, en Arcadia. <<

[72] De nuevo Séneca cita a Catulo (3, 12) dando a sus palabras una intención que no tenían: en el contexto original el lugar del que no se regresa es precisamente el infierno; Séneca, en cambio, lo dice del cielo, para subrayar la condición de falso dios de Claudio y la inversión de su apoteosis, pues no saldría del cielo si lo fuera verdadero ni descendería a los infiernos llevado, bruscamente, por Mercurio, el guía habitual de las almas muertas (*cf*. Cortés, 1986, págs. 243-244). <<

[73] En dirección al Campo de Marte (donde se creía que había una entrada a los infiernos, en el paraje llamado Terento), la misma que lleva el cortejo de Claudio para proceder a la cremación del cadáver en las piras allí instaladas (*cf*. Gil, 1971, pág. 189). <<

[74] Los funerales de Claudio fueron efectivamente magníficos (*cf*. Tácito, *Anales*, XII, 69); de la pompa que los rodeó Séneca destaca la multitud de músicos presentes, para poder exagerar irónicamente: el estruendo que producían era audible no ya para el Claudio espectador de su propio entierro, sino incluso para el realmente muerto que iba en él. <<

[75] Expresión proverbial (Otto, 1962, n.º 1592) que emplea el jurista redivivo para dar a entender que la muerte de Claudio ha acabado con esa continua Saturnal que fue su reinado (*cf*. nota 42), una permanente inversión del orden natural en la que la ley y sus conocedores se veían despreciados por el juez Claudio (Suetonio, *Claudio*, 14), mientras él, en cambio, se dejaba dominar por los abogados, que lo trataban con humillante familiaridad (Suetonio, *ibid*., 15, 3), obligándole a escuchar sus teatrales intervenciones llenas de recursos efectistas, como el llanto fingido. Pero ahora Agatón (personaje por lo demás desconocido) y sus colegas lamentan de verdad la muerte de su valedor, con quien habían adquirido poder y riquezas (*cf*. Tácito, *Anales*, XI, 5-7). <<

[76] Éste es el único ejemplo conocido de una *nenia* (por más que burlesca), el planto o himno funeral que acompañaba algunos entierros, como el que entonó en las exequias de Augusto un coro de jóvenes patricios (Suetonio, *Augusto*, 100, 2). Parece ser que estos cantos combinaban el lamento por el muerto, invitando a llorar por él, con sus alabanzas (*cf*. Cicerón, *Sobre las leyes*, II, 62). Ambas cosas hace Séneca, sobre todo se extiende en los elogios, que sólo lo son aparentemente, pues en realidad encubren un resumen de las críticas y ofensas que hasta el momento han caído sobre Claudio, y añaden otras nuevas, con una ironía que va progresivamente destapándose hasta terminar en una clara burla. Es probable, pues, que Séneca parodie la forma y el contenido de los lamentos fúnebres tradicionales (*cf*. Cortés, 1986, págs. 251-254), pero nada se puede decir en cuanto al metro, por lo que antes dije; el anapesto es familiar a Séneca, que lo utilizó en sus tragedias: esta nenia guarda paralelismo con alguna de ellas, *Hércules loco* principalmente (*cf*. Weinreich, 1923, págs. 113-120). <<

[77] El enfrentamiento entre los partos (llamados también medos o persas) y los romanos, ya tradicional (*cf. Consolación a su madre Helvia*, nota 90), no se interrumpió bajo Claudio (Tácito, *Anales*, XII, 44-51), pero él no participó ni de lejos en ninguna escaramuza contra esos expertos jinetes armados de arcos, cuya táctica más repetida consistía en fingir la retirada dando la espalda al enemigo para luego caer sobre él repentinamente. <<

[78] Claudio sí intervino en la expedición contra Britania: cruzó el Canal, pero no trabó batalla de importancia contra esos guerreros que se teñían o tatuaban la piel de azul (*cf*. César, *Guerra de las Galias*, V, 14, 2), no sus escudos, como dice Séneca de los brigantes, una tribu britana (Tácito, *Agrícola*, 17, 1). <<

[79] Minos, uno de los tres jueces infernales; en vida fue rey y legislador de Creta, llamada por Homero *hecatómpolis* (*Ilíada*, II, 649). Lejos de ceder el puesto a Claudio, lo que harán los jueces subterráneos será condenarlo severamente. <<

[80] La invitación al llanto, que al principio era general, ahora se dirige a los únicos que realmente pueden afligirse por la muerte de Claudio: abogados, poetas de corte y jugadores. Es la primera vez que se alude a la afición grandísima de Claudio por los dados (Suetonio, *Claudio*, 33), que se volverá contra él al final de la pieza. <<

[81] Heraldo de Agamenón; su nombre, por antonomasia, vale por «mensajero»; el de los dioses es Mercurio. <<

[82] Esta vía no está localizada con exactitud; según Séneca, pasaba cerca del *Terentum* (*cf*. nota 73), al noroeste del Campo de Marte. <<

[83] Encargado de la correspondencia imperial (*ab epistulis*); aunque murió poco después que Claudio, según ya se ha dicho, ha llegado antes a los infiernos porque escogió el camino más corto: se suicidó cuando se hallaba en el balneario de Sinuesa aliviándose de la gota que padecía (Tácito, *Anales*, XII, 66), por mandato de Agripina, que quería deshacerse de él molesta por su fidelidad a la memoria de Claudio y a su legítimo descendiente, Británico. Esa lealtad es la que hace a Narciso poner inconscientemente el dedo en la llaga al interpelar a los recién llegados llamándolos «dioses» a los dos. <<

[84] Séneca utiliza esta cita (Horacio, *Odas*, II, 13, 34) que describe al perro Cerbero más monstruoso si cabe: de este guardián del reino de Dite (Plutón) se dice normalmente que tiene tres cabezas (*cf*. el propio Horacio, *Odas*, II, 19, 31-32). <<

[85] Con estas palabras, durante las ceremonias de culto a Isis y Osiris, los iniciados proclamaban su alegría por el reencuentro con el dios; aquí acogen a Claudio los ajusticiados por él, contentos de poder vengarse al fin. <<

[86] Mesalina, enamorada de él, lo convenció para conspirar contra Claudio, pero además, aprovechando una ausencia de éste, se casó públicamente con él (Suetonio, *Claudio*, 26, 2). Claudio la condenó a muerte (*cf*. nota 66), junto con Silio y otros, acusados de complicidad (Tácito, *Anales*, XI, 12 y 26-36). Algunos de los mencionados aquí lo son también por los historiadores: Junco Vergiliano, Sexto Traulo Montano, Saufeyo Trogo, Vetio Valente; los demás, Marco Helvio, Cota y Fabio, son desconocidos. <<

[87] Sardónicamente Séneca aduce la estética como la razón que indujo a Claudio a acortar la talla de Mnéster, quitándole la cabeza. En realidad, este actor de pantomimas, el favorito del público y los emperadores ya desde Calígula (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 55, 1), había sido uno de los amantes de Mesalina y fue condenado al tiempo que ella, no sin cierta renuencia por parte de Claudio (Tácito, *Anales*, XI 36; Dion Casio, *op. cit*., LX, 31, 5). <<

[88] Polibio es suficientemente conocido, Harpócrates menos (Suetonio, *Claudio*, 28); Mirón, Anfeo y Feronacto son para nosotros sólo nombres (y aun el último dudoso, *cf*. Roncali, 1990, pág. 22). <<

[89] Ambos prefectos del pretorio; del primero se sabe que Claudio lo mandó matar inducido por Mesalina, temerosa de que Catonio revelara al emperador los pasos en que ella andaba (Dion Casio, *op. cit.*, LX, 18, 3). Se ignoran las circunstancias de la muerte de Rufrio Polión, que había obtenido de Claudio algunas prerrogativas (Dion Casio, *ibid.*, 23, 2). <<

[90] Pedón Pompeyo es desconocido; de Asinio Céler sólo tenemos la confirmación de su consulado (Frontino, *Tratado sobre las aguas*, II, 102, 7); Saturnino Lusio y Cornelio Lupo, los dos cónsules suplentes, fueron condenados por las acusaciones de Publio Suilio (*cf*. Tácito, *Anales*, XIII, 43), el delator del que se valía Mesalina en ocasiones como ésta. <<

[91] Ya mencionados casi todos: Julia Livila (hija de Germánico) y Julia (hija de Livila); Lucio Silano (prometido de Octavia) y Pompeyo Magno (marido de Antonia); Apio Silano (padrastro de Mesalina) y Craso Frugi (padre de Pompeyo, por tanto, más bien consuegro); por último, el plural «suegras» añade a Escribonia (con la misma salvedad, al ser la madre de Pompeyo) la única novedad, aunque no se dice su nombre: Domicia Lépida, madre de Mesalina, ejecutada a causa de los celos de Agripina (*cf*. Tácito, *Anales*, XII, 64-65). <<

[92] La fórmula en los filósofos habitualmente es «todo lleno de dioses» (*cf*. Epicteto, *Diatribas*, III, 3, 15; Aristóteles, *Acerca del alma*, 411a, 8); por una vez la palabra «dios» no se ha sustituido por «tonto», puesto que es este el que pronuncia la frase, confundiendo los motivos de la alegría con que lo han recibido esos de los que sólo él ignora cómo han muerto. <<

[93] Otro juez en los infiernos, a pesar de lo cual aplica leyes terrenales, como la lex *Cornelia de sicariis et ueneficiis*, que Sila promulgó en el año 81 a. C.; por lo demás, el juicio contra Claudio es una parodia de los formalismos corrientes en los tribunales romanos. <<

[94] Homero, *Ilíada*, IX, 385. <<

[95] Personaje que menciona escuetamente Tácito, *Anales*, III, 49, y VI, 45, sin decir nada de su amistad con Claudio ni que fuera, como él, tartamudo; esta cualidad lo hace irónicamente ideal para defenderlo. <<

[96] Éaco prescinde de la ley Cornelia y aplica la norma del ojo por ojo, habitual en los juicios infernales (*cf*. Aristóteles, *Ética nicomáquea*, V, 3, donde comenta este verso de Hesíodo que cita, cambiando la persona a segunda, el juez; también Séneca, *Hércules loco*, 734-738); empieza por hacer a Claudio víctima de la arbitrariedad que él mostraba en sus juicios y así Éaco, cometiendo una injusticia, hace sorprendentemente justicia. <<

[97] La propuesta es que Claudio sustituya a alguno de estos célebres condenados: Sísifo que acarrea una y otra vez su piedra, Tántalo que ve cómo se alejan agua y alimento cuando quiere alcanzarlos, e Ixión atado a una rueda en perpetuo movimiento. No prospera, pero la tarea absurda que se impone a Claudio recuerda la de Sísifo y más aún la que realizan las Danaides, condenadas para siempre a llenar de agua un tonel desfondado. <<

[98] Calígula, que no fue divinizado, se halla lógicamente en los infiernos; Séneca lo hace intervenir únicamente para poder humillar aún más a Claudio: ni siquiera va a contar con el flaco consuelo de ver su nombre incluido, ya que no en las *Metamorfosis*, en la relación de condenados famosos, al quedar anulada la sentencia en virtud de la reclamación de Calígula, que se basa en el papel, impropio de un hombre libre, de bufón bobo que Claudio desempeñó en su corte, donde era víctima de malos tratos, vejaciones y golpes (Suetonio, *Claudio*, 8 y 38, 3; *Nerón*, 6, 2). <<

[99] La degradación de Claudio llega rápidamente al final: sus amos se deshacen de él sin tardanza, y acaba siendo esclavo de un esclavo manumitido, a las órdenes de un liberto, como en vida le pasaba (Suetonio, *Claudio*, 29, 1); también como en vida continuará ligado a los tribunales, pero no en el puesto principal que solía ocupar, sino en uno ínfimo, subalterno y meramente burocrático, adjunto a *cognitionibus*. Así remata Séneca su venganza, dado que su condena al destierro se produjo en virtud de uno de esos procesos judiciales sumarios clasificados como indagaciones, y ahora Claudio se verá reducido a ponerlas por escrito (*cf.* E. Bickel, «Der Schluss der *Apocolocyntosis*», *Philologus* 77 (1921), págs. 219-227). <<

[1] Siguiendo el ejemplo de varios críticos, hemos suprimido en cada epístola el «saludo» y el «adiós», por innecesarios y reiterativos. <<

Asimismo, según costumbre generalizada, al citar algún pasaje de las *Epístolas* (en adelante citadas con la abreviatura *Epíst*.,), expresamos, sin indicación del libro, el número de serie de la epístola y el del párrafo en cuestión.

[2] La epístola es considerada como el prólogo a todo el *corpus* epistolar. G. Scarpat (*L. A. Seneca, Lettere a Lucilio. Libro Primo*, Brescia, 1975, pág. 26) muestra la conexión de esta carta con el diálogo *De breuitate uitae*, escrito casi tres lustros antes, del que sería como «una recapitulación viva». Se desarrollan los mismos temas. Puede servir de comentario a la epístola J. Moreau: «Sénèque et le prix du temps», *Bulletin de l'Association G. Budé* (1969), págs. 119-124. <<

[3] Hemos tenido presente la explicación de A. Traina sobre el verbo *uindicare*, de impronta jurídica, que significa «reivindicar legalmente la posesión de alguna cosa, quitándosela al propietario legítimo» (*Lo stile «drammatico» del filosofo Seneca*, Bolonia, 1974, pág. 12). <<

[4] Se entiende el tiempo presente que consagramos a la enmienda del alma. La frase, a juicio de Scarpat (1975, pág. 27), es la más interesante de la carta, filosóficamente hablando. <<

[5] El aforismo recuerda a Hesíodo, *Trabajos y días*, 369: «El ahorro que se hace de lo que hay en el fondo del vaso resulta inútil». La sentencia pertenece al fondo de la sabiduría práctica latina, transmitida en proverbio: *cf*. G. Mazzoli, *Seneca e la poesia*, Milán, 1970, págs. 165-166. <<

[6] Se establece así una relación con la epístola anterior: allí *uindicare se sibi*, aquí *secum morari*. Precisamos de la tranquilidad y de la reflexión íntima como antídoto frente a la agitación de los viajes. De ahí la necesidad del estudio (*cf*. G. Scarpat, 1975, págs. 43-44). <<

[7] «Este consejo excluye la práctica de la doxografía», entendiendo por «doxografía» el resumen de la doctrina de los filósofos griegos, realizado por los autores antiguos (P. Grimal, *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 1978, pág. 21). Séneca ha leído, y mucho, a los propios autores clásicos. <<

[8] Epicuro, cual gran maestro, suministra la máxima con que fortalece a Lucilio en el aprendizaje de la pobreza: H. Usener, *Epicurea*, Leipzig, 1887 (=Roma, 1936), frag. 475. No es preciso que la máxima sea cita literal, responde al sentido. Séneca, que leyó asiduamente las obras de Epicuro, se apropia sus ideas «con finalidad psicológica» (A. Traina, 1974, pág. 116). <<

[9] La epístola encarece la perseverancia en el bien para alcanzar la sabiduría y así, en medio de la libertad de espíritu, alejar todo temor a la muerte y a la pobreza. <<

[10] Al invitar a Lucilio a la ascensión espiritual, Séneca evoca imágenes familiares con que estimular al amigo en la prosecución de ese objetivo. La satisfacción que experimente, una vez conseguida la madurez del filósofo, será semejante a la alegría que tuvo al recibir la toga viril (*cf*. P. Grimal, 1978, pág. 24). <<

[11] Diversos ejemplos de personajes famosos asesinados a traición: Pompeyo, derrotado en Farsalia, fue ejecutado por orden de Ptolomeo XVI, todavía bajo la tutela del eunuco Potino, quien le sugirió la decisión; Craso, miembro del «primer triunvirato», que emprendió una expedición contra los partos, fue derrotado a traición; el emperador Calígula, que mandó a E. Lépido, uno de sus favoritos, que se entregara a la muerte (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 24, 5), fue asesinado a su vez por Quérea, tribuno pretoriano al que tantas veces había humillado (Suetonio, *Calígula*, 56, 4). Para todo el pasaje *cf*. Scarpat, 1975, págs. 86-87. <<

[12] No sólo deberá Lucilio liberarse del temor a la muerte, también rehuirá el temor a la pobreza. A ello le animará la máxima de Epicuro: Usener, 1887, frag. 477. Lucrecio ofrece una sentencia similar: «la suprema riqueza para el hombre consiste en vivir parcamente» (*op. cit*., V, 1118). Casi con las mismas palabras la máxima epicúrea se repite en *Epíst*., 27, 9. <<

[13] Versión latina de la fórmula epicúrea: «mè peinên, mè dipsên, mè rigoûn»: Usener, 1887, frag. 200. La expresión, con ligeras variantes, la reproduce la epístola 119, 7. <<

[14] Como en la epístola anterior, la idea de la perseverancia en la mejora del alma, en el esfuerzo por la sabiduría, está también presente en ésta. <<

[15] Este desprecio por las convenciones sociales, propio de los filósofos cínicos, lo alentó asimismo Zenón, el fundador de la Estoa; pero ya Panecio reaccionó en contra. Séneca, si es cierto que no aprueba el refinamiento superfluo de la vida ciudadana, «habla de frugalidad, simplicidad, pobreza, no de suciedad y desorden» (Scarpat, 1975, pág. 93). <<

[16] Grimal cree descubrir aquí la impresión que produjo en Séneca y en otros senadores estoicos la ejecución de Rubelio Plauto, ordenada por Nerón, a instancias de Tigelino. Plauto, varón de costumbres severas, evocaba en su vida la imagen prototípica de Catón (*cf*. 1978, pág. 225). <<

[17] Es sobre el tema de la sociabilidad, *congregatio*, frente a los cínicos, sobre el que insiste la epístola. <<

[18] Como otros estoicos y toda la ascética antigua, Hecatón piensa que los deseos y la codicia están en la raíz del temor, del que Séneca quiere liberar a Lucilio. No se han conservado las obras de Hecatón de Rodas, discípulo de Panecio, pero esta cita, como las otras dos en *Epíst*., 6, 7 y 9, 6, sin duda provienen de la lectura directa de los escritos de este filósofo, uno de cuyos tratados puede muy bien ser la fuente principal del *Sobre los beneficios* de Séneca. Así lo afirma Grimal diciendo que Séneca «nos da a conocer que lee los tratados de Hecatón y que saca máximas dignas de ser meditadas» (1978, pág. 22). <<

[19] La transfiguración («metaschematizesthai» en Posidonio) que experimenta Séneca, no puede comunicarla plenamente a Lucilio sólo a través de cartas: necesita su presencia, convivir con él y compartir con el amigo tanto bien. <<

[20] Destaca esta máxima: «el camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos». Lo que confirma a continuación, señalando el comportamiento de Zenón respecto de Cleantes, el de Sócrates respecto de Platón y Aristóteles, y el de Epicuro, a quien hizo célebre su camaradería, *contubernium*, con Metrodoro, Hermarco y Polieno. <<

[21] H. N. Fowler, *Panaetii et Hecatonis Librorum Fragmenta*, Bonn, 1885, frag. 26. Scarpat —que no cita a Fowler— aduce varios lugares paralelos del Epistolario; 8, 6: «si esto me digo a mí mismo»; 32, 5: «te deseo el dominio de ti mismo»; 60, 4: «está vivo quien saca partido de sí» (*cf*. 1975, pág. 125), característicos del lenguaje de la interioridad de que se sirve Séneca en orden a la autoposesión. <<

[22] Rehuir la multitud y los espectáculos públicos que, en este caso, se concretan en los del anfiteatro, le es indispensable al aspirante a la sabiduría, por cuanto los malos ejemplos que allí se dan estimulan al vicio. Si, como pretende Scarpat, no ya el § 5, sino que «toda la carta está escrita pensando en Nerón» (*op. cit.*, 1975, pág. 130), Séneca trataría con ella de amonestar a los responsables para que no diesen pábulo a la crueldad de Nerón. De hecho el filósofo, cuando fue ministro del Príncipe, influyó para suavizar los espectáculos, impidiendo que nadie, aunque condenado, fuese allí ejecutado. <<

[23] Los espectáculos del anfiteatro se desarrollaban en dos tiempos: por la mañana tenían lugar las luchas de bestias feroces entre sí, o con los gladiadores (*bestiarii*); por la tarde combatían sólo los gladiadores. A mediodía quedaban interrumpidas las competiciones, y el público se entretenía con representaciones de teatro, con danzas o con exhibiciones gimnásticas. Pero, con frecuencia, la turba exigía luchas todavía más crueles. Éste es el caso al que alude Séneca. Sobre el tema puede consultarse J. Guillén, *Urbs Roma*, Salamanca, 1978, II, págs. 351-360; 365-368. <<

[24] Se trataba de parejas que combatían así, según unas normas establecidas, y que, por ser particularmente famosas, las reclamaba el público al emperador, quien a veces accedía a la competición a título de espectáculo extraordinario. <<

[25] Es decir, mientras está interrumpido el espectáculo, ya que *arena* hay que entenderla como contenido (público) más que como continente (*cf*. Scarpat, 1975, pág. 145). <<

[26] Frase en la que se alude claramente a Nerón que constituye el punto central de la epístola. Séneca desea que Nerón no se deje llevar de los malos ejemplos, que siempre redundan en quienes los han provocado, en los organizadores y responsables de tantas escenas de crueldad. <<

[27] Personajes celebérrimos por su ejemplaridad, citados a menudo por Séneca como dechados de virtud. Sócrates, ya citado en la epístola 6, 6, será mencionado catorce veces. El nombre de Catón de Útica aparecerá en muchos más pasajes, treinta en total, presentado como modelo de sabio estoico, cuyos rasgos a imitar quedan jalonados a lo largo de todo el *Epistolario*. A Lelio se le cita en seis ocasiones. En los dos primeros destaca más la austeridad de vida; el tercero, llamado *sapiens*, se muestra más accesible. <<

[28] Diels-Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, 10.ª ed., Berlín, 1960-1961, frag. 302 a. Es Demócrito de Abdera, que en ética predicaba la moderación de los deseos y la sobriedad como vía para llegar a la serenidad del alma. <<

[29] Usener, 1887, frag. 208. *Cf*. asimismo la máxima semejante de Heráclito: «uno vale para mí diez mil, si es óptimo» (Diels-Kranz, frag. 49 de Heráclito). <<

[30] Separado de los cargos públicos Séneca piensa ser útil, resultar eficaz (*cf*. Scarpat, 1975, pág. 162) con sus conciudadanos y la posteridad. Resuelve la aporía entre la vida activa y la contemplativa: cuando ya no es posible la participación en los asuntos públicos, cabe laborar en un retiro fecundo por el bien de los demás. <<

[31] En medio de un retiro activo se consigue el fin de la autarquía, desconfiando de la fortuna, dando al cuerpo sólo lo suficiente (*cf*. nota 13) y considerando sólo valiosa el alma. <<

[32] Un testamento quedaba convalidado cuando en las tablillas, junto al sello del testador, se colocaba el de cinco testigos. De ahí la importancia del testigo, cuyo papel desempeñó Séneca. <<

[33] Usener, 1887, frag. 199. Así, mediante el cultivo de la sabiduría, la libertad se constituye en el fruto preciado del retiro y de la autarquía. <<

[34] O. Ribbeck, *Publilii Syri Sententiae in Comicorum Romanorum Fragmenta*, Leipzig, 1898, pág. 373. Publilio, junto con Décimo Laberio, dio gran esplendor al «mimo» (cuyos actores representaban descalzos). Nos quedan de él un centenar de sentencias, dignas algunas, a juicio de Séneca, de figurar en la tragedia (a cargo de autores calzados con el «coturno», que les proporcionaba apariencia de mayor estatura). <<

[35] Lucilio era también poeta. Los versos que de él nos quedan están bien acuñados. Séneca aconseja a Lucilio no hacer la descripción del Etna en el poema que compone (*cf. Epíst*., 79, 5). Para los dos pasajes de su producción poética aquí mencionados *cf*. Baehrens, *Lucil. Iun*., frags. 1 y 2, págs. 362-363. <<

[36] Usener, 1887, frag. 174. Pero la epístola no se ha conservado. Séneca responde a la dificultad de conciliar la autosuficiencia del sabio con el cultivo de la amistad. El sabio, dice, se basta a sí mismo, pero quiere tener amigos, y no por motivos egoístas para tener ayuda en la necesidad, como pudiera ser el caso de los epicúreos, sino para tener a quien amar y por quien sacrificarse. La autarquía favorece en él la amistad. <<

[37] Estilbón —mejor Estilpón, como demuestra Scarpat (*cf*. 1975, pág. 203)—, a través de Trasímaco, fue discípulo de Euclides el Socrático y de gran habilidad dialéctica. Se dice que fue maestro de Zenón, estoico antes de fundarse la Estoa, que profesaba la apatía y la independencia del sabio (*cf*. Diógenes Laercio, II, 113 y sigs.). <<

[38] Es decir, entre nosotros, los estoicos, y los filósofos de la escuela megárica, discípulos de Estilpón. <<

[39] Fowler, 1885, frag. 27. Es la tercera y última cita de Hecatón. <<

[40] Filósofo del tiempo de Tiberio que inició a Séneca en la sabiduría estoica. Se refiere, sin duda, a una máxima que había escuchado de viva voz al maestro. El *dicere solebat* lo repite Séneca varias veces en el *Epistolario*, referido a Átalo. <<

[41] Usener, 1887, frag. 175. <<

[42] Bellísima definición descriptiva de la amistad. <<

[43] J. von Arnim, *Stoicorum veterum fragmenta*, Leipzig, 1903-1924 (=Stuttgart, 1964) 111, 674. Es uno de los fragmentos morales de Crisipo, sucesor de Zenón y segundo fundador de la Estoa. El texto latino de Séneca se sirve de *opus esse* y *egere* para establecer la distinción y responder así a los términos griegos *déomai* y *endéo*. <<

[44] Es un pensamiento de Crisipo conservado por Arnim en la serie de sus fragmentos relativos a la física: 1903-1924, II, 1065. <<

[45] La anécdota es narrada por Diógenes Laercio, II, 115. En la respuesta dice «que no había perdido nada de lo personal, ya que nadie queda desprovisto de su educación (*paideía*), pues conserva su razón (*lógos*) y su saber (*epistéme*)». Séneca la refiere en *Sobre la firmeza del sabio*, 5, 6-7, aunque con variantes y en un contexto diverso. <<

[46] Usener, 1887, frag. 474. Los comentaristas suelen aducir el lugar paralelo de Horacio, *Epístolas*, I, 10, 44: *laetus sorte tua uiues sapienter*; así como el de Epicteto (*apud Clemens Alexandrinus Stromateis*, 6, 2 = Usener, 1887, frag. 476): «la autarquía es la mayor de las riquezas». *Cf. Epíst*., 17, 11. <<

[47] Senario yámbico de autor incierto, según Ribbeck (1898, pág. 147, frag. 77). W. Meyer (*P. Publilii Sententiae*, Leipzig, 1980, N 61) lo atribuyó, aunque con reservas, a Publilio Siro, quizás por haber sido ya citado en esta epístola (*cf*. Scarpat, 1975, págs. 232-233). <<

[48] Séneca exhorta aquí a Lucilio a un retiro riguroso, puesto que considera muy difícil encontrar amigos íntimos, realmente buenos y sabios. <<

[49] Crates de Tebas, filósofo cínico, discípulo de Diógenes y, como su propio mentor Estilpón, maestro de Zenón, el fundador de la Estoa. <<

[50] Es la segunda parte de la epístola que se ocupa del recto uso de la plegaria a los dioses. <<

[51] Lo más probable es que se trate de Atenodoro de Tarso, filósofo estoico, amigo de Catón de Útica y maestro de Augusto (*cf*. O. Hense, *Seneca und Athenodor*, Friburgo de Brisgovia, 1893). Parece ser el mismo filósofo citado en el diálogo *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 3, 1-8; 4, 1; 72 (*cf*. Scarpat, 1975, págs. 245-246, nota 5 al pasaje). <<

[52] Hemos mantenido la lectura de Reynolds, aceptada por todos los críticos anteriores a él, apoyada en M y otros códices, en principio, «menos buenos»: *Dedit nobis gustum ad quem respondebit*; pero Scarpat, apoyado en Q, lee: *Dedit nobis gustum ad quem res pendebat*. Es decir, «Nos dio una muestra de su modo de juzgar las cosas», no «una muestra de cómo se comportará (= una muestra a la cual conformará su vida)». Reconocemos la perspicacia, bien acreditada, del filólogo italiano (*cf*. 1975, págs. 259-260), pero en este pasaje nos hemos adherido a la interpretación tradicional. <<

[53] Aquí Séneca se opone a la corriente estoica más antigua y piensa con Panecio que los defectos naturales, anímicos o somáticos, se pueden mitigar con la educación, pero no corregir totalmente. Es posible que Séneca a través del joven amigo en cuestión —el mismo, a juicio de Grimal (*cf.* 1978, pág. 442) que el de la epístola 3.1— tenga presente a Nerón, cuyas perversas inclinaciones se había esforzado en corregir y que en ese tiempo daba rienda suelta a su crueldad. <<

[54] L. Cornelio Sila, tristemente célebre por su dictadura y proscripciones. Según Plutarco (*Sila*, 2), aquel su mirar naturalmente fiero y desapacible se hacía entonces más terrible a quien lo contemplaba por el color rojo oscuro de su semblante. Séneca habla de su crueldad en *Sobre la ira*, 1, 2, 3; II, 34, 3; III, 18, I. <<

[55] De Pompeyo dice Plutarco (*Pompeyo*, 2) que presentaba un aspecto afable, que cautivaba la atención del oyente aun antes de hablar; y que por su cabello un poco levantado y el movimiento de los ojos daba motivo a que se dijese que existía cierta semejanza entre su semblante y los retratos de Alejandro. <<

[56] Papirio Fabiano, discípulo de los Sestios y, por lo mismo, uno de los maestros del neopitagorismo, que en ocasiones refleja Séneca. A él se refiere el filósofo en varias de las epístolas: 40, II; 52, 11; 58, 6 y más ampliamente en la 100, 1, 2, 5, 9. Aquí refiere un hecho que presenció personalmente. <<

[57] Usener, 1887, frag. 210. Es de este modo como Séneca establece el nexo entre las dos partes de la epístola: aun para reducir los defectos naturales, cuánto más para corregir los vicios, nos irá bien escoger un modelo. <<

[58] A Catón y Lelio nos hemos referido en la nota 27. <<

[59] Séneca se halla en el umbral de la ancianidad. Entre el momento de escribir esta epístola, principios de octubre del 62, y la epístola 26, primavera del 63, ha cumplido los 63 años, edad que le convierte en *senex*. <<

[60] Se trata del *Nomentanum*, casa de campo a pocas millas de Roma, propiedad familiar, cuya posesión databa de 40 a 50 años atrás, anterior, por tanto, a su destierro (Grimal, 1978, pág. 230, nota 580). Señala Scarpat (1975, pág. 284), que Séneca ya no distingue entre *suburbanum (praedium)* y *uilla*. <<

[61] Detalle que confirma la fecha que hemos señalado para la composición de la epístola en la nota 39. <<

[62] El *Genius*, que poseía en Roma cada varón, como cada hembra su Juno (*cf. Epíst*., 110, 1), no expresaba tan sólo la facultad procreativa del ser humano (*gígnomai, gigno*), sino que se identificaba además con la fuerza misteriosa de la personalidad de cada individuo. El *Genius* del *pater familias* tenía para todos los miembros del hogar la mayor importancia. Los esclavos —tal es nuestro caso— juraban por el *Genius* de su señor. <<

[63] Recordemos, para comprender el alcance de la ironía, que entre los romanos los cadáveres eran expuestos en el atrio de la casa junto a la puerta, con los pies vueltos hacia la salida. <<

[64] Era en el mes de diciembre, en el último día de las Saturnales, llamado el de *Sigillaria (sacra)*, cuando el señor de la casa ofrecía a los suyos estatuillas de terracota, especialmente gratas a los niños; aunque a veces inspiraban miedo por su fealdad (*cf*. Marcial, *op. cit*., XIV, 182). <<

[65] Séneca insiste, aún más que Cicerón, en las ventajas de la vejez: la vida se saborea mejor a causa de la madurez de la persona; la propia vejez constituye una delicia, porque, superadas las pasiones, no tiene necesidad de placeres. <<

[66] Los romanos contaban los días de medianoche a medianoche, y aun cuando la hora, duodécima parte del tiempo comprendido entre la salida y la puesta del sol, era de mayor o menor duración, según la época del año, el conjunto del día, horas de luz y vigilias nocturnas, tenía siempre la misma duración, por lo cual los días debían considerarse iguales unos a otros. Para la cita de Heráclito véase: Diels-Kranz, Heráclito, frag. 106. <<

[67] Se trata con toda verosimilitud del legado que, en la época de Tiberio, sustituyó a Elio Lamia en el gobierno de Siria, al ser éste retenido en Roma por el emperador. Fue así como Pacuvio, por derecho de usucapión, es decir, por el ejercicio del poder durante largo tiempo, hizo suya la provincia. <<

[68] Costumbre extraña, pero frecuente en la época imperial entre gente refinada: la de simular, después de una opípara cena, el propio funeral. El verbo *parentare*, «celebrar un sacrificio fúnebre», alude a las *parentalia*, fiestas anuales que se celebraban del 13 al 21 de febrero en honor de los difuntos de la familia, y que terminaban con un banquete (*cf*. Petronio, *op. cit*., 71-78 y más en concreto el 78). <<

[69] Virgilio, *Eneida*, IV, 653. Frase de Dido a punto de suicidarse. <<

[70] Usener, 1887, frag. 487. <<

[71] Expresión tomada en préstamo a Horacio, *Epístolas*, 1, 1, 14: «jurar al dictado de las enseñanzas del maestro» (*cf*. Scarpat, 1975, pág 303). <<

[72] Como buen asceta, Séneca está dispuesto a luchar contra la fortuna, y a no arredrarse ante la muerte, aunque sabe que a la postre el odio de Tigelino y la debilidad de Nerón acabarán con él. En esta voluntad de rehuir todo temor, y en la aceptación de lo inevitable, reside en buena parte el secreto de la serenidad conquistada por el filósofo. La epístola 13 es el comentario de esta actitud (*cf*. Grimal, 1978, pág. 232). <<

[73] Aparte de que esta epístola no está alejada en el tiempo (otoño del 62) de las acusaciones que contra él presentó Romano, aquí Séneca piensa también en el peligro que corrió en tiempo de Calígula. Puede asimismo referirse al caso bien conocido de un Sejano prepotente que luego fue duramente castigado. <<

[74] Es el gran modelo que le infunde ánimos ante las horas difíciles que le aguardan. <<

[75] Usener, 1887, frag. 494. La necedad carece de la firmeza y solidez que confiere el progreso en la sabiduría (*cf. Epíst*., 23, 11). <<

[76] Se refiere Séneca al concepto de la *conciliatio sui*, tendencia de todo ser hacia su conservación. Pero tal tendencia debe moderarse por la acción del alma. <<

[77] Nos ofrece el filósofo un cuadro impresionante de los medios de tortura a que recurría el despotismo imperial (*cf. Epíst*., 85, 26-27). <<

[78] Lucilio era buen conocedor de aquel paraje, ya que Nerón le había destinado a Sicilia como procurador (*cf. Epíst*., 79, 1). <<

[79] Séneca alude a su comportamiento político: se aparta de un poder que cree le perjudica, pero sin rehuirlo abiertamente. Esta gran delicadeza y generosidad de espíritu se trasluce en el relato de Tácito (*cf. Anales*, XIV, 53-54). <<

[80] Ya ha dicho que el estudio de la filosofía es como la cinta que sacerdotes y vestales llevaban en su cabeza cual signo de inviolabilidad sagrada. Así lo repite en términos casi idénticos en la epístola 55, 4: «la filosofía es cosa… sagrada y venerable». <<

[81] Catón, con gran sentido histórico, en base a los principios de la moral estoica, se opuso a la guerra civil. Si, en última instancia, se inclinó por Pompeyo, no fue porque se sintiese pompeyano, sino porque Pompeyo le debió parecer un mal menor. Aquí encontramos la expresión: «no puede dejar de ser el peor quien haya vencido», paralela a la de Lucano, *op. cit*., VII, 706: «vencer era peor», sentencia muy significativa: no es sólo un consuelo para los derrotados, hay asimismo una repulsa y un lamento por la libertad que se ha perdido (*cf*. S. Mariner, «La Farsalia, poema sin dioses, ¿también sin héroes?», *Estudios Clásicos* 15 (1971), pág. 148). <<

[82] Firmes oponentes de la tiranía imperial, los estoicos, como hemos comprobado en Séneca, se retiraron y esperaron en silencio a que, con Trajano y sus sucesores se formulasen principios más justos para la convivencia política y civil. <<

[83] Usener, 1887, *Epíst.*, 3, pág. 63. La máxima se relaciona con el concepto de autarquía. <<

[84] Se trata de convencer plenamente a Lucilio de que sin el estudio de la sabiduría no llegará a la felicidad y de que toda virtud no es un simple conocimiento, sino una actitud del alma (*cf*. Grimal, 1978, pág. 24). <<

[85] *Cf*. nota 80 sobre el alto concepto que tiene Séneca de la filosofía. <<

[86] Con posterioridad a esta epístola, Séneca escribirá su tratado *Sobre la providencia* (fines del 62 o principios del 63), cuando ya Lucilio, que no acierta a comprender la existencia del mal en el mundo, estará informado de las ideas estoicas al respecto. <<

[87] Usener, 1887, frag. 201. Entiéndase por opinión «los criterios o prejuicios del vulgo». <<

[88] Grimal habla a este respecto de los *principia* o *prima naturae*, exigencias primeras de la naturaleza, afirmando que «será digno de consideración aquello que, en cada ser, contribuye a permitirle su supervivencia e, inversamente, será rechazado cuanto le pone en peligro» (1978, pág. 371). *Cf*. asimismo las notas 12 y 13. <<

[89] *Opituletur*, dice Séneca, término que Justo Lipsio refirió al *Hortensius* (*cf*. Mueller, *Hortensius*, frag. 98, pág. 326), obra perdida que contenía una exhortación a la filosofía en forma dialogada y que tanto impresionó a San Agustín (*cf. Confesiones*, III, 4, 7). <<

[90] Séneca censura a los personajes ilustres que saquean las provincias, que necesitan grandes recursos para sostener todo un ejército de esclavos. <<

[91] Una angustiosa situación del ejército, de similares características, la describe Séneca en *Sobre la ira*, III, 20, 2. Se trata del ejército a las órdenes de Cambises II, rey de los persas. <<

[92] Le bastarán los medios que permiten sobrevivir. *Cf*. nota 319. En la epístola 18, 5 dice: «contentándote con muy escasa y vulgar alimentación, con un vestido áspero y rugoso». <<

[93] Usener, 1887, frag. 479. Tanto el mal, como el bien, están en el alma, no penden de las ventajas externas. <<

[94] Recordemos cómo Lucilio, de linaje humilde, gracias a sus cualidades y esfuerzo personal, alcanzó el rango de caballero y desempeñó varios cargos de procurador en las provincias. <<

[95] El término *eculeus*, «potro», referido a Mecenas viene a significar que de la misma manera que un ajusticiado sufre el tormento del potro, así Mecenas, el gran ministro de Augusto, se veía sometido a la tiranía de sus altos cargos. <<

[96] P. Lunderstedt, *De C. Maecenatis fragmentis*, Leipzig, 1911, frag. 10. Se ignora si fue una tragedia o una sátira menipea. Esto segundo parece más probable. <<

[97] Su estilo preciosista en extremo, amanerado y hasta oscuro, reflejo de su molicie, lo censuró con ironía el propio Augusto. En la epístola 114, 4 y sigs., Séneca se refiere a Mecenas, explicitando cuanto aquí dice. <<

[98] Usener, 1887, frag. 542. <<

[99] El siervo *nomenclator* indicaba a su señor el nombre de las personas que encontraba en el camino o que le iban a visitar a casa. Lucilio deberá reconocer a los verdaderos amigos. <<

[100] En la epístola anterior, § 8, Lucilio había preguntado a Séneca sobre la manera de eludir la agitación de los cargos públicos. Séneca que allí le aconsejó el retiro, ahora le exhorta al estudio de la filosofía, para que el retiro sea fecundo. <<

[101] Esta definición, al parecer sorprendente, es consecuencia de cuanto ha dicho en el § 2. Concuerda con la vieja afirmación de Zenón sobre la perfección y la felicidad que radican en «la concordancia de toda la vida» (Diógenes Laercio, VII, 89). <<

[102] Usener, 1887, frag. 206. <<

[103] Filósofo cínico, coetáneo y amigo de Séneca. <<

[104] Aquí Séneca perfecciona el pensamiento de Epicuro. Para él la pobreza debe ser voluntaria y los signos externos de nada sirven para quien no la eligió libremente. <<

[105] Idomeneo de Lámpsaco, casado con la hermana de Metrodoro y seguidor de la doctrina de Epicuro, fue ministro del tirano de su ciudad y del rey de Macedonia, Lisímaco, alto cargo al que alude Séneca en este pasaje. <<

[106] Usener, 1887, frag. 132. <<

[107] T. Pomponio Ático, noble y cultísimo romano, al que Cicerón dirige el conocido *corpus* epistolar en 16 libros. <<

[108] Séneca es consciente «de construir con sus cartas un monumento literario que inmortalizará al autor y también al destinatario» (Scarpat, «L'Epistolografia» *Introduzione allo studio della cultura classica I*, Milan, 1972, pág. 504). <<

[109] *Eneida*, IX, 446-449. Se trata de Niso y Euríalo, que murieron heroicamente luego de haber dado muerte a gran número de rútulos. <<

[110] Pítocles, joven amado de Epicuro y confiado por éste a Idomeneo. <<

[111] Usener, 1887, frag. 135. <<

[112] A cualquier tipo de deseo inmoderado. <<

[113] No se trata, pues, solamente de la codicia de las riquezas, sino también de la codicia de los honores, de los placeres y de una vida larga, deseos todos que, en la clasificación de Epicuro, no son ni naturales, ni necesarios. *Cf*. nota 116. <<

[114] *Cf. Epíst*., 33, 2, donde desarrolla el mismo pensamiento. <<

[115] Traduce el termino latino *hortuli*, versión a su vez de *kêpoi* «jardines», que designa el lugar de Atenas en el que enseñaba Epicuro. <<

[116] Epicuro distingue, en efecto, tres clases de deseos: los naturales y necesarios (comida, vestido, cobijo), que hay que satisfacer siempre; los naturales, pero no necesarios (los placeres sexuales), que deben ser aceptados si su satisfacción no resulta costosa ni acarrea malas consecuencias (a unos y otros se refiere el § 11 de esta epístola); los no naturales ni necesarios, a los que se refiere el § 8 de la misma epístola (*cf*. nota 113) y que es mejor rechazar. <<

[117] Al parecer, se trataba de un proceso por causas políticas, según cabe deducir del contexto inmediato: los ejemplos, que en ese sentido se aducen, son de grandes figuras de la historia de Roma. <<

[118] P. Rutilio Rufo, adicto al estoicismo, varón de suma integridad. Cónsul en 105 y procónsul de Asia en el 94. Se le desterró acusado, falsamente, de concusión en perjuicio de las provincias de Asia. En señal de protesta por la injusticia, abandonó Roma, adonde jamás quiso regresar, ni siquiera a ruegos del propio Sila. Murió en Esmirna (*cf*. Cicerón, *Brutus*, 115; Valerio Máximo, *op. cit*., 11, 10, 5). <<

[119] Q. Cecilio Metelo, apellidado «Numídico» por haber derrotado a Yugurta, rey de Numidia. Adversario acérrimo de Mario, fue derrotado el año 100 y liberado al año siguiente. <<

[120] Actitud expuesta en el *Critón* platónico. <<

[121] Relato contado por Tito Livio (*op. cit*., II, 12-13). <<

[122] Séneca, que tantas veces se refiere a él en las *Epístolas* (*cf*. nota 27), en el relato que nos brinda de su muerte da la impresión de trabajar sobre fórmulas de cliché, por cuanto debió formar parte de los temas de la escuela, dada su eficacia aleccionadora (*cf*. Grimal, 1978, pág. 409). <<

[123] Se trata del *Fedón*, que, por tratar el tema de la inmortalidad del alma, era particularmente apropiado para aquel trance. <<

[124] *Vid*. varios lugares paralelos de las *Epístolas*: 67, 7 y 13; 70, 19; 95, 72. <<

[125] Q. Cecilio Metelo Pío Escipión, jefe del ejército pompeyano, que, derrotado en Tapso, para no caer en manos de César se quitó la vida (*cf*. [Hircio], *De bello Africo*, 96). <<

[126] En particular los dos Africanos: el que derrotó a Aníbal en Zama y el que destruyó Cartago. <<

[127] Usener, 1887, frag. 341. Así, Lucrecio (*op. cit.*, 111, 978-979) afirma que «sufrimos en esta vida [a causa de nuestros vicios] todas las penas que la fábula nos asegura que se hallan en el Aqueronte profundo». <<

[128] Es el perro, guardián de los infiernos, al que se le imagina con muchas cabezas. <<

[129] Precisamente sobre los relojes públicos solía grabarse la inscripción referida a las horas: *uulnerant omnes, ultimo necat* [hieren todas, mata la última]. <<

[130] Baehrens, *Lucil. Iun.*, frag. 3, pág. 363. <<

[131] Usener, 1887, frag. 496. <<

[132] *Ibid*., frag. 498. <<

[133] *Ibid*., frag. 497. <<

[134] Expresión que aparece en Séneca, *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 2, 15: «[…] empezó a provocarles hastío la vida y el mundo mismo, y salió lo típico de las voluptuosidades despanadas: “¿Hasta cuándo lo mismo?”». Inquietud y tedio característicos de los hombres del siglo I a. C. y del I d. C. <<

[135] *Cf. Epíst*., 11, 1: *uerecundiam, bonum in adulescente signum, uix potuit excutere*. El rubor, para Séneca, constituye un buen indicio en el joven. <<

[136] *Cf*. notas 12 y 13. <<

[137] Usener, 1887, frag. 602. En la epístola 119, 7, Séneca hará decir a su interlocutor ficticio: «Pero es poco lo que posee el que se contenta con no tener frío, ni hambre, ni sed», a lo que el filósofo responderá: «Júpiter no posee más». <<

[138] *Ibid*., frag. 211. *Cf. Epíst*., 11, 8-10. <<

[139] *Cf*. notas 58 y 27. Allí nos referimos a Catón y Lelio. De Escipión, que aquí es Africano el Menor o Emiliano, hace grandes elogios Cicerón por boca de Lelio (*De amicit*., II, 27). <<

[140] Usener, 1887, frag. 209. <<

[141] *Cf. Epíst*., 12, 1 y 4. <<

[142] Ya observamos (*cf*. nota 59) que Séneca ha alcanzado ahora la edad de 63 años, que le constituía oficialmente en un viejo. <<

[143] *Cf*. el lugar paralelo de la epístola 67, 2. <<

[144] Habrá que creer, frente a tanta crítica superficial, en la sinceridad y coherencia de vida del filósofo. No podemos olvidar que supo renunciar al poder. <<

[145] Grimal, bien documentado, piensa en una diferencia de edad de unos diez años (*cf*. 1978, págs. 92-93, nota 150). <<

[146] Usener, 1887, frag. 205. Todo este capítulo de Usener sobre *Meditare mortem* debe ser modificado de acuerdo con la restitución llevada a cabo por B. Axelson (*cf. Neue Sececastudien, Textkritische Beiträge zu Senecas* «*Epistulae Morales*», Lund, 1939, pág. 168). <<

[147] Presenta la muerte como medio supremo de liberación. <<

[148] El culpable no sufre tan sólo, como pretende Epicuro, por el temor a ser descubierto; su falta arrastra en sí misma una *paenitentia*, un sentimiento de culpabilidad insuperable (*cf. Epíst*., 97, 13 y 15). <<

[149] Liberto al que se recuerda por la alusión que Séneca hace de él en este pasaje. Se trata, pues, de un nuevo rico, tan ignorante como vanidoso, del tipo ridiculizado por Petronio, en *El Satiricón* (*cf*. 48, 50, 52), en la figura de Trimalción. <<

[150] *Cf*. epístola 27, 9. <<

[151] Son Alcemán, Alo, Estesícoro, Anacreonte, Safo, Simónides, Íbico, Baquílides y Píndaro, que vivieron entre los siglos VII y V a. C. <<

[152] Los esclavos «analectae» barrían en los banquetes las migajas caídas al suelo. La sugerencia sarcástica de Cuadrato indicaba que las migajas de la mesa, a recoger por los gramáticos, eran las frases incompletas que pronunciaba Sabino. <<

[153] Es la frase de la epístola 4, 10, aunque con variantes. *Cf*. Usener, 1887, frag. 477. <<

[154] *Eneida*, III, 72, donde leemos *recedunt* y no *recedant*, variante de Séneca, determinada por *licet*. Las ciudades y las tierras a que alude el texto son las de Tracia. <<

[155] En la epístola 104, 7-8, en pasaje paralelo del que nos ocupa, se pone en boca de Sócrates una respuesta similar. <<

[156] *Eneida*, VI, 78 y sig., el pasaje en que Virgilio describe a la sibila de Cumas, poseída de Apolo. <<

[157] Los diversos pasajes senecanos, que expresan este cosmopolitismo y sociabilidad universal, pueden verse en M. Gentile (*cf. I fondamenti metafisici della morale di Seneca*, Milán, 1933, pág. 38). <<

[158] Habla de la célebre oligarquía que se estableció en Atenas, después de la guerra del Peloponeso, a la que Sócrates se opuso enérgicamente (*cf*. Platón, *Apología de Sócrates*, 32c-d). <<

[159] Usener, 1887, frag. 522. <<

[160] Personaje desconocido. Boella (*cf. Lettere a Lucilio*, Turín, 1975 (=1969), pág. 180, nota 23) lo identifica con aquel cuya muerte se narra en la epístola 77, 5-9. <<

[161] Probablemente el filósofo Aristón de Alejandría, que vivió en la época de Augusto. <<

[162] Mamerco Emilio Escauro, insigne orador y abogado, pero, según Séneca (*cf. Sobre los beneficios*, IV, 31, 3-4), de vida disipada. Se suicidó junto con su mujer el 34 d. C., inducido a ello por Tiberio, para escapar a una condena. <<

[163] El padre del suegro de Tácito, Agrícola. El historiador le cita en su *Agrícola*, 4, 1, diciendo de él que era conocido por su cultura literaria y filosófica, y que Calígula, que le aborrecía por estas cualidades, le hizo ejecutar por no haberse prestado a una falsa delación. <<

[164] Usener, 1887, frag. 187. <<

[165] Supone la afirmación de Séneca que Lucilio ha renunciado a los valores de la opinión y que ha tomado conciencia de la primacía de la interioridad (*cf*. para este concepto H. Cancik, *Untersuchungen zu Senecas Epistulae Morales*, Hildesheim, 1967, págs. 131-132). <<

[166] El episodio se nos cuenta en *Odisea*, XII, 166-200. Ulises, por consejo de Circe, obtura con cera los oídos de sus compañeros y manda que le aten junto al mástil de la nave para escapar al encanto de las Sirenas. <<

[167] En la isla, mansión de las Sirenas. <<

[168] Es, pues, «indiferente» para los estoicos. <<

[169] Es la primera condición para un juicio recto (*cf*. Grimal, 1978, pág. 377). <<

[170] Así se define la sabiduría en *Epíst*., 89, 5: «la ciencia de las cosas divinas y humanas». <<

[171] Región montañosa que arranca en *Dyrrachium* (hoy Durazzo) y forma parte de Macedonia. <<

[172] La pequeña Sirte comienza al norte del Puerto de Tarso y termina en el cabo Akkara; la gran Sirte está situada entre la península Cirenaica y la ciudad de *Leptis Magna* (hoy Lebda). <<

[173] Escollo y remolino en el estrecho de Sicilia (*cf. Epíst.*, 79, 1), donde Lucilio fue procurador. <<

[174] El alma es concebida como dios que se hospeda en el cuerpo humano. Idea que se repite en *Epíst*., 41, 1-5; 116, 13; 120, 14. Si no hay eco cristiano, no deja de ser sugerente el paralelismo entre ambas ideologías. <<

[175] Ya Eurípides dijo que observó «grandeza de alma en un cuerpo miserable» (*Electra*, 372). En *Epíst*., 44, 4, Séneca toma en préstamo a Platón (*cf. Teeteto*, 174e-175a) la frase de que todo rey desciende de esclavos y todo esclavo de un rey. <<

[176] *Eneida*, VIII, 364 s. <<

[177] Sicilia, de la que era procurador Lucilio. <<

[178] Pensamiento de cuño epicúreo ya expuesto anteriormente: *cf. Epíst*., II, 8 y 25, 5, con las notas. <<

[179] Expresa el abandono en que tenemos nuestros valores más íntimos, siendo así que hemos de hacernos dueños de nosotros mismos: *cf. Epíst.*, 20, 1; 71, 36; 75, 18. <<

[180] Es decir, que los grandes maestros del estoicismo, independientemente del hecho de que algunos como Cleantes nos haya dejado un florilegio, no presentan una formulación única del dogma estoico, sino que cada cual aporta su interpretación personal. No sucede lo mismo entre los epicúreos, donde hay que referirse constantemente a las máximas del maestro (*cf*. Grimal, 1978, pág. 22). <<

[181] Juicio, en suma, favorable a Epicuro. Las mangas largas eran indicio de afeminamiento. <<

[182] Los persas, aunque de costumbres más afeminadas, sabían también comportarse con valor en la guerra. Pero los soldados romanos acostumbraban a llevar la túnica ceñida para tener mayor agilidad de movimientos. <<

[183] Figuras máximas del estoicismo primitivo, los dogmáticos: *cf. Epíst*., 6, 6; 9, 14.
<<

[184] Son los maestros del estoicismo medio, que insistieron en el aspecto moral de la doctrina. <<

[185] Sobre estos discípulos de Epicuro, *cf. Epíst*., 6, 6, nota 20. <<

[186] Ovidio, *Metamorfosis*, XIII, 824. <<

[187] Las *chrías*, término griego, según Quintiliano (*cf. op. cit*., I, 9, y sigs.), son frases notables a las que se añade una explicación. Puede tratarse de simples enunciados, de respuestas, de hechos. Todo ello se ilustra con ejemplos fáciles de deducir. <<

[188] *Cf*. nota 145. <<

[189] *Cf*. nota 101. <<

[190] *Cf*. Arnim, *Aristo Chius*, 1903-1924, frag. 388. Se trata del discípulo de Zenón, pero estoico independiente, al que luego se referirá Séneca, particularmente en *Epíst*., 94, 1-2 y 48. <<

[191] Las enseñanzas del gramático, de las que basta un conocimiento superficial, se oponen a las que tienen por objeto la sabiduría: *cf. Epíst*., 88, 2-3. <<

[192] La misma naturaleza, con solicitud de madre, impulsa a los seres al amor de sí mismos. Lo que no impide que el hombre, a través de la meditación filosófica, se eduque para el menosprecio de la muerte. *Cf*. nota 76. <<

[193] *Epíst*., 30, 6. <<

[194] Podría apreciarse aquí un cierto eco cristiano, sobre todo si se relaciona el pasaje con *Epíst*., 102, 26: «Ese día que temes como el último es el del nacimiento para la eternidad». En el caso que nos ocupa el contexto minimiza el paralelismo. <<

[195] Como el universo —en el que las estaciones se suceden sin interrupción— está en perpetuo movimiento, así el alma, mundo en pequeño, se halla sometida a una transformación constante. <<

[196] Como el ave Fénix que, según la leyenda, vivía 500 años y luego renacía de sus propias cenizas (*cf*. Ovidio, *Metamorfosis*, XV, 391-392), así el sabio perfecto, a juicio de Séneca y los maestros estoicos, es muy escaso. <<

[197] El interlocutor fingido alude, sin duda, a los libertos que sin méritos personales, por el solo favor del príncipe, obtuvieron grandes cargos que ejercieron con despotismo. Ejemplos, en este tiempo, fueron Palante y su hermano por sobrenombre Félix, gobernador de Judea en el imperio de Claudio (*cf*. Tácito, *Anales*, XII, 53-54). <<

[198] Quizá se trate de la persona que había intentado un proceso contra Lucilio: *cf.* *Epíst*., 24, 1, nota 117. <<

[199] Séneca mora en Roma; la residencia de Lucilio, gobernador de Sicilia, es Siracusa.
<<

[200] Si bien Séneca destaca el sentido positivo del término *conscientia*, con todo se sirve de él, a veces, con la acepción familiar de culpabilidad y temor. <<

[201] Aquí suele pensarse en el Himno al sol de Cleantes (*cf*. Arnim, 1903-1924, I, 737), donde en el § 2 leemos *Ek soû gàr génos esmén*, que se corresponde con *Toû gàr kaì génos esmén*, de San Pablo en el Areópago (Ac 17, 28), aunque, es cierto, no se ha podido probar claramente la dependencia estoica de la afirmación paulina. <<

[202] Son los bancos donde se sentaban en el teatro los caballeros, cuyo rango muchos no podían alcanzar (*cf*. Suetonio, *César*, 39). <<

[203] En *Teeteto*, 174e-175a. <<

[204] Por vez primera se aborda en las epístolas el tema de la Dialéctica. Unas breves, pero sugerentes aclaraciones sobre las epístolas que se ocupan con preferencia de la cuestión las brinda Cancik (*cf*. 1967, págs. 39-42). <<

[205] «Ahí» es Siracusa, como al principio de la epístola 43, 1. <<

[206] Lugares aludidos en *Epíst*., 31, 9, nota 173. Todo el pasaje evidencia, hasta con hipérbole, el gran afecto de Séneca por Lucilio. <<

[207] En ésta, como en otras cartas sobre el tema, Séneca muestra su desprecio hacia la Dialéctica. Él propugna la preeminencia de las cosas (*res*) sobre las palabras (*uerba*) —siguiendo en ello la más pura tradición clásica—: rechaza toda formulación de ideas cuya finalidad no sea ayudar al interlocutor a encontrar la verdad de orden moral. Las palabras, a modo de seres incorporales, no son sino imagen de la realidad; combinarlas, a base de preferencias estéticas, es contrario a la naturaleza (*cf*. Grimal, 1978, págs. 364 y 422). <<

[208] Este sería el silogismo (*collectio*) «del cornudo»: «Lo que no has perdido lo posees; es así que no has perdido los cuernos, luego posees cuernos» (*Epíst*., 49, 8). <<

[209] El argumento bien conocido de Eubúlides de Mileto (siglo IV) era éste: «¿Miente quien afirma que no dice la verdad? No, porque dice la verdad al afirmar que miente». Peripatéticos, como Teofrasto, y estoicos, como Crisipo, se ocuparon de él. También el propio Cicerón (*Sobre la adivinación*, II, 11). <<

[210] La carta, cuando era leída, se sujetaba con la mano izquierda. Mas, para poder hacerlo sin dificultad, el rollo de pergamino (*uolumen*) no debía ser demasiado largo. <<

[211] Si el estoicismo, sin atreverse a proclamar la libertad total de los esclavos, mejoró su condición al propugnar un trato más humanitario, la influencia de Séneca en este punto, en particular durante los cinco años en que fue ministro de Nerón, sólo es comparable a la que ejercitaron los más grandes benefactores de la humanidad (*cf*. E. Elorduy, *El Estoicismo*, Madrid, 1972, II, págs. 270-271). <<

[212] Se trata de un esclavo manumitido por el emperador Calígula, que llegó a tener gran valimiento en la corte de éste y de Claudio. <<

[213] Dicho rótulo pendía del cuello del esclavo; en él se escribía el nombre del país de procedencia, las cualidades y defectos del mismo. Conforme a su valor se repartía a los esclavos en diversas categorías. <<

[214] P. Quintilio Varo, cónsul el 13 a. C. y, por su parentesco con Augusto, nombrado gobernador de Germanía, explotó a los nativos de esta región. Arminio, caudillo de los queruscos, le sorprendió y aniquiló junto con tres legiones en la selva de Teutoburgo el año 9 d. C. De tal descalabro Augusto jamás pudo consolarse. <<

[215] Es como la regla de oro para la convivencia humana. Puede compararse con el precepto bíblico: «Cuanto queréis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo vosotros con ellos» (Mt 7, 12). <<

[216] Hécuba, la esposa de Príamo, «llevaba mal los años» (*Epíst*., 88, 6). Creso, rey de Lidia, fue hecho prisionero por Ciro, rey de los persas, a quien cautivó por su gran ponderación y sagacidad (*cf*. Heródoto, *op. cit*., I, 87-89). La madre de Darío III, Sisigambis, después de la derrota y muerte del hijo, cayó en poder de Alejandro, siendo, en frase de Curcio Rufo (*Historia de Alejandro Magno*, III, 11, 24), «venerable por su años». Platón, a los 40 años, fue deportado y vendido como esclavo en Egina por Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa, que no soportaba sus enseñanzas (Diógenes Laercio, III, 19-20). De Diógenes el Cínico no se sabe con certeza si fue apresado por los piratas y vendido en Creta (*cf*. Diógenes Laercio, IV 20-21). <<

[217] Frente a la depravación de costumbres de su tiempo, presenta Séneca la moderación y nobleza de los antiguos, el *mos maiorum*. <<

[218] Reasume y completa el pensamiento del § 1. El esclavo puede ser «libre en su alma». <<

[219] La pantomima, como pieza teatral, contenía básicamente estos elementos: un danzante, el coro y la orquesta. El mérito primordial del danzante consistía en dar a su mímica la máxima expresión. En la Roma imperial suplantó a otras representaciones escénicas. La mujer no tomó parte en ella hasta el siglo IV d. C. <<

[220] El gorro señal de la manumisión y de la libertad. <<

[221] Vuelve Séneca al tema de la amistad, una constante en el Epistolario. Pero se trata de esa amistad sincera, generosa y sacrificada, distinta de la proclamada por los epicúreos. *Cf. Epíst*., 6, 4; 9, 16 y sigs., etc. <<

[222] Aquí se habla ya de un derecho común del género humano, fundado en la propia naturaleza, que nos ha hecho sociables, y que afianza el vínculo de la amistad (*cf*. M. Gentile, 1933, pág. 37, quien recoge numerosos textos alusivos). <<

[223] *Cf. Epíst*., 3, 1. <<

[224] Aquí terminaba en los códices una epístola y en el § 6 comenzaba una nueva; pero, ya a partir de Erasmo, se descubrió la conexión entre ambas partes que vinieron a constituir definitivamente una sola epístola: la 48. <<

[225] «Mur», en latín *mus*, es forma antigua, usada con preferencia en los refranes para designar al ratón. Su estructura monosilábica nos viene aquí como anillo al dedo. <<

[226] Aquí aceptamos la conjetura de Bücheler que responde muy bien al sentido del pasaje, aunque no a la lectura que brindan los mejores códices. Es, sin duda, por esta razón por lo que Reynolds renuncia a clarificar un pasaje que considera desesperado. <<

[227] *Cf. Epíst.*, 45, 4, 10 y 12; y el § 12 de esta misma carta, donde se contraponen asimismo los términos «necesario» y «superfluo». <<

[228] Hemos mantenido en este caso los corchetes angulares para señalar la conjetura propuesta por Hense con el fin de suplir la laguna que presentan los códices del texto senecano. <<

[229] *Siue, niue*, fórmulas usadas habitualmente por los juristas latinos. <<

[230] Se entiende «los edictos del pretor» (*album praetoris*). Los que a éstos recurrían no desaprovechaban ninguna de tales disposiciones y, con cábalas de toda especie, intentaban eludir la ley para salvar al cliente. <<

[231] Cuando la acción judicial se planteaba de forma distinta, en tiempo distinto y ante juez diferente al señalado por los edictos del pretor. <<

[232] *Eneida*, IX, 641. Palabras que Apolo dirige a Julo vencedor. En Virgilio sin interrogación, en frase afirmativa, como las cita la epístola 73, 15. <<

[233] El texto sólo indica que Séneca y Lucilio vivieron juntos en Pompeya, la patria de Lucilio, en el momento en que Lucilio tuvo que separarse de su amigo. Séneca recuerda ahora tal convivencia mientras se dirige a Nápoles por mar (*cf*. Grimal, 1978, págs. 93, 445-446). <<

[234] Todavía se hallaba en su infancia cuando escuchó las enseñanzas de este filósofo, entonces célebre, que seguía la doctrina de Pitágoras. <<

[235] Según Dion Casio (*cf. op. cit*., LIX, 19, 7), tal situación la explicarían los recelos de Calígula frente a la oratoria brillante de Séneca, que no comprendía. Pero a Grimal le parece tal motivo insuficiente, y subraya que, por aquel entonces, la posición política de Séneca no tenía consistencia: recuerda la acusación de adulterio que contra Séneca y Julia Livila promovió Mesalina el año 41, la cual trataba por todos los medios de destruir a Julia (*cf*. Grimal, 1978, págs. 82-84). <<

[236] Insiste Séneca en lo que señalábamos a propósito del § 9 de la epístola anterior (*cf*. nota 227), procedimiento hábil para volver al tema de la Dialéctica. <<

[237] Tal afirmación no aparece en ninguna de las obras que de Cicerón se han conservado. Se piensa en el *Hortensius*, del que sólo se han reconstruido fragmentos. Los líricos griegos (*cf*. nota 151) presentaban una poesía de carácter eróticosimposíaco que se juzgaba poco útil para un filósofo. <<

[238] *Cf. Epíst.*, 45, 5. A Séneca le falta tiempo para tales argucias y sutilezas. <<

[239] Virgilio, *Eneida*, VIII, 385-386: palabras de Venus a Vulcano, recabando de éste las armas para su hijo Eneas. <<

[240] A este sofisma nos referimos en la nota 208. También este argumento fue divulgado por Eubúlides de Mileto (*cf*. Diógenes Laercio, II, 108). <<

[241] Eurípides, *Fenicias*, 469: *haploûs ho mŷthos tés alétheías éphy*. <<

[242] Harpaste, nombre griego que significa «Raptada», la esclavita tonta, que le dejó en herencia su primera esposa, no le hace ninguna gracia. No quiere seguir la costumbre de divertirse a su costa; siente gran respeto por la persona del esclavo. <<

[243] La importancia que los estoicos daban al concepto de *pneûma, spiritus*, no es otra cosa que el *aër agitatus* (Séneca, *Cuestiones naturales*, II, 1, 3), uno de los cuatro elementos, para los estoicos fundamental. Aquí vuelve a definir el alma como *spiritus*. <<

[244] Marco Valerio Mesala Corvino, que formó su propio círculo literario y cultivó la poesía pastoril, pero que destacó sobre todo como orador (*cf*. Tácito, *Diálogo sobre los oradores*, 18, 2 y 21, 9). Cayo Valgio Rufo, noble, amigo de Horacio, relacionado tanto con el círculo de Mecenas como con el de Mesala, que escribió elegías, églogas y epigramas, interesándose también por la gramática y la retórica. <<

[245] Ciudad de Campania, cerca de Nápoles, entre Cumas, Putéolos y Mismo, célebre por sus aguas termales. Los ricos edificaron en ella sus quintas de recreo. Desde Augusto a Alejandro Severo fue residencia favorita de los emperadores. <<

[246] Ciudad de Egipto, cercana a Alejandría, situada en uno de los brazos del Nilo; semejante a Bayas por las costumbres disolutas de sus moradores. <<

[247] Más concretamente las delicias de Capua, donde el caudillo cartaginés pasó el invierno tras la victoria de Cannas. <<

[248] Publio Cornelio Escipión Africano el Mayor, vencedor de Aníbal en Zama, que, disgustado por falsas acusaciones, se retiró a Literno, en la Campania, donde murió. En la epístola 86, 1-9, Séneca alaba el sacrificio del estadista por la patria y la austeridad de su quinta. <<

[249] Junto al cabo Miseno. Tácito, *Anales*, XIV, 9, se refiere a la altura de la quinta del dictador Julio César. <<

[250] El Uticense, citado constantemente en las *Epístolas* como dechado de virtud estoica. <<

[251] A los placeres se les compara con los *filetas*, o falsos amantes, de Egipto, que tomando a sus víctimas con las manos les provocaban la muerte por asfixia. <<

[252] Usener, 1887, frag. 192; Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, 1, 26, 72: «se gloriaba [Epicuro] de no haber tenido maestro alguno». <<

[253] Era el discípulo predilecto de Epicuro, pero murió antes que su maestro: *cf. Epíst*., 6, 6; 33, 4. <<

[254] El sucesor de Epicuro en la dirección de la escuela: *cf. Epíst*., 6, 6, nota 20 y *Epíst*., 33, 4. <<

[255] *Cf. Epíst*., 11, 10, donde se nos propone un modelo ideal que puede ser Catón o Lelio. <<

[256] Sobre la impronta de Pitágoras en Séneca, *cf*., en particular, la epístola 108, 17-20.
<<

[257] *Cf. Epíst*., 11, 4, nota 56. <<

[258] Nombre de una de las Sirenas, cuyo cuerpo, según la leyenda, fue arrojado sobre la costa, donde luego se fundó la ciudad de Nápoles, tan querida de Lucilio. De este afecto de Lucilio habla Séneca en *Epíst*., 49, 1 y 70, 1. <<

[259] Ciudad marítima de Campania, junto a Nápoles. <<

[260] Pequeña isla entre Putéolos y el promontorio Pausilipo. <<

[261] *Eneida*, VI, 3: habla de Eneas, que llega a la costa de Cumas. <<

[262] *Ibid*., III, 277. Los troyanos desembarcan en la isla de Leucadia. <<

[263] Al parecer, Séneca no cree en los presagios procedentes de los sueños. <<

[264] En lugar de una ciudad, podría tratarse del rey persa Darío, quien propuso a Alejandro Magno compartir con él el dominio de Asia. La respuesta de Alejandro fue ésta: no se puede compartir lo que se ha perdido; las condiciones las impone el vencedor (*cf*. Curcio Rufo, *op. cit*., IV, 5, 7). <<

[265] Séneca destaca la grandeza de la voluntad del sabio. Así en la epístola 73, 14, dice que el sabio desprecia los bienes externos con la misma grandeza de alma que Júpiter, pero le aventaja en que Júpiter no puede usar para sí de esos bienes, en cambio el sabio no quiere. <<

[266] Estas crisis de ahogo, producto del asma, las padeció a lo largo de toda su existencia. Pero supo cuidarse (*Epíst*., 15, 4) y ello explica que, a pesar de su salud delicada, desplegase tanta actividad, en particular política y literaria. <<

[267] El propio Séneca afirma (*Consolación a Marcia*, 19, 5), que la muerte en sí no es nada y lo conduce todo a la nada. *Cf*. asimismo *Epíst*., 77, 11. <<

[268] Así lo repite en la epístola 61, 2: «estoy dispuesto para salir […]; pero morir con dignidad es morir de buen grado». Séneca está dispuesto, como corresponde al aspirante a la sabiduría, a morir de buen grado. <<

[269] En la epístola 53, 3, decía verse aquejado de la náusea que remueve, pero que no expulsa la bilis. Aquí se trata de expulsarla, y de ahí el paseo en litera, ejercicio para vigorizar el cuerpo. <<

[270] Un rico ex pretor que vivió en la época de Tiberio, cuya quinta, según indica Séneca, se encontraba en el cabo Miseno. Nada más sabemos de él. Quizá descendiese de Servilio Vacia, que fue cónsul en los años 48 y 41 a. C. <<

[271] El lago Averno. <<

[272] El hijo de Asinio Polión, casado con Vipsania Agripina, la esposa repudiada por Tiberio. Envuelto en un proceso y condenado, murió de hambre en la cárcel. <<

[273] Elio Sejano, prefecto del pretorio, favorito y ministro de Tiberio, a quien su excesiva ambición de poder le acarreó el castigo y la muerte. <<

[274] Porque, más que vivir, era estar sepultado en vida. <<

[275] La epístola consigue eliminar las distancias y procura la convivencia e intimidad entre los amigos, placer que se disfruta mejor en la ausencia (*cf*. Cancik, 1967, pág. 52). <<

[276] En el texto latino *codicellos* = tablillas enceradas para poder escribir sobre ellas con el estilete. Como Séneca las distingue de las epístolas o escritos entre ausentes, deben significar aquí las misivas o *mensajes* para comunicarse los que viven próximos, es decir, mensajes de puerta a puerta. <<

[277] La ciudad es Bayas: *cf*. nota 245. <<

[278] Le dedica Séneca una mayor atención. Comenzaba por los sobacos y luego se extendía a las demás partes. Tal práctica da idea del lujo refinado de aquella sociedad. <<

[279] Un desconocido, que no cabe confundir con el segundo fundador de la Estoa. <<

[280] Séneca cuenta el mismo suceso en las *Cuestiones naturales*, IV, 2, 5. <<

[281] Fuente artificial, en forma de columna cónica, que se encontraba en Bayas, por la que descendía el agua desde lo alto. Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, XV, 2, col. 1310, advierte que «la Meta Sudante» de Roma es de época de Domiciano y, por lo mismo, posterior a Séneca. <<

[282] Fragmento de P. Terencio Verrón Atacino en su versión libre de la obra de Apolonio de Rodas *Argonautica* (*cf*. Morel, *Varro Atacinus carmina*, frag. 8). <<

[283] *Eneida*, II, 726-729. Cuenta Eneas a Dido la fuga de Troya con su padre a las espaldas y el hijo a su lado. <<

[284] Más hiperbólico todavía se muestra Horacio en su conocida frase: «si el orbe destruido se hundiese, sus ruinas herirían al sabio sin perturbarle» (*Odisea*, III, 3, 7-8): ya no son las ruinas de una ciudad, sino las del mundo entero las que herirán al sabio sin menoscabo de su impavidez. <<

[285] *Cf. Epíst*., 31, 2, nota 166. <<

[286] Para los estoicos *gaudium* traduce *chará* y *uoluptas, hédonÉ*. <<

[287] *Eneida*, VI, 278-279. Tales gozos personificados forman parte de los fantasmas que Eneas encuentra en el vestíbulo del infierno. <<

[288] El estilo es reflejo del alma. Aquí, de la naturalidad y sencillez. <<

[289] Q. Sextio Nigro —a quien Séneca conoció a través de su maestro Fabiano—, el cual, aunque estoico en el fondo, profesaba una doctrina que, basada en la tradición romana, integraba elementos pitagóricos y platónicos. Para él no era tan inaccesible, como para los estoicos, el ideal de la sabiduría y de la vida feliz, que se puede alcanzar con la sobriedad y el dominio de sí (*cf*. Grimal, 1978, págs. 254-258). <<

[290] La comparación entre la vida del sabio y del soldado la atribuye Séneca a Posidonio en *Epíst*., 113, 28; pero ya antes se habían servido de ella tanto el filósofo cínico Teles, como el estoico Crisipo. <<

[291] La anécdota la cuenta, entre otros, Curcio Rufo, *op. cit*., VIII, 10, 27-29. <<

[292] Porque la sabiduría constituye «el bien perfecto del alma humana» (*Epíst*., 89, 4). Expresiones similares a las de este § 14 las encontramos en *Sobre la vida feliz*, 3, 4. <<

[293] Así en *Sobre la vida feliz*, 3, 4: «Sobreviene en inmenso contento, inquebrantable y constante». <<

[294] *Eneida*, VI, 513-514. Palabras de Deífobo a Eneas en el Averno, contando al héroe como tuvo lugar su muerte en la última noche de Troya, en medio de falsos goces, a causa de la traición de Helena. <<

[295] *Conjuración de Catilina*, I, 1. Allí *uentri oboedientia*, por referirse a *pecora*, aquí *ventri oboedientes*. <<

[296] Se trata de evitar en la ancianidad el infantilismo a que alude en *Epíst*., 27, 2. <<

[297] Del cotejo con San Pablo, Flp 1, 20, 23-24, se deduce que existen claros paralelismos entre el pensamiento de Séneca y el cristiano. <<

[298] A modo de prolegómeno, la epístola esboza la tesis de la accesibilidad de la Virtud, hacia la cual converge la temática del ciclo de cartas que incluye desde la epístola 63 hasta la 80. <<

[299] *Cf. Epíst*., 59, 7, nota 289. <<

[300] Virgilio, *Eneida*, IV, 158-159. Es del pequeño Ascanio quien formula tales deseos en la caza organizada por Dido en obsequio de Eneas y los suyos. <<

[301] Al tiempo que Séneca aprovecha los logros de los grandes maestros que le han precedido, con impronta personal quiere incrementar el depósito recibido. Criterio este que revela su gran talla intelectual y filosófica. <<

[302] Nombres constantemente repetidos desde las primeras epístolas; *cf*. 6, 6, nota 20; 7, 6, nota 27 y *passim*. Por supuesto los dos Catones son el Censor o Viejo, famoso por su severidad, y Catón el de Útica, mucho más citado. todo un dechado de perfección para Séneca. <<

[303] Nada más se sabe con seguridad de este personaje. <<

[304] Virgilio, *Eneida*, V, 344. En el texto senecano con la variante *e corpore* en lugar de *in corpore*. Nuestro filósofo sustenta la tesis antivirgiliana y anticlásica de que una virtud incomparable puede asentarse en un cuerpo deforme (*cf*. Elorduy, 1972, II, pág. 76). <<

[305] Es decir, para Séneca la cuestión está mal planteada. El problema hay que centrarlo en el alma humana, en su hermosura, en cuanto proviene de Dios. <<

[306] Argumentación clarificadora: siendo la razón divina, el bien, cualquiera que sea, es obra de la razón; por lo tanto, todo bien es divino, fruto de la virtud, tanto el que estriba en el gozo, como el que se funda en el sufrimiento. Aquí se fundamenta la tesis propugnada en esta epístola sobre la igualdad de los bienes y las virtudes (*cf*. G. Maurach, *Der Bau von Senecas Epistulae Morales*, Heidelberg, 1970, págs. 137-145, acerca de la importancia de la epístola como cumbre sistemática en el ciclo que nos ocupa). <<

[307] P. Cornelio Escipión Emiliano, el que asedió a Numancia el año 133 a. C. <<

[308] El tirano de Agrigento (siglo VI a. C.), famoso por su crueldad. Al parecer encargó al escultor Perilo que modelase un toro de bronce hueco a fin de introducir en su interior a los condenados y abrasarlos. Los terribles lamentos que éstos exhalaban en tan horrible tormento simulaban para él los mugidos del toro. <<

[309] Usener, 1887, frag. 601. <<

[310] *Cf*. nota 306. <<

[311] *Cf*. Homero, *Odisea*, XIII, 242-243: «[Ítaca] es áspera, no apta para que practiquen los caballos, ni demasiado espaciosa, ni tampoco reducida». <<

[312] En Homero, *Ilíada*, II, 569, se dice de Micenas: «ciudad bien construida»; y en *Odisea*, III, 304: «abundante en oro». <<

[313] Tal afirmación explícita de la equivalencia entre virtud y recta razón es lógica consecuencia del razonamiento anterior; *cf*. nota 306. <<

[314] Vuelve a la división de los bienes de que habló en el § 5, atendiendo a su conformidad o disconformidad con la naturaleza (§ 19), aclarando (§ 38) que el bien nunca será contrario a la naturaleza, sino la materia del bien o la circunstancia en que éste se produzca (§§ 15, 33, 39). <<

[315] El bien no puede contradecir la naturaleza porque no hay bien sin recta razón (§ 32) y ésta sigue a la naturaleza. Tal concordia con la naturaleza se da en toda clase de bienes, ya que es ella la que los define como tales. <<

[316] *Cf*. Usener, 1887, frag. 434: «Hagámoslo todo a fin de no sufrir ni dolor, ni turbación». <<

[317] *Ibid*., frag. 449. <<

[318] *Ibid*., frag. 138. *Cf. Epíst*., 92, 25, pasaje del todo paralelo, donde se pondera la actitud de Epicuro. <<

[319] Séneca se decidirá por lo más difícil, que es también lo más meritorio. <<

[320] Aquí Séneca recrea el pasaje titoliviano (*op. cit*., II, 12), donde se narra el hecho al que ya se refirió el filósofo en *Epíst*., 24, 3. <<

[321] Al desterrado Tarquinio el Soberbio y a Porsena, rey de Etruria. <<

[322] La conexión de esta epístola con la precedente es clara: tiene el carácter de corolario que explicita parte de las enseñanzas de la anterior (*cf*. Maurach, 1970, pág. 145). <<

[323] Así, según parece, opinan los representantes del estoicismo medio. Para su razonamiento, *cf. Epíst.*, 66, 17. <<

[324] Marco Atilio Régulo, hecho prisionero por los cartagineses en la primera guerra púnica, fue enviado por ellos a Roma para que lograse la paz. Él mismo disuadió a sus compatriotas de hacerla, por lo que, de acuerdo con lo estipulado, tuvo que regresar a Cartago, donde, en castigo por el fracaso en la negociación, se le encerró en un arca donde murió. Ésta es la versión de Séneca. Ya en la Antigüedad circularon muchas variantes sobre este hecho. Para un tratamiento amplio de la cuestión, véase Pauly-Wissowa, *op. cit*., II, 2, col. 2090, 56. <<

[325] *Cf. Epíst*., 24, 7, nota 122; 13, 14, nota 74. <<

[326] *Ibid*., 24, 4, nota 118. <<

[327] *Ibid*., 13, 14: «La cicuta ennobleció a Sócrates». <<

[328] Virgilio, *Eneida*, I, vv. 94 y sigs.: palabras de Eneas, quien, espantado por la tempestad, se duele de no haber sucumbido ante los muros de Troya. <<

[329] Publio Decio Mure padre, cónsul en 340, sacrificó su vida por la patria en pugna con los latinos; el hijo que fue cónsul por cuarta vez, hizo lo propio en la batalla de Sentino (295 a. C.) luchando contra galos, samnitas y etruscos coaligados, asegurando así la victoria a los romanos (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., X, 28, 13-17). <<

[330] *Cf*. § 7, nota 324. <<

[331] *Cf. Epíst*., 24, 8, nota 124. <<

[332] *Ibid*., 20, 9, nota 103. <<

[333] *Ibid*., 9, 7, nota 40. Más que como estoico tradicional, se muestra como un estoico romano. <<

[334] *Ibid*., 66, 18; Usener, 1887, frag. 601. <<

[335] Recordemos que según Maurach (1970, págs. 146-147 y 176), en la estrategia para alcanzar la *uirtus*, la sabiduría, Séneca considera el *otium* o retiro como presupuesto para lograr la superioridad moral. <<

[336] *Cf. Epíst.*, 14, 14, nota 82. <<

[337] Usener, 1887, frag. 426. Para Epicuro, el retiro comportaba la inhibición de los cargos públicos; para Séneca, la realización de acciones grandes y hermosas. <<

[338] Basta el índice ideológico que sigue para convencerse de que esta epístola queda vinculada a la precedente. Los frecuentes viajes, a no dudarlo, constituyen un gran obstáculo para el retiro. Así lo señala Maurach (1970, pág. 147) cuando dice que no se puede ser firme en el retiro «si uno busca siempre con la vista cosas nuevas». <<

[339] Las frases de la epístola anterior (§ 6) respecto a «reclamar» y «allegarse» a la muerte, anuncian el tema de esta epístola que establece la unión entre el libro VII y VIII que ahora comienza (*cf*. Maurach, 1970, pág. 147). Con todo, el argumento del suicidio, que aquí constituye una temática aislada respecto a la tesis de la igualdad de los bienes (*vid. Epíst*., 66), volverá a aparecer en la epístola 77 como uno de los aspectos de la *patientia*. <<

[340] Bien puede hablar Séneca de «largo tiempo», toda vez que desde la redacción de la epístola 49, donde en el § 1 dice que ha contemplado Pompeya, hasta el momento en que escribe esta epístola, en la que también asegura haber visto a Pompeya, ha transcurrido casi un año entero: verano del 63 para la 49 y principio del verano del 64 para la que nos ocupa. <<

[341] *Eneida*, III, 72, cuando Eneas y los suyos parten de Tracia para Delos. <<

[342] Telésforo de nombre, sometido a tal humillación por el rey de Tracia y Macedonia, Lisímaco, después de haberle mutilado y desfigurado horriblemente. Séneca lo explica con más detalle en *Sobre la ira*, III, 17, 3-4. <<

[343] *Cf. Epíst.*, 24, 4, nota 120. Aquí desarrolla el pensamiento, expuesto ya en la epístola 24, que, en uno y otro pasaje, resume el tema del *Critón* platónico. Con todo, en la epístola 24, 4, se recuerda que los amigos de Sócrates —entre los cuales se hallaba Critón—, le prometieron a su maestro la fuga de la cárcel, a la que renunció. <<

[344] Escribonia, la tía de Marco Escribonio Libón Druso, fue la segunda esposa de Augusto. Druso conspiró contra Tiberio y, al ser descubierto, temiendo lo peor, se quitó la vida. Tácito afirma que Tiberio aseguró con juramento que hubiera perdonado a Druso, de no haberse éste suicidado (*cf. Anales*, II, 27-31). <<

[345] Con todo, la frase debería ponderarse en relación con lo que dice en la epístola 30, 15 y en la 61, 2-4. <<

[346] *Cf. Epíst.*, 67, 13, nota 325, que remite a los otros lugares paralelos del *Epistolario*. <<

[347] Sobre las luchas de los bestiarios, de ordinario, gladiadores que combatían con las fieras, *cf*. J. Guillén, 1978, II, págs. 363-364. <<

[348] La segunda de las naumaquias organizadas por Nerón en la primavera del 64. <<

[349] Esta epístola está íntimamente relacionada con la 66, de cuya temática desarrolla diversos aspectos. Dice Maurach que amplifica la idea de que el bien único es lo honesto y que la adecuada cosmovisión puede ser erigida en fundamento de la Ética; que, asimismo, se extiende en el tema del aspirante a la sabiduría (*proficiens*), apenas formulado en la epístola 66. Así la tesis de la igualdad de los bienes nos ayudará a soportar el dolor y la derrota, ya que el bien consiste en el espíritu de sabiduría (*cf*. 1970, págs. 152 y 176) y se identifica con lo honesto. <<

[350] *Cf. Epíst*., 66, 6, donde se dice lo propio sin la misma precisión. Por ello, sólo si la virtud cohonesta la contrariedad, el dolor, la enfermedad, podrá ella tener el carácter de un bien. <<

[351] Este párrafo, introducido por la condicional, ha sido corregido de diversa manera por los críticos. Creemos que la recentísima interpretación de K. Abel, «Textkritisches zu Seneca Epist. 71, 7», *Hermes*, CVIII (1980), págs. 499-500, resulta muy clarificadora toda vez que descubre la traducción libre que Séneca realiza en este pasaje de Platón, *Gorgias*, 527c, f. Por ello no hay que leer, como hace Reynolds: *sequere… lilas… ut sis beatus…*, sino: *sequere… ubi sis beatus…* Así pues, la versión castellana no será la realizada hasta ahora: «imita a esos grandes maestros para que seas feliz», sino la que hemos plasmado arriba en el cuerpo del texto. <<

[352] Fracasó como candidato en el 56 y consiguió la pretura en el 54. <<

[353] En realidad no combatió con Pompeyo en Farsalia, ya que entonces se encontraba en Durazzo. <<

[354] Alude a la derrota de Pompeyo y de los optimates en Farsalia, y a los siguientes reveses que experimentaron: Pompeyo asesinado en Egipto por los ministros de Ptolomeo, y las derrotas de los hijos de Pompeyo en Tapso (norte de África), primero, y luego en Munda (sur de Hispania). <<

[355] Rey de Numidia que, como aliado de los pompeyanos, se hizo asesinar, tras la derrota de Tapso. <<

[356] Quinto Metelo Escipión, que fue general del ejército pompeyano. <<

[357] «En la plaza de los comicios jugó a la pelota» (*Epíst*., 104, 33), cuando, en el año 52, perdió la elección de cónsul. <<

[358] «El libro de Platón» (*Epíst*., 24, 6), a saber, el *Fedón*, que trata de la inmortalidad del alma. <<

[359] *Cf. Epíst*., 36, 11, nota 195. <<

[360] Se refiere a la *ekpýrōsis* o conflagración universal, conforme a la doctrina estoica.
<<

[361] En *Menón*, 87c, Sócrates sostiene la tesis de que la virtud es una ciencia a aprender. <<

[362] Con el espíritu de sabiduría se da cuenta el hombre de que el bien se encuentra por igual en el gozo que en el sufrimiento. Ello le infunde aliento para soportar las contrariedades (*cf*. nota 315). <<

[363] El sabio no está fuera de la comunidad humana, ni carece de sensibilidad (§ 27); su virtud se conforma con el orden establecido por la naturaleza, pero hay que evitar que la afectividad debilite el alma. <<

[364] Hay que distinguir entre el aspirante a la sabiduría y el sabio de virtud consumada. El primero todavía experimenta fluctuaciones, pues no ha conseguido la plena seguridad de sí mismo (§ 28). Por ello hay que saber comprenderle. <<

[365] Aquí Séneca resume el pensamiento: la virtud, el bien único, reside en la parte racional de nuestro ser; supone, por lo mismo, un juicio verdadero y estable del que toma impulso la voluntad; cuantas cosas están en relación con la virtud son bienes. No cabe afirmar lo mismo de los bienes que se refieren al cuerpo. <<

[366] Completa la idea expuesta en los §§ 28 y 30. Distingue dos clases de proficientes: los que ya se atreven con la fortuna, pero desfallecen aún, y los que se enfrentan con ella denodadamente. Para no resbalar se precisa la perseverancia en el esfuerzo. <<

[367] Tanto persas como medos, en la altiplanicie iránica, al igual que los dahas, en la región transcaucásica, pueblos todos ellos situados en la frontera oriental del Imperio, fueron enemigos implacables de Roma, y muy temidos. <<

[368] La epístola ideológicamente, según notamos, se vincula con la anterior, ya que la gratitud que los filósofos muestran a la autoridad civil la motiva el orden y la tranquilidad que ella tutela y les permite entregarse a un retiro fecundo. Así, según Maurach (1970, pág. 155) la epístola 72 se refiere al *otium* en general y la epístola 73 a un aspecto particular del *otium*, la paz imperial que lo sustenta. <<

[369] Pasaje que esclarece el punto de vista de Séneca frente al poder político. También en *Sobre la clemencia* (I, 14, 1) recordará al príncipe que debe proceder con amor paterno. <<

[370] Es precisamente en el discurso en que Séneca solicita a Nerón ser relevado de su cargo (poco antes del 9 de junio del 62, en que muere Octavia), donde el filósofo, tras agradecer al príncipe sus favores, le manifiesta sus deseos de entregarse en el retiro a las tareas del espíritu (*cf*. Tácito, *Anales*, XIV, 53-54). <<

[371] Virgilio, *Bucólicas*, 1, 6-7. Virgilio, por boca de Títiro que lo personifica, manifiesta su gratitud a Octaviano cual si fuera un dios. Tal hace Séneca con Nerón, en *Sobre la clemencia* dice al príncipe que desempeña en la tierra el oficio de los dioses (*cf*. I, 1, 2). *Cf*. M. Gentile, 1933, páginas 41-44. <<

[372] Virgilio, *Bucólicas*, 1, 9-10. El propio Títiro-Virgilio, quien agradece el favor del ocio tranquilo. <<

[373] Se trataba por parte de Sextio «de asegurar la tranquilidad del alma y desterrar la angustia. A ese precio prometía una felicidad igual a la de Júpiter» (Grimal, 1978, pág. 256). <<

[374] *Cf*. Elorduy, 1972, II, pág. 159, donde complementa esta que él llama «arrogante descripción del sabio» con un texto del *Sobre la providencia* (1, 5). <<

[375] Virgilio, *Eneida*, XI, 641 (*cf*. nota 232). Sextio hace suyas las palabras de Apolo a Julo, prometiendo la serenidad del sabio a quien practique una ascesis rigurosa. <<

[376] «Las semillas divinas» (*diuina semina*) recuerdan a Elorduy (*cf*. 1972, I, pág. 122) la acción del *lógos spermatikós*. <<

[377] Desarrollando la tesis de la igualdad entre los bienes, la epístola muestra cómo tal doctrina ayuda al sabio a soportar la pérdida de los bienes externos (*cf*. Maurach, 1970, págs. 176, 156-160; Cancik, 1967, págs. 27-31). Grimal dice que la epístola, de abril del 64, resume la doctrina del diálogo *De prouidentia*, compuesto a principios del 63 (1978, pág. 301). <<

[378] Expresión similar a la horaciana: «pobre en medio de grandes riquezas» (*Odisea*, III, 16, 28). <<

[379] *Missilia*, es decir, dones arrojados por el emperador a la multitud. Tal afirma Suetonio de Augusto (§ 98), de Calígula (§ 18) y de Nerón (§ 11). <<

[380] Comienza aquí la parte doxográfica preponderante (§§ 10-16). <<

[381] Se impone la disyuntiva: o los bienes externos que tanto nos atraen —sensualidad, festines, riquezas— no son bienes, o el hombre supera a Dios en felicidad. Por otra parte (§ 15), resultaría absurdo que los animales fueran más felices que el hombre, toda vez que se sirven de tales dones con mayor plenitud y menor esfuerzo. <<

[382] Como la salud, la riqueza, los honores. Séneca emplea esta vez el término ciceroniano *producta*, versión latina del *proégména* de los estoicos (*cf*. Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*, III, 16, 52). En general, Séneca prefiere *commoda*, en oposición a *incommoda*, que resulta de inmediato comprensible incluso al no iniciado. <<

[383] Como quiera que Bien y Razón se identifican, y nuestra razón individual no es más que una porción de la razón universal, el auténtico bien consistirá en someter nuestra conciencia al orden del mundo. En ese orden está incluido el mal, siempre supuesto que no son males todos los que el vulgo considera tales. <<

[384] Bienes de la primera clase, a los que aludió en la epístola 66, 5. <<

[385] Posición de estoico independiente y crítico (*cf. Epíst*., 117, 1). Tal respuesta personal complementa la interpretación tradicional, profundizando en la naturaleza íntima de la virtud, en esa *concordancia de toda la vida* con la naturaleza (*cf*. Diógenes Laercio, 87-88). <<

[386] Epístola que articula los libros VIII y IX. Comienza un tema aislado: la exhortación a la sencillez, a que la palabra concuerde con la vida (*cf*. § 4 en relación con la epístola 20, 2), para comprobar luego la existencia de tres clases de proficientes que precisarán de la *patientia* con que se alcanza la cumbre de la perfección (*cf*. Maurach, 1970, págs. 159-160). <<

[387] Ésta es la esencia de la exhortación preliminar: la elocuencia no se rechaza, pero lo que importa es la salud del alma. <<

[388] Con esta división tripartita de los aspirantes a la sabiduría, Séneca profundiza en la temática de este ciclo describiendo «el mecanismo psicológico del perfeccionamiento moral» (Grimal, 1978, pág. 96). <<

[389] Ésta sería la característica más clara: todavía siente las pasiones, la afición por el dinero, la ambición, etc., que, si se fomentan, pueden hacerse crónicas y degenerar en verdaderas enfermedades. <<

[390] Séneca, a pesar de reconocerse imperfecto, invita a Lucilio a encaramarse con él a la cima de la perfección: a la libertad y la autoposesión. <<

[391] Epístola que recapitula lo dicho en las epístolas 66, 71 y 74, según Maurach (*cf*. 1970, págs. 161-165): la tesis sobre la igualdad de los bienes sirve para fomentar la *patientia*. Cancik (*cf*. 1967, págs. 18-21) la analiza como ejemplo de forma de argumentación descriptiva teorético-doxográfica, sin que le falte el complemento parenético. <<

[392] Esta vez la *descriptio* habitual —su asistencia a las clases del filósofo Metronacte —, le ha llevado de la mano a formular el tema en torno al cual se mueve en esta y otras epístolas del ciclo, a saber, que el bien supremo consiste en lo honesto. <<

[393] Partiendo de la contemplación de la naturaleza viva, y en forma silogística, resume Séneca el pensamiento de los §§ 8-9: la razón perfecta constituye el bien específico del hombre. <<

[394] Ahora han sido los ejemplos de la naturaleza inanimada, el de la nave y el de la espada, los que le han llevado a la conclusión de que en la recta razón se encuentra el bien del hombre. Así puede establecer, a continuación, la equivalencia entre *ratio, uirtus, honestum* y *unicum hominis bonum*. <<

[395] En la epístola 74, 21. <<

[396] *Cf. Sobre la providencia*, 6, 2: «Demócrito rechazó las riquezas». Aunque, según Diógenes Laercio (*cf*. IX, 35), gastó parte de su herencia en viajes de estudio. <<

[397] El caso repetido de Mucio Escévola: *cf. Epíst*., 24, 5; 66, 51 y 53; *Sobre la providencia*, 3, 5. <<

[398] *Cf*. Tito Livio, *op. cit*., XXI, 2, 6. Se habla del asesino de Asdrúbal, el cual había así vengado la muerte de su señor. <<

[399] *A fortiori* hay que hacer en aras de la virtud lo que otros hacen movidos por la pasión. Se trata de superar las alternativas de la fortuna. <<

[400] Argumento *ex absurdo* (antítesis), que parte de las falsas conclusiones que se derivarían de no ser cierta la tesis de que el bien único es la virtud. <<

[401] *Cf. Epíst*., 74, 20: «al hombre [bueno] debe agradar cuanto a Dios agrada». <<

[402] Nueva conclusión *ex absurdo*. <<

[403] En *Epíst*., 74, 14 y 16. A la conclusión inadmisible de que el hombre sería más feliz que Dios, añade ahora la no menos absurda de que el alma sería más feliz encerrada en el cuerpo, que libre (*cf. Epíst*., 65, 16, 21). <<

[404] En *Epíst*., 74, 15. Explicita la falsa conclusión allí sugerida de que los animales serían más felices que el hombre. <<

[405] Se refiere a la epístola 74, 10-21. <<

[406] Entramos en la parte parenética de la epístola: §§ 27-35. <<

[407] Calzado de los actores trágicos; en este caso, el cetro y la clámide caracterizan al rey en la tragedia. <<

[408] *Cf. Epíst*., 74, 6-8 y nota 379, sobre *missilia*. <<

[409] «La violencia del más poderoso», dice en la epístola 14, 3, y son, a su juicio, los más temibles (§ 4). <<

[410] Virgilio, *Eneida*, VI, 103-105: palabras de Eneas a la Sibila de Cumas, que le ha vaticinado el futuro. <<

[411] Destaca, pues, la epístola un aspecto de la *patientia*, la fortaleza que se supone necesaria para arrostrar la muerte y el suicidio cuando las circunstancias graves lo sugieren. Para Maurach esta epístola se relaciona estrechamente por su contenido con la siguiente, la 78 (*cf.* 1970, págs. 165-167). Por otra parte, la misiva es de gran importancia para fijar la cronología del *Epistolario*. Grimal, que profundiza en la cuestión, la sitúa en la primavera del 64, en torno al 15 de abril (1978, págs. 46-49). <<

[412] A fin de llevar de Egipto a Italia el trigo necesario para las distribuciones gratuitas. <<

[413] Texto de autor desconocido: *cf*. Baehrens, *Auct. inc*., frag. 24, pág. 359. <<

[414] Actitud desinteresada de Séneca que no siente el menor deseo por conocer el estado de cuentas de sus dominios en Egipto y que contrasta con las acusaciones de avaricia que Dion Casio formula contra el filósofo al hacerse eco de fuentes que le son hostiles (*cf*. Grimal, 1978, pág. 157). Asimismo Séneca con la frase final del párrafo insinúa, en lenguaje estoico, que el suicidio puede ser necesario o conveniente como medio extremo para salvaguardar la propia dignidad moral (*cf*. I. Grisé, *Le suicide dans la Rome antique*, Montréal-París, 1982, págs. 206-218). <<

[415] Quizás el propio personaje de la epístola 29, 1-8. *Cf*. nota 160. <<

[416] *Cf. Epíst*., 54, 1-2, donde habla de sus ataques de asma, que designa como *suspiria*. <<

[417] Virgilio, *Eneida*, VI, 376. En tales términos se expresa la Sibila cumana hablando con Palinuro, que, pese a estar insepulto, quería atravesar la laguna Estigia y el río de las Euménides. <<

[418] Se trata del emperador Calígula. <<

[419] De Néstor se dice que vivía en la tercera generación (*cf. Ilíada*, I, 250-252). Satia fue una noble matrona que alcanzó los 99 años de edad y murió en el imperio de Claudio. <<

[420] Responde a la temática de la perseverancia como otro aspecto de la *patientia*, complementario al del suicidio, del que habla la epístola anterior, que Maurach (*cf.* 1970, págs. 165-167, 177) empareja con ésta. <<

[421] *Cf. Epíst.*, 54, 1-2, nota 266. Ésta parece haber sido la situación más crítica por la que pasó la endeble salud de Séneca. <<

[422] L. Anneo Séneca, llamado «el Retórico», bien conocido como autor de *controuersiae* y de *suasoriae*, ensayos sobre estos dos tipos de ejercicios retóricos, y de *historiae*, cuyo relato se extendía desde el principio de las guerras civiles hasta casi el día de su muerte. <<

[423] Curiosamente dos remedios espirituales le sirvieron de medicina para el cuerpo: el estudio de la filosofía y el cariño de los amigos que nunca se le manifestó tan sincero como en esos momentos de adversidad (*cf. Epíst*., 6, 3; 48, 2). <<

[424] En la epístola 15, 4, Séneca habla de otros ejercicios gimnásticos que practicaba. <<

[425] Probable alusión al hecho de que Calígula le perdonó a Séneca la vida por haberle indicado una de las cortesanas que éste no tardaría en morir (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIX, 19, 7). <<

[426] Pasaje de inspiración epicúrea: *cf*. Usener, 1887, frag. 446. Las mismas ideas aparecen en la epístola 94, 7. <<

[427] *Cf. Epíst*., 31, 11, nota 174, donde aducimos diversos pasajes de las *Epístolas* sobre el carácter divino del alma. De ahí que los espíritus nobles le dediquen preferente atención. <<

[428] Virgilio, *Eneida*, I, 203. Palabras que dirige Eneas a sus compañeros al llegar a la costa de Libia, después de la tempestad. <<

[429] Aquí termina la última de las objeciones que el interlocutor fingido, de acuerdo con los procedimientos del género diatríbico, presenta al autor sobre el tema en cuestión (*cf.* §§ 11, 17). <<

[430] Las ostras del lago Lucrino en el golfo de Cumas, junto al lago Averno, eran particularmente apreciadas. Juvenal cuenta (*cf. op. cit.*, 8, 85) que cierto individuo toma cien ostras del Lucrino para cenar. <<

[431] Refiriéndose al lujo de los manjares, nota J. Guillén (1978, II, pág. 266): «comer, por ejemplo, pollo y caza, y beber Falerno, como hacían el emperador Alejandro Severo y el emperador Tácito, les parecía una vulgaridad» a las gentes adineradas. <<

[432] De las muchas obras de este filósofo estoico polifacético sólo restan fragmentos y algunos testimonios indirectos (*cf. Epíst*., 33, 4, nota 184). <<

[433] Esta parte de la epístola es complementaria de la epístola 79, en uno de los aspectos de la *patientia* (*cf*. Maurach, 1970, págs. 173-174). <<

[434] Séneca quiere mantener su libertad de opinión frente a los grandes maestros del estoicismo. Si les da su asentimiento es porque está convencido personalmente de la verdad sustentada por ellos (*cf. Epíst.*, 117, 1; Gentile, 1933, pág. 14). <<

[435] Es el estadio de Nápoles, según lo permite deducir la epístola 76, 1-4, pues allí Séneca dice que acude a las lecciones de Metronacte, quien fue en Nápoles donde abrió su escuela de filosofía, y el intervalo de tiempo entre esta y aquella epístola es mínimo. También Grimal piensa en Nápoles y recuerda la mención que hace el autor, en el § 1, del espectáculo de la competición de pelota (*cf*. 1978, pág. 454). <<

[436] Son los registros de los censores donde se inscribían los nombres de los esclavos que habían conseguido la libertad. <<

[437] *Cf*. Ribbeck, *Tragicorum Romanorum Fragmenta*, Lipsiae, 1897, 104-106, pág. 289; Quintiliano, *op. cit*., IX, 4, 140. Pudieran pertenecer al *Atreo* de Accio. Se impone el cotejo ideológico con *Epíst*., 76, 31. <<

[438] Medida para los áridos, correspondiente a 8,75 litros. <<

[439] *Cf*. Ribbeck, *Ibid*., 27, pág. 276. <<

[440] Por su escaso grado de cultura, los escitas y los sármatas, pueblos vecinos al Cáucaso, en torno al Ponto Euxino, eran menospreciados por los romanos. <<

[441] Con él eran arrastrados por el cuello los condenados para ser conducidos al suplicio y, ya muertos, arrojados al Tíber. <<

[442] En varias epístolas (p. ej: la 68, la 72 y parte de la 75) se ha referido ya el filósofo a la naturaleza del *otium*, que debe ser fecundo. De hecho, «el retiro», entregado a la reflexión filosófica, es un presupuesto indispensable para alcanzar la sabiduría y la virtud. <<

[443] Virgilio, *Eneida*, VI, 261; palabras dirigidas por la Sibila a Eneas, cuando ambos, después del sacrificio ritual, van a entrar en el mundo de ultratumba, los infiernos. <<

[444] Se comprende que, a partir de este § 9 de la epístola 82, hable H. Cancik (1967, págs. 35-39) de un segundo grupo de epístolas: 82, 83, 85, 87, que se refieren, al menos en parte, a la dialéctica, frente al grupo anterior de epístola: 45, 48, 49. <<

[445] Podríamos afirmar con Elorduy (*cf*. 1972, II, pág. 155) que la muerte es una cosa indiferente, con apariencia de mal a causa de la repugnancia natural a la disolución del cuerpo, por el desconocimiento del más allá, por el terror que inspiran las tinieblas, habitualmente asociadas a la muerte y por la impresión que causan los suplicios del infierno: *cf*. § 15 de la epístola. <<

[446] Se refiere a P. Rutilio Rufo, varón de suma integridad, cónsul en 105 a. C. Séneca lo recuerda en las epístolas 24, 4; 67, 7, y 79, 14. *Vid*. nota 118. <<

[447] El menospreciar la vida y negarse a valorar, por encima de todo, el hecho de vivir es un gran don de la Naturaleza. Así, nuestro filósofo opone la muerte ejemplar de Catón, tantas veces ponderada, al caso de D. Junio Bruto Albino, mendigando vergonzosamente unos instantes de vida (*cf*. Grimal, 1978, pág. 409). <<

[448] Insiste Séneca en señalar en qué sentido la muerte es cosa indiferente (*cf. supra*, nota 445). El pasaje, al menos en parte, recuerda a Eurípides, *Hipólito*, 189-197. <<

[449] Como puede apreciarse, no consideramos necesaria la laguna en el texto senecano que Reynolds señala en su edición antes de *quia videtur*, en nuestra versión: «porque parece». <<

[450] Séneca ha combinado aquí los vv. 400-401 del libro VI de la *Eneida* con los versos 296-297 del libro VIII, referidos al espantoso cometido del can Cerbero del Orco. <<

[451] La cita, de Virgilio, *Eneida*, VI, 95, 96, encierra las palabras de la Sibila dirigidas a Eneas, después de haberle anunciado las guerras que deberá afrontar en el Lacio. <<

[452] Nuestro autor presenta aquí dos célebres ejemplos, casi coetáneos, uno de la historia romana y otro de la griega: los Fabios, de noble alcurnia, asumieron en el 477 a. C. el gran riesgo de enfrentarse en la guerra contra la ciudad etrusca de Veyes y fueron completamente derrotados; los espartanos, a las órdenes de su rey Leónidas, se opusieron en vano a los persas en el desfiladero de las Termópilas, el año 480 a. C., muriendo heroicamente en el intento. La eficacia de la breve arenga de Leónidas que nos brinda Séneca, contrasta con la ineficacia manifiesta del silogismo. La expresión de Leónidas: *tamquam apud inferos cenaturi*, guarda paralelo con Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, 142, 101: *Hodie apud inferos fortasse cenabimus*. <<

[453] Al parecer, no se trata de Calpurnio Flamma, sino de Quinto Cedicio, tribuno militar. Aulo Gelio (*cf. op. cit*., III, 7, 19) relaciona la gesta del tribuno y sus 400 soldados con la de Leónidas y sus espartanos. Su proeza tuvo lugar en la primera Guerra Púnica (264-241 a. C.). Pero el tribuno, cuya arenga previa a la escaramuza no se cita expresamente, regresó vivo de la contienda. <<

[454] Es la serpiente del río sagrada que aterrorizó al ejército romano mandado por Atilio Régulo durante la primera Guerra Púnica (*cf*. Aulo Gelio, *op. cit*., VII, 3). <<

[455] Pitio es el sobrenombre de Apolo por haber dado muerte a Pitón, el dragón que custodiaba el oráculo de Delfos. En su honor celebraban los griegos, en el mes de agosto del tercer año de toda olimpíada, los Juegos Píticos, presididos por los anfictiones (*cf*. Daremberg-Saglio-Pottier, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, vol. VII, 784-794, *s. v. Pythia*). <<

[456] Según los códices que nos transmiten el texto de las *Epístolas*, con la epístola 84 comienza el libro XI del epistolario y con la epístola 88 termina el libro XIII, pero no nos brindan más información acerca de la división interna de los libros en este grupo de *Epístolas*. <<

[457] Situada la composición de la epístola 84 entre finales de mayo y principios de junio del 64, su contenido pone de relieve la importancia que tienen los escritos filosóficos en la vida contemplativa, en la conquista de la sabiduría y en el estudio de las condiciones para una vida feliz. Según el filósofo, los elementos asumidos por las lecturas deberán ser transformados en substancia propia mediante la escritura (*cf.* Grimal, 1978, págs. 325-326). <<

[458] Es decir que, para sus paseos, Séneca es conducido en una litera. <<

[459] Son versos de la *Eneida*, 1, 432-433, y que aparecen de forma casi similar en *Geórgicas*, IV, 163-164. Aquí, sin duda, los presenta Virgilio por la semejanza que sugieren con la fundación de Cartago, a la que se refiere expresamente. Séneca aprovecha la cita para aclarar cómo de las lecturas se debe elaborar la composición filosófica. La comparación con las abejas que van libando para extraer el néctar era ya clásica entre los griegos. <<

[460] Otra comparación ordenada al mismo objetivo: como el estómago transforma los alimentos en la substancia propia del organismo, análogamente opera la escritura del filósofo con sus múltiples lecturas. <<

[461] *Vid. Epíst.*, 2, 2: «Es conveniente […] nutrirse de algunos grandes escritores, si queremos obtener algún fruto que permanezca firmemente en el alma». <<

[462] Habla primero Séneca del coro de las tragedias que era un todo armónico resultante de muchas voces, luego se refiere a los certámenes musicales romanos de principios de la época neroniana, cuando, en los teatros de Pompeyo, Balbo y Marcelo, ya no solían representarse tragedias, ni comedias, sino que el público reclamaba la música con acompañamiento de danza. <<

[463] Alusión a los clientes que acudían a casa del patrono para saludarle por la mañana, a los que se permitía entrar por los diversos accesos no según el orden de llegada, sino conforme al grado social: así los personajes de mayor categoría eran recibidos sin espera (*cf*. Séneca, *Sobre los beneficios*, VI, 34, 2). <<

[464] A juicio de Cancik, toda la epístola 85 trata cuestiones doxográficas, abordando los temas clásicos del estoicismo (*cf*. 1967, págs. 36-37). La postura del filósofo coincide sólo en parte con las opiniones de la escuela estoica. Admite que no le agradan los silogismos esgrimidos por los suyos —suponen armarse con una lezna para una batalla— y expone sus propias ideas a partir del § 32. <<

[465] A Séneca no le satisface la opinión de los peripatéticos, que se contentan con sólo moderar las pasiones con la doctrina del justo medio. <<

[466] Un espartano, famoso campeón de carreras a pie (*cf*. Pausanias, *op. cit*., II, 19, 7). <<

[467] «Ella» es la virgen Camila, cazadora y guerrera del pueblo volsco. Los versos son de Virgilio, *Eneida*, VII, 808-811. <<

[468] De los remedios para las enfermedades de la vista habla la epístola 64, 8. <<

[469] *Cf*. Séneca, *Sobre la ira*, 17-8, donde el filósofo rechaza la tesis de la moderación en la pasión de la ira, y defiende que, una vez admitida, no se la podrá dominar. <<

[470] Centra su tesis de que la honestidad o virtud basta para la felicidad, completando así el ciclo de las epístolas 63-80 sobre la consecución de la *virtus*, meta del aspirante a la sabiduría. <<

[471] Filósofos que sucedieron a Platón en la dirección de la Academia (siglo IV a. C.). Su opinión (*cf*. Heinze, 1887, frag. 91), que rechaza la honestidad como el bien único, fue ya criticada por Séneca en la epístola 71, 18. <<

[472] Frente a la doctrina de Epicuro (*cf*. Usener, 1887, frag. 508), Séneca argumenta *ad hominem*, ya que el filósofo ateniense admite que la virtud es inseparable del placer, el cual, a su vez, es fruto de la virtud. De ahí que considere inepta la distinción entre virtud y placer (*cf*. I. Roca, *Séneca. Epístolas morales a Lucilio*, Gredos, Madrid, 1986, I, pág. 53). <<

[473] Ya en las epístolas 71, 8, y 74, 26, Séneca se ha manifestado en contra de la opinión que admite diversos grados de felicidad para quienes han alcanzado el Bien Supremo. <<

[474] Nos encontramos en una temática similar a la desarrollada, al menos en buena medida, en las epístolas 66, 67, 76 y 78. <<

[475] Se establece la diferencia entre la sabiduría como arte de la vida en general y las artes particulares que sirven para un uso concreto de la vida: éstas son sirvientas, la sabiduría es la señora. <<

[476] En estos §§ 33-37 se desarrolla ampliamente la comparación clásica entre el arte del timonel en la nave que surca los mares y el del sabio que gobierna su espíritu en medio de los riesgos de la vida. <<

[477] A Fidias, ya citado en la epístola 9, 5, considerado el más grande escultor griego (siglo V a. C.), se le compara con el sabio: como Fidias sabía modelar estatuas de cualquier materia, así también el sabio ejercita la virtud en cualquier situación, maestro en superar los males. <<

[478] Sobre esta epístola 88, tan sugerente y clarificadora, existe un análisis importante realizado por A. Stueckelberger, *Senecas 88 Brief. Ueber Wert und Unwert der Freien Künste*, Heidelberg, 1965. <<

[479] Séneca no considera liberal la cultura material y utilitaria. En efecto, las artes liberales son auxiliares, es cierto, de la filosofía, pero no tienen por objeto la sabiduría, ni su conocimiento puede unirse, como pretende Posidonio, al de la filosofía (*cf*. § 24 de esta epístola). <<

[480] La gramática nada tiene que ver con la virtud, ni con el dominio de las pasiones. Isidoro de Sevilla nos dirá que la enseñanza de los gramáticos podría ser útil para la vida, si fuera asumida para usos mejores (*cf. Sentencias*, III, 13, 11). Tampoco tienen que ver con la virtud la geometría o la música. En ésta, Diógenes de Babilonia sí que reconoce un medio de fomentar la virtud (*cf. Stoicorum veterum fragmenta*, III, 54-90).
<<

[481] Acerca de Homero considerado filósofo estoico, *cf*. Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I, 41; considerado epicúreo, *cf. Odisea*, IX, 5 y sigs.; peripatético, *cf. Ilíada*, XXIV, 376 y sigs.; académico, *cf. ibid*., II, 486. Se trata de textos que dan pie para cada una de estas interpretaciones. Con todo, el tema de la virtud parece que es preponderante, sobre todo en la *Odisea*, lo que haría de Homero un predecesor del estoicismo (*cf*. I. Roca, «Una introducción inédita a la *Odisea*», *Helmantica* XII [1961], págs. 427-439). <<

[482] En seguimiento de Heródoto, se mantiene, en principio, que Homero vivió sobre el 850 a. C. y que Hesíodo es posterior a él al menos en un siglo, si bien no faltan tradiciones que los hagan coetáneos. En cambio, en Luciano, *Somnium* 17, declara que Helena era algo mayor que Hécuba. <<

[483] Cuestión discutida entre los sabios del tiempo de Aulo Gelio (*cf. op. cit*., XIV, 6, 23). Se atribuía al crítico alejandrino Aristarco la opinión de que Ulises navegó por mar interior entre Ítaca y Sicilia, y a Crates de Malo, la de que navegó por mar exterior. <<

[484] En cambio, en el § 25 afirma que la geometría «es necesaria a la filosofía», aunque no sea parte constitutiva de ella, puesto que, como subraya en el § 26: «el sabio indaga y conoce las causas de los fenómenos naturales cuyo número y medida trata de calcular el geómetra». <<

[485] También llamada *decempeda*, medida agraria de diez pies o 2,957 m. <<

[486] Virgilio, *Geórgicas*, I, 336-337. Habla el Mantuano de la necesidad de observar el planeta Saturno, el más alejado del Sol, que pasaba por tener un carácter refrigerante y funesto. Situado en la constelación de Capricornio, desencadenaba, según comenta Servio, *ad loc*., lluvias torrenciales, y en la de Escorpión, el granizo. Cilene es el monte de Arcadia donde se decía que había nacido Mercurio. <<

[487] Mercurio, al aproximarse a Júpiter, se dice que ejercía una acción benéfica; en cambio, al acercarse a Saturno, acción maléfica. <<

[488] Virgilio, *Geórgicas*, 1, 424-426. Traducimos «astros» respondiendo al término latino *stellas*, lectura esta del texto virgiliano que sólo aparece aquí en Séneca, pues en los códices se lee *lunas*, más conforme al sentido. <<

[489] Alusión a cuanto sucedía en su tiempo con motivo de los espectáculos. Sobre la maquinaria del teatro, *cf*. Suetonio, *Claudio*, 34. <<

[490] Las artes llamadas «encíclicas» eran la gramática, la música, la geometría y la aritmética. Y en menor medida, la retórica y la dialéctica. <<

[491] La objeción del interlocutor ficticio destaca la importancia de la geometría en orden a la filosofía como parte integrante de ésta, opinión que Séneca rechaza (*cf*. § 10 de la epístola, *y supra*, nuestra nota 484) precisando los cometidos de ambas disciplinas. <<

[492] Recuerda al célebre verso 77 del terenciano *Heautontimorumenos* al que citará luego en la epístola 95, 53, cuando aduce los principios o normas que regulan las relaciones entre los hombres. <<

[493] Dídimo de Alejandría, vivió probablemente en el siglo I a. C. y comienzos del siguiente. Fue llamado «calcentero», o sea: «el de vísceras de bronce», por las cuestiones literarias que discutió y su enorme resistencia a la fatiga mental; asimismo, *bibliolátha*, porque no recordaba el número y los títulos de sus numerosos libros. <<

[494] La cuestión suscitada en torno al lírico Anacreonte de Teos (finales del siglo VI), quizá fue motivada porque en su poesía cantó al amor y al vino. <<

[495] Asimismo, esta cuestión planteada sobre la poetisa Safo (finales del siglo VII) pudo deberse a la libertad con que cantó la pasión amorosa en una época como aquella en que la mujer llevaba una vida hogareña y retirada. <<

[496] Como en otras ocasiones, Séneca se muestra un estoico independiente, que a veces disiente de los grandes próceres del estoicismo (*cf*. I. Roca, «Razón universal y sociabilidad en el estoicismo senequista», *Millars* I [1974], pág. 93). <<

[497] Personaje de la leyenda, hijo, según unos, de Eagro, rey de Tracia y, según otros, de Apolo y la Musa Calíope. Poeta y músico célebre, a quien se atribuyen himnos religiosos, cantos nupciales y fúnebres, creador de la teología pagana. Famoso ya en la época de la expedición de los Argonautas en la que tomó parte. Y, en suma, el vate más admirado antes de Homero. <<

[498] Natural de Samotracia, *ca*. 217-145 a. C., filólogo, gramático y crítico, el más célebre discípulo de Aristófanes de Bizancio a quien sucedió en la dirección de la Biblioteca de Alejandría. Su obra más importante es la edición crítica de los poemas homéricos donde muestra una agudeza incomparable e intenta explicar a Homero a partir de Homero. <<

[499] Gramático alejandrino del siglo I d. C. Fue embajador de Alejandría ante Calígula y enseñó en Roma en tiempos de Claudio. Fue un gran estudioso de Homero, aunque queda muy poco de sus muchas obras. <<

[500] El célebre sofista del siglo V a. C. Su conocida frase: «el hombre es la medida de todas las cosas», viene a ser el compendio de una filosofía tendente al subjetivismo y al relativismo a que está aludiendo Séneca. <<

[501] Filósofo de la escuela escéptica (siglo IV a. C.), discípulo de Pirrón y seguidor de la doctrina de Demócrito. No es seguro que Epicuro hubiera escuchado sus lecciones. <<

[502] El filósofo de Elea (siglo IV a. C.), en crítica a Heráclito, contrapone el mundo de los sentidos, mudable y múltiple, al mundo del ser, inmutable, infinito, eterno y divino, que constituye la verdadera realidad y que es percibido por la razón. <<

[503] Discípulo de Parménides y famoso por su método dialéctico (siglo V a. C.): descubriendo las contradicciones de sus adversarios les hacía reconocer la verdad del sistema eleata. Son célebres sus argumentos contra el movimiento y la multiplicidad del ser. Éste es uno e inmóvil. Lo que no se puede pensar no puede ser, y sólo puede suceder lo que se puede pensar sin contradicción. <<

[504] Estos filósofos fueron los seguidores de Pirrón de Elide (siglo IV a. C.). Como, según ellos, sólo conocemos las apariencias de las cosas, éstas son falaces y engañosas; nada hay cierto, ni falso, todo es subjetivo, por ello lo más indicado para no errar es suspender todo juicio. La misma vía hacia el escepticismo siguieron también básicamente los megareos, los eritreos y los académicos. <<

[505] *Cf*. Elorduy, 1972, I, pág. 137: la relación de Dios con el hombre es concebida a modo de participación, es decir que la razón humana participa de la divina, del logos universal que informa al mundo. <<

[506] *Cf*. Roca, 1974, págs. 96-97. Séneca insiste aquí en el tema del ciclo epistolar 63-80, que enseña el camino para alcanzar la sabiduría y, por ende, la virtud y la felicidad.
<<

[507] *Cf*. *infra*, § 30. El sabio iguala a Dios, excepto en la eternidad: *cf*. Elorduy, 1972, pág. 159. <<

[508] Es Antípatro de Tarso (siglo II a. C.), discípulo y sucesor de Diógenes de Babilonia y maestro de Panecio. Cicerón (*Academici libri*, II, 143) lo cuenta entre los *principes dialecticorum. Vid*. también *Epíst*., 87, 38-40. <<

[509] El término griego cabe traducirlo por «tranquilidad ininterrumpida». <<

[510] Así pues, el alma no es totalmente divina, sí lo es en su parte más noble, la racional, y cuando lleva a ésta a su pleno desarrollo o consumación, como es el caso del sabio. <<

[511] Virgilio, *Eneida*, III, 426-428: fragmento inserto en la larga profecía de Heleno que anunciaba a los troyanos diversos peligros. Sobre Escila, *cf*. Homero, *Odisea*, XII, 235 y sigs. Aquí Escila es fiel trasunto del hombre, que, con una parte hermosa y noble, la racional, combina otra vil e ignominiosa, la irracional, sometida al placer. <<

[512] Los bienes conforme a la naturaleza se pueden desear: así la salud, el vigor físico…, pero asumidos con un criterio o juicio conformes con la razón. <<

[513] Si el hombre virtuoso puede ser feliz en medio de grandes dolores, mejor aún conseguirá ser totalmente feliz, aunque le falten los bienes naturales, como la salud o el vigor corporal. <<

[514] *Cf. Epíst*., 66, 3 y 6-8, donde se habla del encanto que produce el alma virtuosa.
<<

[515] *Cf*. Roca, 1986, I, pág. 53, y *Epíst*., 66, 47-48; Usener, 1887, frag. 138. <<

[516] Virgilio, *Eneida*, V, 363. Son palabras de Eneas que invita a la competición del cesto, la más peligrosa. Aquí Virgilio se inspira en Homero (*Ilíada*, XXIII, 651-699) y ha sido imitado por Estacio (*Tebaida*, VI, 249) y por Valerio Flaco (*Argonáuticas*, IV, 227). Para la expresión formal virgiliana, *cf*. Homero, *Odisea*, XVIII, 61. <<

[517] Virgilio, *Eneida*, IX, 485: expresión que forma parte del llanto de la madre de Euríalo cuando éste muere a manos de Turno. En el texto de Virgilio, Séneca ha cambiado el calificativo *latinis* por *marinis*. <<

[518] Lunderstedt, 1911, frag. 6. *Cf. Epíst*., 19, 9; 114, 4. En estos pasajes se reconoce el *ingenium* de Mecenas, al que, sin embargo, perjudicó su excesiva prosperidad. <<

[519] A este filósofo, probablemente estoico, ya se refirió Séneca en la epístola 76, 4, donde afirma que asistía a la escuela que Metronacte tenía en Nápoles. <<

[520] La ecuanimidad es propia del sabio estoico, que no se turba por los acontecimientos que no dependen de él. Lucilio, por lo mismo, no debe abandonarse a una aflicción excesiva, según ya le había aconsejado Séneca en la epístola 63, 1. <<

[521] El alma que ha conseguido el bien propio, la virtud, consigue la autosuficiencia que supone plenitud y felicidad. El ideal de la autarquía, presente en el pensamiento griego ya desde los presocráticos (*cf*. Diels-Kranz 68 B 210), es considerado fundamental para los estoicos y hasta para los epicúreos que lo juzgan necesario para moderar los deseos. <<

[522] La misma idea en Horacio, *Epístolas*, 1, 4, 13. Éste, sin embargo, con una visión hedonística inducía con su *carpe diem* a gozar de todo lo que puede ofrecernos el presente y el mañana; en cambio, en la austera moral estoica se recomendaba activar intensamente las posibilidades de la virtud y a vigilar con rigor la conciencia en la conducta individual. <<

[523] La consecución de la sabiduría no es la meta más lejana, sino la más alta e importante. No es cuestión de duración o de espacio, sino de tensión y de estímulo. La exaltación de la figura del sabio, expuesta por Séneca en varias de sus *Epístolas*, recuerda a Cicerón en *Disputaciones tusculanas*, I, 28, 68 y sigs. <<

[524] *Animum… mittere* es un concepto de inspiración platónica, ya expresado por Séneca en *Cuestiones naturales, pref*. 2-3: el alma aspira a lo divino porque es parte de la divinidad. <<

[525] También Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, 1, 34, 82 y sigs., mantiene la opinión de que el alma es inmortal y que la muerte no es un mal en ninguno de los dos supuestos: el de la inmortalidad y el del aniquilamiento total después de la muerte. <<

[526] Tanusio Gémino, conocido por sus *Anales*, una pesada obra analística, concebida a imitación de Ennio, que se extiende hasta la propia época del autor, la misma de Julio César (*cf*. Suetonio, *César*, 9, y Plutarco, *César*, 22). Hay quien piensa que se le debe identificar con Volusio, autor de unos Anales, muy despreciado por Catulo en su *carmen* 36. <<

[527] En *Epíst*., 94, 52: «Responderemos a esta pregunta en su momento». <<

[528] Se refiere aquí el filósofo a las lecturas públicas de textos literarios, que se daban en la época imperial y que no siempre suscitaban el interés deseado por el recitador (*cf*. Bellincioni, *Lettere a Lucilio, Libro xv: le lettere 94 e 95*, Brescia, 1979, págs. 224-225). Tales lecturas se hacían necesarias, dadas las dificultades de difusión de las obras literarias. Tuvieron lugar en las casas de los patricios, en el Capitolio, en el palacio imperial, en los baños… Séneca atribuye a Asimio Polión el comienzo de ellas. Para mayor información, *cf*. E. Auerbach, *Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spätantike und im Mittelalter*, Berna, 1958. <<

[529] Más que los adversarios del estoicismo son los defensores a ultranza de los preceptos. Séneca reconoce que es más necesario apoyar el valor de los preceptos que el de los principios, cuyo valor difícilmente se pondrá en duda; pero limita la eficacia de los preceptos. <<

[530] Recuerda el filósofo que la sabiduría no es un arte como los demás que son instrumentos para la vida, sino el arte de la vida misma, donde son muy graves los errores voluntarios, ya que debe existir una conexión íntima entre la intención del alma y la acción que de ella deriva. <<

[531] Hipócrates de Cos (460-370 a. C.) estudió en Atenas medicina con Heródico de Selimbria, y filosofía con el sofista Gorgias y con Demócrito de Abdera. <<

[532] Asclepíades de Prusa (130-50 a. C.), médico de gran renombre en Roma durante el siglo I a. C. Siguió, al parecer, las doctrinas de Epicuro y de los atomistas aplicándolas a la medicina, y clasificó las enfermedades en agudas y crónicas. Defendía que el origen de la enfermedad se hallaba en la obturación de los poros provocada por la presencia de los átomos. <<

[533] Discípulo aventajado de Asclepíades, Temisón de Laodicea, en Siria, fue médico en la época de Augusto. Se le considera el fundador de la escuela de los metódicos: *cf*. Bellincioni, 1979, pág. 237. <<

[534] Señala aquí Séneca los diversos términos latinos para expresar el concepto de «principios»: *dogmata, decreta, scita, placita*. <<

[535] En su condición de contemplativa, la filosofía examina el universo entero y no se limita al ámbito de la convivencia humana. Por ello hace suyas las palabras de Lucrecio al principio del *La naturaleza* (I, 54-57), con que el poeta epicúreo indica las grandes líneas de su exposición que responden a los grandes temas de toda filosofía. <<

[536] Con perspectiva histórica, reconoce Séneca que la antigua sabiduría, rudimentaria ella, se ha complicado porque el mal se ha agravado paralelamente; por ello se precisa de defensas más eficaces procuradas por los principios filosóficos. Lo propio ha sucedido con la medicina. <<

[537] Sobre esta larga digresión acerca de la historia de la medicina (§§ 15-29), una de las artes liberales, basada también en principios, *cf*. Bellincioni, 1979, págs. 38-42. De hecho, Hipócrates, buen filósofo, había separado la ciencia médica del estudio de la sabiduría. Asclepíades insiste más en el conocimiento de las causas de las enfermedades; Temisón, por su parte, en el examen de los rasgos patológicos comunes. Asimismo, tanto Asclepíades como Galeno fueron profundos conocedores de la psicología humana. <<

[538] Séneca relaciona el incremento de las múltiples clases de enfermedad con el refinamiento y el abuso de la comida. <<

[539] Con toda verosimilitud se refiere a Hipócrates, antes citado, el cual, según Celso (*Proemio*, 8), fue «el primero, entre todos, digno de memoria»; según Plinio (*op. cit*., XXVI, 10), «el primero que fundamentó con toda claridad los preceptos de la curación». Plinio emplea el verbo *condidit* del que deriva el sustantivo *conditor* «fundador», empleado por Séneca: *cf*. Bellincioni, 1979, pág. 253. <<

[540] Séneca en toda esta digresión manifiesta sus muchos conocimientos de medicina, describe con detalle los síntomas de las enfermedades debidas a abusos alimentarios, señalando diversos tratamientos terapéuticos. <<

[541] Como la medicina, igualmente la filosofía ha tenido que intentarlo todo «frente a tanta subversión moral», expresión que responde a *Epíst*., 94, 54: «así ha nacido aquella enorme malicia del ambiente: por haberse acumulado en un solo lugar cuanto de pésimo sabe cada uno». De hecho puede hablarse de locura colectiva. <<

[542] La cita es de Virgilio, *Eneida*, VIII, 442: palabras dirigidas por Vulcano a los Cíclopes a fin de que se apresten a modelar el escudo de Eneas. Séneca la aprovecha para indicar cómo la filosofía se ha tenido que hacer muy activa y diligente para combatir tantos males. <<

[543] De aquí la imperiosa necesidad de acudir a los principios morales, que, si son útiles para todos, resultan necesarios para quienes están dominados por malos hábitos y por falsas convicciones. No debe olvidarse que una misma obra será buena o mala moralmente según sea su motivación. <<

[544] Era el censor, magistrado de máximo rango, quien al realizar el censo y evaluar la fortuna de los ciudadanos para determinar sus cargas (impuestos) y derechos, debía también vigilar sus costumbres públicas y privadas (*regimen morum*), y, en el caso de apreciar mala conducta contra las costumbres de los antepasados (*mos maiorum*), la señalaba con la *nota censoria* en la lista de las contribuciones. Si ésta no bastaba para la enmienda del culpable, se le aplicaban castigos más severos. <<

[545] El *Genius* lo poseía todo varón en Roma. Se identificaba con la fuerza misteriosa de su personalidad expresando la facultad procreativa del hombre; a modo de ser divino otorgaba protección a cada uno: *cf. Epíst*., 12, 2 y 110, 1. <<

[546] Son las cenas que ofrecían los magistrados al tomar posesión del cargo. Aun teniendo en cuenta la hipérbole, se trataba de cenas muy costosas. <<

[547] El sestercio era la cuarta parte del denario de plata desde el 268 a. C. y equivalía a dos ases y medio (*dupondius et semis tertius*). Llamado también *nummus* [moneda], constituía la base del cálculo monetario para los romanos. El anverso de la moneda mostraba en algunas emisiones la cabeza de Jano, y el reverso, la proa de un buque. A partir del 43 a. C., el sestercio era de bronce. Desde el 130 equivalía a cuatro ases, unos veinte céntimos, si bien su valor adquisitivo era mayor. Desde el 15 a. C., era de latón. *Deciens (centena milla)* es un millón de sestercios. <<

[548] Cuatro libras y media es peso excepcional, y el hecho narrado queda como ejemplo de un gran despilfarro (*cf*. Bellincioni, 1979, págs. 284-285). <<

[549] Marco Gavio Apicio, de la época del emperador Tiberio (14-37 d. C.), con grandes recursos e inventiva para los placeres de la mesa; su nombre era proverbial entre los gastrónomos. A él se refiere Séneca en *Epíst*., 120, 19, donde habla de algunos que «rivalizan […] en festines con Apicio». La porfía en el mercado entre los gastrónomos era habitual: *cf*. Séneca, *Sobre los beneficios*, VII, 19, 3. <<

[550] M. Junio Bruto (85-42 a. C.), noble estoico que conspiró y participó en el asesinato de César. De su tratado *Sobre el deber* aquí citado, sólo sabemos lo que dice Séneca y que estaba escrito en griego. También en el gramático Prisciano hay una mención incidental (*cf. Institutiones grammaticae*, II, 199, 8, ed. Keil). Quizá fue escrito bajo la influencia del *De officiis* de Cicerón o de la obra de Panecio del mismo título, fuente del *De officiis*. Citar la obra de Bruto, y no la de Cicerón o Panecio, hace suponer que la de Bruto se caracterizaba por la minuciosidad preceptística sin fundamentación teórica. Así lo cree Bellincioni, 1979, pág. 289. <<

[551] En el núcleo de la *Epístola*, §§ 47-59; sobre la necesidad de los principios, Séneca afirma que éstos nos indican la conducta a observar con los dioses, los hombres, las cosas y las virtudes. <<

[552] Séneca interpreta aquí un rito judío: la prohibición de encender el fuego en sábado, aunque las razones que aduce no son enteramente las mismas que las invocadas por Filón, *De specialibus legibus*, II, 65. <<

[553] Para esta máxima, en el original latino *miserius est nocere quam laedi*, consideramos plausible su origen socrático: en efecto, en el *Gorgias* platónico, 508b, afirma Sócrates contra Calicles: «y, por lo mismo, resulta verdadero que el cometer una injusticia es tanto más perjudicial que el sufrirla cuanto más torpe es». *Vid.*, con todo, Roca, 1986, I, págs. 62-63: cabría establecer el paralelismo entre la frase citada y San Pablo, *Epístola a los romanos*, 12, 20-21. <<

[554] Terencio, *op. cit.*, 77. En la comedia terenciana es Cremes quien pronuncia tales palabras, interesándose por la penosa condición de Menedemo, su vecino. El verso es celebérrimo, y Bickel lo relaciona con la primera de las «sentencias monósticas» de Menandro: «es preciso que siendo uno hombre se interese por las cosas humanas», sentencia que pudiera interpretarse en un sentido muy distinto. Sin embargo, el verso, en el contexto de la comedia, asume una dignidad ética que lo relaciona con la sabiduría popular de siempre. El sentido en Séneca se clarifica por lo que dice a continuación y lo evidencia en *Sobre la ira*, III, 43, 5: «mientras nos contamos entre los hombres cultivemos los sentimientos humanos» (*cf*. Bellincioni, 1979, págs. 301-302). <<

[555] «Del estado de equilibrio del alma» (*Epíst.*, 94, 60) depende todo el mecanismo de la acción recta, descrito aquí por Séneca; según la exposición psicológica de los estoicos antiguos: el momento esencial de toda acción reside en el juicio de la mente que la autoriza, éste prohíbe o permite el desarrollo del *impetus*, reflejo provocado por la representación venida ora del interior, ora del exterior: *cf.* Grimal, 1978, págs. 374-375. <<

[556] Como se ve, Séneca concede sólo una importancia secundaria a la parte preceptiva o parenética de la filosofía: los preceptos, como las hojas del árbol en las ramas, deben integrarse en la savia doctrinal de los principios. <<

[557] A partir del § 60, el filósofo, con no poca sutileza, aporta argumentos en favor de la necesidad de los principios: compara certeramente a los preceptos con las manos, y a los principios con el corazón que mueve y da impulso a las manos. <<

[558] Se habla aquí de una parte pedagógico-práctica, integrada en la preceptística, atribuida a Posidonio. Al incluir en ella la *etiología* o investigación de las causas, Séneca da a entender que ésta se orienta a fines práctico-educativos, que no tienen un carácter teórico (*cf*. Bellincioni, 1979, pág. 322). <<

[559] Con el significado de «representación, imagen, retrato» es como un documento de identidad fiscal o descripción del censo personal, exigido por los recaudadores para fines tributarios. <<

[560] Virgilio, *Geórgicas*, 111, 75-81 y 83-85. Séneca aprovecha la descripción virgiliana del potro de pura raza para aplicarla, salvadas las diferencias, al héroe o sabio estoico. <<

[561] El sabio estoico no es, para Séneca, un ser fantasmagórico. Existe, realmente, y Catón de Útica, tantas veces ponderado por el filósofo, representa y supera la medida de este sabio (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 7, 1). Tal sabio será no sólo un experto en dialéctica y en la doctrina estoica, sino ante todo un «hombre bueno» con el que se identifican varios personajes, que, en los siglos precedentes, merecieron este apelativo: Lelio, Escipión Emiliano, Catón el Viejo y, sobre todo, Tuberón. <<

[562] Como en los últimos libros de la *Farsalia* de Lucano, probablemente coetáneos de esta *Epístola*, también aquí se destaca la valentía de Catón en desafiar a César y Pompeyo defendiendo el interés superior de la República, su sentido de justicia reclamando para Roma la libertad, y rehusando verla esclavizada a un solo hombre o a una sola facción, su sentido del decoro exhortando a los ciudadanos a no ceder vergonzosamente, sino a combatir y, por último, su gran fortaleza ante la muerte. Resulta, pues, el dechado de todo hombre sabio, encarnación de toda virtud (*cf*. Grimal, 1978, págs. 404-410). <<

[563] Junto a Lelio, Escipión Emiliano y Catón el Censor, Séneca ahora quiere resaltar la figura de Elio Tuberón, estoico, primo de T. Graco, cuya amistad rechazó por coherencia política, amigo de Lelio, sobrino de Escipión Emiliano y uno de los interlocutores del *De republica* de Cicerón. Se le recuerda ahora por la sobriedad, exenta de todo servilismo, con que dispuso la mesa del banquete en honor de su tío, el magnánimo Escipión. Este episodio Séneca lo recuerda también en las epístolas 98, 13 y 120, 19, y Cicerón en su discurso *Pro Murena*, 36. <<

[564] La grandeza de la virtud aparece en el momento de la prueba. El hombre de bien debe transformar el dolor en provecho propio. No cuenta el sufrimiento en sí, sino la actitud ante él. Dios tiene ánimo de padre con los hombres virtuosos. «Nada —dice— me parece más desdichado que uno al que nunca le ha ocurrido ninguna contrariedad» (Séneca, *Sobre la providencia*, III, 3). Con estos pensamientos quiere Séneca consolar a Lucililo, que tal vez se queja por el mal de piedra (§ 3) o que atraviesa un período de crisis. <<

[565] El maestro presenta a su discípulo su propio ejemplo: no goza de buena salud, sus esclavos están enfermos en el lecho, le angustian las deudas, la casa se ha desplomado. Pero insiste en que el hombre virtuoso debe distinguirse del necio en que reconoce la providencia que todo lo depara para nuestro bien, distanciándose en ello de los epicúreos, que negaban la providencia y un ordenamiento teleológico en la naturaleza. <<

[566] La total adhesión a la providencia divina había inspirado a Cleantes su famoso *Himno a Zeus*, transmitido por Estobeo. Expresiones similares a las de este § 2 en *Sobre la providencia*, v, 5-6. <<

[567] Tales sufrimientos aparecen en el curso de una larga vida: *cf. Epíst.*, 107, 2, donde se afirma: «Vivir no es cosa deliciosa» [*Non est delicata res vivere*]. <<

[568] Este pensamiento está en la base del diálogo *Sobre la providencia*. Para Séneca, las adversidades son el camino para robustecer la voluntad que ha de impulsar al hombre al perfeccionamiento interior y a la sabiduría: *cf. Epíst*., 67, 15, donde habla Átalo, el estoico. <<

[569] Frase lapidaria que se convierte en el *leit-motiv* de la epístola. Así también Job 7, 1: *militia est vita hominis super terram* [la vida del hombre sobre la tierra es una milicia], concepción que históricamente se desarrolló en las monarquías militares de los Diádocos, donde el soldado era un voluntario vinculado a la persona del rey por el juramento. <<

[570] El mal es propio de todas las épocas, y aunque nuestro filósofo reconoce la cruel y funesta realidad del mal, a fuer de buen estoico mantiene el principio de la bondad natural del hombre. <<

[571] Se trata de Catón de Útica, tantas veces citado y al que luego se refiere de forma explícita en el § 8. <<

[572] P. Clodio Pulcro, perteneciente a la *gens* Claudia, fue un demagogo que, al frente de bandas armadas, combatió a los partidarios del Senado hasta que fue muerto, en una refriega, por las bandas que dirigía T. Annio Milón. A éste lo defendió Cicerón de la acusación de homicidio en un brillante discurso alegando legítima defensa por parte de Milón. <<

[573] Aquí se refiere Séneca al célebre suceso del 62 a. C., cuando las matronas romanas celebraban los misterios de la Buena Diosa. Ningún hombre podía asistir a aquellos ritos, pero Clodio, amante de Pompeya, mujer de J. César, se disfrazó de mujer y logró entrar en casa de César, a la sazón Pontífice Máximo, para participar en la celebración. Clodio fue descubierto y condenado, pero las intrigas y el oro repartido pródigamente lograron su absolución: *cf*. Plutarco, *Cicerón*, 28; *César*, 9-10. <<

[574] *Cartas a Ático*, I, 16, 5. En esa carta 16 el orador describe, de forma pintoresca y con lenguaje cáustico, la composición del tribunal, los detalles del proceso y las consecuencias políticas para él mismo. Sin duda, Séneca considera a Cicerón hombre de bien que combatía con gran riesgo la desvergüenza de Clodio. <<

[575] Era en primavera cuando se celebraban las fiestas en honor de la diosa itálica Flora, relacionada con Ceres y Venus. Además de un sacrificio ritual, tenían lugar juegos de circo y espectáculos escénicos. <<

[576] Usener, 1887, frags. 531 y 532. <<

[577] Séneca corrige a Epicuro, puntualizando que las malas acciones encuentran su verdugo en la conciencia, ya que la aversión al vicio brota de la misma naturaleza racional: *cf. Epíst.*, 87, 25, y Grimal, 1978, págs. 194-195. <<

[578] Sobre este tema, abunda la epístola, 23, 1-8; también la 59, 14-16. <<

[579] *Cf*. Bellincioni, 1978, págs. 133-140. *In mores fortuna ius non habet* [sobre las costumbres la fortuna no tiene derechos]. <<

[580] Se trata de la primera parte del verso 428 de Virgilio, *Eneida*, II. Eneas quiere combatir contra los griegos y reúne a un puñado de troyanos armados. Corebo, uno de ellos, los convence para que tomen las armaduras de los griegos, pero así quedan irreconocibles para los troyanos y son descubiertos por los griegos, por lo que se ven expuestos a los golpes de ambos bandos. Allí muere también Rifeo el más justo de los troyanos. A Eneas no le parece razonable tal pérdida, cuando se ha asumido tanto riesgo y así lo manifiesta en el apóstrofe dirigido a los muertos. Séneca, en cambio, afirma que tal expresión en medio de las desgracias debe pronunciarse sin queja. <<

[581] A. Körte, *Metrodori Epicurei Fragmenta*, Leipzig, 1890, frag. 35. Metrodoro que, junto con Hermarco y Polieno, fue discípulo de Epicuro, murió antes que el gran maestro. A él se ha referido ya Séneca en varias epístolas (*cf*. Roca, 1986, I, pág. 490).
<<

[582] Sobre esta expresión, *cf*. el amplio comentario de Bellincioni, 1978, págs. 147-155. <<

[583] Es Mucio Escévola, cuyo ejemplo de heroísmo ha sido ya recordado por Séneca en *Epíst*., 24, 5; 66, 51 y 53. Tito Livio (*op. cit*., II, 12-13) narra con detalle su gesta. <<

[584] Es Marco Atilio Régulo, cuya heroica gesta menciona Séneca en *Epíst*., 67, 7 y 12; 71, 17 (*cf*. Roca, 1986, I, págs. 385-386, nota 324). <<

[585] A Sócrates lo cita Séneca repetidamente (*cf*. Roca, *ibid*., pág. 491). <<

[586] P. Rutilio Rufo es recordado en las epístolas 24, 4; 67, 7; 79, 14. <<

[587] Catón, el de Útica, es citado, como Sócrates, numerosas veces y, concretamente, en la epístola anterior (*cf*. Roca, *ibid*., pág. 488). <<

[588] Fabricio Luscino, así llamado porque era tuerto, fue enviado por el Senado a Tarento para evitar que esta ciudad se declarase contra Roma, pero los tarentinos, violando el derecho de gentes, lo aprisionaron. En 282 a. C. llegó al consulado. Cuando los tarentinos llamaron a Pirro en su ayuda, Fabricio lo combatió en Heraclea y rechazó el oro que el rey epirota le había ofrecido como soborno (*cf. Epíst*., 120, 6). Murió en una honorable pobreza y fue contado entre los romanos más ilustres. <<

[589] A Elio Tuberón y a este suceso, prueba de su frugalidad, nos hemos referido antes (*cf. Epíst*., 95, 72 y la nota 561). <<

[590] Sextio, el padre, de noble cuna, rehusó la carrera senatorial que J. César le había ofrecido y prefirió consagrarse a la filosofía; aunque romano, enseñaba y escribía en griego. A través de su maestro P. Fabiano, Séneca conoció la doctrina de los Sextios (*cf*. Roca, 1986, I, pág. 340). <<

[591] Para entender esta última parte de la epístola 98, 15-18, donde se habla de un anciano de virtud eminente —quizá sea Clarano, el de la epístola 66— y se desarrolla un tema no relacionado estrictamente con el precedente, sería necesario suponer: o que la epístola termina en el § 14, como lo cree Hense (*Teletis reliquiae*, Tubinga, 1909, pág. 633), o que está incompleta y existe una laguna entre el final del § 14 *vincas* y el comienzo del 15 *His sermonibus* (así lo apreció antes que nadie Mureto), o que el final, §§ 15-18, tal como se conserva, pertenecía a una epístola desaparecida: es la hipótesis de E. Albertini (*La composition dans les oeuvres philosophiques de Sénèque*, París, 1923, notas 2 y 506), o que deberían añadirse dichos párrafos al final de la *descriptio epistolaris* de la 66, que se refiere a Clarano: tal es la opinión de A. Beltrami (*Ad Lucilium Epistulae morales*, Roma, 1931, pág. LII), que nos parece inteligente. <<

[592] La vida es cosa indiferente, ni debe ser amada más de lo justo, ni menospreciada neciamente, y, por ello, no se debe ir a la muerte por desprecio a la vida, que puede ofrecernos una buena manera de servir a los demás, de ser útil a los allegados cumpliendo un acto de generosidad, como sugiere Séneca. <<

[593] Esta epístola, por su contenido, se asemeja a la *Epíst*., 63. De hecho, desarrolla tópicos ya considerados en aquélla, aunque en este caso se trate del hijo, niño pequeño, y no del amigo ya mayor. Sin embargo, como en otros casos, Séneca amplía en una epístola posterior lo que había bosquejado en otra precedente. <<

[594] Marulo es un personaje desconocido. <<

[595] El filósofo desarrolla repetidas veces esta idea: todos los humanos son iguales, nacen y mueren por igual; es la suerte común a todos los seres (*cf. Epíst*., 47, 10; 95, 50; *Sobre los beneficios*, III, 28, 1-2). <<

[596] *Cf. Epíst*., 63, 2, 12 y 13; *Sobre la tranquilidad del espíritu*, XV, 6. <<

[597] En los §§ 18-24, Séneca expone la doctrina del Pórtico, según la cual, el único mal es el mal moral; las restantes cosas que consideramos males, incluida la muerte, no lo son realmente. No se trata de hacer un elogio de la muerte frente a las miserias de la vida. Ésta puede ser incluso satisfactoria en cierta medida, pero tales satisfacciones son inciertas. Por ello, la muerte que pone término a una vida feliz la garantiza frente a las desgracias y supone una liberación (*cf*. Grimal, 1978, págs. 336-337). <<

[598] Körte, 1890, frag. 34. Séneca, que en su *Consolación a Marcia*, 12, admite que en la muerte del hijo puede existir un consuelo con el recuerdo de los momentos felices pasados en su compañía, ahora, como estoico, no puede aceptar que en el mismo dolor exista un placer, pues éste es contrario a la naturaleza al buscar una satisfacción en aquello que destruye nuestro ser. Tal dolor debe ser considerado un indiferente a rechazar, es decir, un *apoproēgménon*, de acuerdo con la teoría de los preferibles o rechazables (*cf*. Grimal, 1978, págs. 338-339). <<

[599] A Papirio Fabiano se refiere Séneca varias veces en sus *Epístolas* (*cf*. Roca, 1986, págs. 38-39, 134 y nota 56). Pertenecía, como ya se dijo (*cf*. nota 289), a la escuela de Sextio, el padre, y es considerado por Séneca como un filósofo verdadero que evidenciaba pasión en su elocuencia. Al parecer, Séneca le debe su interés por el estudio de la naturaleza, sobre la que Fabiano había compuesto, al menos, dos libros. Lucilio lo juzga como escritor y no como filósofo. Tiene interés sobre Fabiano el artículo de I. Lana, «Sextiorum nova et Romani roboris secta», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* XXXI (1953), 1-26 y 209-234. <<

[600] Los romanos se hacían construir casas para vivir determinados días como pobres. A ellas ya se ha referido Séneca en la *Epíst*., 18, 7. Tanto allí, como aquí, el filósofo critica el lujo, que, no contento con la sencillez, tiene por hábito mezclar muchas cosas a la vez. <<

[601] Su vida transcurre entre el 76 a. C. y el 5 d. C. En la pugna entre César y Pompeyo, figuró al lado del primero. Era pretor en Hispania cuando César fue asesinado. De M. Antonio recibió el mando de la Galia Traspadana, lo que le permitió salvar el patrimonio de Virgilio. Elegido cónsul el año 40, contribuyó a la paz de Brindis. Después de la victoria de Octaviano en Accio, se retiró a la vida privada. Fundó la primera biblioteca pública, y en calidad de poeta escribió tragedias y epigramas que no se han conservado. Celebrado como orador por su estilo enérgico, escribió numerosos discursos, en parte conservados, y una *Historia de las Guerras Civiles* que no llegó a publicar, pero que fue muy conocida a causa de las lecturas públicas. <<

[602] Al parecer, profesor de Retórica, recomendó a su hijo leer sobre todo a Demóstenes y Cicerón (*cf*. Quintiliano, *op. cit*., X, 1, 39). Los discursos que pone en boca de los personajes de su magna obra histórica, y se han conservado más de 400, son excelentes composiciones de oratoria. En este lugar, Séneca nos dice, además, que escribió obras filosóficas que, ciertamente, no se han conservado. <<

[603] Como indica debidamente la edición crítica de Reynolds sobre Séneca (*op. cit*.,11, págs. 420 y 465), que nos ha servido de base para nuestra versión, los códices señalan que con la epístola 100 termina el libro XVI, y con la epístola 101 comienza el libro XVII, asimismo que con la epístola 109 termina el libro XVIII, y con la epístola 110 comienza el libro XIX, pero no precisan dónde, entre las epístolas 101 y 109, termina el libro XVII y comienza el libro XVIII. <<

[604] Del Seneción aquí citado no se tienen otras noticias. Debe ser distinguido de Claudio Seneción, contemporáneo, asimismo, de Séneca, que primero fue amigo de Nerón y luego cómplice en la conjura de Pisón. Ambos, por supuesto, distintos de Herennio Seneción, de época posterior, coetáneo de Plinio el Joven. <<

[605] Virgilio, *Bucólicas*, I, 73. Las palabras que Melibeo se dirige a sí mismo con amargura, desposeído de sus campos y camino del destierro, las aplica aquí Séneca en un sentido diferente: no debemos disponer de la vida concibiendo largas esperanzas para un mañana incierto. <<

[606] Lunderstedt, 1911, frag. I. Séneca presenta el contraste entre un Mecenas dispuesto a vivir a toda costa y un Catón que se enfrenta animoso ante una muerte ejemplar. En el fondo es la oposición entre el estoico que acepta la muerte e, incluso, rehúsa la vida por fines más nobles, cuales la virtud y la sabiduría, y el epicúreo aferrado a la vida, al placer fugaz de la existencia y, por ende, a los caprichos de la fortuna. <<

[607] *Eneida*, XII, 646. Son las palabras que Turno dirige a su hermana antes de enfrentarse en duelo con Eneas, significando que la muerte no debe considerarse lamentable hasta el punto de que por miedo a ella se pierda la dignidad humana y militar. Este hemistiquio sirvió a un pretoriano para increpar a Nerón, que intentaba evitar cobardemente la muerte, cuando todo estaba perdido para él (*cf.* Suetonio, *Nerón*, 47, 2). <<

[608] Para Séneca, la creencia en la inmortalidad era un hermoso sueño, más aún, una opinión probable a la que se adhería cordialmente. Ateniéndose a la opinión de las grandes figuras del estoicismo, afirmaba que las almas de los sabios «conservaban su cohesión el tiempo suficiente para atravesar sin perjuicio las regiones turbias de la atmósfera y llegar a las esferas de la luz divina» (*cf.* Grimal, 1978, pág. 342), y así alcanzar el momento de la conflagración universal y confundirse luego con el alma del mundo. Pero, en ocasiones, el filósofo, recreando las enseñanzas de su maestro Soción, juzgaba en versión órfico-pitagórica que el alma cautiva del cuerpo estaba deseosa de regresar a su morada divina y, por lo mismo, sobrevivir al cuerpo con verdadera inmortalidad (*cf. Epíst*., 79, 12, y las notas en Roca, 1986, I, pág. 480). <<

[609] A la *descriptio epistolaris* (1-7) sigue la parte argumental (8-19), donde Séneca, en exposición sistemática, trata el aspecto lógico de la cuestión y expone unos principios para que mejor puedan entenderse las objeciones de los dialécticos y la refutación de los mismos, demostrando que es un bien la celebridad del sabio después de la muerte. <<

[610] Con gran precisión filológica, el filósofo, para designar la celebridad o verdadera gloria (después de la muerte), emplea el término de nuevo cuño *claritas*, en lugar de *gloria*, que había perdido su fuerza por el uso indiscriminado que de él se hacía (*cf*. § 17, donde afirma: «la gloria se apoya en el juicio de muchos, la celebridad, en el de los buenos»). <<

[611] Se trata de Cneo Nevio, autor también del poema épico *Bellum Poenicum* y de comedias. Se alude aquí a un verso de su tragedia *Hector proficiscens*, conservado por Cicerón en *Disputaciones tusculanas*, IV, 31, 67: *Laetus sum laudari me abs te, pater, a laudato viro* (Warmington, *Remains of Old Latin*, II, *Naevius, Tragoediae*, frag. 17). <<

[612] De un desconocido poeta romano (*cf*. Baehrens, 1886, I, pág. 137). <<

[613] Hermosa expresión con que se inicia, en la parte exhortativa final, un fragmento de elevada poesía que expresa la necesidad que tiene el hombre de elevarse por encima de lo terreno y aproximarse, mediante el estudio de la naturaleza y la contemplación del universo, al misterio del más allá. Así se subraya la duplicidad de nuestro ser: pequeñez y grandeza que Séneca había plasmado en *Consolación a Marcia*, XI, 3-5. <<

[614] En este texto (y también en *Epíst*., 24, 18; 65, 24) nuestro autor parece acariciar la idea de una supervivencia personal, como lo indicamos en la nota 608. Lo que no se puede afirmar, ni Tácito (*Anales*, XV 63) lo da a conocer, es si Séneca mantuvo, como Sócrates, esta convicción de una vida futura mejor en el momento de su muerte. <<

[615] En seguimiento de Posidonio y los discípulos de Platón, piensa Séneca que el alma del sabio alcanza en la otra vida la contemplación directa de las verdades eternas que se confunden con las leyes del universo, en una doctrina como la suya tan impregnada de especulaciones físicas. <<

[616] Según F. Préchac y H. Noblot (*cf. Sénèque. Lettres à Lucilius*, París, 1969 (=1945) IV, pág. 154, nota 1), es posible que Séneca se refiera aquí a Epicuro, toda vez que desarrolla los temas epicúreos tratados por Lucrecio en el libro III, *La naturaleza*. En defensa de esta hipótesis cabe recordar un razonamiento, no muy diferente, de Epicteto, que pregunta a Epicuro por qué, dadas las ideas antisociales de éste, se había fatigado tanto, preocupándose del público y robando horas al sueño para escribir libros tan valiosos (*cf. Disertaciones*, II, 20, 9). <<

[617] Virgilio, *Eneida*, IV, 3-4: alusión a Dido, que, tras escuchar el relato de Eneas, y enamorada como está de él, no puede olvidar al héroe y a su gente. Y, supuesta la referencia a Epicuro, cabe deducir que Séneca, con la cita virgiliana, ha querido fundir en el mismo elogio la gloria de Epicuro y de su patria Atenas. <<

[618] Sugiere el conocido aforismo plautino: «el hombre es un lobo para el hombre» (*Asinaria*, 495), y habla por experiencia propia. Al comienzo de su actividad política estuvo a punto de ser eliminado por Calígula. En el imperio de Claudio, implicado en un proceso de adulterio por instigación de Mesalina, fue desterrado. De regreso en Roma, tuvo que combatir las intrigas de Agripina y la crueldad de Nerón. En la corte de éste fue blanco de calumnias y acusaciones. Cuando en el 62 se alejó de la compañía de Nerón, todo hacía prever su trágica muerte. <<

[619] Para este epifonema, *cf. Epíst.*, 95, 33: «Al hombre, criatura sagrada para el hombre, se le mata ahora por juego y diversión [...] y es satisfactorio el espectáculo que ofrece la muerte de un hombre». <<

[620] Frente a la doctrina estoica tradicional que, en virtud de la «apatía», condenaba toda afección como perniciosa, incluida la compasión, en Séneca se manifiesta un humanismo nuevo que considera como propios los sufrimientos y alegrías del prójimo. Y en la *Epíst*., 95, 51-53, el filósofo ha sintetizado certeramente cuáles son los deberes de un hombre hacia otro hombre. <<

[621] Las fiebres invaden Roma, por lo que Séneca se refugia en su finca de Nomento. Al parecer, nos hallamos a mediados de septiembre (año 64), mes poco saludable. La uva está ya madura y Séneca se nutre de ella como de alimento muy apreciado. <<

[622] Pompeya Paulina es la joven segunda esposa de Séneca, muy probablemente la hija del caballero Pompeyo Paulino, el destinatario del diálogo *Sobre la brevedad de la vida*, y hermana de Pompeyo Paulino, cónsul *suffectus* en el 54 y legado propretor de la Germania inferior. Séneca debió de desposarla al regresar de su destierro en Córcega (*cf*. J. Carcopino, «Choses et gens du pays d'Arles», *Revue du Lyonnais* [janvier-mai, 1922], págs. 64-70). <<

[623] Es el hermano mayor de Séneca, M. Anneo Novato, llamado «señor» por respeto a la edad. Adoptado por un conocido retórico amigo del padre, tomó el *cognomen* de aquél, que era Galión. Mientras el otro hermano, Mela, padre del poeta Lucano, se mantuvo alejado de los cargos públicos, Galión se lanzó a la carrera de los honores. Ambos se suicidaron tras la muerte de Séneca. A Novato, Séneca le dedicó antes de la adopción por L. Junio Galión el diálogo *Sobre la ira* y, después de la adopción, el *Sobre la vida feliz*. <<

[624] La alusión a Paulina, bastante más joven que Séneca, es evidente. «Viejo» y «joven», aunque no sean la misma persona, sugieren la idea de dos criaturas íntimamente unidas como un ramo joven injertado en un tronco viejo. <<

[625] La postura de la Estoa frente a los afectos era intransigente, había que erradicarlos, pero Séneca «era un emotivo… Fundándose en esta su personal sensibilidad justificó explícitamente los nobles sentimientos, como el amor conyugal» (*cf*. M. Pohlenz, *La Stoa. Storia di un movimento spirituale*, Florencia, 1967 [Gotinga, 1949], II, págs. 66-67). <<

[626] Lo hizo también el propio Séneca por amor a su viejo padre, Séneca el Retórico, cuando «se consumía por la fluxión, llegando a una delgadez extrema» (*Epíst*., 78, I).
<<

[627] Con la imagen del viejo filósofo reanimado en su salud y aplicando al estudio las últimas fuerzas de su existencia, termina la *descriptio epistolaris*. No deja de sorprender cómo un Séneca enfermizo haya podido realizar un trabajo literario tan fecundo. <<

[628] En estos §§ 7-20, Séneca desarrolla con amplitud su doctrina sobre la significación de los viajes para el aspirante a la sabiduría: su juicio es, en conjunto, negativo tal como lo había anticipado sumariamente en las epístolas 2, 28 y 69, donde llega a afirmar que el continuo cambio de lugar es un obstáculo para la perfección, pues supone inconstancia y falta de continuidad para el retiro fecundo, sin olvidar que viajar de nuevo por parajes conocidos puede excitar el recuerdo de viejas pasiones. <<

[629] Virgilio, *Eneida*, III, 282-283. El pasaje se refiere a Eneas y a los troyanos, que, después de escapar de tantas ciudades griegas llegan, por fin, al promontorio de Accio, en Acarnania, donde celebran los Juegos de Troya. Fue en Accio donde, el 31 a. C., se libró la famosa batalla naval entre Marco Antonio y Octaviano Augusto con la victoria de este último. <<

[630] La exploración del cauce alto del Nilo tuvo lugar en tiempos de Nerón: *cf*. Séneca, *Cuestiones naturales*, IV, 3-30, y VI, 8, 3-5. <<

[631] Acerca del Tigris que desaparece bajo tierra para reaparecer poco después, *cf*. Séneca, *Cuestiones naturales*, VI, 8, 2. <<

[632] Este río del Asia Menor que separa Caria de Lidia estaba poblado por una gran cantidad de cisnes y «se enrosca —según dice Séneca— en múltiples sinuosidades»; de ahí el interés que suscitó entre los poetas: Homero, *Ilíada*, II, 869; Hesíodo, *Teogonía*, 339; entre los latinos: Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, 162 y sigs., que lo califica «de aguas cristalinas». <<

[633] El más citado de los dos es Catón de Útica, modelo para todo estoico y, sin duda, de mayor interés para Séneca (*cf. infra*, §§ 29-33). <<

[634] Sobre Lelio, el Sabio, citado últimamente en la epístola 95, 72, *cf*. Roca, 1986, I, pág. 116, nota 250. <<

[635] Para Elio Tuberón, *cf. Epíst*., 95, 72, nota 563. <<

[636] Sobre Sócrates, *cf. Epíst*., 98, 12, nota 585. Aquí mismo, §§ 27-28, lo propone como ejemplo de vida y muerte. <<

[637] A Zenón, el fundador de la escuela estoica, lo ha citado Séneca en varias epístolas (*Epíst*., 6, 6; 33, 4, 7 y 9; 64, 10). <<

[638] Sobre Crisipo, uno de los primitivos maestros del estoicismo, *cf*. Roca, 1986, I, págs. 126-127, notas 43 y 44. <<

[639] Posidonio, maestro del estoicismo medio es muchas veces aludido por Séneca (*Epíst*., 33, 4; 78, 28), y últimamente en la epístola 95, 65. <<

[640] Virgilio, *Eneida*, VI, 277. Son los fantasmas terribles por su figura que se hallan en el umbral del infierno. Terribles de ver, dirá Séneca, en su alusión al argumento que está desarrollando, pero no terribles realmente para un espíritu noble, decidido y superior. <<

[641] Los §§ 27-28 presentan el ejemplo de Sócrates invicto ante la pobreza, ante las cargas domésticas y las fatigas aun como soldado: en *Banquete*, 215d-223a, Platón brinda el retrato elogioso de Sócrates; en 220b-c y 221b, nos habla de su participación en las batallas de Potidea, Delion y Anfípolis. <<

[642] El mismo Séneca (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, XVIII, 6) dice que Sócrates recibió de su esposa Jantipa un baño de agua sucia. Sin embargo, sabemos que a su primogénito Lamprocles, indignado contra su madre, le exigió que la respetara (*cf.* Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, II, 2). <<

[643] Son los años que duró la Guerra del Peloponeso, del 431 al 404 a. C. En la nota 641 nos hemos referido a la participación de Sócrates en ella. <<

[644] Fue el gobierno oligárquico instaurado en Atenas por Esparta; luego, Trasibulo expulsó a los treinta tiranos. <<

[645] Así en Jenofonte, *Apología de Sócrates*, 10, donde aparece la acusación de Meleto. Sigue luego la autodefensa de Sócrates y su condena a muerte, mostrando ante ésta la fortaleza de su alma (11-34). <<

[646] La *Apología de Sócrates* escrita por Platón presenta el acta de acusación casi idéntica a la formulada por Jenofonte, pero la autodefensa de Sócrates (*cf*. 24b) es más amplia y brillante, si bien después de la sentencia condenatoria muestra ante los jueces la misma grandeza de alma. <<

[647] Una vez más aparece la personalidad de Catón en el desarrollo progresivo del epistolario, que, frente a César y Pompeyo, defiende la causa de la libertad. Séneca se muestra más hostil a César, siendo lo único valioso en Pompeyo la calidad de su séquito (*cf*. Rosa M.ª Francia, «De la moral a la política. Las cartas a Lucilo», 1969, Cuadernos de la Fundación Pastor, n.º 15, págs. 198-200). Séneca no admite que, en el primer triunvirato (60 a. C.), hubiera un acuerdo en favor de la libertad, por el contrario se trataba de tres ambiciosos con los resortes del poder. <<

[648] Virgilio, *Eneida*, I, 458: Eneas y Acates contemplan en Cartago, en el interior del templo de Juno, cuadros que representaban escenas de la guerra de Troya. A juicio de Préchac-Noblot (*cf*. 1969, IV, pág. 167), el Atrida sería la imagen de Pompeyo que era llamado Agamenón por sus victorias sobre los piratas y Mitrídates, y Aquiles retirado a la tienda sería la imagen de Catón. <<

[649] La ciudad de Árdea, antigua capital de los rútulos, estaba edificada sobre una roca en cuyas faldas se extendían vastas lagunas; por ello era considerada aquella zona la más insalubre de toda la región. Séneca, pues, quiere decir a Lucilio que debe acoger los consejos morales de esta epístola con la misma voluntad de aplicarlos con que atendería a los consejos de naturaleza higiénica si tuviera que vivir en una zona malsana. <<

[650] Con intuición psicológica afirma el filósofo que hay personas que son objeto de odio, aunque no hayan ofendido a nadie de modo particular, tan sólo por su ingrato carácter. <<

[651] Consejo más práctico que moral. Hemos tratado de reproducir de algún modo en la traducción el juego de palabras de base etimológica (*applicari, implicari*) y con homeoteleuton. <<

[652] Porque al contar con detalle a los demás el secreto confiado, uno añadirá sus propios comentarios con observaciones un tanto falseadas. <<

[653] Cuando se ha obrado mal, uno puede quedar libre de castigo, pero nunca de la angustia del remordimiento y del temor al castigo. Señala Grimal (*cf*. 1978, págs. 194-195) que antes de la crisis del 59, para Séneca la idea de conciencia moral se limita casi a los tormentos que sufre el tirano o al sentimiento de la propia virtud que es fuente de felicidad. Mas, a partir del 59, la conciencia se presenta como fuente de tormentos para todo el que ha cometido una falta, tanto en las *Epístolas* como en el tratado *Sobre los beneficios*. Sin duda, tal concepción se inspiraba directamente en la experiencia tenida en la corte de Nerón. <<

[654] Por donde, se deduce que Séneca no sólo ha escrito las *Epístolas* para llevar a Lucilio a la posesión definitiva de la sabiduría, sino que ha querido proporcionar una teoría filosófica con toda la base de erudición necesaria en sus *Moralis philosophiae libri*. Pero desgraciadamente, la tradición manuscrita no nos ha conservado este trabajo, que hubiera supuesto la sistematización de los principios del filósofo: *cf.* Lausberg, *Untersuchungen zu Senecas Fragmenten*, Berlín, 1970, págs. 168 y sigs. Estos libros los cita varias veces Lactancio (*cf. Instituciones divinas*, I, 16, 20; II, 2, 24; VI, 17, 28). <<

[655] Séneca responde afirmativamente a la cuestión planteada por Lucilio: el bien es cuerpo, y para demostrarlo asume la argumentación en boga entre tos estoicos a partir de Crisipo: *cf. Epíst.*, 117, 2, y Diógenes Laercio, VII, 55. Los estoicos identifican realidad y corporeidad: son corpóreos Dios, el fuego, el alma, la sabiduría, las virtudes, los vicios y las pasiones. «Pero no hay que interpretar su concepto corpóreo de la realidad en sentido burdamente materialista, sino más bien como una oposición al idealismo platónico: no existen ideas, sólo existen seres concretos o cuerpos» (*cf.* G. Fraile, *Historia de la Filosofía, 1*: *Grecia y Roma*, Madrid, 1956, pág. 587). <<

[656] Lucrecio, *op. cit.*, 1, 304. Afirmación hecha «con relación al efluvio y al órgano del sentido»: C. Bailey, *Commentary*, Oxford, 1963 (1947), vol. II, pág. 648. <<

[657] Juego de ingenio, representado ya por una terracota de Atenas, que se realizaba con unas fichas sobre un tablero de cuadros y era semejante a nuestro juego de ajedrez. La ficha tenía el nombre de *miles* o de *hostis*, porque el juego venía a representar a un tropel de ladrones o de soldados empeñados en el ataque o la defensa de una posición fortificada. Las fichas de los adversarios se distinguían por su diferente color, de un lado eran negras y del otro, rojas o blancas. Los movimientos se desarrollaban sobre las líneas trazadas sobre el tablero, y el talento del jugador estaba en colocar sus fichas de manera que encerrase una de las piezas del adversario entre dos de las suyas, o de empujarla hacia una posición en que no pudiera ya evolucionar. <<

[658] Aforismo, a menudo mal citado; en su forma, una antítesis adversativa, característica de Séneca: el filósofo desearía que aprendiésemos para la vida y no para la escuela, pero lamenta que sea al revés. <<

[659] Virgilio, *Eneida*, VI, 274-275. En compañía de la Sibila, en la gruta del Averno, Eneas, después de sacrificar a los dioses infernales, penetra bajo tierra, donde contempla toda una hilera de monstruos y fantasmas lúgubres, los aquí recordados y otros más (vv. 274-289) en el mismo vestíbulo y entrada primera del infierno. <<

[660] Si la *aequitas* «connota […] el estado de equilibrio que permite la serenidad del juicio y, por lo mismo, también la actuación de la justicia entendida como virtud social …] es también la serenidad interior de la que nace una relación adecuada con la muerte y los inevitables dolores de la vida» (*cf*. Bellincioni, 1979, pág. 144). <<

[661] Tarea del hombre es comportarse de acuerdo con las leyes que gobiernan el cosmos, y así hay que entender la expresión «acompañar… a Dios» [*deum comitari*], de esta epístola, como «obedecer a Dios» [*deo parare*] de *Sobre la vida feliz*, XV, 4, 7, en cuanto *logos* ordenador. <<

[662] Séneca no sólo se ha servido de antologías sobre la doctrina de los grandes maestros del estoicismo. A algunos los cita de tal forma que hace pensar en una lectura directa de los mismos. Tal es el caso de Crisipo y de Zenón. Asimismo, ha traducido, al menos en parte, el *Himno a Zeus*, compuesto por Cleantes, siguiendo para ello el modelo ciceroniano (*cf*. Roca, 1986, 1, pág. 46). <<

[663] Según Bellincioni, aceptar con entereza cuanto dios nos ordena *volentes* [de buen grado], mejor que *nolentes* [contrariados], exige en el hombre una fatigosa labor de superación de sí en lo que consiste, en definitiva, la maduración moral: entre la fase del *nolle*, que es propia del hombre reacio al destino, y la del *velle*, que es reconocimiento de la bondad del orden cósmico, media aquel salto por el cual el hombre natural se transforma en hombre moral. Para los versos citados, *cf*. Arnim, 1903-1924, *Cleanthes fragmenta physica*, 527. <<

[664] El Destino se extiende a todo el conjunto del universo; es superior a los dioses, que, aunque conocen el futuro, no pueden alterar el orden del mundo; menos aún pueden alterarlo los hombres que deben someterse de buen grado a lo determinado por la razón universal. <<

[665] Se alude también aquí a los *Moralis philosophiae libri*. <<

[666] Filósofo estoico de la época de Tiberio, maestro de Séneca, desterrado por Sejano y a quien el padre de Séneca considera el más elocuente y sutil de los filósofos de su tiempo. Había escrito un libro sobre el modo de estudiar los rayos que valoraba como un presagio. Se le recuerda repetidas veces en el epistolario (*cf*. Roca, 1986, I, pág. 124, así como 9, 7; 63, 5; 67, 15; 72, 8). <<

[667] «Mientras paseaba» [*ambulantem*]. Tal hábito de discutir paseando remonta ya a Sócrates y a sus primeros discípulos. Aristóteles lo hizo famoso. «Perípato» era el jardín donde deambulaba con sus discípulos y los adoctrinaba. <<

[668] Meyer, *Publil. Siro*, I, 7. <<

[669] *Ibid*., I, 5, y Ribbeck, *Com. pall. inc*., 80, pág. 148. <<

[670] Arnim, 1903-1924, 487. <<

[671] Meyer, *Publilio Siro*, I, 56, y Ribbeck, *Com. pall. inc.*, 78, pág. 147. <<

[672] Meyer, *Publilio Siro*, Q 74, y Ribbeck, *Com. pall. inc.*, 79, pág. 148. <<

[673] Átalo se interesaba por el valor de la afectividad y, en consecuencia, del placer en la vida moral. Como ya lo hiciera el propio Epicuro, advertía a su discípulo del gran riesgo del placer en todas sus formas. Así comprendemos mejor el propósito de Séneca de renunciar a las ostras y a las setas para el resto de su vida y de abstenerse de los perfumes, del vino y del baño caliente <<

[674] Séneca durante un año se abstuvo completamente de tomar carne; si luego accedió a tomarla, fue a ruegos de su padre, temeroso de que los delatores hicieran de su hijo un devoto de los cultos egipcios y judaicos que eran, a la sazón, reprimidos. En efecto, como recuerda Suetonio, los judíos debían abstenerse de la carne de cerdo (*cf. Tiberio*, 36). <<

[675] Soción de Alejandría, que seguía la doctrina pitagórica, fue discípulo de los Sextio, padre e hijo, fundadores de una escuela de moralistas, de cuño estoico, en tiempos de Augusto y Tiberio. Séneca era todavía niño cuando escuchó las lecciones de este filósofo, que influyó poderosamente en él. <<

[676] Es Sextio Nigro, el padre. <<

[677] A sus enseñanzas y conducta ha aludido ya muchas veces Séneca a lo largo del epistolario (*Epíst*., 52, 10; 90, 6; 108, 17-20). <<

[678] Es grato subrayar, en seguimiento de Grimal, que Séneca no quiere encerrar sus enseñanzas en los límites de la escuela. Su pensamiento es autónomo y representa un momento bien determinado en la historia de la filosofía romana entre Cicerón y Epicteto. De ahí que la expresión de Quintiliano (*op. cit*., X, 1, 129): *in philosophia parum diligens* [poco cuidadoso en filosofía], admisible en un retórico, sin más horizonte que la escuela, es profundamente injusta (*cf*. Grimal, 1978, págs. 245-246). <<

[679] Este verso de *Geórgicas*, III, 284, es interpretado de distinta forma por el gramático que por el filósofo moralista. El primero dice que cuantas veces Virgilio habla de la celeridad del tiempo emplea el verbo «huir», en cambio la interpretación del filósofo se pone de manifiesto a través de lo expresado por Virgilio en *Geórgicas*, III, 66-68 (*infra*, en este mismo § 24), según se explica en el § 27. <<

[680] Virgilio, *Eneida*, VI, 275. *Cf. Epíst*., 107, 3. <<

[681] Se refiere al libro III, *De republica*, tratado éste conservado muy fragmentariamente. Es a partir de III, 5, 8, cuando contra Filo asume Lelio la defensa de la justicia, considerada la virtud imprescindible para la cohesión interna del Estado. <<

[682] *Cf. De republica*, 11, 18, 33; 21, 37. <<

[683] Lo que aquí dice Séneca respecto del doble nombre de «dictador» y «jefe de la infantería» [*magister populi*] ya lo había expresado el propio Cicerón, *De republica*, 140, 63. En realidad, el *magister populi* o *praetor maximus* es el magistrado único sin colega que los antiguos romanos, en los siglos V y IV a. C., quisieron que asumiese todo el poder en las guerras más graves. <<

[684] Estos sacerdotes formaban un Colegio y estaban encargados de interpretar los signos celestes (relámpagos, truenos), el canto y el vuelo de los pájaros y así predecir el futuro. Los augures gozaban de gran prestigio y no se emprendía ningún asunto, en público o en privado, sin consultarles. <<

[685] Historiador romano coetáneo de Augusto y Tiberio y autor de unos *Anales* que abarcaban desde la Monarquía hasta la caída de la República. Se le ha atribuido falsamente un libro acerca de los magistrados y sacerdotes romanos. Sobre la alusión de Séneca a este historiador, *cf*. Peter, *Fenestella Annales*, frag. 6. <<

[686] Cicerón, *De republica*, frag. 7 *de sede incerta* (ed. Müller, pág. 379). <<

[687] Este dístico elegíaco de Ennio (*cf*. Warmington, 1936, I, *Ennius Caecilus, Epigr*. 5-6) se refiere a Escipión Africano el Mayor, y en el tratado *De republica* debe situarse después del pasaje III, 3, 6, donde Cicerón citaba, a propósito de Manio Curio, otros versos de Ennio. <<

[688] Virgilio, *Geórgicas*, III, 260-261. El trueno es el ruido de las puertas del cielo que se abren para dejar pasar el temporal. Se trata de Leandro que desafía la furia del mar para encontrarse con Eros, puesto que el Amor es el dueño de la naturaleza. <<

[689] Cicerón, *De republica*, frag. 6, *de sede incerta* (ed. Müller, pág. 379), y Ennio, *Epigramas*, 3-4 (Warmington, pág. 400): se trata también de un dístico elegíaco. <<

[690] Señala el filósofo que las enseñanzas de estos filósofos venales no son de ellos; corresponden a Platón y a los próceres del estoicismo: *cf. Epíst.*, 33, 4. <<

[691] Se refiere, en efecto, a la epístola 109, donde Séneca responde afirmativamente a la cuestión de si el sabio puede ser útil a otro sabio. <<

[692] Quiere decir si el sabio «puede ejercer una cierta acción sobre la de otro sabio y, más particularmente, acrecentar su perfección» (Grimal, 1978, pág. 391). En su respuesta a Lucilio, Séneca sitúa el problema en el plano de la experiencia espiritual para hacerle comprender a Lucilio que, cuando se trata del alma o de naturalezas tan complejas como la de ella, no bastan los razonamientos simplistas. En todo caso, como les acontece al militar, al músico, al médico o al abogado, así también el sabio se beneficia de la relación con otro que se halla a su mismo nivel. <<

[693] Para que se halle en las mejores condiciones, la disposición del ánimo debe ser conducida constantemente a la fuente de los principios morales, pero también debe mantenerse firme en el ejercicio de las virtudes, donde radica el dinamismo vital del bien (*cf*. Bellincioni, 1979, pág. 309). <<

[694] Respondiendo a la objeción basada en la imposibilidad de calentar un cuerpo que ha llegado ya al sumo grado de calor, Séneca manifiesta que aun el bien perfecto, como lo es la virtud del sabio, sólo gracias al ejercicio se mantiene; del mismo modo, el calor que ha alcanzado la máxima temperatura se mantiene así sólo con la adición de más calor. <<

[695] Donde se hace referencia a la actitud del hombre bueno, sabio y virtuoso, se hace también referencia a la *intentio*, porque efecto de su virtud será mantener el vigor del espíritu y ponerlo en tensión (*cf*. Bellincioni, 1978, pág. 142). <<

[696] Salustio, *Conjuración de Catilina*, XX, 4: frase que pone en boca de Catilina en su discurso a los conjurados. <<

[697] Estas mismas ideas de renunciar a lo superfluo buscando la verdadera felicidad, sin confundir lo necesario con lo bueno, las expone Séneca en otras epístolas, particularmente en 45, 5-13. <<

[698] Explica Séneca que «tener propicios a los dioses» no significa obtener su favor como premio a la bondad, sino «estar en armonía consigo mismo». <<

[699] *Las metamorfosis*, 1595. Es Júpiter quien se dirige a Io y le asegura que entrará en la soledad de la selva no con la protección de un dios de la plebe, sino con su mismísima protección. <<

[700] Con relación al *Genius* que en Roma poseía cada varón, como cada hembra su *Iuno, cf*. Roca, 1986, pág. 137, nota 62. A pesar del tono irónico expresado aquí por Séneca respecto de tales divinidades tutelares, se manifiesta tolerante con estas manifestaciones religiosas, dispuesto a valorar la doctrina que de ellas se deriva. <<

[701] Puesto que damos fácilmente crédito a lo que dicen los demás respecto de los males futuros, sin comprobar su veracidad, nos embargan los temores. Séneca conoce bien que el tema de la inanidad de nuestro temor es una de las tesis preferidas por los epicúreos, y de ahí que cite a Lucrecio con unos versos que se repiten en su poema, ya que constituyen como el *leit-motiv* de su obra. <<

[702] *La naturaleza*, II, 55-56; III, 87-88; VI, 35-36. Se trata de los temores a causa de la religión, los dioses y la muerte, y Lucrecio indica que los debe disipar la contemplación razonada de la naturaleza. <<

[703] Señala el autor la manera de transformar los conocimientos teóricos en convicciones morales para la buena conducta. Así es posible iluminar nuestras tinieblas con un paciente ejercicio de reflexión. <<

[704] El hombre, cediendo a las pasiones, va en busca del oro, es decir, de la muerte moral, porque descuida su noble destino. En cambio, la divina contemplación puede iluminar el camino de la virtud, ya que la propia naturaleza nos brinda indicaciones eficaces al respecto, ocultando los metales preciosos (*cf. Sobre los beneficios*, VII, 10, 4). <<

[705] Lo de «contentarse con poco» supone no desear más de cuanto uno posee. Así Epicuro (*Sentencias Vaticanas*, 25, ed. Conche, *Épicure*, pág. 252) dice que «la pobreza regulada según el fin de la naturaleza es una gran riqueza; la riqueza sin límite es gran pobreza». <<

[706] Para Átalo es también vergonzoso fundar la felicidad en el oro y la plata; pero, en discrepancia con Epicuro, señala que tampoco se puede fundar en el agua y en la polenta. Se trata de alcanzar la completa autarquía, la independencia y liberación de toda traba moral. Es la doctrina estoica de los indiferentes. <<

[707] Es decir, la muerte es el medio mejor y último de la liberación personal (*cf. Epíst*., 26, 10: «Quien aprendió a morir, se olvidó de ser esclavo»). <<

[708] Aquí advierte Grimal (*cf*. 1978, págs. 251-252) una reminiscencia consciente de las máximas cínicas, pues esta doctrina, a no dudarlo, es fuente de estoicismo. Cuando uno desea algo, pende de la fortuna y ya no es totalmente libre. <<

[709] Como ya lo hiciera en la *Epíst*., 58, Séneca muestra su condición de filólogo, gran conocedor de la lengua latina, precisando el concepto griego de *sóphisma*. Le parece apto el empleado por Cicerón: *cavillatio*, que puede traducirse por «sutil cuestioncilla», entendiendo por tal la que no aprovecha para la buena conducta, sino que cautiva y fascina el alma engañosamente. <<

[710] Es cierto que el concepto de «mala costumbre» (*mala consuetudo*) tiene en Séneca la doble acepción de hábito individual tendente al mal y de hábitos colectivos malos. En el fondo, ambas acepciones se complementan, por cuanto la corrupción social es fruto de los malos hábitos individuales y aquélla, con su seducción, corrompe al individuo y lo impulsa al vicio. <<

[711] Clarifica Séneca que las virtudes son hábitos particulares del alma, que es un ser animado, a modo de distintos aspectos de la rectitud del alma, y dado que para los estoicos el alma es cuerpo y materia, la virtud del alma será también corporal y material. Pero las virtudes singulares no son seres animados distintos; para ello deberían constituir seres animales separados con unidad propia. <<

[712] Las pasiones derivan de la emoción espontánea del alma, que pone en acción el «ímpetu» esencial en los seres animados; la naturaleza de la emoción depende de la convicción que acompaña a este «ímpetu», que sólo se da en el ser animado (*cf*. Arnim, 1903-1924, II, págs. 150 y sigs.) y es concebido como primera moción del alma. Para la versión del término griego *or*, Séneca emplea *impetus*, que no es sólo un deseo, sino un impulso o movimiento instintivo, una fuerza que comunica a nuestra alma el Espíritu divino (*cf*. Grimal, 1978, pág. 333, notas 278 y 400.) <<

[713] No siempre el impulso (*impetus*) y sus mociones son obedientes a la razón, y si ésta no interviene y las disciplina, pueden dar lugar a errores de juicio y a las pasiones. Pero el impulso no es de por sí pasional e irreflexivo. En efecto, se halla también en el *hegemonikón* «principio rector del alma». Por ello, habrá que fomentar la función racional, subordinando a ella la irracional. <<

[714] Puesto que la virtud es única, pero especificada en virtudes distintas, como especies inseparables unas de otras de la misma y única virtud, puede afirmar Séneca que «todas las virtudes subsisten al mismo tiempo». <<

[715] Aun afirmando el principio de la materialidad de las cualidades y que cada virtud como tal es cosa material, sin embargo, lo mismo que las ideas al ser idénticas entran en la categoría de los incorporales: no tienen existencia material propia, no se han encarnado; así la corporeidad de las virtudes es la propia del alma donde ellas se ejercitan y en sí mismas son incorporales (*cf*. Grimal, 1978, págs. 390 y 392). <<

[716] *Cf. supra*, nota 708. El estoicismo admite la existencia de un movimiento instintivo (*impetus*) que no es en sí mismo racional, pero que pertenece a la primera manifestación del ser. Propio de la razón es actuar sobre dicho impulso irracional y transformarlo en voluntad consciente otorgándole el asentimiento. Por donde se aprecia que, para Séneca, como para todo estoico, la única fuente del conocimiento radica en la sensibilidad. Aquí, en concreto, nos describe el itinerario de la sensación en el espíritu de todo ser animado (*cf.* Grimal, *ibid.*, págs. 25 y 367). Sobre la alusión a Cleantes y Crisipo, *cf.* Arnim, *Cleanthes fragmenta physica*, 525; *Chrysippus fragmenta physica*, 836. <<

[717] Séneca expone aquí su tesis personal, con plena conciencia, frente a Cleantes y Crisipo, aunque prescinda por el momento de la erudición doctrinal filosófica que habría reservado para su obra perdida *Moralis philosophiae libri*. <<

[718] *Cf*. Virgilio, *Eneida*, I, 1. Se dirige el filósofo contra los filosofastros que se dan importancia y, en realidad, no dicen nada, pudiendo decir mucho: *cf. Epíst*., 52, 15. <<

[719] «La comparación entre la vida del sabio y la del soldado aparece ya en Tales, fragmento del *Peri peristaseon* (ed. Hense 53, 16) y en Posidonio» (Grimal, 1978, pág. 255), tal como afirma aquí mismo Séneca. <<

[720] El ejemplo de Alejandro, varias veces repetido, pone de relieve la contradicción de quien, imponiendo su dominio a los demás, no sabe dominarse a sí mismo. El juicio sobre el gran caudillo es del todo negativo de acuerdo con los principios de la Estoa. Séneca, contrario a toda guerra de conquista, censura la conducta de Alejandro, un ladrón sin escrúpulos, cuya realeza se fundaba en el temor de los súbditos: *cf. Sobre los beneficios*, 1 13, 3. <<

[721] Se exalta la virtud de la justicia, que si tiene importancia en la vida social, como fundamento para la cohesión del Estado, es particularmente provechosa a quien la practica con desinterés sin deseo de exhibirla, ya que a menudo habrá contradicción entre la conducta realmente justa y la buena fama. <<

[722] Epístola interesante porque aborda un tema fundamental: el estilo refleja el estado de alma del escritor y debe ser manifestación de la fuerza íntima de la razón; además, contiene observaciones importantes sobre las costumbres de la época y juicios clarificadores sobre la lengua y el estilo de varios autores; en concreto se refiere a la extravagancia y el preciosismo en la selección de las palabras y al rebuscamiento en la construcción de la frase. <<

[723] En cuanto que el pensamiento no viene expresado con claridad y, por lo mismo, más bien debe ser interpretado que escuchado. <<

[724] Mecenas, ya antes varias veces aludido (*cf. Epíst*., 19, 9-10; 92, 35 y 101, 10-11), fue un diletante en poesía; decadente discípulo de los *poetae novi*, se sirvió del arte como de un juego pasajero; lleno de rebuscamientos estilísticos muy alambicados que se inspiran en una concepción hedonística de la vida. El propio Augusto imitaba con burla sus «ricitos que destilaban ungüento» (Suetonio, *Augusto*, 86, 3). Pero no está excluido que tal molicie, aquí estigmatizada, representara sólo un aspecto, quizá voluntariamente acentuado, de su carácter, si es cierto, a juicio de Veleyo Patérculo (*Compendio de la Historia romana*, II, 88, 2), que fue «en verdad vigilante, previsor y experto en el obrar». <<

[725] Acerca del Genio, dios tutelar que acompaña al hombre desde su nacimiento y determina su destino, *cf. supra*, nota 700. <<

[726] La «hogaza», en latín *mola*, es la *mola salsa*, trigo machacado, que, mezclado con sal, se espolvoreaba sobre la cabeza de la víctima y, por lo tanto, arrojada al fuego, crujía (*cf. Corpus Tibullianum*, 4, 10, y Horacio, *Odas*, III, 23, 20). <<

[727] Tales citas, según la glosa introducida en el texto (final del § 4), las debió de tomar Séneca de la obra *De cultu suo* del propio Mecenas, escrita en defensa de su sistema de vida. Si bien el texto y la interpretación de estas frases resultan poco seguros, como lo indica Reynolds en nota *ad. loc*., pág. 481; sin embargo, ponen de relieve las características del estilo de su autor, barroco y rebuscado. <<

[728] En efecto, la unión de Mecenas con Terencia estuvo sometida a continuas separaciones y reconciliaciones, como cuenta Séneca (*Sobre la providencia*, III, 10), refiriéndose a Mecenas: «ansioso en sus amores y que deploraba la ruptura cotidiana con su displicente esposa», ya que le ocasionó muchos disgustos con Augusto. <<

[729] La excesiva fastuosidad de las edificaciones privadas ha sido reprobada ya en la *Epíst*., 89, 21. En *Sobre los beneficios*, VII, 10, 5, aparece una expresión análoga a ésta y también allí se condena este tipo de construcción tan lujosa. <<

[730] Generalmente decorado con oro o marfil, ornamentación usada primero para los templos, y luego, para los palacios públicos o privados. <<

[731] Se refiere a los dones de hospitalidad o *xénia* (con este título ofrece Marcial una colección en sus *Epigramas*), que antes era costumbre ofrecer a los invitados a su llegada y ahora se ofrecían en la despedida. <<

[732] Quizás haya que admitir que el propio Séneca incurrió a veces, aunque no deliberadamente, en alguno de los defectos que aquí critica, porque en ocasiones sus sentencias breves y lapidarias no resultan claras del todo. Sin embargo, a partir de ahora, más concretamente en los §§ 13 al 19, expone de forma explícita, más negativa que positivamente, en qué consiste el estilo nuevo. Cabe deducir que supone el triunfo de la concisión, el gusto por la palabra precisa, por el giro sorprendente, por el trazo que hiere, por la *sentencia*. En el momento en que el clasicismo entra en crisis supone una prolongación del asianismo y del anomalismo (*cf*. E. Cizek, *La Roma di Nerone*, Milán, 1986, pág. 330). <<

[733] El filósofo se muestra aquí a favor de la evolución del estilo y eleva a la categoría de principio la historicidad de la obra literaria y de los juicios de valor sobre la misma. Aconsejando un estilo sencillo, donde prime el contenido de las ideas, critica tanto a los arcaizantes como a los filoclásicos, al tiempo que censura la trivialidad estilística, muy concretamente en Petronio (*cf*. Cizek, *ibid*., pág. 331; del mismo autor interesa: «Les controverses esthétiques de l'époque dans la *lettre* 114 de Sénèque», en *Acta Congressus Internationalis habiti Brunae Diebus 1216 Aprilis mcmlxvi*, Praga, 1968, págs. 353-360). <<

[734] De mediados del siglo V a. C., y a pesar de un cierto ajuste y modernización del léxico y la frase en las citas de los antiguos juristas, representan ya para los romanos el ejemplo más característico de la lengua arcaica: estructura paratáctica y un tono y colorido de venerable antigüedad. *Cf*. J. Guillén, «El latín de las XXII *tablas*», *Helmantica* 18 (1967), 341-401; 19 (1968), 34-111; 19 (1968), 193-246; 20 (1969), 67-103. <<

[735] Tanto Tiberio como Cayo Graco fueron oradores muy prestigiosos, más aún de lo que puede apreciarse a través de los fragmentos conservados de sus discursos, en particular en su actividad como tribunos de la plebe (133 y 123 a. C., respectivamente), tal como pone de relieve Cicerón, *Bruto*, 103-104. <<

[736] Es Lucio Licinio Craso, maestro de Cicerón, al que éste considera modelo de la elocuencia más elevada, así por sus dotes naturales como por su vastísima cultura. Tanto como en el *Bruto* (*cf*. 141), se refiere a él en el *Sobre el orador* (*cf*., entre otros pasajes, XXIV-XXV, 110-113). <<

[737] Cayo Escribonio Curión, tribuno en el 90 a. C., cónsul en el 76 y, luego, procónsul en Macedonia. Apoyó a Pompeyo en la defensa de la ley Manilia. Aunque, considerado mejor político que orador, Cicerón afirma (*cf*. *Bruto*, 210) que algunos le consideraban el terceto entre los mejores oradores de su tiempo, después de Sulpicio y de Cota. <<

[738] Apio Claudio, el Ciego, patricio, censor en el 312 a. C. y cónsul en el 307 y el 296. Como pretor combatió victoriosamente contra los samnitas. Considerado el primer orador de la literatura romana y el fundador de la ciencia jurídica, ya ciego se hizo conducir ante el Senado para oponerse, en un celebrado discurso, a la paz y amistad con Pirro, rey del Epiro (*cf*. Cicerón, *Bruto*, XIV, 55). <<

[739] Tiberio Coruncanio, ilustre jurista, cónsul en el 280 a. C. y el primer plebeyo que fue elegido Pontífice Máximo. Según Cicerón (*Bruto*, XIV, 55) aparece «por los comentarios de los Pontífices [como] que había destacado en gran manera por su ingenio». Apio y Coruncanio representan un modelo ideal, más que estilístico, de la antiquísima tradición de la oratoria romana. <<

[740] El período ciceroniano alabado en la *Epíst*., 100, 7, frente al áspero de Asinio Polión, aquí es criticado por sus defectos de lentitud, languidez y uniformidad. <<

[741] Ya citado en la *Epíst*., 60, 4. Sin duda, Séneca se inspiró también, en buena medida, en el estilo conciso y muy personal del primer gran historiador de Roma. <<

[742] Lucio Arruncio alcanzó importancia política y literaria. Al verse proscrito en las listas del segundo triunvirato, buscó primero refugio en Sexto Pompeyo, pero luego se hizo partidario de Octaviano Augusto y combatió a sus órdenes en la batalla de Accio. Gran admirador de Salustio, compuso una *Historia de las Guerras Púnicas*, donde imitó a su modelo demasiado servilmente. <<

[743] B. Maurenbrecher, *Salusti Crispi Historiarum reliquiae*, Leipzig, 1891-1893, frag. 1, 27. <<

[744] H. Peter, *Arruntius. Historiae belli Punici*, Leipzig, 1906, frag. 1-7. <<

[745] Al parecer se trata, asimismo, de un fragmento de las *Historias* de Salustio. <<

[746] Maurenbrecher, 1891-1893, frag. 1, 90. <<

[747] Se trata de M. Atilio Régulo, ya citado en otras epístolas anteriores, *cf*. nota 584. Aquí Séneca reprueba el uso plural que Arruncio hace del sustantivo *fama*. <<

[748] Virgilio, *Geórgicas*, IV, 212-213. En realidad, en el poema virgiliano se trata de la reina de las abejas que da cohesión y eficacia al trabajo de éstas. De la misma manera que, si el espíritu humano está sano, dirige con éxito la acción de las restantes facultades, así también, en el plano político, cuando el rey —no el tirano— gobierna en nombre de la recta razón, informa y vivifica el cuerpo del Estado (*cf*. § 24). <<

[749] Séneca tiene aquí presentes las locuras cometidas en los banquetes. El término «mancebo» traduce al latín *exolelus*, que del sentido primero de «envejecido» ha pasado a ser un epíteto injurioso para indicar «prostituido, mancebo» (*cf*. A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, París, 1959, *s. vv. alo* y *exolesco*; Bellincioni, 1978, págs. 51 y 261). <<

[750] Deplora aquí los excesos particularmente de la comida, por los que el vientre hinchado (*disientas*), como dice en la *Epíst*., 95, 16, se fatiga y, a la postre, sufre toda clase de enfermedades. <<

[751] Un valioso comentario de esta epístola lo brinda el ensayo de R. Coleman, «The artful moralist: A study of Seneca's epistolary style», *The Classical Quarterly* 24 (1974), 276-289. <<

[752] Expresión paradójica esta de «cualidad rara en el hombre, el trato humano» (*cf. Sobre la ira*, III, 43, 3 y 88, 30; asimismo, Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, XIII, 17, que ofrece una importante discusión sobre el *concepto humanitas*). <<

[753] *Eneida*, I, 327 s. y 330. Las palabras que, en la epopeya virgiliana, dirige Eneas a su madre Venus, que se le ha aparecido en la figura de una doncella cazadora en la costa de África, las aplica Séneca a la hermosura deslumbrante del alma virtuosa. <<

[754] Arnim, *Aristo Chius*, frag. 372: como a niños se nos deslumbra y engaña, pero el error nos cuesta más caro. <<

[755] En esta segunda parte (§§ 10-15), Séneca critica la sociedad de su tiempo habituada a juzgarlo todo con la medida del dinero. Luego (§§ 16-18), en tono de diatriba cínica y con resonancias horacianas, señala las molestias ocasionadas por la adquisición y el mantenimiento de las riquezas, así como la insaciabilidad humana, que sólo la filosofía puede remediar. <<

[756] Frente a la gente contraria a la sabiduría, que sólo concuerda en admirar los falsos bienes, el filósofo quiere mostrar el valor real de las cosas para purificarnos de ilusiones vanas y enderezar nuestro juicio. Aun considerando la riqueza como un *commodum* (indiferente, pero preferible), nos adoctrina sobre la necesidad de hacer recto uso de ella. <<

[757] Son versos famosos del poeta Ovidio en la descripción del palacio del Sol: *Las metamorfosis*, 11 1-2. <<

[758] *lbid*., 11, 107-108, versos que describen el carro del Sol. <<

[759] La descripción de la Edad de Oro puede verse también *ibid*., I, 89-112; Virgilio, *Bucólicas*, IV, 4 ss. <<

[760] Hasta aquí sabemos tan sólo que se trata de versos tomados de tragedias griegas: *cf*. A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, 2.ª ed., Leipzig, 1889, *Adespota*, frag. 181, 1, 461. El resto pertenece a Eurípides, *Danae*, frag. 324 (ed. Nauck), que Séneca atribuyó erróneamente a la tragedia *Belerofonte* (*cf*. Hense, 1893, pág. 559, adnot. 20, 2.ª ed.). <<

[761] Recibió el nombre de Belerofonte en recuerdo de su hazaña al dar muerte al corintio Belero. Huyendo de este delito, se refugió en la corte del rey de Argos, Preto, el cual, instigado por la calumnia de la reina Antea, lo remitió a su suegro Jobates, rey de Lidia, con una carta criptografiada rogándole que diera muerte al portador de la misma. Sin embargo, Jobates lo mandó a combatir contra la Quimera, que el héroe abatió con ayuda de Pegaso. Y hubiera sido feliz, de no haber incurrido en la ira de Júpiter por haber intentado escalar el cielo con Pegaso. Éste, enfurecido por la picadura del tábano, derribó a Belerofonte, que quedó ciego y cojo: *cf*. Horacio, *Odas*, IV, 11, 26-28, inspirado en Homero, *Ilíada*, VI, 155-206. <<

[762] Séneca insiste sobre la miseria de los ricos. En su misma prosperidad se halla el peligro: porque nadie queda satisfecho con ella y porque corrompe a los hombres. <<

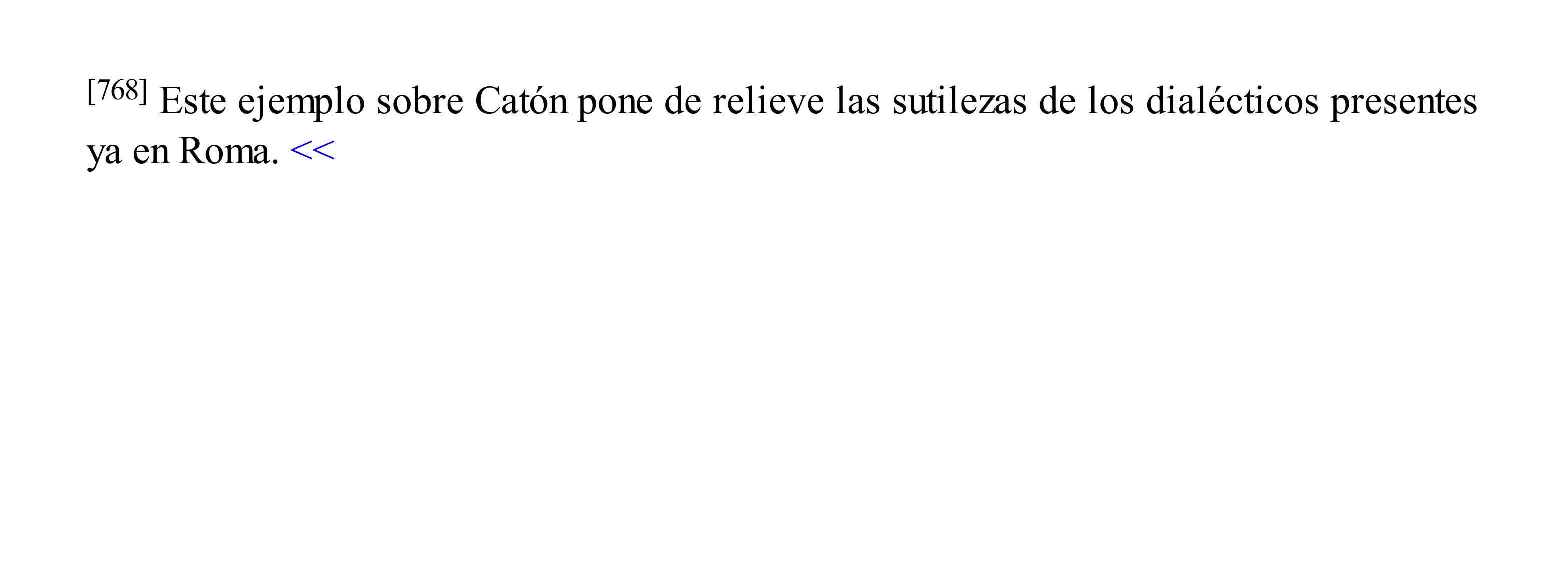
[763] Séneca refleja la doctrina del Pórtico al disentir de los peripatéticos: para él, las pasiones fluyen de una fuente de origen natural, pero implican secundar con exceso las tendencias de la naturaleza: p. ej., complacerse con uno mismo o abusar del placer que hace gratas las funciones necesarias para la vida. De ahí que se conviertan en vicios, enfermedades del alma que debemos extirpar. <<

[764] M. van Straaten, *Panaetius Rhodius*, Leiden, 1962, frag. 114. Panecio, citado en la *Epíst*., 33, 4, figura del estoicismo medio y principal fundador de la Estoa en Roma, atenuó el rigorismo de los estoicos primitivos, dando especial importancia a las cuestiones morales en la vida práctica. Perteneció al círculo de los Escipiones y, a través de su tratado *Sobre el deber*, influyó en los dos primeros libros del *De officiis* de Cicerón (*cf*. P. Grimal, *Il seculo degli Scipioni*, Brescia, 1981, págs. 282-288, donde expone en síntesis las enseñanzas de Panecio). <<

[765] Séneca, buen conocedor de la doctrina estoica, pero con opciones personales a fuer de filósofo independiente, no está de acuerdo en que ser sabio no sea un bien. Sin embargo, concede poca importancia a estas cuestiones puramente especulativas, ya que busca en la filosofía una cultura del alma más que de la inteligencia. <<

[766] No debe olvidarse que para los estoicos el bien, y por lo tanto la sabiduría, es una realidad corpórea y operativa. <<

[767] Crisipo no hubiera rechazado esta clase de argumentación en la que se alude a Zenón de Elea, discípulo de Parménides. <<



[768] Este ejemplo sobre Catón pone de relieve las sutilezas de los dialécticos presentes ya en Roma. <<

[769] Pensamiento que encuentra su paralelo en *Consolación a su madre Helvia*, XX, 1: «[…] mi espíritu, exento de todo cuidado, tiene tiempo para sus actividades y tan pronto se recrea en estudios más superficiales como se remonta, ávido de la verdad, a indagar su naturaleza y la del universo». La reflexión filosófica lleva a esta elevación, que es la condición primera de una auténtica vida del espíritu. <<

[770] El texto latino *latruncularia tabula*: es, pues, el tablero de cuadros semejante al empleado en nuestro juego de ajedrez. A éste ya se ha aludido, en la *Epíst*., 106, 11, con la expresión *latrunculis ludimus*. *Vid*. nota 657. <<

[771] Cicerón, *Cartas a Ático*, I, 12, 4. <<

[772] *Cf. ibid.*, 112, 1. <<

[773] Ideas similares a las contenidas en los §§ 3-4 las ha desarrollado Séneca en la epístola 74, que trata del bien de la honestidad frente a los dones de la fortuna: *cf*. Roca, 1986, págs. 427-439. <<

[774] Se trata de Publio Vatinio, exaltado demagogo y partidario de César. Tribuno de la plebe el 58 a. C., el 55 fue elegido pretor con la ayuda de César frente a Catón de Útica, su competidor, que fue rechazado. <<

[775] Alude a los cargos desempeñados por su discípulo e interlocutor Lucilio como procurador de provincias. A ellos se refiere, más concretamente, en *Epíst*., 31, 9. <<

[776] Iordan, *Cato ad filium*, frag. 13. Se trata, pues, de Catón el Viejo, también conocido como el Censor (234-149 a. C.), y de los *Preceptos a su hijo Marco*, donde las distintas disciplinas de retórica, derecho, arte militar, agricultura, medicina tenían un tratamiento acorde con la tradición itálica. Cabe incluir la obra en el ámbito de las artes liberales y, por lo tanto, considerarla como la primera enciclopedia romana. <<

[777] Una vez más, Séneca no manifiesta simpatía alguna por la figura histórica de Alejandro, hombre, a su juicio, desprovisto de razón y cuyo reino se fundaba en el terror. Aquí alude a la expedición del caudillo macedonio más allá del Indo. <<

[778] Se trata de Marco Licinio Craso Dives, ya aludido en la *Epíst*., 4, 7, quien formó, con César y Pompeyo, el primer triunvirato y fue derrotado en Carrae por los partos. Era famoso por sus inmensas riquezas. <<

[779] Licino, cautivo de guerra y liberto con César, llegó a ser con Augusto procurador de la Galia Lugdunense (el 15 a. C.). Se hizo famoso por el gran patrimonio acumulado. Nos lo recuerdan los satíricos: Juvenal, *Sátiras*, I, 109; 14, 306; Persio, *Sátiras*, II, 36; Marcial, *Epigramas*, VIII, 3, 6. <<

[780] Séneca no rechaza, sin más, la riqueza, que es cosa indiferente. Aparte de que él tampoco puede transformar los hábitos de la sociedad que lo rodea. Pero considera que los bienes de la fortuna pueden servirle al sabio para mostrar su templanza y generosidad, y al rico, para ayudar a otros hombres a realizarse dignamente según los postulados de la sabiduría. <<

[781] Horacio, *Sátiras*, I, 2, 114-116. <<

[782] En la progresiva «indoctrinación» que Séneca brinda a Lucilio, al final del Epistolario insiste en aquellos aspectos de sus enseñanzas que considera esenciales. Ésta, como la 118, conecta con el ciclo de *Epístolas*: 63-80, donde se define el bien supremo (*cf*. Roca, 1986, págs. 32-33). <<

[783] El filósofo distingue los *officia media*, que no conciernen al bien moral, sino a cosas indiferentes, de los *officia recta*, que se refieren a conductas basadas en una virtud particular. <<

[784] Sobre Cayo Fabricio Luscino, ilustre figura de la historia de Roma, *cf. Epíst*., 98, 13. <<

[785] El famoso episodio de Horacio Cocles está descrito con detalle por Tito Livio, II, 10. <<

[786] Los rasgos que definen al hombre virtuoso están plasmados en los §§ 10-15, frente a los que caracterizan al malvado (20-22); el primero siempre igual a sí mismo, y el segundo en constante mutación. <<

[787] Relevante la afirmación de que, por encima del espíritu perfecto del sabio, sólo se halla el espíritu de Dios, «del que una partícula ha descendido a este corazón mortal» (*ex quo pars et in hoc pectus mortale defluxit*). <<

[788] Sobre P. Vatinio y Catón de Útica, *cf. Epíst.*, 118, 4, nota 774. <<

[789] Es Curio Dentato, de la misma época que Fabricio Luscino (*cf*. nota 784) y amigo de éste y de Coruncanio. Combatió victoriosamente contra los samnitas y el rey Pirro. De gran austeridad, ya que, a pesar de sus grandes conquistas, no quiso para sí más que las siete yugadas de tierra que se le daban a cada soldado. Tres veces cónsul, es una figura destacada en la historia de Roma. <<

[790] Varias veces citados (*cf. Epíst*., 95, 72; 98, 13; 104, 21 y notas 563, 589, 635), tanto Fabricio como Tuberón. <<

[791] Sobre Licino, *cf. Epíst*., 119, 9, nota 779. <<

[792] Sobre Apicio, *cf. Epíst.*, 95, 42, nota 549. <<

[793] Muchas veces citado: *cf. Epíst*., 101, 10-14 y 114, 4-7, notas 606, 724, 727-728.
<<

[794] Horacio, *Sátiras*, I, 3, 11-17. El poeta se refiere a Tigelio Hermógenes, célebre músico de Cerdeña y cantor favorito de J. César y de Octaviano Augusto; criticado aquí por su increíble inconstancia y sus muchos caprichos, que lo llevaban a no tener miramientos por nada, ni por nadie. <<

[795] Como ya dijimos en Roca, 1986, I, pág. 25, esta epístola y la siguiente son complementarias: la primera afirma que los animales tienen conciencia de su constitución natural; la segunda se refiere a los vicios antinaturales que hay que evitar. <<

[796] Posidonio de Apamea ha sido citado repetidamente en las *Epístolas*. <<

[797] Arquidemo (o Arquedemo) de Tarso (siglo II a. C.) fue discípulo de Diógenes de Seleucia y fundó una escuela estoica en Babilonia. Escribió sobre la historia de la naturaleza y sobre la ética. <<

[798] La filosofía moral no era, para Séneca, tan sólo un conjunto de medios para regular la conducta humana. *Mores* (costumbres) significan todo lo humano, desde la existencia del hombre en el mundo hasta la conducta de las ciudades. Así, esta parte de la filosofía se ocupa de la naturaleza del hombre, analiza los valores en función de esta naturaleza y luego las acciones, o sea, la realidad objetiva de las conductas (*cf*. Grimal, 1978, págs. 320-321). <<

[799] A partir del § 5 hasta el final se refiere el filósofo casi ininterrumpidamente al concepto de *oikeōsis*, traducido por Cicerón certeramente por *conciliatio sui*: es la tendencia de todo ser vivo, desde la planta hasta el hombre, a asegurar su pervivencia. Es, pues, un concepto de gran importancia en el sistema estoico. Séneca apela a la experiencia: es un hecho que cada ser vivo se adapta a su conservación, y ello no como efecto de un enderezamiento, ni como fruto de una reflexión de la que son incapaces los vivientes desprovistos de razón, sino que debe de tratarse de una tendencia primitiva, resultado de la toma de contacto con el mundo. La *conciliatio sui* es la consecuencia de la existencia misma del ser vivo en particular: si la razón o *logos* domina el universo, ningún ser quiere su aniquilación; de lo contrario, la creación se negaría a si misma (*cf*. Grimal, *ibid*., págs. 37 y 368-370). <<

[800] Virgilio, *Geórgicas*, I, 250-251. En el contexto, la zona habitada por los humanos se opone al polo antártico. *Vesper* la estrella de la tarde, en medio del resplandor rojizo del Poniente, alumbra los fuegos de la tarde. Nada describe mejor la aparición de las estrellas, una por una, a medida que el crepúsculo da paso a la noche. <<

[801] *Cf*. Iordan, *Cato, Dict*. 76. <<

[802] Personaje sólo conocido por este pasaje de Séneca. <<

[803] Julio Montano de Esmirna, poeta épico y elegíaco (*cf*. Séneca el Viejo, *Controversias*, 71, 27) celebrado por Ovidio (*cf*. *Pónticas*, IV, 16, 11-12), era hasta tal extremo presuntuoso que pretendía compararse con Virgilio. Para los pasajes citados de él, *cf*. W. Morel, *Fragmenta Poetarum Latinorum*, Leipzig, 1923, *Iulius Montanus*, frags. I, y 2. <<

[804] Pinario Nata, con nombre ilustre, fue un protegido de Sejano (*cf*. Tácito, *Anales*, XIV, 34). <<

[805] Quintilio Varo es el hijo de Quintilio Varo tristemente célebre por haber sido derrotado y exterminado con sus legiones por el caudillo germano Arminio en el bosque de Teutoburgo. En el año 9 a. C., tomaba parte en los ejercicios de declamación (*cf*. Séneca el Viejo, *Controversias*, 13, 10). <<

[806] Marco Vinicio era el hijo de P. Vinicio, al que se refiere la *Epíst*., 40, 9. A partir del 33 d. C., fue el esposo de Julia Livila, hija de Germánico (*cf*. Tácito, *Anales*, VI, 15), y murió envenenado por Mesalina. <<

[807] Si en el tratado *Sobre la vida feliz* y, en general, antes del año 59 d. C., la conciencia es para Séneca fuente de felicidad, a partir de esa fecha resulta una fuente de tormentos para quienes han cometido una falta. Así en *Epíst*., 12, 9; 43, 5; 105, 8, y aquí mismo. <<

[808] Pedón Albinovano vivió en la época de Augusto y fue autor de una *Teseida* y de otra epopeya sobre los acontecimientos de su tiempo, de la cual el fragmento que narra la llegada de la flota de Germánico a orillas del mar del Norte se halla en Séneca el Viejo, *Suasorias*, I, 15. Su descripción resulta vigorosa y potente como una vivencia personal. En efecto, se encontraba en el séquito de Germánico (el año 16 d. C.) y experimentó el gozo inmenso de avanzar con las legiones que habían derrotado a Arminio, el terrible enemigo de Germania. Fue también autor de epigramas. <<

[809] *Cf. Epíst.*, 81, 29, donde se expresan conceptos similares. <<

[810] Boella traduce: «de espato de flúor». La sustancia de tales vasos era, pues, la fluorina o fluorita, que les confería gran valor. <<

[811] Posible reminiscencia de Virgilio, *Geórgicas*, 111 66-68. <<

[812] *Cf*. Virgilio, *Geórgicas*, III, 284, y *Eneida*, X, 467-69. Pero en Virgilio la velocidad con que transcurre el tiempo estimula también a trabajar y a propagar la fama con los hechos, lo cual es obra de la virtud. <<

[813] En realidad se trata del canto de las Sirenas. Ulises se hizo atar al mástil de la nave para evitar la seducción del mismo: *cf*. Homero, *Odisea*, XII, 1-78. <<

[814] La virtud, como la sabiduría, en tanto que constituyen un arte, deben aprenderse, pero «la virtud no se desaprende» (*Epíst.*, 50, 8). <<

[815] Esta epístola de recapitulación es el final del libro XX y de toda la obra epistolar conservada. Séneca evidencia aquí su fe en la razón, refutando el hedonismo: cultivando la razón hasta conseguir llevarla a la perfección el hombre encontrará la felicidad. <<

[816] Virgilio, *Geórgicas*, 1, 176-177. <<

[817] Se ha alcanzado la refutación del placer, considerado falsamente como el verdadero móvil de la actividad humana, con el rechazo definitivo de las tesis epicúreas, para llegar a una exposición cada vez más profunda de la tesis fundamental del Pórtico: el predominio de la razón. <<

[818] Frente al pretendido sensismo interpretado como el fundamento de la ciencia y de la felicidad, Séneca opone el principio de que la felicidad se encuentra en los bienes conformes con la naturaleza, que, en el caso del hombre, es racional. <<

[819] Eco evidente de la epístola 75, 8-18, donde Séneca habla de las tres clases de proficientes hacia la sabiduría y la virtud. Él se considera admitido a la categoría tercera, la más baja, y reconoce que se precisa de una buena aptitud natural y de una asidua aplicación al estudio para entrar en la segunda clase; en todo caso, no renuncia a poder alcanzar la primera (*cf*. §§ 15-16). <<

[820] Ya antes, en la epístola 66, donde propugna la tesis de la igualdad de los bienes y de las virtudes, el filósofo, refiriéndose a las plantas y a los animales, había dicho (§ 11) que sus virtudes «resultan frágiles, caducas e inseguras… Única es la regla que se aplica a las virtudes humanas, por cuanto única es la recta y pura razón». <<

[821] Como en la epístola 76, 0, en un pasaje de relevante factura estilística, también aquí recuerda Séneca que, en el orden de las cualidades físicas, en muchos aspectos el hombre es igualado, e incluso superado, por los animales desprovistos de razón. Solamente ésta confiere a los humanos su verdadera fuerza y nobleza. <<

[822] Frase que expresa, según Séneca, el origen y término del auténtico gozo del hombre: «De tu interior para ti» [*tibi ex te*], y que nos recuerda el uso amplio del reflexivo indirecto, sin precedentes en latín, que contribuye a la plasmación del lenguaje de la interioridad, propugnado por el filósofo. <<